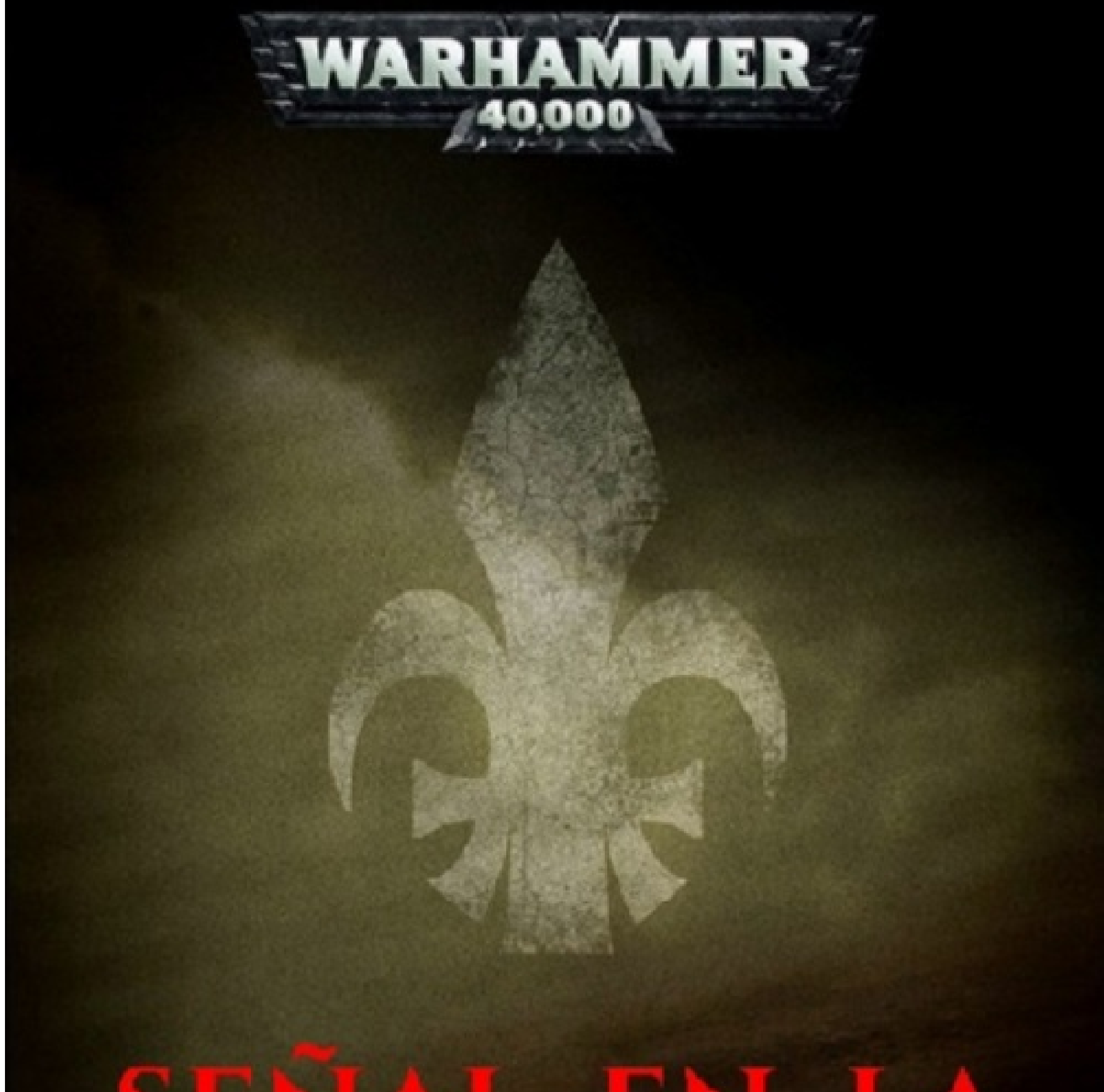
WARHAMMER 40,000

HERMANAS DE BATALLA

ROCK & BUS

Table of Contents

Índice



SEÑAL EN LA ESTÁTICA

C Z DUNN

SEÑAL

EN LA

ESTÁTICA

‘Signal to Noise’ por C. Z. Dunn

(La relación señal/ruido (en inglés Signal to Noise ratio SNR o S/N) se define como la proporción existente entre la potencia de la señal que se transmite y la potencia del ruido que la corrompe. Éste margen es medido en decibelios, nt)

[Enhaced]

Traducción **Rodina**

Corrección Iceman ts 1.5



La hermana Agentha, de la Orden de las Rompedoras de Códigos, se dio cuenta de que los asaltantes Eldar estaban a punto de atacarles apenas unos segundos después de escuchar el mensaje de vox. Hacía apenas un instante estaba en pie, junto al capellán Gerataus, en el puente de mando del *Inevitable Venganza*, un crucero de ataque de los Templarios Negros, al siguiente se estaba lanzando rápidamente sobre la cubierta, mientras el fuego de los xenos sacudía la nave de los Marines Espaciales.

Parpadeando en el espacio real, casi tres docenas de oscuras naves descargaron varias salvas con toda su artillería contra el *Inevitable Venganza*, aunque la mayor parte de su potencia de fuego la reservaron para la nave que acompañaba a los Templarios Negros, la nave *Guillotina*, de los Ejecutores. Tomado por sorpresa por el ataque de los xenos, el capitán del *Guillotina* no tuvo tiempo siquiera de levantar sus escudos o devolver el fuego y, a los pocos segundos, la atmosfera de la enorme nave estaba sangrando y derramándose en el vacío. Enormes brechas se abrieron en el casco, por ellas brotaron al espacio hombres y equipos. La tripulación, y los siervos del capítulo, perecieron al instante, su fisiología no podía soportar los estragos del vacío, mientras que los hermanos de batalla de los Ejecutores iban a la deriva sin rumbo, con los sistemas de soporte vital de sus servo-armaduras preservando sus vidas.

Varias de las naves más pequeñas de los Eldar se separaron de la flota y se dirigieron hacia los supervivientes. No mostraron la menor piedad y, pronto, el espacio que rodeaba las dos naves de los Marines Espaciales se llenó de esferas de sangre y metal que se disipaban lentamente.

El *Inevitable Venganza*, al haber aparecido algo más alejado de los Eldar en su punto de traslación al espacio real, no sufrió demasiados daños al comienzo de la emboscada y fue capaz de levantar sus escudos antes de que los atacantes le infligieran daños catastróficos. En el puente de mando, sonaban los lamentos de las sirenas, Templarios Negros y tripulación ladraban órdenes al mismo tiempo, enviando equipos de control de daños a las zonas más dañadas y solicitando reemplazos a la cubierta inferior para que ocuparan los puestos abandonados por los que habían sucumbido en el asalto inicial.

El castellano Kaleb ordenó al timonel de la nave que virase para hacer frente a sus atacantes. Durante los tortuosos minutos que tardó el enorme navío en girar, las naves Eldar acosaron a su presa con salvas de fuego sostenidas que se disiparon contra los escudos. Cuando estaban a mitad del giro, todos los presentes en el puente de mando fueron testigos de la desaparición final del *Guillotina*.

La herida nave intentaba girar para luchar pero viraba lentamente, tal maniobra no hizo más que presentar su flanco descubierto a los asaltantes xenos. Al igual que una jauría de animales sanguinarios se abalanzarían contra un trozo de carne, los Eldar iluminaron el vacío con las descargas de sus armas, acribillando el lateral expuesto de la nave, lo que desencadenó una serie de detonaciones que culminó con la explosión de los motores de la disformidad, convirtiendo al *Guillotina* en una breve pero poderosa nova. Pese a su mayor velocidad, no todas las naves Eldar fueron capaces de correr más rápido que la onda expansiva de la energía disforme y varias de ellas estallaron cuando la materia primigenia de la disformidad las envolvió.

-¡Prepárense para el impacto!- gritó el castellano en el puente, siervos y Marines Espaciales por igual se sujetaron a cualquier cosa que estuviera remachada a medida que el tsunami de energía del caos estalló contra los escudos de la nave y la envolvió. Por segunda vez en cuestión de minutos, Agentha cayó de nuevo contra la cubierta del puente, y se propinó un fuerte golpe justo encima de la frente.

-¡Capitán, informe de daños!- el castellano seguía plantado en la misma posición que estaba antes de que la ola les hubiera golpeado. La única otra mujer en el puente, además de Agentha, le respondió.

-Los escudos están a menos del diez por cientos y los motores de la disformidad han sido dañados durante el ataque inicial. Alabado sea el nombre del Emperador por no haber sufrido el mismo destino que esas desafortunadas almas.

A través del occulus, Agentha podía ver al *Guillotina* cayendo lentamente hacia el cinturón de polvo que rodeaba el planeta, inexorablemente atrapado por la atracción de la gravedad. La capitana no necesitaba decirlo, si los Eldar seguían atacándoles sus posibilidades de supervivencia, y mucho menos de victoria, eran

prácticamente nulas.

Agentha se incorporó hasta quedar sentada sobre el suelo y se secó la herida de su frente con la manga de su habito, el tejido color naranja comenzó a volverse carmesí cerca del puño. A su alrededor, los siervos con preparación sanitaria atendían las heridas de sus compañeros, aplicando vendajes y torniquetes a los heridos más graves y sacando del puente los cadáveres de todos aquellos que estaban más allá de cualquier tratamiento. Todos ellos ignoraron a Agentha. Su presencia en la misión había sido una necesidad, ya que ella era una de las pocas personas dentro del Imperio capaz de leer los complejos jeroglíficos necrones de la dinastía Khansu, pero el inicial entusiasmo de la hermana por salir de la orden y ver más zonas de la galaxia pronto adquirió un regusto amargo.

Los Templarios Negros apenas toleraban su estancia a bordo de una de sus naves y mientras purificaban el mundo tumba, la hermana había sido prácticamente confinada en su habitación. La única razón por la que estaba en el puente cuando los Eldar los atacaron era porque los operadores de vox habían recibido una débil señal desde el mundo que tenían debajo, y el capellán Gerataus había ordenado que acudiera para ayudarles a descifrarla, lo que ella creía haber hecho justo antes de que comenzara el ataque de los xenos.

-A todas las estaciones- dijo el castellano, abriendo el enlace de vox para que sus palabras se escucharan por toda la nave. **-Estamos dirigiendo la nave hacia el cinturón de polvo que rodea el planeta. Las naves xenos no tienen la suficiente potencia en sus escudos para seguirnos, eso nos debería permitir ganar el tiempo suficiente para efectuar las reparaciones necesarias.**

Desde el otro lado del puente, la figura del capellán Gerataus se dirigió resueltamente hacia el castellano, hasta que sus rostros estuvieron sólo a unos pocos centímetros de distancia el uno del otro.

-No debería ser necesario que le recuerde que correr y esconderse no es la manera de hacer la guerra de los Templarios Negros. Los protocolos del capítulo dictan que viremos y nos enfrentemos a la escoria xenos, sin la menor piedad, hasta que los derrotemos- era tal la pasión con la que el capellán pronunció esas palabras que Agentha pudo ver como gotas de saliva salpicaban la mejilla del castellano.

-Los protocolos del capítulo dictan que no se enviará innecesariamente a

una nave y a los hermanos de batalla que están a bordo hacia una muerte segura- las palabras del castellano eran más tranquilas y moderadas que las del capellán. **-Nos resguardaremos, haremos las reparaciones y luego los machacaremos.**

El capellán se quedó frente a él durante un momento, las lentes de color rojo de sus implantes oculares miraron fijamente a los ojos del castellano, hasta que, lentamente, se dio la vuelta y regresó junto a la estación de vox.

Agentha había logrado colocarse un improvisado vendaje, y aunque todavía podía sentir palpitar la herida que aún sangraba lentamente, al menos, la sangre ya no caía sobre sus ojos. Inusualmente para una hermana Dialogous, los ojos de Agentha no estaban mejorados con augmeticos. Las hermanas de la Orden de las Rompedoras de Códigos creían que habían sido creadas a imagen del propio Emperador y no aceptaban ningún tipo de modificación corporal. Algunas de las hermanas mayores de su orden, incluso veían mal el uso de anteojos por parte de Agentha, unas gafas que ahora estaba limpiando con los pliegues de su túnica antes de colocárselas sobre su nariz.

El puente se había convertido en un lugar mucho más tranquilo tras descender hasta el cinturón de polvo, el casi completo silencio de los siervos y tripulación llevando a cabo sus funciones solamente era interrumpido, de vez en cuando, por el sonido de una parte de los desechos chocando contra los escudos del *Inevitable Venganza*. Agentha regresó junto a la estación de vox. Un siervo acababa de terminar las reparaciones sobre el dispositivo de comunicaciones y fue jugando con los diales para comprobar si aún funcionaban.

-¿Puedo?- preguntó Agentha al sorprendido siervo, haciendo un gesto para que la diera los auriculares. Congelado, como un pequeño mamífero atrapado por el haz de luz de un cazador, miró al castellano, y éste asintió. El joven siervo dejó caer los auriculares y se escabulló apresuradamente. La hermana cogió los auriculares que había dejado caer en la cubierta y, colocándoselos en las orejas una vez más, trató de ajustarlos nuevamente a la misma frecuencia en la que estaba antes de que su trabajo hubiera sido repentinamente interrumpido. Agentha giró suavemente uno de los grandes diales pero, un momento después, sé quitó los auriculares bruscamente mientras una mueca se dibujaba en su cara.

-¿Algún problema, hermana?- dijo Gerataus, la irritación era evidente en cada una de las silabas pronunciadas.

-La señal. Es… es mucho más fuerte que antes.

El capellán se separó del mapa que estaba estudiando y se cernió sobre Agentha. **-Imposible. La única forma posible en la que eso podría ocurrir sería si se estuviera transmitiendo desde el planeta que tenemos debajo, pero todas las exploraciones de Auspex confirman que es un mundo muerto. La estación de vox todavía debe estar averiada. ¡Siervo! Vuelve inmediatamente y repara adecuadamente esa unidad.**

-No. No es eso- dijo Agentha, agitando su mano para que el siervo se alejara. Una vez más, el desconcertado joven miró al castellano para esperar su confirmación. Kaleb ordenó al siervo que regresara a lo que estaba haciendo mientras se unía a Gerataus y Agentha junto al vox.

-Entonces, ¿qué es lo que pasa, hermana?- pidió el castellano, ignorando el ceño fruncido del capellán.

-No estoy segura, pero creo que es una vieja señal que, de alguna manera, ha conservado su integridad a lo largo de milenios. Mi conjetura es que el campo de polvo atrapó las ondas de radio- la hermana puso uno de los auriculares en su oreja izquierda, dejando la otra libre para escuchar a los marines espaciales.

-Eso es ridículo. ¿Por qué escucha a la chica, castellano? Esa herida en su cabeza ha podrido su mente.

Agentha ya había estado anteriormente en compañía de los nobles Adeptus Astartes y, aunque sabía que debía mostrarles la debida deferencia y respeto, no se dejaría intimidar sobre ésta materia. **-No es ridículo. En la antigua Terra, los navegantes que recorrían las regiones polares a menudo informaban que habían captado señales de radio con siglos de antigüedad ya que, al igual que el hielo conserva todo lo que se congela en su interior, las señales rebotan sobre su superficie, lo que las va debilitando gradualmente hasta que finalmente se desvanecen por completo. Creo que el cinturón de polvo está haciendo aquí el mismo efecto, rebotando la señal y preservándola.**

El castellano parecía impresionado, pero todavía escéptico. **-Usted ha dicho que esa señal se ha conservado no durante siglos, sino durante milenios. ¿Cómo puede saber eso, y como explica que haya durado tanto tiempo?**

-Me di cuenta de lo antiguo que era justo antes del ataque. La señal está transmitida en una variedad del Alto Gótico.

-Yo también he oído esa emisión, chica, y sea cual sea el lenguaje en el que hablaba esa voz, no es Alto Gótico- Gerataus se volvió hacia el castellano. **-Lo ve. Se lo dije, esa lesión ha afectado sus facultades.**

-Es Alto Gótico… Sólo que es la versión más antigua.

-Explíquese- el castellano sonaba como si finalmente hubiera despertado su curiosidad.

-He dedicado toda mi vida al estudio de las lenguas, y durante éste tiempo me he dado cuenta de que son como seres vivos. Los idiomas crecen y evolucionan, descartan aquellas partes de sí mismos que ya no sirven a su propósito, adaptándose a su entorno y necesidades actuales. Todos los idiomas hacen eso, ya sean xenos o humanos, y lo han hecho desde que las primeras formas de vida adquirieron la capacidad de expresarse.

El castellano asintió pensativo. Incluso el capellán parecía estar empezando a considerarlo.

-El Alto Gótico no es diferente, pero tiene las complicaciones añadidas de ser uno de los idiomas humanos más antiguos, es anterior incluso al Imperio, y sigue siendo una lengua ceremonial que se habla en un millón de mundos. Si habla en Alto Gótico con alguien que vivió hace mil años, o a cien años luz de distancia, entonces debería ser capaz de entender casi totalmente a su interlocutor. Comparativamente, la lengua ha cambiado poco. Pero si tuviera que retroceder cinco mil años, o al otro lado del Segmentum, entonces tendría algunas dificultades para entenderse, pero captarían la idea general de lo que le estuvieran diciendo. ¿Si retrocede más en el tiempo, o hasta los confines del Imperio? Bueno, posiblemente no lo reconozcan ni como el mismo idioma.

-Entonces, ¿eso es lo que estamos escuchando aquí? ¿Una variedad local del Alto Gótico con más de cinco mil años de antigüedad?- dijo Gerataus.

-Sí. Algunas de las palabras son iguales que las actuales, y la gramática no ha cambiado mucho, pero, sin duda alguna, esto es una antigua variedad del

Alto Gótico.

-¿Cómo de antigua?- preguntó el castellano.

-Creo que tiene alrededor de diez mil años de antigüedad… de la época de la Gran Cruzada.

El castellano Kaleb la miró con incredulidad. **-¿Cómo puede estar tan segura?**

-Debido a que durante el tiempo que hemos estado hablando, la voz de la señal ha dicho el término "Gran Cruzada" más de una docena de veces, y "Emperador" casi el doble. Y esto, escuchen- Agentha accionó un interruptor en la parte frontal de la estación vox y el puente de mando se llenó con el sonido de una voz femenina entregada a lo que parecía ser un sermón. **-Ahí. ¿Pueden oírlo? "Imperator". ¿Y esa frase? Eso es "Verdad Imperial".**

Pese a que su vocación significaba que principalmente se ocupaba de la palabra escrita, todas las hermanas de la Orden habían sido entrenadas para reconocer las formas habladas de todos los idiomas que dominaban para poder reconocerlas, en las raras ocasiones que una lengua muerta volvía inesperadamente a la vida, a menudo en los labios de una raza o antigua cultura ya considerada derrotada o extinta por el Imperio.

-Creo que puedo distinguir la palabra usada para "flota". Es el mismo término que usan algunos de los Venerables para referirse a ella. ¿Cuál es la palabra que usan después? ¿Exploratoria? (Los Venerables son una variedad de los dreadnought cuyos ocupantes son los más ancianos y sabios del capítulo. Los ocupantes suelen tener una edad de muchos siglos, o incluso milenios, nt)

Agentha ladeó la cabeza y entrecerró sus ojos, profundamente concentrada. **-Casi. Creo que es "expedicionaria".**

El castellano frunció el ceño y se volvió hacia el capellán. **-Por lo que sabemos, es alguien que habla gótico clásico, pero eso sigue sin explicar cómo ha perdurado la señal durante tanto tiempo. Hermana, usted ha dicho que las ondas de radio en la antigua Terra se desvanecieron después de unos pocos siglos, pero esa voz femenina se ha conservado durante más de diez mil años. ¿Cómo es eso posible?**

Agentha inclinó ligeramente la cabeza. **-Mis señores, tengo una teoría.**

-Bien chica, ¿y cuál es?- la paciencia del capellán estaba tan desgastada como un viejo y fino pergamino.

-Creo que la señal fue enviada con mucha potencia, y por eso ha tardado tanto en desvanecerse. Además debió ser una comunicación vox, transmitida originalmente en un espectro muy amplio.

Kaleb y Gerataus llegaron simultáneamente a la misma conclusión.

-Una emisión abierta dirigida a todo el planeta- dijo el castellano.



Los oscuros confines de la cámara de Agentha parpadeaban a la pálida luz del puñado de velas qué había podido conseguir. Su cámara, poco más que una ascética celda para ser exactos, era pequeña, con sólo un saco de dormir y unas mantas, una silla y una sencilla mesa. Los únicos otros elementos de la habitación eran varias pilas de libros y mapas antiguos que llegaban casi hasta el techo, la hermana los había sacado recientemente del archivo de la nave y estaba estudiándolos.

Con la *Inevitable Venganza* atrapada de forma tan efectiva mientras se realizaban las reparaciones, el castellano Kaleb había concedido permiso a Agentha para que investigara sobre el planeta que tenían bajo ellos y los orígenes de la transmisión. Tal vez fuera una vana esperanza, pero ella, cuando fue acompañada al archivo de la nave por uno de los hermanos de batalla de los Templarios Negros, sintió elevarse su espíritu.

El archivo era fácilmente tan grande como toda la biblioteca del convento de su orden pero, donde las bóvedas de la Orden de las Rompedoras de Códigos contenía solamente tomos y escritos sobre lenguas e idiomas, tanto muertos como en uso, la colección del *Inevitable Venganza*, sólo una pequeña fracción de lo que poseía el capítulo, cubría todo tipo de temas. Después de revisar una enorme colección de mapas y cartas estelares, Agentha volvió toda su atención a la sección de Historia Militar, que fácilmente representaría la tercera parte de toda la colección del archivo.

El capellán Gerataus había tenido una idea similar a la de Agentha, había pasado por el archivo y, para alivio de la hermana, se había marchado tras coger varias valiosas cartas estelares y una serie de polvorientos tomos de una edad indeterminada.

El hermano de batalla que había recibido la orden de velar por ella no se tomó amablemente la idea de tener que cargar con los libros desde el archivo al camarote, pero, recordando que el castellano le había ordenado ayudar a la hermana, cedió a regañadientes. Ahora, en la seguridad de las cuatro paredes de metal que habían sido su hogar durante los últimos dieciocho meses, Agentha se concentró en la tarea de identificar el mundo en cuyo cinturón de polvo estaban refugiados.

Las habilidades de Agentha estaban firmemente asentadas en el ámbito de la lingüística, pero, dos décadas de diez horas diarias dedicadas al estudio, la habían preparado para la investigación y la simple tarea, al menos para ella, de descifrar las claves de las cartas estelares, había comenzado a reducir su búsqueda a un puñado de subsectores de ésta región que contenían mundos similares al de abajo. Sus esperanzas iniciales se habían centrado en un planeta llamado Culchare, pero se desvanecieron cuando una investigación adicional demostró que el mundo había sido destruido por completo durante la Gran Herejía. Otros candidatos prometedores también quedaron por el camino: Jindran, descubierto sólo hace cuatro mil años; Osiris, destruido por la Inquisición; Durmian VII, su superficie estaba cubierta por azufre en ebullición, era completamente diferente al mundo inerte sobre el que estaban.

Durante muchas horas, Agentha estudió, investigó y cruzó datos, descartando muchos mundos en el proceso, pero no se acercó más a la identidad del planeta. Cuando comprobó su última hipótesis, que el mundo hubiera cambiado de órbita en los miles de años transcurridos, no valió la pena y se dejó caer sobre los mapas, completamente agotada. Se frotó los ojos y contempló la posibilidad de estirar sus mantas para dormir un poco, lo que la era muy necesario, pero no se atrevió a hacerlo. El castellano Kaleb había sido indulgente solamente durante el tiempo que estuvieran detenidos por las reparaciones. Tan pronto como el motor de curvatura, los escudos y sistemas de armas estuvieran en funcionamiento, se lanzaría contra las naves de los xenos y, después, reanudarían su camino. Ella sólo tenía una oportunidad y aprovecharía cada minuto. Si al menos fuera como descifrar un nuevo idioma…
Y entonces fue cuando se le ocurrió.

Teniendo mucho cuidado en no rozar la mesa cubierta de mapas, se acercó a la puerta de la cámara y tiró con fuerza de la palanca que activaba el cerrojo. Abrió la puerta y sacó la cabeza al corredor. Allí, exactamente donde lo había dejado muchas horas antes, estaba el Templario Negro que la había acompañado al archivo.

-Le pido perdón, mi señor- dijo con fingida timidez. **-¿El vox de su armadura está conectado con el de la nave?**

-Lo está. ¿Por qué necesitas saberlo?

-Me gustaría preguntarle algo al castellano, por favor. Tiene que ver con la investigación.

El Templario Negro hizo una breve pausa, mirándola. **-Muy bien. ¿Qué necesita preguntarle?**

-Es respecto al cinturón de polvo. Necesito que hagan un barrido con el auspex para que me digan su composición.

El Templario Negro se comunicó con el castellano y después de transmitirle el mensaje de Agentha, se produjo una incómoda pausa mientras ambos esperaban la respuesta.

-Muy bien, se lo haré saber- dijo finalmente el Marine Espacial, rompiendo el silencio. **-El castellano está confuso. Esperaba que el auspex devolviera lecturas de origen natural, rocas y minerales, pero el cinturón de polvo está compuesto en su totalidad por aleaciones y materiales creados por el hombre. Dice que si tienes alguna explicación a eso, la acompañe inmediatamente hasta el puente.**

-Si me da algo más de tiempo, estoy segura de que tendré todas las respuestas que el castellano requiere, y más- el Templario Negro asintió y Agentha se retiró de nuevo a su cámara.

Era tal como había sospechado. Al igual que las lenguas evolucionan y desarrollan, también lo había hecho éste mundo. Donde los idiomas, con el tiempo, ganaban nuevas palabras, éste planeta había ganado su cinturón de polvo. El hecho de que estuviera compuesto de materiales artificiales, sugería la posibilidad de que en algún momento se hubiera librado una gran batalla espacial alrededor de éste mundo. Si las fuerzas imperiales habían estado aquí durante la Gran Cruzada, lo más probable es que se hubiera librado hacía más de diez mil años.

Retirando cuidadosamente la capa superior de mapas y cartas estelares, comenzó a reexaminar los mapas que había descartado al inicio de su investigación. Si la batalla había sido a tan gran escala como se imaginaba, descubrir el nombre del planeta y otra información sobre él debería ser una tarea relativamente sencilla.

Con mucho cuidado desenrolló un quebradizo y amarillento pergamino que desveló un gráfico dibujado a mano, que comenzaba a desarrollar manchas

marrones en su moteada superficie. Moviendo lentamente su dedo sobre las líneas y círculos que marcaban rutas y mundos olvidados, sus ojos se abrieron cuando encontró el nombre del mundo donde estaba la tumba que Templarios Negros y Ejecutores habían limpiado recientemente. A toda prisa, trazó una línea al éste galáctico y su dedo se posó sobre el pequeño círculo oscuro que indicaba el planeta sobre el que estaban.

Y una vez averiguado el nombre del planeta, ya no necesitaba ningún libro para descubrir exactamente lo que había sucedido aquí. Ella ya lo sabía.



Durante las horas de investigación de Agentha, el silencio del puente de mando había dado paso al abrumador sonido de la actividad, y, cuando el Templario Negro la llevó de nuevo hasta allí, sólo el castellano y el capellán la prestaron alguna atención. Las reparaciones del *Inevitable Venganza* estaban casi totalmente completadas y se estaban iniciando las comprobaciones para comenzar a preparar el contraataque contra los piratas Eldar.

-Creo que ya es demasiado tarde, hermana. El capellán Gerataus ya ha resuelto el enigma de nuestra misteriosa transmisión.

-Con las cartas estelares correctas, ha sido una sencilla tarea el identificar éste mundo, y sólo ha sido cuestión de minutos consultar una referencia cruzada con los correspondientes tomos de nuestro archivo- dijo el capellán.

Claro, y si yo hubiera tenido acceso a ese material, entonces todos hubiéramos estado teniendo ésta discusión mucho antes. Agentha consideró vocalizar sus pensamientos, pero la prudencia y el instinto de supervivencia se impusieron.

-El mundo sobre él que orbitamos es Remonora Majoris, uno de los muchos planetas llevados a la obediencia por el propio Emperador durante la Gran Cruzada- continuó Gerataus. **-Su flota se encontró aquí con una sofisticada cultura humana que había sobrevivido a la Antigua Noche, pero, privada de la benevolencia y del gobierno del Emperador, había degenerado en una corrompida sociedad que abrazó el libertinaje y buscaba la satisfacción personal sobre todo lo demás.**

-Sí, pero…- trató de intervenir Agentha. Gerataus simplemente la ignoró.

-Después de que el mundo rechazara sus comunicaciones iniciales, el Emperador, completamente decidido a iluminarlos en el camino del Imperio, instó a la población de Remonora Majoris a que olvidaran su viaje hacia la condenación y que se abrieran a la Verdad Imperial. Durante dos días enteros, los iteradores de la flota lanzaron transmisiones sobre el planeta, pero fue en vano. Estaban tan atrapados en su egoísta búsqueda del placer que sus ojos se habían cegado a lo más obvio y, cuando estuvo totalmente claro que Remonora no se sometería de buen grado, el propio Emperador se dirigió a la población.

-Pero eso no es…

Gerataus ignoró nuevamente la interrupción de Agentha.

-Les pidió que entraran en razón y se ofreció a ser misericordioso. "Volved de nuevo a ser uno con el resto de la humanidad, o sufriréis mi ira", les dijo, pero no le escucharon, y por lo tanto, su ira se hizo manifiesta. Con firme furia, las fuerzas imperiales aterrizaron sobre el planeta y pusieron fin a sus perversas costumbres. Sus puertos espaciales se llenaron con todos aquellos que trataban de huir del juicio del Emperador, pero en el mismo instante que sus naves salieron de la atmósfera, las armas de la flota fueron dirigidas hacia ellos y esto…- volvió su brazo hacia el occulus, señalando el cinturón de polvo. **-Esto fue el resultado. El cementerio de los impíos.**

-Por favor…

Gerataus ignoró totalmente su presencia, eso por no hablar de sus palabras.

-En menos de un solo día, todo Remonora Majoris fue sometido y ocupó su lugar en el Imperio, mientras que el Emperador partía para seguir llevando a cabo su gran obra, reuniendo más nuevos mundos en el seno de la humanidad, bajo su protección- el capellán se dirigió hacia la estación de vox. **-Hace diez mil años, aquí se produjo una gran victoria imperial, y hoy volverá a suceder, una vez más. ¡En aquel día, los hijos del Emperador fueron a la guerra con sus palabras y su voz resonando en sus odios, y hoy, volverá a suceder lo mismo!**

Se arrancó el auricular del vox y el sonido de la voz de la iteradora llenó de nuevo el puente a través de los altavoces. El capellán se volvió hacia Agentha, dignándose finalmente a reconocer su presencia. **-Tu trabajo aquí ha terminado, chica, y tus esfuerzos serán…-** señaló. **-Ahora, el hermano Atreo te acompañará de nuevo a tu cámara. Ya te llamaremos cuando hayamos encontrado un planeta adecuado sobre el que desembarcarte para que puedas buscar un pasaje de vuelta hacia tu casa**- se volvió a hablar con el castellano.

-Está usted equivocado- dijo Agentha, con voz clara y firme.

Gerataus se volvió lentamente para mirarla, sus ojos augmeticos ardían como

abrasadoras piras.

-Está usted equivocado- repitió.

El capellán se lanzó contra la hermana Dialogous, con una rapidez increíble, pero el castellano se alzaba frente a ella, bloqueando el camino de Gerataus. Kaleb levantó una mano para aplacarle. **-Vamos a escuchar lo que la hermana tenga que decir. Está en ésta misión por su experiencia y conocimientos, sería una grosería que nosotros la despidiéramos sin darle la oportunidad de hablar.**

La mirada del capellán se clavó en el castellano. **-Muy bien-** dijo. El capellán hizo un gesto a Agentha para que comenzara a explicarse.

-La investigación de mi señor era muy minuciosa y, por lo general, bastante precisa- comenzó a decir la hermana.

-Por supuesto que lo es. Mis fuentes se remontan a los años inmediatamente posteriores a la Gran Herejía. Son tan precisas como si yo mismo hubiera estado allí y hubiera sido testigo de los acontecimientos.

El castellano levantó nuevamente la mano, ésta vez para indicar al capellán que dejara hablar a la hermana.

Agentha se aclaró la garganta. **-La fecha de su fuente es el problema. En los años siguientes a la traición del Señor de la Guerra, millones de libros y documentos fueron destruidos o confiscados, ya que proclamaban los actos heroicos que las legiones traidoras habían realizado en nombre del Emperador y la gloria que eso trajo a su nombre. Los textos o documentos que ensalzaban a una legión traidora o a un Primarca caído fueron eliminados, la historia fue borrada o alterada para que coincidiera con la nueva Verdad Imperial, la nueva versión de la historia, construida sobre las cenizas de la traición.**

-¡Mentiras y Herejías! Muéstrame el tubo lanzatorpedos más cercano para que nos deshagamos de ésta desdichada embaucadora. ¿Cómo puedes saber tú todo eso?- la ira del capellán iba en aumento.

-Lo sé porque he traducido y transcrito muchos de esos documentos. A pesar de que la mayoría de ellos fueron entregados a las llamas hace

milenios, de vez en cuando, uno sale a la superficie entre los efectos personales de un hereje, o aparece profundamente enterrado bajo las ruinas de alguna ciudad olvidada. Cuando lo hacen, es tarea de la Orden de las Rompedoras de Códigos interpretarlos para que los maestros de la Eclesiarquía determinen el destino de dicha documentación.

-Todo eso está muy bien, hermana, pero, ¿por qué cree que el capellán está equivocado?- el castellano todavía seguía colocado estratégicamente entre Gerataus y Agentha.

-Sé que lo que dice el capellán está mal porque uno de mis primeros deberes tras ser ordenada en la Hermandad, fue traducir un manuscrito que detallaba la pacificación de Remonora Majoris. Fue redactado por un escriba que acompañó a la XVI Legión durante la Gran Cruzada, y fue hallado en una nave que había pertenecido a esa Legión- Agentha empujó nuevamente sus anteojos hasta el puente de su nariz. **-Cuando la iteradora que está emitiendo termine de hablar, lo cual será, según mis cálculos, dentro de unos quince minutos terranos estándar, no será la voz del Emperador la que se escuche. Será la voz de Horus.**

El capellán se lanzó hacia adelante, pero el castellano plantó la palma de su mano sobre el pecho de Gerataus y lo empujó hacia atrás. Parecía listo para saltar una vez más, pero la voz del capitán de la nave acabó con la tensión.

-Mis señores, una nave xenos está ahora mismo pasando cerca de nosotros, efectuando un barrido con sus sensores. Si los atacamos ahora, tendríamos el efecto sorpresa de nuestra parte.

-¿Cuánto tiempo falta para que estemos a plena capacidad operativa?- preguntó el castellano, mientras su mirada seguía fijada en Gerataus.

-El motor de la disformidad ya está en funcionamiento y los escudos están al ochenta por ciento. El cañón de bombardeo sigue todavía en reparación, pero todos los demás sistemas de armas están listos. (Un cañón de bombardeo, o macrocañón, es un arma normalmente sólo usada por las naves de los Marines Espaciales, montada en la parte dorsal de sus naves. Consiste en un acelerador lineal que lanza proyectiles magma y suele usarse para bombardeos planetarios, aunque sus efectos son devastadores cuando es utilizada contra otra nave, nt)

El castellano únicamente tardó unos segundos en evaluar la situación antes de responder. **-Capitán, Saque al *Inevitable Venganza* de la órbita y vayamos a vengar la perdida de los Ejecutores y del *Guillotina* con la sangre del nuestros enemigos**- el estruendo de la actividad inundó el puente cuando la tripulación se preparó para la batalla, casi ahogando la voz que emanaba del vox. Gerataus se apartó finalmente de Agentha y se acercó a la estación de vox. Hizo girar con fuerza uno de los diales hacia la derecha hasta que la voz de la iteradora subió hasta alcanzar un incómodo volumen. **-¡Mirad! ¡Vamos a la batalla sabiendo que pronto seremos bendecidos por la voz del Emperador!**

El *Inevitable Venganza* irrumpió desde el cinturón de polvo de Remonora Majoris como un leviatán de las profundidades, con su proa abriéndose paso y esparciendo sobre su casco los escombros y restos de las naves espaciales destruidas hacía tantísimo tiempo. Tomadas por sorpresa, dos de las elegantes naves Eldar se encontraron, súbitamente, de lleno en la línea de fuego del crucero de ataque y pronto hubo más restos flotantes orbitando sobre el planeta. Las otras naves Eldar tuvieron que alterar bruscamente sus rumbos y atacaron pero, las punzantes lanzas de energía que anunciaban su curso, rebotaron inútilmente sobre los escudos del *Inevitable Venganza*. Con el factor sorpresa ésta vez del lado de los Templarios Negros, la batalla estaba tomando un curso muy diferente al del primer encuentro.

En el puente, la voz de la iteradora estaba alcanzando un crescendo, a un volumen tal alto que el sonido del fuego de las armas alienígenas que golpeaba los escudos apenas era audible. A través del occulus, Agentha vio como otra nave de los Eldar era destrozada por las baterías de armas de la fortaleza espacial, iluminando la oscuridad del espacio con explosiones como grandes flores naranjas. Vio a dos naves xenos separándose de la formación principal y dirigirse hacia el puente del crucero de ataque. La primera fue derribada y estalló en el vacío, pero la segunda era dirigida por su piloto con gran habilidad. La pequeña nave esquivó y burló, evitando hábilmente el fuego imperial, mientras mantenía sus armas dirigidas hacia el puente durante todo ese tiempo. Los escudos resistieron y el merodeador Eldar pagó su exceso de confianza. Los cañones del *Inevitable Venganza* dieron en el blanco, arrancando un ala de la nave alienígena. Pese a su inminente muerte, el piloto se mantuvo firme en su rumbo y, en un último acto de desafío, intentó embestir el puente con su averiada nave.

-¡Todos los escudos al frente!- gritó el capitán en el puente.

La nave Eldar estalló contra un muro de energía. Tal fue el resplandor de la explosión, que Agentha tuvo que taparse los ojos, y cuando su visión volvió, vio que varias naves enemigas se habían separado de la formación principal, envalentonadas por las acciones de sus camaradas.

-¿Cómo están nuestros escudos, capitán?- ladró el castellano, luchando por hacerse oír por encima de las sirenas y de la voz de la iteradora.

-Éste ataque nos ha hecho daño. Estamos a menos del cuarenta por ciento.

Todas las armas frontales del *Inevitable Venganza* abrieron fuego a la vez, interponiendo un muro de fuego entre éste y los asaltantes Eldar. Más naves Eldar fueron destruidas, pero aún más se separaron de la formación principal hasta que todas las naves xenos estuvieron usando su superior maniobrabilidad, golpeando con rapidez y luego retirándose más allá del alcance de los cañones de los Templarios Negros. Otro navío Eldar recibió un impacto directo, que le hizo girar y disparar a otro de los atacantes.

A través del occulus, Agentha vio a una de las naves más pequeñas zigzaguear entre las nubes de escombros y las descargas de los cañones, imitando las acciones del anterior navío, que tanto se había acercado a colapsar los escudos. El castellano Kaleb también la vio.

-¡A todas las estaciones de artillería, dirijan su fuego contra la nave más pequeña!- ordenó el castellano por el vox.

Las lanzas de energía amarillas y naranjas buscaron la pequeña nave alienígena, pero su pequeño tamaño hacia que casi fuera imposible acertarla. Según se acercaba al puente del *Inevitable Venganza*, un disparo estuvo a punto de lograr un impacto directo, pero en lugar de eliminar la nave, sólo logró chamuscar su casco.

-¡Preparados para el impacto!- ordenó Kaleb mientras la nave aceleraba inexorablemente hacia los dañados escudos.

La última cosa que Agentha escuchó antes de que la oscuridad la envolviera fue el discurso de la iteradora llegando por fin a su término.



Agentha recuperó la consciencia y se encontró con un siervo de los Templarios Negros vendándola la herida de su cabeza; se había vuelto a abrir con el golpe. Entrecerrando sus ojos, sus lentes se debían haber caído al suelo después de que perdiera el conocimiento, vio las ennegrecidas carcasas de las naves Eldar colgando en el vacío. Por la ausencia de actividad en el puente, y el silencio de las sirenas de alerta, la hermana presumió que los Templarios Negros habían ganado la batalla.

Sin embargo, se notaba la ausencia de otro sonido.

El siervo terminó de colocar el vendaje, dejando unos cuantos mechones del pelo castaño rojizo de Agentha bajo el mismo, y se marchó. La hermana se levantó del suelo hasta ponerse de rodillas y comenzó pasar sus manos sobre la cubierta, intentando localizar sus gafas. Mientras lo hacía, una sombra gigante se deslizó sobre ella. Miró hacia arriba, esperando encontrar al capellán Gerataus, pero en su lugar, vio al castellano Kaleb. Su enorme mano estaba extendida y sobre la palma estaban las gafas, con uno de los cristales agrietados, pero por lo demás, intactas. Cogió las lentes que la ofrecía y las empujó bien apretadas sobre su nariz.

-¿La señal?, ¿era él…?- comenzó a decir la hermana, pero dejó de hablar cuando vio que el castellano estaba señalando algo.

Allí, en uno de los laterales del puente, estaba los destrozados restos de la estación vox, con el arcano crozius del capellán Gerataus incrustado sobre ella.

Agentha levantó la vista hacia el castellano, que la sonrió con tristeza. **-Hermano Atreo. Por favor, escolta a la hermana Agentha de regreso a su cámara-** le ordenó. Atreo asintió y se puso rápidamente a su lado. Agentha se recolocó ligeramente sus ropas y se limpió los dedos en ellas, dejando unas manchas rojas tras ellos.

-¿Eh, hermana?- dijo el castellano justo cuando ella estaba en el umbral del puente. Se volvió para atrás para ver al Templario Negro que seguía con la misma triste sonrisa. **-Por favor, trate de mantenerse fuera del camino del capellán durante el resto de tiempo que viaje con nosotros.**

Agentha simplemente empujó sus anteojos nuevamente sobre el puente de su nariz y se despidió.

Casi fin



Crucero Ligero de los Templarios Negros

FIN


C Z DUNN
LA NAVE DE LOS
CONDENADOS
UNA HISTORIA CORTA DE LA LEGIÓN DE LOS CONDENADOS
WARHAMMER
40,000

LA NAVE DE LOS

CONDENADOS

‘Ship of the Damned’ por C Z Dunn

[Enhaced]

Traducción **Rodina**

Corrección Iceman ts 1.5



Hermana del Ordo Dialogous

Un relato de la hermana Agentha, del Ordo Dialogous
(the Fractured Cipher - Rompedora de Códigos, en el original, nt)

(El Ordo Dialogous es una Orden no militante del Adeptus Sororitas, una orden de eruditas, especialistas lingüistas en idiomas humanos y xenos. Suelen servir como traductoras, descifradoras de códigos, profesoras, etc. Nt)



Agentha miró a lo largo de toda la capilla y su fija mirada le fue devuelta por docenas de ojos de mirada vacía y ausente. Vestidos con unos asquerosos harapos, la sucia multitud permaneció en silencio, inmóvil, absorta, contemplando a la mujer con un traje rojo óxido que se dirigía a ellos desde el atril elevado. Agentha se quitó lentamente sus gafas y las limpió cuidadosamente, procurando no dañar aún más la rajada lente izquierda. Luego se las volvió a poner y las empujó por encima del puente de su nariz. Se aclaró la garganta.

-¿Alguno?- ella examinó la habitación mientras preguntaba. **-¿Nadie?**

A medida que los ojos de Agentha se posaban sobre ellos, muchos de los niños desviaron la mirada, mirando hacia el suelo o al corroído techo de su improvisada escuela. Algunos pusieron sus dedos sobre sus labios fruncidos, fingiendo reflexionar profundamente, mientras que otros no hicieron intento alguno de responder, prefiriendo seguir mordiéndose las uñas o bostezando con aburrimiento.

-¿Ni uno sólo de vosotros es capaz de decirme la fecha de la fiesta de la Ascensión del Emperador?

Agentha extendió los brazos hacia arriba, con las palmas de las manos abiertas, en un gesto de abierta exasperación. La pesada tela de sus mangas se agitaba suavemente gracias a las vibraciones de los motores de sub-disformidad. Al no recibir ninguna respuesta, la hermana Dialogous optó por una táctica diferente.

-Seelia. ¿Está tu mundo de origen tan lejos de la luz del Emperador que habéis olvidado honrar el aniversario del sacrificio que éste hizo por el bien de toda la humanidad?

La chica a la que Agentha había preguntado puso una cara como la de un pequeño roedor atrapado por un haz luminoso y sus mejillas enfermizamente pálidas, por años de no ver la luz natural, comenzaron a enrojecer.

-No es de extrañar que tu familia y tú hayáis decidido comprar un pasaje en

una nave de peregrinos. Tal vez hayas visto algunas de las sagradas maravillas del Imperio, los muchos monumentos, e incluso planetas enteros, construidos y dedicados para honrar al Emperador, tal vez luego será posible que vuelvas a tu mundo para iluminar a los infieles que dejaste atrás.

Agentha era consciente de la mentira que había en sus palabras. Las naves de peregrinos que cruzaban lentamente las rutas de sub-disformidad del espacio por toda la galaxia, muy rara vez volvían a los mundos de donde habían partido. Aquellas naves que tenían la suerte de evitar los ataques de los piratas, los xenos y otros depredadores del vacío, y sobrevivir, podían tardar cientos, si no miles, de años en completar el circuito de ida y vuelta hasta volver a sus puntos de origen. Tras dejar de prestar atención a Seelia, ahora sollozando, Agentha dirigió su mirada a otra de las chicas de la clase, una delgada con el pelo negro, que tragó con nerviosismo cuando notó que ahora ella era el objetivo del interrogatorio de la hermana.

-Ephrael. Se han festejado al menos trece celebraciones de la Ascensión a bordo del *Heraldo de la Piedad*. ¿Sin duda recordarás el día en el que se celebra?

La chica se quedó mirando a Agentha con sus oscuros y grandes ojos. Ephrael era una nacida en el vacío (voidborn en el original, nt), uno de los muchos niños cuya vida había comenzado a bordo de la nave y que nunca habían puesto un pie sobre la superficie de ningún planeta o luna. Al haber transcurrido toda su vida dentro del crepúsculo artificial de las cubiertas de pasaje y no haber sido nunca expuesta a la iluminación natural, sus ojos habían crecido, haciéndose más grandes de lo normal, para poder absorber toda la luz disponible y sus iris era solamente una estrecha franja azul. Pese a esto, Ephrael parecía totalmente humana, a diferencia de los nacidos en el vacio de tercera o cuarta generación, en los que en el blanco de los ojos había desaparecido completamente, sustituido por un color negro como la tinta. Los que no morían al nacer, a manos de sus aterrados padres, y sobrevivían a la infancia, solían terminar en las entrañas de la nave, viviendo con otros que habían sido rechazados de manera similar.

-No lo sé, mi señora- respondió Ephrael, mordiéndose los labios.

Agentha la sonrió cálidamente. **-Gracias por tu honestidad, hija mía**- su sonrisa se desvaneció y miró por encima de sus gafas rotas. **-Pero, ¿cuántas**

veces tengo que decir, a todos vosotros, que os dirijáis a mí como "hermana", no como "mi señora"?

Había pasado más de un año desde que Agentha había conseguido un pasaje en el *Heraldo de la Piedad*, pero el temor a tener una hermana del Adeptus Sororitas, incluso de una orden menor, como la Dialogous, aún estaba presente. Desde el mismo momento en el que el capitán Keifmann había estado entusiastamente de acuerdo con transportarla hasta el siguiente mundo que poseyera un puerto espacial de categoría razonable, todos los que la rodeaban la habían tratado de forma especial, con mucho respeto. El capitán la había ofrecido que eligiera uno de los camarotes de los oficiales, incluso sugirió que él vaciaría su propio alojamiento si ella así lo deseaba. Agentha rechazó vehementemente todas esas ofertas y, en su lugar, optó por vivir en los espartanos cuartos del sacerdote adosados a la capilla principal del *Heraldo*.

Pese a que el predicador de la Eclesiarquía a bordo había muerto hacia unas décadas a causa de alguna enfermedad contagiosa que había barrido toda la nave, la capilla se había mantenido en mejor estado que otras áreas del envejecido navío. Algunos laicos, miembros del pasaje, dirigían a la congregación durante la oración diaria, y los pocos que tenían un mínimo de instrucción utilizaban el lugar como escuela, enseñando lo poco que sabían a los niños de los peregrinos. Aunque Agentha no podía servir al Emperador en la función para la que había sido entrenada hasta que llegara al convento de la Orden de las 'Rompedoras de Códigos', eso no significaba que no pudiera efectuar otros servicios. Por lo tanto, ella se había hecho cargo de la predicación y de la enseñanza a las pocas horas de subir a bordo de la nave.

Sin embargo, todo esto no había estado exento de problemas.

Para una nave que podía transportar cómodamente a cinco mil peregrinos, e incómodamente a tres veces esa cantidad, la capilla era muy pequeña, capaz de albergar solamente a unos cientos de almas. La primera vez que Agentha presidió la celebración de la oración, casi todas las personas a bordo del navío, tripulación incluida, habían intentado asistir. La revuelta que se originó tardó dos días en ser sofocada por la milicia de la nave, y causó la muerte de casi un centenar de almas. Sólo se calmó la violencia cuando Agentha se dirigió a toda la nave por sistema interno de vox y les prometió que dirigiría múltiples sesiones de oración cada día y en diferentes lugares del navío.

También hubo problemas al principio de sus clases. Se produjeron acusaciones cruzadas entre padres porque algunos de ellos habían desalojado por la fuerza a otras familias de peregrinos de las cubiertas más cercanas a la capilla en un esfuerzo por inscribir a sus propios hijos bajo la tutela de Agentha, varios hombres y mujeres mayores de edad trataron de hacerse pasar por menores en un intento por aprender a leer y escribir. Una vez más, Agentha medió y encontró una solución viable. A los niños más pequeños les daba clase algunas horas por la mañana, los niños mayores recibían las clases por la tarde, y los adultos que desearan mejorar sus conocimientos podían asistir la tarde antes de que Agentha comenzara su ronda a lo largo de la nave para dirigir las oraciones de reverencia al Emperador.

Aunque la hermana Dialogous encontraba enervante toda la atención y adoración que había atraído, comprendía perfectamente el razonamiento que había detrás. El *Heraldo de la Piedad*, como todas las naves de peregrinos, no era capaz de viajar por la disformidad y durante su lento viaje hacia Terra hacía frecuentes paradas en Mundos Santuarios y otros lugares sagrados. Viajar de un planeta a otro podía llevar décadas y muchos de los que estaban a bordo nunca habían experimentado el éxtasis y el fervor de poner un pie sobre la misma tierra que una vez había pisado el propio Emperador, o de ver una reliquia sagrada que una vez tocó con sus propias manos. Al ser Agentha una miembro de la orden Sororitas, una novia del Emperador como algunos las llamaban, ella tenía una línea directa con el Trono Dorado y, por lo tanto, era venerada por los peregrinos.

A pesar de comprender el razonamiento, Agentha seguía acostándose a altas horas de la madrugada, rezando al Emperador para que la concediera un poco más de tiempo para dormir.

Agentha bajó del atril y caminó por el suelo de la capilla, moviéndose a lo largo del pasillo, entre los bancos de los alumnos, hasta más allá de una tosca estatua del Emperador, parecía haber sido tallada por alguien, al que otra persona con un severo caso de cataratas, le había contado lo que le parecía el Emperador. Las cabezas se giraron, mirando hacia el suelo, mientras los pies calzados con botas pisaban la cubierta de metal. A medio camino de las filas de los sencillos bancos, se detuvo y puso su mirada sobre un joven rubio que estaba silbando entre dientes, con la vana esperanza de que si él la ignoraba, la hermana a su vez lo ignoraría.

-Constantin Urfmeier, estoy segura de que tú sí que sabes la fecha de la fiesta de la Ascensión del Emperador.

Hasta donde Agentha sabía, el chico, a pesar de estar ya cerca de la edad adulta, había recibido algún tipo de educación antes de subir a bordo del *Heraldo* y, pese a pasar todas las tardes en clase, solía acudir a varias de las sesiones nocturnas de oración dirigidas por ella. Todo lo que él muchacho había ganado en conocimientos y todo lo fuerte que era su fe, solamente eran igualadas por su profunda timidez, siempre reacio a responder voluntariamente delante de sus compañeros de clase.

Agentha nunca averiguaría si Constantin Urfmeier sabía realmente cuándo se celebraba la fiesta de la Ascensión del Emperador o, si de hecho, como ella sospechaba, también sabía que la fecha exacta de la celebración aún era objeto de discusión entre diferentes facciones dentro de la Eclesiarquía y otras ramas del Imperium. Justo en el preciso instante en el que Constantin encontró el valor para abrir sus labios, preparándose para responder, una bronca estalló en la parte frontal de la capilla atrayendo el interés de toda la clase, lo que hizo que el muchacho permaneciera en silencio.

-¡Eso es mío! ¡Devuélvemelo!- gritaba un niño pequeño. Un muchacho mucho más grande estaba sobre él, sujetando en alto y fuera del alcance del niño pequeño, algo que parecía una pelota negra.

-¿O qué, Dolgan? ¿Se lo vas a decir a tu sucia madre, refugiado asqueroso?- se burló el chico mayor.

-¡Vosotros dos, volveros a sentar ahora mismo!- gritó Agentha, caminando a grandes zancadas hacia el lugar donde los dos niños se estaban peleando. Como es fácil de comprender, cuando tantas personas de tan diferentes orígenes eran colocados juntos en un espacio tan reducido, habían surgido muchas camarillas y grupos entre los peregrinos, no sólo entre los niños, también sucedía con los adultos. Compartir mundo de origen era uno de los puntos en común más obvios, pero incluso dentro de los grupos procedentes del mismo planeta surgían diversas facciones a causa de las fronteras regionales y raciales, o por la afiliación a una de las diferentes sub-ramas del credo imperial. Dolgan pertenecía a uno de los grupos más pequeños y más nuevos a bordo del *Heraldo*, pero, a pesar de haber tenido meses para integrarse con sus compañeros de clase,

apenas había hablado con alguien que no hubiera subido a bordo junto a él.

Los dos chicos ignoraron a Agentha.

-¡Devuélvemelo ahora mismo, Stevan! Es mío. Lo cogí cuando el Marine Espacial lo dejó caer- escupió Dolgan. Echó un brazo hacia atrás, listo para lanzar un golpe, pero otro chico, algo mayor y una cabeza más alto que Dolgan, saltó de su banco y le agarró por el brazo, impidiéndole golpear a Stevan.

-¡Cállate!- siseó el otro chico. Su pelo era de un color marrón claro, tan rizado como el de Dolgan, y con el mismo tono casi albino de piel. **-¡Se supone que no debes decir nada!**

Agentha se detuvo en seco. Dolgan, y el otro chico, Yurkan, no habían llegado a bordo de la misma forma que el resto de peregrinos. En lugar de unirse al *Heraldo* en uno de los Mundos Santuarios o en una de las muchas paradas de reabastecimiento de su aparentemente interminable viaje, los dos niños, junto con otra cincuentena de refugiados, habían sido encontrados a la deriva en el espacio profundo, en una lanzadera que emitía una débil señal de socorro, a la que acudió el capitán Keifmann. Debido a que ninguno de los refugiados hablaba bajo gótico, se había llamado a Agentha para que sirviera como intérprete, pero la hermana había sacado muy poca información de los náufragos. Estos afirmaron que su mundo natal, Sertis, había sido atacado, algo muy común en el Sector Draconis, y que ellos eran los únicos supervivientes. Cuando se les preguntaba cómo se las habían arreglado para sobrevivir, ni uno solo de ellos respondía.

En los meses siguientes, los pocos niños que había entre los refugiados sertisianos habían asistido todos los día a clase, y parecía que estaban haciendo muchos progresos en el aprendizaje del bajo gótico, pero los adultos habían hecho muy pocos esfuerzos para integrarse, o incluso para comunicarse, con el resto de sus compañeros de viaje. Los náufragos no habían dicho nada sobre cómo habían salido del planeta, y ahora, Dolgan hablaba de Marines Espaciales. ¿Podría ser el castellano Kaleb y sus Templarios Negros quienes acudieron en su ayuda? Hacía poco más de un año que el castellano había dejado a Agentha en el Mundo Santuario de Stern, y era muy probable que aún estuvieran operando dentro del sector. Si se trataba de los Templarios Negros, ¿por qué los sertisianos eran tan reticentes a hablar sobre ello?

-¡Eres un mentiroso! ¡Un sucio refugiado mentiroso!- se burló Stevan. **-¡Nunca has visto ningún Marine Espacial ni esto es de ninguno de ellos! Es un tótem que tú, y la hereje de tu madre utilizáis para practicar brujería.**

-¡Ya es suficiente!- la voz de Agentha resonó con tanta fuerza que no sólo hizo que se callara Stevan, también acalló a los otras doscientas almas que había en la capilla y que ya habían comenzado a murmurar sobre el verdadero objetivo de la esfera oscura. Ella llegó hasta donde los dos chicos sertisianos se enfrentaban al musculoso Stevan y se interpuso entre ellos. **-No se deben hacer acusaciones de herejía a la ligera, y menos en la propia casa del Emperador. ¿Está claro, jovencito?**

La cabeza de Stevan se hundió en su pecho y se quedó mirando al suelo. **-Sí, mi señora. Quiero decir, hermana. Sí, hermana.**

-Yo lo cogeré- dijo Agentha, y arrebató sin el menor miramiento el orbe de las manos de Stevan. Dolgan comenzó a protestar, pero Yurkan volvió a controlar de nuevo a su amigo.

Agentha cogió el objeto entre sus manos, maravillándose ante la lisa superficie cubierta de una intrincada y fina tracería, que parecía estar pintada o impresa, en lugar de tallada. Aunque su fría superficie sugería que estaba hecha de metal, era bastante ligera. Sin embargo, cuando la golpeó con una de sus descuidadas uñas, la pelota no sonaba a hueca, parecía solida.

-¿Dolgan, dónde has encontrado realmente esto?- preguntó amablemente. El niño ya había pasado por demasiadas desgracias pese a su escasa edad, su padre había muerto durante la huida de Sertis, según había logrado averiguar Agentha, e intimidando al niño, era muy poco probable que consiguiera obtener algún resultado positivo a sus preguntas.

Dolgan alzó unos ojos llenos de lágrimas hacia la hermana vestida con una túnica naranja. **-¡Pero es la verdad! El Marine Espacial con armadura negra lo dejó caer.**

Agentha estaba a punto de preguntarle al niño sobre el Marine Espacial, cuando las enormes puertas de madera se abrieron de golpe, el sonido de las mismas chocando contra los mamparos metálicos atrajeron la atención de todos. Tres figuras uniformadas entraron en la capilla, portando pistolas automáticas

enfundadas en sus caderas. Agentha los conocía a todos por las sesiones nocturnas de oración a las que solían acudir la tripulación, eran Aswald, Vorchek y Bukwald, de la milicia de la nave. Éste último, el de mayor graduación de los tres, se acercó a ella, mientras que los otros dos permanecían en el umbral de la capilla.

-**Disculpe mi intromisión, mi señora-** dijo Bukwald, quitándose la gorra e inclinando levemente su cabeza. Agentha se guardó la esfera de metal en uno de los bolsillos de su túnica. **-El capitán quiere verla inmediatamente.**

-¿Ha dicho por qué quería verme, agente Bukwald?- preguntó Agentha.

Bukwald miró nerviosamente el compartimiento lleno de niños, y luego volvió sus ojos de nuevo hacia la hermana Dialogous. Su mirada dijo más que sus palabras. **-Preferiría no decir nada aquí, mi señora.**

-Muy bien agente. Lléveme hasta allí.

Agentha se volvió hacia los tres niños que habían interrumpido la clase de la tarde. **-Ya hablare mañana con vosotros. La clase ha terminado-** dijo antes de subirse de nuevo las gafas hasta el puente de la nariz y seguir a los tres agentes fuera de la capilla.



-¿Y ha estado transmitiendo el mismo mensaje desde que recibió la señal por primera vez?- preguntó Agentha, inclinándose sobre el improvisado y recompuesto sistema de vox. Con los circuitos impresos al descubierto y los cables pelados, la vieja consola de comunicaciones crepitaba mientras transmitía una y otra vez las mismas débiles palabras, interrumpidas ocasionalmente por el sonido del tañido de una campana.

-Ni la menor variación, mi señora- dijo el capitán Keifmann, con su voz seca y áspera. **-Sólo un bucle con la voz de hombre repitiendo las mismas palabras y el sonido de esa infernal campana**- Keifmann era un hombre entrado en años, sin duda a punto de cumplir la centuria, y cada año de su vida estaba marcado en las profundas líneas y arrugas de su cara. Había sido capitán del *Heraldo de la Piedad* durante más de la mitad de su vida y era la duodécima generación de su familia que comandaba el transporte de peregrinos.

-¿Hay una alguna forma de aumentar la señal? No puedo entender lo que está diciendo- preguntó Agentha, inclinándose aún más sobre la rejilla del deslustrado altavoz de latón. De repente, la hermana se vio superado por una sensación de 'deja vu', los recuerdos la inundaron, y se vio de nuevo en el puente de mando de la nave de los Templarios Negros, escuchando un mensaje de vox tan cargado de estática como éste.

Un hombre mucho más joven, Brynla, uno de los muchos, muchos nietos de Keifmann, la respondió. **-Lo siento, mi señora. El vox de larga distancia apenas es operativo. Estoy sorprendido de que esté captando algo**- el joven estaba agarrando por el codo al capitán, sujetando a su frágil abuelo, mientras los dos hombres escuchaban la señal, ambos igualmente desconcertados.

Agentha les dedicó a ambos una débil sonrisa. El *Heraldo* llevaba surcando las rutas de peregrinación del Imperio a velocidad sub-disformidad desde hacia miles de años y, aunque su estructura eran tan sólida como el día en el que salió de algún olvidado astillero orbital, sus sistemas, los que aún funcionaban, estaban solamente unidos y en funcionamiento gracias a la cinta aislante y la fe ciega. **-¿Están transmitiendo en algún canal de socorro?**

Brynla miró a su abuelo, que le devolvió la mirada igualmente desconcertado. **-**

Yo… no lo sé, mi señora- al igual que los sistemas electrónicos de la nave y sensores, se habían ido estropeando con el paso de los siglos, también, con el paso del tiempo, había ido desapareciendo el conocimiento de los tripulantes para hacerlos funcionar. Los sistemas esenciales, como el aire, los filtros de purificación del agua y los motores, habían sido mantenidos correctamente durante todas las dinastías que habían pasado por el puente de mando de la nave; el conocimiento para ello era transmitido de padres a hijos, de madres a hijas, de manera que el *Heraldo* pudiera cruzar las estrellas por toda la eternidad, si así fuera necesario. Pero los sistemas menos vitales, como el vox y la calefacción, no habían sido cuidados correctamente y, a falta de equipos expertos, sólo algunos entusiastas aficionados intentaban mantenerlos operativos.

-¿Qué cree que es?- preguntó Keifmann, soltando su codo de las garras de Brynla y acercándose más a Agentha.

-No estoy segura- respondió ella, con el oído aún cerca del altavoz. **-No entiendo lo que dice, pero reconozco la urgencia en la voz. Tanto si está siendo transmitida por un canal de socorro o no, suena como alguien que estaba en problemas.**

-¿Estaba?- exclamó Keifmann.

-Sí. El mensaje podría ser de hace décadas, incluso siglos. ¿No cree que…?

El anciano había puesto una mano sobre la consola para mantener el equilibrio, acariciándose la barbilla con la otra mientras meditaba.

-¡Oh, no!- dijo Agentha. **-¡Va a volver a hacerlo!**

Keifmann era un alma noble y gentil, un raro optimista en un universo duro e implacable. El capitán había entregado toda su vida al servicio del Emperador, transportando a los fieles a través de las estrellas para venerar Su nombre, sabiendo que no recibiría ninguna recompensa en vida. Su mayor esperanza era que un día, dentro de muchos años, el *Heraldo* pudiera llegar finalmente a Terra para que sus descendientes pudieran contemplar con sus propios ojos el Palacio Imperial, la Ciudad de los Suplicantes y otros lugares que figuraban en las lecturas sagradas y en las Escrituras. Siempre que su buen corazón no hiciera que él, y el resto de los que iban a bordo, murieran durante el viaje.

Agentha volvió a tener nuevamente esa horrible sensación de deja vu,

recordando una experiencia similar seis meses antes, cuando el *Heraldo* había captado un mensaje similar.

-Creo recordar sus advertencias, antes de que recogiéramos a los náufragos sertisianos. ¿Me va a recomendar otra vez que sea prudente, mi señora?- dijo Keifmann, el brillo en los ojos del capitán desmentía su avanzada edad.

Agentha suspiró. En aquella ocasión, ella había advertido a Keifmann para que no se dirigiera hacia la señal de socorro, ya que había muchas posibilidades de que fuera muy antigua, o peor, que se tratara de una trampa diseñada por piratas xenos. Afortunadamente para todos los que estaban a bordo del transporte de peregrinos, así como para los refugiados sertisianos, esos temores se habían demostrado totalmente infundados. **-Tuvimos suerte la última vez, pero la ley de probabilidades…**

-La única ley que me importa es la del Emperador de la Humanidad- la interrumpió educadamente Keifmann. **-Si sus fieles están a la deriva entre las estrellas, tengo la obligación de ir en su ayuda.**

Agentha había pasado toda su vida estudiando no solamente lingüística y los idiomas tanto de humanos como de alienígenas, también había estudiado los principios del Credo Imperial y la Santa Palabra del Emperador, y no recordaba un solo caso en la que la fe que compartía con el capitán hubiese abrazado la compasión. Pero, en vista de la expresión del rostro de Keifmann, no se sentía capaz de decirle eso.

-¿Cuánto tiempo tardaremos antes de que la nave esté lo suficientemente cerca como para que podamos ver nuestro objetivo y abordarlo?

Brynla se fue hacia el lado opuesto del puente de mando y consultó una pantalla de auspex. **-Cinco horas, tal vez seis-** dijo, después de golpear un par de veces con su puño la base del sistema.

-Bien, entonces, al menos, tengo algo de tiempo para intentar descifrar el mensaje, para intentar averiguar si todo esto es una locura- Agentha metió la mano en uno de los muchos bolsillos de su túnica y sacó un delgado palo de carbón vegetal. **-¿Tenéis algo en lo que pueda escribir?**

De pronto, se escuchó el desagradable sonido de un pergamino al desgarrarse.

-Aquí tiene- dijo una servicial voz femenina detrás de la hermana.

Mientras el *Heraldo* estaba en tránsito entre dos sistemas, el puente de mando solo requería la presencia de una mínima tripulación que estuviera en alerta para el improbable caso de que la recepción de una transmisión de vox o que el auspex devolviera alguna lectura. Dentro de unas horas, cuando la nave estuviera realizando la compleja maniobrar para acoplarse a la fuente de la misteriosa señal, toda la familia Keifmann estaría en sus puestos. Ahora mismo, sólo estaban presentes, el patriarca de la familia, Brynla y su hermana gemela, Katylyna, que estaba en pie junto a la hermana Dialogous, con un andrajoso tomo en una mano, y una página arrancada del mismo en la otra. Katylyna ofreció la hoja suelta a Agentha.

-Por favor, hija. Un poco de respeto- a pesar de que Katylyna era la mayor de las dos mujeres, Agentha se dirigió a ella como si fuera una niña, no solamente porque estaba acostumbrada a tratar así a sus alumnos, también era un vestigio de sus días en el convento. **-Esa no es forma de tratar un libro.**

Avergonzada, Katylyna volvió a colocar cuidadosamente el libro, una especie de manual por lo que aparecía en la cubierta, en un pequeño hueco y polvoriento, donde era probable que hubiera estado desde que había sido llevado a bordo. Entonces, casi con reverencia, colocó una raída manga sobre su mano y frotó la piel muerta y otros detritus que se habían formado a lo largo de los años sobre el libro dañado y otros tomos en similar estado colocados junto a él.

El ceño fruncido fue desapareciendo de la cara de la hermana mientras se inclinaba tanto como pudo sobre el altavoz del vox, transcribiendo las palabras que estaba escuchando, todas y cada una de las silabas pronunciadas, en un impecable gótico alto.

Tras despedirse, dejando a Keifmann y a su progenie despertando al resto de su clan para preparar el procedimiento de acoplamiento que pronto deberían realizar, Agentha regresó a la capilla.



Agentha cerró otro libro con frustración, el ruido resonó a todo lo largo de la inusualmente vacía capilla. En ese momento del ciclo de la nave, la capilla debería estar llena de fieles siendo dirigidos en sus oraciones y devociones por la novia del Emperador. En cambio, la hermana estaba sola en el atril, estudiando cuidadosamente la pequeña colección de libros que había ido acumulando desde que había sido cedida por su orden, en virtud de un antiguo pacto entre la orden Dialogous y los Templarios Negros.

El castellano Kaleb la había regalado un libro de la enorme biblioteca que había a bordo del *Inevitable Venganza*, y aunque era un tomo muy raro e impresionante, "*El Espejo de Humo*", de Gideon Ravenor, no la estaba siendo de ninguna utilidad para descifrar las extrañas palabras que había escrito en los márgenes de la página arrancada.

Durante el tiempo que Agentha había permanecido en el planeta Stern's Remembrance (Conmemoración de Stern, nt) había ampliado notablemente su biblioteca, y aunque todos los libros que había comprado eran a la vez muy codiciados e interesantes, ella todavía sentía una punzada de culpabilidad. Mientras trabajaba como escriba, se había comprometido a guardar todo el dinero que ganaba para poder volver con su Orden, gastando sólo lo necesario en comida y agua. Sin embargo, de alguna forma, cada vez que caminaba por una de las muchas plazas de mercado que salpicaban la laberíntica capital planetaria, algunos comerciantes estaban vendiendo algún nuevo título que acababan de adquirir, posiblemente vendidos por peregrinos que trataban de reunir dinero para continuar su viaje. A pesar de que sabía que los libros que compraba estaban retrasando su regreso con sus hermanas, eso era compensado por la gran cantidad de conocimientos que llevaría de vuelta con ella.

Agentha cogió del suelo un libro grande, de tamaño folio, encuadernado en fina piel, y lo colocó sobre el atril. Durante las últimas horas había regresado a ese libro una y otra vez, pero si éste contenía la clave para descifrar la transmisión interceptada, aún no la había encontrado. "*Los dialectos del Sector Draconis*" era el primer libro que había adquirido durante su parada temporal en el Mundo Santuario y, aunque el autor era anónimo, él o ella, había reunido un muy logrado estudio sobre las diferentes lenguas de casi mil mundos.

Durante los seis meses que había estado varada en Stern's Remembrance, Agentha había aprendido catorce nuevos idiomas, tres de los cuales eran totalmente ajenos a cualquier otra que hubiera aprendido con anterioridad. Por desgracia, ninguno de sus catorce años, ni los doscientos nueve idiomas que había aprendido durante su estancia en la schola progenium o dentro de la Orden de las Rompedoras de Códigos, le era ahora de utilidad, como si el idioma que estaba siendo transmitido desde la nave a la deriva fuera algo totalmente nuevo. O, como Agentha había sospechado desde el principio, era muy antiguo, un lenguaje que ya estaba muerto antes de que el *Heraldo de la Piedad* navegara entre las estrellas.

Tras chuparse la yema de sus dedos, ella siguió hojeando las páginas amarillentas, leyendo los títulos de los capítulos y las primeras líneas de cada uno de ellos, en la remota posibilidad de que hubiera algo que se le hubiese escapado anteriormente. Se detuvo en uno de los apéndices, que describía los posibles vínculos entre los idiomas de los mundos marginales del Sector Draconis y ciertas lenguas xenos. La simple posesión de ese libro podía acarrear un castigo a la hermana, posiblemente más, incluso la excomunión o la muerte, por parte de algunas de las componentes más militantes de su Orden, pero, después de susurrar correctamente una letanía para proteger su alma inmortal, siguió hojeando rápidamente las páginas. Una palabra en particular llamó su atención, no era una coincidencia exacta con algo del mensaje, pero una de las sílabas parecía compartir una raíz con otra palabra que había visto en un libro diferente. Ella cogió el papel suelto donde había copiado el mensaje y lo colocó como marca-páginas en el tomo sobre los dialectos del Sector Draconis.

Agentha estaba a punto de inclinarse hacia abajo y coger otro libro cuando volvió su atención hacia la página rasgada, no hacia las palabras que ella había escrito, sino en las que ya estaban impresas allí.

Eso era. No estaba viendo esto de la manera adecuada. Estaba escuchando la parte equivocada del mensaje.

Metió la página en uno de sus numerosos bolsillos y corrió de nuevo hacia el puente de mando.



El ruido sordo de dos grandes naves espaciales uniéndose suavemente reverberó a través del casco del *Heraldo de la Piedad* mientras Agentha corría hacia el puente. Una veintena de tripulantes, todos con características faciales similares y con el pelo parecido, se volvieron hacia la jadeante hermana de la Orden Dialogous vestida de naranja. Durante unos segundos, ella recuperó su aliento, inclinándose hacia adelante con las manos apoyadas en los muslos, luego apartó las sudorosas mechas de pelo castaño rojizo de su cara y se ajustó las gafas.

-Katylyna, el libro- dijo Agentha, respirando con dificultad. Incluso en su perfecto estado físico, gracias al entrenamiento del Adeptus Sororitas, el esfuerzo de atravesar casi treinta cubiertas había dejado huella. Tendió la página arrancada. **-Necesito el libro del que arrancaste esto.**

La mujer se abrió paso entre varios de sus hermanos, hermanas y primos hasta llegar a la estantería. Tras coger el libro, volvió a pasar la manga sobre el tomo, limpiándolo de polvo antes de entregárselo a Agentha.

-Atraque completado, capitán- informó uno de los tripulantes del puente, un duplicado casi exacto de Brynla, excepto por el pelo más claro y los ojos oscuros. **-Los agentes de la milicia están dirigiéndose hacía allí.**

-¡Tienes que detenerlos!- exclamó Agentha, buscando desesperadamente en el libro mohoso. Las páginas se iban arrugando por la fuerza con las que las estaba pasando, pero ella no parecía advertirlo, o no la importaba.

-¿Qué sucede? ¿Qué ha encontrado?- preguntó Keifmann, repentinamente preocupado.

Tras encontrar la página que estaba buscando, Agentha abrió el libro por la mitad, el tomo se quejó con un seco crujido. **-Nos concentramos en la parte equivocada del mensaje. Las palabras no eran importantes, o lo serían si pudiéramos entenderlas, pero la campana sí lo era. La campana nos está diciendo todo lo que necesitamos saber**- la hermana pasó el libro al anciano capitán, que tuvo problemas para sujetarlo en sus frágiles manos. Brynla intervino para ayudar a su abuelo, levantando el libro. Las palabras "*Señales de Llamadas de la Flota de Batalla Draconis*" estaban grabadas en pan de oro en el

dañado lomo del volumen, justo encima de otras impresas de manera similares que decían “*M33*”. Los ojos del anciano se abrieron de repente, mientras que el poco pigmento de su piel desaparecía con rapidez.

-Contacten con Bukwald por el vox- ordenó Keifmann, con la garganta seca. El sistema vox volvió a la vida, una estrepitosa estática mezclada con pitidos y el zumbido de otros instrumentos y cogitadores. Después de unos segundos, recibieron el distorsionado saludo de un hombre.

-Ya casi lo hemos atravesado, capitán- dijo Bukwald, la alegría se reflejaba en el tono de sus palabras. **-Tenía razón, señor. Aquí hay gente viva. Podemos oír cómo se mueven detrás de la esclusa de aire.**

Keifmann lanzó a Agentha una mirada de horror que nunca olvidaría durante el resto de su vida. En ese mismo instante, toda la esperanza, todo el optimismo, toda la fe que sostenían a Keifmann sangró lejos de él, como si su alma se hubiera convertido en una herida abierta.

-¡No están vivos, Bukwald¡ ¡Están muertos! ¡Todos ellos están muertos!- las palabras de Keifmann se perdieron entre los crujidos metálicos procedentes del vox.

-Repítalo, capitán. Me he perdido la última parte- dijo Bukwald.

-¡Es la plaga, Bukwald! La Plaga de la Incredulidad- Brynla soltó a su abuelo y se llevó las manos a su horrorizado rostro. Keifmann cayó de rodillas.

Lo que dijo a continuación quedó ahogado por el sonido de los distorsionados gritos que salían de los altavoces del vox. **-¡Son los zombis de la Plaga, Bukwald! Los zombis de la Plaga de los olvidados por el Trono.**



Las luces de emergencia rojas eran uno de los pocos sistemas arcaicos de a bordo que todavía funcionaban, pero, privados de las sirenas que las acompañaban, que hacía mucho tiempo que estaban estropeadas, los oxidados corredores del *Heraldo* adquirieron un aspecto surrealista. El sonido de las alarmas fue reemplazado por los gritos de los peregrinos, una creciente marea de humanidad que corría hacia la seguridad de las cubiertas superiores. Bajo el estroboscópico resplandor rojizo, Agentha nadó contra la marea humana, en dirección a un refugio muy diferente.

Seelia y su hermana pequeña, Dotta, pasaron junto a la hermana Dialogous. Agentha extendió un brazo engañosamente musculado y agarró a la niña mayor por el hombro. Sorprendida, Seelia se dio la vuelta, arrastrando con ella a su hermana Dotta.

-La capilla, vamos hacia la capilla. Allí estaremos a salvo- dijo Agentha, el tono de su voz era la personificación de la calma, en marcado contraste con el pánico que las rodeaba.

Seelia miró ansiosamente como su padre, haciendo caso omiso de que había dejado a sus hijas atrás, era tragado por la multitud, desapareciendo tras una curva del pasillo, sin ni siquiera lanzar una mirada hacia atrás.

-Solo hay sitio para los niños, Seelia- Agentha miró a Dotta, la cara de la niña estaba sucia por los regueros secos de las lágrimas. Seelia no dijo nada. Los suplicantes ojos de su hermana pequeña lo dijeron todo por ella.

Colocándose detrás de la veintena de niños que Agentha había reunido junto a ella, la novia del Emperador llevó a sus hijos hacia el santuario.



Cuando llegaron a las cubiertas inferiores, cerca de cincuenta niños seguían la estela de Agentha. Ella había sacado a muchos del flujo de peregrinos, pero algunos habían sido dejados a su cargo por padres desesperados que se habían dado cuenta de lo que estaba haciendo. Los niños más pequeños iban agarrados de la mano de los hermanos y hermanas mayores, o se aferraban a los pliegues de la túnica de Agentha. Algunos de los estudiantes mayores, que eran conscientes de la gravedad de la situación, Stevan, Constantin y Ephrael entre ellos, formaban un cordón de protección alrededor de los más pequeños, agarrando con firmeza patas arrancadas de las mesas y oxidados trozos de mamparo como improvisados garrotes.

En las cubiertas profundas de la nave ya no quedaba ningún peregrino, todos habían huido hacia los niveles más altos cuando la noticia de la infestación de la plaga zombi se había extendido contagiosamente a través de los niveles habitacionales. Afortunadamente, ellos todavía no habían encontrado evidencia alguna de los corrompidos invasores y si no hubiera sido porque aún la hermana tenía frescos en su memoria los gritos de los moribundos al otro extremo del enlace vox, Agentha podría pensar que todo era alguna especie de broma pesada.

La situación cambió rápidamente.

Cuando llegaron al corredor que conducía directamente a capilla, Agentha se detuvo y extendió sus brazos para evitar que alguno de los niños peregrinos continuara más allá. **-Quedaros aquí-** dijo en voz baja.

Tras dejar los niños en el umbral del corredor, la hermana procedió a avanzar cuidadosamente hacia la figura que estaba tendida quince metros más adelante, una forma inmóvil iluminada por las intermitentes luces rojas. Según se acercaba, el sonido de sus pasos adquirió un tono húmedo, bajó la mirada y se encontró caminando a través de un charco de sangre. Tras alcanzar lo que supuso que era un cadáver boca abajo, nadie podría vivir después de haber perdido tanta sangre, le dio la vuelta con una rápida patada con su ensangrentada bota.

Durante todo el tiempo que llevaba a bordo del Heraldo de la Piedad, Agentha se había sentido orgullosa de conocer a la mayoría de los dieciséis mil o más peregrinos que se hacinaban a bordo, si no por su nombre, al menos de vista. Si

ella había conocido a ese hombre en vida, desde luego no era capaz de reconocerlo ahora que estaba muerto. Unos jirones del uniforme de la milicia de la nave se aferraban a su carne ensangrentada, los masticados órganos internos se derramaban fuera de su cuerpo a través de la carne desgarrada y devorada. Un brazo había desaparecido por completo, así como su cara, que parecía haber sido rasgada o arrancada por un mordisco que había dejado a vista los músculos, y los huesos de mejilla y la mandíbula.

La curiosidad pudo más que la prudencia en algunos de los niños, y Agentha los escuchó acercándose por detrás, adelantándose para echar un vistazo a lo que había encontrado la hermana. **-Os dije os quedarais atrás-** dijo muy seria por encima de su hombro. Los niños, que ya sabían que tenían que obedecer a la hermana Dialogous o serían castigados, hicieron lo que les había dicho.

La hermana volvió su atención hacia el cuerpo del agente de la milicia y se dio cuenta de que aún sujetaba su pistola automática en la única mano que le quedaba. Rompió los rígidos dedos del guardia, recogió el arma y la sopesó con agrado en la palma de su mano.

En todo el Imperio existía la errónea creencia de que las hermanas de las órdenes no militantes del Adeptus Sororitas no estaban entrenadas para combatir, y que los límites de sus servicios eran la curación de los enfermos, la traducción de libros y las escrituras esotéricas. Si bien era completamente cierto que aquellas, dentro de su hermandad de mujeres, que se ponían las armaduras de energía, habían sido criadas para la batalla, y dedicaban toda su vida al arte de la guerra, muchos enemigos del Emperador habían sido destruidos al confiar en la creencia de que una hermana Dialogous u Hospitalaria no tenía temperamento o el entrenamiento necesario para la batalla.

Hacía muchos años que Agentha no había disparado un arma contra el enemigo, pero la formación inculcada durante sus primeros años en el convento volvió rápidamente a ella, con los recuerdos de su mente desencadenados al sentir el peso de la pistola en la mano. Por la longitud del cañón podía deducir que tendría un alcance efectivo de no más de doscientos metros, más que suficiente para el combate a bordo de una nave de éste tipo. La longitud del cargador la dijo que podía albergar una docena de cartuchos y el peso la reveló que ya sólo quedaban tres proyectiles en el arma. La temperatura de la pistola, compensando la fría temperatura de la nave, puso en su conocimiento que hacía menos de una

hora que había sido disparada. Tras agarrar la pistola automática por la culata, y deslizar un dedo sobre el gatillo, se puso en pie con el arma alzada, por si quien hubiera asesinado al agente de la milicia todavía estuviese cerca.

El ruido a lo largo del corredor la alertó de la presencia de los zombis de la plaga unos segundos antes de que las luces de emergencia iluminaran, con un resplandor rojizo, sus corruptas formas. Interrumpiendo su banquete sobre otra pobre alma, siete de las impías abominaciones fijaron en Agentha sus ojos muertos y arrastraron los pies hacia ella. Detrás de ella, la hermana escuchó como un murmullo de pánico se extendía entre los niños.

-¡Sed valientes, niños!- dijo ella, levantando la pistola con el brazo totalmente recto y apuntando por la mira del cañón a través de la lente intacta de sus gafas. **-¡El Emperador protege!**

El sonido de su primer disparo sonó dolorosamente alto en los estrechos confines del corredor de la nave, haciendo que algunos de los niños se pusieran a llorar y gritar. La bala dio en blanco y el zombi de la plaga que iba el primero, un demacrado ser, poco más que un esqueleto, se desplomó en el suelo, con un limpio agujero perforando la parte frontal de su degradado cráneo.

Agentha escuchó como la segunda bala entraba en la recámara y, mientras seguían resonando los ecos del anterior disparo y de los gritos de los niños, apretó de nuevo el gatillo. Ésta vez fueron dos de los monstruos los que cayeron, la bala pasó a través del podrido cerebro de uno de ellos y se incrustó en la decrépita frente del que iba detrás de él.

Con un zumbido en sus oídos, esperó a que la última bala entrara en la recámara y ajustó la puntería. El desconcierto movió ligeramente su mano cuando Illya Vorchek apareció en su punto de mira, las facciones generalmente joviales del agente ahora eran una máscara viciosa. La hermana volvió a disparar y el rostro del antiguo agente se relajó cuando la bala reventó su cráneo a través de su sien.

Agentha volvió a levantar su brazo y apuntó el arma hacia uno de los tres zombis de la plaga sobrevivientes, más movida por la esperanza que por el sentido común. En lugar del disparo, lo único que escuchó fue el sonido de metal contra metal, el cargador estaba vacío. Apretó nuevamente el gatillo, con la vana esperanza de que el arma hubiera funcionado mal, pero el resultado fue el mismo.

Tal era el ruido y su concentración que no se había dado cuenta de que un grupo de niños mayores se había puesto junto a ella, se sorprendió un instante cuando Ephrael, Constantin y Stevan aparecieron a su lado, flanqueados por otros peregrinos adolescentes.

-El Emperador protege, hermana- dijo Ephrael, levantando en sus manos un trozo de metal que parecía haber formado parte del marco de una puerta.

-De hecho, sí lo hace- dijo Agentha, dando la vuelta en su mano a la pistola para poder agarrarla por el cañón, y la levantó por encima de la cabeza, lista para usarla como una maza. **-Pero en ocasiones nos da los medios para que nos protejamos por nosotros mismos.**

El zombi de la plaga que iba en cabeza de la manada se lanzó de repente hacia adelante, provocando los gritos de los niños más pequeños y una lluvia de golpes de los garrotes de los adolescentes. Agentha lo golpeó con tanta fuerza con la culata de la pistola que el monstruo cayó sobre una rodilla, con todo un lateral de la cabeza roto y abierto. La hermana se estaba preparando para lanzar un nuevo golpe cuando el sonido del fuego de los fusiles láser eclipsó los gritos y los gemidos.

Las tres cabezas de los zombis de la plaga reventaron al mismo tiempo, rociando a Agentha y a su grupo de adolescentes armados, con la putrefacta sangre derramada. Los tres seres cayeron al piso de la nave, los agujeros provocados por los disparos humeaban. Más movimiento a lo largo del corredor llamó la atención de Agentha y varias formas oscuras salieron de un corredor lateral antes de desaparecer por el siguiente corredor, en sus manos se veían claramente las siluetas de las pistolas láser.

La última figura del grupo pareció detenerse en el medio del corredor, sus enormes ojos negros parpadeaban incómodos bajo las luces de emergencia. Su torso desnudo era ágil, musculoso y estaba cubierto de simplistas tatuajes de Aquilas imperiales y otros símbolos sagrados. Incluso desde esa distancia, Agentha se dio cuenta de que su piel era casi albina. El hombre se guardó el arma en la cintura de sus destrozados pantalones e hizo una señal perfecta del Aquila sobre su pecho. Agentha, tras guardar su pistola entre los pliegues de la túnica, le devolvió el gesto. El hombre, que cuanto más tiempo permanecía a la vista, más se daba cuenta la hermana de que no era mayor que alguno de sus

alumnos, sonrió serenamente antes de seguir a su compañeros nacidos en el vacío por el corredor lateral.

-¡Vamos, deprisa! El camino hacia la capilla está despejado- llamó la hermana. Los niños peregrinos la siguieron, algunos incluso corrieron hacia el santuario, para colocarse detrás de sus robustas puertas de madera. Una vez que la hermana se aseguró de que todos los niños hubieran entrado y estuvieran a salvo en la capilla, la hermana los siguió.



-¡Stevan, Constantin! Venid aquí y ayudarme a mover la estatua- dijo Agentha, rodeando con sus brazos la representación del Señor de la Humanidad. Los dos chicos se miraron entre ellos horrorizados, como si la hermana Dialogous les hubiera pedido que repintaran el Trono Dorado en un verde chillón. **-Es una estatua, chicos. Al Emperador no le va a doler cuando la movamos.**

Aún vacilantes, Stevan y Constantin se unieron a Agentha para empujar la estatua recubierta de herrumbre, dejando al descubierto el metal desnudo allí donde el roce de la estatua raspaba siglos de corrosión. Para sorpresa de Agentha, Dolgan se puso a ayudarlos, empujando junto a ellos los últimos metros que faltaban para colocar la estatua detrás de las puertas dobles ahora bloqueadas. Mayor impresión le causó a la hermana la forma en la que Stevan revolvió juguetonamente la mata de pelo del niño pequeño, agradeciéndole su ayuda.

Con la seguridad inmediata de los niños garantizada, Agentha se permitió sentarse en uno de los bancos, lanzar un largo y fuerte suspiro y pensar en lo que estaría sucediendo. Cuando Keifmann se recuperó, ordenó bloquear el puente y comenzó a transmitir una señal de emergencia. Agentha no estaba dispuesta a quedarse de brazos cruzados mientras los fieles eran asesinados, así que ella había abandonado el puente a toda prisa antes de que fuera sellado pensando únicamente en reunir la mayor cantidad posible de peregrinos y conducirlos al seguro refugio de la capilla.

Afortunadamente, no pasó demasiado tiempo antes que recuperara completamente toda su capacidad para pensar racionalmente. Podían pasar meses, incluso años, antes de que la señal de emergencia fuera captada por alguien, eso si los sistemas de emergencia realmente aún estaban en funcionamiento. El hacinamiento en la capilla de cientos de peregrinos, por sólo el Emperador sabía cuánto tiempo, sería tan peligroso como permanecer en terreno abierto y probar sus posibilidades de escapar de los zombis de la plaga. Incluso si podían mantener la calma y resistirse a la tentación de luchar unos contra otros, los pocos suministros que pudieran reunir se agotarían rápidamente y eso, suponiendo que los sistemas de la nave de purificación de aire y agua

siguieran en funcionamiento. Salvar a todas las almas a bordo del *Heraldo de la Piedad* estaba fuera de sus posibilidades y de todo lo razonable, ¿pero los niños? Salvaría a todos los que pudiera.

Algunos de los niños más pequeños seguían sollozando, y sus amigos o hermanos hacían todo lo posible para consolarlos, rodeándolos con sus brazos o cubriéndolos con mantas sobre los bancos de madera. Otros intentaban realizar cualquier otra cosa, procurando mantener ocupadas sus mentes para no pensar en los horrores que los esperaban fuera y a lo desesperado de su situación. Agentha estaba a punto de ponerse a echarles una mano cuando Constantin y Seelia se acercaron a ella.

-Hermana- dijo Seelia, con voz temblorosa. **-¿Qué eran esas cosas? Uno de ellos se parecía a uno de los agentes que venía por aquí.**

Suspirando, Agentha se sentó de nuevo. Desde el mismo momento en el que ya eran capaces de comprender, a los hijos del Imperio se les enseñaba sobre los horrores que poblaban el universo. Sobre los mutantes y los herejes, sobre los alienígenas, y, vagamente, sobre los poderes malignos que competían por sus almas inmortales. Se les enseñaba a odiar y aborrecer cualquier tipo de desviación, y rechazar completamente todo aquello que no brillara bajo los rayos de la benevolente luz del Emperador. Las propias predicaciones y sermones de Agentha estaban llenas de advertencias sobre el enemigo, los de dentro y los de afuera, pero incluso en esos oscuros tiempos, las posibilidades de encontrar alguna de esas amenazas todavía era remota. Sin embargo, había algunas cosas para las que todavía no había preparado a sus estudiantes.

-Os puedo decir lo poco que yo sé- comenzó a decir Agentha. **-Pero mi conocimiento se basa en conjeturas y rumores, y lo poco que he leído sobre el tema en mis estudios.**

Otros niños comenzaron a reunirse alrededor de la hermana, intrigados por lo que estaba a punto de decir.

-Por favor. Esto no es para los oídos de los más pequeños- dijo Agentha, al notar que Dotta y algunos otros de los niños de menor edad se habían sentado en un banco próximo. Ephrael se llevó a los críos hasta el otro extremo de la capilla y los acostó envueltos en mantas, con la esperanza de que se quedarían dormidos.

-Esas… cosas que visteis en el exterior han sufrido el contagio de una peligrosa enfermedad, algo creado y diseminado por un oscuro e insidioso poder.

Una oleada de gritos ahogados corrió entre los oyentes. Algunos de ellos se arremangaron las mangas de los brazos o se pasaron la mano por la espalda, buscando algún signo de mordeduras. Sin previo aviso, Seelia gritó.

-¡Está sangrando!- exclamó. **-¡Uno de ellos ha mordido a Stevan!**

Los niños más cercanos a Stevan se alejaron rápidamente de él mientras Agentha podía ver claramente una mancha roja en la manga que cubría su brazo. Constantin y Ephrael empuñaron sus improvisados garrotes.

-¡No me mordió!- gritó Stevan, presa del pánico. Se subió la manga de sus sencillos ropajes de peregrino para mostrar una fina herida, probablemente el resultado de haber sido arañado por uno de los zombis de la plaga antes de que los nacidos en el vacio intervinieran.

-Eso no importa- dijo Constantin, blandiendo en su mano la pata de la silla mientras se acercaba al sangrante Stevan. **-¡Vamos a matarlo antes que se convierta, como el agente de la milicia!**

Ni siquiera había dado dos pasos, cuando la poderosa mano de Agentha lo agarró por su muñeca y le clavó la punta de los dedos entre los tendones con tal fuerza que hizo gritar de dolor al muchacho, obligándole a soltar el arma. **-¿Por lo que se ve, se te ha olvidado decirme que tú, en realidad, eres un Mago Biologis, enviado desde Marte para vivir entre los peregrinos?-** preguntó Agentha, sin aflojar su férreo control sobre el niño.

A pesar del intenso dolor, Constantin todavía parecía aturdido. **-No, hermana-** dijo a través de sus apretados dientes.

-Entonces, ¿por qué pretendes saber cómo se contagia la enfermedad?- preguntó Agentha, mientras soltaba finalmente al muchacho. Miró seriamente a los otros niños peregrinos que habían enarbolado sus garrotes. Todos ellos dejaron sus armas sin que fuera necesario que la hermana interviniera físicamente. **-Tengo algunas viejas vendas en mi cuarto, Stevan. ¿Por qué no vas y te vendas la herida mientras yo explico exactamente por qué no estás a**

punto de convertirte en un monstruo y deleitarte con los cerebros de tus compañeros de clase?

La cara del chico mostró un claro y fuerte alivio, pero algunos de sus compañeros no estaban tan convencidos, y se alejaron de Stevan cuando éste se movió por la capilla en dirección al cuarto de Agentha. La hermana Dialogous hizo un gesto para que los demás niños volvieran a sentarse.

-La enfermedad no se propaga como un virus común, y es por ello que no ataca a sus víctimas físicamente, las ataca espiritualmente. Se la denomina "la Plaga de la Incredulidad" y sólo aquellos que carecen de verdadera fe pueden sucumbir a ella.

Otra oleada de gritos ahogados brotó del grupo de niños.

-No os preocupéis, niños. Aunque es muy probable que la enfermedad ya esté en el aire que estamos respirando, todos nosotros somos inmunes.

Los gritos ahogados dieron paso a los suspiros de alivio.

-¿Ha zio po las iyecciones que noz puzieron ante de venid a bordo?- preguntó un joven escuálido, con sus brazos alrededor de sus rodillas para conservar el calor dentro de la fría capilla.

-Ojalá fuera así de simple, Jonas- dijo Agentha, sonriendo cálidamente al chico. **-No. No han sido las vacunas lo que nos ha protegido de ésta plaga. Es nuestra total fe en el Emperador lo que realmente impide que lleguemos a ser como una de esas bestias sin mente. El agente de la milicia que intentó atacarnos carecía de fe y por ello, cayó bajo el dominio de los poderes oscuros. Nuestra fe en el Dios Emperador inmortal impidió que nosotros compartiéramos su destino, y siempre que nuestra fe se mantenga firme, nuestras almas resistirán su corruptora influencia.**

La hermana miró las absortas caras de los estudiantes que la rodeaban, sin embargo, algunos de ellos aún mostraban gestos de desconfianza o preocupación.

-Y, además- añadió, volviéndose para mirar en dirección a las puertas de la capilla. **-Ahora tenemos al mismísimo Emperador velando por nosotros.**

Cualquier duda que pudiera quedar en los niños peregrinos desapareció mientras miraban la gran y pesada estatua, la representación del Señor de la Humanidad.

-Ahora, por favor, niños. Tratad de descansar un rato- dijo empujando sus gafas sobre el puente de su nariz.

El grupo de figuras que rodeaba a la hermana se dispersó, en busca de mantas y bancos vacíos en los que acostarse. Agentha se levantó, preparándose para ir a su habitación detrás del púlpito, pero se detuvo bruscamente, una sensación de calor la atravesaba la pierna. Se pasó la mano sobre ella, buscando alguna posible herida que ella, como Steven, hubiera sufrido sin darse cuenta durante el combate cuerpo a cuerpo con los zombis de la plaga, pero no encontró ninguna evidencia de sangre. Su mano se posó sobre algo sólido y cálido, buscó entre los pliegues de su túnica y recuperó el objeto que había confiscado a Dolgan durante las clases. La esfera desprendía un resplandor anaranjado y su fina tracería latía rítmicamente. Agentha se quedó paralizada durante varios segundos mientras contemplaba la esfera, rompió su ensimismamiento con un brusco movimiento de cabeza y miró a su alrededor, buscando al dueño de la bola. No veía a Dolgan por ninguna parte, pero Yurkan había terminado de ordenar sobre el atril los libros que la hermana Dialogous había estado estudiando anteriormente.

-Yurkan. ¿Has visto por donde anda Dolgan? Sé que anda por aquí, porque fue de los que me ayudaron a mover la estatua contra las puerta- dijo Agentha, mientras caminaba por el pasillo, entre los bancos. El desaliñado niño la miró con nerviosismo antes de seguir colocando los libros, como si no hubiera oído hablar a la hermana.

-Yurkan. Estoy hablando contigo. ¿Dónde está Dolgan?

-Por favor, mi señora… hermana, quería decir. Me hizo prometer que no diría nada- dijo Yurkan mientras sus mejillas se teñían de un rojo brillante.

-¿Dónde está?- a pesar de que siempre trataba de ser paciente con los niños que tenía a su cuidado y tutela, todos los acontecimientos de las últimas horas y la falta de sueño se confabularon para hacer que saliera a relucir todo su temperamento.

-Es por su madre- dijo Yurkan, con las lagrimas que corrían por su cara iluminadas por la luz de las velas. **-Ella no cree como nosotros. No tiene la**

misma fe que nosotros en un Emperador que la abandonó, a ella y a todo su pueblo, a merced de los saqueadores xenos.

-¿Dónde, está, Dolgan?- preguntó nuevamente Agentha, empujando con fuerza sus anteojos sobre el puente de su nariz.

-Se ha ido a buscarla- dijo Yurkan, rompiendo a llorar.



Los conductos que llevaban el aire purificado por todo el *Heraldo de la Piedad* eran lo suficientemente anchos para que un niño de ocho años se moviera por ellos cómodamente, pero para los casi dos metros de altura de una hermana de batalla eran algo justos y Agentha se movió a través de ello con dificultad.

Arrastrándose sobre su vientre, Agentha se deslizó a través de los respiraderos que permitían que el aire limpio circulara por toda la nave. Tras la invasión de los zombis de la plaga, el olor a podrido apestaba el aire y en los corredores resonaban los guturales gemido de una horda que caminaba arrastrando los pies. La hermana llegó al final de la tubería que suministraba el aire a ésta cubierta de la nave espacial, allí, la tubería se ensanchó ligeramente, permitiendo a Agentha ponerse a cuatro patas y avanzar por el conducto que llevaba a la cubierta superior utilizando sus manos y rodillas.

Yurkan sabía que Dolgan se había escapado de la capilla para ir a buscar a su madre, pero lo que el chico mayor no sabía era por dónde había salido del santuario. Una rápida búsqueda por la habitación había revelado un conducto de ventilación abierto, así que Agentha se había lanzado al interior de la oscura tubería, tras el niño refugiado sertisiano. La hermana Dialogous sabía perfectamente que si su señal de socorro no era atendida en poco tiempo, ella y los niños tendrían que usar los conductos de ventilación para moverse por la nave, en busca de suministros. Pero ella no había esperado tener que confinarse tan rápidamente en los estrechos confines de las tuberías.

Arrastrándose sobre su estómago, Agentha llegó finalmente a la cubierta de camarotes donde estaban alojados Dolgan y su madre. El sonido producido por los zombis de la plaga era mucho más fuerte aquí, también el fétido olor, tan empalagoso que tuvo que cubrirse la nariz con su túnica para resistirlo. Aunque la hermana sabía en qué cubierta estaban alojados Dolgan y otros refugiados sertisianos, Agentha no sabía exactamente dónde se encontraría su habitáculo-dormitorio y la tomó un rato, incómodamente largo, el localizar el conducto de ventilación arrancado por donde había salido Dolgan.

Asomando la cabeza por la salida del conducto para comprobar si había en los alrededores invasores no muertos, contempló a todo lo largo del corredor un

rastro de cuerpos desgarrados y mutilados, iluminado todo ello por la parpadeante luz rubí. Atraídos por la cálida carne viva de todos aquellos peregrinos apretujados, los zombis de la plaga habían inundado la cubierta habitacional, arrasándola en su loco afán por matar y devorar todo lo que encontraban a su paso, asesinando a niños y viejos por igual. En sólo un momento, Agentha había reconocido a más de una docena de los rostros muertos, conocidos por sus visitas a las reuniones de oración y a las clases.

La hermana se dejó caer sobre la cubierta y tiró de su túnica, que se había liado en el interior de la tubería. Tras ajustarse las gafas, se tocó uno de los bolsillos y sintió el cálido contacto del orbe, que con su brillo iluminaba el trozo de tela que cubría su muslo.

Pese a que ya no había zombis en el corredor donde habían masacrado a tontos inocentes, Agentha podía escucharlos por las cercanías, así que se abrió paso cautelosamente a través de los cadáveres, sujetando sus ropas sobre la cintura, para que su borde no se arrastrara por los charcos de sangre. Se detuvo sobre el cuerpo inmóvil de una de las peregrinas y se arrodilló para mirarla más de cerca. La mujer llevaba una pistola automática en su mano, un modelo más tosco que el arma de la milicia que Agentha todavía portaba entre sus ropas, con el cañón doblado, sin duda dañado en la inútil lucha contra la horda de no muertos. La mujer vestía con los simples ropajes de una peregrina, no llevaba el uniforme de la milicia, por lo que Agentha asumió que se había encontrado el arma o la había pasado de contrabando con ella cuando subió a la nave por primera vez. Tras desmontar el cargador, Agentha cogió las dos balas que quedaban en él y, alabado sea el Emperador, eran del mismo calibre que su propia arma. Así que las cargó en su pistola y, ya rearmada, siguió adelante, con la pistola en la mano.

Al llegar al final del corredor, donde éste terminaba en una bifurcación en T, Agentha miró cuidadosamente en ambas direcciones, sopesando cual sería la mejor ruta para seguir. Apenas había comenzado a caminar por el corredor que salía a la derecha cuando un ruido en el otro ramal llamó su atención. La hermana se quedó quieta, escuchando. Unos segundos más tarde fue recompensada por el incierto sonido de la voz de un niño.

Caminando más rápido que antes, pero con cuidado de no tropezar con los miembros extendidos o arrancados, Agentha siguió el ruido. Al llegar a otro cruce, se detuvo un momento antes de volver a escuchar el sonido y trepó sobre

una pila de cadáveres profanados, apilados a la entrada de uno de los muchos habitáculos-dormitorios del Heraldo.

Agentha parpadeó cuando la apagada luz roja de emergencia cedió paso a una luz blanca intermitente, procedente de un solitario globo lumen, en lo alto del techo del dormitorio. De pronto, esa fuente de alimentación intermitente iluminó completamente la habitación comunal durante una fracción de segundo antes de que la luz se desvaneciera rápidamente, dejando todo el dormitorio en la oscuridad total durante varios minutos antes de que el ciclo comenzara de nuevo.

El globo lumen se encendió y Agentha pudo ver a Dolgan, de pie y de espaldas a ella, inmóvil, mirando fijamente un punto en la parte de atrás del dormitorio comunal. La luz se apagó y justo antes de que la habitación quedara cubierta por la oscuridad más absoluta, el niño pronunció una sola palabra, con la voz quebrada mientras luchaba por contener las lágrimas.

-¿Mamá?

La luz se encendió de nuevo y Agentha se dio cuenta de que había alguien más en la habitación, la persona en la que Dolgan centraba su atención. Una inconfundible figura femenina, a juzgar por su oscuro pelo largo y el amplio pecho, estaba encorvada sobre un cadáver en la parte trasera del dormitorio, dándose un festín con sus entrañas. La luz se volvió a desvanecer y Dolgan repitió la misma pregunta en la oscuridad.

-¿Mamá?

Cuando la habitación se volvió a iluminar, la mujer ya no estaba devorando el cadáver, se había puesto en pie frente a Dolgan y Agentha. A diferencia de los zombis que Agentha había visto con anterioridad, el cuerpo de la mujer no tenía signos de descomposición, los únicos signos de que había sucumbido a la Plaga de la Incredulidad era la sangrienta mancha rojiza alrededor de su boca y unos amarillentos ojos sin vida, que miraban a los dos recién llegado sin la menor emoción.

-¿Mamá?- preguntó Dolgan por última vez, justo antes de que la oscuridad volviera a inundar la habitación.

Cuando la luz volvió a encenderse, lo que una vez había sido la madre del niño, emitió un gemido poco natural y comenzó a avanzar sobre el pequeño y la

hermana Dialogous. Agentha se acercó a Dolgan y colocó una mano sobre su hombro. **-Hijo mío, no creo que eso sea tu madre. Ya no-** la hermana se colocó entre el niño y el zombi de plaga. **-Dolgan, mira hacia otro lado. Tú no deberías ver esto.**

Haciéndola caso, Dolgan enterró su cabeza en los voluminosos pliegues de la túnica de color naranja de la hermana. Agentha levantó la pistola automática y apuntó directamente a la frente de la mujer. Pronunciando una silenciosa oración, ella apretó el gatillo al tiempo que la habitación volvió a quedarse a oscuras.

Cuando volvió la luz, la madre de Dolgan ya había encontrado la paz, el contenido de su cráneo estaba pulverizado a través de la pared de la parte de atrás del dormitorio.

Un repentino ruido desde la puerta hizo que la hermana se diera la vuelta, con la pistola preparada. Bien fueran atraídos por el gemido de la madre de Dolgan, o por la promesa de carne viva, una horda de zombis, al menos veinte, se habían congregado en la entrada del habitáculo-dormitorio y estaban arañando y desgarrando la pila de cadáveres que les estorbaba en su camino hacia sus presas.

Agentha aferró a Dolgan junto a ella, el niño se aferró con fuerza a la túnica manchada de sangre, mientras los ojos de la hermana recorrían desesperadamente el cuarto, buscando algún conducto de aire o alguna otra manera de huir, pero no encontró ninguna. Se repitió otro ciclo de luz y oscuridad y, de repente, la horda de zombis estaba en el dormitorio comunal, con sus bocas hambrientas emitiendo gemidos discordantes.

Tras poner el niño detrás de ella, Agentha retrocedió hacia el fondo de la habitación, colocándose como escudo, por si uno de los zombis se lanzaba de golpe contra ellos. Los no-muertos todavía estaban a diez metros de distancia, pero, pese a su lento caminar, estarían sobre la hermana Dialogous y el niño refugiado en cuestión de segundos.

Agentha apuntó de nuevo la pistola, pero, al darse cuenta de que no podría acabar con más de cuatro o cinco con un solo disparo, consideró otra sombría opción. Con una sola bala podría evitar al niño una muerte horrible, y pondría toda su fe para que el Emperador impidiera que ella sufriera demasiado. Se

volvió hacia Dolgan y colocó el cañón de la pistola contra su frente. El chico levantó su mirada hacia ella, con los ojos tan grandes como los de un nacido en el vacío.

Agentha había comenzado a apretar el gatillo cuando la sensación de calor en su muslo se convirtió en una insoportable sensación de quemazón. Ella trató de ignorar el dolor, pero algo la obligó a bajar la pistola y sacar la esfera de su bolsillo. Curiosamente, el objeto estaba frío, como una piedra, pero la tracería brillaba con tal intensidad que casi no podía mirarla. Nuevos símbolos y runas, que antes no había visto, aparecieron ante ella, en un antiguo idioma que le era familiar, se manifestaron a lo largo de toda su superficie y en un instante supo lo que tenía que hacer con ella. La habitación se iluminó de nuevo y, con la horda de zombis a poco más de un brazo de distancia, cogió el orbe con ambas manos, lo retorció con fuerza, y éste giró abruptamente alrededor de una costura que antes no había visto. Su resplandor adquirió un sobrenatural color azulado.

El globo lumen se apagó. Y ésta vez no volvió a encenderse.

Las fosas nasales de Agentha se llenaron del olor a ozono y cada pelo del cuerpo de la hermana se erizó a causa de la estática. Dolgan enterró de nuevo su cabeza entre las ropas de la hermana, ahorrándole la ceguera temporal provocada por el destello del tele-transporte, cuando varias grandes figuras se materializaron en la habitación.

De repente la habitación se iluminó con el inconfundible resplandor de las bocas de los cañones de los bólters al disparar, el ruido del fuego de las armas era algo insoportable en un espacio tan reducido. Agentha podía sentir el calor de las descargas y las salpicaduras procedentes de los zombis de la plaga al reventar y ser despedazados por el intenso tiroteo.

Dos segundos más tarde, cesó el fuego.

Aunque ya estaba acostumbrada a estar cerca de los bólter disparando, Agentha no pudo hacer nada para evitar el inevitable zumbido en los oídos, y cuando recuperó su visión, después de la intensa explosión del resplandor producto del tele-transporte, seguía sin poder oír nada. Dolgan seguía aferrado firmemente a ella, y cuando la hermana bajó la mirada hacia el niño, pudo verle como una imagen borrosa, poco clara. Lo que sí pudo distinguir, incluso con su visión más deteriorada de lo normal, es que el niño estaba apuntando a algo.

Siguiendo la línea del tembloroso dedo del niño, Agentha se sorprendió al descubrir que uno de sus misteriosos salvadores aún permanecía en la sala. Ella levantó la esfera, mientras su brilló desaparecía lentamente, y la débil luz azulada mostró los borde de algo que ella reconoció al instante como una armadura de poder. La armadura de poder de un Marine Espacial.

El mismo impulso que se había apoderado de ella cuando activó el dispositivo volvió a aparecer y la hermana se movió hacia adelante, cada paso la revelaba algo más de la enorme figura que permanecía inmóvil ante ella. Una enorme hombrera lucía como icono un simple cráneo, mientras que la otra estaba decorada con el dibujo de una llama, que se repetía en ambas rodilleras. El negro de la armadura era el más profundo que Agentha hubiera visto jamás, y parecía tragarse la poca luminosidad que desprendía la esfera. Ella se detuvo a menos de un metro del Marine, y levantó el orbe, ofreciéndoselo a quien pensaba que era su legítimo propietario.

El Marine Espacial bajó su mirada hacia Agentha y la miró fijamente. La hermana Dialogous sintió como si estuvieran mirando su alma, sosteniéndola contra la luz, examinándola para ver si tenía algún defecto o imperfección. Agentha tembló involuntariamente, pero no fue por el penetrante frío, fue por miedo; temiendo no pasar la prueba a la que la estaba sometiendo el Marine Espacial y que éste encontrara algo que no le gustara en su interior. La luminosidad del orbe se desvaneció completamente y la figura acorazada extendió una mano enguantada. Agentha cerró los ojos.

Cuando volvió a abrirlos, el dormitorio estaba nuevamente iluminado, pero el Marine Espacial y la esfera habían desaparecido.



Agentha caminó cuidadosamente por el pasillo de la capilla, entre las filas de bancos, teniendo cuidado en no despertar a los niños que dormían en ellos. La hermana acababa de regresar desde el puente de mando, donde el nuevo capitán del *Heraldo de la Piedad* la había informado sobre sus planes para dirigirse hacia el mundo habitado más cercano para efectuar reparaciones y reabastecerse. Brynla era un buen hombre y Agentha estaba segura de que estaría a la altura de los altos niveles de mando y piedad fijados por su abuelo. Su único pesar era que el viejo hubiera muerto en tan terribles circunstancias.

Por lo que había podido deducir de sus conversaciones con los pocos tripulantes y peregrinos supervivientes con los que había hablado, la operación para limpiar al *Heraldo* de su infestación de los zombis de la plaga había durado menos de cinco minutos, con los Marines Espaciales tele-transportándose de escaramuza en escaramuza, acabando con cada bolsa de infección rápidamente y sin piedad. En cuanto a la identidad de los miembros de los equipos de rescate, nadie estaba seguro. Lo más que habían logrado vislumbrar había sido siempre a la luz de los fogonazos de las breves ráfagas, y eso fue suficiente para identificarles positivamente como Marines Espaciales, pero el capítulo al que pertenecían, o el cómo habían llegado a la nave seguía siendo un misterio. Agentha tenía sus propias teorías, pero optó por guardárselas para sí misma.

Llegó a la entrada de su habitación y se volvió para contemplar la capilla iluminada por la luz de las velas mientras lanzaba un profundo suspiro. La estatua del Emperador había sido vuelta a colocar en su sitio y los bancos reorganizados, para que la capilla volviera a parecer un lugar de culto en vez de un refugio contra la invasión de los zombis de la plaga. Pronto volverían los fieles y se reanudarían las clases, pero ambas estarían mucho menos concurridas. La Plaga de la Incredulidad y la violencia sin sentido de los afectados se habían llevado por delante a dos tercios de los peregrinos y de la tripulación, hasta que el *Heraldo* no llegara al siguiente Mundo Santuario, ese número no aumentaría.

Una vez que la nave estuviese nuevamente abarrotada de peregrinos, otra persona sería quien predicaría la palabra del Divino Emperador desde el púlpito. Agentha ya había informado al nuevo capitán Keifmann que ella desembarcaría en cuanto comenzaran las reparaciones para tratar de encontrar una nave que se

dirigiera hacia el Segmentum Solar, para intentar regresar al convento de la Orden de las Rompedoras de Códigos.

Ella sonrió con tristeza mientras contemplaba las docenas de apiñadas figuras dormidas bajo las mantas y susurró una oración para cada una de ellas. En los próximos días, el *Heraldo* se acoplaría alguna estación orbital, y los recién huérfanos serían entregados a las autoridades planetarias, que los pasarían al sistema responsable de la suerte de los niños sin padres que hubiese en el planeta. Esto enfrentaba a los niños peregrinos a un futuro incierto en los que podrían ser entregados en servidumbre por contrato, al servicio militar o cualquier otro trabajo que beneficiara al Imperio. Conociendo su potencial destino, algunos de los huérfanos de más edad ya se habían dirigido hacia las profundidades de la nave, echándose en manos de las tribus de los nacidos en el vacío y otras bandas de delincuentes para que les protegieran cuando los miembros de la milicia barrieran la nave en su busca. Dolgan y los otros niños refugiados sertisianos no habían vuelto a ser visto desde que se había recuperado el control sobre todo el navío de transporte y Agentha solo podía suponer que ellos también se habían escondido bajo las cubiertas.

Abatida, entró en su espartana habitación y encendió una vela para reunir sus mantas y saco de dormir. No había dormido nada durante más de un día, casi no había dormido nada durante un año, y con el sueño tan cerca, bostezó mientras se acostó, se quitó las gafas, colocándolas con cuidado en un taburete que tenía a su lado. Dobló una manta para usarla como almohada y, tras cerrar los ojos, apoyó su cabeza sobre ella.

El lateral de su cabeza entró en contacto con algo duro guardado entre los pliegues de la manta, se volvió a sentar, con una mano buscando sus gafas y con la otra cogiendo el extraño objeto. Con su mano levantó el frío orbe luminoso que le había entregado al Marine Espacial, pero ahora ya no se veían las runas y los símbolos, la tracería también carecía del cualquier tipo de resplandor.

Agentha sonrió con cansancio, puso el orbe en el taburete, junto a sus gafas. Los misterios del artefacto podrían ser sondeados cualquier otro día. En ese momento, si el Emperador así lo quería, iba a tener una buena noche de sueño, la primera desde hacía mucho tiempo.

CASI FIN



Bólter modelo godwyn



Marine Espacial del capítulo de los Condenados

FIN



DENTRO DE ESTAS PAREDES

C. Z. DUNN

DENTRO DE

ESTAS PAREDES

‘Within These Walls’ por C. Z. Dunn

[Enhaced]

Traducción **Rodina**

Corrección Iceman ts 1.5



Aunque Gathrite Pound sabía perfectamente que la explosión estaba a punto de producirse, ya que había sido él mismo quien había colocado las cargas que la provocaron, ésta le pilló por sorpresa.

En un momento estaba hablando con uno de los contratistas que le había proporcionado el gobernador, un hombre bastante agradable, pero no tan hábil como a Pound le hubiera gustado, sin duda el que había ofrecido el precio más bajo, y a continuación fue sacudido hacia atrás, se agarró al marco de la puerta, refugiándose tras la pared en un intento por mantener el equilibrio. Gran parte de la furia de la explosión se dirigió hacia arriba, rasgando el cielo del brillante mediodía de Niebuhr, desde el suelo del desierto se elevó una columna de polvo y humo hacia la extensión azul sin nubes. El ruido de la explosión les golpeó un instante después, cuando el sonido, retrasado por su viaje de unos diez kilómetros (ocho millas en el original, más exactamente 13 km. Usaré acercamientos a 10, 100, etc. más propios del sistema métrico y porque queda mucho mejor; pero pondré aquí, entre paréntesis, la distancia correcta, nt), llegó hasta sus oídos.

La hermana Agentha, a unos trescientos kilómetros (doscientas millas en el original, 322 km) de distancia, en la capital del planeta, también escuchó el sonido y sintió la onda de choque, levantó brevemente la vista de su trabajo al notarla, pero sólo fue más tarde cuando se dio cuenta de lo que la había provocado y qué implicaciones personales tendría para ella.

Con la calma y el equilibrio recuperado, Pound salió desde las ruinas donde él y su equipo de demolición, se habían refugiado y miró a las antiguas estructuras que le habían pagado por destruir. Gathrite frunció el ceño, sorprendido.

-¿Algo anda mal, Maese Pound?- preguntó a su lado el mal pagado y peor entrenado contratista. El desgraciado no había sido lo suficientemente rápido en reaccionar a la explosión y estaba sacudiéndose el polvo, después de haberse

caído contra el suelo cubierto de escombros de lo que hace miles de años debió ser el vestíbulo de una lujosa mansión.

Pound no le hizo el menor caso y cogió los magnoculares escondidos en su cintura, un recuerdo de sus días de servicio del cual, al igual que la pistola laser de cañón corto escondida en los bolsillos de sus pantalones, nunca se apartaba. Cuando se disipó el humo y el polvo, después de que las finas partículas de ladrillo y roca cayeran como una lluvia sobre el desierto y las ruinas, los colocó delante de sus ojos y ajustó el aumento. Algo andaba mal, pero no estaba dispuesto a compartirlo con un humilde contratista que apenas sabía distinguir el extremo de un cable detonador del otro.

Gathrite Pound había provocado tantas explosiones durante su vida que hacía tiempo que había perdido la cuenta. Cuando era un hombre joven, había volado las cosas para obstaculizar y destruir a los enemigos del Imperio, arriesgando su vida y su suerte tras las líneas enemigas, sirviendo al Dios-Emperador de la Humanidad y al 17º Mydraskian. En los últimos años, tras haber agotado su suerte y dejar de ser de utilidad para el regimiento, puso sus conocimientos sobre los explosivos a disposición de un uso diferente, ayudando a la expansión del Imperio, despejando terrenos para asentamientos humanos y viviendas. En todo ese tiempo, en ambas fases de su vida, nunca había sido testigo de una explosión como la que acababa de provocar en Niebuhr.

Las cargas habían sido plantadas en las estructuras de tal forma que las ruinas tendrían que haberse colapsado sobre sí mismas. En lugar de ello, toda la energía de la explosión se había proyectado hacia el cielo, los escombros yacían por toda la superficie, en lugar de haberse creado un cráter que, con un mínimo de trabajo y preparación, debería haber servido de cimientos. El ruido de la explosión fue poco natural, como si el sonido hubiera sido aspirado antes de ser escupido, la demora en llegar hasta los oídos de Pound y sus trabajadores fue como si hubieran estado situados a unos cien kilómetros (cincuenta millas en el original, 80 km) de la explosión, en lugar de apenas unos diez (media docena en el original, 9 km). Gathrite volvió a colocar sus magnoculares en su cintura y se volvió hacia el contratista.

-Llévame hasta allí- le dijo, recuperando sus muletas. **-¡Ahora!**



El avance de Pound a través del campo de escombros era lentísimo, sus muletas se hundían profundamente en la fina arena del desierto mientras se abría paso entre los restos dispersos y calcinados de lo que había sido el hogar de los primeros colonos de Niebuhr. No era la primera vez, desde que había abandonado el 17º Mydraskian, que maldecía su cuerpo por haber rechazado la primitiva pierna augmetica que le habían injertado después de su última misión, las muletas apoyadas incómodamente bajo sus caderas eran ahora su única manera de moverse. Por dos veces, el contratista trató de ayudar al hombre mayor a atravesar la zona llena de escombros, y las dos veces fue rechazado groseramente. Al tercer intento, Pound tuvo que aceptar su ayuda, aunque fuera a regañadientes.

-¿Cómo te llamas, hijo?- preguntó Pound, dejando que el contratista pasase un brazo alrededor de su fornido torso. Se movió con ambas muletas en una mano, apoyándose y dejándose guiar a través de los irregulares restos de lo que había sido una ciudad.

-Fenacy, Maese- dijo el hombre con una amplia sonrisa. **-Jerro Fenacy. Y permítame decirle que es todo un placer trabajar con un artista como usted. Las cosas que usted hace con las cargas direccionales hacen que mis chicos y yo parezcamos "amateurs"** (principiantes, nt)**.**

Pound soltó un bufido. Tendría que haberse dado cuenta de que Jerro estaba relacionado con el gobernador. Los mismos ojos pequeños y demasiado separados. El mismo revoltijo grasiento de pelo color azabache. El mismo tono de comadreja (interesado, complaciente, nt) que, sin duda, se volvería desagradable si Jerro no se salía con la suya o no obtenía algún tipo de ventaja de cualquier situación. Pound estaba a punto de preguntarle a Jerro como de baja era su rama en el árbol genealógico de los Fenacy cuando algo, no muy lejos, llamó su atención. Algo que, definitivamente, no debería estar allí.

-Por ahí, Jerro- dijo Pound, levantando sus muletas hacia un edifico oscuro, que contrastaba contra los grises y rojos de la mampostería derruida. **-Rápido. Ayúdame.**

Los dos hombres avanzaron a trompicones, tropezando entre el destrozado paisaje, la prisa de Pound casi les arrastró a ambos al suelo. Cuanto más se acercaban, menos densos eran los escombros que yacían esparcidos por el terreno hasta que, con el tiempo, dejaron de verse restos sobre el suelo del desierto, solo un anillo de arena que rodeaba una estructura negra hundida en la superficie de Niebuhr. Ambos hombres se quedaron helados sobre sus pies, mirándola con un poco de incredulidad.

-No… ¿Co… cómo…?- tartamudeó Jerro, con sus pequeños ojos muy abiertos.

-Bajo la superficie- susurró Pound, con la voz tan seca como la arena sobre la que estaban. **-Deben haber construido la ciudad justo encima.**

-¿Eso es…?- comenzó a decir Jerro antes de tragar saliva para conseguir algo de humedad en su garganta. **-¿Eso de ahí es una entrada?**

Pound siguió la mirada del hombre joven hasta donde el círculo de arena rompía su liso patrón regular dando forma a lo que, desde donde estaba, le parecía que era un pozo.

Jerro quiso poner su brazo una vez más alrededor del maestro dinamitero, pero Pound ya tenía ambas muletas bajo sus brazos y se arrastraba hacia la anomalía antes de que el contratista pudiera ayudarlo. Cuando Pound alcanzó el borde del foso se dio cuenta de que Jerro tenía razón. En lugar de ser un simple agujero en la tierra, la arena cedía paso a un conjunto de escalones que conducía a una puerta hecha de la misma piedra negra que el resto del edificio hundido en la tierra.

-No es posible- dijo Pound con voz ronca. **-La explosión debería haberlo destruido todo. Esto no puede ser**- como si estuviera en trance, descendió los escalones, sin apenas darse cuenta de que estaban trabajados en la misma arena del desierto. Se puso en pie delante de la puerta, paralizado. Pound lo pensó durante un momento antes de estirar su mano para tocarla.

-Deténgase. No…- trató de gritar Jerro, pero su fino hilo de voz quedó atrapado en su garganta. Las palabras se perdieron entre el ulular del viento del desierto y el distante ruido del motor en punto muerto de un semi-oruga.

Los dedos de Pound acariciaron la piedra de ónice, sacándolo de su

ensimismamiento. Había esperado que la piedra estuviera fría, tras haber estado enterrada durante milenios, hasta donde él podía suponer, o incluso tal vez más, pero por el contrarío, estaba caliente, muy caliente. Al rojo vivo. Separó sus dedos instantáneamente, colocándolos sobre el frío metal de una de sus muletas para intentar calmarlos. Se mordió los labios para ahogar el dolor y cerró los ojos.

Cuando los abrió, había algo en la puerta que antes no estaba allí. Escritura. La puerta estaba cubierta de ella, el blanco nacarado de la escritura cubría cada pulgada de su superficie.

Pound sabía leer bajo gótico. Había aprendido por sí mismo después de salir de la Guardia Imperial, en parte para ayudarle a conseguir contratos en su nueva faceta laboral, en parte para asegurarse de que podía leer las instrucciones y advertencias sobre explosivos y detonadores, en un intento por evitar accidentes como el que le había privado de una pierna. Por desgracia, las palabras de la puerta no estaban escritas en bajo gótico, alto gótico, o cualquier otro idioma que Pound pudiera reconocer, y mucho menos leer.

-¡Jerro!- llamó Pound. Unos segundos más tarde, el contratista apareció en lo alto de los escalones de arena. **-¡Coge el semi-oruga y vuelve a la capital! ¡Tráeme al escriba!**



Agentha llevaba casi un año en Niebuhr, pero todavía no se había acostumbrado al planeta.

Podía hacer frente al calor, pese a haber crecido en un mundo de hielo donde el único convento de su orden en el planeta era bendecido solamente durante unas pocas semanas al año por la luz del Emperador. Incluso la sequedad del aire no la molestaba, tras haber pasado la mayor parte de sus años de estudios en edificios con calefacción artificial, y más recientemente en la reciclada atmósfera, totalmente exenta de humedad, de una nave espacial.

Con lo que realmente no podía Agentha era con la gravedad. Lo mismo que se

había acostumbrado a las secas atmósferas y a vivir a bordo de una nave antes de llegar a Niebuhr, Agentha también se había acostumbrado a vivir en condiciones gravitacionales similares a las del mundo natal de la humanidad.

Para los nativos de Niebuhr, la mayor gravedad no suponía ningún problema; se habían adaptado a ella a lo largo de generaciones. El único efecto adverso era que los indígenas eran notablemente más bajos que el promedio de la humanidad, hasta el punto que las tripulaciones de las naves de otros mundos que entraban periódicamente en su órbita para llenar sus bodegas con piedras semi-preciosas, habían apodado groseramente a los Niebuhrianos como "Ratlings".
(Los Ratlings, Homo Sapiens Minimus, son seres abhumanos, de pequeña estatura, máximo 1,30m. Tienen plena ciudadanía imperial y suelen servir en unidades de la Guardia Imperial como auxiliares o francotiradores, por su extraordinaria vista, nt)

Pero Agentha, con su metro ochenta de altura (seis pies, en el original) se sentía como si el mismo planeta estuviera tirando hacia abajo de ella, aunque esperaba que no fuera por mucho más tiempo.

Se levantó de la silla y se estiró, cerrando los dedos juntos y extendiendo los brazos delante de ella, ya que los bajos techos de sus espartanas habitaciones impedían que se estirara hacia arriba. Luego separó las manos, empujó de nuevo sus gafas hasta lo alto del puente de su nariz y se acercó a una estantería que gemía bajo el peso de los tomos encuadernados en piel, una miríada de pergaminos sueltos escritos a mano y hojas sueltas. Tras encontrar al instante el volumen que estaba buscando, lo sacó de entre una historia del Sub-sector Dacronis que había adquirido en el planeta Stern's Remembrance (Conmemoración de Stern, nt) y uno de los diversos libros que había "liberado" del *Heraldo de la Piedad* antes de que éste se detuviera en Niebuhr y ella dejara la nave de los peregrinos.

Los largos dedos de Agentha se movieron con soltura entre las amarillentas páginas y pronto localizó lo que estaba buscando. Cuidadosamente, volvió a colocar el libro en la estantería y regresó a la silla del pequeño escritorio iluminado con velas que la esperaba en un rincón de su habitación. Cogió el lápiz y comenzó a escribir de nuevo.

Aunque aún estaba a miles de años luz de su orden, Agentha estaba totalmente

decidida a regresar al mundo convento y ocupar nuevamente su puesto entre sus hermanas. Desde el primer momento en el que puso un pie sobre Niebuhr, había dado buen uso a su habilidad como lingüista, comenzando primero como traductora para los comerciantes de gemas en el distrito comercial, y luego, una vez que había acumulado las suficientes monedas para asegurarse un espacio donde poder trabajar y alojamiento, se puso a trabajar como escriba por su cuenta.

Aunque inquebrantablemente leal al Imperio, Niebuhr era un planeta de escasa importancia en el gran esquema del Imperio de la Humanidad, las gemas extraídas de su subsuelo no tenían mayor aplicación militar más allá de proporcionar adornos para las hombreras de un puñado de no demasiado notables regimientos, y como tal, ninguno de los augustos cuerpos al servicio del Emperador mantenían algún tipo de presencia sobre el mundo. Sus habitantes eran demasiado bajos en estatura como para proporcionar un diezmo válido a la Guardia Imperial (Astra Militarum en el original, nt), uno que mereciera la pena, y las relativamente pocas almas que habitaban el planeta no requerían ninguna presencia de la Eclesiarquía. La única figura representante de la autoridad Imperial, aparte del gobernador, era un funcionario del Administratum que supervisaba los nada despreciables impuestos que fluían desde Niebuhr hacia las arcas imperiales, pero el titular de ese cargo había fallecido tres años antes de que Agentha llegara a éste mundo y su reemplazo aún estaba por llegar.

La esperanza de Agentha consistía en que cuando el nuevo funcionario llegara, sería capaz de salir del planeta en la misma nave que lo trajera y, finalmente, poder continuar su viaje de regreso.

Siempre pragmática, Agentha no ponía todas sus esperanzas en la idea de que algún día llegaría una nave del Administratum que la llevaría lejos, por lo que cogía cualquier trabajo de escriba que pudiera conseguir. Por lo general, esto solía implicar la preparación de contratos de trabajo y comercio entre los diferentes gremios que representaban a los mineros, los cortadores de gemas, comerciantes, transportistas y otros grupos con intereses en el comercio de las piedras semi-preciosas del planeta. En ocasiones, el trabajo era un poco más interesante: la transcripción de las memorias de un comerciante acaudalado, la copia de documentación histórica para la oficina del gobernador, o la traducción de cartas entre amantes.

Agentha estaba a punto de volver a coger el lápiz cuando sonaron unos apremiantes golpes en la puerta de su residencia de una sola habitación.

Ya era de noche y sus horarios de trabajo ya eran lo suficientemente largos. Agentha no solía relacionarse, por lo que no tenía la menor idea que quien podría estar al otro lado de la fina puerta de madera.

Otros golpes, ésta vez, más fuertes y frenéticos.

-¿Quién es?- preguntó Agentha con tono severo, recuperando su pistola láser de debajo de su cama y apuntando hacia la puerta.

-Soy Jerro Fenacy, el primo segundo del gobernador- dijo una voz aflautada, amortiguada por la madera. Agentha bajó su arma. Ya había hecho negocios antes con Jerro, algún tipo de contrato para una demolición y similares.

-¿Qué negocio te trae hasta aquí, a ésta hora olvidada por el Emperador?- dijo Agentha, utilizando un tono agudo en su voz para no dejar duda alguna a Jerro sobre lo molesto de su visita.

-Perdóneme, mi señora. Las ruinas del desierto. Estábamos tratando de volarlas para hacer espacio para nuevas fábricas- Jerro estaba sin aliento. **-Debajo. Encontramos algo.**

-¿Encontrasteis algo? ¿Qué, qué encontrasteis?

-Una estructura. De piedra negra. Y una puerta. Hay algo escrito en ella, en una escritura extraña. No sabemos lo que es.

Agentha se guardó la pistola láser en un bolsillo de su túnica color naranja y agarró su chaqueta de cuero de una percha junto a la puerta. Metió la mano en uno de sus bolsillos, para comprobar si el orbe metálico (véase "*La Nave de los Condenados*", nt) estaba en él, y tras comprobar que sí lo estaba, abrió el cerrojo de la puerta. Jerro Fenacy estaba encorvado ante ella, con las manos en sus muslos, intentando introducir aire en sus hambrientos pulmones. La luz de la velas de la habitación de Agentha la iluminaba desde atrás, haciendo que su sombra parpadeara locamente sobre Jerro y la escalera que había tras él.

-Llévame hasta allí- dijo Agentha. **-¡Ahora mismo!**



El viaje hasta las ruinas fue largo, caluroso y, para Agentha, muy apretado e incómodo. El semi-oruga había sido diseñado y construido con la población nativa de Niebuhr en mente, no para el transporte de una hermana de la Adepta Sororita a través de grandes distancias. Agentha se pasó todo el viaje con las piernas dobladas contra el pecho y la cabeza torcida hacia un lado mientras Jerro aceleraba el transporte sobre las dunas. Al principio, ella había pretendido viajar en el compartimento posterior del vehículo, pero cuando Jerro la indicó que estaba lleno de equipos para la demolición, no tuvo otra alternativa que montar adelante.

-Ya casi estamos- dijo Jerro con cierta simpatía, mientras el vehículo subía la cima de una duna especialmente pronunciada, y un grupo de ruinas apareció ante sus ojos. Más allá de ellos, a lo lejos, algo llamó la atención de Agentha: el techo de una estructura negra, la neblina de calor que emana desde ella era mucho más intensa que la del desierto que la circundaba. Era algo poco natural.

-¿No puede ir más rápido ésta cosa?- dijo Agentha, apretando los dientes y oprimiendo sus piernas aún más contra su pecho.



Unos minutos más tarde, la hermana salió de la cabina, con todo su cuerpo lleno de magulladuras. Haciendo caso omiso de los dolores, se detuvo un instante para colocarse correctamente sus gafas y salió a toda prisa hacia el edificio oscuro que había sido descubierto recientemente. Por el rabillo del ojo vio una figura que saludaba con la mano y se dirigió hacia ella. A medida que se acercaba al desconocido, se dio cuenta de que el hombre no era del planeta, sobrepasaba al menos en una cabeza al más alto de la media de Niebuhr, aunque seguía sido mucho más bajo que Agentha. El hombre llevaba dos muletas bajo uno de sus brazos mientras saludaba, balanceándose se esforzaba para mantener el equilibrio sobre la única pierna que le quedaba.

-Usted debe de ser Pound- dijo Agentha, caminando más despacio mientras se acercaba. **-Soy la hermana Agentha Castarno, de la Orden de las Rompedoras de Códigos.**

-Ahora no hay tiempo para todo eso- la interrumpió Pound. **-Por aquí, rápido, antes de que se desvanezca la escritura.**

Agentha estaba acostumbrada a la brusquedad y a los malos modales, las superioras de la orden a la que pertenecía la hermana no eran ningún dechado de urbanidad social, también había pasado muchos meses en compañía de los Adeptus Astartes de los Templarios Negros, pero qué un vulgar ciudadano del Imperio la hablara así, la pilló totalmente por sorpresa. Estaba considerando cuidadosamente su reproche cuando Pound se giró sobre su talón y trepó por la arena a gran velocidad, con las muletas hundiéndose profundamente entre los finos granos. Agentha pronto llegó a su altura, pero antes de que pudiera decir nada, Pound la agarró un brazo, haciendo un gesto.

-**Ahí, la puerta-** dijo con impaciencia el hombre, antes de perder el equilibrio y caer de cara contra la arena del desierto.

Haciendo caso omiso de Pound, Agentha siguió hacia donde había señalado, haciendo una breve pausa para meditar sobre los escalones que se dirigían hacia la construcción de obsidiana, perfectamente formados con arena seca que, por toda lógica, debería haberse llevado el fuerte viento del desierto o desmoronado.

-¿Habéis hecho esto vosotros?- le gritó a Jerro, que ya había alcanzado a Pound y le estaba ayudando con sus muletas. Los dos hombres estaban pálidos, todo el color había desaparecido de sus mejillas.

-No… No, mi señora- dijo Jerro, de repente sentía su boca tan seca como el entorno que los rodeaba. **-Aparecieron después de la explosión.**

Agentha dirigió su atención hacia la puerta, bajando cuidadosamente los escalones tan anormalmente formados, con el miedo natural a que las leyes de la naturaleza y de física se reafirmaran a sí mismas y el desierto se los tragara. Al llegar a la parte inferior, sus ojos se abrieron más mientras su mirada se posaba sobre la reluciente escritura nacarada, perfectamente formada y marcada sobre la piedra negra. Desde que Jerro había soltado sus primeros balbuceos sobre una estructura descubierta debajo de la superficie del planeta, los pensamientos de

Agentha se habían dirigido hacia un origen Necrón (Necrotyr en el original). Ella había sido testigo de primera mano de lo que era capaz de hacer el antiguo mal, y si los xenos estaban al acecho, durmiendo en instalaciones subterráneas en Niebuhr, entonces, el mundo estaba condenado. Pero las letras que estaba viendo no eran de origen alienígena, eran terranas. Terrano antiguo. Extendió una mano para cepillar las letras con la punta de sus dedos.

-¡No!- gritó Pound detrás de ella. **-¡Queman al tocarlas!-** para su irritación, Jerro lo estaba ayudando a levantarse, sus muletas se las había tragado la arena y no le quedaba más remedio que aceptar la ayuda.

Por mero instinto, a la mención de "queman al tocarlas", Agentha retiró su mano y agarró el orbe que llevaba oculto en los pliegues de su túnica. Estaba frío, pero su sola presencia la reconfortó.

Escarbando profundamente en su memoria para recordar los idiomas terranos arcaicos que había estudiado hacia ya mucho tiempo, primero en la Schola Progenium, en Kholorn, y a continuación en el monasterio de su orden, ella comenzó a traducir.

Las tres primeras palabras eran relativamente simples, el contexto de su ubicación ayudaba a su comprensión.

-Dentro de estos muros…- susurró, inclinándose hacia adelante, con cuidado de que su piel no rozara contra la superficie de la puerta. Se detuvo bruscamente. Las tres palabras siguientes eran complejas, difíciles de traducir, pero ella ya había saltado hacia adelante, a la séptima palabra, una palabra que reconoció al instante, una palabra que era común a muchos de los dialectos y lenguas humanas que habían surgido en los últimos diez milenios.

"Demonio".

-Traedme una pluma y pergamino- dijo Agentha, dirigiéndose hacia los dos hombres que esperaban en la parte superior de la escalera. **-Pero lo que es más importante, traedme al gobernador.**



Las apretadas filas de media compañía de Marines Espaciales estaban formadas delante de la estructura negra, ahora designada MA616. Su impecable armadura, de un rojo brillante, destacaba contra el opaco amarillo-ocre del desierto y las oscuras paredes de lo que, a efectos operativos, se presuponía la prisión de un demonio. Cincuenta bólters apuntaban hacia la puerta, apenas lo suficientemente alta y lo suficientemente ancha como para que pasara por ella una de las figuras blindadas con su generador dorsal, mientras uno de ellos, con armadura azul, a diferencia del brillante rojo sangre, elevaba unos cánticos. De vez en cuando se detenía, dibujaba signos en el aire con su bastón, antes de continuar su canto con un ritmo y un lenguaje completamente diferente.

Desde su posición, detrás de los Marines Espaciales, situada junto a la entrada de su tienda de campaña, Agentha escuchó sus palabras, llevadas hasta ella por la brisa crepuscular. Ella no entendió ninguna de ellas, pero se maravilló de la cadencia y la oscura belleza de esas extrañas lenguas que la llenaron a la vez de asombro y náuseas.

-¿Qué están haciendo?- preguntó Pound, sentado en la tienda, al lado de una mesa, con sus manos rodeando una taza de descafeinado para protegerse del frío de lo avanzado de la noche. A pesar de las elevadas temperaturas diurnas, que en Niebuhr podían llegar a límites muy superiores a la resistencia humana, una vez que se ponía el sol, la temperatura podía bajar y ser lo suficientemente fría como para que helara, antes de que volvieran a elevarse las temperaturas.

-Está rompiendo las barreras- dijo Agentha, estirando su chaqueta para apretársela más a su alrededor. **-Están tratando de entrar.**

-¿Entrar?- dijo Jerro, casi escupiendo toda la bebida que ya tenía en la boca y que estaba a punto de tragar. Estaba sentado frente a Pound, con una baraja de cartas sobre la mesa, entre ellos. **-¿Están locos?**

-No se quienes son- dijo Agentha.

Menos de tres semanas, terranas estándar, después de que el gobernador hubiera solicitado ayuda, medio centenar de Marines Espaciales habían descendido sobre Niebuhr, y en las pocas horas que habían pasado desde que tomaran el control sobre MA616, ni uno sólo de ellos había hecho el menor esfuerzo para identificar a que capítulo pertenecían. Agentha se enorgullecía de todo el conocimiento que había recogido sobre los Adeptus Astartes en los textos sobre los que había trabajado durante los últimos años, y de su servicio junto a los Templarios Negros, pero estos guerreros blindados en rojo no pertenecían a ningún capítulo que ella pudiera identificar. El que llevaba la armadura azul, ella sabía que era un bibliotecario, uno de los hermanos psíquicos de los Marines Espaciales, y lucía una insignia con el cráneo con cuernos en su hombrera, que se reflejaba en cada uno de sus hermanos no tocados por la disformidad. Él había sido quien había hablado con la hermana una vez que su convoy de Rhinos y 'Land Speeders' llegara hasta las ruinas, pidiéndola toda la documentación y traducciones que tuviera en su poder, antes de ordenar que el resto de la compañía asegurase el perímetro de la oscura estructura.

El cántico del bibliotecario llegó a su crescendo, y las voces de sus hermanos se unieron a él para cantar el verso final con monótona letanía. Jerro y Pound abandonaron el juego y sus bebidas para unirse a Agentha en la entrada de la tienda, mirando hacia el exterior a través de la extensión de arena donde los reflectores de los Rhinos iluminaban la construcción de piedra negra. Al final de las letanías del bibliotecario, una serie de terribles sílabas que provocaron arcadas en Agentha y los dos hombres, se produjo un horrible crujido acompañado de un brillante destello que les dejó temporalmente ciegos.

Unos instantes después, cuando su visión volvió a la normalidad, hasta el último de los misteriosos Marines Espaciales había desaparecido tras la puerta abierta de MA616.

Aunque Agentha no sabía que esperar una vez que la puerta fuera abierta, lo que ocurrió a continuación fue algo totalmente imprevisto.

Nada.

No se escuchó ningún sonido de disparos de bólter saliendo de la prisión abierta, no hubo gritos de moribundos o palabras de destierro, solo silencio, un extraño silencio. Por lo que pareció una eternidad, los tres se quedaron allí, sin atreverse

a dirigir sus ojos hacia la puerta, no fuera que algo impuro y corrompido saliera del oscuro interior. Al cabo de unos momentos algo salió a través de la puerta, pero, para alivio de todos, resulto ser el bibliotecario, seguido de cerca por el resto de sus hermanos de batalla. Incluso a esa distancia, Agentha podía decir que se estaban ladrando órdenes y que se intercambiaban escuetas palabras. La mayor parte de los Marines regresaron a sus vehículos, dejando una solitaria escuadra para vigilar la entrada abierta. El bibliotecario, flanqueado por los que parecían ser un capitán y un sargento, se dirigieron deliberadamente hacia la tienda. Jerro y Pound se volvieron a sentar de nuevo a toda prisa en la mesa, repartiendo las cartas y fingiendo que habían estado allí durante todo el tiempo. Agentha permaneció en la entrada de la tienda, con su silueta recortada por el parpadeo de las velas.

-Su traducción parece que ha resultado ser incorrecta, hermana- dijo el bibliotecario, una vez que estuvo lo bastante cerca para ser escuchado. Su tono era firme, pero no molesto. **-La cripta está vacía.**

Las tres figuras blindadas continuaron avanzando sobre la tienda, su aproximación no implicaba ninguna amenaza mayor que la que normalmente emanaba de todos los Marines Espaciales.

-Mi traducción es totalmente correcta, señor- dijo Agentha. **-“*Dentro de estos muros está encerrado el demonio*”**

-Ya sé que cree lo que dice, hermana, pero la cripta estaba vacía. No he podido encontrar ningún rastro de que ahí se hubiera encarcelado alguna vez a un demonio. ¿Está segura de que la palabra se traducía literalmente como “*demonio*”?

-Mi traducción es totalmente correcta, señor- repitió Agentha, mirando directamente y sin parpadear a los ojos del bibliotecario sin casco. Los ojos del psíquico eran de un color verde pálido, enmarcados en un rostro que parecía marcado por mil batallas. Las manchas grises de su barba podían ser indicativas de una mediana edad en un ser humano normal, pero en un Marine Espacial podían significar siglos de existencia en lugar de décadas. **-Si no había un demonio ahí dentro no ha sido porque yo me haya equivocado al descifrar la advertencia.**

-Aprecio su convicción, hermana, y también su fe en su propia capacidad.

Todavía necesito de ellas. Por favor acompañe al sargento Cth a la cripta. Se le darán las instrucciones necesarias una vez que esté dentro- el bibliotecario dio un paso hacia un lado y miró más allá de Agentha, que todavía bloqueaba la puerta, para dirigirse hacia los dos hombres que estaban en el interior. **-Vosotros dos fuisteis los primeros en descubrir la estructura, ¿no es así?**

Los dos hombres miraron fijamente al Marine Espacial, impresionados. Después de unos segundos, Pound se recuperó lo suficiente para hablar. **-Sí, mi señor.**

-Bien. Me gustaría que nos acompañarais al capitán Lath y a mí.

Jerro ayudó a Pound a levantarse de su silla y le pasó sus muletas. Los dos hombres se movieron para salir de la tienda, pero se encontraron con que Agentha seguía plantada en medio de la entrada.

-¿Dónde los llevan?- preguntó la hermana. A pesar de que al principio su relación con ellos fue mala, especialmente con Pound, durante las semanas de espera se había forjado una especie de camaradería entre los tres. Jerro nunca se había quejado de los innumerables viajes que había hecho a la capital para recoger cosas de la habitación de Agentha y transportarlas hasta el improvisado campamento en el desierto. Pound había sido fundamental para asegurar el lugar de la demolición, su entrenamiento como Guardia Imperial se volvió imprescindible cuando el gobernador le dio la autoridad necesaria para crear una milicia que protegiera la zona mientras llegaba la ayuda. Agentha había oído historias, incluso leído y traducido documentos, en los que los Marines Espaciales borraban la memoria a los humanos que los ayudaban para mantener algunos secretos enterrados. Eso, en el mejor de los casos.

-Eso no es asunto suyo, hermana- dijo el bibliotecario, cada vez más impaciente.

-Pues estoy haciendo que sea asunto mío. De un sirviente del Emperador a otro, me gustaría saber a dónde los llevan.

El sargento y el capitán intercambiaron miradas inquietas. El bibliotecario parecía que estaba a punto de explotar de rabia cuando, de repente, su rostro se relajó, y la sombra de una sonrisa se formó en sus labios.

-Su voluntad es tan admirable como su convicción. Si tuviéramos más tiempo, desearía saber qué orden no militante produce unas hermanas tan

tenaces.

Ni siquiera esa adulación hizo vacilar a Agentha.

-Cuando entramos en órbita alrededor de éste mundo, nuestras exploraciones nos indicaron otros cinco lugares similares a éste, donde también puede haber algo enterrado bajo la superficie- continuó el bibliotecario. **-Necesito a sus dos compañeros para que nos ayuden a descubrir esos lugares, para que podamos asegurarnos que todo éste planeta no es una tumba para demonios. Me gustaría hacerlo por mí mismo, pero me parece que un bombardeo orbital puede ser excesivo para ello, especialmente en un mundo habitado. ¿No le parece, hermana?**

Agentha se relajó. **-No quería ofender, mi señor. Es que he oído historias…**

-Todo cierto, sin duda, y sé que no hubo ánimo de ofender. Ahora, vamos, estamos perdiendo el tiempo, hablando aquí de pie.

Jerro y Pound se deslizaron al lado de Agentha, intercambiándose unas apresuradas despedidas mientras caminaban hacia un Rhino con el motor en marcha que se había detenido a unos cuarenta metros (cincuenta yardas en el original, 45 m) de su campamento.

La última vez que los vio, ellos dirigían sus alegres y excitados rostros hacia ella, mientras desaparecían en el compartimiento trasero del enorme vehículo de transporte de tropas de los Marines Espaciales.

-Vigílala estrechamente, Cth- dijo el bibliotecario, dejando atrás al capitán. **-Podría ser un problema.**

El bibliotecario observó a la joven, que medio sonreía, medio suspiraba de alivio, mientras colocaba sus gafas correctamente sobre su nariz con las manos pegajosas por el sudor.

-Sígame, hermana- dijo Cth, mientras las arenas del desierto se levantaban alrededor de Agentha provocadas por la partida de los Rhinos y los Land Speeders, estos aumentaron de velocidad y se convirtieron en rojizas manchas en la distancia.



El corto paseo a través del helado desierto se inició en silencio. No había ninguna nube que oscureciera el cielo nocturno, y poco a poco, penosamente, la hermana caminó por las finas arenas. Agentha miró hacia el cielo y se preguntó cuál de los brillantes puntitos en el oscuro manto era la nave de los Marines Espaciales. Por un momento, consideró la posibilidad de que podría ganarse un pasaje junto a ellos cuando terminaran su misión, pero pronto descartó la idea; los extranjeros vestidos de rojo ni siquiera habían revelado a que capítulo pertenecían, por lo que era muy poco probable que le dieran la bienvenida en su crucero de ataque a una hermana Dialogous extraviada y lejos de su mundo.

-Perdóneme, mi señor- dijo Agentha, mientras se abrochaba la chaqueta. **-No reconozco las marcas de su armadura. ¿A qué capítulo de los Adeptus Astartes pertenece?**

El sargento ignoró a Agentha, sin perder el paso mientras marchaba con férrea determinación hacia la entrada de la subterránea tumba. Había algo en éste Marine Espacial que la hacía sentirse incómoda, desprendía un aura que no podía identificar. En presencia del bibliotecario había sentido como si el aire que lo rodeaba estuviese cargado, como si fuera un conductor de la disformidad, reprimiendo su furia psíquica para no consumirse él y a todos los que le rodeaban. Cth era diferente. Lo que emanaba de él estaba latente, enterrado profundamente en su interior, se manifestaba como un malestar, la sensación de estar en la cúspide de un nauseabundo letargo.

La sensación se intensificó cuanto más se acercaban a la oscura estructura y a los otros nueve Marines Espaciales que guardaban la puerta abierta. Ni uno solo de ellos la prestó la menor atención al pasar, en su lugar, miraban hacia el enorme desierto, en busca de cualquier señal de amenaza. Mientras se movía, pasando entre ellos, Agentha comenzó a temblar involuntariamente, aunque no de frío, apenas pudo contener un vómito de bilis que se elevó por su garganta. Ahora se la ocurrían nuevos pensamientos, pensamientos oscuros. No todos los que llevaban servoarmaduras y bólters habían jurado lealtad al Dios-Emperador de la Humanidad. ¿Podrían ser traidores? ¿Antiguos leales que ahora servían a sus nuevos amos y adoraban a los poderes de la oscuridad?

No. Ellos portaban el Aquila en sus corazas y sus armaduras estaban adornadas con muchos sellos de pureza, más incluso que los que llevaba Gerataus, el capellán de los Templarios Negros que había tenido la mala suerte de conocer varios años antes. Estos Marines permanecían leales al Imperio, de eso estaba segura, pero ella no podía evitar la sensación de que había algo más en ellos, algo que estaban decididos a mantenerlo oculto ante todos, salvo a ellos mismos.

-Baje usted primero, hermana- dijo Cth, deteniéndose en la parte superior de la imposible escalera. Ansiosa por alejarse de aquello que la hacía sentir tan mal, Agentha prácticamente bajó los escalones a la carrera, casi tropezando a cada paso en su camino hacia la tumba durante tanto tiempo sellada.

Lo primero que impactó a Agentha, una vez en el interior de la tumba, fue lo brillante que estaba el interior de la estructura subterránea. No había ventanas, eso no iba a suponer ninguna diferencia con el sol ya oculto, pero estaba tan iluminado, con tal intensidad, que parecía que fuera mediodía. La segunda cosa que observó fue que todas las superficies, paredes, piso y techo, estaban cubiertas de escritura, una uniforme escritura manuscrita en muchos diferentes idiomas. La tercera, última y más extraña, era que las propias letras eran la fuente de la luz.

-¿Cómo…?- dijo Agentha, mirando todo a su alrededor en la gran cámara, tratando de asimilarlo.

-Eso no importa- dijo Cth, sin el menor toqué de ironía en su voz. **-Sus órdenes son transcribir cada una de las palabras que hay dentro de la cámara. ¿Puede hacerlo?**

-¿Qué…? Sí, creo que sí- respondió Agentha, todavía tratando de comprender lo que estaba viendo. -**¿La estructura no es más pequeña vista desde el exterior? ¿Y de una forma diferente?**

-Sí- dijo Cth con impaciencia. -**Es una construcción rectangular que tiene ochenta por cuarenta y cinco metros en el exterior, y una superficie cuadrada interior de noventa metros de lado** (doscientos sesenta y cinco pies por ciento cuarenta y siete pies en el exterior, y un cuadrado de doscientos noventa y cinco pies de lado en el interior, en el original, rectángulo de 79,24 m por 44,80 m y cuadrado interior de 89,91 m de lado. He tomado como referencia

el pie anglosajón 30,48 cm, nt)**. Pero tampoco es que eso sea importante.**

Agentha miró con incredulidad a Cth.

-¿Estamos dentro de una cámara que es más grande que la estructura que la rodea, iluminada por cientos de miles de palabras talladas en cada una de sus superficies y usted dice que "*no es importante*"?

Cth la ignoró. -**Sobre la transcripción. ¿Necesita algún tipo de material para llevar a cabo la tarea?**

Agentha suspiró. El sargento de los Marines Espaciales, era obvio, no iba a darla ninguna respuesta, pero tal vez lo escrito en las paredes lo haría. Empujó sus gafas de nuevo sobre el puente de su nariz con una mano y con la otra sacó una pequeña libreta de pergamino y un stylo del interior de su túnica.

-Esto debería ser suficiente para empezar- dijo. **-Pero dentro de poco necesitaré los cuadernos en blanco que tengo en mi tienda.** La hermana abrió la libreta por la primera página en blanco y puso el stylo entre sus labios, mojando la punta para activarlo.

-Hermano Iz- dijo Cth, activando el vox de su casco. **-Vete a la tienda de la hermana y trae sus cuadernos de pergamino.**

-¡Y mis libros!- dijo Agentha. **-Pueden servirme de ayuda para traducir los textos.**

-Tráelo todo- dijo Cth, cortando el enlace. Entonces, como si fuera la cosa más normal del mundo, cogió el bólter que llevaba bloqueado magnéticamente sobre su muslo, lo empuñó y apuntó a la cabeza de Agentha. **-Ya puede comenzar, hermana.**

Agentha procedía de una orden no militante del Adeptus Sororitas, pero había recibido una amplia formación de combate durante su estancia en el convento. Aunque no era la primera vez que un bólter la apuntaba, sí era la primera vez que tras él había un Marine Espacial con su dedo pegado al gatillo.

-¿Eso es absolutamente necesario, mi señor?- preguntó Agentha, señalando al arma firmemente aferrada entre las enormes manos de Cth.

Acomodando el arma sobre su hombro, el Marine Espacial la miró desde la lente

derecha de su casco a través de la mira del bólter.

-Sí.



Durante la siguiente semana, Agentha trabajó en silencio, desde el amanecer hasta el anochecer, con un bólter apuntándola continuamente. Los Marines Espaciales cambiaban de guardia cada dos horas, pero ni uno solo de ellos habló nunca con ella, o entre ellos, mientras cambiaban de puesto. Afortunadamente para la hermana Dialogous, en ningún momento hubo más de dos Marines presentes en la cámara y cuando, por la noche, ella volvía a su tienda, al final de su turno, los guardianes se alejaban y se mantenían a distancia, como si percibieran el malestar que causaban en ella con su mera presencia.

El trabajo resultó ser fascinante para Agentha. Durante las primeras horas, después de que ella dejara de pasearse asombrada alrededor del interior de la cámara, tomó muchas notas sobre las brillantes inscripciones. Luego mapeó la cámara, marcando donde terminaba un idioma y comenzaba otro, anotando lo que ella reconocía como un alfabeto o escritura. Para su inicial consternación, sólo pudo identificar la mitad de las lenguas y leer apenas un puñado de ellas. Con el trabajo de preparación completado, se dedicó a la traducción, empezando primero con los idiomas que dominaba mejor antes de tratar con los dialectos desconocidos. Hacia el final del segundo día había llenado todo un cuaderno y aprendido los rudimentos de dos lenguajes completamente nuevos durante el proceso.

Los días pasaron y su progreso fue haciéndose más lento, cada nueva lengua resultaba más difícil que la anterior. Donde una sección de los textos lindaba con secciones ya traducidas, Agentha encontró una ventaja, ya que la escritura cambiaba de lenguaje a mitad de una oración, permitiéndola identificar marcadores comunes y palabras repetidas, pudiendo generar una base sobre la que trabajar. Donde había enormes párrafos, escritos en docenas de lenguas extrañas, todas entremezcladas, Agentha tuvo que confiar en las habilidades de la lingüística forense que habían sido grabadas en ella durante su estancia en el convento.

La naturaleza de lo que estaba traduciendo, una vez se hizo manifiesto el contenido, también ayudó en su trabajo y despertó el interés de la hermana. La primera línea del texto correspondía a lo mismo que había grabado en la puerta, "*Dentro de estos muros…*", pero a continuación, el texto continuaba con una lista de todos los nombres por los que el demonio, identificado como Litherax, también era conocido. El texto seguía así durante la mayor parte de toda la longitud de la primera pared antes de que pasara a la narración de las numerosas atrocidades y crímenes llevadas a cabo por ese oscuro ente de muchos nombres. En la mayor parte de los casos, cuando uno de los alias del demonio que había sido tallado en un determinado dialecto, era seguido por la historia en una serie de párrafos escritos en la misma lengua, pero, para su frustración, eso no era así en todos los casos, lo que condujo a Agentha a varios callejones sin salida antes de que pudiera realizar una traducción exacta.

A medida que aumentaba la traducción, también lo hacia su repugnancia. Cada nuevo idioma descifrado revelaba actos aún más oscuros realizados por Litherax, o en su nombre por acólitos, fieles engañados o por la población de mundos enteros que habían caído bajo su influencia. A veces, lo que estaba leyendo era demasiado para Agentha y se alejaba del atril portátil en el cual apoyaba el cuaderno, para respirar profundamente y evitar vomitar o ser vencida por incontrolables temblores. Cada vez que lo hacía, el bólter en manos de su guardián se elevaba muy ligeramente y era sujetado con mayor firmeza.

Al principio del séptimo día, ya había traducido la mayor parte de la escritura, incluyendo una parte particularmente difícil en la lengua de los asesinos de Commorraghan que Agentha había pensado inicialmente que era dialecto Saim-Hann, dejando para traducirlo al final era, aproximadamente, el último centenar de caracteres de toda la escritura de la cámara. La hermana no había estado trabajando todos los textos con un orden concreto, pero había dejado las últimas frases del mismo por una sencilla razón: no sabía por dónde empezar. Con cada nuevo idioma que aprendía, ella había tenido al menos un punto de partida, alfabetos que eran claramente de origen xenos, derivados del Alto y del Bajo Gótico, caracteres comunes que denotaban vocales o sus análogos, pero éste último párrafo no ofrecía la menor pista. No se parecía a nada que hubiera visto jamás. Cada carácter estaba compuesto por formas triangulares y líneas rectas, en posición horizontal, vertical o diagonal, dejando a Agentha con la duda de si cada una de ellas sería una letra individual o toda una palabra. Ni siquiera podía decir en qué dirección se suponía que debía ser leído ese idioma, ya que no había

separación alguna para marcar donde terminaba una palabra o frase y comenzaba otra.

Durante el transcurso de toda una hora se sentó frente a la sección de la pared, justo por encima del suelo y al lado de la entrada, mirando la inscripción profundamente concentrada con la esperanza de que la golpeara algún tipo de inspiración divina. Pasado un tiempo, se sobresaltó al escuchar los pasos de pies blindados que descendían hacia la cripta, cuando el hermano Iz llegó para el cambio de guardia. Cediendo temporalmente a la derrota, Agentha se levantó y se fue al otro lado de la cámara, a por dos cuadernos que aún no había utilizado, el arma de Iz siguió cada uno de sus pasos.

Tras colocar el primero de los cuadernos, encuadernados en piel, encima del atril, lo abrió por la primera de las decenas de páginas aún en blanco antes de reunir todas las hojas sueltas que había utilizado para registrar las traducciones de cada una de las secciones individuales. Con la esperanza de que la trivial tarea de copiar todos los fragmentos de sus traducciones permitiera a su subconsciente desbloquear el misterio del párrafo final, Agentha cogió el stylo y comenzó a escribir en impecable Alto gótico. Con una precisión casi perfecta, debida en parte a todo el tiempo que había tenido para practicar durante su estancia en Niebuhr, en unas pocas horas fue capaz de copiar toda la traducción, menos la última parte, completándola con anotaciones y pies de página allí donde determinadas frases o palabras permitían múltiples significados o interpretaciones. Después de hacer una anotación final, especificando su nombre y la orden a la que pertenecía como autora de la traducción, dejó el stylo y miró de nuevo hacia las últimas y enigmáticas palabras que se burlaban silenciosamente de ella.

Para su sorpresa, el omnipresente bólter ya no estaba empuñado por el hermano Iz, sino por otro de los Marines Espaciales con armadura roja. A pesar de que con el casco puesto todos ellos tenían el mismo aspecto, Agentha había aprendido diferenciarles por su altura y corpulencia. El que había reemplazado a Iz era un par de pulgadas más alto, así como unas cuantas libras más pesado. Ella había estado tan absorta con su trabajo que no se había dado cuenta del cambio de guardia. Todavía lejos de entender el significado de las frases finales, cerró el cuaderno que tenía la traducción casi completa y lo cambió sobre el atril por otro de sus cuadernos aún en blanco. Ésta vez, en lugar de transcribir los párrafos en gótico, copió cuidadosamente los brillantes caracteres originales

tallados en las paredes, deteniéndose de vez en cuando para corregir algún minúsculo error en su caligrafía.

Fue un trabajo arduo y lento, y otros dos cambios de guardia pasaron completamente desapercibidos para Agentha antes de que diera finalmente su tarea por completada. A diferencia del primer cuaderno, que carecía de la parte final de la inscripción, y con la tinta del insondable último párrafo aun secándose, a Agentha se le ocurrió coger una hoja de pergamino en blanco e hizo una segunda copia para incluirla en el primer cuaderno. No fue hasta ahora, mientras copiaba minuciosamente y por segunda vez las extrañas formas y los caracteres en forma de cuña, cuando algo le resultó conocido. Una palabra, o tal vez una frase, destacaba sobre las demás, una cadena de cinco caracteres que ella estaba segura de haber visto antes. La hermana ya había repasado todos los idiomas xenos con los que estaba familiarizada, lo que significaba que pertenecía a una raza a la que ella, y posiblemente todo el Imperio, nunca se había encontrado o a un dialecto humano olvidado. Colocando cuidadosamente la hoja entre la última página y la contraportada del cuaderno con la traducción, se acercó hacia la pared, agachándose y aproximándose tanto a las letras que su nariz casi rozaba la piedra brillante.

-¿Ha completado su trabajo, hermana?

Tan poco acostumbrada a no oír otra voz que la suya pronunciando en voz baja las palabras que estaba escribiendo, Agentha, sorprendida, tropezó y cayó hacia atrás, con los pies estirados hacia adelante, y caída de espaldas contra el frío suelo de piedra.

-No era mi intención alarmarla, hermana- no era una disculpa de Cth, solamente la declaración de un hecho. Agentha había estado tan absorta en su trabajo que no se había dado cuenta en que había vuelto a cambiar su vigilante. **-He recibido noticias del hermano bibliotecario, los estudios de los otros lugares ha terminado y debemos despedirnos del planeta con las primeras luces. ¿Ha terminado su traducción?**

Aunque esas palabras eran la mayor información que la había dado desde que ella se embarcó en ésta empresa, parecía que Cth no iba a cambiar sus hábitos y no la revelaría nada que no tuviera estrictamente porque hacerlo. Sin tener en cuenta el hecho de que no se refirió al bibliotecario por su nombre, el sargento también había optado por no mencionar absolutamente nada sobre si se había

encontrado algo en cualquiera de los otros lugares. Agentha permaneció tirada en el suelo por un momento, esperando que el Marine Espacial la ofreciera su mano para ayudarla a levantarse. Cuando vio que no lo hacía, se puso ella misma torpemente en pie, colocándose las gafas correctamente mientras lo hacía.

-Ya tengo una transcripción completa del texto original, pero el último párrafo se me escapa. No se parece a nada que haya visto antes, pero, al mismo tiempo, me parece enormemente familiar- la hermana hizo un gesto hacia la escritura que estaba junto a la pared.

Cth inclinó su cabeza hacia un lado, para examinar el texto él mismo. Dio un paso hacia adelante antes de acuclillarse frente a la escritura y quitarse el casco con el silbido procedente de la liberación de presión. Su pelo era muy corto en la parte superior de la cabeza y prácticamente inexistente en los lados de la misma, dejando al descubierto un entramado de tejido cicatrizado.

-Reconozco esa escritura- dijo, dirigiéndose a Agentha, revelando un rostro con aún más cicatrices que el resto de su cabeza. Pero esas líneas más claras en su carne no eran su característica más llamativa. El Marine miró a la hermana Dialogous con unos brillantes ojos azules, quedó sorprendida por esa tonalidad poco natural.

-Yo también pensaba lo mismo- dijo, después de tomarse unos segundos para recuperar su compostura. **-Pero no puedo ubicarla.**

-Yo sí puedo- dijo Cth, colocando su casco en el suelo, junto a él, y poniendo su guante debajo del pergamino de uno de los muchos sellos de pureza que adornaban su armadura roja. **-Mire aquí.**

Las mismas líneas y formas que había en la pared estaban dibujadas en el quebradizo pergamino, firmemente unido a la ceramita por un gran sello de cera. Los ojos de Agentha se abrieron aún más detrás de sus gafas mientras su mirada se posaba en una palabra en particular. **-Esa palabra-** dijo, señalando una cadena de caracteres en el sello de pureza antes de señalar su duplicado exacto en la pared de la cámara. **-¿Sabe lo que significa?**

-El lenguaje no me es familiar. Todo lo que sé es que es anterior al Imperio y que ha sido utilizado durante miles de años como escritura de protección, una defensa contra los que acechan detrás del velo y un anatema para todos

aquellos nacidos en la disformidad.

Agentha suspiró ante la noticia. La traducción ya no sería imposible, ahora tenía un texto comparativo, pero una palabra clave habría hecho su tarea mucho más fácil y rápida.

-Pero sí, conozco esa palabra. Significa "*protección*"- dijo Cth. El Marine Espacial se puso en pie, recuperando su casco mientras lo hacía. **-El tiempo juega contra nosotros. Mi equipo va a regresar inmediatamente a la capital y tenemos que seguirles en cuando haya recogido sus pertenencias de la tienda de campaña.**

-Pero, ¿qué pasa con la traducción? Ahora ya tengo los medios para completarla.

-Puede terminarla cuando estemos de vuelta en la capital. Una gran tormenta de arena se acerca rápidamente y tenemos que estar lejos de aquí antes de que llegue.

-Muy bien pero, por favor, permítame hacer una cosa antes de irnos.

-Mis órdenes son…

-Por favor. Es importante y no me llevará mucho tiempo.

Los penetrantes ojos de Cth se clavaron en ella, causándola una sensación de estar siendo examinada no muy diferente de la que había sentido durante su encuentro con el misterioso Marine Espacial con aquella armadura negra llameante, a bordo de la nave de peregrinos que la había llevado hasta Niebuhr. **-Muy bien. Tiene unos pocos minutos.**

Apresuradamente, reunió todos los libros y pergaminos que tenía esparcidos por toda la cámara y los metió en una gran caja de madera que Fenacy había conseguido para ella. La hermana la levantó y la llevó hacia la puerta, dejándola en el suelo, junto a Cth.

-¿Ya hemos terminado?- dijo el Marine Espacial.

-No del todo- Agentha metió la mano en la caja y sacó otra hoja en blanco de pergamino junto con un trozo de grafito. **-Esto no me tomará mucho tiempo-** dijo ella, mientras comenzaba a copiar las palabras del sello de pureza de Cth.

Pasaron unos cuantos minutos mientras Agentha copiaba cuidadosamente cada carácter, mientras las facciones de Cth se endurecían cada vez más. Cuando parecía más que probable que la exigiera furiosamente que terminara, ella le dirigió una sonrisa forzada y por fin hablo. **-Todo listo-** dijo, antes de guardar la hoja en el cuaderno que contenía la transcripción.

Tras colocarse de nuevo el casco, Cth la condujo hacia las escaleras. Ninguno de ellos se dio cuenta de que las brillantes letras se apagaban lentamente en el panteón que dejaban detrás de ellos.



-Ya casi tenemos encima la tormenta- llamó Cth desde el lugar donde realizaba las comprobaciones previas al despegue del Land Speeder. **-Tenemos que estar en el aire en los próximos minutos.**

-Ya casi he acabado- gritó Agentha, luchando por hacerse oír contra el furioso viento que levantaba los laterales de la tienda de campaña y arrojaba arena sobre sus pertenencias ya empaquetadas. Su respuesta no era una completa mentira; casi había terminado la traducción del último párrafo del texto.

Sujetadas con algunos grandes tomos de su colección para evitar que el viento se las llevara, Agentha parecía ir y venir entre las dos hojas de pergamino que había sobre la mesa. Una tercera hoja descansaba en su mano izquierda mientras con la derecha escribía algo que estaba muy lejos de ser un perfecto Alto Gótico, con muchas de las palabras tachadas mientras descifraba el texto, que ya comenzaba a tomar un significado claro. Algunas de las palabras eran conjeturas razonables, llenando los vacios con otras de las que estaba bastante segura de su significado, mientras que de otras sabía que no sería capaz de comprender lo que decían. Pero eso no importaba. Ya tenía el suficiente texto traducido para entender lo que significaba y las implicaciones que iba a acarrear

"Y es por tanto que yo, el Inquisidor ------------- ------------ del Ordo Malleus, condeno ---------, ----------- azote de ----------, ----------- de ----------- y -------- -- esclavizador, a ser encerrado para siempre, para la protección de toda la

Humanidad, dentro de estos muros. Estas son las palabras que lo atan; estas son las palabras que lo obligan.”

Ella maldijo por no haberse dado cuenta antes, por no haberlo entendido la primera vez que llegó a MA616. Una sola palabra con dos interpretaciones sutilmente diferentes.

Dentro.

Inicialmente, Agentha había decidido utilizar el significado literal de “*dentro*”, interpretándola como si se refiriese al espacio delimitado por los muros de la cámara, pero no era eso lo que significaba. Si hubiera sido así, ¿por qué no usó el desconocido inquisidor la frase “dentro de la cámara” o “dentro de ésta cripta”? “*Dentro de estos muros*” significaba exactamente lo que estaba leyendo; significaba exactamente que estaba dentro de los propios muros. Pero había algo más que eso, la última frase hacía referencia a las mismas palabras que lo ataban y lo obligaban.

Cubriendo su boca y nariz con su túnica para protegerse la cara de los remolinos de arena, corrió hacia el lugar donde Cth estaba inspeccionando el Land Speeder. Mientras se aproximaba, el Marine se giró sobre sus talones, levantó su bólter y apuntó hacia la cabeza de la hermana.

-Tenemos que volver dentro de la cripta- gritó ella.

-No. No lo haremos- gritó el Marine, tras bajar su arma. **-Si nos vamos ahora, todavía podemos escapar de la tormenta.**

-Usted no lo entiende- suplicó la hermana. **-¡Allí ha habido un demonio durante todo el tiempo y creo que lo he dejado libre!**



-Manténgase atrás- la advirtió Cth, mientras bajaba los escalones de arena. Durante todas las semanas transcurridas desde que la cámara había sido descubierta, la formación natural había permanecido intacta, sobreviviendo a los vientos y a la lluvia, nada natural en el desierto en ésta época del año. Ahora,

bajo el bombardeo combinado de la tormenta de arena y el volumen de Cth, se estaba desmoronando bajo cada una de sus pisadas.

-Ya no está iluminada- dijo, activando el haz del lumen que llevaba unido a su bólter, antes de comenzar a cortar la oscuridad con él. Agentha comenzó a descender unos cuantos pasos después de él, lo que hizo que el Marine Espacial gruñera **- La dije que se quedara atrás -** dijo, antes de sumergirse dentro de la cripta envuelta en la oscuridad.

Agentha se apretó la túnica a su alrededor, sintiendo como la arena mordía su expuesta piel, mientras la oscuridad de la noche era sólo rota por el escaso rayo de luz del bólter de Cth parpadeando desde la entrada a la cámara.

-Todo despejado. Ya puede bajar, hermana- llamó finalmente Cth.

Agentha tenía la esperanza de haberse equivocado, esperando que el demonio encerrado físicamente en la cripta desde hacia tanto tiempo se hubiera marchitado, o hubiera sido expulsado durante los siglos pasados, pero cuando cruzó el umbral de la puerta, toda aquella esperanza se desvaneció.

Cth pasó el haz de luz sobre cada pie cuadrado de la pared, ahora totalmente lisa y sin el menor rastro de escritura. Cada una de las palabras que habían estado grabadas allí, hasta hacia escasamente una hora, habían desaparecido.

-¿Dónde está el cuaderno que contiene la transcripción, sargento?- dijo nerviosamente Agentha. Ella se lo había entregado a Cth antes de regresar a su tienda y no lo había vuelto a ver desde entonces.

-Se lo entregué al hermano Iz, para que lo llevara con él hasta la capital- Cth hizo una pausa, la comprensión lo golpeó como un puño de combate. **-Tengo que advertir al resto de la compañía-** dijo, dirigiéndose a toda velocidad hacia la puerta, la luz del lumen iluminó erráticamente el techo mientras corría.

-¡Espere!- llamó Agentha, poniendo tanta autoridad en su voz como pudo reunir. Funcionó, y Cth se detuvo en seco cuando estaba a punto de comenzar a subir los escalones medio desechos. **-Ilumine el techo. Me parece que he visto algo.**

Cautelosamente, como si esperase que alguna entidad demoníaca saltara sobre él, Cth aferró su bólter con ambas manos e iluminó todo el techo de piedra de la cripta subterránea. Se detuvo cuando se hizo evidente que allí había algo, algo

que no estaba antes. Había una solitaria palabra en Alto Gótico embadurnada en el techo con lo que parecía sangre seca negra.

-¿Qué es eso?- dijo, sujetando el bólter con firmeza. Agentha sacó un lápiz de grafito de uno de los pliegues de su túnica, junto con un trozo de pergamino y rápidamente lo copió.

-No estoy segura- dijo la hermana, ajustándose las gafas.



El asiento para el pasajero del Land Speeder proporcionaba a Agentha mucho más espacio que el semi-oruga, pero su viaje, alejándose de la oscura y lejana estructura, no fue mucho más cómodo que el que la había llevado hasta allí. El vehículo había sido construido para dar cabida al mayor volumen de la armadura completa de un Marine Espacial, así que venía sin correas con las que sujetar a piloto y copiloto en su puesto. Para Cth eso no resultaba un problema, su cuerpo se ajustaba perfectamente al asiento del piloto mientras manejaba los controles del aparato, pero Agentha era sacudida de un lado hacia otro, como los restos flotantes por la marea, cada vez que el aparato se ladeaba o se desviaba para evitar una asfixiante nube de arena que podría obstruir las tomas de aire de los propulsores y hacerles caer del cielo. Finalmente, para sujetarse en el enorme asiento, Agentha agarró las asas del bólter pesado que tenía frente a ella.

-¿Hermana, sabe cómo usar eso?- dijo Cth, gritando para hacerse oír por encima de la cacofonía de los aullidos del viento y el rugido de los motores.

-Hace ya mucho tiempo que disparé uno, pero estoy segura de que recordaré perfectamente cómo se usa- la Orden de las Rompedoras de Códigos no era una orden militante, pero todas las hermanas habían sido entrenadas en el manejo de gran cantidad de armas y para luchar en diferentes, pero eficaces, estilos de combate cuerpo a cuerpo. El papel de las hermanas Dialogous era de apoyo, normalmente lejos del campo de batalla, pero sí Agentha era llamada a luchar y morir, lo haría sin dudar, como ya lo había demostrado anteriormente en varias ocasiones.

Cth simplemente asintió como respuesta, moviendo la palanca de control totalmente hacia su izquierda para evitar el embudo de un remolino de arena que surgió de la nada en su flanco derecho. Agentha se pegó un fuerte golpe contra el mamparo, sus manos sobre el arma pesada eran la única cosa que la mantenía sobre el asiento. **-Esto se está poniendo peor-** dijo, haciendo una mueca de dolor por las dos costillas que estaba segura que se acababa de partir.

-¡Estamos atrapados entre dos frentes! Corriendo más rápido que una de las tormentas sólo para volar en línea recta directamente hacia la otra- dijo Cth, enderezando el Land Speeder y ganando altura para elevarse por encima de los pequeños remolinos que giraban hacia arriba, elevándose desde el suelo del desierto. Cth accionó un interruptor para abrir el enlace vox del Land Speeder, mucho más potente y con un mayor alcance que el sistema interno instalado en su armadura.

-¡Aquí el sargento Cth, llamando al capitán Lath!, ¿Me reciben? Cambio- no hubo ninguna respuesta, lo mismo que las anteriores ocasiones en las que había tratado de comunicarse con el resto de su compañía desde que habían despegado de MA616. Entonces, inesperadamente, volvió a girar los mandos todo a la izquierda y apretó el acelerador.

-¿Qué sucede?- preguntó Agentha, jadeando por el golpe provocado en éste último giro.

-¡Miré hacia adelante!- dijo el Marine Espacial, luchando con la palanca de mando, mientras volaban directamente contra el frente tormentoso que tenían delante de ellos.

Agentha se levantó, agarrándose en las asas del bólter pesado, y miró delante de ella, justo enfrente de la parte frontal del deslizador rojo. **-¡Bendito Emperador…!-** jadeó ella, apenas logrando suprimir un estremecimiento. A través de la rugiente tormenta de arena que enturbiaba la visión, la hermana podía distinguir la silueta de… algo. Algo terrible. Algo vil y corrupto.

Algo demoníaco.

Los oscuros contornos de unos bulbosos tentáculos se elevaban y caían, golpeando y empujando al mismo tiempo, arrastrando el cuerpo hinchado por la arena. Sin nada que utilizar como referencia visual, Agentha no era capaz de decir exactamente como de grande era aquella cosa.

-Puedo oír el fuego de los bólter. Mis hermanos ya están combatiendo- dijo Cth.

Pese a haber pasado meses junto a los Marines Espaciales, Agentha todavía se sorprendía por lo aguda que era su vista y oído. Apenas podía oír a Cth, que

estaba junto a ella, pero el sargento podía escuchar el fuego de los bólters desde sólo el Emperador sabía cuantos cientos de yardas de distancia. **-¡Prepárese!**

Agentha agarró el bólter pesado aún con más fuerza, separó sus piernas y las afirmó para darse estabilidad. La hermana probó a girar el arma sobre su montaje, todas las fibras de los músculos de sus brazos, pecho y hombros ardieron, mientras ella movía y soportaba el peso del bólter pesado. El Land Speeder se dirigía hacia su objetivo a toda velocidad y el demonio creció, abarcando todo el punto de mira.

-¡Ahora!- gritó Cth, la tormenta de arena se abrió repentinamente para proporcionar a Agentha una visión de la entidad de la disformidad. Su piel era lisa y brillante, relucía como el aceite sobre el agua, patrones de colores púrpuras, verdes y rosas se entremezclaban y bailaban casi hipnóticamente. Cuando se acercaron, la hermana pudo distinguir el ruido, algo parecido a las palabras, pero oscuro y repugnante. Un ruido primario formado por el miedo, el odio y el rencor. Luchó contra la repugnancia y apretó con fuerza el disparador, lanzando una lluvia de proyectiles contra el enorme, pero lento, objetivo.

Incluso luchando por controlar el arma, Agentha no podía fallar a una distancia tan corta y cuando Cth tiró de nuevo de los mandos para guiar el Land Speeder hacia lo alto del tormentoso cielo, vio uno de los tentáculos de la bestia tirado sobre la arena, vertiendo un oscuro cieno espeso desde el muñón.

-¡Allá voy!- dijo Cth, viró hacia un lado, en un pronunciado picado que les llevó a enfrentarse de nuevo contra el demonio. El ruido había cambiado y Agentha lo reconoció, sin la menor duda, como algún tipo de lenguaje, aunque no fue capaz de identificar el idioma. Luchando contra el giro del Land Speeder, se mantuvo en pie y, trabajosamente, apuntó nuevamente el arma. Sin esperar la orden de Cth, en cuanto estuvo al alcance, concentró su fuego en otro de los tentáculos que sobresalían de lo que debía de ser el torso de la cosa. El resultado fue el mismo que antes, un apéndice todavía retorciéndose, golpeando la arena mientras dejaba una mancha de espeso cieno, pero Agentha no renunció aún al uso del bólter pesado, salpicando la piel del demonio con proyectiles de masa reactiva mientras todavía volaban cerca.

Cth trató de volar una vez más por encima de la zona de peligro pero, a una velocidad alarmante, el demonio de la disformidad lanzó un tentáculo con la intención de aplastar la nave contra el suelo. Gracias a sus reflejos aumentados,

Cth logró invertir el ascenso, sumergiéndose bajo el oscilante miembro y trató de alejarse. Como si se hubiera anticipado a su movimiento, el demonio atacó con otro tentáculo, intentando coger al deslizador con sus garras. Cth corrigió de nuevo el rumbo, escapando de las garras de la bestia. Justo cuando parecía que el Land Speeder había conseguido escapar, de la punta del tentáculo crecieron varios apéndices más pequeños que se pegaron al ala y la arrancaron de la nave, lanzándola lejos del demonio.

Agentha cayó de rodillas cuando el aparato entró en un incontrolado tonel, sus nudillos se volvieron blancos mientras se aferraba al bólter para evitar salir despedida del desgarrado deslizador. Junto a ella, Cth se esforzaba en vano por recuperar el control, pero la palanca de mando no respondía en sus manos. **-¡No sirve de nada! ¡Vamos a caer!-** gritó.

Como parte de su formación en el convento, Agentha había sido entrenada en los conceptos básicos de la conducción de vehículos de combate, no sólo en la forma de manejar los sistemas de armamento, también la forma de conducir varios tipos de blindados y pilotar diferentes naves sub-orbitales. El curso fue corto, cuestión de unos días y, en realidad, nunca había estado detrás de los mandos de cualquier tipo de vehículo, pero ahora, con la sensación de que viraban hacia la izquierda y caían, con el suelo acercándose más y más, la mente de la hermana volvió a la primera lección que había recibido, antes de que la enseñaran como arrancar un Exorcist o dar marcha a atrás a un Immolator (dos tipos de blindados de las fuerzas imperiales, nt).

Aunque no era capaz de recordar el nombre del profesor, sí podía recordar claramente sus primeras palabras. "*No importa lo experta que usted se vuelva, en algún momento, es inevitable, tendrá que dejar el vehículo a toda prisa para escapar de ser herida o morir*". Había explicado que en el caso de un tanque o un vehículo de transporte de tropas, eso era simple, encontrar la escotilla más cercana, abrirla y salir. Sin embargo, con las aeronaves las cosas eran diferentes.

"*A no ser de que se tenga la desgracia de ser alcanzado por el disparo que haya derribado la nave, o de la metralla resultante, lo más posible será que el choque la mate*".

"*Pero si el choque es inevitable, ¿cómo se puede evitar la muerte?"*, preguntó una de las hermanas de noviciado de Agentha.

"Muy simple", respondió el sonriente profesor. "*Asegúrense de no estar en la nave cuando se estrelle"*

Susurrando esas palabras como un catecismo memorizado ante el altar, Agentha esperó tanto tiempo como se atrevió antes de soltar las asas del bólter pesado.



-¿Hermana, está herida?

Agentha abrió los ojos, pero se quedó momentáneamente confundida cuando, en lugar de ver a un solo Marine Espacial con armadura roja acuclillado frente a ella, vio a varias copias del mismo guerrero. Trató de levantar su brazo derecho, pero un dolor punzante corrió desde las yemas de los dedos hasta su hombro. En su lugar, utilizó su mano izquierda, se quitó las gafas y las inspeccionó, solo para descubrir que una de las lentes se había vuelto a partir.

-Tengo un brazo roto, pero aparte de eso, creo que estoy bien- volvió a colocarse las gafas y trató de concentrarse en quien la hablaba. Al ver dónde y cómo iban colocados los sellos de pureza supo que era Iz. **-¿El sargento Cth está…?**

-El sargento vive. Después del choque, la arrastró hasta un refugio y luego se unió a la lucha contra el demonio- dijo Iz, poniéndose en pie.

Aún tratando de orientarse, Agentha movió la cabeza de un lado a otro. La tormenta todavía estaba en todo su apogeo y sobre el ruido de los remolinos de arena podían escucharse las crepitantes ráfagas de bólter, apagando los murmullos de la vil criatura. Notó frío en su espalda y se dio cuenta de que estaba apoyada contra un Rhino volcado. **-¿Y el demonio…?**

-Apareció de la nada mientras volvíamos a la capital, mató a una docena de mis hermanos antes de que pudiéramos reaccionar.

-No. No se apareció de la nada. Iba en el cuaderno.

-No la sigo, hermana.

-El libro. Mi traducción. El demonio estaba literalmente encerrado en los muros de la cámara por las palabras allí talladas. El que lo encarceló tuvo la astucia de utilizar docenas de idiomas en las palabras que lo encadenaban, a

sabiendas de que así sería imposible para cualquier persona el deshacerlo. Casi imposible. Cuando traduje la inscripción, el demonio ya no estaba atado a los muros de la cámara, lo estaba a las páginas del cuaderno.

-¿Pero cómo pudo escaparse si estaba atado al cuaderno?

La hermana suspiró con pesar. **-La traducción, y por tanto, las nuevas cadenas, estaban incompletas. Para que la prisión pueda encerrar al demonio, todos los barrotes deben estar en su lugar. Esa es al menos mi teoría.**

-Todo el tiempo que ha permanecido encerrado lo ha fortalecido. En realidad, sólo lo estamos conteniendo- Iz cogió un nuevo cargador y lo colocó en su bólter antes de dirigirse hacia la tormenta. -**Tengo que reunirme con mis hermanos.**

Agentha se puso en pie, con el brazo colgando sin fuerza a su costado. A través de la tormenta de arena pudo ver la silueta oscura moviéndose entre las dunas, ocasionales fogonazos iluminaban su resbaladiza piel. Mientras miraba, un grueso tentáculo arremetió hacia abajo, para levantarse con uno de los Marines Espaciales entre sus garras. Se produjo un staccato de explosiones pero pronto se silenciaron cuando el demonio permitió que las dos mitades del fallido asesino de demonios cayeran al suelo. El canto del vil ser continuó como un quejumbroso lamento pronunciado en cientos de idiomas diferentes. En algún momento, Agentha creyó escuchar como si la bestia estuviera pronunciando la palabra "*hermanos*" en un distorsionado Alto Gótico como si estuviera formulando una pregunta.

La mano de Agentha se introdujo instintivamente entre los pliegues de su túnica, sus dedos acariciaron el metal del orbe allí guardado. A diferencia de la última vez que se había enfrentado a un peligro, el globo se mantuvo frío al tacto. Los misteriosos Marines Espaciales con armaduras negras no serían sus salvadores ese día. Retiró la mano, pero rozó algo más que guardaba en el bolsillo, un trozo de papel, que sacó del bolsillo y miró. En él había escrita una solitaria palabra que había copiado dentro de la bóveda de la cripta-prisión.

-¿Hermano Iz?- gritó Agentha. Incluso por encima del ruido de la tormenta y de la batalla, la audición mejorada del Marine logró captar sus palabras. **-Debo hablar con el bibliotecario.**



-¿Está completamente segura de que puede hacer esto?- dijo el capitán Lath, dejando a Agentha con la incertidumbre de si el Marine dudaba de su capacidad o de su determinación.

-Totalmente- respondió ella sin dudar.

-Esto no es discutible- interrumpió el bibliotecario. **-Esa tarea me corresponde a mí.**

-Con el mayor respeto- mintió Agentha **-creo que necesitará toda su concentración sólo para mantener el escudo psíquico.**

El bibliotecario frunció el ceño. **-Bien, entonces dejemos que lo haga Lath.**

-La palabra pertenece a un lenguaje que ha permanecido muerto durante más de seis milenios. El número de personas en todo el Imperio que han oído hablar de esa lengua podía caber cómodamente en éste planeta. El número de personas que lo entienden cabría en la capital. ¿El número de personas que realmente lo habla? Posiblemente cupieran todos en éste Rhino- la hermana golpeó el casco del vehículo volcado detrás del que estaban escondidos para dar mayor énfasis a sus palabras.

-Los Marines Espaciales tienen memoria eidética, hermana. Si pronuncia la palabra, Lath la repetirá.

Encogiéndose de hombros, Agentha pronunció la palabra. Después de un momento de reflexión, Lath la repitió.

-Sus sonidos vocálicos son demasiado llanos y la última sílaba sonaba más como un gruñido que como un lenguaje humano. Sólo tenemos una oportunidad para hacer esto, así que hagamos las cosas bien. Déjeme hacerlo.

-¿Cómo es que conoce el poder de esas palabras?- preguntó el bibliotecario,

visiblemente molesto y con un tono cortante en sus palabras. **-Después de todo, no es más que una hermana Dialogous.**

Agentha bufó. **-Mi trabajo para la orden era muy variado. Igual un día trabajaba traduciendo un texto Eldar para descubrir finalmente que simplemente era un cuento infantil, al siguiente podía descifrar una inscripción en una tumba Necrón para averiguar que solamente era un grafiti garabateado miles de años después de los enterramientos. Pero a veces, sólo a veces, lo traducido podía llegar a tener una importancia vital. Movimientos de tropas interceptados transmitidos en oscuros lenguajes xenos, manifiestos de cargas de naves de transporte del archi-enemigo capturadas o tomos obtenidos por el Ordo Malleus detallando el poder de los nombres verdaderos y las palabras para el destierro.**

-Parece que está llena de sorpresas, ¿verdad, hermana?- dijo el bibliotecario, el asomo de una sonrisa amenazó con romper su sempiterno severo rostro. **-Muy bien. Me ha convencido de que puede hacerlo, pero la prohíbo que lo haga sola.**

-Yo la acompañare- Agentha, el bibliotecario y Lath se dieron la vuelta, encontrándose a Cth caminando a grandes zancadas hacia ellos. **-Iz me dijo lo que la hermana está planeando y quiero participar. Siento tanta culpabilidad como ella por todo lo que ha pasado.**

-¡Espere un momento!- comenzó a decir Agentha, su constante fachada de calma comenzó a derrumbarse. **-¡Yo nunca he di…!**

-Muy bien- dijo el bibliotecario, haciendo caso omiso de sus protestas. **-Si la hermana cree que puede vencer al demonio, la dejaremos probar.**

Agentha empujó sus gafas rotas de forma desafiante sobre el puente de su nariz.

-Pero estaré en contacto con nuestro crucero de ataque- continuó el bibliotecario. **-Si esto no funciona, nos tele-transportaremos nuevamente a bordo y destruiremos todo el planeta desde la órbita.**



Con el enlace de vox prácticamente inútil debido a la tormenta de arena, el bibliotecario comunicó el plan a los supervivientes de la compañía a través de una conexión psíquica. Una vez comunicado el plan de acción, más de cuarenta Marines Espaciales con armadura roja se habían retirado de la batalla para formar un perímetro defensivo.

+¿Está lista, hermana?+

La voz del bibliotecario invadiendo su mente la sorprendió, y una vez recuperada lo suficiente, la única contestación que pudo o fue capaz de producir fue un débil *"Sí"*. Con Cth marchando delante de ella, Agentha se colocó su túnica enrollada alrededor de su cara y lo siguió a través de la ardiente y áspera arena arrastrada por el viento. Incluso con la protección de la tela, y el refugio de la armadura del sargento Cth, la hermana podía sentir como su piel se desgarraba en algunas partes, y pequeñas manchas carmesí mancharon el naranja brillante del hábito de su orden. Justo cuando se sentía como si su carne fuera a ser arrancada de sus huesos, la tormenta amainó de repente, y el aullido del viento dio paso a la voz del demonio.

Agentha miró hacia atrás para ver que la tormenta aún seguía en su apogeo fuera del capullo psíquico elevado por el bibliotecario. Se sintió como un insecto atrapado bajo un cristal.

+No estoy seguro de cuánto tiempo podre mantener esto. Ya puedo sentir al demonio luchando contra el escudo+

La segunda vez que el bibliotecario entró en su mente sin invitación no fue menos inquietante que la primera, pero ésta vez Agentha logró mantener la calma. Estaban sólo a cincuenta yardas del demonio y, sin ningún ruido que interfiriera, podía escuchar claramente las palabras que pronunciaba el monstruo sin boca. La mayor parte de ellas seguían siendo inteligibles para ella, escuchar algunas de ellas era muy doloroso, pero había algunas que sí podía entender. La palabra de la dinastía Khansu para "*lo mismo*"; una variación de la palabra lyanden para "*parientes*"; una palabra vespida utilizada para identificar a un

individuo de entre los demás en la misma tribu.

Mientras seguía los pasos de Cth, Agentha se percató de que la atención del demonio no estaba sobre ellos, sino que parecía totalmente absorbida por el escudo psíquico que lo contenía. Empujaba la barrera invisible con sus carnosos tentáculos, golpeándola sin hacer ruido. A medida que se acercaban, Cth la indicó que iba a desplegarse hacia un lado. La hermana continuó caminando en línea recta.

El demonio olvidó su mazmorra y volvió su atención hacia Agentha. Al no estar ya cerca de Cth, la hermana sintió que una oleada de alivio sustituía las náuseas que sentía cuando estaba cerca de él, pero también se sintió más expuesta. Era como si estar tan cerca, detrás de él, hubiera evitado que el demonio la viera, pero sabía que esa idea era ridícula. A pesar de que la criatura no tenía ojos, ni el menor rasgo facial que pudiera distinguirse, ella sabía que la estaba observando. Cth, que continuaba flanqueándolo, parecía estar fuera de su vista.

El tremendo horror que estaba mirando cayó sobre ella y aflojó su paso, un creciente malestar se elevó en su interior, sumergiéndola en la desesperación más total y completa. La historia que había leído corrió a través de su mente, todos los hechos y atrocidades realizadas por, y en nombre de una entidad de más allá del velo, tan ubicua que parecía existir tanto en todas partes como no podría existir. Por un instante tuvo ganas de rendirse a su voluntad, postrarse ante su infame majestad, dejar que su alma fuera consumida y que escupiera los restos.

Como si fuera consciente de su situación u obedeciera alguna orden silenciosa del bibliotecario, Cth abrió fuego contra el demonio, trocitos de carne aceitosa salpicaron contra la pared invisible del escudo. Dentro de sus confines, el ruido de las ráfagas de bólter sonó increíblemente fuerte, sacando a Agentha de su trance y poniéndola de nuevo en acción. El demonio golpeó violentamente el lugar desde donde había disparado Cth, pero el sargento había cambiado de posición hacía ya mucho tiempo. El Marine volvió a disparar, dos proyectiles contra el flácido cuerpo de la cosa y rodó de nuevo a su posición original, sumergiéndose sin ser visto bajo los tentáculos en movimiento.

Segura de que la locura que había amenazado con alcanzarla ya había pasado y de que estaba lo bastante cerca para que la oyera, Agentha respiró profundamente y comenzó a recitar la palabra de destierro. Su percepción del tiempo se alteró, los segundos que estaba viviendo se alargaban como toda una

vida, y sintió que cada sílaba tardaba una eternidad en surgir de su garganta. El ruido del demonio ya no era audible, estaba directamente en su mente, en cada idioma de la creación, y en algunos de más allá del universo material, hablando en todos a la vez. Entendió cada palabra pero algunas eran más fuertes y más claras que otras.

Parlamentar. Indulgencia. Piedad.

Haciendo caso omiso de las voces, ella continuó hablando, con una enunciación precisa y perfecta. Recurriendo a otra táctica, el demonio levantó un apéndice para aplastar a Agentha pero Cth pronto percibió el peligro y disparó desde lejos contra la base de la extremidad, un líquido oscuro salpicó la túnica de la hermana Dialogous, manchas negras mezclándose con el rojo. Tras expulsar el cargador vacío de su bólter, Cth colocó otro en su lugar y levantó el arma en un movimiento fluido, apuntando hacia otro tentáculo que amenazaba con atacar a Agentha.

Demasiado tarde. Agentha ya había terminado de pronunciar la palabra de destierro.

El aire de dentro de la cúpula del escudo comenzó a espesarse y a volverse grasiento, el demonio empezó a convertirse en una luz brillante, abrasadora. Agentha cerró los ojos, pero el brillo se filtraba a través de la carne de sus párpados, obligándola a poner su brazo delante de su rostro. Cegada, lo siguiente que sintió fue un hombro blindado golpeándola por la espalda, seguido de un dolor inimaginable cuando aterrizó sobre su brazo roto y, por segunda vez en el espacio de menos de una hora, perdió el conocimiento.



Cuando volvió a despertar, los Marines Espaciales con armaduras rojas que la rodeaban, en pie junto a ella, eran muy reales. Y la estaban mirando.

La tormenta había amainado, dejando al descubierto los restos de Rhinos y Land Speeder y los cadáveres desperdigados por el paisaje del desierto. Aunque los hermanos muertos parecían tener poca importancia para los vivos. Incluso el

bibliotecario estaba mirando a Agentha con lo que sólo se podría describir como preocupación.

Presa del pánico, comprobó que sus ropas todavía estuvieran sobre su cuerpo. Satisfecha de que su virtud siguiera intacta, comprobó si todos sus miembros estaban en el mismo estado. Pese a su brazo izquierdo roto, todos los demás estaban presentes y, en su mayoría en buen estado.

-¿Qué es lo que pasa?- dijo Agentha con irritación. **-¿Por qué me miráis todos?**

El bibliotecario miró a Lath, que a su vez miró a Cth. La pelota no fue más allá.

-Es por su pelo, hermana.

-¿Qué quieres decir con que es por mí…?- comenzó a decir ella, agarrando un mechón con su mano y colocándolo delante de sus gafas. Cuando lo vio, se quedo inmóvil, en silencio. Donde su cabello había sido una vez de un brillante castaño rojizo, casi a juego con su túnica, ahora era del blanco más puro y prístino.



-Muy bien, hermana. Estoy muy contento de que no tenga ningún tipo de corrupción residual. Ya se puede ir- dijo el bibliotecario. Cth y Lath bajaron los bólters con los que la habían estado apuntando durante las últimas horas. Agentha vomitó a modo de respuesta, ampliando el charco en la arena, bajo los pies de la mesa junto a la que había estado sentada.

-Deme sólo un momento- dijo ella, limpiándose la boca. Su cabeza le latía, todo su cuerpo le dolía como si hubiera terminado de correr una carrera de un centenar largo de kilómetros (centenar de millas en el original, 167 km), su corazón latía dentro de su pecho al doble de velocidad de lo normal. Lo único positivo de todos estos nuevos dolores es que ahogaban los de su brazo roto, vendado y entablillado antes de que el bibliotecario comenzara a efectuar una sonda psíquica sobre ella para evaluar los efectos de su encuentro con el demonio.

Lath levantó un pliegue de la puerta de la tienda, permitiendo que saliera el bibliotecario antes de seguirlo hacia el tranquilo amanecer del desierto. El olor del combustible quemado flotaba tras ellos, los Marines Espaciales habían incendiado sus vehículos averiados o dañados no recuperables, para que los chatarreros, o algo peor, no pudieran averiguar los secretos de su construcción. Los Rhinos aún operativos los habían arrastrado de vuelta a MA616, colocándolos alrededor de la imposible tumba, formando una pira, que cuando ardió, consumió la cárcel de piedra negra del demonio.

-¿Qué va a hacer ahora?- preguntó Cth, deteniéndose dentro del refugio dañado por la tormenta. Para alegría de Agentha, el resistente tejido y la sólida estructura de la tienda se había mantenido prácticamente intacta durante la tormenta de arena, protegiendo sus escasas pertenencias y su preciosa colección de libros.

-Volver a la capital, para continuar trabajando como escriba. Seguiré orando al Emperador para que algún día aquí se detenga una nave con

capacidad para navegar por la disformidad y que para entonces haya reunido el suficiente dinero para pagarme el pasaje de vuelta a mi orden.

Las cicatrices de la cara de Cth se estiraron, dándole una expresión vaga. A Agentha le llevó un momento el darse cuenta de que estaba sonriendo. **-Espere aquí-** dijo antes de salir de la tienda, tras Lath y el bibliotecario.

-No voy a ir a ninguna parte- dijo Agentha en voz baja, levantándose de la mesa y mirando a escondidas por la solapa que servía como puerta de la tienda. Vio a Cth hablando con Lath y el bibliotecario, comenzando lo que parecía una acalorada discusión. Esto se prolongó alrededor de un minuto, Cth trataba de convencer al bibliotecario de algo y Lath apoyaba a su sargento. Tras dar la impresión de que cedía a la presión, el bibliotecario se marchó en dirección a uno de los Rhinos y desapareció por la escotilla trasera de personal, saliendo poco después con un rollo de pergamino en la mano, que entregó a Cth. Al ver que el sargento se dirigía de nuevo hacia la tienda, Agentha se sentó cuidadosamente en la mesa, ayudándose de su mano sana, fingiendo que había estado sentada allí todo el rato.

-El bibliotecario ha redactado una carta de presentación y un pasaje para usted- dijo Cth, entrando en la tienda de campaña. **-Una nave comercial independiente** (Rogue Trader en el original, nt) **está operando en ésta zona y debe atracar en éste planeta el próximo año. Cuando lo haga, preséntele la carta al capitán de la nave y la llevará hasta la frontera del Segmentum. Después de eso, tendrá que encontrar otros medios para llegar a su casa**- el sargento pasó el pergamino enrollado a Agentha.
(Un Rogue Trader es una combinación de explorador independiente, conquistador y comerciante. Son servidores imperiales, con una nave, una tripulación, un contingente de Marines Espaciales o de la Guardia y una carta comercial para recorrer los mundos más allá del control imperial, nt)

-Gracias- dijo Agentha.

Las cicatrices de Cth se volvieron a estirar y asintió mientras se dirigía hacia la salida. Agentha se sentó en la mesa y desenrolló el pergamino, revelando unas impecable líneas en Alto Gótico en las que el bibliotecario avalaba a la persona portadora del documento y ordenaba al capitán Semeena Varleigh, de la nave *Extraordinaria Gracia* (Uncommon Grace en el original, nt) que se la condujera de forma segura hasta la periferia del Segmentum. Al pie de la carta, en el

mismo tipo de letra que el último párrafo de la bóveda y el sello de pureza de la armadura de Cth, había firmado el bibliotecario.

-Y gracias- agregó Agentha. **-Bibliotecario Zoth, del Capítulo Exorcistas, de los Adeptus Astartes.**

La hermana enrolló el documento, lo guardó cuidadosamente en un bolsillo de su túnica, luego bajó de la mesa y sacó la cabeza por entre los pliegues de la tienda. **-¿Sargento Cth?-** llamó.

El Exorcista se detuvo en su camino hacia la escuadra que lo esperaba y se volvió.

-¿Hay alguna posibilidad de un viaje de vuelta a la capital?

Casi FIN

Nota: el capítulo de los "Exorcistas" pertenece a la 13ª Fundación, creada entre el 35 y 36 Milenio, la denominada "Fundación Oscura". No se sabe apenas nada de ella, ni siquiera los capítulos que fueron creados, aunque se sospecha de varios. El secreto más absoluto les rodea y los registros referidos a ellos han sido sellados por orden de uno de los Señores de Terra, el representante de la Inquisición.

Se rumorea que fueron creados como un experimento por la Sagrada Inquisición, lo que produjo unos marines especialmente resistentes a las posesiones demoniacas y al contagio de la corrupción del caos. Otra de las características de éste capítulo es que sus miembros no tienen huella psíquica, lo que les hace invisible a contacto, o la visión, de los psíquicos.

También se especula sobre de que capítulo viene su semilla genética, y se piensa que puede provenir de "Los Caballeros Grises".



Marine Espacial de los Exorcistas.



Epistolario (rango superior de Bibliotecario) **Sabazius de los Exorcistas.**

FIN

WARHAMMER 40,000

COMBUSTIBLE DE ALMAS

UNA HISTORIA CORTA SOBRE LOS BARCOS NEGROS POR ROB SANDERS

COMBUSTIBLE

DE ALMAS

‘Soulfuel’ by Rob Sanders

Traducción RABUSA

Corrección Iceman TS 1.5



Sanctus Shibboleth. Mundo altar.

Sobre sus orugas, los transportes Rhino del Adepta Sororitas atravesaron las plazas devocionales y las arcadas, revestidas de estatuas, de la capital. La magnificencia gótica de campanarios y catedrales se encumbraban sobre la pequeña columna de vehículos blindados. El Diligente, seguido por el Bel Canto y el Fleur de Lys, recorrieron las sombrías avenidas durante la noche del mundo altar. Servo-cráneos con filtros psyoculus chillaban por delante de la columna de Rhinos, gracias a sus repulsores de alta velocidad, siguiendo el rastro de su presa bruja (witchbreed del original) para las Hermanas de Batalla. Mientras sacerdotes y cantores del coro regresaban a sus celdas tras las últimas oraciones, las campanas de la capital repicaron con alarma. Aterrorizados por la persecución que se tejía a través de las calles, los ciudadanos se refugiaron en capillas y casas de clausura.

Adrianna Verletz se subió a la parte frontal del Rhino. El compartimento estaba bañado con la sanguínea luz roja de su interior. Inclinándose hacia delante más allá de la Hermana Laurentia, Verletz miró a través del armaplas de la ranura de la ventana. Su coraza era negra como la medianoche, enmarcada por el inmaculado blanco de las vestiduras de su orden. Su cabello estaba cortado ásperamente, la mitad de color negro, la otra de blanco. Mientras las trenzas blancas guarnecían la severa austeridad de una mitad del rostro de Verletz, el negro enmarcaba una mitad marcada con tinta. Su piel era como una página del Fede Imperialis, la oración de batalla de las Adepta Sororitas. En el centro de la escritura, bajo su ojo, se hallaba el símbolo de mayor tamaño, el de la orden Palatina, un cáliz de ébano con un cráneo y una llama. Mientras ella se anclaba con un guantelete en el compartimento que era sacudido constantemente, sostenía una larga cadena de cuentas de rosario de adamantium en el otro, manipulando cada una de forma nerviosa e inconsciente entre sus acorazados dedos. El transporte sufrió una sacudida al romper a través de una fila de estatuas.

-¿Crees que san Jerónimo perdonaría nuestra intrusión?- dijo Emiliana

Anatol, subiendo detrás de su Palatina. La voz de la Hermana Superiora fue modulada a través del medio yelmo que le cubría boca y nariz. El resto de su rostro estaba perdido en las sombrías profundidades de su capucha blanca.

-Creo que los santos- dijo la Palatina. -**Considerarían oportuno castigar a la bruja y a los herejes que la amparan, no a aquellas que los cazan en nombre del Emperador.**

Verletz apretó sus labios marcados con tinta mientras la cabeza de una estatua rodaba a través del techo del Rhino. **-Además, las estatuas pueden ser reconstruidas, la fe es eterna.**

La Hermana Superiora Anatol se agachó en el compartimento. Era una cabeza más alta que su Palatina. Incluso con la cabeza agachada, su capucha tocaba el techo del compartimento.

-¿Has oído eso?- preguntó Anatol.

Verletz lo había oído. Fue el sonido más horrible que jamás había escuchado, un chillido espantoso que rebotaba sobre la arquitectura de gárgolas de la capital del mundo altar. Llegó a través de bandera y piedra. La Palatina sintió reverberar su agudo horror a través de la superestructura metálica del Rhino. Lo sufrió triturando sus nervios, sus dientes, abriéndose camino despedazando hasta su misma alma.

-Estamos cerca- dijo. -**La bruja está cerca.**

-Manteneos preparadas y a la espera- dijo Emiliana Anatol a su escuadrón Dominium (Dominion en el original, son las Hermanas de Batalla adiestradas en el manejo de armas poco usuales, como el lanzallamas, el bólter de asalto y el rifle de fusión, nt).

Xenobia Nox no era una bruja ordinaria. La Nave Negra, Divine Imperative, del Adeptus Astra Telepathica había seguido a la psyker no autorizada a través de tres mundos en la Zona Maelstrom. No había sido parte del diezmo del Emperador en Veritasium y Verletz la había perdido en Catharchia Mundi. No la perdería esta vez. La huida de Xenobia Nox terminaría aquí en el mundo altar Sanctus Shibboleth. La bruja era combustible de alma. Ella había sido prometida al Emperador para alimentar su voraz apetito. Ardería en los fuegos psíquicos

del Astronomicón, su oscuridad arrojaría un parpadeo de Luz a través del ignorante Imperio.

Como una banshee, la bruja gritó, la terrible cacofonía de su voz rasgando la ciudad. Sobre la superficie que pisaban los Rhinos de las Adepta Sororitas, grietas como patas de araña comenzaron a abrirse camino a través del suelo y los edificios circundantes.

-**Más rápido**- ordenó Verletz, incitando a la Hermana Laurentia a disparar el motor del Rhino. Despedazando la superficie de la carretera de mármol, el Diligente alcanzó el final de la avenida. La Hermana Laurentia se echó hacia atrás en el nido de palancas en el cual se sentaba, haciendo girar el transporte acorazado. Desviándose con brusquedad a través de un claustro alineado con columnas, el costado de Diligente golpeó el muro del refectorio más allá. Acelerando de golpe las cadenas del Rhino, la Hermana Laurentia lanzó el Diligente hacia arriba por la pasarela.

-**Bel Canto, responda**- escupió la Palatina en su cuenta de vox.

-**Despejado**- se arregló para decir la Hermana que conducía el Rhino negro detrás.

-¿Fleur de Lys?- dijo Verletz, pero pudo oír el trueno de la albañilería al derrumbarse tanto a través del canal de vox como fuera del Diligente. Por el tiempo largo nadie respondió. Entonces la Palatina oyó el crepitar de la estática y el sonido de una tos.

-Fleur de Lys inmovilizado- informó una Hermana de Batalla. -**Sin bajas.**

Verletz gruñó. Habían tenido suerte. Los muros de mausoleo a ambos lados de la avenida debían haber caído sobre ellas. -**Desembarquen y sigan a pie**.

-**Sí, Palatina**.

Verletz ya no podía oír el grito de la Psyker pero sus efectos podían verse por todas partes. Los pilares se agrietaban por la mitad. Estatuas de San Jerónimo se estaban viniendo abajo y la ocupada arquitectura de las estructuras góticas estaba cayendo en cascada por las paredes de la catedral como una avalancha de piedra.

Siguiendo a la manada de servo-cráneos, el Diligente despejó el claustro que se colapsaba antes de abrirse camino, revolviéndose a través de los escombros y saliendo fuera hacia una plaza ceremonial. Todo era una neblina de polvo y el cacofónico teñir de campanas devocionales. Al mismo tiempo que los rayos de los focos del transporte cortaron a través de la oscuridad, la sombra de una estructura cayendo atravesó las tinieblas. El Diligente retembló sobre sus cadenas mientras un muro se estrellaba a su paso, aplastando al Rhino que lo seguía. Verletz escuchó el grito de una Hermana a través del vox.

-¡Bel Canto!- llamó la Palatina.

-**Se ha ido**- confirmó la Hermana Laurentia. **-¡Agárrense!**

De repente, todo se oscureció. El agarre de Verletz en los asideros del compartimento se apretó y dobló sus rodillas en espera de un accidente. Podía oír el repicar de una campana mientras una torre de la capilla se vino abajo a través de su camino. La Palatina sintió el tormento de los frenos del Diligente estremeciendo todo el vehículo y el agitar de sus cadenas. Cuando el Rhino golpeó la torre, el impacto arrojó a las Hermanas hacia delante con un estrépito de corazas. Después de que el torturado crujido de metal y el trueno de distantes desplomes se extinguió, el rojo sangre de las luces del compartimento parpadearon de nuevo.

Verletz miró alrededor del Rhino. Su coraza bendita los había salvado. La Hermana Laurentia parpadeaba sangre de sus ojos al tiempo que un feo corte a través de su frente se derramaba por su rostro. La capucha blanca de Emiliana Anatol estaba manchada de rojo, de un modo similar. Al escuadrón Dominium le había ido poco mejor, con las mejillas magulladas y la nariz rota de la Hermana Bernadette. La Palatina se había mordido el labio inferior, cortándolo de gravedad, sus dientes perfectos deslustrados por la lesión. Mostró de forma fugaz el blanco de sus ojos a las Hermanas en el oscurecido compartimento.

-**Quiero esa bruja**- les dijo.

El compartimento cobró vida de manera repentina con el zumbido de la maza de energía de la Hermana Superiora. Señaló la puerta.

-Desembarquen- murmuró Anatol a través de su medio yelmo. -Y **sigan a pie**.

Como pequeñas perras de caza captando el olor de su presa, las Hermanas de la Batalla se irrumpieron fuera del Rhino. El humeante transporte era un naufragio aplastado. Sus hojas de Bulldozer eran un enredado desastre, mientras que su casco delantero se había rajado y dividido con la fuerza del impacto. La destrucción no era nada en comparación con el Bel Canto, convertido en chatarra aplastada, entre la destrozada plaza, por el peso de la torre al desmoronarse. Verletz no quiso pensar en el horror dentro de su pulverizado casco, esos cuerpos de las valientes Hermanas que habían dado sus vidas al servicio del Emperador. La Hermana de Batalla trazó el símbolo del Aquila Imperial a través de su pecho.

En cuestión de segundos, el escuadrón Dominium de Anatol se había alejado, su blindaje ligero les permitía moverse con rapidez a través del patio ceremonial. Verletz las siguió. Las Hermanas eran delgadas formas negras cortando a través de la neblina, esbozadas en el blanco brillante de sus vestiduras.



Las Hermanas de la Batalla corrían hacia el epicentro de la destrucción, mientras los colapsados edificios se asentaban y el aire se espesaba con el polvo de la mampostería, Verletz podía oír el salpicar del promethium saliendo de los depósitos en los lanzallamas llevados por el escuadrón Dominium. Podía ver como Emiliana Anatol corría con su maza firmemente sujeta en su guantelete y una pistola bólter, modelo "Godwyn De'az" con su cañón alargado rebotando contra su hombrera, en el otro. Deslizando un par de pistolas bólter desde las fundas en sus muslos, la Palatina partió tras las Hermanas.

Corriendo a toda velocidad a través de la devastación, las Hermanas del Cáliz de Ébano superaron el obstáculo de las estatuas rotas. Derrapando por la multitud de guijarros, se deslizaron a través de la superficie de la mampostería destrozada, abriéndose paso a través de la demolida arquitectura. Con sus corazas bailoteando a cada pesado paso que daban y sus túnicas fluyendo tras ellas, las Hermanas de Batalla se extendieron, corriendo a través de grupos de aturdidos sacerdotes y civiles. Sabían a quién estaban buscando, lo peligroso que era lo que buscaban.

-Objetivo avistado- dijo la Hermana Bernadette por el vox. A través de la bruma que se aclaraba había encontrado a la psíquica. Vestida con los andrajosos restos de la indumentaria robada de un peregrino, la bruja ardía sin llama con las etéreas energías que fluían tras su paso como el rastro de un cometa en el cielo. Se movía como una salvaje, gateando y brincando a través de la devastación que había forjado Sin embargo, tal devastación no la había salvado. Las Hermanas del Cáliz de Ébano se hallaban a pocos pasos por detrás. Mientras figuras vestidas con túnicas sacaban a los peregrinos de los escombros y vagaban en confusa oración, la psíquica corrió a través de la ruinas como un animal salvaje.

Xenobia Nox. Hereje. Bruja. Abominación.

Empleando sus talentos con un uso pavoroso, el monstruoso grito de la mutante no sólo podía ser escuchado sino sentido a través del plano espiritual. Hizo derrumbar y estrellarse edificios y derribó a aquellos suficientemente

desafortunados por hallarse a una cercana distancia. Mientras Verletz corría a través del desastre se vio forzada a escoger sus pasos de manera cuidadosa. Había cuerpos por todas partes, su ropa llena de polvo estaba empapándose al pasar sobre los charcos de sangre.

El escuadrón del Dominium se acercó a la psíquica que huía como una bandada de aves rapaces cazando a su presa. No fallarían a su señora. Xenobia Nox sería capturada y la tomarían aún con vida. Con la Hermana Bernadette acercándose a la bruja, las Hermanas de Batalla convergieron sobre su objetivo. Verletz saltó de montículo a montículo de escombros, luego saltó a través de una arrasada vidriera y se deslizó por el lado de una pared desmoronada.

-¡Anatol!- gritó Verletz, con las pistolas sujetas a sus lados.

La Hermana Superiora se detuvo derrapando y alzó su pistola bólter. Apuntando a través de los restos de la vidriera, realizó un disparo con la pistola bólter. El proyectil destrozó el pedestal de una estatua ya aplastada. Un segundo disparo golpeó con un ruido sordo unos agrietados ladrillos de mármol. Al tiempo que la psíquica se precipitaba ahora hacia atrás para luego avanzar otra vez hacia delante, intentando escapar a la vez de la red que se cerraba sobre ella, compuesta por las Hermanas de Batalla y la Hermana Superior, desapareció tras los restos de una pared. Lanzando dos disparos más a través de la parte inferior de la pared, Anatol fue recompensada con un breve grito de dolor. Fue un momento de horror que apuñaló el alma de todos quienes pudieron oírlo. El corazón de Verletz se detuvo durante un latido, pero, al igual que la escuadra del Dominium, corrió hacia su acorralada presa.

Encontraron a la bruja tratando de esconderse detrás de la destruida columnata de un claustro demolido. Al tiempo que Verletz caminaba los últimos pasos, el escuadrón del Dominium formó con rapidez un perímetro de cuatro puntos alrededor de la psíquica. Desatando chorros cruzados de justa llama de sus armas, encajaron a Xenobia Nox en su interior. No iría a ninguna parte sin quemar la carne de sus huesos. Cuando la Palatina se acercó, vio que al menos uno de los proyectiles de bólter de la Hermana Superiora Anatol había alcanzado su blanco, la bruja había sido lisiada en la rodilla izquierda. Incapaz de correr, Xenobia Nox escarbó alrededor de la columna en busca de cobertura.

Verletz se acercó con las dos pistolas bólter alzadas.

-Eso no te salvará, mutante- Verletz hirvió furiosa por encima de las llamas. Disparando proyectiles de bólter alternativamente de cada pistola, la Palatina reventó la columna hasta convertirla en un muñón, obligando a Xenobia Nox a desplazarse gateando y hallar una corriente de fuego en su camino en cada dirección. -**Nada puede ya. Fuiste dispuesta una vez para el Amo de la Humanidad y mediante la voluntad del Dios-Emperador, lo serás de nuevo. Tiene un uso para ti, bruja. Aunque tu carne puede ser miserable, tu luz interior arde brillante. Tal sustento espiritual ha sido considerado apropiado para la mesa del Amo. Se regocijará en tus rebeldes talentos y beberá hasta el fondo en los fuegos de tu alma.**

Cuando Emiliana Anatol se acercó, entregó su pistola bólter a uno de los miembros del escuadrón Dominium.

-**Aseguren a la prisionera**- ordenó Verletz, enfundando sus pistolas. Su guantelete volvió a pasar las cuentas de su rosario de adamantium. Mientras una Hermana daba un breve respiro a la corriente de llamas, permitió entrar a Anatol en el ardiente recinto, las cadenas y grilletes repicando con un sonido de cencerro al oscilar en su cinturón. La Hermana Superiora hizo que su maza de energía cobrara vida con un zumbido y señaló a la psíquica.

-**Ríndete**- dijo Anatol, sus moduladas palabras pobladas de odio.

Xenobia Nox retiró su harapienta capucha. Debajo había una cabeza calva, sin orejas y una cara tan pálida como el alabastro. Sus ojos eran negros como la tinta y la boca de la mutante estaba llena de dientes como los de un tiburón. Se quebró como una cosa salvaje, una ininteligible corriente de palabras fluyeron de sus labios. Ciertamente no fue un lenguaje que las Hermanas reconocieran.

-**Esperaba que dijeras eso**- dijo la Hermana Superiora. Abatió la crepitante maza, aplastando a la psíquica en el suelo. La sangre descendió por el costado de sus horrorosos rasgos, pero la mutante palpitaba con la resistencia de la disformidad.

La bruja levantó la cabeza de nuevo, escupiendo e hirviendo de rabia como una cosa poseída. Un chorrito de sangre y saliva goteó de su boca. Miró a Anatol con el odio de una hereje. Cuando Xenobia Nox abrió sus pálidos labios, fue su grito

de banshee lo que procedió de ellos. Si el sonido había sido lo suficientemente terrible desde la distancia, en presencia de la misma bruja, las Hermanas de Batalla sufrieron como nunca antes lo habían hecho.

El espantoso sonido pasó de un modo directo a través de Adrianna Verletz. Reverberó a través de su coraza. Estremeció su carne al atravesarla y convirtió sus huesos en hielo. El sonido era una abominación, podía ser oído a la vez que sentido. Despedazaba los nervios y cuajaba el alma. Verletz sintió el rápido y sordo golpe de su corazón en su pecho, su estómago se revolvió. Las Hermanas de Batalla se doblaron vomitando, dejando caer sus armas para agarrar sus cabezas con sus guanteletes.

El grito de banshee pareció seguir, y seguir, por siempre. En la cuenta de vox, en su oído, podía escuchar a las Hermanas del Fleur de Lys confirmar el terrible sonido desde su posición y al Divine Imperative solicitando una mal calculada actualización de la búsqueda. El tiempo pasó con una terrible lentitud. Verletz cerró los ojos. El chillido de la psíquica lo era todo. Escaldó sus oídos. Quemaba sus pensamientos como aceite sobre agua. Abrasaba su alma.

Cuando abrió de nuevo los ojos, Emiliana Anatol y el escuadrón Dominium se hallaban de rodillas. Verletz no sabía cuánto tiempo había pasado pero Xenobia Nox estaba de pie de nuevo, empezando a moverse. Goteaba sangre de los oídos de Verletz y corría desde sus ojos como lágrimas. Cerca, la Hermana Bernadette estaba sufriendo de manera similar, excepto que ricos senderos rojos salían también de su nariz. Vomitaba sangre y sujetaba su cabeza con los guanteletes como si el chillido de la psíquica pudiera destruir su cráneo.

Parpadeando sangre, Verletz vio que Xenobia Nox cojeaba hacia ella, las Hermanas del Cáliz de Ébano incapacitadas, se veían impotentes para impedir que escapara.

La bruja se detuvo ante Verletz y le mostró la oscuridad de sus ojos. Agitando sus horribles fosas nasales en un gesto de burla, la mutante pasó junto a la Hermana de Batalla sin ser desafiada.

Una justa furia se acumuló dentro de Adrianna Verletz. Estaba furiosa tanto con ella misma como por su Emperador. Xenobia Nox era una mancha sobre la humanidad. Necesitaba ser borrada. La Palatina había prometido la psíquica al

Amo de la Humanidad y no le fallaría. Ni siquiera si eso le costaba a la Hermana de Batalla su propia alma.

Apartando con lentitud, y a la deriva, sus guanteletes del tormento en su cráneo, Verletz dejó que sus dedos acorazados tocaran las empuñaduras de sus pistolas bólter. No mataría a la psíquica, por muy tentadora que fuera la perspectiva. Permitiendo que su mano llegara hasta sus cuentas de rosario, asió con rapidez el trozo de adamantium en un agarre febril. Girándose, la Palatina lanzó el rosario como un látigo. Las cuentas envolvieron con fuerza la garganta de Xenobia Nox, deteniendo el paso de la psíquica. Con un gruñido en sus labios cortados, Verletz arrastró la mutante de vuelta hacia ella.

La bruja se atragantó. El terrible chillido murió en su constreñida garganta mientras la hereje rompió las cuentas de adamantium. Verletz sujetó a la repugnante criatura contra ella, aplastando a la psíquica contra su bendita coraza negra, a la vez que enrollaba el resto de las cuentas de rosario alrededor de la mandíbula y la calva de Xenobia Nox, cerrando así su boca llena de colmillos.

Verletz la sostuvo por un momento. El silencio fue dulce. Como un bálsamo para el alma, la Palatina lo bebió, saboreando la ausencia del aullido de la psíquica. Sobre ella, Emiliana Anatol y sus Hermanas Dominium se pusieron de pie de manera inestable, mientras a través del polvo y la oscuridad llegaban las Hermanas del Fleur de Lys. Miraron fijamente a su Palatina, con sus ojos inyectados en sangre y su rostro enrojecido.

En su agarre, la psíquica temblaba. Sus ojos negros y aceitosos se habían vuelto hacia atrás, mostrando el blanco, mientras sus párpados temblaban. Al principio, la Hermana de la Batalla pensó que había asfixiado a la bruja, pero cuando los labios de la criatura empezaron a trabajar en silencio en alguna desesperada maldición o conjuro, Verletz sintió la desagradable sensación de poderes psíquicos trabajando. Había experimentado un escalofrío similar en presencia de astrópatas, enviando sus mensajes a través de la extensión del vacío. En cuestión de segundos se acabó, los ojos del mutante volvieron a girar y mostrar su habitual color negro.

Con un empujón de asco, Verletz envió a la mutante tropezando hacia las Hermanas de la Batalla.

-Combustible de almas- les dijo. **-Para el placer del Dios Emperador. Llevad a esta bruja de regreso a la nave y manténgala en silencio. No quiero oír otra palabra de su boca.**



El informe de Verletz a la capitana de navío Tyacke fue breve. Después de que sus Hermanas hubieran asegurado a la prisionera, Xenobia Nox fue transportada a la Nave Negra, Divine Imperative. Como una poderosa catedral, el inmenso crucero nunca había dejado de impresionar a la Hermana de Batalla. El Divine Imperative llevaba tres años de un largo recorrido por sectores que bordeaban el núcleo galáctico, dos de los cuales Verletz los había pasado a bordo. El casco de la Nave Negra contenía miles del sombrío personal del Adeptus Astra Telepathica y los brujos que recogían como parte del diezmo del Emperador. El miserable ganado psíquico estaba destinado a la antigua Tierra, para alimentar el insaciable apetito del Amo de la Humanidad y alimentar así el fuego espiritual del Astronomicón. Era un deber sagrado, Verletz se enorgullecía del hecho, sabía que estaba haciendo un buen trabajo para el Emperador.

Una vez a bordo, la bruja había sido tomada por soldados de asalto del 133º Pontificio. Sometidos a pruebas regulares de pureza e incorruptibilidad, los soldados de asalto eran responsables de la seguridad a bordo de la nave del Adeptus Astra Telepathica. Reprimida, encadenada e inyectada con poderosos tranquilizantes por Hermanas de la Orden Hospitalaria, la mutante fue puesta en contención protegida psíquicamente dentro de las lúgubres mazmorras del casco del Divine Imperative.

Cuando la nave abandonó la órbita, Verletz acompañó a la prisionera, junto a su escolta, bajando a través de las cubiertas. Mientras los niveles superiores eran una colmena de actividad, las cubiertas del claustro se hallaban llenas de devocional cumplimiento, las bodegas de contención eran un infierno vivo. Allí los campos de oclusión mantenidos por psíquicos del Adeptus Astra Telepathica y maquinaria metafísica, que Verletz apenas entendía, desbarataban las capacidades de los prisioneros. Más allá de la drenante opresión de la esfera de obstrucción, los peligrosos brujos sufrían la constante intrusión de bocinas y ráfagas de cegadora luz estroboscópica, totalmente aleatorias pero muy habituales, dentro de la aislante y opresiva oscuridad de sus celdas. Denegado así el descanso y la cordura, era imposible para los psíquicos invocar sus poderes. Desorientados por el movimiento regular entre las celdas de contención, nutridos

con alimentos y bebidas con fuertes sedantes, los brujos se mantenían dóciles y mansos.

Con Xenobia Nox asegurada en una celda de aislamiento en las profundidades de las entrañas de la Nave Negra, Verletz se dirigió al puente.



Tyacke, como siempre, con la túnica negra completa y las insignias de su austera organización, recibió los detalles en la cubierta de mando con su habitual y estoica indiferencia. Tenía problemas propios. Después de las incursiones de los Marines Espaciales renegados fuera del Maelstrom, los diezmos de Sanctus Shibboleth, Veritasium y Catharchia Mundi habían estado por debajo de la cuota. El capitán esperaba ahora mejores números en Nullhaven, donde había presencia de la Armada Imperial y menos probabilidades de incursiones de los piratas provenientes de la zona del Maelstrom. Nullhaven, sin embargo, era un largo viaje a través de un área del espacio peligrosamente cerca de la tormenta de disformidad. Tyacke se había visto obligado a permanecer estacionado y esperar en el borde esparcido de escombros del sistema, debido al mal tiempo en el immaterium reportado por el Navegante de la Nave Negra. Aquello no había mejorado el estado de ánimo del capitán, lo mantenía a la vez fuera de horario y por debajo de la asignación.

Para empeorar las cosas, el Divine Imperative había tomado un pasajero en Veritasium. El Lord Inquisidor, Orsino Quant. Los señores (Lords en el original) del Ordos a menudo empleaban las Naves Negras del Adeptus Astra Telepathica para moverse entre mundos, también había un acuerdo por el cual los representantes inquisitoriales podían examinar a los psíquicos encarcelados para potenciales reclutas, la realidad era que les resultaba, simplemente, conveniente.

Afortunadamente, Quant no mantenía un gran séquito, pero aún así consideró conveniente molestar al capitán Tyacke con su presencia en la cubierta de mando. Quant era muy bajo para ser un Inquisidor, encorvado con pieles y sus ropas del Ordo, parecía aún más bajo cuando se hallaba de pie junto a Verletz y sus Hermanas. Con una barba corta y gris, junto a una sonrisa conciliadora, Quant parecía tener unos modales tranquilos, lo cual era más de lo que podía decirse del capitán de navío. El brillo azul del ojo biónico del Inquisidor y la ceja fruncida le daban la apariencia de un joyero, entrecerrando los ojos ante todo y evaluando su valor. Más allá de su escaso personal, se abstuvo de armas obvias, aunque Verletz notó que sus manos estaban llenas de anillos ornamentados que obviamente podrían contener dispositivos en miniatura incorporados. El rumor a

bordo era que Quant tenía tratos con el Adeptus Astartes y había sido encargado, de manera reciente, el supervisar capítulos redentores anteriormente involucrados en la Guerra de Badab. Verletz tuvo dificultades para imaginar al Inquisidor intimidando a un Marine Espacial.

Quant, sin embargo, había mostrado un gran interés en Xenobia Nox tras su encarcelamiento a bordo del Divine Imperative y había presionado tanto al capitán Tyacke como a Verletz para obtener información sobre ella. Mientras que de una manera rutinaria susurraba a sus reverentes ayudantes, el Inquisidor se había interesado de manera particular en el extraño episodio experimentado por la psíquica después de que la Palatina la hubiera silenciado. Tras una considerable reflexión, el Inquisidor envió a sus asistentes a la cámara de la burbuja astropática de la cubierta superior y volvió a pasear por el puente.

Unas horas más tarde, después de las bendiciones de los predicadores en la cubierta del claustro, Verletz fue reclamada con cierta urgencia. Los servidores de bancos rúnicos y los oficiales de túnica oscura de la cubierta de mando estaban excitados, soldados de asalto extra habían sido estacionados en el puente. El Inquisidor Quant y Tyacke permanecían al lado de una estación de monitorización de augurios de largo alcance.

-**Capitán Tyacke**- dijo la Hermana de la Batalla al llegar. No parecía satisfecho.

-**Necesito que se coordine con los Pontificios**- le dijo Tyacke sin apartar los ojos de la pantalla rúnica.

-**¿Qué está pasando?**- preguntó Verletz.

Orsino Quant dio un ligero golpe a un oficial de la cubierta en el hombro y apuntó sus dedos rechonchos y llenos de anillos a la consola de la pantalla rúnica. -**Active las pantallas de lanceta** (las cámaras de los sensores y augures de largo alcance, nt)- dijo.

A medida que las pantallas de lanceta crepitaban, el orbe gris claro de Sanctus Shibboleth y el vacío teñido de Maelstrom más allá fueron reemplazados por capturas de imágenes de largo alcance. Cubriendo las pantallas había dos imágenes diferentes. La calidad era pobre, pero Verletz podía distinguir dos contingentes piratas convergiendo sobre el Divine Imperative desde diferentes

direcciones.

Orsino Quant señaló con su bastón una pequeña flotilla de cargueros armados y saqueadores piratas extendiéndose a través del vacío.

-Naves de ataque de Sargel el Muy-viajero (Sojourner del original)- dijo Quant antes de golpear con rapidez un destructor de clase Iconoclasta que se precipitaba sobre el Divine Imperative a velocidad de embestida. **-El Slaughterfest** (Fiesta de la Matanza, nt)**, nave de culto del Juramento Dentado, forma parte de una partida de guerra caníbal conocida como los Carniceros.**

-Parece saber mucho de traidores y renegados- dijo la Palatina.

-**Es asunto mío saberlo**- contestó Quant con frialdad. **-Estos piratas reciben sus órdenes del Tirano de Badab pero operan en la Zona del Maelstrom bajo su propia y funesta cuenta. Los Carniceros saquearon varios fuertes estelares a lo largo de la Grieta de Phaestra, arrastrando a vivos y muertos a las cubiertas matadero plagada de garfios de carnicero. Las historias de la desviación y degeneración de Sargel se cuentan a través de doce subsectores.**

-¿Luchan por ese Sargel?- preguntó Verletz.

-**Luchan por el Tirano**- la corrigió Quant.

El corazón de Adrianna Verletz se hundió. Mientras la Nave Negra no se atreviera a arriesgarse a saltar a la disformidad todavía con un tiempo en el immaterium tan malo, los Corsarios Rojos cabalgaban la tormenta sin temor. El monstruoso Maelstrom era su hogar.

-¿Podemos pedir ayuda?- preguntó Verletz.

-He enviado un mensaje pidiendo refuerzos, pero llevará su tiempo- dijo el Inquisidor con gravedad. Golpeó suavemente al oficial de cubierta en el hombro. Las pantallas de lanceta regresaron a su orientación delantera. Verletz podía ver en ellas "monitores" (Cañoneras Espaciales, son naves de escolta de la Armada Imperial diseñadas para combatir a distancias cortas protegiendo un planeta, nt) del Adeptus Ministorum, procedentes del mundo altar, surcando hacia delante para enfrentarse a la amenaza de los piratas. -**Las naves del sistema y el capitán**

Tyacke harán lo que puedan. Yo permaneceré en el puente y contactaré con nuestros refuerzos. El capitán Tyacke y yo necesitamos que se haga cargo de las cubiertas de contención. Usted tiene bajo su mando a sus Hermanas y las fuerzas de seguridad de la nave. El enemigo podría simplemente querer sangre. Pero también podría estar tras la nave, ansiar nuestra carga. No podemos dejar que eso suceda.

-De acuerdo- dijo Verletz. Había derrotado y capturado a Xenobia Nox junto a los demás brujos de la bodega para su Dios-Emperador. Pertenecían al Amo de la Humanidad. Verletz se marchó. -**Además... no es nuestra para poder regalarla.**



Verletz no tuvo mucho tiempo para llevar a cabo preparativos. Reuniendo a sus Hermanas de Batalla y a los Pontificios en la cubierta del claustro, hizo un breve discurso. De pie en los arcos, ante los tapices y altares, los sirvientes del Emperador recortaban una figura tan solemne como la arquitectura circundante. No tenía palabras de gloria para ellos. La vida a bordo de una Nave Negra era servicio al Emperador. Era un trabajo sombrío, no ayudado por su hábitat que asemejaban mazmorras. Los psíquicos transportados y las medidas tomadas para contenerlos creaban una perpetua aura de desesperación. Sólo el más resuelto de los siervos del Emperador podía resistir un tormento tan perpetuo en su nombre y eso les manifestó a los reunidos en la cubierta. Les dijo que muchos, a través del vasto Imperio, se enorgullecían de servir al Maestro de la Humanidad. El suyo, sin embargo, era un servicio especial. El Combustible de Almas reunido por sus esfuerzos y transportado por su sagrada nave iba de un modo más directo al Emperador. Tal trabajo tenía un mayor alcance, al iluminar el Imperio a través de la luz guía del Astronomicón. Estaba tan cerca del Dios-Emperador como cualquiera podría esperar llegar.

Verletz pidió al Predicador, Langella, que llevara a cabo una bendición de las mujeres y los hombres que se comprometieran en la defensa del Divine Imperative, así como de las armas a ser empleadas en tal empresa. Mientras el teniente Nugent, y sus Pontificios, permanecían firmes en sus corazas y túnicas negras, con los sistemas ópticos de su yelmo ardiendo azules en la penumbra del claustro, su armamento fue bendecido. Rifles láser normales y modelo Inferno, se hallaban dispuestos en la cubierta, estos últimos con sus mochilas de baterías. Deslizando las mochilas y cebando el cableado de sus rifles, salieron a asumir sus posiciones a través de la cubierta de contención. Tenían sus órdenes. Conocían su deber. (El rifle Inferno, Hellguns del original, es una versión mejorada del rifle Láser estándar usado por la Guardia Imperial y los Skitarii del Adeptus Mechanicus. Suele ser suministrado a las fuerzas especiales, tales como Soldados de Asalto, por su capacidad superior de penetración, nt)

Las Hermanas del Cáliz de Ébano se arrodillaron, una a una, ante el predicador con su coraza negra, como la medianoche, e inmaculadas túnicas blancas

mientras Langella las salpicaba con agua bendita. Para sus Hermanas de Batalla, Verletz había encargado a la armería que las dotara con las armas más pesadas disponibles, cañones de fusión (multimeltas del original, es un arma de fusión con dos cañones acoplados, nt), lanzallamas y bólters pesados. Contra los Marines Espaciales renegados del Tirano de Badab, necesitarían armas que pudieran perforar a través de la coraza de un guerrero Adeptus Astartes. Con sus cinturones sobrecargados con granadas extra y cargadores de repuesto para sus pistolas bólter, las Hermanas dejaron la cubierta bajo la mirada de las Hermanas Superioras Desiree y Anatol.

Mientras la respiración de Emiliana Anatol a través de la rejilla de su medio yelmo establecía un ritmo para una salida ordenada, Nastasia Desiree detuvo a las Hermanas para estirar sus túnicas y desenredar correas de alimentación. De entre las cortinas de su corte de pelo de tazón, Desiree les dio la dureza de sus ojos y las profundas líneas de su serio rostro. Al tiempo que la última de las Hermanas presentaba sus puntos de apoyo y guanteletes, Anatol y Desiree se volvieron hacia su Palatina.

-Los traidores tratan de precipitarnos- dijo Verletz. -**Abrumarnos. Subyugarnos. Fallarán. Ustedes se van a asegurar. Este es terreno sagrado, bendito por las buenas obras realizadas en nombre del Emperador. Traidores y renegados no tienen cabida aquí. Nuestros benditos bólters y llamas serán el precio de entrada. Háganlos retroceder. Y si no pueden, háganles pagar por cada paso que den. Que vuestra coraza sea una muralla siempre de pie y la carne dentro un pacto inviolable, nunca roto. Porque lo que hay dentro de estas paredes es para que lo disfrute tan solo el Emperador. Es un pacto sagrado que ni vos, ni yo, podemos romper. No se fallen a ustedes mismas, a su Hermandad o al Amo de la Humanidad.**

-Sí, Palatina- respondió la pareja.

Mientras lo hacían, Verletz oyó el trueno de las baterías de la Nave Negra mientras los cañones láser retrocedían sobre sus raíles en un costado. No era una buena señal que la Palatina pudiera escuchar disparos de las baterías de estribor y babor a la vez. Mientras que el poderoso armamento de la Nave Negra daba buena cuenta de sí misma, flotillas enemigas debían haber estado acercándose desde ambos lados. Una violenta vibración pasó a través de la superestructura del Divine Imperative, la Hermana de Batalla tropezó hacia delante. El

formidable blindaje de la Nave Negra podía ser capaz de soportar las salvas de saqueadores y naves cultistas, pero no sería capaz de detener torpedos de abordaje o colisiones suicidas de naves a velocidad de embestida.

-**Ha empezado**- dijo a las Hermanas. -**Ocupen sus puestos. Vayan.**

Las Hermanas Superioras salieron corriendo, su coraza golpeteando rítmicamente mientras marchaban. Verletz había enviado a Anatol a vigilar a Xenobia Nox con la última de sus Hermanas del Dominium. Las órdenes de la Palatina eran claras. Incluso si los renegados de Lufgt Huron llegaban a alcanzar a la peligrosa psíquica, el Combustible de Almas del Emperador les iba a ser negado. Emiliana Anatol tenía órdenes de romper el cráneo de la bruja con su maza de energía antes de que pudiera ser liberada. Era un grave deber y Verletz se lo había confiado a la imponente Anatol. Verletz y la Hermana Superiora Desiree, sin embargo, iban a coordinar la defensa de las cubiertas de contención, las Hermanas Retribuidoras luchando para asegurarse de que no se llegaba a eso.

Las bocinas entraron en erupción a través de la cubierta del claustro.

Al tiempo que la Palatina corría a través, Langella enrolló las cadenas de sus humeantes incensarios en un gancho y agarró la pesada hoja evisceradora de su espada-sierra.

-**Predicador**- dijo Verletz. -**Conmigo.**



Oscuridad. Humo. Truenos. Los sangrientos estragos se extendían a través de las cubiertas.

Maníacos transhumanos, los Marines Espaciales renegados del Tirano eran conocidos por su despiadada aplicación de fuerza. Criados para tales acciones de abordaje, los monstruos asaltaron como un enjambre varios hangares y se extendieron desde torpedos de abordaje incrustados en el costado de la Nave Negra. Sus retorcidas mentes febriles estaban carentes de miedo, su disforme masa envuelta en su profana coraza. Como un torrente de locura, su imparable avance barrió a través de las cubiertas hacia las bodegas del Divine Imperative. La tripulación del Adeptus Astra Telepática y los adeptos vestidos con túnicas negras murieron en masa. Eran más numerosos y tenían la determinación, mantuvieron secciones de manera estoica, acosando a los adelantados heraldos del Tirano. Sin embargo, no eran nada ante los barbados filos de sierra y el pulverizador ladrido de las pistolas bólter renegadas.

En las cubiertas de contención, Verletz se comprometió a hacerlo mejor, por sus Hermanas de Batalla y su Dios Emperador. Conectando a través de diferentes bodegas y cubiertas-mazmorra, la Palatina coordinó una sangrienta defensa. Sacerdotes que golpeaban de manera sorda con el poder del credo, silenciosas tropas de asalto y Hermanas de Batalla actuando con fría resolución, llevadas a través de la locura por su entrenamiento y su fe. Los renegados golpearon desde estribor y babor, desde cada hangar, escotilla y brecha de torpedo. Los mamparos de la nave se hallaban cerrados, los pasillos llenos de humo y los intensos rayos de los rifles Inferno calentando el aire. Los predicadores enterraron hojas evisceradoras en monstruos cubiertos con corazas carmesíes, mientras los laberínticos pasadizos de las bodegas de contención repicaban con el agudo crujir de pistolas bólter, modelo Godwyn-De'az, dando absolución y muerte a los herejes del Tirano. Las fuerzas de la Palatina se esparcieron a través de las secciones, era todo lo que podían hacer para negar a los Corsarios Rojos una entrada fácil a las bodegas de contención.

Verletz podía oír el enloquecedor sonido, procedente del exterior de la nave, los

cascos de las naves rascándose unas a lo largo de las otras, sintiendo el golpe y el temblor provocado por los navíos enemigos al hacer banco en la Nave Negra. Los formidables disparos del Divine Imperative habían hecho lo que habían podido. Las flotillas piratas en aproximación habían salido ilesas de las descargas del crucero, saqueadores individuales y naves cultistas convertidas en derelictos rotos de brillante chatarra. Como el caos en las cubiertas de la Nave Negra testificaba, pequeños saqueadores piratas sobrecargados con cultistas y tropas de choque de Marines Espaciales renegados habían abordado con éxito la nave, inundado el cebado crucero con asesinos blindados. Verletz lideró un pequeño contingente de Hermanas de Batalla y soldados de asalto hacia uno de los hangares de seguridad de la Nave Negra, un lugar donde se aceptaba a las brujas en la nave y eran procesados. Ahora los Marines Espaciales renegados trataban de invadir el hangar y abrirse camino golpeando a través de las secciones de contención.

Justo cuando la Palatina pensó que su situación no podía empeorar, ella y sus Hermanas fueron arrojadas hacia adelante a través de la cubierta. Verletz se enderezó. Hubo un respiro en los disparos intercambiados por delante, mientras la puntería de las Hermanas de Batalla y los renegados era desviadas por el impacto.

-¿Otro incursor?- preguntó la Hermana Desiree.

-**Demasiado grande**- replicó Verletz. Lo que quiera que hubiera golpeado la Nave Negra era más grande que una nave incursora de los corsarios. La Palatina cambió el canal en su cuenta de vox. -**Inquisidor, ¿qué está pasando?**

-Nos han pastoreado hasta una emboscada- respondió el Inquisidor Quant. Por detrás, Verletz podía oír al capitán rugiendo órdenes a través de la cubierta de mando. -**Derecho al abrazo de un tercer navío. La Garra del Tirano.**

-¿Conoce este navío?

-Sí- contestó Quant de manera sombría. -**Lo conozco. Perteneció a las Garras Astrales pero ahora es una nave incursora insignia para los Corsarios Rojos. El tercer capitán de Lufgt Huron estará al mando, Nassial Voightek. Se le atribuye la destrucción de las reservas genéticas de los Marines Errantes en Vilamus. Ellos le llaman el Primero Entre Iguales.**



Cuando las Hermanas de Batalla llegaron a la cubierta del hangar, los renegados habían violado el campo de integridad aunque manteniendo la presión atmosférica, y estaban aterrizando con su bárbara embarcación de ataque dentro de la nave. La tripulación de cubierta del Adeptus Astra Telepathica y los Visio-ingenieros estaban sellando el portón que conducía al hangar. El ruido que venía desde el otro lado de la puerta sugirió que los Corsarios Rojos estaban masacrando cualquier fuerza de seguridad imperial suficientemente desafortunada para haber estado más allá del hangar. (Los visio-ingenieros, enginseers del original, son ingenieros-místicos, miembros del Techpriesthood/'Hermandad de Sacerdotes Tecnológicos' o Tecno-sacerdocio del misterioso Adeptus Mechanicus y su culto, dedican cada momento de su vida al mantenimiento de la tecnología imperial. A diferencia de la mayoría del Sacerdocio del Adeptus Mechanicus, los visio-ingenieros pueden ser encontrados sirviendo en casi todas las instituciones Imperiales, además de los Marines Espaciales, y son a menudo asignados a la Guardia Imperial, nt)

-**¡Ábranlo!**- ordenó Verletz. Un solo mamparo no iba a detener a los monstruos del Tirano, tenían que ser purgados de la nave. Al tiempo que el mamparo de seguridad se abría con un estremecimiento, la Hermana Desiree y el teniente Nugent dirigieron sus fuerzas a través de los módulos de aterrizaje anclados y palés de carga. Fuera, Verletz podía ver en el vacío incursores rápidos de los Corsarios Rojos junto a cargueros armados luchando con las naves del sistema cargadas de cicatrices de batalla y corriendo a lo largo de la Nave Negra, todas las pérfidas naves llevaban el perverso signo del Tirano. Un pequeño enjambre de módulos de aterrizaje modificados y cargueros ligeros avanzaban hacia el hangar en oleada. Desembarcaron en un salvaje abandono, parándose con un derrape a través de la cubierta, sus motores aún rugiendo. Aplastando y apartando transportes de seguridad del Adeptus Astra Telepathica al tiempo que se detenían, las puertas de la bahía de la embarcaciones comenzaron a abrirse.

Los Pontificios de Nugent estaban tomando cobertura y alanceando la maltratada embarcación, de color rojo sangre, con rayos sobrecargados de sus rifles Inferno. Verletz no quería esperar a que los renegados establecieran un punto de

resistencia. Corriendo directamente hacia la humeante embarcación de ataque, la Palatina oyó las botas de las Hermanas Retribuidoras golpeando pesadamente a través de la cubierta tras de sí. Cogiendo con un chasquido un par de granadas de su cinturón, Verletz se paró con un deslizamiento ante la puerta de la bahía, que aún estaba abriéndose, de un carguero ligero modificado. Dentro podía ver hordas de soldados cultistas, preparados con sus bárbaras armas, todos llevando la escarificación del culto, las viciosas marcas de garras a través de sus caras. Mientras aullaban al ver a Verletz, la Hermana de Batalla lanzó las granadas dentro del compartimento.

Los cultistas trataron de salir por la puerta de la bahía y las granadas detonaron, convirtiendo el interior en un atronador baño de sangre. Corriendo hacia un segundo carguero ligero, con dos granadas más, Verletz encontró que las enloquecidas tropas habían cortado el sistema hidráulico y forzado la puerta de la bahía hacia abajo con un estrépito. Reaccionando con rapidez, echo rodando las granadas a través de la cubierta, la Palatina reventó a los cultistas a la mitad de su carga en una tormenta de carne destrozada por la metralla.

En el interior de la nave de ataque, caminando a zancadas a través del escudo de carne de los cultistas, Verletz vio imponentes formas acorazadas. Pesadillas con coraza de un color rojo sucio, portando sellos que ardían con los corruptivos poderes del Maelstrom. Para las Hermanas de la Batalla era como ser bañadas en la malevolencia de alguna reliquia impía. Los adeptos y tripulación de cubierta, mientras tanto, quedaron medio distraídos ante la temible presencia de los traidores.

Las ráfagas de proyectiles bólter tartamudeaban desde el interior de la embarcación de ataque, la experta puntería de los Adeptus Astartes renegados desgarrando a los Pontificios y su cobertura.

-¡Enviadlos de regreso al olvido!- ordenó Verletz, incitando a las Hermanas del Cáliz de Ébano a lanzar ardientes corrientes desde sus lanzallamas pesados a la embarcación de ataque. Mientras los Corsarios Rojos se apartaban tambaleándose de ese infierno, Verletz sacó sus pistolas y disparó a los Marines Espaciales del Caos, enviando proyectiles de bólter a través de los costados de sus deformados yelmos.

Más naves de ataque entraron para aterrizar, el teniente Nugent y sus Pontificios

abrasaron con una indiscriminada tormenta de rayos láser cada compartimentos que se abría. Aquellos herejes que escaparon de ser cortados en pedazos, cargaron hacia las fuerzas de seguridad de la Nave Negra como animales rabiosos. Corriendo por los lados de las pilas de carga, los cultistas saltaron sobre los soldados vestidos de negro con sus perversas cuchillas e improvisadas garras metálicas. Devolviendo los golpes con las culatas de sus rifles Inferno, los Pontificios volvieron sus armas de nuevo sobre los herejes creando humeantes agujeros a través de pechos y vientres. La carga había desplazado a los soldados de asalto hacia terreno abierto de nuevo, sin embargo, los emergentes Corsarios Rojos cuyos malditos proyectiles de bólter se encargaban de arrancar cascos de hombros y reventaban Pontificios vestidos con túnicas sobre la carga, apenas perdieron el paso.

Bajo las instrucciones de la Hermana Superiora Desiree, las Retribuidoras subieron con bólters pesados y cañones de fusión. Con explosiones sobrecalentadas de energía, arrasaron toda coraza y carne corrupta hasta la nada. Pesados proyectiles de bólter masticaron a través de los rugientes renegados, al tiempo que ellos respondían por igual con sus bólters alimentados por cinta.

De repente, un sucio guantelete rojo agarró a Verletz por sus vestiduras. Varios Marines Espaciales renegados avanzaron a lo largo de los reventados restos de una nave de ataque para llevar a cabo un ataque sobre la Palatina. Mientras las Hermanas de Batalla corrieron de inmediato a su rescate, dos de los Corsarios Rojos las derribaron con salvajes explosiones de sus bólters.

Verletz se sintió acarreada por el altísimo traidor. Su coraza llevaba la desvanecida gloria de un oficial, mientras su cabeza sin casco era pálida, deformada y marchita. Sus labios estaban forrados con ganchos, mientras una lengua como una serpiente desollada se retorcía desde la abertura. Se alargó hacia afuera hacia Verletz pero la Hermana de Batalla la apartó a un lado de un golpe de disgusto, sus dedos trabajando de modo desesperado en poner súbitamente otro cargador en una pistola bólter. Con un gruñido, el renegado aplastó a la Palatina contra el chamuscado costado de una nave de ataque, dejándola sin sentido por el golpe. La pistola bólter cayó de su mano

Nastasia Desiree llegó hasta los Corsarios Rojos, flanqueada por dos Hermanas Retribuidoras armadas con bólters pesados. Al tiempo que el primer renegado era empujado hacia atrás por los impactos, su pecho una confusión de

sangrientos estallidos, el segundo apuntó por encima de la hombrera del oficial y alejó de su amo a las dos Hermanas con sus disparos. Sin embargo, tal acto, no pudo salvarlo de la Hermana Desiree, que pivotó hacia el Corsario Rojo al tiempo que lanzaba un tajo con su arma hacia él. Aplastó en pedazos el arma del hereje con la corta hoja, similar a un falchion, de su espada de energía, Desiree realizó un tajo de vuelta. El renegado miró hacia abajo su guantelete, su lengua se revolvía. Sangre negra siseaba en la cubierta, donde habían caído un par de dedos del traidor, que la Hermana Superiora había cortado con el golpe. Lanzándose adelante, el renegado estampó la suela de su bota contra el pecho de Desiree, haciendo crujir su peto y haciendo que la Hermana de Batalla se deslizara a través de la cubierta.

-**Sargel, supongo**- dijo Adrianna Verletz, recuperando el sentido, su voz llena de asco.

Sargel aplastó de nuevo a la Palatina contra el casco de la nave antes de lanzarla a través de la plataforma. Navegando a través de varios palés de carga, Verletz golpeó el lateral de un transporte de seguridad del Adeptus Astra Telepathica con despiadada fuerza.

Levantándose con un empujón, hizo una mueca. El impacto había quebrado un lateral de su coraza y roto varias costillas. Mientras Sargel el Muy-viajero caminaba con zancadas a través de la cubierta hacia Verletz, con la intención de acabar con ella, el Corsario Rojo de repente notó la anilla de una granada de fragmentación que sostenía la Hermana entre los dedos de su guantelete. Miró hacia abajo para ver la granada activada que tenía en la sujeción magnética de su cinturón, pero era demasiado tarde para salvarse. El renegado explotó, su coraza y la cubierta destrozadas por la fuerte detonación.

Pedazos de él y su armadura volaron a través del hangar, golpeando con rapidez contra los laterales de los transportes orbitales. Lo suficientemente cerca como para perder un brazo y la mitad de su cara, un compatriota de los Corsarios Rojos de Sargel salió despedido.

Verletz lanzó su mirada de un lado a otro del hangar. Las naves de ataque seguían deteniéndose al estrellarse, vomitando turbas cultistas y Marines Espaciales heréticos. El enemigo intentaba embestir de manera desesperada más allá del hangar, pero el disciplinado fuego del 133º Pontificio los retuvo.

Iluminando el hangar, convergentes chorros de energía convirtieron a los Corsarios Rojos en ardientes siluetas. Mientras los traidores se estrellaban de rodillas, el Predicador Langella barrió hacia delante con la hoja de su Evisceradora, separando cascos de hombros erizados de púas con barridos de su arma y apuñalando torsos blindados.

Nastasia Desiree, de nuevo en pie, estaba ordenando el retroceso de sus Hermanas Retribuidoras. Engullendo turbas heréticas en muros de llama y martilleando sin descanso el blindado avance de los Corsarios Rojos con sus armas pesadas, las Hermanas retrocedieron a través del hangar. Mientras su defensa era decidida, más naves de ataque llegaban a cada minuto, reforzando los números de los corruptos sitiadores. Era sólo una cuestión de tiempo que las fuerzas leales acabaran sobrepasadas.

Recogiendo su pistola bólter de la cubierta, Verletz vio una pequeña muchedumbre de cultistas abrumando al Teniente Nugent. A pesar del derribo de tres de los herejes en rápida sucesión, con disparos a quemarropa de su rifle Inferno, el oficial de los soldados de asalto cayó bajo el peso del asalto. Asestando tajos a su caparazón con las perversas y crueles hojas, enganchando su carne con sus garras de metal, los cultistas lo arrastraron en su locura. Haciendo estallar proyectil, tras proyectil, de bólter sobre la multitud con la pistola recuperada, Verletz hizo estallar miembros en sus articulaciones y brotar cráteres en los pechos de los herejes. Al tiempo que la cubierta se arqueó debajo de ella, lanzándola hacia adelante, el último proyectil de bólter falló su objetivo y levantó chispas del casco de una nave de ataque de los Corsarios Rojos que estaba aterrizando.

La Palatina miró con fijeza a la Hermana Superiora Desiree. La cubierta retumbó una y otra vez. Se estaba disparando sobre el Divine Imperative repetidamente, pero esta vez la Nave Negra no estaba siendo lacerada con fuego de cañón o corrientes de lanza.

-¿Inquisidor?- preguntó Verletz sobre el vox, agarrándose su dolorido costado. Sobre el canal podía oír los estragos en el puente. -**¿Inquisidor?**

-El Slaughterfest- logró responder el Inquisidor por la vox. -**Ha lanzado torpedos de abordaje al lado de babor en popa.**

-Palatina- interrumpió el capitán Tyacke. -**La nave está rodeada por todos lados. Las acciones de abordaje parecen concentradas en las cubiertas inferiores.**

-Lo que el capitán quiere decir, Hermana- agregó Quant. -**Es que parecen concentrados en las bodegas de contención. Creemos que tienen la intención de conseguir nuestra preciosa carga.**

Los entintados labios de Verletz se curvaron en un gruñido. No iba a dejar que eso sucediera.

-¡Predicador!- gritó a través del tiroteo del hangar. -**Queda al mando aquí.**

El Predicador Langella reconoció la orden de la Palatina apuntando la espada-sierra goteando entrañas, su evisceradora, hacia ella. Sobre él, los Pontificios establecieron una marchitadora corriente de rayos láser sobrecargados sobre las naves de ataque que llegaban, cortando en pedazos a los cultistas asaltantes. Mientras tanto, las Hermanas del Cáliz de Ébano volvieron sus cañones de fusión contra las restantes tropas enemigas, transformando herejes en una neblina de carne licuada y a los corsarios rojos en montones de escoria ardiente. Donde los combates eran cuerpo a cuerpo, eran sangrientos y despiadados. Las heréticas muchedumbres del Tirano hormigueaban sobre aislados Pontificios y los descuartizaban miembro a miembro, mientras que los Marines Espaciales del Caos aplastaban tanto a Hermanas como soldados de asalto contra la cubierta con fuerza sobrehumana.

-**Hermana Superiora**- llamó Verletz a Nastasia Desiree al tiempo que se dio la vuelta para marcharse. -**Traiga dos escuadras. Conmigo.**



Verletz no se atrevió a tomar demasiadas Hermanas de Batalla de la defensa del hangar. Sargel el Muy-viajero podía estar muerto, pero sus seguidores continuaban acudiendo y su febril locura continuaba desplegándose en la cubierta del hangar. Como Verletz, Desiree y las Hermanas de Batalla trotaron a través de las cubiertas de contención y descendieron a través de los niveles, las lámparas bañándolas en un color rojo de emergencia, soldados de asalto centinelas y Hermanas estacionadas presentándose voluntarias para acompañarles. La Palatina los rechazó a todos. Las cubiertas de contención, con sus celdas y psíquicos cautivos, tenían que ser aseguradas. Además, con Corsarios Rojos acudiendo a ellas desde todas las direcciones, no pasaría mucho tiempo antes de que tales puntos de centinela se convirtieran en pozos y cuellos de botella para los hormigueantes cultistas que se alzaban contra ellos.

-Formación de Lys (Pattern de-Lys del original)**-** ordenó Desiree a la vez que las Hermanas de Batalla pasaban a través de los puestos de guardia. Apoyando sus hombros en bólters pesados, cañones de fusión y lanzallamas pesados, las Hermanas Retribuidoras marcharon veloces en fila por los pasillos. Adrianna Verletz recargó sus pistolas mientras la Hermana Superiora lideraba el camino con su corta y crepitante hoja. En las secciones de popa, las Hermanas podían escuchar el chillido de las espadas-sierra, el choque de las pistolas bólter de los Adeptus Astartes y el precipitado sonido de los rifles Inferno.

-**Fuerzas de seguridad**- llamó Verletz a través de la vox. -**Informe de contactos**.

La Palatina esperó, pero todo lo que pudo oír fue el incesante abrasar de rayos láser a través de los canales. Mientras Desiree abría un mamparo, escombros del corredor volaron más allá de ellas. Verletz sintió el tirón del vacío al mismo tiempo que el aire que escapaba aullaba sobre ellas.

-**Tenemos una brecha en el casco**- le dijo Desiree mientras las Hermanas se detuvieron cayendo acuclilladas. Más allá, las tuberías de ventilación tenían su vapor robado por la chillona atmósfera que estaba siendo purgada. No parecía

suficiente para poner en peligro la nave, pero aún así hizo sentir mareada a Verletz. La instalación eléctrica granizaba chispas. La superestructura de la cubierta se hallaba dañada de modo severo y en lugar de la sección del casco del extremo del pasillo se hallaba el arrugado cono de la nariz de un torpedo de abordaje. Estaba salpicado de rojo con pintura y óxido, el abollado exterior decorado con funestos sellos y símbolos de calaveras rayadas en su superficie.

-**Prepárense**- dijo la Hermana Superiora Desiree a sus Hermanas mientras avanzaba. Con una brusquedad que hizo que su corazón perdiera el ritmo, un Marine Espacial renegado se lanzó contra ellas. Su espada-sierra incrustada de sangre rugió hasta un desenfocado azote. El sonido del arma activa se había escondido tras el aullido del aire que se escapaba. Blandida con cegadores reflejos y la fuerza proporcionada por la armadura de energía, los dientes del arma cortaron recto a través de Nastasia Desiree, la espada-sierra pasó a través de la Hermana Superiora, escindiéndola del hombro a la cadera. Una mitad de la Hermana de Batalla se desprendió desordenadamente de la otra, traqueteando en el suelo con la coraza destrozada.

El Corsario Rojo responsable de la carnicería avanzó a través de la sangrienta neblina. Su coraza era un moteado patrón de sangre vieja y oscura, junto con vieja pintura roja desconchada. Multitud de cráneos tintinearon colgando de cadenas en su cinturón. Su armadura estaba cubierta de puntas de aguja y ganchos fusionados con la placa, mientras símbolos de ruinosa reverencia habían sido cubiertos sin ceremonia con la marca del Tirano. Dos Marines Espaciales renegados más, doblaron la esquina y apuntaron con sus enormes pistolas bólter por el pasillo. Antes de que las Retribuidoras lo supieran, los Corsarios Rojos habían hecho retroceder de un estallido a dos de sus Hermanas a través de su grupo.

-Que sientan el juicio del Emperador ordenó Verletz.

Proyectiles de bólter pesados de varias armas desgarraron al primero de los Corsarios Rojos que había disparado sobre ellas. Retrocediendo por los impactos, la profanada coraza del renegado fue convertida rápidamente en una destrozada confusión. El segundo fue atrapado en la corriente subatómica vomitada de un cañón de fusión, convertido en una licuada salpicadura de carne y ceramita se hizo uno con la pared del corredor.

El hereje que blandía la espada-sierra la giró hacia Verletz, la Palatina se agachó y rodó sobre su hombrera. Las chispas llovieron sobre ella mientras la espada masticaba a través de la pared. Mientras se ponía en pie de nuevo rodando, aferró la espada de energía de Nastasia Desiree en su guantelete. Alzando la cabeza, hizo que la crepitante arma volviera a la vida y la enterró en la mochila de energía del renegado. Los fétidos sistemas de energía de la armadura del Corsario Rojo comenzaron a morir. El traidor giró la agitada hoja de su espada-sierra, en un golpe de retorno hacia Verletz, pero sin energía para su armadura, el ataque fue torpe y desesperado. A la vez que se dejaba llevar por el impulso de un nuevo giro, las pistolas bólter de la Palatina dejaron sus pistoleras. Martilleando al Carnicero (Fleshmonger en el original) con proyectil, tras proyectil, Verletz hizo estallar los proyectiles de bólter a través de los heréticos corazones del renegado.

Un repentino impacto echó a la Palatina hacia delante sobre el Corsario Rojo que perdía el equilibrio. Otro torpedo de abordaje había golpeado el Divine Imperative. Más allá, Verletz pudo oír el choque de la artillería de la Nave Negra impactando al enemigo. La nave, notablemente lisiada, todavía estaba dando buena cuenta del enemigo que se aproximaba.

-¡Atrás!- ordenó la Palatina. Su voz casi se perdió en el sonido chillón de las llamas desencadenadas por las Hermanas Retribuidoras mientras ella retrocedía a través de sus filas. -¡**Atrás**!

El destrozado compartimento fue inundado con las formas claveteadas de Marines Espaciales renegados. Los torpedos de abordaje, lanzados recientemente desde el Slaughterfest, tan solo estaban trayendo más enemigos. Mientras los Corsarios Rojos avanzaban con pesados pasos, sus espadas-sierra aceleradas chillando, Verletz envió alternativamente disparos de sus pistolas hacia el enemigo, retrocediendo hacia sus Hermanas de Batalla.

-**Repliéguense a través de las cubiertas de contención**- ordenó Verletz. Sus Hermanas y las fuerzas de seguridad de la Nave Negra no podían contener el peso de tres fuerzas atacantes simultáneamente. No en las secciones exteriores, de cualquier modo. Verletz necesitaba la ventaja de los corredores estrechos y los mamparos de seguridad de las cubiertas-mazmorras.

Las cubiertas de contención se convirtieron rápidamente en una pesadilla de

atronadora llama y chorros de proyectiles bólter que rasgaron la oscuridad de la cubierta. Los Pontificios lo hicieron lo mejor que pudieron, manteniendo puntos fuertes y estaciones de seguridad, convirtiendo a los asaltantes gigantes de coraza roja sangre en un nimbo de luz con sus rifles Inferno. Inundando los estrechos corredores con cultistas rabiosos, los Corsarios Rojos empujaron hacia delante en las oscuras mazmorras. Mientras su herético escudo de carne se empapó con lo peor que los soldados de asalto tenían que ofrecer, los Marines Espaciales renegados escindieron a través de cultistas y fuerzas de seguridad por igual con espadas-sierra cuchillas y hachas.

Las Hermanas Retribuidoras dieron a los Corsarios Rojos una razón más para temerlas, convirtiendo corredores y antecámaras en llameantes tormentas infernales y galerías de tiro para el largo alcance de los ladridos de sus bólters pesados. Las Hermanas del Cáliz de Ébano permitieron el paso de la paz del Emperador en sus corazones. Con los dientes apretados lucharon duro, encontrándose con el enemigo, y muchas con su propio fin, manteniendo una convicción absoluta. Con cánticos de fe en ensangrentados labios y humo fluyendo de los ardientes cañones de sus armas, destruyeron toda huella de herejes y monstruosos traidores.

Una por una, las Hermanas de Adrianna Verletz murieron sobre ella, tragada por el mar de cultistas asesinos que inundaban las cubiertas de contención. Eran despedazadas por el incesante ataque de proyectiles de bólter malditos y cortadas en el borrón dentado de espadas-sierra. En el humo, sangrientos estragos y confusión, sin embargo, los Corsarios Rojos se hallaban en su elemento. Mientras el ataque inicial y la emboscada habían sido bien coordinadas, en el calor de la batalla los contingentes renegados y sus comandantes comenzaron a intercambiar disparos entre sí. Los desviados de Sargel el Muy-viajero lucharon contra los claveteados Carniceros, mientras que los Corsarios Rojos de Nassial Voightek, el Primero Entre Iguales, inundaron el Divine Imperative con sus propias hordas acorazadas.

Con Verletz y sus Hermanas retirándose tácticamente, los traidores del Tirano lucharon por el derecho a perseguirlas y aniquilarlas. Cada monstruo blindado quería el oscuro honor para sí mismo y desencadenó, de manera salvaje, disparos de bólter sobre sus propias turbas de cultistas.

Al mismo tiempo que el salvajismo territorial dio paso a un competitivo deseo

de ver hecho el trabajo del Tirano, las Hermanas de Batalla que mantenían las cubiertas de contención fueron masacradas. Carne disforme, instintos depredadores y resistencia sobrehumana se probaron imparables, con cada condenada Hermana comprando unos preciosos segundos con su muerte.

A medida que los bólters pesados se detenían con un quejido susurrado, los depósitos de los cañones de fusión y lanzallamas pesados se secaban a su alrededor, la Palatina se encontró en las oscurecidas entrañas de la nave. Detrás de ella se hallaba la mazmorra de máxima seguridad, en la cual Xenobia Nox era mantenida reprimida y contenida. Subiendo a lo largo del pasillo ahogado por el humo, pudo ver avanzando las siluetas de los Corsarios Rojos, caminando por encima de los maltratados cuerpos de las Hermanas de Batalla.

-**¡Retrocede hasta la celda!**- replicó Verletz a la Retribuidora a su lado, sólo para que una ráfaga de munición de bólter cortara a la Hermana por la mitad.

Mientras las pocas Hermanas de Batalla restantes se retiraban, abandonando sus armas vacías, la Palatina envió el último proyectil bólter contra los Corsarios Rojos y lo vio levantar chispas de su coraza de manera fútil. La pistola vacía hizo un sonido hueco, sordo. Verletz gruñó. No le quedaba nada para lanzar al hereje. Casi parándose, al reducir de velocidad, y la munición de bólter estrellándose pasillo abajo hacia ella, llamó a Quant por el vox.

-**Inquisidor**- llamó.

-**¿Hermana?**- respondió el Inquisidor sobre el crujiente canal. El puente de la embarcación lisiada estaba ominosamente silencioso en el fondo.

-Necesito que haga algo por mí.

-**Sí**- dijo el Inquisidor.

-Dígale al capitán Tyacke que apague el escudo psíquico en las cubiertas de contención.

-Pero, Palatina...

La munición bólter se ensañó con las paredes, esquirlas y chispas saltaban por doquier, Verletz en un acto reflejo, levantó su guantelete protegiendo sus ojos,

-Podríamos seguir así, dialogando, o podemos hacerlo, Inquisidor- dijo Verletz.-**Llevar a cabo la voluntad del Emperador, con él, y las herramientas que tengamos a nuestra disposición.**

-Hágalo- oyó ordenar a Orsino Quant, silenciando las protestas del capitán Tyacke. -**Haga que los adeptos apaguen la esfera de oclusión, que la dejen sin energía. El poder de los prisioneros dejará de estar contenido.**

Mientras Verletz retrocedía hacia la puerta de la mazmorra de Xenobia Nox, vio el puntiagudo contorno de los Carniceros y los desviados blindados de Sargel, el Muy-viajero, separarse para dejar paso a Corsarios Rojos más fuertemente armados. Su coraza de color rojo oscuro estaba agrietada y cubierta de cráteres por innumerables acciones de piratería. Sus hombreras estaban tachonadas y sus cascos astados. A través de ellos avanzó su monstruoso líder, sacudiendo la cubierta con su coraza de capitán. Nassial Voightek, el Primero Entre Iguales, había silenciado las luchas internas de los renegados en las cubiertas de contención. El rango de Voightek, su línea de sangre y el superior número de sus Corsarios habían decidido el día. A medida que avanzaba, Verletz vio que sostenía un par de garras relámpago a los costados, cuyas perversas puntas crepitaban con oscuras energías. La mitad de su rostro había desaparecido, reemplazado con barrocos sistemas biónicos y la lente roja de un sistema óptico. Mostró a Verletz una lobuna media sonrisa.

Verletz parpadeó. De repente se sintió como si un gran peso, cargado de perdición hubiera sido levantado de su corazón. Alcanzando la pared destrozada por las balas de bólter, sintió el temblor de los generadores morir a través de la superestructura. La esfera de oclusión del casco se estaba colapsando.

-**Puedes acabar con este derramamiento de sangre**- rugió Nassial Voightek hacia arriba por el pasillo. -**Entrega a la bruja llamada Xenobia Nox y su parentela mutante.**

Las sospechas de Verletz fueron confirmadas. Los Corsarios Rojos habían descubierto de alguna manera que una Nave Negra se hallaba en el sistema, y que la psíquica delincuente estaba encarcelada a bordo. La Hermana de Batalla sintió la bilis subir por la parte posterior de su garganta. La psíquica debió haber traicionado su posición, a los seguidores del Tirano, en el mundo altar. Al mismo

tiempo que había silenciado a Xenobia Nox en Sanctus Shibboleth y sujetado a la mutante contra ella, la hechicera había usado sus poderes para enviar un mensaje psíquico a cualquiera que pudiera ayudarla. Había anunciado la posición del Divine Imperative con su preciosa carga de peligrosos psíquicos con la esperanza de que pudiera ser liberada en un ataque pirata.

Pensó en Xenobia Nox, su boca cerrada y amordazada, sus miembros encadenados en el profundo y oscuro interior de la Nave Negra. Estaría apenas consciente y desprevenida del horror que había forjado. Lo que la psíquica sabia, sin embargo, era que el servicio al Tirano de Badab era preferible a ser Combustible de Almas para el Emperador de la Humanidad.

Verletz alzó la mirada hacia el monstruoso Primero Entre Iguales. Xenobia Nox sería el regalo de Nassial Voightek al Tirano de Badab, una gloriosa arma psíquica para ser blandida por el señor pirata de la guerra.

-¿Vienes a saquear nuestra carga?- preguntó Verletz por el pasillo.

-**Lo hago**- replicó Nassial Voightek con un retumbo.

-Eres bienvenido a ello- dijo la Palatina, retrocediendo a través de la puerta de la mazmorra hasta la habitación de la celda de Xenobia Nox. Los lúgubres gritos de los psíquicos encarcelados se elevaron desde las celdas circundantes. En todas las cubiertas de contención, los mutantes estaban experimentando un re-despertar de sus poderes. Sin los efectos amortiguadores de la esfera de oclusión, los brujos eran libres de aprovecharse de la disformidad con sus temibles talentos.

La destrucción se desplegó en el pasillo. Puertas de celdas fueron reventadas, arrancadas de repente de sus gruesas bisagras, golpeando a los Corsarios Rojos y aplastándolos contra las paredes. Algunos brujos desahogaron su furia en forma de etéreas corrientes, mientras que otros descuartizaron en dos a los renegados tirando con fuerzas telequinéticas. Llamas disformes resplandecieron desde las celdas y rodaron pasillo arriba, engullendo a los Corsarios Rojos. En unos instantes los Marines Espaciales del Caos estaban siendo acosados por los psíquicos recluidos, corriendo y gritando hacia ellos, sus miserables formas visibles a la luz de la destrucción.

¿Qué había hecho? A través de los canales de vox Verletz escuchó el horror que había desatado. Psíquicos desesperados, llenos de furia y odio, azotando a cualquiera y a todos en los alrededores. Con pleno dominio de sus poderes mutantes, los degenerados brujos infligieron su venganza psíquica no sólo sobre los Corsarios Rojos que impedían su camino, sino también sobre los adeptos supervivientes del Adeptus Astra Telepathica y los Pontificios que se abrían camino luchando a través de la nave. Verletz les escuchó morir. Oyó a los brujos tomar salvaje e irreflexiva venganza sobre sus carceleros, aniquilando a cualquiera lo suficientemente desafortunado como para estar atrapado en la bodega de contención con ellos. Verletz se dijo a sí misma que el sacrificio era necesario y que tales sirvientes estaban dando sus vidas por su Emperador, pero tal justificación se sentía hueca en su pecho.

Mientras Verletz retrocedía dentro de la celda de Xenobia Nox, las dos restantes Hermanas Retribuidoras pusieron el peso de sus corazas contra la gruesa puerta metálica. La Palatina gruñó. La celda no se cerraba desde el interior. Emiliana Anatol permanecía en pie con dos de la escuadra Dominium. Mientras sostenían sus lanzallamas sobre la puerta, la Hermana Superiora sacó a la bruja de su silla. Anatol sostuvo a la psíquica contra ella, la maza de energía de la Hermana Superiora asegurada en el pecho de la prisionera. Químicamente sometida y bañada en el campo nulificador del blindaje psíquico de la Nave Negra, Nox había sido apenas consciente desde que llegara a bordo. Sin embargo, al tiempo que el campo se derrumbó, se había convertido en una cosa salvaje, rasgando y arañando a la Hermana Superiora, los músculos de su cara retorciéndose en el interior de la brida que había enjaulado su cabeza y cerrado su boca.

Verletz no supo cuánto tiempo permanecieron allí, en los miserables alrededores de la celda. Fuera de la puerta y de un lado a otro de las cubiertas de contención, el infierno se había desencadenado. Todo lo que la Hermana pudo oír fueron los gritos de los psíquicos liberados, el rugido de sus poderes desatados, junto a los disparos e impactos de los proyectiles bólter.

Cuando las Hermanas Retribuidoras apoyaron sus oídos sobre el frío metal, la puerta de la celda implosionó. Aplastando a ambas Hermanas de Batalla e impulsando la puerta al interior de la celda con una patada blindada, Nassial Voightek se agachó a través de la abertura. Su hombrera aún parpadeaba con llamas disformes, claramente había sido aplastada por el impacto de alguna fuerza telequinética, mientras su coraza estaba entrecruzada y chamuscada por

las energías etéreas.

-**Arde, hereje**- escupió Verletz, al tiempo que las Hermanas Dominium dieron un paso al frente y arrojaron brillantes corrientes de llamas al capitán de los Corsarios Rojos. Sosteniendo su garra relámpago extendida como un escudo, Nassial Voightek desvió lo peor del infierno. Con un gesto de desprecio en su medio rostro, Voightek se movió con reflejos sobrehumanos, arrancando la cabeza de una Hermana y apuñalando a la segunda a través del pecho con sus crepitantes garras. Mientras su cabeza rebotaba a través del piso de la celda, los lanzallamas se pararon con un tartamudeo. Voightek arrancó su garra del torso de la segunda Hermana, dejándola caer al suelo. Señaló a Adrianna Verletz con una hoja de su garra, su punta chisporroteando con energías oscuras.

-**Entrega a la bruja**- gruñó el capitán de los Corsarios Rojos.

La Hermana Superiora Anatol había movido la maza de energía a través de la garganta de Xenobia Nox lista para aplastarla a la orden de su Palatina. Verletz permaneció inmóvil, dando al señor de la guerra renegado una mirada de acero.

-Está prometida a otro, hereje- siseó. **-Tu antiguo amo, el Emperador de la Humanidad.**

La mera mención del nombre del Dios-Emperador pareció enfurecer al Marine Espacial del Caos.

-Ese nombre no significa nada para mí ahora- dijo Nassial Voightek. **-No hay más que un amo, el Amo del Maelstrom, el Saqueador de Sangre, Huron Blackheart, el Tirano de Badab.**

Mientras el Corsario Rojo llevaba a cabo el anuncio de su maestro, Verletz llevó a cabo su movimiento. Al lado de ella, Emiliana Anatol luchaba con la psíquica. Xenobia Nox luchó tanto para liberarse como para hacer palanca en la brida de su cabeza. Verletz sospechaba que la peligrosa psíquica no tenía más intención de convertirse en esclava del Tirano que en Combustible de Almas para el Emperador. Al mismo tiempo que Verletz alcanzó el pasador de liberación de la brida, esperaba tener razón.

La jaula de la cabeza cayó a un lado. La banshee gritó. Todo se convirtió en agonía.

A tal proximidad de la bruja, tanto la Palatina como su Hermana Superiora retrocedieron horrorizadas, tratando de taparse los oídos. Sin embargo, ello no les ayudó, mientras el sonido que destrozaba el alma de la bruja gemía sin barrera física. Ambas Hermanas de Batalla se estrellaron de rodillas. Emiliana Anatol cayó sobre la cubierta, dejando caer su maza de energía.

Xenobia Nox se asomó sobre ellos como una tormenta desatada. Incluso Voightek fue afectado, el Corsario Rojo tropezó mientras intentaba alcanzar a la psíquica con una crepitante garra. La sangre corrió desde un orificio nasal, una oreja y un ojo en la media cara del capitán. Sus dientes estaban manchados de rojo y los funestos mecanismos de su barroco sistema biónico soltaban vapor de sangre y aceite fluyendo desde ellos.

Verletz respiró hondo. Invocó su fuerza y la de su amo. Había liberado el poder de la bruja sobre ellos. Sabía del horror por venir y se las arregló para prepararse contra ella. Su fe la protegería. Al menos, por el breve momento que la llevó recoger la maza de energía del guantelete de la Hermana Superiora.

Pulsando el interruptor con el pulgar ("thumbing" en el original) puso el arma de energía a potencia completa, levantó la crepitante porra con toda su fuerza. Aplastando a través de los mecanismos de la cara del Corsario Rojo, la Palatina se puso en pie. Nassial Voightek se tambaleó. Su media cara, estropeada, chorreaba sangre y evidenciaba la agonía abrasadora del grito espiritual de la bruja, el capitán la miró.

-Porque mi fe es mi escudo- boqueó la Hermana de Batalla, antes de descargar la chisporroteante maza de energía sobre el cráneo del renegado, salpicando su coraza y las paredes de la celda con sangre.

Mientras Adrianna Verletz permanecía allí de pie, con un Marine Espacial renegado a sus pies y su alma a punto de romperse como un trozo de cristal, sintió que la sangre corría por sus mejillas desde sus ojos. Sus orejas se sentían húmedas con fugas de sangre y bultos rojos semilíquidos habían sido rociados contra su peto desde su nariz. Se volvió para enfrentarse a la horrible mutante. La boca de Xenobia Nox estaba abierta de par en par, una muestra de fila tras fila de dientes como los de un tiburón. La psíquica chilló su grito de banshee contra la Palatina, mientras la insoportable locura del sonido rebotó a través de

los corredores del Divine Imperative.

Con un gruñido, Verletz dio un resuelto paso hacia la psíquica y lanzó la empuñadura de la maza de energía hacia ella. Impactando a la bruja directamente en la garganta, la Palatina escuchó mientras el chillido se convertía en un feo crujido, seguido por un atragantamiento y un silbido. Con el chillido de la banshee desaparecido del aire, Verletz sintió frenar el correr de las lágrimas de sangre. En el silencio de la celda de la mazmorra, la Hermana de Batalla sintió calmar su agonía espiritual.

Xenobia Nox se tambaleó hacia atrás, agarrándose la garganta. -**No nos arriesguemos...**- dijo Verletz, noqueando a la psíquica y echándola de vuelta a la silla.

Mientras Verletz cerraba las esposas de la silla alrededor de las muñecas de la inconsciente psíquica, podía escuchar el intercambio de fuego de bólter en los pasillos más allá. Reasegurando la brida de la bruja sobre las feas facciones de la mutante, la Palatina se dio la vuelta para encontrar a Orsino Quant en la puerta. Se hallaba flanqueado por dos imponentes capitanes del Adeptus Astartes, obviamente eran los refuerzos de los cuales el Inquisidor había hablado. El primero se asomó sobre Quant y la Hermana de Batalla con su coraza azul y blanca, el segundo de un color amarillo. Verletz los reconoció como miembros de los Lamentadores y los Marines Errantes, dos capítulos de Marines Espaciales con los que el Inquisidor habría trabajado en la zona del Maelstrom. Los Marines Errantes habían perdido casi todos sus recursos genéticos en un ataque de los Corsarios Rojos en Vilamus. Los Lamentadores, mientras tanto, aún llevaban a cabo una cruzada penitente de cien años por su nefasta participación en la guerra de Badab. Verletz asumió que ambos Capítulos necesitaban poca persuasión para enfrentarse con los renegados del Tirano. El Inquisidor Quant allí permaneció de pie, con el sonido del fuego bólter y las muertes de Marines Espaciales traidores rodando por el pasillo detrás. Miró de modo sombrío a las Hermanas de Batalla muertas en el suelo de la celda.

-He restablecido el poder del blindaje psíquico. La esfera de oclusión está restablecida- dijo el Inquisidor. Verletz asintió lentamente. **-Siento la pérdida de sus Hermanas, Palatina. Lucharon con fe y honor. Debería estar orgullosa**- dijo al cabo de un momento.

-**Y sin embargo**, **lo siento**- comentó Verletz, mirando hacia abajo a Emiliana Anatol.

-**Aún tiene su premio**- dijo el Inquisidor, gesticulando con la cabeza hacia la psíquica inconsciente.

-Ella habría sido el premio de un Tirano- dijo Verletz finalmente. -**Al Emperador, lo que le es debido. Para mí ella es sólo... Combustible de Almas.**

FIN


WARHAMMER
40,000
EL DIEZMO
DE CARNE
MILES A DRAKE

EL DIEZMO

DE CARNE

The Flesh Tithe por **Miles A Drake**



Traducción RABUSA

Corrección Iceman TS 1.5



El cielo de Sygera estaba gritando. El embate sónico de las naves xenos, cortando a través de él, envió ondas de choque palpables a través de las estrechas calles, llegando a cruzar la amplia plaza exterior. La Hermana Lucia se agachó bajo el arco de la pequeña catedral que ahora protegía, el convento de Santa Cibeles, mientras otra nave en forma de hoz gritaba sobre sus cabezas en un errático arco. Apretó los dientes cuando la debilitante vibración le destrozó los nervios y cortó la mente.

Y entonces se fue.

Agarrando el esmaltado chasis de su bólter, dejó que le proporcionara una medida de fuerza mientras se recuperaba del ataque auditivo. Sacudiéndose el dolor, bajó por los escalones del lugar de culto en ruinas hasta llegar a la plaza de la ciudad ante ella. El 'Himno de santa Cibeles' que resonaba desde el último altavoz de alabanza externo del convento se alejó a la deriva, como lo hizo el sollozante murmullo de las docenas de aterrorizados ciudadanos.

El infierno había llegado a Sygera, descendiendo sobre su ciudad, Moldevar, con un diluvio de pesadillas que debilitaba incluso su considerable determinación. Lo que antes era una ciudad de serenidad y devoción era ahora un matadero de una escala que desafiaba la razón. La atmósfera se lamentó cuando las naves-hoz alienígenas la atravesaron una y otra vez, las calles resonaron con gritos mientras los habitantes de la ciudad caían presa de las cosas que acechaban por los callejones en ruinas. Todavía no había visto al enemigo, pero Lucia sabía que estaban cerca y que vendrían.

No sabía por qué aún no habían llevado a cabo una ofensiva terrestre. Tal vez el convento, con sus ocho Hermanas de Batalla llamadas a la guerra en la lejana Ixeris, no era considerado una amenaza. O tal vez tenía algo que ver con la aparentemente errática naturaleza del asalto. En las primeras horas del ataque, los invasores habían golpeado áreas estratégicas, pero desde entonces, los ataques de bombardeo habían sido al azar y completamente sin sentido. Los crepitantes y distorsionados informes de vox que aún lograron filtrar a través de

la horrenda estática dijeron lo mismo acerca de los enemigos sobre el terreno. La frenética conversación de vox había sido acerca de movimientos arbitrarios de manadas de horrores xenos con garras y similares a espantapájaros.

Con las comunicaciones de Moldevar consumidas por el pánico y ahora silenciadas, reemplazadas por un espeluznante ruido blanco, la Hermana Lucia no podía adivinar lo que había sucedido con los asentamientos montañosos periféricos. Sólo podía rezar para que los pueblos y caseríos más alejados hubieran permanecido intactos.

Todo había empezado justo antes del amanecer, aunque parecía una eternidad. Las tranquilizadoras siluetas de la escasa flota de la guarnición de Sygera simplemente se habían deshecho en centellas de una dolorosa y brillante luz verde. Los entrecruzados rastros de humo de la caída de escombros orbitales se habían convertido en una mancha permanente en el gélido cielo, lloviendo a lo largo del día y hasta bien entrada la noche. Ahora, nuevas constelaciones de ominosas formas de media luna se hacían visibles en la atmósfera superior, brillando como apariciones flotantes en la bruma de la luz del sol que moría.

Lucia padecía dolores de viejas heridas sufridas hacía años, pero su armadura de energía alivió sus pasos al llegar a la improvisada barricada que rodeaba la entrada de lo que quedaba del convento. Su ornada armadura negra y blanca estaba cubierta con una capa de polvo gris de la estructura colapsada del solitario campanario del convento. Uno de los voladores xenos había atomizado su estructura inferior con un arco esmeralda cegador apenas hacía tres horas, y la imagen de ese irregular flujo de energía aun ardía en sus retinas. Su casco negro parecido a un sallet (Un casco con celada empleado en el siglo 15 que sustituyó al bacinete, nt) estaba abrochado en su cinturón, revelando sus desgastados y estatuarios rasgos, junto con el blanco cabello que le llegaba hasta la mandíbula. El tatuaje negro de un cáliz adornaba su mejilla, tres cicatrices paralelas, la marca de una garra, surcaban su cara de la frente a la mandíbula, cortesía de uno de los muchos Togoranos que había matado años antes.

Otra nave cortó como una guadaña sobre la plaza, su fúnebre gemido volvió a sorprender a la Hermana. Saboreando el fuerte picor de la sangre en su boca mientras corría desde su nariz, agarró su bólter con tal determinación que sus guanteletes rasparon líneas en el lacado de su chasis. Y entonces el ruido había desaparecido. Continuó cojeando hacia las barricadas, sus nervios todavía al

límite.

Los duelos aéreos entre los defensores aéreos de Sygera y los invasores de pesadilla habían acabado hacía mucho tiempo, el humo de los Lightnings y Thunderbolts (Rayos y Truenos, modelos de cazas del imperio, nt) derribados salpicaba la ciudad como piras funerarias latentes. Aún así, los invasores volaron, cortando los cielos sin rima ni razón, cazando presas que habían desaparecido hace tiempo.

Cuando los soldados que vigilaban, desde las improvisadas barricadas, se recuperaron del ataque sónico, ya estaba entre ellos. El teniente Perrin y sus restantes hombres llevaban los restos de los escombros circundantes a las barricadas, pero el progreso era lento. El constante chillido ya había causado que varios de los miembros de la banda de maltratados supervivientes reunidos por Lucia cayeran en accesos de locura que ella poco podía hacer para calmar, a pesar de sus años de experiencia médica. Algunos habían huido gritando hacia los callejones que convergían en la plaza. Otros habían sido escoltados al interior del convento, donde los calmantes himnos, resonando suavemente desde los altavoces de alabanza, podrían hacer su trabajo.

-**Hermana** ...- empezó el teniente cuando por fin notó su presencia, su voz débil y claramente agitada. -**Las barricadas están levantadas**- sus ojos eran anchos y oscuros, su cabello desordenado bajo su shako malva (Sombrero militar cilíndrico o cónico con un penacho, nt). Él y sus hombres llevaban uniformes, en malva y oro imperial ahora cubiertos de polvo, andrajosos restos de sus antiguas galas.

Lucia asintió con la cabeza, su voz sonó duramente acerada. -**Bien**. ¿**Alguna suerte con la señal**?

Perrin sacudió la cabeza, su rostro ceniciento se volvió hacia el operador de vox, que había estado tratando de localizar al mando de la milicia y contactar con el cuartel del Adeptus Arbites desde su llegada al convento. Esperaban saber si había algún tipo de defensa coordinada aún en su lugar. La estática muerta y el silencio dejaban poco sitio a la esperanza.

-No hay manera de que hayan podido resistir- murmuró el operador de vox a su oficial. **-Le dije que no serviría de nada, la maldita estática está por todas**

partes, en cada puñetera frecuencia...

El teniente inclinó la cabeza, resignado, pero la hermana Lucia no aceptaría nada de eso.

-**Continúe intentándolo**- ordenó, con voz severa y autoritaria. Tal vez la tarea era inútil, pero los hombres necesitaban algo que hacer. Una mente sin propósito vagaba por lugares oscuros, especialmente ahora. -**Inicie la búsqueda de otras señales. Supervivientes. Bolsas de resistencia aisladas. Si el mando ha caído, quizás podamos atraer a otros supervivientes aquí. Y encuentre una manera de atravesar esa estática. Pruebe cada canal al que tenga acceso.**

Habían traído la estática. Era algún tipo de señal de interferencia, supuso Lucia, ya que había lisiado las comunicaciones de vox y sistemas automatizados de cogitación, apagando la red de defensa de Moldevar antes incluso de que el enemigo hubiera aterrizado.

El hombre saludó y Lucia miró con fijeza a Perrin. -**No pierda la concentración-** ordenó **-hasta que no exhalemos nuestro último aliento, debemos oponernos a los xenos de cualquier manera que podamos. El Emperador está observando, Él desaprueba el derrotismo y la resignación.**

Se alejó para continuar su inspección de las barricadas, dejando a los soldados con sus tareas. El suave andar de pies detrás de ella la hizo dar la vuelta. Era Sera.

-**Te dije que te quedaras dentro**- gruñó Lucia. Sera era uno de los muchos huérfanos que habían acudido a Santa Cibeles para refugiarse, Lucia la había visto crecer y convertirse de niña en joven mujer. Mientras las otras Hermanas de Batalla habían desaprobado la entrada de huérfanos en el convento, Lucia las había ignorado, convirtiendo en una misión personal mantener apartados al menos a algunos de los niños de la calle del inframundo al que caían tantos. Ahora, al parecer, Sera era la única que quedaba. Mientras Lucia no permitía que el dolor por ese hecho la debilitara, admitió que lo sentía.

-**Pero…-** comenzó Sera, apartando algunos mechones de pelo rubio ceniza de sus ojos -**Kallen está gritando de nuevo. Dice que sólo escucha el... el ruido... de los altavoces de alabanza. Pero dentro no hay estática. Todavía cantan los**

himnarios. Creo que se está volviendo loco.

Lucia suspiró. -**Puede ser. Los infieles carecen de la determinación de los devotos del Dios-Emperador. Sus mentes son siempre las primeras en romperse**- había conocido a Kallen a través de Sera. Proveedor de estupefacientes ilícitos. Pecador. Muchos de los niños de la calle de Moldevar habían sido sus 'distribuidores/mensajeros' Lucia había mantenido a Sera limpia. -**Si se convierte en un peligro para los demás**, **avísame**.

Sera continuó siguiendo a Lucia a lo largo de las barricadas. -**No quiero escucharlo, me hace sentir enferma. Prefiero estar aquí fuera. ¡Quiero ayudar!**

Lucia lanzó a la muchacha una severa mirada. -**No. Vuelve adentro. Te garantizo que el ruido aquí será más insoportable que lo que quiera que Kallen esté vomitando. Ten fe. Recuerda lo que te enseñó el diácono Arvelo.**

Sera asintió y retrocedió hacia el interior, para alivio de Lucia. La muchacha apenas había vuelto al convento antes de que las palabras de Lucia se probaran ciertas. Tres naves xenos chillaron sobre sus cabezas en rápida sucesión, haciendo que todo el mundo se agachara alrededor de las barricadas. Limpiando más sangre de su rostro, Lucia forzó a alejarse a la agonía y permaneció de pie, para que los demás pudieran inspirarse en su fortaleza.

¿Qué horror había sido escupido de las malditas Estrellas Ghoul aquella vez? Se preguntó. Ya había soportado seis largos años en las demasiado calurosas junglas de Tysseris con las otras Hospitalarias de su Orden, proporcionando ayuda a heridas de urgencia de diversos grados y enfermedades, cerca de/y en las líneas de frente, así como luchando para defender a los que estaban a su cuidado de las manadas merodeadoras de 'los que Apestan a Sangre' Togoranos (Togoran Bloodreeks en el original) que habían infestado el mundo. Eso había sucedido hacía ya cinco años. Desde entonces, la paz, la calma y la contemplación de las enseñanzas sagradas de la Eclesiarquía habían sido gran parte de su vida, con su posición como cuidadora y guardiana del convento.

Un par de gritos desesperados llevaron la mirada de Lucia a la derecha, a la entrada de una de las callejuelas radiales. El chasquido del disparo de una pistola acompañó las llamadas de angustia resonando entre las arruinadas estructuras.

-¡**Supervivientes**!- gritó el centinela observando aquel callejón, desabrochando su carabina laser.

Lucia, Perrin y los demás corrieron hacia el centinela, agachándose a cubierto detrás de la barricada. Vio a una docena de ciudadanos que superaban la esquina, a unos treinta metros, casi al final del callejón. Gritaban aterrorizados mientras corrían hacia el convento. En la parte posterior del grupo, tres milicianos disparaban armas contra objetivos que Lucia aún no podía ver, un hombre con la coraza negra de los Arbites giró súbitamente disparando una rápida descarga de su escopeta, antes de girar nuevamente para correr y alcanzar al resto de ellos.

Lucia preparó su bólter, lo niveló justo por encima de las cabezas de la multitud que se aproximaba, apuntó y esperó.

Y entonces los vio.

Dos figuras grandes superaron la esquina, demacradas y cadavéricas, tan altos como un hombre y medio, a pesar de su estatura iban encorvados. Sus largas y desgarbadas extremidades terminaban en garras como navajas, y una luz esmeralda brillaba desde dentro de las huecas órbitas oculares.

Mientras avanzaban, sintió el impulso de ordenar abrir fuego a los que tenía a su alrededor con un miedo palpable; ver como los dedos apretaban los gatillos y hacían desaparecer aquellas pieles pálidas de las criaturas de pesadilla que se les estaban acercando. Habría dado la orden si no fuera por la gente que huía y se interponía en la línea de fuego.

-¡No disparéis!- gritó, sabiendo que eso permitiría que las criaturas avanzaran impunemente más cerca de la barricada.

Perrin gritó, su voz entrecortada por el pánico. -**Pero**, **Hermana**, **ellos**...

-**¡Aguanten!**- gritó Lucia de nuevo, poniendo furia en su voz.

Aguantaron. El aterrorizado grupo se esforzó sobre los escombros, ya casi estaban en la barricada de Lucia, con las criaturas tras ellos. Lucia vio que sus imponentes armazones eran esqueléticos por completo y metálicos, también que estaban cubiertos de harapos de algún tipo.

Recordó las enseñanzas del Dialogous durante su mandato con el Schola Progenium, hablaban de descarnadas abominaciones de antiguo metal, cuyas tumbas acechaban ocultas en muchos mundos. Por lo poco que había aprendido, parecían más una especie de leyenda o salida de alguna pesadilla que un hecho real. Claramente esa noción era incorrecta.

Un anciano, rezagado detrás de la multitud, cayó en el desigual suelo de escombros. Aulló algo inaudible sobre los aterrorizados gritos de sus compatriotas, y trató de levantarse justo cuando uno de los xenos lo alcanzó.

Descendió sobre él, con sus garras desollando cintas de carne de él con cada rápido tajo como el rayo, mientras gritaba un discordante ruido blanco. La energía crepitaba a través de las cuchillas, la criatura cortaba a través de ropa, carne y hueso con una inquietante fluidez, viviseccionando de manera instantánea a su chillona víctima, y transfiriendo su carne a su propia forma demacrada.

Entonces ella vio los "jirones" que los xenos llevaban por lo que realmente eran. Carne. Tendón. Piel.

-**El Dios-Emperador nos proteja**- susurró, necesitó una considerable fuerza de voluntad para no disparar. Vio las miradas desesperadas de los soldados que la miraban para confirmarlo. Cómo deseaba complacerlos.

Había transcurrido media década desde que había participado activamente en un combate, y la adrenalina caliente del mismo la atravesó. Sintió el trueno de su corazón, y el bombear de la sangre a través de sus miembros. La presión de cada latido se sentía como si fuera lo suficiente para apretar su dedo la fracción necesaria para disparar el gatillo.

Cuando el primero de los asustados sobrevivientes llegó a la barricada, le gritó para que corrieran al convento. Antes de que el último de ellos lo hiciera, tan pronto como tuvo un ángulo claro sobre el más cercano de los horrores, apenas a veinte pasos de distancia, Lucia disparó.

Su proyectil golpeó a un xenos directamente en su caja torácica blindada, la cual se abolló bajo la fuerza explosiva. Cuatro más de sus proyectiles de bólter casi reventaron uno de sus brazos, y destrozó parte de su cráneo, convirtiendo en

pulpa los restos carnosos de vísceras humanas enrolladas alrededor de su cuello. Antes de que Lucia pudiera gritar la orden de abrir fuego, Perrin y sus hombres ya habían añadido su fuego laser a su descarga. Lograron poco más que quemar agujeros a través de la vestimenta hecha jirones de los xenos y chamuscar su exoesqueleto.

Aún así siguió. El bajo ruido sordo de una escopeta Arbites se unió al parloteo de los disparos, y vio que el robusto ejecutor vestido de negro disparaba a su lado.

Y entonces llegó a ellos. Rompiendo a través de la barricada con su ímpetu y masa metálica, descendió sobre dos de los hombres de Perrin, cortando a ambos con un único golpe de su zarpa derecha. Se dio la vuelta, golpeando de revés a Perrin con la garra izquierda. El humano se estrelló de nuevo en la barrera, su cavidad torácica una ruina destrozada.

El xenos se movió por la barricada sin pausa, directo hacia Lucia y el ejecutor. Lucia retrocedió, disparándole el resto de su cargador. Los proyectiles pulverizaron lo que quedaba del torso de la criatura y finalmente lo enviaron chisporroteando al suelo, su caja torácica un desastre de metal cubierto de sangre humana.

Estaba a punto de gritar algo cuando el otro xenos les alcanzó, caminando hacia varios de los hombres de Perrin. Se volvieron para huir, pero ya era demasiado tarde, la criatura vadeó a través de media docena de ellos, cada barrido de sus garras acompañado de rociadas arteriales, silbidos crepitantes y gorgoteantes gritos de muerte.

Lucia recargó, golpeando el segundo de sus cargadores curvos en el bólter, colocó otra serie de disparos en la criatura al tiempo que se volvía hacia ella. Vagamente vio al ejecutor flanquearlo por su izquierda y decidió emprender una carga. Sacando su espada-sierra en una rápida acción, pulsó con el pulgar el botón de encendido, haciéndola cobrar vida con sus revoluciones, aunque sabía que sería demasiado tarde.

Un momento antes de que el xenos la golpeara, el ensordecedor ruido y la presión del estallido de una granada de fragmentación aturdieron a Lucia, haciéndola tambalear de espaldas. Oyó el sonido apagado de los gritos y vio al

ejecutor disparando su escopeta, la anilla de una granada todavía entre sus dientes.

En el momento en que se quitó de encima la conmoción el impacto, ya estaba tambaleándose hacia atrás. El ataque del ejecutor derribó al xenos sobre los restos de la barricada, cayendo sobre su espalda en medio de los escombros.

Mientras volvía a levantarse, Lucia aprovechó la oportunidad.

Dejando caer su bólter, dejó escapar un grito de guerra, oyendo apenas su propia voz, cargó de cabeza sobre la cosa, su espada sierra sostenida con ambas manos. Saltando sobre los escombros y aterrizando sobre la abominación caída, inclinó su hoja hacia abajo para meterla en su costillar. Los dientes de adamantium de su espada sierra protestaron aullando mientras ponía toda su fuerza y rabia en el peso de la hoja. La cosa siseó y le arañó, desgarrando profundas hendiduras en la armadura de sus muslos y cintura y destrozando su tabardo ceremonial. Afortunadamente, el blindaje aguantó y los arañazos de los impactos fue todo lo que lograron sus ataques.

-¡**Abominación!**- rugió, mientras la espada-sierra al fin le atravesaba. El chirrido de dientes que se rompían y el metal cortado se unieron al aullido de la estática muerta hasta que, finalmente, la luz en las órbitas oculares de la cosa murió, cesando sus convulsiones.



Al cabo de unos instantes, cedió y sacó de un tirón su ahora arruinada espada-sierra del destruido xenos. Necesitaría recuperar una nueva del arsenal del convento. El ejecutor estaba justo detrás de ella, su casco quitado revelaba una cara castigada, de mandíbula cuadrada y una cabeza rapada.

Él asintió con un gesto de la cabeza. -**Un trabajo decente**, **Hermana**.

Apenas lo oyó. Ella no requería su reconocimiento. Sus ojos brillaban por el torrente de adrenalina. A pesar de los rigurosos regímenes de entrenamiento, no había sentido la furia de la batalla durante muchos años.

Lucia respiró con profundidad para calmarse. -**Bienaventurados los justos que toman su santa espada. Bienaventurados los cruzados que desafían a sus odiados enemigos. Bienaventurados los vencedores que triunfan sobre los inmundos y malditos**- miró la escena, viendo nueve muertos, incluyendo al teniente Perrin; sus formas evisceradas se extendían entre los escombros. La idea de que Perrin y sus hombres pudieran haber vivido si hubiera dado la orden de disparar antes de que fuera casi demasiado tarde, pasó por su mente, pero la apartó. No había tiempo para la duda o la culpa. ¿Cuántos supervivientes habrían sido atrapados en el fuego cruzado si hubieran disparado antes? Perrin y sus hombres eran milicia local era su deber luchar y, si era necesario, morir, para proteger al Imperio y sus ciudadanos; un deber que habían cumplido.

-Bienaventurados los caídos que perecen en Su nombre, porque ellos caminarán al lado del Emperador- ella terminó su oración cuando el ejecutor comenzó a salvar lo que podía de los restos.

Los hombres sobrevivientes del pelotón de Perrin miraron a su alrededor en estado de shock, sus caras empalidecidas.

-**Permaneced firmes**- dijo Lucia, la furia dentro de ella menguando y su voz resonando de manera extraña en sus castigados tímpanos. -**Vendrán más, y necesitaremos cada fibra de nuestra resolución dada por el Emperador.**

Ella no sabía si sus palabras les inspiraron. Tendrían que esforzarse, y todo lo que podía hacer era dar ejemplo **-Haced que todo el mundo regrese al interior-** les dijo, haciendo un balance mental de lo que tenían. Con apenas una docena de combatientes dentro de un convento medio arruinado, sus posibilidades parecían sombrías. Pero las armas y armadura de los muertos podían ser rescatadas y distribuidas entre los treinta supervivientes, o así, que se escondían dentro. ¿Seguramente algunos pelearían? Ante los odiados enemigos de la humanidad, tendrían que hacerlo. O morirían.

-Y distribuid las armas a quienes las puedan usar- añadió**. -Necesitaremos cada alma capaz de defender éste lugar ésta noche.**

Se volvió hacia el vigilante de los Arbites, que estaba de pie sobre una de las abominaciones caídas, empujándola con su bota de hierro.

-No son tan fáciles de matar, ¿verdad?- enunció, más que preguntó, cuando Lucia se acercó a él.

-**No**- convino ella. -**Pero el celo y la furia pueden destruir a cualquiera de los enemigos del Emperador.**

El echó una media mirada al arma que ella agarraba. -**El bólter probablemente ayuda**.

Lucia lo fulminó con la mirada y él se encogió de hombros, mirando a través de los callejones que se iban oscureciendo.

-**Raúl-** dijo, sin explicación. Cuando Lucia ladeó la cabeza, golpeó con el pulgar su pectoral negro mate. -**Agente Raúl**. **Último del Cuartel Tercius**. **Probablemente**...

Lucia hizo la señal del Aquila. **-Soy la Hermana Lucia, Hospitalaria de la Orden del Cáliz de Ébano, cuidadora del Convento de Santa Cibeles.**

-¿El resto de vuestras Hermanas?

-Se fueron- replicó la Hospitalaria**. -A Ixeris para proteger los Caminos de los Peregrinos de los que Apestan a Sangre Togoranos.**

Raúl sacudió la cabeza. **-Malditos sean los que Apestan a Sangre. Nunca se detienen, ¿verdad? Es una vergüenza. Podrían haberse quedado aquí.**

-En efecto- convino Lucia**. -Pero toda la sacra obra del Emperador es de suprema importancia. Fui dejada atrás para proteger éste convento.**

-¿No hay por casualidad más Hermanas de su orden en la superficie del planeta?

-Ninguna, lamentablemente. Todos los conventos militares fueron enviados a Ixeris después de la última incursión de los que Apestan a Sangre.

-**Bueno**...- reflexionó el agente, la sombra de una sonrisa formándose en su rostro. -**Entonces estamos solos**- se apartó de la Hermana, gesticulando hacia la plaza manchada de sangre y cubierta de escombros. -**Montaré guardia y veré qué puedo hacer para limpiar el desastre**.

Lucia volvió a hacer la señal del Aquila. -**No**. **Nunca estamos solos**. **El Emperador vigila**. **Y Él protege**- con eso, se movió para administrar los últimos ritos a los caídos.



Una hora más tarde, los últimos rayos de la luz del día de Sygera barrían la fría y humeante atmósfera. Al tiempo que la noche caía, una tétrica oscuridad engulló la ciudad. El parloteo de disparos lejanos y gritos que se desvanecían, eran las solitarias endechas (Canto fúnebre y luctuoso, nt) que esperaban. Los altavoces de alabanzas habían muerto con los generadores de reserva del convento.

En el interior, el convento permanecía iluminado de modo débil por velas y antorchas, pero aparte de eso, con la energía cortada a la ciudad, la oscuridad era absoluta. Las naves aéreas Xenos chillaban periódicamente a través de los cielos, pero su frecuencia había disminuido, para alivio de todos.

Varios grupos de más supervivientes emergieron de los oscuros callejones buscando refugio en la capilla. Estaban desconcertados, exhaustos y horrorizados, Lucia los dirigió adentro, mientras la milicia restante y Raúl mantenían turnos de vigilancia en la barricada. Un buen número de los llegados lo hacían armados, ya fueran supervivientes o soldados, uniéndose a la desigual banda de protectores en el exterior.

Las historias contadas por aquellos supervivientes eran todas iguales, de puro horror. Las abominaciones xenos se hallaban extendidas por toda la ciudad, acechando en las calles, buscando presas humanas. Lucia solo oyó hablar de pequeñas manadas, nunca más de cinco, nunca menos de dos. El agente mencionó a regañadientes que más de dos veintenas de ellos habían rodeado el cuartel, con el, en apariencia aleatorio, apoyo de sus naves aéreas merodeadoras.



Paseando por las barricadas, pudo ver como el agotamiento comenzó a pasar factura a los supervivientes. La poca recafeína que quedaba ya se había distribuido entre los milicianos y el agente. Lucia se mantuvo despierta por pura fuerza de voluntad, y regulares oraciones murmuradas en voz baja. Aplicó su oficio de Hospitalaria a los heridos. Con el ataque de los xenos y su armamento, se hizo evidente que dejaban a pocas víctimas vivas, tal era su letalidad. Mientras tanto, vigilaba los oscuros callejones en busca de signos de supervivientes adicionales, o de los horrores que sin duda se hallaban allí fuera.

Varias veces, los centinelas dieron la alarma de avistamientos de monstruosas figuras de espantapájaros que permanecían inmóviles en los callejones, antes de desvanecerse en la penumbra de nuevo. Cada alarma espoleó una ola de pánico, un ir y venir de actividad mientras hombres y mujeres se desplazaban para enfrentarse a la amenaza fantasma. Cada alarma equivalía a nada, salvo por la sensación de que "ellos" estaban ahí afuera, observando y esperando.



La noche cerrada trajo las intermitentes luces de una batalla en el vacío del espacio. Arcos entrecruzados y florecimientos de energía esmeralda, naranja, amarilla y azul iluminaron el cielo. ¿Una nave que había permanecido oculta, o refuerzos? Lucia no lo sabía. Vio a mucha de la gente dentro del convento mirando desde sus ventanas destrozadas para contemplar, con los ojos abiertos de asombro por las vistas allá arriba, brillando en su mirada la esperanza. Algunos de los más valientes, o más temerarios, refugiados salieron a los escalones del convento para tener una mejor vista. La Hermana pensó en conducir a los supervivientes en un Himno por la Salvación, pero al final decidió no hacerlo. Con la rapidez con que la flota de la guarnición de Sygera había sido desmantelada en órbita, apenas esperaba un resultado positivo de cualquier enfrentamiento. No deseaba encender las llamas de la esperanza, sabiendo que podían ceder en un momento.

Media hora pasó antes de que una nueva estrella floreciera en el cielo, Lucia sabía que era la detonación del núcleo de plasma de cualquier buque de guerra que hubiera ofrecido resistencia. Cerró los ojos, ofreciendo una oración por las

almas de quienes se hallaban a bordo. Mientras lo hacía, los esperanzados susurros de los supervivientes se convirtieron en jadeos de conmoción, y luego en murmullos de desesperación. Al pedirles que volvieran al interior, se vio obligada a llevar a algunos de los más conmocionados de regreso al interior, antes de volver a la línea.

-Como ya he dicho... ahora estamos solos- murmuró Raúl de espaldas a la barricada. No había miedo en su voz, ni preocupación.

Lucia no respondió, pero miró fijamente hacia la oscuridad, quitando el bólter de su sujeción magnética. Las garras de los xenos habían estropeado su chasis, pero sabía que todavía era funcional. Había rellenado sus cargadores, sujetando varios más de los benditos proyectiles del arsenal de la capilla a su cinturón. Con poco acceso a armas laser o munición de armas de proyectiles sólidos, sabía que la situación para los demás era probablemente incluso peor.

-Si estamos solos, entonces moriremos aquí. En terreno sagrado- dijo, en voz lo suficientemente baja para que sólo Raúl la oyera. **-Y nos llevaremos tantas abominaciones impías con nosotros como podamos.**

El inclinó la cabeza a un lado, formando en sus labios el rizo de una sonrisa. **-Que así sea.**



Casi una hora más tarde, el tono de la lejana sinfonía de ruidos que resonaban a través de la ciudad se intensificó, cada vez más alto a medida que se acercaba. Se levantó para arrodillarse detrás de la barricada manchada de sangre, escuchó el reverberante canto de los gritos y el staccato de los disparos. Empujó el ruido al fondo de su mente y se obligó a concentrarse a través de la creciente fatiga.

-Vigilancia- se dijo a sí misma. El cuerpo le dolía por sus viejas heridas. Cerró los ojos. Tysseris había sido malo. La línea había retrocedido hasta el campamento de guerra en tantas ocasiones que incluso ella, normalmente mantenida fuera del frente, había luchado lo suficiente como para ser considerada algo así como una veterana. Aquellos seis años en Tysseris habían

sido de terror; enfrentarse a los grotescos Togoranos había sido una pesadilla viviente. Pero al menos entonces el enemigo tenía una estrategia clara, y podía ser matado por un proyectil de bólter bien colocado. Estos xenos eran algo distinto por completo.

El humo oscureció las lunas de Sygera, y la penumbra era más oscura de lo que lo había sido cualquier otra noche, gracias a la pérdida de energía. Los avistamientos se estaban haciendo cada vez más frecuentes, con la alarma saltando cada diez minutos aproximadamente. Era algo que destrozaba los nervios, sabiendo que estaban tan cerca, pero esperando. La tenacidad de Lucia los mantenía tranquilos. Sabía que la mayoría de los demás la miraban. Si vacilaba, sus ánimos se romperían. Sabiéndolo, no sería ella quien vacilaría.

Los restos de los dos xenos descansaban entre la macabra alfombra del ejército que habían masacrado. La mayoría de los cuerpos humanos habían sido trasladados y colocados bajo lonas, pero gran parte del desorden aún permanecía. En varias ocasiones, Lucia creyó ver los restos de cromo de los xenos agitándose, un espasmo de una zarpa como una navaja o un enfermizo resplandor en los huecos de los ojos. Lo atribuyó a un destello de luz reflejándose en su ojo, o a la llamarada esmeralda de la retina que aún enturbiaba su visión.

Lucia frunció el ceño al ver a Sera acercándose a ella a lo largo de la barricada. -¿**Qué te dije**?

-**¡Quiero ayudar!**- protestó la muchacha. De algún modo, había encontrado una ornada pistola automática (autopistol del original), la cual apretaba con fuerza. Lucia veía miedo y avidez en sus ojos verdes. No obstante, quitó la pistola a la chica.

-¿De dónde sacaste esto?

-Lo tomé de Kallen. Lo tenía en su bolsa- explicó Sera**.**

Lucia suspiró. **-Naturalmente. Ahora vuelve dentro. No eres un soldado.**

Sera miró desafiante hacia la milicia que ocupaba las barricadas. -**Tampoco lo son ellos. Ya no hay soldados. Sólo gente que no quiere esperar y morir. Quiero ayudar. Sé cómo disparar un arma. Y cómo recargarla. Y no quiero**

esperar a que esas... cosas... me maten. ¡Prefiero morir luchando!

Lucia casi la mandó nuevamente de vuelta, incluso sabiendo que las palabras de Sera tenían una verdad que no podía negar. Pero entonces vio el fuego en los ojos de la chica.

-Por favor- suplicó Sera**. -De lo contrario, cogeré piedras y las tiraré si vuelven.**

Lucia suspiró de nuevo, resignada. Puso de nuevo la pistola automática en las manos de Sera y le dirigió una mirada severa. -**Bien. Pero no dispares hasta que yo dispare, y si yo, o el agente, damos una orden, la seguirás. Si te digo que corras, corres. ¿Entiendes?**

Sera asintió de manera ansiosa. -**Sí**. **Sí**, **lo entiendo**.

-Muy bien- comentó Lucia**. -Entonces, mantente en los escalones del convento. Si vienen, ve detrás de las barricadas y haz lo que yo diga-** y con eso, Lucia regresó a lo que quedaba del improvisado muro para continuar su vigilia.



La Hermana se sacudió de su ensimismamiento cuando el agudo lamento agudo de una de las naves aéreas de los invasores cortó como una guadaña sobre su cabeza, rozando los tejados. Era la primera en horas. Apretó los dientes y cerró los ojos con agonía cuando el repentino sonido recorrió cada fibra de su ser.

Mientras se recuperaba, oyó a otros gritar. -**Hermana**- la llamó Raúl, señalando el callejón cerca de su sección de la línea. -**Creo que ya vienen**.

Al oír los lejanos gritos y disparos resonando más cerca, preparó su bólter y vio tres enormes formas esqueléticas tambaleándose hacia la aturdida línea de Raúl. Uno de los xenos "muertos" que yacían más allá de su barricada también se alzaba, envuelto en su harapienta burla de carne humana. Vio que el corte causado por su espada-sierra estaba casi reparado, y maldijo cualquiera que fuera

la vil brujería que permitiera que aquellas cosas se repararan a sí mismas.

Lucia parpadeó una vez para asegurarse de que no estaba alucinando, y al ver al resto de los defensores, Raúl aparte, mirando boquiabiertos y horrorizados ante la abominación que se levantaba, lanzó un grito de guerra. -**¡Purgad a los xenos! ¡Si vuelven a levantarse, los mataremos de nuevo!- a**puntando su bólter, disparó una ráfaga controlada contra la criatura cuando empezó a tambalearse hacia ella. El traqueteo de las armas de la milicia se unió a la furia de su bólter, y el exoesqueleto metálico de la cosa se deformó, sacudiéndose hacia atrás por los impactos.

Siguió viniendo.

Aulló estática muerta y Lucia apretó sus dientes, disparando una y otra vez. Tendría que pasar a través de ella para llegar a las personas que había jurado proteger. Vería como nunca llegaban tan lejos.

Cayó una segunda vez y miró a su alrededor, notando la marea de gente que corría desde los otros callejones hacia el convento, docenas de supervivientes y combatientes apenas pasos por delante de más de los xenos. Corrían hacia delante con largas zancadas, con sus andrajosas mortajas de vísceras humanas reluciendo húmedas a la lúgubre luz lunar tanto como sus garras de medio metro de longitud y sus huecas orbitas oculares esmeralda.

Aquello era todo, pensó. Así era como terminaba. Su corazón tronó, y la creciente adrenalina aumentó sus sentidos hasta la mortífera concentración de la furiosa batalla.

Se volvió y disparó contra los xenos que descendían sobre la línea del agente. Sus disparos de escopeta los estaban haciendo tambalear hacia atrás, y él lanzó su última granada de fragmentación contra ellos, derribando al primero.

Otro casi cayó ante el fuego combinado de una docena de pistoleros, sacudiéndose hacia atrás varias veces, con su armadura esquelética picada por centenares de abolladuras, pero fue el fuego de Lucia el que destrozó su cráneo. El último los alcanzó, apartando al agente con un revés y despedazando a la milicia, mientras Lucia recargaba, siguió destripando hombres y mujeres mientras trataban de huir. No fue hasta que Raúl se levantó y descargó una salva

a bocajarro que cayó al fin.

La masa de hombres, mujeres y niños que huían derramándose a través del callejón habían alcanzado la barricada al otro lado de Lucia, y ella se dio la vuelta, a tiempo para darse cuenta de cómo el segundo de los xenos caídos en la barricada de Raúl se levantaba de nuevo. Tendrían que lidiar con esto por su cuenta.

Para su frustración, la mayoría de la milicia ya estaba disparando. Le dio cierta satisfacción ver a Sera, a su lado, reteniendo el fuego, esperando la orden de Lucia. Las balas atravesaron al último humano del grupo que se acercaba en un intento de detener a los tres xenos que les perseguían de cerca. Sacudiendo la cabeza con asco y rabia, Lucia disparó por encima de la cabeza de una mujer gritando, derribando a la abominación como un espantapájaros que estaba a punto de cortarla, pero no antes de que la mujer cayera ante el indiscriminado fuego de la milicia.

Con la milicia, Sera incluía, disparando con total abandono, la incesante lluvia de balas y chisporroteante fuego de láser derribaron a uno de los xenos mientras el bólter de Lucia estaba enfocado en otra parte. Lucia disparó una ráfaga controlada contra otro, reventando sus miembros esqueléticos de su cuerpo en rápida sucesión. Un tercer xenos saltó la barricada cerca y destripó a dos de la milicia con un único barrido de su garra.

Se dirigió hacia Sera, que gritó aterrorizada y tropezó, empapada en la sangre de los dos hombres que habían estado a su lado. Lucia gritó para llamar la atención del xenos, disparándole en la espalda. Volaron chispas y el xenos se giró un instante, azotando con su otra garra hacia Sera con asombrosa velocidad. Sera saltó hacia atrás, sintiendo las silbantes cuchillas fallando por poco. Se movió tras Lucia quien disparó su munición restante a quemarropa, empujándole con los impactos hacia atrás ganando distancia.

Dejando caer su bólter vacío y asiendo la dañada espada-sierra, se lanzó hacia el xenos mientras aún se tambaleaba. Con un desesperado grito de batalla, lanzó una serie de salvajes barridos, la espada-sierra bailoteando mientras cobraba velocidad. No había precisión ni elegancia en sus ataques, sólo la fuerza bruta de los desesperados instintos de supervivencia y la rabia alimentada por el celo. Su embestida lo hizo retroceder, incluso cuando la azotó con su garra raspando a

través de su costado. Lucia sintió que una de las hojas atravesando su armadura, a lo largo de sus costillas inferiores. Gritando, tomó su espada-sierra con ambas manos y la condujo de lado en un ancho arco, a través del tórax xenos, cortándolo hasta su metálica espina dorsal.

Cayó en dos, mientras Lucia se tambaleó hacia atrás, la agonía de la herida, aunque vestigial, abrumándola momentáneamente. El xenos reptó hacia ella, arrastrando su cortado torso sobre los guijarros resbaladizos por la sangre.

Viéndolo tambalearse unas cuantas veces más, mientras la milicia unía sus disparos, Lucia le dio una patada de manera salvaje antes de barrer con su espada-sierra en un arco descendente. Lo derribó de un golpe, lanzándose hacia adelante para patear de nuevo el cráneo, pisoteándolo una y otra vez hasta que cesaron sus sacudidas espasmódicas.

Lucia no quería nada más que retroceder y tomar un respiro momentáneo, pero no había terminado. El trueno de adrenalina latía en su interior como una marea imparable. Buscó a Sera, pero no pudo verla. Vio a Raúl acabar con la criatura restante con repetidos golpes de su maza conmocionadora, incluso mientras otros dos salían del callejón tras ellos.

-**¡Detrás de ti!**- gritó, con voz ronca. Raúl se dio la vuelta y disparó sus últimas municiones. Lucia se habría precipitado en su ayuda si no fuera por el trío de cadavéricos gigantes que salían de la oscuridad cerca de su propia posición, y la ascendente forma de uno de los caídos en el exterior de la barricada. Intentando saltar sobre la barricada baja en dirección a los xenos que se alzaban, tropezó, entregándose con el mismo salvajismo hasta que cesó de moverse.

Los gritos de advertencia de la milicia detrás de Lucia, y un aullido de ruido blanco, la incitaron a girarse. Otra pesadilla, a plena carga, se estrelló contra ella y la arrojó de espaldas a casi cinco metros con un revés. Aterrizó con dureza, su armadura absorbiendo el impacto. Notando que su armadura estaba abierta de un tajo por encima de su estómago, luchó hasta ponerse de rodillas, mordiendo el dolor. Afortunadamente, el crujido eléctrico de las garras de los xenos parecía haber cauterizado la herida. Notó de un modo vago un sonido rugiente desde algún lugar por encima, pero lo ignoró mientras los xenos acortaban la distancia hacia ella con su andar acechante. Desarmada, levantó su mano derecha cubierta por su guantelete, extendiendo y acelerando la pequeña sierra de huesos en su

guantelete médico como un último intento para evitar su ataque asesino.

Y entonces murió.

Un incandescente fuego de plasma azul envolvió a la criatura xenos. La centella quemó sus retinas, cegándola momentáneamente y dejando otra abrasadora imagen fantasma en sus ojos parpadeantes. El ardiente cascaron del xenos fue aplastado bajo la inmensa mole blindada en negro del gigante que aterrizó sobre él.

Dejando escapar un jadeo ahogado, Lucia se puso en pie y vio cómo la carnicería se desplegaba a su alrededor. Entre los defensores humanos se encontraban cinco imponentes formas de ceramita. Cinco de los Ángeles de la Muerte del Emperador. Llevaban enormes mochilas de salto en la espalda, sus impulsores aún brillando con un naranja vívido e infernal. No los había visto llegar, jadeó, contemplando boquiabierta su repentina presencia.

Aturdida por el dolor, Lucia no podía hacer otra cosa más que verlos acabar con los restantes xenos. Aunque las abominaciones eran tan altas como las masivas formas de los acorazados Marines Espaciales, los gigantes transhumanos los derrotaron con la espantosa rapidez; terminando con precisos disparos de sus pistolas bólter y rápidos cortes de sus espadas-sierra. Vio a un Marine Espacial luchar con uno de ellos, bloqueando un ataque mortal del xenos y con el golpe de retorno le impactaba repetidamente la cabeza con el pomo de su espada antes de dispararle tres veces en el torso, reventándole.

Los otros cuatro se movieron alrededor de la plaza, sus espadas-sierra desmembrando a los xenos derribados para evitar que volvieran a levantarse. Su placa de ceramita negra chocaba con sus yelmos córvidos de color blanco fantasma, y cuando Lucia vio la siniestra heráldica de cráneos sin mandíbula sobre guadañas cruzadas que blasonaban sus hombreras derechas, los reconoció por lo que eran.

Por todas partes, hombres y mujeres se tambaleaban. Lucia encontró a Sera tumbada en medio de una resbaladiza pila de color carmesí en medio de tres cadáveres eviscerados, sintió un breve momento de pánico en el corazón al pensar que la muchacha estaba muerta. Pero Sera se puso en pie, con el terror en sus ojos, agarrando la pistola automática con ambas manos y apretando

repetidamente el gatillo de su arma vacía contra los xenos caídos.

-**Ahora, cálmate**- le comentó Lucia, poniendo una mano en el hombro de Sera, y de manera accidental más peso de lo que había pretendido, mientras la chica casi se doblaba. -**Se acabó. Los Ángeles del Emperador han llegado.**

Fue sólo entonces cuando Sera pareció darse cuenta de los Marines Espaciales, y sus ojos se abrieron aún más. Por un breve instante, Lucia creyó que había visto esperanza en su mirada. Rápidamente se convirtió en terror cuando uno de los marines espaciales avanzó hacia ellos.

En su mano izquierda agarraba una voluminosa pistola de plasma con sus serpentinas enfriándose, brillando con un abrasador y siseante índigo. En su diestra, empuñaba una crepitante hacha de energía de color azul, con la calavera con la mandíbula abierta de uno de los que Apesta a Sangre Togorano puesta sobre la parte superior de la estrecha hoja del arma similar a una cuña.

Aunque no había nada amenazador en sus movimientos, el puro tamaño del guerrero junto al siniestro aire que le rodeaba, la hicieron retroceder involuntariamente y enviaron a Sera tropezando hasta las puertas del convento. Tras un momento, Lucia puso las armas en los soportes magnéticos de su cinturón.

-**Supervivientes**- dijo el gigante. Su voz era el profundo y opaco crujido de una tormenta lejana. -**Interesante.**

Lucia no supo cómo responder a eso. Ya se había encontrado antes con Marines Espaciales; había visto a los Novamarines con su placa a cuadros azules y blancos en Tysseris, y había visto a otros con la misma heráldica de aquellos que ahora estaban ante ella, antes del contraataque Imperial contra ese mundo abandonado por el Emperador. Pero ella nunca los había visto de tan cerca.

-**Espectros de la Muerte** (Death Spectres del original)- susurró, todavía en estado de shock.

-Sí. Sargento Nevekarion, Séptimo Escuadrón, Octava Compañía- respondió el Marine Espacial**.**

-Gracias- dijo Lucia**,** con voz algo apagada**. -Vuestra intervención... fue**

divina. Los xenos casi nos habían superado.

-**Sí**- dijo, volviéndose para examinar la zona. -**Casi**.

El sargento murmuró por vox una serie de órdenes sub-vocales y los otros Marines Espaciales lo reconocieron con chasquidos de las rejillas de vox de sus cascos. La momentánea calma fue quebrada por el rugido de la mochila de salto de un Marine Espacial cuando salió disparado como un cohete hasta el techo del convento. Aterrizó sobre la atalaya de su quebrada aguja, desprendiendo tejas y escombros mientras aseguraba sus pies. Los otros se extendieron para asegurar los callejones que convergían en la plaza.

Hubo una breve pausa mientras el sargento escuchaba los informes de sus guerreros, todo el tiempo fijándose en Lucia con una mirada sin pestañear ni vida.

Lucia tenía tantas preguntas, Nevekarion pareció leerlo en sus ojos.

-**Nuestro crucero de ataque el Somnium Nihilo** (Sin sueños, literalmente soñar con nada, nt) **fue silenciado en órbita**- dijo sin rodeos, y Lucia se dio cuenta de lo desesperada que era su situación. Comprendió ahora cómo el enemigo había podido despachar tan rápidamente a la flota de la guarnición. Si podían destruir en el espacio a un crucero de ataque de los Marines Espaciales, entonces había poco más que pudiera detenerlos e impedirles arrasar o saquear el resto de la ciudad, o el mundo.

-Logramos salir antes del final vía Thunderhawk, pero fuimos derribados por interceptores enemigos. Barridos como palitos fuera de la bodega de carga.

-**Y entonces aterrizasteis aquí**- terminó Lucia, entendiendo al final desde dónde habían descendido los Marines Espaciales.

-Correcto. ¿Cuántos supervivientes hay en el interior?

-**Treinta, cuarenta quizás. No más**- replicó Lucia con incertidumbre.

El Marine Espacial llevó a cabo otra comunicación sub-vocal de vox con sus guerreros.

Después de unos instantes, habló. -**Podemos llevarla, junto a los supervivientes, hasta una potencial seguridad.**

Lucia alzó la vista sorprendida.

-Nuestra Thunderhawk ha caído, pero su estado se ve como todavía intacta. Nuestro Tecnomarine debió ser capaz de guiarla con seguridad hasta el suelo.

Lucia asintió, sorprendida por la repentina oferta de Nevekarion. **-¿Las naves enemigas no podrían simplemente derribarlos de nuevo?**

-Negativo. Las naves enemigas en su mayoría han regresado a la órbita para cazar las cápsulas de salvamento y escape de la flota destruida- gruñó**.**

-¿Y hacia dónde nos dirigiríamos?- si no había algo esperándolos fuera del planeta, entonces el escape de la ciudad hasta una órbita alta parecía tan solo una solución temporal.

-**Las tierras exteriores de Sygera**- respondió el sargento. -**Hemos documentado las secuelas similares de incursiones xenos, y parece que dedican la mayor parte de su atención a centros urbanos densamente poblados, no a las regiones periféricas.**

Lucia afirmó al tiempo que otra oleada de dolor la abrumaba. No podía adivinar por qué los invasores xenos dejarían el campo intacto.

-**Dada vuestra posición en la Orden Militante, asumo que tiene algún conocimiento del enemigo**- continuó el sargento.

-Sólo rumores. Informes lejanos, de mundos igualmente lejanos, algo sobre una amenaza sepultada y reemergente.

-**Necrones**- confirmó Nevekarion, y Lucia boqueó la asquerosa palabra con disgusto. -**Un antiguo enemigo, calculador, insidioso y altamente avanzado tecnológicamente**- el Marine Espacial se detuvo. -**Excepto en éste caso particular. Estos necrones son del Reino de los Huesos de Drazak** (Bone Kingdom of Drazak del original)**. Un dominio abandonado a la condenación y**

la locura, incluso por los estándares de su propia especie. Como probablemente ha notado, hay poca lógica o cálculo en su comportamiento.

Lucia finalmente entendió las erráticas incursiones aéreas. **-¿El Reino de los Huesos?**

-Un dominio necrón oculto profundamente en el interior de las Estrellas Ghoul. A lo largo de los últimos tres siglos, sus fuerzas han surgido atacando de manera impredecible en los Sectores del Halo.

-¿Cómo es que nunca he oído hablar sobre esto?

-Tal conocimiento es sancionado de modo estricto. Ya sabe por quién- la respuesta fue suficientemente clara. -**En éste caso hay tan pocos supervivientes como para permitir la censura mnemónica.**

Lucia asintió tras unos momentos, comprendiendo la necesidad de mantener ese conocimiento oculto, por el bien de la población general. -**¿Nadie ha logrado detenerlos?**

-No. El enemigo ya se había ido en el momento que podíamos responder a cualquier llamada de socorro.

Lucia conocía el solemne deber de los Marines Espaciales ante ella. Los Espectros de la Muerte habían sido creados específicamente para vigilar las Estrellas Ghoul y evitar que sus viles habitantes se derramaran hacia los sectores vecinos. Contra los que Apestan a Sangre Togoranos, los retorcidos saqueadores eldar, y los temibles Chrinioides, habían tenido éxito. Pero no contra ésta amenaza en concreto, al parecer.

-A nuestra llegada, todos los principales centros de población estaban siempre vacíos de vida. Sólo se ahorra la cosecha a los asentamientos más pequeños y aislados.

-**¿Cosecha?**- exclamó Lucia.

-Sí, especulamos que eso es lo que es. No se trata de una conquista territorial, ni de un pillaje de suministro. El Reino de los Huesos no tiene uso para ninguno de los dos. La única cosa por la cual parecen preocuparse

es vos- cuando los ojos de Lucia traicionaron su confusión en la elección de las palabras del Marine Espacial, él las aclaró. -**Humanos**. **O más específicamente**, **restos humanos**.

-**Cosechan la carne...**- Lucia se apagó, asqueada mientras miraba por encima de los restos necrones, los jirones que estaban alrededor de ellos, viendo lo que todos llevaban.

-Para ellos, es un diezmo.

Lucia negó con la cabeza. No se conocían los motivos de los xenos, sólo se negaban. Estaba a punto de decir algo cuando Nevekarion levantó la mano. Lucia oyó el chasquido de una transmisión de vox procedente de su casco.

-Partiremos pronto hacia nuestro transporte. Más xenos están invadiendo ésta área. Mis guerreros y yo pretendemos estar en marcha antes de que alcancen el convento. Si se quedan aquí, morirán.

Lucia miró los adoquines, viendo la sangre de aquellos que habían luchado tan duramente, para salvar a los del interior, salpicada de un lado a otro y a través de ellos. Sabía que seguir a los Espectros de la Muerte sería arriesgado, peligroso, y que muchos de los refugiados, los heridos, los enfermos y los ancianos, casi seguro morirían. Luchando por el corazón de la ciudad podía ser el final de todos ellos, pero la alternativa significaba una muerte segura. No podían quedarse, eso era obvio.

La Hermana asintió, resignada a la decisión que tenía que tomar. Satisfecha de que hubiera llegado a la única conclusión posible, Nevekarion se volvió y se dirigió hacia sus guerreros, dejando a Lucia sola por unos momentos. El agente Raúl se acercó a ella, al parecer habiendo escuchado la mayor parte de la conversación.

-**Glorioso**- dijo, con cara inexpresiva.

-Todos moriremos aquí sí nos quedamos- dijo desapasionadamente. **-Eso es un hecho**- añadió con un gruñido Lucia.

El agente miró hacia abajo con fijeza. -**Y quizás quieras cuidar tus propias heridas**

Lucia bajó la mirada y vio tres cortes limpios a través de su coraza, justo por encima de la cadera. Por fortuna, no sangraban. Humeaban ligeramente. Mirar las heridas hizo que el dolor fuera más intenso. -**No-** ella hizo una mueca, sacudiendo su cabeza. -**No hay tiempo. Y están cauterizadas-** miró hacia fuera sobre la carnicería alrededor. **-Ayúdame a reunir al resto de la gente. Tienen que estar listos para desplazarse.**

El la miró de modo incrédulo.

-**¡Estoy bien!-** exclamó ella a través de los dientes apretados, apartando su auxiliador brazo, apartando el dolor al fondo de su mente lo mejor que pudo.

-**De acuerdo entonces**- asintió él con un gesto de escepticismo. -**Iré y reuniré a quienes queden**.

El grupo de supervivientes se preparó lo más rápido posible. Lucia encontró a Sera en la parte trasera del convento, usando lo que quedaba de agua bendita para lavar parte de la sangre que cubría su rostro y sus manos.

-Ven. Los Ángeles del Emperador nos guiarán a la salvación.

-**¿Sa-salvación..?**– tartamudeó Sera, y Lucia todavía veía pánico en sus ojos. Vio un trauma que tal vez nunca dejaría esos ojos, y en ese momento, pensó que sentía verdadero pesar. Pesar porque había sido incapaz de salvar a los otros niños huérfanos. Culpa de haber permitido a la chica estar en la línea de frente.

Eran emociones para las que no tenía tiempo.

-**Sí**- contestó Lucia, reprimiendo el conflicto interior para que su resolución pudiera dar fuerza a la muchacha. -**Tienen una cañonera, en el interior de la ciudad. Pueden sacarnos de Moldevar.**

Sera asintió vacilante, y Lucia la guió hasta donde los refugiados se estaban reuniendo frente al convento, llevando a los heridos en camillas. Lucia y Raúl transmitieron el mismo mensaje a los demás, y vio en sus ojos que la promesa de salvación apenas superaba el temor de dejar la seguridad de ese santo lugar.

Mientras los Marines Espaciales aseguraban el perímetro, Nevekarion dio una

señal, y el éxodo de lo que bien podría ser los últimos supervivientes de Moldevar comenzó.



Los asediados refugiados lucharon para mantener el infatigable ritmo de los Marines Espaciales. Recorriendo los laberínticos callejones del distrito exterior del Ministoria en Moldevar, pasaban entre bloques residenciales dilapidados con balcones colgantes con gárgolas y altas ventanas arqueadas. Las ventanas habían sido destrozadas hacía mucho por el ataque sónico, fragmentos de vidrio alfombraban la calle adoquinada, reflejando las pálidas formas de color esmeralda que se elevaban en lo alto en el cielo nocturno. Charcos de sangre congelada se estancaban en los baches, filtrándose desde las pilas de cadáveres desollados que se esparcían sin orden por los callejones.

Al ver que varias personas se quedaban atrás, en su mayoría los heridos y los que llevaban las camillas, Lucia rogó a los marines espaciales que disminuyeran el ritmo. No lo hicieron, y Lucia empezó a preguntarse cuánto les importaba realmente salvar a los supervivientes.



Cuatro de los Espectros de la Muerte mantuvieron el ritmo, con Nevekarion dirigiéndolos. Carecían de rostro en sus córvidos yelmos, pistolas desenfundadas, vigilando cada callejón que se cruzaba. El otro Marine Espacial se trasladó de azotea a azotea, observando desde arriba y saltando los huecos entre los edificios sin usar su mochila de salto.

Sufriendo por el dolor de sus heridas, la Hermana Lucia mantuvo el centro, sus palabras calmando el apenas suprimido pánico dentro de la mayoría de los supervivientes.

Raúl condujo a la milicia a formar un perímetro exterior alrededor de los

refugiados, aunque estuvieran casi tan asustados como las personas que trataban de proteger. La gélida y tranquila actitud del agente, las bendiciones de la Hermana y la presencia transhumana del Adeptus Astartes mantuvieron unida a la maltrecha banda de supervivientes.



Tres veces en la primera hora, el enemigo emergió en emboscada. Ensordecedores gemidos de estática precedieron al repentino alzamiento de parejas o tríos de xenos, mientras emergían en una erupción de las pilas de los muertos desmembrados junto a las cuales el grupo pasó. Éstas emboscadas terminaron antes incluso de que Lucia pudiera actuar. Dos veces, los Espectros de la Muerte reaccionaron con la suficiente rapidez, derribando a los xenos que se alzaban antes de que pudieran asaltar al grupo. Una vez, sin embargo, una de las abominaciones se deslizó más allá de los Marines Espaciales y cortó como una guadaña a la sitiada multitud de supervivientes, cortando a cuatro en cintas antes de ser derribado por una ráfaga de la pistola de plasma de Nevekarion.

Lucia reunió a la mayoría de la aterrorizada gente, pero varios huyeron a los callejones oscuros durante los ataques. Con Nevekarion y sus Marines Espaciales ya avanzando, ignorando la difícil situación de los refugiados, Lucia se vio obligada a dejar a los muertos y desaparecidos atrás.



Continuó así durante varias horas, el silencio de la ciudad muerta presionando sobre ellos, roto sólo por ataques de terror frenético cuando las pesadillas se materializaron desde sus macabros puntos de emboscada. Lucia perdió la cuenta de los caídos, pero eran más de veinte. Los Espectros de la Muerte parecían estar más centrados en conservar su munición que en detener rápidamente a los xenos. Varias veces, a un xenos que podría haber sido hecho pedazos a tiros antes de que pudiera alcanzar a nadie, se le permitió acercarse y segar su sangrienta cosecha antes de ser derribado cuerpo a cuerpo por los Marines Espaciales.

Lucia luchó lo mejor que su maltratado cuerpo le permitía, poniéndose a sí misma entre los xenos y los refugiados, usando su bólter para retrasar a los monstruos que se desplazaban con su monótono paso, derribando ocasionalmente a aquel xenos sobre el que se las arreglaba para conseguir un tiro limpio. Raúl luchó de la misma manera, arrojándose en el camino de uno de los acechantes horrores, y pagando el precio por ese desafío con una herida rastrilladora que cortó limpiamente a través de su hombrera.

Los Marines Espaciales nunca se ralentizaron, ni permitieron una pausa para tratar heridas. Simplemente mantuvieron su implacable ritmo, despreocupados de aquellos que proclamaban estar protegiendo.

La mente de Lucia corrió, un creciente sentimiento de inquietud y sospecha cayó sobre ella. *Si los Marines Espaciales querían salvarlos, ¿por qué los dejaban morir sólo para conservar la munición? ¿Por qué sacrificarlos a cambio de tiempo?* Dejando a Raúl para restañar su propio sangrado con una pieza arrancada de una de sus mangas negras, Lucia marchó hacia Nevekarion. Los otros tres Espectros de la Muerte ya habían desaparecido, doblando la siguiente esquina, y estaba decidida a obtener respuestas.

-**¿Por qué no les esperan?**- siseó antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo. El solo pensamiento de exigirle algo a uno de los Ángeles de la Muerte del Emperador se podría calificar como blasfemia, pero en aquel momento, toda precaución había desaparecido.

Él se dio la vuelta, inclinando la cabeza hacia un lado, tal vez confundido por que una mortal se atreviera a desafiarlo de tal manera.

-**Tenemos que alcanzar nuestra cañonera**- dijo él, con su voz siendo un hueco crujido de vox.

Nevekarion se alejó de ella para reunirse con sus guerreros, y Lucia sintió que un repentino chorro de ira la superaba. Se movió para bloquear su camino, despreocupada de cómo aquello podría terminar mal. Para su sorpresa, el Espectro de la Muerte no la arrolló, si no que se detuvo. Tras unos momentos de tenso silencio, alargó su mano para liberar los sellos de su casco. Se abrió con un siseo neumático y se encontró mirando a ojos tan negros y vacíos como el

espacio sin estrellas. Sus pupilas eran tan anchas que engullían casi de modo entero el blanco de sus ojos. Fantasmalmente pálido y sin pelo, totalmente desprovisto de pigmento de cualquier tipo, el Marine Espacial en verdad se asemejaba a una aparición de la misma parca (la muerte, nt). Luchó contra el efímero impulso de apartar la vista y mantuvo su mirada, la furia hirviendo en su sangre manteniendo su coraje.

El gesto casi humano de un guerrero que había abandonado su humanidad de algún modo la calmó y humilló. -**Dijo que puede salvar a éstas personas-** comentó Lucia, mirando a la cada vez más escasa multitud detrás de ella.

-**Lo hice**- miró a lo lejos a sus hombres y les ordenó que disminuyeran el ritmo antes de volver a mirarla. -**Camine conmigo.**

Lucia hizo lo que le pedían, cerrando los ojos por un momento, sabiendo ya a lo que iba a llegar. -**Nunca habéis estado aquí para salvarnos**.

-Nunca dije que lo estuviéramos.

-¿**Por qué estáis aquí?**- preguntó ella.

-¿Sabe algo acerca de nosotros? ¿Para lo que fuimos creados?

Su respuesta fue cautelosa**. -Sí, vigiláis las Estrellas Ghoul-** la mayoría sabía aquello**.**

El Marine espacial asintió con la cabeza. **-Las Estrellas Ghoul son inmensas. Somos un único capítulo, la mayoría de nuestras compañías guardan los mundos considerados por Terra como de suma importancia. El resto de nosotros está esparcido por los mundos fronterizos-** explicó Nevekarion. **-Había diez de nosotros a bordo de la Somnium Nihilo vigilando Sygera. Dos murieron cuando nos abordaron. Tres más murieron en nuestro descenso a la superficie. Somos todo lo que queda.**

-¿Cómo pueden diez guerreros defender un mundo contra semejante invasión?- respondió Lucia. Nunca había sabido que había Espectros de la Muerte acechando sobre su mundo, pero suponía que aquella había sido su intención.

-**No podemos**- dijo, bajando la voz hasta un gruñido rencoroso. **-Nunca se pretendió que lo hiciéramos.**

Varios momentos de terrible silencio cayeron sobre ellos, Lucia sintió extinguirse la poca esperanza que había despertado la llegada de los Marines Espaciales.

Él continuó. **-Ésta incursión necrón, ésta flota de diezmos, es una amenaza que todavía tenemos que someter por completo. Después de las últimas incursiones del Reino de los Huesos, el Mesazar, nuestro Bibliotecario Jefe, ha ideado un nuevo protocolo para contrarrestar ésta amenaza. Lo llamamos Protocolo Praesignatio.**

Lucia hizo una pausa, pensando por un momento. -**Praesignatio**. **Preaviso-** repitió.

Él asintió. **-No podemos saber dónde atacará ésta flota, así que extendemos nuestro número de reservas. Si la flota llega a un mundo bajo nuestra vigilancia, nuestro número no será suficiente para defenderlo, pero será suficiente para llevar a cabo el protocolo.**

¿**Cuál es**?- Lucia sintió un creciente escalofrío reptar a través de ella.

-**Un grito astropático a todos los sistemas cercanos**- respondió, haciendo una pausa, con el rostro agriado en una expresión que Lucia casi podía reconocer como arrepentimiento, o lo que pasara por semejante cosa en su especie **-Y el despliegue de un dispositivo atómico en el centro de población que actualmente está sufriendo la atención de las fuerzas terrestres de la flota de diezmos**.

Cuando la gravedad de sus palabras se estableció, Lucia fue incapaz de responder.

-Con la mayoría de las fuerzas terrestres xenos en posición para la cosecha, dicho protocolo debilitará enormemente su número- respondió**,** leyendo el horror en la cara de Lucia**. -Destruyendo la ciudad y a los xenos que la infestan.**

-**Moldevar**...- se las arregló para decir Lucia.

-Mire a su alrededor, Hermana. Moldevar ya está muerta.

Se podía ver la verdad. La muerte estaba por todas partes y los sonidos de combates eran esporádicos, casi habían desaparecidos. Prácticamente, era factible que su grupo fuera ahora mismo la única vida que quedaba en la ciudad.

-La bomba. ¿Dónde está?

-En nuestra Thunderhawk- respondió él, confirmando su sospecha.

-¿Sobrevivió al choque?

-Lo hizo. Los signos vitales del Tecnomarine Hyrkannen persistieron hasta bien después del aterrizaje. La Thunderhawk está dañada, pero aterrizó con éxito. La bomba está intacta y lista para ser cebada.

-Entonces, ¿por qué la abandonó?

-No por elección- gruñó. **-Como dije, el caza xenos desintegró una parte del casco de nuestra nave. Tres de mis hermanos murieron, y el resto fuimos barridos por la descompresión fuera de la bodega.**

Sacudiendo la cabeza con resignación, Lucia, al fin entendió lo que les esperaba.

-Entonces, ¿por qué traernos? ¿Por qué arrastrar a mi gente a su condena?

Él no respondió de inmediato. **-Porque bajaremos al matadero. Los xenos son ahí más numerosos y es muy posible que antes de llegar al dispositivo, para activar su secuencia de cebado y detonación, seamos abrumados. Cada cuerpo será un obstáculo. Todo aquel en el camino de los xenos será una distracción para su locura. Si solo somos cinco, rápidamente acabaríamos abrumados y nuestras posibilidades de éxito serían mínimas. Con un número mayor podríamos ser capaces de alcanzar la cañonera y activar el dispositivo en su interior.**

Los ojos de Lucia se abrieron con horror y asco cuando comprendió la profundidad del engaño de los Marines Espaciales. **-¿Quiere decir comprar tiempo con nuestra sangre?**

-**Sí**.

Caminaron en silencio durante varios minutos más, y Lucia negó con la cabeza, poco dispuesta a aceptar las palabras de Nevekarion. Él frenó para igualar su ritmo, evidentemente consciente de su angustia.

Lucia había jurado proteger a aquellas personas, tanto al prestar juramento a la Orden del Cáliz de Ébano, como al comenzar la invasión. Ahora el deber parecía requerir que sacrificara a todos los que habían acudido a ella en busca de protección. Les había prometido la salvación, y todo lo que les había traído era un horrible final en nombre del gran Imperio.

La Hermana se dio cuenta de que incluso si intentaba llegar al campo ahora, no podrían sobrevivir. Casi un tercio de los supervivientes ya estaban muertos, y eso había sido bajo la "protección" de los Marines Espaciales. ¿Qué oportunidad tenían sin ellos? Incluso si sobrevivían solos, la probabilidad de superar la explosión atómica, si los Espectros de la Muerte tenían éxito, era insignificante.

-**Una vida entregada al yunque de Su Sagrada obra es una vida llevada al lado del Emperador en la muerte**- se arregló para decir, las Escrituras dándole coraje para hacer lo que fuera necesario.

-No me complace haberla engañado de ésta manera.

-**Lo sé...**- respondió ella, reconociendo el sacrificio de honor que el Marines Espacial había hecho al destapar el engaño. Se dio cuenta de que ella también sacrificaría la suya, y sus votos, para sostener la mentira.

-**Somos seres de honor-** dijo el Marine, mirándola directamente, con el rostro triste, de una manera que incluso ella podía ver. -**Éste engaño es un anatema para nuestro código. Pero era necesario hasta que conociéramos la fuerza de vuestra determinación**.

Había casi una admiración en su voz, y si no fuera por las circunstancias, Lucia se habría sentido alentada por esa alabanza. En su lugar, sólo sintió desesperación.

También entendió la carga que soportaban los Espectros de la Muerte, y entendió por qué nunca se lo podría decir a los demás. Con ese terrible conocimiento,

endureció su corazón ante lo que se avecinaba. Ya no habría rescate. -**Los que entregan su vida a Su servicio se reunirán de nuevo a Su lado**- murmuró para sí misma mientras volvía a tomar posición entre los supervivientes. Y con sombría determinación, continuó conduciendo a los refugiados en su solemne marcha de la muerte, aceptando que la única salvación que encontrarían sería al lado del Emperador.



El silencio continuó durante otras dos horas antes de la madrugada, hecho aún más terrible por el secreto que llevaba. El resplandor púrpura de la última aurora de Moldevar comenzó a filtrarse entre las estructuras de altos contrafuertes del distrito central de la ciudad. Las naves aéreas xenos habían desaparecido, e incluso las pilas de cadáveres se volvieron más infrecuentes, aunque las salpicaduras de sangre aún cubrían muchas de las paredes del callejón, y charcos de sangre congelada manchaban las calles adoquinadas. Y sin embargo, el hedor de la muerte y las vísceras sólo pareció crecer. Un funesto indicio creció hasta una insoportable y asfixiante miasma. Cuando el grupo alcanzó finalmente la Plaza Eclesiarcal, en el corazón de Moldevar, averiguaron por qué. Emergiendo desde una ancha calle, los refugiados que tosían, casi asfixiados siguieron a los Marines Espaciales y a Lucia hasta el límite de la Gran Plaza de Santa Cibeles.

Y contemplaron el horror.

Lo que antes era un espacio de fervor devocional era ahora una fosa común de una escala que Lucia apenas podía comprender. De unos 400 metros de ancho y 800 de largo (cuarto de milla de ancho y media milla de largo en el original, una milla terrestre son 1609 metros, nt), la plaza había rebosado con decenas de miles cada día, reuniéndose para las santas administraciones de la Eclesiarquía. Ahora estaba salpicada con los restos de una masacre tan absoluta que incluso la resolución de Lucia amenazaba con romperse.

El palacio del pontífice, muy a la izquierda, una vez una catedral dorada que mostraba el esplendor del Emperador, era un ardiente resto de su anterior ser. Las seis torres yacían derribadas, y su desmoronada arquitectura revelaba el esquelético armazón de sus entrañas y el turbio infierno en su interior. La bella

estatua de Santa Cibeles, situada en el corazón de la vasta fuente de la plaza, alada y blanca, era ahora un ángel andrajoso vestida con harapos de carne desollada.

El verdadero horror estaba esparcido por la inmensidad de la superficie cubierta de losas de la plaza.

Los restos de la mayor parte de la población de la ciudad se hallaban esparcidos sobre la plaza, un espeluznante manto de rojo apestoso que alfombraba todo el paisaje urbano desde el palacio del pontífice hasta el Bulevar de los Santos casi a 400 metros (media milla en el original) de distancia. En medio de la carnicería se hallaban los restos amasados de docenas de vehículos de la milicia local y de los Arbites, así como un batallón entero de vehículos de superficie del civitas y transportes de la Eclesiarquía.

Lucia se quedó de pie, con la boca abierta, mientras contemplaba tamaño horror. Por aquel momento, los sollozos de los miserables supervivientes se detuvieron. Todos, incluso los Espectros de la Muerte, estaban aturdidos por la escala de la atrocidad ante ellos.

Vio las cosas vestidas de carne que acechaban alrededor de la plaza, recogiendo a los muertos, arrastrándolos, aparentemente al azar. Pero había intención, propósito, en sus movimientos erráticos, filas de cadáveres eran apilados en muros, y se tallaban canales a través de las vísceras. Era como si todo el paisaje de la carnicería estuviera siendo esculpido en una forma o aspecto particular. Lucia apartó la creciente imagen de su mente de un parpadeo y no se atrevió a analizarla más, por el bien de su propia cordura.

Afortunadamente, la mayoría de los refugiados miraban fijamente hacia arriba, observando boquiabiertos la masiva nave xenos colgando en órbita baja. Estaba suspendida directamente sobre sus cabezas, era alargada y medía al menos 4800 metros (tres millas en el original) de largo, de forma insectoide. Su estirado, severo nervio abdominal, alas torácicas y proa decreciente invertida estaban iluminadas por una débil columna de luz esmeralda que brillaba desde ella hasta la plaza por debajo.

Lucia no sabía cuánto tiempo permanecieron allí, transfigurados por un paisaje de pesadilla que atravesaba sus mentes como un gusano. Nevekarion, de pie sin

casco a su lado, fue el primero en hablar. -**Tenemos que movernos**.

-¿**A dónde**?- se las arregló para preguntar Lucia, después de un momento para recomponerse.

El marine señaló hacia una de las muchas acumulaciones de vehículos destrozados en la plaza, y Lucia vio lo que le mostraba. El robusto casco de una Thunderhawk negra de medianoche se hallaba en el corazón de la carnicería, a no más de 91 metros (trescientos pies en el original, un pie son 30.48 cm, nt) de la estatua de Santa Cibeles grotescamente profanada.

-Llevamos a cabo nuestro último empuje- dijo antes de dirigirse a sus guerreros. **-Hermanos. El Río Negro nos llama de nuevo. Y nos alzaremos para cumplirlo. Conocéis nuestro propósito. ¡Que nada ante él resista!**

Los Espectros de la Muerte no respondieron. Su silencio era toda la afirmación que Nevekarion necesitaba.

Lucia se volvió hacia su rebaño. No sabía qué decirles. Cualquier palabra de ánimo sería hueca. Todos aquellos rostros aterrorizados, hombres, mujeres y niños, les habían prometido salvación. ¿Y dónde los había conducido?

Casi no podía mirarlos, y ciertamente no podía sostener la mirada de Sera. Enfrentarse a abominaciones xenos era una cosa, hablar a un Marine Espacial algo completamente diferente, pero permanecer ante su destartalado grupo de supervivientes, sabiendo lo que sabía, era con mucho lo más difícil.

Abrió la boca para hablar, y las palabras finalmente llegaron. -**Eso**- señaló la Thunderhawk, -**Es nuestra salvación**- se tragó la mentira, por más amarga que fuera. -**Los Ángeles de la Muerte del Emperador nos guiarán allí... atravesando éste horror. Permaneced juntos y sed fuertes en la fe. No dejéis que el pánico os sobrepase y sobre todo, no os separéis.**

La rejilla de vox de Nevekarion crujió al tiempo que hablaba. -**Los xenos pueden parecer dispersos, pero son capaces de moverse sin ser vistos entre los muertos. Estén siempre en guardia, y mantengan el ritmo. No esperaremos.**

Lucia exhaló, esforzándose, mirando al fin a Sera. De manera inesperada, la

chica parecía haber recuperado algo de su compostura, y de algún modo, eso hizo todo peor. Respirando con profundidad, Lucia habló, con la esperanza de que ella pudiera encontrar algo de consuelo antes de que la muerte los reclamara. -**Ante las fauces de la muerte, uno solo puede mirar con valor y celo. La oscuridad de lo desconocido permanece en nuestro camino, las velas del coraje dentro de nuestros corazones deben ser encendidas para arder tan brillantes como hogueras para evitar la oscuridad. Avanzamos en la estela de seres que no pueden conocer el miedo, así que marchemos junto a los Ángeles de la Muerte del Emperador, encontraremos el destino que nos aguarde, cualquiera que fuere. Que ese coraje arda tan brillante que el propio Emperador se fije, y si caemos, ¡¡¡nos lleve para siempre a Su lado!!!**

La mayoría de los supervivientes todavía parecían vacilantes y rotos, si no completamente aterrorizados, pero algunos parecían más decididos. Raúl tomó posición junto a la Hermana, con el rostro tan severo e impasible como el de los Espectros de la Muerte, con su escopeta en dirección a los horrores como espantapájaros que acechaban el yermo plagado de vísceras.

El agente asintió con la cabeza. -**Bueno, pues será así entonces...**



Se hallaron a dos tercios del camino a través de la plaza antes de que el primero de los xenos los notara. Habían tropezado con el necrón en medio de un trotecillo a través del paisaje de pesadilla, serpenteando entre colinas de cuerpos desollados y a través de barrancos de restos mutilados. Su resolución, al verlos, se desplomó como arena cayendo en un reloj de arena, si no fuera por la forma cada vez más cercana de la enorme cañonera por delante, supo que el coraje de los supervivientes ya estaría destrozado.

Varios resbalaron y cayeron en su prisa. Algunos de aquellos no volvieron a levantarse, vencidos por ataques de enloquecedores sollozos, Lucia no pudo hacer nada para ponerlos de nuevo en pie. Tomó a Sera de la mano, dándose cuenta de que no podía ayudar a todo el mundo, pero que al menos haría todo lo que estuviera a su alcance para asegurarse de que el final de la muchacha fuera rápido.

Un grito le pidió que se diera la vuelta. Una de las criaturas pareció materializarse desde la sangre congelada detrás de un hombre caído, y lo empaló con sus dos garras, partiéndolo en dos en una lluvia de sangre. Aún corriendo, soltó a Sera y disparó su bólter desde la cadera, reventando al horror xenos de vuelta al canal fúnebre del cual había surgido. No se molestó en comprobar si estaba realmente muerto. Los Espectros de la Muerte no se detuvieron, simplemente giraron la cabeza, para ver que ya se había tratado con la amenaza.

Lucia agarró a una mujer que se había quedado paralizada por el horror, su pie momentáneamente atrapado en la cavidad torácica de uno de los muchos muertos que había pisado, y la arrastró, antes de volver a Sera. La muchacha empezó a disparar con su pistola automática sobre una forma cadavérica que se levantaba de un montón de sangre, el pánico en sus ojos mezclado con un desesperado instinto de supervivencia.

Fue entonces cuando los gritos empezaron en serio.

Tres de las cosas surgieron de "colinas" delante de ellos, y se acercaron en una desigual banda. Dos cayeron ante ráfagas cuidadosamente apuntadas de las armas de los Marines Espaciales, pero el tercero cortó a tres de los supervivientes, descendiendo sobre ellos con un frenético abandono, desollándolos en un instante. Lucia y la milicia lo derribaron con el fuego concentrado de sus armas láser y de balas sólidas, continuaron corriendo para seguir las masivas zancadas de los gigantes transhumanos.

La Thunderhawk estaba tan cerca, su casco inferior reventado.

-¡**Adelante**! -gritó Lucia, dejando que su rabia y repugnancia hirvieran sobre el ofuscador toque de horror que se aferraba a su mente. Más formas de espantapájaros tambaleantes surgieron de las montañas de muertos y comenzaron a acechar hacia ellos en gran número. La muerte iba a por ellos ahora, y no habría escapatoria.

-¡**No temáis la muerte, nosotros que la encarnamos en Su nombre!**- gritó Nevekarion, su voz un hueco carraspeo mecánico bajo su yelmo, desencadenando su completa furia aumentada genéticamente sobre el más cercano de los xenos. Sus guerreros hicieron lo mismo mientras avanzaban hacia

su objetivo. Al tiempo que más de los horrores comenzaban a abrirse paso desgarrando desde abajo las vísceras alrededor de la Thunderhawk, dos de los Espectros de la Muerte activaron sus mochilas de salto y se lanzaron hacia ellos, golpeando a los xenos con los hombros para desparramarlos antes de descender sobre ellos con sus espadas-sierra.

Dos avanzaron a zancadas para encontrarse con Nevekarion, entrando desde el flanco izquierdo. Terminó con uno por el incandescente fuego de su pistola de plasma y partió en dos a otro con su hacha. Otros dos interceptaron a un trío de rezagados de la banda de Lucia, terminando con ellos en segundos y descendiendo con voracidad sobre sus formas caídas.

Lucia, Raúl y lo que quedaba de los supervivientes siguieron en su estela, el dolor de las heridas de la Hermana y su fatiga perdidas en la inundación de adrenalina. Más de los horrores se cerraron alrededor de ellos cuando llegaron a la cañonera. Los dos primeros Marines Espaciales, habiendo avanzado como cohetes hacia delante, ya la habían alcanzado, y se deslizaron de modo fácil en la amplia brecha de su casco.

Una ensordecedora explosión hizo dar la vuelta a Lucia, y vio morir a uno de los Marines Espaciales. No era algo que había esperado ver jamás y casi la detuvo en su camino. La retaguardia cayó ante la horda acechante que no estaba ni a veinte pasos de distancia, el Marine detonó todas sus granadas como una mientras uno de los tres horrores desollados lo arrastraba hacia la sangre.

-**Misericordia del Emperador**- se dijo mientras se volvía, viendo a Nevekarion y el agente alcanzar el casco de la Thunderhawk. El primero giró alrededor y lanzó una granada sobre su cabeza, que explotó con un ensordecedor crujido, con la onda de choque derribándola hacia adelante. El agente la atrapó y arrastró hasta la entrada de la nave, antes de tirar de Sera también.

Todo el mundo detrás de ella había sido reclamado por la marea de muerte que los había seguido.

Fue entonces cuando vio que pocas personas habían sobrevivido. Menos de una docena estaban abarrotados en el casco, el resto habiendo distraído a los voraces horrores en el exterior con sus vidas. Ni siquiera había visto caer a la mayoría de ellos, pero oyó varios gritos más resonar desde fuera en la chamuscada bodega.

Dos de los Espectros de la Muerte sostuvieron la puerta, ya oía el chirrido de sus espadas-sierra, el trueno de sus pistolas bólter y los raposos aullidos de estática muerta de las pesadillas que mantenían a raya.



La locura de su carga suicida cambió a la muda desesperación de lo que estaba por venir, la penumbra de la claustrofóbica bodega de la Thunderhawk se apretó sobre ellos. Lucia se puso de pie arrastrando a una jadeante y probablemente conmocionada Sera, mientras las luces de búsqueda de la poca milicia restante y el agente comenzaron a entrecruzarse a través de la bodega. Dos de los Espectros de la Muerte ya estaban desprendiendo una robusta caja de almacenaje de un compartimiento cerca de la proa. El yelmo de un Marine Espacial fue cortado, sus desteñidos rasgos rastrillados por tres profundos cortes rojos. Nevekarion y los restantes Marines Espaciales cerraron la entrada con su masa acorazada de color negro, y Lucia los vio cortando la horda de horrores con garras en el exterior, con sus aceleradas espadas-sierra y pistolas pesadas manteniendo a los xenos a raya.

-¿**Hyrkannen**?- gritó Nevekarion sobre el estruendo.

-¡**Muerto, pero su deber ha terminado!**- respondió el Marine Espacial sin casco. -**Está activo**. ¡**Praesignatio está activo**!- los dos Espectros de la Muerte dispusieron la pesada caja y la abrieron, sacando con reverencia el dispositivo atómico que había dentro. Era una cosa cilíndrica, cubierta con una gruesa carcasa de armamento, blasonada con el cráneo y el engranaje del Adeptus Mechanicus. De un metro de largo y cubierto de rayas de peligro, runas de advertencia que destellaban en rojo, y cables gruesos, había muy poco disfrazando lo que podía ser. Un suave zumbido resonó a través de la cámara.

Los supervivientes se quedaron boquiabiertos, sin saber qué era, o quizás dándose cuenta de su mortal propósito y finalmente llegando a la conclusión de lo que estaba por venir. Con una rodilla doblada, Lucia respiró una bendición.

-Deja que Su luz nos conduzca a Su lado en el Trono Eterno.

Nevekarion alejó de una patada a la criatura con la que luchó y la hizo estallar con una explosión incandescente de su pistola de plasma.

-**¿La cañonera?**- preguntó el sargento al Espectro de la Muerte herido, su voz un crujido a través de su rejillas de vox.

-**Aún operativa**- respondió.

Lucia no estaba segura de sí había oído correctamente.

Nevekarion miró a la hermana y se volvió hacia su guerrero. -**Entonces pilota la nave fuera de aquí. Lleva éstas almas a las montañas. Mantenlos alejados del Río Negro por un día más. Encuentra una manera de salir de éste mundo y da la noticia de nuestros finales al Trono de Vidrio.**

El Marine Espacial se detuvo, y Lucia adivinó que podría estar decepcionado de por serle negada la oportunidad de morir junto a sus hermanos. Pero luego asintió de modo sombrío. -**Llevaré a cabo ésta tarea, mi señor.**

-**Bien. Entonces tienes tres minutos para salir de éste lugar**- Nevekarion retrocedió, dejando que el otro Espectro de la Muerte sostuviera la puerta, para ayudar al que llevaba la bomba. -**Concederemos el Regalo del Olvido a estos xenos. Caminaremos una vez más por las riveras del Río Negro. ¡Aún no es tu momento, hermano Vairan!**

Vairan no saludó ni afirmó, tan solo miró a Nevekarion y a los que todavía permanecían en el exterior con sus ojos negros y vacíos. -**Bebed con ganas de su corriente**, **hermanos**- -con eso, se dirigió hacia la cabina.

Lucia observó con incredulidad cómo Nevekarion y los otros Marines Espaciales dejaban el casco con el dispositivo atómico preparado. Tres guerreros contra una marea de muerte. Vio al Agente Raúl e hizo contacto visual. -**Buen viaje**, H**ermana**. **Quizá nos encontremos de nuevo al lado del Emperador**- dijo, con una fría sonrisa en su rostro, antes de unirse a los Espectros de la Muerte.

-**Camina a su lado**- respiró Lucia, saboreando la sangre en su boca. Pero ya se había ido. Llegó el sonido de los disparos, los aullidos de estática muerta y los gritos de batalla.

Lucia miró a los demás, diez rostros aterrorizados, tal vez rotos por su experiencia, pero brillando con una esperanza que ella no se había dado cuenta de que era posible. Miró a Sera. Aturdida como estaba, Lucia vio esperanza ardiendo en esos ojos verdes, quemando el trauma y el horror. Por primera vez desde que empezó la incursión, Lucia se permitió el indicio de una sonrisa.

Las luces de la cañonera parpadearon y sus impulsores comenzaron a zumbar, ahogando el sonido de la carnicería que se despliega afuera. La voz de Vairan interrumpió desde los altavoces de vox de la nave.

-Manténgase alejados de la brecha del casco, y agárrense a algo si quieren vivir.

Lucia agarró uno de los colgadores sobre su cabeza, cerrando sus nudillos a su alrededor en un apretón mortal. Sostuvo la mano de Sera en caso de que ella cayera, antes de sentir la súbita sacudida de la Thunderhawk abandonando el suelo. -**El Emperador protege**- susurró, cerrando sus ojos.

Un rugido ensordecedor sonó y el impulso cambió a aceleración horizontal al tiempo que la Thunderhawk avanzaba hacia las montañas. Hacia el amanecer. Hacia la salvación.

FIN




WARHAMMER
40,000
MAL
MENOR
UNA HISTORIA DE LA INQUISICIÓN POR TOBY FROST

MAL

MENOR

‘Lesser Evils’ by Toby Frost



Traducción y corrección:

Iceman TS bajo seudónimo de

Flabius ‘el Errante’



Mientras la nave atravesaba las últimas capas de nube, Lucan Vaughn volvió a revisar su arma.

Veinte años con una pistola en la mano y todavía no confío en mis propias armas, pensó. Una repentina ráfaga de turbulencias sacudió el compartimento de la tripulación, su mochila golpeó contra sus hombros.

Nietzin, el segundo al mando de Vaughn, había estado de pie junto a la puerta, observando el viaje por la diminuta ventana. Cuando las turbulencias los sacudió, se tambaleó, manteniéndose en posición vertical con esfuerzo. Desde su asiento frente a Vaughn, Andrés 'Fane' Garren se rió. Nietzin lo miró con ojos amargos y duros. Los motores retumbaron alrededor de ellos.

Hora de tomar el control, pensó Vaughn. Se inclinó y presionó el intercomunicador. -**¿Cuánto tiempo falta, Lao?**

-**Vamos a ver...**- Cornelio Lao sonaba refinado y aburrido. Vaughn sabía que era una pose, recogida en su vieja carrera en un ala de combate de la Marina (Navy del original). -**Un poco más de diez minutos, diría yo.**

Vaughn cerró el intercomunicador y miró alrededor de la oscura cabina. **-Está bien, diez minutos. Que todo el mundo revise su equipo y se prepare. Si alguien tiene alguna oración que decir, ahora es el momento.**

La nave golpeó un nuevo lote de turbulencias y se estremeció como si tuviera miedo. Frente a Vaughn, y sentada junto a Fane, Salia Tashac había cerrado los ojos. Tenía una franja de hollín negro que le cruzaba la cara, pasando a través de los párpados, ceras de camuflaje. *Los viejos hábitos nunca mueren*, pensó Vaughn, volviendo a mover sus manos sobre el arma. El 43º de Tallarn probablemente habría ahorcado a Tash si pudieran atraparla, pero todavía conservaba sus pinturas de guerra. Se preguntó si estaría rezando o simplemente preparándose para el caso de que los derribaran.

Vaughn desabrochó el arnés y se levantó. Se acercó a la puerta y Nietzin se

inclinó para hablar. El teniente era varios centímetros más alto que Vaughn, su cabello blanco rozaba el techo. -**¿Están todos listos?**- preguntó Vaughn.

Nietzin subió el arma de plasma del equipo. -**Todo listo. Mira, Lucan**- añadió mientras las líneas de su rostro parecieron profundizarse -**hemos roto algunas normas antes, pero nunca ha sido algo como esto.**

-**No creí que te importara**- Vaughn miró a la izquierda, paseando la mirada por todo el compartimento; Tash y Fane ni escuchaban.

La nave se tambaleó y Vaughn se agarró a una correa que colgaba del techo. Era todo lo que podía hacer para no caer sobre su camarada. -**No en principio. Pero esto es una grave blasfemia, amigo.**

-**Bueno**- dijo Vaughn -**¿y qué quieres hacer, volver y decirle a Harsek que nos venció un repentino estallido de misericordia? Sabes que no puedo hacer eso.**

-**No es eso lo que estoy diciendo**- el hombre mayor hizo una pausa. Pareció darse cuenta de que no tenía sentido. El tono de su voz decayó. -**Sólo quería decir que tengo escrúpulos.**

-**Yo también. Pero lo que Harsek ordena, lo hacemos. Somos nosotros o ellos, ya lo sabes.**

-**Siempre lo es**- respondió Nietzin, con voz sombría, se apartó y comprobó los diales de energía en el costado de su pistola. -**Nunca es de otra manera.**

El intercomunicador chisporroteó. -**¡Un minuto!**- anunció Lao.

La nave se hundió, bajando temblorosa. A través de la ventana detrás del hombro de Nietzin, Vaughn vio los cañones anaranjados y los afloramientos de Rand XXI, luego torres y cúpulas aferradas a las rocas como espinas en la espalda de un monstruo. A medida que la nave se acercaba, vio edificios individuales, luego grandes vidrieras. Por fin divisó una pista de aterrizaje redonda y blanca, como un plato, decorada con una enorme flor de lis en el centro. Súbitamente la nave enderezó el morro, giró y sus metálicas patas golpearon la pista de aterrizaje con una sacudida que hizo tambalearse a Vaughn. La puerta se abrió frente a él y gritó. -**¡Vamos!**- y Vaughn junto a sus hombres, la fuerza de ataque, se encontró

con el fino aire de montaña.



Sus botas golpearon el plascemento y de repente estaba al aire libre, bajando por debajo de los rugientes motores de la nave. Vaughn entró en la fortaleza-priorato ante él, corriendo a lo largo de la estibación como una cresta gris. En ese mismo momento vio las montañas a lo lejos, estériles y rojas, se sintió terriblemente expuesto. Tiempo de llegar a cubrir. Miró hacia atrás, vio al equipo detrás de él y oyó que los motores comenzaban a elevarse en un rugido. (El Plascemento, Plascrete del original, es un tipo de material de construcción utilizado por el Imperio, principalmente en habitáculos prefabricados y estaciones Imperiales. Combina la durabilidad de plastiacero, plasteel en ingles, con la facilidad de fabricación del rococemento, rockcrete en ingles, nt)

En el otro extremo de la pista de aterrizaje, los peldaños tallados en la montaña conducían hacia el propio convento. Una figura se elevó a la vista mientras subía los últimos peldaños, con la túnica y los cabellos azotando por la brisa, el bulto rojo de un bólter sostenido a través de su blindado tórax.

Una Hermana de Batalla. Vaughn no estaba seguro de haber visto alguna anteriormente, al menos, no de éste rango. Parecía más dura de lo que esperaba, con ojos férreos y callosos. Estaba gritando algo sobre despejar la pistas, había comenzado a decirlo cuando la vio en los escalones, su voz se elevó por encima de los motores y el viento.

-Usted- gritó Vaughn. **-¡Suelte el arma!**

Fue inútil, por supuesto. Tan pronto como les vio bien, el bólter se balanceó en sus guanteletes, y tan pronto como se movió, los hombres de Vaughn dispararon. Se les proporcionaron armas especiales para ésta misión, conectadas a mochilas de energía tenían más potencia, una serie de viciosos estallidos sonaron desde la derecha y la Hermana se encogió. Se paró al borde de la pista de aterrizaje y se dobló. Cuando Vaughn se acercó levantó la vista, la sangre que corría por su nariz y boca estaba sorprendentemente roja en contraste con su pálida cara. Luego cayó al suelo.

Vaughn alcanzó el borde de la pista de aterrizaje y miró hacia abajo. Era una larga subida de escaleras, y una caída aún más larga por la ladera de la montaña. Nunca le habían gustado las alturas.

La armadura de la mujer muerta había sido pulida hasta que brillara como el mármol negro. Uno de los disparos había impactado directamente contra su pecho. El agujero de su armadura parecía una pequeña piedra arrojada a través de un plato de cristal tintado.

Durante un largo rato Vaughn la miró. La muerte había hecho que su rostro fuera tan pálido como el de una muñeca de porcelana, la piel suave y pálida como la cera de la vela. Había un pequeño pergamino de oración tejido en su cabello de un castaño oscuro.

Entonces, puso su bota contra la cadera de la difunta mujer y la empujó fuera de la pista de aterrizaje, al abismo.

-Eso es un largo camino hacia abajo- dijo Fane. Había crecido en una ciudad colmena, donde la luz del sol había sido una rareza.

Vaughn corrió hacia las escaleras, al mismo tiempo, el rugido de los motores se hinchó y la nave pilotada por Lao se lanzó hacia el cielo. La nave, de color blanco sucio, giró en el aire, se volvió hacia el norte y desapareció de la vista detrás de las laderas de la montaña, siguiendo los cañones.

Vaughn empezó a bajar los peldaños tan rápido como pudo sin perder el equilibrio. La idea de caer lo hizo marearse, pensar en que golpearía cien duros escalones antes de acabar cayendo al cañón. Oyó que sus hombres se apresuraban tras él, un sonajero de equipo y placas de armadura entrechocándose.

Bueno, pensó Vaughn, *una cosa es segura, ahora ya no hay vuelta atrás.*

Doscientos pasos hasta ahora. Un lento fuego ardía en los músculos de su pantorrilla. Detrás de él, Tash fue la primera en maldecir. Vaughn la ignoró. Como siempre, sabía que no era culpa suya, simplemente, su carácter.

El priorato se acercaba. Vio los detalles de los vitrales y los banderines

aleteando. Así como las palabras "Imperator Deus" en grandes letras doradas por encima del par de puertas dobles.

Por los santos, estamos expuestos. Unos proyectiles bólter, un misil, y habrían acabado con nosotros.

Se dio cuenta que ni siquiera tendrían que impactarlos directamente. La fuerza expansiva de una granada frag (de fragmentación, nt) podía fácilmente empujar a todo el equipo sobre el borde. A pesar del dolor en sus piernas, aceleró.

Mientras corría, Vaughn sacó su monocular (como binoculares, para un solo ojo y mucho más potentes, nt) y estudió un lateral del priorato. Se preguntaba cómo traían las Hermanas de Batalla sus provisiones, seguramente, no harían sus propias municiones. Tal vez había otra plataforma de aterrizaje, de la que no había sido informado. Eso no era un buen augurio. O tal vez las Hermanas llevaban todo su equipo y provisiones por estas escaleras, un trabajo agotador, incluso sin acabar cayendo al cañón de abajo. Probablemente pensaran que era bueno para el alma.

El equipo siguió a un buen ritmo, incluso Nietzin. -**¿Necesitas que te lleve, viejo?-** le preguntó Fane. Nietzin lanzó una maldición en respuesta. El arma de Vaughn chocó contra su costado.



Al acercarse a la fortaleza, Vaughn se dio cuenta de que realmente no sabía mucho de la Hermandad. Su conocimiento se limitaba a rumores asombrosos, a un par de reuniones de misión, a algunas bromas sucias y heréticas que había oído en la Guardia, el tipo de asunto que te pondría en serios problemas con el Comisario. No tenía ni idea de qué esperar. Recordó el viejo adagio de su antiguo comandante de compañía: “Cuando no conozcas al enemigo, carga con dureza. O se aterrorizarán hasta la rendición, o...

O morirás sirviendo al Emperador. Estupendo.

-**¡Vamos gente, cojámosla!**- gruñó Vaughn sobre su hombro y aceleró el paso

una vez más.

Si la información de Harsek era correcta, y Vaughn tenía sus dudas al respecto, serían diez minutos estándar antes de que alguien revisara la pista de aterrizaje. Visualizó mentalmente el pequeño diagrama, esbozado con un lápiz roto en papel de desecho como la mayoría de los mejores planes de batalla que había hecho. Al este estaba el cuerpo principal del convento, los edificios se elevaban en santidad a medida que ascendían en altura: dormitarium, luego scholarium y las cámaras de entrenamiento, finalmente la cúpula de la Capilla Santissimus en el pico de la cresta. A la izquierda, los edificios inferiores se agazapaban sobre la roca: el refectorium, los almacenes y el hospital, donde se podían cuidar los asuntos menos importantes del cuerpo, ensombrecidos por los edificios que cuidaban del alma.

Las escaleras se aplanaron. Juntos, el equipo pasó por un puente de piedra lo suficientemente ancho como para pasar con un tanque Baneblade, había una bandera santificada batiendo a cada extremo. Cráneos en los postes de la banderas, con letras talladas en el hueso. Vaughn no se detuvo a ver si eran los cráneos de herejes o santos.

El edificio delante de ellos era de piedra gris, extraída del mismo mundo y apenas estaba decorado. Un sendero corría alrededor del borde, atacado por el viento, sus pasamanos eran poco más que espigas de metal unidas por viejas cuerdas. Vaughn trotó en su sombra, y el equipo lo siguió. Su aliento aún estaba alborotado por correr, pero su cuerpo parecía suspirar. Ahora, estaban fuera del campo visual de los edificios principales. *Debería estar un poco más abajo en la pared*, pensó, recordando su dibujo. *Sólo un poco más… por favor, que esté aquí...*

Allí estaba. Un metro de ancho, apenas más que un mamparo adornado con una simple flor de lis de acero empañado, los rozados bordes parecían de brillante plata tras generaciones de viento aullando. Al lado de la puerta, para alivio de Vaughn, había un pequeño teclado bajo un cráneo de metal. El ojo izquierdo del cráneo brillaba en rojo.

Se volvió para mirar a Nietzin. -**Sabes qué hacer**- dijo, apartándose. -**Fane, Tash, vigilad los flancos.**

El hombre mayor sacó una pizarra gris clara del bolsillo de su muslo. Nietzin la meció en sus manos, moviendo los labios. Luego se inclinó y presionó la pizarra hacia el teclado. Lentamente, la bajó por la cerradura.

No pasó nada. Vaughn miró su reloj. A estas alturas, según la información de Harsek, el guardia de la plataforma de aterrizaje debería estar revisando el dormitarium. En cualquier momento, las Hermanas de Batalla empezarían a preguntarse dónde estaría.

Con un fuerte chasquido, el ojo izquierdo rojo del cráneo se apagó. Su ojo derecho brillaba ahora con una nueva vida verde brillante. La puerta se deslizó hacia atrás, estaban mirando hacia un pequeño ascensor, lo suficientemente grande como para dar cabida a cuatro hombres.



El ascensor vibró y se estremeció al descender, como si hubiera detectado la presencia de intrusos y tratara de sacudírselos. Vaughn estaba presionado contra Nietzin, con Fane a su izquierda y su arma sostenida junto a su cabeza como si presentara armas en el desfile. Se le ocurrió que si el ascensor se sacudía lo suficiente, el arma probablemente se dispararía y le arrancaría la oreja. Estas cosas eran modelos a medida, comprados por el distribuidor de Harsek a través de un complejo arreglo en callejones, aún así, no podían ser de menos confianza que las versiones del Departamento Munitorium que suministraban a la Guardia.

-Vamos a salir a los almacenes- dijo Vaughn. **-Una vez que el ascensor se detenga, destruid los controles y cerrad las puertas. Tranquilos, al volver tomaremos la escalera de acceso. No debe haber nadie alrededor, al menos, nadie que pueda disparar las alarmas. Luego nos dirigiremos hacia el cogitador principal. Una vez que el cogitador principal esté fuera de servicio, nos dirigiremos hacia la zona de confinamiento. Las celdas tendrán puertas accionadas remotamente o requerirán un código, además, cada sección de este lugar probablemente esté cerrado. Lo último que necesitamos es dejarnos atrapar por las Hermanas.**

¿Y quién sabe lo que encontraremos esperándonos allá abajo?

Ellos asintieron.

-**Cerrar el sector y luego hacer que sea nuestro. Como era costumbre en mi colmena**- dijo Fane. Su piel siempre había tenido un matiz pálido y verdoso, el resultado de años de vida de comida sintética en una madriguera con mala luz y aire contaminado. El tenue resplandor rojo del ascensor le hacía parecer casi espectral.

El ascensor se detuvo y los sacudió a unos contra los otros. Tash golpeó el pectoral de Fane y murmuró una maldición en algún dialecto de Tallarn.

-**Ahora, todos alerta**- advirtió Vaughn, luego golpeó el botón de apertura de la puerta.

La puerta se abrió de par en par y el equipo apuntó sus armas a la abertura. Sin decir palabra, se dirigieron a la habitación, abriéndose en abanico para cubrir todo el vestíbulo. Tash rompió los controles del elevador con su culata y corrió para alcanzar a los demás.

La habitación era grande, de techos altos, prevaleciendo lo funcional en vez de lo espiritual. Las paredes de metal parecían arrugadas y grasientas. Cuatro enormes tolvas colgaban del techo, cada una tres veces la altura de Vaughn. Sólo una holo-imagen resplandeciente en un nicho parecía más industrial. Mostraba a un santo que Vaughn no reconocía dando una bendición, portaba una espada de energía en su mano libre.

Se arrastraron por la habitación, más allá de las tolvas. No cabía duda de que eran para conservar el grano o similares, incluso las piadosas tenían que comer en algún momento. El santo holográfico hizo un ciclo a través de su programa, dando la misma bendición en forma de bucle que pasó apresuradamente, como si intentara mimetizar una advertencia.

Cuando llegaron a la puerta del otro lado, Vaughn oyó botas. Alzó rápidamente un puño para detener al equipo, con otra seña se apresuraron hacía la puerta, dos a cada lado. Vaughn miró a Nietzin. Muy calladamente, el hombre mayor se agachó, puso su pistola de plasma en el suelo y sacó su cuchillo. El sonido de botas se elevó, resonando en el suelo de metal, y una figura entró en la habitación.

Era una chica, tal vez de diecisiete. Llevaba un manto de manga ancha como una bata de campesina, la capucha hacia abajo, las mangas enrolladas y fijadas por la práctica. Caminó más allá de ellos, murmurando para sí misma como si intentara recordar algo.

Parecía muy joven para Vaughn... no, se dio cuenta de que no era su edad como tal, sino el hecho de que no se veía muy dura. Miró a la izquierda. Aunque pasó por su lado, Nietzin ni se movió.

Al otro lado de la puerta, Fane agitó la mano. Tash capturó los ojos de Vaughn y alzó las cejas, como preguntando un ¿y ahora qué?

Fane sacó su cuchillo. Vaughn levantó su arma, dio dos largos pasos a través de la habitación y golpeó con la culata la cabeza de la novicia.

Ella hizo un pequeño ¡Oof! Un sonido del aire escapando por el golpe fuera de ella. La niña cayó como un cuerpo al cortar la soga de la horca.

-**Vigilad la puerta**- dijo Vaughn. Se agachó y puso su mano en la cabeza de la novicia. Había un poco de sangre, pero ninguna herida grave. Se sorprendió de lo aliviado que se sentía. Cuando se levantó, Nietzin lo miraba.

-**Listo, está inconsciente**- dijo Vaughn, y Nietzin asintió con la cabeza mientras enfundaba su cuchillo.

-**Algo blando, viejo**- dijo Fane en voz baja. -**Uno se va ablandando y luego, poco a poco, se vuelve lento. Si uno se vuelve lento, pronto estará muerto. Recuérdelo.**

Nietzin dio un paso atrás. Tenía una familia propia en algún lugar, Vaughn lo sabía. Harsek los había rescatado a todos del mismo campo de prisioneros que a Nietzin, haciendo que el viejo soldado tuviera una nueva vida.

-**¿Tash?**- preguntó Vaughn.

-**¿Señor?**

-**Amordázala y ponla en las sombras. ¡Vamos, muévete!**

Tash sacó un par de fuertes cuerdas de su mochila. Parecía poco mayor que la mujer del suelo. Nietzin se inclinó para ayudarla a mover a la novicia. Vaughn sacó el mapa de su bolsillo.

-**Muy blando**- remarcó Fane mientras Tash y Nietzin dejaban a la chica entre sombras.

-**Si quiero saber tu opinión, ya te lo haré saber**- replicó Nietzin. -**Vámonos.**



Debajo de los almacenes, en una pequeña capilla propia, encontraron el cogitador. Los santos y los mártires bajaban furiosamente de murales en las paredes, como si desafiaran a la máquina a que los traicionara, tampoco es que hubiera mucho amor entre las Hermanas de Batalla y los sacerdotes técnicos del Adeptus Mechanicus, cuyo símbolo del engranaje y el cráneo se destacaba en el panel de control.

-**¿Sabes cómo hacer que funcione para nosotros?**- preguntó Vaughn.

Nietzin sonrió. Un candelabro colgando del techo le rozó el pelo blanco mientras se acercaba a los mandos. Dejó la mochila y sacó una pequeña terminal portátil, envuelta en cuero rojo como un viejo libro. -**Data-djinn** (supongo que será un 'generador de códigos', los usan los hackers para romper claves y demás: 0001,0002,0003,etc… hasta que dan con la clave midiendo los tiempos de respuesta, nt)- dijo dando una palmadita en la terminal.

-**Uno de los mejores modelos de Harsek, estoy seguro.**

Nietzin empujó los cables en un puerto de datos. Hizo una rápida oración. -**Bueno, también le he agregado un par de cosillas mías. Perdonad mi total confianza. Ahora, los espíritus de la máquina necesitan vincularse...**

Vaughn retrocedió y observó la puerta de la capilla. Nietzin conocía bien al técnico y su curiosidad, el haber llevado una investigación detallada siguiendo una vieja historia era, precisamente, lo que lo había llevado a una colonia penal

en primer lugar. Eso y las cosas que había empezado a enseñar a su personal, ideas sobre el pensamiento libre que había aprendido de textos antiguos y censurados. Pero el viejo conocía su oficio. Pronto tendría la instalación bajo su…

Una sirena aulló en la habitación de arriba. Tres pares de ojos se dirigieron hacia el techo. **-¡Trono!**-gritó Fane. El sonido continuó, y continuó, con una sonoridad constante.

Tash comprobó la configuración de su arma. **-Esto no es bueno.**

-¡No fui yo!- aseveró Nietzin por encima del hombro. **-Todavía estaba haciendo la conexión. Sólo necesito un poco más de tiempo.**

-¡No lo tienes!- replicó Vaughn. *Saben que estamos aquí. Deben de haber detectado la nave de alguna manera, o puede que fuera por la ausencia de la Hermana. Tal vez el ascensor tenía una alarma silenciosa.*

La sirena rugió, amortiguada pero furiosa, como si algún monstruo estuviera estallando de rabia en la habitación de arriba.

-Estamos dentro- dijo Nietzin. **-El enlace sellará todas las puertas de emergencia, cortando la energía primaria de los láseres de defensa. Está enviando un mensaje reportando incendios en el dormitarium. Eso debería confundirles. Todo correcto**- dijo, tirando de la terminal. **-La puerta sellada de acceso a las celdas está ahora abierta**- Nietzin cogió la pistola de plasma. Si la sirena lo molestaba mínimamente, ni siquiera lo mostraba.

Vaughn asintió con la cabeza. **-Vamos a por nuestra chica.**



Se apresuraron en bajar dos tramos de escaleras de emergencia. Cuando Vaughn salió, una figura se inclinó alrededor de un contrafuerte, bólter en mano y abrió fuego.

La pared a su lado se agrietó cuando detonaron los proyectiles, sacudiendo

fragmentos de roca. Él disparó, vio como el haz laser impactaba en el hombro de la mujer y rebotaba en su pulida armadura. Algo rugió detrás de él, una bola de plasma sobrecalentado atravesó directamente a la Hermana de Batalla. Cayó muerta. Ninguna cantidad de fe podía anular una herida como esa.

Una estrecha ventana dejaba entrar un rayo de luz en el pasillo. Vaughn se acercó, inclinó la cabeza y vio pequeñas figuras oscuras saliendo de los edificios más arriba en la cresta. Voces llevadas por el viento. Debían de haber atrapado a las Hermanas en plena oración de matiné, porque la mayoría de ellas estaban corriendo desde la casa capitular abovedada en el extremo más alejado del complejo.

-**Usaremos los túneles de conexión**- dijo. *Era muy arriesgado*, pensó, *pero preferible al panorama que pintaba ahí fuera*. Pensó en los estrechos pasadizos de la ladera de la montaña, en la larga caída en el cañón si se deslizaba, reflexionó y decidió que realmente prefería un disparo bólter en medio del pecho que caer al abismo.

Juntos llegaron a otro almacén. Una silueta pesada salió de las sombras, con los brazos de metal levantados. Vaughn puso tres tiros laser a través de su pecho, cuando cayó vio que era sólo un mero servidor. Lo dejaron acostado de espaldas, roto pero todavía en movimiento. Sus piernas seguían el ritmo del aire como un juguete caído, con su cabeza sin sangre girando de un lado a otro.

Vaughn se detuvo y miró al girar la esquina. Un pasillo abovedado había sido tallado en la roca, dos veces su altura y aparentemente interminable. Recordó el mapa y el informe de Harsek. -**Esto es. El Custodium Penetentia** (las celdas con los prisioneros, nt) **está aquí abajo. Tash, ¿tienes eso listo?**

Ella asintió. -**La medicina está lista, señor.**

-**Bueno**- miró de nuevo al girar la esquina. A unos cincuenta metros (50 yardas del original, 1 yarda son 0,914 metros, nt) por el pasillo, una Hermana corría de un lado a otro, con su bata batiendo tras ella. -**Esto se va a poner feo. Seguidme y avanzad. Y si podéis evitar ser capturados con vida...**

Fane recargó, poniendo una célula de energía nueva.

Vaughn respiró hondo. -**¡Vámonos!**

Salió corriendo, inclinado para presentar un blanco más pequeño. Alcanzó la pared más lejana y pegó la espalda contra ella mientras los disparos rugían por el pasillo. Levantó su arma y devolvió una media docena de disparos, sin molestarse siguiera en apuntar. Un tapiz cayó de la pared, ardiendo. -**¡Iconoclasta!**- gritó una mujer sobre el fuego. -**¡Blasfemo!**

En el pasillo, las columnas de las bóvedas sobresalían ligeramente de las paredes. Dando alrededor de doce centímetros de cobertura. El equipo avanzó, disparando al otro lado del corredor para obligar a las hermanas a subir por el pasillo. El aire era un enrejado de proyectiles bólter y haces rojos, calientes y abrasadores. Una Hermana de Batalla cayó en el pasillo agarrándose los intestinos que se arrastraron hasta cubrirle los tobillos, aullando mientras las balas quemaban el suelo alrededor de ella.

Vaughn señaló. Diez metros más adelante, una puerta conducía a la derecha. -**¡Ahí abajo!**

Tash fue la primera. Salió corriendo, zigzagueando mientras corría, Fane y Nietzin la cubrieron, todo el camino, con fuego de supresión. Vaughn avanzó hasta que estuvo casi enfrente de la puerta, luego saltó. Aterrizó torpemente, rodó y entró.

Tash le sonrió. Estaba sosteniendo una granada. Se inclinó alrededor de la puerta y la lanzó de nuevo al pasillo. Hubo un ruido fuerte y resonante. El yeso llenó el pasillo. Vaughn vislumbró a una Hermana entre el humo, y el polvo en suspensión, llevaba un arma enorme, quizás un bólter pesado, tropezando por la fuerza de la explosión. Nietzin atravesó el pasillo y entró. Fane se agachó tras él.

La habitación era poco más que un rellano sobre un conjunto de escaleras. Corrieron por la escalera hasta una habitación desnuda y encalada. Una unidad de monitorización estaba en un extremo. Media docena de pantallas centelleaban sobre la consola, mostrando las celdas de la Penetentia.

-**Estás sangrando, viejo**- dijo Fane.

Nietzin pasó una mano por su frente. -**Una esquirla de piedra me debe haber cortado. Estoy bien.**

Tash estaba en el otro extremo de la habitación, ante una enorme puerta. -**Hay un problema**- dijo, volviéndose. -**Uno malo.**

-**Como si no hubiéramos tenido ninguno**- dijo Fane.

-**La puerta que da acceso a la celdas está bloqueada, pide un código. No podemos entrar.**

Nietzin maldijo. -**Debe funcionar con un sistema diferente a los controles principales. ¡Maldición!**

Vaughn miró las escaleras. Sería cuestión de segundos antes de que las Hermanas reunieran sus fuerzas y reanudaran el ataque. -**Bueno**- murmuró -**¿puedes abrirlo?**

-**Tendré que hacerlo**- respondió Nietzin. -**De lo contrario, confiemos en que el Emperador nos envíe un milagro**- su expresión le dijo a Vaughn lo poco probable que él pensaba que ello sucediera.

Se oyó ruido repentino en la escalera. Tash se metió en el hueco de la escalera, el destello de su arma giró batiendo las escaleras en un resplandor de luz estroboscópica. Una voz gritó y un cuerpo blindado chocó contra la pared.

-**Hay un montón de ellas**- dijo Tash. -**Parece que van a... ¡Granada!**

Algo pequeño y cilíndrico rebotó siseando por las escaleras. Tash se lanzó, lo agarró y volvió a lanzar el cilindro por las escaleras, luego se tiró al suelo. Vaughn se agachó, levantando sus antebrazos plateados a través de su cara, no sucedió nada.

Tash se levantó, parpadeando. Vaughn abrió los ojos y vio una nube de grueso humo gris derramándose por las escaleras. Olía a sustancias químicas quemadas con incienso. El humo parecía taponarle boca y nariz. -**¡Humo!**

Sacó su mascarilla con filtro (rebreather del original) y la sujetó sobre su boca. Vio a Tash tropezando, vomitando mientras se ponía la máscara.

Un zumbido, algo sonando como aplausos vino de arriba. Las botas resonaban en las escaleras metálicas. Una Hermana de Batalla cargó a través del humo

como un espíritu furioso, sosteniendo un largo escudo de metal delante de ella. La pistola de plasma de Nietzin golpeó directamente a través del escudo y la mujer, el granizo de fuego de la pistola de Fane arrancó la soldado tras ella. Entonces una mujer, grande como un toro, casi de la altura de Nietzin y mucho más amplia, se precipitó sobre ellos. A su espalda, un brasero en su mochila alojaba carbones ardiendo; cráneos inscritos colgaban alrededor de su cuello. En sus manos portaba una espada de más de un metro de largo.

-**¡Muere!**- gritó ella. Fane saltó hacia atrás, olvidando su rifle laser, pero sujetando su pistola de la suerte. Nietzin miró por el cañón de plasma, luchando por conseguir un tiro limpio.

-**¡Muere, inmundicia!**

La espada era demasiado grande para la habitación, tal vez demasiado grande incluso para ella. La mujer balanceó la hoja como si fuera a lanzarla lejos, Vaughn se agachó y la espada le azotó la cabeza, rompiendo la mitad de las pantallas del monitor en una lluvia de chispas. El choque sacudió los brazos de la mujer. Se tambaleó hacia atrás, balanceando el arma como un pescador tirando de una red. Tash cayó y salió de su camino, cuando la Hermana de Batalla balanceó nuevamente su pesada arma, Nietzin disparó.

Falló. El disparo de plasma atrapó la espada-sierra a medio camino de la hoja y la hizo explotar. Los fragmentos se estrellaban a través de la habitación como metralla. Fane se hundió en el suelo. Como una serpiente que se agitara, los restos de la cadena azotaron el aire, golpearon la pared, retrocedió y golpeó a su dueño en el muslo. La mujer gritó, cayó y Fane se abalanzó sobre ella.

La habitación quedó casi silenciosa. Fane levantó la vista. Su adornada y deslumbrante pistola, digna de un gánster de colmena, estaba presionada contra la cabeza de la mujer.

-**¿Quieres que la mate?**- la mascarilla con filtro de Fane distorsionó su voz.

Bajo él, la mujer luchaba y jadeaba. Su propia máscara había caído, pero parecía al menos parcialmente inmune al gas. Estaba murmurando entre dientes, gruñendo un catecismo que Vaughn no podía entender.

No se parecía a ningún soldado que conociera. Aunque recordando su tiempo en

la Guardia, había encontrado, ocasionalmente, Comisarios con la misma mirada rabiosa que ahora llevaba, como un animal enojado atrapado tras las rejas. Pero no ha muchos. *Las Hermanas sabían cómo luchar*, pensó, *eran expertas, pero hasta el momento le hacían pensar más en dementes que en auténticos soldados.*

-**Aún no**- respondió. Tiró de su mascarilla con filtro. -**¡Tenemos a la Priora!**- gritó por las escaleras. -**¡No intenten nada o la mataremos!**

La mujer en el suelo logró controlarse lo suficiente como para hablar. -**No tengo miedo de morir**- proclamó. Su voz era profunda y fuerte, la voz de un predicador. -**¡El emperador me protegerá!**

Era la propia Priora. Vaughn miró hacia la puerta. Tash estaba observando las escaleras. Una voz, sorprendentemente alta y femenina, habló. -**¡Toca a la Priora y morirás!**

-**¿Tash?**- preguntó Vaughn. -**Tírame las esposas.**

Miró a la priora. -**Ahora**- le dijo, poniendo y cerrando las esposas sobre sus muñecas -**es hora de actuar como un mártir y aguantar.**

Ella se quedó en silencio por un momento. Toda la rabia parecía haber salido de ella. Vaughn pensó que quizás se estaba preparando no para el dolor, sino para recibirlo en silencio. -**No esperaba ser capturada viva**- dijo la Priora.

Fane empujó el cañón de su pistola en la carne de su grueso cuello, y ella se apartó; tanto por su rostro descarado como por su arma. -**Mujer, ¿a quién le importa lo que piensas? Si tiro de éste gatillo, su cerebro pasará a ser poco más que una neblina roja, ¿entiendes? Toda tu conversación y/o santidad, me es indiferente. Por otro lado, no te convertirás en mártir a menos que estés muerta.**

-**Dejadlo**- dijo Vaughn. Se encontró con los ojos de la ex-pandillera (ex-ganger en el original) por un momento, había algo en ellos más allá del vicio casual y la diversión por apagar una vida. Por un momento, Vaughn se preguntó si Fane tenía algún rencor más profundo con la Eclesiarquía (Ecclesiarchy del original). Fuera lo que fuera, estaba interponiéndose en la misión. -**Fane. Dije que se acabó.**

-Lo que usted diga- contestó Fane, haciéndolo sonar como una amenaza. Enfundó la pistola y se puso en pie. **-No creas que no te dispararé, seas una santa o no.**

La Priora miró hacia atrás como si no fuera muy humana. **-Te vas a quemar-** replicó, la calma de su voz preocupó a Vaughn más que su ira.

-Ve a ayudar a Tash a cubrir las escaleras- dijo Vaughn. **-Bueno, ¿a qué estás esperando?**

-De acuerdo- dijo Fane. Parecía disgustada, a punto de desobedecer.

Tash esperó junto a la escalera, se agachó para ver mejor. Habría parecido hosca y arisca incluso sin el negro hollín en los ojos. Miró a su alrededor, encontró la mirada de Vaughn, luego se escabulló cuando Fane tomó su lugar. Tash se agachó junto a la Priora, parecía pequeña junto a su cuerpo blindado, metió la mano en su mochila.

-Mantenga a ésta mujer lejos de mí- declaró la Priora. **-Está... manchada.**

-Sedante- respondió Tash, llenando una jeringa. **-Esto no te hará daño, pero te calmará-** clavó la jeringuilla al cuello de la priora. La mujer simplemente la fulminó con la mirada, como si la desafiara a hacer algo peor. **-Si te hace sentir mejor-** añadió Tash **-tú tampoco me gustas.**

Vaughn miró a la Priora. **-Tenemos que abrir las puertas-** dijo.

La Priora sacudió la cabeza. **-No sabéis lo que estáis haciendo-** respondió ella. **-Lo que hay en las celdas tiene que quedarse aquí. Supongo que os imagináis que habrá algún tesoro-** añadió. **-Reliquias para vender a algún Prelado, o quitándole previamente las gemas para fundirlas. Puedo decirles que lo que está ahí abajo no los hará ricos, eso seguro. Tendréis suerte si sólo os mata.**

-Un posible psíquico-emergente- replicó Vaughn. **-Lo sé.**

-¿Lo sabíais?- la Priora miró fijamente a Vaughn, como si su mirada pudiera quemarlo. **-¿Y vinisteis a liberarla? Está abierta a la disformidad. Si un demonio pudiera poseerla... Thor nos proteja...-** el entendimiento se deslizó por su rostro. **-Sois cultistas, ¿verdad? Servidores de las Poderes Ruinosos-**

hizo lo mejor que pudo, con las muñecas atadas, el signo del aquila sobre su pecho. -**Sálvame, Imperator.**

-**No. No lo somos**- la acusación hirió a Vaughn. Conocía los renegados de Tranch y el asedio de Vraks, sabía de los asesinatos y rituales que se decía que habían llevado a cabo. La idea de ser confundido con tales criaturas lo perturbaba. -**Escuchadme. No somos cultistas ni traidores. Aún así la llevaremos con nosotros, ¿entendéis? No me importa lo mucho que os parezca un sacrilegio. Una vez que nos hayamos ido, puedes expiar tu culpa por haberla perdido todo lo que quieras. Pero ella viene con nosotros, eso es todo-** Vaughn sacó su pistola. **-Abra las puertas. Ahora.**

Por un momento la Priora pareció insegura, luego una especie de dura calma se apoderó de sus facciones. -**No.**

-**Te lo advierto…**

-**No obtendrás nada de mí**- levantó la barbilla, como si estuviera a punto de escupirle. -**Puedes hacer conmigo lo que quieras. Pertenezco al Maestro de la Humanidad. Mejor morir mil veces que dejarte entrar. En el nombre de los santos lo soportaré, como el Señor Thor soportó las agonías de Vandire…**

-**¡Bingo!**

Miraron alrededor. La Priora se detuvo en mitad de su proclama con una ruidosa cascarilla. Por una vez, Nietzin sonreía.

-**Señoras y caballeros, el milagro**- dijo, y la puerta de las celdas se abrió.



Hermana Cerra, 22 años, entró en la hermandad a los 14. Etapas de Novice y Cantus completadas, en el proceso de formación de Constantia, en preparación para convertirse en una Hermana de pleno derecho.

Vaughn marchó por el pasillo oscuro, repasando mentalmente las palabras del informe. Aquí abajo, entre celdas, psíquicos y ratas, necesitaba algo en que

pensar.

Informes de fenómenos psíquicos menores hacia el final del entrenamiento de Cantus. Supuestas anomalías psíquicas se intensificaron durante el año pasado; hace cuatro meses, se descartó su recuperación espiritual y se decretó una purgación del alma.

Las paredes eran ásperas, frías y húmedas, el aire además era como pegajoso. A su lado, Nietzin, que sabía más acerca del sistema penal del Emperador que Vaughn, parecía cansado y sombrío.

Cuatro meses aquí abajo. Prefiero que me disparen.

Un canto venía de más adelante. El zumbido bajo hizo que la piel de Vaughn hormigueara. Miró su arma sin romper el paso, luego echó una breve mirada por encima de su hombro. Detrás de él, Fane empujó a la priora. A pesar del chute de tranquilizantes que Tash le había dado, parecía estar apenas un poco menos alerta que antes. Sin duda, las Hermanas la Batalla eran duras.

-**Esto no es para vosotros. No deberías ver nuestro trabajo aquí**- dijo la Priora.

-**Cállate**- Vaughn se detuvo ante una puerta ancha. La rendija estaba cerrada con un candado, sellada con un texto de oración y un trozo de cera roja.

Tash se acercó a la puerta, rebuscando en su bolsa médica con las manos. Vaughn miró a Nietzin y asintió.

El hombre grande dio una patada a la puerta como si fuera a marcarla. Se abrió de golpe y Vaughn entró corriendo. -**¡Que nadie se mueva!**- gritó, se detuvo horrorizado.

Una figura estaba al otro lado de la habitación. Llevaba un vestido blanco suelto, los brazos levantados como alas. La cabeza descubierta, el cabello estaba rasurado. Había símbolos pintados en su cuero cabelludo con lo que parecía sangre. Dos figuras encapuchadas, Hermanas de nivel Cantus, estaban arrodilladas delante de la muchacha, una leía de un libro, la otra movía un pequeño incensario mientras cantaba. Ninguna miró a su alrededor.

Vaughn miró la escena por un momento, absorbiendo cada detalle. La habitación apestaba a incienso. Vio que los brazos de la muchacha estaban levantados por cadenas, su piel era pálida y pura, el muro de la izquierda estaba cubierto por una masa de pergaminos. Varias herramientas y útiles colgaban de clavijas en la pared: látigos, sierras, alfileres largos atados a pergaminos sagrados, una cosa que parecía una mezcla de un estilete y un soldador, además de otros artículos que, incluso después de años en las peores mazmorras de la Guardia Imperial, Vaughn nunca había visto antes.

Una de las figuras vestidas comenzó a levantarse.

-**¡Dije que no se muevan!**- gritó Vaughn.

Nietzin disparó a la primera figura. La sangre sobrecalentada salpicó la pared, silbando sobre los pergaminos. La segunda figura dio un paso atrás. El hombre mayor se apartó, para no arriesgarse a golpear involuntariamente a la chica que habían venido a buscar. Luego disparó a la cabeza de la segunda, convirtiendo lo que tenía sobre sus hombros en vapor. El incensario chocó contra el suelo de piedra.

-**Torturadores**- dijo Nietzin, como si eso lo explicara todo.

-**Necio, sólo es un ritual**- le espetó la priora. Vaughn pudo ver el esfuerzo en su rostro, luchando contra los efectos del sedante. -**Sus poderes tienen que mantenerse encerrados, en su interior, para impedir que salgan hay que sellarlo con fuego. Una criatura como ésta manifiesta la disformidad. Los sigilos correctos necesitan ser cortados en su carne, atrapando el poder de la disformidad dentro de ella.**

-**Ya he oído suficiente. Bajadla**- dijo Vaughn.

Tash pasó rápidamente, con la jeringuilla en la mano, hundiéndola en el cuello de la niña. Entonces comenzó a ayudar a Nietzin a desencadenarla.



-Ya lo he llamado. Diez minutos para la extracción- dijo Nietzin.

Nadie se movía en el pasillo. -**Estad alerta**- dijo Vaughn. -**Muy atentos…**

Volvió a deslizarse por el pasillo, sus ojos moviéndose de pared a pared. Nadie estaba detrás de los contrafuertes, esperando el momento de atacar. *No pueden, simplemente, haberse ido*, pensó. *Las Hermanas de Batalla nunca se rendirían tan fácilmente.*

Tash lo siguió, luego Nietzin, observando a las dos prisioneras. Una dosis del coctel embotador había hecho que la hermana Cerra estuviera somnolienta y confundida, pero al menos obediente. Si tenía poderes psíquicos, no los mostraba. *Los santos sean alabados por eso*, pensó Vaughn. Miró hacia atrás mientras corrían por el pasillo. La Priora lo miró a través de una nube de drogas como un borracho furioso.

A medida que se acercaban a la capilla del cogitador, una serie de duras toses metálicas rompieron el aire, formando un solo rugido. -**¡Espadas-sierra!**- gritó Fane.

Una figura se arrastraba a la vuelta de la esquina, apenas acorazada, sólo medio vestida, ondeando una espada-sierra sobre su cabeza. El humo brotaba de los gases de escape del arma. Una voz gritó desde detrás de una máscara de pergaminos que cubrían un rostro envuelto en vendajes.

Tash le disparó matándola, tres disparos laser directamente a través del pecho. Cuando la Hermana cayó, su espada-sierra golpeó su pierna descubierta lanzando sangre a través de la pared. Más devotas llegaron corriendo, dando vueltas a sus espadas-sierra, gritando alabanzas y amenazas, los hombres de Vaughn las derribaron.

Alguien gritó tras él. Se dio la vuelta, esperando una trampa, viendo como la Priora saltaba sobre la Hermana Cerra. Incluso medio drogada y con las manos atadas, la Priora podía luchar. Cerra cayó en un segundo, golpeado por dos pesados puños. La Priora cerró los pulgares sobre la tráquea de Cerra.

Vaughn no dudó. Vació la mitad de la célula de energía de su arma en un flanco de la Priora.

Se volvió y siguió disparando por el pasillo, cubriendo a Nietzin mientras éste volvía a recargar. Alguien gritó y cayó junto a la puerta de la capilla. Una novata armada con un cañón automático se apoyaba en uno de los contrafuertes. Fane sacó la pistola de su cinturón, la levantó y apuntó en un movimiento fluido, impactándola cuatro veces en el pecho.

El pasillo quedó súbitamente tranquilo, lleno de humo y sangre. Nietzin levantó a Cerra, poniéndola en pie. -**Deprisa**- dijo Vaughn y se abrieron camino entre los cuerpos, hacia las escaleras. Una de las Hermanas, golpeada en la pierna, lentamente se arrastró hacia su arma. Vaughn pateó el arma fuera de su alcance.

La Priora estaba sobre el suelo de espaldas tras ellos, con los ojos muertos mirando hacia arriba. Se había unido a la larga lista de mártires del Imperio.



El ascensor era rápido, pero demasiado arriesgado. Tomaron las escaleras de acceso en su lugar. Fue difícil y lento. Las rodillas de Vaughn pronto le dolieron por el ascenso. Sus botas parecieron sonar a invitación, a ser emboscados en las escaleras metálicas. La hermana Cerra se tambaleó junto a Tash, un fino cordón de baba colgaba de su boca, hasta que Fane, murmurando acerca de tener que hacer el trabajo duro, agarró a Cerra y la arrastró a su lado, medio subiendo la escalera. Nietzin hizo una pausa, resoplando, encontró los ojos de Fane y comenzó de nuevo antes de que sus inevitables burlas comenzaran de nuevo. Siguieron adelante, cubriendo a la vez el camino frente a ellos y las escaleras detrás, serpenteando a su manera hacia la superficie. -**Vamos**- replicó Vaughn. -**¡Vamos!**

Trató de recordar cuántas Hermanas se había dicho que habría. A estas alturas, todo el mundo capaz de portar armas habría sido llamado a luchar. Seguramente no podría haber muchas más Hermanas blindadas. *Estarán esperando*, pensó. *Es lo que yo haría, establecer una trampa. En algún lugar entre aquí y la pista de aterrizaje...*

Por fin se acabaron las escaleras. Miraron hacia un pequeño vestíbulo, vacío, a excepción de una puerta al otro lado. Vaughn la abrió, Nietzin lo cubrió, y

salieron al aire libre con su fuerte viento.

Se deslizaron por el lado del edificio. Vaughn miró alrededor de la esquina. La pista de aterrizaje estaba vacía. Vaughn miró hacia la capilla a través de su monocular y vio pequeñas figuras oscuras que se movían por la cresta; algunas vestidas, otras blindadas. Vio personal, incensarios, bólter pesados y cañones de fusión (meltaguns en el original). Todo el maldito priorato había salido a pelear.

En el momento en que intentemos cruzar, estamos muertos.

La pista de aterrizaje era abierta y estaba cubierta por una docena de grandes cañones. Por un momento se preguntó si la nave se presentaría para rescatarlos.

El sonido de turbinas rugió súbitamente debajo de él. La nave se alzó junto a ellos, con sus motores poniendo las cuerdas de los pasamanos a aletear violentamente. Una escotilla se abrió en el costado de la nave y la voz de Lao salió de los altavoces montados bajo las alas.

-Suban, venga, apresúrense! Deben estar de broma si piensan que voy a aterrizar ahí.



La nave subía como un cohete, rasgando el cielo. Vaughn observó cómo la atmósfera se diluía y se oscurecía al llegar a su límite superior. Las llamas lamían la ventana mientras la nave dejaba atrás Rand XXI para siempre.

Miró a Tash. Como médica del equipo, estaba sentada al lado de la chica que habían rescatado, supervisando su estado con un dispositivo en algún lugar entre un narthecium y un psi-tracker. La misma novicia estaba sentada con la boca ligeramente abierta, mirando un punto detrás de la cabeza de Vaughn. Parecía una muñeca o un servidor roto.
(El Narthecium es el equipo médico de campo de un Apotecario Marine Espacial. Contiene todas las herramientas necesarias para tratar a los Marines heridos y permitirles volver al combate lo antes posible. Un Psi-tracker es una pieza de tecnología usada por los cazadores de brujas, permite obtener una

dirección y distancia mucho más exacta, normalmente para poder disparar, de los psíquicos, nt)

Hermana Cerra. Vaughn se preguntó si ese era su nombre original, muchas de las Hermanas de Batalla cambiaban sus nombres cuando se unían al Adepta Sororitas. Se sentía demasiado cansado para preocuparse.

-**Vigílala**- dijo. -**Despiértame si cambia algo**- entonces Vaughn apoyó la cabeza en la pared y el ruido de los motores le hizo dormir.



Los otros lo despertaron en la bahía de atraque. El 'Alisios del Sol' (Solar Tradewind del original) todavía parecía un mercante por dentro. En realidad, era algo entre una nave-Q y un buque de investigación. Dolorido, Vaughn se desabrochó sus sujeciones y siguió a los demás hasta la bahía. (Las naves-Q, o Q-ship del original, son mercantes armados, usados en la 2 guerra mundial. En el universo de Wh40k es un carguero que ha sido equipado con armamento oculto y se ha mezclado con un convoy. Tales naves siempre son una desagradable sorpresa para los atacantes ya que de repente encuentran que su presa tiene tanto poder de fuego como una nave de guerra, nt)

Petarmus lo esperaba. Tenía la ropa arrugada y el pelo rizado, como si fuera él quien acababa de despertar. Era un igual y a la vez lo opuesto a Vaughn, el jefe del otro equipo de acólitos del Inquisidor Harsek, el que los tripulantes del Alisios del Sol llamaban 'la mano izquierda'. *La mano izquierda vigila la derecha*, pensó Vaughn, mientras un par de médicos empujaban una camilla hacia la bahía.

-**Bienvenido**- dijo Petarmus. -**Es bueno ver que estás vivo.**

-**Gracias.**

-**Puedes decirle a tu equipo que tienen seis horas. Hay una caja de amasec en el comedor.**

-Se lo haré saber.

-Lord Harsek quiere verte en una hora. Dice que te pongas presentable primero.

-Voy.

Petarmus asintió con la cabeza. -**Está en su jardín, cuidando de las zarza-espinas o lo que sea que haga allá arriba**- Vaughn se dispuso a marcharse. -**Por cierto, buen trabajo el salir de allí con vida. No hay muchas personas que atraviesen las defensas de las Hermanas y luego salgan como si tal cosa.** (La Zarza-espina, o Spinethorn del original, es un arbusto que crece en filas largas o grupos densos. Es negro, extremadamente torcido, duro y no tiene hojas. El rasgo principal de esta planta es que si algo intenta pasar a través de él, las ramas del mismo comienzan a retorcerse y constreñirse, haciendo que sus espinas a apuñalen y corten cualquier cosa entre ellos. Por eso, filas de zarza-espinas forman una barrera defensiva natural, nt)

Vaughn revisó su equipo, se lavó, se cambió de ropa y durmió veinte minutos en su habitación. Se sentó en su cama y miró la habitación. No parecía mucho por quince años de servicio militar, de un tipo u otro. *Viajar por la galaxia, sirviendo al Trono. Podría no haber salido en el diezmo de la Guardia, haber trabajado toda mi vida en una fábrica de armas en lugar de terminar aquí. Sin embargo, he hecho algo que ha valido la pena; por una vez, he salvado una vida. Si la hubiera dejado allí, ya estaría muerta; encerrada, vigilada y quemada como una bruja cuando el exorcismo fallara*. Por una vez, no había ningún equilibrio, ningún deprimente comercio de unas pocas vidas para salvar muchas más. Sin duda, había hecho lo correcto.

Caminó por el pasillo, hasta el comedor.

-**Oye, Vaughn**- dijo Fane, intentando quitar la tapa de una botella de amasec con su cuchillo. -**¡Vaughn!**

-**¿Qué?**

-**Adivina por lo que oré anoche. Adelante, a ver si lo adivinas.**

Vaughn se encogió de hombros. -**Por una gracia divina que te hiciera**

mantener la boca cerrada.

-Recé para que los santos me enviaran a un planeta lleno de mujeres. ¿Y sabes qué? ¡Me dieron lo que pedí! ¡Los santos tienen sentido del humor, eso seguro!

Vaughn se sorprendió de lo mucho que la blasfemia de Fane lo enfureció. Nietzin sacudió la cabeza y murmuró algo de que la gente recibía lo que pedía.

Fane estaba en la primera etapa de la borrachera. Más tarde, sería muy piadoso, listo para luchar contra quien sospechara que dudaba de la santidad del Bendito Quivvar Nog. Al final se desmayaría. Podría ser basura, pensó Vaughn, pero al menos era predecible.



Vaughn cogió el ascensor hasta el jardín principal. Los sirvientes conocían a todos los acólitos de Harsek de vista, pero seguían escaneando su iris. El ascensor llevó a Vaughn lejos de sus hombres, a los dominios privados de Harsek. Engranajes se movieron bajo él, hasta que el ascensor se detuvo sin problemas y las puertas se estremecieron.

Se paró al borde de una enorme sala abovedada. El techo brillaba con luz turquesa. Vaughn entró en el aire caliente vivo con el chirriar de insectos alienígenas. Plantas Xenos cubrían el techo, se arrastraron por las paredes hacia la cúpula. Una semilla flotante tan grande como la cabeza de Vaughn pasó por delante de él.

Entró con cuidado. El jardín era hermoso, a cierta distancia. De cerca, vio plantas venenosas, vides-estranguladoras y cosas peores, como hoja-cerebro de Catachán, spikers, incluso un enorme árbol-trepador bien atado a un lado de la cúpula. Al sentir los pasos de Vaughn, flexionó sus raíces como un matón haciendo crujir sus nudillos. (El Spiker es un tipo de planta que se encuentra en muchos Mundos Letales, como Catachán. Son considerados por muchos como una de las formas vegetales más peligrosas en toda la galaxia. Son de forma vagamente cilíndrica y tienden a ser del tamaño de un hombre, unos 2 metros de

altura y permanecen en posición vertical. Están cubiertas con una gruesa capa de hojas parecidas a cabellos, de las cuales sobresalen las incontables, finas y agudas púas que dan nombre a la planta. Estas púas son disparadas a las formas animales cercanas, eso es lo que hace a ésta planta tan peligrosa. Perforando la piel de un animal, la púa libera un químico mutagénico en el torrente sanguíneo que reformará genéticamente el cuerpo de la víctima en el de un Spiker. Un ser humano que sufra dicho picotazo en el brazo pronto encontrará que su brazo se vuelve peludo e inmóvil, en poco tiempo todo su cuerpo estará cubierto de espigas. Aunque la víctima permanezca con limitada movilidad durante algún tiempo, los cambios fisiológicos destruyen la mente, de modo que la víctima vaga sin rumbo y es incapaz de reaccionar ante tan horroroso proceso. Finalmente, con toda la movilidad perdida, el anfitrión completa su transformación en Spiker, nt)

En el centro del jardín había un anciano con anteojos. Se acercó a Vaughn con una sonrisa en el rostro, vestido con un manto de color marrón claro. El inquisidor Harsek, cuya palabra había quemado mundos enteros, no tenía esa gran aura de poder. No había nada obviamente siniestro en él, pero como siempre, Vaughn luchó contra la necesidad de retirarse, la necesidad de esconderse de los ojos tranquilos y conocidos de Harsek. -**Has hecho un excelente trabajo**- dijo Harsek.

Vaughn no se relajó. Se inclinó rápida y formalmente. -**Gracias mi Señor. Mis hombres lo hicieron bien.**

-**No hay necesidad de formalidades**- respondió Harsek. -**O de falsa modestia. Esa chica es nuestra ahora. Gracias.**

-**¿La curarán?**- preguntó Vaughn. Imaginó que sin duda sería así, Harsek haría que sus hombres investigaran en la mente de Cerra, cavando todo lo necesario para promover los planes de su amo. Luego, una vez que adquirieran lo que necesitaban e hicieran que el resto de ella estuviera a salvo, la arrojarían a uno de los mundos más civilizados y estable, para llevar una existencia segura y aburrida con un trillón de otros 'don nadie'. Esa era la forma en que Vaughn mismo esperaba terminar, una vez que su servicio para la Inquisición hubiera acabado, cómodamente en el anonimato, a mil millones de kilómetros de allí. Después de todo, reflexionó, si hubieran querido que Cerra muriera, simplemente podrían haberla dejado con las Hermanas de Batalla.

-¿Curarla? Buen Dios, no...- Harsek sacó un par de tijeras de podar de su cinturón y las abrió como un cuchillo de mariposa. Se inclinó sobre un arbusto, cortando las frondas. -**Uno no cura a un psíquico. Pero pueden ser contenidos o darles un buen uso. Sólo el Emperador puede realizar la unión del alma, pero hay otras maneras. El riesgo de que un psíquico atraiga la atención de las Potencias Ruinosas nunca nos abandonara, por supuesto, no del todo al menos, pero el peligro puede mitigarse un poco, dependiendo de cómo se use.**

A la mención de los Poderes Ruinosos, Vaughn hizo un rápido e instintivo signo del aquila sobre su pecho.

-Pero lograste alcanzarla en el mejor momento- añadió Harsek. **-Justo cuando la necesitamos.**

Por un momento, Vaughn pensó que sólo podía asentir con la cabeza, saludar al Inquisidor Harsek y marcharse. ¿Cómo era aquel dicho? 'La mayor alegría de un siervo es saber que la tarea de su amo está hecha'. Pero nunca había seguido ese mantra. **-¿A qué se refiere? Si no le importa que le pregunte, mi señor** (milord del original)**.**

-Por supuesto. Siempre puedes preguntar. Aunque yo siempre tendré la libertad de no responderte- Harsek dejó caer las tijeras en un bolsillo de su bata. -**Sin duda, es una psíquica emergente. La presencia de tal ser atrae entidades de la disformidad, como la sangre en el agua atrae a los tiburones. Pero hay algunos tiburones que vale la pena estudiar, ¿verdad?**

Vaughn tensó su memoria para recordar lo que era un tiburón. *Ah, sí*. **-Así que ella…**

-Me gustaría llamar la atención, con ella de cebo, de una presa mucho más interesante.

-¿No será peligroso?

-Para ella, sí. Fatal, probablemente. Pero para nosotros... es vital.

Vaughn sintió que su cara se endurecía. **-Pero es inocente, claro.**

-**¿Inocente?**- Harsek parecía bastante sorprendido, como si no hubiera esperado encontrarse con dicha palabra en ese entorno. -**Hmm. Ese no es un término que realmente se tienda a utilizar. Me parece bastante inútil. Prefiero pensar en términos de... pureza del motivo. Sí, esa es la mejor manera de decirlo.**

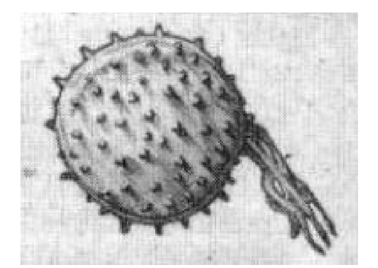
Vaughn no intentó esconder su expresión. No tenía sentido hacerlo. Harsek no tenía que leer su cara para saber lo que estaba pensando.

-**No seas así**- dijo el inquisidor, su voz aún suave. -**No has perdido el tiempo, al contrario, de hecho. Ella es inocente, tú eres inocente. Yo también. A veces podemos hacer cosas terribles, pero nuestros motivos siguen siendo puros. La galaxia todavía tiene que encontrar una manera de mancharnos**- sonrió y se quitó las gafas.

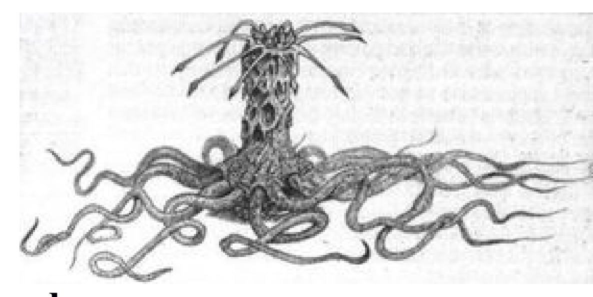
Vaughn sabía que no les diría nada de esto a sus hombres, especialmente a Nietzin. Por lo que a ellos respecta, la Hermana Cerra había sido curada y puesta en libertad.

-**Intentaré recordarlo, mi señor**- replicó Vaughn, se volvió y se alejó.

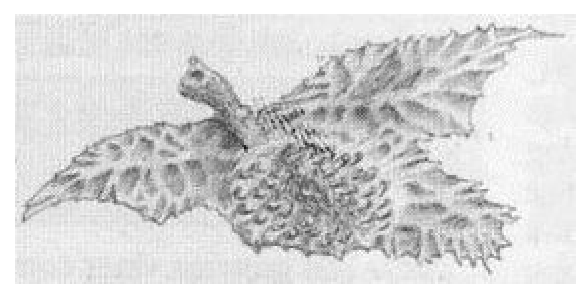
Casi FIN



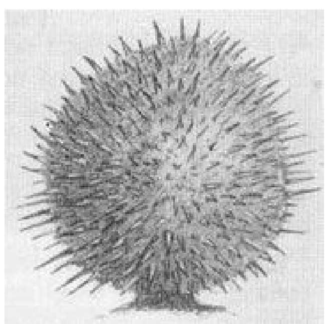
Planta Flotadora



Árbol trepador



Hoja-cerebro de Catachán



Planta Spiker

FIN


WARHAMMER
40,000
UNA HISTORIA DEL ADEPTA SORORITAS
SUSURROS
ALEC WORLEY

SUSURROS

‘Whispers’ by Alex Worley



Traducción y corrección:

Iceman TS bajo seudónimo de

Flabius ‘el Errante’



Marcus Amouris subió los escalones del santuario en el pueblo y pidió calma, mientras la Thunderhawk circulaba por encima. La aparición de la cañonera, materializándose súbitamente como un ave de rapiña mitológica, había interrumpido los rituales del amanecer de la tribu y los había puesto en pánico. Las madres gritaban, corriendo desde las puertas de sus chozas para recuperar a los niños, asombrados de la tormenta de hojas y la suciedad agitada bajo las poderosas turbinas de la cañonera. Los hombres ya se habían reunido en una multitud, blandiendo alfombras de caza mientras golpeaban sus cofres y gritaban desafíos a la nave que flotaba. El chamán del pueblo se acurrucó sobre sus rodillas, absorto en frenética oración a su obsoleta deidad.

Marcus trató de no sonreír. Siempre saboreaba éste momento, cuando finalmente la venda caía de los ojos de los infieles, cuando quedaban convertidos y veían la gloriosa luz del Emperador por primera vez.

-Gente de la Garra Dividida- gritó, con sus ropas desgastadas que se encajaban en el surtidor. Tu fe en mí esta temporada ha sido recompensada.

Había dominado los matices del dialecto local en cuestión de semanas. Su genio para las lenguas no se había atenuado con los años desde que era un niño huérfano, estudiando en una de las academias sagradas de la Schola Progenium.

Su voz estridente atrapó los oídos del jefe de la tribu, un bruto casi del tamaño de un piel verde y flanqueado, como siempre, por sus dos grandes campeones. El cacique levantó su bastón ceremonial, la Garra Dividida, con la cabeza formada por la garra de alguna bestia prehistórica, mientras rugía en silencio. Todos los que lo escucharon cesaron su clamor y se quedaron de pie, entrecerrando los ojos al viento, todos los ojos puestos en el misionero Imperial mientras éste continuaba.

-La maldición sobre vuestro bosque sagrado pronto será levantada- exclamó Marcus. **-Y los nobles cazadores ya no serán más simples presas.**

Gesticuló con un gesto hacia la Thunderhawk, como si la hubiera conjurado a la existencia. -**¿No prometí el fin del hambre? ¿No prometí acaso la liberación?**

La cañonera siguió dando vueltas por el pueblo, inspeccionando la escena de abajo. Sus propulsores rompieron la niebla en fragmentos ondulantes, revelando la península de colinas bajas que se abría hacia el sur, para luego azotar las ramas del bosque de pinos, insondable, puesto que encerraba el pueblo como un baluarte.

-Vuestros honrados antepasados llamaron al mismo dios por muchos nombres- dijo Marcus. -**El padre gris, Cloudbearer, sala del bosque. Pero él ha respondido a mis oraciones, me ha concedido una parte de su mando, porque sé su verdadero nombre.**

Marcus miró por encima de un mar de rostros hambrientos y extasiados, le observaban como niños atrapados por un cuento al calor del fuego. Marcus dio la bienvenida a la fuerza de su atención. Él absorbió su devoción como calor, sintiendo algo nutrirse profundamente dentro de él.

-Y este es mi regalo para vosotros. El verdadero nombre de vuestro dios...- Marcus hizo una pausa, saboreando la tensión del momento. -**El Emperador.**

Se quedaron sin aliento. Varios cayeron de rodillas como si sucumbieran al peso de la revelación. El chamán hablaba al oído del perplejo cacique. Ignorándolos, Marcus señaló a una mujer delgada que estaba cerca, aferrada a su gemido, con las mejillas flacas tras semanas de hambre. Se acercó a ella con un gesto de súplica.

-Y el Emperador no está parado mientras los hijos de sus discípulos mueren de hambre.

Señaló la Thunderhawk una vez más mientras se dirigía al resto de la tribu, dirigiendo la fuerza de sus palabras al jefe.

-El Emperador ha enviado un grupo de poderosos guerreros celestiales, hombres valientes que ha enviado para purificar el mal de vuestros campos de caza.

Finalmente, la Thunderhawk se alejó hacia una colina baja, fuera del pueblo.

Marcus sonrió ante la idea de introducir al cacique de ojos anchos ante un pelotón de la Guardia Imperial, guerreros extrañamente blindados llamados del cielo. La tribu nunca había visto armas antes y Marcus planeó ordenar a la escuadra que disparara una descarga de fuego en el aire, intimidando a la tribu con una demostración del poder del Emperador.

A medida que el polvo se calmaba, Marcus obtuvo su primera visión clara de la Thunderhawk mientras se preparaba para aterrizar en las colinas más cercanas. Su rostro cayó al ver a los dos transportes Rhinos, de color carmesí y negro, que la nave llevaba sujetos a su vientre.

Estampada en el costado de ambos vehículos había una flor de lis blanca.

La euforia se derritió en pánico mientras saltaba por los escalones del santuario de madera. Tenía la boca seca y la voz temblaba cuando le advirtió a la tribu que se quedara dentro de la aldea, para no aventurarse cerca de la nave hasta que hubiera saludado a los guerreros visitantes y asegurado la fe de la tribu. Empujó a varias personas perplejas de la tribu mientras corría hacia la colina, con el corazón latiendo, maldiciendo a cualquier tonto en la estación de vigilancia en órbita que había transmitido sus órdenes al Ministorum.

Había solicitado ayuda hacía ya más de dos semanas, tiempo durante el cual se había preguntado, más de una vez, si su convocatoria había sido olvidada o había sido retransmitida correctamente a través de su vox, ya que apenas funcionaba. Las tiendas de comida de la aldea habían seguido bajando y el chamán había estado haciendo demasiadas preguntas, murmurando con demasiada frecuencia en el oído del jefe. Con gran talento se metió en una hipérbole creativa, pero el misionero se había encontrado con sus escusas agotadas.

Marcus alcanzó la cresta de la colina. Se agarró de las rodillas, jadeando mientras la rampa delantera de la Thunderhawk bostezaba ante él.

Descendía hacia él una figura imponente en una servo-armadura de color ébano, un tabardo escarlata fluía desde su cintura. La mujer llevaba una pistola sujeta a su cadera derecha; la cadena de cuentas de un rosario imperial oscilaba en la otra. Llevaba el pelo negro corto y recto, cortado en la severa moda de las Adepta Sororitas, las Hermanas de Batalla.

Su escuadrilla la siguió muy de cerca, sus botas chocando contra la rampa metálica. Las Hermanas de Batalla eran más pequeñas que los monstruosos Marines Espaciales, pero no menos intimidantes. Algunas portaban bólters, los rostros desnudos, las expresiones despiadadas, los ojos misteriosamente intensos. Otras estaban completamente encerradas dentro de su servo-armadura negra, con sus rostros ocultos detrás de las viseras con cresta blanca mientras levantaban los bólters modelo tormenta de doble cañón.

El brumoso sol de la mañana reveló el rostro de su comandante. Estaba pálida como el mármol, un bello rostro esculpido pero con cicatrices, una fisura oscura en forma de Y corriendo por un lado de su rostro. Se detuvo al pie de la rampa y miró fijamente a Marcus, con la cara inmóvil, los ojos verdes vivos e ilegibles. Tenían pesados párpados, como con cansancio, arqueó sus gemelas y negras cejas con un mohín de desdén. Si su aliento no se hubiera dibujado en el frío aire, Marcus bien podía haberla confundido con una estatua.

-**Ave Imperator**- dijo, con los labios inmóviles. Su voz emanaba de una parrilla de vox en su gorguera esculpida, el dispositivo daba a sus palabras una inquietante resonancia metálica. -**Soy la hermana Adamanthea, Superiora del Dominium** (Dominion en el original, son las Hermanas de Batalla adiestradas en el manejo de armas poco usuales, como el lanzallamas, el bólter de asalto y el rifle de fusión, nt)**. -Me han dicho que me necesitas para matar algo.**

Marcus vio la empuñadura, a dos manos, de la inmensa evisceradora que llevaba sujeta a su espalda. Se sentía repentinamente nauseabundo y se obligó a hablar antes de que el miedo pudiera impedirlo.

-**Bendita hermana**- dijo, intentando sonreír. -**Eres un espectáculo alentador para un cansado peregrino. Pero me temo que ha habido un error. Solicité un destacamento de la Guardia Imperial** (Astra Militarum en el original)**, y lo hice por una razón crucial.**

La expresión de Adamanthea seguía siendo glacial.

-**¿Estás cuestionando la decisión de la Eclesiarquía?**

Su mejilla izquierda llevaba el tatuaje de una sola lágrima roja, un icono de la Orden del Corazón Valeroso, cuyas Hermanas de Batalla eran infames por la

naturaleza paranoica de su fanatismo. Marcus había oído historias, donde estas mujeres podían ver literalmente el pecado irradiando como un aura de los débiles y los sin fe.

-**No cuestiono nada, hermana**- tartamudeó. -**Yo únicamente sirvo. Sólo estoy sugiriendo que nuestros amos no hayan tenido conocimiento de la delicadeza de esta empresa.**

Se volvió para ver a la tribu acercándose a la colina. Un miedo frío pasó por las venas de Marcus mientras veía al chamán balbucear y gesticular hacía las Hermanas de Batalla. El cacique, sus cabezudos campeones y los cazadores de la aldea le seguían muy de cerca. La vista de las mujeres paró a cada uno de ellos sobre sus pisadas, sus expresiones se cuajaron de indignación.

-**Hermana**- dijo Marcus apresuradamente. -**Tienes que entenderlo, estas personas son bárbaros de mentalidad simple. ¡Tales son sus tradiciones salvajes, que en su bosque sagrado solamente pueden entrar los hombres! Contravenir esta ley es una afrenta equivalente a la blasfemia.**

Marcus gritó mientras Adamanthea pasaba a su lado hacia la multitud que se agolpaba. El pelotón permaneció en su sitio, mientras Marcus se apresuraba tras ella, maldiciendo.

-**Esta tribu domina a todas las demás en esta región**- le dijo, luchando por contener su rabia. -**El Missionarius Galaxia ha calculado que su conversión extenderá el Credo Imperial a través de todo el continente dentro de una generación. Tu presencia aquí corre el riesgo de deshacer todo lo que he logrado hasta ahora.**

-**Quédate atrás**- le dijo mientras se acercaban a la tribu.

El chamán se precipitó hacia delante, deteniendo a Marcus, escupiéndole maldiciones en su rostro. La gente reunida de las tribu miraba con estupor y asombro mientras la Superiora del Dominium avanzaba hacia el horrorizado caudillo. El bruto bufó con furia, cruzando los brazos mientras sus dos campeones avanzaban hacia ella, casualmente moviendo sus viciosas herramientas. Eran hombres fornidos, parecidos a osos, todo cicatrices y músculos, veteranos de las innumerables guerras agrediendo a las tribus vecinas.

La hermana Adamanthea los ignoró mientras seguía hacia su jefe.

Marcus observó, impotente, meses de trabajo a punto de ser demolidos por un capricho violento. Los campeones se dirigieron hacia Adamanthea, confiados en que con sólo su amenazante presencia disuadirían a la mujer. Pero aún así, ella avanzaba sobre su jefe como si ninguno de los dos guardias existiera.

Uno de los hombres fue a agarrarla del hombro. El movimiento pareció animar a Adamanthea, su aura de quietud desapareció repentinamente mientras se alejaba de la extremidad extendida del campeón. Agarrando la muñeca del bruto, empujó con su otro antebrazo blindado el codo, rompiendo la extremidad con una explosión de gritos y huesos astillados.

Estaba sobre el otro hombre antes de que él pudiera enterrar su arma en el hombro de la Superiora, sus manos disparadas más allá de su guardia como venenosos impactos de serpiente, cerrando la distancia antes de que el bruto pudiera dar un solo golpe. Agarrando el arma, ella la arrancó de su agarre con un movimiento salvaje, luego se balanceó el pomo hacia arriba contra sus dientes con la fuerza suficiente para arrojarlo sin sentido sobre su espalda. Echó el arma a un lado mientras pasaba por encima de su cuerpo y el jefe enfurecido cargó sobre ella, balanceando la Garra Dividida alrededor de su cabeza.

Adamanthea sacó su pistola y le disparó en el pie.

El jefe chilló y cayó al suelo, los hombres de su tribus gritando con un terror primitivo mientras el ladrido de la pistola resonaba sobre las colinas como un trueno. Se encorvaron ante Adamanthea, su jefe aún aullando, mirando con ojos horrorizados la sangrienta ruina que colgaba desde el final de su pierna. Marcus se sorprendió al sentir una oleada no de rabia, sino de angustiosa envidia. Qué curioso era inspirar tal asombro únicamente por la fuerza de las armas.

Adamanthea se volvió hacia Marcus.

-No he venido aquí a jugar con salvajes- dijo, con el rostro bajo una máscara de tranquilidad, ajeno al rocío de sangre que ahora le acariciaba las mejillas. -**Vengo a destruir todo lo que les ataca**.

Volvió a subir la colina hacia la cañonera. -**Necesito más información, hermano Marcus. Rápidamente, porque el tiempo del Emperador es**

precioso- agregó.

Como misionero, Marcus estaba acostumbrado a las mentes cerradas, de sobra conocía la futilidad de reprender a la Hermana de Batalla por su imprudencia. Al menos había dejado a la tribu sin dudas sobre el poder del Emperador. Sintió otra oleada de envidia y se maldijo por tener que correr tras ella como un lacayo. La tribu se retiró más atrás, llevando a su jefe herido con ellos, mientras los dos Rhinos salían de debajo de la Thunderhawk, sus motores retumbando como bestias hambrientas de guerra.

De pie cerca, Adamanthea examinó el inmejorable bosque. Oscuras llanuras de pino se desvanecían gradualmente hasta convertirse en niebla hasta que las inmensas montañas más allá no eran más que fantasmas. Extraños pájaros cruzaban un frío cielo blanco.

-**Hermana Adamanthea**- dijo Marcus, uniéndose a ella mientras ahogaba su persistente fastidio y reunía su tono más autoritario. -**Estudié extensamente esta región antes de mi partida y sospecho que un depredador indígena es la fuente de nuestros problemas. La región montañosa al norte es el hábitat de varias especies carnívoras, ahora afectadas por una fuerte disminución de presas. Estoy seguro de que una o tal vez varias criaturas, de ese tipo, han emigrado a ésta zona en busca de comida**.

-**¿Cuerpos?**

-**Ninguno. Cada grupo de cazadores que fue enviado al bosque para buscar a sus hermanos nunca regresó**.

Una de las Hermanas se acercó para confirmar la disposición del escuadrón. Adamanthea asintió y dio la orden de embarcar.

-**Las coordenadas que nos diste apuntan a ruinas antiguas, hermano**- dijo, mientras caminaban hacia el Rhino. -**La Eclesiarquía cree que son casi con certeza Imperiales. Nuestros historiadores dicen que éste mundo fue civilizado hace milenios durante el reinado de Thor**.

-**Mis estudios me llevaron precisamente a la misma conclusión**- dijo Marcus. -**Sin embargo, la tribu conoce el sitio como "la Ciudad de los Susurros". Ellos lo ven como un lugar que hay que temer, creen que las vidas de sus**

hombres fueron arrebatadas por fantasmas. Ahora ninguno de ellos se atreve a entrar en el bosque. Preferirían morir de hambre que ser arrastrados a semejante infierno.

-**Las supersticiones locales pueden albergar verdades ruinosas-** dijo Adamanthea, su voz descarnada sonando como acero mientras su boca se apretaba en una mueca. -**¿No pensaste en convocar a la Inquisición**?

-**Como bien dices, el tiempo del Emperador es precioso-** respondió, ofreciendo una inocente sonrisa. -**No pensaría en desperdiciarlo cuando hay tantas evidencias apuntando a causas naturales. El lugar está situado cerca de una importante fuente de agua que frecuentan abundantes presas, convirtiendo las ruinas en una guarida natural para cualquier predador de las montañas, como los "glacies lupus" o el común "lacundum ursus"** (Lobo de los glaciares y oso lacundum respectivamente, nt)**.**

El ceño fruncido de Adamanthea le complació.

-**Cazar bestias es una labor básica, hermana-** dijo Marcus, asintiendo con simpatía. -**Totalmente indigna de las Adepta Sororitas, pero 'fides ante vanitas'**. "**La fe ante la vanidad", como siempre digo.**

Adamanthea asintió con la cabeza hacia una figura que llevaba equipaje cerca. Era la joven de la tribu a la que Marcus había escogido como su sirvienta. Él a regañadientes le permitió acercarse con un gesto. Era bonita y tenía una buena figura, a pesar de los estragos del hambre. Marcus trató de ignorar la penetrante mirada de Adamanthea mientras la muchacha se inclinaba, con los ojos bajos al tiempo que le entregaba su abrigo. Él tomó la prenda y la detuvo, mientras ella trataba de arrodillarse y besarle la mano.

-**La fe ante la vanidad-** dijo Adamanthea. Miró a Marcus ruborizarse de vergüenza mientras despedía a la muchacha, arrebatándole la mochila y la envoltura de tela que contenía su rifle láser. La muchacha se retiró con una extravagante reverencia, que Marcus ahora lamentaba mucho haberla enseñado.

-**Claro que eres una ventaja para estas personas**- dijo Adamanthea. -**Tal vez sería mejor que te quedaras**.

-**Me temo que no-** dijo Marcus, irritado mientras pescaba una garra pintada de

dentro de su vestidura. -**¿Ves este colgante? Es un tótem de honor que llevan todos los cazadores. Significa que he jurado a estas personas entrar en el bosque, enfrentarme a sus enemigos y regresar triunfante. Aunque me avergüence, me veo forzado a acatar sus ridículas tradiciones si tengo alguna esperanza de guiarles a la luz.**

Adamanthea ya se había vuelto para seguir a la última de su escuadra en la parte posterior del Rhino. Tomando su silencio por aquiescencia, Marcus fue a seguirla por la rampa cuando ella se volvió y se dirigió a él, su voz un bajo susurro.

-**He oído que uniste a las hordas guerreras de Kordaius Quintus, negociando la paz entre ellos en nombre del Emperador. También he oído que ahora eres adorado entre ellos como un profeta de, algunos dirían excesivo, renombre**- ella se inclinó. -**¿Cree usted que una persona de carácter débil podría desarrollar un gusto por tal adoración?**

-**Creo que sí, Hermana**- dijo Marcus con frialdad. -**He visto que el valor se convierte en vanidad en muchos guerreros. Pero, por supuesto, 'superbia vocat corruptionem'. "El orgullo invita a la corrupción". Palabras pronunciadas por la Hermana Lucía, la santa fundadora de su Orden, creo.**

-**Por supuesto**- dijo Adamanthea con la amenaza reluciendo en sus ojos verdes mientras lo miraba. Marcus no pudo ahogar un estremecimiento mientras veía como desataba el eviscerador de su espalda. Los sellos de pureza de la hoja revolotearon rígidamente en la brisa, oscuros con sangre seca. Ella se agachó dentro del transporte, tomando el asiento más cercano a la puerta.

Marcus se acurrucó en un espacio cerca de la escotilla del conductor, luchando por descartar la picadura de las palabras de Adamanthea. Estas Hermanas de Batalla eran tan brutales como los Marines Espaciales, tan ignorantes como los salvajes a los que él había dedicado su vida para guiarlos e iluminarlos. ¿Qué sabía esta hermana Adamanthea de los matices de la conversión de un pueblo? Sabía que los simples hombres no eran suficientes para inspirar a las masas, para exigir una devoción inquebrantable al Trono. No, la gente necesitaba leyendas. Héroes de canciones y sagas, con visión y valor.

Él se permitió una sonrisa apretada y miró a Adamanthea mientras la rampa se

cerraba, activando automáticamente los lúmenes de fotones en los recovecos del interior del Rhino.

Al igual que el resto de su equipo, ella estaba ya orando profundamente, tocando su frente y la empuñadura de su eviscerador, ajena a todo menos a su propia devoción. Marcus podía sentir su vitalidad latente irradiando como el calor.

Demuestra tu valor, Marcus Amouris. La misma idea le llegó tan claramente como si alguien la hubiera susurrado en su oído. Él asintió con la cabeza, balanceándose en su asiento mientras el Rhino bajaba a trompicones por la colina, hacia el bosque.



-Conmigo- dijo una voz.

Marcus se despertó de un pesado sueño para encontrarse dirigido por una solitaria Hermana de Batalla. Era joven, de piel lisa, pero con una gruesa cicatriz en su arrugada nariz. Hizo un gesto con su bólter, señalando hacia la rampa abierta y el brillo del mundo exterior. Parpadeó y se levantó, avergonzado por haberse quedado dormido, desenvolviendo su rifle laser y atándolo con cintas a su mochila mientras la seguía, estremeciéndose ante el calambre en sus piernas.

El perfume del pino y de la tierra era un cambio agradable, en claro contraste con el húmedo olor del sudor y del aceite sacramental que impregnaba el interior del Rhino. Las Hermanas de Batalla habían establecido un perímetro alrededor de sus dos vehículos y estaban explorando los árboles circundantes.

Marcus olisqueó y se enjugó la nariz. Faltaba una hora para el ocaso, pero el aire ya estaba helado. Un blanco vapor se envolvió alrededor de los árboles, se tragó los altísimos pinos, se alzó, subió a las ramas altas donde enmarcaba vigas de luz del sol. El silencio aquí era tan intenso que Marcus pensó que podía detectar un extraño silbido, como estática en el aire.

Su guardaespaldas lo empujó por el camino y él agarró su rifle laser, haciendo una demostración de cómo mantenerse alerta, mirando a sus alrededores mientras se acercaba a la Hermana Adamanthea. La Hermana Superiora del Dominium estaba conversando con sus dos escuadrones, al lado del sendero de caza, el camino terminaba abruptamente por culpa de una cornisa desmoronada que había detenido su progreso. Marcus miró a través de la sombría extensión que había más allá. Luego, temblando de excitación involuntaria, se lanzó a un terreno más alto al darse cuenta de lo que debía haber ante él.

La ciudad de los susurros. Una metrópoli muerta con las ruinas de una basílica Imperial. Techos abovedados como cráneos destrozados, escombros empalados por los árboles predominantes. Los espléndidos restos estaban esparcidos por kilómetros, ahogados en un mar de niebla hirviente que se fundía en el lejano y

grisáceo horizonte. Un paisaje de pináculos, antaño orgullosos, quedó estrangulado y astillado por la empalagosa vegetación, intercalada por una gran comunidad de inmensas estatuas, contemplaban silenciosamente la eternidad mientras se desintegraban entre tinieblas. En todas partes, Marcus vio que los detritos de la fe luchaban una lenta y desesperada guerra contra el progreso de la naturaleza.

Pero, ¿acaso no podría alguien cambiar la corriente de ese conflicto... recuperar estas piedras de las garras de la tierra pagana y volver a consagrarlas en el nombre del Emperador?

Marcus vio delante de él no una ciudad perdida por la ruina, sino una gran oportunidad. Gloria que podía ser tomada. Una vez que las Hermanas hubieran expulsado cualquier molestia que acechaba por aquí, el propio Marcus podía resucitar éste sagrado lugar y dar la bienvenida a todos aquellos a quienes él iluminó para venir a rendir homenaje. Levantarían estatuas de él en gratitud, por supuesto. Prueba de su valor. ¿Cómo no debería ser conocido? ¿Amouris el intrépido? ¿El Benefactor? ¿Padre de los fieles?

La joven Hermana de Batalla cogió el brazo de Marcus, tirándole de la empinada ladera de árboles que había subido para obtener una mejor vista de la ciudad en ruinas. Fue a protestar cuando vio lo cerca que estaba de rozar el borde de los escarpados acantilados que rodeaban la ciudad; tal vez los restos de algunos fosos monumentales que habían rodeado éste lugar hacia un eón. Mirando hacia atrás, la misma cornisa desmoronada que había detenido el progreso de los Rhinos, vio que eran los restos de un puente de piedra, una sección la cual se había derrumbado y desaparecido en el brumoso cañón de abajo. El puente parecía haber sido una vez parte de un gran pabellón que llevaba a la parte superior de una extravagante catedral. El edificio parecía relativamente intacto, al menos, por lo que Marcus podía ver a través de la niebla. ¿Era un tramo de escaleras que conducía a un arco abierto y, por encima de él, los restos de un bello enrejado circular donde un inmenso rosetón se había erguido una vez?

De repente, le dolió ver lo que había dentro y sintió de nuevo esa sensación de algo hirviendo en el aire, como una lluvia fantasmal. ¿Era algún truco del viento? ¿Del clima o la presión del aire? Era fácil ver por qué las tribus locales evitaban este lugar.

-¿Está seguro de que éste es el camino correcto, hermano?

Marcus saltó al oír la sonora voz de la hermana Adamanthea. Antes de que pudiera contestar, dos Hermanas de Batalla entraron en su campo visual desde una empinada cuesta rocosa que descendía cerca del cañón bajo el puente en ruinas.

-Ha caído recientemente, Hermana- dijo una de ellas. **-Probablemente, no hará más de un día**.

Adamanthea arrebató inmediatamente el rifle laser de las manos de Marcus. Antes de darse cuenta de lo que había hecho, le había arrojado el arma a su guardaespaldas y lo golpeó contra el lado del Rhino, sujetándole la garganta con el antebrazo.

-¿Con quién has estado hablando?- su voz era fría y medida mientras resonaba a través de la rejilla del vox en su garganta.

-No sé qué...

Adamanthea atoró su antebrazo más profundamente en la garganta de Marcus, su rostro permaneció impasible mientras veía como se ahogaba y se retorcía.

-Ningún animal hizo esto. Alguien sabía que íbamos a venir- dijo. **-¿A qué esperas, a que nos mate?**

Lo sostuvo un momento más, observándolo con esos lánguidos ojos verdes mientras él jadeaba. Dio un paso atrás, soltando a su frenética presa.

-Lo juro por el Trono- tosió, sus palabras apasionadas por el miedo y la confusión. **-De verdad que no tengo ni idea.**

Varias de las otras Hermanas lo rodeaban ahora, sus bólters apuntando a su pecho.

-Hermana Clarice- Adamanthea hizo un gesto hacía la guardaespaldas de Marcus. La joven Hermana de Batalla con la nariz rota agarró el brazo de Marcus y lo retorció sobre sus rodillas, fijando su rostro contra los flancos fangosos del Rhino mientras le quitaba la mochila. Un nudo de rabia impotente

se apretó en el pecho de Marcus mientras rebuscaba dentro de su chaqueta.

-**Los restos del puente no muestran signos de explosivos-** dijo una de las otras Hermanas. -**Por lo que podemos ver, parece que alguien ha quitado la piedra angular, demoliendo los soportes con herramientas**.

Los pensamientos de Marcus corrieron. ¿Cómo podía saber que iban a venir? ¿Había una conspiración en el pueblo? ¿Quizá el chamán? Improbable. Eran unos simples medio muertos de hambre, además este lugar les aterrorizaba, entonces, ¿quién destruyó el puente? Y si querían la escuadra muerta ¿por qué no aflojar las piedras y esperar a que los transportes condujeran por el puente? ¿Alguien quería que ellas, o él, vivieran?

-**No hay ningún emisor vox, ni similar, Hermana Superiora**- dijo Clarice, concluyendo su búsqueda de la mochila de Marcus. -**Nada**.

Marcus se secó el barro de la cara y se puso en pie.

-**No te quitaremos ojo**- le espetó Adamanthea.

Clarice asintió y Adamanthea ordenó que el resto de la escuadra se moviera por la ladera, por el cañón brumoso bajo el puente desmenuzado. Murmuraron una oración de santidad en un misterioso unísono mientras marchaban hacia la boca de la ladera.

La hermana Clarice colgó el rifle laser de Marcus sobre su propio hombro mientras lo empujaba a la línea.

Marcus se volvió hacia ella, implorando. -**Hermana, debe haber otros puentes, otras entradas a lo largo de estos acantilados. Estamos caminando claramente hacía una emboscada. ¿Por qué?**

-**Porque..**.- admitió Adamanthea, con el rastro de una sonrisa en sus labios congelados. -**Estoy impaciente por conocer a los que creen que pueden desafiar la voluntad del Emperador**.



Marcus no podía dejar de temblar. Hacía aún más frío aquí en el pantano del cañón, la niebla aún más impenetrable cuando más se acercaba la noche. La niebla parecía absorber cada sonido más allá del tintineo del equipo de guerra de la escuadra y el silbido de sus botas. Varias Hermanas de la Batalla exploraron el camino por delante, buscando pistas mientras las Dominium caminaban a varios pasos tras ellas, agarrando sus bólters modelo "Tormenta". Adamanthea acechó a su lado, esgrimiendo su pistola. Marcus se acercó a la retaguardia, la joven Hermana Clarice permaneció a su lado mientras el escuadrón avanzaba hacia la lejana catedral, siguiendo el curso del pavimento destrozado que subía.

Las ruinas se erguían sobre ellas como lápidas colosales. Marcus se sentía minúsculo, como algo sacado de un sueño absurdo. El aire apestaba a mantillo y agua estancada, parecía crepitar y apretarse como hielo helado, retorciéndose con susurros que parecían silbarles entre los escombros inundados.

Una inteligencia maligna estaba trabajando aquí, algo que las Hermanas de Batalla tendrían que erradicar antes de que pudiera iluminar a toda la gente de éste mundo, antes de que pudiera limpiar el lugar y asegurar su legado. Se sentía impulsado por la fe; una fe, sino en el Santo Emperador, entonces en sí mismo, en la propia capacidad, en su talento innato para la supervivencia. A pesar de que ya no tenía su rifle laser, sintió una extraña ausencia de miedo.

Demuestra tu valor, Marcus Amouris.

Marcus repitió el pensamiento una y otra vez, como un mantra. Tan inmerso estaba en su bendición que tardó en darse cuenta de que un murmullo de actividad estaba teniendo lugar a la cabeza de la columna. Se habían intercambiado gestos sutiles y la formación de las Hermanas de Batalla estaba cambiando. Observó con curiosidad cómo una de ellas lanzaba algo contra una línea de mampostería derribada.

No tardó en darse cuenta de que había lanzado una granada, sólo una fracción de segundo antes de que detonara, con un auge de roca desprendida que llenó el aire

de humo y una lluvia de hojas girando. Unas figuras gritando atravesaron la cortina como si la explosión los hubiera liberado de la misma tierra. Las Dominium respondieron instantáneamente a su aparición, con una batería ensordecedora de fuego de los bólters tormenta que envió al corazón de Marcus un espasmo de miedo.

El pánico lo electrificó cuando estalló una segunda tormenta de fuego. Las Hermanas de Batalla que lo custodiaban soltaron una ráfaga continuada sobre las aullantes figuras que saltaban desde la niebla, la llamarada de una bengala envió sombras que se precipitaban sobre las ruinas. Una de las figuras vestidas con pieles se precipitó cuando un proyectil bólter obliteró su hombro, arrojando su brazo derecho de nuevo atrás, hacia la niebla. La espantosa herida no lo frenó, mientras él y otro se estrellaban contra la Hermana Clarice, empujándola al suelo. Mientras los tres luchaban como animales enloquecidos, algo aterrizó cerca. El rifle laser de Marcus.

Corrió a recoger el arma mientras la cascada de fuego continuaba como un coro atronador, mezclado con los juramentos de las Hermanas y los gritos a pleno pulmón de las monstruosas cosas con las que luchaban. Algo cargó sobre su costado, abrazándolo, sofocándolo con sus enormes brazos. Mientras Marcus luchaba por liberarse, vio los ojos salvajes y sin párpados de su atacante. Una boca babeante mostraba un desprecio de dientes arruinados. La carne de la criatura estaba manchada, marcada como si estuviera cicatrizada por el fuego, una cavidad nasal abierta soplaba hilos de moco mientras luchaba por arrastrarlo lejos de la batalla.

Alrededor de su herético cuello llevaba el tótem de la garra de un cazador tribal.

La Hermana Clarice se alzó ante él, con los ojos abiertos en una máscara de sangre y suciedad mientras golpeaba con su bólter el cráneo del fallido secuestrador de Marcus. El cazador se tambaleó hacia delante, liberándolo. A medida que el misionero se apresuraba a recoger su rifle laser, la Hermana Clarice disparó un torrente de proyectiles bólter hacia la asolada criatura, el resplandor iluminando una mirada de terrible éxtasis en su cara manchada de barro. El sonido de una oración alegre y sonora se había unido ahora al clamor que lo rodeaba.

Marcus arrebató el rifle laser del suelo y se volvió, buscando objetivos. Vio a

otro de los mal formados cazadores empujar el trasero de un pico en la cara de la Hermana Clarice, rompiendo su nariz de nuevo. La Hermana de Batalla se tambaleó hacia atrás, resoplando a través de la sangre borboteando sobre sus labios, el cazador reunió fuerzas para un golpe final en la cabeza, con el objetivo de enterrar la parte puntiaguda del arma en el cráneo de Clarice mientras seguía aturdida. Marcus ya tenía el rifle laser apoyado en su hombro y disparó un rayo rojo a través de la parte posterior de la cabeza de la criatura.

La Hermana Clarice levantó la vista. Pulverizando sangre mientras cantaba, se unió a sus Hermanas en oración, con los ojos abiertos, extasiada. Su resonante himno ahogó los gritos de los cazadores en retirada que huían hacia los árboles cubiertos de niebla. Marcus disparó salvajemente tras sus enredados atacantes. Su corazón se elevó cuando se unió a las Hermanas en la canción, el aire espeso con el olor del humo de las armas. La Hermana Clarice le hizo un gesto para que cesara el fuego cuando los cazadores desaparecieron de nuevo en la niebla.

Pero Marcus podía oírlos aullar de nuevo. Se habían reunido y volvían a cargar una vez más, atravesando la cubierta de niebla y los árboles hacia el pelotón. Las Hermanas de Batalla no abrieron fuego. Otra figura corría por la niebla hacia los cazadores; una figura que empuñaba un eviscerador gruñendo con ambas manos.

La Hermana Adamanthea surgió a través de los árboles como una estrepitosa ola, girando la espada, guiando su inmenso peso, barriendo árboles y cuerpos por igual, dejando un sendero carmesí en su estela. Luchó sin temor, de una manera temeraria, mientras las patéticas armas de los cazadores golpeaban su armadura haciendo saltar chispas. Ella retrocedió como una serpiente enloquecida, sin hacer ningún esfuerzo por pararse, sólo para matar, arrojándose de nuevo a la pelea como si abrazara la muerte.

A Marcus le recordó las Hermanas Repentia, las de las Adepta Sororitas, exiliadas de su cargo por terribles transgresiones al Credo Imperial. Estas almas deshonradas tomaban los trapos rojos del penitente buscando la redención en el campo de batalla. Armadas con nada más que la fe y un eviscerador ceremonial, luchaban siempre en primera línea en todos los conflictos, atraídas por las más desesperadas de las probabilidades. Berserker mártires jugándose su supervivencia sobre la voluntad, poco frecuente, del omnipotente Emperador por verse redimidas.

Al verla en combate, Marcus no podía dejar de preguntarse si la hermana Adamanthea había caminado alguna vez por el camino de las Repentia. La absolución, y mucho menos la supervivencia, era una cosa tan rara para una Repentia que se consideraba un milagro.

La escuadra de Adamanthea murmuró bendiciones y oraciones de reverencia, algunas arrodilladas, algunas pasando las cuentas de sus rosarios mientras Adamanthea hacía girar su espada de una víctima a otra, separando cada cuerpo como una simple cortina sólo para revelar el siguiente. Para sus Hermanas de Batalla, la Superiora del Dominium era una encarnación viva de la tolerancia del Emperador. Ésta mujer decretaba los sagrados milagros sobre los cuales Marcus simplemente predicaba.

Demuestra tu valor.

El pensamiento llegó, y se sintió reforzado una vez más. Él ayudaría a las Hermanas a purgar éste lugar del mal. Lucharía junto a la hermana Adamanthea, compañeros de fe y de armas. Volvería a la tribu victorioso, una prueba viviente de que la voluntad del Emperador había prevalecido. Él sería reverenciado por la tribu como un profeta, y, mientras el Credo Imperial se fuera extendiendo, su leyenda superaría la de la propia Adamanthea. Sus piernas temblaban por la adrenalina. Su aliento se aceleró, haciéndole sentir vértigo. Sí, su propia leyenda estaba casi a su alcance.

-**¿Bajas?**- preguntó Adamanthea, con el rostro empapado de sangre y el pelo goteando. Marcus se dio cuenta de que los cazadores estaban todos muertos y ella había regresado a su equipo.

-**Nada que la oración no puede arreglar**- informó una de las Hermanas.

La sensación de calma de Adamanthea había regresado. Era como si hubiera gastado toda su energía en combate y volviera a osificarse en una mujer de piedra. Estaba mirando fijamente uno de los cuerpos de los cazadores.

-**Los miembros de tu tribu desaparecidos**- dijo sin mirar a Marcus. -**Como yo esperaba.**

-**¿Pero esperabas esto?**- dijo Marcus, señalando el rostro del cadáver.

La carne parecía haber sido de alguna manera crema sobre el cráneo, como arcilla. Ojos como de peces miraban en direcciones opuestas, la boca retorcida de una forma imposible, los rasgos desordenados como si estuvieran torpemente reunidos. Ningún depredador natural les había hecho eso. Algo había corrompido a estos cazadores, los había mutado, los había rehecho a su voluntad.

Una vez más, Marcus podía percibir ese susurro en la estática en el aire. Cuanto más se concentraba en él, más parecía emanciparse de dentro de la catedral. Sentía su boca súbitamente seca. Sus miembros temblaban como si estuvieran ansiosos por subir escaleras y destruir lo que se escondía más allá. Sentía el miedo sólo como algo distante, trivial al lado del gran destino que el Emperador le estaba ofreciendo.

Una Dominium llamó a Adamanthea, retransmitiéndole un mensaje del vox. Parece que los Rhinos han localizado otro puente. Está intacto, a unas pocas millas al sur. Piden permiso para unirse a nosotros.

-**No**- exclamó Marcus antes de que Adamanthea pudiera responder. Las cejas de la Superiora alcanzaron un pico de extraña sorpresa.

-**No necesitamos tal ayuda contra estos desgraciados**- les dijo, casi sin aliento por la emoción. -**Cazadores de otras tribus también deben haber desaparecido. Nos enfrentamos a unas pocas docenas más. Eso es todo**. **¡Estoy seguro de ello!**

-**Animales salvajes eran tu última hipótesis, hermano**- dijo Adamanthea.

Marcus quiso formar una réplica enojada. -**Debemos avanzar ahora. Golpear antes de que puedan reunirse de nuevo.**

-**He visto a uno de ellos tratando de capturarlo, hermana**- dijo Clarice, señalando a Marcus. -**La mitad inferior de su cara todavía estaba cubierta de sangre que procedía de su arruinada nariz. Podría haberlo matado. En cambio, trató de llevarlo lejos, como si lo quisiera vivo.**

Adamanthea silenció a Marcus mientras intentaba responder. -**Vuelve a los transportes, Hermana Clarice**. **Y lleva al hermano Marcus contigo**.

Un escalofrío le atravesó. Balbuceó, el interior de su cabeza silbando con

estática, palabras de protesta negándose a formarse.

-**No temas, hermano**- dijo Adamanthea con su voz metálica tan fría como siempre. -**Nosotros limpiaremos el sitio para usted, pero el honor será suyo, por el bien de su juramento a la tribu**.

Marcus tocó la garra pintada colgando de la cuerda alrededor de su garganta, de repente recordó su presencia.

-**Si realmente desea asegurarse de que éste mundo sea llevado a la luz**- agregó. -**Si verdaderamente sirves al Trono por encima de todo, entonces volverás con la Hermana Clarice y lo harás sin discutir**.

Marcus sintió que sus palabras le despojaban de su destino. Lo sentía tan agudamente como si estuviera siendo desollado. La zelote le despreciaba, quería una excusa para reclamar su gloria y hacerla suya. Ella se volvió, su voz amplificada a un rugido de bronce que galvanizó a todos los que la oyeron.

-**¡Sororitas! La gracia del Emperador es misteriosa. Él nos envió a éste mundo para cazar bestias. En su lugar encontramos corrupción y herejía. Las Hermanas del Corazón Valeroso purgarán estos sagrados muros de la presencia del mutante y de su progenitor, cualquiera que sea.**

Acarició su goteante eviscerador como si fuera su hijo, con los ojos vidriosos mientras imaginaba un arrebato asesino.

-**¡Por Lucia, no vamos a permitir que el mutante viva**!

-**¡Ave Imperator**!- exclamó su escuadra, agarrando sus rosarios, con voces extasiadas. La Hermana Clarice tomó el hombro de Marcus, su toque envió una corriente de terror a través de su cuerpo, despertándole.

Marcus le dio un codazo en la cara, pulverizando su nariz herida. La escuchó jadear con sorpresa y dolor mientras se dirigía hacia la catedral, agarrando su láser. La escuadra le dio persecución. Cuerpos blindados golpearon el suelo tras él mientras corría a través del barro, hasta la piedra abovedada y quebrada, esquivando cada raíz que amenazaba con enganchar sus pies. Era como si la voluntad del Emperador lo guiara más allá de todos los obstáculos, asegurándose de que nada le impediría agarrar su destino, un destino que la hermana

Adamanthea, en su arrogancia, había tratado de negarle. La escuchó, esa voz como sintetizada entre la niebla. Ahora estaba muy lejos de él. Tenía ganas de reírse, sus miembros temblaban, electrificados.

Su rosario rebotó en su muslo, parpadeando en la penumbra nocturna. Armado con nada más que fe y fuego, Marcus Amouris demostraría su valor. Atraería a los mutantes hacia él, los atraería dándose tiempo para que las Hermanas de Batalla se unieran a él. Juntos, limpiarían este lugar, pero la lucha sería instigada por él, no por ella. El triunfo de ésta noche sería la piedra angular de su leyenda en éste mundo.

Ya no podía oír los gritos de las Hermanas de Batalla. Las había dejado muy atrás, tragadas por la niebla. Siguió corriendo, rociando saliva caliente con cada jadeante respiración, mientras la niebla se aclaraba ante él, revelando finalmente los escalones de piedra que ascendían hasta la catedral.

Marcus pensó que probablemente debería detenerse y darle a la escuadra la oportunidad de ponerse al día. En vez de eso, se encontró saltando por los escalones rotos, ignorando la agonía de sus piernas, el fuego en sus pulmones, y su aliento como humo entre el aire frio ante él.

Demuestra tu valor. Demuestra tu valor.

Su corazón acelerado parecía golpear las palabras. El pensamiento fluyó a través de él, animándolo, forzándolo como un simple títere. Miró el oscuro arco de la catedral. Parecían unas fauces preparadas para devorarlo. Exhausto, finalmente se obligó a detenerse, a esperar a que las Hermanas de Batalla al menos se acercaran. Pero su cuerpo se negó a obedecer.

Un frio horror consumió a Marcus cuando se dio cuenta de que alguna fuerza invisible se había apoderado de él, lo empujaba por las escaleras, envolviendo sus pulmones, ahogándolo mientras corría.

Tropezó y cayó, pensó que era una bendición, pero sus brazos y piernas ya lo obligaban a ponerse nuevamente en pie, enviando otra vez oleadas de agonía a través de su torturado cuerpo. Cuando se levantó, la cadena de cuentas de su rosario se enganchó en una grieta en el escalón. Ordenó a su mano que se estirara para liberarlo, pero su miembro no hizo tal cosa. En su lugar, su cuerpo

deliberadamente se tensó hasta que la cadena se rompió y Marcus se encontró retomando su agónica ascensión. Oyó el rosario sonar como una campanilla mientras rebotaba por los escalones, se encontraba incapacitado, impotente de gritar su total desesperación. La fuerza que se había apoderado de él lo obligó a subir el último tramo de escaleras, siempre hacia adelante, cada paso suyo un tormento mientras se tambaleaba a través del arco oscuro, hacia las ruinas de la catedral.

Las paredes se alzaban a cada lado de él, escombros como olas de marea. El inmenso techo abovedado había sucumbido a la gravedad hacia ya milenios, los detritus caídos creando ruinosos prados muy por debajo. Marcus tropezó con los restos de una araña de hierro del tamaño de una cápsula. Jadeaba como un animal, sus pulmones pidiendo aliento, pero sus piernas no le daban piedad. Corría hacia los incendios que ardían a media milla de distancia en el cruce de la catedral, iluminando débilmente las hileras de arcos cavernosos que se abrían como un colosal coro. Mientras pasaba junto a cada portal oscuro, Marcus pensó que podía ver pálidas figuras moviéndose dentro, pero su cabeza se negaba a volverse y mirar.

Demuestra tu valor, Marcus Amouris.

Las palabras no eran un pensamiento. Eran un susurro; una voz que no era suya, que nunca había sido suya. Le eran lanzados por la misma fuerza que lo atraía hacia los fuegos que se acercaban. El terror se apoderó de él.

Entrega tu arma.

Sintió que sus manos se aflojaban alrededor del arma. Entonces, algo se lo impidió. Fuera lo que fuera, rompió el horrible hechizo y sus piernas cedieron instantáneamente, dejándolo caer al pie de una colina de escombros. Se quedó allí, desamparado y jadeando. Le llegaron susurros de voces desde todas direcciones, prometiendo las glorias que le esperaban al llegar a su sagrado destino.

Pero otra voz había surgido entre los susurros, y ahora los ahogaba en una canción gloriosa.

-**A morte perpetua, domine, libra nos** (“De la muerte eterna, amo, libranos”,

nt)**.**

Un coro de voces femeninas sin temor. Su estribillo cantado sonaba alrededor de los pasillos como campanas de una iglesia, alejando la oscuridad, devolviendo fuerza y agilidad a los miembros exhaustos de Marcus. Se recompuso, luego se congeló. Una especie de pálido simio trepaba por los escombros hacia él.

Estaba desnudo y era asexuado, sin género, unos ojos sin párpados lo miraron fijamente, con la boca abierta mientras su carne rezumaba sobre su propio cuerpo como cera fundida, como una vela que se disuelve pero a la inversa. Parecía ser de la misma especie corrompida que los cazadores, pero en un estado aún más inacabado de evolución. Se parecía a una figura toscamente esculpida de arcilla viva. Marcus disparó llevado por el pánico mientras se abalanzaba, brillantes rayos rojos brillantes pasaron por delante de su cabeza antes de que otros dos rayos atravesaran al simio por el pecho, matándolo. Se volvió para huir y vio la salvación sobre la piedra caída a cierta distancia detrás de él.

Los cuerpos blindados de poder negro parecían materializarse en la oscuridad como ángeles, sus caras pálidas, y sin dejar de cantar, enmarcadas por cortinas de cabello negro mientras desataban una gran cantidad de parpadeante fuego de los bólters. Marcus se arrojó al suelo mientras más figuras medio derretidas explotaban a su alrededor, regándolo con trozos de carne caliente y humeante.

La voz de la Hermana Adamanthea se apoderó del aire, apasionada y llena de fe mientras cantaba ante sus Dominium. Sus facciones marcadas con la cicatriz estaban contraídas por la rabia, mientras la voz de su garganta amplificaba por su vox sonó como un rugido aterrador.

-Y aunque se encojan y se escondan, nada los salvará de Su justa ira.

Bajó la mano y las Dominium dispararon. Un coro de fuertes truenos sacudió nubes de polvo y escombros desde arriba. Marcus se arrastró mientras los explosivos proyectiles demolían rocas y cuerpos por igual.

Adamanthea aulló. **-Ni la piedra ni el acero los salvarán de la fe inquebrantable**.

Como en obediencia a su declaración, el fuego de las Dominium desalojó una enorme estatua, que lentamente cayó sobre varias de las criaturas mientras huían.

Marcus se escabulló a la oscuridad de un arco, cerca de donde él yacía, jadeando y llorando, aferrando el rifle láser contra su pecho. Observó desde detrás de un pilar, mientras varios mutantes más pasaban por delante de él hacia las más avanzadas de las Hermanas de Batalla. Los antebrazos de las criaturas se abultaron mientras se colocaban entre los escombros, sus manos se hincharon convirtiéndose en monstruosos apéndices parecidos a mazas. Uno de ellos se agachó junto a un pedazo de albañilería cercano y Marcus retrocedió horrorizado mientras la piel de su puño hinchado se desprendía para revelar una garganta circular y dentada, cuya garganta ya brillaba con fuego brujo.

Marcus sintió un horror que se hundió en sus entrañas. ¡Fuego brujo! Estas criaturas eran de origen demoníaco, la loca herejía de la urdimbre hecha fuego y carne. Tentó instintivamente en busca de su rosario cuando recordó que lo había perdido, arrancado de él durante su incontrolable subida de los escalones. De pronto sintió como si estuviera cayendo, encogiéndose, perdido ante la desesperación. Incluso las letanías de protección que había pasado su vida memorizando no llegaban a sus gemebundos labios.

Las Hermanas de la Batalla marcharon, sin vacilar ni en el paso ni en el canto, cuando los mutantes se levantaron y vomitaron el disforme fuego desde sus brazos. El infierno iluminó las paredes, revelando hileras de aquilas agrietadas coronando los grandes arcos, indiferentes mientras las Hermanas de Batalla de abajo se consumían.

Dos de las mujeres salieron tambaleándose, sus cuerpos envueltos en llamas, disparando aún sus bólters y gritando en agonía o de pura rabia. Las demás Hermanas devolvieron el fuego, destrozando a tres de los mutantes, allí mismo, donde estaban. Pero las criaturas seguían llegando, como una inundación, desde las profundidades de la catedral, uniéndose a sus obscenos hermanos mientras regaban las líneas de las Hermanas con chorros de fuego disforme. Las Hermanas sólo podían responder a las ardientes ráfagas con más gritos y el menguante rugido de los disparos de sus bólters.

Débil de terror y agotamiento, Marcus se retiró más profundamente en el interior del arco cuando vio que uno de los mutantes se acercaba, la carne del rostro de la bestia se retorcía alrededor de sus curiosos ojos mientras olfateaba el aire.

-**¡No dejes que el mutante viva**!

El plateado grito de la Hermana Adamanthea resonó mientras las Hermanas de Batalla cargaron, gritando oraciones de fuerza y protección, sus versos ininterrumpidos mientras otras dos Hermanas cayeron, entre gritos, envueltas en llamas. Adamanthea sostenía su eviscerador en alto con las dos manos y cargó contra uno de los mutantes que lanzaban llamas, sin prestar atención a que con tal acto la abominación la ahogara en el fuego. Las llamas cayeron sobre su servo-armadura mientras ella saltaba, cortando el monstruo por la mitad. Los resquebrajados restos siseaban y humeaban, sus fuegos se ahogaron en su propia sangre.

Adamanthea siguió, sin perder el ímpetu ni hacer ninguna pausa. Su hoja cercenó a otros dos mutantes mientras sus Hermanas de Batalla destruían aún más mutantes con precisas ráfagas de bólter, los cortaban con cuchillos de combate o abrían sus carnes con los dedos blindados.

El calor se hizo insoportable, pero los gritos de las Hermanas de Batalla que morían parecían sólo instar a sus compañeras sobrevivientes a cantar cada vez más fuerte. Adamanthea se movió para protegerlas mientras más demonios pálidos corrían hacia ellas. El terror dejó paso a la desesperación y Marcus alzó su láser. Pero mientras trataba de estabilizar su rabiosa mirada contra el mutante más cercano, algo cayó sobre él.

Unas manazas gelatinosas lucharon para arrebatarle el arma y lo consiguieron, mientras él chillaba y pateaba desde su escondite. Los susurros se cerraron una vez más, enmascarando los aullidos indomables de la Hermana Adamanthea. Marcus observó el mundo arder detrás de él mientras los mutantes lo arrastraban hacia el horror que esperaba en el corazón de la catedral.

Los susurros se intensificaron cuando lo arrastraron por los brazos hacia los fuegos que ardían en el cruce de la catedral, apenas iluminando los vastos salones abandonados de los transeptos de ambos lados. Podía oír un sonido pesado y lento cerca. Los mutantes lo llevaron a lo que en otro tiempo había sido el baptisterio de la catedral, poniéndolo ante el altar arruinado como si presentaran una ofrenda.

Marcus alzó la mirada hacia la estructura de dos pisos que se desmoronaba. Los

pilares agrietados rodeaban un pozo bautismal profundo. Los peregrinos de toda la galaxia habían venido aquí una vez para renacer a la luz del Emperador, tal vez para convertirse en misioneros, difundiendo la fe por dondequiera que vagaran. Ahora, el pozo se había convertido en el santuario de otra cosa, algo pálido y ondulante, cantaba y gorgoteaba ante Marcus mientras se estremecía delante de él.

El demonio se levantó para verlo mejor, era un ser sin rostro, por lo menos cuatro veces la altura de un hombre, su cuerpo largo y esbelto, una columna de carne fundida, rayada por pulsantes venas. La criatura flexionó sus miembros como un látigo, salpicando cucharadas de grasa por el suelo. Globos oculares corrían alrededor de su cuerpo, agrupándose como burbujas mientras miraban fijamente al desamparado misionero.

El pozo en el que la cosa había estado descansando rebosaba de carne revuelta, licuada de algún modo por la alquimia de la urdimbre. Este lodo pálido se derramó y rebosó sobre el borde del pozo, creando pólipos enormes que se abultaron sobre el suelo. Se hincharon y se movieron, convirtiéndose en formas humanoides que se apresuraron a unirse a la batalla que Marcus podía oír, todavía furiosa tras él. Enmudeció, asqueado, no sólo por el majestuoso sacrilegio que se presentaba ante sus ojos, sino también por el creciente sentimiento de que una parte de él le daba la bienvenida.

Observó, hipnotizado mientras la cara del demonio se arremolinaba, formando un vórtice en su centro, un iris de carne que parecía abrir un agujero en el mismo tejido de la realidad. Creó una abertura a través de la cual Marcus podía oír cosas que hacía que le picaran todos los nervios, palabras eldritch (mágicas, nt) con el poder de corromper tanto la carne como las mentes, para dar forma al curso del mismísimo destino.

El demonio extendió un brazo, dándole la bienvenida, hacia él, la carne de su mano en espiral era un tembloroso tentáculo. Sin darse cuenta, Marcus lanzó un grito silencioso al verlo llegar.

El tentáculo se enrolló alrededor de su mano y se deslizó, subiendo por su manga, como una serpiente. Marcus sintió que su carne ardía al tocarla. La cosa se disolvió en su brazo mientras nadaba por la piel y el hueso hacia su garganta. Sintió su psique fusionarse con la suya propia. Parpadeó y se encontró mirando a

través de innumerables ojos su propio cuerpo ahogándose.

La asombrosa mente de Marcus estaba inundada de imágenes en movimiento, fragmentos de recuerdos extraños, frenéticos y emotivos. Fluían, uno tras otro, como agua que inunda el casco de un barco que se hunde. La conciencia del demonio se estaba fusionando con la suya, ya que le absorbía cuerpo y alma. Pero a medida que su percepción se expandía, Marcus comprendió con vertiginoso horror que estos recuerdos no pertenecían al demonio, sino a sí mismo. La criatura se había infiltrado en su mente hacía meses.

Zarcillos de arcana influencia habían estado susurrándole a través de las grietas en la fe de Marcus, sin siquiera darse cuenta. El demonio conocía sus pensamientos porque había ayudado a moldearlos, incitando su orgullo, atrayéndolo con su propio deseo de probarse a sí mismo.

Su conciencia se posó sobre otra imagen, otra alma atrapada en las bobinas psíquicas del demonio. Marcus se encontró mirando a través de los ojos de un hombre que rondaba el bosque junto a sus hermanos. Todos ellos habían sido hipnotizados por sofocantes murmullos en los árboles que prometían la recompensa de un cazador, pero los llevaban a un horrible destino. La imagen desapareció, reemplazada por la del rostro pedregoso de Adamanthea. El demonio había estado escuchando cuando Marcus la dirigió hacia la Ciudad de los Susurros. La imagen onduló, cambiando a otra. Marcus vio manos delante de él, nudosas por la mutación. Los cazadores caídos, sus cuerpos fundidos en carne líquida, después torpemente remodelada para llevar a cabo el trabajo del demonio. Las manos estaban arrancando piedras antiguas de su sitio, picando y deshaciendo la quebradiza argamasa del antiguo puente con eones de edad. La imagen se derritió. Ahora, esperan al inconsciente misionero y sus protectoras. Lo querían vivo, y Marcus sintió como el demonio se deleitaba con su terror al pensar en ello.

Miedo. Los sentidos aumentados de Marcus podían sentirlo irradiando de esas arruinados muros y paredes, de la ciudad entera. Las tribus periféricas habían proyectado sus temores sobre éste lugar por generaciones, lo empaparon de terror, suavizando el velo de la realidad como empapando un viejo pergamino hasta que se desgarró. El demonio había susurrado a través de esta abertura durante siglos, atrayendo a los débiles, a los orgullosos, a los arrogantes, haciendo su carne viva en un perfecto estado mercurial, reuniendo arcilla

suficiente para formar una legión de horrores. Pero el demonio quería más.

Marcus jadeó mientras el tentáculo se fundía alrededor de su garganta. Repentinamente comprendió la extensión del culto a través de la galaxia. Un nexo de hilos amarrados a cada mundo; hebras de influencia tirando y tensando, provocando el destino hacia algún objetivo insondable. Los susurros se fundieron en una sola palabra que le gorgoteaba de la garganta como vómito, el nombre de su nuevo amo, el ser temible que vivía como una araña venenosa en el centro de una red cósmica.

-¡Tzeentch! Tzeentch! ¡Tzeentch!

Su señor ansiaba un enviado, un misionero, un experto en el uso de las palabras y sutilezas, alguien que podía susurrar el credo ruinoso a las tribus periféricas; reuniendo a fieles a quien el Cambiador de Caminos podría deformar en su propósito de levantar una catedral de corrupción que irradiaría sus susurros alrededor de éste mundo, haciéndolo suyo. Marcus se convertiría en un profeta de leyenda, elegido por el Arquitecto del Destino. Su ardiente ambición pronto se convertiría en carne.

El mundo se volvió negro.

Marcus pensó que estaba muerto, sólo para darse cuenta de que estaba tirado en el suelo, jadeando de dolor. Junto a él había un tentáculo cortado, deshaciéndose en cenizas. Una oleada sofocante de calor lo invadió, iluminando las ruinas circundantes como el sol naciente. El demonio estaba escupiendo un chorro de fuego desde el vórtice en su cara, persiguiendo una figura blindada de pilar a pilar. Por encima del gruñido chillón del eviscerador de la mujer, Marcus podía oír un siniestro carillón, como una hoja repetidamente extraída de su vaina. La hermana Adamanthea se reía.

Ella cargó, saltando sobre la mampostería rota, atacando al demonio, casi líquido, mientras se lanzaba hacia atrás, cubriéndose para desatar otra granizada de fuego. La cuchilla zumbó varias veces a través del aire vacío mientras Adamanthea cortaba, con el gran arma sobre ella, con la gracia de un bailarín. La criatura rodó alrededor del pozo, evitando cada furioso golpe.

Exhaló otra columna de fuego, pero Adamanthea lo vio venir, esquivado el

ataque al desviarse hacia un lado atravesando las lagunas en una escalera rota. Llegaron a un balcón con vistas al pozo. Corrió por la circunferencia de la terraza sobre el demonio, apenas superando el chorro de llamas que le quemaba los talones, llevaba bajo su eviscerador, arrastrándolo tras ella como una cola de dientes de sierra.

Recogió una roca del tamaño de una bala de cañón y la arrojó a la cabeza del demonio. El misil se estrelló en su objetivo y la fuerza del impacto hizo tambalear a la criatura, las llamas goteaban desde su extraña lengua. Aprovechando su oportunidad, Adamanthea saltó desde el balcón con un chillido como un metal que se rompía mientras giraba a través del aire, cobrando ímpetu. Hizo girar su eviscerador de un lado a otro y lanzó un tajo de su espada-sierra al expuesto cuello del demonio.

Toda la criatura tembló como una marea mientras sus brazos se elevaban, envolviendo las muñecas de la Hermana de Batalla, deteniendo su golpe letal. Ella gruñó en frustración mientras apretaba sus manos en la empuñadura, soltando el gatillo. Los dientes del eviscerador se calmaron, apagando el rocío de sangre y carne. La enorme arma permaneció en silencio, alojada en el centro del cuello de la criatura, mientras las corrientes de carne se arremolinaban sobre su cuerpo para sellar la grave herida y poder así remontar su cabeza medio cortada.

El demonio se volvió rojo lívido mientras sacudía a Adamanthea contra un pilar. Una sección del balcón se derrumbó en una avalancha de polvo y piedra cayendo, mientras la criatura arrojaba su flaco cuerpo al suelo, el peso de su servo-armadura sumado al impacto creó un cráter en las antiguas losas. Cogiendo a la Hermana nuevamente, sin ser consciente que el eviscerador aún permanecía incrustado en el centro de su cuello, el demonio vertió una gran cantidad de carne fundida a través de sus miembros sobre Adamanthea, fluyendo a través de las grietas de su destrozada armadura. Con el torso envuelto en carne encendida, el demonio la alzó en el aire, como si quisiera tener una mejor visión de su agonía mientras se inclinaba hacia su voluntad.

Marcus oyó gritos y estallidos de fuego. Lo que quedaba de la escuadra de Adamanthea se acercaba, pero el clamor parecía demasiado lejano para que llegaran a tiempo para salvar a su comandante. Adamanthea luchó débilmente bajo el capullo de la ondulante carne y Marcus se tapó las orejas con las manos, gimiendo mientras los susurros se intensificaban una vez más. El demonio se

volvió carmesí mientras la apretaba. Marcus sentía que a ella le resultaba difícil hablar. Su furia hirvió mientras trataba de forzar a sus labios a decir su nombre. A través de los ojos del demonio, Marcus pudo ver a la Hermana de Batalla mirándolo fijamente, no con ira, ni con odio, sino con una fría serenidad.

Estaba rezando. Su fe inmaculada, impermeable a la duda. Una verdad única inamovible existía en el centro de su ser, aunque su cuerpo pudiera ser roto, ninguna fuerza en la galaxia podría romper su fe. Ella era la encarnación del Emperador, Su justo fuego. Las Adepta Sororitas no tenían necesidad de aumentos o ingeniería genética, no cuando su fuerza fluía feroz y pura del propio Emperador. Si sus cuerpos eran despedazados era porque Él así lo había querido.

La fe era la verdadera armadura de la Hermana Adamanthea. También su mayor arma, la fuerza con la cual ella realizó temibles y grandiosos milagros en el campo de batalla. Esta era la certeza que ardía en el corazón de cada Hermana de la Batalla; un espíritu que perduraría, feroz e inflexible, hasta que el último de sus nervios hubiera perecido y el Emperador las llamara a morar en su luz eterna. El martirio era su inmortalidad. La muerte sólo estimulaba a los vivos a alcanzar alturas aún mayores de valor. Visto así, la Adamanthea y sus Hermanas eran inmortales, su fe un fuego inextinguible.

Marcus sintió que las lágrimas corrían por su rostro en un indefenso temor a la fe de Adamanthea. El demonio luchó por romperla, pero también pudo haber estado intentando sonsacar palabras a una piedra. La lanzó al suelo con un aullido, fragmentos de servo-armadura rota se dispersaron cuando la criatura la derribó.

El demonio se alzó sobre la mujer herida, hinchándose mientras bebía la última carne derretida del depósito en el que se encontraba. Un pauldron abollado se deslizó desde el hombro de Adamanthea con un ruido. Ella estaba agarrando firmemente el trozo de un pilar en ruinas mientras se levantaba, con la sangre goteando a sus pies. Marcus podía sentir olas de odio estrellándose dentro del demonio mientras miraba a la miserable mortal debajo de él, un infierno de cólera frustrada preparándose para estallar.

Adamanthea seguía trepando por el pilar roto cuando la criatura la ahogó abruptamente en el fuego. La conflagración se elevó e hirvió hasta llenar la cámara de nubes de fuego.

Marcus se encogió cerca. Gimió bajo el abrasador calor, con los ojos cerrados, pero todavía viendo lo que veía el demonio, un caos de llamas que se revolvía y que pronto reduciría a la mujer a una mera mancha de ceniza por su insolencia.

Una figura estalló a través de las llamas como un tigre, con las manos como garras extendidas. Protegida sólo por su fe, el cuerpo de la Hermana Adamanthea estaba milagrosamente intacto, como si la letal tormenta de fuego no fuera más que una simple brisa.

Cogió la empuñadura que sobresalía de su eviscerador mientras se abalanzaba sobre el pecho del demonio. Mientras apretaba el gatillo lo sujetó con ambas manos, el arma rugió volviendo a la vida en una ráfaga de icor agitado. El demonio se tambaleó hacia atrás. Adamanthea se dejó caer, arrastrando la hoja hacia abajo, desatando un diluvio de demoniaca sangre en su estela.

Ella aterrizó en el borde del pozo mientras el demonio se vaciaba por encima de ella. Cortó a la criatura en trozos mientras este se desplomaba, sus extremidades cortadas disolviéndose en el aire mientras giraba el eviscerador a su alrededor. Cuando la cabeza del demonio finalmente cayó a su alcance, dio su golpe final.

La visión de Marcus se volvió negra una vez más. Su cabeza giró cuando cayó en un desmayo.

Se despertó para encontrar a tres ensangrentadas Hermanas de Batalla de rodillas y cerca. Estaban cantando oraciones de santificación, restaurando la presencia del Emperador en aquel entorno contaminado. Continuaron sus letanías mientras Marcus gritaba, una gran agonía de repente inundó su cuerpo. Miró horrorizado sus manos, cuya carne se agitaba sobre los huesos, enrollándose alrededor de sus dedos como humo. Se tocó el rostro y la carne se le salió de los dedos, como hilos de alquitrán caliente. La comprensión de lo que el toque del demonio le había hecho le golpeó como un mazazo. Se acurrucó y vomitó de dolor.

-¿Hermana Adamanthea?- su voz, una vez poderosa, se había marchitado a apenas un croar.

La Superiora del Dominium se arrodilló junto a lo que quedaba de su escuadra. Estaba empapada en sangre y suciedad. Sus penetrantes ojos verdes perforaban su ennegrecido rostro. Su gorguera había sido destrozado, la parrilla de vox

destruida, revelando un pequeño puerto cibernético en su garganta, rodeado de hilos de tejido cicatricial.

-**¿Quiere usted oír mi confesión?**- dijo Marcus, sintiendo la garra con cordones que colgaba de su cuello. Tiró del colgante y se lo ofreció a Adamanthea.

-**Vuelva al pueblo con esto**- dijo. -**Cumpla el juramento del cazador en mi lugar y traerán éste mundo de vuelta a la luz**.

Adamanthea recibió el talismán sombríamente. Su cara se crispó con una punzada de frustración mientras tocaba distraídamente la gran cicatriz en su garganta, incapaz de hablar.

-'**Superbia vocat corruptionem'**- dijo, vacilante. –**"El orgullo en verdad atrae la corrupción". Mi amor por mí mismo, por mi propia ambición, excedió mi amor por el Trono. Perdonadme, Hermana. Levantó las manos hacia ella, al oír un susurro familiar en la cabeza, el nombre real del terror que lo había poseído**.

Él jadeó antes de que la voz pudiera abrumarle. -**¡No dejes que el mutante viva!**

El rostro de Adamanthea pareció ablandarse con sus palabras, como si hubiera lanzado un hechizo que trajera vida a la fría piedra. Sujetaba algo que puso entre sus arruinadas manos.

Su rosario.

-**Ave Imperator**- sollozó besando el icono. Adamanthea se levantó. Aquella terrible rigidez volvió a su rostro. Las Hermanas sobrevivientes murmuraron una bendición mirando el eviscerador mientras Marcus inclinaba la cabeza, exponiendo así la parte posterior de su cuello. Se estremeció con lágrimas de agradecimiento al oír el rugir del arma al volver a la vida.

Pasó un latido del corazón, antes de que la oscuridad le arrebatara finalmente los susurros.

FIN




WARHAMMER
40,000
ALMA
Y
CORAZÓN
JAMES SWALLOW

ALMA Y CORAZÓN

Heart & Soul por **James Swallow**



Traducción y edición:

Servicio de Publicaciones de los Archivos Secretos del Adeptus Ministorum.

SOLO PARA SU USO INTERNO.

SI USTED NO TIENE PERMISO PARA LEER ESTO, NO PASE DE ESTA PAGINA O PRONTO ESTARA JUNTO A NUESTRO DIVINO EMPERADOR.



Finalmente llegó el último día de la Guerra de Fe en Meseda Quintus, pero al amanecer, el mundo herido siguió sin encontrar ningún respiro. A pesar de que los cañones orbitales habían callado y que las cadenas de los tanques Exorcist se habían detenido, el planeta gemía, lloraba y continuaba muriendo.

Meseda Quintus nunca se recuperaría de los daños que le había causado la guerra, su atmosfera estaba contaminada por las lluvias radiactivas provocadas durante las masacres de las ciudades, sus escasos mares, antaño de aguas color esmeralda, ahora eran salobres lagos ácidos contaminados con toxinas. Dentro de miles años, el arruinado planeta todavía seguiría girando, pero con cicatrices lo suficientemente grandes como para ser visibles desde la órbita alta. Ese era el destino justo y correcto para éste lugar, pues Meseda Quintus había roto el contrato más sagrado de los humanos con el Imperio de la Humanidad, le habían dado la espalda al Dios-Emperador.

Por supuesto que no sucedió todo de repente. Cuando el fuego de purificación del Adepta Sororitas llegó al planeta, la población de éste mundo ya había vivido su caída de la Gracia. Era una historia lamentable, repetida una y otra vez en las colonias periféricas, donde la arrogancia y la distancia conspiraban para hacer que los nativos se creyeran, de alguna forma, especiales, comenzaban a desobedecer al Trono y dejaban de prestar a la Santa Terra su debida lealtad. Esparciéndose como un cáncer, la corrupción encontraba a los más débiles y veniales, aquellos que culpaban de todos sus males a los demás, y les daba el poder de vengarse. La miserable verdad era que ninguno de ellos se resistía a la mancha que el poder traía consigo, demasiados cegados por el odio que bullía en sus diminutas y cerradas mentes.

Y así, las fuerzas del Caos, que para siempre sean malditas, los tomaron por completo.

El levantamiento del ejército del Iconoclasta sucedió en Meseda Quintus como ya lo había hecho en otros cientos de mundos, y mientras que sus miembros

abrazaban la misma causa primordial, aunque cambiaran las máscaras que usaban cada vez, el resultado era siempre invariable. Fosas comunes para aquellos que seguían la verdadera fe, el ascenso de la repugnante idolatría, santuarios incendiados… Y como no, la guerra.

En medio de los restos de la última ciudad disidente, la Hermana Miriya caminó con dificultad entre la capa de ceniza grisácea que la cubría hasta los tobillos, mientras miraba al cielo ensangrentado, pensando en toda la destrucción que el Iconoclasta había provocado allí. La Hermana aspiró el aire descontaminado y consagrado a través del respirador en forma de media máscara de metal que cubría su nariz y su boca, paladeando el sabor del aceite sacramental, una mezcla de la cual se decía que podía mantener a raya la corrupción del archienemigo. Pese a todo, la mezcla hacia poco por ocultar el olor insípido y agrio del papel quemado y del hueso carbonizado.

Al menos ya ha acabado, se dijo. Finalmente, *después de tantos años siguiendo a nuestra presa a través de todo el Segmentum, por fin tenemos al hereje en nuestro punto de mira*. Miriya había esperado sentir algo inspirador, edificante, tal vez una furiosa alegría marcial, al saber que ésta cruzada en particular había llegado a su fin. Pero solo sentía cansancio. La búsqueda del Iconoclasta había costado tanto, no sólo por los mundos que habían caído y las muertes provocadas tras su estela, sino a un nivel puramente personal. En la persecución de ese infernal campeón del Caos, Miriya casi había muerto en dos ocasiones, una mientras escapaba de una nave espacial en Sedition's Bane (Sedición Venenosa, nt), la otra durante la batalla por Nexus Fifteen-Kappa (Nexo Kappa-15, nt). La guerra le había regalado nuevas cicatrices, por dentro y por fuera.

Recordó a la pobre Pandora, la terrible y agonizante muerte de la Hermana a manos del propio Iconoclasta, sólo una entre las muchas por las que el hereje pronto tendría que pagar.

El peso de todos aquellos recuerdos y tanta guerra amenazaban con aplastarla. Sería tan fácil pararse aquí y sentarse sobre uno de los muchos montones de escombros, lo único que quedaba ya de la asolada ciudad que la rodeaba. Descansar, aunque sólo fuera un breve instante.

La mandíbula de Miriya se tensó, alargó su mano para apartar los mechones del oscuro pelo negro que caían sobre sus ojos, brevemente irritada por aquel

momento de vulnerabilidad. Haciendo caso omiso del continuo dolor abrasador que se extendía desde su muslo derecho, redobló el paso y siguió avanzando por el camino abierto entre las ruinas tras un enorme tanque Baneblade. Eran en esas debilidades donde se clavaban las garras del Iconoclasta, se recordó a sí misma. El hereje escogía los puntos frágiles de un alma y presionaba sobre ellos, prometiendo eliminarlos… pero lo que realmente hacía era aumentar las grietas, la vulnerabilidad.

-**No tengo la menor necesidad de eso**- dijo en voz baja. -**Todo mi ser, mi fe lo protege y me alimenta. Todo lo haré, todo en Su nombre**- el catecismo llegó de memoria a la guerrera Sororita sin recordarlo conscientemente, pero calmándola, fortaleciéndola. En realidad, estaba ensangrentada y magullada, el dolor calaba profundamente, hasta sus propios huesos, pero no vacilaba. Su deber aquí no había terminado.

Miriya levantó su pistola bólter y pasó su enguantada mano sobre los sacramentos grabados en su armazón y sobre el sello sagrado de la antigua flor de Lis (Lys en el original) de su empuñadura, el mismo símbolo que llevaba sobre su mejilla tatuado en color rojo sangre y sobre la espada-sierra que llevaba envainada a su espalda. Al igual que la servoarmadura que llevaba, las armas también eran instrumentos devocionales y clamaban por cumplir con su propósito.

Delante de ella, el grueso muro de humo negro procedente de los lejanos bloques de viviendas aún en llamas se separó y Miriya vio el lugar donde las fuerzas de su Orden se estaban reagrupando. El viento cambió de dirección y le trajo el suave sonido de las voces de las mujeres cantando un himno, pero logró resistir el impulso de unirse a ellas.

Los restos del Grupo de Batalla Vestal (Vestal Task Force en el original) que habían sido desplegados en Meseda Quintus estaban dispuestos en formación abierta al pie de una colina no demasiado alta que se mantenía intacta entre los escombros de la ciudad muerta. Vehículos blindados, Motores Penitenciales (Penitent engines en el original) y grupos de arco-flagelantes se alineaban junto a las escuadras de combate de Vengadoras y Dominions, esperando a que todo acabara. Todos los cañones y baterías del grupo de batalla estaban dirigidos contra la cima de la colina, sobre la que se alzaba una luminosa torre cilíndrica que resplandecía como un rubí. Parecía un gigantesco vaso de cristal visto a

través de una constante cortina de lluvia que resplandecía mientras parecía moverse. Continuos relámpagos de color púrpura caían sobre la estructura, que chisporroteaba con un tenue fuego.

Dentro del cilindro, a través de su particular luz, Miriya podía ver los fantasmales bordes de un edificio. Había sido un santuario devocional, la capilla más hermosa y sagrada de todo el sistema estelar Meseda, pero eso fue antes de la llegada del Iconoclasta. Ahora la distorsionada estructura era una horripilante parodia de sí misma, una grotesca aglomeración de huesos y carne amontonados sobre la piedra empapada en sangre. Era un gigantesco patíbulo, una jaula para la muerte y los horrores desencadenados. Una potente barrera de energía rodeaba la deformada catedral, y todo lo que había detrás, con una impenetrable barrera de fuerza de la que, si había que creer a los adeptos del Mechanicum, nada podía salir, pero incluso así, Miriya sintió como se le revolvía el estómago mientras se acercaba a la colina, como si solo el acercarse a ese lugar la enfermara.

Sus ojos vislumbraron un símbolo apenas visible que ardía en un fuego negro a través de la pared frontal de la corrompida capilla, una estilizada 'X' atravesada por líneas horizontales, apartó la mirada, evitando posar sus ojos en tal icono. La marca de Khorne. No se atrevió a pronunciar esas palabras en voz alta, e hizo la señal del Aquila mientras susurraba una letanía de protección.

La mirada de Miriya cayó sobre una cohorte de adeptos del Mechanicum con sus vestido rojizos, sus Skitarii y sirvientes se agrupaban protectoramente a su alrededor mientras los adeptos trabajaban en un gran dispositivo hecho de anillos de latón giratorios y oscuras lentes de vidrio volcánico. Unos flujos de energía arcana fluían desde la máquina hacia el cilindro luminoso, alimentando su fuego, manteniéndolo vivo. Los guardianes de Marte habían cumplido su compromiso con el Adepta Sororitas. Juntos, la Orden del Mechanicus de la Sexta Casa de Fobos y las Hermanas de Batalla de la Orden de Nuestra Señora Mártir habían hecho lo que ningún otro hubiera podido. Habían llevado al hereje conocido como el Iconoclasta de vuelta a su guarida y lo habían encerrado en su interior. Se habían gastado muchas vidas para hacer saltar esa trampa, pero había valido la pena.

Al menos eso era lo que la Hermana Miriya quería creer. *Todo esto no terminará hasta que esa criatura esté muerta. Juro que arrancaré la máscara del Iconoclasta y veré el verdadero rostro del hereje antes de lanzarle el golpe*

mortal. Ese pensamiento elevó una gélida sonrisa hasta sus labios. *Eso sería lo apropiado. Nadie puede esconderse de la ira del Dios-Emperador*.

-**¡Hermana Miriya!**- se volvió cuando escuchó una voz llamándola por su nombre, y se encontró con una figura familiar corriendo hacia ella. -**Estás a salvo**- dijo la Hermana Verity, con unos alegres ojos bajo la cofia blindada que le cubría la cabeza. -**Cuando te separaste de la unidad, me temí lo peor…**

Miriya sacudió la cabeza. -**El Emperador protege**- el impacto de un cañón láser de uno de los últimos reductos de los herejes había alcanzado el Speeder en que iba, forzándolo a caer entre las ruinas. A pesar de que su piloto había muerto en el aterrizaje forzoso, la Hermana de Batalla, sola y herida, fue capaz de localizar y acabar con la dotación del cañón de los traidores.

Verity no era una guerrera, sino una Hospitalaria de la Orden de la Serenidad, y su deber era cuidar de la salud de sus Hermanas. Se acercó a Miriya y examinó la herida cubierta de tierra de su pierna, chasqueando su lengua detrás de su máscara respiratoria. -**Voy a echar un vistazo a eso.**

-**Es sólo un rasguño**- respondió Miriya. -**He soportado cosas peores.**

-**No se te ocurra decirme cual es mi deber**- dijo con firmeza Verity, sacando un auspex médico de su cinturón. -**Y yo no te diré cual es el tuyo. Eres demasiada estoica para tu propio bien**- dijo, mientras pasaba la cabeza del sensor por encima de la brecha en la armadura de la Hermana de Batalla.

Ese era un baile que ambas habían realizado más de una vez. La guerrera y la sanadora. A primera vista, su amistad podría parecer en desacuerdo con sus naturalezas, pero ambas Hermanas tenían un vínculo forjado por la adversidad, la convicción y la pérdida compartida. Había muy pocas en las que Miriya confiara tanto como en la pequeña y encantadora Hospitalaria, entre ellas existía una comunicación tácita. Verity había estado con la escuadra de Miriya al principio de la misión contra el Iconoclasta y conocía perfectamente la importancia de éste día.

-**Estás ansiosa por acabar con esto**- sugirió la Hospitalaria. No era una pregunta.

-**No estoy ansiosa, Hermana**- la corrigió Miriya suavemente. -**Estoy**

comprometida. Más allá de llamar a esto un acto de gloria. No, lo que haremos hoy es justicia. El Iconoclasta finalmente aprenderá el precio de traicionar a la humanidad a cambios de los huecos regalos del archienemigo. Las cosas serán reequilibradas…. Al menos durante un tiempo.

Verity usó un inyector para aplicar un pegajoso bálsamo protector sobre la herida de Miriya y asintió, aceptando las palabras de la otra mujer. Se volvió cuando un grupo de Hermanas de Batalla, cansadas ya de guerra, se acercaron a ellas, dirigidas por Cassandra, la compañera de escuadra de Miriya.

-**Eloheim**- dijo la guerrera, usando el título honorífico para dirigirse a ella. -**¿Cuáles son tus órdenes?**

Hacía ya mucho tiempo que a la Hermana Miriya se le había arrebatado ese rango, y en honor a la verdad, Cassandra estaba violando el protocolo al dirigirse a ella de esa manera. Pero Miriya aceptó el uso de ese término por lo que era, un gesto de respeto de una Hermana de Batalla veterana a otra.

-**Todo sigue igual**- dijo, mirando a las otras miembros de su unidad, la silenciosa Isabel, con un augusto ojo de peltre brillando como una brasa en su cara llena de cicatrices; Ananke, con su aspecto serio y enfurruñado; Danae, mirándola a través de un desordenado torrente de pelo rojo sucio por el humo de la guerra y el barro; y las otras Hermanas, Marcia, Rubria y Aemilia, los remplazos que se habían unido a ellas al comienzo de la misión.

Todas estaban esperando que diera la orden. Miriya pasó inconscientemente su mano por la bolsa de terciopelo negro de su cinturón que guardaba una agrietada joya mnemotécnica. El hololíto grabado en la piedra cristalina era una orden personal de la Alta Canonesa Majoris de su Orden, encargando al equipo de ataque de Miriya una excepcional tarea, acabar con el Iconoclasta en el nombre del Dios-Emperador.

Durante los largos años de persecución, Miriya había visto la parpadeante imagen una y otra vez, mientras la grabación se reproducía en un corto bucle, escuchando las severas y parpadeantes palabras de la canonesa mientras dictaba la sentencia de muerte del hereje. Ahora era el momento de hacer realidad la promesa de ese decreto.

Miriya asintió con la cabeza, preparándose para lo que vendría después, pero antes de que ella pudiera hablar, una figura vestida con unos ropajes rojo oscuro salió tropezando entre los agrietados restos hacia ellas, mientras agitaba en el aire sus servo-brazos y mecanodendritas.

-**¡Honorables Hermanas!**- gritó a través de una parrilla de vox, con un extraño tono de voz. -**¡Algo está acercándose!**

El Cuestor Nohlan era un tipo exigente y egoísta, pero eso, por si mismo, no era ninguna rareza dentro de las filas del Adeptus Mechanicus. Era un devoto seguidor del Culto del Dios-Máquina, un fiel servidor a Marte y a la Santa Terra, pero en ocasiones le faltaba autocontrol, y en éste preciso momento parecía haberse olvidado totalmente de cualquier noción de decoro. Sus pies biónicos, parecidos a garras, se clavaban y rascaban sobre las piedras mientras se dirigía hacia las guerreras reunidas. Entre las sombras de debajo de su capucha, Miriya pudo ver sus implantes oculares muy abiertos, al borde del pánico. (Cuestor, questor del original, Magistrado romano que en la ciudad y en los ejércitos tenía funciones, principalmente, de carácter fiscal; en éste caso, en el universo del WH40k, de carácter tecnológico, siendo un rango del Mechanicus, nt)

-**¡Cálmate, adepto!**- dijo la Hermana. -**¿Qué sucede?**

-**Procesando. Procesando**- Nohlan patinó hasta detenerse tratando de ordenar sus pensamientos. Miriya ya había servido con el Cuestor en otras misiones, y pasaba por alto su a veces errática conducta porque sabía que enmascaraba una aguda mente científica. De hecho, si no hubiera sido por el equipo de Nohlan y la tecno-reliquia de la jaula de fuerza, la victoria que ya estaba al alcance de las manos de la Hermandad nunca habría sido posible. -**Naves, Hermana Miriya. Me han llegado noticias desde la órbita, una flota de cruceros ha surgido desde detrás de la segunda luna de Meseda Quintus**- señaló hacia el cielo con una pesada garra manipuladora que salía de su espina dorsal. -**¡Varias lanzaderas ya están viniendo hacia aquí!**

-**¿Naves imperiales?**- preguntó Marcia, y Nohlan asintió con un movimiento de cabeza.

-**¿Refuerzos?**- Ananke dirigió la pregunta a Miriya. -**Si es así, han llegado**

demasiado tarde para hacer algo que valga la pena.

Miriya frunció el ceño. -**Todas nuestras naves participan en peregrinaciones y misiones en otros lugares. Nuestra Orden no tenía más naves que enviarnos, Hermana**- miró de nuevo a Nohlan. -**¿Qué enseña muestran esas naves, Cuestor?**

El adepto se movió incomodo. -**Son de la Adepta Sororitas, miladi.**

Parecía que iba a decir algo más, pero el sonido de los propulsores se alzó sobre el viento y todos los ojos se volvieron hacia el atormentado cielo. La visión aumentada de Isabel fue la primera en detectar a las Thunderhawks entrantes y extendió una mano hacia un punto del cielo.

-**¡Allí!**

Dos formas oscuras como la noche cayeron entre las nubes y ejecutaron una rápida pasada sobre las unidades reunidas del grupo de batalla, antes de virar para aterrizar como halcones en un lugar despejado a los pies de la asediada colina. Las lanzaderas eran, en efecto, naves de las Sororitas, con la flor de Lis claramente visible en un inmaculado blanco sobre sus alas, pero carecían de la característica decoración carmesí de todas las máquinas de guerra al servicio de la Orden de Nuestra Señora Mártir.

Sin embargo, Miriya conocía bien esos colores, ya los había visto otras muchas veces, y había luchado junto con aquellas que los llevaban en la batalla. Colgándose el bólter de su hombro por la correa, ella caminó a lo largo de la pendiente para encontrarse con las naves mientras sus rampas de acceso se abrían como aullantes bocas.

Acompañándola, la Hermana Cassandra habló en voz baja, para que sólo Miriya pudiera escucharla. -**No son de nuestra flota. Mira allí, la enseña sobre el fuselaje. El corazón rojo coronado por una cruz bizantina blanca.**

-**La Orden del Corazón Valeroso**- dijo Verity, tras oírla por casualidad, y contestando en voz alta. -**¿Por qué están aquí?**

-**Ya veremos**- Miriya se detuvo posando sus ojos sobre sus guerreras, ordenándolas con la mirada y sin decir una sola palabra que adoptasen una

formación de guardia de honor. Pero pese a su orden y porte marcial, no podía dejar de apreciarse que todas las Hermanas de Batalla de su Orden parecían cansadas y sucias por la batalla, en comparación con el impecable negro sobre negro que lucían las recién llegadas mientras descendían por las rampas en formación cerrada.

Las armaduras color ébano y las capas de las Hermanas del Corazón Valeroso estaban en unas impecables condiciones de desfile. Sus yelmos modelo Sabbat resplandecían a la luz del día, los inexpresivos ojos carmesíes buscaban por el campo de batalla como si esperasen que el peligro surgiera en algún momento. Los suyos eran los colores originales del Convento Sanctorum a la que la Orden de Miriya también pertenecía, desde los días anteriores a la Era de la Apostasía y la posterior división en sus filas que habían producido las secuelas del conflicto. Aunque no pudiera ver su rostro, Miriya percibió claramente la altivez de las recién llegadas cuando vieron el estado en el que se encontraban sus parientes.

Ese pensamiento hizo que sus labios se curvaran en un rictus detrás de su máscara-respirador, pero Miriya lo apartó antes de que pudiera tomar fuerza. Dio un paso hacia adelante, localizando a la oficial al mando de la formación de la otra Orden por las cadenas de honor de oro y las guirnaldas ceremoniales que adornaban su armadura. -**Bien halladas, Hermanas. No esperábamos su llegada…**

El yelmo de la Celeste se volvió para estudiar a Miriya. -**Bien hallada**- repitió. -**En el nombre de santa Lucia se os saluda, hijas de santa Katherine**- su casco se abrió para revelar unos severos ojos verdes enmarcados por un corto cabello rubio ceniza. -**¿Es usted quien está al mando aquí?**- había un tono de desafío en esas palabras.

-**Lo estoy, por la Gracia del Emperador**- algo le molestaba a Miriya, y un repentino destello de reconocimiento la golpeó. *Yo conozco a esa mujer*. Ella la miró más de cerca y vio un familiar identificador en Alto Gótico, grabado con láser en el símbolo del cráneo sobre el pectoral de la armadura de la Celeste. -**¿Hermana Oleande?**

Su pregunta pareció sorprender a la otra Sororita. -**Sí. Ese es mi nombre. ¿Me conoce?**

Miriya se acercó. -**Hemos sangrado sobre el mismo campo de batalla, Hermana, en el Frente Ícaro, contra las depredaciones de los Xenos. Hace ya una década, ¿no lo recuerda?**- golpeó su pecho. -**Soy Miriya. Entonces mandaba una fuerza de Celestes.**

-**Ah**- Oleande asintió. -**Por supuesto, en verdad, perdóname, Hermana. Ha cambiado mucho desde entonces**- durante un instante volvió a mirarla. -**¿Ya no eres Celeste? No veo que lleves el rosario de guerra contigo.**

Miriya asintió, sin querer detenerse en sus propias desgracias. -**Como bien has dicho, Hermana, muchas cosas han cambiado. Pero nuestro deber sigue siendo el mismo.**

Oleande terminó de bajar de la rampa de la Thunderhawk y el resto de sus tropas siguieron su ejemplo. Hizo un gesto con su guante blanco hacia el santuario sellado por la barrera de fuerza. -**Hemos venido en cuando tuvimos noticias de tu victoria. Debes ser elogiada… Pero debo exigirte una respuesta, Hermana. ¿Dónde está el Iconoclasta?**

Miriya percibió un abrupto aumento de la tensión entre las Hermanas de Batalla del Corazón Valeroso reunidas cuando Oleande hizo la pregunta, por un momento no estuvo segura de cómo reaccionar. -**Atrapado**- dijo finalmente. -**Justo cuando has llegado nos estábamos reagrupando para el acto final de nuestra misión**- señaló hacia el cerrado santuario. -**Tengo la intención de entrar con una fuerza de ataque escogida y matar al hereje antes del próximo amanecer.**

-**¿Has venido a ratificar la ejecución?**- preguntó Verity. La Hospitalaria sabía tan bien como las Hermanas de Batalla lo mucho que habían sufrido los santuarios del Corazón Valeroso por las acciones del ejército del Iconoclasta, tanto o más que los de la Orden de Miriya.

Oleande pareció visiblemente aliviada, y negó con la cabeza. -**Ave Imperator. El Señor de la Humanidad ha escuchado nuestras oraciones y peticiones y nos lo ha concedido**- ella dirigió esas palabras a sus Hermanas antes de volverse para mirar a Miriya y a las demás. -**Hermana, disfruta sabiendo que tú has hecho lo que otros no pudieron. Has capturado a ese traidor y terminado con un reinado de terror asesino que se extendía por las estrellas. Ahora**

puedes descansar- Oleande echó un vistazo a la armadura de Miriya, abollada y llena de cicatrices de láser. -**Tu lucha ha terminado. Ya puedes parar. Tomamos el mando. Haremos todo lo que deba hacerse.**

Las palabras de Oleande fueron tan sorprendentes que Miriya fue incapaz de responder.

Sin embargo, no le pasó lo mismo a Ananke, que soltó un feroz gruñido y negó con la cabeza. -**¿Qué dice?**- se quejó. -**¿Después de habernos pasado años luchando en ésta cruzada, sale de la nada, cuando estamos a punto de dar el golpe mortal, y nos pide que nos apartemos a un lado?**

-**Eso es inaceptable**- dijo Miriya, recuperando su voz. -**Oleande, debes entenderlo. ¿Cómo puedes siquiera sugerir algo así?**

La Celeste entrecerró sus ojos y el tono de su voz se enfrío. -**No he pedido nada, Hermana. Estoy diciendo lo que va a pasar.**

A Miriya le molestó el tono de la mujer, sintió como la ira emanaba de sus compañeras. Era muy consciente de la diferencia de rango existente entre ella y Oleande, aunque las dos estuvieran en condiciones de igualdad en su condición de veteranas, ambas con la misma experiencia sobre el campo de batalla, pero aún así, le era difícil mantener la calma. -**¿Me lo estás exigiendo?**- se llevó una mano a la bolsa que llevaba sobre su cinturón. -**Tengo aquí una orden de la Alta Canonesa Majoris, comandante de mi Orden…**

Oleande la interrumpió cuando una de sus guerreras se adelantó para mostrar una hoja de pergamino que llevaba el sello del convento de Ofelia VII y el símbolo de la señora del Corazón Valeroso.

Sin vacilar, la Hermana Verity se interpuso entre los dos grupos de guerreras, levantando sus manos en un gesto conciliador. -**¿No pueden compartir éste acto de justicia?**

-**¡Nunca!**- exclamó Oleande. -**Si bien la Orden del Corazón Valeroso no tiene más que palabras de respeto hacia la Hermandad de la Señora Mártir y hacia todo lo que han sacrificado y hecho para llevar a cabo ésta misión, debo afirmar rotundamente que nuestra Orden tiene prioridad sobre la vida del hereje conocido como el Iconoclasta. ¡Los atroces crímenes de**

profanación cometidos contra nuestros santuarios son monstruosos! ¡A hecho arder sistemas estelares enteros como sacrificio a las Poderes Ruinosos! ¡Reliquias sagradas mancilladas, contaminadas y destruidas! ¡Hermanas y laicos asesinados de la formas más brutal y repugnante…!- la Hermana perdió impulso durante un breve momento, sus ojos se nublaron por las lagrimas mientras pensaba en todas aquellas cosas. Entonces Oleande siguió adelante, gruñendo como si fuera una agitadora. -**¡Lo único que realmente importa es que esa aberración muera gritando! ¿Acaso no estás de acuerdo? Qué ese hereje muera a manos de mi Orden o de la tuya, el resultado final será el mismo. ¡La galaxia será purificada de la existencia del Iconoclasta y eso será lo mejor de todo!**

-**No puede venir aquí, después de toda la sangre que hemos derramado, cuando ya hemos librado todas las batallas, para simplemente acabarlo**- las palabras de Isabel fueron gélidas y duras. Por el rabillo del ojo, Miriya vio que su Hermana apretaba su fusil bólter con fuerza en posición de batalla. -**¡Después de que nuestra Orden haya cargado con ésta misión durante tanto tiempo, no permitiremos que ninguna otra persona nos robe la gloria de dar muerte al hereje!**

Un silencio mortal recorrió la ladera, roto sólo por el grave zumbido de la barrera de fuerza y el tac-tac de los motores de las Thunderhawks al enfriarse. Las Hermanas de Batalla de La Señora Mártir estaban fatigadas, eso era innegable, pero todavía ardía dentro de ellas la suficiente rabia como para terminar con su enemigo. Y si las guerreras de Oleande trataban de interponerse en el camino de esa justa venganza, habría violencia.

La mente marcial de Miriya analizó la situación en sólo un latido de corazón. Las supervivientes del grupo de batalla Vestal superaban en número a las escuadras de las Thunderhawks, pero si esa situación se convertía en un conflicto abierto, el número de muertos sería grande, y no había manera de saber cuántas guerreras más de la Orden del Corazón Valeroso había en las naves en órbita.

Entonces ella se dio cuenta de lo que estaba pensando y se sintió enferma por dentro. *Hermana contra Hermana*, era algo inconcebible. Ellas no eran el Adeptus Astartes, cuyo frágil pasado a menudo enfrentaba en batalla a unos capítulos contra otros; se suponía que el Adepta Sororita era incorruptible, muy

por encima de esas cosas, unidas por y para siempre por su auténtica fe al Dios-Emperador.

-**¡Esto no es una cuestión de gloria!**- advirtió Oleande a Isabel. -**¡El derecho de dar el golpe del verdugo es nuestro y solo nuestro!**- miró a Miriya. -**¿Me obligarás a ejercer mi autoridad sobre ti, Hermana? Te daré una orden directa si debo hacerlo. ¿Estás dispuesta a desafiar la voluntad del Convento Sanctorum?**

Miriya luchó por mantener su tono calmado. -**Pides demasiado.**

-**No te lo estoy pidiendo**- repitió Oleande.

Una tos mecánica sonó detrás de ella, y Miriya se volvió cuando el Cuestor Nohlan dio un paso hacia adelante. -**Si les place a mis honorables Hermanas, ¿se me permite hablar?**- Miriya le hizo un gesto con la cabeza antes de que Oleande pudiera decir lo contrario y el adepto continuó. -**Parece que ambas tienen órdenes con autoridad de sus respectivas Altas Canonesas, cada una de las cuales es la señora de una Orden Majoris. Según las palabras de la ley Imperial y de los edictos de la Eclesiarquía, ambas órdenes son igual de válidas. Ninguna de las dos puede contrarrestar a la otra, sin que importe el rango de la Hermana que la sostenga.**

-**Efectivamente**- añadió Verity. -**Sólo la abadía Sanctorum de Ophelia puede dirimir éste conflicto de intereses. Su sentencia sobre el asunto sería definitiva y vinculante.**

Miriya puso su mano sobre el antebrazo de Isabel y el significado del gesto quedó claro. *Baja tu arma*. Miró fijamente a Oleande. -**Aceptaré el edicto de la abadesa sobre éste asunto, Hermana. ¿Deseas hacer lo mismo?**- no pronunció el resto de la frase, pero todos los presentes en la ladera oyeron el eco de sus palabras. *¿O tendremos que vernos obligadas a derramar sangre?*

-**¿Es lo que propones?**- dijo la Celeste. -**¿Qué enviemos un mensaje a Ophelia VII para que la abadesa se pronuncie sobre cuál de las dos tiene razón? ¡Eso podría tardar meses!**- señaló con la barbilla hacia la barrera de fuerza. -**Y mientras nos sentamos aquí a esperar, damos al traidor tiempo para hacer planes, fortificarse y preparar solo el Dios-Emperador sabrá que horrores…**

¡Quizás incluso escapar de su encierro!

-**No es exactamente así**- dijo el adepto del Mechanicus. -**La envoltura etérea proyectada por la tecno-reliquia no es sólo una pared de masa y energía, sino también una membrana contra el tiempo. El muro ha sido levantado hace ya varias horas, pero, para aquellos atrapados en su interior, el tiempo pasa a un ritmo mucho más lento**- un tono de satisfacción emanaba de las palabras de Nohlan. -**Le aseguro, honorable Hermana, que el Iconoclasta no irá a ninguna parte.**

-**Pero podemos atravesar la barrera desde fuera cada vez que lo deseemos con la ayuda del Culto del Mechanicus**- dijo Verity. -**¿No es así?**

Miriya asintió, todavía sosteniendo la mirada de Oleande. -**Así que nos abstendremos de entrar en el santuario hasta que una autoridad superior decida quién de nosotras tendrá el honor de ejecutar al Iconoclasta. ¿A menos que tú, Hermana Celeste, veas otra forma de avanzar en todo esto?**

Oleande permaneció en silencio durante un buen rato, luego se enderezó y cerró de golpe el visor del yelmo. -**Envía el mensaje**- espetó a Miriya y se giró sobre sus talones para volver a subir por la rampa de la lanzadera. Sus guerreras hicieron lo mismo, dando la espada a Miriya y a los demás.

Ananke no pudo aguantar más sin decir nada y escupió las palabras cuando las Hermanas de Batalla se hubieron retirado del claro. -**Ya es suficientemente malo que llegaran para unirse a nuestra lucha en el último momento, pero atreverse a darnos órdenes en un combate del cual llevamos todo el peso sólo porque quieren darle el golpe final…**

-**Lo cierto es que tienen motivos más que justificados para odiar al Iconoclasta, como el resto de nosotras**- dijo Verity. -**El hereje les causó muchos daños.**

-**Sin duda**- dijo Marcia. -**¿Pero qué precio han pagado las Hermanas de Oleande para encontrar al criminal? No han peleado junto a nosotras, que hemos pagado ese derecho con nuestra sangre más querida.**

El rostro de Pandora, laxó por la muerte, se elevó desde lo más profundo de la mente de Miriya. -**Todo lo que se ha dicho aquí es verdad. Pero debemos ser**

claras sobre esto. Nuestra misión aquí no es solamente vengarnos por aquellas que perdimos. Fuimos enviadas detrás del Iconoclasta para servir a la voluntad del Emperador y hacer cumplir sus edictos. No permitáis que el traidor viva.

-**No permitáis que el traidor viva**- entonaron las demás al unísono.

Miriya miró hacia el cielo. El sol carmesí de Meseda Quintus se estaba ocultando en el horizonte cubierto de ruinas, y la constelación de brillantes estrella que se veían por encima eran naves de guerra de las Sororitas en órbita baja. -**Cuestor Nohlan. Póngase en contacto con el coro astropático a bordo de nuestra nave y pídales que se comuniquen con sus parientes a través del vacío. Que enlacen con Ophelia. Ya sabe que pregunta debe hacerse.**

El adepto hizo una reverencia. -**Ave Imperator. Así se hará.**

-**¿Y qué quieres que hagamos nosotras, Eloheim?**- dijo Cassandra.

-**Tened cuidado**- murmuró Miriya, alejándose hacia el campamento provisional entre las formaciones de tanques. -**Y estad preparadas.**



Como era habitual en cualquier misión sobre el campo de batalla del Adepta Sororita, uno de los vehículos blindados de transporte, un Rhino, del despliegue había sido preparado como capilla móvil durante la operación. El interior del vehículo se había adornado con velas hechas de sebo de Ophelia e iconos portátiles de santa Katherine y el Dios-Emperador.

Estelle, una de las novicias Constancia, entre cuyos deberes estaba el mantener la santidad de la capilla, se inclinó respetuosamente ante Miriya cuando entró. -**Miladi. ¿Desea estar sola?**

-**Por el momento, sí.**

La mujer más joven hizo una reverencia y la dejó sola para orar solicitando consejo.

Los servos de su armadura crujieron mientras ella se arrodillaba ante los iconos y hacia el signo de la santa Aquila. Miriya inclinó la cabeza y se puso a recitar la letanía que había marcado cada una de las acciones que había tomado en su vida. -**A spiritu dominatus. Domine, libra nos. A morte perpetua. Domine, libra nos. Ave, Imperator. Domine, libra nos.**

Sólo el viento la respondió, un bajo gemido que entraba a través de la escotilla abierta del Rhino. Fuera, los himnos que antes había oído habían cesado. Las exigencias de Oleande se habían extendido rápidamente a través del campamento, y las Hermanas de Miriya estaban intranquilas. Ninguna quería elevar sus voces en una celebración, no cuando su justo premio estaba a punto de serle arrebatado.

Miró a los ojos de la fundadora de su Orden. -**Santa Katherine, concédeme sabiduría ésta noche. Dame fuerzas.**

¿Acaso importa que mano empuñe la hoja? Una tranquila voz en sus pensamientos se atrevió a hacer la pregunta. *Mientas el traidor muera, ¿acaso importa?*

Durante un instante, el rostro de Katherine se volvió borroso y se convirtió brevemente en el de Pandora, luego en el de Lethe, luego en el de Portia, Iona, Décima, y el resto de las Hermanas perdidas durante los combates que Miriya había conocido, Hermanas que lucharon y murieron por defender los ideales de la Orden. ¿Por qué habían muerto, si no por ésta victoria?

¿Qué podría ser acaso, sino un insulto hacia ellas y su memoria el que se nos niegue nuestra venganza?

Alguien entró en la capilla detrás de ella, Miriya se volvió para ver a la Hermana Verity hacer los movimientos reverenciales ante el icono del Dios-Emperador. La Hospitalaria encontró su mirada con un movimiento de cabeza. -**Perdona mi intromisión, Hermana. Pensé que te encontraría aquí.**

-**¿Has venido para convencerme que deje a Oleande salirse con la suya?**- Miriya la miró con dureza.

Verity había sido entrenada para luchar sólo si surgía la necesidad, pero ella era

una mujer de paz, tanto como el 41º Milenio permitía a alguien que lo fuera. Constantemente buscaba el camino de la paz a través de la maraña de peligros que la galaxia lanzaba sobre ella, y era todo un testimonio de su carácter que continuara con sus creencias después de todo éste tiempo.

-Yo nunca haría tal cosa- replicó Verity. **-Pide lo que no se ha ganado, incluso si las heridas de la Orden de la Celeste la hacen merecedora de ello. Si Oleande hubiera demostrado cierta humildad en sus palabras, si hubiera hecho una petición en lugar de una demanda…**

Miriya soltó una risita sin humor. **-Ah, Hermana. Me estás demostrado lo poco que sabes del Corazón Valeroso. La humildad no es su punto más fuerte. Y la Hermana Celeste Oleande nunca ha sido una persona fácil.**

-Tú luchaste con ella contra los Eldar, ¿verdad?

Miriya asintió. **-Sí, los xenos estaban atacando las naves de peregrinos y nuestras Órdenes fusionaron algunas fuerzas durante un tiempo, para mostrar a los xenos el error de sus acciones-** ella recordó claramente todo aquel sangriento asunto y a medida que pasaba la noche y ardían las velas, le contó a Verity algunas historias de las batallas que se habían librado.

-Oleande es una guerrera con una gran reputación- concluyó. **-Pero es una mujer con un temperamento tempestuoso, no de templanza. Siempre ha demostrado el mayor y más despiadado celo.**

-Ya he visto antes algo parecido- dijo la Hospitalaria, sombría. **-Aquellos que no rehúyen el sabor de la sangre.**

Miriya asintió de nuevo. **-Hay verdad en eso que dices. Aunque también te diré que ella ya no se parece a la mujer que conocí entonces. El tiempo la ha cambiado… La ha hecho más dura, si es que eso es posible.**

-Puede que por eso esté tan intratable- respondió Verity. **-No podemos saber a qué pruebas se ha enfrentado desde aquellos días. Pero basándote en lo que la conoces, contéstame a esto… Si el fallo de la abadesa Sanctorum va contra Oleande, ¿qué crees que hará?**

-Obedecerá- dijo Miriya. Pero parte de ella no estaba tan segura de eso como le

gustaría estar, y se sintió obligada a iluminar a su amiga. -**Tienes que entender, Verity, que las Hermanas del Corazón Valeroso llevan sobre sí una pesada carga. Cuando el Reinado de la Sangre estaba en su máximo apogeo, el apóstata Goge Vandire engañó a nuestra bendita Katherine y a las otras fundadoras de nuestras Órdenes en su lucha contra el Trono de Terra. Sólo cuando fueron llevadas ante al mismísimo Dios-Emperador se dieron cuenta de la verdad y se volcaron contra el hereje.**

Verity inclinó la cabeza. Ella, como Miriya y como cada Hermana viva, conocía demasiado bien ese vergonzoso capítulo de su historia común.

Miriya prosiguió, recordando las lecciones que había aprendido cuando era una niña huérfana en la Schola Progenium. -**De ese acto de redención nació el Adepta Sororitas. Santa Katherine creó mi Orden, al igual que su compañera santa Lucía creó la de Oleande.**

Esas eran dos de las seis Órdenes originales de las Hermanas de Batalla. Katherine y Lucía eran estrechas amigas y confidentes, la unión de esa fuerza se reflejaba en el nombre de sus Órdenes, el Corazón Valeroso y el Corazón Ardiente. Fue sólo mucho más tarde, cuando santa Katherine fue traicionada y asesinada por el Culto Brujo de Mnestteus, que su Orden cambió su nombre para reflejar su terrible pérdida.

Pero mientras que la Orden de Nuestra Señora Mártir había abrazado los edictos de la recta fe y del fuego purificador que su Señora había encarnado, la Orden de Oleande siguió un camino diferente.

-Ellas creen que deben reparar los errores del pasado en todo lo que hacen. Su impulso por la penitencia es ilimitado, Hermana, y son inflexibles en su cruzada para reparar un equilibrio que ya nunca se podrá reponer- Miriya acarició el símbolo del Aquila grabado en el suelo del Rhino en un gesto de fidelidad. -**Es por eso que nos presionan tanto para arrebatarnos el castigo al Iconoclasta. Negárselo les parecería una derrota en toda regla. Un insulto.**

-**Apreció la claridad de tus palabras, Hermana. Pero saberlo no hace nada para desactivar la tensión que hay aquí. Las otras Hermanas…** - Verity hizo una pausa, como recalcando sus palabras. -**Algunas hablan del grupo de Oleande con bastante menos caridad que tú.**

-Ha sido una campaña muy larga- admitió Miriya. **-Pero no podemos permitir que el agotamiento erosione nuestra corrección. Y yo…**

El distante e inconfundible sonido del disparo de un bólter resonó fuera del Rhino y las dos mujeres se quedaron de pronto inmóviles. Un latido de corazón más tarde, sonaron más disparos, Miriya salió disparada corriendo por la escotilla abierta, mientras se colocaba la máscara de su respirador para hacer frente al contaminado aire. Verity se acercó a ella, con los ojos desorbitados mientras buscaba la fuente de los sonidos.

Ahora que la noche había caído, la infernal luz líquida emitida por la imponente barrera de fuerza le daba a todo lo que le rodeaba un aspecto cambiante e infernal. Otras Hermanas de Batalla ya estaban trepando sobre los cascos de los tanques estacionados, escudriñando el horizonte en busca de amenazas.

Miriya no pudo evitar mirar hacia las dos silenciosas Thunderhawks posadas en el claro, mientras una preocupante posibilidad roía sus pensamientos. Ambas naves eran sombras negras contra el suelo, silenciosas e inmóviles.

Se volvió al escuchar nuevamente el fuego del bólter, ésta vez Miriya logró ver el centelleo de la boca del cañón del arma en lo alto de la colina, cerca de donde los adeptos del Mechanicus habían colocado la gigantesca tecno-reliquia.

Miriya tocó una tecla en un lado de la máscara y gruñó por el vox. **-¡Informen! ¿Quién está disparando?**

La respuesta del Cuestor Nohlan fue instantánea, llegando entre crujidos hasta el oído de Miriya. **-¡Nos están atacando! ¡Las Celestes están aquí!**

La señal se interrumpió de repente y Miriya vio el destello de otra ráfaga de disparos, el sonido le llegó un instante después.

-¿Se nos ha escapado algún cultista?- preguntó Cassandra mientras corría por el campamento al lado de Miriya. **-¡Juraría que matamos hasta el último de ellos! ¡Pero esos tontos abandonados por el Trono no saben cuándo tienen que caer y morir…!**

-Me temo que no son nuestros enemigos- dijo Verity, sus pensamientos eran un

reflejo de los de Miriya. -**Sino nuestras aliadas.**

-**¡A las armas!**- gritó Miriya, y comenzó a correr hacia lo alto de la colina.



Isabel ya estaba allí, frente a ella, con su rostro invadido por una tremenda ira. La Hermana Rubria estaba cerca, inclinada sobre los cadáveres de media docena de Skitarii y servidores armados, examinándolos desapasionadamente. Las marcas en el pecho de los soldados y servidores del Mechanicus eran inequívocamente las espeluznantes heridas de entrada provocadas por los proyectiles bólter de un arma modelo Godwyn-Dyath (Godwyn-De'az del original, usados los dos depende que fuente, nt), el arma larga estándar del Adepta Sororitas.

Otros adeptos se movían confusos por los alrededores, mientras muchos más recitaban lamentos fúnebres en binario mientras trepaban sobre la estructura de la tecno-reliquia, comprobando desesperadamente sus funciones y la integridad de la barrera de fuerza.

-**¿Has visto lo que ha sucedido?**- le preguntó Miriya a su Hermana.

Isabel negó con la cabeza, la ira y la tristeza se reflejaban en su rostro lleno de cicatrices. -**Yo estaba cerca… Pero no lo suficiente. Escuché los gritos, los disparos… Pero cuando llegué aquí, todo había terminado. Fuera quien fuera, se había ido.**

La mirada de Miriya se dirigió hacia un gran ovalo de bronce que se apoyaba contra la ondulada superficie de la barrera de fuerza. Ese era el único lugar de la barrera por donde se podía entrar y salir del interior, allí el campo de fuerza se agitaba y chispeaba dentro de sus límites. Su mandíbula se tensó mientras trataba de darle sentido a lo que había sucedido.

El Cuestor Nohlan salió de entre las sombras, cojeando y arrastrando una pierna mecánica tras de él, le dirigió a Miriya una frágil y débil sonrisa. La expresión parecía grotesca, en un rostro que era una mezcla de metal y carne. -**Me temo**

que la honorable Celeste Oleande no deseaba esperar la sentencia de una instancia superior- aceite y otros fluidos goteaban por debajo de su ropaje, pero parecía no importarle. -**Ella fue muy persuasiva**- señaló hacia los cadáveres. -**Nos sorprendieron, ¿comprende? Nuestros protocolos de respuesta para ese tipo de ataque estaban incompletos…**

-**No esperaban un ataque por parte de un aliado**- concluyó Cassandra. -**¡Malditas sean! ¿Qué esperan lograr haciendo esto?**- ella se volvió hacia Miriya, como si pudiera darle la respuesta que ella no podía encontrar. -**¿Por qué, en el nombre del Emperador, habrán hecho esto? ¡Oleande tiene que saber que será castiga por esto!**

-**Quizá no le importe**- dijo Verity, sin levantar la vista, mientras examinaba los desgarrados cadáveres con su auspex. -**Puede que crea que está expiando.**

-**¡Es imposible que una Hermana de Batalla se vuelva contra el Imperio!**- dijo Rubria, poniéndose en pie e ignorando a la Hospitalaria. -**¡Nuestra fe no tiene límites! ¡Tiene que haber una explicación razonable para lo que ha hecho!**

Ninguna quería decir con palabras lo que estaba pasando por los pensamientos de todas, y así, las palabras quedaron colgando tácita y amenazadoramente sobre la fría noche. *Traición. Infidelidad. Deslealtad*. Miriya sintió su corazón encogerse dentro de su pecho mientras las consideraba.

No, ninguna Sororita había caído jamás. Eso era lo que se le enseñaba a cada novicia desde los primeros días de su entrenamiento. En cada convento, en cada Orden, era la base sobre la que se construía la inquebrantable fe. Sólo atreverse a sugerir lo contrario era arriesgarse a una censura de la mayor severidad.

Miriya se dio cuenta de que no podía encontrar la implorante mirada de Rubria. En vez de eso, lanzó una mirada a su alrededor, inspeccionando al resto de su equipo. Estaban en pie diseminadas a su alrededor, con la incertidumbre claramente marcada en sus rostros. Lentamente, su vieja y aguda rabia de batalla comenzó a elevarse dentro de ella. Familiar y energizante, la Hermana permitió que la llenara. Sólo había una cosa que podía hacerse.

-**Cuestor Nohlan**- Miriya lanzó una mirada al adepto. -**¿Cree que está lo**

suficientemente bien como para acompañarnos?

-**Procesando. Procesando**- el adepto hizo un chasquido y rebuscó bajo sus ropajes, hasta que estabilizó el flujo de fluidos. -**Lo estoy, honorable Hermana. Sí así lo desea.**

-**Me gustaría**- asintió con la cabeza y se enderezó antes de gritarle a sus Hermanas que adoptasen una formación de ataque. La llamada tuvo el efecto deseado, Isabel, Cassandra y las demás se dispusieron, preparadas y con sus armas listas. -**Vamos a ir tras ellas.**

-**¿Estás segura de que eso será prudente?**- dijo Verity en voz baja. -**Si Oleande y sus guerreras están allí…** - ella vaciló durante un momento. -**No sabemos cuáles son sus intenciones.**

-**Sí las conocemos**- la corrigió Miriya. -**Las conocemos perfectamente.**

Verity, finalmente asintió. -**Supongo que sí**- se acercó a las demás mientras comprobaba su guante medicae. -**Os acompañaré.**

Rubria miró de reojo a la pequeña Hospitalaria, estaba claro que pensaba que la oferta de Verity era una tontería, pero Miriya había servido demasiado tiempo con la Hermana de la Serenidad como para dudar de la capacidad de Verity, incluso en las zonas de guerra más peligrosas. Sugerir que esperara fuera de la barrera de fuerza sería un insulto hacia la Hospitalaria tan notable como la afrenta que Miriya había sentido cuando Oleande la exigió lo mismo.

-**Ocupa tu lugar, Hermana**- ordenó.

Nohlan se dirigió el primero hacia la entrada de bronce y miró a un lado, hacia los preocupados adeptos minoris que trabajaban en las zumbantes redes de energía que la rodeaban, después de unos instantes encaró nuevamente la entrada. -**La transición será muy desagradable para los seres humanos no modificados**- advirtió el adepto. -**Prepárense.**

Caminó a través de la entrada, desapareciendo en una brillante esfera matriz como si atravesara una pared de relámpagos capturados.

Miriya recitó una invocación en voz baja y fue tras él.



La estimación del Cuestor fue conservadora, en el mejor de los casos.

Una vez, la Hermana Miriya había sido alcanzada por la explosión psíquica de un brujo que hizo arder sus nervios con un fuego blanco, quemando su cuerpo durante lo que pareció ser toda una eternidad. Esto fue mucho peor.

A pesar de que la membrana de energía era tan delgada como el plano de una telaraña, se sentía como si hubiera caído en el mismísimo infierno. El dolor era increíble. Cada átomo de su cuerpo parecía estar ardiendo en llamas, desgarrándose a sí mismo con la violencia de la transición. Durante un momento, sólo quiso morir y acabar con la agonía. Pero ese destello de debilidad fue suprimido, incluso antes de que se formara por algo mucho más grande, algo irrompible. El conocimiento de que su deber todavía estaba incumplido.

Esto no era más que otro juicio, otro momento de dolor y penuria a lo largo del camino que era el destino de todas las Adepta Sororitas.

La adversidad es una prueba, eso le habían enseñado sus mentores. *Nunca lo olvides*.

Y fue así que cruzó, sujetando su respirador, luchando contra el impulso de arrancárselo y vomitar la bilis. Vio a Nohlan estaba parado frente a ella, temblando y emitiendo una peculiar ululación mientras se deshacía de la carga estática que se había acumulado sobre su cuerpo cyborg mientras cruzaba.

El aire dentro de la barrera de fuerza estaba tranquilo y se olía el regusto metálico de la sangre derramada. Miriya miró detrás de ella, viendo por primera vez el exterior de la barrera desde la perspectiva de alguien atrapado dentro de ella. Unas rapidísimas figuras, entre blancas, desdibujadas y humeantes, que podían ser humanas, se cernían por los alrededores. Parecían espectros.

Las otras Hermanas salieron una a una, todas sudorosas y temblando por la experiencia. Ananke e Isabel fueron las primeras, luego Danae y Verity, antes de

que Cassandra apareciera junto con Marcia, Rubria y Aemilia. Cada una de ellas sacudiéndose los efectos de la transición a su manera. Todas las Hermanas de Batalla sabían que eso era sólo el precursor de los horrores que las aguardaban.

Con gestos rápidos y cortantes, Miriya ordenó silenciosamente a sus Hermanas que adoptaran una formación de batalla escalonada y le lanzó una mirada a Nohlan. Ya se había recuperado, y una de sus mecanodendritas salía por debajo de su túnica y se elevaba hasta la altura de sus ojos, como una serpiente furiosa.

La punta de la mecanodendrita se abrió para revelar un detector olfativo, y se movió de un lado para otro, saboreando el aire. Al cabo de un momento, el adepto habló. -**Procesando. Las lecturas son contradictorias e… Inquietantes. Procesando.**

Miriya sacó su pistola y la espada. -**Nuestras órdenes son simples**- les dijo a las demás. -**Si veis cualquier cosa que no sea leal… Matadla.**



Avanzaron sobre lo que había sido el santuario. Miriya había visto imágenes del edificio en placas de datos en las sesiones informativas preparatorias de la misión, imágenes del lugar sagrado días antes de que los agentes del Caos llegaran a Meseda Quintus. Una vez, el santuario había sido un monumento a la gloria del Imperio, una serie de altas torres formando una corona como la del Emperador, alzándose en el punto más alto de la ciudad que la rodeaba.

Ahora, esos pináculos estaban cubiertos por banderas blasfemas confeccionadas con piel humana, carne bronceada marcada con los sigilos del Dios de la Sangre, de las que goteaba sin cesar un repugnante icor. Temblorosas montañas de cráneos se apilaban alrededor de los muros de piedra, y los caminos que se dirigían hacia las brechas abiertas en los laterales de la capilla eran desiguales acumulaciones de fragmentos de huesos rotos sobre la tierra.

Al lado de Miriya, la Hermana Aemilia sofocó un grito en su garganta, medio ahogado, medio sollozante, al acercarse a una línea de cruces en forma de aspa. Cada una de ellas estaba hecha con vigas, y colgando sobre ellas, estaban los

cuerpos brutalmente maltratados de sus Hermanas de Batalla perdidas meses antes en anteriores ataques a la ciudad. Sus armaduras estaban perforadas por los disparos y cortes de espada, su sangre vital manchaba la santificada ceramita y el suelo bajo ellas, era toda una trágica visión. No era una muerte adecuada para alguien tan noble como una Sororita.

Verity se separó del grupo, sollozando abiertamente, pero todavía en pie, y sacó de su cinturón una pequeña botella enjoyada llena de agua de la Fuente de la Memoria de Ophelia. La Hospitalaria susurró una oración por las almas de las perdidas y roció un poco del sagrado líquido a los pies de cada uno de los cadáveres.

Terminaron de presentar sus respetos con una reverencia final y se dirigieron hacia el destrozado santuario.

-**El Emperador ya conoce sus nombres**- dijo Cassandra, lanzando una última y triste mirada por encima del hombro.

¿Sabrá Él nuestro nombre antes de que termine el día? Esa pregunta se aferró en los pensamientos de Miriya y se vio obligada a hacerla desaparecer.

El aire estancado en el interior pareció resonar, y su momento de distracción se desvaneció en cuanto el sonido de los disparos de bólter alcanzó sus oídos.

-**¿A sido dentro?**- la pregunta seguía formándose en los labios de Isabel cuando una nube de polvo de hueso salió de la brecha en la pared más cercana, y del interior surgió un grupo de gente gritando y aullando.

Los miembros del ejército del Iconoclasta eran figuras de pesadilla. Una harapienta mezcla de plebeyos, civiles, agentes de la ley y guardias de todos los rincones del planeta, todos caídos en la ensangrentada locura de la marca de Khorne. Tenían los ojos muy abiertos, con la mirada perdida en la insensatez y en la lujuria de la muerte. Sus ropas estaban cubiertas por una repugnante mezcla de sangre coagulada, carne triturada y otras materias corporales; algunos llevaban capuchas cónicas hechas con la piel de aquellos a quienes habían asesinado, otros una burda armadura realizada con huesos de fémures humanos burdamente unidos. Llevaban armas de todo tipo, desde espadas y garrotes hasta carabinas láser y stubber automáticos.

Sus cantos era una brutas cacofonía de chillidos disonantes, pero una frase se repetía una y otra vez mientras corrían atropelladamente entre los escombros hacia las Hermanas de Batalla.

-**¡Sangre para el Dios de la Sangre! ¡Cráneos para el trono de cráneos!**

Miriya apuntó cuidadosamente hacia uno de los que gritaban, un hombre con la cara flácida, en la parte delantera del grupo y le lanzó un disparo que convirtió su cabeza en una niebla carmesí. Era una señal para que el resto de su escuadra abriera fuego, y mientras las ráfagas enemigas rebotaban contra sus armaduras, las Hermanas de Batalla avanzaron y se abrieron camino masacrando a los defensores enemigos.

Los devotos del Iconoclasta iban tan amontonados que algunas de las ráfagas de proyectiles de reacción masiva atravesaron sus objetivos y terminaron con más de un cultista con un solo disparo. Las siguientes oleadas de traidores se abalanzaron sobre los cuerpos aún calientes de sus hermanos muertos casi al momento, y cuando la pistola bólter de Miriya se quedó sin municiones, cogió su espada-sierra. Con los dientes de tungsteno volviendo a la vida girando alrededor de la hoja, la Hermana maldijo al enemigo y arremetió contra las filas enemigas con salvajes barridos de su arma, con su rostro retorcido por la furia.

Mató a una docena de cultistas en unos pocos latidos de corazón, desgarrando torsos al aire, desparramando ristras de intestinos y lanzando chorros de sangre al suelo. Una especie de brutal energía se apoderó de Miriya mientras se perdía brevemente en la acción. Sintió que tiraban de ella hacia la misma rabia berserker que mostraban sus objetivos. Geiseres rojos salpicaron su armadura y cruzaron el rancio aire, brillando intensamente, desafiándola a abandonarse en el asesinato y la muerte.

Sólo duró un instante, pero el sentimiento avergonzó a Miriya, luego, la Hermana de Batalla lo expurgaría brutalmente, recitando un sacramento de protección para sí misma mientras terminaba con la vida de un grupo que llevaban pesadas picas de energía. Eran los últimos defensores de la entrada, cayeron gritando, mientras desaparecía el eco de sus repugnantes oraciones.

El corazón de Miriya golpeaba contra el interior de su caja torácica y calmó su sed de sangre con un gran esfuerzo de voluntad. -**El poder de Khorne es muy**

fuerte en éste lugar- dijo en voz alta, con un tono áspero y quebrado.

Rubria escupió en el suelo e hizo una señal de protección. -**Lo noto. A la bestia no le importa quién gane las guerras que provoca, sino que la sangre siga siendo derramada por toda la eternidad. La nuestra o la de los traidores, poco le importa.**

-**Guardaos, Hermanas mías**- dijo Miriya, moviéndose entre las sombras de la destrozada pared mientras volvía a recargar la pistola. -**Esto nos pondrá a prueba a todas…**



Los horrores empeoraron en el interior.

Dentro del devastado atrio del santuario, encontraron un montón de cadáveres colgando de cadenas y garfios. Todos y cada uno de ellos estaba pálido como la leche, habían sido desangrados en unas grandes piletas. La sangre, espesa y pegajosa, era batida por unas aspas y se deslizaba pesadamente a lo largo de unos toscos canales, para luego correr por tuberías a lo largo de las paredes, desde donde era bombeada hacia arriba por resoplantes motores, finalmente, caía de nuevo formando una enorme cascada roja. La silbante cortina líquida creaba una brillante línea divisoria entre el atrio y el vestíbulo que había más allá, en el interior del cual Miriya vislumbró más cuerpos sobre el suelo, pero esos eran de figuras esbeltas y acorazadas.

-**¡Las Celestes!**- exclamó Verity y comenzó a avanzar hacia ellas, pero se detuvo ante el temor de tener que pasar por la cortina de sangre. Danae y Ananke tomaron la iniciativa y dispararon varias ráfagas contra el mecanismo del horrible dispositivo, hasta convertir las bombas en sangrientos fragmentos. Un momento después, la lluvia roja se convirtió en un hilo, y la escena que se estaba desarrollando en el vestíbulo quedó clara.

Las Hermanas caídas del Corazón Valeroso estaban agrupadas. Miriya reconoció inmediatamente las circunstancias de su destino, mientras veía como la mayoría de ellas habían caído espalda contra espalda, con su cañones apuntando hacia

afuera formando una rueda mortal, con montones de casquillos usados de bólter esparcidos entre sus botas. Cuando les había llegado su final, las Hermanas estaban disparando en todas las direcciones, y mientras seguía mentalmente las líneas de ataque, la dura mirada de Miriya encontró montones de cuerpos de herejes. Un círculo de enemigos muertos yacía alrededor de las Hermanas de Batalla, y todos llevaban cañones automáticos portátiles, más adecuados para perforar el blindaje de un tanque que unas servoarmaduras.

-**Esto… Esto ha sido una carnicería**- gruñó Marcia.

-**Esto lo que ha sido es una emboscada**- la corrigió Danae, mientras le daba patadas al cuerpo sin cabeza de un hereje para darle la vuelta. -**Y la maldita Oleande dirigió sus escuadras directamente hacia ella.**

Miriya asintió sombríamente. Las Celestes habían sido víctimas de una estratagema con las que las Hermanas de Nuestra Señora Mártir se habían topado en más de una ocasión durante ésta campaña. Su juicio se confirmó cuando se inclinó hacia el suelo y recogió un puñado de un material pesado y resbaladizo que parecía formar algún tipo de cobertura, un camuflaje. La tela brillaba mientras la tenia agarrada, los colores del material cambiaban y enturbiaban, modificándose.

-**¡Aquí hay supervivientes!**- gritó Rubria entre las filas de las Sororitas caídas.

Miriya arrojó a un lado el manto arruinado y corrió a su lado. Se detuvo sobre una Celeste con la piel color oliva, los ojos inyectados en sangre y desenfocados. A su lado, algunas de su escuadra seguían vivas, aunque sus heridas eran muy graves. -**¿Puedes hablar?**- le preguntó Miriya.

La Celeste asintió con la cabeza, tosiendo una espuma rosada entre el silbante crujido de sus pulmones. -**Nos… nos perdimos por nuestra propia… arrogancia.**

Miriya miró a su alrededor, imaginándose como había terminado el combate. Los herejes, habían estado esperándolas en silencio, entre las sombras alrededor del ancho vestíbulo, ocultos bajo la tela, opaca a los sensores, que imitaba exactamente las sombras de la piedra manchada de sangre que las rodeaba.

-**Oleande nos condujo a….**- continuó la Celeste. -**El Iconoclasta nos preparó**

una trampa…

-Eloheim- llamó Rubria en voz baja. -**La Hermana Oleande… No está aquí.**

La Celeste herida la escuchó y logró asentir en su agonía. -**Nuestra comandante se abrió paso mientras… nosotras resistíamos. Incluso ahora, estará buscando al Iconoclasta para terminar… la misión.**

-Qué desperdicio… - murmuró Cassandra, en pie cerca de ellas. -**¡Si hubieran esperado! Las habríamos podido avisar contra ésta vil táctica…**

Miriya levantó una mano para silenciarla. **-Eso ya no importa. Tenemos que terminar lo que se inició aquí**- señaló a Danae y al Cuestor. -**Hermana, coge a Marcia y a Aemilia, llevaras a las heridas hasta la entrada. Nohlan, vaya con ellas.**

-**¿Qué va a hacer?**- dijo el adepto. -**Sin mí para examinar el camino…**

-**Lo conseguiremos**- insistió Verity.

Miriya asintió ante las palabras de la Hospitalaria y se volvió. -**Ananke, Cassandra, Rubria. Tomad el pasillo sur a través del camino y buscad hacia el relicario. Avisad por el vox si encontráis algo.**

Las tres mujeres asintieron con la cabeza y se dirigieron hacia las sombras. Miriya se volvió hacía Isabel y Verity. -**Vosotras conmigo. Avanzaremos por la nave hacia el otro lado de la capilla.**

Verity frunció el ceño. -**¿Crees que Oleande sigue viva en éste osario?**

Miriya asintió, revisando sus armas mientras se ponía en marcha. -**La he visto pelear, Hermana. No venderá barata su vida.**



Sus palabras resultaron ser proféticas.

Mientras cruzaban lo que había sido el ornamentado espacio del crucero principal, bordeando piras hechas con cuerpos y artefactos profanados, en el alto techo resonó el sonido de las espadas y el tronar de las armas de fuego.

Miriya comenzó a correr, Isabel siguió su ritmo. Verity iba cerca, agarrando una pequeña pistola bólter entre sus manos. Ocultaba bien su vacilación, pensó la Hermana de Batalla. Cualquier otra Hospitalaria podría haber pedido unirse a la evacuación de heridos, pero no Verity. Su dedicación seguía siendo ejemplar.

Pasaron bajo el arco que conducía al gran presbiterio y, finalmente, el objetivo de su misión se presentó ante ellas.

El Iconoclasta estaba inmerso en el combate, luchando entre un grupo de soldados traidores protegidos con unas degradadas armaduras de caparazón, de los Auxilia, adornadas con pinchos y runas del culto de la muerte. La Hermana Oleande y dos de sus Celestes no les daban cuartel, pero inmediatamente quedó claro que el enemigo las tenía a la defensiva. Estaban jugando con ellas, cortándolas y haciéndolas sangrar en cada ataque, pero sin llegar a matarlas. Los lacayos del Dios de la Sangre querían alargar y saborear la agonía ante su obvio fracaso.

Miriya nunca había estado antes tan cerca del archi-hereje. Vestido de pies a cabeza con una armadura de un material blanco poroso que brillaba como la porcelana, el Iconoclasta era una indefinible forma humana blanca. Parecía un maniquí desnudo o la figura de un modelo para un artista, el Iconoclasta no tenía nada que lo definiera, ni que diera algún indicio sobre sí mismo. Las únicas características que rompían la uniformidad era las dos armas que el hereje llevaba en sus enguantadas manos, unas antiguas espadas hoz estilo Khopesh (espada de hoja curva o con forma de hoz, muy usada en la antigüedad en Oriente Próximo, muy popular en el Antiguo Egipto, nt), en cuyas perversas curvas plateadas se reflejaba la embotada iluminación que se filtraba a través de las manchadas vidrieras de cristal. Los extremos de las empuñaduras de las espadas ocultaban bólters en su interior, lo que permitía a su portador lanzar ataques a larga distancia si era necesario. Miriya ya había contemplado, meses antes, los efectos de esas armas secundarias, en la torre de una colmena en llamas, cuando llegaron demasiado tarde para evitar la fuga del hereje. Eran las espantosas herramientas de un asesino que se deleitaba en el derramamiento de sangre. Un asesino al que no se le podía permitir que escapara de nuevo.

-**¡Al ataque!**- gritó Miriya, y corrió a lo largo de un montón de mampostería derrumbada, mientras enarbolaba su pistola. La Hermana de Batalla mató a tres de los soldados traidores con tan sólo tres disparos de su arma, y vio a Oleande reaccionar sorprendida ante su llegada.

Sin embargo, su inesperada intervención no fue suficiente para frenar el asalto asesino del Iconoclasta. La figura vestida de blanco saltó en el aire y descendió sobre una de las Celestes mientras la Hermana del Corazón Valeroso se disponía a recargar su bólter. Las puntas de las curvadas espadas se introdujeron entre la flexible cota de malla de debajo de su barbilla, alrededor de su garganta, allí donde su pectoral se encontraba con su tórax. Las armas estaban perfectamente dirigidas hacia los puntos más débiles de la servoarmadura y los atravesaron, estallando a la espalda de la Celeste entre un torrente de sangre. Miriya no podía hacer otra cosa que mirar como el Iconoclasta arrancaba las espadas hoz en direcciones opuestas, abriendo en dos a la Hermana de Batalla, rasgándola como si fuera una muñeca de trapo.

Una gran masa líquida pareció elevarse desde la Celeste y engullir al Iconoclasta como una ola, empapando su armadura blanca hasta que se volvió carmesí. Pero entonces, ante el horror de Miriya, la porosa superficie de la armadura del traidor se bebió la sangre de la mujer asesinada hasta absorberla por completo.

El hereje vio a las recién llegadas y gritó una orden. Uno de los soldados esclavos supervivientes del Iconoclasta volvió su carabina láser hacia las Hermanas de Batalla y abrió fuego, lanzando chirriantes rayos de energía amarillenta a través del presbiterio lleno de escombros. Los disparos pasaron alto, zumbando por el aire sobre la cabeza de Miriya, que se agachó mientras se movía.

-**¡Hermana, cuidado!**- Isabel gritó una advertencia ya demasiado tarde, Miriya se dio cuenta de que los disparos habían encontrado un objetivo diferente. Por encima de ellas, un gran incensario ceremonial plateado colgaba de una gruesa cadena cubierta del polvo, en mejores tiempos, habría estado lleno de aceites perfumados calientes que exhalarían sus vapores sobre las cabezas de los fieles penitentes que visitaban la capilla para adorar al Dios-Emperador.

Vacio y muerto, el incensario era un vacío vestigio de la anterior vida del

sagrado santuario, y ahora, cuando los rayos cortaron la cadena, cayó con gran estrépito. El plateado orbe, tan grande como un Land-Raider, se estrelló contra el suelo de mosaico y quedó destrozado, sus restos bloquearon la arcada a través de la que Miriya y las demás habían entrado.

La Hermana de Batalla escuchó a Isabel gritar y caer en cuanto el incensario cayó al suelo. Se giró, atreviéndose a desentenderse de la pelea el tiempo suficiente para mirar a su Hermana llena de cicatrices caída cerca de ella. Un pedazo de tubo de bronce había salido despedido y se había clavado en su espalda, los músculos artificiales de su armadura lanzaban chispas y se sacudían sin control.

Verity corrió al lado de Isabel, alejando a Miriya. **-¡Ya la tengo, Hermana! ¡Sigue!**

A pesar de los rayos de energía que zumbaban a su alrededor, la Hospitalaria se dirigió a ayudar a Isabel, haciendo caso omiso de todo lo demás.

Miriya la hizo un gesto con la cabeza y siguió corriendo mientras apuntaba y liquidaba al cultista de la carabina láser antes de que pudiera lanzar otra ráfaga de disparos. Los pocos miembros restantes del séquito de asesino del Iconoclasta estaban más concentrados en destruir al resto de la escuadra de Oleando, vio caer a otra Hermana del Corazón Valeroso atravesada por varias espadas.

-¡Ven a por mí, hereje!- gritó la Hermana Oleande, sacando su propia espada de energía y blandiéndola ante el enemigo. Ahora, ella era la última de su Orden que todavía seguía en pie dentro del destrozado santuario.

El rostro sin cara del Iconoclasta se inclinó hacia ella, como si le divirtiera, y entonces, la figura vestida de blanco se abalanzó a una velocidad increíble contra la Hermana de Batalla. Las hojas de las espadas atronaron cuando se encontraron.

Miriya se movió rápidamente, tratando de acercarse, pero los otros soldados herejes se anticiparon a su táctica y tres de ellos se dirigieron contra ella inmediatamente con sus stubber y mazas de energía apuntando hacia la Hermana.

Sin tiempo para volver a recargar su pistola, Miriya utilizó la culata de su

enorme pistola para golpear la cara del primer atacante, rompiendo un visor de polímero y astillando hueso, carne y cartílago.

Sin perder el impulso, balanceó su espada-sierra hacia abajo, con los afilados dientes de la espada convertidos en un borrón por la velocidad, cortó el muslo del siguiente atacante bañando los adamantinos dientes en sangre. La espada-sierra cortó a través de la maltratada armadura del hereje, convirtió la carne en simples pedacitos de carne, seccionando la arteria femoral del hombre, que comenzó a lanzar gruesos chorros de su sangre sobre el polvo.

El tercer atacante le disparó con una pistola stubber, el proyectil hizo blanco sobre la coraza del pecho de la Hermana y la fuerza cinética la desequilibró, haciéndola tropezar y perder la pistola bólter. El calor desviado desde el punto de impacto floreció en su pecho y en su garganta, pero ella lo ignoró, volviéndose a poner de nuevo en pie.

Por el rabillo del ojo, Miriya vio destellar las espadas mientras Oleande y el Iconoclasta se enfrentaban en duelo, pero ni por un momento se atrevió a apartar la mirada del traidor que la había disparado. Él echó la cabeza hacia atrás y rió. -**¡Sangre para el Dios de la Sangre!**

Mientras pronunciaba esas palabras, Miriya podía oler la sangre a través de sus fosas nasales. El olor oscuro y pesado, persistente y potente. De repente, podía sentir cada pequeña gotita de la vitae derramada que la cadena de la espada-sierra había lanzado sobre su rostro cuando había matado un momento antes. El impulso de lamerse los labios fue tan fuerte que requirió todo un esfuerzo de voluntad el resistirse.

-**¡Sal de mi alma!**- gruñó Miriya. -**¡Ahí no hay lugar para vuestro rey-demonio!**

-**¡Cráneos para el Trono de…!**- el canto del pistolero fue interrumpido cuando la daga escondida en el rosario de la Hermana de Batalla salió desde su mano extendida y se clavó en su mandíbula, cerrándole la boca. El hereje se tambaleó hacia atrás, tratando de reír, lanzando espumarajos y gorgoteando mientras sus fluidos vitales brotaban de un nueva y desigual herida en su rostro.

Miriya se acercó al traidor con una sola zancada y lo agarró por la garganta. Lo

atrajo hacia ella, como si estuviera a punto de abrazarlo, pero en vez de eso, el cuerpo del hombre se encontró con la punta zumbante de su espada-sierra mientras ella la empujaba hacia él. El pistolero se sacudió y gritó mientras la espada-sierra hacia su trabajo a través de la armadura y la suave materia que cedía bajo ella. Cuando estuvo muerto, la Hermana de Batalla lo empujó y recuperó su daga. Luego se dirigió hacia adonde había perdido la pistola, sacudiendo la sangre que manchaba el puñal. Todo a su alrededor apestaba a sangre rancia y agria.

Parpadeó para eliminar las gotas rubíes de sus pestañas y los acontecimientos a su alrededor parecieron ralentizarse. Miriya sintió el feroz temblor desencadenado sobre sus nervios, y los atronadores golpes de los latidos de su corazón. La brutal necesidad de ejercer la violencia empujó su psique.

Se agachó para recoger su arma y se quedó helada. A pocos metros de ella, Oleande estaba tendida en el suelo con una de las espadas hoz clavada en su vientre y con su propia espada fuera de su alcance. El Iconoclasta estaba parado sobre ella, girando la gemela de la primera arma, las salpicaduras rojas sobre su armadura blanca se deslizaban hacia arriba, contra la gravedad, por surcos a través del tórax y la garganta.

La figura con su blanca cara de muñeco se volvió hacia la Miriya y levantó un dedo en su dirección, como un padre lanzándole a un niño una alegre advertencia para que no se porte mal.

Miriya estaba demasiado lejos para atacar con su espada, su pistola bólter aun estaba fuera de su alcance y descargada, adivinó que su táctica con la daga de su rosario sería inútil, dado que el Iconoclasta podía matar a Oleande en el mismo segundo que levantara la mano para lanzarla.

Pero la vida de Oleande valía la pena por la muerte del hereje, y ambas lo sabían. Miriya se movió ligeramente, preparándose para ponerse en acción.

Antes de que pudiera hacer nada, una suave risa femenina salió de debajo de la máscara del Iconoclasta. La careta de porcelana se dividió en cuartos y se retrajo hacia debajo de la cara.

Juro que arrancaré la máscara del Iconoclasta y veré el verdadero rostro del

hereje antes de lanzarle el golpe mortal. El voto de Miriya resonó en su memoria, pero he aquí que el traidor se descubría por sí solo.

Había un rostro humano debajo de la máscara blanca, el rostro de una mujer. Lleno de cicatrices y espléndido por el flujo de la sangre, pero con unos rasgos que Miriya conocía. Unos severos ojos verdes, el pelo rubio ceniza. Era la cara de Oleande.

-**¿Qué truco es este?**- gritó Miriya. -**¡Esta burla no tiene sentido, traidor! ¡Independientemente del rostro tras el que te escondas, morirás!**

-**No me estoy escondiendo, Miriya**- dijo el Iconoclasta. -**Y no es un truco**- miró a la Hermana de Batalla caída en el suelo. -**La única mentira que hay aquí es ella.**

-**Mientes**- tosió la Hermana del Corazón Valeroso. -**Hermana… cuídate… de lo que ven… tus ojos. Los demonios toman muchas formas…**

-**No hay ningún truco**- dijo el Iconoclasta, enfadado. -**No soy un demonio, todavía no**- aferró la empuñadura de la espada hoz clavada en el vientre de la Sororita y la hizo girar, haciendo que la mujer gritase. -**Soy Oleande. Siempre lo he sido. Ésta renunció a su nombre para robar el mío. Para que nadie lo supiera. Para que nunca se pudiera descubrir la mentira.**

-**¡Ninguna Sororita ha caído jamás!**- dijo Miriya, sin poder contenerse. *¿Podría ser verdad?* La posibilidad la enfermó hasta un nivel que creía imposible. -**¡Yo conocí a la Hermana Oleande! ¡Nunca se entregaría a las Poderes Ruinosos!**

-**Necia**- dijo el Iconoclasta. -**Te engañas**- se dio unos golpecitos en la cabeza. -**Piensa, Miriya. ¿Nunca te has preguntado cómo era que mi ejército iba permanentemente un paso por delante de ti todo el tiempo? ¿No te has preguntado nunca cómo podía conocer tan bien las tácticas de las Sororitas?** - lanzó un suspiro. -**Recuerda a la mujer junto a la que luchaste en el Frente Ícaro. Me viste. Incluso aunque no quisiste admitirlo en aquellos momentos, viste lo mucho que amaba los cortes y la matanza**- lanzó un profundo y ronroneante gruñido. -**Y después de un tiempo, la fe y el fuego que nuestro rancio Emperador cadáver me daba ya no fue suficiente. Yo quería más.**

Quería sangre y cráneos- miró a Miriya con expresión lasciva, su violento deseo escapaba en cada palabra. -**Khorne respondió a mis necesidades…**

Miriya la vio lamer la sangre coagulada de su espada y toda duda se disipó. -**¿Es verdad lo que afirma?**- le preguntó a la mujer herida sobre el suelo. Cuando no respondió, Miriya continuó. -**Dime el nombre de la Repentia que murió en el vigésimo séptimo día en Ícaro**- exigió, levantando su voz. Se sentía traicionada. -**La que nos salvó a todas las demás de una granada perforante. ¡Encendiste una vela en honor de todos los que habían muerto esa noche!**

-**¡No…no… no lo recuerdo!**- gritó la herida Hermana de Batalla.

-**Se llamaba Adesa**- dijo el Iconoclasta, y parte del espíritu de Miriya murió al oír la verdad en boca del hereje. -**Tu Hermana murió agonizando, pero no temas. El Señor de la Rabia abraza esas muertes**- la hereje señaló a Miriya. -**Recuerdo que tú sollozaste suavemente por ella. Pero ahora ya no es así. Creo que escucharás el mismo clarín que oí. La rabia, acercándose a la superficie.**

-**¡No!**- Miriya sacudió la cabeza, concentrándose en su alma, concentrándose en la luz del Emperador, aferrándose a ella. -**¡No!**

-**¿Acaso crees que soy la única que ha caído?**- la figura de blanco se echó a reír y el áspero sonido cayó en cascada sobre las destrozadas paredes. -**¿La única que voluntariamente ha quemado su juramente a cambio de un poder mayor? Tú lo sabes bien, Hermana Miriya. Después de todo, ¡tu Orden es la que lleva la mancha de ser la primera en entregar a una de sus hijas al Camino Óctuple!**

-**¡No pronuncies el nombre!**- la Hermana de Batalla herida tosió sangre mientras gritaba esas palabras.

-**¡La Hermana Superiora Miriael Sabathiel!**- gritó la Iconoclasta. -**¡Era de la Orden de Nuestra Señora Mártir! Cayó en los brazos del Señor de los Placeres Oscuros, que desperdicio…** - ella sacudió la cabeza con tristeza, burlándose. -**Cuando éramos silenciosas novicias, nos enseñaron que ninguna Hermana ha caído jamás, pero el caso de Sabathiel es conocido. Ella es la cautelosa advertencia. ¿Cómo cuadrar ese círculo, Miriya? Ninguna cae, sin**

embargo, una ha caído. ¿Cómo se siente saber que te han mentido?

Miriya buscó una respuesta, pero no pudo encontrarla. El Iconoclasta, la verdadera Oleande, lo vio en sus ojos y sonrió.

-**Sabathiel fue sólo la primera. Construyó su propia partida de guerra a partir de las Hermanas pías que esclavizó de la Orden de la Sabana de Plata, para su vergüenza… Y luego están otras, asesinadas en silencio y eliminadas de la historia, o… reemplazadas, como yo**- Oleande retrocedió hasta su doble herida sobre el suelo y la miró furiosamente. -**¡Todo para proteger la gran mentira del Adepta Sororitas, para proteger su frágil corazón y su alma de la desgarradora verdad del Caos!**- se echó hacia atrás y escupió a la cara de la herida, su propia cara. -**¡Ante ti ves la ensangrentada vergüenza del Corazón Valeroso! ¡Tan humilladas por mi deserción a los verdaderos dioses que crearon ésta mentira! Cogieron a una Hermana y le dieron mi aspecto. Y han estado siguiendo tu cruzada desde entonces, Miriya. Esperando que llegara el momento para acabar conmigo. Para sellar para siempre el secreto y quemar la indignidad de que Oleande era una hereje. Qué el propio Iconoclasta se atrevió a renunciar a ellas.**

Ahora el velo se desmoronó. Todo estaba ya claro, el instinto de que algo estaba mal en la mujer que Miriya había conocido al mando de las Hermanas del Corazón Valeroso, su insistencia en ejecutar al hereje y hacerlo solas, su inexplicable ataque contra los adeptos de Nohlan en lugar de esperar la sentencia de la Abadesa. Pensaron que no podían arriesgarse a que la Abadesa se pronunciara contra ella. Su desgracia era demasiado grande para que otros la conocieran.

-**Ya que ahora ves la mentira**- dijo Oleande, asintiendo con la cabeza hacia su doble. -**Abre la puerta de tu alma, Miriya. Y renacerás, como yo…**

El tripe estampido de una ráfaga de bólter acompañado por un fogonazo cortó el aire estancado del presbiterio y Oleande cayó contra el polvo y los escombros. El seco impacto de los proyectiles reactivos sacó bruscamente a Miriya de su ensimismamiento y la devolvió a la realidad. Se giró y vio a Verity cerca de ella, sujetando el bólter de Isabel, temblando por la adrenalina.

-**Yo… me cansé de escuchar su sermón**- exclamó Verity.

Miriya dio un paso hacia la Hospitalaria, con la intención de quitarle el bólter, pero un agudo grito la hizo volverse hacia el combate.

Oleande se levantó de las cenizas, el cráter morado-púrpura en su pecho señalaba el lugar donde uno de los disparos de Verity había alcanzado su objetivo. Algo impuro y monstruoso vivía en su interior, dentro de la cavidad torácica de la hereje, allí donde una vez había latido su corazón. Se arrastró hacia arriba, avanzando hacia la Hermana de Batalla herida que incluso ahora trataba en vano de levantarse del suelo.

Miriya comenzó a correr, blandiendo su espada-sierra en una silbante figura de ocho, mientras Oleande gritaba sin palabras hacia su doble. La amarga campeona de Khorne lanzó hacia abajo su espada curvada en un golpe de verdugo hacia el cuello de la mujer tendida en el suelo, con la intención de decapitarla de un solo tajo.

La espada-sierra bloqueó la caída justo antes de que la espada de la hereje pudiera impactar, a la vez que Miriya se acercaba a su enemiga. El borde de la hoz saltó entre los dientes en movimiento de la espada más grande mientras un torrente de chispas blancas saltaba por el aire.

Miriya puso todo su peso en la parada y forzó a Oleande a retirarse y alejarse de la Hermana de Batalla herida. **-¡Tu maldito amo no la tomará!-** gruñó.

-¡No desafíes la voluntad del Dios de la Sangre!- gritó Oleande. Su Khopesh era más ligero y delgado, por lo tanto más rápido de manejar que la voluminosa espada-sierra a motor de Miriya, la hereje golpeó con fuerza y rapidez, tratando de encontrar un punto débil en las defensas de la Hermana. Pero Miriya bloqueó cada ataque manteniendo la presión, forzando a Oleande a retroceder ante el borde de la cadena giratoria.

Sus armas se encontraron una y otra vez, el acero corrompido chocó contra los colmillos de tungsteno, cada golpe resonó como un toque de campana a través del asolado espacio en ruinas del presbiterio. Un golpe de suerte silbó sobre el hombro de Miriya, pero no hizo nada más que rascar la ceramita negra. En cambio, la Hermana de Batalla golpeó a su atacante y casi conectó un furioso golpe en el pecho de Oleande.

Mientras Oleande se defendía, un enfermizo nido de zarcillos pálidos salió del interior de la herida de su pecho, cada uno de ellos terminaba en algo similar a las fauces de una lamprea, saltando por el aire en busca de sangre y carne. La visión revolvió el estómago de Miriya y atacó de nuevo, partiendo un pedazo de la espada de hoz de su enemiga con un golpe oblicuo particularmente violento, pero cada ataque que ella lanzaba era bloqueado, cada finta que hacia parecía transparente a los ojos de la hereje. La Hermana caída conocía demasiado bien ese camino de la guerra, tal y como se había jactado. Oleande había sido entrenada por los mismos mentores guerreros, en las mismas doctrinas que ella, y ahora igualaba el ritmo de Miriya, encaminándose a un letal estancamiento.

Oleande lanzó una carcajada hueca y monstruosa. -**No puedes matarme. He muerto mil veces, y los dones del Dios de la Sangre siempre me resucitan…**- extendió una mano para acariciar la masa de tentáculos que emergían del agujero en su pecho. -**¡Le daré tus huesos como un especial tributo para él!**

La hereje retrocedió, y Miriya vio el flujo del movimiento antes de que llegara. Su enemiga iba a atacarla con toda su fuerza, sin contenerse ni guardarse nada. La Hermana de Batalla se preparó.

Un segundo después, Miriya escuchó a la doble de Oleande gritar de dolor. El gemido atrajo la mirada de su corrompida tocaya hacia ella, y Miriya vio como la boca del campeón del Caos se abría con hambre y ansía.

La agonizante mujer tendida en el suelo finalmente tiró de la espada clavada en su vientre y la arrojó hacia un lado. La brusca sacudida en su herida hizo que la sangre se derramara sobre su armadura, el olor de la fresca vitae atrajo el deseo de Oleande como un imán. La sierva del Dios de la Sangre no pudo evitar relamerse los labios.

Aquella distracción sólo duró una fracción de segundo, pero fue toda la oportunidad que Miriya necesitaba. Ella gruñó mientras hacía bajar la espada-sierra en un arco que amputó el brazo de Oleande que sujetaba la espada por encima del codo, cortando ruidosamente a través de la armadura de porcelana, carne y hueso con un sordo gruñido. Su enemiga se tambaleó, pero, para disgusto de Miriya, del brazo cortado brotó un grueso manojo de pálidos tentáculos que comenzaron a impulsarle por el suelo hacia ella, como un grueso gusano en busca de carroña que consumir. Sin vacilar, la Hermana dio un paso

hacia adelante y aplastó de un pisotón el miembro amputado hasta convertirlo en un amasijo pulposo, retorciéndolo contra los azulejos rotos del suelo hasta que la cosa dejó de moverse.

Oleande, la otra Oleande, estaba ya en pie, ignorando la sangre que fluía hacia abajo por su vientre y su pierna. Su espada de energía estaba de nuevo en su mano, chispeando mientras su halo energético quemaba el polvo y los fluidos que cubrían la hoja. Cada paso que daba era toda una tortura para ella, pero no vaciló. -**Esto termina ahora**- declaró, apuntando su hoja hacia la Caída.

La traidora, cuya cara compartía, abrió la boca y chilló, vomitando blasfemias que helaron la sangre de las venas de Miriya. Más tentáculos salieron por su boca, sus labios, sus oídos y a través de las órbitas de sus ojos. Los gritos provenientes de cientos de pequeñas bocas de lamprea hicieron vibrar el aire con su impío clamor. Las profanadas vidrieras se agrietaron y estallaron, polvo y piedras sueltas cayeron del dañado techo del edificio.

Miriya y la Hermana del Corazón Valeroso intercambiaron una mirada y atacaron a la hereje al unísono. Los golpes de sus espadas llovían sobre la Sororita traidora, cortando pedazos de su armadura, cortando pedazos de temblorosa carne. Pero incluso cuando Oleande cayó de rodillas, seguía chillando, mantenida todavía viva por cualquiera que fuera el parásito demoniaco que su dios blasfemo le hubiera implantado.

-**¡Tú ya eres suya!**- exclamó la hereje, con su boca ahogada por los convulsos zarcillos. -**¡Es inevitable! ¡Las Hermanas de Batalla están empapadas de sangre! ¡Su fe es una mentira! ¡Todas vosotras camináis por el Camino de los Cráneos!**

Miriya levantó su espada e intercambió una mirada con la otra guerrera. -**¿Juntas, entonces?**

La Hermana de Batalla de los Corazones Valerosos asintió con cansancio. -**Juntas, sí.**

En un solo movimientos al unísono, ambas clavaron tus espadas profundamente en la caja torácica de Oleande y la hicieron callar.



El cuerpo de la hereje se derrumbó sobre sí misma convertida en un sucio revoltijo de repugnantes vísceras y huesos deformados. Cualquiera que fuera el poder de la disformidad que había mantenido viva a la mujer, de repente desapareció, y todas sus muertes regresaron mil veces.

Miriya no le concedió a la traidora una segunda mirada. Se alejó a grandes pasos, envainando su ensangrentada espada-sierra en su espalda mientras se dirigía hacia donde Verity estaba en pie sobre la figura inconsciente de Isabel. La Hospitalaria seguía agarrando el bólter de la otra mujer, pero parecía claro que no lo había usado de nuevo por temor a darle a su amiga en el duelo con la hereje.

Pero entonces, el breve instante de alivio en el rostro de Verity desapareció y ella levantó el arma, apuntando con dificultad hacia Miriya. -**¡Hermana!**- gritó como advertencia.

Miriya se detuvo y se volvió, sabiendo lo que iba a ver detrás de ella. La Hermana superviviente del Corazón Valeroso, la que había asumido la identidad de la traidora para proteger la virtud de su Orden, ahora apuntaba su espada de energía hacia la garganta de Miriya. -**No deberías haber venido detrás de nosotras**- dijo en voz baja. -**Mi deber está muy claro.**

-**No nos dejará salir de aquí con vida…**- dijo Verity, apuntándola a su vez con el bólter. -**Vimos a Oleande… a la verdadera Hermana Oleando… Y en que se había convertido.**

Miriya asintió. -**Somos testigos de la mayor desgracia de su hermandad**- ella inclinó la cabeza. -**¿Esa es la orden que te dieron, no? ¿Hacer todo lo que fuera para asegurarse de que éste secreto nunca sea revelado?**

La Hermana de Batalla asintió con la cabeza. –**Exactamente, así es. A cualquiera que se entere de la vergüenza no debe permitírsele que hable de ello**- sacudió la cabeza con tristeza. -**Lo siento, Hermana**- la mujer clavó su espada en el suelo y sacó un par de granadas krak de su cinturón. -**Pero así es como debe ser.**

-No estoy de acuerdo- Miriya caminó lentamente hacia la otra Hermana y colocó sus manos sobre las que agarraban las bombas. Sabía que si detonaban, la cargas krak derrumbarían todo el techo del santuario y las enterrarían a todas. -**Ha sacrificado mucho en ésta misión-** agregó. -**Incluso tu propio ser. Yo también he dado mucho. Mi servicio, mi sangre, mis Hermanas. Pero si morimos hoy, ese deber termina. Y el enemigo todavía aguanta-** Miriya hizo un gesto con la cabeza hacia los restos de la hereje. -**Y no sólo el enemigo exterior, también el enemigo interior-** Miriya cerró los ojos por un momento y recordó la horrible sensación de la tentación que oscurecía los bordes de sus pensamientos. Vivir era luchar continuamente contra él, día tras día… Pero vivir, también era desafiarlo, y hacer de cada aliento, de cada respiración, una victoria contra la oscuridad.

La presión de las manos de la herida sobre las granadas disminuyó. -**Pero éste es mi fracaso-** dijo en voz baja. -**Debo sacrificarme…**

-**Tienes que vivir-** insistió Miriya. -**La Hermana Oleande debe vivir. De otra manera, el archienemigo tendrá su victoria y todo lo que has hecho… Todo lo que hemos hecho, habrá sido para nada.**

-**Nunca hablaremos de lo que hemos visto aquí-** dijo Verity. -**Lo juro, por el honor de la Orden de la Serenidad. Me lo llevaré a la tumba, sin decir nunca nada.**

-**Yo también lo prometo-** repitió Miriya. -**Sobre el honor de la Orden de Nuestra Señora Mártir y en el nombre de santa Katherine. Me lo llevaré a la tumba sin jamás decir nada-** hizo una pausa y luego se encontró con la cansada mirada de Oleande. -**¿Qué me dices, Hermana?**

Finalmente, Oleande asintió con la cabeza.



Se reunieron con el equipo de Cassandra en la nave del santuario, y se encontraron con que Rubria tenía el rostro sombrío y ensangrentado, mientras

Ananke la sujetaba para que pudiera caminar. Se había producido un tiroteo, explicó enérgicamente Cassandra. Ningún miembros del ejército del Iconoclasta ha sobrevivido.

-**¿Y el hereje?**- preguntó Cassandra.

-**La Hermana Oleande derribó a nuestro enemigo**- dijo Miriya, antes de que nadie pudiera hablar. -**La traición de la existencia del Iconoclasta ha terminado.**

Cassandra ayudó a Verity a llevar a Isabel hacia la puerta de la barrera de energía, pasaron a través de ella con un destello de radiación. Rubria y Ananke fueron las siguientes, sólo quedaron Miriya y la Hermana del Corazón Valeroso.

-**¿Qué le digo a mis Hermanas cuando vuelva a nuestro convento?**- dijo Oleande. -**No se esperaba que sobreviviera a mi misión.**

-**La adversidad es una prueba, Hermana. No debemos fallar**- Miriya caminó hacia puerta de entrada, con la cabeza bien alta, tal y como convenía a un vencedor. Se detuvo ante el umbral y le ofreció su mano a su Hermana. -**Y sólo el Dios Emperador puede decidir cuándo terminará nuestro deber.**

FIN





JAMES SWALLOW



FE

Y

FUEGO

‘Faith & Fire’

por James Swallow



Traducción ICEMANts & **Kkus7067**

Corrección Iceman ts 1.8

Estamos viviendo el cuadragésimo primer milenio.

Desde hace más de cien siglos, el Emperador ha permanecido sentado e inmóvil en el Trono Dorado de la Tierra. Él, es el maestro y señor de la humanidad con la voluntad de un dios, dueño de un millón de mundos por el poder de sus inagotables, infatigables e intrépidos ejércitos. Es un cadáver putrefacto retorciéndose invisible dentro del Trono Dorado, gracias al poder de la Edad Oscura de la Tecnología. Él es el Señor Carroñero del Imperio al cual un millar de almas se sacrifican todos los días, para que nunca acabe realmente de morir.

Sin embargo, incluso en su estado inmortal, el Emperador continúa su vigilancia eterna. Poderosas flotas de naves armadas cruzan el miasma infestado de demonios de la disformidad, la única ruta viable y rápida entre las estrellas distantes, su camino iluminado por la Astronomicón, la manifestación psíquica de la voluntad del Emperador. Enormes ejércitos luchan en su nombre en incontables mundos. Grande entre sus soldados son los Adeptus Astartes, los Marines Espaciales, bioingeniería de súper guerreros. Sus compañeros de armas son legión: la Guardia Imperial y un sin número de fuerzas de defensa planetaria, la Inquisición siempre vigilante y los tecno-sacerdotes del Adeptus Mechanicus, por nombrar sólo unos pocos. Pero incluso así, en su bastos e inmensos ejércitos, son apenas los suficientes para mantener a raya la amenaza siempre presente de los alienígenas, herejes, mutantes... y cosas mucho peores.

Ser un hombre en estos tiempos, es ser uno entre incontables miles de millones. Es vivir en el régimen más cruel y sangriento imaginable. Estos son los cuentos de estos tiempos. Olvida el viejo poder de la tecnología y la ciencia, pues mucho conocimiento se ha perdido para nunca volver a aprenderlo. Olvida las promesas de progreso y comprensión, en el oscuro futuro sombrío sólo hay guerra. No hay paz entre las estrellas, sólo una eternidad de matanza y masacre, con la risa de los veleidosos y sádicos dioses resonando por el immaterium.



CAPITULO
I



A partir de su alta y ventajosa posición, el Emperador de la humanidad observó atentamente a Miriya arrodillada. Su inmutable mirada fija en ella, la forma inclinada de la mujer envuelta en una túnica del vivo color de la sangre. En algunos lugares, la armadura oscura como la obsidiana surgió de entre los pliegues de la tela carmesí. Destacando sobremanera contra el pálido suelo marmoleo de la capilla. Fue definida por la luz que reflejaba sobre su rostro eterno el Emperador, todo lo que ella era, era sólo por su decreto.

Los labios de Miriya se movieron en susurros. La letanía de la 'Guía Divina' se derramaba de ella en una cascada de susurros. Las palabras eran una parte tan importante que llegaban rápido y sin esfuerzo, era como respirar. Así cuando llegó al clímax de la oración, sintió un ardor de justicia establecerse en su corazón, como hacia invariablemente. Siempre lo había hecho desde el día en que se había quitado la capa de novicia y hecho el juramento de Hermana de Batalla.

Se permitió mirarlo. Miriya se otorgó a sí misma ese pequeño gesto, como una recompensa. Su mirada viajó hasta el altar, bebiendo en la majestad del ídolo de oro imponente. El Emperador miró sobre sus brazos cruzados, a través de la empuñadura invertida de una gran espada ardiente. En el hombro izquierdo estaba santa Celestine, con las manos ahuecadas para sostener dos palomas de piedra como si estuviera ofreciéndoselas a ella. A su derecha estaba santa Katherine, la hija del Emperador que fundó la orden en la que Miriya estaba ahora sirviendo.

Se quedó mirando el rostro de Katherine por un momento, el pelo de la estatua

caía sobre su sien, sobre la flor de lys (lis, nt) tallada a modo de tatuaje, debajo de su ojo izquierdo. Miriya inconscientemente acarició sus cabellos negros por encima de su oreja, dejando al descubierto su propio tatuaje, una flor con tinta de color rojo oscuro.

La armadura que la Santa de piedra llevaba, difería de la de Miriya en la forma, pero no en su diseño funcional. Santa Katherine estaba vestida con un antiguo tipo de armadura, llevando el símbolo de un corazón ardiente donde Miriya llevaba una santa cruz coronaba con un cráneo. Cuando la Santa había sido dueña de su orden, habían sido conocidos como la Orden del Corazón ardiente, pero habían pasado décadas antes del brutal final de Katherine en Mnestteus. Desde esa fecha, hacía ya más de dos milenios que se habían llamado a sí mismas la Orden de Nuestra Señora Mártir. Era parte de un legado de servicio al Emperador que la Hermana Miriya, del Adepta Sororitas, había tenido la suerte de continuar.

Con ese pensamiento aún rondando su mente, se encontró con los ojos de piedra del Emperador y se imaginó que en la Tierra, estando muy distante, el señor de la humanidad la concedía alguna pequeña fracción de su divina e infinita atención, pidiéndole fervorosamente llevar a cabo su última misión con su bendición. Las manos de Miriya llegaron a su pecho y se entrecruzaron, haciendo involuntariamente la señal de la Aquila Imperial.

-**En Tú nombre**- dijo en voz alta.

-**Al servicio de Tú luz, concédeme guía y fortaleza. Avisadme de la bruja y el hereje, mostrádmelos**- se inclinó una vez más.

-**Dejadme hacer Tú gloriosa voluntad y así librar a la galaxia de los enemigos del hombre.**

Miriya se irguió desde donde estaba arrodillada y tendió su ornamentada pistola de plasma al ciber-sirviente. En lugar de una mano, el híbrido, sacó un aparato parecido a una taza de latón y pulverizó una breve nube de agua bendita sobre el arma. Cintas del pergamino santificado, tartamudearon de su boca sin labios, oyéndose al salir los tic-tac metálicos.

Se dio la vuelta, y allí, en la penumbra estaba Iona. Silenciosa y taciturna Iona, la decorada capucha de su roja bata siempre hacia más profundos los huecos de sus ojos. A algunas de las Hermanas de Batalla no le gustaba la mujer. Iona raramente mostraba emoción, nunca se permitió llorar de dolor cuando el combate le trajo heridas, ni levantó la voz en feliz júbilo durante los himnos diarios. Muchos la consideraron imperfecta, con una mente tan fría que era poco más que el código máquina en el interior del cráneo de un ciber-sirviente. Miriya había castigado severamente una vez a dos novicias por atreverse a expresar tales pensamientos en voz alta. Los que decían éstas cosas no sabían el valor real de Iona. Era tan devota a las Sororitas como cualquier otra, y si su actitud hizo que algunas Hermanas Superioras fueran reacias a tenerla en sus unidades, entonces que así fuera. Su pérdida fue la ganancia de Miriya.

-**Iona**- dijo Miriya, acercándose. -**Informe.**

-**Ha llegado el momento, Hermana**- respondió Iona, con la cara pálida como la leche y el ceño fruncido. -**Llega la nave de las brujos.**

A pesar de sí misma, la mano de Miriya se tensó en torno a la empuñadura de su pistola de plasma. -**Estoy preparada**- dijo asintiendo con la cabeza.

Iona le devolvió el gesto. -**Así debe ser**- la Hermana cogió un pequeño fetiche en su puño enguantado, un sagrado icono de plata que obtuvo de la bendecida capilla del convento sobre Ophelia VII. El pequeño gesto fue suficiente para hacer saber a Miriya que la mujer estaba preocupada.

-**Estoy tan preocupada como usted**- admitió mientras cruzaban el presbiterio hacia la escotilla de acero en la pared de la capilla.

Iona la abrió y entró, resonando el sonido en el fondo del corredor. Donde terminaba la piedra de la iglesia, se mostraron desnudos los huesos de hierro de la nave alrededor de ella. Una vez, la capilla había estado en un planeta, arraigada a la tierra del suelo, construida en una colina en un mundo en el sistema de Vito, ahora existía como un órgano trasplantado extraño, dentro del cuerpo metálico de la fragata imperial Mercutio.

-**Esto me disgusta, Hermana Superiora**- dijo Iona, con su ceño fruncido por debajo de su capucha. -**¿Cuál es nuestra causa si no tomar el psíquico y cazar**

la brujería, para mostrar así el disgusto del Emperador?- parecía como si quisiera escupir. -**Que seamos llamadas es... escoltar a ese mutante es suficiente para que se me encoja el estómago. Hay una parte de mí que quiere ponerse en contacto con el capitán y ordenarle que borre esa abominación del cielo del Emperador.**

Miriya le dirigió una mirada penetrante. -**Ten cuidado, Hermana. Usted y yo podemos detestar a éstas criaturas, pero en su sabiduría, los siervos del Trono pueden verse abocados a utilizar estos desgraciados miserables en su nombre. Por mucho que nos pueda enfermar, no podemos rechazar una orden que viene de los más altos niveles de la Eclesiarquía.**

La respuesta no fue suficiente para satisfacer la inquietud de Iona. -**¿Cómo pueden seguir adelante con esto, me pregunto? El psíquico es nuestro mortal enemigo.**

La comandante de Iona la hizo callar levantando una mano. -**La bruja es nuestro enemigo, Hermana. El psíquico es una herramienta. Sólo el inexperto y la naturaleza son una amenaza para el Imperio**- entrecerrando los ojos siguió hablando. -**Usted nunca ha servido como yo, Iona. Durante dos años completos, de guardia a bordo de uno de esos deteriorados buques. En las noches más oscuras, las cosas que vi, todavía me persiguen, así que...**- se obligó a mantener los recuerdos a distancia. -**Pero así es como el Dios-Emperador pone a prueba a los fieles, Hermana. Él nos muestra nuestros más grandes temores y nos da la fuerza para vencerlos.**

Caminaron en silencio durante unos momentos antes de que Iona volviera a hablar. -**Se nos enseña en los primeros días de nuestro adoctrinamiento que los malditos, con la marca psíquica en su sangre, están viviendo casi a las puertas del caos. Todos ellos, Hermana Superiora, no sólo los que evitan la adoración del Trono Dorado. Un único resbalón, un simple descuido, e incluso los más devotos caerán, ¡abriendo así el camino a la disformidad!**

Miriya levantó una ceja. Fue quizás el mayor gesto de pasión que jamás se había visto exhibir a la severa mujer. -**Es por eso que estamos aquí. Desde la Era de la Apostasía, nosotras y todas nuestras Hermanas Sororitas se hubieran situado en las mismas puertas del infierno y de la imposibilidad de la brujería. Como los aborrecibles mutantes, lo mismo ocurre con el traidor,**

también lo hace la bruja- puso una mano en el hombro de Iona. -**Pregúntese esto, Hermana. ¿Quién más podría ser llamado frente a ellos para lograr lo que vamos a hacer hoy?**- la cara de Miriya quedó partida en una sonrisa irónica. -**¿Los hombres de la Armada Imperial o de la Guardia? Estarían muertos en el mismo momento que hicieran contacto. ¿Los Adeptus Astartes?, esas bestias inhumanas voluntariamente dan la bienvenida a psíquicos en sus propias filas**- sacudió la cabeza con tristeza. -**No, Iona, sólo nosotras, las Hermanas de Batalla, tenemos realmente el nivel para hacer de centinelas aquí**- acarició la pistolera. -**Y me contendré, ahora bien, si uno de esos miserables ilegítimos se pasa de la raya, acto seguido y con extrema rapidez, les mostraremos como quema la pureza de nuestra censura.**

El sonido de su voz llamó la atención del equipo de Miriya mientras se acercaba. No intercambiaron los saludos y florituras que eran obligatorias en otras unidades Sororitas. La Hermana Miriya mantuvo la mano relajada en sus guerreras, prefiriendo mantenerlas afiladas en materia de valor en la batalla que en lugar de las sutilezas de las plazas de armas.

-**Informe**- exigió.

Su segunda al mando, la Hermana Lethe se aclaró la garganta. -**Estamos listas, Hermana Superiora, de acuerdo con sus órdenes.**

-**Bien**- replicó Miriya, anticipándose a cualquier pregunta acerca de sus órdenes antes de que pudieran ser pronunciadas. -**Ésta será una misión simple, abordaremos la nave y aseguraremos al prisionero.**

Lethe lanzó una mirada a los demás miembros de la escuadra Celeste. Por lo general desplegadas para operaciones de combate de primera línea, las Celestes eran conocidas como las tropas de élite del Adepta Sororitas y un deber tan simple como hacer de escolta de los presos podría ser fácilmente considerado por debajo de su nivel. Las Celestes se utilizaban para luchar en el corazón de enfrentamientos contra herejes y levantamientos mutantes, pero que no solían actuar como tropas de línea en meras ejecuciones oficiales.

Miriya vio estos pensamientos en los ojos del Lethe y las otras Hermanas. También sus dudas, como las había tenido ella misma primero, justo después de que entregaran las órdenes por transferencia astropática de la ayudante de la

Canonesa Galatea. -**Toda misión, tarea o trabajo en el nombre del Emperador es glorioso**- les dijo. -**Haríamos bien en recordarlo**- agregó para recordárselo.

-**Por supuesto**- replicó Lethe, con expresión culpable. -**Nosotras obedecemos.**

-**Comparto su preocupación**- admitió Miriya con voz baja. -**Nuestro equipo nunca ha sido la más favorecida de las unidades**- las otras mujeres compartieron un momento de diversión sombría. -**Pero vamos a hacer lo que debemos.**

-**La Hermana Cassandra nos llama**- y dicho esto, Lethe señaló a través de uno de los cristalinos ojos de buey en la pared del pasillo. -**¡Lo veo!**

Miriya se acercó y miró a través de la gruesa lente. Por un momento, pensó que su Hermana batalla se había equivocado, pero entonces se dio cuenta de que la oscuridad que vio más allá del casco de la Mercutio no era el vacío del espacio interestelar en absoluto, sino el flanco de la otra nave. No despedía luz, ni mostró señales o escudo alguno. Sólo el débil resplandor de los propios ojos de buey de la fragata y balizas iluminadas, luego creyó percibir no toda la nave, sólo astillas delgadas que capturaban el resplandor.

-**Un Navío Negro**- dijo con un respingo Iona. -**Que el Emperador nos proteja.**



De dos en dos, en formación de escolta, con sus flancos cubiertos, la escuadra de Miriya se abrió paso hasta el tubo flexible que, como un cordón umbilical, se había extendido ante sí desde una de las cámaras de acceso de la Mercutio. A la cabeza, la Hermana Superiora caminaba con su propia arma enfundada, pero su mano abierta reposaba encima de la empuñadura de madera estriada. La situación disparó sus recuerdos de nuevo, llevándola de nuevo a la primera vez que había entrado en el oscuro corazón de hierro de un buque en el Telepática Adeptus Astra.

Nadie sabía cuántas embarcaciones había en las flotas de los Navíos Negros. Algunos hablaban de una base secreta en la Tierra, enviando montones de naves

de ébano para buscar por la galaxia a los psíquicos. Otros decían que los navíos trabajaron de forma aislada unos de otros, aventurándose de un lado a otro, según las directivas psíquicas enviadas por el propio Emperador. Miriya no sabía la verdad, ni quería saberla.

Cada vez que se descubría un psíquico potente, un Navío Negro venía por él. Algunos, los que tenían el corazón puro y voluntades suficientemente fuertes para sobrevivir a las pruebas que los adeptos forzaban sobre ellos, podían vivir para ser siervos de la Inquisición o de los colegios astropáticos. La mayoría habían de morir, de una manera u otra, y la otra era concedida sacrificándolo al Emperador, para que pudiera mantener vivo el gran faro psíquico del Astronomicón.

Las Hermanas de Batalla entraron a una cámara de recepción elíptica, tallada columnas de hierro adornadas con bellos hexagramas rodeaban la misma. Tiras de biolumen echaban una débil luz amarilla en el centro de la sala, en los bordes se detuvieron unas encapuchadas, orbitaban la habitación con pasos silenciosos. Lethe y sus compañeras cayeron de forma automática en una formación cerrada de combate, con sus armas de fuego cubriendo cada posible ángulo de ataque. Miriya observaba de forma desenvuelta la agilidad de movimientos a su alrededor. El Adeptus Astra Telepática tenía sus propios agentes, por edicto imperial no se les permitía servir como guardias sobre sus propios buques, era demasiado fácil para un psíquico malignos coaccionar a otro telépata. En cambio, las Hermanas de Batalla o las Tropas de asalto inquisitoriales servían muy bien en el papel de custodio a bordo de los Navíos Negros, su fe inquebrantable les protegía, en parte al menos, de la depredación mental de las brujas que custodiaban.

Unos pasos se acercaron desde el perímetro sombrío de la cámara. Sus ojos se habían acostumbrado a la penumbra, rápidamente dedujo por la cantidad de formas que aparecieron que debía haber una escotilla de iris en la pared del fondo. Se acercaban unas figuras. Dos de ellas, eran Hermanas Vengadoras portando pesadas armas de plasma, la otra, una Celeste como ella. Esas Hermanas de batalla llevaban armaduras plateadas del color bronce de cañón, vestiduras blancas y con el sigilo de un halo sobre un cráneo negro en sus hombreras. Había más detrás de ellas, pero se quedaron en las sombras por el momento.

La Celeste saludó a Miriya, quien devolvió el gesto. -**Miriya, de la Orden de Nuestra Señora Mártir. Bien hallada, Hermana.**

-**Dione, de la Orden del Sudario de Plata**- dijo la otra mujer. -**Bien hallada, Hermana**- respondió Miriya, quedándose inmediatamente impresionada por el aspecto de cansancio en el rostro de Dione, la tensión grabada en las líneas alrededor de los ojos. Sus compañeras Sororitas se miraron a los ojos y un momento de comunicación silenciosa pasó entre ellas. -**El prisionero está listo. Es para mí un placer tener por fin que deshacerse de él**- hizo una señal a las encapuchadas y las dos Vengadoras volvieron sus armas brotando la llama piloto sobre ellas.

Los adeptos trajeron un bastidor en la forma de un cubo esquelético, dentro del cual se asentaba un gran tambor hecho de vidrio verde. Había un hombre dentro de él, desnudo y pálido con una iluminación de color amarillo. Su cabeza estaba oculta bajo una máscara de metal adornada con picos y sondas. -**Torris Vaun**- Miriya dijo su nombre, y el hombre enmascarado se movió un poco, como si lo hubiera oído. -**Una fina captura**- dijo a la Hermana Dione.

-**No te equivoques Hermana, no fue una captura fácil, de eso puedes estar segura. Mató a seis de mis Hermanas antes de que fuéramos capaces de dominarlo.**

-**Y sin embargo, todavía consigue respirar**- Miriya estudio el enorme tarro, consciente de que el hombre de dentro la escudriñaba a su vez, tan intensamente o más, con otros sentidos sobrenaturales. -**Si la opción hubiera sido mía, habría disparado a éste brujo al corazón de una estrella**.

Dione consiguió asentir rígidamente. -**Estoy de acuerdo, Hermana. Por desgracia, debemos obedecer las órdenes del Ministorum. Deberás entregar a éste delincuente a Lord Viktor LaHayn en la Catedral Lunar de Noroc, en el planeta Neva**- un sirviente se acercó cojeando sosteniendo un rollo de pergamino y un palo de cera para sellar los datos. Dione tomó el papel y dejó su huella en él. -**Así se ordenó en el día de hoy, por la autoridad de la Eclesiarquía**.

Miriya hizo lo mismo, con el sellador para presionar el sello de comandante de su escuadrón en el documento. Detrás de ella, oyó a Lethe pensar en voz alta.

-Parece una cosa tan frágil. ¿Qué crimen es posible que haya cometido un hombre como éste que justificaría nuestra supervisión?

Dione respiró fuerte. Era evidente que no permitía a sus tropas a hablar sin permiso como hacía Miriya. **-Las seis que asesinó eran sólo las últimas víctimas de su violencia. Éste hombre ha sembrado el terror y el caos en una docena de mundos a través de éste sector, únicamente para saciar sus apetitos. Vaun es un animal, Hermana, un oportunista despiadado y un pirata. Para él, la crueldad es su propia recompensa**- su rostro se agrió. -**Me da asco compartir la habitación con tal aberración.**

Miriya disparó a Lethe un vistazo. -**Se aprecia su candor, Hermana Dione. Nos aseguraremos de que el criminal alcance Neva sin demora.**

Más servidores tomaron la cápsula de confinamiento y marcharon hacia el túnel de vuelta a la Mercutio. Una vez Vaun fue retirado, Dione se relajó un poco. -**Lord LaHayn insistió en que éste brujo se trajera a su corte para su ejecución. A mi entender, el honrado Diácono reclamó algunos favores al Adeptus Terra para asegurarse de que así fuera.**

Miriya asintió, recordando el mensaje de Galatea. La Canonesa estaría esperando en la Ciudad de Noroc para su llegada con el criminal. -**Vaun es del mismo Neva, ¿verdad? Se podría considerar simplemente que clavó la espada en el suelo de su mundo natal, ya que creó tanta anarquía allí**- echó una mirada a Lethe y su segunda al mando, con el resto de las Celestes, flanqueó al detenido hasta que desapareció por el tubo de acoplamiento. Miriya se volvió y antes de salir se despidió. -**Ave Imperator** (Emperador, nt)**, Hermana.**

El guantelete blindado de Dione apretó la muñeca de Miriya en un gesto de cariñosa camaradería, como compartiendo la carga de su misión la sostuvo por un momento. -**No lo subestime**- dijo entre dientes, sus ojos brillando en la oscuridad con energía. -**Yo lo hice, y seis buenas mujeres pagaron el precio.**

-Por supuesto, Hermana.

Dione la soltó y desapareció de nuevo en la oscuridad.



Desde el punto de encuentro, la Mercutio se separó y alejó, agregando distancia para poder efectuar el salto al sistema Neva. El Navío Negro desapareció de la pantalla de su aparato sensorial como un sueño perdido, tan rápida y completamente que parecía como si la nave oscura nunca hubiera estado realmente allí.

La entrada de la fragata al empíreo fue mal, un espasmo momentáneo del campo Geller de la nave de guerra mató a un puñado de tripulantes en las plataformas de artillería. La tripulación habló en voz baja detrás de cuidadas expresiones, nunca al alcance del oído de las Hermanas de Batalla. Ninguno de ellos sabía qué era lo que la escuadra de Miriya había traído de la Nave Negra, pero todos tenían miedo.

Durante los días que siguieron, las reuniones de oración en la pequeña capilla de la fragata tuvieron un aumento repentino de asistencia y hubo más himnos reproduciéndose por las redes vox en las cubiertas inferiores. La mayor parte de la tripulación nunca había visto Hermanas de Batalla de verdad, anteriormente. En decenas de puertos de todo el sector habían absorbido historias sobre ellas, al igual que cualquier otra esponja marina. Había cosas que los hombres de escaso carácter pensarían de mujeres como éstas, los pensamientos que corrían hacia el espectro de la lujuriosa fantasía deberían desconfiar con carácter violento. Algunos dijeron que vivían de la carne de los hombres que mataban, como una mantis de la selva. Otros juraron que eran tanto concubinas como soldados, capaces de dar placer y la condenación a los incautos a partes iguales. Los tripulantes estaban asustados por las Sororitas, y a la vez fascinados por ellas, pero hubo algunos que observaban a las mujeres a dondequiera que iban, obligados por algo más profundo y oscuro.
(**Vox**, es una red de comunicaciones, básicamente, seria comparable al famoso pinganillo, o manos libres, que hoy día usamos con los teléfonos móviles, pudiendo elegirse el canal, para hablar con una escuadra, batallón todas las fuerzas, una nave, un cuartel o puesto especifico, etc.… o escuchar lo que por allí se habla; así mismo, en algunos sitios como naves y bases, el sistema vox también tiene altavoces para poder ser oído en toda la nave o base sin necesidad de usar el pinganillo, nt)



Lethe miraba cuando Miriya entró en la bodega de carga, dando un paso más allá de los dos servidores armados, hacia la escotilla donde ella y Cassandra se pusieron en guardia mirando la cápsula de vidrio.

-Hermana Superiora- asintió Lethe. **-¿Qué dijo el capitán?**

El ceño de Miriya fue respuesta suficiente. **-Dijo que el Navegador está turbado. El camino a través de la disformidad es turbulento, pero que espera que lleguemos a Neva en un día o dos.**

Lethe miró la cápsula y vio que Cassandra estaba haciendo lo mismo.

-El prisionero no puede ser la causa- dijo Miriya respondiendo así a la pregunta no formulada. -**Me aseguraron que al llevar la máscara puesta, ésta anula e impide cualquier práctica de brujería-** golpeando con un dedo la gruesa pared de vidrio.

La Hermana Lethe tocó la cadena del rosario de plata que habitualmente llevaba alrededor de su cuello. No estaba muy convencida. -**De todos modos, cuanto antes concluyamos éste viaje, tanto mejor. Ésta inacción irrita mi espíritu.**

Miriya encontró su cabeza asintiendo, mostrando involuntariamente su acuerdo. Ella y Lethe eran las Hermanas que más tiempo habían servido juntas en éste equipo, a menudo la mujer más joven era de la misma opinión que la comandante. **-¿Acaso, no hemos pasado por cosas peores? ¿Las incursiones Orcas en la Torre de Jacob? ¿La purga Starleaf?**

-Sí, pero de todos modos, la espera me corroe- Lethe miró hacia otro lado. **-La Hermana Dione tenía razón. Estar en la presencia de éste criminal hace que sienta mi alma sucia. Necesitaré bañarse en aguas santificadas después de que ésta misión haya terminado.**

Cassandra se tensó de repente, la reacción fue rápidamente captada por las otras mujeres. **-¿Qué sucede?**- exigió Miriya.

La Hermana de Batalla acechaba hacia un lío de vigas de metal amontonadas en

un rincón de la bodega de carga. -**Algo...**- la mano de Cassandra salió disparada y arrastró una forma retorciéndose de la oscuridad hacia la luz. -**Un intruso.**

Los servidores armados reaccionaron, apuntando y tarareando hasta la posición de disparo. Miriya se burló de como Cassandra acarreaba un tripulante protestando hacia el centro de la bodega. -**En el nombre del Emperador, ¿quién es usted?**- preguntó al llegar al centro.

-**G… gu… gua-gua-guardiamarina. Eh... Vorgo. Señora**- el hombre parpadeó con ojos húmedos, pequeños y brillantes. -**Por favor, NO, me devorará, ¿verdad?**

Lethe y Cassandra intercambiaron miradas. -**¿Quién o qué te devorará?**

Miriya les indicó con un gesto y en silencio que siguieran presionándolo. -**¿Qué estás haciendo aquí, guardiamarina Vorgo? ¿Quién te envió?**

-**¡Nadie!**- su voz se volvió frenética. -**¡Yo! Sólo... sólo quería ver...**- Vorgo extendió un dedo hacia la cápsula de vidrio y apenas tocó su superficie.

La Hermana Superiora le golpeó la mano y dijo entre dientes. -**Idiota. Estoy en mi derecho si decido echarte al vacío de ésta traición.**

-**Lo siento. ¡Lo siento!**- Vorgo cayó de rodillas e hizo la señal del Aquila. -**Vine a través del túnel de ventilación... Por el Trono, sólo tenía curiosidad.**

-**Eso es, tú lo que quieres es que te maten**- dijo Lethe, su bólter flotando cerca de la cabeza de Vorgo.

Miriya se apartó e hizo un breve gesto con su mano. -**Consigan sacar a éste necio de aquí, luego contacten con los ingenieros para que envíen un servidor y que selle los orificios de ventilación en ésta cámara.**

Cassandra, aún acarreando al hombre lo empujó fuera de la bodega de carga, sus protestas burbujeando a su paso. Lethe vaciló en la cúspide de la escotilla. -**Hermana Superiora, ¿debo quedarme?**

-**No. La Hermana Isabel viene de camino, tiene que acompañarme, llegará aquí inmediatamente**- entre las protestas de Vorgo, la Hermana de Batalla cerró

la escotilla detrás de ellos.

La bodega de carga quedó en silencio. Miriya escuchó un leve tic irregular, la flexión del metal bajo el poder de las unidades en la fragata, el zumbido de los motores en los servidores, el murmullo de las burbujas en el tanque. Un nervio de la mandíbula se le movió. Olía un espeso olor, como algo grasoso en el aire.

-Al fin solos.

Por un momento, pensó que se lo había imaginado. Miriya revisó con la mirada el lugar, para acabar mirando a los dos servidores armados. ¿Uno de ellos había hablado? Ambos se asomaron hacia ella con miradas en blanco y negro opaco, aberturas en los sensores de muñeca, líneas de baba saliendo de sus labios cosidos. Imposible, la inteligencia que podían haber poseído alguna vez ya no existía, los servidores unidos a máquinas no eran más que autómatas ahora, incapaces de soltar una frase.

-¿Quién habla?

-Aquí- la voz estaba cargada de esfuerzo. **-Ven a mí.**

Miriya se giró. Allí ante ella, en la cápsula enmarcada con aquel metal como el ébano, el hombre en su interior flotaba a la deriva con la máscara adherida a su cara. La Hermana de Batalla sacó su pistola y pulsó la runa de activación, teniendo como objetivo el tanque de vidrio. **-¿Vaun? ¡Pero cómo se atreve a tocarme con su brujería!**

-Ten cuidado, Hermana. Sería una mala idea que me lastimara- las palabras vinieron del mismo aire, como si el psíquico estuviera forzando la atmósfera de la cámara para que vibrara como el diafragma de un vox.

El rostro de Miriya se retorció de repulsión. **-Ha cometido un error estúpido, Vaun. Ha mostrado su juego-** se acercó a una vaina de esferas misteriosas e interruptores conectados al costado del recipiente de vidrio. Varillas y palancas se fijaban en niveles que indicaban la cantidad de líquidos que se usaban para amortiguar los sentidos, suministrando más o menos sedantes y/o drogas anti-psíquico a la acuosa celda de Vaun. La Hermana de Batalla no era una tecno-sacerdote, pero había visto marcos de confinamiento del mismo diseño antes. Sabía cómo funcionaba, bombeando drogas neuropáticas en los pulmones y los

poros de los psíquicos virulentos para reprimir sus poderes mutantes. Ajustó las barras y unas salpicaduras frescas de líquido turbio penetraron en el tanque. -**Esto te calmará.**

-**Espera... Detente... Para...**- el cuerpo de Vaun se sacudió en el interior de la cápsula, una mano pálida se posó desde el interior sobre del grueso vidrio. -**Tú no lo entiendes. Yo sólo quería... hablar.**

Otra línea se movió y dardos de electricidad nadaron en el líquido. -**Aquí nadie te quiere escuchar, desviado.**

Las palabras se hicieron vagas, trabajosa la modulación. -**Tú... …as equivoca... te …epentirás.**

Miriya reposó el cañón de su arma de plasma en el cristal. -**Préstame mucha atención. Si un sólo aliento más de expresión viene de esa cloaca que llamas mente, antes de que te entregue en Neva, te la hiervo aquí mismo como un pedazo de carne podrida.**

No hubo respuesta. Torris Vaun colgaba suspendido en la solución, confuso, laxo y ceroso.

Con un estremecimiento, la Hermana Miriya murmuró la oración de la Virtud y tocó los sellos de pureza de su armadura.



La Mercutio salió de las garras de la disformidad y se introdujo al espacio real en el sistema Neva como si saltara de un brasero, parecía que el propio buque estuviera desesperado por depositar la carga que llevaba. A medida que el cuarto planeta orbitando su estrella, de color amarillo-blanco, apareció en el holograma del puente de la fragata, una pequeña y tranquila insurrección comenzó en las cubiertas inferiores de la Mercutio.

Los hombres de la cuadrilla, obreros en los bastidores de torpedos entraron al calabozo donde el guardiamarina Vorgo se hallaba confinado, y casi en silencio, mataron a los hombres de armas que lo custodiaban. Cuando lo liberaron, Vorgo,

ni les dio las gracias. De hecho, no dijo casi nada, sólo un par de frases cortas, sobre todo para explicar donde estaban colocados los servidores armados en la bodega de carga, y cómo las Hermanas de Batalla se habían comportado con él.

Los libertadores de Vorgo no eran sus amigos. Algunos de ellos eran hombres que no le habían gustado activamente en el pasado, acorralándolo en pasillos oscuros y sacudiéndolo para intimidarlo. Había un denominador común entre todos ellos, pero ninguno de los hombres podría haber hablado de ello. En su lugar, se fueron por caminos separados, cada uno moviéndose con la misma finalidad silenciosa, con la expresión en blanco.

En el Generarium, los espíritus de los reactores de la Mercutio giraban en espiral dentro de sus núcleos, sangrando su poder a los sistemas de la nave, algunos de los silenciosos hombres caminaron a través de los pórticos de servicios hasta unas enormes ruedas dentadas que accionaban los radiadores con refrigerante. Esperaron hasta la cuenta de diez, fijándose en los discos de giro, y luego saltaron en grupos de tres, directamente a los dientes del mecanismo. Por supuesto, fueron aplastados entre los dientes, pero el lío pulposo de sus cadáveres hizo que el funcionamiento fallara y resbalara. En instantes, los flujos vitales del líquido de refrigeración se les negó a los reactores y las alarmas comenzaron a sonar.

Vorgo y el resto de los hombres se dirigieron a las bodegas de carga, cumpliendo más sabotajes por el camino. Los recién llegados tenían latas de ungüento químico extraído de las talleres de los tecno-sacerdotes que servían a los cañones láser. Aplicado en el vacío, el viscoso fluido podría ser utilizado para mantener las lentes de guiado de las armas libres de ralladuras de micro-meteoros y otros daños, pero en contacto con el aire, el ungüento tenía una reacción mucho más violenta.



Después del incidente con el guardiamarina, la Hermana Miriya había solicitado y recibido un tercer servidor armado, de la dotación del arsenal, para proteger al prisionero. Además, Miriya se aseguró de que ningún miembro de su equipo se quedara a solas de nuevo con Vaun, un par de Celestes lo observaban todo el día

por turnos.

Lethe y Iona se ocupaban de ese deber cuando la escotilla explotó hacia adentro. Los servidores armados tropezaron y empezó a dar vueltas alrededor, sus autosentidos confundidos por lo ensordecedor de la explosión. Las bocas de las armas se demoraban, incapaces de encontrar objetivos sustanciales que bloquear.

Las Hermanas de Batalla no tenían esas limitaciones. Los hombres que se abrieron paso a través del agujero irregular en la pared, sin hacer caso de las quemaduras que el metal caliente les dio, fueron recibidos con fuego bólter. El bendito bólter de Lethe parloteó en su mano enguantada. El arma de fuego lucia un fino trabajo, una filigrana grabada que reflejó la luz, los catecismos de la reprobación resplandecían sobre su cañón y recámara. El lanzallamas de Iona gruñó mientras bocanadas de fuego naranja fueron lanzados en chorros por la bodega, lamiendo a los invasores e inmolándolos, pero había muchos, algunos portaban el material inflamable, bien en frascos, botes o latas de metal. Vio a Vorgo entre ellos, lanzando un frasco de espeso líquido a un servidor. El vidrio se rompió en el pecho del servidor y el contenido de magnesio destello en blanco. Hilos de humo gris acre salieron despedidos cuando los ácidos devoraron carne e implantes mecánicos por igual.

-**¡Hermanas, a las armas!**- gritó Lethe al micrófono vox situado en un anillo del cuello de su armadura, pero su voz fue ahogada por el llanto quejumbroso de la alarma general de la Mercutio. Ella no podía saberlo desde donde estaba en el interior de la bodega, pero la fragata estaba empezando a escorarse debido a la acumulación de calor en las unidades de refrigeración, acción que desconcertó los sistemas de cogitadores de la nave.

Una turba de tripulantes empezaron a apilarse, unos encima de otros, sobre los dos restantes servidores armados, forzándolo hacia abajo, ahogando las bocas de sus cañones con sus pechos y manos, amortiguando las descargas de escopeta con la carne de sus cuerpos. El rostro de Lethe se arrugó en un disgusto sombrío, fue entonces cuando se dio cuenta, los hombres no hablaban, ni gritaban, ni siquiera aullaban en su locura. Con los ojos saltones y silenciosos, se dejaban matar con el fin de sofocar a los guardianes del prisionero.

Otra detonación química señaló la destrucción del último servidor armado y los atacantes se abalanzaron por encima de los cuerpos de sus compañeros de

tripulación, mientras diez o veinte hombres cambiaban de lugar una gran mole. La Hermana Lethe vio a Iona tambalearse de atrás hacia delante, asfixiada por el estrangulamiento en las nubes de aire contaminado procedente de las bombas de ácido improvisado. El rostro de la mujer lucía sombrío, con algunas quemaduras químicas, mientras sus ojos estaban hinchados. A diferencia de los guerreros sobrehumanos de los Adeptus Astartes, la Sororitas no poseía las fisonomías alteradas que pudieran hacer caso omiso a tales ataques.

Los pulmones de Lethe renunciaron a las mecánicas respiraciones, exhalando un cobrizo humo amargo desde su interior. La multitud en silencio se acercó, dejando que la Hermana de Batalla malgastase su munición. Cuando un clic en su bólter les indicó que estaba vacío, se abalanzaron y la golpearon hacia el suelo, el peso la obligó a arrodillarse.

El tiempo se puso borroso, dando bandazos apestosos de humos acres, empañando su cerebro. El humo tóxico hacia muy difícil pensar. A través de los labios agrietados y chamuscados, Lethe articuló la Letanía de la Guía Divina, llamando al Emperador a encender la fe en su corazón.

Se obligó a sí misma a separarse de la cubierta. Su arma había desaparecido de su puño y trató de empujar el recuerdo de donde había ido a parar al frente de su mente, pero el humo lo hizo todo duro y áspero, cada respiración era como un zarpazo helado en la garganta, cada pensamiento tan pesado y lento como un glaciar.

En un destello de lucidez vio a Vorgo, tenía bucles de cables y utensilios de metal raros en sus manos, todos aún mojados con el líquido verdoso donde se habían sumergido en el tanque. Estaba luchando por respirar, pero los ojos del guardiamarina eran distantes y acuosos. Detrás del corpulento tripulante, un hombre desnudo se acababa de vestir con un mono sucio, pasando una mano con cicatrices a través de una pelusa de pelo canoso. Pareció sentir el escrutinio de Lethe y se volvió para mirarla.

-Vaun- dijo ésta con dificultad.

Su respuesta fue una fría sonrisa y un guiño a la cápsula rota, la espesa sopa neuroquímica aún lamiéndose una grieta en un costado. Los ojos de Lethe estaban ásperos e inflamados, por lo que le era difícil de parpadear. **-Libre...**

-Sí- su voz era fría y medida. En las circunstancias adecuadas, habría sido juguetona, incluso seductora. Acarició a Vorgo en el hombro y señaló hacia la puerta rota. -**Bien hecho.**

-**Traidor**- logró decir Lethe.

Vaun sacudió lentamente la cabeza. -**Sé amable, Hermana. Él no sabe lo que está haciendo**- una breve sonrisa bailaba en sus labios. -**Ninguno de ellos lo sabe.**

-Llegarán pronto. Vas a morir.

-Voy a ser cosa del pasado. Esto hace tiempo que fue preparado, Hermana- el psíquico se acercó a Iona, donde la mujer yacía jadeando y herida, manteniendo a duras penas respiraciones superficiales. Lethe trató de llegar a sus pies y parar lo qué fuera que estuviera haciendo, pero los tripulantes a puñetazos y patadas la llevaron de vuelta al suelo, las botas resonando contra su armadura.

Vaun susurraba cosas al oído de Iona, rozando con sus manos su pelo rubio, la Hermana de Batalla comenzó a llorar entrecortadamente. Finalmente Vaun se puso en pie y se frotó las manos, divertido consigo mismo.

-**No escaparás**- dijo Lethe roncamente. -**Se necesita algo más que esto para detenernos. Mis Hermanas son leales. ¡Nunca dejarán que abandones ésta nave!**

Él asintió con la cabeza. -**Sí, sois leales. Eso lo vi**- el criminal tomó un cuchillo de púas de uno de los tripulantes y se acercó. Los otros sujetaron a Lethe con expectación. -**Esa clase de lealtad que engendra pasión. De esa que vuelve a uno un ser emocional, propenso a cometer imprudencias**- giró la hoja en su mano, dejando que la luz destellara en la hoja. -**Algo que tengo la intención de usar a mi favor.**

Lethe trató de decir algo más, pero Vaun le inclinó la cabeza hacia atrás con una mano y usó la otra para enterrar el cuchillo en su garganta.



CAPITULO II



La Corolus era una nave espacial sólo en el sentido más flojo de la palabra. No poseía motores para efectuar saltos por la disformidad, era incapaz de navegar a través de las enormes distancias interestelares como hacían sus hermanas más grandes. Donde la mayoría de los naves al servicio de la humanidad tenía algún grado de maestría, la Corolus era brutalmente simple en su diseño, siendo poco más que una aglomeración de tanques de combustible gastados, de sondas sub-orbitales, unidas con tuberías y mucha suerte. Equipada con una unidad de reacción simple, un enginarium viejo reciclado de un buque más grande y ahora ya varios siglos muerto, la nave de carga recorrían las rutas sub-luz dentro del sistema de Neva, de los mundos principales a los satélites de manufactura exteriores con cargas de productos químicos y gases respiratorios vitales. La nave era lenta, frágil y estaba totalmente indefensa ante la furia que de repente se había vuelto contra ella.

No era una cuestión tanto de comunicación como de que no se había actuado con la suficiente rapidez, cuando destellos atronadores del fuego de rayos láser de una fragata imperial habían establecido a la Corolus bajo su ataque y mientras que las vainas de abordaje con afiladas cuchillas horadaban su casco, sin previo aviso.

Si la nave tuviera un capitán, ese seria Finton. Era dueño de la Corolus, en cierto modo, al mismo tiempo que de la mayor parte de la tripulación gracias a una red de honor, deudas, compromisos y contratos de fideicomiso punitivos. Se tambaleó alrededor del espacio en el estrecho y rancio puente, su mano se desviaba constantemente hacia y desde la pistola balística sobre su cadera. Mientras por el intercomunicador seguía oyendo pequeños fragmentos de

actividad, pánico principalmente, junto con estallidos de gritos y el pesado traqueteo de la cadencia de fuego. Poco a poco, el control de la nave se deslizaba fuera de su alcance y más hacia las manos de la Marina Imperial.

Se las había arreglado con tipos navales unos cientos de veces antes. Nunca fue tan rápido, ni tan preciso el ataque. Finton estaba considerando una nueva emoción dentro de su mente aceitosa y calculadora. El miedo, y cuando la puerta del puente se puso de color naranja, se fundió y separó de sus goznes, a punto estuvo de perder el control de sus funciones corporales.

Figuras en armadura negra entraron en la cámara, sus botas de hierro resonando sobre las planchas de la cubierta remendada y oxidada. Llevaban yelmos oscuros remarcados con placas frontales en blanco, ojos de cristal azul noche profunda que registraron todos los rincones con sombras del puente. El movimiento para ellos era elegante y mortal, ni un sólo gesto o movimiento perdido. Uno de ellos se fijó en él por primera vez y Finton vio una diferencia, éste tenía una forma de bronce en la parte frontal de su casco, una hoja en forma de daga.

-**Oh, santa Madonna** (Blood's sake del original, es una expresión, literalmente 'Amor por la sangre', la vi fuera de contexto, nt)- susurró el capitán, algo titubeó en su cinturón. El próximo sonido sobre el puente era el ruido sordo de la pistolera y el arma de Finton que llegaba a la cubierta. Dobló las rodillas, vaciló, y luego levantó las manos, sin saber si debía arrodillarse o no.

Como uno, los invasores echaron hacia atrás sus cabezas y los cascos se abrieron de golpe. Su corto y lacio cabello sobre unos ojos enmarcados que eran duros e insensibles. La líder se acercó a Finton en dos pasos rápidos y lo agarró cerrando el puño en el pecho de su chaqueta.

-**¿Dónde está?**- gruñó Miriya, levantando al hombre de la cubierta.

Finton se humedeció los labios. -**¡Hermana, por favor! ¿Qué he hecho yo para disgustar a las Sororitas?**

-**Buscad en éste nivel**- gritó por encima del hombro. -**No dejéis compartimiento sin registrar. ¡Extraed el oxigeno si es necesario!**

-**No, por favor**- dijo el capitán. -**Hermana, ¿qué?**

Miriya lo dejó caer a la cubierta y le dio una fuerte patada en el estómago. -**No juegues conmigo, gusano. Tu vida se mide en los tic-tac del reloj**- la Hermana Superiora colocó cuidadosamente su bota blindada en la pierna derecha de Finton, apretó, y simplemente algo crujió.

Detrás de ella, la Hermana Isabel dirigía a las otras mujeres en sus tareas, luego comenzó una búsqueda en los pozos de control del puente, empujando a su manera aquí y allá a servidores temblequeantes muy antiguos y paneles cogitadores envejecidos. -**Al igual que antes, aquí no hay nada**- dijo Isabel.

-Seguid buscando- Miriya presentó su pistola de plasma a la cara de Finton, luces como de neón procedentes de las bobinas de energía del arma le lavaban la cara con luz pálida. -**¿Dónde está Vaun, hombrecillo?**- casi le escupió. -**¡Respóndeme!**

-**¿Quién?**- la palabra salió como un gemido.

-**¿Está acaso probando mi paciencia?**- le espetó la Hermana Superiora. -**La mitad de su tripulación ha muerto ante nosotros al resistirse al abordaje. ¡A menos que desee unirse a ellos, dígame ahora mismo dónde se esconde el hereje!**

A pesar de su dolor, Finton negó con la cabeza en plena confusión. -**Pero... pero, no entiendo. Salimos de la estación de comercio... Ustedes nos persiguieron, disparado contra nosotros. Nuestras comunicaciones eran defectuosas**- apuntó débilmente a una consola improvisada a través de la cámara. -**No podíamos responder...**

-**¡Mentiroso!**- la cara de Miriya se retorció de rabia, lanzó un disparo desde el arma de plasma a un puntal de apoyo cerca de la cabeza de Finton. El capitán gritó y se alejó como pudo fuera de la corona de vapor candente, arrastrando su pierna torcida tras él. Miriya lo apuntó nuevamente con la boca del arma.

Finton trató de hacer la señal del Aquila. -**Por favor, no me mate. Fueron sólo algunas cosas de contrabando, nada más, algunos artefactos tau. Pero eso fue hace meses, y de todos modos eran todos falsos.**

-**No me importan tus delitos menores, gusano**- Miriya avanzó hacia él. -**Quiero a Torris Vaun. La Corolus fue la única nave interplanetaria en dejar**

la plataforma orbital comercial de Neva- masticó cada palabra, como si estuviera explicando algo a un niño particularmente retrasado. -**Si Vaun no estaba en la estación, entonces aquí es el único lugar a donde pudo ir.**

-**No conozco a ningún Vaun**- gritó Finton.

-**¡Estás Mintiendo!**- la Hermana de Batalla volvió a disparar, impactando a un servidor aletargado y matándolo al instante.

Finton se enrolló en una bola, sollozando. -**No, no, no...**

-**Hermana Superiora**- empezó Isabel, con un tono de advertencia en su voz.

Miriya escogió no escucharla. En su lugar, se arrodilló junto al capitán del carguero y dejó que el metal caliente de la pistola de plasma flotara cerca de su cara. El calor irradiado por la boca del arma fue suficiente para dorar su piel.

-**Por última vez**- dijo la mujer. -**¿Dónde has escondido a Torris Vaun?**

-**Él no está aquí.**

Miriya parpadeó y miró hacia arriba. Fue Isabel quien había hablado.

-**Vaun nunca estuvo a bordo de ésta nave, Hermana Miriya. Estos registros muestran el manifiesto en el cogitador**- ella sostuvo un carrete de pergamino en su mano. -**Coinciden con los datos del jefe del puerto sobre la Corolus.**

-**Los datos están equivocados**- replicó Miriya. -**¿Quieres acaso hacerme creer que Vaun utilizó simplemente su brujería para tele-transportarse a sí mismo a un lugar seguro, Hermana? ¿Acaso rogó a los dioses de la disformidad para que le dieran un paso seguro a otro lugar?**

Isabel se ruborizó, en parte por miedo a desafiar a su comandante de escuadrón cuando su ira era tan intensa. -**No tengo una respuesta que darle, Hermana Superiora, salvo que éste miserable no miente. Torris Vaun nunca puso un pie en éste despojo de nave.**

-**No**- gruñó Miriya. -**Que no se mantenga en pie. No debe escapar de nosotras.**

Una campanilla sonó hueca por el enlace vox de la armadura de la Hermana de Batalla. -**Reenvío de un Mensaje desde la Mercutio**- empezó una voz monótona y plana. -**Por orden directa de Su Eminencia la Canonesa Galatea, se le ordena el cese de todas las operaciones y hacer un descenso planetario en la ciudad de Noroc, inmediatamente. Ave Imperator.**

-**Ave Imperator**- repitió la mujer.

Con esfuerzo, Miriya enfundó su pistola y se alejó, con la cabeza gacha y la mirada perdida. La rabia que mostraba momentos antes se había evaporado.

-**Hermana**- dijo Isabel. -**¿Qué vamos a hacer? ¿Con él, y con la nave?**

Miriya lanzó una mirada fría a Finton y luego desvió la mirada. -**Enfile éste naufragio que llaman nave a las fuerzas de defensa planetaria. La tripulación son criminales, incluso si no son los que buscamos.**

En la escotilla estaban la Hermana Portia y la Hermana Cassandra. Sus expresiones confirmaron que ellas tampoco habían encontrado nada del psíquico escapado que andaban buscando.

Portia habló. -**Escuchamos lo de retirarnos a Neva. ¿Qué quiere decir eso? ¿Lo han encontrado?**

Miriya negó con la cabeza. -**No, no lo creo. Nuestro fracaso es completo, Hermanas mías. La culpa... debe ser proporcional.**



Había habido Adepta Sororitas en Neva casi tanto tiempo como existía el mismo Adepta Sororitas. Un mundo de impresionante belleza natural, la historia del planeta desapareció en el pasado olvidado de la Era de los Conflictos, en los tiempos oscuros en que la turbulenta disformidad había aislado mundos a través del plano galáctico, pero a diferencia de la mayoría de las colonias, donde los hombres habían abrazado al xenos o retrocedido a la barbarie, Neva nunca había renunciado a su civilización. A lo largo de los milenios, había sido un lugar donde el arte y la cultura, la teología y el aprendizaje habían arraigados en los

mismos huesos del planeta. Desde un punto de vista militar o económico, Neva tenía poco que ofrecer, toda su industria existente residía en los mundos exteriores del sistema, en nubes de asteroides o en lunas muertas lastradas con bastos yacimientos minerales, pero Neva se mantuvo rica en la moneda del pensamiento y de las ideas. Grandes ciudades museo que fueron hechas para competir con los templos de Terra llegaron a rozar las nubes, y en las calles de Noroc, la capital costera de Neva, cada calle fue bendecida con sus propios murales procedentes de los anales de la Imperial Tierra y la virginal Neva, una crónica que abarcaba diez mil años de historia.

Hubo un tiempo, después de la confusión sembrada por la Herejía de Horus, cuando Neva había extraviado una vez más el camino del Imperio en general. Tormentas de disformidad como no se habían visto desde hacia generaciones cortaron el sistema de todo contacto humano y los Nevanos temieron que le siguiera una segunda Era de los Conflictos, pero ese no iba a ser su destino. Cuando llegó el día en que las tormentas se levantaron, tan silenciosamente como habían llegado, lo primero que mostró el cielo de Neva fue una nueva estrella, un poderoso navío que había perdido su camino cruzando el vacío.

A bordo de esa nave iban las Hermanas de Batalla, y con ellos llegó en vida santa Celestine. Su heráldica era magnifica y hecha de oro, Celestine y sus seguidores se habían embarcado en una guerra santa para castigar la secta del hereje Felis Salutas, pues el destino no los había traído aquí por un capricho del empíreo. Se ha dicho por algunos que Celestine se mantuvo firme sólo el tiempo suficiente para permitir que sus navegadores establecieran un nuevo curso antes de salir rápidamente de Neva, pero para el planeta fue la liberación traída por un sirviente del mismo Emperador.

Conflictos internos y las guerras de asesinos que habían desgarrado las baronías teocráticas de Neva durante los años de aislamiento fueron inmediatamente aplastados. Las capillas, tribunales y universidades dedicados al culto imperial florecieron como nunca antes. Un nuevo objetivo llegó al planeta, y ese propósito fue la peregrinación.



La Orden de Nuestra Señora Mártir no fue la única orden del Adepta Sororitas en tener un convento en Neva, pero el suyo era el más grande y con mucho, el más elaborado. La torre fue cortada de piedra de un color que sólo se encuentra en el desierto ecuatorial de Neva, un amarillo miel que hacia resplandecer el edificio cuando los rayos del atardecer lo rozaban. Desde los niveles más altos del convento, un observador podría mirar hacia abajo a lo largo de la curva agraciada de la bahía de la ciudad de Noroc, siguiendo las líneas de la arena blanca como la nieve que reflejaban las calles inclinadas y los bulevares.

Cualquier otro día, la belleza de tal imagen podría haber tocado una fibra sensible en la Hermana Miriya, pero en ese momento su corazón era inmune a la vista. Desde las almenas, miró a lo largo de las catedrales de Noroc y las viviendas sin realmente verlas, mirando se disipó el día, observando nada más que los últimos momentos justo antes de que desapareciera la luz del día, siguió la lánguida marcha de las sombras, coincidiendo algunas sobre el gigantesco reloj de sol de la ciudad.

Una triste sonrisa se levantó y cayó de sus labios al recordar las palabras dichas al capitán de la Corolus. *Tu vida se mide en los tic-tac de un reloj*. Tal vez el destino le había hecho algo parecido tanto a ella como a él. La hora se acercaba rápidamente, debía acudir a la llamada de la Canonesa y estaría obligada a responder por sus errores.

La mirada de Miriya bajó a la plaza más allá de las puertas del convento. Había penitentes allí, vestidos con camisas de pelo y capas con púas de anzuelo. Alguno de ellos gimió y gruñó de camino a través de los versos del dogma Imperial, mientras que otros tuvieron que escoger los miembros desafortunados del público que tardaban demasiado tiempo en gritar frases de condena y censura. Había flageladores que azotaron a los novicios por usar el tipo equivocado de la campana, y hombres que llevaban lanzas que terminaban en festones de velas.

Frunció el ceño. Parte de los ritos en marcha allí abajo le eran conocidos. La Hermana de Batalla reconoció la conmemoración del segundo Sacrificio de los Colchans, la Letanía Contra el Miedo y una de las oraciones menores a la Santa Sabbat, pero hubo otros cantos que parecían extraños y difíciles contra sus oídos. La iconografía de los penitentes, por lo visto, tenía manga ancha con las imágenes sangrientas, color del vino. Espontáneamente, la cara cruda y sin vida

del Lethe subió a la superficie de sus pensamientos, con la garganta de la mujer muerta abierta como una segunda boca.

-**Aquí hacen las cosas de manera diferente**- la voz de Cassandra se desvió hacia ella en la brisa de la tarde mientras se acercaba. La mujer lanzó un guiño a la gente en la plaza. -**No he visto nada igual en otros mundos.**

Miriya hizo un esfuerzo para librarse de su negro humor. -**Ni yo, al igual que tú, ésta es mi primera visita a Neva. Pero cada planeta bajo la luz del Emperador, lo abraza a su manera.**

-**Por supuesto**- Cassandra se unió a ella en el borde del balcón. -**Sin embargo, algunos abrazan con más fervor que otros.**

La Hermana Superiora la miró. -**¿Detecto una nota de inquietud en tú tono?**

Para un jefe de escuadra diferente, tal comentario podría haber sido una advertencia pero para Miriya era una invitación. Como comandante de Cassandra, siempre exigió respeto y honestidad en las mujeres que servían a la iglesia con ella. -**A veces me preocupa lo que escucho, pero me han dicho que en algunos de los distritos menos... pongamos civilizados de Noroc, hay mujeres que asesinan a su tercer hijo, si se revela que es una mujer, mientras que todavía está por nacer. Esto se hace en el nombre de alguna deidad, un antiguo rito, idolatría arcana.**

-**No es nuestro labor cuestionar sus formas**- dijo Miriya. -**La Eclesiarquía trabaja para asegurar la veneración del Dios-Emperador con la doctrina de todos los planetas. Algunas desavenencias desagradables con las creencias son inevitables.**

-**Pues que afortunado, que nuestra orden esté aquí para mostrar a los Nevanos el camino.**

-**Nunca he creído en la fortuna**- dijo Miriya vagamente. -**La fe es suficiente.**

-**No fue suficiente para encontrar a Vaun**- respondió Cassandra con voz malhumorada. -**Nos engañó, jugó con nosotras como con un montón de necias.**

Miriya la miró de reojo. -**Sí. Pero no se castigue, Hermana. La Canonesa Galatea querrá reservar ese placer para ella misma.**

-Tú la conoces desde hace mucho tiempo, ¿no?

Haciéndola un guiño dijo. -**Ella fue una vez mi Hermana Superiora como yo soy la tuya. Una guerrera sin igual, dio un cierto crédito por el legado de santa Catalina, pero quizás era un poco demasiado inflexible para mi gusto. A menudo estábamos en desacuerdo por asuntos de nuestro credo.**

Cassandra no podía mantener el miedo en su voz. -**¿Qué crees que va a ser de nosotras?**

-Habrá un costo para nuestro lapsus, de eso no es posible que tenga la menor duda- interiormente, Miriya ya estaba ensayando la súplica que ofrecería, entraría, se dejaría caer sobre su espada y tomaría toda la culpa como suya de la huida de Vaun, en lugar de arrastrar a las pobres Cassandra, Portia, Isabel e Iona abajo con ella.

Su Hermana se agarró al borde de las murallas de piedra con fuerza, como si pudiera exprimir una respuesta de ellas. -**Éste apóstata me atormenta, Hermana Superiora. Por el Trono, ¿cómo pudo simplemente desaparecer en el aire? La cápsula de escape que robó Vaun a la Mercutio se encontró en la estación de comercio, fue visto por testigos allí. Pero la única nave en la que podría haber subido era la tartana desvencijada que abordamos**- negó con la cabeza. -**Tal vez... tal vez, y sí ¿se esconde todavía en la plataforma orbital? ¿En espera de una nave mejor con capacidad de dejar el sistema?**

-No- Miriya señaló el suelo. -**Las Naves suborbitales eran abundantes en la estación. Vaun tomó una e hizo un descenso planetario. Vino aquí. Es la única explicación.**

-¿A Neva? Pero eso no tiene sentido. El hombre es un fugitivo, su rostro es famoso en todos los mundos de éste sistema. Cualquier persona racional buscaría el primer camino para salir de éste sub-sector lo más rápido posible.

-Tiene sentido para Vaun, Hermana. La arrogancia del brujo es tan imponente que cree que puede esconderse a plena vista. Escúchame bien, lo

que digo es que Torris Vaun nunca tuvo la intención de escapar de Neva. Quería venir aquí.

Cassandra negó con la cabeza. -**¿Pero por qué? ¿Por qué correr semejante riesgo de ser descubierto?**

El sol se ocultó en la distancia detrás del escudo de las montañas y Miriya se volvió desde el balcón. -**Cuando nos enteremos de la respuesta, lo encontraremos**- hizo un gesto a su Hermana de Batalla. -**Vamos, la Canonesa estará esperando.**



El bote vino con marejada, haciendo una buena velocidad a través de los estrechos, las luces de Noroc desaparecieron hacia ya mucho sobre la popa. El primer oficial se elevó en el puente descubierto y dio a ver al marinero de guardia una parte sobresaliente de la barbilla, hizo un movimiento sutil de cabeza.

-**Dormido**- susurró, el marinero sabía a quién se refería. -**Profundamente dormido, pero todavía estoy a la deriva en torno a él, no le quito ojo.**

El marinero se pasó la lengua por los labios resecos, pasó una nerviosa mirada hacia atrás, a través de la escotilla abierta, hasta una forma que había más allá escondida bajo las toscas mantas. La atmósfera en el pequeño bote de pesca se había vuelto rancia y plomiza en el mismo momento en que habían tomado al pasajero y subió a bordo. -**Me gustaría poder dormir**- murmuró. -**Hemos estado teniendo malos sueños desde que salimos del puerto, es lo que dicen. Vemos cosas. Sospechan que es brujería, yo lo hago.**

El primer oficial parpadeó como un búho. Estaba cansado también. -**Mira... chico, de verdad que no piensas lo que estás diciendo. Mantén el curso y permanece en silencio, muchacho. Sera mejor así. La idea es llegar rápidamente, entregar el paquete y a otra cosa.**

-**Oh, sí**- las palabras murieron en la garganta reseca del marinero. Por el parabrisas, a través de la vista de proa del puente, había una forma oscura que

subía desde mar. Un tajobuche, feo como el Caos y el doble de hambriento. Nunca había visto un pez tan grande, ni siquiera uno muerto de esos que se exhibían más en tabernas portuarias que en museos.

El marinero tiró del timón rápidamente en un ataque de pánico, escorando el barco en un arco con fuerza lejos de la boca sonriente del tajobuche. Puñaladas de hielo se agrupaban en sus entrañas. La cosa iba a tragárselos enteros.

-**Apártate chico, ¿Pero qué haces?**- el primer oficial lo golpeó con fuerza, empujándole lejos del timón. -**¿Estás tratando de hacernos volcar?**

-**¡Pero eso…! ¡ESO!**- empezó, apuñalando con su dedo hacia el mar. -**¿Pero es que no lo ves?**

-**¿Ver qué? No hay nada ahí, únicamente el océano, muchacho**.

El marinero apretó la cara contra la ventana. Ningún tajobuche flotaba, ni se estaba tragando la proa ni estaba listo para masticar el bote entero. Sólo estaban las olas, subiendo y bajando. Se giró, mirando al hombre que dormía solo entre las mantas. Por un momento, le pareció oír una suave risa burlona.

-**Brujería**- repitió el marinero.



Como los rituales exigen, antes de entrar en la capilla, cada una de ellas rindió sus armas a unas novicias vestidas de gris. Las novicias no eran más que unas chicas, apenas salidas de la Schola Progenium de Ophelia VII, se hundieron bajo el peso de las armas pesadas que les entregaron. Como Celestes, y tal como correspondía a ese rango y privilegio, la Hermana Miriya y su unidad fueron dotadas con armas superiores, verdaderas obras maestras hechas a mano que se asemejaban más a una joya que admirar que a un arma de guerra, pero como con todos los elementos del equipo del Adepta Sororitas, desde la servoarmadura que las protegía, sus espadas-sierra con las que se defendían o los tanques Exorcista con los que purificaban, cada pieza de la maquinaria de la Orden era también un santuario, como éste mismo lugar en el que se encontraban ahora.

La capilla del convento era alta y ancha, abarcando varios pisos de la cáscara del edificio a pesar de mantener el diseño. Arriba, allí donde terminaban los tubos del órgano y las vainas de biolumenes se cernían sobre suspensores, era donde los querubines se trasladaban en perezosos circuitos, entregándose notas entre sí al pasar, el zafiro de sus implantes ópticos brillaba con la luz de la lámparas.

Las cuatro mujeres avanzaron a través de la capilla mayor hasta donde sus superiores las esperaban, cayeron al llegar como una sola, en una posición de rodillas ante la gran cruz de piedra y del cráneo que dominaba el altar de la capilla.

-**En el nombre de Katherine y el Trono Dorado**- entonaron, -**Somos las hijas deseadas del Dios-Emperador. Ordénanos para hacer Su voluntad**.

Era costumbre que las Hermanas de batalla más veteranas estuvieran presentes y que los recién llegados se pararan después de la invocación ritual, pero Galatea no lo permitió. En cambio, dio un paso adelante desde el púlpito y tomó un lugar ante el altar. Sus ojos oscuros brillaron en medio del marco de su cabello castaño. -**Miriya, Hermana Superiora. Cuando la Priora Lydia me informó que serían sus Celestes quienes nos traerían al brujo, confieso que me sorprendió. Y lo que más me sorprendió fue que ante tan sensible preso, se concediera la posibilidad a una mujer de su reputación.**

Miriya habló sin levantar la vista. -**La Hermana Lydia mostró una gran fe en mí**.

-**Lo hizo**- no mencionó el incumplimiento del protocolo. -**¡Qué vergüenza para ella ahora, teniendo en cuenta su lapsus imperdonable de criterio a bordo de la Mercutio!**

-**Yo…**- Miriya dio un suspiro tembloroso. -**No hay excusa. La culpa es sólo mía, que recaiga sobre mis hombros, Canonesa. Tuve la oportunidad de resolver el problema psíquico de Vaun y fallé. Su fuga es culpa mía.**

-**Así es-** la Voz fría y fuerte de Galatea se hizo eco en el pesado aire de la capilla. -**Ha vivido una vida de ensueño, Hermana Miriya. Las circunstancias siempre han conspirado para salvarte de las pequeñas transgresiones de menor importancia que has hecho en el pasado, aunque lo fueran. Pero**

esto..., esto, me pregunto, Hermana, ¿qué harías si estuvieras en mi lugar?

Después de un momento, respondió. -**No me atrevería a tener la sabiduría para tal cosa, Canonesa.**

Galatea mostró los dientes en una sonrisa helada. -**¡Qué bien dicho, Miriya! Y ahora me encuentro entre la espada y la pared. Un hechicero peligroso está suelto en éste mundo y necesitaré de... todas, y digo todas, las Hermanas de batalla aptas que pueda reunir para acorralarlo, aún en contra de las más graves interpretaciones de nuestras doctrinas todo parece insistir en que así podría expiar sus culpas. Quizás será la mejor de las maneras.**

Miriya miró, desafiante. -**Si es la voluntad del Emperador...**

La Canonesa se inclinó hacia delante y bajó la voz a un susurro. -**Siempre abusas de tu suerte, Miriya. Siempre tiendes a hacerlo**.

-**Entonces máteme por ello, pero prescinda de castigar a mis Hermanas**.

Galatea le dio una sonrisa triste. -**No voy a hacer de ti una mártir. Eso sería la excusa perfecta para ti, y no estoy de un humor indulgente**.



El resto de las palabras de la Canonesa se perdieron en un accidente repentino de sonido cuando las puertas de la capilla se abrieron de golpe. Una conmoción se derramó por la habitación cuando una turba de soldados, hombres con armas y algún clérigo marcharon por ella. Al frente de ellos un hombre alto con una mitra en su cabeza, envuelto en sedas finas e insignias sacerdotales. Sellos de color rojo y blanco de pureza colgaban de él como las medallas de un soldado, y la furia en su rostro correspondía con el carmesí de sus vestiduras. En un puño agarraba un pesado tomo bellamente encuadernado rodeado con rosarios, en el otro, portaba una estrepitosa espada-sierra de bronce, los dientes diamantinos giraban ansiosos, listos.

-**¿Cuál de ellas es?**- gritó, señalando con el libro al escuadrón de Miriya. -**¿Cuál de éstas mozas fue la necia que me hizo perder mi premio?**

Galatea tendió una mano para detenerlo, con el rostro fruncido con fastidio. -**¡Santo cielo! LaHayn, ha perdido el control. Está en un lugar de adoración. ¡Eche su arma al hombro!**

-**¿Te atreves a desafiarme? El color del rostro del sacerdote se oscureció, la mitra se meció en su cabeza**.

-**Sí**- contraatacó Galatea. -**Éste lugar es la casa sagrada de santa Catalina y el Dios-Emperador. ¡No debería necesitar recordárselo!**

Hubo un momento en que los músculos nervudos de LaHayn se tensaron alrededor de la espada, como si se estuviera preparando para revelarse, pero en un momento la cólera descendió de él y con ella la rigidez con la que sus manos sostenían la espada descendiendo subordinada a su lado. -**Sí, sí-** dijo, después de un largo silencio. -**Perdóneme, Canonesa. Dejé que mis más bajos instintos hicieran caso omiso de los mejores ángeles de mi naturaleza**- hizo una amplia reverencia que fue repetida por todo su séquito. Luego se acercó despacio a la Canonesa. Cuando llegó, estaba mirando a los ojos de Galatea con una penetrante mirada de acero. -**Mi pregunta, sin embargo, sigue en pie. Espero que la responda**.

-**La fuga de Vaun, no es un asunto tan sencillo como para buscar un sólo chivo expiatorio entre éstas mujeres**- dijo la Canonesa, cada palabra cuidadosamente equilibrada y sin levantar el tono de voz. -**Deberá llevarse a cabo una exhaustiva investigación.**

-**Los Arbitres han comenzado ya un análisis**- señaló el decano.

Galatea le ignoró, concentrándose en LaHayn. -**Esto no puede dejarse en manos de las fuerzas del orden o de la Marina Imperial. Torris Vaun era responsabilidad del Adepta Sororitas, y lo vamos a encontrar**.

La mirada del alto sacerdote derivó hacia Miriya y sus tropas. -**Insatisfactorio. Aunque aplaudo su determinación para rectificar los descuidos de las Hermanas de Batalla, la necesidad exige consecuencias-** dio un paso hacia adelante. -**En todas las cosas. ¿Acaso la llegada de Celestine no nos enseño precisamente eso?**- LaHayn suavemente cambió a un modo de expresión más adecuada para una masa de gente común fervorosa. -**Éste es un universo de**

leyes. Acciones engendran reacciones. Para todas las cosas, hay costos y sanciones- su rostro arrugado y duro se cernía sobre Galatea. -**Tiene que haber reciprocidad**.

-**Señor Diácono, le pido que hable claramente-** la Canonesa no se inmutó con su mirada.

LaHayn mostró una leve sonrisa. -**Los pocos supervivientes de la fuga del brujo, el hombre llamado Vorgo y los otros, se tomarán para crucificarlos así darán ejemplo convirtiendo tal acto en lecciones objetivas. Se me ocurre que tal vez una Hermana de Batalla arrepentida debería unirse a ellos, como un ejemplo de la dedicación de su orden**.

-**Uno de mis parientes ya ha perecido en el desarrollo de éste asunto, lo siento...**- replicó Galatea. -**¿Pero acaso me pedirías que os diera otro?**

-**La muerta... La Hermana Lethe, ¿no? Fue la más inocente de todas, cayendo en honorable conflicto ante el hereje. Su sacrificio no es suficiente**.

Miriya comenzó a ponerse de pie. -**Lo haré**.

-**¡Permanecerá arrodillada, Hermana**!- la voz de la Canonesa martilleando sobre la cámara como un disparo de cañón, con tal fuerza que empujó a Miriya de rodillas una vez más. La expresión de Galatea se endureció. -**Mis Hermanas son el recurso más valioso bajo mi manos, no pienso desperdiciar ninguna para apaciguar su descontento, mi señor sacerdote**.

-**Entonces, ¿qué va a hacer, Hermana Galatea?**- exigió.

Al final, la Canonesa desvió la mirada. -**Yo te daré tu sacrificio-** ella hizo un gesto a su ayudante, una veterana Sororitas. -**Hermana Reiko. Convoque a Iona**.



Un jadeo de sorpresa escapó de los labios de Portia y Miriya le lanzó una mirada para silenciarla, aunque realmente, la Hermana Superiora estaba tan sorprendida

como ella al oír el nombre de su compañera de escuadrón perdida. De la tenue sombra de un sub-presbiterio, la mujer llamada Reiko volvió con Iona siguiéndola detrás. Su rostro pálido miró al suelo, su cabello lacio y despeinado. Parecía un fantasma débil de sí misma, una copia difuminada desgastada por la edad y el abandono.

A raíz de la fuga de Vaun, fue Isabel quien había encontrado a Lona sola en las cubiertas de carga de la Mercutio. Sus ojos estaban distantes y ausentes, y la voluntad fresca e intensa que había mostrado siempre al servicio del Emperador había desaparecido. Las lesiones físicas de Iona eran leves, pero su estado mental... Eso era una herida abierta en bruto, desigual y sangrante que el psíquico había hecho, al violar su mente mientras ejercía sus competencias. No fue hasta mucho después cuando Miriya comprendió qué había estado haciendo cuando violó y saqueó la psiquis de Iona con toda tranquilidad. Vaun la había usado para que ella probara su propia horca y la dejó con vida a modo de advertencia.

Ninguna de ellas había esperado ver a Iona de nuevo. Sus ataques de llanto incontrolado y la desorientación la marcaban como irremediablemente rota. Sin embargo, allí estaba, todavía vestida con su traje de combate.

-**¿Qué es esto?**- preguntó LaHayn.

-**Díselo**- dijo Galatea.

Iona miró y parpadeó. -**Yo... estoy muy lejos de la absolución. Estoy más allá de toda exculpación. Me ofrezco voluntaria al Arrepentimiento**.

-**No…**- Miriya estaba sorprendida por la negación que cayó de su boca. A su lado, la mano de Portia voló a sus labios. Sólo Cassandra se atrevió a susurrar la terrible verdad de que todos ellos se dieron cuenta de repente.

-**Está invocando el Juramento del Penitente...**

Iona se quitó la bata roja y la dejó caer al suelo de piedra en un montón. Detrás de ella, la Hermana Reiko la recogió en silencio, sin mirar a la otra mujer temblando.

-**Ante el Emperador, porque he pecado**- la voz de Iona encontró una fuerza

frágil y creció para llenar la capilla. -**Más allá del perdón. Más allá de la tolerancia-** parpadeó para contener las lágrimas. -**Más allá de la misericordia**.

Miriya miró a la Canonesa, con una expresión de súplica en su rostro. Galatea la ignoró y les dio una pequeña inclinación de cabeza a las Celestes que se acercaron, moviéndose para rodear a Iona.

Todos ellas sabían el patrón del ritual de memoria.

Miriya, Portia, Cassandra e Isabel tomaron cada una un elemento del traje de combate, la armadura de Iona, separándolo y desechándola a un lado. Como una sola dijeron el siguiente versículo del catecismo. -**Le damos la espalda. Abandonamos su armadura y sus armas**.

-**Dejo ésta compañía por mi propia voluntad-** continuó Iona, -**Y por mi voluntad he de volver-** detrás de ella, Reiko usó una hoja tosca para rasgar el traje descartado de la Hermana en tiras que Portia e Isabel usaron para atar los brazos y las piernas desnudas de Iona. Cassandra ensartó cadenas de expiación con púas en todo su torso añadiendo volutas y precintos que llevaban las palabras del juramento en su túnica. -**Voy a buscar el perdón del Emperador en los lugares más oscuros de la noche-** entonó la mujer.

La Hermana Reiko se inclinó hacia adelante con el cuchillo y cogió un mechón del pelo de Iona, pero Miriya tomó la hoja de sus manos con un rostro pétreo. La Hermana Superiora se inclinó y susurró al oído de su amiga.

-**No tienes por qué hacer esto**.

Iona le devolvió la mirada. -**Debo hacerlo. Con un único toque, me ha vaciado, hice todas esas cosas horribles... No puedo descansar hasta limpiarme**.

Miriya asintió con la cabeza y dijo en voz alta la siguiente estrofa. -**Cuando el perdón sea suyo, le daremos la bienvenida de nuevo**- con afilados y difíciles movimientos, cortó mechones pajizos de Iona hasta que su cuero cabelludo quedó desnudo y apenas marcado con arañazos superficiales. -**Hasta entonces no existes para nosotras**.

Con eso, el juramento fue sellado, y las Hermanas de batalla dieron dos pasos

hacia atrás antes de alejarse de ella. Miriya fue la última en hacerlo, agarrando todavía el cuchillo en la mano.

-**Quien me ha visto y quién me ve ahora**- suspiró Iona, y recitó el verso final. -**Que me conozca y sepa de mí el miedo, porque no tengo ningún rostro a partir de hoy, excepto éste. Muestro en mi una Hermana Repentia ante ustedes, hasta que la absolución me encuentre otra vez**.

-**Que así sea**- Galatea inclinó la cabeza, y todos los demás en la capilla hicieron lo mismo. Iona pasó por delante de todos ellos, hasta llegar a una Señora de Batalla solitaria en las puertas de la capilla. La Señora llevaba un par de látigos neurales iguales que crepitaban y tarareaban con poder mortal. En su mano llevaba una capucha roja irregular. Iona se la puso, y luego desaparecieron.



LaHayn rompió el silencio con un gruñido de satisfacción. -**No es el precio que habría exigido, pero servirá.** Hizo una reverencia profunda y chasqueó los dedos para llamar la atención de la canonesa. -¿**Hasta la bendición, entonces, Canonesa?**

Galatea devolvió la reverencia. -**Hasta entonces, señor Diácono. Su luz siga con vos.**

-**Y con vos**- la delegación del sacerdote salió en fila, ordenadamente, dejando solas a las Hermanas de Batalla de nuevo.

La Canonesa hizo un gesto desdeñoso. -**Dejadme ahora. Arreglaremos vuestra dispensación después.**

El resto de las Celestes hicieron lo que se les ordenó, pero Miriya se mantuvo, todavía amasando la empuñadura del cuchillo. -**Iona no estaba en condiciones de tomar el juramento**- dijo sin preámbulos. -**Es una sentencia de muerte para ella**.

Galatea le arrebató la espada de su agarre. -¡**Necia! Ella salvó la vida con su sacrificio, ¡mujer! La suya y la de toda su unidad**.

-No... No es justo.

-Fue su decisión. Tomar voluntariamente el manto de la Arrepentida, volverse una Hermana Repentia es una rareza, bien lo sabes. Incluso el Señor LaHayn no podía negar la piedad y la fuerza de celo que Iona nos mostró hoy. Su gesto arroja por los suelos cualquier duda sobre la devoción de tu equipo y nuestra orden…- Galatea miró hacia otro lado. -**¿Y qué otro camino le quedaba?, Después de sufrir terriblemente a manos de ese monstruo... una posible muerte honorable era su única opción**.

-¿Qué van a hacer con ella?- Miriya tragó saliva. Incluso pensar en tal cosa la hizo sentir enferma. -**¿Qué horrores debe haber conjurado el brujo para romper el férreo escudo de su fe?**

-El camino de la brujería ve en el centro mismo del alma humana. Considera los defectos de todos nosotros como una piel y se mete por las grietas de par en par. Siento lástima por su Hermana, Miriya, y así como otrora hizo Katherine espero que usted nunca tenga que enfrentarse a lo que ella.

Cuando se quedó sola, Miriya se arrodilló ante el altar y ofreció una súplica a los santos y al Dios-Emperador para que mantuviera a salvo a Iona. Llegar a ser una Hermana Repentia era tirar toda idea de supervivencia y luchar poseída por la pasión de los justos. Marcaban el comienzo de cada batalla bajo el látigo de la dura Ama, las Repentias eran las más feroces y brutales de las Hermanas de Batalla. Los enemigos vivían bajo el temor de sufrir sus audaces asaltos con sus espadas-sierras, conocidas como evisceradoras, ardían de poderosa pasión a través de líneas tras líneas de herejes, y sólo en la muerte o el perdón acabaría su último deber ante el Emperador. Algunos decían que vivían en un estado de gracia que todos aspiraban a alcanzar, sin embargo, pocas tenían la pureza de corazón necesaria para alcanzarlo. Cada día, cada respiración para esas mujeres, era un acto de auto-castigo y penitencia en honor al Trono Dorado, convirtieron su rectitud en un arma tan afilada como sus espadas.

Miriya había visto en acción a las Repentias en el campo de batalla en el pasado, pero nunca había esperado encontrar a una de los suyos entre ellas. La pureza del sacrificio de Iona apuñaló su corazón, tomaría mucho tiempo demostrar que era

digna de él. La Hermana Superiora se juró entonces, a sí misma, que Torris Vaun sería llevado ante la justicia o perdería su vida en el intento.



CAPITULO III



La escotilla se abrió como un puente levadizo, en las horas previas al amanecer de Neva, permitiendo que una ráfaga perfumada de aire ingresara rápidamente, recorriendo, y barriendo la bodega de carga del transporte. Frotándose el rostro, el piloto de la lanzadera observó a las tres mujeres, que se hallaban de pie justo al borde de la escotilla, preguntándose si podría obtener algún favor o atención especial, como recompensa por transportar a las Adeptas Sororitas hacia la órbita baja. Razonó que debía de haber algo de valor en ello. Ya que después de todo, eran santas mujeres, y eso debía de contar de algún modo al momento de hacer sus diezmos anuales.

La más alta de las tres, la de piel de ébano con el pelo rizado, le dio una mirada de advertencia con sus oscuros ojos. El piloto fue lo suficientemente inteligente para advertirlo y fingió estar ocupado con la red de carga que colgaba suelta. *Mejor déjalas terminar sus negocios sin interferir*, pensó.

A pesar de ello, se volvió nuevamente y robó otro vistazo al trío. Se habían guardado para sí mismas, a lo largo de todo el viaje de descenso, hablando en susurros en la parte trasera del compartimento, mientras él había recorrido las rutas de vuelo hacia el complejo portuario de Noroc. De tanto en tanto, una de ellas, la de cabello marrón, solía llorar un poco, y la otra, de rostro felino y elegante, a todas luces la más bonita de las tres, solía consolarla con susurros.

Nunca se habría siquiera atrevido, a permanecer en la misma habitación que ellas, si se hubiese tratado de Hermanas de Batalla. Pero las Adeptas Sororitas, éstas tres particularmente, eran sólo enfermeras. Hermanas Hospitalarias, así se llamaban a sí mismas. El piloto se entretuvo pensando en lo agradable que

resultaría, que ellas le confortasen una noche en la cama.

Como si hubiese olfateado las ideas de su cerebro, la mujer más alta, se apartó de las demás, y se aproximo hasta él. -**¿Puede darnos un momento, por favor?... en privado.**

-Ah... bien- titubeo él. -**La cuestión es que... usted dijo que esto sería rápido, y tengo una carga perecedera aguardándome en el muelle superior de la estación de comercio, con destino a las epicúreas de ciudad Metis-** el piloto hizo un gesto vago en dirección al océano. -**No puedo perder más tiempo**.

-**¿No?**- dijo la mujer firmemente. -**No sólo puedes, sino que lo harás, soy un siervo de la Iglesia Imperial Divina, ¿sabes lo que eso significa?**

-**¿Qué? Y por eso... debo hacer, ¿todo lo que digas?**

-**Me alegra que nos vayamos entendiendo**- bruscamente le dio la espalda, y regresó con sus Hermanas, quienes caminaban ya fuera, en la plataforma del puerto espacial.



-**¿Estás segura que no quieres que la Hermana Zoe o yo vayamos contigo? No deberías soportar ésta pena en soledad, Verity.**

La joven tragó saliva, observando los primeros rayos de la luz del sol iluminando las cimas de las montañas en la distancia, podía oler la sal del mar en el aire frio del nuevo día. -**¡No Inara! Ya han hecho suficiente**- Verity forzó una débil sonrisa. -**Esto es algo que tengo que hacer por mí misma, es una cuestión de familia**.

-**Todas somos familia**- respondió Zoe suavemente. -**Todas somos Hermanas por deber si no por sangre**.

Verity negó con la cabeza. -**Les estoy agradecida por acompañarme, pero el trabajo de nuestra Orden en las lunas exteriores es más importante, la Palatina podrá soportar mi ausencia por un tiempo, más no la ausencia de**

las tres- Verity tomó su bolsa de manos de Zoe y les dio a ambas una breve reverencia. -**Ave Imperator, Hermanas-** dijo. Con firmeza, la Hospitalaria sacó un chal negro de luto de su bolsillo, y lo ató alrededor de su cuello.

Inara se despidió con un ligero toque en el brazo. -**Oraremos por ella-** prometió **-y por usted**.

-**Ave Imperator**- dijo Zoe, al tiempo que la escotilla comenzó a alzarse otra vez.

Verity inició su camino, descendiendo de la pista de aterrizaje, volviéndose justo para ver como el transporte de carga levantaba vuelo hacia el cielo luminoso, elevándose sobre columnas de humo sucio. Cepilló la suciedad del dobladillo rubí de su túnica, y se marchó a través del puerto, con un puñado de papeles y documentos sellados en sus manos.



Encontró un transporte cableado detenido fuera del puerto correspondiente, donde los conductores encapuchados se congregaban en grupos, bajo nubes de humo de tabaco, Verity tenía certificados Imperiales con los que pagar, pero ninguno de los conductores pareció prestarle atención. Sin embargo el conductor que se encontraba a la cabeza del grupo, cubrió sus ojos con un velo de malla y le hizo una seña para que subiera a la cabina abierta de su vehículo, el conductor movió una palanca generando un estridente ruido de engranajes, y el vehículo se alejó, avanzando a lo largo de la vía curvada del amplio boulevard.

Los surcos excavados en la superficie del camino, cruzaban cada una de las importantes arterias de la ciudad, conteniendo en su interior interminables líneas de cables apilados. Los vehículos poseían dentadas púas en sus ruedas, que rodaban dentro de dichos surcos, enganchándose al cableado por medio de llaves de cierre, lo que permitía a los vehículos, desplazarse sin fuentes de energía propia. Con ello se mantenía el aire de la ciudad limpio de humos de combustión y libres de los ruidos de motores, reemplazándolo con el silbido constante y traqueteante de taxis saltando ranuras y pasando por encima de los puntos de conexión. Los transportes terrestres que viajaban por las calles de Noroc, variaban en tamaño, desde los pequeños taxis, los raros coches-cama, hasta los

largos ómnibus con plataformas de tres pisos. Sólo los habitantes adinerados y la iglesia poseían sus propios transportes.

Verity entendió a partir de su adoctrinamiento, que las leyes de Neva prohibían a todos, salvo a los agentes del Emperador, limitando pues a los Arbites, Guardia Imperial y Eclesiarquía, el uso de un vehículo con una verdadera libertad de movimiento.

Nunca había estado en Neva Prime antes. A lo largo de los meses, que la Orden de la Serenidad había estado al servicio de los pobres y miserables de las lunas exteriores, Verity jamás había prestado sus servicios en el mundo inferior. Las lunas exteriores, eran lugares desolados, todos y cada uno de ellos. Planetoides enteros, entregados a la minería a cielo abierto o a las profundas perforaciones para la explotación de energía geotérmica, planetoides desgarrados por las enfermedades producto de la polución industrial que los explotaba, por lo tanto, reflexionó, no resultaba extraño considerar a Neva en sí como la joya del sistema, ya que cada ápice de su industria pesada se había trasplantado a los satélites en órbita.

Captó reflejos de su rostro en los frentes vidriados de las tiendas, mientras transitaban a través del distrito comercial, su piel perfecta y el pelo de color ámbar no lograban ocultar su mirada perdida, ni su belleza atenuada por la tristeza que la embargaba. Los vendedores ambulantes ya estaban levantando sus puestos, acumulando altos montones de velas votivas de grasa, campanas, y capuchas penitentes, telas, ofrendas de papel e iconos fundidos con resina. En una o dos ocasiones, escuchó el chasquido de un látigo en el viento, pero bien podría tratarse del cableado de la vía.

El cable de un vehículo resonó con un estruendo metálico, al pasar éste sobre una pila de líneas tendidas y apiladas, sobre lo que parecían ser sacos de arpillera para cadáver. En un cruce, pasó un tren de adolescentes, cenicientos, asexuados, y de cabezas afeitadas, conducido a través de la avenida por sacerdotes con insignias brillantes. Entonces, el taxi avanzó nuevamente, el conductor tensó el cableado para redirigir el taxi nuevamente.

Verity suspiró, sintiendo como si presionasen su apesadumbrado pecho con un cuchillo, se sentía vacía, como si todo lo que la había hecho ser tal como era, hubiese sido extraído de su ser y destruido una vez más, las lágrimas nacían en

sus ojos, jadeó tratando de contenerlas, fallando irremediablemente en el intento.

A través de las diáfanas cortinas, hechas de muselina de gasa, vio el Convento de Santa Catalina surgiendo a la distancia, y en ese momento se entregó a la pena que se agitaba dentro de su ser, ahogando sus sollozos en los pliegues de su manto negro.



Enterraron a la Hermana Lethe en el jardín memorial que crecía en las lindes exteriores del mismo, un espacio de luz y verde follaje en la cara sur del convento, era una terraza plana con forma de disco, frente al vasto portal de la capilla. El jardín estaba dominado por una estatua de santa Catalina, vestida con la armadura de una Hermana Serafín, de pie y lista como si fuera a saltar de su pedestal al aire, grandes llamas lamian la mochila propulsora de salto sobre su espalda, con bellas espirales talladas de humo y fuego.

En consonancia con su nueva situación y penitencia, a Iona no se le permitió asistir al funeral, en su lugar, Cassandra caminó por delante de los ilotas porta-féretro de túnicas blancas, balanceando un incensario de aceites votivos encendidos, de un lado a otro como un péndulo. Miriya, Isabel y Portia siguieron el cuerpo encubierto, con sus negras armaduras de Celestes, pulidas como un brillante espejo. De acuerdo con los ritos de la Orden, telas de seda roja fueron atadas a los cañones de sus armas, para representar su silencio en éste momento de duelo y reflexión.

La veterana Hermana Superiora Reiko, que servía a la Canonesa Galatea como su ayudante, condujo la ceremonia de forma correcta pero sin mucho sentimiento, unas cuantas Hermanas de Batalla, mujeres a las que Miriya no conocía de vista, la mayoría, probablemente miembros de la guarnición del Convento, mostraron sus respetos como se solían hacer, sin embargo, ninguna de ellas había conocido a Lethe, ni una de ellas había luchado a su lado contra las hordas traidoras y los xenos, ninguna había vertido su roja sangre en las mismas tierras malditas.

Miriya hizo una mueca, ella había perdido mujeres bajo su mando con

anterioridad, en circunstancias mucho peores que ésta, y sin embargo, la manera sencilla y totalmente brutal del asesinato de Lethe, la agobiaba con la culpa. Era todo lo que la Hermana Superiora podía hacer, para detener la andanada de voces interiores, que pugnaban en culparla por su error a bordo de la Mercutio.

En el interior de su mente rememoró lo sucedido, se vio una vez más en aquel momento, en que colocó la pistola de plasma contra la cápsula de Vaun y amenazó con matarlo, *¿por qué no lo hice?* Se preguntó. De haberlo hecho, Lethe aún estaría viva, Iona seguiría siendo una de nosotras, pero para ello, debería haber desobedecido una orden directa de su iglesia. Miriya, había sido convocada a menudo, para dar cuenta de sus frecuentes interpretaciones digamos, creativas, de las instrucciones de sus superiores, pero nunca había desafiado abiertamente a un superior. Tal idea era un anatema para una Sororita. Su mirada se posó sobre el camino de piedra bajo sus pies. La Hermana Dione le había advertido oportunamente, pero no había observado fielmente su advertencia, hasta que fue demasiado tarde. -**Voy a hacer pagar a los responsables-** se prometió.

Una ranura ovalada en el pedregoso sendero del jardín fue descubierta, revelando un silo vertical de unos pocos metros de profundidad, Reiko concluyó la Letanía de la Memoria, los servidores vestidos de blanco, posaron el cuerpo de Lethe en dicho espacio cubriéndolo de tierra. Tal como se estilaba en Neva con los difuntos, la enterraron de pie con el rostro vuelto hacia el cielo, ritual que se realizaba con el objeto de que los difuntos pudiesen ver el camino de regreso a Terra, y por tal, el camino que los llevará al lado de la mano derecha del Emperador, o eso era al menos, lo que sus clérigos decían.

-**En Su nombre, y por orden de la Virgen Martirizada, comprometemos a nuestra Hermana Lethe Catena a la tierra, donde descansará hasta que el Divino llame a su hija caída para elevarse una vez más**- Reiko inclinó su cabeza, y las demás la imitaron. Miriya vaciló por un segundo, al captar la mirada de una joven Hermana vistiendo la túnica de una orden diferente, quien obsequió a la Celeste una mirada cargada de pena y cólera.

-**Alabado sea el Emperador, ya que en nuestra resolución, sólo se refleja la voluntad de su propósito-** entonó Reiko, -**Así será**.

-**Así será**- exclamaron a coro.



Atraída inexorablemente al lugar donde yacía Lethe, Miriya se aproximó a la joven allí arrodillada, aunque parte de ella sabía el mal que podría resultar de ello. Se acercó aún más, y logró reconocer la simbología en la vestimenta de la joven, un círculo continuo correspondiente a la marca de la Orden de la Serenidad. Al igual que la Orden de Nuestra Señora Mártir, las Hermanas Hospitalarias que servían en el nombre de la Serenidad, provenían del Sanctorum en el Convento de Ophelia VII, Ordenes Hospitalarias que por ley Imperial, no eran militares, cuestión que sin embargo, no significaba de modo alguno, que sus filas se compusiesen por débiles mujeres, ya que si bien, éstas eran enfermeras de expertas habilidades y gran compasión, al servicio de los guerreros de la maquinaria militar imperial en incontables mundos, también estaban altamente entrenadas en las artes marciales, y eran plenamente capaces de actuar si las circunstancias así lo exigían. Ningún planeta que se atreviese a considerarse civilizado carecía de hospicios o Valetudinarium atendidos por dichas Hermanas.

La mujer se puso de pie y observó a Miriya. Parecía estar al borde de las lágrimas, pero a pesar de ello, sus manos se cerraron en puños y habló. -**Tú... tú eras la comandante de Lethe. La Hermana Miriya**.

-**Tuve tal honor-** respondió Miriya cautamente.

Las palabras parecieron llenar de dolor a la chica. -**Tú... Fuiste tú quien la dejó morir**.

-**Lethe terminó su vida como la vivió, en la batalla contra el hereje y el hechicero-** replicó Miriya desconcertada por las palabras hirientes y afligidas de la joven.

-**Quiero saber lo que pasó-** espetó la Hospitalaria, -**Tienes que decírmelo**.

-**Eso es un asunto de los Ordos Militantes, que no te corresponde conocer-** replico Miriya sacudiendo lentamente la cabeza en un gesto de negativa.

-**No tiene derecho a esconderme la verdad**- las lagrimas surcaron el rostro de la joven. -**¡Yo era su hermana**!

-**Todas somos sus Hermanas**- contestó Miriya recorriendo con un gesto el conjunto del convento.

La Hospitalaria expuso su cuello y tiró de una larga e intrincada cadena de plata, un rosario, del tipo que Miriya había visto sólo en una persona. -**¿De dónde has sacado eso?**

-**Soy la Hermana Verity Catena de la Orden de la Serenidad**- dijo la chica. -**Hermana de la Hermana Lethe de la Orden de Nuestra Señora Mártir, huérfanas de la misma madre**- instantáneamente tomó la muñeca de Miriya. -**¡Ahora vas a decirme cómo murió mi único pariente de sangre, o por el Trono Dorado voy a desgarrarte con mis propias uñas!**

Pudo observar de manera instantánea, la misma curvatura de la nariz, los ojos y la determinación ardiendo detrás de ellos. El momento se tensó con un denso silencio, la ira de Verity enfrentada al desánimo que acogía a Miriya.

-**Muy bien**- dijo la Celeste, después de un largo silencio. -**Siéntate conmigo Hermana Verity, y te diré la verdad dura e implacable**.



El esbelto joven, rodó la vela encendida entre sus dedos, jugando con el sebo blando, inclinándola para que los riachuelos de cera fundida hicieran pistas en espiral alrededor de su longitud.

-**¿Nervioso?**- preguntó Rink, balanceándose sobre el borde de la mesa. Ignis miró al otro hombre. -**¿Lo éstas preguntando o afirmando?** Rink, parecía incapaz de mantenerse quieto durante los cinco minutos que habían transcurrido desde su llegada al salón e incluso ahora en el aislado cuarto trasero, se mantuvo en constante movimiento. Como para remarcar la idea, Rink cogió la taza de recafeína que había sobre la mesa y se humedeció los labios.

-**No estoy nervioso-** dijo el hombre grande con tal inocencia, que hizo sonreír a

Ignis. -**Es que... no me gusta éste lugar**.

-**No puedo explicarlo-** dijo el joven, jugando con la llama de la vela y negó con la cabeza. -**Aún no puedo creer que estemos realmente aquí**.

-**Yo creo…-** señalo Rink, poniendo la taza sobre la mesa de nuevo, -**Que tal vez deberíamos dejar esto como un mal trabajo y...**.

-**¿Y qué?**- una figura encapuchada abrió la cortina de cuentas que separaba la sala del resto del salón. –**He llegado hasta aquí desde la celda de una nave estelar para encontrarme con ustedes, ¿para nada?**

Rink abría la boca como un pez, Ignis se puso de pie, con una sonrisa que brotaba feliz de sus labios. -**Por todos los santos, ¿es verdad?**

Torris Vaun devolvió la sonrisa. -**Oh sí, soy yo. En carne y hueso-** le dio una palmadita al hombre en los hombros. -**Apuesto a que nunca pensaron que verían ésta cara otra vez, ¿eh?**

-**Bueno... para ser honestos, ¡no!**- admitió Rink. -**Después de que las monjas lo capturaron en Groombridge, supusimos que eso sería todo, que se había acabado**.

-**Algunos de nosotros lo hicimos**- añadió Ignis con una mirada mordaz.

-**Fueron un poco duras conmigo, pero nada para lo que no estuviera preparado**- dijo Vaun sirviéndose una taza de recafeína, endulzándolo generosamente con la botella de coñac que se encontraba sobre la mesa. -**¿Tenéis tabaco?**- preguntó.

Rink asintió con la cabeza y sacó un paquete de tabaco. Vaun hizo una mueca al ver la etiqueta, la recordaba muy bien, era de una marca local barata que olía como la quema de los residuos sólidos de aguas residuales. -**Tu mano está temblando, Rink-** dijo tomando uno del paquete y señalando al criminal. -**¿No estás contento de verme?**- agregó.

-**Yo... Uh…-**

-**Está nervioso-** explicó Ignis, -**Honestamente Vaun, en éste tema estoy de**

acuerdo con él. Venir aquí... justo aquí, bueno, se ha comentado mucho si no fue un error.

-¿**Error?**- repitió Vaun tocando el extremo del cigarrillo con la punta de su dedo, encendiéndolo y dando una calada al cigarrillo. -**¿Quién ha estado diciendo eso?**

Los dos hombres se miraron. -**Algunas personas. Ellos ni siquiera vinieron**.

-**¿Como quienes?**

-**Gibbin y Rox... Jefter también**- apuntó Rink al tiempo que sorbía su nariz.

Vaun hizo un gesto desdeñoso. -**Ah, la disformidad se los lleve, seres inferiores, de todos modos, nunca tuvieron la visión para ver al final la 'Gran Obra'-** sonrió. -**Ustedes muchachos, vinieron, ¿no? Eso alienta mi corazón-** la punta del cigarrillo brillaba con fulgor naranja.

-**Los otros están esparcidos por ahí**- apuntó Ignis -**Pero nosotros vinimos**.

-**Aunque en un principio ni siquiera querías venir-** Vaun expresó la parte tácita de su condena. -**Porque aún te estarás preguntando, ¿qué cosa, por el Hades, hizo que Torris Vaun se creyera capaz de liberarse del Adepta Sororitas?**

-**Sí**- dijo Rink. -**Y además, el mensaje... el imbécil que lo trajo no nos explico nada**.

-**Pero aún así vinieron, eso es bueno, a pesar de que los perros de LaHayn y que todos los relojes de la ciudad sobre el Neva suenen por nosotros, aún así vinieron-** expresó exhalando humo. -**No se arrepentirán**.

Ignis parpadeó. -**No nos quedaremos aquí... Vaun... dime que no vamos a permanecer en éste santuario de oración al cielo ni un segundo más**- el tono de su voz fue elevándose hacia el final de la frase.

-**Ten cuidado con lo que dices**- dijo Vaun, divertido. -**Éste es mi planeta natal, no lo menosprecies**- y agregó. -**Pero, ¡sí! Nos vamos a quedar, pues nos aguarda un gran premio aquí Ignis, uno más grande de lo que te puedas**

imaginar, conmigo aquí y algo de ayuda de unos amigos, podremos obtenerlo. Dinero, dinero amigos, mucho dinero, y tal vez algo aún mejor.

-**¿Mejor?**- preguntó Rink. -**Mejor, ¿cómo qué?**

-**Como venganza, Rink, sangrienta venganza**- los ojos de Vaun brillaban con violencia.

Ignis miró hacia otro lado, jugó con la vela un poco más, haciendo que la llama cambiase de forma. -**¿Quiénes son esos amigos tuyos, entonces? Gente nacida en una cuna de oro de las altas esferas, ¿sin sentido del humor? ¿Para qué los necesitamos?**

-**Por lo que nos pueden dar, muchacho, tú sabes cómo funciona esto, los hombres ricos sólo quieren ser más ricos, ellos no saben lo que es ser pobre e indefenso, y están aterrorizados de serlo, lo que los hace predecibles**.

El joven frunció el ceño. -**No me gusta la forma en que me mira la gente a nuestro alrededor, como si pudieran ver la marca que llevo en mí. Cada vez que camino calle abajo, creo ver gente con la vox de los Ordos, gritando "Vamos, atrapémoslo, es el hijo de una bruja", no, no me agrada permanecer aquí**- la vela ardía intensamente lamiendo sus dedos, a pesar de lo cual, Ignis parecía no notarlo.

Vaun dio una larga calada al tabaco del cigarrillo y preguntó. -**¿Y qué hay de ti Rink?, ¿También tienes algo de qué quejarte?**

-**No me gustan los sacerdotes**- dijo el gran hombre finalmente. -**Me golpearon cuando yo era un chiquillo**.

Una lenta sonrisa cruzó el rostro de Vaun. -¿**No somos acaso todos, pequeños pájaros heridos? Escúchame chico, cuando te digo que no hay hombre vivo que odie Neva más que yo, pero tengo negocios inconclusos aquí, y con la involuntaria ayuda de las Hermanas de Nuestra Señora Mártir, ahora estoy obligado a concluir tales negocios en mi tierra natal**- movió el cigarrillo en un círculo. -**Para empezar, vamos a encender algunos fuegos de vuelta en Noroc y dar al bueno del señor Diácono la paliza que tanto se merece**, **luego seguiremos con el evento principal-** una sonrisa cruzó sus labios. -**Para cuando terminemos, todo éste maldito planeta arderá**.

Ignis asimiló tales palabras. -**Me gustaría ver eso**.

-**Espera y veras**- prometió Vaun. -**¡Tú sólo espera y verás!**



La prisión era un monumento a la disuasión, no había ventanas de ningún tipo a lo largo de su fachada exterior, sólo podían observarse las delgadas ranuras en donde las armas automáticas, controladas por cogitadores, vigilaban la plaza abierta a su alrededor. Las estridentes armas zumbaban y rechinaban, siguiendo y vigilando a las personas que transitaban bajo su alcance, siempre listas y dispuestas a lanzar una granizada de balas, sobre cualquier prófugo o alborotador.

Pero ello jamás había sucedido, claro está, puesto que Noroc siempre fue un distrito modelo de piedad, buen comportamiento y respeto por la ley. De no haber sido por las actividades menos saludables de la gente común, residente en las afueras de la ciudad, las fuerzas locales del distrito habrían tenido poco que hacer, poco más que lustrar sus bastones de energía y participar en desfiles. De hecho, parte de la fuerza encargada de brindar la seguridad ciudadana, vino de edificios similares a la prisión. Uno, sólo debía elevar la cabeza y prestar atención a las geométricas construcciones en forma de cono, que cubrían cada una de sus superficies.

El reformatorio, tal como se le conocía, era una obra de arte propagandística a escala masiva, cada nivel mostraba esculturas de los agentes del Emperador. Bien de los Arbites Adeptus, Marines espaciales, Inquisidores, Hermanas de Batalla y más, matando, convirtiendo y/o purgando a aquellos que quebraban la ley y/o la doctrina imperial. Criminales, tales como violadores y asesinos de niños permanecían recluidos allí, junto con simples ladrones, estafadores y timadores. Todos y cada uno de ellos, cargaban con la culpa de sus crímenes, sufriendo el peso del castigo correspondiente como retribución. En la parte más alta de las construcciones cónicas, megáfonos emitían himnos y severos sermones sobre la naturaleza del delito. Todo el edificio en sí, representaba una amenaza para aquellos que se entretenían con malversados pensamientos.

La Hermana Miriya se acercó a la prisión a través de la plaza, con Cassandra a su lado y la Hospitalaria Verity un paso o dos por detrás.

-¿Es realmente necesaria su presencia, Hermana Superiora?- preguntó Cassandra disimuladamente.

-**Otro par de ojos son siempre útiles…**- replicó Miriya, pero a decir verdad era una pobre justificación, si hubiera querido otro observador, habría sido más fácil para ella convocar a Isabel o Portia para acompañarlas, la realidad era que se sentía en conflicto por Verity, presionada por un sentido de obligación hacia su compañera Lethe, de alguna manera, Miriya se sentía en deuda con la Hospitalaria, una deuda que debía pagar. *O es mi propia culpa, ¿lo que ella refleja sobre mí?*, pensó. La Hermana Superiora sacudió esas ideas de su cabeza. Verity quería ver a los hombres que habían ayudado a Vaun a asesinar a su hermana, a Miriya no se le ocurría ninguna buena razón para oponerse.

Un guardián veterano, con galones de sargento en su armadura, aguardaba en la entrada con un propósito firme, guiar a las tres, a través de las distintas plantas de la prisión de seguridad. Otros guardianes, dejaron de cumplir sus labores para observar el pasar de las Hermanas, aunque no miraban a las Hermanas con reverencia o respeto, sonreían a medias, disimulando las burlas y murmullos que intercambiaban entre sí, a sabiendas de que el famoso psíquico se les había escapado de entre los dedos.

La comisura del labio de Cassandra se curvó y Miriya supo instantáneamente que estaba a punto de soltar una réplica furiosa, pero la Hermana Superiora silenció tales pensamientos con un apenas perceptible movimiento de cabeza, tenían preocupaciones más graves que las opiniones de unos pocos guardias comunes.

-**Hemos tenido que separarlos**- advirtió el sargento. -**Ya han muerto un par desde que los tenemos aquí**.

-**¿Cómo?**- preguntó Verity.

-**Heridas causadas, según suponemos, al caer por las escaleras**- dijo con voz firme y segura, obsequiándola con una mirada maliciosa.

-**¿Los han interrogado?**- Miriya estudio la línea de puertas de las celdas al pasar por el cuadrante de contención.

-**No hemos obtenido nada con sentido**- admitió el ejecutor. **-Únicamente lloran mayormente por sus mujeres e hijos**- hizo una mueca. -**Hombres grandes, mojando sus pantalones y lamentándose como los recién nacidos. Patético-** agregó.

-**Saben el precio que tendrán que pagar por traicionar al Emperador**- dijo Cassandra. -**No tienen nada mejor que esperar, sólo la muerte**.

El sargento asintió. -**¿Quiere verlos a todos, o qué? Le garantizo que no va a obtener nada de utilidad-** le entregó un puñado de tarjetas a Miriya e indicó a otro guardia que abriese la pesada puerta de acero que daba a la sala de interrogatorios.

Ella recorrió los nombres. -**Este**- dijo Miriya después de un momento, señalando con el dedo una de las tarjetas. -**Tráigalo ante nosotras**.



El sargento y el soldado regresaron con el encadenado guardiamarina Vorgo entre ellos. La piel del rostro del marino estaba pálida y marcada por recientes moretones, pero incluso con un ojo cerrado e inflamado, no fue suficiente para ocultar la mirada de terror abyecto, que apareció cuando vio a las Hermanas de Batalla. Vorgo soltó débiles ruidos, cual maullidos, cuando el guardia ejecutor lo acercó hacia ellas, tirando del arnés de sujeción de bronce ampliamente manchado, por encima de la rejilla de drenaje en el centro de la habitación.

Miriya observó de reojo a Verity. La expresión de la Hermana Hospitalaria demostraba los conflictos internos por los que atravesaba en aquel momento, la compasión ante el semblante del miserable hombre en conflicto con la ira por sus fechorías. La Hermana Superiora se acercó más, y bajo el círculo de luz que proyectaba los sobrecargados biolumenes. -**¿Me recuerdas verdad?**

Vorgo asintió con gesto brusco.

-**Déjame explicarte lo que te va a suceder. No habrá ningún tribunal de justicia, ninguna apelación, no habrá ningún trato de favor en el proceso**- señaló a los representantes de la ley y de la cárcel con un gesto vago de la mano. -**No va a ser escuchado por los jueces, no se someterá al mástil de un capitán a bordo de la Mercutio**- Miriya lo miró con gravedad., -**Ha colaborado e intrigado en el asesinato de una Sororita, colaboró con la fuga de un criminal y más grave aún, de un brujo. Pertenece ahora a las Hermanas de Batalla y lo acosaremos como nos plazca. No tiene derechos, ni voz, ni recursos. Todo lo que queda por decidir es cómo va a perecer**.

Vorgo emitió un gemido y pronunció unas palabras ininteligibles.

-**Alguna vez has visto un arco-flagelante, Vorgo?**- Miriya señaló a Cassandra y la otra Hermana de Batalla dejó caer su bólter en una postura dispuesta. -**Déjeme hablarle sobre ello**- su voz adquirió una calidad inflexible y fría cual acero. -**Por la voluntad del Emperador, todos aquellos que son encontrados culpables de herejía o delitos de similar gravedad, son colocados bajo nuestra jurisdicción, atentos a nuestra jurisdicción en la caza de brujos, las Hospitalarias los han adaptado a su nueva vida a través de cirugías, condicionamientos, la implantación de yelmos, mascaras y/o lobotomías**.

Para enfatizar sus palabras, ella tocó la frente de Vorgo con un dedo. -**Imagine esto... sus miembros son retirados, sustituidos por látigos eléctricos y un juego de garras, sus ojos son extraídos de las cuencas oculares de su cráneo y sucias lentes son colocadas en su lugar, su corazón y órganos fijados con inyectores y glándulas neuropáticas. Y luego, orgulloso de su nuevo cuerpo, lo que queda de los antiguos residuos desperdiciados de su mente se vuelven hacia el bien del Imperio, con una orden, una palabra mía y te lanzarías voluntariamente feliz a las mismas fauces del infierno, un loco, un pedazo de carne, una máquina destinada a una larga, larga, larga muerte**.

Hizo un gesto a Cassandra, la Hermana de Batalla apuntó a la cabeza de Vorgo. -**Pero también hay una manera más limpia, más rápida... pero reservada sólo para los arrepentidos**- Miriya se detuvo delante de la plataforma de moderación. -**Yo te daré la paz, si me dice para quien estabas trabajando y qué fue lo que os obligó a liberar a Torris Vaun.**

-**¿Quién?**- dijo Vorgo, empujando la palabra de su boca. -**Yo no conozco a**

ningún Vaun...

-**¿Acaso estás jugando conmigo?**- Miriya gruñó. -**Hay otros para quien puedo reservar mi misericordia, ahora respóndame, ¿por qué liberó a Vaun?**

-**No conozco a ningún Vaun**- dicho ello, el marinero exclamó repentinamente. -**¡Mi hija! ¿Qué habéis hecho con mi hija, putas?**

-**¿De qué está hablando?**- preguntó Verity.

El sargento frunció el ceño. -**De nuevo... como les dije, lloran por sus familias, todos ellos, no se puede obtener una respuesta adecuada de ninguno de estos lunáticos**.

Verity tomó la tarjeta perforada con el historial de Vorgo y la alzó a la luz. -**El censo imperial, indica que éste hombre no tiene familia... ni tampoco ninguna hija.**

-**¿Puedes leer el dialecto máquina?**- preguntó Cassandra con asombro.

La Hospitalaria asintió. -**Un poco. He trabajado en estrecha colaboración con las Hermanas de las órdenes Dialogantes en el pasado, algunas de sus habilidades me son conocidas**.

-**Yo amo a mi hija**- escupió el marinero, quien por pura desesperación arremetió auto-infringiéndose heridas con los arneses tirantes con los que estaba sujeto. -**Os la llevasteis y la pusisteis en el frasco de vidrio, putas de negro corazón**.

Miriya le dio una bofetada con la palma de su guantelete de ceramita, arrancándole un par de dientes y silenciándolo por el momento. -**¿Pero realmente piensa que su hija es nuestra prisionera? ¿Qué tontería es ésta?**

-**¿Por qué en nombre de Terra pensaría que teníamos prisionera a su inexistente hija?**- Cassandra negó con la cabeza. -**Éste hombre estaba allí. Vio de primera mano al ocupante de la cápsula, el mismo liberó a Vaun**.

Miriya tomo la barbilla del prisionero con su mano y preguntó. -**Quién estaba en la cápsula, Vorgo?**

-**Mi hija…**- sollozó. -**Mi hermosa hija**.

-**¿Cuál es su nombre?**- preguntó Verity, la pregunta quedó pendiendo en el aire. -**¿Qué aspecto tiene?**

Algo se quedó a oscuras detrás de los ojos del marinero. -**¿Q... qué?**- su cara se volvió floja y pastosa.

-**Su nombre, Vorgo-** insistió la Hospitalaria, -**Díganos el nombre de su hija y la traeremos de vuelta con usted**.

-**Yo... yo, no... Recuerdo…-**

-**Sólo tiene que decirnos su nombre y la liberaremos**- Verity dio un paso más cerca. -**Recuerda el nombre de su propia hija, ¿no?**

-**Yo... yo…-** de pronto, el guardiamarina dejó escapar un grito desgarrado de agonía, echando la cabeza de lado a lado, gimió, sus ojos se volvieron blancos, sangro por la nariz y por las orejas. Verity corrió hacia él cuando el hombre se estrelló contra el bastidor.

Después de un momento, ella negó con la cabeza. -**Muerto, una ruptura dentro de su cerebro, creo**.

-**¿El psíquico le hizo eso?**- preguntó el guardián disgustado.

-**Imposible-** Miriya negó con la cabeza. -**El poder de Vaun es todo fuerza bruta y violencia, carece de sutileza para lograr algo como esto**.

-**No hubiera sido capaz de controlar la mente de éste hombre desde el interior de la capucha psíquica**- añadió Cassandra. -**Y menos aún la mente de más de una docena de hombres**.

Verity miró al sargento. -**Los otros de la Mercutio que ayudaron a Vaun en su escape, ¿dice usted que claman por sus seres queridos?**

El guardia gruñó. -**Como niños perdidos**.

La Hospitalaria volvió su rostro hacia Miriya. -**Hermana Superiora, el preso no se escapó por su propia voluntad, alguien lo liberó, alguien que usa a hombres débiles como meros peones en un juego de regicida. Se debieron**

ver obligados a creer que una persona que amaban profundamente se encontraba bajo nuestra custodia.

El sargento soltó un bufido. -**¿Además de enfermera, eres también una inquisidora?-** chasqueó los dedos y los guardias a su lado retiraron el cadáver, al tiempo que agregaba. -**Por favor, perdóname si no confió en la palabra de una docena de mentirosos traidores, quienes no saben por qué liberaron a un asesino de masas. Estos hombres son escoria, eso está claro como el anochecer, tal vez pensaron que podrían ganar algo de gratitud por parte de Vaun, no hay brujería alguna en ello, ¡perdone mi impertinencia!-** dijo las últimas palabras de una manera que demostraba claramente que no lo sentía de verdad.

-**La explicación más simple suele ser la correcta-** admitió Cassandra y Verity miró al suelo, abatida.

-**Cuando uno se ocupa de brujos, nada es simple-** replicó la Hermana Superiora.



CAPITULO IV



La Canonesa hizo una pobre labor tratando de ocultar su consternación, cuando vio entrar a Miriya a sus aposentos frunció profundamente el ceño sobre el pictógrafo que sostenía en sus manos, la Hermana Superiora hizo una arrepentida reverencia.

-**Su Eminencia, me gustaría hablar con usted**- dijo Miriya.

Galatea no le ofreció asiento en la única silla vacía del cuarto, en lugar de ello, colocó el pictógrafo sobre su amplio escritorio de madera, y desenrolló las mangas de su túnica diaria, al tiempo que habló. -**Lo sabía Miriya... lo supe, en algún lugar en lo más profundo de mis huesos, desde el momento en que los astrópatas trajeron el mensaje de la Priora Lydia. Cuando vi tu nombre en el documento, sabía que ese día no ibas a traerme sino problemas**- dijo sentidamente al tiempo que soltaba una risa amarga. -**Al parecer me equivoqué, subestimando considerablemente la situación**- añadió.

Miriya frunció el ceño. -**Nosotras siempre hemos leído diferentes páginas del libro del Emperador, pero siempre me has entendido Hermana. Hemos luchado contra el enemigo y orado juntas desde tiempos inmemorables y sabes que yo no soy tan laxa como para permitir que esto sucediera**.

-**Pero lo permitiste**- insistió Galatea. -**Fuera o no culpa tuya, la fuga de Vaun ocurrió bajo tu custodia, por lo que has de soportar y asumir la responsabilidad que ello trae aparejada. Y como representante principal de nuestra Orden en éste planeta, por extensión, también lo haré yo. Has traído la desgracia y el deshonor al nombre de santa Catalina**.

-**¿No crees que soy consciente de ello?**- espetó Miriya enfadada. -**No crees que tomaría mi propia vida aquí y ahora, ¿si con ello pudiera deshacer lo sucedido? Perdí dos camaradas en manos de ese monstruo, una sepultada, la otra destruida**.

La Canonesa asintió. -**Y más morirán aún... Vaun responderá por sus crímenes, de eso tengo la absoluta certeza-** se volvió observando la vista a través de la ventana vidriada de la habitación. -**Me has dado un caos sangriento que limpiar Miriya**.

-**Déjame hacer algo al respecto**- la Celeste dio un paso adelante. -**Nadie en éste mundo quiere ver a Vaun pagar por sus crimines tanto como yo. Quiero su permiso para continuar con mi investigación sobre el fugitivo**.

-**Será encontrado. Neva está cerrando todas las vías de escape, Vaun nunca saldrá fuera del planeta con vida**- Galatea negó con la cabeza. -**Su arrogancia al regresar, será su perdición**.

-**Vaun no intentará escapar**- insistió Miriya. -**No, al menos hasta que consiga lo que ha venido a buscar**.

-**¿Ah, sí?**- la Canonesa le lanzó una mirada maliciosa. -**¿Súbitamente te has convertido en una experta acerca de éste hombre? ¿Tienes algún tipo de conocimiento de sus pensamientos, o dominio sobre sus deseos? Te ruego Hermana me informes sobre tu tardía percepción**.

Ella ignoró el velado sarcasmo. -**Es un bruto, un ladrón y un corsario nacido sólo para hacerse más rico o poderoso, ha venido a Neva buscando algo que quiere, algo que está aquí**.

-**Vaun llegó a Neva, sólo porque fue capturado, no por su propia voluntad**.

-**¿Fue así?**- replicó Miriya irónicamente. -**O tal vez se dejó atrapar, a sabiendas de que sería posteriormente liberado**.

Galatea volvió la vista hacia su pictógrafo, su atención disminuía a cada momento. -**¡Ah! Esa es la teoría elaborada por la Hospitalaria, ¿no es así? ¿Cuál es su nombre? ¿Verana?**

-**Verity, Hermana Verity**- la corrigió Miriya. -**De la Orden de la Serenidad**.

-**Una orden sin experiencia en asuntos marciales**- comentó Galatea secamente.

Miriya reprimió un gruñido, -**Ella puede no ser una Hermana de Batalla, pero tiene una mente aguda y un corazón fuerte. Sus habilidades podrían resultarnos útiles**.

-**¿Lo crees? ¿O simplemente te sientes obligada, por dejar perecer a su Hermana?**

Miriya apartó la mirada. -**Tal vez haya algo de verdad en ello, no lo voy negar. Pero aún así me atengo a lo que he dicho. Yo... yo confío en ella**- la admisión de tal hecho, la sorprendió tanto a sí misma como a la Canonesa.

Galatea negó nuevamente con la cabeza. -**Sea como fuera, la Hermana Verity no tiene lugar aquí, su permiso para permanecer en Neva se extiende únicamente por el tiempo que dure el servicio funerario de Lethe. La Orden de la Serenidad tiene sus propias labores que hacer, obras que realizar en las lunas exteriores con los enfermos y heridos. Tengo entendido que los trabajadores allí sufren al servicio del Imperio…**

-**Vuestro rango es superior al ostentado por la misión del palatino en las lunas**- señaló Miriya. -**Podría hacer uso de vuestra jerarquía y competencia, ordenando la permanencia de Verity si así lo desease**.

-**Si así lo desease…**- repitió Galatea. -**No estoy convencida de que su presencia aquí revista algún valor de relevancia. Y es suficiente ya con que una Hermana de Batalla Superiora, permita que sus emociones nublen su juicio sobre éste asunto. ¿Qué puedo esperar de una simple enfermera como Verity?, una mujer desacostumbrada a la violencia y a las pruebas a las que nos enfrentamos a diario**.

-**Lo mismo que esperaría de cualquiera de nosotras…**- contestó Miriya sombríamente. -**Que abracemos la pasión y la voluntad del Emperador**- se acercó todo lo que pudo y puso las manos planas sobre la mesa de la Canonesa. -**Dame esto Galatea, Y no te pediré nada más, sólo la oportunidad de**

enmendar lo hecho.

El peso y la intensidad detrás de las palabras de la Hermana Superiora generó una pausa en la conversación, durante la cual, ambas se estudiaron mutuamente por un largo momento, midiendo mutuamente la total resolución de sus voluntades. Por último, Galatea recogió una placa de datos, una electro pluma, y habló. -**A pesar de lo que puedas pensar de mí, Miriya, siempre te he considerado una guerrera ejemplar. Debido a ello, y sólo por ello, te concedo la libertad para proseguir con esto**- dijo al momento que tachó una línea de palabras en la placa vidriosa y escribía. -**Pero entiéndelo, no tienes ya margen de error. Si no traes a Vaun, será el final para ti, y arrastrarás contigo a la Hermana Hospitalaria**- la pizarra dio un suave y melódico timbre cuando el programa de mensajería llegó a su fin.

-**Gracias, Hermana Canonesa. Prometo que veras al brujo ardiendo por sus transgresiones**- dijo Miriya al tiempo que hacia una profunda y sentida reverencia.

Galatea esbozó una sonrisa torcida. -**No es a mí a quien tienes que convencer de ello, Hermana Superiora. El estimado Diácono, Lord LaHayn, ha posado su mirada sobre nuestro convento como un halcón, querrá tener conocimiento de los detalles concernientes a la búsqueda del psíquico**. (Lord, es literalmente señor, pero en el contexto de ejercer un alto cargo como podría ser un barón, conde o eminencia, ese tipo de señor, nt)

-**No comprendo**.

-**Lo entenderás, la 'Bendición de la Herida' comenzará a las ocho campanadas de hoy, y la tradición exige la presencia de nuestra Orden en la fiesta de celebración en la Catedral Lunar…**- Galatea hizo un gesto desdeñoso con la mano. -**Me acompañareis a la fiesta. Traje de gala con todos los honores Hermana. Informe a su escuadra**.



En las calles, los niños que eran demasiado jóvenes para comprender la

verdadera naturaleza de la penitencia de un adulto, corrieron junto a los vagones flagelatorios y lanzaron piedras sueltas a las gimientes y sucias personas dentro de los mismos. En un prolongado descenso, los penitentes fueron transportados desde las minas penitenciarias o campos de trabajo de las lunas, hacia Neva, con la promesa de una reducción en el tiempo de sus contratos o sentencias, llegado el caso de que sobreviviesen a los grandes juegos de los festejos. Los que ya se habían quebrado no resultarían de utilidad alguna, permanecerían en las lunas trabajando hasta su muerte. Sólo los hombres y mujeres que todavía tenían una chispa de vida o fuerza interior, podían sacrificarse a la máquina de la iglesia en ésta gran fiesta anual.

Los sacerdotes y clérigos en las capillas, sostenían que todo el mundo estaba lleno de remordimientos, para ser humano había que nacer con ello, pues se vivía desde un principio gracias al sufrimiento del Emperador, el trabajo duro y la piedad eran un buen ungüento. Únicamente los criminales, los herejes, los disidentes y los esclavos, no tenían voz en la iglesia y por lo tanto eran los mejores sacrificios para la celebración de la Bendición de la Herida. Persistentes rumores, decían que a ellos se les unirían inocentes que alzaban la voz sobre el grave estado de la iglesia, o sus laxas reglas, y sobre el régimen ineficaz del gobernador planetario. El festival fue siempre un buen momento para librar a la ciudad de los pensadores inconformistas de la sociedad.

En otros mundos imperiales, habría celebraciones de la cosecha, arderían ofrendas, celebrarían grandes conciertos o se bailaría en ayunas, millones de planetas y billones de personas celebraban la grandeza del Señor de la humanidad a su propia manera, aquí, en éste mundo de teólogos y dogmas rígidos, no había una línea divisoria entre la penitencia y la devota adoración ferviente.

Éste año, Noroc estaba lleno de vida, de charlas en las calles y en los púlpitos, incluso entre los jóvenes que se derramaban fuera de los seminarios y las scholas. El señor Diácono había prometido la muerte de un psíquico para coronar el inicio del festival de éste año, no uno falso como ya se había visto en celebraciones anteriores, sino un psíquico de verdad. Ahora que se sabía que eso no sucedería, el rumor corría por la ciudad como los ratones por las paredes.

La clase alta miraba a los plebeyos, fingiendo un supuesto conocimiento de lo que sucedería en su lugar, pero contrariamente a ello, se encontraban en la

misma ignorancia que el resto, salvo en lo que refería al conocimiento de que el Lord LaHayn y el gobernador Emmel, tendrían que confabularse para crear algo igual de espectacular para aplacar a la gente. En toda la metrópoli, los individuos se pusieron su ropa ritual o eligieron sus trajes, si tenían la suerte de haber recibido un documento de citación rojo sangre. Los vendedores comercializaban gran cantidad de iconos para las próximas festividades, vendiendo y reponiendo constantemente sus mercancías, juntando en sus puños grandes cantidades de documentos imperiales y certificados de diezmo de la iglesia.

Éste año, las nuevas camisas de algodón adornadas con el Aquila imperial hilada en oro, resultó ser el objeto imprescindible de moda, las fuerzas del orden, debieron incluso que intervenir en altercados ocurridos en las tiendas de ropa, a causa de la falta de stock. En otros sectores, se llevaban a cabo desfiles devocionales, donde jóvenes locales, portando alas artificiales, se habían pintado a sí mismas con soles amarillos, celebrando la trascendencia de santa Celestine. En otros distritos hubo alegres lapidaciones improvisadas para aquellos cuyos delitos menores habían quedado impunes por decisión de los jueces. El ambiente era una extraña y potente mezcla de optimismo y ferocidad, con el ansia de violencia a flor de piel. Uno podía observarlo en los ojos de los niños que corrían por todos lados, en los rostros de sus padres, reflejado en el fervor de miles de clérigos de la ciudad.

Los vehículos saltaron cables y bajaron por la suave pendiente de la ladera hacia la más grande de las basílicas de Noroc. En la distancia, el pináculo de la Catedral Lunar, parecía un cono alto con depresiones geométricas en sus flancos, de hecho, tales depresiones, habían sido cuidadosamente esculpidas, ensambladas y alineadas con las complejas trayectorias orbitales de las lunas de Neva, y durante la medianoche, a menudo era posible para los feligreses observar desde su interior, los distantes fogonazos de los hornos de fusión, en la superficie de las lejanas y ennegrecidas esferas.

Debajo de la iglesia, en sus profundidades, se encontraba el anillo oval del anfiteatro, desde el cual solía celebrar sus sermones el propio LaHayn. El poder de antiguos y grandes proyectores hololíticos funcionando al límite de sus capacidades, lo convertían en un brillante y descomunal fantasma de más de diez pisos de altura, los ornamentados cuernos de bronce de mil bocinas lanzaban su voz por toda la ciudad. Por ahora, las arenas del anfiteatro mantenían una quietud sepulcral, pero todo eso pronto cambiaría, a medida que las elaboradas

formas de amplios y complejos escenarios se unían entre sí, sombras extrañas crepitaban bajo los amarillos reflectores que colgaban de globos de gas. Una vez que los vehículos vomitaran sus cargas de actores conscriptos, una vez que las armas estuviesen cargadas y los trajes de malla tejida puestos, las grandes actuaciones del día comenzarían en serio.



Lo primero que pudo observar Verity de la gran cámara de la Catedral Lunar, sobre el hombro de la poderosa armadura de la Hermana Miriya, fue la alta bóveda del techo de piedra blanca, elevándose sobre ella. Las piedras moteadas de mica, brillaban peculiarmente, de manera tal, que las luces parecían danzar y jugar en las alturas, generando al fin una sensación introspectiva del convento. La Hospitalaria nunca había visto tanto oro en un único lugar, estaba en todas las superficies, trabajado en líneas sobre los mosaicos en el piso, subiendo por las columnas en líneas de alta escritura gótica, o cerniéndose como gruesas líneas de un vasto tejido de red.

La gente lucia vestimentas tan adornadas como el interior de la catedral, pasó cerca de una mujer, cuya expresión de superioridad y desdén, tan arraigada en lo profundo de su ser, sólo podía concebirse a partir de la crianza, su vestimenta imitaba el corte de los trajes inquisitoriales, y entre los más atrevidos podía destacarse los que imitaban la vestimenta de santos viviente, podía observarse que se abanicaban a sí mismos con tesón, semicírculos de un fino jade que, llegado el momento, podían utilizar como un arma blanca de combate.

Verity dudaba de que cualquiera de esas nobles y perfumadas damas pudiera hacer alguna vez algo útil, pues había tropas de elaborados servidores cerniéndose sobre cada una de ellas, algunos pelando y deshuesando uvas, algunos degustando vinos para sus amas. Otros de los servidores, seguramente, estarían armados con todo tipo de discretas pero mortales armas de fuego. Ella observó a las máquinas esclavas ir y venir, observó la forma en que las mujeres dirigían a los siervos en éste submundo, sin siquiera mirarlos o hablarles, ignorando totalmente su existencia, a pesar de depender totalmente de ellos.

Una de las damas, habló en susurros bajo la cobertura de su abanico, provocando

una risa nerviosa en el grupo que la secundaba. Verity, supo clara e inmediatamente, que su presencia era el motivo de las risas y burlas que se sucedían a su alrededor.

La Hermana de Batalla llamada Cassandra, que se encontraba a su lado, advirtió las razones que entretenían al grupo, gesticuló como si olfatease, antes de girarse y mirar a los ojos de uno de los servidores, al tiempo que dijo sin dirigirse a nadie en particular. -**Tal vez podrían entablar un combate aceptable…**- luego agregó. -**Pero imagino que cualquier atacante podría huir de ellos antes de que los servidores pudieran ser llamados a las armas**.

-**¿Cómo es posible?**- preguntó la Hermana Portia.

-**Incluso un Marine Espacial encontraría esas fragancias irritantes**- respondió Cassandra en voz baja, pero que en realidad no sonó tan baja. -**Sospecho que se usó una máquina de fumigación para perfumarlos**.

Verity no pudo evitar echar una mirada retrospectiva a la mujeres de la nobleza, observando como un intenso rubor de color rosa coloreaba sus rostros.

Siguieron caminando, el murmullo agitado del festejo ascendía y decrecía, a medida que comerciantes y teólogos se dejaban llevar por las pequeñas charlas que mantenían. La Hospitalaria se encontraba junto a Miriya y su unidad, quienes a su vez, se mantenían cerca de la Canonesa Galatea y su ayudante, la Hermana Reiko.

Verity vio docenas de sacerdotes en apretadas y numerosas filas, en cantidades tales que resultaba imposibles de estimar, todos vestidos con ropajes de rojo y blanco, algunos pocos vestían oro y negro, los hombres de rojo se congregaban a su alrededor, como cachorros alrededor del líder de la manada. Verity se inclinó respetuosamente cada vez que uno de ellos cruzó la órbita del contingente del Adeptas Sororitas, pero sospechaba que su presencia no era siquiera notada. Se permitió inspeccionar los sectores circundantes a la reunión, si bien pasaron por debajo de un gran globo de plata sostenido por suspensores, pudo advertir la presencia de algunas Hermanas de otras órdenes, representantes de las Ordenes Famulatas y Dialogantes. Compartió miradas con esas mujeres, inclinaciones de cabezas y por lo menos una docena de sutiles señales.

La mezcla entre piadosos y laicos era más o menos nivelada. La flor y nata de la clase magna de Neva, pavoneándose con sus copiosas túnicas, demostrando tal arrogancia, incomodó a Verity, ya que éste era después de todo, un lugar de culto al Emperador y no un salón de baile para comerciantes petimetres. Los hombres, al menos casi todos eran masculinos, mostraban con orgullo medallones con sellos de las casas nobles a las que pertenecían, tabardos y túnicas. La Hospitalaria rememoró la última vez que había visto muchos de esos símbolos, marcados a fuego en la carne de los trabajadores contratados, o tallados en las humeantes fábricas como haría un niño indisciplinado embadurnando su nombre en una pared.

La procesión se detuvo con tanta brusquedad, que Verity se sacudió de sus pensamientos casi tropezando con la Hermana Isabel, que caminaba por delante. Se recuperó instantáneamente, frunciendo el ceño por su falta de concentración.

Le tomó un sólo instante a Verity reconocer al hombre que se paró frente a Galatea, con un saludo rígido en su postura. Ella ya había visto su rostro patricio, en las carteleras exteriores del puerto y en algunas de las lunas, en los poster dibujados con groseros grafitis.

-**Gobernador Emmel, ¿cómo está usted?**- preguntó la Canonesa.

El gobernador, presentó una teatral expresión de tristeza. -**Tan bien como se puede esperar, mi querida señora. Se me ha explicado que la principal atracción, la estrella de mi festival no aparecerá**- Verity podía asegurar por su tono de voz, que el gobernador Emmel estaba más angustiado por la perspectiva de lanzar un pobre festival, que de capturar a Torris Vaun.

-**El Adepta Sororitas se asegurará, de que su sufrimiento sea de corta duración**- respondió Galatea suavemente. -**El asunto está en nuestras manos**.

Pareció resultar suficiente para satisfacer el regente planetario, pues su mirada comenzó a vagar entre las mujeres perfumadas congregadas, en torno a la fuente de vino. -**Ah, bien, sé que puedo depositar mi confianza en las Hijas del Emperador...**

Desde el borde de su visión, se acercó un grupo de aristócratas, animados por el buen beber y el tabaco dulce. -**Con todo respeto, eso no parece ser una idea**

del todo buena- dijo uno de los recién llegados, que a simple vista parecía ser del mismo estrato social que el gobernador Emmel y, al igual que él, tenía la mirada propia de un perro de caza, era delgado, enjuto, y parecía sediento de poder. La parte analítica de la mente de Verity, dio cuenta automáticamente del revelador color amarillento en los bordes de sus párpados, detalle común entre aquellos que fumaban kyxa, una planta cultivada en los mundos del Ultima Segmentum, ésta producía un narcótico levemente afrodisíaco y demasiado costoso para la gente común.

El gobernador Emmel hizo una leve reverencia. -**Mi honrado Barón Sherring, su consejo es siempre bienvenido en todo momento, ¿hay alguna cuestión que desea traer a mi consideración?**

Sherring miró a Galatea y a las Hermanas allí reunidas, entonces hablo. -**Yo no sería tan osado como para poner en duda la dedicación de éstas finas mujeres, pero las voces se alzan en las salas, gobernador. Mis compañeros barones se preguntan si nuestros guardias personales no deberían asumir la responsabilidad en la búsqueda del tal Vaun**.

Miriya habló por primera vez desde que habían entrado en la sala, disculpándose inicialmente. -**Con perdón del barón, pero pasa usted por alto una cuestión de cierta importancia**.

-**¿Lo hace?**- entonó Emmel, tomando una copa de un querubín que pasaba. -**Díganos**.

-**Torris Vaun deambuló libremente por éste planeta, durante un período de dos años solares completos, antes de aventurarse fuera del planeta para continuar su carrera criminal. Durante dicho lapso, los soldados de las casas nobles fracasaron totalmente en la captura del psíquico-** expresó al tiempo que observaba a Sherring. -**Pero perdóneme, ya que no tengo conocimiento de los cambios radicales, en la doctrina de combate que deben de haber inculcado a sus guardias desde entonces**.

Sherring encubrió su molestia con el humo de su tabaco y Emmel tocó sus labios pensativamente. -**No recuerdo ningún cambio**- dijo en voz alta. -**¿Tal vez los hubo y no se me informó?**

El barón Sherring se inclinó. -**Tal como dije, era sólo una sugerencia, nada más, es evidente que las Hermanas de Batalla tienen todo bien encauzado en sus manos-** dijo al tiempo que se retiró despidiéndose con una falsa sonrisa.

Emmel advirtió la mirada de Verity quien le observaba y le lanzó un guiño algo ebrio. -**Bien dicho, es un buen hombre, pero un poco ambicioso-** a continuación miró a Miriya y le habló. -**Hermana, su franqueza es refrescante, una buena característica en un guerrero**- el gobernador se acercó a Miriya, y justo en ese momento su máscara de afable cordialidad desapareció. -**Pero voy a estar muy decepcionado si esa es la única flecha en su carcaj**- entonces la afable sonrisa reapareció y se dirigió lejos en busca de nuevas copas antes de que desapareciesen.

En su lugar apareció un oficial de la guarnición planetaria, barbudo y de frondosas cejas, el hombre llevaba el uniforme local de color verde hierba y negro, salpicado con todo tipo de pulidas condecoraciones. En su cintura portaba una pistola láser ceremonial hecha de vidrio y una cimitarra. -**El señor Diácono solicita su atención**- su voz sonó plana.

-**Yo estaría encantada de hacerlo, coronel Braun**- empezó a decir Galatea, pero el oficial negó lentamente con la cabeza.

-**Lord LaHayn desea la atención de la Hermana Miriya**- Braun miró a Verity. -**Y de la Hospitalaria también**.

La Canonesa disimuló su molestia. -**Por supuesto**- asintió con la cabeza, pero el coronel ya no le prestaba atención ya se había puesto de camino.

Verity notó como se le secaba la garganta cuando se puso en camino junto a Miriya, le tomó un instante recuperar el habla. -**¿Qué le digo?**

La expresión de Miriya permaneció rígida, el rechazo hacia la gente que asistía a la reunión, le resultaba más fuerte que los perfumes que usaban. -**Lo que él quiera oír**.



El piso superior de la Devota Piedad, se extendía hacia fuera como un labio sobresaliente, ubicado sobre el sector más ancho de la torre de la catedral, bien alto y sobre las masas rebosantes de abajo. Mientras que el pálido ruido generado por la música refinada se mantenía dentro de la capilla, allí afuera, en la terraza con forma de medialuna, la noche parecía flotar sobre olas de aplausos e himnos. Había filas de iluminadores por todas partes, pero ninguno de ellos funcionaba de momento, la única luz provenía de abajo, de los proyectores y de las numerosas e incontables electrovelas en manos de la audiencia que llenaba el anfiteatro. Braun las guió entre las ocupadas líneas de servidores que aún andaban trasteando con las lentes hololíticas, y las redes del cableado de bocinas. En el extremo elevado de la terraza, el gran Lord Diácono de Neva, Viktor LaHayn, se sentó encima de una muralla de piedra viendo la multitud debajo, y al parecer, poco afectado por la vertiginosa vista.

Tuvo que levantar un poco el tono de su voz para que le oyeran. -**Ellos no nos pueden ver aquí arriba**- comenzó el Lord sacerdote. -**Estamos en las sombras, y si alguno de ellos mirase hacia aquí arriba, podría perderse las palabras y ello sería imperdonable**.

Miriya miró hacia abajo, hacia una inmensa pasarela, hecha con pequeñas placas torneadas, desde la cual resonaban palabras en gótico antiguo y la letra de los himnos rodaba sobre las placas para que el público pudiera verlas. -**Sin duda ya deben conocer las palabras de memoria, mi Lord.**

LaHayn lanzó una mirada divertida al decano que se encontraba a su lado. -**Habla como una verdadera Sororita, ¿eh Venik?**

El otro hombre asintió con la cabeza, luego hizo un gesto a Braun. Sin emitir palabra, el coronel hizo una leve reverencia y se retiró hacia la compañía de una docena de hombres de armas posicionados en la puerta de la capilla. Quedó claro para Miriya, que el Diácono aguardaba hasta que los soldados se alejaran y no pudieran oírle.

-**Todos aquellos que no pueden leer, aprenden a memorizar**- dijo LaHayn. -**De ésta manera, la palabra del Dios-Emperador nunca se pierde para nosotros, permanece inalterable, inviolable y eterna**.

-**Ave Imperator**- el ritual saludo, escapó de su boca inconscientemente.

-**¿No es así?**- dijo el Lord sacerdote y sonrió de nuevo. -**Hermanas Miriya y Verity, espero que no vayan a pensar mal de mí por mi exhibición en el convento, entiendan que el celo que el Emperador me infunde, es a veces más de lo que un anciano puede soportar. El asunto del criminal Vaun, me ha encolerizado**.

-**Su luz nos toca a todos, a Su manera**- dijo Verity, manteniendo la mirada baja.

-**Y ustedes comparten mi pasión por ésta misión, ¿no?-** la voz de LaHayn sonó casual, pero cargada como un multiláser para la Hermana Superiora.

-**¿Cómo no hacerlo?-** respondió Miriya. -**Se llevó la vida de una de mis camaradas de mayor confianza, una Hermana condecorada que dedicó su existencia entera a nuestra iglesia y sólo por ello, él, morirá un centenar de muertes**- mantuvo la voz firme, con esfuerzo. -**La violación de la mente de la Hermana Iona, lo oscurece aún más, si estuviera en mi poder, se lo ofrecería para que pudiera ser ella, quien golpease su cabeza desde su cuello**.

Dean Venik levantó una ceja, pero la expresión de LaHayn no se alteró. -**Me complace oírle decir esas palabras, he orado por el alma de Iona hoy en mi misa privada, espero que por la gracia de la condición Repentia, pueda encontrar el consuelo que busca**.

Un nervio saltaba en la mandíbula de Miriya, ya que Iona, tal vez, nunca hubiera tomado el terrible exilio de las arrepentidas, de no haber sido por las demandas de LaHayn respecto a la contrición, y ese simple y determinante hecho, parecía ser omitido por el Lord sacerdote.

-**Honorables Hermanas, requiero que mantengan al decano al tanto de los adelantos de sus investigaciones en todo momento, estoy seguro de que entenderán que tanto el gobernador Emmel, como el congreso planetario, tienen sus reservas respeto a su constante intervención, a pesar de lo cual, me he asegurado de que puedan progresar sin censura indebida**.

-**He recibido instrucciones superiores, por lo que podrán hacer uso de mis instalaciones durante el tiempo que dure la caza del criminal**- añadió Venik. -**Pueden solicitarme directamente la intervención en cualquier cuestión que quede fuera de su ámbito de competencia**.

-**Es usted muy generoso-** añadió Verity.

-**Dígame**- dijo el Lord sacerdote en un tono confidencial. -**Tengo entendido que llevó a cabo un interrogatorio en el reformatorio. ¿Qué descubrieron?**

-**No tengo conclusiones que ofrecer por el momento, mi Lord**- Miriya habló rápidamente, anticipándose a lo que Verity probablemente pudiera decir. -**Pero temo que la orquestación de la fuga de Vaun no fue mero oportunismo, fue algo planeado**.

-**¿De veras? Debemos considerar esto con cuidado-** algo más abajo, en la arena, hizo que la multitud gritase con asombro, llamando la atención de LaHayn por un momento, acto seguido observó a Miriya y le sostuvo la mirada. -**Vaun no será una presa fácil, Hermana, es una persona difícil, mortal y brillante en su maldad**.

-**Es un matón**- señaló ella con una muestra de creciente irritación.

El sacerdote pareció no darse cuenta de ello. -**Sólo exteriormente querida, me he encontrado con él cara a cara, y puede ser encantador cuando quiere**.

-**Si usted ha estado lo suficientemente cerca para mirarlo a los ojos, ¿cómo es que no ha muerto?**- replicó. Venik respiró hondo y le lanzó una mirada de advertencia que Miriya ignoró. -**Me pregunto por qué una criatura como esa, no fue capturada en su juventud para la cosecha de las Naves Negras**.

-**Torris Vaun es astuto**- señaló LaHayn. -**La compasión y el amor son cualidades de las que su frio corazón carece, Hermana**.

Verity estudio su cara mientras hablaba. -**Habla como si le admirase, mi Lord**.

El sacerdote rió suavemente. -**Únicamente como podría admirarse el funcionamiento de un bólter o la virulencia de una enfermedad, créame, no encontrará en Neva, a nadie más interesado que yo en que Vaun conozca el fin, que para él he planeado**.

El decano hizo un ademan como para despedirlas, pero Miriya se mantuvo firme. -**Diácono, aún no ha respondido a mi pregunta**.

LaHayn de pie, se sacudió una mota de polvo de la rica tela carmesí y oro de sus vestiduras. -**A veces, la muerte por sí sola no es suficiente para satisfacer la ley del Emperador-** dijo lacónicamente, con palabras duras y fuertes. -**Como los poderes del Adeptus Astra Telepática, que me complace no poseer**- el alto sacerdote dio a las dos mujeres una larga y calculadora mirada. -**Deje que le pregunte algo. ¿Teme a la brujería?**

-**El psíquico es la puerta por la que cruza el caos, sólo a través de la esperanza, el sacramento y la negación, pueden aquellos tocados por la maldita visión, vivir y servir a Terra**- dijo Verity repitiendo las palabras de la Liturgia de la Retribución.

-**Bien dicho, pero ahora es usted Hermana quien no responde a mi pregunta**- dijo mirando a Miriya, al tiempo que agregó, -**Respóndame, Hermana. ¿Teme a la brujería?**

No dudó en responder. -**Por supuesto que sí. la Hermana Verity tiene razón en lo que dice, un psíquico podría destruir a la humanidad si no fuese estrictamente controlado, su relevancia es tal como la de un enemigo mutante, un hereje, un alienígena o un demonio, el miedo a ello nos hace más fuertes, ese temor alimenta nuestra lucha, y sin él, no tendríamos razones para luchar**.

-**Justamente**- asintió LaHayn, agregando -**Si mi mente albergaba alguna duda de que usted no fuera la indicada para acabar con esa peste, esa duda ha desaparecido**- se inclinó hacia ellas. -**Ahora, discúlpenme, pero la campana está próxima a tocar y tengo un sermón que brindar-** a continuación el sacerdote señaló a las multitudes con un movimiento de sus brazos.

Cuando Venik ya las despedía, Miriya se detuvo y se volvió hacia él. -**Disculpe, Diácono. Hay otra pregunta que me gustaría plantearle**.

-**Si es rápida contestaré**.

Se inclinó de nuevo. -**Si bien nos hemos centrado en la incidencia de la fuga de Vaun, hay un sólo factor que escapa a mi entender, el criminal tuvo la oportunidad de ir a donde quiso, a un centenar de mundos distintos, lejos de éste. ¿Por qué, en nombre del Emperador, ha elegido retornar a un planeta**

donde su rostro y maldad son tan conocidos? ¿Qué posible recompensa podría existir en Neva, como para arriesgarlo todo?- Miriya se dio cuenta de que Verity estaba observándolos a ambos muy de cerca.

El rostro de LaHayn permaneció inmutable. -**¿Quién puede entender la razón o la mente de un loco, Hermana? Confieso que no tengo una respuesta.**

Miriya se inclinó una vez más y Venik se retiró dejándolas en manos del coronel Braun, quien a su vez las condujo por un par de niveles de los miradores. Verity estaba en silencio, con el rostro pálido y su mirada volcada hacia pensamientos internos.

-**¿Qué piensas?**- le preguntó Miriya.

Verity se tomó su tiempo antes de responder. -**Yo... estoy confundida**- dijo la Hospitalaria, las palabras le resultaron difíciles de decir. -**Por un momento, pensé... la dilatación de sus ojos, el tono de su respuesta...**

Miriya se acercó más, de manera que sólo ellas podían oírse. -**Dilo**.

-**No**- Verity negó con la cabeza. -**Debo estar en un error**.

-**Dilo**- repitió la Hermana de Batalla. -**Dímelo, así sabré que no soy la única que tiene dudas.**

Verity la miró a los ojos. -**Cuando tu le preguntaste acerca de las razones de Vaun... el nos mintió**.

-**Así es-** asintió Miriya. -**Pero... ¿con que finalidad?**



Cuando las luces lo iluminaron, LaHayn sintió como si su ser estuviera proyectándose hacia arriba, hacia las estrellas, más allá de los confines de su figura de carne humana, para convertirse en algo más grande y más efímero, más relacionado con la supernova más brillante, era la luz del Dios-Emperador. Ello nunca dejaba de regocijarle.

Había un viejo dicho en Neva, decía que todos los hombres allí nacidos tenían la vocación. De hecho, a todo joven, se le obligaba a participar en seminarios por determinada cantidad de tiempo, para ver si eran adecuados para la casta masiva de los clérigos. Había sido bajo tan sencillas circunstancias, que Viktor LaHayn había entrado en la órbita de la Iglesia de Terra, y en esos claustros lúgubres, entre los adeptos de sombríos rostros, de sacerdotes encendidos por una oratoria eterna, es donde había encontrado realmente su primera vocación. El mero pensamiento de aquellos días trajo una sonrisa a su cara, eran tiempos menos complicados, cuando la palabra y la persecución era todo lo que ocupaba su mente, cuando lo único que necesitaba era una espada-sierra en su fuerte mano derecha y el Libro del Destino, en su mano izquierda.

La rugiente multitud llenó sus sentidos y él les dio la bienvenida, levantando las manos e imitando el antiguo signo del Aquila, el águila de dos cabezas divinas, ciegas, pero que sin embargo todo lo veían, con la visión del futuro y el conocimiento del pasado, desplegando las alas para proteger a la humanidad.

En momentos de introspección como éste, LaHayn se preguntó qué sucedería si pudiera volver al pasado y conocer a su yo más joven en aquellos días perdidos. ¿Qué le diría? ¿Podría resistirse a susurrar los secretos que más tarde se le revelarían? ¿Cómo podía hacerlo, si para ello debía negar la verdad a su juventud inexperta, violando las revelaciones que ardían en su alma?

LaHayn vio su imagen hololítica crecer a proporciones gigantescas y bebió el temor de su congregación. Si la primera llamada lo había llevado a un vasto y nuevo mundo al servicio del Emperador, entonces la segunda llamada lo había llevado directamente a los pies del Trono Dorado. Ninguno de los presentes en el anfiteatro podía verlo, pero sintieron las palabras que pronunció, el toque que puso en ellas, nacidas en su corazón, tal como él las sentía, la innegable justicia de sus palabras.

Las piezas finales fueron uniéndose. Lord Viktor LaHayn era la mano del Dios-Emperador, su voluntad se haría y nada podría evitarlo.



CAPITULO V



La Iglesia Imperial era un motor alimentado por la devoción, una máquina lubricada por la sangre de sus fieles a través de cientos de miles de estrellas, los templos y torres del espíritu del Dios-Emperador proyectaban largas sombras. En cada planeta la población era distintiva, pero eso no evitó que cada sociedad se llevara el culto del Señor de la humanidad y lo hiciera suyo. En los planetas salvajes como Miral, los nativos primitivos lo vieron como un gran animal al acecho en las profundidades estigias de sus bosques; en el mundo forja Telémaco se le venera como al gran herrero, el moldeador de todas las cosas; la gente de Limnus Epsilon cree que vivía en su sol, respirando su resplandor sobre ellos.

La iglesia había aprendido en los días de la Gran Cruzada que imponer su voluntad sobre los mundos mediante la erradicación de sus sistemas de creencias y empezar de cero era un proceso largo y molesto. En cambio, la Eclesiarquía trabajó por la coerción y el cambio, convirtiendo las religiones nativas a la Santa Faz de Terra y mostrarles la gran verdad del universo, que todos los dioses eran el Dios-Emperador del hombre, de una forma u otra.

En un mundo como Neva, donde el dogma y el credo se enroscan irreversiblemente a través de cada uno de los aspectos de su civilización, había guerras que se habían librado en algunas zonas sagradas por versos individuales o por los puntos más pequeños en la lectura de oraciones. Barones y señores de la ciudad, se habían puesto unos en contra de los otros, cuando las interpretaciones de credo hacían hervir a la gente en violenta discordia. En ese planeta, donde cada hombre, mujer y niño oraron a Terra en el miedo de sus almas inmortales, hubo fricciones y conflictos peligrosos sobre el significado y el motivo de la palabra de la iglesia.

Para poner fin a esa falta de armonía, Neva necesita un milagro, y por la gracia del Dios-Emperador, recibió uno. Las personas lo llamaron la Bendición de la Herida.



Lord LaHayn no hablaba, esperando un gesto de la multitud para comulgar con su silencio. Simplemente observaba y esperaba, con aspecto neutro y con las manos entrelazadas detrás de la espalda. El fantasma de la proyección hololítica brillaba intensamente debajo de él, se cernía sobre el escenario montado en la arena, colocado el proyector en la suciedad del anfiteatro. Permitió que su rostro se fijara suavemente en uno y otro, con los ojos de la imagen escaneada mirando con frescura y firmemente a la gente. Hacía ya mucho que LaHayn había dominado la capacidad para hacer frente a una multitud y que cada persona pensase que era sólo a él a quien estaba realmente hablando.

Cuando algo más tranquilos se acallaron, les hizo una leve reverencia. -**Hijos e hijas de Neva. Estamos bendecidos**- el Lord sacerdote sintió la mirada de miles sobre él, miles de respiraciones celebradas en estrechas gargantas. -**El camino hacia un mañana mejor se extiende ante nosotros, hacia un futuro dorado y eterno, pero nuestro viaje, juntos, debe atravesar un desierto de dificultades y conflictos**.

Inclinó la cabeza. -**Cada año nos reunimos aquí para pedir que se nos conceda la bendición. ¿Por qué? Porque somos la humanidad. Porque somos los hijos del Dios-Emperador, el hombre más supremo que jamás tomó aire. A través de sus siervos, le conocemos y sabemos sus palabras. Somos conscientes de lo que se espera de nosotros. Nuestros deberes, para ser fuertes, para no debilitarse, para purgar los xenos, al mutante, al brujo y al hereje de nuestras filas-** el sacerdote miró de nuevo. -**Sabemos que el precio de algunas cosas no se paga siempre con oro, ni con uranio, ni con diamantes. Muchas cosas sólo requieren una fe inquebrantable. Así como algunos precios deben pagarse con sangre**.



Cuando la flota de guerra de santa Celestine apareció en la órbita de Neva para anunciar el paso de la tormenta de disformidad que había aislado el sistema, las iglesias de todo el planeta se llenaron a reventar. Muchas vidas se perdieron en algunos lugares, cuando capillas llenas de fieles se derrumbaron por su propio peso. Según algunos registros de la época, la Santa en vida hizo un descenso planetario en Discus Rock (Piedra Disco, nt) a algunos kilómetros de Noroc, aunque las cintas logísticas de la nave insignia nunca corroboraron plenamente ese incidente, por lo que algunos historiadores en otros mundos parecen dudar de las palabras de los sacerdotes de Neva. Pero cierto o no, el paso de la Santa bajo el sol de Neva cambió el planeta para siempre. Los monjes que viven en el monasterio que se situó en el viejo Discus Rock ahora custodiaban ese punto. Rodeada de vallas de metal electrificadas, había una huella poco profunda en la piedra plana, supuestamente marca el lugar donde la bota de oro de Celestine tocó por primera vez la superficie de Neva. Sólo a los más rico y las castas nobles más favorecidas del planeta se les permitió arrodillarse allí y besar la marca. Algunos rituales incluían cortarse y ofrecer unas gotas de la propia sangre a la huella, sólo si uno era lo suficientemente de alta la cuna en su nacimiento y fervorosa devoción.

Santa Celestine, la Hieromartir de la Cruzada Palatina, sólo fue superada por el Emperador en el número de capillas dedicadas a su nombre en Neva. Su rostro adornaba monedas, iconos y obras devocionales, en cada una, el hombre que había llegado a ser conocido como ‘Ivar de la herida’ la asistía a sus pies.



El sacerdote reunió a la gente con los brazos abiertos. -**Me siento muy honrado por el magnífico ejemplo que da mi congregación al haberse establecido. Los obreros y artesanos, que entre vosotros laboran y no piden ninguna aclamación, pero aceptan el honor de seguir a nuestro noble gobernador Emmel. Los soldados y guerreros que se queman con el fuego, fríos y de determinación inquebrantable, sin inmutarse ante la amenaza de la herejía y lo antinatural. Los pastores y clérigos que tienen el alma de nuestro**

pueblo en sus manos, protegiéndolo de las mentiras de los traidores y desleales. Y aquí estamos buscando, sólo, la recompensa a tal servicio- hizo la señal del Aquila una vez más. -**Yo siempre los admiro-** después de un largo rato, volvió a hablar, pero ahora la calidez de su voz estaba sangrando, cambió a algo frío y duro. -**El mayor orgullo de Neva es el orden, sin embargo hay algunos entre nosotros que sólo buscan el caos y la destrucción. Así como un cirujano puede cortar una extremidad para extirpar un cáncer letal, debemos hacer lo mismo. Nuestra sociedad ofrece muchísimo a aquellos que siguen la ley, sin embargo, estos criminales quieren sólo la discordia y la anarquía. Ser piadoso también es ser fuerte y no ceder ante esos delincuentes. ¡Recordad! El robusto heredará el mañana, los débiles serán enterrados hoy. Tenemos que proteger a nuestros niños y nuestra nación de la malignidad de la rebelión. En el nombre de Ivar, deben saber el costo. ¡Deben saberlo!**



La historia de Ivar era famosa, conocida por cada Nevano, se enseñaba en las guarderías y se les recordaba una y otra vez durante toda su vida. Había libros de su vida, pesados, con ilustraciones llamativas y pocas palabras para los ingenuos de los jóvenes, o densos, con capas de interpretación para el pensador. Cada año la iglesia emitía por las redes públicas de vox una biografía, un video drama del hijo pródigo. Fueron celebradas sus obras en más de una canción y su perfil aristocrático adornada murales en todo el planeta.

Siendo sólo un soldado corriente guardando la ciudad de Noroc, Ivar había sido testigo de primera mano de la llegada de Celestine en aquellos días turbulentos, cuando la sombra de su nave calmó las guerras y desestimó la tormenta disforme, se sintió tan conmovido por ello que se reunió con una legión de guerreros y siguieron a la Santa en su Guerra de Fe. Lo llamó un pago a cambio del rescate de su mundo natal por Celestine, con lo que en los meses que siguieron, Ivar y sus hombres, se comprometieron a sí mismos como milicias al servicio del Adepta Sororitas. Los soldados de Ivar lucharon con la pasión de los verdaderos fanáticos, su número adelgazaba a ojos vista por el desgaste, hasta que al final sólo quedó vivo el mismo Ivar.

Definitivamente, en los campos de batalla del Cluster Kodiak, donde las fuerzas de Celestine habían encontrado un cónclave eldar, la Santa en vida se vio envuelta en un combate cuerpo a cuerpo con un señor de la guerra alienígena. Ivar, tratando de demostrar su devoción, intentó y no pudo estrangular al señor de la guerra con sus propias manos, en su lugar se encontró tomado como escudo humano por la criatura xenos. El alienígena frente a Celestine, creyó que la Santa nunca mataría voluntariamente a un miembro de su propia especie a sangre fría, pero Ivar fue declarado por la Santa un sacrificio necesario para destruir al comandante eldar. Celestine pilló así desprevenido al eldar, hundiendo la punta ardiente de su espada en el pecho de Ivar, lo atravesó, escindiendo el corazón del eldar así como su vida, pero cuando se retiró la espada, por algún milagro Ivar aún respiraba.



-El celo. La pureza. El deber. Los pilares de la iglesia son la plataforma en la cual estamos firmemente cimentados, inquebrantables e interminables. Miramos hacia el futuro, que sólo se puede lograr, como Ivar nos mostró. La historia no confía el cuidado de la libertad para los débiles o los tímidos mucho tiempo- LaHayn volvió a la cadencia suave y cuidadosa de sus palabras anteriores. **-Cada uno de vosotros comparte el orgullo más grande con todos ellos, que son los verdaderamente virtuosos. Nosotros, seremos implacables con aquellos que se oponen a nuestra visión, amos de esos a quienes derrotamos, inmutables ante la adversidad. Compadezco a todos aquellos que no han nacido bajo nuestros cielos, a los que nunca conocerán el toque de la justicia tal como la hacemos.**

La multitud rugió su aprobación, y LaHayn les dio una sonrisa paternal. **-El camino que hemos elegido no es fácil. La lucha es la madre de todas las cosas y la verdadera virtud reside en el derramamiento de sangre. Pero no nos cansaremos, no vamos a fallar, no, no fallaremos. En la sangre de nuestros hijos viene el precio que debemos pagar. Únicamente la sangre mueve las ruedas de la historia, y vamos a ser resueltos, no temeremos ningún sacrificio y superaremos todas las dificultades para ganar nuestro justo destino. La redención está a nuestro alcance. Las recompensas del Emperador llegan a sus hijos que muestran valor y fidelidad, ¡así como él**

rechaza a los que viven sin ella!- el anfiteatro explotó con el sonido, las aclamaciones resonando en las paredes y lo amaron por eso.



El corte de la espada en el pecho de Ivar nunca sanó. En honor a su gran coraje, santa Celestine lo liberó de su obligación con ella y le ordenó que volviera a Neva, para servir a la voluntad del Dios-Emperador con su pueblo. Desde ese día hasta el final de su vida, la santa herida de Ivar no cerró, y a pesar de la constante agonía que le trajo, la llevaba como una insignia de honor. Se dijo que los ungidos con una gota de sangre del corte de Ivar fueron bendecidos, y las vendas con las que se envolvió se veneran aun a día de hoy como reliquias sagradas. Ivar alcanzó el rango de señor Diácono y fundó la construcción de la gran Catedral Lunar. Su legado de sacrificio voluntario, la penitencia, el derramamiento de sangre y el dolor se convirtió en la base sobre la que se sitúa la secta de la Iglesia Imperial de Neva, con su orientación, la Bendición de la Herida tomó su lugar como el acto religioso más importante en el calendario del planeta.



Miriya y Verity se situaron en el borde de la galería en un estriado balcón, viendo el alboroto de la actividad en los bordes de la pista. La imagen hololítica de LaHayn hizo una reverencia y se desvaneció en la noche, con un gran clamor creciente por parte del público a su paso. A continuación, el sitio se llenó de gente con todo tipo de trajes chillones, que corrían saliendo de puertas ocultas, formaron en líneas de baile irregulares o paseándose de un lado a otro, bailando sin rumbo. Justo debajo del nivel de las galerías de observación, había pasadizos y pórticos de acero fino, pintado en tonos neutros para que no se destacaran al quedar bajo la luz de los proyectores. La Celeste y la Hospitalaria podían ver a la gente con monos grises trabajan febrilmente en cables y poleas, las piezas fabricadas de los conjuntos de madera que quedaban debajo se desplazaban y se movían al ritmo, con el murmullo del edificio que recogía los cantos corales.

Verity parpadeó ante las figuras en el anfiteatro. -**Esos son... Son sólo niños**.

Miriya siguió su mirada hacia un grupo de jóvenes y frunció el ceño. Iban vestidos con malas imitaciones de servoarmaduras de las Adepta Sororitas, muy parecidas pero hechas de simple tela y cartón en lugar de ceramita y Flexiacero. Uno de los adolescentes tropezó, aferrándose rápidamente la cabeza para mantener una peluca como de paja, pareciendo el pelo lacio que imitaba el corte tradicional de las Hermanas de Batalla.

-Yo... yo vi esos jóvenes en la calle, cuando viajaba al convento. ¿Es una especie de juego?

Miriya asintió. -**Los Juegos de la Penitencia, como se les conoce. Una reconstrucción de los grandes acontecimientos de la Guerra de la Fe de santa Celestine. Nunca los he visto yo misma...**

Mira allí, señaló Verity. -**¿Ves a esos en el escenario? ¿Qué se supone que son?**

-**Eldars**- observó Miriya, reconociendo los cabos rudimentarios y plumas que adornaban la falsa armadura de los actores. -**Están representando la batalla por el Kodiak Prime, o algo parecido**- no pudo evitar una mueca de su rostro. Toda la actuación era una caricatura, un espectáculo ridículo, podría haber sido cómico si no lo hubiera encontrado tan ofensivo. Miriya se había enfrentado a los xenos en batalla, y los eldar con los que había luchado eran aterradores, asesinos mortales llenos de una gracia poderosa y una velocidad imparable, estos pobres imitadores en el anfiteatro eran torpes, bufones en comparación, una parodia exagerada y simplista de la realidad.

Sin embargo, la multitud no compartía su baja opinión. Los lugareños estaban cantando y gritando, haciendo girar banderas de celebración sobre sus cabezas o lanzaban pequeños fuegos artificiales muy vistosos. A través de los megáfonos en el estadio sonaron los primeros compases del Palatino de Marzo, y los dos bandos en la batalla de imitación corrieron el uno al otro, aullando gritos de guerra incoherentes.

-**Esto es una burla-** gruñó Miriya.

-**Es inquietante…**- admitió Verity, -**Pero no se aprecia en los Nevanos. Es su manera de honrar a la Santa**.

La réplica de la Hermana de Batalla fue silenciada por el estruendo de unos disparos que se levantó desde el anfiteatro. Las manos enguantadas de Miriya se tensaron de forma automática en el sonido de un centenar de stubbers balísticos que se apagaron en una sucesión irregular. Todos los participantes en la escaramuza se estaban disparando unos a otros, pero donde se hubiera esperado que se golpearan unos a otros con balas de pintura y otros aderezos, sonó el crujido plano de las balas.

-**Están usando armas reales…**- a medida que la Hermana Superiora observaba, una de las inexpertas jóvenes vestida como Sororitas descargó una salva de disparos en un niño con zancos rechonchos, los pesados proyectiles rasgaron a través de madera y tela las imitaciones de la armadura eldar. La sangre ya estaba empapando las arenas allí donde los actores caían.

-**Santa Terra**- jadeó Verity, se llevó la mano a la boca en estado de shock.

Muy cerca, uno de los palcos ocupado por ricos mercaderes en la catedral aplaudieron y uno soltó una carcajada. -**¡Qué magnífico esfuerzo el de éste año! Ésta Bendición será una de las más recordadas**.

Miriya se volvió hacia él. -**Están matándose unos a otros**.

La expresión del hombre corpulento se hizo añicos bajo la mirada plomiza de la Hermana de Batalla. -**Pero... Pero por supuesto que lo están. Así es como se hace... Se obligó a sonreír. Ah, por supuesto. Perdonadme. Ambas deben ser de fuera, de otros mundos, ¿no? ¿Las dos son nuevas en Neva y el festival?**

-**¿Qué clase de bendición exige que se fuerce a su gente a matarse unos a otros?**- desafió Miriya.

-**¿F-fuerce?**- dijo el comerciante. -**Nadie está obligado, es un honor-** buscó en los pliegues de su túnica y recuperó un pliegue de documentos largos de un bolsillo oculto. -**Los participantes en la reconstrucción están más que dispuestos... Bueno, excepto por unos pocos indomables del reformatorio y algunos internos del asilo**- uno de los documentos era de un rojo oscuro, bien abiertos le acercó el paquete de papeles a ella. -**Todo ciudadano que recibió uno de estos expedientes en la lotería oficial sabe que están obligados a participar en la genial recreación. ¡Todos estamos más que dispuestos a**

hacer nuestra parte en la penitencia!

Miriya le arrebató el papel rojo. -**Entonces, dígame, señor, ¿por qué estás aquí y no allá?**- señaló con el pulgar en el cuerpo a cuerpo por debajo de ellos.

Al comerciante se le coloreó la cara. -**Yo... yo hubiera estado feliz de presentar a la iglesia, ¡pero di una donación sustitutiva perdiendo así mi lugar!**

-**¿Compró su salida con monedas? ¡Qué suerte para usted que sus arcas estuvieran suficientemente abastecidas!**- se burló. -**¡Si tan sólo otros fueran ser tan afortunados!**

-**Mire aquí**- replicó el noble, tratando de mantener un nivel de superioridad. -**Aquellos que soporten la Bendición son elogiados y recompensados. Nuestros mejores médicos les asisten si hay secuelas, y aquellos cuya fortaleza es menor, ¡son enterrados con todos los honores!**

Apenas capaz de contener su ira, Miriya se dio la vuelta, dejó caer su mano inconsciente a la empuñadura de su pistola de plasma enfundada. El sonido y la furia de la confrontación la galvanizó e hizo chirriar los dientes, lo que provocó que despertaran los viejos instintos de batalla que estaban muy arraigados.

-**Celestine, Celestine**- el grito provenía de uno de la comitiva de los comerciantes, el nombre fue recogido y repetido por la multitud.

A partir de una trampilla oculta en las paredes de la catedral, una figura alada en oro emergió para volar sobre el anfiteatro, planeando como un ave de presa.



Verity observaba a la chica vestida como la Santa en vida como planeaba sobre la arena manchada de sangre, un conjunto de poleas en la parte baja de la espalda conectados por cables vidriosos a un equipo en las pasarelas suspendidas. Los trabajadores con trajes grises tiraron de palancas, estos a su vez de husillos y poleas que al ponerse a trabajar la trataban como si fuera una marioneta. A su vez, sus alas de plumas de papel revolotearon y rompieron a través del aire, un halo de latón pesado destacaba sobre su cabeza, adornado con biolumenes

amarillentos, había también una réplica de gran tamaño de la bendita arma del Celestine, la Espada Ardiente, fijada a un lado, por los amarres.

Un dispensador escondido debajo de su cintura escupió un torrente de hojas de papel, cada una impresa con un mensaje devocional y un vale para el diezmo. La gente en la multitud forcejeó y las arrebataban del mismo aire tratando de ganarle la partida a los vientos nocturnos.

La pseudo-Santa bajó su espada, cortó la cabeza y el torso de una docena de hombres con traje de eldar. La hoja era sólo para mostrar, bastante roma, demasiado poco contundente para cortar una rama, los golpeados estaban conmocionados o tambaleándose lejos con huesos rotos.

Verity lo vio y sintió náuseas. No era que ella fuera débil o no, ni que le afectara la vista de la sangre derramada, pero el teatro malicioso donde éste espectáculo se desarrollaba la hacía sentirse incómoda. Sobre las lunas donde servía en las salas de los hospicios, en los centros de cuidados paliativos, ha habido historias de las cosas hechas en nombre del Emperador en Neva, pero no siempre eran historias sobre el mundo exterior, y la Hermana Verity nunca fue de las que daban demasiado crédito a los rumores e insinuaciones. Ahora deseó haber prestado mayor atención. La indiferencia insensible que se demostraba ante la vida humana en juego aquí, sacudió la esencia misma de la promesa de Verity a la Orden de la Serenidad y la obra de su vida como Hermana Hospitalaria. El juramento que había hecho el día en que ingresó en la Hermandad volvió a ella. "En primer lugar, no hacer daño a los súbditos del Emperador. Tomaré el dolor de quienes lo sufren y lo infringiré sólo a aquellos que están en contra de Su luz."

-**Éste es un universo severo**- oyó el comentario un comerciante a uno de sus acompañantes. -**No es por casualidad que nuestra iglesia y nuestro festival reflejan la verdad de eso. Después de todo, si la sangre no se derrama en el día de hoy, ¿de qué otra manera podríamos esperar mostrar al Emperador nuestra devoción?**

Una ráfaga de movimiento atrajo su atención. En el pórtico de unos pocos metros más abajo, los hombres de gris fueron presa del pánico. Años de edad, con exceso de trabajo, los tirantes de la pasarela al final se rompieron con un golpe de percusión y los cables partidos fustigaban indiscriminadamente, uno

rozó a un hombre en el pecho y lanzó a otro a través de la borda de la pasarela hasta su muerte. La muchacha que representaba a Celestine fue repentinamente apartada de su patrón de vuelo y se tambaleó hacia arriba como un pez enganchado. La espada colgaba de sus dedos, y con horror, Verity vio que los cables de vidrio la enlazaban alrededor de su cabeza y cuello. Si la multitud en las gradas entendía o incluso le importaba lo que había pasado, la Hospitalaria no tenía ni idea, pero vio claro como el agua la cara de terror abyecto en la niña cuando empezó a ahogarse.

La Hermana Verity reacciono sin mediar ningún pensamiento consciente, saltando sobre el borde de la terraza. Botas raspado la piedra, se deslizaron por la cara de la catedral aterrizando en la pasarela. Corría como un cometa hacia la chica atrapada antes de que fuera consciente siquiera que Miriya la llamaba.



El comerciante y su troupe de dandis perfumados escaparon de la realidad estallando en risas cuando la Hospitalaria saltó, se llevaron gran parte del autocontrol de Miriya, poco le faltó para no tirar a uno de ellos tras ella. Sin embargo les disparó una mirada dura como el acero, siguió a la mujer hasta el pórtico, gritando su nombre, pero Verity no pareció oírla, concentrada como estaba con la chica sin suerte, atrapada en los cables por debajo de la pasarela.

Los trabajadores que no habían sido afectados o muertos por los cables rotos eran de poca utilidad, y los aparto a un lado. La pasarela chilló y se quejó por debajo de ella a cada pisada, motas de polvo goteando sobre las antiguas articulaciones. El mecanismo de la polea rota gimió como un animal moribundo, y la mano de Miriya salió disparado para agarrarse a un soporte cuando la cubierta comenzó a inclinarse. El marco estaba lleno de moho y de descomposición.

-**¡Verity! No estamos seguras aquí**.

La Hospitalaria ya estaba aupando a la niña. Viéndola con el rostro ceniciento mientras trabajaba para quitarle el cableado que enlazaba el cuello magullado de la joven. -**Creo que todavía puede vivir...**

En respuesta, la pasarela dejó escapar bruscamente un grito de acero quebrado y se partió bruscamente. De repente, la chica disfrazada cayó lejos de las garras de Verity, Miriya dio un rápido salto hacia adelante para coger a la Hermana Hospitalaria antes de que cayera. Sus manos casi se encontraron, la Hermana de Batalla acabó agarrando la capa del traje y justo en ese momento el pórtico se desintegró.

Los elementos contaban con siglos de antigüedad y se mantuvieron así como fueron hechos. Los artesanos y técnicos no fueron los más favorecidos de las castas en Neva e incluso en el anfiteatro de la Catedral Lunar, nunca tuvieron manos lo suficientemente hábiles para dar servicio a toda la maquinaria de la iglesia. Acero y cuerpos cayeron por el aire y se estrellaron entre la madera y la fibra de las falsas cúpulas eldar, directamente en el centro de la arena.



Los nudillos de Galatea se pusieron blancos cuando se aferró a la barandilla de piedra. -**En el nombre de Katherine, ¿qué están haciendo?**

A su lado, la Hermana Reiko miró a través de un pequeño monocular. -**¿Un accidente, tal vez, Canonesa? No creo que esto fue intencionado**.

-**Ahora, es un desarrollo interesante el de éste año, ¿no creen?**- las palabras del Gobernador Emmel cortaron el discurso de Reiko mientras se acercaba, su séquito detrás de él y el Lord Diácono a su lado. -**Mi querida Canonesa, si su Hermana de Batalla deseaba participar en los juegos, sólo tenía que haberlo pedido.**

-**Gobernador, me temo que se ha cometido un error**- Galatea habló rápidamente. -**Tal vez, ¿usted consideraría hacer una pausa en la representación?**

Emmel hizo una mueca. -**Ah, eso no sería prudente, las reglas del fête** (festejo, nt) **son muy claras al respecto. La reconstrucción debe ser hecha hasta su conclusión sin interrupciones. Habría mucha discordia, quejas y revueltas si intentara detenerlo.**

-Tal vez incluso un motín- aventuró Dean Venik.

El gobernador ahuecó una mano en la oreja para recibir mejor el sonido. -**Escuche, Canonesa. ¿Oye? la gente está encantada, emocionada. Deben pensar que esto es una actuación sorpresa en lugar del brujo que se les prometió**.

-Tal vez no es un error, después de todo- añadió LaHayn. **-El Dios-Emperador se mueve de maneras misteriosas**.

Emmel asintió y dio una palmada. **-Oh, sí, sí. ¡Puede que tengas razón!**- sus ojos brillaban con la idea. **-Me pregunto, una Hermana de Batalla real, ¿en el campo? ¡Esto no me lo puedo perder!**

-Con todo respeto, gobernador, la Hermana Miriya puede haber resultado lesionada y no estaba sola. La Hermana Verity es una Hospitalaria, no se utilizan para combatir- las palabras de Galatea eran intensas.

LaHayn lo desestimó con un gesto desdeñoso. **-Estoy seguro que el Emperador prolongará la protección que su vocación merece**.



Miriya se arrastró a sí misma fuera de las ruinas, apartando astillas de madera hizo una mueca de dolor, su brazo derecho estaba dislocado. Apretando los dientes, se agarró la muñeca derecha con la mano izquierda y tiró. Un chasquido repugnante y un momento de aguda agonía resonó a través del marco de la Hermana de Batalla. Se sacudió el dolor y tosió saliva con un regusto metálico.

Un gemido la llevó a mirar al lugar donde yacía Verity. La Hospitalaria resultó ilesa pero estaba aturdida, Miriya se puso tambaleante en pie.

-La... la niña…- empezó a decir Verity, pero se quedó en silencio cuando la otra mujer señaló con un dedo enguantado los restos. La adolescente vestida como Celestine se había separado mucho al caer de la Hospitalaria y descansaba en un montón desordenado. Ojos nublados, recientemente apagados, miraban hacia el

cielo nocturno. Verity se arrodilló y cerró los párpados de la niña muerta, susurrando un verso de los ritos funerarios por su cuerpo.

El rugido de la audiencia se estrelló alrededor de ellas, alto como una inmensa ola de mar en una costa agitada por la tormenta. Entre los disfrazados que luchaban en el simulacro de batalla, varios que imitaban a los eldar habían sido sorprendidos por la súbita cacofonía de metal que había caído desde el aire, se arremolinaron, aún inseguros de sí mismos. Cerca de ellas, Miriya pudo ver que las armas que llevaban eran realmente rifles y escopetas camuflados, para parecerse a los proyectores shuriken alienígenas aunque con proyectiles comunes. La Hermana de Batalla conocía la mirada en sus ojos muy bien. La había visto antes en los rostros de vasallos herejes y esclavos, soldados de caballería de cultistas fustigados con frenesí por los demagogos.

-**Quédate cerca de mí**- le susurró a Verity. -**Creo, que van a disparar contra nosotras**.

La Hospitalaria agitó la cabeza. -**Pero, ¿por qué?**

Miriya no le hizo caso y avanzó, dando un paso fuera de la pila de escombros, levantando despacio una mano, mostrando la palma de la misma en un claro gesto de amparo y con voz suave dijo. -**Nosotras no formamos parte de los juegos**- y añadió con voz alta, clara y firme. -**Haceros a un lado.**

Los hombres disfrazados estaban vestidos con la misma ropa deformada, por lo que no estaba claro si había rangos o jerarquías entre ellos. Les dispararon miradas nerviosas, primero a las mujeres y luego entre ellos. Miriya vio un camino que podría tomar, detrás de los restos del escenario, unas puertas en las murallas de arena que llevarían a un lugar seguro.

-**No corras**- susurró. -**Si corremos, atacarán**.

-**No son más que gente común**- insistió Verity.

Miriya hizo contacto visual con uno de los hombres disfrazados de alienígenas, al ver su mirada a través de las rendijas triangulares en su casco de plumas dijo. -**Eso no importa**.

Vio la idea formarse en su mente, antes de que el hombre fuera consciente de

ello, rompiendo su mano la cinta de la paz, envuelta alrededor de su pistolera. Una docena de armas camufladas viraron para apuntarlas a ellas, Miriya empujo a Verity fuera de la línea de fuego, la pistola rozó su cuero cuando tiró y la sacó, como un suspiro, al aire.

-**¡Muerte a los humanos!**- el reclamo estalló de la boca del falso eldar, la multitud rugió al verlos una vez más.

El entrenamiento automático, nacido durante décadas de duro servicio firme en nombre del Emperador se hizo cargo. El arma de Miriya ladró, el grito ensordecedor de los rayos de plasma, súper calentados, ahogó el ruido sordo de los perdigones de plomo. Se convirtió en una desbandada, cada disparo marcando un golpe crítico, mientras la pistola de energía segaba vida tras vida los hombres disfrazados gritaron y murieron. Papel y tela, en naranjas chillones y verdes, se tiñeron con el oscuro carmesí de la sangre arterial. Cascos hechos de madera blanda se escindieron y rompieron.

La Hermana de Batalla escuchó los perdigones chocando escandalosamente contra la armadura, tan ineficaz como el granizo contra la vaina de ceramita negro que la vestía. Contra toda probabilidad un perdigón perdido al rebotar trazó una línea de dolor punzante en la mejilla, lo ignoró, giró y disparó de nuevo hacia su origen en un único movimiento fluido.

Cuando el último de los asaltantes estuvo muerto o sangrado sobre el polvo, Miriya se permitió cerrar los ojos y rezó por que se hiciera el silencio, pero hasta eso se le negó, el aire sobre ella se llenó a rebosar con la adulación ensordecedora de la congregación.

Verity la agarró bruscamente del brazo y la giró hacia sí. La Hospitalaria estaba furiosa. -**¡No era necesario matarlos!**- gritó, con voz apenas audible por encima de la multitud. -**¿Por qué hiciste eso?**

Los otros en la representación se reunían con ellos, los restos patéticos en sus trajes andrajosos y sangrientos. Algunos camaradas heridos fueron arrastrados hacia ellos, otros cojeaban mostrando heridas que estaban mojadas y desiguales. Miriya se sacudió el agarre de Verity con un gruñido de rabia y giró la barbilla hacia los penitentes. -**Ayúdales**.

La Hospitalaria la dejó allí y se empezó a rasgar las ropas, desgarrándolas para hacer vendas. Miriya encuestó a los muertos esparcidos a su alrededor, la pregunta de Verity aún resonando en su mente. *¿Qué locura era ésta, que obliga a las personas a poner fin a sus vidas, todo en el nombre de un juego brutal? Había otras maneras de demostrar la devoción al Trono de oro que no requería un sacrificio tan desmedido. ¿Realmente tan poco se valoraba la vida en Neva?*

Los altavoces vox golpearon de nuevo con una nueva andanada de canciones, comenzando con una interpretación severa del gran himno de Castigations de Enoc. Miriya echó su mirada hacia arriba, buscando en el cielo oscuro alguna señal, alguna explicación. Sus pensamientos eran una rotación de la confusión, un estado que era inaceptable que una Hermana de Batalla. Su piel de gallina, se encontró con que todo lo que quería en ese momento era purificarse a sí misma con un aceite purgatorio y tomar la oración en la capilla del convento. *¿Qué maldita suerte me ha traído a ésta casa de locos?* Se preguntó a sí misma.

Un puñado de puntos brillantes cruzó la noche sobre el anfiteatro, se movían con un propósito y a gran velocidad hacia la imponente Catedral Lunar. Justo como lo había hecho momentos antes cuando su mirada se encontró con los hombres armados, el sentido de combate perfeccionado de Miriya emitió un sonoro aviso en su mente. -**Aeronaves…**- dijo en voz alta. -**En formación de ataque.**

Como si hubieran estado esperando que ella expresara sus pensamientos, las naves de pronto se separaron y formaron en parejas hacia diferentes puntos cardinales. El dúo más cercano cayó en picado y entró en el halo de la lámparas dirigibles que flotaban. Eran coleópteros, naves con un fuselaje en forma de anillo que encerraban un gran ventilador giratorio que los mantenía en el aire. Las formas inconfundibles de las vainas cuadradas con armas colgaban de cortas aletas.

Ningún grito de alarma habría advertido a la gente, la multitud veía las naves con incredulidad, tal vez creyendo que sería otra adición sorpresa para los Juegos de la Penitencia. En el siguiente segundo, el pánico y el terror se levantó como una ola, mientras multitud de bombas incendiarias eran escupidas por los coleópteros, cayendo en senderos naranja hacia el estadio. Dondequiera que aterrizaran, grandes bolas de humo negro y llamas amarillas florecían, inmolando a cientos. Una de las naves zigzagueó entre el caos sembrado, ametrallando a la gente presa del pánico, mientras que por encima de ellos la

otra nave solitaria se perdió de vista en el nivel de Mayor Piedad. Los asaltantes, seguramente estarían desembarcando hombres sobre los niveles superiores de la torre de la iglesia.

Láseres emergieron de las galerías de observación, buscando sin éxito las veloces naves desaparecidas. Miriya asumió que los disparos serian efectuados por los servidores armados que había visto al servicio de los nobles antes. Se juro a sí misma como muchas veces hacia en su niñez. *¿Cómo, en el nombre de Terra se había permitido que tal cosa sucediera? ¿Acaso eran las fuerzas de defensa planetaria estacionadas en Noroc tan laxas que cualquier terrorista podría poner fin al control del espacio aéreo de la ciudad sin ninguna oposición?*

Inesperadamente, un pensamiento más oscuro subió a la superficie de su mente. *¿Era alguna otra parte del dogma de la expiación y el sufrimiento, un ataque al azar arrojando a los inocentes como una especie de penitencia en Neva?* Negó la idea misma, que fuera parte del espectáculo, salvando las distancias corrió hacia el borde del escenario, donde las jaulas ascensor la llevarían de vuelta a las galerías de la catedral.

Verity salió tras ella. -**¿A dónde vas?**

-**A luchar contra un enemigo real**- replicó. -**¡Puedes unirte a mí, si crees que puedes soportarlo!**



CAPITULO VI



Los hombres que estaban de guardia en la ciudad de Noroc, informarían más tarde que los coleópteros terroristas habían llegado desde el suroeste, volando pegados al suelo a lo largo de los valles o deslizándose cerca de las camisas blancas que eran las olas. Demasiado cerca del suelo para la detección por sensores convencionales, sus cascos embadurnados con pintura negra y con las luces de posición apagadas, las aeronaves cataron el aire sobre Noroc, directas hacia su objetivo. En la agonía de la fiesta, donde los vinos sacramentales fluían libremente con los himnos, llegaron tapando el sonido de todo lo demás. No muchos ojos, aunque debieran haberlo hecho, se volvieron de sus devociones para mantener la vigilancia. En los días siguientes, las fuerzas del orden tendrán las manos llenas, tanto en materia de detención y castigo, así como para purgar sus propios funcionarios, obvios culpables de falta de atención.

Un buen porcentaje de los hombres que los pilotaban habían visitado previamente Noroc, algunos incluso habían nacido allí. Todos ellos fueron elegidos porque conocían suficientemente la ciudad como para navegar fácilmente por ella. Torris Vaun los había reunido a todos en la fría bodega, era una barcaza de transporte cruzando las aguas costeras, incitándolos y motivándolos antes de la misión. Algunos de estos hombres trajeron sus propios códigos junto con una moral alta para la lucha, con grandes palabras sobre golpear a los teócratas y adinerados en el nombre de las personas, pero la mayoría de ellos, como el propio Vaun, estaban en el juego por el fuego y el caos. Querían anarquía, por el deporte que entrañaba en sí misma, ya que de sobra sabían que prosperarían en ella.

Los cohetes y bombas lanzados desde los coleópteros fueron robados de los

regimientos de la Guardia Imperial, viejos depósitos de municiones en zonas de negación repletas de bunkers donde se esperaban rebeliones y levantamientos que nunca llegaron... hasta ahora. Las cabezas explosivas detonaron, se abrieron en bellas plumas brillantes que hicieron amaneceres en miniatura donde golpearon, donde la gente no murió por el humo y las llamas, se ahogaron mutuamente en el pánico.



El aire en el interior de la Catedral Lunar estaba caliente por el terror. Muchos de los nobles habían huido a los niveles inferiores para encontrarse con sus vehículos y chóferes. Sólo para encontrarlos destruidos por alguna explosión o la tormenta de fuego, se arremolinaron y todo se convirtió en un pánico frenético, algunos de ellos empezaron pequeñas escaramuzas cuando sus frustraciones se desbordaron. En los niveles más altos, en el espacio abovedado de la capilla adecuada, en las galerías que iban por encima de ella, señores y sacerdotes del escalafón superior salieron a reunirse en pequeños grupos aterrorizados con sus servidores armados rodeándolos, esperando con tristeza que culminara la invasión, fuera destrucción o salvación.

El piloto atacante que se acercó al nivel alto de la grada más grande, ejecutó un tocar y desembarcar de libro, las ruedas apenas besaron el granito y en diez segundos despegó de nuevo, empujando a fondo la palanca de los gases para alejarse, entró en una amplia y vaga órbita alrededor de la cónica torre. Dejando tras de sí a un pelotón de hombres harapientos, sin un sólo uniforme o apariencia similar. Lo único que unía a estos asesinos era una anticipación insensible depredadora, eso y la absoluta lealtad que mostraban a su líder.

Vaun dejó caer un par de maltratadas gafas de visión nocturna de sus ojos y señaló con ambas manos. -**Entrad ahí y cread algunos problemas**.

Los hombres obedecieron con áspera risa y violencia preparada.

Rink corrió para comentar con Vaun. -**Entonces, ¿vamos a matarlos aquí mismo?**

-Paciencia- respondió. **-Es una buena noche. Vamos a ver cómo salen las cosas**.

Los grandes ojos de Rink brillaron. **-Quiero para mí al Lord sacerdote**.

Vaun le lanzó una dura mirada. **-Oh, no. Ese es para mí. Se lo debo-** su criminal mano se desvió a una vieja cicatriz de odio bajo la oreja derecha. **-Pero no te preocupes, tengo algo mejor en mente para ti**.



La jaula que era el ascensor traqueteó, era poco más que una cesta de malla de acero, pero obstinadamente trepó por la pared de piedra de la catedral, con dientes abriéndose paso entre las escotillas de servicio ovales, emitiendo sonidos como los de las hojas del lecho de viejos amantes de bronce. El ascensor escupió aceite y chispas cuando de pronto frenó y se detuvo, presentándolos al nivel de observación. Miriya entró por la escotilla de acceso con su pistola desenfundada, Verity la siguió de cerca, prácticamente arrojándose al salir del ascensor. La máquina hizo un estruendo que pareció enervar a la Hospitalaria después del accidente con la pasarela que cayó, tal vez no era de extrañar que tuviera tan reciente el miedo debido al deficiente mantenimiento de los mecanismos en Neva.

Había cuerpos. La mayoría de ellos eran servidores, por el patrón de los disparos que los mataron habían sido el blanco de las armas dirigidas, posiblemente desde una plataforma móvil, ciertamente más allá de los balcones. Miriya reconoció los patrones distintivos de heridas de proyectiles de bólter pesado. Los guardaespaldas habían muerto bajo los cañones del coleóptero, ya que ametrallaron la torre con cascadas aleatorias de fuego. Con un grado de delicadeza que parecía fuera de lugar entre la carnicería, Verity se paró ligeramente sobre los cuerpos de unos pocos aristócratas, dando a cada uno un verso u oración murmurada.

La Celeste vio una de las mujeres perfumadas con la que se habían cruzado anteriormente esa misma tarde, el único palmito que lucía ahora era el cobre de su sangre derramada.

-**Hermana, ¿cuántas veces ha dado la extremaunción?**- la pregunta surgió de la nada.

Verity le dirigió una mirada extraña. -**Había una vez un tiempo en que llevé un recuento. Decidí parar cuando el número me hizo llorar**.

-**Tome consuelo entonces, aquellos a los que asistió están al lado del Emperador ahora**.

La Hospitalaria hizo un gesto hacia los servidores muertos. - **Pero eso no lo es todo**.

-**No**- convino Miriya. -**No lo es**.

Desde los pasillos interiores de la galería en la parte posterior de la plataforma una figura se acercaba, una sombra de bordes afilados por el resplandor agonizante de los biolumenes. -**¡Ponte en pie y date a conocer!**- dijo una voz.

Miriya volvió la cabeza. -**Hermana Isabel, ¿eres tú?**

Isabel salió a la luz con el parpadeo de los incendios en el anfiteatro a su espalda, lanzando a los gritos de la multitud una mirada superficial. -**Hermana Superiora, es bueno ver que todavía está con nosotras. La Canonesa me mandó explorar éste nivel ante nuevas amenazas, pero estos claustros son como un laberinto…**-

-**¿Dónde están las otras Hermanas de Batalla?**

-**Abajo en la capilla. Allí el caos campa a sus anchas. La Catedral ha sido comprometida. Los asaltantes nos han invadido.**

-**Vi que tomaba tierra arriba una aeronave**- dijo Miriya. -**No parecía una nave grande. Calculo que transportaba menos de diez hombres**.

-**Es muy probable, más apenas tenemos ese número de luchadores capaces aquí**- una salva de fuego fue a estrellarse en los pisos justo por debajo de ellos, cortado las palabras de Isabel y abriendo sus ojos de par en par.

La Hermana Superiora le habló al micrófono vox en el anillo del cuello de su

armadura. -**Soy la Hermana Miriya, ¡informen! ¿Quién está disparando?**

-**Está aquí**- gruñó Galatea desde el altavoz, parecía un grano en su oído. -**Vaun. Mil veces maldito, el arrogante brujo, ¡está aquí!**



Al otro lado del piso de mosaico de la capilla huían los nobles chillando, yendo y viniendo presas del pánico, nublando la línea de visión de Galatea y de todas los demás Hermanas de Batalla en la cámara. Braseros caídos en momentos de pánico habían prendido y puesto más luz en tapices tan antiguos como la propia ciudad, llenando la sala abovedada con espeso humo asfixiante. La Canonesa deseaba que las Hermanas hubieran acatado su orden de llevar puestos los yelmos, la matriz óptica del Sororitas en el casco seguiría un patrón Sabbat, éste tenía una capacidad de espectro completo, haría las nubes más oscuras totalmente transparentes. Pero entonces recordó, no estaban preparadas para hacer frente a un ataque terrorista éste día, el más sagrado de las fiestas de Neva, por orden del Alto Eclesiarca sólo habían sido autorizadas a portar armas para aturdir en la casa del Dios-Emperador.

Vislumbró a Vaun y sus asesinos mientras se movían y disparaban. No tenían ninguna necesidad de elegir sus objetivos, descargando ráfagas de proyectiles en automático sobre torsos vestidos de seda, disparando sin ni siquiera apuntar. Detrás de ella, el iluminador flotante que dominaba el centro de la capilla recibió un tiro en su mismo corazón y explotó, cubriéndola de fragmentos de vidrio y rizos de bronce caliente.

-**El gobernador**- le espetó. -**¿Dónde está?**- no se le ocurrió preguntar por el eclesiarca. Lord LaHayn era más que capaz de defenderse, mucho más de lo que un político jamás podría. Años de servicio a la iglesia habían enseñado a LaHayn cómo luchar contra los enemigos de la Orden. Pero Emmel... era harina de otro costal, otro caso por completo. Nacido de la mejor nobleza de Neva, se creía un hombre de acción, pero la realidad era mucho menos halagüeña. Él era un pavo real entre pavos reales, tanto como él jugaba a ser un halcón, sin duda no era rival para un asesino del calibre de Torris Vaun.

La Hermana Portia estaba cerca, despejando un cartucho usado de su bólter. La tela ritual que se requería, por ley, que envolviera el arma durante la ceremonia, se había enredado en el mecanismo expulsor, obstruyéndolo al disparar de nuevo a los atacantes. -**Vi por última vez el gobernador en compañía del Barón Sherring, un momento antes de que comenzara el tiroteo**.

La ayudante de Galatea, la Hermana Reiko, asintió con la cabeza. -**Sí. El barón y su comitiva se dirigían al este de la terraza**- sólo estaba armada con una espada con su vestido adornado, se irritó sobremanera al ser inmovilizada por las armas terroristas, incapaz de devolver el fuego.

La Canonesa vio movimiento, cuando algunos de los hombres de Vaun se atrincheraron detrás de las filas de bancos de roble pesados. El psíquico mismo fue desapareciendo por un pasillo lateral.

-**Debe detenerlo. Miriya, ¿me oyes? Vaun anda suelto dentro de la torre. ¡Parece moverse hacia las zonas altas!**

Como si fuera atraído por el sonido de su voz, el fuego enemigo llegó hasta la Canonesa, recortando los antiguos mosaicos del suelo, cerca de los pies de Galatea.



-**¡Rápido, rápido!**- les espetó Emmel, lanzando sus manos alrededor de los pliegues de su abrigo de brocado. Sus dedos, largos y delgados, se aferraron a una pequeña esfera de oro labrado con incrustaciones de grandes rubíes, una pistola de agujas de los difuntos talleres en los Estudios de Isher, una antigüedad que databa del trigésimo noveno milenio. Se transmitía a través de generaciones, el gobernador sólo había matado con ella una vez en su vida, cuando había disparado accidentalmente a un compañero de juegos a la edad de once años. El sentido del objeto en la mano, dejó clara la comprensión de lo peligroso de su situación. Ladró más comandos a un par de sus guardias de élite que a su vez empujaron hacia delante a la pandilla de lacayos del pasado Barón Sherring, abriéndose paso entre la gente que bloqueaba el pasillo.

-Por favor, gobernador- dijo Sherring, con una cadencia de falsa sumisión en su voz. **-Mi aeronave está sólo un poco más adelante. Seria para mí un honor trasladarle bien lejos de ésta lucha.**

-Sí, sí, dese prisa- en privado, Emmel ya estaba jugando con la idea de abandonar al ambicioso barón en la terraza de aterrizaje, de tomar su avión para huir a la seguridad de la inexpugnable ciudadela Gubernamental. A menos que el hombre que sembraba el caos en Noroc, tuviera alguna fragata espacial armada con lanzas, estaría totalmente protegido allí.

-Que buena suerte- dijo uno de los amigos de Sherring. **-Que buena idea tuvo al traer una aeronave con usted, mi querido Holt**.

-En efecto- dijo el barón. **-Que suerte…**

El ruidoso servidor que los dirigía a través del laberinto de pasadizos, dobló una esquina y rozó una estatua alta de posiblemente algún juez, dispersando a todos tras de sí. Había escasa iluminación en estos claustros angostos, pero la visión del gobernador era lo suficientemente aguda para ver salir el arco de un chorro de líquido grueso y aceitoso del cuello de la máquina esclava. Un sonido como un saco de harina mojada que se abría le acompañaba. El servidor dio un peculiar grito ululante y se hundió doblando sus rodillas.

-¡Volved! Qué acuda la guardia, Emmel. Vuelva, señor.

Nuevas formas surgieron alrededor de la esquina, obstruyendo el pasillo con cuchillas y armas de fuego. Al frente de ellos estaba el brujo.

-Buenas noches, señores- les sonrió. **-Que la bendición de Ivar esté en todos vosotros. Me temo que su vuelo ha sido cancelado. Se ha producido un accidente... un incendio**.

-¡Matadlo!- gritó Emmel, algo redundante puesto que sus hombres ya estaban disparando.

Hubo un momento horrible cuando el aire sobre el cuerpo de Torris Vaun hizo una reverencia y fluctuó como aire recalentado, borbotones como chorros de plomo fundido salían escupidos lejos de él. Vaun levantó una mano en un gesto displicente y dos guardias comenzaron a temblar y gritar. Emmel había elegido

personalmente a estos dos de entre las filas de la fuerza de la guardia privada por su dedicación y fortaleza, pero eso no contaba para nada al verlos morir a sus pies. Desprendían radiación de calor, junto con el olor a quemado de la carne y la piel recocida. Plumas finas de humo graso brotaban de sus fosas nasales y de la boca, mientras que las cintas del festival decorativos en su pelo y barba se incendiaron en festivas llamas. Hinchados por la combustión interna, los guardias cayeron al piso de piedra, quemados desde adentro hacia afuera.

Unos pocos del séquito de Sherring huyeron y fueron abatidos por los hombres que seguían a Vaun. El barón y su compañero más cercano tropezaron hacia atrás, chocando con el horrorizado gobernador. Emmel se sacudió de su shock y bajó la pistola orbe. Hacía tanto tiempo... que no podía recordar cómo usarla. Vaun se acercó.

-**No te atrevas a perjudicarme**- baló Emmel. -**Yo soy un agente supremo del Emperador**.

El psíquico mató al amigo pálido de Sherring con una aguja de llama amarilla, la psi-descarga lanzó, como si hubiera recibido un puñetazo, su cuerpo dando tumbos por el pasillo. Vaun pareció disfrutar bastante con ello.

Había un hombre grande detrás de Vaun, inclinó la cabeza hacia el magnate con una extraña gran sonrisa sobre su rostro. -**¿Qué tal éste?**

Sherring parpadeó, su boca se movía en silencio. Vaun se inclinó hacia el barón y le miró, como si el noble fuera un ilota que comprar en una subasta. Levantó la punta todavía en llamas en sus dedos y rozó la mejilla sudorosa del Sherring. La piel húmeda crepitó y el barón reprimió un grito de rabia y dolor.

-**Sólo es un pequeño pez**- sonrió Vaun, luego con una arranque salvaje, golpeó a Sherring en la cabeza, dejándolo tirado en el suelo.

El hombre grande tomó el arma inerte de los dedos de Emmel y la arrojó lejos. -**Yo soy muy rico**- declaró el gobernador. -**Te puedo pagar un montón de dinero, te daré una fortuna**.

Vaun asintió. -**No lo dudo**- asintió con la cabeza al otro hombre. -**Rink, lleve al señorito hasta el piso superior y esperad allí. Comunícate con Ignis por el vox y dile que vamos a salir. Quiero que todas las otras naves salgan en los**

próximos diez minutos.

-¿Y tú?

Vaun miró por encima del hombro. **-Ya que he venido hasta aquí. No puedo irme sin mostrar mis respetos al señor Diácono**.

Emmel intentó resistirse a la mano de hierro del hombre grande. -**Suéltame. No iré contigo.**

En respuesta, Rink le dio un empujón descuidado y el gobernador se estrelló contra el muro de piedra. Se tambaleó, aturdido y sangrando.



LaHayn se propulsó hasta el púlpito de la capilla. El humo flotaba desde gruesas rejillas a la altura de la cabeza, ocultando el desorden que como una enfermedad se había extendido alrededor de la cámara. El Lord sacerdote aspiró una profunda bocanada de aire viciado y rugió al conjunto vox, justo al ángel de oro en la misma cresta del podio.

-**No tengo miedo. Presten atención, mis amigos. La discordia es lo que estos brutos persiguen, ¡no les den lo que buscan!-** algunos de los altavoces escondidos en gárgolas sobre las paredes todavía estaban funcionando, se llevaron sus palabras cerca de la capilla como una baja cantidad de truenos. -**Únanse a mí, aquí en el altar, ¡que el noble cuerpo de guardias firmes y las Hermanas de Batalla sean nuestro escudo y nuestra espada!**

Los aristócratas eran muy volubles, pero cada uno de ellos habían asistido a los sermones semanales de LaHayn durante años, su autoritaria voz de mando fue suficiente para romper su terror e inanición. Hizo caso omiso de la mueca que la Canonesa Galatea le disparó, por el rabillo del ojo vio a la Hermana de Batalla escupir órdenes a los pocos supervivientes de los guardaespaldas, servidores armados y a sus propias guerreras, las Sororitas. Un sonajero inconexo de fuego de percusión resonó en la capilla de la nave lejana, perdido tras los grises humos. Los atacantes habían dejado de disparar por el momento, probablemente para poder reagruparse.

-**Todo lo que necesitamos hacer es mantener la fe, manténganla, mis amigos-** dijo a la congregación. -**Mientras hablo, destacamentos de guardias y de la Guardia Imperial están en camino para rescatarnos**- de hecho, Lord LaHayn no tenía forma de saber si eso era cierto o no, pero la Catedral Lunar representaba la mayor concentración de la nobleza en el planeta Neva, y esperaba, mejor aún, exigiría, que todo el poder de los militares se volviera a la cuestión de su protección.

Debajo de su púlpito, los aristócratas, magnates y barones estaban nerviosos, se agruparon bajo la tutela de su sombra, alrededor de las mesas destrozadas, donde antes había habido montones de los mejores alimentos y licores más raros. En algunas de las fuentes todavía podía verse la espuma o las burbujas embriagadoras de los vinos picantes.

-**Ya vienen**- LaHayn atrapó las palabras de Galatea en el borde de su audiencia. -**Esté alerta**.

-**Tened fe en el Trono Dorado**- gritó LaHayn. -**¡El Emperador protege!**- desde las profundidades del humo, el sacerdote vio formas en movimiento, y una voz que esperaba no volver a oír otra vez, vino con ellas, burlona e insolente.

-**¿El Emperador protege?**- dijo Vaun. -**No aquí, veréis como no lo hace. No... No ésta noche**.



Rink tiró a Emmel al suelo y le puso su gran bota sobre el cuello. -**Si tratas de escapar, ¡te lo rompo!**- el gobernador gimió algo, pero no le molestó lo más mínimo a Rink. Se llevó un pequeño transmisor vox a los labios. -**¿Ig? Ig, pequeño escarabajo de fuego, ¿puedes oírme?**- miró a su alrededor al nivel de la grada más grande, los servidores muertos, la maquinaria destrozada. Todo sobre la terraza en forma de cuenco eran brillantes hilos de humo provenientes de la catedral por debajo.

Después de un par de segundos se produjo una respuesta, cargada con el crepitar de las interferencias. -**Estoy un poco ocupado en éste momento. Espera.**

Espera- en los oídos de Rink el aire de la noche trajo la conmoción lejana de la deflagración de algo grande y muy inflamable, en el corazón de la ciudad, en alguna parte. En el canal vox la electricidad estática ahogaba la voz de Ignis, de pronto sonó más clara. -**Mejor, ¿qué necesitáis?**

-**El tiempo de juego se ha terminado. Vaun quiere que nos vayamos a casa**.

-**¡Ay! ¿Tan pronto? Hasta ahora sólo estaba calentando**.

Rink olfateó. -**Ya sabes lo que dijo. El evento principal está por venir**.

-**Sí, es cierto**- Ignis no parecía feliz. –**Regresamos pues. Hemos perdido a un coleóptero sobre las casetas de guardia pero eso es todo. Voy a pasar la orden. Aguanta firme, Rink. Voy a por vosotros**.

-**No me hagas esperar. Apagó el aparato y lo dejó caer en un bolsillo**.

Emmel resopló y trató de moverse. -**Por favor, escúchame. Permítanme hablar un idioma que usted entienda. Dinero**.

Rink mostró los dientes torcidos. -**Adelante...**

-**Yo te podría pagar...**

-**¿Cuánto? ¿Mil kilos de oro? ¿Diez mil? ¿Un millón?**

-**Sí**- concedió el gobernador.

-**¿Lo lleva encima?**- Rink se inclinó y le habló a la cara a Emmel. -**¿Ahora mismo?**

-**Eh. Bueno, no, pero...**

-**Mala suerte, entonces**.

-**¡No quiero morir!**- gimió el noble.

-**Y yo no quiero ser pobre**- sonrió Rink. -**Hasta tú puedes ver la molestia en ello**.

-¡Incluso el oro se volvería negro en manos tan corruptas como las tuyas!

Las palabras gritadas giraron alrededor de Rink, quien agarró más fuerte su arma. -**¡Ay!, jodida mierda**.



Miriya se acercó lentamente a través de la terraza, la pistola de plasma apuntando al hombre grande. Por el rabillo del ojo vio a Isabel haciendo lo mismo. Verity se quedó atrás en el arco, tratando de mantenerse fuera de la vista. -**Escúchame**- dijo la Celeste. -**Está obligado por ley a entregarse y liberar al gobernador Emmel. Es su puesta en libertad o morir, tú decides**.

-¿Y luego qué? Vas a dejar que siga mi camino, igual hasta, ¿me das un beso en la mejilla?- arrastró a Emmel a sus pies, usando al hombre como un escudo humano. -**No te lo pierdas caramelito, ¡en nada me ventilo a éste mequetrefe!**

-Ésta es tu última oportunidad- dijo Isabel. -**Única oportunidad de aceptar la luz del Emperador o morir a su sombra**.

El rostro de Rink se arrugó por la ira. -**¿Qué? ¿Qué significa eso, eh? Os odio perras de la iglesia. Pero no podéis superar a Rink ahora, ¿o acaso creéis que podéis? ¿Puedes tú?-** y con un rugido, lanzó a Emmel por el borde de la grada y disparó a su vez a Isabel con su láser. Miriya saltó en picado al suelo, rodando duramente sobre su hombro. Era vagamente consciente de su Hermana de Batalla intercambiando fuego con el matón, pero su atención estaba en Emmel, deslizándose inexorablemente sobre la piedra ensangrentada hacia una caída que le aplastaría contra el suelo muy, pero muy por debajo del anfiteatro.

Descartó su arma en su precipitada carrera y se lanzó a por el gobernador mientras éste se deslizaba por el borde, cogiendo un puñado de su pesado abrigo en sus manos.

El abrigo de Emmel se rasgó pero aguantó lo suficiente como para mantenerlo allí colgado, suspendido a cientos de metros sobre el estadio en llamas. Tensando los músculos de sus brazos, Miriya lo arrastró hacia arriba. El esfuerzo la dejó aturdida.

Isabel había caído contra un servidor muerto, parecía herida. Miriya no podía ver a Verity por ningún lado... y el hombre grande...

Rodó sobre su espalda cuando espirales recientes de humo se enrollaron sobre el balcón, el criminal estaba ahí, sobre ella, mirándola con lascivia.

Cayó sobre ella con un impacto aplastante, golpeándola contra el interior de su armadura de ceramita. Los dientes de Miriya se sacudieron en su cabeza, tenía el sabor del cobre en la boca.

Un rostro sonriente, con el aliento apestando a tabaco, se apretaba contra el suyo. Luchó contra él. Era el doble de su tamaño, todo musculo, firme y grueso. El enorme peso del hombre fue suficiente para forzar la salida del aire de sus pulmones.

-**Da a Rink un besito, hermanita**- dijo entre dientes. Y le lamió la mejilla. -**Vamos. No sea tímida**.

Golpes en las costillas e ingle propinados al matón trajeron gruñidos de dolor, pero nada más. Los ojos de Rink se estrecharon y rodeó el cuello con sus gruesas manos, lo bastante grandes como para aplastar su cráneo. Ya apenas podía jadear o respirar. Iba a matarla con su propio silencio. Miriya trató de desalojar sus manos sin éxito.

-**¡He!**- sonrió el matón. -**No hay sermones para mí, ahora, ¿eh?**

Rink se inclinó para lamerla otra vez, con un último esfuerzo, la Celeste le incrustó la frente en la nariz. Sintió como crujió el hueso del hombre, salió un chorro de sangre, pero pareció haber hecho poco más que molestarlo. Rink apretó aún más y el color desapareció de la visión de Miriya. Todo cambió como bajo una gasa, como un dibujo al carboncillo perdió definición, convirtiéndose al gris y distorsionándose.

Un ruido vago y confuso como el ladrido de un perro llegó a sus oídos, y luego Rink rodó sobre ella. Le tomó un largo rato a Miriya darse cuenta de la materia pegajosa que le humedecía la cara y el torso. Se incorporó y utilizó su túnica sin miramientos para limpiar los despojos más gruesos. La Hermana de Batalla sacudió su aturdimiento, se dio cuenta al mirar a Rink, estaba tirado en el suelo a

su lado y no tenia cabeza.

Verity emergió de la bruma con el bólter de Isabel en sus manos, el vapor aún saliendo del cañón del arma. El arma parecía mal en su agarre, de forma casi obscena resaltaba el abisal negro del bólter contra el blanco virginal de la vestimenta del Hospitalaria.

-¿Está, está...?

-**¿Muerto?**- Miriya se puso de pie con una mueca de dolor. -**Ya lo creo**- se tambaleó un poco y Verity bajó el arma a un lado a su costado. -**¿Dónde está la Hermana Isabel?**

-**Herida**- Verity no apartó la mirada del hombre sin cabeza.

-¿Es la primera vez que ha quitado una vida, Hermana?

-Yo…- sus ojos estaban vidriosos y huecos, con la mirada clavada en el cadáver. **-He dado la paz del Emperador a los que lo necesitan muchas veces... Pero nunca... Yo nunca he...**

-**Nunca ha matado con un arma en la mano, ¿en el fragor de la batalla?**- Miriya tosió y escupió. -**Suerte para mí entonces que todavía recuerde su entrenamiento. Un poco a la izquierda y el tiro me hubiera encontrado a mí, no a él**- suavemente, la Celeste la condujo cerca de donde el gobernador Emmel estaba sobre la piedra.

En un terreno más familiar, Verity hizo eficiente y rápido uso de sus manos, sacó un dispositivo auspex intentando adivinar el estado del hombre, lo tocó para sentir el pulso. Frunció el ceño. -**No podemos huir de éste lugar, Hermana. Tiene lesiones internas que empeorarán si lo movemos**.

-**No podemos dejarlo aquí, no es seguro**.

-**Deberíamos llamar a una nave de rescate para extraerlo y llevarlo a un hospicio. A menos que un cirujano se encargue de él, podría morir**- la Hospitalaria hizo un gesto con la cabeza en dirección a la catedral. -**Vaya en busca de ayuda. Me quedaré aquí. Para mantenerlo estable**.

Arrastrando su pierna lesionada mientras caminaba, una pálida Isabel se acercó a ellos. -**Tiene razón, Hermana Superiora. El brujo psíquico sigue estando en la torre. Mientras más nos demoremos aquí, por cada aliento suyo, mayor será la afrenta al Dios-Emperador**.

-**¿Puedes luchar?**- preguntó Miriya, mirándola.

-**¿Necesita preguntar?**- Isabel miró la sangrante herida laser en el muslo, estaba medio cauterizada. -**Es una simple picadura de pulga. Parece peor de lo que es**.

-**Entonces, ¿qué hay de ti?**- Miriya se volvió hacia Verity. -**No pueden cogernos desprevenidos Vaun y sus matones aquí. No puedes luchar tu sola contra ellos**.

La Hospitalaria le dirigió una mirada desafiante. -**Entonces, sea rápida y no tendré necesidad de hacerlo**.

Miriya asintió con la cabeza, y luego recuperó el rifle láser del delincuente muerto. –**Toma, usa esto hasta que podamos encontrar un arma mejor**- dijo, entregándoselo a Verity. Y mirándola a los ojos añadió. -**Úsalo si tienes que hacerlo-**

-**Pero dijiste que no sería capaz de luchar sola contra Vaun**.

La Celeste negó con la cabeza. -**Sólo quedan dos cargas en el arma. Si Vaun viene, me permito sugerir que las utilices para otorgar la paz del Emperador al buen gobernador aquí presente y a ti misma-** recogió su pistola de plasma caída y se alejó. -**Se trata de un destino mil veces mejor que dejar que la bestia entre abiertamente en tu mente**.



El brujo apareció entre la niebla asfixiante de la capilla con burbujas de aire ardiente bailando entre sus dedos. Arrojó serpentines de fuego contra los aristócratas y los barrió a todos, usándolos como una amante Repentia usaría un látigo neural. Donde quiera que las llamas tocaron la piel o tela, la gente al

instante brillaba en chirriantes antorchas. Detrás de Vaun llegaron sus hombres, extendiendo aún más el caos junto al fuego del Brujo.

-**Aquí vienen**- espetó Galatea. -**Todas las armas de fuego preparadas**- llevó a las Hermanas en una letanía sub-vocalizada rápida, cada una de ellas murmurando oraciones de bendición para sus armas de fuego.

Portia hizo subir su bólter y Reiko, que habían liberado un torpe rifle ornamental de un guardia de honor muerto, hizo lo que se le ordenó, pero los servidores de armas y los demás hombres armados se vinieron abajo ya derrotados de antemano. Los servidores, con el cerebro demasiado lento para reaccionar con un mínimo de reflejos, entraron en la zona de fuego de Vaun que les llevó la muerte mientras seguían de pie. Cargadores de munición internos cocinados salían despedidos creando grietas y arrancando extremidades o haciendo sus torsos añicos. Los guardaespaldas y guardias humanos perdieron los nervios cuando se encontraron con un psíquico de la destreza mortífera de Vaun, rompiendo filas y haciéndose blancos perfectos para los hombres de Vaun.

Líneas de fuego zumbaban junto a la cabeza de Galatea como mosquitos, con un lento zumbido cercano. Las Hermanas de Batalla habían venido con poca munición con la que recargar sus armas, mientras los asesinos de Vaun disparaban alegremente para llamar la atención, la Canonesa y sus combatientes contuvieron la cadencia de fuego. Cada disparo tenía que tener como destino una muerte segura. No podían permitirse el lujo de gastar más que un precioso disparo por cada atacante.

Los látigos llameantes de Vaun desaparecieron y el psíquico cayó en cuclillas, ocultándose a sí mismo, minimizando su silueta como objetivo. Un misterioso resplandor apareció sobre los ojos del brujo. Galatea había visto algo semejante antes en los besados por el Caos o tocados con el signo de los mutantes.

-**Por el corazón de Katherine, ¿qué está haciendo?**- Portia vaciló, intentándolo pero sin poder conseguir un buen ángulo de disparo en el hombre en cuclillas.

Detrás de ella, donde las fuentes de licor gorgoteaban espumosas, Galatea oyó el chirrido de la presión del edificio y un torrente de burbujas calientes. De repente, lo comprendió. -**¡Al suelo! ¡Al suelo**!- gritó, echándose sobre Portia y Reiko.

-¡Ja!- lanzó Vaun del esfuerzo y tiró una lanza de fuerza psiónica mental a los tambores de vino. Sobrecalentados por su fuego mental, la presión de los alcoholes volátiles quemados destrozaron la madera de los barriles. Con un grito de aire, los líquidos atomizados volvieron un trozo de la atmósfera en un infierno. Un maremoto ígneo en miniatura resultó de la quema del whisky junto al vino espumoso y especiado de Neva, se lanzó a través de los acobardados nobles. La inundación abrasadora los hervía en rojo mientras gritaban, la agonía era tan feroz que algunos de los comerciantes murieron en el acto.



LaHayn se aferró al púlpito, éste se sacudió y se hundió en la marea ardiente a su alrededor. Ante él, caminando a través de una piscina en llamas sin una pizca de incomodidad, Vaun le miró a los ojos y le dio al sacerdote una reverencia teatral de arrepentimiento con la cabeza.

-**Perdóneme, padre, porque he pecado**- la última palabra salió sibilante, convirtiéndose en una sonrisa cruel. **-Hola Viktor. Estoy dispuesto a apostar que no es así como habías imaginado que irían las cosas cuando nos volviéramos a encontrar**- con una patada insensible, empujó a un noble lamentándose fuera de su camino.

-**Se arrepentirá de su arrogancia, criatura**- escupió el sacerdote. -**¡Me asegurare de ello!**

Vaun resopló. -**¿Usted?**- abrió los brazos. -**Mira a tu alrededor, Viktor. Los vagabundos que te rodeaban están muertos o moribundos. Incluso tus preciosas Sororitas se encuentran derrotadas por mí**- señaló el lugar donde Galatea y las otras mujeres yacían heridas e inmóviles. -**Conozca su final con un poco de decoro, querido maestro. Si me lo pides bien, puede que incluso te permita sostener abiertamente algunas oraciones ante tu precioso dios**.

-**¡No te atrevas a nombrar al Señor de la humanidad en vano!**- la rabia de LaHayn rodó por su rostro como un nubarrón oscuro. -**Pirata. Ladronzuelo, salteador. ¡Escoria! Tu pequeña mente carece incluso de la idea más**

pequeña de mi unidad con ¡Él!- el eclesiarca apuñaló con un dedo acusador al psíquico. -**Podrías haber sido grande, Torris. Podrías haber conocido la gloria de una talla que no se ha visto en diez mil años. Pero ahora sólo puede aspirar a morir, ¡únicamente serás recordado como un anarquista y un criminal!**

Vaun soltó una carcajada. -¿**Y quién me va a matar, decrépito estúpido?**- echó hacia atrás sus manos y tomó el aire entre ellos. La neblina y moléculas del humo que ocupaban ese espacio parpadearon y se condensaron, prendiéndose fuego. -**Éste monumento ridículo tuyo será tu pira funeraria y una vez que seas cenizas voy a saquear todos tus sucios secretos para mí mismo**.

Estaba lo suficientemente cerca, razonó el sacerdote. Lo suficientemente cerca para estar seguro. -**Creo que no, hijo**- dijo LaHayn y de sus voluminosas mangas sacó una caja ornamental que terminó en un bozal de Argentium finamente labrado. Apretó el dispositivo y éste chilló, proyectando una ráfaga de disparos de mediano calibre hacia el pecho del brujo.

El retroceso del arma fue tan fuerte que casi rompió la muñeca del sacerdote, pero el arma era sólo el medio para entregar la cáscara en la meta. El disparo en sí no era la típica bala de matriz, fusión de carburo que brotaban de innumerables armas de Astartes y Sororitas, las de ésta ráfaga fueron impregnadas con energía psiónica, sacadas de la mente de los herejes al morir. Cada molécula apestaba por la angustia mental, dolor y terror psíquico impresos hasta en el casquillo, hasta el nivel atómico. Éstas municiones eran muy raras, pero Lord Viktor LaHayn se había tomado mucho tiempo para construir la posición que ahora sostenía y en el camino muchos de esos artículos había llegado finalmente a sus manos.

El disparo del psi-cañón golpeó a Torris Vaun en el pecho, rompiendo a través del escudo de calor que habría devuelto los disparos menores de otras armas, gastando su energía cinética masiva en la perforación a través de la armadura de flexiacero de su chaleco de batalla. El impacto lo lanzó de nuevo en los charcos donde ardía el licor, ondas conteniendo fuerza psiónica lamieron a su alrededor, decolorándolo. Tosió con fuerza y expulsó una nube de sangre.

-**Necio**- gruño el sacerdote. -**¿Creías que iba a venir desprevenido cuando ya sabía que estabas en libertad?**- enfundó el arma irradiada, masajeándose la

palpitante muñeca. -**Ahora voy a poder entregar al prisionero que prometí para éste día-** LaHayn miró como Miriya e Isabel entraban en la cámara, sus armas moviéndose, buscando algún objetivo. -**¿Qué momento podría ser más perfecto?**- remarcó. -**Aquí, Hermanas. Aquí está su brujo, listo para la jaula**.

Un chorro silbante de fuego entró en erupción desde donde Vaun había caído, empujando al criminal y volviéndolo a poner de pie. Rizos de calor lo envolvían, les enseñó los dientes, masticando un nuevo dolor envuelto en calor. -**Bien jugado, Viktor**- escupió el psíquico. -**Pero, por el momento, aún no he caído del todo**.

El mundo de LaHayn se puso rojo cuando el púlpito estalló en llamas a su alrededor.



-**¡Cogedlo!**- gritó Miriya, su voz fluyendo en la explosión de conmoción de ruido de la pistola de plasma. Isabel disparó también, tanto ella como las demás Hermanas de Batalla lanzando sus disparos a Torris Vaun, impactándolo.

El psíquico tropezó y les gruñó, la sangre de los capilares rotos en sus ojos corría por la cara en pistas rojas. La marca brillante del tiro del psi-cañón que le había golpeado todavía parpadeaba con destellos inconexos de energía blanquiazul, Vaun la recorrió con los dedos manchados de sudor, usando su otra mano en un gesto de amparo para desterrar los disparos entrantes. Los proyectiles golpearon la pared de fuego conjurada por su mente y se desviaron, algunos se rompieron y fundieron, otros saltaron a distancia, pero Miriya pudo ver la agonía causada por la lesión que le habían infligido LaHayn, le estaba pasando factura. Vaun la miró a los ojos por un instante y supo que él, se había dado cuenta también.

-**No voy a dejar que se escape otra vez**- espetó. -**¡Coger al brujo!**

Aturdida y herida, Portia se arrastró a la lucha junto a sus compañeras de escuadrón. Cerca de los bancos destrozados, Galatea, con una mata de su perfecto pelo castaño crispado en blanca ceniza por los fuegos, tropezó llevando a Reiko en un hombro.

-**No deberías haber vuelto**- gritó LaHayn. -**Ahora vas a pagar por atreverse a desafiar a la iglesia**- el sacerdote señaló los cadáveres de los atacantes, a los que Galatea y las Hermanas de Batalla había puesto fin a lo largo del camino. -**Todos los atracadores y asesinos han huido o muerto, demonio. ¡Estás solo y desnudo ante la justa venganza del Dios-Emperador!**

-**Mira que te van los sermones, ¿eh Viktor?-** Vaun soltó una carcajada y sacudió la manga de su chaqueta, revelando un dispositivo bulboso, adornado de joyas y metales preciosos alrededor de su muñeca. **-Cometes los mismos errores una y otra vez, Viktor. Nunca dejas de subestimarme**- el psíquico apretó un interruptor esmeralda triangular, centenarios y delicados microcircuitos enviaron una señal de activación.

Las Hermanas de Batalla escucharon un traqueteo de estática a través de sus canales de vox. Instantes después, las cargas huecas de detonite que los hombres de Vaun habían escondido en secreto por toda la Catedral estallaron. Bajo la cobertura de los incendios y el pánico habían pasado desapercibidas. Sin embargo, había suficientes en el lugar para hacer lo que deseaba Vaun. Fallas completas haciendo un ruido de tos rompieron las ventanas de cristal-acero tintadas y arrojaron las puertas de sus bisagras. Cortaron pilares de apoyo como hachas talando árboles o se lanzaron bancos antiguos sobre los desafortunados llenando el lugar con nubes de vapor.

La cantería de las zonas altas cayó, al bajar hizo irregulares agujeros a través de los pisos de mosaico, Lord LaHayn se lanzó desde el púlpito justo antes de que un ángel de granito lo rompiera en meras astillas. Parpadeando a través del polvo de ladrillo y el dolor, el sacerdote maldijo el nombre del psíquico mientras la burlona risa de Vaun hizo eco a su vez.



CAPITULO VII



El nivel de la Devota Piedad se estremeció bajo los pies de Verity, quien se derrumbó, cayendo lejos de donde se encontraba el gobernador Emmel. Su piel estaba pálida y cerosa, la muerte se cernía sobre ella. La Hospitalaria escuchó sonidos como de roca triturando roca, con horror, vio la alta aguja de la torre de la Catedral Lunar retorciéndose y agrietándose, cayendo en cascada hacia abajo, más allá de la terraza. Crecida bajo la solidez de Ophelia VII, Verity nunca había experimentado terremotos, por lo que observar el desmoronamiento de un sólido edificio a su alrededor, resultó algo nuevo y aterrador. El tronar de explosiones, surgió de los niveles inferiores retumbando por toda la catedral, y la mujer lanzó una mirada temerosa hacia el cielo ahogado en humo. *¿Dónde estaba la nave de rescate?* Se preguntó. Si permanecían allí más tiempo, Emmel moriría por sus heridas o ella perecería con él cuando la gran terraza se derrumbase.

Desde arriba, escudriñando entre la confusión del espacio, un estrecho rayo de luz, apuñaló repentinamente el nivel en el que se encontraban, Verity se puso de pie inmediatamente, soltando el arma y agitando las manos desesperadamente. -**Aquí… Aquí…**- el sonido de rotores direccionales llegó a sus oídos, y en medio de la bruma vio la forma oscura de un coleóptero moviéndose contra el cielo nocturno.

El rayo de luz pasó sobre Verity, se centró inmóvil en ella por un momento y luego se alejó, iluminando el arco de entrada que conducía a la capilla. Una figura emergió a la luz de sodio, vistiendo una chaqueta oscura, una túnica salpicada en sangre fresca, y protegiéndose los ojos de la luz. El rayo de luz se desvaneció y el coleóptero efectuó un giro para realizar una nueva pasada. Con un gran escalofrío, la mujer se dio cuenta, de que se trataba de una de las naves

que había atacado la catedral.

Torris Vaun caminó penosamente hacia el centro de la terraza y se detuvo allí, jadeante. Por un momento, Verity se quedó muda ante la imagen que tenía ante ella. El psíquico examinó el rojo en sus manos, volviendo luego a cubrir la herida sobre su pecho, y echando un breve vistazo hacia su arma. **-¿Vas a usar eso, Hospitalaria?**

Verity trató de hablar, pero no pudo hilar ninguna palabra. Vaun se acercó aún más.

-**¿Cómo está nuestro estimado gobernador?**- dijo escudriñando a quien yacía tras las sombras. -**¿Muerto, o cerca de estarlo? Qué pena, quería usarlo un poco más antes de que muriera. ¡Oh, bueno!**- una triste sonrisa cruzó sus labios. -**Los planes cambian**.

La Hospitalaria tragó aire. *¿Dónde estaban Miriya y los demás?* Se preguntó.

-**Sé lo que estás pensando**- empezó.

-**Mantente fuera de mi mente**- exclamó la mujer. Más acostumbrada al manejo de un bólter, sostuvo el rifle láser en una torpe posición.

Vaun lanzó una risa hueca y una mueca de leve dolor. -**No tengo necesidad de utilizar mis poderes para conocer tus pensamientos, Hermana. ¿Sabes la suerte que corrió la pobre Hermana Iona en la Mercutio, no? Por ello te estarás preguntando si pude hacerlo fácilmente con una guerrera endurecida como ella, ¿qué posibilidades tiene mi pequeña y frágil Hospitalaria?**

-**Voy a matarte**.

Arqueó una ceja y risueñamente dijo. -**No llevas eso en ti. Creo que deseas hacerlo, pero no puedes…**

-**Maté a tu hombre**- replicó y señalando con un gesto de su cabeza ante los restos de Rink. -**Puedo terminar contigo también**.

-**¡Oh!**- Vaun miró el cadáver. -**Impresionante. Tal vez me equivoqué contigo**-

tosió un poco. -**Vamos entonces, dispárame si te atreves, pequeña Hospitalaria**.

Verity apuntó cuidadosamente contra el psíquico, fue recompensada por el más mínimo temblor de consternación en el rostro petulante de Vaun. -**No pretenda conocerme, cuando no me conoce. Su arrogancia es repugnante. ¿Cómo se atreve? ¡Demonio sin corazón!**- su pulgar quitó el seguro. -**Tal vez podría haber dudado en quitar cualquier otra vida, ¿pero la suya? Con sólo mirar su rostro, ¡estoy dispuesta a olvidar el juramento Hipocrático!**

El criminal se quedó tieso, mirándola atentamente. -**Entonces, antes de hacerlo, le ruego me conceda una cosa. Dígame lo que he hecho para ganarme tal enemistad**.

Ella se quedó sin aliento. -**Tú... ¿tú ni siquiera lo sabes? ¿Esas muertes?... ¿Significan tan poco para ti, como para que las olvides, con cada nuevo asesinato?**

-**En su mayor parte... sí**- señaló Vaun. -**Déjame ver si puedo adivinarlo. ¿Un padre? ¿O un hermano, tal vez?**

-**Mi Hermana**- espetó. -**Lethe Catena, de la Orden de Nuestra Señora Mártir, muerta por tu hoja**- un sollozo quedó atrapado en su pecho. -**¡La eliminó como a un simple animal!**

-**Ah**- asintió. -**Por supuesto. Hay un aire familiar entre ustedes, ¿no es así?**

Sus palabras fueron suficientes. -**Muere en el nombre de Terra**- gritó, al tiempo que tiró del gatillo de la pistola.

-**No**- exclamó Vaun, y chasqueó los dedos frente a ella. Antes de que el cristal de emisión láser de la delgada pistola pudiera incluso energizarse, el psíquico sobrecalentó y fracturó las moléculas de la matriz emisora del arma con su poder. Verity no pudo prever que el arma ardería al rojo vivo, crepitando y quemando la piel de sus manos. Por puro reflejo, la Hospitalaria soltó el arma al tiempo que gimió tanto de dolor como de sorpresa. Su grito fue ahogado por el repiqueteo de las hojas del coleóptero que se ladeó a su alrededor sobrevolando la terraza. La Hospitalaria cayó de rodillas, llevando su mano herida a su pecho.

-Toma esto como una lección, no puedes medirte con tus superiores- la voz de Vaun sonó como un susurro helado en sus oídos, presionando sus pensamientos. -**Tú eres una niña tonta y sentimental. Maté a tu Hermana porque debía de hacerlo, no encontré ningún placer en ello. Era un obstáculo para mí, nada más. No compliques las cosas transformándolo en algo personal**.

-Que el Emperador os maldiga…- sollozó la mujer.

El psíquico se estiró para agarrar una cuerda que colgaba del coleóptero, que sobrevolaba a baja altura. El ruido era ensordecedor, pero a pesar de ello oyó sus palabras tan claras como el día. **-Esto no es acerca de ti. No tiene ninguna comprensión de lo que esconde éste planeta, usted o esa otra mujer. Sus simples mentes, sofocadas por el dogma, no pueden comprender nada más allá de sus conocimientos**.

-**¡Sal de mi cabeza!-** gritó Verity.

-**Déjame decirte esto. Mis crímenes son legión, de ello no debería haber dudas, pero ni en mis peores excesos, nada de lo que he hecho, pueden ensombrecer los pecados cometidos por Viktor LaHayn-** el odio brotaba de las palabras en su mente. -**Me habéis detenido ésta noche, pero al final, nada me impedirá cobrarme diez veces lo que ese hijo de puta me debe. Lo juro**.

Sintió las últimas palabras de Vaun como un golpe físico, se dobló sobre sí misma y vomitó.

El coleóptero huyó hacia la noche, dejando a la Hermana Hospitalaria, y al gobernador en estado de coma medico cuando la ayuda finalmente arribó.



El amanecer trajo la lluvia proveniente del mar, una lluvia fría y solitaria, grisácea, cargada de humo y piedra pulverizada. El olor de la madera ennegrecida era denso en el aire.

La eventual llegada de unidades de la Guardia Imperial y demás refuerzos llegó

demasiado tarde como para salvar la vida de muchos de los nobles, aunque por la gracia del Trono Dorado, al salir el sol, pudo estimarse el fallecimiento de menos de una cuarta parte de la clase alta de la ciudad. Los que habían fallecido fueron presentados en los miradores del hospicio central, donde los feligreses pudieron formar una procesión dentro y fuera, a fin de rendir homenaje a los hombres y mujeres que les habían llevado la luz del Emperador.

Miriya encontró visitantes obstruyendo los accesos a los pisos superiores del edificio, le dieron a entender que muchos de los sollozantes dolientes también habían perdido miembros de sus familias, pero de acuerdo con los mandatos de la iglesia de Neva, los ritos funerarios de los sacerdotes tenían prioridad sobre los de los demás ciudadanos.

Noroc estaba tan herido como su gente. La luz cruda del día mostró los lugares donde los cohetes, lanzados durante el ataque aéreo, habían quemado bloques de apartamentos y eviscerado cientos de capillas. En algunos lugares, los cableados de la calle yacían rotos, hecho que había impedido la llegada de los camiones de bomberos, razón por la cual, aún ardían pilas de ruinas y rococemento. Miriya había visto la misma escena repetida en cada esquina mientras avanzaba hacia el hospicio, angustia, miedo, el terror en cada rostro.

El rostro de la Hermana de Batalla mostraba su desconcierto con un ceño fruncido, dos veces ya, había tenido a Torris Vaun bajo su punto de mira y en ambas ocasiones se le había escapado, el sólo hecho de pensar en ello le revolvía el estómago, en esos momentos sombríos soportaba sola el peso de lo sucedido. Si lo hubiese detenido en la Mercutio, ninguno de estos horrores habrían sucedido, su estado de ánimo se oscureció como un cielo tormentoso, Miriya siguió adelante para encontrar su camino hacia el cubículo donde estaba siendo atendida la Hermana Verity.



-**¡Por supuesto que entiende las preocupaciones del Diácono!**- dijo Dean Venik, cerniéndose sobre el pequeño siervo-medico que vendaba el antebrazo de Verity. -**No quiero dar a entender que no es así Hermana Hospitalaria, sin embargo, es importante garantizar un panorama completo y correcto de las**

intenciones del psíquico.

-**¿Cómo puedo saber eso?**- replicó Verity. Encontraba al hombre intimidante, a pesar de su amable forma de ser.

-**¿Qué fue lo que el criminal le dijo?**- Venik la miró a los ojos. -**¿Habló él de algo... malo? ¿Ha usado los nombres de Lord LaHayn o del Dios-Emperador en vano?**

-**Sucedió muy rápido, él... él utilizó sus poderes…**- ella levantó amoratada e inflamada su mano, la piel con costras, con nuevas cicatrices asomando a través de la blanca gasa. -**No he podido evitar su fuga**.

-**Es una lástima**- Venik asintió para sí mismo. -**Me imagino que le hubiera agradado formar parte en la derrota de Vaun, después de lo ocurrido con su Hermana**.

La Hermana Miriya entró detrás del clérigo, sorprendiendo al hombre. -**Aún estamos a tiempo**- hizo la señal del Aquila. -**Señor decano, si lo permite, desearía hablar con la Sororita**.

-**Hermana Superiora**- Venik le devolvió el gesto, -**Por supuesto, he culminado con la entrevista y hay otros con los que tengo que hablar, he de reunir la información para el señor Diácono**.

-**Un momento**- dijo Verity. -**¿Qué hay de Gobernador Emmel? ¿Sigue aún con vida?**

El decano le dedicó una leve y superficial sonrisa. -**Por la gracia de Dios-Emperador, lo está, tengo entendido que el gobernador está siendo atendido por diez de los mejores médicos de Noroc**.

-**¿Diez?**- Miriya lo observó. -**¿Un hombre necesita tantos médicos, especialmente en un día como éste?**

-**Yo no soy un apotecario, Hermana, no puedo responder a eso. Sólo sé que él ya nunca podrá recuperar plenamente sus facultades después de semejante brutalidad**- resopló Venik.

-**¿Entonces, quién gobierna Neva ahora?**- preguntó la Hospitalaria.

Venik arqueó una ceja. -**Su señoría el eclesiarca, por supuesto. Es justamente ahora, en ésta época de ultraje moral, que la iglesia debe tomar la sartén por el mango**- se volvió para retirarse -**El primer edicto de Lord LaHayn, haciendo uso de las facultades que su nuevo cargo le otorgan, han sido reforzar la orden de captura de Vaun. El psíquico ha de ser capturado vivo**.

-**Venik, tal vez podría proporcionarnos ayuda en otra cuestión**- la voz nerviosa de Verity vaciló. -**Hay registros dentro de los salones del Librarium Administratum de Noroc que podrían ayudar en la persecución del fugitivo Vaun. Con su permiso, me gustaría examinarlos…**

Venik sonrió fríamente. -**Los guardias ya han realizado un control minucioso de toda la documentación, se actuará en consecuencia con toda la información obtenida**.

-**Sin embargo...**

-**Preocúpese en recuperarse, Hermana Verity**- replicó el decano. -**No gaste sus energías en asuntos o esfuerzos inútiles**- miró a Miriya. -**Estoy seguro de que hay muchas vías de investigación a seguir en éste asunto**- con un suspiro final, pasó cerca de la otra mujer y salió al pasillo.

La Hospitalaria despidió con un gesto al servidor-medico y se palmeó el vendaje en su antebrazo. El servidor-medico hizo una reverencia, tan bajo como pudo sin tocar la frente al suelo y desvió la mirada. La Hermana de Batalla, a su vez lo despidió con un gesto brusco y las dos mujeres se quedaron solas.

-**Estás ilesa**- sostuvo Verity. -**¿Y las otras Celestes?**

-**Tan bien como pueden estarlo**- Miriya frunció el ceño. -**La Canonesa Galatea fue quemada, pero afronta el dolor con una fortaleza típica de ella**- hizo una pausa y prosiguió. -**Acudo ante ti para pedir disculpas por un error, Hermana Verity. Yo presioné a la Canonesa para retenerte aquí, en Neva, y al hacerlo, te he expuesto a una amenaza a la que nunca deberías haberte enfrentado**.

-**No**- Verity negó con la cabeza. -**Tú no tienes culpa alguna. Por alguna**

extraña razón, me alegro de haber mirado a Vaun a los ojos. Por lo menos ahora puedo dar una forma al dolor en mi corazón.

-Deberías volver a la misión de la Orden de la Serenidad. El ataque de anoche va a cambiar las cosas aquí, preveo que el derramamiento de sangre y la agitación no hará sino aumentar.

-Agradezco tu preocupación, Hermana Miriya, pero me niego. No me confundas con una flor delicada, por el hecho de no portar espada o bólter en mis funciones, mi Orden ha servido en cientos de mundos infernales y campos de batalla, conozco el rostro de terror bastante bien.

La cabeza de la otra mujer se balanceaba. **-Como desees-** por un momento guardó silencio, estudiando a la Hospitalaria. **-Pero Vaun... él habló contigo, ¿no es así? Tu respuesta a la pregunta Venik...**

-No estaba muy próxima a él- Verity desvió la mirada. **-Sí. Él... él me dijo que la muerte de Lethe fue sólo obra del destino, nada persona**l.

-Una excusa conveniente para los de su especie. ¿Qué otro ser podía cometer semejante acto de barbarie y pensar que está exento de culpa?

Verity alzó la mirada hacia ella, unos ojos sorprendentemente suaves en un rostro tan duro. **-Pero tú también has matado... y ahora, yo también lo he hecho**.

-Y mira cómo lo sentimos profundamente, Hermana, ello es lo que nos separa de los herejes, de los alienígenas, luchamos y matamos porque debemos hacerlo, no por la gloria o por el deporte en sí mismo, cada muerte que infligimos sirve a una causa mayor.

La Hospitalaria asintió. **-Por supuesto, tienes razón, perdóname si parezco irresoluta, es sólo que... estos días han resultado toda una prueba para mí**.

Miriya le tendió una mano a la joven. **-Vuelve tu mirada hacia el Emperador, Hermana. Cualquier cosa que nuble tu visión, Él estará allí**.

Verity volvió la mirada hacia su interior. **-Si alguna vez necesité Su guía, es hoy. Hay más cosas que no revelé a Dean Venik. Vaun me dio una**

advertencia antes de huir.

-**Sus amenazas tienen poca influencia sobre mí**- dijo burlonamente la Hermana de Batalla.

-**No, no lo entiendes. Habló del señor Diácono. Vaun dice que Lord LaHayn es culpable de crímenes mucho peores que cualquiera de los que él ha cometido**.

-**Sedición y mentiras**- Miriya escupió la negación al instante, aunque con menos convicción que la que debería tener. -**El psíquico trató de sembrar la disensión en tus pensamientos**.

Verity le echó una mirada. -**He asistido a muchos interrogatorios durante mi servicio y he visto muchas confesiones y negaciones, reconozco las mentiras cuando las oigo. Lo que escuché de Torris Vaun fue la verdad, al menos desde su punto de vista. Él creía en lo que dijo**.

-**Lo que crea un hereje no cuenta para nada**- dijo la Hermana de Batalla. -**Y cuando hables de ello con el decano o cualquier otra persona, es posible que encuentres al interrogador utilizando sus habilidades en ti**.

-**He considerado eso, incluso he considerado la posibilidad de que Vaun haya forzado un poco la semilla de la duda en mi mente con sus habilidades monstruosas, pero todo en lo que puedo pensar es que él psíquico decía la verdad, mientras Lord LaHayn hizo lo contrario en la catedral**.

Sus palabras sorprendieron a Miriya y sus ojos se estrecharon. -**Él es un alto sacerdote de la Iglesia Imperial, la voz del Santo Sínodo. Se halla dentro de las atribuciones de Lord LaHayn la posibilidad de negarnos hechos o verdades, si considera que ello es lo mejor para nosotros-** a pesar de la respuesta, Verity podía asegurar que Miriya no estaba convencida de su propio argumento.

-**¿Por qué hace eso, ocultar cosas, cuando por sus propias ordenes, nos manda la persecución de éste hombre? Ya has oído el decano hace un momento. Se nos ha prometido ayuda, y acto seguido, nos la ha negado. No te equivoques, quiero que Vaun pague por sus fechorías, pero no puedo dejar de temer que en éste asunto hay mucho más en juego de lo que**

sabemos. Hay mentiras y secretos que nos envuelven, Miriya. Sé que piensas lo mismo.

Durante un largo momento, Verity temió que la Hermana de Batalla daría una fuerte negativa o la censuraría por tales dudas, pero en lugar de ello, la cabeza de la Celeste asintió lamentándose. -**Sí. Maldita sea, pero sí, siento lo mismo. Hay demasiadas preguntas sin respuesta aquí, demasiadas cosas ocultas del escrutinio**.

Verity suspiró. -**Me siento confusa, Hermana. ¿Cuál es nuestro deber?**

-**Nuestro deber es con la iglesia y el Dios-Emperador, como siempre ha sido. Pero veo y entiendo cual es la pregunta que haces, ¿el Diácono de Neva le sirve a Él, o hay otro oscuro asunto en sus manos?**

Verity se estremeció. -**No me atrevo ni siquiera a expresar tal cosa**.

-**Entonces prepárate**- dijo Miriya sombríamente. -**Puede llegar el momento en que debas incluso atreverte a hacer algo más que eso. Nunca olvides el precio de la vigilancia, nos requiere observar tanto a aquellos que marchan contra nuestra bandera, como a quienes marchan con ella**.

-**Reza para que no sea así**- Verity se puso de pie, probando su brazo herido. -**¿Qué vamos a hacer ahora?**

-**¿Creo que habías dicho algo sobre el Administratum?**- la Hermana de Batalla levantó una ceja.

-**Pero el decano dijo que...**

-**Los guardianes no son nada más, que centinelas nocturnos blindados. El día que acepte las palabras de investigadores de segunda mano, será el día en que el sol arda frío en el cielo**- Miriya se alejó. -**Tengo que velar por el bienestar de mi equipo. Mientras tanto, te sugiero que utilices la confusión del día, para visitar los salones de registros y buscar esos hechos que puedan ayudarnos a encontrar a nuestra presa**- se detuvo frente al portal de salida. -**Eso siempre y cuando, no necesite realmente permanecer aquí**.

-**Me pides que desafíe al decano**.

Miriya le dirigió una mirada inquisitiva. -**No he hecho tal cosa. El decano se limitó únicamente a decir que las fuerzas del orden ya han comprobado los registros. ¿Qué daño puede hacer un segundo examen de los registros? ¿Sólo para estar seguras?**

Verity le dirigió una inclinación de cabeza, para bien o para mal, de repente entendió que la decisión que había tomado en esa pequeña habitación, podría condenarlas a ambas.



Con un fuerte golpe de revés, Vaun alejó el médico de él. -**Encárgate de ti mismo, ya he tenido suficiente, seguiré a partir de ahora yo mismo. Ya he recibido suficiente atención**- tanteó las partes de su rostro, donde los pequeños cortes fueron tratados con gel de curación. -**Al igual que miles de cortes en papel**- hizo una mueca, mirando como Ignis se le acercó por la penumbrosa y crujiente bodega de la barcaza. -**¿Y ahora qué?**

El joven supo anticipar los pensamientos que poblaban su mente y le entregó un cigarrillo encendido. Ignis había mutado al silencio desde su regreso a la nave, como disgustado por la ausencia repentina de Rink. Los dos habían sido amigos, o lo suficientemente cercanos. -**Él está aquí**- dijo el joven, sin preámbulos. -**Trajo su aeronave justo bajo la cubierta**- señaló el techo de acero arriba.

Vaun se tomó un momento, aspiró el humo de su tabaco y se puso de pie. -**¿Por ello tanto alboroto?**- allí en la improvisada enfermería de la barcaza, Vaun había oído los traqueteos y gritos de los tripulantes. Ya estaban atemorizados por transportar al psíquico y sus secuaces, pero les había pagado muy bien por su servicio. Escupió duramente. -**Idiota. ¿Por qué no puede simplemente actuar como un burdo necio y jugar su papel?**

Pasos pesados se oían aproximándose desde la cubierta superior. -**Mírame ahora, y observa la manera en que se maneja a éste tipo de hombres**- dijo Vaun burlonamente, mientras aspiraba otra bocanada de tabaco.

La escotilla de la enfermería se abrió con dificultad, crujiendo y gimiendo. El

recién llegado se veía desalineado, sus finas ropas manchadas de hollín y algo de sangre. Encontró a Vaun y sacudió un puño hacia él. -**¿Qué...? ¿Qué ha sido todo esto?**

El psíquico puso una cara neutral. -**¿Que ha sido qué, milord?**

El otro hombre se plantó delante. -**Torris, usted me habló sobre velocidad, sobre muertes limpias y ataques quirúrgicos, esto…**- señaló en dirección vaga a Noroc. -**Eso no fue ni rápido, ni quirúrgico, ¡fue una chapuza militar!**

Vaun lanzó a Ignis una divertida y fraternal mirada. -**¿Qué es lo que esperaba? ¿Un puñado de discretos asesinatos? ¿Alguien colgando de las lámparas de la capilla? Tal vez, ¿las inquietantes muertes de algunos servidores y nada más?**- súbitamente, giró su rostro oscurecido hacia el noble, sosteniendo el cigarrillo en sus dedos. -**¿Quería tener el poder?... el poder debe arrebatarse. Tal vez si sus ridículas legiones de espías y soldados tuvieran dos dedos de frente, ayer por la noche podría haber ido hasta el final, imponiéndose su dominio sobre la Iglesia y una Neva en crisis, con la muerte de Emmel y LaHayn**.

-**La vida de Emmel…**- escupió el hombre. -**¡Ni siquiera me has dado eso!**

-**Eh**- Vaun, hizo una pausa, considerando lo dicho. -**Pero él ya no está en estado de gobernar. No tengo dudas de que LaHayn terminará el trabajo por mí-** suspiró al agregar. -**Qué divertido**.

-**¿Divertido?**- la contenida ira del noble hombre se desató. -**Has causado serios estragos, dejándome expuesto, ¿eso te parece divertido? ¡Maldito brujo-retorcido! Has puesto todo mi juego en peligro**.

Vaun acortó en un instante la distancia entre ellos, aplastando al hombre contra la pared, quien gritó y palpó una fresca quemadura sobre su mejilla. -**Lo único en juego aquí, ha sido su complacencia barón. Durante demasiado tiempo, he estado jugado a su insignificante y estúpido juego de rivalidad con LaHayn, como si de un juego de regicida se tratase, con todas sus reglas de cortesía-** tiró el cigarrillo. -**Ya no me divierte, Holt. He alcanzado un nivel superior. Ahora ya no es un intercambio de puñetazos, es mas como el apuñalamiento en una pelea rea**l.

-**No estoy listo-** gimió el noble. -**Habrá guerra a muerte**.

-**Si**- acordó Vaun, -**Y cuando así sea, cuando Viktor LaHayn sea crucificado en la plaza del Juicio y usted se encuentre en el palacio del gobernador firmando mi perdón por todo lo bueno que he hecho por Neva, ese día me dará las gracias por hacer que esto sucediera-** acercó su rostro al del Barón Sherring. -**Por liberarte a ti-** después de un momento, dio un paso atrás y agregó. -**Vuelve a tu aeronave y empieza a hacer tus planes. Es hora de decirle al mundo lo malo que es el viejo y querido Diácono**.

El barón se puso de pie y se alejó arrastrando los pies. -**Lo... ¿lo veré en Metis?**

Vaun se inclinó. -**Puedes contar con ello**.

Sherring se alejó, hecho una sombra del hombre que había ingresado impetuosamente momentos antes en la habitación. Ignis tapó sus labios con un dedo. -**¿Lo ha empujado usted para hacer que cayera... mentalmente quiero decir?**

-**Un poco, hay maneras más fáciles para coaccionar a los hombres, que utilizar el tacto mental, sólo le di lo que quería**.

Desde arriba, provino el ascendente zumbido de los rotores dirigibles. -**¿Y qué fue eso, entonces?**

-**Libre de toda culpa, Sherring siempre ha soñado con prender fuego a ese viejo piadoso fanfarrón, y a toda su santa iglesia, yo lo hice por él, ahora es libre para dar un paso hacia adelante, hacia la lucha, sin tener que cargar con la culpa de ser el que lo ha comenzado todo**.

Ignis soltó una carcajada. **-Él... él piensa que está haciendo todo esto, ¿por él? ¡Ja!**

Vaun asintió. -**Va a descubrir que no es la razón de ello, probablemente justo antes de morir**.



Verity podía ver poco mas, había un largo río de iluminación a ambos lados de la pasarela, que atravesaba el Librarium. Los perfiles de los estantes, se desvanecieron en la oscuridad, entre los muros invisibles del largo bunker. El malhumorado logistor que la había guiado, por éste bajo nivel, recitó algunos hechos superficiales sobre el lugar, al igual que la información que pudiese provenir de la placa de datos para un turista. Habló sobre los cientos de metros que estaban por debajo de las calles de Noroc, y de cuantos niveles más estaban por debajo de éste. A medio camino, la Hospitalaria pudo oír el ruido metálico de grandes engranajes de bronce engrasados, cuando una de las cubiertas móviles de la gran sala descendió hacia los niveles inferiores de almacenamiento. Se detuvo a mirar el espacio vacío, tan grande como un campo de juego. Tras un instante, otra cubierta descendió del techo hasta reemplazarla, la estructura de una enorme biblioteca rodando hacia su posición final, colmada por un sinfín de archivadores de papeles y pequeños hombres estudiosos que trabajan en sus pasillos. Automáticamente, desde los aleros superiores, descendió una bandada de deslustrados servo-cráneos plateados, comenzaron a sobrevolar los amplios corredores de libros, plantas enteras del Librarium, se movían con pesada velocidad, posicionándose como partes de un inmenso rompecabezas en manos de gigantes.

El logistor, cuyo cuerpo enjuto se encontraba cubierto por una túnica coloreada con grandes manchones de tinta, la miró con sus ojos augmeticos. -**Como usted entenderá, no solemos ver representantes de su Orden en éstas salas**- dijo intentando algo parecido a una sonrisa. -**Las Hermanas Dialogus del Quill y el Sagrado Juramento nos visitan a veces, pero no recuerdo la visita de una Hermana Hospitalaria durante mi gestión**- se quedó pensativo, al tiempo que agregó. -**Tal vez debería efectuar una comprobación estadística en ese sentido**.

-**Tal vez debería…**- interrumpió Verity, -**Pero mientras tanto, deberíamos centrarnos en los asuntos que me han traído hasta aquí**.

-**Sí, los registros de la tripulación de la nave de guerra Mercutio, no lo he olvidado**- hizo una seña. -**Dígame**- el secretario sacerdote deambulaba a lo largo de la pasarela. -**Tengo curiosidad en saber por qué la Orden de la Serenidad requiere tal información**.

En la penumbra, Verity sintió sonrojarse sus mejillas. Que hubiera llegado tan lejos sin dificultades había sido pura cuestión de suerte, y con cada paso que daba más allá de las labores propias de la Orden de las Sororitas, temía que su presencia aquí se descubriera y sus acciones declaradas fraudulentas, dudó durante un instante, sin saber qué decir. *¿Cómo habría respondido la Hermana Miriya?* Se preguntó, probablemente con amenazas, pero ella podía hacer algo mejor. Aspiró una bocanada de aire seco y apergaminado. -**¿Es necesario que sepa para qué necesito la información?**- hizo uso del mismo tono de voz que el palatino usaba en sus conferencias con los novatos.

-**Bueno, eh... no**- el logistor parpadeó con sus pestañas de latón. -**Yo... no era más que...**

-**Sólo curiosidad, sí, curiosidad, le pido mis disculpas, se nos ha enseñado que la curiosidad es un rasgo, que el Adeptus Ministorum no desea cultivar en sus bibliotecarios. ¿No obra ello, en los tratados de fe, con que vuestra Orden las instruye, a fin de evitar el contacto con materia anti-natural?**

El logistor sonrió débilmente otra vez. -**Nunca he sido tentado, Hermana**- lanzó una nerviosa mirada hacia los zumbantes servo-cráneos por encima de ellos, equipados con delgados cañones de rayos láser colgando de sus bocas sin labios. -**Hacerlo sería incurrir en la pena máxima**- agregó, al tiempo que se detuvo a un lado del pórtico, sacando una cadena de cierre de vínculos cercana. -**Aquí estamos, el cogitador le proporcionará la información**- hizo una reverencia y se retiró. -**Espero, perdone mi uso imprudente de las palabras anteriores. Es sólo que, con el incidente de la noche de la Bendición...**

Verity le devolvió la sonrisa. -**Estamos todos conmocionados. Afortunadamente, el Emperador nos guía con su luz**.

El logistor se inclinó de nuevo y la dejó allí con el antiguo cogitador, las bobinas estridentes y los collares internos de plateadas filigranas, tintineaba como si tratase de expulsar la vida misma de los guardias de la nave, y de quien había liberado a Torris Vaun.



Había amplias redes de vigas, grasientos cableados y piezas de trabajo por todas partes dentro del Librarium, casi todas bajo una perpetua penumbra. El resplandor de las escasas foto-electrovelas, posicionadas sobre la sala subterránea, jamás llegaba a alumbrar las gruesas sombras de ébano que se proyectaban al final de los corredores. Muchos de los documentos allí archivados, eran tan antiguos, que se arruinarían bajo una luz potente, de hecho en algunos sectores, los servidores trabajaban incluso bajo la luz de lentes de infrarrojos, en dichos lugares, el acto de ocultación era casi bienvenido.

Una sombra observaba a la Hermana Verity desde un soporte hexagonal, bajo el marco del techo de rococemento existente sobre la cabeza de la Hospitalaria. La sombra se fundía en la oscuridad, con tal habilidad, que incluso ni siquiera los vigilantes servo-cráneos, con sus diminutos ojos rojos, advirtieron su existencia al pasar directamente sobre ella. La sombra observaba y escuchaba, medio considerando el momento en el que iba a tener a la bonita Sororita. La certeza comenzó a construirse en los pensamientos de la sombra, afirmando que la mujer no iba a ver la luz del día otra vez, y con tales intenciones, la sombra preparó su pistola fantasma para matarla.



CAPITULO

VIII



Verity presionó sus dedos hasta el lugar donde su frente se encontró con su nariz y se pellizcó la piel allí, tratando de dar con el masaje algún tipo de vida a su cara. Ahogó un bostezo y parpadeó, los ojos estaban cansados y arenosos. En un escritorio de roble tenia pilas ordenadas alrededor del pedestal de mármol del cogitador, pliegues de pergamino amarillo, marrón o acres de texto aparecían en gótico alto, en el dialecto de la máquina y en la lengua local de Neva. Muchos de ellos lucían etiquetas rojas con una pequeña versión del escudo de los ejecutores, junto con una cadena de texto se mostraba un número. Representaba los lugares en los que los investigadores habían escudriñado los papeles, el punto en el que habían completado sus búsquedas. Verity había leído todos los archivos, hasta los marcadores de color rojo y luego fue más atrás, buscando alguna relación, alguna pequeña sospecha, algún vínculo entre los hombres que habían liberado al prisionero de Miriya.

Suspiró, un fuerte abatimiento amenazaba con superarla. No había relojes en ningún lugar a la vista aquí en el Librarium, así que no tenía idea de cuánto tiempo había estado confinada en la oscura cámara, sólo tenía el pasar de los dedos rastreando sobre una página tras otra bajo el parpadeo de las velas de fotones. Sus labios estaban secos y se sentía un poco enferma. Las libaciones que el medicae le había dado después del incidente en la catedral fueron desapareciendo, el cuerpo de Verity estaba enviando mensajes contradictorios entre dormir y mantenerse despierta. Sin embargo su pecho se sentía bien con el polvo de los libros antiguos.

-Esto es una pérdida de tiempo…- murmuró. -**Todo para nada...**

Ante el sonido de su voz, el altavoz del cogitador con forma de máscara estañada se encendió, sobre sus ejes engrasados giró para hacer frente a la mujer. Era algo taciturno, trabajado en metal para asemejarse al aspecto de un exaltado alto sacerdote seguramente muerto ya hacia algunos siglos. Fuelles y pequeñas campanillas en la garganta del dispositivo soplaron y se sacudieron, creando un sonido que se asemejaba a la voz humana. -**Para encontrar la claridad, será necesario repetir su petición**.

-**No estaba hablando contigo**- replicó Verity, la frustración y el cansancio amenazaban con romper su voz. -**Cállate**- durante las primeras horas, el cogitador había roto el silencio a intervalos regulares entonando axiomas aprobada por la Iglesia al azar diseñados para reforzar la piedad y la claridad del pensamiento. La Hospitalaria se había cansado rápidamente de repetidas afirmaciones tal como 'Una mente cerrada no está abierta a la herejía' o del tipo 'La muerte es la moneda de los traidores'.

-**A sus órdenes**- el equipo hizo clic y zumbó, dándole la espalda de nuevo. A través de los espacios en blanco de la boca y los ojos de la máscara, la Sororita pudo distinguir la tenue forma de un orbe de cristal manchado y su forma al girar los carretes en color gris, atravesado por miles de filamentos de oro. Ella entendía poco de cómo funcionaban los cogitadores, pero encontró su mente vagando en pensamientos sobre los componentes que lo formaban. *¿Acaso tal vez, hace tiempo se creó una máquina antiquísima y erudita en Terra, una tan vieja y sabia que no se pudiera permitirse cesar en su servicio?*

Negó la idea de puro absurda y frunció el ceño ante el antiguo aparato, como si fuera el culpable de su falta de éxito. El cansancio que sentía estaba haciendo que le fuera difícil concentrarse, tocó el rosario de plata de su cuello en un intento de concentrarse. Las vidas del guardiamarina Vorgo y una docena de marineros de la nave Mercutio yacían delante de ella en papel y tarjetas perforadas, todo, desde certificados de nacimiento a los avisos del fideicomiso, cuentas bancarias, nóminas e infracciones disciplinarias.

Verity pasó el dedo sobre las etiquetas elevadas de las tarjetas, su índice se poso en el nombre de un hombre, Priser. Era notable cómo un pequeño pedazo de cartón podía encapsular la vida de una persona. Se demoró en más de un punto en blanco con el índice. Sólo un arañazo accidental de su uña, un punto de tinta derramada en la página equivocada y Priser podrían encontrarse sin dinero o

declarado muerto. Tal era la inercia monumental de la burocracia monolítica del Imperio que la palabra de estos documentos era la ley, éstas máquinas increíblemente viejas eran los custodios de todo. Era un pensamiento a tener en cuenta el imaginar todas las cosas, gente, naves, quizás incluso mundos enteros, podrían desaparecer por el simple hecho de un punto decimal mal colocado.

Verity se dio cuenta de que había estado mirando el mismo documento por varios minutos, leyendo y releyendo la misma línea de texto en el archivo de Priser sin realmente memorizarlo, suspiró y volvió a leerlo.

Era un código de referencia a un incidente en el registro de servicio, algunas semanas antes de que la Mercutio partiera de Neva y antes de recoger a las Celestes de Miriya, antes incluso de su cita con la Nave Negra. Verity parpadeó. Había visto ese número antes.

La mujer tomó otro archivo y encontró el mismo punto de referencia. El código estaba allí también. Era la mismo número una tercera vez, y una cuarta. Todos ellos, incluyendo Vorgo, lucían la misma referencia numérica laica en su lugar, debajo de las etiquetas rojas colocadas por las fuerzas del orden. Una oleada de emoción repentina inundó Verity, haciendo latir su corazón vertiginosamente. Golpeó la parte delantera del cogitador para atraer su atención.

-Éste código, dijo, mostrando a la máscara sin ojos el papeleo. ¿A qué hace referencia?

El mecanismo de relojería pío e hizo clic. -**Paciencia. Su respuesta aparecerá inmediatamente**- después de unos momentos, el dispositivo hizo un ruido de succión y un tubo de vacío en su pecho se abrió, revelando un pergamino enrollado. -**El sacrificio es el culto más noble**.

Leyó rápidamente. Los papeles eran una copia mimeografiada de un informe de la oficina del Agregado Naval, en él se explicaba cómo habían aceptado una oferta de transporte mientras los tripulantes de la Mercutio disfrutaban de un permiso en Noroc, el trasporte fue desviado por una avería. Se vio obligado a hacer escala en la ciudad-estado de Metis, finalmente, regresó a la órbita con sus pasajeros intactos al día siguiente. Hubo uno o dos nombres adicionales, pero sin excepción, todo hombre que tenía que ver con la fuga de Vaun habían estado en ese transporte. Verity buscó los tripulantes que habían estado a bordo, pero no se

había unido Vorgo y los demás. Ninguno de ellos estaba todavía vivo. En una nave tan grande como la Mercutio, las muertes por accidentes eran un hecho cotidiano, pero el patrón hizo que se le pusiera la piel de gallina a la Hermana. Los otros habían muerto antes de la cita.

Recogiendo su placa de datos, Verity tomó notas rápidas con una electro-pluma. Pensó en Vorgo, allí en la celda de aislamiento, gritando por una hija que nunca tuvo, y tomó sus papeles.

Sus ojos se estrecharon. Según el informe económico Naval, Vorgo y sus compañeros habían cambiado su remuneración habitual en vales Imperiales para gastar en sus vacaciones en Noroc, pero no figuraba ni una sola nota de que se hubieran gastado o cambiado. Eso parecía imposible. Metis era conocido por tabernas y diversiones obscenas. Cualquier visitante pardillo con un bolsillo lleno de vales de pago sin utilizar volvería sin nada que mostrar excepto una resaca y algunas enfermedades sociales interesantes.

-**¿Que pasó en Metis?**- Verity hizo la pregunta al aire, y de repente estuvo muy, pero que muy despierta.



Una sombra ladeó la cabeza y se preguntó por las palabras de la joven. Había estando observando y registrando los papeles en los que ella había estado trabajando, interesada para la posterior evaluación de su amo. El lenguaje corporal de Verity había cambiado radicalmente en los últimos momentos. Antes, parecía estar al borde del agotamiento físico, pero ahora la sombra podía ver la chispa de la adrenalina en sus ojos, casi podía olerse en el aire aceitoso.

El asesino sopesó la nueva información con cuidado, entretenido brevemente con la idea de poner fin a la chica ahora, pero los años de servidumbre en las silenciosas guerras de asesinos en Neva había dejado una marca indeleble en la sombra. Era el enemigo, seria la muerte invisible. Con esa única certeza, haría un único tiro, un golpe perfecto. La sombra eligió esperar un poco más. Otra cifra dentro de la dotación del destino, una que podría llegar a ser necesaria para poner fin a algo más que la vida de la niña.

La pistola fantasma se movió unos pocos grados. La edad y la procedencia del arma del asesino eran datos desconocidos. Algunos habían dicho que era de fabricación xenos, otros que se remontaban al período negro conocido como la Edad Oscura de la Tecnología. A la sombra le gustaba por su silencio. Dentro de la culata se alojaban los proyectiles en forma de dardo, acomodados, esperando. Fueron hechos a mano, por Tecno-sacerdotes ciegos especialmente cegados para ese fin. Cuando se disparaba, dejaban la pistola fantasma sin eyecciones, sin sonido o un resplandor de fuego. Ni siquiera el aire susurrando cerca de los dardos que vuelan podría alertar de su paso, el material con que ellos y el arma se hicieron a partir de energía, era completamente inerte. Los sentidos, un auspex o una exploración de un psíquico, no la podrían ni ver, ni detectar.

Había muchos dardos en el arma, pero uno sería suficiente.



Con un pesado ruido metálico, el pórtico que conduce a la pasarela principal se coloco en su lugar y la plataforma de la biblioteca se estremeció ligeramente. Verity acompaño con la mirada a otro logistor recorriendo su camino hacia ella. Éste era de un rango inferior al adepto que la había acompañado al Salón, un mero Quillan con menos de una docena de botones de servicio. El secretario-sacerdote se inclinó y señaló con el dedo los papeles dispersos. Estaba un poco angustiado por que los archivos se mostraran en una manera tan imprecisa.

-**Tengo que revisarlos**- dijo entre dientes. -**Tienes que dejarme continuar**.

-**¿Revisar el qué?**

El logistor deambulo hacia adelante con sus pies de bolas rotatorias y tomo el primer archivo que tuvo a mano. Papel enrollado de una bobina de dispensador en la cadera, un dispositivo formado para parecerse a un libro cerrado. Lanzó una mirada a Verity. -**Certificaciones. Después del ataque, ha habido mucho que hacer**- una lengua gris colgaba de sus labios y lamió el papel con él. Con un movimiento rápido, el Quillan pegó una etiqueta al archivo, lo plegó y lo guardó. Empezó a repetir el procedimiento.

Verity tomó el archivo alterado y lo estudió. La nueva adición fue de la longitud de un dedo, una etiqueta con el borde negro que llevaba un código de fecha, hora e identificador. En letras rojas, una palabra se destacó como una marca lívida. Fallecido.

-**¿Qué está pasando?**- exigió Verity, viendo el raro comportamiento del logistor.

Él parpadeó y retrocedió un poco. El Quillan parecía nervioso en su compañía. -**Se refiere a ¿ayer por la noche? ¿El ataque?**- lamió otra etiqueta y la metió en la tarjeta del archivo de Priser. -**Algunos de los cohetes disparados impactaron en un reformatorio. Muchos prisioneros murieron en el incendio que se produjo**- el empleado se detuvo e hizo un gesto en torno a los archivos con una mano de metal, con plumillas de acero para los dedos. -**Todos estos hombres están muertos. Los archivos deben ser revisados para reflejar la nueva verdad.**

Verity dejó que el logistor completara su trabajo sin más interrupciones. El adepto robaba miradas de soslayo hacia ella cuando pensaba que ella no lo miraba, finalmente ella dejó escapar un suspiro. -**¿Tienes algo más que decirme?**

Él parpadeó como un búho. -**Yo... yo la conozco. Su identidad cruzó por mi cola de trabajo recientemente, Hermana Verity, ¿no? Sé de su participación en la investigación sobre Vaun**.

Algo en el tono del logistor la hizo ser prudente. -**Sí**- dijo con cautela. -**Estoy recopilando información sobre el brujo para ayudar en su captura**.

El secretario-sacerdote hizo una pausa, con su tarea sin terminar. -**Nunca he sido el encargado de participar en una investigación crimina**l- había un aire de esperanza nostálgica de su voz. -**Mis obras son puramente administrativas. A menudo me pregunto cómo deberían ser**.

Verity se arriesgó. -**Tal vez podría ayudarme, ¿ésta vez?**

El Quillan se quedó congelado. -**Sería un honor. ¿Cómo podría ser de ayuda, Hermana?**

La mente de la Hospitalaria giró. La pregunta bailaba en sus labios. -**Yo... yo**

quiero ver los archivos que tienes sobre Torris Vaun.

-**Esos datos están restringidos**- el logistor la miró. -**Pero debo suponer que usted tiene, ¿el permiso requerido de la oficina del señor Diácono?**

La Hermana Verity retuvo toda emoción sin reflejarla en su cara, con miedo de que lo compartido con él llegara a otros oídos, pero entonces recordó que los logistores eran muy reservados y no solían ponerse en contacto con otros seres humanos, también dudaba de que fuera capaz de detectar la mentira en su labios. -**Pos supuesto, puede estar usted seguro de ello.**

El Quillan se inclinó y la llevó más profundamente en el Librarium.



Bajaron por una serie de compuertas en una cúpula de hierro, que a su vez cruzó entre dientes metálicos, lentamente volviéndose hacia otra plataforma, llena de libros que estaban encadenados a sus estantes. El logistor extrajo un mecanismo de teclas y acercó la palma de su mano, pulsó una secuencia y se les concedió la entrada. Echó un vistazo por encima de su encorvado hombro a Verity.

-**Acabo de acordarme, no le he dado mi identidad. Soy Quillan, logistor Unshir de clase cuatro, con acceso al cortador de papel y a la máquina de copiado**- se inclinó un poco. -**Perdóneme si parezco atrevido, pero si pudiera ver la manera de resaltar mi colaboración en éste asunto con mi sabio Senioris...**

Ella le lanzó una rápida sonrisa falsa. -**Por supuesto. Será recompensado por su ayuda**- a Verity no le gustaba mentir, incluso a un semihumano como un Unshir, pero se había comprometido a fondo a sí misma. -**Que el Emperador me perdone-** susurró. -**Esto lo hago en su nombre**.

El Quillan la miró. -**¿Se dirige a mí, Hermana?**

-**No**- le espetó ella, un poco demasiado rápido. -**Los registros de Vaun. Muéstramelos**.

Él hizo una reverencia. -**Por supuesto**.

El Unshir utilizó una llave para abrir un tomo forrado que absorbía la luz, como de obsidiana, tocando un anillo de puntos de código en la tapa para abrirlo. Le susurró algo que sonaba como un canto de los pájaros en una parrilla en el lomo del libro y obedientemente éste se abrió por sí mismo, las páginas pasaron en su armadura como un borrón. Con un chasquido, el libro estableció su propia página en las manos del Unshir y éste se dio la vuelta, presentándoselo a ella. -**Las páginas son de un papiro psicoactivo-** dijo con reverencia. **-No los toque con la piel desnuda**.

Verity asintió con la cabeza y comenzó a leer. Estos libros del diezmo mantenían los registros de las idas y venidas del Adeptus Astra Telepática en el sistema de Neva. Cada vez que se encuentra una persona que lleva el estigma de un psíquico, su nombre era introducido aquí junto con un registro preliminar de las habilidades que exhibían. Con el tiempo, cuando las naves negras llegarían a reclamarlos, los brujos serían transferidos desde las profundas celdas en las mazmorras inquisitoriales de Neva a las naves misteriosas, para nunca ser vistos otra vez.

Y ahí estaba el nombre de Torris Vaun. Los registros eran superficiales, al parecer, vendido como esclavo cuando era todavía un niño, sus talentos psíquicos ya de joven había llegado a llamar la atención de los agentes del Eclesiarquía, ¡que revelador! Por el propio Viktor LaHayn, en ese momento un confesor de alto nivel. Había varias notas en prosa florida sobre la cuestión de las capacidades profanas de Vaun. Quedaba claro que había cometido actos de telepatía intencionadamente, calafrios y hazañas de extremo dominio de habilidades piro-quinésicas. Verity recordó el fuego que ardía en los ojos del brujo y sufrió un estremecimiento involuntario.

-**Como puede ver, los archivos permanecen intactos**- el Unshir asintió para sí mismo. -**¿Está usted satisfecha?**

La Hospitalaria no le hizo ni caso. Sabía qué debía buscar ahora, siguió buscando discrepancias siguiendo el garabato estricto de texto luminoso. -**Los datos…**- dijo Verity al fin, centrando la clasificación de sus pensamientos en voz alta. -**La secuencia temporal es incorrecta**.

El logistor se estremeció como si le hubiera golpeado. -**Debe estar equivocada. Nos preocupamos por estos documentos como si fueran las palabras del mismo Dios-Emperador. No puede haber ningún error**.

-**Detección y captura de Vaun. Hay un vacío aquí, es obvio que falta información**.

-**Eso es imposible-** la pálida cara del Unshir enrojeció.

-**Hay un salto en los archivos desde la fecha en que fue capturado hasta la anotación de su fuga en Neva. ¿Dónde estuvo durante ese intervalo de tiempo? ¿Qué ocurrió? La página no dice nada**.

-**Debe estar usted malinterpretándolo**- exclamó súbitamente un secretario-sacerdote irritado.

-**Míralo tú, por ti mismo**.

-**No**- se estremeció el Unshir. -**Nos está prohibido que asimilemos las páginas que escribimos y protegemos. Nuestras funciones cognitivas están compartimentadas por lo que no podemos entender las palabras que transcribimos**.

-**Tiene que haber pues otros registros de Vaun**- le exigió. -**¿Dónde están?**

-**No hay otros**- balbuceó, aborreciendo la misma idea de que la información pudiera encontrarse en cualquier otro lugar, dentro de esos muros era una broma pesada. En el siguiente instante, la cara del logistor se nubló. -**Espere un momento. Si el señor Diácono le envió con éste recado, ¿por qué dice tal cosa? ¿Es una especie de prueba? ¿O tal vez no?**

-**Yo…**- tomada por sorpresa, el frágil manto del engaño de Verity se desintegró con una sola mirada. -**No, no me envió**.

Por fin vio la mentira en su rostro. -**Charlatana, mentirosa. ¡Usted me informó mal!-** el Unshir escupió las palabras como una maldición. -**No tiene derecho a estar aquí**- ira y terror cruzaron el rostro del sacerdote cuando se dio cuenta de su falta de atención, había permitido a Verity obtener acceso donde no debía. -**Alarma. ¡Alarma!**- gritó, dando bandazos e incrementando la distancia hacia

una rejilla de control en una de las vigas de soporte.

Desde arriba, la Sororita oyó el lamentoso zumbido de los servo-cráneos descendiendo de las alturas. Las digiplumillas de Quillan rayaban en el panel, hacia las alarmas de seguridad, luego súbitamente la cabeza se desgarró con un ruido como de tela arrancada y el secretario cayó muerto con estruendo sobre el suelo.

Verity creyó ver la forma de algo oscuro que se movía en los refuerzos de los pórticos. En algún lugar allá arriba, burbujeantes chispas de fusión de color compitieron con breves destellos cuando un trío de servo-cráneos fueron perforados con dardos de metal rapado. La Hospitalaria corrió, su corazón golpeando como un mazo contra su pecho.



La sombra no gozaba en modo alguno de la caza, el asesino no disfrutaba la emoción de la misma, la fiebre, el calor de la persecución, odiaba que un objetivo huyera con toda sus energías por temor a perder su vida. Al contrario, lo que prefería la sombra era ser uno con el sigilo. El asesino nunca se esforzó en carreras para llegar el primero a la meta, sino en estar ahí cuando el objetivo menos sospechara para plantar un dardo en silencio en su suave piel, haciendo que nunca se sospechara siquiera del mismo, sabiendo que la muerte le sobrevendría. Pero la Hermana Hospitalaria había interrumpido ese plan al desviarse de los patrones de conducta atribuidos. No se esperaba que la mujer tomara la valiente decisión de mentir al desgraciado Quillan, y aún más que se atreviera a adentrarse en los sellados registros de la iglesia. Si hubiera tenido una pizca de incertidumbre sobre si la muerte de Verity era necesaria, esa última acción eliminó cualquier duda en la mente del asesino.

Pero el bufón del logistor había sobre-reaccionado y su asesinato fue del todo necesario, eso conllevó rápidamente la eliminación de los exploradores servo-cráneo antes de que pudieran transmitir ninguna alarma a los tecno-guardias de las zonas altas.

La penumbra del Librarium se hizo bruscamente brillante por el mecanismo de

búsqueda que en el casco sellado la sombra llevaba, también llamado preysight (vista de presa, nt). Por delante, el asesino vio la mancha de calor de la Hermana Verity dando bandazos de una estantería de libros a otra, sin dirección y aterrorizada. Una arruga se formó detrás de la placa frontal. Con ese pánico se hacía imposible establecer una predicción de la posición de la mujer, de modo que un disparo no mortal podría ocurrir. Esto era del todo, simplemente, inaceptable.

El asesino inspeccionó la plataforma de la biblioteca y encontró un carrito lleno de pesados libros suspendidos sobre el ancho de uno de los estantes de metal. Había volúmenes que cubrían turbios asuntos de la decrépita y vieja historia, esperando el regreso al lugar que le correspondía por algún funcionario menor, como el difunto Unshir. Con cuidado, la sombra apuntó al cable que sostenía el carrito con los libros y disparó.



Grandes losas negras por encima de ella se separaron de la oscuridad y se estrellaron alrededor de Verity, los pesados libros golpeando la cubierta de malla sobre ella con golpes sordos. Uno de los tomos se estrelló contra ella y envió a la mujer despatarrada. Verity gritó, chocando con las estanterías y girando alrededor. El golpe dejó sin aliento sus pulmones y sintió como caía su preciosa placa de datos de sus dedos. Oyó un sonido exitoso a plástico roto y rápidamente como un volumen pesado aterrizó en el pequeño dispositivo aplastándolo en fragmentos.

Una vez la carga desapareció del carrito, el propio carrito cayó también, desparramando el contrapeso de punta a punta. Verity trató de escapar, pero los dobladillos de su túnica se enredaron a sus pies y cayó de rodillas. El carrito cayó sobre ella, atrapando las piernas debajo de ella.



Visto a través del velo del preysight, el grito de dolor de la Hermana Verity era

una flor naranja de aire caliente en los espacios vacíos, fríos y secos del Librarium. El asesino era consciente de la confusión y el ruido de los otros pórticos en el pasillo. El secretario de los sacerdotes se dio cuenta de que algo andaba mal, los colores de sus cuerpos en movimiento y el enjambre cercano así lo indicaban. Había poco tiempo. El asesinato de la Hospitalaria tendría que ser ahora.

Con cuidado, hábiles dedos seleccionaron en el cañón de la pistola fantasma el máximo alcance, la sombra acumuló un dardo en la recámara. Un sensor en la punta de la pistola transmitió información al preysight, destacando la forma de los órganos internos dentro del marco estremeciéndose de Verity. Allí estaba el orbe latiendo de su corazón, ubicado debajo de la mira. El dedo del asesino se tensó sobre el gatillo.



Miriya disparó a ciegas.

Desde el pórtico de conexión, Miriya había visto la caída de los libros. Había oído el grito de muerte de Unshir y los estallidos de la detonación cuando las servo-cráneos fueron barridos. La pistola de plasma estaba cantando en su mano cuando echó a correr, la disciplinada memoria muscular tomó el control. A la sombra de las altísimas estanterías alcanzó a ver el aleteo de las ropas al caer Verity. El grito de la Hermana estaba lleno de miedo.

Miriya siguió disparado, lanzando una salva de rayos de energía rápida para arriba hacia las vigas de acero. No podía ver al atacante, pero la mente de la Celeste estaba operando a un nivel instintivo instantáneo. Había una parte de su conciencia calculando ángulos y posibles puntos de ataque, buscando los lugares donde ella misma se pudo haber ocultado con el fin de matar a la chica.

¡Y ahí estaba! Por una fracción de segundo, iluminado por un rayo de plasma gaseoso, brillante como un sol, la forma de la sombra de un hombre rebotó en las vigas.

El traje negro eligió un forzoso cambio de objetivo y disparó de nuevo, ésta vez

a la Hermana de Batalla. Miriya se lanzó a través de la cubierta, primero en plancha y luego rodando sobre ella, invisibles dardos en la penumbra se estrellaron en los soportes o perforaron las portadas de raros manuscritos.

Su oponente se movió y volvió a disparar. La precisión de los disparos, demasiado cercanos, la estaba castigando, lo que la obligaba a estar continuamente a la defensiva. Miriya tuvo claro inmediatamente que el asesino poseía algún tipo de sentido mejorado.

Debe tener un preysight, razonó, sacudiendo su capa para obtener una mayor libertad de movimiento. Miriya conocía esa tecnología arcana de la Edad Oscura de la Tecnología, los cascos del mismo Sabbat del Adepta Sororitas tenían capacidad similar, pero también entendía sus limitaciones. Miriya apuntó más abajo, no en el lugar donde la sombra del asesino acechaba, sino a los estantes de los documentos antiguos que había justo debajo. La pistola de plasma chilló y bengalas de luz blanca brillante alcanzaron los tomos, secos y envejecidos. La conflagración fue instantánea, enviando una lengua de fuego hacia el techo.

Un grito resonó por el aire, sobre los estantes estaba el asesino, enmarcado por las anaranjadas llamas, aferrando su cara. Miriya tenía sólo un momento. Los espíritus de las máquinas del Librarium se resistirían a dejar un fuego rabioso durante más de un segundo o dos, evitando así que se extendiera por todo el complejo. Había redes de tuberías que suministrarían los gases inertes, asfixiando tales brotes, si las llamas no se extinguían, sí lo harían ella y Verity.

El Arma de la Hermana de Batalla aulló.



Un puño de materia gaseosa tan caliente como el núcleo de una estrella arrancó todo el brazo izquierdo de la sombra, justo por encima del codo. Todo explotó por debajo de esa articulación al tacto del increíble calor, el choque hidrostático de la sangre hirviendo envió una sucesión de golpes como de un martillo a través del cuerpo del asesino. El asesino cayó de las estanterías y siguió cayendo a través de las guirnaldas de niebla ignífuga.

Las armas de plasma fueron diseñadas no para atacar las formas no blindadas como la sombra, sino para derretir abriéndose camino a través de la ceramita o de un blindaje de metal. Utilizarlo en la blanda carne, eran como usar un soplete sobre la tierna cera. El dolor del golpe fue de tal intensidad que el corazón del asesino se detuvo por el shock, y a su vez, ese factor desencadenó la compacta carga negativa exógena que llevaba implantada debajo de la caja torácica. Los patrones del asesino no estaban en el negocio precisamente por ir dejando las herramientas desechadas caer en las manos equivocadas.

Con una grieta húmeda, la sombra voló en pedazos por el aire.



Manchas de la materia quemada, un poco de la carne de él junto a algunos trozos no identificables, quedaron esparcidos a su alrededor en una macabra lluvia. Tal repugnancia revolvió el esófago de Miriya, mientras golpeaba la quema de restos sobre su capa. Cerca de allí, Verity salía por sí misma de debajo del carrito de libros caído, liberando por fin su pierna. Miró las marcas negras de quemadura y espantó con las manos los soplos acres del gas extintor. Nada reconocible como un ser humano quedaba del asesino.

Miriya vio el brillo de algo cristalino y enfundó su arma. Allí perdida en la sombra, después de cobrar su presa, estaba el arma arcana del asesino. La Hermana de Batalla la recogió, reposando en sus manos enguantadas, ejecutando un ojo experto sobre las líneas mortales de la pistola. -**Santa Sabbat, ¿qué es esto?-** su mano encontró el mango de bella porcelana estriada y empuño el arma por puro reflejo. A través del cristal del tambor, donde se almacenaban las municiones, se podía ver las malvadas barbas de las cargas de dardos.

-**Me has salvado la vida**- logró decir Verity.

-**De gracias al Emperador por colocarme a mí aquí, donde más se me necesitaba**- dijo Miriya. -**Ha estado aquí durante la mayor parte del día. Estaba preocupada y por eso he venido a buscarla. ¿No había...?**

-**Vaun. Tiene que haberlo sabido-** dijo como verdad descarnada Verity, su

garganta en carne viva por los vapores del fuego apagado. -**Quería mantenerme alejada...**

Los ojos de Miriya nunca dejaron el arma. -**Recuerda que tuvo amplias oportunidades para asesinarte en la catedral Lunar**.

-**¿Qué estás diciendo?**- la voz de la Hospitalaria sonó alta por la emoción.

-**Nunca he visto nada como esto antes. No creo que un corsario como Vaun sería capaz de desplegar un arma y un agente de ese tipo-** sopesó el arma en la mano, cuidadosamente pasando su pulgar sobre los pernos de ajuste. -**Sólo con lo que vale ésta pistola podría fácilmente comprar la lealtad de una docena de hombres...**

-**Entonces, ¿quién?**- las palabras de Verity fueron cortadas por un ruido de un escupitajo efervescente proveniente de la culata de la pistola fantasma. De repente, el arma se puso al rojo vivo, la estructura de la misma sufría deformación y distensión.

-**¡Abajo!**- Miriya apartó el brazo, tirando la pistola hacia la oscuridad con todas sus fuerzas. Oyó el estrépito contra las paredes metálicas y al momento siguiente se produjo el choque de la detonación. La Hermana de Batalla sintió, más que oyó, uno de los dardos liberado del tambor, pasar junto a su cara e incrustarse en un estante de libros. La sospecha envió una sensación de frío arrastrándose sobre su piel. Éste asesino, tal armamento iban mucho más allá de las capacidades de un renegado como Vaun. Sólo alguien con influencia, con conexiones que se extendían por todo Neva y más allá, podría haber enviado la sombra para silenciar a la Hospitalaria.

Miriya levantó la vista e inconscientemente trazó la flor de lis entre la plata de sus pechos blindados.



-**¡Esto es escandaloso!**- la voz de Venik era casi un grito, su diatriba rugiente flotó sobre las cámaras de la Canonesa. -**No sé por dónde empezar con ésta letanía de fechorías e insubordinación**- se giró, con la capa rojo fuego, apuñaló

con un dedo a Miriya y a Verity. La cabeza de la Hospitalaria se inclinó, pero la Hermana de Batalla hizo poco para mostrar cualquier contrición ante el furioso decano. -**Éstas presuntuosas mozas se atreven a ir en contra de mis órdenes explícitas, contra la palabra del mismo Lord Diácono y se infiltran en el Librarium, no contentas con ello, su Celeste comete un acto de vandalismo horrible. Cientos de manuscritos, lo más preciados de Neva, ¡las obras de un millar de dedicados lex-mecánicos convertidas en cenizas!**

De pie al lado de la gran mesa de Galatea, la Hermana Reiko se aclaró la garganta. -**El término, preciados, es una interesante elección de palabras, querido Venik. Tengo entendido que los documentos destruidos fueron los relacionados con la rotación de cultivos en la cadena de islas Pirin. Teniendo en cuenta que el archipiélago se hundió en el océano durante el trigésimo cuarto milenio, uno podría preguntarse por qué podrían ser considerados de más valor que la vida de la Hermana Verity**.

-**La Hermana Superiora disparó un arma dentro de un santuario sagrado del Adeptus Ministorum**.

Miriya le clavó una dura mirada. -**De hecho, si lo hice fue en defensa de una compañera Sororitas, contra un intruso que ya había asesinado a un inocente sabio. Un intruso quien los guardianes del Librarium, ni detectaron, ni detuvieron**.

La Canonesa Galatea juntó los dedos y no dijo nada, contentándose en mirar el juego con una expresión de medida neutralidad.

Venik se calmo, hizo una pausa, recogiéndose a sí mismo. -**Muy bien. Entonces por el bien del argumento, vamos a desestimar la cuestión de los libros y sus tiroteos sin sentido, consideramos a ésta Hospitalaria errante**- dio un paso más cerca de Verity. -**¿No se os dijo en términos muy claros que la investigación de los ejecutores impide la necesidad de más investigaciones? ¿Acaso no fueron mis palabras lo bastante claras? ¿O son las Hermanas de la Orden de la Serenidad dadas a ignorar las órdenes de sus superiores?-** el decano estaba casi gritando de nuevo.

Galatea llamó la atención de Miriya, y la Hermana de Batalla sintió a la Canonesa calibrando su alma, con su impávida mirada. Finalmente, habló. -

Verity estaba actuando bajo mis órdenes.

Venik se giró para encararse con Galatea, el rostro tenso por la ira. -**¿Qué ha dicho?**

-**Permití a Verity proceder hacia el Librarium, a pesar de sus palabras. Estaba allí con mi autoridad**.

Sin ser vistas por el decano, Verity y Miriya intercambiaron miradas. Galatea no supo nada de las aventuras de la Hospitalaria en la sala de registros hasta después de la conmoción que ocurrió allí. Era obvio que estaba dando la cara por ella, protegiéndola...

-**¿Lo hizo?**- Venik parecía poco convencido. -**Sin embargo, ¿acaso no consideró necesario informar a mi oficina de ese hecho?**

Galatea hizo un gesto con la mano izquierda. -**Tengo muchos deberes que atender en el convento, mi honrado decano. Pido disculpas por dar a tal asunto una prioridad tan baja**.

Venik miró a Miriya. Aunque supiera que la Canonesa estaba proporcionando una cuartada a las Hermanas, no había manera de que pudiera desafiarla. Las filas que ocupaban en la jerarquía de la iglesia eran más o menos similares, ni con la celebración de la antigüedad de uno sobre el otro. -**Así sea. Espero que entonces, después de todo lo que ha ocurrido, que la improvisada aventura de la Hermana Verity diera algo de valor. Habla, niña-** le espetó. -**Díganos qué gran revelación encontró entre los ardientes libros y cadáveres**.

Con un temblor en su voz, Verity explicó el dato que había descubierto en los archivos de las remuneraciones y la correlación entre los amotinados de la Mercutio. Venik escuchó con una sonrisa burlona en los labios, pero Galatea estaba evaluando cada palabra, Reiko la seguía con rápidas entradas en su placa de datos.

-**¿Eso es todo lo que tienes? ¿Un mal funcionamiento de las lanzaderas y dinero no gastado?**- espetó Venik. -**Habladurías, datos circunstanciales, nada más**.

-**Hay hombres que han sido pasados a cuchillo por menos-** dijo Miriya

misteriosamente.

-La ciudad-estado de Metis está bajo el gobierno de Barón Holt Sherring- señaló la Hermana Reiko. -**La considerable fortuna del Barón proviene de las posesiones de su familia en el transporte de Neva y gremios de envío. Fue una nave bajo la librea de Sherring la que se desvió ese día**.

Galatea asintió. -**Y no nos olvidemos, el buen Barón es un importante accionista en el consorcio que controla la estación de comercio orbital de la que el brujo escapó**.

El humor de Venik cambió abruptamente. -**Usted... Usted está sugiriendo que un miembro de la casta aristocrática de Neva pueda tener… ¿complicidad con un conocido criminal? ¿Qué de alguna manera diseñó la fuga de Torris Vaun?-** resopló. -**Éstas son acusaciones muy graves**.

-**¿Qué tan difícil sería pues, coaccionar a los miembros de un equipo de transporte y personal de la estación de comercio, sobre todo, si la presión provino de un noble?-** cuestionó Galatea. -**Es bien sabido que el barón Sherring es un hombre despiadado y ambicioso. Sus numerosas disputas con el gobernador planetario son un asunto de interés público**.

-Creo que los amotinados fueron de alguna manera... condicionados por un organismo desconocido, mientras estuvieron en Metis- dijo Verity. -**Yo sugeriría algún tipo de sugestión post-hipnótica, tal vez adaptados a un determinado evento o estímulo que activó un conjunto programado de conducta. Ese tipo de cosas son médicamente posibles con los dispositivos adecuados**.

Galatea se puso de pie. -**Reiko, prepara mi Immolator personal. Querido Venik, me acompañará a una reunión con el señor Diácono. Voy a pedir una orden judicial para preparar un pogrom contra Sherring. Si el criminal Vaun ha pisado el suelo de Metis...**

La pesada puerta se abrió de golpe, la cámara tuvo que admitir a la Hermana Cassandra. La mujer estaba enrojecida por el esfuerzo. -**Canonesa. Perdone mi intromisión**.

-**Dejé órdenes muy claras de no ser molestada**.

Cassandra asintió. -**En efecto, pero hay un asunto que requiere su inmediata atención. Un comunicado de Lord LaHayn ha llegado... Hay un incidente en Metis...**

-**¿Metis?**- repitió Venik, lanzando una mirada fugaz a Verity. -**¡Explíquese!**

-**A las cinco en punto del día de hoy, la red vox pública lleva emitiendo una señal desde la mansión del Barón. El mismo Sherring ha declarado la secesión de la odiosa dominación del Gobernador Emmel y de la ley de la Eclesiarquía. Afirma que el señor Diácono es culpable de crímenes contra el Imperio**.

-**Imposible**- susurró Venik. -**¡Ese insensato ha firmado la sentencia de muerte de su ciudad!**

Cassandra continuó. -**Lord LaHayn ha ordenado la inmediata movilización de una fuerza de represalia. Nos ha encargado marchar sobre Metis y censurar al Barón por su herejía**.

Reiko frunció el ceño. -**Si Verity está en lo cierto y Vaun se esconde bajo la protección de Sherring, el Barón puede tener algo más que algunos guardias equivocados de su lado**.

-**Parece que los acontecimientos nos han superado-** dijo la Canonesa con gravedad. -**Mis órdenes han cambiado. Movilizar a toda la Hermandad. Metis se entregará a nosotras, o la arrasaremos hasta que únicamente queden cenizas**.



CAPITULO IX



La fuerza de asalto salió de la carretera cuando las puertas del paso de Staberinde se cernían amenazantemente por el bosque. Las exploradoras avanzadas informaron, la caballería leal de Sherring había colocado cargas explosivas en las escarpadas paredes del paso, la Canonesa Galatea no estaba de humor para caer en una táctica tan burda. Con mensajes cortos, envió sus órdenes a lo largo de la línea de Rhinos, Represores, Exorcistas e Immolators. Con lenta precisión, los vehículos blindados procedieron a forzar un camino a través de los árboles. De las rejas de bronce que tapaban una docena de cuernos en alados altavoces llegaron las primeras notas de los cantos de apertura de la Fede Imperialis, el himno de batalla del Adepta Sororitas.

Miriya se agachó en el techo del transporte de la Canonesa, la vista a través de sus magnoculares se movió cuando las orugas del vehículo blindado enfrentaron un montículo de oscura tierra. Avanzaban por una suave pendiente, estaba trufada de árboles, estos rodeaban la ciudad de Metis en un grueso anillo. A primera vista, la ciudad parecía ser un objetivo formidable, Metis fue construido en el tazón de basalto de un volcán muerto, una caldera donde la ciudad quedaba rodeada por un muro de protección natural. Había pocos puntos de entrada y enormes puertas custodiaban cada uno, pero en una inspección más cercana, había innumerables debilidades. En algunos lugares los muros de piedra eran más delgados, lo suficientemente delgados para que una andanada sostenida de misiles fuera capaz de quebrarlos y desmoronarlos.

La soldadesca de Metis, aunque destacaba por sus finos uniformes y sus habilidades con espadas ornamentales, estaban mal entrenados para hacer frente a asaltos armados y atacantes decididos. Las tropas del Barón Sherring eran

petimetres, principalmente locales, con sólo un puñado de soldados de la Guardia Imperial engordando en un cómodo destino. Las Hermanas de Batalla no esperaban aquí un desafío importante.

El punto de vista de la Celeste flotó hasta el borde superior de la vegetación arbórea, donde construcciones defensivas en forma de tambor tachonaban las faldas de la muralla de la ciudad. Dean Venik había proveído datos de inteligencia que mostraban que los fortines del barón estaban atendidos sólo por sirvientes de armas automáticas. Miriya se preguntó distraídamente por qué la Iglesia sintió la necesidad de mantener unos datos tácticos tan detallados sobre Metis. Parecía cada vez más, claramente, que Lord LaHayn sospechaba durante hacia ya bastante tiempo que Sherring podría separarse algún día.

La cúpula de la escotilla de cristal-acero sobre el artillero estaba abierta, se apalancaba hacia atrás para permitir que una figura acorazada se mostrarse a sí misma. La Canonesa Galatea se empapó de su entorno, compartiendo vigilante camaradería, asintiendo brevemente a las Hermanas que marchaban al lado de su Immolator. Agrupada alrededor de sus hombros y cayendo en cascada sobre su espalda, tenía una brillante capa hecha de terciopelo negro como la noche, contrastando fuertemente con su rígida piel blanca. La capa de santa Aspira es uno de los objetos más sagrados del convento de Neva, bendecida en el gran Palacio Eclesiarcal sobre la mismísima Terra. El manto fue fabricado con un extraño material parecido a la malla metálica que llevaba debajo de las galas, una forma casi ingrávida de armadura, su creación fue otra de las cosas que se perdió hacia ya mucho tiempo. Se decía que la santificada capa podría rechazar un disparo asesino por la voluntad del Emperador.

La Canonesa captó las miradas de asombro. -**No me gusta la expectación que atrae-** dijo en voz baja, acariciando la capa. -**Ésta reliquia es demasiado sagrada para ser arrastrada a la batalla con un enemigo tan indigno**.

Miriya enfundó sus magnoculares. -**El poder de un artefacto no está sólo en su fuerza física, sino que éste la honra Hermana. Sólo por poder ver el manto sobre ti, da gran valor a nuestras Hermanas y siembra la duda en la mente de quienes se nos oponen**.

Galatea arrugó la nariz. -**Ésta labor está por debajo de él. El honor de éste manto se desperdicia**.

-Sólo si no salimos victoriosas.

La Canonesa puso una mano en los dos cañones acoplados de fusión en la escotilla. -**Un día de Interés, Miriya. Una vez más, me has traído un día interesante**.

-Yo no podía saberlo.

-**¿Que la fuga de Vaun provocaría una revuelta?-** espetó Galatea. -**Por supuesto que no. La misión era simplemente tomar un criminal en custodia. ¿Cómo podrías llegar a entender la trama política y subterfugios que truenan sin ser vistos sobre todo Neva?-** negó con la cabeza. -**He servido a la Orden aquí durante años, y para ser sincera, los secretos entresijos del reino y la sociedad en éste mundo aún se ven empañados ante mí. Sherring, LaHayn, Vaun... todos ellos son las cartas de un peculiar tarot.**

A su pesar, Miriya se irguió. -**Somos hijas del Emperador, no fichas en algún juego de mesa**.

Galatea sonrió. -**Exactamente, Hermana Superiora. Y es por eso que será un día interesante**.

La columna blindada ascendía una colina baja, permanecieron en silencio por un momento, el Imperial Fede sonando sobre ellos. Por fin, Miriya se acercó más a la Canonesa y habló en voz baja y grave. -**El tema de la Hermana Verity... Respondió por ella antes frente a Venik, a pesar de que no sabía nada de su aventura en el Librarium**.

-Si tienes que preguntar por qué la protegí, entonces, tal vez la comprensión de nuestra Hermandad no esté tan clara para ti, Miriya- ella contempló el horizonte. -**Venik nunca ha sido amigo del Adepta Sororitas. Él preferiría que los hombres de la FDP** (Fuerzas de Defensa Planetaria, nt) **de Neva o de su DFM** (Defensa Fraternal Miliciana, nt) **defendieran sus capillas, los soldados así estarían más directamente influenciados por su voluntad que por la palabra del Dios-Emperador. Él es como cualquier clérigo nacido bajo el cielo de Neva, ambicioso y estrecho de miras. No le daré la oportunidad de oponerse a nosotras**.

Miriya exhaló un suspiro. -**Le voy a hablar con claridad, Canonesa. Éste artificio, el juego de doble sentido, el poder que rodea cada palabra y las obras, me irrita sobremanera. Sólo tengo una misión y es traer a Torris Vaun ante la justicia, no tengo ningún deseo de quedar atrapada en un triste vodevil político-** el rostro de la Celeste se arrugó con disgusto ante la sola idea de ello.

Galatea le obsequió una triste sonrisa. -**Entonces, le aconsejo Hermana, que nunca permita que la fuercen para ir más allá de su rango actual. He aprendido con un costo cruel que de todos los desafíos de poder con palabras, es la confusión de aquellos que dicen servir, el que con diferencia me fastidia más-** apartó la mirada. -**El rigor de una honesta batalla es un gran respiro**.

-**Ese Sherring... Si su dominio sobre Metis es tan férreo, ¿cómo fue posible que se le permitiera ganar esa posición de autoridad? Sin duda, su tendencia a la sedición, ¿acaso no se había observado?**- preguntó Miriya.

-**La nobleza de Neva siempre ha participado en las escaramuzas y los duelos. La avaricia del Barón Sherring no es diferente de cualquier otro de su especie**.

-**Excepto que ésta vez, al parecer, ha hecho un pacto con un brujo**.

-**Sí, si la Hermana Verity está en lo cierto, por lo que parece**.

Desde abajo, Miriya captó un zumbido, el crepitar de un canal de vox abierto, luego la voz de la Hermana Reiko susurró al auricular de su oído. -**Disculpe, Canonesa, pero creo que deberíais escuchar esto**.

-**¿Que le preocupa Reiko?-** Galatea miró hacia la cabeza de la formación, donde su ayudante montaba en un Rhino con los portadores de la bandera.

-**Una difusión blasfema se está enviando por la frecuencia general. Creo que está dirigida a los defensores de Metis**.

La Canonesa echó a Miriya un vistazo. -**Déjamela escucharla**.

Había una corteza de estática que se movió con el sonido de la voz de un

hombre, fuerte por la emoción que la envolvía. -**... amor a mis ciudadanos. Y con ese ideal, no puedo en buena conciencia continuar prometiendo la lealtad de mi casa y la buena ciudadanía, a un hombre para el que el abuso, en el nombre de la Iglesia Imperial, no conoce límites. Ha quedado claro para mí, el autoproclamado Lord Viktor LaHayn, está abusando de su autoridad como señor Diácono de la diócesis de Neva. Mis fuentes me han aportado pruebas, él y sus corruptos lacayos pagan lealtad no para con la Santa Terra, sino a un plan sorprendente vil, de tal traición y deslealtad que no me atrevo a pronunciarlo en voz alta. Incluso ahora, nuestro santuario de Metis está amenazado por funcionarios equivocados de LaHayn, cegados por su propia miopía. No queremos una guerra abierta, pero eso es lo que se ha impuesto sobre nosotros. Por nuestro futuro, por nuestro Emperador, debemos rechazar las torcidas normas del sacerdote traidor. Nuestra ciudad debe ser una antorcha de luz en ésta oscuridad. Tenemos que limpiar y borrar éste contagio. ¡Tenemos que luchar!**

Miriya reconoció la voz del Barón Sherring, pero a su vez también noto que la confianza que había exudado en la Catedral Lunar había desaparecido, reemplazada por un tipo de intensidad maníaca. -T**iene miedo**- pensó en voz alta.

-**Sí**- convino Galatea. -**Como debe ser**- golpeó la pestaña vox en el anillo del cuello de su armadura y silenció la alimentación de esos balbuceos provenientes de la ciudad. -**Reiko, haga sonar la alerta. Ha empujado a esos pobres tontos al frenesí de la batalla. La batalla no tardará mucho en empezar-** la Canonesa hizo señas a Miriya. -**Vamos abajo, Hermana. Debemos tomar un momento para bendecir nuestras municiones antes de usarlas**.



Verity se levantó de un salto cuando el Rhino salió al pasar un bache profundo, agarrando en un acto reflejo el Ministorum Medicus (botiquín de combate, nt) de su regazo. A medida que la Orden había comenzado a reunirse para el avance a Metis, Reiko había llegado hasta Verity para ofrecerla el santuario del convento hasta que la cuestión de la insurrección de Sherring hubiera sido zanjada.

Su respuesta llegó rápidamente, sin ningún pensamiento consciente. Creía que el Barón estaba conspirando con Torris Vaun, y ahora, que la ciudad-estado había osado desafiar abiertamente a la iglesia, más todavía. En su corazón sabía que si Vaun estaba en cualquier lugar, estaría sin duda detrás de las paredes de piedra negra de la caldera. Parecía imposible para ella que pudiera estar en otro lugar. Verity no tenía más remedio que ver ésta cadena de eventos a través de su consecución. La Hermana Reiko no desafió su elección, en su lugar, introdujo el nombre de la Hospitalaria en el rollo de batalla y le encontró un puesto. Una medicae más en la fuerza de asalto sería bienvenida.

Asegurándose su equipo, pasó junto a las Hermanas de Batalla que se congregaron en el transporte donde estaba ella, apretó la cara contra una ranura de disparo en el espeso casco blindado. Sus ojos se dirigieron inmediatamente a una tropa de mujeres que se movían en un rebaño apretado, con la cabezas gachas, ocultas bajo capuchas improvisadas, cortadas como trapos del material de las capas desechadas de alguna vieja batalla, jirones de armadura rota apenas cubría la desnudez pálida de sus cuerpos.

El corazón del Hospitalaria saltó a su garganta, nunca antes había visto a las Hermanas Repentia a tan corta distancia. Caminaban como mujeres condenadas, con los brazos cruzados en el pecho para sostener sus espadas-sierra de letal aspecto, como un sacerdote puede llevar una cruz o una reliquia. Vio un abrir y cerrar de las cadenas de hierro negro alrededor de sus extremidades y torsos, algunas de ellas portaban pliegues de pergamino santificado que caían de sus espaldas como alas enfermas. Cada una de los Repentia sin rostro llevaba el veteado de innumerables cicatrices sobre su piel desnuda, algunas auto-infligidas y otras, más recientes, figuraban con el ritual hecho antes de la batalla. Verity no pudo evitar estremecerse, mientras su mente conectaba con ésta visión y los horrores que había presenciado durante los Juegos de la Penitencia.

Sonó el vicioso silbido como de una serpiente, dando comienzo al chasqueo en los látigos neurales. La Señora Repentia avanzó entre las mismas Repentias, diciendo en voz alta una letanía. -**Aunque tenga que morir-** les gruñó. -**Voy a dar con gozo la bienvenida a la muerte**.

-Voy a dar la bienvenida a la muerte como a un viejo amigo. Y envolveré mis brazos alrededor de ella- corearon las Repentia.

-Sólo en la muerte termina el deber- la Señora cruzó las manos y dejó que el látigo neural en sus manos restallara sobre la piel expuesta de sus Hermanas, encendiendo el odio y el justo santo celo en su interior.

La devoción de las Repentia era a la vez imponente y terrible. La Hospitalaria podía sentir la necesidad que las quemaba, a cada una de ellas, el ansia de obtener una gloria virtuosa en combate sin restricciones. Las otras Hermanas de Batalla se separaron ante ellas como las aguas ante Moisés, sin ninguna palabra, sin siquiera mirarlas, lo que permitió a la Señora guiar con facilidad su rebaño hacia adelante. Incluso entre las Sororitas, el respeto que se mostraba a las Repentias no se basaba tanto en el miedo, sino en una gran estima. Todas las Hermanas al servicio del Emperador aspiraban a la misma pureza de fervor, pero sólo unas pocas podían en realidad entregarse totalmente a tan terrible poder, el mismo poder que éstas mujeres tenían sobradamente.

Una de las Repentia volvió su cabeza con laceraciones, apenas ocultas por su rasgada capucha carmesí, unos ojos más azules que el hielo, hundidos en un rostro pálido y atormentado, se encontraron con los de Verity. La Hospitalaria exclamó, entonces la mujer sin una chispa de reconocimiento, lentamente sin gesto alguno, se dio la vuelta de nuevo y continuó con el resto.

Con un rugido, el Rhino comenzó a moverse de nuevo, detrás de las Repentias hacia la línea de batalla. El viento trajo, como si fuera una señal convenida, presuroso los sonidos, Verity escuchó gritos de guerra y el resonar de los disparos.



La Caballería Acorazada de Metis había tendido una emboscada a la Orden de Nuestra Señora Mártir. Más allá de los lugares donde se habían establecido bloqueos, gruesos rodales de árboles difíciles de mover y capaces de frenar cualquier avance blindado, un escuadrón de exploradores móviles Salamander se ocultaba bajo redes de camuflaje a distancia óptica, apenas asomando por debajo del material hecho con un patrón de falsas hojas, espiando a las Hermanas de Batalla.

Algunos oficiales de las tropas de Sherring habían planteado sus dudas, también hicieron preguntas sobre cómo iban con sus armas a repeler al Adepta Sororitas. Esos hombres habían sido las primeras víctimas del conflicto, asesinados luego en silencio y reemplazados con los capitanes que entendieron mejor la naturaleza de la lealtad a la baronía.

Todos a una, los Salamanders dispararon sus armas primarias, un diferencial que castigó con su fuego automático rasgado a través de su cobertura temporal de ramas, hacia adelante, contra las Hermanas de Batalla. Las mujeres murieron en rayas de fuego naranja detrás de la arboleda, el comandante ordenó a sus unidades exploradoras que encendieran sus motores y empezarán la retirada. Los tanques de exploración volvieron a disparar mientras se movían, recubriendo el perímetro con silbante acero.



-**¡Fuego enemigo!**- la voz de Reiko resonó desde el vox. A bordo del Immolator de Galatea, Miriya se sacudió cuando el conductor cambió de marcha, la línea de vehículos se dispersó, un intento de minimizar cualquier daño por bombardeo enemigo. La Canonesa se acercó a un complejo dispositivo que mezclaba un escáner con un periscopio auspex y un cogitador de focalización. -**Más allá de esos matorrales, explorar en busca de movimiento**- espetó. Miró por encima del hombro a Miriya. -**Exorcistas. Quiero esa línea de árboles quemada. A todas las unidades, ¡apoyen el ataque y mantengan el avance!**

La Hermana de Batalla escuchó las oraciones de reconocimiento por parte de las unidades de misiles que iban, a cierta distancia y por detrás de ellas, subió la corta escalera hasta la cúpula del vehículo. Miriya llegó a tiempo de oír los gritos y el clarín de campanas de los tubos de lanzamiento de los tanques Exorcista tras ellas.

Construido, al igual que muchos de los vehículos blindados del Imperio, en la construcción de la plantilla estándar que sirvió de base para el Rhino, los Exorcistas son las unidades tácticas que más tiempo llevaban de existencia. Casi todos ellos se remontaban a los años turbulentos de la Era de la Apostasía, cuando viajaron a los campos de batalla de las Guerras de la Fe como unidades

santuarios de ataque móviles. Donde la mayoría de los vehículos de guerra de la Orden, lucían librea en rojos, negros y blancos, muchas unidades Exorcista tenían oro y plata sobre ellos con un intrincado detalle. Las láminas de armadura ablativa se trabajaron con incrustaciones en las piezas en la misma fundición. Brotando de la parte trasera del vehículo, sobresalían varios imponentes tubos cobrizos de órgano, reflejando los colores de la luz del sol de Neva. A partir de estos instrumentos no venia música, sino el juicio y la destrucción. Con gritos de fuego en sus colas, chorros de misiles salieron de los tubos de lanzamiento, describiendo un arco delante mismo de los lanzadores, luego decayeron hacia los Salamanders y los árboles espinosos. Los resistentes árboles se separaron o fueron talados, despejando el camino para que las Hermanas de Batalla y las Hermanas Vengadoras pudieran avanzar. Con ellas llegaron las proas de una docena de Represores e Immolators.

Un segundo bombardeo fue innecesario. Las Salamanders sobrevivientes huyeron en una franca retirada, con un bello encaje al azar de fuego laser hacia los hombres en las cabinas que se atrevieron a probar la paciencia de la Hermandad. El tanque de Galatea rodeó una de las unidades enemigas. El vehículo explorador había volcado sobre un lado por un socavón cercano, Miriya recogido algún vago sonido de movimiento en su interior a medida que pasaban. Prestó poco atención al hecho. Sus Hermanas a pie se ocuparían de los supervivientes. El Immolator giro fácilmente su torreta, dejando que el mecanismo de seguimiento de los cañones de fusión se desplazara en una ida y vuelta a través del horizonte. Los Salamanders que quedaban usaron su gran velocidad para alejarse rápidamente, había una clara posibilidad de que conseguirían estar fuera del alcance antes de que las Sororitas pudieran encontrar un tiro claro.

-**Están tratando de atraernos al alcance de las armas emplazadas-** señaló Miriya. -**Tal vez podríamos buscar un lugar, ¿uno donde romper el muro de protección penetrando por otro sitio?**

-**No estoy de acuerdo-** respondió Galatea. -**La Puerta del Oeste está en éste eje de ataque. Vamos a concentrar las fuerzas y progresar hacia la ciudad**.

Un rayo de rifle láser voló cercano al tanque, golpeando un árbol y convirtiéndolo es una antorcha. Miriya manipuló la torreta para rastrear al culpable, marcando la distancia focal y esperando el momento oportuno. -**Con**

todo respeto, una penetración a través de los muros sería la opción más rápida. Los Exorcistas podrían...

-**Ya tiene sus órdenes, Hermana Superiora-** el tono de la Canonesa no admitía discusión. -**Estás en lo cierto, pero esto no es una cuestión de mostrar todo lo que sabemos de táctica. Si esperamos quebrar al Barón Sherring y a ésta ciudad, tienen que ver como penetramos rápidamente su baluarte más fuerte, aquí no hay margen para la astucia. La puerta debe caer y para ello tendremos que silenciar sus armas. Presionándolos**.

-**Ave Imperator-** dijo la Celeste, y apretó la barra de tiro doble en la torreta. Cuatro líneas de energía brillante fueron expulsadas de los cañones acoplados de fusión, reuniéndose y cayendo como flechas de fuego puro. Las explosiones de microondas golpearon la parte trasera de un Salamander y sobrecalentaron la estructura molecular del vehículo explorador en nanosegundos. El metal se retorció, siseó y desgasificó, mientras que los hombres en el interior gritaban de pura agonía, mientras los vapores ardientes rasgaron sus pulmones. El Salamander viró bruscamente su rumbo y chocó con un grupo de árboles.

Miriya lanzó una mirada por encima del hombro a la fuerza de vehículos acorazados detrás de ellas. A sus espaldas había nubes sucias de humo gris compacto en el aire. Pequeños incendios iniciados en los bosques por el fuego indirecto tomaban nuevos ánimos.



La escotilla se retorció en su marco, así que el conductor tuvo que hacer cuatro intentos, pateándola con fuerza, hasta conseguir abrirla. Sus piernas temblaban y no podía ver muy bien, por lo que se guiaba por el tacto y un poco por la vista, era todo lo que realmente tenía para seguir adelante. Las salvas de misiles habían sacudido a los Salamanders como un pequeño bote en una tormenta, y en su camino habían plantado sus cabezas explosivas en las paredes metálicas de media docena de vehículos. Él sonido de las explosiones cesó por ahora. No había más que un curioso chirrido rebotando dentro de su cráneo. Sólo para asegurarse de que todavía podía hablar, el conductor soltó un par de maldiciones dignas de un día en primera línea, se abrió paso hacia fuera más allá de la pasta

húmeda, unos restos que eran todo lo que quedaba de sus compañeros de tripulación.

La escotilla rota lo dejó salir cerca del revuelto y oscuro barro, trepó frenéticamente, añadiendo más vetas de suelo marrón a su ropa, el rojo recubierto del negro aceite manchaba la heráldica de su uniforme de soldado de caballería. Había perdido su pistola Stubber en algún lugar dentro del tanque, finalmente, acabó de rodar por una pequeña pendiente y se quedó parado boca arriba.

Cuando el hombre se limpió la sangre de sus ojos, vio el círculo de mujeres alrededor de él y chilló. Todas llevaban la cabeza tapada con campanas de la muerte del color de la sangre nueva y estaban vestidas con harapos. Una de ellas se inclinó para examinarlo, como un niño podría considerar un insecto debajo de una lupa.

-Pie... piedad, ¡por favor!- logró escupir el conductor. -**Por el Emperador, por favor. ¡No soy un hereje!**

Los labios de la mujer se movían y él luchó por entender lo que estaba diciendo. Por último, la hembra encapuchada le cogió una mano y se la apretó plana en su propio pecho desnudo para que pudiera sentir la vibración mientras hablaba. Luchó con su estado al darse cuenta de que no estaba hablando, sino cantando.

-**A morte perpetua, domine, líbranos**- entonó la Hermana Iona. -**Tú que quisiste sólo traer muerte, que de ninguna has prescindido, expuesto quedas a ningún perdón**.

Vio el brillo de la espada-sierra evisceradora mientras la levantaba, luego su cuerpo se encendió con el dolor cuando la usó para cortar presionándola sobre su torso con ambas manos. El conductor se estremeció e intentó alejarse gritando mientras la Repentia dejó caer el resto de su hoja y lo cortó en pedazos.



Las torretas de los emplazamientos defensivos estaban hambrientas de ellas, en toda la zona descubierta y despejada de maleza delante de la puerta del oeste, un

cañón automático trazador fue dejando trazos de color púrpura en el aire, cortando el suelo demasiado cerca de las botas de las Hermanas de Batalla, unas utilizaron un Salamander tumbado como cobertura. Algunos disparos salieron rebotados hacia el explorador blindado, haciendo ruido como piedras en una taza de estaño.

Vidriosas Lentes oculares de cogitador, como tallos de hierro, se extendía desde la parte superior de las torretas planas, había cables que conectaban a algunos de ellos junto a la Mente-Servidor, así cada uno podrían compartir los datos, rumbos del enemigo y los posibles objetivos. Las armas eran ancianas y pesadas, pero aún así su precisión fue suficiente para destrozar a las Hermanas que se atrevieron a presionar demasiado hacia delante ó avanzaron demasiado rápido. Los Salamanders supervivientes se retiraron detrás de las líneas de los cañones, tras las últimas trincheras donde pesados cañones Stubber estaban siendo alimentados con cargadores por más soldados con los colores de Sherring. Algún destello laser ocasional mostró donde los mal informados soldados, de la Guardia Imperial de Metis, se habían unido a la caballería en la defensa.

La Hermana Reiko dirigía a las mujeres bajo su mando directo, concentrándose en las armas de fuego y en matar a los guardias primero. Su entrenamiento era mejor que las fueras locales de segunda categoría, cuyas habilidades marciales se basaban sobre todo en ejercicios de patio de armas y desfiles reglamentados. Disparos precisos sobre los guardias que huían también tuvieron un efecto desmoralizador sobre los soldados de caballería, haciéndoles ver la muerte repentina y brutal a la que ellos mismos se enfrentaban si continuaban luchando.

La Canonesa Galatea no detuvo el avance. El impulso de las Hermanas de Batalla era alto, los comandantes de Sherring habían jugado tontamente sus tácticas de libro contra ellas, pero no eran los soldados rasos de otras ciudades-estado con las que la caballería se había enfrentado en los últimos años. La Orden de Nuestra Señora Mártir se movía con la velocidad de la pasión y el celo divino brotando en todos sus corazones.

-La luz del Emperador está sobre nosotros- exclamó Reiko. **-¡Censurad a los caídos y castigadlos!** sus lanzallamas chillaban mientras escupía llamas desde la escotilla de su Rhino, a su lado llegó un portaestandarte que mostraba la sagrada figura de santa Catalina. Rodando por el accidentado paisaje que rodeaba la puerta, una falange de Immolators y un escuadrón de Hermanas Vengadoras

barrió, como otrora la Santa, a los pocos supervivientes por detrás de la unidad de Reiko.

Las Vengadoras eran valquirias sin rostro, sus cascos sellados contra el humo y la furia de la batalla. Muchas de ellas llevaban los voluminosos bólters pesados y cañones de fusión. Reiko las instó a continuar con un fuerte gesto de su lanzallamas, escribiendo un barrido de fuego naranja a través de las líneas enemigas. Como una sola, se desató la fuerza de sus armas, vadeando las espinas de trampas para tanques de acero y vertiendo la muerte en las líneas de trincheras exteriores. Balas de punta roma de los rifles Stubber salieron rebotadas ante las armaduras de las Hermanas de Batalla con un repiqueteo, apostasía como granizo. Reiko les dio fuego a cambio, incendiando los hombres demasiado lentos para correr. Algunos cayeron de rodillas y suplicaron. Aquellos que murieron así, fue con su cara apartándose con disgusto mientras se les concedía la absolución.



Los Represores en primera fila, apoyaron su parte delantera reforzada en las trampas contra tanques y las empujaron a un lado con un progreso constante. Las oxidadas vigas metálicas fueron dejando surcos en la carretera, hasta que cayeron, rodando por la pendiente de barro como bolas descartadas por un niño gigante. Los Exorcistas hicieron una descarga constante sobre las puertas, las inmensas y blindadas puertas de metal sonaban con cada sólido impacto. Los Immolators estaban al borde de la punta de lanza, impactos de fuego y lanzas de energía de microondas procedente de los cañones de fusión, cubrieron el rococemento hasta que comenzó a deformarse y a empezar a hervir.

Miriya oyó el ruido metálico de la puerta trasera de su tanque y sintió la fortaleza del vehículo cuando la Canonesa saltó sobre la superficie dorsal. Galatea tenía en la mano un gastado volumen de la Guerra de la Reprensión, uno de los muchos libros santificados de doctrina de combate respetados por las Hermanas de Batalla. La mujer lo sostuvo en alto para que cada Sororita en el campo de batalla fuera capaz de mirar hacia arriba y divisar la luz de la brillante tinta en las páginas abiertas. -**Somos el oprobio de Terra Santa, el corte que quema sobre el mismo acero-** rugió. -**Mostremos a estos derrochadores la**

ventaja que nunca se embota. La fe pura en el Emperador, ¡el beso eterno de la llama!

El grito de guerra era viejo, pero todavía tocaba el fervor en cada una de las Celestes como si fuera nuevo en sus oídos, lo que desató una viciosa euforia dentro de ellas. Notó la sangre cantando en sus venas, Miriya colocó la mira de las armas del tanque sobre sus merecidos enemigos y los desintegró.

El fuego de las torretas con cañones automáticos zumbaba en el aire mientras los tanques entraron en su área de distribución, negros socavones perforaban la tierra y puños de tierra saltaron manteniéndose unos instantes en suspensión.



La residencia del Señor de la ciudad se basaba en una antigua casa real con un pasado lejano en Terra. Ancha y baja, la parte delantera de la casa del Barón Sherring presenta una docena de ventanas altas de cristal-acero blindado, con motivos ornamentales y más allá la sombra de la pared color caldera. El mismo Barón continuó como había hecho durante las últimas horas, orbitando entre las ventanas y la colección de tubos para la inserción de comunicados en las estanterías de su despacho. La puerta se abrió de golpe para dar paso a Vaun, que había ignorado la insistencia de Sherring de ponerse un uniforme de caballería y en su lugar quedó envuelto en una túnica y un pantalón de color azul noche profunda.

-Mi señor barón, ¿todavía yendo de un lado para otro? Si sigue así, hará una zanja en esa carísima alfombra.

Sherring se puso rojo de ira, casi tiró el monóculo que tenía en la mano sobre el psíquico. Los guardaespaldas del Barón se tensaron, dispuesto a sacar las armas contra Vaun sin una orden directa de su Señor.

Vaun hizo un guiño grosero a las tres figuras que le habían seguido a la cámara. Sherring conocía al joven con el rojo pelo rebelde, Ignis, creyó recordar lo llamaban, pero la mujer con cara de rata y el hombre encapuchado, esos dos eran nuevos, parecían poco más que vulgares desconocidos, posiblemente de la banda

de matones de algún corsario.

-El compromiso no va por buen camino- exclamó el Barón. -**Sus estimaciones del número de Sororitas en Noroc fue baja. ¡Usted me dijo que no comprometerían tantas fuerzas de su Orden!**

Vaun hizo un gesto vago con la mano izquierda. -**Sí. La Orden de Nuestra Señora Mártir ha sido más que devota en su despliegue. Entiendo por ello que han debido enviar todo lo que tienen a ésta región. Las mujeres del Manto Ermina se han mantenido para defender Noroc en su lugar, para que la Canonesa Galatea pudiera venir aquí y castigarnos-** una sonrisa amenazó con levantarse en su rostro.

-¿Te parece divertido?- escupió Sherring. -**Nos estamos embarcando en una batalla por el alma de éste planeta, contra un enemigo en el que usted y su cuadro serán todas las víctimas-** pasó la mano señalando a Ignis y a los otros dos. -**Sangre del Emperador, ¡no hay un asunto más serio!**

Vaun hizo una reverencia contrita. -**Perdonadme, Barón. No quise faltarle el respeto. Me complace que haya sido capaz de iluminar el camino, para llevarnos a ésta importantísima decisión**.

El Tren de pensamientos de Sherring vaciló por un momento. -**La hermandad es más peligrosa de lo que esperaba. Avanzan sin miedo...**

-Sí- convino Vaun. -**El celo es un arma poderosa, ¿no es así?**

-Si tan sólo pudiera mostrarles lo que hay detrás de LaHayn, sin duda dejarían de luchar.

-Eso sería un error- espetó el psíquico. -**Por mucho que nos duela tomar la vida de éstas dedicadas siervas del Dios-Emperador, su equivocada fe las ha cegado a las verdades que hemos descubierto. Nunca aceptarían su palabra sobre la traición del Lord Diácono-** asintió con la cabeza. -**¡Ánimo!, piense en el hecho de pronto que van a ir al Trono Dorado con honor, pues su único error es creer demasiado ciegamente en la iglesia**.

-Éste curso que he tomado…- las palabras de Sherring estaban cargadas con un esfuerzo plomizo. -**Rezo para que la Eclesiarquía vea el mérito del mismo, de**

lo contrario todos seremos condenados como traidores.

-**Estoy convencido, Barón. El Ordo Hereticus le nombrará héroe por el papel que se atrevió a tomar hoy**.

Sherring lo miró. -**¿Y? ¿Qué hay de la ayuda que me prometiste? ¿Dónde están las armas de la propia creación de LaHayn, que según usted dijo que se volvería contra él?**

-**Aquí-** sonrió Vaun, señalando a la mujer y al hombre. -**Pero déjeme mi buen Barón, que le presente a mis compañeros, Abb el ciego y la chica se llama Suki**.

Era el turno del Barón para divertirse. -**¿Seguro que esto no es una broma? ¿Una mujer delgada y un hombre ciego? ¿Para qué diablos van a servir?**

Vaun inclinó la cabeza. -**Mostradle a nuestro amigo Holt, vuestras virtudes... ¿queréis?**

Suki se encogió sobre sí misma, por un momento pensó Sherring que iba a vomitar sobre sus ricas alfombras, luego dejó escapar un aullido gutural de su boca de la que salió inesperadamente una gota de apestoso fuego. El más cercano de sus guardaespaldas fue capturado en el nimbo de su aliento de dragón y murió súbitamente de pie.

El segundo guardián tenía la pistola en la mano, el ciego señaló con un dedo torcido hacia él. Sus lechosos ojos examinaron la habitación como si todavía pudieran ver, centrado en el hombre de Sherring. Las venas de la frente de Abb palpitaban y el soldado gritó. Volutas de humo emplumado salieron por la nariz y la boca, cayó al suelo tostado desde su interior.

-**Terra me proteja-** murmuró el barón. -**¡Piroquinesis!**

La sonrisa de Vaun creció. -**Impresionante, ¿no? Le estoy concediendo el servicio de estos dos como un gesto de solidaridad**.

-**Por... por supuesto…-** Sherring retrocedió, el olor a carne humana quemada era repugnante en su nariz.



Enviaron aeronaves para bombardear las máquinas de guerra de la Hermandad, el mismo modelo de coleópteros ovalados que Vaun había utilizado para atacar Noroc durante la Bendición de la herida. Esa noche, la vigilancia de la guardia en la capital había sido floja y muchos habían pagado por su falta de atención ante la muerte, pero las tropas de Galatea eran más que un simple blanco listo para un bombardeo aéreo. El afecto del Barón Sherring por los aviadores y las aeronaves estaba bien documentado, y las Hermanas de Batalla habían venido preparadas.

Los coleópteros vibraban a través de la cobertura que les proporcionaba el humo que crecía en altura y volumen sobre la Puerta Oeste de Metis, disparmente iluminada por las líneas de lento movimiento que los tanques escupían en forma de proyectiles bólter y fuego láser. Llegaron volando a baja cota, creyendo erróneamente que seguían contando con el factor sorpresa, pero esa táctica ya había agotado su valor.

Unidades de las Hermanas Dominion, la casta de armas especiales del Sororitas, cambiaron los objetivos de los emplazamientos de las torretas y servidores de armas a las aeronaves. bólter pesados y cañones de fusión convergieron y se llevaron la primer aeronave en forma de disco del cielo, derramando palas de turbina y trozos de metal del casco, cayendo de punta a punta en la línea de árboles ardiendo. Las llamas se extendían fuera de Metis ahora, enrolladas alrededor de las laderas del sur y el oeste en un retorcido naranja parpadeante sobre el cuello de la ciudad.

Otras dos de los naves chocaron llevadas por el pánico, sus pilotos se dieron cuenta demasiado tarde de que las Hermanas no eran los fáciles blancos que habían bombardeado en Noroc. Una tercera nave apareció, con el combustible ardiendo detrás, justo como la cola de un cometa en llamas, convergió hacia la línea de los Rhinos blindados, y el metal se reunió con las placas de ceramita cuando los dos vehículos chocaron.



La explosión hizo que el suelo ondulara y temblara. La onda expansiva de la explosión se desplazó por la ladera y se metió bajo los cuartos traseros del Rhino donde iba la Hermana Verity. Su mundo giró como loco cuando la caja de acero de repente se agitó bruscamente a su alrededor, lanzando a las mujeres y equipo en el interior en un desorden caótico. La sangre manchaba su visión cuando notó como su cabeza golpeó un borde y rebotó. La parte clínica, separada de su mente captó el sonido, ese crujido seco del cuello de alguien al romperse, cuando una de las Hermanas de Batalla fue golpeada por una caja de munición suelta. Una cálida oscuridad robó el resto de los confusos impactos sobre ella, luego, abruptamente, sin desplazamiento aparente entre momentos, la joven se encontraba tendida entre hierbas hasta los tobillos, su estrecho cuerpo tatuado con docenas de nuevos cardenales.

Verity se movió y recibió una ola de dolor de sus articulaciones. Unas solidas manos pasaron ahuecadas bajo sus axilas y la ayudaron a ponerse en pie. Parpadeó, intentando despejar poco a poco su visión, ésta reveló una multitud de vagas formas de color rojo ó rosas, bastante borrosas. Había un nuevo ruido peculiar, como el zumbido de un diminuto y molesto insecto.

-**Hospitalaria, cúrate a ti misma-** masculló alguien densamente, las palabras burbujeando con un toque de histeria. Luchó para que sus ojos enfocaran bien y cuando enfocaron de nuevo, lo lamentó. Allí, delante de ella estaban los restos del Rhino, el volátil combustible de promethium se agrupaba debajo de ella, en medio de una pasta de cadáveres de Sororitas. Su estómago le dio un vuelco y se quedó sin aliento.

-El Emperador, sin duda vela por ti- dijo una voz en su oído. -**Él tiene un plan para ti, Hermana. No sobrevivió nadie más de ese transporte**.

Verity se centro en el orador, el aturdimiento en su mente se fue desvaneciendo con cada segundo que pasaba. Miró hacia abajo para ver una pálida mano con una cicatriz sostenerla en brazos. Lo siguió hasta un rostro bajo una capucha roja rasgada y ahogó un suspiro. -**Repentia...**

-**Por la gracia del Emperador-** respondió Iona, sosteniendo aún al ralentí su espada-sierra, una evisceradora. -**Perderás tu vida si permaneces aquí. Él no la perdonó para que eso pudiera suceder**.

La Señora, una oscura figura acorazada con pesados látigos neurales en sus manos, levantó la vista y señaló hacia el cuerpo a cuerpo. **-La medicae está a nuestro cuidado. Mientras, seguimos adelante. ¡Su vida debe ser protegida!**

Luego reanudaron el avance, hacia delante, las mujeres de trapos rojos y alta rabia, dándolo todo, acercándose más a la batalla, que se mostraba cada vez más cruda.



CAPITULO
X



Una ráfaga de calor quemó la mejilla de la Hermana Miriya, quien se inclinó sobre los controles de solución de disparo, girando la torreta del Immolator en un arco cerrado. En el lado de sotavento de los emplazamientos de cañones automáticos más cercanos, un soldado de caballería con más valentía que intelecto, operaba un mortero portátil, cuya recámara se encontraba bloqueada por un reluciente proyectil, la Hermana de Batalla, activó el cañón de fusión trazando una línea ondulante de calor a través del rococemento hasta el barro donde estaba el mortero, incinerándolo con intermitentes detonaciones.

Atraído por tal actividad, el cerebro cogitador de la torreta, inició un laborioso giro, cuando quedó centrado Miriya presionó un pedal interruptor de control bajo su pie y pronunció una breve oración a los Tecnosacerdotes del Dios-Emperador, la acción derivó en un bloqueo del objetivo para el misil cazador-asesino de un sólo disparo, situado en la parte de arriba y muy atrás en un flanco del Immolator, con palabras de consagración escritas sobre pergaminos que cubrían el tubo ciñéndose con sellos consagrados de cera roja y blanca, sellando así las rejillas de escape de gases.

Miriya señaló el emplazamiento del arma y miró a la Canonesa. -**¿Da su permiso, honorable Hermana?**

-**Puede remover los sellos**- asintió Galatea. -**El cazador está a sus órdenes**.

-**Bien**- Miriya no necesitó más estímulos, giró una llave de bronce ornamentada del tablero de tiro de la torreta.

El tubo resopló con una gran bocanada de humo blanco, de dentro salió un proyectil de aspecto terrible, de cabeza aserrada y dentada cola. Por medios, cuya comprensión resultaban ajenos a la Hermana Miriya, el misil cazador contactó directamente con el espíritu máquina del Immolator y con su auspex en los escasos segundos que le llevó la expulsión de la recámara hacia su objetivo, el cohete ascendió en el aire dejando una estela gris, como un salmón saltando fuera del agua, empezó a decaer balísticamente sobre su propio eje y acabó penetrando en la parte superior de la torreta del cañón automático.

El emplazamiento del arma se abrió con un destello rojo y negro, las celdas de energía sin usar rasgaron el aire, a medida que se encendieron desatando un infierno. A lo largo de la línea de torretas enemigas, una onda de descarga eléctrica atravesó los cables de conexión del cerebro de los Servidores conectados, lo que generó unos instantes de confusión.

-**Reanuden el ataque**- gritó Galatea, el micrófono vox de su armadura tomó sus palabras y las amplificó a través de los megáfonos de su tanque.

-**Fe inquebrantable-** respondió cada Hermana en el campo, soltando el grito de batalla con fuego y furia. Los Exorcistas y los Immolator abrieron fuego sobre los bunkers de armas automáticas, uno por uno, se abrieron al cielo como flores, haciendo que los restos descuartizados de cerebros humanos de los Servidores, hirvieran en el aire.

El eco de múltiples detonaciones sacudió el humo, mostrando bocetos de la carga de las Adeptas Sororitas, en las trincheras y en los puestos de tiradores más allá de las torres de la Puerta Oeste, los soldados rompieron sus líneas y se dispersaron, huyendo al ver cargar a las benditas mujeres. Las capas rojas chasquearon en las espaldas de las Hermanas de Batalla, la tenue luz del sol iluminó a través del velo nebuloso del combate, las brillantes y poderosas armaduras negras avanzando con sus cabezas descubiertas de capuchas, mostraban la incontenible ira en sus rostros, enmarcados por mechones de cabello ceniciento o negro. La pasión del Dios-Emperador estaba con ellas, el espíritu de Catalina Mártir en sus escudos y espadas.

Los defensores de Metis respondieron abriendo fuego, pero a las mujeres les sobrevino una natural fe manifiesta.



La Hermana Repentia llevó a Verity, como una ola podría haber llevado un trozo de madera a la deriva, estaba fuera de control, guiada y presionada por las manos de la encapuchada roja y su Señora Superiora, se sentía incluida y al mismo tiempo aislada del pequeño grupo. La Hospitalaria se cubrió con su propia túnica, tapó su rostro aislándolo de la locura y del rugido de la batalla, allí no había ningún lugar, que pudiera ocultar de su vista la sangrienta ruina de la guerra, la doctrina recibida durante su instrucción como medicae se volvía real, tan real como un globo ocular roto rodando por el suelo de rococemento, como un hombre yaciente, abierto y descorazonado como una manzana, como aquellos huesos blancos que reposaban sobre una masa sangrante roja y chamuscada. Verity se había encontrado con heridas tan salvaje como éstas y más, pero siempre en la distancia, había visto muertos y moribundos al ser removidos del campo de batalla, la idea de en donde o como se habían originado tales heridas le sonaba abstracta, como si fuese un concepto dislocado de la realidad. Ahora, era testigo presencial de cómo se ocasionaban tales heridas, sintiendo el familiar aroma a cobre quemado, típico de lugares horribles como éste.

Verity se tambaleó, y la Señora la cogió del brazo, evitando que cayera. Las Hermanas Repentias irrumpieron delante de ellas, lanzándose imprudentemente sobre las alambradas de púas y arrojándose en las profundidades de las trincheras detrás de éstas. Las lesiones surcaban cada centímetro de sus pieles, el arrepentimiento llamaba a la muerte con sus gemidos. Las Hermanas que superaron tras ellas estos obstáculos, con sus pesadas espadas-sierra evisceradoras, hicieron el trabajo de varios hombres en un breve lapso de tiempo, girando sus filos dentados y triturando carne, hueso y tela durante su carrera descendente, con los desafilados bordes de hierro de sus armas, en cuyas cavidades y nervaduras se observaban ornamentados cráneos.

Aquella llamada Iona, la mujer que había invocado el Catecismo de la Penitente luego de haber fracasado en salvar a Lethe de la muerte, demostró todo su oficio ante sus Hermanas, matando con total frenesí, Verity vio como recorría con su espada el esternón de un aullante oficial de caballería, asombrándose al notar la total indiferencia, la falta de sentimientos y la mirada glaciar en sus ojos. La Hospitalaria sintió retornar el conflicto de emociones que la acosaba, el mismo

huracán de ira, tristeza y pesar que había cargado desde el día que llegó a Neva. ¿Ya poseía Iona tales sentimientos? ¿Había quedado tan marcada por la brutal muerte de Lethe, que lo único que podía hacer, era perseguir la merced de una sangrienta redención? Verity se turbó al darse cuenta de que de alguna manera, podía identificarse con la pálida mujer.

-**¡Avancen!**- gritó la Señora Repentia. -**Tomen sólo los pecados y ningún prisionero. Dejen sólo carne y expulsen la corrupción. ¡Avancen, avancen!**

Verity fue llevada con ellas tras las trincheras a los túneles que conducían a la ciudad.



Las leyendas locales, rezaban que las Puertas del Oeste de Metis fueron forjadas a partir del casco de metal de la primera nave colonizadora que llegó a Neva, allá en los tiempos de la expansión, cuando las estrellas aún eran nuevas para la humanidad, resultaba por lo tanto, una reliquia histórica de gran importancia para los habitantes de éste planeta, dicha reliquia cerraba el paso de los agentes elegidos por el Dios-Emperador, razón por la cual, el acero que había viajado un millón de años luz desde su forja se hizo añicos bajo el fuego de un centenar de armas de las Sororitas, con un estruendo monstruoso, la puerta de cuatro pisos de altura acabó colapsándose y derrumbándose.

Las proas afiladas como navajas de los tanques Represores, mordían la ruinas dispersas a lo largo de la carretera, a medida que giraban hacia las calles, tratando de tomar agarre sobre el liso rococemento. Los hombres muertos y las máquinas destruidas fueron empujadas por los vehículos hacia los canales, a medida que las Hijas del Emperador marchaban en compactas líneas, tras un puñado de tanques acorazados. La sangre corría tras su paso, calle arriba y calle abajo, aún cuando el viento se llevaba sus himnos.

La última línea de defensa comandada por un puñado de oficiales aterrorizados y francotiradores armados con láser, situados en lo alto de los edificios exteriores, lanzaron una lluvia de líneas carmesí que cayó sobre las Hermanas de Batalla. Miriya y las otras mujeres situadas en las torretas de los tanques, les hicieron

pagar diez veces el precio de tal ataque, con fuego de plasma y cohetes, arrasaron las plantas superiores de las viviendas de piedra, débil material se les oponía, tal como la madera y las tejas. El fuego proveniente de los incendios del bosque, siguió el paso de las Hermanas de Batalla, el humo y las llamas se encresparon y arremolinaron sobre las sangrientas trincheras.

Metis era una rica ciudad, como tantas aglomeraciones en Neva, las cicatrices de la pobreza y la anarquía que se observaba en los rostros de los habitantes de otros muchos mundos colmena y colonias, estaban en Metis ausentes o por lo menos en otro lugar, desplazados a las lunas forja, en donde los pobres y los desesperados podían ser utilizados y retenidos. Los distritos de mercados más pobres de Metis, eran verdaderos palacios en comparación con las madrigueras de ratas que la Hermana Miriya había visto en algunos mundos del imperio. Sin embargo, semejantes distritos ardieron igual de bien aquí que a lo largo del imperio. La población civil, formó una verdadera ola de refugiados a partir de la llegada de las Sororitas, corrieron de sus hogares cuando los Immolator avanzaron sobre ellos, aquellos que se atrevieron a permanecer firmes, demostrándose desafiantes frente a las Hermanas de Batalla, recibieron la censura ritual del santo tiro de gracia, aquellos que demostraron una obediencia ciega, fueron dejados con vida a los lados del camino.

La Canonesa se mantuvo firme sobre su tanque, a la cabeza del justo castigo que impartía su legión, el manto de santa Aspira ondeaba tras ella rompiendo con la brisa. Sujetó el sagrado libro en una mano, recitando las citas imperiales hacia el frente de batalla, donde la errante caballería de Metis aún pretendía desafiar la procesión. Algunos de los soldados del barón, arrojaron sus armas y oraron por una misericordiosa piedad cuando vieron avanzar a las Sororitas. Hombres que doblaban la edad de Miriya, aullaron como niños, soportando la mirada del juicio, comprendieron el terrible delito que habían cometido, algunos de ellos, posaron sus miradas sobre el manto de Galatea, sabiendo o conociendo lo que era y significaba, la reliquia sagrada, tocada por el aura de su Eterna Señora transformaba a la Canonesa en el avatar del Emperador, rápida y terrible era su justicia.

Miriya podía leer en sus rostros, los interrogantes que los acosaban por aquel entonces, preguntándose a sí mismos, ¿cómo podíamos haber pensado siquiera, en desafiar a la iglesia? ¿Qué va a ser de nosotros? ¿Vamos a ser perdonados? Los entrecortados chasquidos de las pistolas bólter, respondieron los

interrogantes por ellos. Aquellos vestidos con el brocado de Sherring y con altas galas reflejando su rango, fueron escogidos para un sacrificio ejemplar como resultado de su deslealtad.

-**Con el rayo y la tempestad, Emperador, líbranos**- Galatea citó el versículo de la oración de batalla de memoria. -**De la peste, del engaño, la tentación y la guerra, nuestro Emperador, líbranos**.

La Hermana Miriya reconoció el aroma a cordita y madera quemada en el aire, volvió a dirigir su mirada hacia las cercanas Sororitas que rodeaban y escoltaban el lento desplazamiento del tanque. A pie, Reiko llamó su atención con un guiño de ojo, la veterana Superiora avanzaba con Portia e Isabel a su lado, secundadas por una portadora del estandarte. Entre los trajes ceremoniales de color rojo, Miriya se dio cuenta de que no había señal alguna de la Hospitalaria Verity, por reflejo hizo la señal del Aquila. -**Terra protege a los fieles**- susurró, mirando las huellas de muerte que dejaban tras de sí las cadenas del Immolator.



-**¡Torris!**- la estridente voz de Ignis, viajó por los amplios pasillos de mármol y detuvo al psíquico en seco. Vaun giró sobre sus talones, sujetando una placa de datos en la mano.

-**Cálmate muchacho, suenas como si estuvieras en llamas. ¿A qué viene tanto pánico?**

El joven pelirrojo tragó ruidosamente saliva y cogió aire. -**El Barón ha venido, está fuera de sí, espera tras las puertas-** señaló con el dedo pulgar hacia las puertas de la cámara. -**Me envió a buscarte**.

Vaun tocó sus labios con el dedo índice. -**En mi opinión, nuestra 'bien-huida', está a punto de ser llevada a cabo, así que, por el bien de todos, es hora de tomar medidas-** miró a su alrededor, no había guardias al alcance del oído, como consecuencia de una de las primeras órdenes frenéticas de Sherring, habían sido enviados todos los hombres disponibles a fortificar las puertas de la mansión. -**¿Dónde están esas monjas sangrientas?**

-La Puerta del Oeste ha sido violada, todo el tráfico de vox en dicho sector, no es más que aire muerto o estática, los incendios se extienden desde allí también.

-Entonces, esto no es un ataque de castigo- replicó el criminal. **-La Hermandad no dejará nada sin arder aquí, nuestro querido amigo Holt se convertirá en un claro ejemplo de ello**.

Los dedos de Ignis palparon nerviosamente el cuello de su camisa. -**No quiero estar aquí cuando lleguen**.

Vaun se encogió de hombros. -**¿Quién lo desearía? No te preocupes, nos habremos ido para entonces, en mi calidad de asesor especial del barón, voy a tomar su veloz aeronave estacionada sobre la plataforma del techo, una vez que veamos los tanques rodando hacia el centro comercial, vamos a salir de aquí y nos dirigiremos a la Torre del Vacío**.

Los ojos del joven se abrieron con sorpresa. -**¿La Torre del Vacío? ¿Por fin la encontraste?**

El psíquico agitó la placa de datos ante él. -**Yo no, muchacho. Sherring lo hizo, fue parte del acuerdo que hice con él, es el precio de mi buena compañía**.

-Pero, ¿cómo? Si ese viejo bastardo de LaHayn, lo mantenía tan bien escondido.

-No importa el cómo, Ig, sólo importa que sabemos dónde está, el pequeño y sucio secreto del honorable Lord Diácono es ahora nuestro, y está listo para ser saqueado. Sherring estuvo ocupado mientras estábamos fuera del planeta, claro está que él es una pequeña y grasosa garrapata, pero tiene contactos en Neva, debió costarle mucho conseguir esto- dijo, al tiempo que sopesó la placa de datos en su mano, parecía algo pequeña e insignificante como para ser importante, y sin embargo, dentro de la memoria biocelular primitiva del dispositivo, residían cadenas de números que significaban más para Torris Vaun, que cualquier otro premio que hubiera tomado.

-Sherring no dejará que nos vayamos- Ignis frunció el ceño. -**Se supone que debemos ayudarle a ganar ésta batalla**.

-**¿Sí? ¡Qué triste!-** observó Vaun mientras guardaba la placa de datos. -**Eso nos demuestra el gran necio que es realmente, debajo de toda esa fanfarronería y aires de grandeza, Sherring no ve más allá del final de su propia nariz, así mientras él nos da la espalda, haciendo el suficiente ruido como para despertar a los muertos, nosotros tomaremos lo que queremos de él y escaparemos tranquilamente**.

Una sonrisa brilló en el rostro de Ignis. -**Tú lo enfrentas con LaHayn, como si se tratara de perros de pelea, todo ese griterío y pataleo, la secesión de Metis y todo lo demás, ¡es sólo una cortina de humo!**

-**Estás aprendiendo chico, eso es bueno, la mejor manera de conseguir que los hombres trabajen para uno, es hacerles creer que el plan ha sido todo idea suya-** Vaun le dio una palmadita en el hombro. -**Es cuestión de aprovechar cualquier debilidad, la identificas en ellos y a continuación, los destruyes con ella-** el sonido de la artillería a distancia les llegó por el retumbar de las paredes, a través de la vibración de los lúmenes de cristal colgando sobre sus cabezas. -**Éste pequeño baño de sangre va a cubrir nuestras huellas fácilmente. Por el momento los confesores y los cardenales están tamizando las cenizas de Metis, vamos a ser los reyes de la Torre del Vacío y de todo lo que contiene. Y entonces... entonces Ig, vamos a escribir nuestros nombres en la galaxia**.

-**¿De verdad lo crees? ¿Podríamos destruir un planeta entero?**

El psíquico sonrió. -**Sabes, siempre me he preguntado cómo se sentiría uno al hacerlo, será interesante averiguarlo-** Vaun señaló con un gesto hacia el pasillo, -**Ahora vete, mantén al Barón ocupado, ya sabrás cuándo es el momento de partir-** se había alejado un par de pasos, cuando el joven efectuó la pregunta.

-**¿Qué hay acerca de los otros? todavía se encuentran afuera, en medio de todo esto, me refiero a Abb y Suki**.

-**Sé a qué te refieres**- dijo Vaun sin volverse. -**Siempre hay sacrificios que hacer Ig, lo sabes**.

-**Pero ya perdimos a Rink, y si... ¿sólo quedamos nosotros dos?**

-Habrá un montón de nuevos reclutas en la Torre del Vacío- le espetó. **-Más que suficientes-** lo miró por encima de su hombro. **-Haz lo que te dije. No puedo darme el lujo de tener favoritos, no a éstas alturas del juego**.

Dejando a Ignis, Vaun se alejó palpando cautelosamente la cicatriz tras su oreja... y recordando.



La avenida central que partía de las puertas destruidas, guió a las Hermanas a la gran plaza de Metis, en cuyos confines, se encontraba el recinto vallado de la mansión del Barón. La ciudad circular se encontraba organizada como una rueda, con avenidas como rayos irradiando desde el centro, y anillos concéntricos de bulevares, decrecientes a medida que se acercaban hacia el centro. En algunos cruces a lo largo de la línea de avance, el convoy de blindados y Hermanas de Batalla se topó con rudimentarias e improvisadas barricadas, fácilmente asaltadas por los ataques concentrados del convoy o con tanques Leman Russ apresuradamente emplazados tras ser requisados a la guarnición de la Guardia Imperial, los soldados de línea que se habían comprometido a estar en contra de la Hermandad fueron ritualmente quemados vivos, negándoles inclusive la misericordia de un disparo de bólter, siguieron avanzando, dejando tras de sí los restos humeantes de sus cuerpos incendiados.

Desde grandes altavoces, colgados en azoteas de los edificios más altos de la ciudad, sonaban repetitivamente los histéricos discursos del Barón Sherring, sus palabras eran casi alaridos. Galatea destruyó sistemáticamente cada uno de los altavoces con cohetes o disparos láser, en contrapartida, hizo que los megáfonos de los vehículos de las Sororitas emitieran cantos de penitencia, amonestación y advertencia. El pánico cundía en las calles por el avance de las Hermanas de batalla, más aún a medida que se iban acercando al centro de Metis, como una flecha lenta disparada hacia el corazón. Los bordes de la caldera se vieron envueltos en fuego, para los observadores a bordo de las naves en órbita baja, la columna de humo hacía suponer que el volcán muerto había vuelto a la vida.



Cruzando los jardines exteriores de la gran plaza, Miriya observó a corta distancia destellos de color rojo, oyó el agrio zumbido de las evisceradoras, las Hermanas Repentia habían avanzado presionando, ocasionado los primeros muertos en la guardia personal de Sherring, las fajas y los galones dorados de los hombres, absorbieron la mayor parte de la sangre vertida por las espadas-sierra. Galatea saltó a la parte posterior del Immolator y Miriya se dejó caer por la escotilla de la torreta para seguirla hacia la batalla. -**He viajado montada por bastante tiempo-** se dijo a sí misma. -**Es momento de enfrentar a los traidores cara a cara**.

Fuego láser y disparos de bólter silbaban por el aire alrededor de ellas, fallando una parca emboscada, Galatea bramaba órdenes. -**Hermana Reiko, tome las Vengadoras y asalte el flanco sur. Hermana Miriya, haga que sus Celestes se reúnan y sigan el camino de las Hermanas Repentias**.

-**¡Sí!**- dijeron a coro Reiko y Miriya, saludando con un puño cerrado sobre la flor de lis en el peto de su armadura.

Un movimiento de Portia captó la atención de Miriya. La Hermana de Batalla miró hacia el cielo y señaló con su arma, su rostro rojizo formó una mueca. -**Por los ojos de Dominica. ¿Qué es eso?**

Había una forma que se dirigía hacia ellas, planeando entre los flujos de la neblina, era una mujer cuyos brazos apuntaban hacia ellas lanzando un fuego anaranjado. Portia no esperó una respuesta a su propia pregunta y disparó a la aparición, la bruja psíquica llevó las manos contra su propio pecho mientras forzaba la respiración, aún ahogada por el esfuerzo, escupió su aliento ardiente hacia las Hermanas con un ruidoso crujido.

Miriya se tambaleó alejándose, percibiendo una ardiente irritación sobre su cuerpo, sus ojos y manos, acto seguido, se lanzó tan lejos como pudo para eludir el ataque.

Reiko se unió al fuego de Portia contra la mujer. -¡**Maldita bruja!**- escupió la veterana Hermana de Batalla. -**¡Un maldito psíquico!**

Miriya parpadeó tratando de atenuar el picazón en sus ojos, sacó su pistola de plasma y disparó tandas rápidas y sucesivas hacia la bruja, ésta describió un bucle irregular en el aire brumoso y se dejó caer al suelo en cuclillas, rodando inmediatamente para eludir el fuego de bólter. Miriya vio una segunda figura, un pequeño hombre corpulento avanzando con pasos decididos entre el humo, éste levantó sus dedos regordetes formando una garra, mientras susurraba algo para sí mismo. **-¡Cuidado, Reiko!**

Su advertencia apenas había salido de sus labios, cuando la veterana Superiora giró su bólter disparando hacia el hombre. El aire sobre él vaciló y los disparos efectuados a distancia parecieron desviarse, era el mismo truco que Vaun había utilizado para protegerse a sí mismo durante el ataque a la Catedral Lunar.

Alrededor de los pies del hombre, la coloreada hierba ornamental se crispó y se marchitó, su rostro se puso rubicundo por el esfuerzo y el sudor perlaba su ancha frente, en el espacio de un momento, el psíquico que se hacía llamar Abb, utilizó su talento sobrenatural para excitar las moléculas dentro de la munición del bólter de la Hermana Reiko, con un rugido gutural, los cargadores de munición de Reiko detonaron a la vez, la llama producida por la explosión arrancó el arma de su mano, la mayor parte de la coraza y la carne que había debajo, la onda expansiva de la detonación la arrojó como si de una roca se tratase contra Miriya y las Celestes.

El olor a ceniza y carne cocida llenó los sentidos de Miriya, empujó a Reiko sacándosela de encima, notando al hacerlo que la cabeza le colgaba a un lado de un modo antinatural, con el rostro desencajado y en estado de shock, en ese momento, mientras aferraba a su Hermana, advirtió como la luz desaparecía de los ojos de Reiko, maldiciendo para sí, Miriya dejó caer el cuerpo y dio un paso hacia adelante, portando en su mano la pistola de plasma.

Abb la vio venir y comenzó a formar su poder de nuevo, a base de un conjunto de inhumanas energías en el corazón de su poder psíquico. Miriya, sintió como si de repente hubiera entrado en un horno, como si el calor húmedo del día fuese aplastado por un calor castigador, la Celeste rememoró repentina e inconscientemente las acciones de batalla en los despiadados desiertos de Ariyo, sintiendo el poder de un sol centrado sobre ella en ese preciso instante.

La pistola de plasma comenzó a entrar en fusión, la bobina de la recamara comenzó a generar brillantes emisiones de poder blanco azulado, desatando los violentos poderes contenidos dentro del arma de energía, las pistolas de plasma eran conocidas por los caprichosos fallos inoportunos en su funcionamiento y por los recalentamientos catastróficos de sus células de energía, pero en todos los años que Miriya la había utilizado, jamás había tenido motivos para lamentarse o arrepentirse, diaria y ritualmente, oraba al espíritu del arma, pidiendo la indulgencia del Emperador por su uso.

-**Con ésta llama, te purifico**- murmuró entre labios.

Abb gritó y gimió al tiempo que forzaba sus poderes al extremo para generar energía que pudiera dirigir hacia la Hermana de Batalla. El dedo de Miriya se crispó en el gatillo y la pistola de plasma le obedeció. El poder psíquico y el rayo sobrecalentado de plasma ardiente, casi como un pequeño sol, se cruzaron en el aire como un trueno. La Sororita se tambaleó hacia atrás, ardiendo y gruñendo. Abb, por otro lado, se convirtió en una masa de carne negra y humeante, cuando la energía del disparo hipercalentado lo envolvió.

El hedor de las exhalaciones psíquicas de la mujer, volvió el viento sobre sí, Miriya siguió a las Hermanas de Batalla que se habían trabado en combate con la asesina psíquica de Vaun. Portia, Isabel y una docena de Sororitas de otras escuadras, lanzaron ráfagas de disparo al aire, tratando de alcanzar a la psíquica que volaba de aquí para allá a través de la telaraña creada por el fuego graneado, vomitando chorros de repugnante y ardientes bilis sobre ellas. Miriya se maravilló, de que a pesar del fuego constante, la psíquica prosiguiese emitiendo oleadas de vomito llameante, como el aliento de los míticos dragones de Terra, cobrándose otra vida de una de las Hermanas, a quien envolvió con su fétido aliento y cuyos gritos de dolor cesaron cuando la carne de su garganta se derritió.

-**¡Hermanas! Concentrar…**- exclamó Portia. -**Todo el fuego sobre esa maldita Bruja**.

Era difícil predecir donde se dirigiría la mujer a continuación, sus brillantes y flexibles alas de fuego confundían a las tiradoras. Por un momento, Miriya se preguntó si sería necesaria la presencia de las venerables Hermanas Serafines para derrotarla, pero las escuadras de asalto de la Orden ya estaban trabadas en combate en otras zonas de la batalla, contra los restantes fuerzas rebeldes

voladoras que todavía quedaban dando vueltas por encima. Atendiendo las órdenes de Portia, las Hermanas de Batalla lograron concentrar el ataque y cercar poco a poco a la psíquica, quien en cuestión de segundos se quedó sin posibilidad de maniobrar en vuelo. Disparos del arma de Isabel, fuego de la pistola inferno de Galatea y de una docena de entusiastas Hermanas, se centraron y cruzaron en un punto por el cual la psíquica intentó cruzar en vuelo, las ráfagas desgarraron su pecho en pleno vuelo, las toxinas ardientes allí contenidas entraron en combustión espontanea explotando, sus restos se esparcieron como una dispersa lluvia macabra.

Miriya desvió la mirada y volvió su rostro ante la lluvia de restos, no tenía deseo alguno de ensuciarse como consecuencia de la muerte de la criatura.

-**¡Sufre, las brujas no deben vivir!**- exclamó Isabel decidida y sombríamente.

-**Sí**- agregó la Canonesa. -**Pero hay más de estos seres con los que acabar, mis órdenes han sido claras, avanzar y tomar la mansión.**

-**¿Somos libres de matar a Vaun?**- preguntó Miriya, con gran entusiasmo.

-**Los mandamientos del Señor Diácono fueron claros. Torris Vaun debe ser capturado con vida-** se dio la vuelta. -**Pero el Barón Sherring y los otros conspiradores, han de compartir el mismo destino que estos monstruos mutantes**.



Todas las torres de vigilancia de Metis habían sido derribadas o incendiadas, las extensas redes de tuberías de la ciudad, cuyos inyectores de agua se utilizaban para soportar la llegada de la estación seca, habían sido destruidos, dejando apenas algunos pozos de agua con los apagar los incendios que la invadían, algunos sectores ya habían sido abandonados al concluir que la conflagración no tenía parangón y que no sería vencida, los súbditos de Sherring huyeron en masa, colapsando las principales arterias que los acercaban hacia las puertas, sólo para encontrarse, que los bosques exteriores también estaban ardiendo, un collar crepitante de fuego se batía sobre ellos. Las Hermanas de Nuestra Señora

Mártir habían venido a traer fuego a los infieles, sólo abandonarían éste lugar cuando cada centímetro de Metis se convirtiera en ceniza, las llamas alcanzaron grandes alturas en el cielo oscuro, formando dedos llameantes de color naranja y negro, alzándose como manos suplicantes, orando y pidiendo a gritos el perdón y la misericordia al distante Trono de Terra, una misericordia que nunca llegaría.

En las profundidades del infierno desatado, las Hermanas oyeron las peticiones de auxilio, pero cerraron sus oídos a ellas. El Barón Holt Sherring había desobedecido a la diócesis de Neva, y así, por orden de Lord LaHayn, fue declarado excomulgado. La Eclesiarquía había firmado la orden de madrugada, alegando que Sherring había dado la espalda a la Iglesia Imperial, añadiendo de paso una gran cantidad de falsas acusaciones. No importaba lo fuerte que pudiera ser su creencia, por muy equivocada o acertada que ésta fuera, Sherring era considerado un traidor y un hereje a los ojos de la Hermandad, como medida ejemplar, LaHayn, había ordenado que los súbditos del Barón compartiesen su suerte y su castigo.

Metis ardió, la ciudad se entregó poco a poco a las imparables llamas, calle tras calle, se volvió un infierno.



La Hermana Miriya llevó a Cassandra, Portia e Isabel a su lado, moviéndose sigilosa y rápidamente a través de la pequeña elevación de los céspedes ornamentales. El ruido de los disparos provenía de algún lugar por delante de ellas, la Celeste vio el resplandor en las bocas de las armas provocaban al disparar, posicionadas en puestos de tiradores, flanqueaban las paredes de la mansión, estudió la estructura del perímetro en busca de una brecha que posibilitara un medio de acercamiento.

Cassandra estaba concentrada con los mismos pensamientos, presionando sus ojos ante sus magnoculares. -**Allí…**- señaló, las dos puertas ornamentadas. -**¿Lo ves?**

Miriya asintió. -**Fuertemente custodiadas... veo stubbers... vamos a tener que destruirlos antes de que podamos acceder al edificio**.

Cerca de las mismas puertas, formas en rojo y blanco, emergieron entre el humo, cargando contra las fortificaciones de los soldados de caballería. -**En el nombre de Celestina, ¿qué es eso?-** Isabel señaló con el dedo. -**Mira allí, ¿qué ves?**

Cassandra se quedó sin aliento. -**Las Repentias, por mi sangre, ¡están atacando sólo con sus evisceradoras!**

Miriya se puso en pie. -**No dejaremos que entreguen sus vidas sin darles nuestro apoyo. ¡A las armas, rápido, sigámoslas!**

Las Hermanas de Batalla se apresuraron a llenar el vacío detrás de las encapuchadas combatientes de rojo, añadiendo fuego de apoyo con plasma y bólter, al coro de la muerte estridente que salía de las espadas-sierra. Delante de ellas, Miriya vio las señales de los stubbers abriendo fuego sobre las Hermanas Repentia, algunas de ellas murieron en el acto, otras fueron heridas de muerte, pero sólo aquellas que murieron dejaron de avanzar, la Señora Repentia cruzaba latigazos neurales tanto sobre sus espaldas, como sobre las espaldas y torsos del enemigo.

Isabel y Portia tomaron una posición de flanqueo, mientras que Miriya y Cassandra lo hicieron detrás de la Hermana Superiora. Se maravilló una vez más al ver la ira justificada de las Repentia, las mujeres enmascaradas decapitaban y evisceraban a cualquiera de los soldados de Sherring, demasiado lentos para evitar sus evisceradoras ceremoniales, al tiempo que ellas les brindaban apoyo con sus armas de fuego, las dos unidades rápidamente cumplieron con su objetivo eliminando a los defensores de la barricada, convertidos en trigo para la guadaña de su santa y justa venganza.

Pasando por encima de la barricada rota, Miriya vio una Hermana Repentia empapada en sangre mientras luchaba por ponerse en pie, la traqueteante hoja de su espada-sierra seguía enterrada en el cráneo de un oficial traidor. Por puro reflejo, ella extendió una mano y la ayudó a destrabarla, notando el rostro ensombrecido por la capucha roja se volvió hacia ella, reconociendo instantáneamente la pálida piel salpicada de carmesí, su cráneo rasurado y lleno de cicatrices, -**¿Iona?-** exclamó.

-**Hermana Miriya...**

La dura picadura de un látigo neural, araño la espalda de Iona y se tensó, pero no gritó. -**Silencio, no puedes hablar**- gritó la Señora Repentia. -**¡Los edictos, prohíben la comunión con la vida anterior al juramento!**

La mano de Miriya salió disparada y atrapó el final del látigo, la punta de púas llenó de dolor su mano a través del guante blindado, a pesar de lo cual lo sujetó con fuerza al tiempo que agregó con un tono amenazante. -**¿Qué dice?**

La Señora Repentia arrancó de un brusco tirón el látigo de sus manos. -**Conoces la tradición, tanto como cualquiera de nosotras Miriya, ¡no puede hablar contigo!**

La Celeste abrió la boca para replicar, pero algo en la mirada vacía y hueca de Iona se lo impidió. -**Sí. Por supuesto**- se dio la vuelta y dejó que la Señora Repentia se reuniera con sus mujeres.

Cassandra estaba hablando por el micrófono vox de su armadura. -**Canonesa, el camino hacia la mansión se encuentra despejado, a trabes de las puertas flanqueadas por los jardines-** mientras hablaba, se estremeció al notar una herida laser a lo largo de su antebrazo.

-**¡Hermanas! Arrasar y limpiar**- la voz de Galatea crujió a través de varias docenas de comunicadores. -**Buscar a Vaun. Excepto él. ¡No dejéis supervivientes!**

Miriya confirmó la orden con la cabeza, y echó una mirada a su segunda. -**¿Puedes luchar con esa herida?**

-**Voy a intentarlo…**- contestó Cassandra.

-**Déjame ayudarte**- la nueva voz, acabó con la conversación de las Celestes, la Hermana Verity salió de un improvisado refugio, tras un camión volcado, Miriya se quedó sin palabras por un breve instante. Sus ojos advirtieron numerosos rastros de sangre en las ropas de Verity, pero parecía estar ilesa.

-**No deberías estar aquí-** le espetó Portia.

-**Me trajeron**- dijo la Hospitalaria, indicando a las Hermanas Repentia.

-**Es un milagro que esté viva todavía**- dijo Isabel en voz baja.

-**Sí**- convino Miriya, -**Un milagro**- se agachó y recogió un bólter cerca del cadáver acuchillado de una Hermana y se lo ofreció a Verity. -**No tentemos más los caprichos del destino, defiéndete**.

La Hospitalaria negó con la cabeza. -**Yo no soy una combatiente-** dijo mientras aseguraba el estuche de su Ministorum Medicus contra su pecho, como para acentuar más aún su posición.

-**No fue una petición**- dijo Miriya, en un tono marcial. -**Toma el arma. No puedo tener una Hermana a mi lado que no pueda luchar**.

-**En nombre del Dios-Emperador, mi misión es salvar vidas, no destruirlas-** sostuvo Verity con voz tranquila, pero firme como una roca.

-**¿Incluso a traidores como estos?**- La Hermana Superiora barrió con un gesto de sus manos a los muertos. -**Éstas vidas deben llegar a su fin. La iglesia del Emperador ha declarado que así sea**.

La otra mujer asintió con la cabeza. -**Eso es cierto, pero aún así, yo no soy un instrumento para traer la muerte**- dijo y señaló con un gesto de su mirada a la propia Miriya. -**Ese es vuestro trabajo**.

Los ojos de Miriya se estrecharon. -**Lo es. Pero tal vez has estado muy ocupada y preocupada con ciertas cuestiones o tareas, has olvidado cuidar de ti misma, no olvides que Vaun y sus traidores, no harán diferencias entre una Hermana Hospitalaria y una Hermana de Batalla**.

-**Es por eso que tanto tú, como el Emperador caminareis a mi lado-** respondió la enfermera.

-**Toma el arma**- repitió firmemente la otra mujer.

Por un momento, parecía que Verity se negaría nuevamente, pero en lugar de ello tomó el bólter y lo guardó bajo su hábito. La llamada de la Señora de las Repentias a las armas interrumpió la respuesta de la Celeste. -**A spiritus dominatus. Domine, líbranos**- rezó al tiempo que exclamó. -**¡Muerte al hereje y al mutante!**

Miriya sostuvo su pistola de plasma en alto y señaló tras las furiosas Repentias. No podía pensar en ninguna cita conmovedora en aquel momento. En silencio, las Hermanas de Batalla siguieron a sus Hermanas encapuchadas...



CAPITULO
XI



Las palabras presionaron el cerebro de Ignis como dardos ardientes. -***Ahora es el momento, muchacho. Estamos evacuando. Llega a la plataforma del techo, rápido.***

El joven se agarró la cabeza y se tambaleó, un hilillo de sangre goteaba de su nariz. Tropezó con la mesa de cartas, que dominaba el centro del despacho del Barón, el montón de comunicados, los marcadores y pequeñas banderas sobre ella se agitaron.

-**¿Qué estás haciendo?**- espetó Sherring, apartando a uno de sus soldados. -**Respóndeme. ¿Qué está pasando?**- su expresión era tensa por la preocupación.

Ignis agitó una mano vaga hacia el noble. -**Yo... tengo que ir…**- sacudió la cabeza para deshacerse de la secuela del contacto telepático con Vaun. La bilis le subió a la garganta y tosió.

Sherring agarró del brazo al joven cuando éste trató de alcanzar la puerta. -**¡Párese donde está!**- y girando a Ignis para poder mirarlo, enfermizo y furioso le espetó. -**¿Dónde está Vaun? ¿Me ha abandonado? ¡Dime dónde está!**

-**Voy a buscarlo**.

-***¡Rápido!***- la palabra le golpeó en la mente y una nueva oleada de náusea se apoderó de Ignis. -***¡Las Sororitas están aquí! ¡No podemos quedarnos!***

-**No sé cuánto tardarán…**- Ignis hizo eco de las palabras en voz baja.

El Barón vio el momento en los vidriosos ojos del joven, entendió lo que estaba pasando. -**¿Lo oyes, No? Maldito brujo, puede conocer los pensamientos de los demás, ¿es eso, eh? ¿Dónde está? ¿Qué está haciendo?-** sacudió violentamente a Ignis. -**Dímelo ahora, inútil rata de alcantarilla**.

-**¡Suélteme!**- replicó Ignis, luchando frenéticamente por liberarse de las garras de Sherring. -**Lo voy a traer ante usted**.

-**Mentiroso**- rugió el Barón. -**Me usó. ¡Arruinó mi hermosa ciudad!**- la mano libre de Sherring apareció con una daga ornamental en ella. -¡**Te voy a matar!**

-**¡No!**- gritó Ignis, la palabra golpeó en el aire de la habitación. En el eco de su grito, cada vela fotónicas y tubo iluminador empezaron a escupir chispas y al poco estallaron en llamas.

Sherring se encogió y retrocedió hacia atrás en shock, blandiendo todavía la hoja de oro. -**Tú... Tú no puedes desafiarme. ¡Yo soy tu superior!**

-**Cállate, patética sabandija**- Ignis escupió hacia él. -**Todo el dinero de la galaxia no va a poder salvarte ahora. Creyendo que eras el jugador y... ¡No fuiste más que un peón!**- con cada palabra, los incendios de origen eléctrico vibraban con destellos de calor.

El Barón miro implorando a sus hombres. -**Maten al brujo. Destruidlo. ¡Os lo ordeno!**

Los hombres tenían las armas en sus manos pero apuntaban hacia el suelo. Los oficiales se miraron, todos ellos habían experimentado el rápido deterioro de Sherring durante las últimas horas, ninguno tenía el deseo de enfrentarse al psíquico por unas palabras del Barón. En el exterior, más allá de las ventanas de cristal, el cielo sobre Metis estaba escondido tras una cortina de humo, a través de las paredes llegaron los sonidos de disparos y de hombres moribundos. Los soldados se miraron en silencio, esperando que la batalla llegase a su inevitable final. Reflejaban en los ojos el silencioso reconocimiento de que ya habían perdido.

-**Nos vamos, Barón**- se burló Ignis. -**No hay nada que puedas hacer para detenernos**- el joven se volvió y se dirigió hacia la puerta.

-No lo harás- Sherring se arrojó sobre el muchacho y enterró el cuchillo en su espalda. Tomado por sorpresa, Ignis cayó al suelo. Trató de arrastrarse lejos, los pequeños incendios en toda la habitación palpitaban con sus latidos. **-¡No lo harás!-** gritó el Barón de nuevo, sus labios temblando de agitación.

Algo silbó y siseó tras las cerradas puertas de seguridad de la cámara, en el segundo siguiente todo el sonido en bruto de la batalla atravesó el aire y entró súbitamente cuando el portal de pesada madera se abrió de golpe.

Envuelta en humo, Miriya y sus Hermanas entraron en la habitación. Sherring quedó muy impactado cuando vio a la Repentia que las seguía, llena de cicatrices y empapada en la sangre de sus hombres.

-Demasiado tarde…- susurró Ignis, alcanzando con dedos temblorosos el cuchillo de su espalda.

-Barón Holt Sherring, señor de la ciudad de Metis, ésta y sus territorios vuelven a estar bajo la ley Imperial- la Hermana de Batalla avanzó hacia él, su pistola de plasma firmemente dirigida a su pecho. **-Su crimen es por herejía, una que usted mismo declaró y puso en conocimiento del Lord Diácono Viktor LaHayn**.

Sherring levantó las manos en un movimiento vacilante. Estaban mojadas con la sangre de la juventud. **-Esperad. Por favor. No lo entendéis, es LaHayn quien es el hereje. No saben lo que ha estado haciendo. Él quiere usurpar el trono**.

-La sentencia es la muerte, que se llevará a cabo con la debida celeridad- Miriya levantó la pistola para ponerla al nivel de su cara.

El Barón lanzó una mirada suplicante a Ignis. **-¡Por favor!**

Verity captó el gesto y su corazón se heló. **-Miriya, el muchacho**.

Ignis fue tan rápido como el rayo. Sus ojos brillaron y los fuegos de la habitación estallaron como sopletes. En una fracción de segundo, las paredes de la habitación eran de color amarillo con rayas de fuego conjurado, lamieron las opulentas baldosas y salieron lascivas volutas hacia el techo de la mansión.

El caos estalló entre los soldados, algunos de ellos se zambulleron buscando

refugio, otros cayeron debajo de la mesa, los más necios giraron sus armas contra las Hermanas de Batalla. Isabel y Portia dispararon como respuesta, pero las llamas canalizadas bajo el control del joven psíquico, arrancaron un tornado de llamas. Verity fue arrojada de espaldas al suelo por Iona cuando las llamas en espiral fueron a su encuentro. Ignis envió la columna de fuego contra la Repentia encapuchada, con intención de prenderla fuego. Los gritos de muerte eran penetrantes, las llamas suaves que solían dar luz pública ahora incrementaron la presión en la habitación haciendo añicos las ventanas de la cámara acorazada.

Parte de la onda de calor azotó a Miriya y la envió volando por la habitación, impactando con un banco cogitador haciendo que girara sobre sí mismo como un trompo. Un rayo de energía procedente de su pistola en un disparo a ciegas, falló por muy poco, aunque acabó derribando a uno de los oficiales de caballería por la fuerza de su nimbo de plasma.

Iona cargó, lanzándose a por Ignis, blandiendo su evisceradora, la desigual capucha roja volando por encima de sus hombros. El psíquico se puso temblorosamente en pie, encauzando el fuego en un escudo de hiladas llamas, con el que quemó sin piedad la mesa y las pesadas cortinas de brocado. Con un grito mudo de venganza en sus labios, Iona le acusó y se empujó a sí misma a través del mismo corazón del muro de fuego. Su ropa y la armadura se quemaron sobre ella, el increíble calor controlado por el joven quemaba las capas de su piel mientras lo atravesaba. Serpentines rizados de carne ennegrecida iban cayendo tras la Repentia.

Ignis levantó los brazos para protegerse de su furia, pero la espada-sierra cayó sobre él como la mano de un verdugo sobre la empuñadura de su hacha. Los templados dientes de carburo de tungsteno arrancaron hasta el mismo hueso la materia de su hombro y se acabó incrustando en el pecho del joven. Su cerebro dictó una última orden a sus nervios, el muchacho abrazó a la Repentia mientras hundía su espada en él, tomándola en un abrazo ardiente. Ignis pereció cuando enfocó su poder ígneo sobre sí mismo, su cadáver ennegrecido se estrelló contra la mesa con Iona aún unido a él en un mortal abrazo. La Repentia gimió mientras seguía al psíquico en la muerte. Eran una parodia monstruosa de dos amantes, fundiéndose en un único ser, en un halo de llamas anaranjadas.

Sin el psíquico para mantener vivo el infierno con su profano poder, los fuegos se contrajeron, arrastrándose como grasientos insectos, volvieron a las

conducciones en las paredes. Tomó un monumental esfuerzo a Verity girar la cara para poder observar la carnicería. La asistió Miriya, rebuscando hasta extraer un inyector sacado de las profundidades de su Ministorum Medicus.

Cerca de allí, Cassandra dijo unas palabras del Juramento de Katherine sobre la Repentia muerta. -**Quedas redimida**- dijo al cadáver. **-Ve a la siguiente vida, libre de tu carga-** con un movimiento de su muñeca, la Hermana de Batalla salpicó los restos de los cuerpos con gotas de un frasco de agua bendita. El líquido se convirtió en vapor y silbó donde se reunió con los calientes huesos.

La Hospitalaria frunció el ceño mientras aplicaba la aguja, del inyector de bronce, a la vena yugular de Miriya, presionando el embolo e inyectando su contenido. La Celeste tembló con sorpresa cuando el filtro químico inyectado se mezcló en su torrente sanguíneo, luchando contra el shock provocado por la onda psíquica de Ignis. Después de un largo momento, Miriya parpadeó y abrió los ojos.

-¿Qué... qué me has dado?

-**Un restaurador**- dijo Verity. -**Una mezcla de la perdición del brujo y tetraporfalina, bendecido por el mismo Apotecarium. Deberías descansar un momento, estás sangrando**.

Miriya la empujó a un lado, se arrastró y ayudándose de una silla tumbada logró ponerse en pie. -**No tengo tiempo para derramar sangre cómodamente tumbada, mientras delante de mí aún respiran traidores**- la Celeste encontró de rodillas a Sherring, acobardado detrás de su escritorio. -**¿Dónde estábamos?-** le preguntó. La droga en su cuerpo hizo que el dolor de sus heridas pareciera distante y sin importancia.

-**Yo no soy el enemigo**- susurró el barón. -**El Diácono es el diablo**.

-**Si eso es cierto**- le dijo en voz baja, -**Entonces, cuando llegue el momento lo voy a juzgar tan duramente como te he juzgado a ti-** Miriya apretó el gatillo y vaporizó la parte superior del torso del hombre arrodillado con un sólo disparo. El sonido de fuego de los bólter se reunió con ella desde las armas de las otras Hermanas de batalla, mientras ejecutaban a los hombres que quedaban en las cámaras de Sherring.



Vaun sintió en su mente la muerte de Ignis, como cuando se extingue una luz, blasfemó en alto y violentamente. En la cúpula de control de la aeronave, el sacerdote-tecnológico del Barón le dirigió una mirada de preocupación. El psíquico ya había matado a compañeros con una hábil demostración de fuerza, el sacerdote tenía miedo de ser el próximo si disgustaba en lo más mínimo al criminal.

-**No me mires**- gruñó Vaun. -**Tienes un trabajo que hacer. Despega y mantén ésta cosa en el aire**.

El sacerdote-tecnológico parpadeó con sus párpados de estaño, sonando como un chasquido. -**¿Pero, todavía falta que suba una persona? Usted ha dicho que debíamos esperarla**.

Vaun tiró de la escalera de emergencia depositándola en el corredor, dentro del vientre del dirigible en un gesto elegante. -**He cambiado de idea. Nos vamos ahora**- se acercó al adepto que permanecía encogido y empujó una placa de datos bajo su nariz. -**¿Sabes donde están éstas coordenadas?**

Piezas metálicas, dentro de la caja que era el alargado cráneo del sacerdote-tecnológico, también llamado a veces adepto, hicieron clic y zumbaron mientras almacenaba los números en su pizarra mental, un buffer o memoria intermedia de referencia. -**Sí, pero esa zona está restringida. Es una región geológicamente inestable, tiene flujos volcánicos que hacen que volar sea muy peligroso y el aire está saturado con el azufre de los pantanos**.

-**Llévame allí**- Vaun clavó un dedo en el cielo lleno de humo. -**Ahora**.

-**Es un páramo tóxico-** replicó el adepto. -**¡Vamos a morir allí!**

Vaun agarró la túnica del sacerdote tecnológico y apretó. -**Vas a morir aquí a menos que lo hagas-** dijo empujándolo violentamente. -**¿Entiendes?**

El adepto asintió exageradamente y comenzó a trabajar febrilmente en los controles. Con los metálicos ruidos del acero bien engrasado, el piloto personal

del Barón Sherring tiró de una palanca, separando así las correas que sujetaban la nave, se desplegaron sus velas. Las fuertes corrientes térmicas que florecían a partir de la ciudad en llamas se apoderaron de la nave y la empezaron a elevar hacia el cielo.



-**Honra restaurada Canonesa, soy la Hermana Miriya**- la Celeste habló por su vox. -**He aplicado la justicia del Emperador sobre el Barón Sherring.**

-**Entiendo-** la voz de Galatea crujió a través de su oído, sonando granulosa. -**Vamos algo retrasadas. Una bolsa de resistencia de la Guardia rebelde ha tomado una posición en los invernaderos y se ha hecho fuerte. Asegure la mansión y encuentre a Vaun**.

-**Su voluntad**- Miriya cortó la comunicación y miró a Verity. La Hospitalaria se inclinó sobre los restos quemados del psíquico y la pobre Iona. -**Apártate**- le espetó Cassandra, de repente enfadada por la falta de respeto hacia los muertos de la otra mujer.

Verity no obedeció, en su lugar se agachó cerca de la calavera ennegrecida de Ignis. -**Hay algo aquí**.

-**No es el lugar para interferir con los difuntos…**- comenzó Cassandra, pero Miriya le indicó silencio y cruzó la cámara, posando una mano pesada en el hombro de Verity.

-**Desiste**.

-**Yo no hago deshonra alguna a Iona-** replicó la Hospitalaria. -**Me imagino que muchas de ustedes tiene una deuda de vida con ella. Sepan entonces que me salvó la vida a mí hoy también. Es el brujo el que me interesa-** usó un lápiz para apuntar a algo en uno de los huesos entre la carne chamuscada del muerto. -**Mire. ¿Qué ve?**

Miriya estudio el objeto. Era una media esfera de peltre, tan pequeña como un huevo de pájaro tikker, fusionado a la curva del cráneo de Ignis. Alambres tan

delgados como cabellos humanos entraban y salían fuera de él a lo largo del interior del hueso. -**¿Un implante biónico? Nunca he visto nada igual**- pasó un dedo detrás de la oreja derecha, tocando el lugar en el que el dispositivo se había arraigado en el cuerpo del psíquico.

-**Curioso**- dijo Verity. -**El hueso ha cubierto en parte el metal. Debió ser injertado hace varios años. Parece que es de tecnología Imperial, no parece tecnología xenos o de los traidores del caos. En cuanto a la finalidad, no puedo comprenderla**.

-**Tal vez, ¿el dispositivo sirva para conjurar más fácilmente su poder del fuego brujo?**- dijo Portia haciendo una mueca de disgusto.

-**Es muy avanzado-** añadió la Hospitalaria, miró a Miriya. -**Mucho más allá de las posibilidades de un matón como Vaun**.

Una comunicación silenciosa pasó entre ellas, el recuerdo del sombrío asesino en el Librarium de Noroc.



Cerca de las ventanas rotas, Isabel reaccionó con un sobresalto. -**Escuchad. ¿Oís eso?**

-**Deben ser bombardeos**- empezó Cassandra.

-**Nooo. ¡Son rotores!**- dijo Isabel señalando como una silueta se movió tras el vidrio. -**¡Allí!**

El viento cambió entonces y todas las mujeres lo oyeron, los golpes de rasgado de las palas, las hélices cortando el caliente aire. Miriya corrió hacia las ventanas a tiempo para ver la elegante forma alargada de la llamativa aeronave de Sherring pasando por encima de la mansión. La proa de la aeronave cayó y se levantó, como si alguien la pescara desde lejos.

-**Es él**- escupió la Celeste, se lanzó por el óvalo de cristal roto, cayendo con fuerza en los jardines destrozados por debajo. La nave proyectó una oscura

piscina al pasar su sombra sobre ella, Miriya corrió para mantenerse dentro de ella. Su formación se hizo cargo de su mente consciente, compartimentando el dolor de sus heridas y suministrando adrenalina a su torrente sanguíneo. Su visión quedó atrapada en una cuerda, se arrastraba por detrás de las escaleras ornamentales que colgaban de la parte inferior de la aeronave. Con cada segundo que pasaba el cable le quedaba menos cerca y la nave fue poco a poco ganando altura.

Haciendo caso omiso de los disparos que le lanzaron, Miriya saltó hacia la cuerda y la atrapó en las garras de sus guantes blindados. Apenas lo había hecho la mecánica de la aeronave se asentó, batiendo las palas el aire ya sin rasgarlo y el dirigible se alejó a gran velocidad. De repente, la Hermana de Batalla colgaba suspendida debajo de la nave, viendo los jardines de la mansión pasar rápidamente por debajo de sus pies. Con una determinación tenaz e implacable, Miriya se fue izando, mano sobre mano, hacia la cúpula de pasajeros debajo de la envoltura del gas.



-**¿Es la mejor velocidad que puede sacar de ésta nave?**- exigió Vaun, amenazantemente al adepto. -**Se supone que es una nave veloz.**

Con visible esfuerzo, el adepto encontró su voz. -**La distribución de peso es errónea**.

Vaun le pinchó con un dedo. -**Tal vez, ¿debería aligerar la carga, entonces? Debería empezar con tu cadáver**.

-**Nooo**- chilló el adepto. -**Las oraciones correctas deben ser ofrecidas al espíritu de la máquina. Voy a compensarlo**.

-**¡Bah!**- el psíquico le empujó hacia atrás en la consola y se alejó, calmándose un poco caminando por la cubierta de listones de madera mientras el sacerdote murmuraba y hacia símbolos en el aire sobre la consola de navegación. -**Consigue algo más de altura, al menos. No quiero estar dentro del alcance de los tanques Exorcista**.

El cuarto delantero de la cúpula de la aeronave se hizo a partir de un esqueleto de vigas y una capucha de cristal-acero transparente, de modo que el difunto barón y sus secuaces pudieran ver el paisaje por debajo de la aeronave. Ahora, la visión de las calles que había debajo de la aeronave se le atragantó, con los muertos y moribundos, los edificios en llamas y los escombros de una ciudad asesinada.

Un epitafio apropiado para un fanfarrón y un necio como Sherring, consideró el psíquico. Estaba seguro de que el Barón, con su exagerado sentido de la grandeza, habría disfrutado de la idea de que sus preciosos ciudadanos de Metis no soportarían vivir sin él. Jugar con Sherring había sido fácil. Como con cada uno de estos nobles idiotas, habían pensado que su pequeño mundo, sus pequeños juegos de política dentro del imperio, eran las únicas cosas realmente importantes. No les importaba nada a los ricos de Neva que en otros planetas, criaturas de naturaleza alienígena devorasen mundos enteros ó que existían lugares donde la materia prima de la misma esencia del Caos cobrara vida. El universo comenzaba y terminaba para ellos en el borde del mismo sistema solar de Neva, no les importaba nada la mayor parte de la galaxia que existía más allá, siempre y cuando no interfiera con ellos y sus estúpidas fiestas.

Vaun pensaba de otra manera. Era irónico, en realidad. Sólo había otro hombre, oriundo por nacimiento en éste pretencioso y grandilocuente planeta, que lo sabía, que lo vio con una visión aún más amplia, como él. Aún así, Torris Vaun odiaba a Viktor LaHayn con cada fibra de su ser.

Fue ese odio el que había atraído al principio a Sherring a la órbita del psíquico. Vaun había visto el codicioso deseo en los ojos del Barón, la necesidad de poder en el hombre colmaba todo lo demás. Vaun había ayudado al Barón en el fortalecimiento de su posición, a su vez Sherring había ayudado a Vaun a romper las cadenas que lo ataban al Diácono. Pero mientras que el noble había ansiado cargo y título, Vaun jugó, y todavía estaba jugando, un juego mucho más largo. Ahora, por fin, después de que Vaun hubiera sido obligado a pasar años huyendo, escondiéndose tanto aquí como en el espacio profundo, el repugnante pedante del Barón por fin había visto cumplidas sus promesas.

-Y por eso, yo te pago con la inmortalidad- susurró el psíquico, al ver una estatua coja del barón cuando la aeronave pasó sobre la ciudad. -**Nadie en Neva olvidará jamás el nombre de Holt Sherring**- dijo a la efigie. -**Vas a pasar a la**

historia como un traidor y un necio- Vaun escupió a la estatua y se dio la vuelta, notando como crecía el resentimiento dentro de él.

La placa de datos también estaba allí en su bolsillo, la notaba quizás aún más pesada por el alto precio que había tenido que pagar para conseguirla. Oh, por supuesto que nunca había tenido la intención de mantener a esos derrochadores de Abb y Suki a su alrededor. De haber sobrevivido, él mismo habría encontrado otra manera para que sirvieran de carne de cañón. Después de todo, sus talentos eran difíciles de controlar e impredecible. Vaun sólo los había contratado porque era lo mejor que pudo encontrar.

Pero el joven... Eso lo hizo enojar. Ignis era un muchacho fuerte, tenía un potencial real. Vaun había visto en él a alguien digno de ser su protegido, un psíquico con gran capacidad, pero a la vez, también muy despreocupado ante las dudas y preguntas que generarían la ética o la moral. Le molestaba tener que perder así una herramienta que prometía tanto, sobre todo, antes de que pudiera llevar al máximo su potencial.

Con un bufido, descartó la idea. Entendió que iba a encontrar toda la materia prima que necesitaba para comenzar de nuevo, entonces tal vez destrozara la ciudad de Neva, como el muchacho había querido.

Un crujido en las planchas de la cubierta atrajo la mirada hacia la ventana, poniendo los nervios del asesino al límite. No estaban solos. Vaun se giró, señalando al encontrar el origen.



Una forma en armadura de color negro y rojo se lanzó a la cúpula del compartimento trasero, estrellándose al atravesar la escotilla. La cara del psíquico se retorció en una agria mueca cuando reconoció a la mujer.

-**¡Tú! Tú otra vez**- dijo con odio. -**Esto se está volviendo muy aburrido**.

-**¿Cómo subió a bordo?**- preguntó el adepto, encogido sobre el timón.

-**Cállate**- lo interrumpió Miriya. -**Tendrás tiempo para hablar de sus crímenes**

muy pronto.

-**¿Crímenes?**- preguntó el adepto. -**Él, fue él, él me obligó. Mató a todos mis hermanos**.

-**Deberías haber muerto con ellos. Eso habría demostrado tu dedicación. Ahora eres culpable de complicidad con un delincuente**.

Vaun sonrió, divertido por ella. -**No seas tan duro con el pobre infeliz, Hermana. Puedo ser muy persuasivo, si quiero**- dijo dándose un leve toque con un dedo, en un lado de la frente.

-**Su socio y conspirador el Barón Sherring ha muerto**- contesto Miriya. -**Ésta nave está siendo controlada por unidades de la Orden de Nuestra Señora Mártir. No hay forma de escapar de las represalias de la iglesia**.

-**Oh**- dijo el psíquico, su voz adquirió un tono de burla. -**¿Tal vez debería inclinarme y rendirme? Sí, debería hacerlo y pedir tal vez, ¿una muerte rápida y misericordiosa?-** dio un resoplido burlón. -**No se atreverá a disparar el arma en el interior de ésta nave. Un disparo fuera de lugar, desviado o errado podría interrumpir una línea de combustible o perforar la bolsa de gas. Nos matarías a todos al instante**.

-**No entiende mi devoción por el Dios-Emperador, brujo. Mi vida no cuenta para nada mientras usted todavía pueda respirar. Si el precio que debo pagar para lograr tu muerte es mi propia sangre, entonces lo hago de buena gana**- y disparó la pistola de plasma enviando una bola de caliente luz a través de la cabina.

Vaun se arrojó lejos del soporte de madera donde había estado de pie, la bruma de calor abrasador que acompañaba el disparo le rozó el rostro. Gritó de dolor y se echó hacia atrás devolviendo un trío de conjurados dardos llameantes. Los dardos se perdieron cerca de la Sororitas y uno hizo estallar una lámpara de bello cristal adornado. -**¿Estás enojada, perra de estrechas miras?**- escupió. -**Eres sólo un juguete de cuerda estúpido. No tienes ni idea de lo que realmente está pasando aquí, ¿verdad? LaHayn es el mayor traidor de todos**.

-**Cuando lea sus crímenes a los servidores-pluma, me aseguraré de añadir difamación a la lista-** Miriya acarició un selector con marcas en la culata del

arma, lo empujó levemente, la boquilla del emisor de la pistola de plasma pasó a una configuración de haz estrecho. Agachándose detrás de un pilar de soporte, disparó de nuevo, cortando a través de una consola de un cogitador terciario.

Un repentino cambio en la térmica hizo dar un bandazo a la nave a estribor, los combatientes perdieron el equilibrio y fueron zarandeados. El adepto gimió, su voz sonó como una sirena de alarma.

El siguiente disparo de fuego psíquico de Vaun dio más cerca de la mujer, uno de los dardos atravesó el aire y rebotó, abrasando antes parte de la placa de armadura del hombro, tallando una fea cicatriz en los paneles de madera detrás de ella. Miriya gruñó y volvió a disparar. El arma de plasma se volvió contra un puntal de acero convirtiéndolo en escoria caliente, éste envió llamas hasta el techo del compartimiento.

-**Debería haberlo adivinado, ¡que se podría esperar de la inteligencia de un siervo de su corrupta religión!-** dijo Vaun desde detrás de su cobertura. -**Puede que sea un ladrón y un asesino, pero por lo menos soy fiel a mí mismo. Yo no hago la licitación de los antiguos, ¡clérigos corruptos!**- dijo con voz severa, luego rio y su voz volvió a ser burlona. -**Dime, Hermana, ¿no se ha hecho preguntas nunca? ¿Siempre ha sido la misma mestiza entrenada, un perro en la correa de un sacerdote?**

Miriya no dijo nada, moviéndose con cuidado hacia el sonido de su voz. Colocó cada paso con un cuidado absoluto, manteniéndose firme cuando la nave se volvió a escorar. Las paredes de la caldera térmica flotaban por debajo de ellos, avivadas por el humo de los incendios en los bosques.

-Si usted supiera lo que yo sé- continuó Vaun. -**Si tan sólo pudiera ver los horrores que Viktor LaHayn ha perpetrado en los últimos años. ¿Crees que soy una amenaza para su preciosa ley y el orden? Ja. Mis planes son sólo para el dinero y el caos. El Diácono, ¡se propone nada menos que la destitución de su Dios!**- su voz estaba llena de odio. -**Mis crímenes son como los de un niño comparados con su locura**.

La Celeste endureció su corazón contra las palabras del psíquico, obligándose a dejar a un lado sus dudas. Él estaba muy cerca ya, a sólo un par de pasos de distancia, se agachaba detrás de un sofá reclinable de carísimo cuero, color rojo

sangre, seguramente de grox. Miriya apuntó con cuidado.

-Sé que no confías en él. Tú y la niñera, hay algo que roe vuestros pensamientos. Si me matas, no habrá ya el momento en que lo entiendas, será demasiado tarde. LaHayn tomará el Imperio para sí mismo. Yo soy el único que puede detenerlo. Por eso que está tan desesperado por capturarme- el psíquico parecía estar luchando contra el esfuerzo de hablar. -**Me necesita para completar su plan**.

A la mujer no le importaba nada de eso ahora, terminaría con éste repugnante brujo y ya soportaría la ira del Diácono después. -**En el nombre del Dios-Emperador...**- Miriya se arrojó alrededor del sofá para tener una línea de tiro y visión clara, estabilizó el arma... a la nada. ¿Y Vaun? ¿Pero dónde estaba?

-**Aquí**- detrás de ella, las garras calientes de sus manos presionaron en la carne del cuello de la Hermana de Batalla.

-¿Pero cómo…?

Vaun rió. -**No es sólo una cuestión de lanzar bolas de fuego y similares, Sororita. Ser un brujo trae algunos talentos de otro tipo. Redirección, muy útil, entre otros-** él parpadeó despejando el sudor de sus ojos. -**Una tarea muy ardua, sin embargo**.

-**Mátame entonces, si te atreves**- gruñó. -**Si me matas habrá diez Hermanas que tomaran mi lugar**.

El desprecio goteaba de las palabras de Vaun. -**Ustedes, necias mujeres son tan predecibles. Tan desesperadas por desperdiciar vuestras vidas al servicio de la iglesia, que prácticamente sólo os falta rogar el ser asesinadas. Es lo que quieres, ¿no? Convertirte en una mártir trágica como la amada santa Catalina, perecer bajo el filo de un hereje y ganarte un lugar... ¿en los patéticos anales de algún convento olvidado?**

La mirada de Miriya permaneció centrada hacia adelante. Delante de ella se podía ver al adepto, totalmente acobardado con la cabeza agachada, sus broncíneas extremidades de araña aún trabajando en el control del timón.

El criminal presionó aún más. -**¿Quieres morir ahora, Hermana? ¿Acaso no**

mitigaría la culpa que llevas, como una piedra de molino, alrededor del cuello? Mucho más fácil poner fin a tu vida en un gesto inútil, que vivir en el dolor, ¿no es así?

-**Vaun…**- dijo la mujer, girando suavemente la mano para apuntar su pistola. -**Hablas demasiado**- Miriya apretó el gatillo y la pistola de plasma escupió su fuego en la cabina. El penacho gaseoso derritió el timón en regueros de metal líquido y envió al adepto con sus gritos a distancia, sus ropas en llamas, sus augmeticos retorcidos o derretidos por la oleada de calor.

La cubierta de la aeronave se zarandeó con fuerza y cayó, separando a los dos combatientes, empujándolos a golpearse contra paredes y vigas. La Hermana de Batalla notó el sabor de la sangre en su boca cuando su cabeza rebotó en una viga de apoyo. Oyó a Vaun gritar una sarta de inventivas maldiciones mientras su visión se volvió borrosa durante un segundo.

Cuando parpadeó y se le aclaró, Miriya vio el bosque ennegrecido como si de un titán se tratara levantándose hasta llenar el parabrisas de la aeronave, los pelados árboles con algún fuego aún, alcanzaron la nave y todo se volvió oscuro.



La noche había caído en el momento en que encontraron el lugar del accidente, en los bosques al sur de Metis. La Hermana Verity había esperado encontrar un campo de escombros, pero la aeronave del Barón Sherring estaba intacta en su mayor parte. La estilizada forma de bala de la envoltura de gas del dirigible, estaba sucia y descolorida, algunas de las células rotas, abiertas y flácidas. La nave había cortado a través de un bosquecillo quemado y aterrizó con una inclinación hacia el lado de estribor, dejando al descubierto la cúpula de pasajeros. La parte delantera del compartimiento era un desastre de vigas y cristal-acero, retorcidos ó rotos.

A su lado, la Hermana Portia consultó un auspex y frunció el ceño. -**El espíritu máquina del dispositivo informa de vidas aún dentro, pero los glifos son contradictorios**.

-El calor de los incendios- dijo Cassandra, acercándose a la nave derribada con su bólter dispuesto. **-Es por el calor que irradia el suelo. Confunde los sensores del auspex.**

Verity se abrió paso a través de un sendero de placas del casco ralladas y trozos de muebles ornamentados, habían sido expulsados durante el aterrizaje. Sus botas crujían al pisar restos de cristal de una lámpara sobre la cenicienta tierra, caminó alrededor de un detallado taburete en cuero rojo que había aterrizado intacto, del todo incongruente en éste negro escenario de destrucción.

Desde el rabillo del ojo, vio a Isabel inclinarse y recuperar algo de la suciedad. -**El arma de la Hermana Superior**- levantó la pistola de plasma por su culata. -**Si cayó de sus manos…**- las palabras no dichas se cuajaron en su garganta.

Cassandra le lanzó una mirada. -**Seguir buscando**.

Verity vio un destello de movimiento entre el desorden de los restos y las llamó. -**Aquí. ¡Alguien vivo!**- las otras mujeres acudieron a su lado en un instante, trabajaron juntas para levantar lejos un panel de metal del tamaño de una mesa de comedor. Todavía estaba caliente al tacto, y si no hubieran estado usando guantes, las manos se habrían quemado.

De debajo del panel surgió lo que parecía un hombre torcido, casi estrangulado por el peso de sus propias ropas. Unas pequeñas manos con pequeñísimas herramientas enganchadas parecían estar trabajando en una zona que estaban medio derretida, algo se recolocó e hizo clic. -**¿Hola?**- su voz estaba cargada de estática, como un canal vox mal ajustado.

-Un sacerdote-tecnológico, un adepto- dijo Isabel con poco más que decepción. -¿**Dónde están Vaun y la Hermana Miriya?**

-**Gracias**- una de las pequeñas manos se dio la vuelta y señaló hacia detrás, lo que quedaba aún de nave. -**Dentro, creo. Gracias**- Le dio una tos metálica, la pequeña mano golpeó con casi mimo el implante codificador de voz. Verity permaneció un rato donde estaba, observando como Cassandra llevó hacia los restos a las otras mujeres con las armas en constante alerta.

Miró a su alrededor, convertido casi en desierto, la tierra quemada, los esqueléticos árboles y de fondo el penacho de humo, aún saliendo de la oscura

caldera en la que se había convertido la ciudad contra el cielo nocturno. Verity se sintió plomiza y pesada, con repugnancia ante la visión. ¿Cuántos miles han muerto hoy, en éste día, con el fin de castigar la estupidez del Barón Sherring? La carnicería sin trabas la enfermó, y la Hospitalaria se encontró con una ira que flirteaba casi con ser traición hacia el señor Diácono. LaHayn había mostrado desprecio por la gente de Metis, no todos eran los culpables de las insensatas decisiones del señor de la ciudad. Con esfuerzo, se obligó a reordenar sus pensamientos.

Una conmoción repentina, cerca de los restos del naufragio, rompió por fin su ensueño. Cassandra tenía a un hombre por la piel del cuello y lo arrastró fuera de la cúpula. Era Vaun.

La Hermana de Batalla le dio una tremenda patada en la parte posterior de las piernas al psíquico y lo tumbó al suelo. Verity se acercó con cautela, en seguida vio que estaba gravemente herido, su cara estaba sombreada con nuevas y recientes cicatrices, causadas seguramente por fragmentos de vidrio. Logró lucir una sonrisa sangrienta.

-Ah. La niñera. Por fin vas a hacer algo que me vaya a ser útil- sin intercambiar ni una sola palabra de mando entre ellas, Cassandra, Isabel y Portia, todas apuntaron con sus armas a la cabeza de Vaun.

Vaun parpadeó. -**Oh. ¿Viktor ha cambiado de opinión, entonces? ¿Voy a morir ahora?**

Verity se esforzó por dominar su repugnancia hacia el hombre. -**Su ejecución será a discreción del Lord Diácono**.

Su sonrisa se ensanchó. -**Qué suerte la mía. Cómo de frustradas deben sentirse, Hermanitas, por encontrarme a mí con vida y a la ramera de Miriya, no. Peor aún debe sentarles, que me deban mantener con vida**.

Verity miró a Cassandra. -**Miriya, ¿está muerta?**

-**No había ni rastro de su cuerpo en la aeronave**.

La cabeza de Vaun se balanceo afirmando. -**Sí, muerta. Cayó hasta el suelo. Es tan triste**.

Con un fuerte golpe y antes de que nadie, ni siquiera ella misma se diera cuenta, Verity estaba mirándose la mano y la marca roja, le había abofeteado.

Auténtica cólera destelló en los ojos de Vaun.

-**Ten cuidado**- le dijo en voz baja y rica en amenazas. -**No vuelvas a dañarme nunca más**.

-**A la mierda…**- las palabras eran un jadeo irregular. -**Al diablo con esto-** Verity se volvió con un sobresalto para ver como Miriya les abordaba desde la línea de árboles, avanzando torpemente y sujetándose a sí misma. La Hospitalaria reconoció al instante los signos de costillas fracturadas, contusiones y heridas leves. La Hermana Superiora marchó lo mejor que pudo hacia el círculo de mujeres, tomando su pistola de la mano de la aturdida Isabel.

-**En el nombre de Terra, ¿cómo sobreviviste?-** susurró la Hermana de Batalla.

-**Como dijo el brujo**- Miriya asintió con la cabeza hacia el psíquico, haciendo señas con su arma. -**Me caí justo antes de la colisión. Pero por la gracia del Trono Dorado, no he muerto**.

Incluso Vaun se quedó sin palabras en ese momento, luego Miriya apretó el perno de activación en su arma de plasma y él sabía lo que iba a pasar a continuación. -**No, no…**- le espetó. -**No puedes matarme aquí. En el Nef, nadie lo sabría, pero en éste caso lo verán, se sabrá. No se puede desobedecer al Diácono**.

-**Al diablo con el Diácono**- sólo esas palabras ya eran suficientes para hacer ganar a Miriya mil latigazos. -**Muere, brujo**.

-**Miriya…**- había una advertencia en el tono de Verity. -**Nuestras órdenes...**

La Hermana Superiora no parecía escucharla. El mundo de Miriya se había derrumbado, sólo existía al espacio entre la boca del cañón de su arma y la cabeza de Vaun. -**Estás tratando de reunir tu poder brujo de fuego, pero el dolor que sufres te lo impide. Sabes que tengo tu vida en mis manos, Vaun. ¿Cómo se siente ser la víctima? ¿Puedes saborearlo?**

Entonces, lenta e inexorablemente, los ojos del psíquico se enfriaron. -**Al diablo con el Diácono, repitió. De mis propios pensamientos, Hermana. ¿Quiere que le diga el por qué? Si mi muerte no va a ser más que un corto latido en la distancia, entonces te voy a dar un regalo antes de irme. Déjeme decirle por qué Viktor LaHayn merece la condenación, más de lo que la mereció ningún pecador de los que alguna vez haya enviado a la tumba. Déjeme Hermana, hacer sólo ésta pequeña cosa**.

Verity vio el dedo de Miriya tensarse sobre el gatillo, pero no lo suficiente. Mientras miraba, la Hospitalaria oyó su propia voz en lugar del silencio.

-**Que hable**.



CAPITULO XII



Vaun no sonreía. -**Su curiosidad es lo único que me mantiene aún respirando, ¿no es así?**- movió un poco la cabeza para mirar a la Hermana Verity. -**Le doy las gracias por estos momentos adicionales de vida.**

-**No tiene nada que darnos**- murmuró Cassandra irritada. -**Hermana Superiora, si quiere romper el edicto del Lord Diácono sobre mantener vivo a éste brujo, hágalo ahora, antes de que trate de hablarnos de la muerte**.

Vaun parpadeó, Miriya buscó en su rostro, intentando distinguir la verdad de la mentira. El aspecto del psíquico, fue uno que nunca había visto antes en él, sin máscaras ni artificios. A su manera, estaba desnudo ante ella. -**¿Es la absolución lo que quieres?**- le preguntó. -**¿Vas a confesarme tus pecados?**

-**Oh, habrá una confesión**- asintió. -**Pero no será la mía. Le voy a dar en bandeja de plata, como un intermediario, al propio Lord LaHayn. Te mostraré sus oscuros secretos-** Vaun levantó una mano ensangrentada y tocó un punto en la base del cráneo. -**Puedo mostrarte cosas**.

Los ojos de Miriya se estrecharon al recordar el extraño dispositivo, que Verity había encontrado implantado en la cabeza de Ignis. Con un rápido movimiento, se enfundó la pistola de plasma.

Un momento de alivio pasó por el rostro de Vaun. -**Has visto el valor de mis palabras**.

La Sororita negó con la cabeza. -**He aprendido que cada frase que pronuncias**

es sólo una táctica más, una estrategia para darle a todo la vuelta- miró a las otras mujeres. -**Sujetadlo**.

Antes de que Vaun pudiera reaccionar o luchar, Cassandra e Isabel tomaron las muñecas de Vaun y las presionaron contra una placa de metal del casco. Portia lo mantuvo en todo momento apuntado con su arma. El psíquico parpadeó, tratando de reunir sus fuerzas, pero sus lesiones le había debilitado y estaba cansado.

Salvando una vuelta de alambre irregular, de afilados bordes, que sobresalía de los restos del naufragio, Miriya formó una unión improvisada para mantener las muñecas del prisionero juntas. Echó un vistazo a Verity. -**¿Tienes un sanguinator y drogas neuropáticas en tu kit de Medicus? Muéstramelos**.

La Hospitalaria hizo lo que se le pedía. -**¿Qué quieres que haga?**

-**Sedarlo**- hubo un largo momento, antes de Verity entendiera lo que Miriya no le estaba diciendo abiertamente pero pidiendo que hiciera.

Vaun luchó. -**Ya os lo dije, voy a explicároslo todo, ¡libremente!**

La Hermana Superiora lo midió con la mirada. -**Debo estar segura**- señaló el brazo, Verity a regañadientes introdujo la aguja del inyector de vidrio en la húmeda piel del psíquico.

La precipitación de los productos químicos golpeó en su corriente sanguínea. Dejó escapar gemidos y algún ataque de tos ocasional, los sonidos rodaban sobre el paisaje quemado. De vez en cuando, pequeños incendios volvían a la vida por el claro como visible respuesta al dolor de Vaun. Acabó viéndose el blanco de sus ojos. Al igual que los líquidos que le habían contenido en la cápsula de la cárcel de cristal en el Navío Negro, el potente filtro le robó la voluntad de crear y manipular el fuego brujo con la mente. Llegó a estar pálido y mareado.

Finalmente, cuando estaba segura de que iba a estar tranquilo y sería incapaz de atacar, Miriya le permitiría responder a las preguntas. -**Tienes atendiendo a todo tu público-** dijo ella. -**Ahora ilumínanos**.

Miro a Verity limpiar suavemente el sanguinator usado. -**¿Cómo escapaste de la custodia?**

Vaun olfateó húmedamente el aire. -**Eso no tiene apenas importancia. Ya sabes la respuesta**.

-**Estabas aliado con Sherring. Él trajo a los hombres de la Mercutio a Metis y les coaccionó**.

-**Brillante, muy inteligente. Demasiado inteligente para su propia seguridad. Sí, en realidad, fue una tarea sencilla. Con el alcance que el clan del Barón le daba, controlando los gremios de transporte y la estación de comercio, le resultó bastante fácil. La mente de un hombre puede ser moldeada con bastante rapidez, si uno tiene las herramientas adecuadas y se muestra imperturbable por cosas tales como la moral. Aquellos que fueron fuertes y se resistieron a la impresión... bueno por decirlo suavemente, se les permitió morir. Los otros se hicieron mis futuros salvadores, aunque nunca lo sabrían, tenían las semillas de mi sueño de control bien arraigadas en sus cabezas**- el psíquico tosió y escupió. -**El que entró primero en la bodega de carga... llevaba la orden que lo activaría implantada en su subconsciente, luego una vez activado, lo hizo él mismo con todos los demás**.

Los labios de Cassandra se curvaron. -**¿Esperas que creamos que permitiste ser capturado en Groombridge? ¿Por qué no podría llegar hasta Neva?**- ella resopló. -**Tiene que haber formas más simples para llegar a casa**.

La sombra de una sonrisa apareció. -**En efecto. Pero soy un esclavo de mi sentido dramático**- su auto-diversión se desvaneció. -**Quería asegurarme de que Viktor bajara la guardia. Sabía que su arrogancia le haría complaciente y negligente, pero para que eso sucediera, tenía que creer que me tenía en sus garras-** los dientes de Vaun brillaron. -**¡Todo para darle mayor altura al caer!**

-**Su odio por él debe consumirte-** dijo Verity, con piedad en sus palabras.

Él la miró. -**¿Odio? ¿Odio dices? No hay ni una palabra lo suficientemente fuerte para describir mi sentimiento hacia su valioso Diácono. Un millón de sus muertes no me devolvería los años que me robó de vida**.

-**Explícate, brujo**- exigió Miriya. -**Me estoy cansando de tu torpeza**.

-**Pregúntese esto, Hermana. Si mis talentos eran tan mortales, entonces,**

¿por qué no se me ofreció a las Naves Negras mientras todavía era un simple niño? ¿Por qué me encerró a escondidas? ¿Qué me sucedió desde entonces hasta ahora?

-**Los datos…**- dijo Verity en voz baja. -**Los registros del Librarium. Faltaban pedazos...**

-**Años**- escupió Vaun. -**De hecho, sólo fui un experimento para él, una herramienta, ¡un juguete! Se llevó sólo a los que podía ocultar, a los que tenían mayor potencial. Nos rompió como a animales, ¡nos usó!**- con un tirón salvaje, Vaun se arrancó un puñado de pelo de la parte posterior de su cabeza, mostrando la distorsión que un implante metálico ejercía bajo su piel. -**¡Éste fue sólo uno de sus regalos!**

-**Al igual que el piroquinésico en la mansión de Sherring-** dijo Isabel.

-**Sí. Estábamos todos sus juguetes, adulterados y castrados por el secreto de un intrigante LaHayn**- sus ojos estaban muy abiertos y mostraban una mirada maníaca. -**¿Veis ahora, Hermana? ¿Podéis empezar a entender? Su agenda no es la de su iglesia, no es ni siquiera la de vuestro dios. Con su gobernador títere y esclavos voluntarios en una mano, los ciegos y retrógrados a su dogma en la otra, LaHayn hace lo que quiere. Él juega su juego a muy largo plazo.**

-**¿Hay que escuchar más de ésta basura?**- gruñó Portia. -**Nos hemos demorado bastante tiempo con éste brujo. La Canonesa Galatea tendría que ser informada de su captura y deberíamos procesarlo**.

-**Sí**- añadió Cassandra. -**¿Puede alguna de las divagaciones, de ésta criatura, corroborarse? ¿Hay pruebas de su traición?**

-**No**- dijo Verity, después de un largo momento. -**En las profundidades del Librarium de Noroc, encontré hechos que respaldan lo que nos ha dicho. Estoy segura de que podría haber encontrado más, si tan sólo pudiera buscar más profundamente**.

-**¿Hechos? ¿Los suficientes como para tomar la palabra de un brujo sobre la de un Alto Eclesiarca?**- exigió Portia. -**No imagino ninguno, ahora mismo**.

-Pero no hay duda, ¿no?- interrumpió Vaun. -**Deben haber visto los bordes de la gran mentira de LaHayn. Sé que tienen serias dudas, de lo contrario la Hermana Superiora me habría ejecutado en el mismo momento en que fui retirado de la aeronave. Quieren saber más, ¿no? ¡Tienen que estar seguras!**

-**La duda es el cáncer en la mente de los injustos**- dijo Portia, citando una máxima de la Noctum Cardinae.

-**Sólo el seguro puede saber que es la fe. Sólo ellos están en condiciones de juzgar**- respondió Miriya.

-**¿De quién son esas palabras?**- preguntó Verity.

-**Del gran Sebastián Thor, de su discurso en Nueva Hera durante la Era de la Apostasía**- se volvió y se encontró la mirada penetrante de Portia. -**¿Estás segura de esto, Hermana? ¿Más allá de toda sombra de incertidumbre?**- el silencio que recibió Portia fue respuesta suficiente.

-**Ja**- consiguió decir el psíquico. -**Como entretenimiento, está bien, escucharlas citarse sus turgentes escrituras la una a la otra, ¿puedo continuar?**- Vaun parpadeó. -**Por su propia seguridad, la Canonesa aún no sabe nada de mí, ni de mi supervivencia hasta el momento. Mantenga ese silencio por mí y a cambio yo abriré las puertas de la duplicidad del Diácono. Mejor que eso, les llevaré al sitio de su secreto más oscuro y mendaz-** tomó aliento, con los ojos brillantes. -**Voy a llevaros a la Torre del Vacío, donde la nulidad es mantenida, donde nada traspasa el vacío allí creado, lo veréis por vosotras mismas**.

-**¿Pactar con un brujo?**- Miriya hizo una mueca de disgusto. -**¿Cómo se atreve a pronunciar semejante sugerencia a una Hermana de Batalla? ¿Acaso ha perdido el juicio?**

El hombre dio un suspiro de falsa contrición. -**Es su decisión, Hermana Superiora. Pero sabe tan bien como yo, que en el momento que les ponga sobre mi pista será mi muerte, así nunca tendrá las respuestas que desea. Nunca sabrá por qué he venido aquí o por qué perecieron, la Hermana de Batalla y la Hospitalaria**- ignoró bruscamente a Verity para respirar y centró toda su atención en Miriya. -**En el momento en que te des cuenta de que digo**

la verdad, ni todas las Escrituras en la galaxia serán capaces de dejar que Viktor LaHayn rompa su precioso Imperio en trocitos.

-**¿Y qué vas a ganar tú con éste altruista acto?**- exigió la Hermana de Batalla.

-**La satisfacción de ver cómo te das cuenta por ti misma, de que no miento. Será bonito ver como reconoces la traición de tu querido Lord Sacerdote**.

Ninguna de las mujeres habló, el momento parecía extenderse por horas. Sólo el crepitar de los fuegos lejanos en el viento cruzado, sonando entre ellos. Entonces, por fin, la Hermana Miriya echó una mirada al sacerdote-tecnológico, el adepto medio reparado tropezó alrededor de la aeronave dañada.

Lo llamó. -**Tú, adepto. ¿Crees que la aeronave sería capaz de volar por el cielo otra vez? ¿Podrías repararla?**

El sacerdote hizo un gesto brusco. -**Muchos sistemas fueron dañados, pero el espíritu de la máquina se diseñó para soportar daños. Podrá volar otra vez, aunque sin tanta gracia como antes**.

-**Repáralo, que esté listo pronto para volar-** se giró hacia Vaun. -**Esa Torre del Vacío de la que habla, ese lugar de secretos. ¿Dónde se encuentra?**

-**A pocas horas del Nef. Estaba justamente de camino yo mismo, cuando, uh... se unió a mí**.

-**Nos llevará a él**.

Un coro de incredulidad brotó de las otras Hermanas de Batalla, pero Miriya las hizo callar con un gesto severo.

-**Galatea no lo permitiría**- dijo Cassandra. -**Sus órdenes fueron muy explicitas**.

-**Lo sé, se cuáles eran sus órdenes**- respondió Miriya, -**Pero también sé que desde que llegamos a Neva, todas las veces hemos estado confundidas por una, tras otra, capa de mentiras. Quiero la verdad, si para obtenerla he de seguir ésta blasfemia y tenemos que llevarnos a él como guía, así se hará-** hizo señas hacia donde estaba el psíquico. -**No se sabe aún de la captura de**

Vaun y no debe ir más allá de nosotras, cinco. No vamos a volver a Noroc, ni renunciar a nuestro prisionero a favor de la iglesia. Éstas son mis órdenes, las obedeceréis, si no por mí, entonces para honrar los sacrificios de Leteo y Iona- dirigió su mirada sobre todas ellas, una por una, las mujeres hicieron gestos de asentimiento. Portia fue la última, pero finalmente bajó la cabeza.

-**No te arrepentirás de esto**- dijo Vaun con una sonrisa como una navaja.

-**Tú, no sabes nada del arrepentimiento**- le dijo y empujó al brujo hacia la aeronave dañada.



Galatea pasó por encima de los escombros de una ventana rota y observó las cámaras de Sherring con una mirada fría. El centro de operaciones del Barón era un pobre intento de una sala de guerra, algo que un guerrero de sillón podría crear con el fin de desempeñar el papel de un general. Un grupo de Hermanas de Batalla ya habían sido asignadas a identificar, aislar y atender a los cadáveres, con la colocación de tiras de pergamino santificado sobre los hombres muertos que llevaban advertencias de no acercarse a los cuerpos de los traidores.

El fuerte olor a carne cocida aún colgaba sobre ellos, mezclado con el almizcle omnipresente de madera quemada procedente de la ciudad. Se le ocurrió a la Canonesa que, desde que el avance hacia Metis había comenzado, no había tomado una sola bocanada de aire puro durante horas. Con tristeza, vio a dos mujeres envolviendo cuidadosamente una Repentia muerta en un paño funerario.

-**Mi señora**- una veterana del cuerpo de serafines entró en la habitación y le hizo una pequeña reverencia.

-**¿Hermana Chloe? ¿Qué pasa?**

-**Hemos completado nuestro barrido de la mansión y pasado a los desleales por la espada**- la poderosa mochila de salto, patrón Serafín de Chloe, que llevaba en la espalda la hacía parecer más alta y ancha de hombros que al resto de las mujeres en la habitación. Galatea, la conocía de campañas de antaño, donde la guerrera con rostro aguileño había llevado su unidad sobre pilares de

chorros de anaranjadas llamas a través de una multitud de herejes. -**La evidencia de la traición del Barón se está recogiendo en estos momentos**.

La Canonesa empujó el cadáver de Sherring con su bota. El hecho de que Chloe, no le había dicho claramente lo que quería oír, era confirmación suficiente, pero lo preguntó de todos modos. -**¿Y el brujo Torris Vaun?**

-**Aún sin localizar. La nave personal del Barón fue vista saliendo de los terrenos de la mansión. Es probable que el brujo huyera, mi señora. Pero, una unidad de Hermanas fue en su persecución**.

-**¿Quién, que unidad?**- preguntó.

-**No está verificado aún. Varias unidades todavía tienen que responder a las consultas de su estado, operativos, situación...**

-**Miriya…**- dijo la Canonesa, en voz baja. Chloe se agitó. -**Quiero que se me informé inmediatamente de cualquier novedad. Puedes retirarte**.

La Hermana Serafín se balanceó sobre sus talones con timidez. -**Con todo respeto, Canonesa, hay otro asunto. También llevo un mensaje de uno de los adeptos en los vehículos de mando. La oficina del Lord Diácono ha estado intentando ponerse en contacto con usted durante la última hora. Parecen más que atormentados**.

Galatea ocultó una sonrisa pálida. -**Por supuesto. Me imagino que sí-** la Canonesa deliberadamente había afinado sus frecuencias de vox para que recibieran sólo señales locales, en las inmediaciones de su legión, anulando los vínculos de comunicaciones de los muchos otros canales que conectarían a Lord LaHayn a su oído. Mo quería ninguna distracción durante el ataque, así que razonó que cualquier cosa de verdadera importancia sería transmitida a su eventual. Galatea enganchó sus dedos sobre la guía, un anillo en el cuello de su armadura de poder Sororitas y fue recompensada con la contestación de un timbre en el relé de su oído. -**Canonesa Galatea, volviendo a la red-** anunció.

En cuestión de segundos, incluso la voz oficial del FDP, Coronel Braun llegó a ella. -**Honrada Sororitas**- comenzó, un borde de irritación se introducía en sus palabras. -**Al fin. Prepárese, le pasaré con el Palacio de Gobierno-** no hay duda de que el soldado estaba muy irritado, seguramente pensaba ella, por haber

sido condenado a sentarse y esperar hasta poder establecer contacto vía vox.

-**¿Un mensaje desde el Palacio de Gobierno?**- la Canonesa frunció los labios con sus pensamientos. *Era posible que Emmel se hubiera recuperado lo suficiente. ¿Tal vez, como para reincorporarse a sus funciones?*

La siguiente voz que escuchó respondió esa pregunta de inmediato. -**Canonesa, soy Dean Venik. Gracias por su atención. Hemos estado observando la confrontación a través de los sensores de la Mercutio en órbita. Lord LaHayn exige un informe sobre la situación**.

-**Páseme con él**- respondió ella, caminando hacia fuera de los pasillos y de los atrios de la mansión, buscando mas intimidad. -**Voy a informarle yo misma**.

Hubo una pausa minúscula. -**El señor Diácono... se halla indispuesto. Pero, puede informarme a mí en su lugar**.

-**¿Indispuesto? Yo había pensado que querría oír un informe de primera mano de la suerte del brujo-** frunció el ceño. -**No importa. Mi honrado decano, por favor, haga saber al Diácono que por su decreto, Metis está ardiendo por los cuatro costados y todos los que estaban en contra del gobierno del Emperador, se les ha hecho mostrar la debida contrición... o han muerto. El Barón Holt Sherring y su gabinete en la ciudad han sido exterminados, al igual que una serie de piroquinésicos que nos encontramos actuando a su servicio**.

-**¿Y Vaun?**- exigió Venik con abierta impaciencia.

Galatea consideró un hecho curioso, Venik no mostró preocupación por la mención de los otros brujos de fuego que habían eliminado. -**Estado desconocido, pero se presume que está vivo. La Hermandad se dedica a su búsqueda**.

La furia surgió del decano. -**¿Quema toda una ciudad y es… incapaz de capturar y enjaular a esa criatura? La decepción de Lord LaHayn será muy grande**.

-**Pásemelo, voy a explicárselo**.

-Se lo dije antes, Sororita, no está disponible.

-¿Y por qué podría ser?- le espetó Galatea, la tensión de la lucha del día y su disgusto por el decano amenazaba con romper su barniz de urbanidad. -**¿Qué es de tal importancia, que no puede hablar conmigo el mismo? ¿Está aún ahí, en el palacio con usted?**

Casi podía ver el aspecto de shock en el rostro de Venik al oír su réplica. -**Él... El Diácono, no tiene por que justificar sus movimientos, Hermana Galatea**.

La mujer movió la mano, como si estuviera despidiendo un molesto insecto. -**Sí, por supuesto. Permítame entonces preguntar por la salud del noble Gobernador Emmel. ¿Se está recuperando?**

La voz de Venik cambió en un instante, a un falso fastidio. -**Ah, sí, pero... por supuesto. Usted no lo ha debido de oír todavía. Me entristece informar que el gobernador falleció hace unas horas. El Diácono estaba allí en el momento de administrar los últimos sacramentos y la bendición del Emperador**.

-**¿Ha muerto?**- Galatea sopesó la noticia en su mente. -**¿Entonces, quien preside el gobierno ahora?**- estrujándose el cerebro por encontrar el nombre del vice-virrey de Neva y el segundo de Emmel, un gran compañero y el vástago de una familia con una larga tradición en la Guardia Imperial. -**El Barón Preed, ¿no es así?**

-**No. No lo es**- respondió Venik, con más que un poco de arrogancia. -**El Lord Diácono ha determinado que lo mejor para la gente de Neva, en éste momento de gran crisis moral y espiritual, es que la Iglesia Imperial debe asumir un papel más directo en la gestión del planeta. Hasta nuevo aviso, he asumido el honor de la gubernatura**.

La Canonesa quedó en silencio. Era una decisión sin precedentes en el moderno Imperio. Desde la Era de la Apostasía, cuando el Sumo Eclesiarca Goge Vandire había tratado de convertir y gobernar la galaxia, la separación de Iglesia y Estado en la resolución de los mundos humanos se había convertido en una máxima irrompible, un hecho que LaHayn había barrido con total impunidad, mientras que las Hermanas de Batalla estaban profundamente enfrascadas en el fragor de

la lucha. Galatea frunció el ceño. Aunque creía totalmente en lo correcto de la iglesia en todas las cosas, se trataba de un desarrollo de los hechos que no la hacía sentirse especialmente cómoda, pero no le haría ningún bien dejar que Venik lo supiera. Finalmente habló. -**Mis felicitaciones en sus nuevas funciones, honrado decano. Que le traigan lo que merece-** se volvió hacia las cámara de cuerpos quemados. -**Me pondré en contacto con usted de nuevo una vez que Vaun esté bajo nuestra custodia**- antes de que Venik pudiera hablar de nuevo, desactivó el enlace vox, se alejó caminando y meditando.



Una vez que la aeronave había alcanzado su altitud óptima, la naturaleza de la nave, diseñada como una nave de competición, salió a flote. A pesar de los daños que había sufrido, incluso con el solitario y nervioso adepto a los controles, el dirigible de Sherring cortaba a través de las nubes de los cielos de Neva con la rapidez de un ave de rapiña, a veces viajando en las fuertes corrientes térmicas de la parte superior de la atmósfera, tan rápido como una Thunderhawk a velocidad de crucero.

Verity observaba con cierto desinterés el paisaje, se alteraba a medida que viajaban hacia el norte. Las zonas habitables de campo dieron lugar a valles ahogados por densas nieves grises, y éstas a su vez, a los negros de recias colinas de basalto. Varios rechonchos picos volcánicos escupieron nubes inconexas de ceniza, en muchos lugares no había más que finas corrientes de lava. Éste era el punto, geológicamente hablando, más activo del planeta Neva, dividido continuamente por pequeños y persistentes terremotos, ahogado por sus cáusticos humos. Nada vivía aquí más allá de las plantas más obstinadas, adaptables y resistentes, más alguna formas de vida invertebrada. Así como predijo en su día la mitología del planeta... Llegará el día que las tierras tóxicas engullirán todo el mundo. Esto seguramente hubiera sin duda pasado hacia tiempo, pero llegó antes el Emperador de la humanidad, con un gesto noble, y gracias a su magnífica tecnología, detuvo la marcha de los volcanes y tiró de las riendas de la supervivencia del planeta, ahora los restos del arruinado paisaje quedaban como un recordatorio del turbulento núcleo del planeta, un ejemplo más de la deuda impagada de Neva hacia el Dios-Emperador.

Detrás de ella, Cassandra estaba en un susurrante debate con Miriya. -**Éste es un viaje sin sentido-** gruñó. -**Hemos estado viajando toda la noche para nada. Vaun nos está mintiendo**.

-**Eso es seguro**- respondió Miriya, -**Pero hay que saberlo con seguridad. Le daremos suficiente cuerda para ahorcarse**.

-**Puedo escuchar cada palabra que dices-** dijo el psíquico a toda la cúpula. -**Y eso me hace sentirme triste. ¿No existe aún ni la más pequeña pizca de confianza? ¿En cualquiera?-** miró a Verity. -**¿Incluso ni en ti, niñera?**

-**Sería más fácil darte cierta credibilidad, si pudieras revelar ese misterioso destino**- dijo la Hospitalaria. -**Vamos, Vaun. ¿Cuánto más lejos esperarás que vayamos?**

El hombre le dirigió una débil sonrisa y miró un cronógrafo de cierre. -**No mucho más-** dijo Vaun. -**Ya estamos all**í- asintió con la cabeza hacia el adepto. -**Llévanos abajo, cogi-boy, agradable y suavemente. Y apaga los Lumen. Van a estar mirando**.

-**¿Quién va a estar mirando?** preguntó Miriya, caminando hacia adelante hasta que el cielo desnudo se asomó a la cabina destrozada.

-**Los perros de LaHayn**- Señaló hacia la oscuridad. -**¿Qué veis?**

Verity entrecerró los ojos. -**Sólo los volcanes**.

Vaun asintió. -**Eso es lo que tú crees ver. Esa es la mentira más extendida-** la aeronave cayó rápidamente y a pocos metros del suelo, se estabilizó. Con las manos aún atadas, el psíquico tomó la garra del adepto y volteó el timón. Al momento, la nave se tambaleó hacia un lado, desplazándose lateralmente. -**Las almenas están pintadas con diseños inteligentes, los puntos de entrada disfrazados. Busquen bien ahora. ¿Lo ven?**

La Hermana Hospitalaria lo hizo y se quedó sin aliento cuando una serie de marcos pareció surgir de la nada a lo largo de la superficie de la peña más alta, cubierta de ceniza.

-**La Torre del Vacío-** sonrió Vaun. -**He estado fuera demasiado tiempo**.



Desde lejos, ningún ojo humano, auspex o exploración, nunca habrían considerado que la imponente estructura fuera distinta de lo que al principio parecía ser, una gran masa volcánica, enturbiaba la imagen el ocasional hirviente vapor de sucias aguas y el calor que desprendían riachuelos de lenta lava fluyendo. Sin embargo, cuando más se acercaba uno, más cambiaba la imagen para parecerse a una ciudadela en lugar de a una forma natural. En un tiempo, siglos, tal vez milenios atrás, el pico de basalto escarpado había sido retocado por dispositivos de tecnología humana, pero ahora era una obra maestra de ingeniería clandestina, una sigilosa fortaleza indetectable en éste árido paisaje. Grandes túneles habían agujereado las gruesas paredes de cara a la roca, conectando los huecos dejados por el magma de la misma manera que hacían hormigas y termitas dentro de sus colonias en la tierra. Las grandes cámaras habían sido vaciadas de piedra fundida, sellándolas entre ellas perfectamente con una ciencia que se ha perdido hace ya muchas eras y haciéndolas habitables. Algunos de los huecos eran cosas pequeñas, tal vez del tamaño de unas pocas habitaciones. Otros eran lo suficientemente grandes para dar cabida a una corbeta de la Marina Imperial, con varias cubiertas, pasillos y sistemas de rastreo internos.

El centro volcánico dormido era el eje sobre el que se había construido la ciudadela, proporcionaba reservas inagotables de energía geotérmica, con mecanismos hundidos en la líquida capa del magma de Neva, donde se condensaba el exceso de gotas de vapor sobrecalentado sobre los conductos en la superficie de la torre.

Tanto las almenas como las aberturas de ventanas estaban bien situadas. Con astutas formas a partir del corte de la misma roca, éstas aberturas parecían ser formaciones naturales. Sólo un examen más minucioso podría detectar el tenue resplandor de biolumenes que se podía ver desde el suelo detrás de ellas. Espinas de cristal de obsidiana y árboles petrificados enmascaraban grupos de blindados sensores y antenas vox. Había incluso plataformas que hacían de muelle, superficies de piedra plana que se extendían lo suficiente como para dar cabida a algo del tamaño de un Coleóptero o un compacto Land-speeder.

Cada hueco, entre sombras, en la escarpada cara de la montaña podría ser el hogar de un sensor o el emplazamiento de un arma oculta. Era un edificio opresivo, amenazante, todo negro, y se difuminaba entre el aire caliente y sulfuroso. El esfuerzo por crear una estructura de éste tipo, la voluntad de ocultar una torre secreta en éste árido paisaje, era una obra que empequeñecía los palacios y los templos de Noroc. El propósito original de la construcción se había perdido en la antigüedad, pero sea el que fuera, había nacido en la clandestinidad. Las paredes de las cámaras interiores enmascaraban todo lo que ocurría en el interior, con dibujos hechos de exóticos minerales que desafiaban el estudio de los pocos tecno-adeptos a los que en su día se les permitió acercarse a ellos. Nada, ninguna longitud de onda por radiación, ni siquiera la energía distorsionada de la psique humana, podía escapar de los muros de la torre. El silencio que la Torre del Vacío mantenía, era más profundo que el vacío del espacio.



Salieron de la aeronave en un abismo de empinadas paredes, el adepto parecía excitado y nervioso, se le encadenó al patín de aterrizaje para evitar que su curiosidad pudiera más que él. Cuando las Hermanas de batalla hubieron asegurado al adepto, la intención en una breve mirada de Miriya a Verity provocó un rechazo preventivo de la Hospitalaria.

-**No me pidas que me quede aquí, Hermana Superiora. No tengo ninguna intención de permanecer guardando la nave, mientras van de aventura**.

-**Sólo tengo en cuenta tu seguridad**- comenzó Miriya, pero Verity negó con la cabeza.

-**Si he venido hasta aquí. Veré a donde nos lleva éste camino hasta el final**.

Vaun resopló. -**Ah, ¡bravo niñera! Que tenacidad**.

Miriya volcó su ira en el psíquico, apenas pudo controlar el temblor de la mano que sujetaba la pistola. -**Ya estamos aquí, brujo. Ahora dinos, ¿qué es éste lugar?**

-**No puedo simplemente informar y describir lo que es la Torre del Vacío Mantenido**- dijo gravemente Vaun. -**Tienen que verlo con sus propios ojos**.

Portia resopló. -**Por el amor de Katherine. Por lo que sabemos, esto podría ser una elaborada trampa. Si nos aventuramos dentro, lo más seguro que encontramos será, ¡una horda de mutantes psíquicos aullando por nuestra sangre!**

-**Si quisiera matarte, Hermana, habría sido sencillo reducir la aeronave a cenizas-** con su frente perlaba de sudor y con gran esfuerzo Vaun logró hacer una bocanada de fuego, una llama, en la yema de uno de sus dedos. -**No, de verdad quiero que veáis esto. Me complacerá mucho ver cómo encaja la verdad, a su manera, en sus cerradas mentes. Incluso si me disparara, aún así, nunca escaparía al hecho de que yo, tenía razón... ¡y su preciosa iglesia estaba mal!**

La mujer sacó su bólter, pero Miriya levantó una mano para advertirla. -**Sabes controlarte mejor, no deberías dejarte aguijonear tan fácilmente por un brujo, Portia. Recitarás el Lamento del Santo y reflexionarás sobre ello**.

Su rostro se agrió, pero la Hermana Batalla de piel oscura hizo lo que se le pidió, dándoles la espalda empezó a murmurar la oración en voz baja. Miriya miró a Vaun una vez más. Podía ver como el efecto de las drogas neuropáticas empezaba a desaparecer y sabía que Verity no tenía más.

-**Aún así tiene razón. ¿Por qué debería confiar en ti, brujo?**

-**Nada de lo que he dicho hasta ahora ha sido mentira-** respondió a la Hermana Miriya. -**No veo ninguna necesidad de cambiar eso ahora-** Hizo una pausa. -**La Torre del Vacio es el dominio encubierto de Lord LaHayn. Es aquí donde pasé los años perdidos de mi vida-** Vaun echó un vistazo a Verity, -**Aquí es donde los planes de su precioso Diácono se están incubando. Como dijo la niñera, éste lugar es el final del camino. Para todos nosotros**.

Miriya aceptó con un movimiento de cabeza, luego con las manos hizo un par de gestos rápidos, directivas en lenguaje de batalla, a las que las otras Hermanas reaccionaron al instante. La mujer cogió la pistola de plasma de su funda y recitó la Letanía de activación. Se acercó a Vaun y le echó una mirada a su mismo

nivel. -**Ya ha oído esto de mí antes, pero vale la pena repetirlo antes de ir más adelante. Si nos traicionas, perderás la vida. Todo lo que mantiene aún el aire en tus pulmones es mi deseo de llegar por fin a la verdad. Dame un sólo motivo para dudar de ti y yo misma te daré in extremis el sangriento grito final que tanto mereces**.

-**Un argumento convincente-** bromeó. -**Y... Dígame por favor, si la verdad que os doy, no es la verdad que buscan, ¿entonces qué? ¿Qué regalo obtendré?**

-**Una oportunidad de arrepentirte y un final rápido**.

-**Bueno**- sonrió burlonamente Vaun. -**Me ha convencido. ¿Vamos?**



Había entradas a la Torre del Vacío, pero ninguna de ellas tenía menos de cuatrocientos metros sobre el nivel del suelo del valle. En cambio, Vaun los llevó a un lugar donde las bocas ovales de los túneles de vapor se abrían hacia el nublado cielo. -**Ésta es la manera por la que salí de la ciudadela el día que me escapé. Muchos lo habían intentado antes que yo y todos habían sido luego traídos ante nosotros, para que viéramos sus hinchados cuerpos y como terminaron cocidos por las quemaduras, su piel se les caía como hojas en invierno**.

-**Habla de éste lugar como si fuera una prisión**- comentó Cassandra.

-**Es eso y muchas otras cosas. Como un panal de celdas, existe dentro de éstas paredes mazmorras acondicionadas en las burbujas de magma solidificado, habitaciones imposibles de obtener o comprar…**- se estremeció ante el recuerdo.

Isabel se asomó con cautela por el borde del túnel y volvió a meterse de un salto, parpadeando furiosamente. -**Ach. ¡El calor! Asará cualquier carne expuesta**.

Miriya trazó la flor de lis en su placa pectoral. -**Pónganse los cascos. Nuestra armadura de poder nos protegerá**.

Isabel señaló a Vaun. -**¿Y... qué pasa con él? ¿Y con la Hospitalaria?**

El psíquico negó con la cabeza. -**Hay una pauta, es una rutina provocada por la desgasificación del núcleo. La temperatura cae y se levanta a un preciso ritmo, puedo predecirlo. Manténgase cerca de mí y las guiaré, pero no pierdan el tiempo. Dudar en el lugar equivocado y podríais acabar cocidas-** como un pretendiente pidiendo una danza cortesana, Vaun ofreció la mano a Verity. -**Quédate a mi lado, querida niñera-** terminó la frase con una mirada lasciva.

-**¡Verity!**- dijo Miriya llamando su atención y asintiendo. -**Déjate guiar por Vaun**.

El asco que sintió coloreó de rosa la cara de la Hospitalaria, se acercó a él con cautela. -**No temas, Hermana**- dijo Vaun con voz sedosa. -**Prometo que seré un consumado caballero**.

La chica cerró los ojos, luchando contra la repugnancia que sentía, Miriya dio a Vaun una última mirada de advertencia. -**Portia, conmigo. Cassandra, cubre la parte trasera. Isabel, mantén vigilado a nuestro guía, en otrora honrado. Si siquiera sospechas que nos está llevando por mal camino o que realiza algún acto en la mente de la Hermana Verity, tienes mi permiso para matarlo, sea cuál sea nuestra posición o circunstancia**.



En una línea irregular, entraron en el túnel y se aventuraron en su interior. Corrientes calientes de abrasador aire en ebullición retumbaban más allá de ellos, la nebulización por condensación nubló las viseras de sus yelmos patrón Sabbat. Miriya jugó con la configuración de visualización, pero los colores eran un derroche de volteretas rojas, blancos pixelados y rayas naranjas, rápidamente acabó desorientada.

Parpadeando para apartar el sudor con sus pestañas, siguió adelante, consciente de que los mecanismos internos del traje estaban trabajando para mantener su cuerpo fresco. Un pequeño icono en el casco, representando el núcleo de fusión

en la mochila de su armadura, mostró pictogramas de advertencia en la esquina de su visión, el indicador de temperatura iba subiendo rápidamente hacia la línea roja.

La Hermana de Batalla amasaba la empuñadura de su arma y ponderando las palabras de Portia de nuevo. Por lo que sabía, Vaun los conducía a un pozo de lava hirviendo, ¿pero les había traído hasta aquí, sólo para llevarlos a una muerte segura? No, no creía que ese fuera su estilo. En los días transcurridos desde su fuga a bordo de la Mercutio, Miriya descubrió que estaba llegando cada vez más a comprender su aberrante mente. El ego de Vaun era su motor, terminar sólo con su vida y la de su equipo no sería bastante satisfactorio para él. Quería verlas admitir que tenía razón antes de morir.

En el fondo de su mente, una pequeña voz hizo la pregunta, *¿y qué, si la tiene?* Miriya se sacudió ese pensamiento y siguió moviéndose.



Después de lo que parecieron horas de caminata, llegaron a una intersección adornada con pasarelas de servicio. Vaun se hundió un poco, pero los dirigió a una escotilla de servicio. Portia se aventuró a través de él y les hizo señas que era seguro, llegando a una sala de mantenimiento. El alivio brotó en cada una de ellas, las Hermanas de Batalla tomaron un momento para quitarse los cascos. Verity estaba pálida y su traje estaba empapado de sudor. Drenó la mayor parte de su botella de agua, administrando una poción para cada una de ellas, restableciendo el equilibrio de su cuerpo, rehidratándolas.

Había otra puerta en la habitación y Vaun se acercó a ella, mirando a través de una estrecha rendija. La fuerza psíquica que había estado ausente, notaba que estaba empezando a volver. -**Y aquí estamos**- había una curiosa tristeza casi melancolía en su tono, que Miriya no había oído antes.

La Hermana Superiora le echó un vistazo por sí misma y se quedó sin aliento.



CAPITULO XIII



Era una galería de obscenidades.

La abertura de la ventana daba al interior de una amplia cámara, atravesada por la telaraña de un centenar de pasarelas y tuberías, formaban complejas vías de cableado serpenteantes de un lado al otro, se asemejaban a las que podían encontrarse sobre las calles de Noroc, pero con un trazado mucho más sofisticado, de éstas colgaba un sinfín de ganchos, tensores y cables, algunos vacíos, otros soportando el peso de amplias plataformas, unos pocos soportando el peso de grandes cubos de metal envejecido, cuyo tamaño era comparable al de un tanque blindado, muchos colgaban suspendidos mientras que otros avanzaban por los rieles con rumbos desconocidos, a través del constante ruido que producía tal actividad podían escucharse extraños sonidos, bien podían asemejarse a gritos ó a descargas eléctricas, resultaba realmente difícil distinguirlo con claridad.

Tan lejos como la vista de la Hermana Miriya llegaba, podía ver las paredes exteriores de las cubiertas transitando hacia las profundidades, cargadas con celda tras celda de opacos vidrios verdosos, similares a la cápsula de reclusión utilizada para transportar a Vaun en la Mercutio.

Una sensación de irritación circuló sobre su piel, pudo saborear un aroma indefinido en el aire, un espeso y grasoso aroma, arrugó su cara en una mueca de desagrado.

-¿Puedes sentirlo?... ¿puedes?- preguntó Vaun en susurros. **-La desesperación y el dolor de miles de psíquicos, vivos y muertos, las paredes de la ciudadela**

están impregnadas de ello, manchadas por la angustia- sacudió su cabeza con un gesto negativo. -**Imagina el sentimiento que despierta en mí.**

-**Mi corazón sangra por tu sufrimiento, ¡brujo!**- replicó ella con desdén.

Formas humanas parecieron moverse en algunos de los niveles, la Hermana Miriya estiró el cuello para obtener un mejor ángulo de visión, pero se encontraba muy por encima para realizar un adecuado escrutinio, podía distinguir la lejana amalgama de metal y carne de los drones servidores, hombres ciegos y blindados, vestidos con lo que parecían túnicas del Mechanicus, pero que en su mayoría vestían hábitos sueltos de un gris monótono, cubriendo inclusive sus rostros, dejando ver sólo una pálida mascara con aspecto de medialuna.

Vaun sabía hacia donde dirigía su atención. -**Los casi soldados del sacerdote, chusma mercenaria, sicarios, una broma terrible, denominación suave, compasiva y pervertida por estos cretinos sin corazón**.

Las Sororitas oían las palabras que el psíquico decía, era el momento de permanecer atentas a él, por su propia confesión se había ganado la entrada a éste lugar, le habían facilitado la tarea, si bien, Vaun necesitaba permanecer en su compañía por el momento, no tenían duda alguna de que en cuanto se presentase la oportunidad trataría de huir.

Las otras mujeres habían tomado un descanso para hidratarse y orar. Cassandra se acercó, con el rostro acosado por la preocupación. -**Hermana Superiora, ¿ha visto alguna señal de alarma? Soy consciente de que si bien Portia no encontró nada que lo indique, cualquier señal que pudiera alertar a... los habitantes...**

-**Las máquinas delicadas no duran mucho en la humedad de los túneles-** la interrumpió el psíquico. -**Además, las líneas de defensa de la Torre del Vacío han sido diseñadas para rechazar a la gente del exterior y no del interior, con lo cual, a menos que haga ruido en los niveles inferiores, o se decida a dar un sermón, deberíamos permanecer sin ser detectados**.

Miriya hizo un gesto a sus Hermanas, para que permanecieran dispuestas. **-Somos intrusas aquí, así que manténganse alerta. Hasta que sepamos qué es**

lo que sucede dentro de éstas paredes, deberemos permanecer ocultas- enfundó su pistola y agregó. -**Si surge la necesidad, usad únicamente armas silenciosas, ¿está claro?**

-**¡Ave Imperator!**- contestaron las Hermanas al unísono.

La Hermana Superiora, empujó por la espalda a Vaun hacia la puerta. -**Avanza entonces, ¡hereje! Déjanos ver el espectáculo que tanto quieres que veamos**.

El psíquico respondió con un gruñido venenoso a cambio. -**Será un placer, estoy seguro de que lo encontrarán de lo más instructivo**.



Avanzando con todo el cuidado y sigilo que pudo, Verity caminó entre las Hermanas Isabel y Cassandra, atravesando innumerables charcos de sombras que oscurecían y bañaban los niveles superiores de la cámara, inconscientemente, sus pensamientos se volcaron hacia Iona y las Hermanas Repentia en Metis, habían hecho lo mismo, la habían protegido con calmada habilidad y efectividad, pero Iona estaba muerta, ahora era sólo un esqueleto incinerado, igual que el resto de las Repentia que habían caído a su lado, la Hospitalaria sintió una dura punzada de culpa en su pecho, no quería traer la misma suerte a éstas mujeres.

Interiormente se recriminaba a sí misma, preguntándose ¿Por qué no podía simplemente haber permanecido atrás en la aeronave? ¿O haber vuelto a Noroc? O mejor aún, ¿por qué no haber mostrado sus respetos a Lethe y luego, simplemente volver a las obras de su Orden en las lunas exteriores? Verity se sentía vacía e incompleta, tratando de aferrarse a alguna solución ilusoria e intangible, que le permitiese cerrar y curar la herida dejada por la muerte de su Hermana, contrariamente a ello, los eventos continuaron desarrollándose a su alrededor, cada vez más, comenzó a concluir que nada, ni siquiera la contrición y la ejecución de Torris Vaun, cerraría ese vacío. -**Emperador, guíame**- rezó en susurros y con un sollozo. -**Te lo ruego, líbrame de todo esto**.

-**Observen**- dijo Isabel, señalando. -**El área abierta ahí debajo, parece ser un patio de ejercicios...**

Un destello verde actínico parpadeó en el recinto, Verity se estremeció cuando un agudo gemido se filtró un momento después. -**¡Ellos... han matado a alguien!**

Miriya las guió hasta una zona elevada, desde donde pudo escrutar el área a través de sus magnoculares, se mantuvo en silencio por un breve lapso de tiempo, como si estuviera tratando de dar sentido a lo que estaba viendo. Verity trató de ver a simple vista, pero lo único que podía atisbar, eran puntos pequeños, como un enjambre de hormigas en movimiento, y de tanto en tanto, la destellante descarga de los rifle láser.

-**Una escuadra de entrenamiento**- dijo Miriya finalmente. -**Allí hay... ¿ilotas tal vez?... Están siendo utilizados como blancos para los que están encadenados, y aquellos vestidos de gris, parecen dirigirlo todo**.

-**Las cadenas están hechas de un hierro especial, aleado y tratado**- agregó Vaun, su mano tomó su muñeca opuesta, acariciándola inconscientemente, rememorando los recuerdos que le traían una vieja herida. -**Quema la piel cuando uno utiliza energía psíquica**.

Verity asintió. -**He oído hablar de ese material, es una rareza, una reliquia de la Era Oscura de la Tecnología**.

Vaun contestó. -**No es una rareza aquí, enfermera, LaHayn tiene en abundancia**- hizo un gesto en torno a las paredes. -**Imagina el ácido quemándote, cada vez que tratas de hablar, de respirar o comer... pues así es como se siente el maldito metal**.

La Hermana Superiora guardó su equipo y retrocedió desde la posición de observación. -**En marcha, seguimos adelante**.

-**¿Qué sucede ahí abajo?**- dijo Cassandra.

-**Un ejercicio de fuego real, los brujos son adoctrinados, les enseñan a matar con sus mentes**- sólo pensar en ello, le generaba un claro disgusto.

Vaun señaló hacia las profundidades de las sombras, hacia unos compartimentos que seccionaban la pared de la recámara. -**Por aquí, en éste nivel solía haber laboratorios y salas de cirugía, justo antes del incendio**.

-¿Incendio?- preguntó Cassandra.

Vaun sólo sonrió y siguió caminando.

Siguieron adelante, caminando tras Vaun en una cuidada línea, Verity tocó la cadena de su rosario de plata trazando las letras cuidadosamente grabadas en la superficie de metal brillante, se agachó para pasar a través de una escotilla claramente deformada por una masiva descarga de calor, la piedra negra tallada y la placa de acero de la cámara exterior, contenían la misma clase de diseño que la Hospitalaria había visto en docenas de naves espaciales y edificios imperiales, observó columnas almenadas y arqueadas vigas totalmente remachadas, bien podía hallarse dentro de una nave estelar en ese momento.

Vislumbró laboratorios en desuso, cuyas paredes salpicadas por manchas de color oscuro, daban a los ambientes un aspecto interior decadente y moribundo, la mayoría de los objetos hallados en su interior, se encontraban sumergidos en un mar de antiguas telarañas, observó otras puertas de metal confeccionadas a partir de un calibre mayor que el de las escotillas, pero estaban totalmente selladas por medio de elaborados cierres oculares, también descubrió celdas, aunque rechazó la idea de mirar dentro por temor a lo que pudiera descubrir.

Pudo percibir la manera en que el lenguaje corporal de Isabel se alteró ligeramente, la Hermana de Batalla se encontraba en su hábitat natural, la forma de los corredores le resultaba claramente familiar, por lo que Verity no tenía la menor duda de que Isabel, Portia y las demás Hermanas, habían sido entrenadas para combatir en el interior de los confines imperiales. Algunas partes de la planta eran desiguales, deformadas por la misma conflagración explosiva de calor que había observado anteriormente en la escotilla, su brazo salió disparado tratando de sostenerse sobre un candelero para evitar un tropiezo, la Hospitalaria retiró su mano cubierta con una gruesa capa de viscosa ceniza, sabiendo de inmediato que se trataba de residuos orgánicos de un cuerpo inmolado, con un cuidado exagerado se limpió la materia en cuestión, lanzando hacia Vaun una mirada de disgusto. Si él la percibió, no dio muestra de ello.

Portia encendió una pequeña linterna, escrutando con su crudo rayo amarillento los confines del recinto que los biolumenes no alcanzaban a iluminar, algunos de los compartimentos laterales del pasillo estaban sumergidos bajo una total

oscuridad, el haz de luz brillaba sobre los vidriosos objetos, a veces a través de charcos líquidos estancados, el lugar daba a Verity la impresión de un descuido y abandono total.

-**El brujo dijo la verdad**- comento Portia. -**Veo mesas de operaciones y dispositivos medicae, ¿tal vez la Hospitalaria podría instruirnos un poco más sobre ellos?**

Verity inclinó la cabeza en reconocimiento y dio un paso hacia adelante. -**Si pudieras acercar tu linterna…**- dijo, pero un sonido similar al roce de metal contra metal la interrumpió, guardó silencio sobresaltada, las Hermanas de Batalla se detuvieron.

-**Hay alguien ahí**- advirtió Vaun con un breve murmullo.

Portia puso la linterna en los dedos temblorosos de Verity, echando una mirada inquisitiva a Miriya, la Hermana Superiora la miró a su vez y asintió, Portia se deslizó fuera del halo de luz, hacia la oscuridad. Se escuchó otro ruido, ésta vez inconfundible, el sonido de pisadas humanas, vacilantes, inseguras...

Una sombra difusa, no más alta que la Hospitalaria, vaciló al margen de la vista de Verity, justo allí, entre las inescrutables penumbras de la cámara de cirugía, una reacción automática e instintiva le permitió dirigir la linterna hacia ella, un rostro pálido como el de una muñeca parpadeó frente a ella, con agujeros negros donde debería haber ojos, y una oscura ranura donde debería haber una boca, la máscara blanca se fundía con el gris de la andrajosa túnica que vestía. Sorprendida por la luz, la figura cruzó raudamente el cuarto en dirección al panel situado del lado opuesto de la cámara.

Sorprendida por la aparición, Verity pudo hacer poco más que perseguir con la vista a la figura en fuga, ésta había extendido su mano pretendiendo operar una consola, cuando Portia se materializó sorprendentemente a partir de las sombras cerniéndose sobre la figura, todo sucedió con tal velocidad que la Hospitalaria sólo pudo capturar flashes de la situación, el chasquido húmedo de un hueso al quebrarse, el ligero movimiento de la túnica, el brillo de un arma, la armadura negra y reluciente de la Sororita brillando como el caparazón de un insecto, el desgarro de un cuello al romperse, un jadeo y un cuerpo cayendo.

-**Mis disculpas-** se excusó Portia frente a la Hermana Superiora. -**Estaba tratando de llegar a ese atril vox, mi intención fue evitar que accionara la señal de alarma**.

-**Has actuado correctamente**- señaló Miriya.

Verity tragó saliva, el momento de la muerte había tomado apenas un parpadeo.

Portia redirigió la linterna fija de su equipo hacia el hombre muerto, usando su mano libre removió la blanca máscara, y expuso a la vista un rostro común y corriente, que les devolvía aún una leve expresión de sorpresa.

-**Mmm, nadie que yo conozca**- señaló Vaun. -**Por cierto, buena muerte, una excelente técnica**.

Portia exclamó sin siquiera levantar la vista de la víctima, -**Será para mí un placer demostrarte personalmente mi técnica, maldito**- a continuación tiró de la túnica y saltó una línea de botones, la túnica del difunto se abrió. -**Éste manto está revestido con tejido de ceramita**.

-**Trajes blindados**- señaló Cassandra. -**En caso de que su trabajo se vuelva tempestuoso**.

-**La ropa que lleva debajo…**- Portia tocó una prenda de rico material rojo. -**Es el atuendo de un clérigo**- encontró el collar del muerto, era una sarta de cuentas de ónix que terminaba culminaba con un águila de oro, una derivación del culto Imperial en Neva.

Vaun rió suavemente. -**Qué preocupante, ahora... me pregunto, ¿qué haría un siervo devoto del Dios-Emperador aquí?**

Miriya se volvió hacia Vaun. -**Tú lo sabías, lo sabías y sin embargo... no hiciste nada para impedir que le pusiéramos fin a la vida de un sacerdote, guardaste silencio y no dijiste nada**- le espetó. -**¡Su sangre está en tus manos!**

-**Junto con la de otros cientos de personas**- replicó Vaun, su diversión se desvaneció por un instante. -**No es que me importe**.

-**Te importará-** aseguró la Celeste. -**Tienes mi palabra**.

El hombre hizo una mueca de molestia. **-¡Mira más allá de eso, mujer!-** exclamó señalando el cadáver. **-¿No entiendes lo que significa?**

Isabel estaba examinando las consolas en la cámara cuando informó. -**No soy un tecno-adepto, pero yo creo que él parecía estar tratando de realizar una lectura de diagnóstico en estos dispositivos-** pasó las manos por un conjunto de bronceados y deslustrados diales cuando una imagen hololítica cobró vacilante vida.

Si bien la imagen carecía de color, se detectaba claramente la actividad desarrollada por un grupo de figuras, uniformadas de igual manera que el cadáver, trabajaban sobre un cuerpo recostado en una camilla de operaciones.

Verity miró por un momento antes de darse cuenta de dos cosas, la primera, era que el cuerpo pertenecía a una persona con vida, consciente y sin anestesiar, la segunda, era que la pantalla era un registro visual de algo que había tenido lugar en esa misma sala.

La pantalla arrojó más luz sobre la recámara en la que se encontraban, iluminando el estrado de porcelana blanca, las manchas oscuras y secas de la sangre estancada sobre los canales de drenaje del suelo.

Vaun estiró el cuello para observar mejor la imagen hololítica. -**¡A ella sí! A ella la conozco**- advirtió. -**O mejor dicho, la conocía, Kipsel, ese era su nombre**-apartó la mirada de la pantalla. -**Ella murió después de eso**.

-**¿De qué?**- preguntó Verity con voz apagada.

Vaun se tocó el bulto detrás de la oreja. -**De esto**.

Isabel analizó una pantalla en antiguo gótico. -**Kipsel, ese nombre está aquí en la grabación, las fechas, también aparecen**.

La hospitalaria miró por encima del hombro, las fechas parecían coincidir con el periodo por el cual, los archivos del Librarium sobre Vaun estaban vacíos, levantó la vista hacia la pantalla y sus ojos se abrieron. ¿Puedes detener la imagen?

La Hermana de Batalla giró un control y la grabación se desaceleró hasta

detenerse

-¿Qué sucede, niña?

Verity señaló en la esquina de la imagen hololítica, su dedo rompió la superficie fantasmal al tiempo que dijo. -**Es él. Son ellos**.

-**Santa Terra... sí, los veo**- Isabel manipuló los controles de nuevo, haciendo que la imagen retrocediera.

Verity y las otras mujeres vieron a varios hombres, vestidos con las mismas ropas que el sacerdote muerto pero con la capucha hacia abajo, dos hombres en particular se encontraban en el centro del grupo, los demás a su alrededor mostraban una deferencia obvia, sus perfiles eran inconfundibles a pesar del tiempo transcurrido y la baja calidad de la grabación.

Vaun señaló la imagen de los hombres con un barrido teatral de su mano. -**Honorables Hermanas, permítanme presentarles los rostros aborrecibles, de los Señores Viktor LaHayn y Venik Lickspittle**.



Miriya ordenó a sus Celestes que aseguraran el perímetro de la sala de operaciones y las antesalas que se extendían fuera de ella, al parecer, el sacerdote muerto había estado revisando el proceso visionando el contenidos de las grabaciones, *¿tal vez preparándose para volver a utilizarlos?* Se preguntó. En una de las habitaciones contiguas, cargadas sobre ruedas, había cantidades de unidades de grabación apiladas, Verity las identificó como una variedad de medios de almacenamiento, similares a los utilizados en la grabación que había reproducido las imágenes de LaHayn y Kipsel en la imagen hololítica, había incontables horas de metraje, y sólo el Emperador sabría cuántas de ellas contenían las grabaciones de brujos sometidos a las mismas brutales vejaciones.

La Hermana Superiora observó las celdas de grabaciones con desapasionamiento y frialdad, si bien no sentía ningún tipo de simpatía por los psíquicos, el modo, la forma indiscriminada con que la mujer había sido profanada, caló hondo en su mente, la iglesia no tortura, ni mutila sin una buena razón, se sintió acuciada por

conocer las razones, que habían impelido a Lord LaHayn llevar adelante semejantes acciones.

-**Esto debe de haber estado ocurriendo por décadas**- murmuró Cassandra. -**Y sin embargo, nunca he oído comentario alguno acerca de ello**.

Miriya se preguntó si la Inquisición Imperial podría haber tenido alguna intervención, pero no había nada que indicara la presencia del Ordo Malleus o cualquier otra rama de los investigadores del Dios-Emperador. Según su experiencia, los inquisidores estaban más que contentos al pregonar sus obras para la iglesia. No, la ocultación estudiada y cuidadosamente mantenida de lo que estaba ocurriendo allí, tensó su experimentada mente de guerrera.

Verity examinó el estrado de operaciones, había herramientas, ahora oxidadas y sin brillo, aún almacenadas en los cajones empotrados entre marcos de rota porcelana, una bandeja conectada a un brazo servidor corroído, tomó una esfera plateada y la sostuvo frente a la luz de las antorchas, Miriya intercambió una mirada con la Hospitalaria, ya que ambas reconocieron su diseño, idéntico al implantado en el interior del cráneo de Ignis.

En otra antesala, encontraron objetos suspendidos dentro de tanques rebosantes de finos aceites, de cuyo inhumano origen no cabía duda, Portia volvió la luz iluminando las aceradas construcciones de la sala, marañas de probetas y varillas vidriadas de tonos verdes por todos los estantes, superficies y en cualquier sitio, junto a ello, vio dentro de un deposito hueco un grupo de curvados huesos amarillentos marcados con runas eldar de color púrpura, cuyo propósito resultaba imposible de descifrar, por último, observó un grotesco cráneo abierto mostrando la masa cefálica de un orko, hinchado mas allá de su tamaño normal por el toque de la mutación.

-**Viktor siempre tuvo un gusto ecléctico-** señaló Vaun maliciosamente. -**No hay ninguna vía de investigación que él no estuviera dispuesto a seguir**.

Algo dentro del corazón de acero de Miriya se rompió, le dio un revés al psíquico, con un golpe salvaje y veloz como un rayo. Vaun se alejó, aferrándose el corte sangrante de su mejilla, al tiempo que ella sacó su pistola de plasma. -**He llegado al límite con tus juegos, maldita criatura. ¡No quiero oír más tus verdades a medias!**

Vaun escupió sangre en el suelo de baldosas. -**Aprieta el gatillo puta, y todo el mundo lo oirá, ¡jamás saldrán de aquí con vida!**

-Creo, que voy a correr ese riesgo- las bobinas colimadoras de la pistola zumbaban y brillaban. -**Se acabaron las necedades, no más juegos de palabras, no más circunloquios, vas a decirme la verdad ahora, o te derribaré yo misma con mi pistola contra las negras paredes y te la arrancaré. ¡La verdad!**

El psíquico limpió la herida en su rostro, analizando sus opciones. -**Muy bien, parece que no tengo más remedio-** suspiró. -**Es una historia interesante...**



Cuando un muy joven Torris Vaun, descubrió que el clérigo de su asentamiento había contactado con la capital poniendo al descubierto sus "talentos". Desbordado por un arranque de ira, había quemado la iglesia hasta sus cimientos con la zumbante potencia eléctrica que yacía tras sus ojos, encontró el hábito ardiente y humeante del clérigo sobre la hierba del cementerio, antes de encontrarlo a él, Vaun se quedó de pie observando y escuchando la crepitante carne humana ardiendo.

Ni una sola alma del asentamiento se acercó a él mientras se encontraba bajo el arco de la capilla, observando su obra, pues estaban demasiado asustados como para hacerlo, temiendo lo que él pudiera hacer con ellos, seguramente lo mismo que había hecho con el clérigo. Mientras escuchaba los susurros de la población, Vaun entendió que tendría que abandonar el lugar en busca de mayores retos, en los últimos tiempos, el asentamiento había resultado sofocante, aterrorizar a la pequeña población resultaba cada vez menos interesante.

En ese momento, un hombre arribó al asentamiento tras descender de un coleóptero, que rápidamente había aterrizado sobre la colina, *otro sacerdote*, pensé. Comencé a reunir fuerzas en preparación para volver a matar, pero cuando el recién llegado estuvo lo suficientemente cerca, pude ver que reía, su negro sentido de humor me resultó contagioso y reí también, allí, bajo el

resplandor de la iglesia en llamas, el recién llegado me ofreció su mano, la oportunidad de fortuna y gloria, de una talla tal que sólo había soñado.



-**¿Conoces la historia de la herida, de santa Celestina, el fallecimiento y su gloria?**- Vaun gesticuló con la mano. -**Por supuesto que sí, pero el histórico pasado de Neva está compuesto por más que eso, por más que los ridículos juegos de lucha de los nobles con sus asesinos silenciosos, sólo tienes que profundizar tu mirada, un poco más allá**- el psíquico enderezó una silla caída y se sentó sobre ella. -**La llegada de la Celestina despejó la tormenta de perversidad que había cubierto el planeta, por eso fue debidamente consagrada en sus miserables anales, pero esa no fue la primera vez que las nubes del empíreo habían convergido en Neva, veras, cosas como esas han sucedido aquí docenas de veces, en épocas tan lejanas como la Era de los Conflictos**- hizo una pausa a la narración, tomando una caja de lata maltratada de su bolsillo. -**¿Puedo tomar un cigarrillo?**- preguntó Vaun a Miriya -**ha pasado ya mucho tiempo desde el ultimo...**

Cassandra se inclinó y arrancó la caja de sus manos con un golpe de revés, enviándola lejos entre las sombras.

-**Ah. Debo tomar eso como un no, ¿entonces?**

-**Sigue hablando**- gruñó Miriya.

-**Muy bien. Las tormentas. Mientras que algunos mundos sufrieron el contacto con las tormentas del empíreo y quedaron destruidos, o peor aún, cayeron corporalmente en el reino del caos, Neva se salvó, en Neva la caricia del immaterium fue más sutil, más insidiosa, como una mancha que fluye río arriba, la disformidad dejó una huella en éste mundo, y alteró sutilmente la línea sanguínea de cada ser vivo sobre él, sólo un poco**- el hombre levantó el pulgar y el dedo índice a pocos centímetros de distancia. -**Pero lo suficiente. Dime, Hermana Superiora, ¿normalmente, cuántos psíquicos hay en el imperio por cada humano normal?**

-Uno o dos cada cien mil nacimientos, tal vez menos.

Vaun asintió. -**En Neva, el número se acrecienta probablemente al quíntuple-** dijo mientras ignoraba las miradas de incredulidad en los rostros de las mujeres. -**La cercanía espacial de Neva con la disformidad implica que sus habitantes son más sensibles a la esfera psíquica, la mayoría de ellos no lo saben, acaban por tener 'sentimientos' o 'extraños sueños' pero muchos de nosotros exhibimos poderes mayores, se podría decir... con características únicas**.

-**Imposible**- replicó Portia.

-**Cortas de miras, como siempre**- replicó Vaun. -**Piensa, Neva no es el único mundo que tiene semejante bendición, ¿qué hay de Magog, o Prospero, el mundo de los Mil Hijos? Esos planetas eran ricos en poder sobrenatural.**

-**Magog se autodestruyó así mismo**- señaló Verity. -**Y los Marines Espaciales de los Mil Hijos se volvieron hacia el Caos, Próspero se desvaneció en el Ojo del Terror**.

Vaun desestimó sus palabras con un gesto de la mano. -**Detalles, meros detalles, pero los hechos persisten, los linajes de Neva se atan con potencial metapsíquico, soy la prueba viviente de ello**.

-¿**Qué tiene que ver ésta loca teoría con LaHayn y éste lugar?-** exigió saber Miriya.

-**¡Todo!**- exclamó Vaun.



El clérigo, que por aquel entonces era un confesor de alto rango dentro de la diócesis, no obstante, Lord Viktor LaHayn me llevó a un castillo oscuro para hacerme jugar con mis poderes. Allí destaqué, imperturbable por las preocupaciones morales y otras pequeñeces, LaHayn vio el potencial de grandeza dentro de mí. No lo sabía en ese momento, pero ahora entiendo a LaHayn, una mente normalmente patética como la de todos los demás, estaba celoso de mis poderes, ansiaba lo que tan fácilmente había adquirido, y cuando

él no pudo engendrar semejante poder, trabajó para adueñarse de quienes sí lo poseían...

LaHayn quiso transformarme en su seguidor, su mascota, abriendo mi cerebro y adoctrinándolo, la agonía que ello supuso, me provocó un feroz padecimiento, peor de lo que cualquier ser humano normal pudiera llegar a imaginar, pero también abrió las puertas a los poderes que yacían en mi interior, permitiendo su liberación. Mi mente infernal floreció, al servicio de su nuevo amo, me vi obligado a luchar en las guerras secretas que se prolongaron bajo la plácida superficie de la sociedad de Neva, pero al mismo tiempo que mi capacidad y destreza crecía, también lo hizo mi resentimiento.

Llegó el día en que Vaun se cruzó con un Barón avaro de poder, llamado Holt Sherring. El Barón sólo conocía partes fragmentadas de la historia secreta de la Torre del Vacío y de Neva, sin embargo, resultó suficiente para que LaHayn lo convirtiera en blanco de su juego, cuando fui enviado para matarlo, Sherring me ofreció un camino para liberarse de su forzado servicio, no deseaba ser un peón del Barón del mismo modo que lo había sido del Diácono, tan pronto como fui capaz de liberarme, huí a las estrellas para labrarme una reputación por mí mismo, planeando la venganza.



-La Torre del Vacío fue creada en el profundo pasado como un baluarte contra los demonios de la disformidad, Lord LaHayn lo tomó para sí mismo, al igual que el pueblo de Neva trasladó su industria contaminante a las lunas exteriores, resultó ser un lugar ideal para sus obras, aislado, invisible, mantuvo sus oscuras maquinaciones ocultas para salvaguardar su imagen pública- Vaun golpeó con los nudillos la pared... recordando... **-Éste fue mi hogar, mi prisión, mi casa de las torturas, todos nosotros fuimos sólo piezas en los juegos del Lord Diácono, luego de que me liberé, juré que volvería a destruir éste lugar... Bendito sea el pobre estúpido de Holt, pues él lo encontró por mí.**

-No lo entiendo- dijo Isabel. **-Si tú has estado aquí tanto tiempo, ¿cómo es que has necesitado la ayuda del Barón Sherring para encontrar el lugar?**

Señaló el implante. -**Los Tecno-adeptos de Viktor son muy virtuosos, los implantes que me colocaron bloquearon mi mente, por ello, puedo mantener la ubicación de éste lugar en mi cabeza, tanto como puedo contar las estrellas de las galaxias-** dijo resignadamente**. -Todo se desdibuja, es una forma inteligente de evitar que cualquier fugado vuelva para acosarlo, o al menos así se pensó**.

-**¿Aprendiste a romper su condicionamiento?**

Vaun hizo un guiño y dijo. -**Verás, LaHayn aprendió el secreto de Neva en sus inicios, a partir de una secta secreta de los monjes Gethsemenite, me contó que fue toda una revelación para é**l- Vaun sonrió fríamente. -**Años más tarde, me hizo cazar y matar a cada uno de ellos, incendiar su monasterio, destruir sus manuscritos**.

-**Tú eras su arma…**- dijo Miriya.

-**Yo era su esclavo**- replicó Vaun, el hielo quebradizo de su sonrisa se hizo añicos.

-**Él me obligó, me hizo matar por él, me hizo hacer todo lo que consideró necesario para consolidar su posición jerárquica, lo ayudé a mantener éste secreto cuando un inquisidor se acercaba demasiado, o cuando algún clérigo que sabía demasiado, de golpe, recordaba tener conciencia. Los muertos que ardieron en nombre del gran esquema de LaHayn crecieron en gran número**- miró al suelo y agregó. -**Durante un tiempo me gustó, yo fui su sangrienta mano derecha, su amenazante agente, pero sabía que un día tarde o temprano iba a dejar de resultar de utilidad para é**l.

Vaun dejó escapar un largo suspiro. -**Mientras yo guardé sus secretos, LaHayn trabajó diligentemente en sus esfuerzos, reunió a aquellos que portaban el don psíquico y se aseguró de que los diezmos a las Naves Negras siguiesen llegando, como debía ser, entregó a los débiles, a las mentes inferiores y ya quebradas, al mismo tiempo que sacó todo el provecho que pudo para su propio beneficio, aquí, en la Torre del Vacío, lenta pero inexorablemente, ha estado experimentando con gente como yo, usurpando los secretos de sus mentes con antiguas tecnologías, sobre todo con cruel determinación.**

Paralelamente, construyó un ejército que mantuvo al margen, dormido hasta que los necesitase, hasta que optara por dar inicio a la invasión.

-**¿Invasión?**- repitió Casandra. -**¿De qué estás hablando criminal?**

-**¡La invasión de Terra! Por supuesto. El señor Diácono se propone nada más y nada menos que destruir el Trono Dorado de Terra**.



La lanzadera, de la clase Aquila, trazó su camino supersónico a través de las negras y turbulentas nubes, inclinó sus alas hacia un lado bordeando las exhalaciones tóxicas de gases, que salían de las cadenas volcánicas con un constante murmullo, la nave, diseñada a semejanza del águila imperial, desarrollaba grandes velocidades y era muy capaz de realizar cerrados virajes, era un icono de la voluntad del Emperador manifestándose en acero y ceramita, había sólo unas pocas naves de ese tipo en Neva, y sólo una de ellas para uso exclusivo de un sólo hombre, en el compartimiento de pasajeros de la nave, Lord LaHayn ignoró la turbulencia del vuelo y sustituyó el vaso de amasec vacío por uno nuevo. Una bocina ubicada sobre un mamparo con forma de coral, emitió una señal de alarma. -**Gran Eclesiarca**- dijo la voz del piloto-servidor. -**Nos aproximamos a la Torre del Vacío, por favor, prepararse para el aterrizaje**.

-**Bien**- respondió el Diácono con una inclinación de cabeza, se acomodó de nuevo en su suntuosa silla anti-aceleración, su actitud exterior mostraba una notable calma, aunque en realidad enmascaraba la verdadera conmoción de sus pensamientos, el curso de los acontecimientos parecía tomar la forma de una peligrosa espiral a punto de salirse de control, LaHayn temía que si no reforzaba aún más su poder, los hilos podían deslizarse de entre sus dedos, resultaba imperativo para la 'Gran Obra', que él personalmente se pusiera al mando de todo, no había lugar más adecuado para ello, que su santo sanctórum, el lugar perfecto para el descanso, su taller y laboratorio, la Torre del Vacío. El señor Diácono había dejado a Venik atrás, acomodándose en su nuevo cargo como gobernador interino de Neva, el altivo decano mantendría ocupados a los nobles y a la gente común, mientras tanto, él trabajaba entre bastidores, con suerte tendría todo listo, cuando llegase el momento de celebrar el funeral del pobre

estúpido de Emmel.

Al margen de sus pensamientos, se desplegó una duda. ¿Quién fue el culpable de éste inesperado giro de los acontecimientos? A la fría luz de la verdad, la culpa podría recaer fácilmente a sus pies, si no hubiera sido tan rígido en sus órdenes, si hubiera estado dispuesto a autorizar a las Hermanas de Batalla la aniquilación de Vaun, entonces, ninguno de sus cuidadosamente elaborados planes correría el riesgo de ser descubiertos, rechazó la idea con una mueca, éste no era ni el lugar, ni el momento para la incertidumbre, ¡no! Fue esa Hermana, Miriya, en ella debía recaer la culpa, su estupidez consistió en dejar escapar al brujo para que hiciera estragos... el sacerdote observó por la ventana, como se acercaba rápidamente a la Torre del Vacío y sonrió levemente. Sin embargo, algunas cosas habían resultado bien a partir de ésta comedia de errores, la encubierta relación entre Vaun y Sherring resultó evidente, lo que le permitió erradicar a un rival, ahora sólo restaba cerrar el círculo alrededor del mismo Vaun.

La nave de transporte bajó hasta la cima del imponente cono volcánico, pasando a través de la oscuridad y el humo ceniciento, LaHayn reflexionó en lo concerniente a su antiguo protegido, Vaun vendría a la Torre del Vacío, de ello no tenía ninguna duda, en el momento que tomó conocimiento de la fuga y escape a Neva, había sabido cual era el destino perseguido por Torris, resultaba sólo cuestión de tiempo que maestro y estudiante se enfrentaran de nuevo.

-Y ésta vez, todo llegará a su fin- dijo en voz alta.



El estruendoso sonido de una campana se oyó a través de los distintos niveles de la Torre del Vacío, inclusive llegó a los niveles superiores, donde las Hermanas se ocultaban.

-**Justo a tiempo**- sonrió Vaun. -**Viktor tiene un excelente sentido teatral, siempre he admirado eso de él**.

Isabel manipuló los controles sobre el atril, para obtener una imagen o idea de lo que estaba ocurriendo. -**Es una alerta general, Hermana Miriya**- informó tras

leer los glifos. -**Una nave está aterrizando en una de las plataformas de atraque**.

-**¿Podría enseñársela?-** ofreció Vaun. -**La pantalla se encuentra vinculada al nexo central, los matones la utilizan para transmitir sus tristes himnos... con su permiso, por supuesto**.

-**Hazlo-** ordenó Miriya.

-**Disculpe…-** el psíquico se acercó a Isabel y modificó la configuración del dispositivo, la imagen hololítica cambió, transformándose en la vista exterior de una pista de aterrizaje plana y vidriosa, luego de un momento, una guardia de honor de soldados-sacerdotes marchó en línea hasta perderse de vista, no se oía nada, las alas de una aeronave se plegaron sobre sí, al tiempo que los patines de aterrizaje se desplegaron antes de que la nave aterrizara en la plataforma. Miriya observó más de cerca, el hombre descendió por la rampa de la lanzadera, era inequívocamente Viktor LaHayn.

-**Ahora, ¿aceptan la verdad de lo que he dicho?-** preguntó Vaun, quien se alejó lentamente de la mesa y del reflejo de la imagen hololítica.

-**Puede haber algo de verdad-** admitió Cassandra a regañadientes.

Miriya miró al brujo, y luego volvió nuevamente su vista hacia el holograma, era el momento que el hombre tanto había ansiado, el momento preciso en que todas las Hermanas centrarían sus miradas mas allá de él, encontrar un momento así, una ocasión semejante, demostraba a las claras su verdadera genialidad, Viktor siempre lo había dicho. -**La clave de la grandeza-** señalaba. -**Consiste en ser paciente, aguardar el momento en que el punto de inflexión se presenta ante ti, entonces descúbrelo y tu adversario caerá**.

Sólo por ello, Vaun había dejado que se aprovecharan de él y lo ridiculizaran, desde el mismo momento en que lo habían encontrado entre los restos del asentamiento, todo había sido para él un juego, una obra de teatro llevada incluso hasta éste instante, de hecho, las vigilantes y astutas Hermanas de Nuestra Señora Mártir no eran infalibles, sería un verdadero placer demostrarles ese hecho.

Dos cosas ocurrieron instantáneamente. La erupción mental que Vaun había

acondicionado cuidadosamente durante las últimas horas, estalló abruptamente en la habitación, encendiendo instantáneamente el aire y derribando a las mujeres. Mientras tanto, él ya se encontraba frente al atril vox, activando los comandos que lanzaron por las bocinas, la señal de alarma. Disparos y proyectiles acosaron sus talones, mientras él se lanzaba a la carrera fuera de la sala de operaciones abandonada, a través de los ruinosos pasillos exteriores. Vaun corrió en busca de sus viejos escondites, riendo en silencio mientras verdaderos enjambres de sicarios de los sacerdotes se acercaban.



CAPITULO XIV



La ira de Miriya no conoció límites. Aullando como una gata salvaje, se le quedó casi ronca la garganta con la tormenta que se aproximaba, envió rayos de mortífero plasma hacia los agresores. Su furia era una cosa terrible de ver desatada, su ira iba en parte dirigida a si misma por haberlo permitido tanto como contra el enemigo, pronto encendió el pasillo a su alrededor con llamas de plasma.

Las Hermanas de Batalla, abandonaron el decrépito laboratorio médico dejándolo atrás, cuando los soldados de los sacerdotes, apenas simples matones con monos grises, llegaron a intentar suprimirlas. El grupo inicial se descolgó por los cables dispararon primero, no estaban dispuestos a hacer nada más que atacar al grupo de intrusas. Fueron eliminados fácilmente, no podían competir con las Hermanas de Katherine cuando su sangre de batalla hervía. Pero fueron sólo los primeros en llegar. Pronto llegaron más hombres con ropas grises, ésta vez trajeron sus sabuesos. Los cerebros de los psi-esclavos se habían reducido a niveles bestiales, unidos básicamente a cuatro patas, aullando como locos cuando se les aplicaba fuerza psiónica.

Los matones estaban bien armados por los sacerdotes. Lo que les faltaba en la fría aplicación de marcialidad, instrucción o formación, lo compensaban con sus raras armas, una especie de bólter-ballestas que brillaban con bellas filigranas. El tarareo de las mismas anunció las electro-saetas, tan largas como el brazo de Miriya llovieron por el abierto pasillo, rebotando en las paredes de acero con doradas chispas de luz azul. La Celeste escuchó una furiosa maldición detrás de ella cuando Isabel sufrió un impacto en el hombro, la hizo girar como una peonza. Los matones se envalentonaron al verlo, presionando en el ataque,

empujando a las mujeres más hacia los compartimentos de hierro.

Portia estaba a su lado, gruñendo por encima del ruido de su bólter. -**¿Y ahora qué, Hermana Superiora?**- preguntó, colocando un crítico énfasis sobre el rango de Miriya. -**Nuestro medio de entrada está cortado, y ésta chusma nos superan en número cada vez más, ¡a cada momento que pasa!**

Miriya se escondió detrás de una consola de grabación para ordenar sus pensamientos. El arma de plasma en su mano brillaba fluyendo hacia el rojo cereza, podía sentir el calor de la misma a través de sus guantes. *Maldito Vaun*, se repitió a sí misma. *Maldito sea el brujo y sus mentiras. ¡Mi estúpida curiosidad ha llevado mi escuadra a la ruina!*

-**Hermana**- le espetó Portia. -**¿Cuáles son sus órdenes?**

A Miriya le llegó el olor a metal caliente, emitido por la culata del arma, se retiró a sotavento, detrás de un poste para poder recargar su arma, cambiando la célula de energía. Luego la fulminó con la mirada. -**Dejamos éste lugar. Una autoridad superior debe intervenir aquí. ¡Me pondré en contacto con la Canonesa!**

Otra electro-saeta silbó en el aire por encima de ellas. -**Señales Vox. Bloqueadas**- dijo la voz de Isabel, cada palabra masticada con dolor. -**No puedo enviar ni recibir ningún mensaje**.

-**Incluso si pudiéramos conseguir una comunicación a través de los muros de ésta arruinada torre, Galatea nos ejecutará por desobedecer sus órdenes-** replicó Portia.

-**Debe haber un gran emisor en éste lugar. Lo encontraremos y advertiremos a la Canonesa-** Miriya miró la pistola, dosificando su rabia. -**Acataré cualquier castigo que la Canonesa decrete, pero creo que verá mis transgresiones como algo minúsculo, ¡cuando entienda lo que hemos descubierto aquí!**

-**Sí, siempre que esté dispuesta a tomar el testimonio de un brujo frente al del Lord Diácono. Recuerde Hermana que sólo tenemos la palabra de Vaun**.

-**Viste lo mismo que yo-** espetó Miriya. -**LaHayn tiene una agenda secreta en éste lugar, eso no se puede negar**.

-La Mercutio podría destrozar éste lugar desde la órbita- escupió Isabel, devolviendo el fuego con su brazo sano. -**Malditos borregos, ¿cómo os atrevéis a atacar a las Hijas del Emperador?**

Tiros y gritos se cruzaron entre sí en el cerrado espacio. El olor a pólvora quemada y acero irradiado cortó la garganta de la mujer con cada respiración. Miriya miró a Isabel, vio cerca a Verity que atendía su lesión, mientras la Hermana de Batalla trabajaba con su bólter, volviendo a cargar el arma con una sola mano. Detrás de ellas, Cassandra señaló, apuñalando con un dedo. -**Algo se acerca...**

Apenas habían salido las palabras de su boca, cuando las placas de la cubierta, bajo sus pies comenzaron a estremecerse por docenas de fuertes pisadas. Miriya se volvió para ver como los matones y sus psi-sabuesos se retiraban para permitir que un trío de servidores con armas pesadas se acercarse a la línea de fuego. Casi del tamaño de un Dreadnought, las amalgamas de metal pisotearon la carne de los matones muertos en el barro bajo sus garras, echando sus hombros hacia adelante. Los cañones de Fusión zumbaban a su máxima capacidad y un sonido de metal aceitado anunció el desbloqueo de Stubbers de varios cañones. -**A cubierto-** las gritó, lanzándose en busca de cobertura mientras los servidores llenaban el pasillo con un rugido de disparos.

Vio a Cassandra coger un puñado de la capa de Verity y tirar del ligero cuerpo de la chica para sacarla del marco del pasillo. Portia lanzó una granada rompedora a los servidores y luego se unió a Isabel con sus disparos. Miriya soltaba disparos hacia las formas, un hombre inexorablemente tropezó y su pistola de plasma lo cocinó, otro impacto dio en las baterías de un servidor, con un olor acre y una conmoción que se duplicó con la explosión de la granada. El servidor tropezó y cayó, por lo que las placas de la cubierta se convulsionaron de nuevo con la fuerza de su colapso, pero habían más. La Celeste vio cuatro monstruosidades más con patas de pistón dando bandazos tras el humo de los disparos.

-Atrás. ¡Atrás! Encontrad un túnel de mantenimiento, una rejilla de ventilación, ¡lo que sea!

-**¡Nada!**- dijo con voz de pánico Verity. -**Esto es un callejón sin salida. Estamos atrapadas**.

Isabel gruñó con cada paso que daba, la saeta todavía incrustada en el brazo, claramente le rozaba el hueso mientras se movía. Miriya sintió una punzada de orgullo, al ver como su Hermana no dejó que ni la herida ni la situación mitigaran su espíritu combativo, ni su castigo del enemigo. Isabel siempre había sido una de los tiradoras más precisas de las Celestes, una de élite entre la élite. Como en reconocimiento, llegó un grito de muerte de uno de los trajes grises como una estufa de leña con la puerta abierta su caja torácica parecía esperar una ofrenda. La Hermana Superiora pasó junto a Portia, disparando una y otra vez hacia los servidores en marcha.

-**¡Ahhh!**- gritó Portia con desesperación. -**¡Si yo tuviera un bólter de asalto!**

A pesar de la amenaza que les venía encima, una diversión peculiar se propagó entre las mujeres, las emociones cargadas de la sensación de la cercana muerte las hacían girar a un humor negro. -**Enfrentar a los sicarios contra los sirvientes**- replicó Cassandra. -**Sería matarlos más rápido que con cualquier arma de fuego**.

El rostro de Miriya se dividió en una feroz sonrisa. Si esto llegara a ser el final, en el nombre de Katherine, Celestine y las Mil Santas, las Hermanas de Batalla les harían pagar un costoso final a los lacayos de LaHayn.

Algo en las paredes se movió y golpeó contra las placas planas de metal, sin previo aviso, el suelo se tambaleó hacia un lado. Ganchos de hierro tan grande como su cabeza se abrieron paso a través de las paredes y el techo. Los servidores de armas pesadas retrocedieron mientras las mujeres perdían el equilibrio.

-**¿En el nombre de la Santa...?**- gritó Casandra, agarrándose a una columna de hierro.

De repente, el corredor por el que habían venido iba a la deriva lejos de ellas, la brecha era cada vez mayor con cada segundo que pasaba. La percepción de Miriya estaba confundida, fue sólo un momento, justo antes de darse cuenta de que el pasillo sin salida no era nada de eso, era una trampa, una caja abierta en el extremo de un conducto, suspendido en cadenas como las celdas que habían visto desde el pórtico de mantenimiento. Había poco que hacer y las Sororitas

patinaron en la cubierta de metal cuando el brazo de la grúa retiró la cautiva cámara lejos, moviéndola sobre el amplio vacío abierto entre las capas interiores de la fortaleza.

Portia se balanceaba cerca del borde y su bota resbaló por debajo de éste. Isabel estaba cerca y trató de agarrarla, pero su herida ofreció su sangre, con el brazo totalmente ya entumecido la extremidad simplemente se negó a obedecerla. Portia cayó hacia atrás de la cautiva cámara mientras ésta se tambalea, desplomándose hacia abajo. Isabel se volvió cuando un repugnante sonido de hueso y ceramita hecha añicos se unió al clamor interior del torreón.

Otra Hermana perdida. Miriya se permitió un pequeño momento de angustia por el final de Portia y luego lo cerró dentro de su corazón. Ya habría tiempo para llorar después, cuando las velas pudieran ser encendidas y los cánticos a las caídas recitados. -**Todas en guardia-** dijo bruscamente. -**¡Preparaos!**

Con un movimiento rápido, el desplazamiento del contenedor cesó, aunque permaneció balanceándose colgado durante largos segundos en el aire. Las mujeres no podían ver nada fuera, excepto el brillo de las luces en el extremo de los niveles y el oscuro vapor expulsado, entonces las cadenas chirriaron y la caja de metal entró en caída libre. Miriya se estrelló contra un costado del contenedor y se aferró a él, observando pasar los niveles como flashes, viendo la extensión plana del suelo subir a su encuentro a una velocidad alarmante. Cerró con fuerza los ojos y rezó al Dios-Emperador.

Cuando recibió el impacto, temía que se hubiera roto el cuello. En su lugar, fue arrojada sobre Cassandra, las mujeres se derrumbaron en un montón, rebotando por todas partes dentro del contenedor, como dados de un apostador en una taza. La precipitada caída del contenedor había sido detenida a un escaso metro del suelo, deliberadamente, para sorprenderlas y desorientarlas. Sangre pegajosa mantuvo su ojo derecho cerrado, Miriya luchaba por ponerse en pie y no pudo. Cada fibra de su cuerpo cantó con dolor. Vio formas borrosas de hombres avanzar hacia la caja, llevando en sus manos bastones aturdidores. Al igual que los de las fuerzas del orden, las armas entregadas eran para castigar más que para matar, soltaban descargas electrostáticas que podrían aturdir, paralizar o mutilar. Miriya sólo consiguió croar una negación cuando los matones irrumpieron en el contenedor y golpearon a las inconscientes o indefensas Hermanas.



La conciencia, cuando regresó, no vino como un goteo lento o un suave despertar. Verity forzó la percepción, intentando recordar, trozos irregulares e inconexos de dolorosa vigilia acudieron a ella. Se sentía enferma, se quedó sin aliento cuando no pudo evitar que su estómago expulsara una fina y acuosa bilis. Allí en su boca, estaba el sabor a cobre metálico de la sangre, junto con el regusto del sabor acre de la capa de ozono. El hedor del aire rasgado por la electricidad llenó su nariz y tuvo que reprimir otra nausea. La acción hizo que recostase la cabeza, su cuello estaba lacio y suelto. La Hospitalaria parpadeó tratando de hacer balance. La parte fría, clínica de su mente corrió a través de una lista de verificación de las lesiones, la búsqueda encontró contusiones y cortes, pero afortunadamente nada que pareciera indicar que tenía huesos rotos o algún sangrado interno.

¿Por cuánto tiempo...? ¿Cuánto tiempo habré estado inconsciente? Trabajosamente, respiró el contaminado aire tratando de mirar a su alrededor. Había grilletes de hierro rodeando sus tobillos y muñecas, unidas por cadenas a un extraño dispositivo de poleas. Otras cadenas y más poleas estaban conectadas a las desmalladas formas de la Hermana Miriya y las otras Sororitas.

-**¿Miriya?**- logró decir, empujando con esfuerzo la palabra, arrastrada fuera de su boca, su lengua la sentía como un trozo de cuero viejo. -**¿Cassandra? ¿Me escucháis?**

Al no recibir respuesta, trató de girar sobre sí misma, pero el esfuerzo era como mover un saco de arena mojada. Se dejó hundir sobre las frías losas negras debajo de sus pies y se masajeó los dolorosos lugares contusionados en los brazos y las piernas. Mirando a su alrededor, pudo ver que la cámara en la cual habían sido colocadas no era una celda, sino un gran taller. Bancos tras bancos, con tranquilos tecno-adeptos y servidores las rodeaban, trabajando duro en tareas insondables bajo la enfermiza luz de antiguos biolumenes. Había objetos indistinguibles en el borde de su percepción, la Hospitalaria no podía comprender ni imaginar su propósito.

Un gemido atrajo su atención, procedía de la Hermana Miriya. La Hermana de

Batalla se enderezó. -**Mis armas... el equipo. ¿Requisado?**

-**Parece que sí**- dijo Verity con voz ronca. -**Mi Medicus Ministorum también ha sido requisado, incluso mi libro sagrado**.

-**El mío también-** respondió la Sororita, buscando en los bolsillos de su túnica. La Hospitalaria había oído decir que las copias de los textos sagrados realizados por las Hermanas de Batalla ocultaban agujas-asesinas y cuchillos de metal con memoria entre sus páginas junto con la sabiduría del Dios-Emperador. Las mujeres miraron hacia arriba al oír unos pasos que se acercaban.

Verity siguió la mirada de Miriya y sintió helarse la boca del estómago cuando Lord LaHayn emergió de las sombras. Un grupo de sicarios le siguieron en apretada escolta, uno con su capucha caída arrastraba un dispositivo en su mano con los cables tras él. El Diácono tenía un peculiar aspecto. Parecía afligido, como un padre decepcionado con un niño que se porta mal.

-**Hermana Verity, Hermana Miriya. No pueden saber lo infeliz que me hace encontrarlas aquí.**

La furiosa Hermana Superior de pronto estaba sobre sus pies. -**En el Santo nombre de Terra, ¿qué estás haciendo en éste inmundo lugar, clérigo?**

LaHayn lanzó un guiño al sacerdote a su lado, el hombre movió un dial en la unidad de control. La polea sobre la cabeza de Miriya movió a su vez sus dentadas ruedas, izándola inexorablemente hacia arriba, haciéndola sentir muy estúpida e indefensa, cuando tuvo a un par de centímetros sus pies del suelo, el sacerdote devolvió el dial a su posición original. Miriya se quedó allí, como un títere pintado en negro esmalte, maldiciendo sin parar al Diácono.

-**Tenga un poco de respeto por mi rango, Hermana. Ahora, dígame, ¿cómo ha llegado hasta aquí?-** preguntó con calma. -**Dime cómo habéis encontrado la Torre del Vacío**.

-**Vete al infierno, traidor-** gritó Casandra. Por atreverse a decirlo, ella también fue izada, aunque más rápidamente, sufriendo un doloroso tirón.

-**Traidor…**- LaHayn hizo rodar la palabra alrededor de la boca, como si se tratara de un bien escaso a ser degustado. -**Tal vez en los ojos de un tonto. Un**

verdadero siervo del Dios-Emperador, entendería que soy cualquier cosa menos sedicioso- estudió a Verity. -**¿Me contestarás, Hospitalaria? Sé que podría preguntar a las Sororitas, pero la cuestión es que pasarían días y noches antes de quebrarlas. ¿Pero tú? Creo que no serías tan resistente**.

-**P... Pru... Pruébeme, si quiere**- casi tartamudeó Verity, luchando contra su miedo.

LaHayn asintió. -**Tal vez luego. Ahora quizás otra pregunta algo más fácil. Torris Vaun. ¿Dónde está mi brujo errante?**

-**No le contestes**- la espetó Cassandra. -**Él sabe dónde está su lacayo. Está jugando contigo**.

Una fría Diversión brotó de una risa helada. -**¿Mi lacayo? Ah, tal vez lo fue hace tiempo, pero esos días se han ido, es una lástima. Tal vez si no hubiera permitido que se distrajera mi atención…-** LaHayn chasqueó los dedos, poniendo fin a su ensueño. -**No importa. Lo hecho, hecho está**- observó el rostro de Verity, pensando. -**Sí. Creo que puedo responder a mis propias preguntas. Él te ha traído aquí, ¿no? Fue Vaun quien encontró el camino de regreso y las utilizó para llegar hasta aquí**- otro gesto de asentimiento. -**Astuto. Muy astuto, veo que no ha perdido para nada su destreza**.

El supervisor habló por primera vez. -**No hay ninguna señal del piroquinésico en las zonas superiores, Eclesiarca. Si de verdad está aún dentro del perímetro de la Torre del Vacío**.

LaHayn chasqueó los dedos y repartió órdenes. -**Triplique los guardias en la sala del "motor". Reparte armas entre todos los seguidores. Vaun debe ser capturado vivo, y a ser posible, intacto**.

El sacerdote frunció el ceño. -**Mi señor, eso agotará el número de guardianes en los niveles de las mazmorras, nos quedaremos sin nadie ahí abajo**.

-**Soy muy consciente de ello, Ojis**- replicó el Diácono. Ahora haz lo que te digo. Seguramente va a tratar de romper la cámara. Lo atraeremos allí. Ojis se volvió para transmitir las órdenes a las demás sicarios, LaHayn atrajo su atención hacia las mujeres. -**Supongo que debo daros las gracias. A su manera, a pesar de todo éste embrollo, han cumplido la orden que les di,**

traerme a Torris Vaun vivo.

-Esa criatura, debería haber sido exterminada cuando el Sudario de Plata lo encontró en Groombridge, espetó Isabel, acunando su brazo herido.

LaHayn se burló. -**¿Sabes lo raro que es? No podéis ni empezar a comprender la inversión que representa, el esfuerzo que he pasado. Su valor es mil veces mayor que el de vuestras vidas-** miró hacia otro lado. -**Yo quiero que viva, mujer. Él es la última pieza de un rompecabezas que he pasado toda una vida resolviendo, descifrando y montando**.

-Así que es a usted, entonces, ¿a quién debemos culpar por la masacre de Vaun?- preguntó Verity, sacando un desafío de sus reservas de valor en su interior. -**Todo esto nos lleva de nuevo a usted, Lord Diácono. Usted envió el asesino al Librarium. Tú eres la araña en ésta telaraña, no el brujo**.

-Su valentía en contra de mi sombra fue bastante inesperada, lo admito. En cuanto a Vaun, su tiempo se agota. Y podría decir lo mismo de ti- dijo frunciendo el ceño.

-**¿Derramaría la sangre de las Hijas del Emperador?**- escupió Cassandra. -**Podría haber muerto a manos de Vaun, si no fuera por nosotras. Salvamos su vida en la Catedral Lunar**.

-Lo hicieron- asintió LaHayn. -**Y esa es la única razón por la que no las he ejecutado, aún. Hermanas, me presentan un dilema. ¿Qué voy a hacer con vosotras? Me opongo a desperdiciar un material tan prometedor**.

-Si va a terminar con nosotras, hágalo ahora- replicó Miriya. -**El hedor del brujo en ti me llena de repugnancia.**

Se acercó a ella. -**Te equivocas si crees que esto es un asunto de colaboración, Hermana Miriya. No, se trata de control. Mi 'Gran Obra' se dedica a la captación del gen psíquico, al igual que los magos Biologis hacen sus manualidades con gérmenes para una bomba de virus o el Mechanicus puede construir un cogitador. Verity podía ver el calentamiento del Diácono con el tema, el mismo aplomo arrogante que mostró cuando se dirigía a las personas durante los Juegos de la Penitencia, moldeándolos a su manera. Lo único que le faltaba era un púlpito desde el que sermonear**.

LaHayn señaló a Ojis y sus matones. -**Muchos se han puesto a cubierto entre mis pliegues, Hermanas. Dedicados seguidores del Dios-Emperador, todos y cada uno de ellos. Si sólo has entendido mi visión, debería ver ahora la perfección de la misma**.

Verity vio la oportunidad y la agarró, antes de que el enemigo pudiera tomar un respiro y lo olvidara. -**Entonces, díganos, Lord Diácono. Explíquenos en lo posible, que proyecto podría obligarle a embarcarse en un opus secreto, oculto a los ojos del Imperio**.

Él se echó a reír. -**Oh, Pero que sutil. ¿Crees que puedes sobornarme con un insulto mal redactado, que esto haría que derramase todos mis secretos...? ¿A ti?**

-**Pero, lo hará**- gruñó Miriya. -**Porque ansía una audiencia. Usted y Vaun son similares en muchos aspectos, Diácono. Sus egos los mueven, está obligado por la creencia en su propia rectitud. Ambos viven para probar que los que reniegan, están equivocados-** Miriya estrechó los ojos. -**Entonces hágalo. De buena fe, ante nosotras, díganos cuánta razón tiene**.



Hechas por el hombre, las antiguas salas de la Torre del Vacío Mantenido eran como él las recordaba. Los pisos de antiguo basalto negro lo deslizaron al pasado y todos los recuerdos volvieron a él. Su sentido de la memoria sobre su juventud, salió aún sin brillo, como por los bordes, debido al prolongado efecto del filtro neuropático. La sensación de la piedra fría contra los golpes de los pies descalzos, las licitaciones viendo las perspectivas de los jóvenes, ya que se les hacía jugar a cazarlos y buscarlos en los túneles de servicio.

Se detuvo en la penumbra, lamiéndose los secos labios, masajeándose las muñecas allí donde había dejado su firma el alambre con el que estuvo atado. El psíquico sintió una peculiar sensación de euforia, tal vez incluso un poco de miedo. Se dejó llevar por ella durante unos momentos, antes de que se depurara su mente. Éste lugar, no sólo había sido el escenario de su despertar, sino

también donde sufrió su mayor traición.

El rostro de Vaun se retorció de ira. Se odiaba a sí mismo por la forma en que había admirado a LaHayn en los primeros días, la forma en que había estado más que dispuestos a hacer la voluntad del sacerdote. Entonces, era inmaduro y sin educación. Ahora sabía mucho, así alimentó su odio hacia el hombre que lo había traicionado.

Se preguntó cómo podía haberse perdido algo de su antiguo mentor, parecía tan obvio para él ahora. Al igual que todos los demás LaHayn había reclutado encubiertamente de los diezmos destinados a las Naves Negras, Vaun había sido sólo un medio para un fin, una apuesta para el gran plan del Diácono para la gloria. Reflexionó sobre ello, sintiendo allí, en la fría piedra, las débiles huellas de la desesperación rodeándolo. Aquí se había hecho mucho, tantos horrores pervirtieron y doblegaron las mentes de los cuerpos de los psíquicos en éste lugar. Su miseria colectiva teñía las paredes, se filtraba como el aceite pegajoso en la mentalidad de todo el que tenía algún sentido sobrenatural. Vaun apuntaló las paredes de su pensamiento, volviéndolas opacas en su interior, aparcando lo que sentía. Le tomó mucho esfuerzo y voluntad, silenciarlo una vez más.

Con cautela, por primera vez en meses, el psíquico se permitió pensar en el motor. Vio el dispositivo en su memoria, vagos esbozos fantasmales, medio vislumbrándolo, débilmente recordaba flashes. La idea de la máquina y sus geometrías imposibles lo amenazó con dolor. Evocarlo en su cabeza, era como rascar en una herida reciente, levantando las costras, y sin embargo, era el objetivo final de todo. Por mucho que Vaun lo temía, lo quería, poner sus manos sobre el dispositivo no sería una tarea fácil. Se irguió en la piscina como de negra tinta que era su sombra, al ver como dos formas corrían por delante de él. *Para conseguir lo que quiero*, pensó Vaun, *tengo que hacer lo que mejor se hacer, generar anarquía, caos y desorden.*



Cuando Miriya habló, Verity miró al Diácono cuidadosamente. -**Vaun nos mostró pruebas de su experimentación con la brujería. Díganos por qué está creando éste ejército de... ¡monstruos!**

El rostro de LaHayn se oscureció de cólera. -**No son monstruos, mujer insolente. Mejoras. Son mejoras. Mis experimentos son peldaños en el camino hacia, ¡el destino del Emperador!**

-**¿Te atreves a pronunciar su nombre en éste templo de los horrores?-** escupió Isabel.

-**Cállate, niña-** dijo con sorna. -**Su dogmática Orden no entiende nada del Señor de la humanidad, ni de maquinaciones-** LaHayn respiró hondo. -**Voy a disfrutar, porque me va a divertir ver como sus mentes se esfuerzan por comprender la impresionante verdad-** arrastró a Verity a sus pies. -**¿Conoces la historia de la herejía, de cómo el Dios-Emperador fue derribado por el archi-traidor Horus, confinándolo inmovilizado para siempre en el Trono Dorado?**

Por reflejo, Verity hizo la señal del Aquila, las holgadas cadenas todavía sujetas a sus esposas hicieron un ruido metálico mientras lo hacía. -**Y a partir de ese día, el Dios-Emperador vela por todos nosotros**.

-**Sí…-** LaHayn miró hacia otro lado. Parecía genuinamente conmovido por la magnitud del sacrificio hecho por el Señor de la humanidad. -**Pero lo que no sabe, lo que se registra sólo en los lugares más secretos y arcanos, es la naturaleza de la 'Gran Obra' que Él estaba a punto de terminar cuando la perfidia de Horus se lo impidió-** la voz del Diácono bajó a un susurro reverente. -**He dedicado mi vida a ese conocimiento. He encontrado restos de referencias por toda la galaxia, los he cotejado y cribado, reuniendo con cada visión fragmentada lo que creo que es, el trabajo inconcluso y perdido del Emperador. Es por ello, por lo que sigo aquí Su obra**.

-**¿Cortando a psíquicos y rellenado con ellos los cilindros como un vulgar fabricante de botellas?-** se burló Cassandra con los dientes apretados. -**Vas a tener que hacerlo mejor, si quieres que te creamos**.

El Diácono se alejó con claro fastidio, alzando la voz para hacerse eco en la cámara de piedra. -**Con cada siglo que pasa, más y más psíquicos nacen dentro del Imperio, mucho más de los que el Adeptus Ministorum admitirá. Estos no son retrocesos mutantes, son parte de la evolución humana**

luchando por pura supervivencia. Los necios del Ordo Malleus tratan de contener la marea, pero están tan ciegos ante la verdad, la evolución del potencial psíquico de la humanidad es inevitable, era desde el principio la verdadera voluntad del Emperador, guiarlos, no destruirlos.

-**Loco**- respondió Miriya. -**¿Cómo puedes pretender conocer la mente del Dios-Emperador? Sus intenciones y conocimiento son superiores a los de los hombres normales. Ha hecho un ideal de un mosaico de verdades a medias y rumores, proclamándolo luego como un hecho. Esto es un engaño, sacerdote, sólo un engaño**.

Sacudió la cabeza con fuerza. -**¿No lo ves?**- dijo LaHayn entre dientes. -**Sabía que un día toda la humanidad desarrollaría el poder de la mente. Es nuestro destino. Piense en ello, imaginen una época en que cada hombre es un dios, en sí mismo, un sujeto en un Imperio que se extiende por el universo. ¿Puede incluso comenzar a comprender la gloria de ello?-** los ojos del Diácono brillaron. -**¿Acaso si no hubiera sido herido tan gravemente por Horus, tendríamos el destino por el que caminamos ahora? Él nos habría llevado allí. En vez de eso, se encuentra atrapado en el Trono Dorado, inmovilizado y congelado**.

Cassandra se puso pálida. -**Todos los seres humanos, ¿convertirse en psíquicos? Me enferma contemplar una cosa así**.

-**¡Bah!**- rugió LaHayn. -**Si el psíquico es como un cáncer, ¿entonces por qué confiamos en ellos para iluminar el camino de nuestras naves espaciales, para llevar nuestras comunicaciones, para luchar en nuestros campos de batalla? ¿Dónde está tu respuesta a ésta dicotomía? El Imperio del Hombre estaría en ruinas sin su género, si pudiéramos todos llegar a ser como ellos, no conoceríamos los límites de nuestro propio potencia**l.

-**La brujería abre las puertas a la Poderes Ruinosos**- le recordó Verity.

-**Sólo a aquellos que son débiles**- insistió el Diácono. -**Los poderes de la oscuridad se harían añicos si cada ser humano pudiera igualarlos en su propio terreno. Dejó escapar un suspiro, de repente le pasó factura el esfuerzo de su argumentación**.

Verity rompió el silencio que siguió, su mente seguía girando con el eco de la perorata del eclesiarca. -**No hay palabras para calibrar la escala de la herejía que ha pronunciado, Lord Diácono. Esto es... es, es una locura más allá de toda razón**.

-**El color del caos está en él**- espetó Isabel. -**Debe estar manchado si tiende a creer semejantes mentiras**.

LaHayn miró con tristeza. -**Así limitan la visión. Tienen miedo por lo tanto, de ir más allá de su rígido canon. Si no está escrito en sus libros de reglas, entonces no pueden comprender que ello suceda, ¿verdad? Tienen miedo de cualquier cosa que desafíe sus estrechos puntos de vista. Es más fácil llamarme hereje y afirmar que soy leal a los Dioses de la Disformidad, que aceptar que podría estar en lo cierto-** añadió en tono burlón. -**Os compadezco-** el Lord Diácono hizo una seña a Ojis hacia adelante. -**Ahora veo que sólo he perdido mi respiración. Tenía la pobre esperanza de que alguna aceptara la oferta de un lugar a mi lado, pero ninguna de ustedes tiene el alcance ni la visión que necesito**.

-**Si nos matas, vendrán más Hermanas de Batalla-** exclamó Verity. -**Si nosotras encontramos la Torre del Vacío, entonces también lo hará Galatea.**

-**Si está pensando en su pequeño amigo del Mechanicus y la maltratada aeronave de Sherring, no pierdas más el tiempo**- dijo Ojis. -**Ambos fueron arrasados por nuestros piroquinésicos hace una hora**.

-**No voy a ensuciarme las manos con vuestra muerte-** LaHayn se dio la vuelta. -**Los supervisores están siempre faltos de sujetos para las pruebas con psíquicos y latentes. Les serviréis bien**.

Ojis manipuló los controles y cada una de las mujeres encadenadas se izó hacia arriba, varias poleas chirriaron al deslizarse las cadenas.

-**Incluso si tiene razón**- exclamó Verity. -**Incluso si está siguiendo el trabajo del Emperador, ¿qué podría hacer Él entonces? Se encuentra en su particular estado, en el Trono Dorado, a millones de años luz de aquí. ¿Va a hacer una milicia de brujos e intentar invadir el corazón del Palacio Imperial?**

-Terra no fue el único lugar donde realizó sus experimentos, niña- la voz del Diácono se desvaneció mientras caminaba hacia las sombras del taller. **-La conexión de Neva con la Disformidad no fue casual. Fue obra suya. Éste planeta es un experimento y antes de caer, el Emperador dejó algo aquí-** LaHayn levantó la vista para verlos desaparecer a través de una abertura en la pared de la cámara. **-Estoy cerca de desentrañar los últimos secretos, y cuando lo haga, voy a rehacer la humanidad a su imagen**.



Los ásperos conductos de los tubos de lava en la montaña eran anteriores a las arcanas construcciones, dentro de los más profundos confines de La Torre del Vacío. Desde muchos de los tubos todavía conectados se podía oír la murmuración, el núcleo sin reposo del volcán, canalizando el aire caliente y el vapor en un ceniciento cono. Había otros como éste, obstruido con piedra derrumbada y olvidados. Vaun utilizó sus manos y pies para aliviar el peso de sí mismo, bajó por el túnel en ángulo, distribuyendo su peso al presionar las paredes para bajar metro a metro. Le complacía comprobar que el mapa que tenía en su cabeza había cambiado muy poco. Había una especie de diversión secreta que brotó en su corazón al deambular libremente por la fortaleza de LaHayn.

Sólo, el psíquico podía ya admitirlo ante sí mismo, su plan no se estaba desarrollando en la forma que había esperado, pero su mayor habilidad siempre había sido su capacidad de improvisación. Por eso LaHayn lo había elegido como su asesino piroquinésico personal, era la razón por la que Vaun jamás había sido enviado a las misiones más peligrosas y problemáticas por su maestro. La ironía de que éste fue también el factor que había dado lugar a la rebelión final de Vaun, no se perdió para el psíquico.

Se dejó caer en una repisa poco profunda. En el muro de piedra cerca de ahí había una reja cerrada y detrás de ella, si no le fallaba la memoria, los niveles superiores de la zona que los sicarios, simplemente, llamaban 'la pocilga'. Pernos pesados mantenían un gran ventilador en su lugar, entre él y su camino. No eran nada más que simple acero. Con mucho cuidado, Vaun apuntó sus dedos hacia el primero de ellos y se concentró. Al poco tiempo, el metal era ya de un brillante

color rojo cereza. Poco a poco, los pernos comenzaron a ceder y a dilatarse.



No eran calabozos, no en el sentido en que Miriya se los había imaginado. Más bien, el confinamiento donde los servidores de armas las habían echado, eran cuadrados fosos cortados en la roca volcánica pura, una reja de hierro cerraba cualquier vía de escape. La Hermana de Batalla miró hacia arriba y distinguió la forma de una línea de monorraíl cruzando por encima del techo. No cabía duda de que servía tanto para suministrar alimento, como para izar al infortunado cuando los supervisores tenían necesidad de ellos.

Habían sido arrojadas en un pozo, de dos en dos. Cassandra e Isabel en uno y Miriya con la Hospitalaria en otro. Después que la máquina de esclavos se hubiera retirado, la Hermana Superiora llamó a sus compañeras, siendo recompensada por una débil respuesta. Cassandra parecía furiosa y determinada por el sonido de su voz. Su fuerza seria un ejemplo que reforzaría a la pobre Isabel lesionada.

Miriya realizó un escrutinio del pozo, exploró cada rincón sin encontrar nada de utilidad, al fin se dejó caer derrotada sobre una oxidada cama. Los moretones ya se estaban formando en los lugares donde su carne se había lacerado por los golpes contra el interior de su armadura, por primera vez en la caída del contenedor trampa y ahora de nuevo al lanzarla a éste pozo.

-**¿Tiene huesos rotos?-** aventuro Verity. Su rostro era tenue en la oscuridad. -**¿Está dolorida?**

-**Constantemente-** la Hermana de Batalla frunció el ceño. -**La ausencia del uso de mi dedo en el gatillo es lo que más me duele**- hizo una exploración cautelosa de su cuello, donde la carne era visible. -**¡Curioso! Esperaba que nos despojaran de todo y nos desnudaran**.

Verity tosió. -**Demos gracias al Dios-Emperador, por sus pequeños favores**.

Miriya se encogió de hombros. -**Simplemente un descuido por parte de ese sacerdote, Ojis. Sabes de sobra que los servidores harán sólo lo que se les**

pidas que hagan. Les pidió que nos llevaran a las mazmorras y por tanto…- hizo un gesto teatral en torno a las paredes negras.

La Hospitalaria se acercó un poco más. Cuando volvió a hablar, su voz era baja, a fin de que no llegara a la siguiente celda. -**Estoy preocupada por el bienestar de la Hermana Isabel. La herida era bastante severa. No durará más de un día, puede que dos**.

-**Las Hermanas de Katherine son muy resistentes-** dijo Miriya. -**Isabel ha sabido tratar con cosas mucho peores. Recuerdo que una vez recibió un golpe oblicuo del apestado cuchillo de un Guardia de la Muerte y vivió para contarlo. Una semana de fiebre, agonías y delirios, pero regresó a la batalla ganando honores**.

-**Voy a rezar por ella entonces. Es todo lo que puedo hacer si no puedo minimizar ni tratar su lesión**.

-**Ten por seguro que te lo agradecemos**.

Verity le dirigió una mirada de soslayo. -**¿De verdad? No estoy tan segura. Estos días que he pasado en compañía tuya y de las Hermanas, me he sentido como un impedimento. Temo que Isabel, Cassandra y las demás Hermanas midan la devoción sólo por la destreza marcia**l.

-**Entonces, estás equivocada-** insistió Miriya. -**Ninguna de nosotras duda de tu dedicación a la iglesia, no después de la fuerza de carácter que has mostrado, Hermana. Tenemos suerte de tenerla a nuestro lado en ésta misión. Puede que no use ningún arma, pero tiene el alma y el coraje de una Celeste**.

-**Gracias-** Verity miró hacia otro lado. -**Tienes mis más sinceras condolencias por el fallecimiento de Portia. Primero fue Lethe, luego Iona...**

-**Cada una murió sirviendo a Terra-** dijo Miriya. -**Todas debemos rezar por un fin tan noble**.

-**¿Habéis luchado juntas en muchas batallas?**

Miriya le hizo un guiño de complicidad. -**En innumerables mundos. Tanto en**

insurrecciones como en Guerras de Fe. Cazando brujos y llevándolos a su merecido castigo. Hemos derramado mucha sangre, esfuerzos y municiones juntas, desde nuestros días de noviciado en el convento Sanctorum.

La memoria nubló los ojos de Verity. -**Mi Orden también se basa en la schola de Ophelia VII-** Sonrió también. -**Recuerdo el día en que Lethe fue elegida para la Orden de Nuestra Señora Mártir. Estaba radiante de alegría**.

-**Lethe era una buena amiga y una Hermana sincera. Quiero que sepas que no exagero. Cuando te digo que el equipo sintió su pérdida, tan agudamente como lo hicimos**.

Verity asintió. -**Ahora lo entiendo. Ser Adepta Sororita... No importa a que Orden demos lealtad, todas somos defensoras de la misma fe, cada cual realizando su propio cometido**.

-**Tu hermana Lethe, Portia e Iona, son dignas de ser nombradas entre las más respetables**- Miriya se acercó y puso una mano en el hombro de Verity. -**¿Entiendes que después de lo que hemos oído, no podemos dejar vivir a LaHayn ni un momento más?**

Verity asintió de nuevo, la fría verdad de las palabras se asentaron sobre ella. -**Y... ¿qué debemos hacer?**

-**Purgarlo Hermana, purgarlo o morir en el intento**.



CAPITULO XV



Era un calabozo, el diseño de semejantes lugares, no había variado a lo largo de decenas de milenios, desde los primeros días en que los hombres encarcelaron a los hombres y los torturaron para obtener secretos, robando a los prisioneros inclusive hasta la dignidad de sus nombres, los matones paramilitares de los sacerdotes consideraban los niveles de celdas de la Torre del Vacío, como el receptáculo donde mantener a quienes ellos consideraban menos que humanos. Los clérigos que habían jurado lealtad al proyecto de LaHayn lo habían mantenido bien en secreto. Una mirada a los ojos sellados y labios fusionados de los hombres que se encontraban en las salas de pruebas, bastaba para percibir su devoción, allí siempre se tenía la necesidad de llevar a cabo nuevas investigaciones experimentales, ya sea para practicar por parte de los esclavos psíquicos o de los adepto-biologis de LaHayn. A los tecno-sacerdotes les gustaba jugar con el cerebro de pacientes vivos.

Tratando de mejorar las capacidades de los psíquicos o tratando de generar fenómenos psíquicos espontáneos en otros, estos experimentos fueron diseñados para inducir 'brotes' telepáticos y psico-cinéticos generados artificialmente, aunque a menudo, el resultado final culminaba con la muerte del 'espécimen' o con la necesidad de su inmediato sacrificio. Vaun se deslizó más allá de las salas de ensayo, el zumbido psíquico de los silenciosos gritos generó picor en los bordes de su mente, su presa estaba en otra parte, dentro de los niveles más profundos de la prisión.

Allí en las cámaras, encontró apenas un puñado de matones de los sacerdotes, entretenidos con silenciosas discusiones a través del púlpito poblado por cogitadores, o administrando la manada de servidores armados que deambulaban

alrededor del perímetro de la sala. Las máquinas-esclavas estaban constantemente en movimiento, sin cansarse por sus interminables patrullas dentro de los corredores entubados de lava.

Vaun recordó ecos de su juventud, cuando oía el sonido que hacían al caminar sobre el suelo de piedra, las bocas de sus cañones siempre buscando algo fuera de lugar que poder matar, había oído decir que las mentes borradas de los servidores estaban ensambladas con implantes disparadores de placer, los que les generaba un impulsivo sentido placentero cada vez que eliminaban un fugitivo, el psíquico utilizó una escalera de mantenimiento que lo condujo hasta el techo en el que se fijaba el riel de carga aérea. La luz no llegaba hasta allí, pero sus sentidos sobrehumanos le resultaban más que suficientes para permitirle seguir el camino adecuado, recorriendo metro tras metro con sumo cuidado.

De pronto llegó ante la cadena de una roldana, suspendida cerca de la estación de vigilancia en el centro de la cámara elíptica. Vaun se aferró a ésta, colocando sus pies hacia arriba y el resto de su cuerpo hacia abajo, debajo de él podía ver a los sacerdotes conversando, completamente inconscientes de que un asesino colgaba suspendido y en silencio por encima de ellos.

-**He asegurado la nueva entrada como requirió**- dijo el primero. -**Pero no hay suficientes guardias para la cámara**.

El segundo sacerdote vestido de gris, ladeó su cabeza. -**Los han trasladado a la sala del 'motor'. Las órdenes vinieron directamente del propio Diácono**.

-¿Está aquí? ¿Realmente has visto a Lord LaHayn?

-No he recibido tal bendición.

Vaun se burló del tono moralista con que hablaban, reunió su poder, reteniéndolo en el interior de su mente como una mano sosteniendo una vela llameante. Con un repentino empujón hacia abajo, la cadena comenzó a descender ruidosamente.

Los dos sacerdotes alzaron sus miradas sorprendidos, sus rostros vueltos hacia arriba advirtieron la lluvia de fuego que acudía a su encuentro, rayos de aire anormalmente caliente rasgaron el aire sobre ellos, cayendo como si de disparos láser se tratase. Vaun giró sobre la cadena, desentendiéndose del látigo de acción que había desencadenado alrededor, extendió los dedos de su mano libre,

liberando el fuego psíquico en un amplio abanico rojo, las llamas psiónicas azotaron a los sacerdotes que trataron de huir y a los lentos servidores.

Se soltó de la cadena presto para la lucha, volteándose hacia un matón que trataba de apagar enloquecidamente el fuego de su túnica en llamas, ignorando el fuego y los gemidos del hombre, Vaun izó el clérigo del suelo y arrancó un anillo de pesadas llaves de su cinturón, el matón intentó decir algo, pero Vaun lo arrojó con fuerza contra la pared, cayendo a lo lejos, las llamas lamian las piedras de ébano, creando concentrados regueros de líquido fundido.

Sonaron ráfagas de disparos tras él, pero Vaun no les prestó atención, en el fondo de su mente, podía sentir la mirada de los otros psíquicos sobre él, tras la penumbra podía vislumbrar las miradas de ojos apagados, que le observaban desde las ranuras en las puertas de las celdas. -**Prepárense primos**- transmitió con su pensamiento a todos ellos. -**La libertad está al alcance de la mano**.

Los lentos servidores artillados se reunían entre sí, reordenando sus planes de acción, Vaun podía oír como estos intercambiaban órdenes con el típico parloteo binario del código máquina, debía apresurarse, tenía que ser rápido, pasando por encima de un cuerpo humeante, se encontró con un segundo matón, éste hincado sobre manos y rodillas, obstruyendo su camino hacia un túnel de escape. Vaun lo tomó de su túnica y lo hizo girar, quemaduras grotescas cubrían la masa otrora rosácea y ahora ennegrecida del rostro del sacerdote, sus manos lucían como garras inflamadas, también poseía un aro de llaves en su poder. El matón intentó decir algo, pero su garganta devastada por el calor no pudo emitir más que un balbuceo, Vaun le rompió el cuello con una brutal patada y lo dejó ahogándose.

Servidores armados avanzaron hacia él cuando llegó al gran púlpito de los cogitadores. Vaun colocó las llaves sobre las ranuras del púlpito, normalmente habría resultado necesaria la presencia de dos sacerdotes para activar las llaves en las distantes ranuras, puesto que se encontraban a cada extremo del amplio púlpito, pero los poderes psíquicos de Vaun no se encontraban limitados a éste aspecto físico, las llaves giraron sobre sí. Una por acción de su mano, la otra por acción de sus poderes telequinéticos, el sonido de las alarmas ululando advirtió acerca de la apertura de las celdas. Los servidores vacilaron, sus armas desistieron del blanco ubicado frente al púlpito y centraron sus objetivos en las decenas de nuevos blancos que escapaban enfurecidos de sus confinamientos. Vaun inclinó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada cuando los servidores

fueron abatidos y destrozados por los psíquicos llenos de ira.

Vio a sus antiguos hermanos luchando como fieras, se dio cuenta de que se trataba de un montón de pobres desgraciados, algunos pocos, apenas contaban con las habilidades o la inteligencia de aquellos que había reclutado antes de Groombridge. El fallecido Rink, el desagradable de Abb, parecerían genios en comparación con estos, no tenían disciplina, ni un ápice del autocontrol que Vaun exigía a sus hombres, su reducido número no podría resistir frente al esfuerzo coordinado de las fuerzas del Diácono, todos esos pobres tontos llevaban sus rostros marcados por las cicatrices, que se habían auto infringido al quemar con sus poderes, una y otra vez el hierro de sus celdas de confinamiento, pero aún así resistirían, incluso un ejército de ratas semejante, era mejor que ningún ejército en absoluto.

-**¡Hermanos!**- los llamó, la palabra cortó el acre aire lleno de humo. -**Hay más de esas hojalatas de relojería aquí abajo y montones de matones de los sacerdotes que arrasar**- los fugitivos respondieron aclamándolo lujuriosos. -**Ha llegado el momento de hacer pagar a ese viejo de LaHayn, con sus mismas armas ¿Quién de entre ustedes se unirá a mí en la represalia?**

-**¡Aye!** (Sí, por supuesto, nt)- respondieron ruidosamente, adentrándose en masa hacia los túneles. Vaun rió de nuevo, su diversión se perdió entre el clamor del gentío.



Delgadas columnas de humo y aroma a carne carbonizada, se filtraba hacia los túneles de la prisión, arremolinándose a los pies de las mujeres. Con gestos rápidos, Miriya hizo retroceder a Verity contra las paredes de piedra negra, quien se ocultó tras las sombras, los disparos, el crepitar de las llamas y los gritos de dolor se filtraron hasta ellas. La rejilla de metal sobre la celda permitió oír el golpeteo constante, cuando las tropas de servidores armados fueron acorralados contra ella, al tiempo que abrían fuego contra sus atacantes.

-**¡Es él!**- gruñó Miriya. -**Reconozco su voz, el brujo se aferra a la vida como una especie de parásito**.

-No lo entiendo- respondió la Hospitalaria. -**¿Qué podía querer aquí en las mazmorras?**

La Sororita mantuvo los ojos fijos a través de las rejillas, repasando las cuentas de su rosario eclesiástico con la mano. Desde un extremo del rosario de perlas negras colgaban una Insignum de plata con la forma de la letra I, sobre un severo cráneo impreso, el distintivo de los Cazadores de Brujas. -**Ya has oído sus palabras. Los está reuniendo, incitándolos, encendiendo su fervor, como un tambor de promethium se enciende con una antorcha**.

Como para apoyar sus palabras, un destello de fuego lamió las rejillas del techo, y un matón pasó corriendo, con sus ropas ardientes.

Verity palideció ante el sonido de los gritos ahogados que profirió el sacerdote al morir.

-**Parece ser, que no nos podremos dar el lujo de un escape tranquilo-** añadió secamente la religiosa Superior.

El estallido de las armas mermó hasta cesar, pronto sólo oyeron el sonido de los pasos sobre la superficie, rostros sucios de hollín, enfrentaron los rostros de las mujeres con una mezcla de la avaricia y odio. Uno particularmente despreocupado y familiar se les unió. -**Bien, bien. ¡Qué interesante cambio de los acontecimientos!**- dijo Vaun, saboreando su diversión. -**¿Cómo se siente ser el preso ahora, Hermanas?**

Miriya parecía carecer de las palabras para transmitir su frío y duro enojo en ese momento, simplemente giró la cabeza y escupió en la oscuridad.

La sonrisa de Vaun se desvaneció. -**Yo supuse que Viktor te habría matado por mí, veo que ni siquiera pudo hacer eso bien-** suspiró el psíquico, mientras que algunos de los otros fugados que se encontraban a su alrededor rieron a causa del comentario. -**Disfruten de su nuevo alojamiento, señoras, estoy seguro de que lo encontrarán tan repugnante como una vez lo hice yo**.

-**No puedes dejarnos aquí-** espetó Verity.

-**Por supuesto que puedo, me has dejado vivir cuando tuviste la oportunidad**

de matarme, Hermana Miriya, ahora tengo la oportunidad de devolverte el favor- se burló Vaun, volviéndose y añadiendo. **-Mientras yo me dedico a arrasar el planeta, ustedes permanecerán aquí, atrapadas e indefensas, aguardando un rescate que nunca llegará. Tal vez mueran de hambre o por alguna infección. Podrán encontrar un hilo de agua que proviene de las zonas altas, las sostendrá por un tiempo. Pero eventualmente, tendrán que encontrar comida-** él miró de reojo a la Hospitalaria. -**Pero no habiendo nadie que las alimente, sólo tendrán una fuente de carne aquí-** y con una risa cruel, él se alejó guiando a sus nuevas cohortes tras su paso.

-**Bastardo**- la palabra escapó de los labios de Verity antes de que ella misma se diera cuenta, sus mejillas se sonrojaron. -**Hermana, perdona mi blasfemia. Eso ha sido impropio de mí...**

Miriya observó la rejilla cuidadosamente hasta asegurarse de que Vaun se había ido. -**Al contrario Hermana, estoy de acuerdo, es un hijo de puta, de lo más aborrecible-** la Celeste volvió su atención hacia su rosario. Por un momento, Verity pensó que la mujer iba a comenzar una oración, pero en lugar de ello aferró el icono del cráneo que adornaba el Insignum y lo giró en sentido contrario a las agujas del reloj. Un mecanismo dentro de la coronilla hizo clic y comenzó a zumbar, al tiempo que una hoja de filoso metal asomó con un silbido del dispositivo. Miriya le echó una mirada y señaló, -**Acero cementado con Argentium de carburo-** explicó. -**De modo que una Hermana de Batalla pueda concederse a sí misma la paz del Emperador si es capturada**.

El rostro de Verity palideció. -**¿No pretenderá...?**

Miriya negó con la cabeza. -**Aún no le ha llegado el momento a ninguna de nosotras de arrodillarse ante el Trono Dorado. No cuando todavía hay trabajo por hacer-** la Hermana de Batalla envolvió con sus dedos la circunferencia plateada de la flor de lis sobre su coraza, retorció y tiró de la decoración de metal soltándola de sus remaches, la giró sobre su otra mano, sosteniéndola como si se tratase de una daga.

Los ojos de la Hospitalaria se abrieron cuando empezó a comprender el objetivo de la otra mujer. -**¿Cómo puedo ayudar?**

Miriya se quitó su capa de batalla y se tensó. -**Reza por la intervención divina-**

la Hermana de Batalla retrocedió y luego corrió hacia la pared, en el último segundo utilizó el catre oxidado como un trampolín y se arrojó hacia el salpicadero de piedra. Saltaron chispas cuando la hoja del rosario y la flor de acero mordieron la roca negra. Increíblemente, Miriya se sostuvo allí, aferrándose a sus cabos improvisados por medio de una lenta pero inflexible voluntad, Verity la observó balancearse hacia arriba, clavando los improvisados filos contra el puro basalto con el fin de ejercer la palanca suficiente.

La joven hizo lo que se le pidió, y oró una letanía en voz baja.



El sacerdote Ojis le reverenció tanto, que LaHayn pensó que su nariz ganchuda tocaría las baldosas de piedra. -**Su gracia, ha habido un incidente en los niveles de las mazmorras...**

-**Explícate**.

-**Un fallo en los bloques de celdas de contención-** el Diácono creyó advertir por un momento un tono de reproche en la voz del sacerdote, pero lo dejó pasar. -**Parece ser que los mecanismos de bloqueo fueron liberados, varios sujetos de prueba y aberraciones que tenían programada su ejecución preventiva han escapado. No hay suficientes servidores armado para custodiar todo el nivel...**

-**¿Cómo sucedió esto?**- le espetó. -**¿Quién es el responsable de éste fracaso? Ojis, contéstame**.

-**Mi señor, yo le advertí sobre las consecuencias que podría traer aparejada la reducción de la cantidad de...**

LaHayn avanzó hacia el hombre. -**¿Acaso te atreves a echarme la culpa?**

El sacerdote palideció. -**No, no, mi señor**- dijo retrocediendo un paso. -**Simplemente estaba haciendo una observación**.

El Diácono gruñó y apartó la mirada. -**Esto no es una coincidencia Ojis, el**

brujo Vaun está aquí, reconozco su proceder en la cortina de humo que ha provocado- palpó sus labios y prosiguió. -**Debes tomar el control directo de la milicia dentro de la Torre, dirígete a los niveles inferiores de las mazmorras y reprimir a esos fenómenos, elimínelos a todos-** LaHayn comenzó a alejarse.

-**Pero, su santidad**- replicó Ojis. -**Yo no soy un guerrero**.

-**Todos somos soldados en la guerra del Emperador**- contestó el Diácono. -**Nunca lo olvides**- dijo y lanzó a Ojis una última mirada. -**Me estoy trasladando a la cámara del Ingenium, no toleraré más interrupciones**.

-Pero, ¿y Vaun?

LaHayn hizo una mueca. -**Él vendrá a mí por su propia voluntad, recuerda mis palabras**.



-**Emperador, escúchame, dame fuerza**- rezó la Celeste con los brazos apretados por la tensión y el esfuerzo. **-Otórgale a éste cuerpo mortal un grano de sabiduría, una lágrima de tu poder...**- con la última palabra, ella se empujó hasta el borde de la fosa de la prisión. Miriya se negó a mirar hacia abajo, si se caía, podría romperse los huesos o peor aún el cuello, como le había dicho la hospitalaria, no podían darse el lujo de morir, no mientras el brujo seguía libre. -**Úsame, haz tu voluntad a través de mí.**

Aferrándose a la reja de metal sobre el foso, la Hermana de Batalla giró sobre sí y encontró el lugar donde se encontraba el perno de sujeción, apoyó sus pies contra las paredes, presionando la curvada columna vertebral de su armadura de ceramita contra la reja y se estabilizó. -**Yo soy su ira-** entonó Miriya, completando el catecismo. -**Su furia y determinación. Dame fuerza, soy la Mano del Emperador-** las palabras liberaron una descarga de adrenalina en su cuerpo y la Celeste lanzó todo su peso contra el perno. El metal rechinó y se combó, pero no cedió.

Dejó escapar un gruñido de rabia y esfuerzo. Sus botas resbalaron en la piedra, luego retomó su labor con fervoroso vigor, considerando que no iba a tener otra

oportunidad. -**Dame la fuerza**- escupió Miriya, aprovechando la concentración de los actos de fe realizados por los santos vivos. -**Yo soy, ¡la Mano del Emperador!** un torrente de vigor recorrió su cuerpo, alimentado por su devoción, ella misma se estrelló contra el metal. Con un sonido de acero chirriante, el perno de sujeción se partió en dos, súbitamente estaba en el piso de la mazmorra, y la reja de hierro colgando abierta detrás de ella.

Una figura andrajosa, despojada de todo cabello, y cuyo sexo resultaba imposible de discernir, advirtió la presencia de la Sororita y salió corriendo por los pasillos de piedra, lanzando ahogados gritos de alarma. Miriya la ignoró y se puso a trabajar arrastrando una polea hacia un carril superior, en cuestión de minutos, Verity se había unido a ella y pronto también lo estuvieron Cassandra e Isabel, liberadas de la otra fosa. La Hospitalaria fue al lado de la mujer herida y empezó a trabajar en ella, con tablillas de madera producto de la batalla, improvisó una férula.

Miriya inspeccionó el pasillo. A lo largo de las paredes, las puertas de las celdas colgaban abiertas, algunas descoloridas por las llamas o salpicadas de impactos de bala, había servidores muertos a montones, algunos sólo se distinguían por su visible biónica de bronce y acero a través de carne ennegrecida y huesos, observó los cuerpos de los sacerdotes dispuestos en los rincones de las esquinas, y en algunos lugares los restos de lo que probablemente eran los prisioneros de la Torre, seres humanos desnutridos y en mal estado con señales de frescas cicatrices, muy probablemente de cirugías.

Cassandra se aproximó a su comandante de escuadrón y le echó una mirada inquisitoria. -**¿Qué opina, Hermana Superiora?**

-**Ésta indignidad no puede permanecer ni debió existir Cassandra, debemos borrar la existencia de éste lugar, tan pronto como tengamos la oportunidad**.

-**Sí**- asintió la veterana Hermana de Batalla. -**Mis pensamientos todavía no pueden asimilar la enormidad de ésta locura, aún no puedo creerlo... y pensar que al inicio de esto estábamos disgustadas con la asignación de la misión**- miró hacia otro lado. -**Cada paso que damos en Neva, ¡nos acerca más a una espiral de locura!**

Verity la interrumpió con un grito ahogado. -**Alguien viene**.

La figura andrajosa había vuelto, ésta vez con compañía, había seis de ellos, todos vestidos con los monos sin forma de los internos de la fortaleza. Miriya levantó una ceja al darse cuenta de que algunos de ellos estaban armados con bólter, el mayor de ellos, una mujer llena de cicatrices, tenía la pistola de plasma de la Hermana Superiora escondida en su cintura. Los prisioneros se mostraron cautelosos, pues los psíquicos sabían que las mujeres serían presas mucho más difíciles que los lentos servidores.

Cassandra rompió el expectante silencio. -**Esas armas son iconos de la Iglesia Imperial, y no les pertenecen, bájenlas, ¡ahora!**

La mujer alta gruñó como un animal. -**Estos juguetes ya no les pertenecen, ahora son míos**- dijo al tiempo que sostuvo el arma contra su pecho.

-**¿Dónde está Vaun?**- exigió saber Miriya. -**¿Dónde está tu líder?**

La mujer escupió. -**¿No es mi líder, entiendes ramera religiosa? Se ha ido y llevado con él a aquellos que quieren seguirle.**

Por el rabillo del ojo, Miriya vio a Cassandra manipulando su rosario. -**Entonces... ¿eres tú quien manda aquí?**

La mujer asintió con la cabeza. -**¿Tienes alguna queja al respecto?**

Cassandra frunció el ceño. -**Me pregunto. ¿Cómo puede ser que tu madre diera a luz un orco con piel rosada?**

Le tomó un segundo a la mujer asimilar el insulto, para entonces, cuando ésta desenvainó y sostuvo el arma, las Hermanas de Batalla se habían movido al unísono. Miriya lanzó la partida flor de lis como si de una estrella arrojadiza se tratase, usándola para abrir el cuello de uno de los fenómenos cuyas manos brillaban ya por el poder psíquico contenido, Cassandra reveló la hoja oculta de su rosario, cruzó el espacio que separaba a las Sororitas de los prófugos, enterrándola entre los pequeños y brillantes ojos de la líder de los fenómenos. Los otros cuatro fugitivos, empezaban a reaccionar cuando las Hermanas de Batalla entablaron combate cuerpo a cuerpo, rompiendo cuellos y huesos con movimientos hábiles y patadas, el último de ellos se deslizó lejos, presionando la

cabeza con sus dedos, una poderosa y ardiente oleada de aire las atacó, y las hizo rodar hacia atrás, Miriya sintió una oleada de pánico cuando fue empujada hacia las fauces oscuras de la prisión a cielo abierto.

Un disparo sonó y el último psíquico errante cayó gritando cogiéndose el estómago, la fuerza invisible se disipó instantáneamente, la Celeste se volvió justo para ver a Isabel tambaleándose y sosteniendo con su temblorosa mano izquierda, su recién recuperado bólter.

-**Buen tiro**- logró decir.

El rostro de Isabel se mostraba cetrino y húmedo. -**No tanto**- respondió. -**Estaba apuntando a su cabeza**.

Cassandra le entregó a Miriya su pistola de plasma. -**Deben de haber encontrado nuestro equipo de combate**.

-**Tal vez, ¿puede que se encuentre en alguna celda de almacenamiento cercana?-** opinó Verity. -**Debería buscar mi equipo Medicus, dudo que estos alienados hayan sabido para que servía**.

-**Date prisa pues-** ordenó Miriya. -**Vaun ha sembrado el caos aquí por sus propias razones, debemos aprovecharlas mientras podamos, debemos contactar con la Canonesa**.



Sobre los penumbrosos bloques de celdas, las cámaras internas de la torre se ensanchaban y entrelazaban como panales sobre el vacío. En el pasado, estos espacios se habían originado gracias a la acción geológica y transformadora de los afluentes de magma que fluían del corazón de Neva, tras miles de años después, las bajas temperaturas y la humedad, habían permitido al hombre el usufructo de las cavidades resultantes.

Al igual que todos los espacios situados cerca o dentro de la volcánica ciudadela, el aire permanecía cargado de un calor seco, eliminando todo vestigio de humedad de los pulmones de los hombres. Vaun se trasladó hasta una de las

amplias rampas espirales que lo llevaría a los niveles superiores, secando el sudor de su frente a causa del aire árido y claustrofóbico, esto le provocó desagradables recuerdos de su juventud, que él desestimó con un gruñido determinado, sus pasos eran seguidos por los fugitivos, su andar inicialmente belicoso se había suavizado un poco al abandonar las zona de los calabozos. Los más inteligentes entre estos, estaban empezando a proyectar sus pensamientos hacia adelante, más allá de los próximos cinco minutos, preguntándose hasta donde llegaría su abrupta liberación sin ningún plan, sin ninguna ruta de escape. Como era de esperar, sus escasas expectativas se limitaban a buscar la guía de su liberador.

Vaun dudó a la sombra de una rampa de ascenso y levantó la mano deteniendo a los otros, la cámara abierta osciló por encima de ellos, era una bahía de mantenimiento de las pistas superiores de aterrizaje sobre la cima de la montaña volcánica. Grúas tan altas como torres de vigilancia acunaban un puñado de coleópteros y las formas embarazadas de los dirigibles de carga.

-**Naves**- ceceó una voz detrás de él. -**Debemos tomar una-** exclamó.

Vaun los miró, dirigiéndose en general, eludiendo la presencia de quien había hablado. -**¿Alguno de ustedes es piloto?**- el silencio le contestó. -**¿Alguno sabe donde se encuentran las torretas bólter exteriores del Diácono? ¿No? Pues tómenlas, vamos, adelante.**

-**Podríamos ser capaces de hacerlo…-** aventuró una famélica mujer, señalando hacia arriba. -**Las grúas, tal vez...**

-**Estarías muerta antes de acercarte al cielo**- gruñó el psíquico. -**Quédate conmigo y puede que vivas para ver la luz del día-** refutó, señalando hacia el tren funicular, que aguardaba sin aparente vigilancia sobre una plataforma del muelle más cercano. -**Vamos a utilizar eso para ascender a los niveles superiores, si actuamos sigilosamente, nunca lo sabrán hasta que llamemos a la puerta**.

-**¿Al nivel superior?**- dijo reticente otra voz. -**¿Quieres adentrarte en lo más protegido de la Torre?-** dijo gesticulando. -**Los matones de los sacerdotes nos mantienen alejados de esos niveles por alguna razón, amigo, ¡sería como poner en riesgo nuestras vidas tomando veneno!**

-Tal vez- admitió Vaun. -**Pero no de la manera que crees-** sonrió fríamente y agregó. -**Confía en mí, hermano, la única salida es a través del Diácono**.

-Eso es lo que tú dices- replicó el hombre. -**Te estamos agradecidos por habernos liberado y todo lo demás, pero de ahora en adelante, tomaremos nuestras propias decisiones**.

El psíquico dio un paso amenazador, cerniéndose sobre el fugitivo. -**Yo no te liberé por bondadoso, amiguito. Tu éstas completamente en deuda conmigo y la pagarás haciendo lo que te ordene**.

El hombre titubeó. Vaun percibió el brillo del aura del fugitivo cuando comenzó a acumular poder psíquico. -**Tú no eres mi dueño, ni mí...**

Vaun fue tan rápido que el fugitivo no tuvo tiempo de gritar, sólo hubo un destello de color amarillo en la retina de todo el mundo cuando la bola de fuego voló de su mano y quemó a través de su camino el pecho del hombre. Las llamas crepitaron dentro del cadáver que salió girando con múltiples piruetas antes de caer, los restantes fugitivos detrás de él trastabillaron al retroceder a causa de la sorpresa, no esperaban la brutalidad y rapidez del asesinato. Vaun, les echó una mirada cargada de superioridad, deleitándose con el goce del momento. -**LaHayn está ahí arriba-** dijo, señalando con el pulgar hacia el techo. -**Él se aferra a un premio más grande que lo que cualquiera de ustedes podría soñar, voy a arrebatárselo y ustedes me ayudarán**.

-El tren, ¿verdad?- dijo la desgarbada mujer, con nerviosismo. -**¿A qué esperamos, entonces?**

En cuestión de segundos el cableado se tensó, las vagonetas comenzaron su lento ascenso a través de los carriles del funicular, la mente de Vaun anticipó acaloradamente el momento, no podía estar seguro de si se trataba de algún efecto secundario de la proximidad a la cámara Ingenium de LaHayn o los efectos de su propia excitación, cuanto más subía, más difícil se le hacía reprimir la sonrisa depredadora en su rostro.



Había humo por todas partes, el aire dejaba un regusto a carne agria en la lengua de Ojis. Sus dedos temblorosos buscaban hacia adelante sobre la rejilla metálica del piso de la jaula elevadora, se arrastró a través de charcos de líquido aceitoso y masas esponjosas húmedas que reconoció como materia cerebral derramada. Las piernas del confesor no parecían estar funcionándole, con la dignidad de su elevada posición abandonada muy atrás, hizo todo lo posible para transportarse a sí mismo fuera del ascensor, su mente daba vueltas, mientras recordaba breves destellos del caos que había estallado a su alrededor.

Había estado en la jaula, descendiendo hasta los niveles de las mazmorras con sus ayudantes y el puñado de sirvientes que había sido capaz de desviar del bloqueo dispuesto por el Diácono, la alarma sonó cuando el ascensor llegó al nivel indicado y luego...

Luego hubo disparos y gritos, la detonación de algo grande y carnoso salpicando toda la capucha de su túnica, formas vestidas con armaduras negras y brillantes como escarabajos, blandiendo espadas, una emboscada.

-Éste sigue vivo- la voz resonó en sus oídos, como si algo lo hubiera golpeado rompiendo el interior de su cráneo.

Fuertes y esterilizados dedos lo sujetaron de los brazos y lo levantaron hacia arriba, la visión del sacerdote se nubló a causa del dolor cuando sus piernas colgaron inútilmente debajo de él, exponiendo un hueso saliendo de su rodilla derecha, logró soltar un jadeo cuando su máscara fue retirada.

Una cara ganó definición ante él, una mujer en cierto modo, su bronceada piel tonificada por el sol estaba empañada por suciedad y rastros de sangre, sus ojos eran azules como diamantes, en conjunto su mandíbula mostraba un aspecto cruel. Con un sobresalto, Ojis la reconoció y ella a él.

-Yo soy la Hermana Miriya, de la Orden de Nuestra Señora Mártir y tú eres mi prisionero, responde a mis preguntas y se te concederá misericordia.

Ojis parpadeó, sus ojos estaban pegados con fluidos pegajosos, se las arregló para asentir con la cabeza inexpresivamente.

-Él tiene los sellos de un confesor en su rosario- señaló la primera voz de

nuevo, desde algún lugar detrás de él. -**Estaba con LaHayn antes**.

-**Sí**- asintió Miriya, estudiándolo con cuidado. -**Ojis, ¿no?**

El sacerdote palideció, hasta sabía su nombre. Esto comenzaba a ir mal, muy mal. -**Por favor…-** rogó.

-**¿Qué estás haciendo aquí? ¿Dónde está el Diácono?**

-**Fui enviado para reprimir... a los prófugos-** su cráneo le dolía mientras trataba de mirar a su alrededor. Ojis podía distinguir más cadáveres en el pasillo, lo que fuera que hubiera sucedido aquí, había llegado demasiado tarde para intervenir. -**Su santidad... está en la cámara del Ingenium, en el centro**.

-**¿Cámara del Ingenium?-** repitió una nueva voz, vio a otra mujer, vestida de ropas blancas, con el pelo de oro y con la señal del auxilio médico. -**¿La Torre del Vacío tiene una sala de Ingenium? ¿Pero esto es un edificio o algún tipo de nave?**

Ojis se sentía mareado mientras negaba con la cabeza. -**No... No es ese tipo de Ingenium-** se relamió los labios. -**Por favor... ayúdeme**.

Miriya se lo acercó más. -**¿Dónde está el centro de comunicaciones de la torre? Habla, ¡hereje!**

-**Arriba**- jadeó la palabra. -**No podrán llegar allí sin mí-** levantó una mano, mostrando un grueso anillo de oro brillando en uno de sus dedos. -**Yo... yo tengo el sello de mando**.

-**Confirmado**- dijo la otra Hermana de Batalla. -**Hay un mecanismo de gobierno que impide el acceso a los niveles superiores de la ciudadela**.

El rostro de Miriya se agrió y dejó caer al clérigo, él gritó de dolor, pero ella no le hizo caso. -**No hay nada tan bajo como un falso sacerdote. Confesor Ojis, el Dios-Emperador mantiene un infierno singular reservado para los de su clase**.

Ojis la miró. -**Pero... el eclesiarca es el iluminado. Él conoce el camino…-** se interrumpió, tosiendo.

-El camino a la condenación- respondió Miriya, presionando una pistola de plasma contra su frente, la pistola comenzó a generar poder.

-No... No, por favor, ¡me retracto!- rogó Ojis. -**Por favor, Hermana Miriya, tú y yo, ambos somos... ¡Se lo ruego!**

Miriya se detuvo. -**Ha traicionado a la Iglesia Imperial y al Dios-Emperador de la humanidad, ¿Qué espera obtener rogándome, hereje?**

Y en voz baja, añadió. -**¿El perdón?**

Una escalofriante mirada fue la única respuesta que recibió. Su dedo comenzó a presionar el gatillo.
-Hermana, espera- llamó una de las otras mujeres. -**No le puede disparar**.

Ojis se relajó, el alivio inundó su ser. -**¡Estoy salvado!**

-¿Por qué?- exigió saber Miriya.

La otra Hermana de Batalla señalo el panel de bloqueo de los controles del elevador. -**Ese dispositivo no sólo requiere la llave de su anillo, también de una exploración óptica**- señaló la cara del confesor con su hoja de combate. -**De haber disparado la pistola de plasma, sus ojos habrían explotado-** le ofreció el cuchillo a Miriya. -**En lugar de eso, use esto**.

Miriya aceptó el arma con un gesto amable**. -Gracias, Cassandra. Por favor, sujetadlo**.



El cuerpo del confesor realizó un último servicio a la iglesia, cuando la jaula elevadora, llegó a la sima, arrojó el cadáver del sacerdote fuera de la cabina del elevador.

Los restos aún calientes del cadáver atrajeron la atención y el fuego laser de los servo-cráneos de defensa dentro de los nichos de las paredes, frente a la sala de comunicaciones. Cassandra e Isabel usaron la distracción para abrir fuego contra

las máquinas mientras se movían, adeptos ciegos que operaban los vox de comunicaciones se refugiaron en los rincones más alejados, demasiado aterrorizados para reaccionar frente a los intrusos, murmurando constantes himnos grabados en sus tejidos neuronales, finos haces plateados de luz acuosa asomaban a través de las ranuras de observación, por donde ingresaba la luz del sol de Neva, que por aquel entonces comenzaba a alzarse sobre los peñascos exteriores.

Miriya hizo la señal del Aquila y se dirigió a la terminal central de comunicaciones, hablando directamente a una máscara de bronce que se volvió hacia ella, presentaba una boquilla filtrada, con voz clara, pero fatigada, recitó las frases del sagrado códice, unas líneas de oración aparentemente elegidas al azar de entre los Libros de Alicia, la máquina reconoció el cifrado aleatorio, como cualquiera de los dispositivos de comunicaciones imperiales, un protocolo secreto de emergencia de las Sororitas, conocido únicamente por aquellas que ostentaban los rangos superiores de la Orden, como las Celestes.

-Escuchadme…- comenzó ella. -**Pido un enlace con la honorable Canonesa Galatea de la Orden de Nuestra...**

-¿**Miriya?**- la voz de Galatea crujía hacia ellas a través de la bocina-altavoz, convirtiendo el nombre de batalla de la Hermana en una maldición. -**Si buscas confesarte, has perdido la oportunidad, deberás considerarte 'extremis desertora'**.

Isabel ahogó un reproche. -**Cómo... ¿Cómo ha respondido tan rápidamente? El mensaje debería tardar horas**.

-Llama a silencio, Hermana Miriya- replicó la Canonesa. -**Mira hacia el oeste, tu censura viene con veloces alas**.

Verity apretó la cara contra una de las rendijas de las ventanas. -**Creo que veo algo brillando en el cielo del amanecer**- ella le devolvió la mirada a Miriya. -**¿Aeronaves?**

-**Una fuerza de represalia está llegando a tu posición-** continuó la Hermana Superiora Galatea. -**Al conocer tu deliberada negativa al debido acatamiento de mis órdenes, ordene al capitán de la Mercutio registrar el área sobre**

ciudad Metis desde la órbita, sus servidores siguieron la aeronave que robaste todo el camino hasta los páramos.

-**Hay una explicación para cada una de mis acciones**- insistió Miriya. -**Inicié ésta misma comunicación para informarle de mi ubicación**.

-**Me has desobedecido-** se desató la Canonesa. -**Te llevaste al hombre más buscado de éste mundo bajo tu propia custodia. ¿Qué posible explicación podría aventurarse a tal respecto?**

-**He descubierto una conspiración en la cual, Torris Vaun es sólo una cara, mi señora-** dijo Miriya con cautela. -**Dentro de ésta fortaleza, el señor Diácono ha elucubrado un plan sumamente ambicioso y con el mayor nivel de herejía posible. Aceptaré de buen grado cualquier castigo que se me aplique, pero debo insistir, ¡primero escuche esto!**

El canal vox crujió por un momento, luego la voz de Galatea volvió, resignada y triste. -**Los transportes estarán ahí en unos cinco minutos, Miriya. Tienes hasta entonces para convencerme de que no te mate-** La Hermana de Batalla comenzó a hablar, explicando todo lo que había sucedido desde el asalto a la mansión del barón Sherring.



CAPITULO XVI



Cada vez que entraba en la cámara, había un momento en que Viktor LaHayn recordó la primera vez que lo había hecho. Se acordó de la venda de áspera arpillera al ser retirada de sus ojos, la extraña sin dirección con la que incidía la luz verde-azul en su visión. Se acordó de la mano del abad Gethsemenite en su muñeca, del vuelo de anticipación, la prisa vertiginosa, pero era el vértigo que le produjo cuando él puso sus ojos en el motor, un recuerdo que siempre se quedó con él.

El abad había muerto, asesinado junto con el resto de su secta por Vaun, pero el gran dispositivo retumbó avanzando sin cambios, los dos grandes anillos giratorios de negro acero girando en torno al eje central de la construcción como monedas hiladas. LaHayn tuvo que dejar de mirar la cosa. El movimiento de los anillos, la lenta órbita de las barras metálicas de los mismos, su movimiento le mareaba y casi le hizo desmayar. Era una maravilla de una tecnología antigua y perdida, la forma en que componentes dispares trabajaban sin tocarse y sin aparentemente conexión alguna. Sin embargo, el motor era tan grande como una casa, flotaba sobre el suelo de la cámara sin aparente esfuerzo, firme como una roca. Nada lo sujetaba, pero resplandecía en un color azul celeste. Los Tecno-adeptos una vez habían tratado de explicar el método y la ciencia que había detrás de él, pero LaHayn los había despedido. Fue suficiente saber que el motor había sido una creación del Dios-Emperador.

Se acercó a él. Una cerca baja de barras de latón impedía que los incautos se acercaran demasiado, pero el Diácono la ignoró, apartando a un par de encogido ingenieros del Mechanicus mientras entraba en el nimbo del campo de energía de la máquina. Los adeptos hicieron clic y zumbaron el uno al otro en flujos de

datos urgentes. También cuchichearon sus matones, vestidos con túnicas grises sin rasgos característicos.

Una vez, al igual que cualquier otro tecno-sacerdote a su servicio, habían sido leales miembros del culto al Dios-Máquina, funcionarios jurados de Marte. Pero eso había sido antes de que los agentes de LaHayn los hubieran contratado, secuestrado, subarrendados ó detenidos por falsos actos de piratería. Como si fueran un mismo hombre, todos habían protestado y luchado contra las demandas que les había hecho, hasta que les mostró el motor. En cierto modo era lamentable. Cada Mechanicus, rompió voluntariamente su juramento y ellos mismos se comprometieron a su servicio en el mismo momento en que pusieron los ojos en el dispositivo. Sabían lo que era, una conexión física con las grandes obras del Emperador. Tenían muchos nombres para él, Aparato-Psymagnus, Anulus-Rex, la Mano-Divina... Pero LaHayn prefería la designación que los Gethsemenites habían dado al dispositivo. Ellos simplemente lo llamaron el motor, un nombre apropiado para un dispositivo que tenía el poder para rehacer las estrellas.

Los últimos días del Dios-Emperador eran un misterio para muchos. Sus acciones en los oscuros tiempos antes de la traición del Señor de la Guerra Horus estaban envueltos en mitología y capas de ofuscación de diez mil años de espesor, pero en todos los tomos sagrados que hablaban de sus actos finales antes de la consagración en el Trono Dorado, hubo menciones a 'Sus Obras', de las maquinaciones secretas que estaba a punto de conseguir en el laboratorio, debajo del Santo Palacio en Terra.

En los tomos prohibidos, LaHayn había descubierto restos de la antigua creencia, la generación actual del Ministorum los había declarado apócrifos. Recogió referencias a cosas que desafiarían las creencias actuales, nombres que no se atrevió a nombrar, hablaban de las estrellas como si fueran niñas, apenas recién nacidas y del nacimiento de nuevos dioses. El Diácono cortejó a la muerte un centenar de veces, sólo por atreverse a poseer tal conocimiento.

A través de todos los secretos reunidos, trazó un hilo, desenredando el nublado tapiz de la herencia del Dios-Emperador. Esa cadena de causalidades abarcó los años luz que se extendían desde Terra a Neva, prueba innegable de que éste mundo lejano fue tocado por su mano, como se probó también el coloreado paso de la disformidad. Era fácil de ver cuando se ensamblaban las piezas y el Lord

Diácono lo vio con brillantes y expectantes ojos. El motor era el legado del Emperador a la humanidad, al mismo Viktor LaHayn. Como un centinela, había estado esperando aquí, por debajo de los muros de piedra de la Torre del Vacío Mantenido, esperando a alguien con la amplitud de miras como para conocer su propósito y despertarlo. No había absolutamente ninguna duda en la mente de Viktor, que él era ese hombre.

El Diácono llegó tan cerca como se atrevió de los anillos girando y tendió la mano, dejando que sus dedos entraran en su aurora. Hilos de fuerza pasaron por medio de él, se convirtieron en un prisma de luz. Fue una suave caricia, una mínima fracción de la verdadera energía interior. Podía sentir la materia primitiva de su cerebro luchar por comprender el poder de la misma, siempre era la misma sensación fugaz de algo magnífico, justo fuera de su alcance. Si tan sólo...

No por primera vez, LaHayn dejó su mente vagar y soñar con lo que sería, cuando poseyera dicha capacidad. Tener el poder de convertirse en uno con la máquina... Tocar la mente distante de su dios... La enormidad de esa idea le golpeó dejándolo casi sin aliento.

-**Pronto-** las palabras salieron de sus labios. -**Va a suceder... muy pronto**.

Se retiró más allá del cordón y se encontró a un supervisor de rodillas, el rostro del clérigo plano contra el suelo para no poner los ojos en el santo funcionamiento del motor. **-Mi Señor Diácono-** dijo el sacerdote, -**Una comunicación de los altos riscos. Una fuerza de ataque se acerca en una formación de escaramuza. Los servidores al cargo de los sensores informan que llevan la marca de la Sororitas**.

Apretó los labios. -**¿Cuántos?**

-Diez, tal vez más. Sus siluetas coinciden con las configuraciones de transporte de tropas y vehículos blindados.

LaHayn hizo un juramento tan vil que el supervisor se estremeció. **-Mi mano se ha visto obligada. Las Hermanas de Batalla son demasiado estrechas de mente para aceptar cualquier explicación de nuestra misión aquí-** suspiró. -**No puedo permitir que interfieran. Usaremos a los piroquinésicos.**

Despliéguelos en defensa de la Torre del Vacío.

El supervisor se atrevió a mirar hacia arriba. -**¿Cuántos, mi señor?**

-**Todos ellos. El tiempo de las medias tintas se acabó**.



Las órdenes se transmitieron y éstas se convirtieron en hechos. En las primarias cámaras, donde las bóvedas de basalto del color del ébano mantenían los cubículos de vidrio, las guías de cables que colgaban y las garras abiertas de las grúas volvieron al trabajo de desbloquear las vainas psíquicas de sus soportes. Transportándolos de manera constante, como una paciente madriguera de insectos transmitiría sus preciosos huevos entre colonias, las máquinas tomaron las enormes vainas llenas de líquido para sacarlos de sus nichos, arrojando el contenido sobre el suelo de oscura roca. Uno por uno, el durmiente ejército de brujos de LaHayn estaba siendo brutalmente despertado, en el fondo de sus mentes alteradas, la ira encendió fuegos que los supervisores dirigían hacia el enemigo que se acercaba.

Dentro de toda ésta actividad, en medio de todo el movimiento de carruajes y engranajes girando en las instalaciones de cables de la fortaleza, un único tren de remolques de carga se movió contra corriente, hacia arriba, invisible desde las cerradas gradas.



Los pilotos llevaron su arte de vuelo al máximo a través de los traidores estrechos rocosos que rodeaban la Torre del Vacío Mantenido, manteniéndose a baja altura para evitar los chorros inconexos de fuego antiaéreo de los emplazamientos bólter sobre las almenas superiores. La Canonesa Galatea había descartado la apertura de un canal a la ciudadela con cualquier solicitud de rendición, sabía que podían ver claramente los distintivos colores negro y plata de los vehículos y sabrían cuales eran los pasajeros de los transportes, de sobra

conocían a quién se les acercaba. Si los habitantes de la Torre del Vacío querían pedir la paz, tuvieron una amplia oportunidad de preguntar por ella, no es que se les hubiera concedido ninguna, pero la oportunidad la tuvieron.

Los afilados picos que bordeaban los valles que conducían a la negra torre de piedra eran estrechos e intimidantes. Galatea había consultado con la comandante de las Serafines, la Hermana Chloe, durante el vuelo hacia la zona de concentración y a través de conferencias hololíticas con el oficial de sensores a bordo de la Mercutio, un tosco plan de asalto había sido elaborado para atacar la fortaleza. La ocultación, al parecer, era el punto fuerte de la ubicación, pero una vez que se sabía dónde buscar, la ventaja se perdió, no era ni más ni menos defendible que cualquier otra docena castillos, y fortalezas, que su Orden había asaltado y tomado en el pasado. Lo escondió bien, pero había una pequeña fracción de la Canonesa que estaba emocionada por la perspectiva de la batalla. Demasiado tiempo en las altas esferas de la sociedad de las clases adineradas de Neva la habían hecho sentirse distante y alejada de la verdadera finalidad de la Hermandad, de la gloria que iba a ser tomada al castigar a los desleales.

Su intención no era devastar la torre, si no romper las líneas de defensa y tomar a los que estaban dentro como prisioneros de la iglesia. La Canonesa contaba con que el Lord Diácono y las errantes Hermanas de la unidad de Miriya acabaran entre sus presas, sería más fácil para sus tropas reunirlos a todos y devolverlos a Noroc para una investigación inquisitorial completa, en lugar de tratar de aclararlo a través de la red de acusaciones cruzadas. Cualquiera que fuera el resultado hoy, eso significaría que la iglesia y el estado de Neva cambiarían para siempre, esas serian las consecuencias.

Fue difícil para la Canonesa asimilar la idea de que las altas esferas de la Eclesiarquía estuvieran unidas a una liga de psíquicos, pero peores traiciones habían sucedido.

Las naves se separaron de la formación y comenzaron un rápido despliegue, bajando hasta hacer patinar su tren de aterrizaje sobre la negra arena sin siquiera ralentizarse en un vuelo estacionario. Las rampas bostezaron al abrirse y las Hermanas de Batalla se lanzaron fuera, arrastrando cuerdas de descenso que frenaban la caída y prevenían que las mujeres se rompieran el cuello. Otras naves vomitaban formas como grandes lingotes, eran los tanques. Galatea vio las palas fijadas al frontal de los Represores demoler todo los que les molestara

hacia delante y las negras formas de los Immolators que aguardaban en el perímetro exterior de la fortaleza. Unidades de Hermanas Vengadoras y Serafines iban con ellos, un claro en el cielo hizo que brillaran sus armaduras.

La voz de Chloe crujió en su oído. -**Mi señora, acabamos el despliegue. Cuando quiera puede dar la orden de ataque**.

-**Adelante**- dijo por su canal vox. Con esa orden de mando, la nave que la trasportaba cayó hacia el suelo y las Celestes de su guardia personal se dispusieron a desembarcar. Sucedió rápidamente, la nave rozó la nube de suciedad con un aullido hueco y Galatea se lanzó fuera de la escotilla abierta. Luego, la inundación caliente de los propulsores detuvo la corriente descendente, la forma angular fue capaz de recorrer rápidamente la distancia y la Canonesa se puso finalmente en pie, rodeada por negros muros de piedra y mujeres hambrientas de guerra. -**Seguid adelante-** empezó a decir, pero una salva atronadora de bolas de fuego, cortó el aire delante de los tanques, ahogando su voz.

-**¿Lanzallamas?-** dijo una de las Celestes. -**Armas Infierno, ¿tal vez?**

Había una mancha familiar en el aire, un espesor grasiento que hacía se le revolvieran los intestinos. -**No son lanzallamas-** gruñó. -**Es fuego Brujo**.

Cerca de la Torre del Vacío, puertas ocultas rodaron y se abrieron, escupieron hacia afuera un chorro de figuras, desordenadas, violentas que actuaban como locos. Como un único hombre, todos estaban en llamas, tirando flujos y esferas de fuego artificial de su cuerpo a las Hermanas.

Galatea se persignó con el signo del Aquila y comenzó a disparar.



El camino desde el centro de comunicación no era ni de lejos el más rápido, ni tan simple como había sido su ascenso. El ascensor se negó firmemente a obedecer las órdenes de una, cada vez más, frustrada Verity, finalmente, las Hermanas se vieron obligadas a descender a los niveles inferiores de la torre del homenaje por los zigzags de la escalera de acero que corría al lado del hueco del

ascensor. Se movieron casi en silencio, sin hablar, con sólo el ocasional gruñido de dolor de Isabel para acentuar su paso. Bajaron hacia abajo por lo que parecía un incontable número de pasos. Al azar, traqueteaba el metal al pasar o por las distantes explosiones. Los sonidos parecían vagos y de segunda mano, los oscuros ecos de una batalla que libraban los demás.

Con el tiempo, las escaleras se extendieron a una cubierta superficial de metal corrugado y mallas, desnudas y abiertas. Verity cometió el error de mirar hacia abajo, a sus pies, notó un nudo en el estómago. En la penumbra rojiza, parecía como si estuviera de pie en el aire, el eje de acceso caía lejos a las profundidades abisales por debajo de sus botas. Miró hacia otro lado, teniendo cuidado de mantener en todo momento la mirada fija a la altura de la cabeza.

Había un balcón en el borde de la cubierta, se veían muelles con secciones de piños, cables y cadenas permitía a los pequeños teleféricos decorados con la pauta del engranaje metálico del Mechanicus atracar allí. Se parecían a versiones más pequeñas de los vagones-ómnibus de Noroc, incluso desde el saliente se veía parte de los mandos, conmutadores y mandos de velocidad. Otros muelles estaban vacíos, mostrando sólo crispados manojos de cables.

Cassandra estudió los diales de bronce incrustados, los más cercanos a los teleféricos. -**Los supervisores deben utilizar estos vehículos para viajar por el interior de la Torre del Vacío-** tiró de una fila de interruptores basculantes, cada una marcado con una cadena de texto en estilo neogótico. -**Los destinos dentro de la torre se enumeran aquí. Algunos están bloqueados desde fuera**.

-**Muéstramelo-** Verity observó como Miriya se acercó. Cassandra señaló interruptores con finas jaulas de latón sobre ellos y huellas que hacían de cerraduras necesitarían que un sello fuera colocado. La Hermana de Batalla sacó el dedo cortado de Ojis de un compartimento de su cinturón y lo probó en las huellas, los interruptores se abrieron obedientemente.

-**Éste…-** dijo la Celeste, escogiendo un destino. -**El bueno de Ojis, amablemente, ésta tarde nos ha dado acceso a los niveles restringidos de la ciudadela**.

La voz de Isabel vaciló por el dolor reprimido y reflexivamente Verity se acercó a ella para comprobar sus vendajes. -**¿No fueron las directivas de la Canonesa**

claras, Hermana Superiora? Perdóneme, ¿pero no dijo que debemos tratar de enlazar con la fuerza de desembarco de fuera?

Miriya asintió. -**Esa es mi intención-** con un clic de engranajes aceitados, la puerta de malla en el teleférico se abrió. -**Pero sólo después de haber completado nuestra misión inmediata**.

-**¿Encontrar a Vaun?-** preguntó Verity distraídamente, frotando un filtro contra-infeccioso en las vendas de Isabel.

La Celeste negó con la cabeza. -**Matarlo**.



Los piroquinésicos avanzaron contra las líneas de escaramuza de las Sororitas en una ola de fuego profano, el hedor ha podrido se alojaba en sus carnes, avanzando por delante de ellos en el seco viento. Los chorros de promethium naranja de los lanzallamas pesados de las primeras filas se arquearon hacia fuera y arriba para ir a su encuentro, pero el líquido no los quemaba, salpicando inofensivamente al ejército de brujos, lamiendo sus talones como si sólo estuvieran haciendo surf.

Desde su privilegiado punto de vista, la Canonesa Galatea vio el fracaso de las armas basadas en el fuego y gritó una orden por su vox. -**Bólters, ¡fuego! Solamente armas de proyectiles y de energía**- con infalible precisión, las Hermanas de Batalla con lanzallamas se retrasaron dejando a sus compañeras con bólters y cañones de Fusión tomar posiciones en primera fila. Los piroquinésicos que se aproximaban se toparon con una lluvia de proyectiles y ondas de microondas que hervían todo a su paso.

Con furia, Galatea se dio cuenta que el tiroteo no rompió su avance. Los afectados por el fuego enemigo se tambalearon, algunos cayeron, pero apenas los suficiente para notar una diferencia. Unas figuras ardientes abrumaron a la tripulación de un Represor, abrasando la tierra bajo él, luego algunos brujos corrieron hasta el tanque Represor y lo atacaron con el fuego psíquico de sus manos desnudas.

Sus dedos como garras, envueltos por un halo de llamas, se hundieron en el metal de los flancos del vehículo blindado y de la hoja topadora. El calor psíquico arruinó el blindaje, acribillando el represor con boquetes allí donde los piroquinésicos excavaban su superficie como atizadores calientes presionando contra la cera. La tripulación del tanque estaba disparando en todas direcciones, pero las criaturas parecían ajenas a los ladridos de trituración de las armas. Galatea vio a uno de los hombres ardientes arrancar la escotilla del tanque y tirarla, apenas un segundo después, se oyeron desgarradores gritos desde el interior del vehículo inundado ya con fuego brujo.

La Canonesa gritó una oración de batalla con toda la fuerza de sus pulmones e instó a sus tropas al combate cuerpo a cuerpo. Arriba, oyó el rugido gutural de los jet-packs cuando la Hermana Chloe lideró a las Serafines, cada mujer trazando hacia arriba rayas de blanco humo, cada una con una pistola en cada mano haciendo fuego sostenido trazador a través del enemigo que avanzaba.

La velocidad de los brujos-demonios era aterradora, se movían como un enjambre de insectos, con volteretas entre ellos y trepando cualquier obstáculo, escupiendo fuego a todo lo que les rodeaba que pudieran quemar. El bólter de Galatea aullaba en automático, vaciando el cargador sobre los piroquinésicos más cercanos a los que podría apuntar. Los psíquicos bailaron y se movieron bajo su fuego, pero no cayeron. Vio grandes trozos de grasa de la carne en llamas salir arrancada de ellos y todavía seguir atacando. Cualquiera que fuera la fuerza diabólica que los impulsaba, era increíble.

A su lado, una Hermana de Batalla con el pelo del color del granito se unió a la Canonesa con su bólter de asalto. Fue suficiente, los psíquicos estallaron por las ráfagas en una conmoción de ruido, detonaciones calientes, fragmentos carnosos y agujas de hueso.

-**Por la Sangre del Emperador, éstas criaturas son difíciles de matar…**- gruñó la Hermana de Batalla.

Galatea le lanzó una mirada. -**Somos afortunadas entonces, porque tenemos mucho de ese arte que proporcionarles**.

-**Aye**- espetó la mujer, girando en su lugar para barrer las líneas del enemigo. Su arma brilló de color rojo anaranjado y más gritos de muerte llenaron el aire

atascado por el humo.



El teleférico siguió elevándose a través de la repisa de la Torre del Vacío, pasando por niveles donde los supervisores iban y venían como pájaros espantados o por oscuros niveles que mostraron destellos de funcionamiento tan antiguos como el cielo. Se movían demasiado rápido para determinarlo, pasando por angostos canales apenas lo suficientemente amplios para que dos teleféricos pudieran caber dentro, luego súbitamente volvían a salir a los amplios huecos abiertos sembrados de plataformas de madera. El fino resplandor de viejos biolumenes les dio a las Hermanas de Batalla poca oportunidad de ver mucho más de su entorno en destellos, pero podían oír el repiqueteo distante de una gran maquinaria y el ruido lejano de los disparos.

Verity se quedó cerca de la Hermana Isabel. La mujer se negó rotundamente a permitir que la Hospitalaria hiciera algo más que un examen superficial a su brazo herido, incluso se negó a que le cambiara los vendajes que se habían vuelto ya de un color marrón oxidado por la sangre coagulada. Lo único que había aceptado de Verity fueron algunas almohadillas dérmicas, pequeños discos adhesivos impregnados con fármacos que anulaban el dolor. Un trío de los círculos de gasa blanca rodeaba el cuello de las Sororitas lesionadas, como un collar de apagadas joyas. El rostro de Isabel estaba constreñido mostrando su agonía, su piel estaba pálida y cetrina.

Verity sacó un inyector de la caja en su cadera y marcó una dosis potente del restaurador en los tubos de vidrio de su interior.

Isabel la miró con recelo. -**¿Qué crees que estás haciendo?**

-**Necesitas medicación-** replicó Verity. -**Es mi deber dártela**.

-**Me niego**- respondió la Hermana de Batalla. -**Mis reflejos deben ser agudos, ahora más que nunca**.

-**Haz lo que dice la Hospitalaria-** dijo la Hermana Miriya bruscamente. -**El dolor es una distracción. Necesito que estés centrada**.

Isabel se quejó en voz baja, pero dejó que Verity le diera la dosis. La mujer levantó la vista cuando ella retiró el inyector. Un zumbido agudo hacia cosquillas en el borde de su audición. -**Ese ruido...**

Había poco espacio en el interior del teleférico y la caja de hierro se balanceó sobre sus cables de guía, mientras Miriya alzaba su pistola de plasma en la mano. Lo había oído también.

-¡Atentas!

Láseres, finos hilos rojos como el odio, aparecieron desde la oscuridad atravesando el teleférico. Verity aulló cuando un rayo cortó la longitud de un dedo de la punta de su cabello, pero nadie resultó herido.

Miriya y Cassandra dispararon hacia el negro hueco y algo explotó con un estruendo estremecedor, pero los zumbidos no cesaron.

-Servo-cráneos- explicó Isabel, utilizando el hombro de Verity para sostenerse a sí misma. -**Guardianes, seguramente. Nos estamos acercando a los niveles sellados-** dos orbes más, de sonriente plata persiguieron el teleférico mientras ascendían, moviéndose entre puntales de apoyo, como guardando el paso.

Isabel disparó, falló, y maldijo. Cassandra en cambio acertó a su objetivo, dio a uno de los cráneos de lleno en su mecanismo de control anti-gravedad. El autómata se salió de control y chocó con su compañero, destruyendo ambos.

Verity trató de mirar hacia fuera de la abierta base, pero sin previo aviso Isabel la arrastró hacia abajo tirando de su ropa. Hubo una impresión fugaz de algo enorme y metálico cayendo de los niveles superiores, el teleférico sonó como una campana cuando un sirviente revestido de latón con un arma aterrizó en medio de las Sororitas. Las cuatro estaban demasiado cerca, para que las mujeres armadas pudieran disparar a la máquina-esclavo, Verity se ahogó en el miedo cuando éste apuntó su arma multicañón Stubber hacia su cabeza. Algo hizo clic y se quejó en el interior del mecanismo de la pistola, pero sin disparar. Estaba tan cerca del servidor, que Verity podía ver su único ojo humano mirándola y la capa de saliva de los labios del ilota. Se movió, tratando de aplastarla contra Isabel.

Golpeó al híbrido con la única arma que tenía a mano, el inyector, enterrando la aguja en la gelatina húmeda de su ojo orgánico. El dispositivo descargó una cantidad masiva de poción estimulante y el servidor-arma se puso rígido por la sorpresa. Dio un grito ahogado, traqueteó y se quedó lacio sobre sus propias piernas de pistones.

-**¿Lo has matado?-** aventuró Isabel.

Verity tragó saliva para liberar de su boca el sabor de la bilis. -**Un ataque al corazón-** miró el inyector vacío en su mano.

Cassandra frunció el ceño, examinando la carcasa del mecanismo muerto. -**Mirad, ¡aquí!-** dijo señalando un lateral del arma. -**Ya estaba dañado. Parece un impacto superficial de un lanzallamas**.

Miriya acunó su pistola, mirando la oscuridad mientras subían por ella. -**Deberían haber más de ellos por ahí. ¿Por qué no hay más?**

-**Gracias al Trono por los pequeños favores-** dijo Verity, mientras el teleférico traqueteó sobre un conjunto de puntos y comenzó a desacelerarse. Se volvieron, el teleférico se tambaleaba ligeramente de un lado a otro, mientras una plataforma de acoplamiento plana apareció a la vista. En la consola, el marcador de distancias hizo clic en cero y sin mayores sorpresas, llegaron a la plataforma.

Las mujeres desembarcaron rápidamente. Fue Cassandra quien encontró los cadáveres de dos servidores-arma más, muertos y con ellos un hombre de piel oscura con la sucia bata de un prisionero. No había apenas carne en los antebrazos del hombre, ni sobre los palos quemados que eran sus dedos. Su ropa estaba sombreada con líneas de abrasión.

-**¿Qué presagia todo esto?-** exigió Isabel, irritada.

Miriya miró con expresión sombría un tren de vagones de carga cerrados acoplado a otra de las bahías de la plataforma. -**Significa que no somos los primeras en llegar**.



Los megáfonos bramaban las palabras del lamento de Katherine y Galatea, trasmitiendo el oleaje de la pasión en sus venas. Inesperadamente, una sonrisa salvaje estalló en su cara. Sí, había muerte y destrucción a su alrededor, sí, sus Hermanas estaban luchando y muriendo en conflicto con una masa de los peores brujos, pero por los ojos del Emperador, se sintió llena de fuerza e ira divina.

La Canonesa se metió en el mar de llamas y tomó las almas corrompidas que se atrevieron a oponerse. A su espalda, sus guardaespaldas de élite, las Celestes, marcharon con el himno de batalla en sus labios y sangrienta venganza cayendo donde quiera que volvieran sus armas.

Un monstruo piroquinésico bajó desde las rocas de basalto, aullando su ansia de asesinar. El brujo había sido casi destrozado por la detonación de una granada de fragmentación, arrancando las piernas del psíquico de su cintura, aún así el mutante entró gritando a través de la aureola de fuego dorado que lo cubría, proyectándose hacia adelante con sus nervudos y delgados brazos. Se lanzó a por Galatea, su boca abierta presentaba una garganta llena de ardientes bilis.

La Canonesa reaccionó con sobrenatural velocidad, la adrenalina corriendo por sus venas en una inundación vivificante de la Santa. El percutor chasqueó en su bólter, la pistola estaba vacía, tomó una cadena en su cinturón y la lanzó hacia arriba. Al final de los enlaces de estaño estaba una bola de oro del tamaño del puño de un hombre, un incensario, todavía humeante con una poción de aceites consagrados y hierbas sagradas. Galatea lo sacó a juego, utilizándolo como una maza, bateando al piroquinésico desde lejos con un sólo golpe. La solución contenida en el incensario se derramó en el rostro de la patética criatura y lo envió gritando sobre el crudo suelo. Allí estaba tendido, arañándolo hasta morir mientras los potentes aceites se comieron su rostro y parte de su pecho como si fuera ácido.

Galatea recargó y siguió su camino, sus Celestes disparando en huracanes de fuego controlado. Hubo un momento desde que el ataque de los piroquinésicos había comenzado, cuando el impulso del avance de las Adeptas Sororitas flaqueó, pero la Canonesa lo había reactivado y ahora los psíquicos estaban en desorden. Rota su pared de fuego asesino, eran más fáciles de matar en grupos aislados.

El traqueteo constante del bólter pesado y los silbidos ensordecedores de los cañones de fusión abrumaron el estruendo de los fuegos brujos aislados. El poder brutal, sin gobierno ni guía, no era rival para el despiadado fervor imparable de las Hermanas de Batalla. Para una mujer, sintiendo la mano del Emperador a sus espaldas y el espíritu de la Mártir henchido en sus corazones. No había peor delito, como el oscuro horror de la brujería ante los ojos de una Adepta Sororitas, nada tan vil y tan sucio como un alma que había dejado de lado la calidez de su luz y que volviera su cara lejos, a la avaricia, a la negación del Dios-Emperador hacia la anarquía del caos. Su fe inquebrantable las protegía contra la malicia de los enemigos, era tal la fuerza de voluntad interna que el más débil de los brujos encontraría sus trucos faltos e ineficaces, pero a lo que se enfrentaban hoy era de un orden muy diferente. Si la Hermana Miriya estaban en lo cierto, se trataba de mutantes por la mano del hombre, y peor aún, la mano de uno que llevaba el atuendo de la Alta Iglesia.

Los tanques que habían sido frenados por el enemigo, ahora avanzaban con paso firme, aplastando los huesos ennegrecidos de los brujos caídos en las volcánicas arenas que cubría el lecho del estrecho valle. Lenguas calientes de la energía de múltiples cañones de fusión brillaron, arrancando herejes de las almenas de la Torre del Vacío Contenido.

La voz de la Hermana Chloe pidió paso por el canal vox reservado a generales, sus palabras tenían un tono tenso y urgente. -**Escuchadme ahí abajo. Los brujos están retrocediendo. ¡Tengan cuidado!**

-**Es una trampa-** las palabras salieron de sus labios antes de que Galatea siquiera fuera consciente de que había hablado, un cierto sentido arraigado de la batalla la hizo llegar a la conclusión antes de que su mente consciente tuviera siquiera constancia de ello. -**Todos los tanques, converjan el fuego sobre la cavernosa entrada a la Torre del Vacío. No hagan caso de ningún otro objetivo**.

-¿**Qué otros objetivos?-** indicó la Hermana de Batalla, de pelo gris con el bólter de asalto alzado, de nuevo a su lado. Sus palabras murieron en su garganta mientras los últimos brujos se reunieron y comenzaron a contraatacar arrojando fuego en su dirección.

En el mismo instante, las bolsas de arena negra sobre sus pies empezaron a

burbujear y se agitaron. Piroquinésicos tiznados, radiantes de odio, se arrastraron a sí mismos desde sus madrigueras debajo de la tierra, emergiendo detrás del avance de las Hermanas. Galatea se volvió y les atacó antes de que pudieran liberarse de la suciedad basáltica. Las Celestes cayeron en un nuevo combate, lanzando su fuego de proyectiles a todos los puntos de la brújula.

-**Demasiados pocos, y ya demasiado tarde-** gruñó Galatea a sus enemigos. -**Las tácticas primero, la fuerza después-** les sermoneó. -**El que manda estos soldados los está derrochando**.

Los tanques ahogaron el sonido de la derrota de los psíquicos mientras disparaban una destructiva andanada. Más allá de las escasas filas de los brujos, los cañones de los Immolators dieron en el blanco. Piedras de oscura obsidiana y pesado hierro se dividieron en pedazos cuando las esferas de la fuerza explosiva las arrancó de su camino hacia la Torre del Vacío. La integridad del recinto se rompió y el ataque Sororitas se encendió.



-**La puerta está cerrada**- dijo la mujer desgarbada, Vaun le lanzó una mirada por encima del hombro. -**El viejo canalla no piensa abrirlas, aunque se lo pidas bien...**- ella sacudió sus dedos, donde las rayas de fuego verdoso se aferraban a través de las filas de los nudillos, lo escupió en las negras puertas negras de extraño hierro.

Vaun echó un vistazo a los cadáveres dispersos de los servidores-arma, sólo piezas rotas quedaban ahora de la fuerza de máquinas-esclavo que los supervisores habían dejado perecer en defensa de la cámara del motor. Frunció el ceño, incapaz de encontrar algo adecuado. El psíquico dirigió su atención a los fugados. Finalmente sus ojos se posaron con fuerza en un hombre gordo, calvo y sudoroso de todos los que estaban en la húmeda caverna. Una línea de baba ácida lamió sus flácidos labios, salpicando sus pies.

-**Escupe-llamas, ¿verdad?-** Vaun se le acercó, midiendo el tamaño del hombre. Parecía estar lo suficientemente cerca para lo que necesitaba.

El gordo asintió, una vez más la baba salió de su boca mientras hablaba. -**A veces, simplemente no puedo mantenerlo dentro**- tenía un acento de alta cuna, la prueba de que no todos los que rapiñó LaHayn eran sólo plebeyos de Neva. Los otros prisioneros retrocedieron, sintiendo el peligro. -**¿Qué tiene de malo?**

Vaun sonrió cálidamente. -**Nada. Que nos vas a venir muy bien-** el psíquico cerró los ojos y convocó un martillo de fuerza psíquica dentro de su mente, lo lanzó ante sí en un súbito golpe de aire desplazado. El gordo fue lanzado chillando a distancia, estrellándose contra las pesadas puertas.

-**¿Qué...?-** el choque robó al brujo el aliento. Trató de levantarse, pero la fuerza de la presión le había roto las dos piernas.

Vaun imaginó la agitación del ectoplasma psiónico, cociéndose a fuego lento en el amplio intestino del hombre gordo. Su tipo de piroquinésia era de una peculiar raza, manifestando su habilidad como los míticos dragones, escupiendo fuego desde un depósito inagotable de bilis incendiaria. El gordo y los de su clase eran lanzallamas andantes.

El psíquico con su mente hizo que se convirtiera en realidad. Proyectó una temperatura de ebullición en el interior del hombre, haciendo que éste se lamentara, viéndolo retorcerse y gemir. Las reacciones químicas hicieron que su cuerpo se expandiera, las carnosas papadas grises en el cuello se expandieron tensando fuertemente su apretada piel. Los seguidores errantes de Vaun fueron a esconderse rápidamente y de pronto el hombre gordo explotó. La húmeda pulpa resultante golpeó la puerta, eliminando el extraño hierro, masticando un irregular agujero en ella. Las puertas se inclinaron y se hundieron de sus enormes goznes.

Vaun entró en la cámara del motor con la cabeza bien alta y una áspera risa en el pecho.



La hedionda ola de conmoción, apestosa y pútrida golpeó a LaHayn contra el dorado y ornamentado pódium de control, instintivamente agarró el arma de Argentium conectada a la muñeca por un rosario de ónice. Afilados rayos láseres

atravesaron la cámara, disparados desde armas automáticas y servidores por igual contra los recién llegados, a través del ruido, reverberando el sonido del odio y la diversión de un sólo hombre, le dijo de inmediato quien se había atrevido a irrumpir en el santificado recinto.

Los Tecno-adeptos en sus púlpitos por debajo de él, intentaron desligarse de sus Cogitadores e huir, pero el Lord Diácono los atacó con salvajes golpes. -**Necios cobardes. No es el momento de abandonar el trabajo. Proceded como os ordene, ¡que comience el espectáculo!**

Siguieron a regañadientes sus órdenes, mientras el tiroteo continuaba, un crujido de antiguos dientes hicieron eco alrededor de la cámara. LaHayn vio como en una gran pared de la sala de máquinas, creció una fisura vertical a lo largo de toda su longitud, la apertura avanzaba con su propia pesada velocidad emitiendo un resplandor rojo cereza. Las puertas de metros de espesor, se retiraron para permitir rodar una fuerte ola de calor seco, más allá de ellos la garganta abierta de la chimenea volcánica en el mismo corazón de la Torre, la vista mostraba las lentas mareas del magma central de la montaña.

Los anillos del antiguo dispositivo se deleitaron reflejando el resplandor rojizo, aumentando la velocidad al ritmo del poder de la llave geotérmica. Por un momento, LaHayn se olvidó de la batalla que se libraba en las inmediaciones y sintió una flor de excitación infantil en su interior. -**Querido Dios-Emperador, ¡está funcionando!-** con brillantes ojos, el Diácono hizo la señal del Aquila y ungió los controles en su podio con un frasco de ungüento sagrado. Levantó la vista, apenas capaz de contener las lágrimas de alegría, ya que los planos de metal cambiantes dentro de los anillos giratorios cambiaban y se combinaban. Se volvió y se fundieron en algo que sólo podría haber sido un trono. LaHayn manipuló los controles, moviendo los dedos sobre ellos en patrones complejos que se habían convertido en rituales personales. -**Sí**- exclamó. -**Por fin, la conjunción de eventos ocurre. Como se predijo, ¡como debe ser!**

El trono de hierro ampliaba la luz, girando en una barra de color blanco brillante, aparecieron grietas en el suelo bajo él, en la negra piedra con la fluctuación de la energía. El sacerdote se dejó caer, saltando hacia él, la bendita radiación envolvía el trono en tonos cálidos y suaves nubes.

No estaba a más que un brazo de distancia, cuando la veta de fuego arremetió

contra él. El hilo de fuego de la fuerza psiónica entró en el cuerpo de LaHayn por la espalda, justo debajo de su caja torácica. Cortó directamente a través de él en una fuente de vapor de agua y sangre, el derretimiento de los huesos y la carne de los órganos. El Diácono se estrelló contra el suelo de basalto, el reflejo opaco de su rostro agonizante mirando hacia atrás.

Vaun hizo un ruido desaprobador con chasquidos mientras se acercaba. -**Su problema, siempre ha sido dejar todo para el último momento, Viktor**- el psíquico hizo un gesto con la mano, dejando que otra salva de líneas de llamas siseara desde sus dedos, devastando el más cercano de los tecno-adeptos. Se detuvo sobre el sacerdote mientras LaHayn luchó para arrastrarse hacia el trono a través de la piedra. -**No, no. Ahora es demasiado tarde. Tuvo su oportunidad**.

-**No... estábamos listos…**- el Diácono gimió. -**Hasta... ahora...**

-**Eso es justo lo que quería saber**- sonrió Vaun. Levantó la vista, lamiéndose los labios. -**¿Entonces es esto? ¿El Psi-motor de Neva? ¿La máquina que me va a hacer un dios?**

-**No... No osarás...**

-**Oh, sí, sí lo haré-** replicó Vaun. -**Y sólo porque me siento hoy tan generoso, voy a dejarte vivir lo suficiente para ver qué sucede-** dejó atrás a LaHayn y entró en la resplandeciente aurora. -**Adiós, Viktor. Y gracias**- dijo y se sentó en el trono de acero, estremeciéndose con el poder.

El sacerdote se puso a su lado y se apoyó. -**Ah. No, querido muchacho. Has de saber... Que soy yo quien te lo debe agradecer**.

Por primera vez, la incertidumbre se formó en el rostro del psíquico. Abrió la boca para decir algo, pero el trono se doblada sobre él, envolviéndolo en superficies planas de ardiente metal.

Vaun gritó, pero era la risa de Viktor LaHayn la que llenó sus oídos.



CAPITULO XVII



El eco de los disparos efectuados por la última e inútil defensa establecida en torno a la cámara del Ingenium, resonó por el corredor que bajaba hasta la estación de los teleféricos. Miriya echó una lúgubre mirada a través de sus Hermanas, más allá de la puerta de hierro, justo entonces entraron en la cavernosa sala, advirtieron de donde provenía lo que ellas pensaban se trataba de iluminación color sangre, sobresaliendo por encima de los restos desgarrados de los matones, de los sacerdotes muertos, de los psíquicos prisioneros masacrados y los controladores del púlpito de oro, había grandes anillos de energía pululando alrededor del motor, haciéndolo levitar desafiando la gravedad. Miriya y las otras mujeres fueron golpeadas en silencio por la visión de la máquina, los rugidos atronadores de la blanca y crepitante energía eran impresionantes, reflejaban el color azul actínico de sus bobinas, cadenas de texto en gótico antiguo emergían de los anillos, separándose y flotando en el aire como hojas arrastradas por el viento, un pulso retumbante palpitaba en los flancos cambiantes de metal del núcleo de la increíble maquinaria y con cada pulso que emanaba, las Sororitas podían oír los lamentos, los gritos lastimeros de un hombre.

Vaun. El sonido de su voz les heló hasta los huesos, no era el tono arrogante, brutal y confiando que habrían llegado a esperar del psíquico, sino más bien, un alarmante grito de terror, como si su alma estuviera siendo desgarrada y despojada de su cuerpo.

La boca abierta del volcán quemó el aire, con grandes andanadas vacilantes de calor, besando sus expuestas pieles y empapando de sudor sus cuerpos. Miriya sacudió la cabeza para romper el hechizo de la fantástica máquina y gritó

órdenes a sus Hermanas. Reaccionaron sin prisa, con lentitud, pero sin vacilar.

-**Verity e Isabel, permaneced aquí. Cassandra, tú y yo acerquémonos al... al dispositivo…-** Miriya comprobó la carga de su pistola de plasma y frunció el ceño, la célula de energía del arma estaba cerca del nivel de agotamiento.

-**Con todo respeto-** aventuró Cassandra. -**Para hacer eso necesitaremos todas las manos disponibles-** hizo un gesto hacia los muertos esparcidos a su alrededor. -**En menor número, te garantizo que vamos a compartir su suerte**.

-**Sí-** añadió Isabel. -**Iré vigilando la retaguardia, me quedaré atrás para vigilar, la Hospitalaria podrá observarme por si vacilo**.

Miriya miró a Verity. -**¿Qué dices, Hospitalaria?**

Pero la mujer dirigía su mirada hacia la máquina. -**Mirad**- advirtió levantando la mano para señalar. -**El Diácono...**

La Hermana Superiora escuchó la resonante voz de LaHayn llegando hasta ella y su rostro palideció. -**¡Dios-Emperador, no!... ¡Por favor, no!-** exclamó alarmada. -**Ya ha comenzado-** su rostro palideció al agregar. -**¡Hemos llegado demasiado tarde!**



-**¡Suéltame!**- gritó el psíquico, con cada célula viva de su cuerpo, resplandecía por la crepitante energía disforme que absorbía. -**El poder...**

-**¿Poder?-** se burló LaHayn, arrastrándose hasta la parte superior de su podio. -**Pero eso es lo que querías, ¿no es así, Torris? ¿Poder más allá de toda avaricia, poder para la violación, el asesinato y el saqueo de toda la galaxia? Ahora puedes degustarlo todo**.

Vaun gritó por su agonía, golpeándose a sí mismo contra la cubierta transparente de metal que lo mantenía cautivo dentro de las espirales giratorias de energía.

-**Dime cómo te sientes, hombrecito-** preguntó el Diácono, con los ojos fijos en

el rostro arruinado y dolorido de su antiguo aprendiz. -**¿Qué se siente al ser un recipiente demasiado pequeño para contener el magnífico potencial del empíreo?-** rió. -**El sufrimiento debe ser indescriptible-** movió palancas y diales que no habían sido accionados en más de diez milenios, haciendo evolucionar la enorme masa del motor, a su vez, el zumbido palpitante de la energía extraída del lago de magma aumentó furiosamente, a medida que fluía por debajo de ellos aumentada por la cada vez mayor necesidad de energía de la antigua maquinaria.

-Eres un necio, Torris- dijo el Diácono. -**Estoy casi triste por la manera en que te he atraído hacia mí, resulta hasta extraño pensar que a algún nivel, llegué a pensar en la posibilidad de que fueras superior a mí, supongo que se trató de la vana esperanza del maestro, ¿no es así? ¿La esperanza de que algún día su alumno favorito superara al maestro?**

-**Te odio**- escupió Vaun.-**Maldito seas**- Trató de reunir el fuego en su mente, pero hasta la última gota de la llama primaria que podía reunir era absorbida inmediatamente por las furiosas descargas que lo rodeaban.

-Oh, ¡me hieres!- exclamó LaHayn fingiendo sufrimiento. -**Pero ya no lo harás nunca más, como el hijo errante que eres, has vuelto para vengarte contra la figura paterna de tu patética y desperdiciada vida, te ha cegado la avaricia y el rencor, un deseo anárquico sin sentido, por ello, no has advertido o sospechado siquiera una sola vez, que llegaste hasta aquí porque yo así lo quise-** gritó las palabras. -**Estás aquí porque te lo he permitido, muchacho. Me quedé al lado de las Sororitas en Groombridge, ¡permití que llegaras y jugaras tus necios juegos con Sherring!**

Vaun negó con la cabeza. -**¡Mentiroso!-** gritó a causa de la rabia, apretando sus puños por la impotencia.

-**Es difícil de aceptar, ¿verdad?-** LaHayn tosió y se limpió la sangre de sus labios. -**Pero es la verdad. Sabía que nunca te haría venir por medio de la captura o la coacción, ¡tenía que hacerte creer que todo era idea tuya!-** se apoyó sobre el borde del podio. -**¿Quién crees que ayudó a Sherring para que descubriera la ubicación de la Torre del Vacío? ¿Quién fue el que dejó que se corrompiese a la tripulación de la Mercutio o armó en secreto a sus fuerzas en Metis? ¡Si no yo! Necio me diste la excusa perfecta, ¡así destruí al**

rival más problemático en esos momentos!- el sacerdote sonrió, mostrando los dientes manchados de sangre. -**Quiero que lo entiendas muchacho, la libertad que has disfrutado, cada libre elección que piensas que has hecho, todo ha sucedido con mi permiso, cada día de tu patética vida, desde el momento en que alzaste la mano en llamas fuera de la iglesia, has viajado sólo para cerrar mi correa alrededor de tu cuello-** las palabras de LaHayn se ahogaron a causa de una dolorosa tos, cuando levantó la vista de nuevo, un odio inflexible salía en espiral de sus ojos. -**Fuiste mi mayor triunfo, Torris, el más fuerte, el más poderoso asesino psíquico que jamás había fomentado, pero no eres nada comparado con lo que me convertiré, has llegado al final de tu vida útil, serás la herramienta para llevar a cabo mi plan-** abrió sus manos. -**El motor está listo tras cien mil vidas y serás tú la chispa que lo encenderá**.

-**Nunca-** gritó Vaun, buscando en su interior hasta el último ápice de energía destructiva. -**Nunca, nunca, ¡Nunca!**

El motor aulló con la retroalimentación, los anillos liberaron enormes descargas de fuego psíquico a las cuatro esquinas de la cámara de negra piedra.



Cada planeta tiene sus propias leyendas sobre el apocalipsis, las raíces de tales supersticiones se remontan en el tiempo hasta la propia cuna de la humanidad, algunas hablan de explosiones solares asesinas, otras de inviernos eternos o de dioses rabiosos que eliminaron todo vestigio de vida, en Neva, el mito apocalíptico narraba la aniquilación a causa del fuego y azufre. Las parábolas, dejadas hacía ya mucho tiempo por los primeros colonos, advertían sobre un terrible día, en que el núcleo de magma del planeta rabiaría fuera de control, destruyendo continentes con erupciones de roca fundida.

La mente de Torris Vaun se aferró a esas visiones catastróficas mientras sentía como la rabia imponente hervía en su interior, los estrechos confines del trono de la máquina giraban en espiral sobre su cuerpo, presionando su piel mientras poderes invisibles se apoderaban de su cerebro, al mismo tiempo que sentía como el motor de resonancia, le insuflaba energía en cantidades imposibles, cargando su piel con grandes reservas de energía psíquica mas allá de la

comprensión.

Su mente se estaba ahogando en un mar de agitados gritos, en un estado de cruda emoción, los anillos lentamente se transformaban en un hilo conductor entre él y la desgarradora locura del espacio disforme, los pensamientos de Vaun fueron escapando de él, la materia de su piel y huesos, se fue transformando, perdiendo definición con cada segundo que permanecía bajo el control absorbente de la máquina, por momentos se convertía en una sombra, en un fantasma del hombre que era, con una repentina claridad entendió lo que le estaba sucediendo, entendió cual era el plan que había ideado LaHayn, en un sentido crudo, más básico, el funcionamiento del antiguo dispositivo psiónico no era diferente al de cualquier motor, para operar óptimamente a plena capacidad requería una chispa de ignición, un trozo de leña humana para poder generar plena potencia.

-Tú eres la chispa- el eco de las palabras del sacerdote, resonaba en los ardientes laberintos de su mente, era inconcebible para Vaun considerar que la energía creciente en él, era sólo una millonésima parte de la verdadera capacidad del motor del Ingenium, trató en vano de equilibrar los pensamientos en su mente, pero la comprensión estaba fuera de su alcance, el psíquico se estaba ahogando bajo un fuego solar, muriendo poco a poco mientras la luz lo consumía, ardía por el miedo y el terror que le provocaba su situación, eso descontroló su ira, contra LaHayn, contra sí mismo, contra las Hermanas de Batalla y su odiado mundo natal, el odio asesino se levantó como una marea negra al aceptar la brutal verdad, había sido utilizado, usado como un instrumento por ese monstruo de edad inescrutable, una simple herramienta dispuesta para cumplir con la loca voluntad del Diácono, a pesar de haber creído que obraba por propia voluntad, ahora moriría, por culpa de su mentor, desaparecería y se desintegraría en pura energía psíquica, sólo para que LaHayn pudiera apoderarse de la máquina para fines personales.

Vaun se permitió un último momento de pesar, había forjado grandes planes desde el día en que había tomado conocimiento de la existencia del motor psíquico, quería la máquina para su propia causa, para convertirse en alguien imparable para la Inquisición o cualquier otro enemigo que se enfrentase a él. A Vaun no le preocupaba la guerra entre el preciado Emperador y las locas bestias de los Dioses del Caos, lo único que le interesaba era su propia grandeza, saquear cualquier mundo que le interesase y hacer añicos a quienes le desagradaban, todo ello se reducía a cenizas en éste momento, en escasos

momentos, él correría idéntica suerte.

Pensó en el muchacho, Ignis, quien ahora yacía muerto, cuyo rostro se iluminó de cruel alegría al pensar en la muerte de un planeta. -**Te concederé eso, muchacho-** le dijo al fantasma de su memoria. -**Aún tendremos nuestra venganza.**

A continuación, en el púlpito, LaHayn jadeó y gritó algo enojado e incoherente, el malvado sacerdote pudo ver la negativa de Vaun reflejarse quedamente en los controles intermitentes de la arcana consola, el psíquico forzó una risa en la carne necrótica de su garganta y enfocó hacia su interior, las últimas brasas mentales de su propia identidad violenta, los anillos giratorios resonaron unos contra otros con una lluvia de chispas, el motor no había sido diseñado para soportar un sacrificio voluntario.

Vaun dejó que los recuerdos de antiguos mitos de muerte le llenasen con un último esfuerzo y acto seguido lanzó su espíritu furioso hacia el núcleo atronador de magma y lo liberó.



Sin previo aviso, la negra tierra a su alrededor sonó como un gong golpeado, la Canonesa tropezó y apenas recuperó el equilibrio, una de sus Celestes lanzó una mano para sostenerla, molesta por la sacudida y por el agarre de la mujer ladró una orden. -**Informe**.

Sus palabras apenas superaban el nivel de hosquedad, rugió el sonido de roca triturándose contra roca, por encima de sus cabezas las piedras de basalto se soltaban y desplazaban.

-**Actividad sísmica-** dijo una voz desde el vehículo de mando. -**El auspex detecta picos de energía dentro de la Torre del Vacío**.

El agrietamiento de la piedra rompió a su alrededor, Galatea se arrojó a un lado justo a tiempo para ver como el suelo a su alrededor comenzaba a desfigurarse, vio con mudo horror como un pináculo de negra roca se separó de la pared del escarpado valle, yendo a caer en medio de un montón de escombros, justo sobre

la escuadra Dominion. Las Hermanas de Batalla no gozaron del tiempo suficiente como para gritar, algunas trataron de evadir el curso de la avalancha de roca y arena oscura que las seguía, quienes reaccionaron con lentitud, pagaron con sus vidas.

Frente a ellas, grandes trozos de hierro habrían las fauces de la fortaleza violada, aún sumida bajo la lluvia de partículas y polvo, por un momento pareció como si los temblores fueran a cesar, pero de golpe, incrementaron su actividad con el doble de potencia.

-**Se está poniendo peor-** dijo la Celeste a su lado, expresando los pensamientos de la Canonesa.

Galatea cambió el canal vox a la frecuencia de transmisión utilizada por las naves de transporte de pasajeros, las que aún orbitaban estacionariamente cerca de sus respectivas estaciones. -**Atención... atención-** espetó. -**Pilotos informen, ¿que ven desde ahí arriba?-** volvió su rostro hacia el pálido cielo con el ceño fruncido, algo en las nubes cercanas a la ciudadela parecía estar fuera de lugar, se movían a pesar de que había poco viento, girando en extrañas formaciones circulares.

-**Erupciones en todos los cuadrantes-** informó la voz inflexible de un servidor de vuelo sin ningún tipo de emoción. -**Flujos piroclásticos vistos en varias áreas, perturbación volcánica aumentando de forma exponencial**.

-**Imposible-** gruñó la Sororita. -**Ésta zona está sembrada de estabilizadores de magma, no ha habido una erupción en Neva durante mil años**.

-**Pues parece que tenemos una ahora-** Galatea entrecerró los ojos, podía verlo, ondas brumosas en el aire como plumas de calor aumentadas por el fuego de una gran fogata, la torre irradiaba energía desde todos los puntos, con cada nuevo pulso que generaba, la áspera tierra temblaba otra vez, un estruendo les llegó desde el lado del arroyo negro, otro estruendo resonó a kilómetros de distancia, parte de la vista desapareció tras una nube irregular de grises cenizas, humo sulfuroso surgió de las fracturas del piso ocasionándoles tos, tras las fracturas, notaron como los ríos de lava marchaban inexorablemente hacia la superficie.

-**¿Qué estaría pasando allí dentro?-** se preguntó en voz alta al ver la masa

temblorosa de la fortaleza de piedra.

-¿Su gracia?- la Celeste le echó una brusca mirada. -**¿Debemos seguir con el avance?**

La orden estaba en la punta de la lengua de Galatea cuando un nuevo estremecimiento recorrió la piedra y la tierra, con un rugido tan sonoro y poderoso que presurizó los oídos, la roca bajo las orugas de un transporte de tropas Rhino a plena carga, cedió y crujió, el vehículo blindado se deslizó contra el plano de inclinación del suelo, estelas de chorros humeantes surgieron de los tubos de escape cuando el conductor trató de luchar contra la repentina inclinación, las mujeres se arrojaron desde el techo del vehículo, algunas escaparon por las escotillas abiertas, en cámara lenta el tanque se hundió grotescamente hacia atrás, dentro de la grieta abierta con un aullido de acero torturado, media docena de Hermanas de Batalla, murieron en un abrir y cerrar de ojos.

La tormenta sobre la tierra no disminuyó, ahora se movía como algo vivo, temblando y retemblando. Galatea se tambaleó de nuevo cuando gritó por el canal de control general. -**A todas las Hermanas que me puedan oír, préstenme atención, retirada de la Torre del Vacío, replegarse en líneas de escaramuza y sin retrasos, en cuanto a la flota... ¡Apresúrense!-** lanzó un guiño a sus guardias y las Celestes se apresuraron en torno a ella. -**Pilotos, ejecuten operación de recuperación. ¡Inmediatamente!**

Llegó una respuesta monótona desde uno de los coleópteros. -**Zona de aterrizaje inestable. Puede que no seamos capaces de hacer un aterrizaje en tierra**.

-Lo harán, o por los ojos de Katherine me ocuparé personalmente de tu insubordinación- la réplica voló de su garganta con cada bocanada de aire infernal contaminado. -**No pienso sacrificar más Hermanas en éste lugar arruinado-** Galatea jadeó y tosió, sus tropas ya portaban puestos los yelmos y ella hizo lo mismo, aislándose de la dañina atmósfera dentro de su armadura, una corriente de aire reciclado le permitió depurar sus pulmones con un leve silbido, las ópticas de su casco le permitieron ver una nave en lento descenso, señaló con un gesto a su escuadrón de apoyo, hacia las mujeres heridas por delante de ella, una vez más, cambiando su frecuencia vox al canal de selección utilizado por la

Armada Imperial, exclamó. -**Mercutio, responda, aquí la Canonesa Galatea**.

-**Aquí la Mercutio-** respondió la fría voz del comandante de la nave de guerra. -**Estamos monitoreando la situación desde nuestra órbita alta Señora, ¿precisa nuestros servicios?**

-**Aye-** respondió. -**La Iglesia tiene necesidad de vosotros**.



-**¿Qué estás haciendo?**- gritó el Diácono. -**No me puedes desafiar, ¡esto es la voluntad de vuestro Dios!**- le escupió con rabia, mostrando sus labios manchados de sangre, el dolor lo apuñalaba en el estómago, el púlpito de oro y bronce se estremeció con cada pulso de energía mal dirigida que brilló en los anillos, furioso por la frustración, LaHayn golpeó sus puños contra el panel adornado delante de él, esto no debía suceder, el muy bastardo tenía que morir en silencio, voluntariamente, renunciando a su esencia mental, permitiendo al motor funcionar a plena capacidad.

-**Maldito seas, Vaun, maldito insecto arrogante-** alrededor de la capilla, los milenarios pilares de piedra adornados con elaboradas estatuas de obsidiana fueron reducidos a cenizas, a través de las puertas abiertas del centro de la fortaleza, el núcleo volcánico cobró vida con poderosas explosiones de gas e imparables ondas cinéticas.

-**No…-** las palabras del psíquico se distorsionaron y alargaron, como si proviniesen de un dron. -**¡Maldito seas!**

LaHayn podía vislumbrar en las profundidades de la aureola de energía, la sombra pálida y fina como el papel, de aquel rebelde insolente al que se había enfrentado en la Catedral Lunar y aún así Vaun seguía resistiendo. Al margen de su vista, el sacerdote advirtió movimiento en la planta de la cámara del motor, pero no le dio importancia, seguramente se trataba de alguno de los últimos integrantes de la patética banda de fugitivos o algún miembro superviviente de su propio cuadro de siervos, nada de ello le importaba ahora, tiró de unas broncíneas palancas y el púlpito se tambaleó hacia delante, el podio de oro se

acercó hasta el borde del campo del aura, bajo una intensa lluvia de chispas que brillaban intensamente en el aire.

-**Lo destruiré todo-** gimió Vaun. -**Tendré mi venganza, serás derrotado**.

-**Nunca-** gruñó el Diácono, que sujetaba firmemente un rosario de onyx en la mano, hecho que le traía dificultades, ya que la sangre bañaba sus dedos tornándolos resbaladizos. -**No, por un perdedor... un brujo como tú, sólo eres la chispa del motor-** al fin extrajo de un compartimento del púlpito una ornamentada arma, con infinito cuidado apuntó el arma hacia el rostro de su antiguo alumno. -**No escaparás ésta vez-** el pulgar de LaHayn presionó el enjoyado gatillo y la pequeña arma sonó como un trueno hueco.

LaHayn oyó el crujido cuando Vaun trató desesperadamente de espesar el aire al frente de su rostro, reconoció su propio fracaso debajo de aquellos rasgos pálidos, con un grito victorioso, disfrutó del glorioso momento de la ejecución, la munición del cañón psíquico atravesó los escudos mentales de Vaun como si no fueran nada más que pergamino, entró en el cráneo a través de la cavidad nasal y viajó hasta su carnoso cerebro, estallando en esquirlas cuando el proyectil explosivo penetró en él. Sin nada que animara su cuerpo, Torris Vaun, el corsario del Neva, odiado infractor penal y brujo, murió con un débil grito, un último retazo de energía mental se fundió brillantemente en la máquina.

El Diácono dejó que el arma descargada y el rosario resbalasen entre sus dedos, cayendo con un estrépito sobre el distante suelo debajo de él, se estremeció con una risa dolorosa, aferrándose a los bordes del púlpito, sus manos dejaron un rastro sangriento al posarse sobre el metal brillante. -**Está hecho-** se dijo. -**Cada gran empresa requiere sacrificios-** dio un paso inestable, LaHayn avanzó hasta el borde del podio, los anillos giratorios estaban al alcance de la mano, lanzando rayos de calor a través de él cada vez que los atravesaba, estaba sonriendo, las lágrimas brillaban en su rostro a pesar de que cada movimiento era como fuego en su vientre. Pero no, había llegado demasiado lejos, había luchado mucho como para morir en la cúspide de su destino, sintió la mano del Dios-Emperador sobre él, haciéndole señas hacia adelante.

-**Lo haré, Señor-** dijo en voz alta. -**Voy a hacerlo para Su mayor gloria**.

Algo pesado pasó cerca de su cabeza y le hizo perder el equilibrio, el sacerdote

gritó y se agarró al relieve tallado de marfil del Aquila imperial en la cresta del púlpito, a un único latido de distancia de una corta caída, volvió la mirada hacia abajo y vio, como hormigas subiendo por el pie de un gigante, las figuras de la Hermana Miriya y sus condenadas compañeras, la mujer levantó la pistola y supo sin ninguna duda que estaba apuntado entre sus ojos.

-**Viktor LaHayn…-** entonó. -**Está obligado por la ley de la Iglesia Imperial, ríndase y sométase a castigo o será ejecutado por su herejía contra nuestro Dios**.

No pudo hacer otra cosa que reírse de ella.



Miriya ignoró las maldiciones que murmuró Cassandra, podía ver lo fácil que hubiera resultado fallar el disparo de bólter, el aire bailaba alrededor del púlpito de metal con ondas brillantes, cascadas azuladas caían de él como si nevara, por el momento los derrumbes de restos volcánicos habían cesado, pero el flujo de lava todavía seguía fluyendo a sus espaldas listo para descargarse violentamente en cualquier momento, todas habían presenciado el asesinato de Vaun, la peculiar desintegración del cuerpo las horrorizó, a pesar de lo cual Miriya ordenó el avance, el psíquico estaba muerto, lo que resultaba un trabajo menos que cumplir, sólo LaHayn se mantenía enloquecido y herido al mando de la herética maquinaria, cuyo funcionamiento sólo el Emperador podía entender.

Bajó la vista hacia ellas, mostrándose como un horror ensangrentado, con sus ropajes arruinados, la Celeste había visto a hombres y mujeres sobrevivir más tiempo del que debieran con semejantes heridas en el estómago, como él, llorando y rezando para que la muerte los llevase y así evitarles la agonía, en cambio, el rostro de LaHayn era un contraste de expresiones en conflictos, éxtasis, dolor, odio y euforia. -**Se... sean testigos-** dijo con voz ronca. -**Siéntanse tan afortunadas como Alicia y las Novias del Emperador cuando fueron llevadas ante él, tras la apostasía... Ya verán... ¡Ya verán!**

-**Mátalo-** susurró Isabel, -**Antes de que sea demasiado tarde, ¡mata al maldito hereje!**

Pero había algo, algo en el alma de Miriya que no podía enfrentar el temor que sentía ante los anillos del Ingenium, no podía explicar lo que sentía pero lo sabía, tenía una clara certeza, brillante como las estrellas del firmamento, sabía que LaHayn tenía razón en algo, la maquinaria herética no era creación del hombre, sino de su Dios-Emperador. La verdad de ello le heló la sangre de las venas.

LaHayn la señaló con un dedo. **-Tú lo ves. Sabes que es real, me entiendes, niña, una vez que abrace el poder del motor, cumpliré mi objetivo final, reescribiré el libro de la vida, quiero éste regalo, ¡es mi destino!**

Verity se negó moviendo la cabeza con desesperación. -**No se puede interferir con el trabajo de nuestro Maestro...**

El sacerdote inclinó hacia atrás la cabeza revelando la base de su cráneo, el bolo familiar del implante plateado y esférico resultaba visible bajo su piel. **-Oh, sí que puedo**.

-**Tú no eres psíquico-** replicó Cassandra.

-**En un momento, voy a ser el mayor de ellos**.

-**No…-** murmuró Miriya, el concepto era imposible de asimilar.

-**¡Sí!-** rugió y escupió sangre. -**¡Oh, sí! Voy a cumplir la voluntad de nuestro Dios. Voy a viajar a Terra a despertarlo y vamos a transformar a la humanidad a su imagen…-** su voz se quebró. -**Escúchame. Todas las piezas están en su lugar. Las llaves encontradas, los códigos rotos, el destino está en mis manos, consagraos con la fe, queridas Hermanas, obsérvenme tomar el manto perdido del beato Malcador, ¡convertirme en el segundo Sigilita!**

El aliento de Miriya se atascó en su garganta y su mano tembló, LaHayn invocaba el nombre del elegido del Emperador, el secreto sacerdote administrador seleccionado en los días de la Gran Cruzada, el hombre que, por lo que las leyendas citaban, había sido el primer humano en vestir la marca ritual de unión con el Padre de la humanidad.

Malcador había muerto hacía miles de años y nadie se había atrevido a tratar de tomar su título, estaba escrito que el Sigilita fue uno de los psíquicos más

poderosos de la creación, sólo superado por la fuerza mental del Emperador, que el Diácono se creyera con la capacidad de usurpar su lugar era o blasfemia de primer orden o la insensatez de la locura.

Su objetivo se estabilizó y su dedo apretó el gatillo de la pistola de plasma. - **Viktor LaHayn, en nombre de la sagrada Terra, considérese condenado**.

El sacerdote se arrojó desde el podio cuando disparó, y entonces se escuchó un gemido al tiempo que las ondas de energía chocaban, iluminando la cámara de un doloroso blanco.



La luz ardiente empujó a Verity contra el suelo, apretando su rostro contra la piedra y protegiéndola de una segura ceguera. Isabel no fue tan rápida, cayó de rodillas con un aullido animal en los labios, el destello blanquecino avanzó, Verity resistió las ganas de arañarse los ojos, parpadeando furiosamente. Cada brasa de luz de la cámara se sentía como una aguja clavada penetrando en su cráneo, se tambaleó, desequilibrada, a punto de caer sobre la Hermana, su mirada vagó hacia arriba a pesar de que una voz interior le indicaba lo contrario.

El movimiento giratorio de los anillos se ralentizó y espació, en un paulatino descenso hacia el suelo, los anillos se fundieron en uno solo por breves momentos, mientras sus orbitas se cruzaban constantemente con cada movimiento, la órbita seguida, obedecía a fuerzas lineales invisibles generadas por el brillante núcleo de poder, suspendido allí, envuelto por una rojiza y dorada luz, el Alto Diácono Viktor LaHayn gritaba en silencio, su rostro reflejaba la combinación de dos polos absolutamente opuestos, el miedo por un lado y el entusiasmo junto a una incipiente alegría por el otro, tales sentimientos se mostraban por turnos, primero uno, luego el otro, primero creciendo, luego menguando a través de cada emoción, partículas blancas se acumularon alrededor de su estómago y torso, donde había resultado herido por el disparo de Miriya, poco a poco, restos crecientes de carne y músculo fueron sanando la heridas.

Verity vio a la Hermana Superiora trastabillar a sus pies, mientras disparaba un

rayo de plasma de su arma, impactando en el núcleo de la maquinaria herética sin generar daño alguno, ya que los destellos de la gaseosa energía interior disiparon sus efectos, Cassandra disparó también, sin lograr efecto alguno con sus impactos, la Hospitalaria percibió que el aire se enfriaba a cada segundo, advirtió que comenzaba a formarse helada escarcha sobre el suelo de piedra, desafiando el hecho de que se encontraban a poca distancia de un volcán activo, el hielo sobre el suelo crujía mientras se formaba en las paredes, pisos, marcos y pedestales de la cámara, su respiración exhalaba vapor y el frío calaba sus huesos.

Miriya hizo una mueca. -**Difícil de matar, éste sacerdote...**

-**¡Está tomando la energía del mismo ambiente!-** entendió Verity repentinamente. -**Se está preparando...**

-**Eso no sucederá**- gruñó la Sororita. -**Hermanas, ¡frenen al brujo!**

Cassandra sacó una pistola bólter broncínea de una funda entre los pliegues de su túnica y la puso en la mano de Verity. -**Toma esto, úsalo ahora, sin juramentos ni excusas**.

Verity tragó una bocanada de aire helado y asintió con la cabeza levantando el arma, a su lado, Isabel observaba con sus borrosos ojos inyectados en sangre, todas ellas abrieron fuego a la vez, los proyectiles y rayos de plasma ardieron contra la aureola de los anillos.

La cabeza de LaHayn se sacudió, como si hubiera advertido de pronto su presencia por primera vez, la Hospitalaria podía ver allí, donde su fina mata de pelo plateado le abandonaba, la clara forma del implante latente bajo la piel, su estómago se contrajo por puro odio, el sacerdote lo había hecho, con la deliberada intención de transformar su humanidad en una aberración psíquica, al igual que las volutas heladas de vapor que se arremolinaban sobre sus tobillos, Verity presintió la llegada de los crecientes poderes del Diácono, trazando zarcillos de insustancial poder mental, sintió la presión detrás del puente de la nariz, como si una barra de hierro se hubiera clavado en su cerebro, pero a pesar de ello continuó disparando, las percusiones del arma hacían temblar cada hueso de su cuerpo con cada descarga.

-**Insectos**.

La palabra atravesó a cada una de las cuatro mujeres y las hizo llorar de dolor, los ojos de Verity se inundaron de lágrimas y parpadeó mientras se congelaban en sus heladas mejillas.

-**No vacilen**- exclamó Miriya, su garganta gimió. -**Por el Dios-Emperador**.

-**Yo soy tu Dios ahora-** el impacto de la voz asemejó a un golpe físico, agrietando las capas de hielo recién formado. -**Y serás la última en desafiarme**.

-**¡Tengan fe!**- sostuvo la Hermana Superiora llorando entrecortadamente mientras hablaba.

Todavía estaba cargada, pero aún poniendo todo su empeño en ello, Verity no podía accionar el gatillo de su arma, no pasaba nada, la desesperanza afilada como una navaja de afeitar atravesó su alma.

Desde los anillos vino un aro de luz dorada perfecta, crujiente con esferas oscuras de exótica radiación, el efímero círculo irradió su energía hacia fuera, a través de la cámara del motor y azotó a las Hermanas, violando sus mentes con aterradora facilidad, manifestando así la voluntad del sacerdote que las destruiría.

Verity sentía como si sus huesos se hubiesen convertido en agua, luchó tratando de mantenerse en pie, aún así, se dejó caer abruptamente arrastrada por una terrible y desgarradora desesperación, de golpe todo perdió el sentido, cada uno de sus pensamientos y acciones a cambio de nada, su vida, su aliento y sangre desperdiciada, era vagamente consciente de la presencia de Isabel tras ella, llorando como una niña y lamentándose, Cassandra, siempre alta y fuerte, tan dura como el acero, también ella cayó de rodillas sobre las rimas de escarcha, doblada sobre sí misma, haciéndose pequeña, patética dentro de los huecos de la armadura.

-**Por el Trono... ¡No!-** la Hospitalaria no podía estar segura de quién gritó, pero vio borrosamente a Miriya acercarse cada vez más, se sentía holgada en la miseria, todos los poros de su cuerpo tapados por una gris desolación, cada aliento pesado como plomo, era él quien hacía estragos en su interior, LaHayn les estaba haciendo esto, volcando sus miedos más oscuros sobre ellas.

-**Tenemos que resistir**- lloró Miriya, sacudiendo a Verity por los hombros. -**No podemos dejar que nos detenga**.

Tenían que resistir mientras pudieran, la Hospitalaria sólo vio la forma oscura y borrosa de las armadura de la Hermana de Batalla, y el rostro de su pobre Hermana muerta mirándola.

-**Lethe, Lethe**- sollozó. -**No me dejes. Por favor, estoy perdida sin ti**.

Dentro de su corazón, los recluidos dolores que había mantenido a raya tras la muerte de su Hermana, se desataron salvajemente, tragándose su ser en todo su conjunto.



Miriya sacudió su cabeza, tratando de romper el enlace telepático del sacerdote, pero el poder mental de él se aferró y enrolló sobre su psiquis, hacia donde mirase, veía los rostros de los muertos, de los cadáveres marchando lamentablemente, cuyas vidas se habían cruzado por obra del destino con ella, en el campo del deber, Lethe y Iona, Portia y Reiko, la acechaban como tristes espectros de almas vacías, gritando su nombre, acusándola en dolorosos susurros, y había más, filas de quienes habían luchado y perecido a su lado en el pasado, la Hermana Raquel, en las ruinas bombardeadas de Starleaf, asesinada por un francotirador traidor de la Guardia, Nikita y Madeline perdidas en las catacumbas de Pars Unus, y más, muchas más, sus Hermanas de batalla, y sus víctimas le rodeaban, golpeándola hacia abajo con cada gemido sepulcral, que acercaba su mente cada vez más al borde de la locura.

Cayó al helado suelo gimiendo de dolor, cuando sintió como algo afilado penetrando en la palma de su mano, a pesar de la agonía, se permitió por el espacio de un segundo enfocar sus pensamientos. Allí, enterrada en la palma de su mano, estaba el águila de oro de una cadena de ónix roto, ¡una señal!

Se dio vuelta, haciendo uso de últimas reservas de devoción, blandiendo su pistola y gruñendo. -**Te niego, eres un falso sacerdote, ¡yo te nombro traidor!**

-**Que así sea-** los ojos oscuros de LaHayn brillaron mientras reunía poder psíquico para matarla, Miriya encontró a Verity a su lado, la Hospitalaria tomó el rosario votivo con una mano y se lo entregó a duras penas a la Hermana de Batalla.

-**No podemos... rendirnos ante el brujo... debemos sobrevivir…-** consiguió decir con un esfuerzo monumental.

-**Sí**- asintió Miriya, atrayendo a su Hermana. -**En el nombre del Dios-Emperador, ¡no vamos a ceder ante ti, LaHayn!**

-**¡Bien, entonces Morid!**- exclamó él, desatando llamas profanas de fuego psíquico iluminaron los confines de la cámara.

-**Fe**- gritaban las mujeres al unisonó. -**¡Nuestra fe es inquebrantable!**



CAPITULO
XVIII



-Espíritu Dominatus, Domine líbranos...

Eran las sagradas palabras de la Fe Imperial, la sagrada oración de batalla de las Adepta Sororitas, las palabras acudieron a la mente y al corazón tanto de Verity, como de Miriya **-...de los relámpagos y la tempestad, Imperator líbranos. De la peste, el engaño, la tentación y la guerra, Imperator líbranos. Del azote del Kraken, Imperator líbranos-** las dos mujeres se aferraron la una con la otra, apartando la vista del infierno desatado sobre ellas, cada una sosteniendo ritualmente la cadena del rosario de plata, el pequeño hilo de cuentas era un mero símbolo, una cosa pequeña, un icono de la devoción personal ajena a todo tipo de pompa, carente de la parafernalia gloriosa con que la iglesia idolatraba los grandes objetos, y sin embargo, aún así, era nada menos que la clave de la fe de la Hermana Verity y el símbolo de la fidelidad de la Hermana Miriya. El fuego psíquico tronó a través de la piedra helada y las envolvió con un fulgor azul, pero aún así siguieron orando. **-...De la blasfemia de los Caídos, Imperator líbranos. De los insidiosos demonios, Imperator líbranos. De la maldición de los mutantes, Imperator líbranos...**

La leyenda decía que la fe de las Adepta Sororitas era tan fuerte que ningún psíquico, jamás, podría romper su convicción, de que sólo la más monstruosa brujería podrían poner en peligro su pureza, se decía que cuando una Hermana atravesaba un momento de verdadera piedad, el virtuoso momento de mayor sacrificio, en nombre del espíritu del Dios-Emperador, el escudo de fe que las rodeaba podría resistir cualquier ataque por parte de la mente mas aberrante y profana, que sólo cuando su fe fuese puesta a prueba más allá de los limites posibles, la Hermana Sororita realmente podrían conocer el poder de su propio

alma.

Miriya se aferró al rosario de plata y gritó las palabras de la invocación a los cielos. -**¡De una muerte perpetua!...**

La voz de Verity oró la estrofa final, sobre el sonoro crepitar de las llamaradas psíquicas. -**Domine, líbranos**.

Tan repentinamente como llegó, el abrasador calor asesino se desvaneció, nuevamente el frío volvió a calar hasta los huesos, los ojos de Verity se abrieron de golpe y vio a Miriya ante ella, sosteniendo ante sí, el rosario de la vida. -**Nosotras... estamos ilesas... por el Trono, hemos resistido el golpe final, hemos transformado nuestras almas en armaduras... ¡por la fuerza de la fe!**

Los ojos de Miriya brillaban, se volvieron levantando la pistola de plasma. -**Sí... Katherine nos protege querida Hermana, sí, ¡hemos resistido!**

-**¡NOOOOO!-** la ira de LaHayn hizo sacudir la cámara. -**No puede ser, es imposible, deberíais haber muerto, ¡pestilentes zorras!**

La Hermana de Batalla soltó el rosario y se enfrentó a su enemigo. -**Moriré cuando el Dios-Emperador me llame a su lado, no por el insano capricho de un torcido fenómeno-** disparó una salva de silbante plasma contra el aura del Diácono. -**Ha fallado al intentar matarnos LaHayn, ¡ahora es su turno!**

Para sorpresa de Verity, la Celeste se lanzó hacia el campo de energía, sus negros guantes de ceramita chispearon mientras tomaban agarre contra la superficie de uno de los anillos giratorios, la llamó por su nombre, pero ya era demasiado tarde para detenerla, con un repentino y ardiente estallido luminoso, Miriya fue arrastrada por la psico-esfera del Diácono, hacia su interior. La mujer pareció brillar, como si el tiempo se moviese a una velocidad diferente dentro del radio energético.



Había una conciencia repentina y terrible de dislocación, resultaba a la vez extraño y familiar, se asemejaba a la sensación que se tenía cada vez que estando

a bordo de una nave espacial, se atravesaba el miasma del espacio disforme, los sentidos de Miriya se revelaron por una fracción de segundo, conteniendo la bilis dentro de su garganta mientras el mundo a su alrededor se movía.

Dentro de la corona del ancestral dispositivo, se movía como si permaneciera bajo los efectos de la gravedad cero, se mantuvo firme gracias a que se aferró firmemente a los aros giratorios de hierro, parecía estar viendo a través de una capa de vidrio esmerilado, las formas y los colores del exterior de la cámara se observaban difusos, desdibujados y distorsionados, escuchaba a su lado extraños sonidos estridentes, chillidos, murmullos, gritos y los sangrientos pensamientos de cada ser vivo dentro de la torre, por un momento, le pareció oír a Torris Vaun gritando de agonía, pero el eco de su grito se desvaneció.

LaHayn levitó por encima de ella, con los ojos brillando de odio mientras la observaba. -**¿Cómo te atreves a acercarte a mí? ¡Degradas ésta sagrada construcción con tu presencia!**

-**Hereje**- replicó ella. -**No tienes derecho a hablar de santidad, has sacrificado tus privilegios eclesiásticos, incluso tu propia humanidad al hacer uso de éste... ¡Éste artefacto!**

El sacerdote alzó las manos y su ira se agitó en un mar de chispas rojas. -**¿Cómo puedes ser tan voluntariamente ciega, pequeña arrogante? Sois vosotras quienes interfieren en el camino del Emperador, no yo, ¡vosotras! y tú... eres la que verá la gloria de mi obra-** flotó más cerca de ella, irradiando energía. -**Voy a conocerlo en persona, descorreré el velo del tiempo, ¡comprenderé la mente del Dios-Emperador como ningún ser humano ha hecho durante más de diez mil años!-** LaHayn sonrió. -**Y cuando lo haga, cuando sacuda el polvo de eones y abra sus ojos, seré el rostro que esté frente a él, ¡esa será mi recompensa!**

Miriya niveló su arma. -**No existen las palabras para describir el profundo disgusto que me provocas, ¡ésta locura termina aquí!-** y disparó.

El Diácono se apresuró a incrementar su poder, generando altos niveles de radiación en el interior del campo energético creado por los anillos, con el fin de bloquear cada brillante disparo de plasma, la Sororita advirtió señas de pánico en sus ojos, le resultaba fácil generar poder hacia el exterior del campo, pero con un

adversario tan cerca era todo un desafío mantener la ventaja, no cabía duda alguna de que el brujo recién nacido contaba con el mayor poder al que se habían enfrentado hasta ahora, pero para LaHayn el control y manejo de semejante poder era una novedad, usaba sus nuevas habilidades con marcada torpeza, actuaba a la defensiva, reaccionando ante sus ataques, ella disparaba y se movía, volvía a disparar y volvía a moverse, acosándolo sin darle ningún respiro.

LaHayn escupió con furia e hizo algo con su mano libre, Miriya sintió otro cambio vertiginoso en lo más profundo de sus entrañas cuando el motor comenzó a moverse a través de la cámara, las paredes pasaban lentamente frente a su campo visual, a través del aura vidriosa.

-**Más**- gruñó entre dientes. -**Más poder para...**

Inexorablemente, el motor se movió hacia fuera, levitando sobre la garganta de la chimenea volcánica, en donde la energía geotérmica lo condujo en un camino ascendente a través de la garganta de basalto, directamente hasta los gruesos canales de adamantium que se extendían hasta el propio núcleo líquido de Neva, cuyos avanzados mecanismos transmutadores de energía, resultaban una ciencia desconocida dada su ancestral antigüedad, para la mayoría de los adeptos del Mechanicus, salvo tal vez para los mas instruidos dentro de sus filas. LaHayn siseó al sentir como incrementaba su poder, mediando la absorción de energía bruta de las redes del sistema.

Los disparos de Miriya eran rechazados por los escudos defensivos con los que el Diácono se protegía, la Celeste percibía la presión ejercida por el motor, a medida que el Diaconó incrementaba su poder, su cuerpo resonaba por la poderosa transformación en la que se sumía, marcando sus nervios, ganando masa corporal por momentos, mutando a la imagen del Dios que él creía ser.

Ella siguió disparando, la pistola de plasma en sus manos se recalentaba cada vez más y más, asemejándose a la furia roja de magma hirviente que se revolvía bajo sus pies, las bobinas de emisión de energía de la recámara del arma, brillaban con un azul-blanquecino a causa de los alternados niveles de flujo calorífico, producto de la alta cadencia de fuego, su piel percibía el recalentamiento y los flujos de energía, a pesar de que su guante se encontraba protegido por pequeñas placas de hierro flexible y ceramita, los pictogramas que

alertaban acerca de la sobrecarga parpadeaban en su retina constantemente, a pesar de lo cual, prosiguió con la elevada cadencia de tiro.

-**¿Por qué no lo aceptas?-** gritó LaHayn. -**¿No entiendes lo que estoy haciendo? ¿Acaso quieres que nuestro Maestro viva para siempre en éxtasis, congelado en una muerte eterna, falto de vida, negándole la oportunidad de completar su mayor Obra?**

-**Tú sólo eres un hombre-** replicó ella. -**¡Nadie puede atreverse a dirigir el destino del Emperador!**

Él la miró de reojo a través de la bruma gaseosa. -**Baja tu arma Miriya, has demostrado la pureza de tu corazón. El Dios-Emperador necesitará almas piadosas como la tuya cuando despierte, partamos de un nuevo comienzo... piensa en ello-** exclamó el Diácono. -**Podrías ser la nueva Alicia Dominica, ¡más grande que cualquiera de los Santos y Santas, además estarías aún viva!**

Su invocación la estremeció, el nombre de la Hermana de Batalla más grande, la Madre sagrada de todas las Ordenes se hizo eco en su mente, invocada en la misma oración junto a su propio nombre... era algo difícil de asimilar.

-**Puedes ser esa mujer-** presionó LaHayn sintiendo su vacilación. -**Todos los errores deshechos, los fallos revertidos, cada muerte vuelta a la vida, sólo debes dejar de resistirte a la verdad**.

Lethe y Iona. Portia y Reiko, vio a todas ellas, y a más, en el ojo de su mente, las miradas implorantes en sus rostros le trajeron la respuesta, la aceptación de la oferta conllevaba la negación de las creencias por las que habían muerto, la negación a la verdad que se encontraba dentro de su corazón. -**En el nombre de Katherine-** gritó. -**¡Muerte al brujo!**

Saltaron chispas delante de ella, cuando los delicados mecanismos de la pistola comenzaron a entrar en fusión, el calor que se irradiaba en oleadas comenzaba a fundir la ceramita que cubría sus dedos, los rayos de plasma que usualmente eran regulados en forma y alcance por el colimador del arma, eran ahora escupidos con furia incontenible por la pistola, lenguas de amplias longitudes de calor crepitaban desde el arma, LaHayn gruñó y luchó contra los ataques, enfurecido

por su negativa a capitular, el arma estaba a segundos de entrar en un fallo critico, con un silbido de presión, la carcasa del arma comenzó a agrietarse en toda su longitud, al mismo tiempo que emitía rojas señales de virulenta advertencia, en el último instante, Miriya tensó sus músculos y arrojó el arma contra el Diácono lo más fuerte que pudo.

El error de LaHayn fue que reaccionó como hombre y no como un psíquico, sus nacientes poderes podrían haber desviado el arma arrojada, en un abrir y cerrar de ojos, pero sus poderes eran demasiado nuevos como para asimilar su uso con naturalidad, como un acto reflejo. El Diácono cogió en sus manos el arma que aullaba por el calor abrasador que la consumía, en ese instante la pistola de plasma sobrecargada se fusionó detonando en una brillante bola de fuego.

La explosión rasgó la carne fundida de Viktor LaHayn, convirtiendo las partes blandas de sus ojos en cenizas, rajó su cuerpo con filosos destellos de fuego tan calientes como un sol, su hueso y médula ósea se volvieron escoria fundida, su opulento traje ministerial y los iconos de oro que llevaba, se convirtieron en cenizas ennegrecidas en menos de un segundo. En el mismo instante, Miriya sufrió los efectos de la onda expansiva, que pulió su armadura como los aceites sagrados que a tal fin se utilizaban, la explosiva ignición lanzó una oleada de aire comprimido, formando anillos de un blanco nebuloso, que la expulsó del núcleo energético, arrojándola contra las escarpadas paredes de los conductos del volcán, cayó arañando la negra piedra y algunas cubiertas de adamantium.

Con su componente orgánico bruscamente inmolado, los anillos giratorios perdieron toda sincronización y se enfrentaron con una cacofonía ensordecedora, los metales forjados en el corazón de las estrellas de neutrones, muertas en épocas ya olvidadas, grabados con la sangre de los artesanos de un millar de planetas, se hicieron pedazos, los anillos se fracturaron al estrellarse unos contra otros perdiendo toda coherencia, el campo del aura estalló como una burbuja, la maquinaria del motor perdido del Emperador cayó hacia las profundidades del núcleo de magma, allí, perdido en algún lugar de las profundidades, el último vestigio existente del alto Eclesiarca Viktor LaHayn de Noroc, se evaporó entre infernales vapores.



Sentía mucho, muchísimo dolor, como si un cuchillo invisible pugnara entre sus costillas, era muy probable que un hueso roto hubiese perforado sus pulmones, la sangre que brotaba de su boca con cada exhalación prácticamente lo confirmaba, su ojo derecho estaba cerrado, ahogado bajo el fluir sangrante de una herida en el cuero cabelludo, Miriya se palpó la cabeza retirando su mano ensangrentada. La mochila energética a su espalda, había dejado de funcionar, por lo que debió moverse soportando el peso muerto de su servoarmadura, sin la ayuda de los músculos sintéticos colocados bajo la cubierta de ceramita, a su vez, algunas articulaciones de la armadura se habían fundido por la breve pero intensa ola calorífica.

Respiró la irregular mezcla de vapores y azufre, miró hacia abajo desde el borde del perfil metálico que había detenido su inminente caída, su mirada vagó perdida por un breve instante a causa de la desorientación, muy por debajo de ella podía ver los vastos portales que daban al interior del Ingenium, donde se encontraba Verity junto al resto de las Hermanas, pero la caída de la máquina había destruido los canales de conexión, lo que imposibilitaba el descenso hasta donde se encontraban sus Hermanas. Miriya accionó el intercomunicador vox, pero sólo le respondió el sonido de la estática, de mala gana, comenzó a abrirse camino hacia arriba, hacia el óvalo de la cúpula, cada movimiento le supuso una tortura, pero estaba decidida a resistir.



Tras el ruinoso repiqueteo que produjo la caída de la máquina, sobrevino el silencio entre las tres Hermanas. Verity, Isabel y Cassandra sabían que la destrucción de la máquina marcaba la ejecución del hereje Diácono, pero también el posible final de Miriya, la ceniza y bancos de vapores volcánicos se arremolinaban a su alrededor, las repeticiones retumbantes de los temblores hicieron todo lo posible por hacerles perder estabilidad.

Cassandra escupió y gesticuló enfrente de la entrada a la cámara. -**Desprendimientos de rocas**- dijo con voz cansada. -**El camino de vuelta no está claro**.

Isabel estaba en cuclillas, con los ojos perdidos bajo un vendaje improvisado. -**Hermana, hablad claramente, ¿hay alguna manera de salir de ésta caverna alejada de la luz?**

-**No para nosotras**- fue la respuesta, echó un vistazo a la Hospitalaria. -**Hermana, ¿en qué piensas?**

La atención de Verity estaba en otra parte, volcada hacia los alejados confines de la cámara, donde parecían brillar pequeñas y luminosas constelaciones de colores que parpadeaban silenciosamente, se movían como el mercurio. **-¿Veis eso?-** preguntó.

Mientras hablaba, el cúmulo de luces se fusionó y crujió, el sonido produjo un escalofrió en el ambiente y astilló las paredes al pasar. -**¿Qué fue eso?**- preguntó Isabel, mientras instintivamente empuñaba su pistola.

Cassandra palideció. -**Oh, por el Trono-** exclamó, por momentos la luminosa constelación comenzó a formarse, flotando en el aire como un enjambre de insectos revoloteando. -**Es la disformidad, fluye, se escapa y se libera**.

Verity se encontró así misma asintiendo, había estado una vez en una nave de transporte, desplegada para desarrollar actividades de socorro en nombre del Ministorum, cuando el campo Geller de la nave sufrió una peligrosa fluctuación al ingresar en el empíreo, en las cubiertas inferiores donde el campo se había mostrado más delgado, un fenómeno similar se había producido, luces fantasmales, puntos de colores bailando en el aire, diminutas imperfecciones materiales de disformidad penetrando en el mundo real, eran, ni más, ni menos, sondeos realizados por poderosos entes inteligentes del espacio disforme, pululando ansiosos por atravesarlo y llegar a éste plano, hambrientos de almas. -**El motor. La máquina de LaHayn... debe haber debilitado la barrera con el immaterium, los entes... forzarán su ruptura**.

-**¡Allí!**- advirtió Cassandra quien apuntó y disparó inmediatamente, por una fracción de segundo, Verity tuvo la impresión de ver algo con forma de disco y filamentos emergiendo entre las sombras centelleantes, entonces, el bólter se quedó sin munición, la Hermana de Batalla volvió a recargar rápidamente mientras fruncía el ceño. -**Espalda contra espalda, rápido, vendrán más-** advirtió.



El ascenso le llevó agonizantes horas, o al menos eso le parecía, con la sangre acumulada en sus botas, Miriya se empujó sobre el borde de la chimenea volcánica y se tambaleó por la fuerte pendiente, a unos cientos de metros de distancia vio la roca artificial de las plataformas ovales de aterrizaje, a medida que se acercaba, pudo ver una aeronave peligrosamente cargada, tratando de ganar altitud, comenzó a descender tan pronto cómo despegó, estimó que avanzaría no más de un kilómetro de distancia antes de caer de nuevo al páramo.

Un insistente zumbido sobrevoló su cabeza, la Celeste trató de espantar lo que pensó se trataba de insectos, se concentró por un momento y advirtió que lo que estaba oyendo, era el sonido de su vox de comunicaciones, hurgando en su oído se concentró de nuevo en la interferencia, los arcanos sistemas de comunicaciones de la ciudadela, no tenían alcance más allá del interior de la Torre del Vacío, escuchó un coro de canales y las órdenes superpuestas, su vox de comunicaciones, obviamente se había dañado en la caída, aún así, pudo reconocer las órdenes y contraórdenes del canal.

-**¿Replegarse?**- repitió en voz alta, se preguntó cómo podían ordenar el repliegue después de todo lo que habían luchado, con notorio tono de fastidio habló al micrófono de su vox. -**Repita nuevamente-** exigió Miriya. -**¿Quien ha dado esa orden tan cobarde?**

La respuesta sonó en su oído. -**Miriya, por el amor de Katherine, ¿dónde estás?-** la Canonesa estaba furiosa.

-**En la cima de la Torre del Vacío-** respondió ella. -**¿Quién dio esa orden?**

-**Lo hice yo, estás en la zona objetivo, ¡deberías haberte ido hace tiempo!-** Miriya casi podía ver la mueca en el rostro de Galatea. -**Se ordenó el reagrupamiento de la fuerza de asalto, ¡se te ordenó específicamente abandonar la Torre del Vacío!**

-**Yo... tenía la intención de cumplir la orden a su debido tiempo**.

-Has desobedecido una orden nuevamente- gritó la distante voz. -**Ahora deberás pagar el precio por ello**.

-**Yo opté... interpreté su orden equivocadamente Canonesa, le pido perdón…-** Miriya estaba cerca de las pistas de aterrizaje ahora, vio dos hombres vestidos con monos de operarios, trabajando afanosamente en un coleóptero.

-**¿Me escucha?**- escupió Galatea. -**Le ordenó, que desista de cualquier tipo de subjetiva interpretación de las órdenes que se le dan. Hermana Superiora Miriya, se le ordena desistir de cualquier tipo de actividad de combate y evacuar inmediatamente la Torre del Vacío, con destino al punto de reunión en el valle sur, donde tendrá que presentarse para detención, ¡tiene menos de once minutos estándar para cumplir la orden!**

-**Once minutos**- repitió. -**Antes de que...**

-**Antes de que la Mercutio realice un bombardeo orbital sobre sus coordenadas. Dígame Hermana, ¿tengo su plena y completa atención ahora?**

Miriya se atragantó con las palabras. -**Un bombardeo orbital reducirá toda la ciudadela a ruinas**.

-**Y todo lo que queda de LaHayn y su hereje ejército-** replicó su comandante. -**A menos que desee unirse a ellos, yo le aconsejo encontrar un transporte rápidamente. Diez minutos y veintidós segundos**.

-**Pero... mis Hermanas... mi equipo aún permanece aquí-** respondió alarmada.

Oyó un suspiro. -**Lo lamento, serán honradas por su servicio a la Iglesia**.

Miriya cortó la comunicación y juró entre dientes. -**No voy a entregar más vidas en vano-** se dijo a sí misma. -**Nunca más**.

Con cuidado, se acercó al coleóptero, dejando que el zumbido del motor cubriera sus pasos, los seguidores de LaHayn no advirtieron su presencia, hasta que cogió con sus manos una roca volcánica del tamaño de un puño y la arrojó contra uno de los guardias, despojándolo de la pistola laser de cañón largo que portaba, el segundo hombre reaccionó con sorpresa mientras dirigía la vista alrededor de la

curvatura del fuselaje.

-Tú- le espetó ella. **-¿Puedes pilotar la nave?**

Él asintió cautelosamente.

-¡Bien!- apuntó la pistola láser hacia la cabeza del primer hombre y se la arrancó con un apagado disparo. **-Correrás su suerte, a menos que hagas exactamente lo que te diga, ¿lo has entendido?**

Asintió nuevamente, pero ésta vez mostrando su nerviosismo.

Lo siguió hasta la cabina y presionó el cañón aún caliente de la pistola contra la nuca del piloto. **-Nos llevarás a la garganta de la montaña, ¡rápido!**

El hombre se recostó sobre la silla de vuelo y empezó a protestar, pero Miriya lo golpeó con el cañón de la pistola. **-¿Recuerdas a tu camarada? ¿Recuerdas que te lo advertí? ¡Haz lo que te mando!**

Los motores del coleóptero evolucionaron a toda velocidad, con un golpe salieron de la pista de aterrizaje, la nave volvió la nariz roma hacia las fauces humeantes del volcán.



Las cosas llegaban a través de los portales energéticos que mágicamente levitaban en el aire, eran horrores que Verity nunca había soñado ver, despellejados seres con cuerpos arácnidos, con cientos de dentadas bocas amarillentas, gimiendo furiosamente, avanzando con múltiples patas traqueteantes, estos eran los depredadores más comunes de la disformidad, las monstruosidades sin sentido que infestaban el immaterium mas allá del entendimiento humano, los gemidos que lanzaban al ser eliminados eran terribles, sus cuerpos vertían líquidos de colores chillones que no guardaban similitud alguna con nada que se hubiera visto, la pistola que Cassandra le había entregado disparó la última tanda de munición con demasiada rapidez, mitad impulsada por el miedo, mitad por la furia, la hospitalaria la arrojó contra las criaturas.

Paso a paso, los demonios invasores empujaron a las Hermanas hasta los mismos límites de la cámara, donde una larga caída se hundía a cientos de metros por debajo, sobre el lago de lava que fluía continuamente, el calor torturaba sus espaldas, mientras al frente se encontraban ante una pared masiva de bestias surgidas del Caos. Verity, Cassandra e Isabel medían sus vidas con cada bocanada de aire.

Las maldiciones e injurias de las Sororitas resonaban dispares a medida que sus bólters reducían sus reservas de munición. -**Sin munición**- les dijo.

La horda vaciló, parecía entender que la presa había llegado al punto de no retorno, a un momento de no recuperación, se rieron y gimieron anticipadamente.

Cassandra miró el registro de carga de su bólter y dejó escapar un suspiro. -**Me quedan tres disparos-** dijo con cautela, sus ojos siguieron a Isabel, la Hermana de Batalla herida que regresaba con un gesto cansado, entonces Cassandra miró a Verity con una gesto perdido de tristeza en su rostro, uno que nunca había visto con anterioridad. -**Hermana, no temas, lo haré rápido**.

-**No-** negó Verity con la cabeza, notando las lágrimas que resbalaban por su rostro. -**Siento pena y no es por nosotras, siento pena por nuestras Hermanas, pues ellas serán quienes tendrán que cargar sobre sus hombros con el dolor de nuestra pérdida**.

Cassandra asintió. -**Eres valiente niña. Nunca lo habría pensado de ti, me alegra que demuestres lo equivocada que estaba**.

-**¡Y yo!-** dijo Isabel. -**Lethe estaba orgullosa de ti, ahora entiendo porque**.

-**El honor fue mío-** dijo Verity, inclinó la cabeza y murmuró una oración esperando recibir la paz del Emperador, pero con un rugido de corriente descendente, otra cosa completamente diferente llegó.

Amenazados por una serie de destellos multicolores cercanos a la nave, Miriya obligó al piloto a estacionar el coleóptero en un vuelo estacionario cerca de las puertas abiertas de la sala del Ingenium, inmediatamente se formó en su entrenada mente el mapa táctico de la situación, sus Hermanas en formación

defensiva sobre la saliente, enfrentadas a una línea de ululantes criaturas sobrenaturales, instantáneamente tomó los mandos operativos de armas situados en el panel lateral y activó los cañones de la nariz de la nave, que controlados por cogitadores de adquisición, realizaron la búsqueda de blancos en movimiento abriendo fuego en forma automática, al mismo tiempo, el piloto giró obedientemente el coleóptero presentando su flanco hacia la formación defensiva de mujeres que estaban por debajo del plano de vuelo estacionario, Miriya sintió el estremecimiento de la nave a medida que las Hermanas la abordaban apresuradamente.

-¡Ya estamos a bordo!- oyó a Verity gritar desde el estrecho compartimiento trasero.

-Vámonos- amenazó Miriya al piloto con la pistola láser para que impulsara la nave, pero esto no resultaba necesario, ya que el piloto veía a medida que transcurría el tiempo, más y nuevas criaturas que se filtraban a través de las grietas de disformidad en expansión, extendiendo sus alas y abriendo amenazadoras garras. Ganando el máximo empuje que pudo lograr, la nave surcó la nube cenicienta, tomando dirección hacia el cielo claro, girando con rumbo sur.

Cassandra entró en la cabina y comenzó a hablar, pero Miriya levantó una mano para hacerla callar, señaló al cielo, decenas de rápidas y brillantes estrellas caían hacia la Torre del Vacío.

Cuando la onda expansiva de los primeros impactos las alcanzó, ya se encontraban a salvo volando entre los cañones montañosos, dejando atrás el loco sueño de LaHayn con cada segundo de vuelo.



A través del cristal de la capilla, Verity podía ver la torre de la Catedral Lunar vestida con aleteantes lonas protectoras, ocultaban los trabajos de refacción, llevados a cabo para devolver el estado de majestuosidad que la santa estructura ostentaba antes de los ataques. En las calles, el recién nombrado gobernador, Barón Preed, había suavizado la noticia de la cruel muerte de su predecesor, al

declarar un día de fiesta nacional y la temporal suspensión de los diezmos forzosos, en parte se debió también a que se nombró apresuradamente un nuevo Diácono en la iglesia de Noroc, Lord Kidsley, maestro y clérigo moderado. En los días que siguieron a la destrucción de la Torre del Vacío, la noticia de la perfidia de Lord LaHayn se extendió rápidamente como una epidemia, su nombre era ahora un anatema, los iconos que le recordaban fueron derribados e incendiados por centenares.

En privado, Verity sostuvo la opinión de que una sola muerte nunca resultaría suficiente para saldar el daño generado por un hombre tan egoísta, en cambio, la opinión de la Hermana Miriya sobre el tema, había sido previsiblemente dura, expresada con un profano vocabulario, impropio de una mujer de su talla.

Como si su sólo recuerdo bastase para invocarla, la puerta se abrió permitiendo el ingreso de la Hermana de Batalla, quien avanzó sin portar su servoarmadura, renqueante aún por las heridas recibidas, pero a pesar de ello, seguía resultando tan imponente como el día en que la había visto por primera vez, intercambiaron un asentimiento a modo de saludo.

-**No estaba al tanto de que Galatea te había llamado**.

-**No lo hizo-** dijo Verity. -**He venido por mi propia voluntad**.

Miriya frunció el ceño -**¿Cómo?**

-**No podía hacer menos**.

La Celeste estaba a punto de decir algo más, pero la puerta de la capilla se abrió de nuevo para admitir la entrada de la Canonesa y de la Hermana Chloe, su ayudante en funciones.

Galatea lanzó a Verity un severa mirada. -**Pensaba que ya estaría fuera de éste mundo, Hospitalaria**.

-**Pronto Canonesa, pero antes de partir, creo que mi experiencia puede ser necesaria aquí**.

-**Nadie está enferma aquí, muchacha-** respondió.

-**Me refiero a cuestiones de honestidad, no de enfermedad, soy muy versada en ambas**.

Galatea ocupó un lugar en el altar. -**Neva se reconstruye-** dijo al fin. -**He comenzado una serie de purgas entre los cuadros dirigentes, borrará cualquier rastro persistente del sacrilegio de LaHayn, éste lamentable episodio resonará a través de la historia del mundo en los siglos venideros... si es que el planeta sobrevive tanto tiempo-** dijo mientras miraba impávida y constantemente a Miriya. -**Me has puesto a prueba Hermana, me has traído problemas... muchos problemas**.

-**Esa nunca fue mi intención-** respondió.

La Canonesa soltó un bufido. -**Nunca lo es-** señaló la distante catedral. -**El Sínodo requiere tu ejecución, Miriya, a pesar del papel fundamental que has jugado en la eliminación del psíquico y los herejes, ¡tu díscola actitud de desobediencia tiñe tus acciones!-** golpeó su puño sobre el altar. -**Dos veces me desafiaste abiertamente y por extensión, ¡desafiaste a la Iglesia Imperial!**

-**Hice lo que consideré correcto-** dijo la Celeste.

-**¿Fue así?**- gruñó Galatea. **-Fomentas tu propia sentencia, me pones en una situación más que difícil, Hermana, ¿que he de hacer con una mujer que descaradamente se burló de las órdenes de sus superiores?**

-**Dejar que viva-** dijo Verity. -**Dejar que preste servicio a la iglesia, con el mismo honor y valentía que mostró en la Torre del Vacío**.

-**Esas cosas carecen de sentido sin orden ni control-** interrumpió Chloe. -**Cada Hermana sirve como parte de un todo, ninguna de nosotros es una ley en sí misma**.

-**Acataré cualquier sentencia que decrete la iglesia-** murmuro Miriya.

-**¿Acaso la sentenciaríais a muerte?-** espetó la Hospitalaria. -**A pesar de lo que ha hecho, ¿lo que cualquier Hermana leal habría hecho?-** Verity se encaró a Galatea. -**Así es como nuestra fe nos pone a prueba, no por ceñirnos rígidamente a lo escrito en los libros ni al antiguo canon, no al menos sin hacer uso del raciocinio. Lo hace al exponernos a peligros mas allá de**

nuestra experiencia, tratando de vencer los retos que se cruzan en nuestro camino, si actuamos con inflexibilidad, si jamás nos atrevemos a tomar las oportunidades que se nos presentan contra el enemigo, entonces... ¿Qué? ¿Tan bien hacemos la causa del Emperador?- su hablar fue repentino, apasionado y muy sentido. -**Así sólo nos convertiremos en poco más que fanáticos descerebrados, cercados por reglas de estrechas miras, destinadas a convertirnos en... otro Viktor LaHayn**.

Hubo un largo y espeso silencio antes de que la Canonesa se dirigiese hacia Chloe. -**La Hospitalaria es muy elocuente**.

-**Sí, yo también lo creo-** asintió la Hermana Serafín.

Galatea suspiró. -**No quiero verte perecer, Hermana, pero, sin embargo, la insubordinación no puede quedar impune-** la mirada de Galatea descansó en Miriya y en un momento de fría familiaridad, repitió las palabras de LaHayn. -**Tiene que haber reciprocidad**.

La mujer asintió con la cabeza. -**Entiendo**.

La Canonesa se acercó a ella. -**Hermana Miriya, por decreto, queda despojada de todos sus honores dentro de la Orden y de su condición de élite como Celeste, a partir de ahora, queda reducida al rango más bajo, será una simple Hermana de Batalla-** tomó el rosario eclesiástico de la hebilla del cinturón de Miriya y lo rompió, arrancando un puñado de granos antes de entregárselo de nuevo. -**Continuarás sirviendo al Dios-Emperador en la misión de la iglesia, quizás con el tiempo, si logras templar los episodios de insubordinación, Él os concederá la opción de recuperar esos privilegios, de no ser así, aún tendrás la oportunidad de luchar y morir en su nombre**.

Miriya se inclinó respetuosamente. -**Gracias por su misericordia, honorable Canonesa**.

Galatea se alejó. -**La Mercutio romperá la órbita a las diez en punto, Miriya, la quiero a bordo de la misma cuando lo haga, tendré suficiente a lo que hacer frente en los próximos días, sin tener que ocuparme de su presencia, ahora ve**.

Verity sintió como el rechazo la hería, pero Miriya lo disimuló bien. -**Como**

ordene, Ave Imperator.

-**Ave Imperator-** corearon las otras mujeres mientras Miriya se alejaba cojeando de la capilla.



La Mercutio se alejó de la estación de comercio con elefantina lentitud, la amplia proa de la fragata se alejó del complejo orbital con destino al espacio abierto, en el Observatorium, Miriya estaba a solas con sus pensamientos.

Se sentía en conflicto, en parte aliviada por haber saldado completa y finalmente la deuda que sentía hacia Lethe, pero por otro lado, se sentía aislada y taciturna a causa del rechazo y la censura, las Sororitas habían partido también en la Mercutio con destino al puerto espacial de Paramar, para una vez allí, recluirse en el convento esperando recibir nuevas órdenes.

Algo en el cielo de ébano le llamó la atención, había formas en movimiento por ahí, oscuras como el vidrio volcánico de la Torre del Vacio, se acercó al domo transparente para tener una mejor vista.

Naves negras, había dos de ellas acercándose a Neva en una silenciosa formación, la visión la hizo estremecer, nunca había oído siquiera que se hubiera avistado dos naves volando juntas en escuadra.

-**Han venido a estudiar minuciosamente los materiales y la investigación desarrollada por LaHayn-** dijo una voz, Miriya se volvió para ver a Verity entrando, vestida una vez más con sus ropajes de viaje. -**Tomarán lo que quieran y desinfectarán el resto**.

La Sororita no cuestionó la presencia de la Hospitalaria, es más, se sentía confortada por ella. -**Me pregunto Hermana, ¿qué pasa si LaHayn no estaba equivocado del todo sobre la obra del Emperador?**

-**Tal vez lo estaba-** admitió Verity. -**Tal vez no, pero no es nuestro deber conocer esas cosas, por lo menos todavía no, algún día, cuando Él se levante del Trono Dorado, se responderán todas nuestras preguntas**.

-**Sí**- asintió Miriya haciendo el saludo del Aquila imperial, observando el pasar de las naves negras por un plano superior.

-**Pero tienes otras dudas-** notó la mujer joven.

-**Mi destino está en duda Hermana, por primera vez en mi vida dudo cuál será mi destino-** cerró los ojos por un momento. -**No veo mi camino**.

Verity se acercó. -**Entonces, si es tu deseo, tal vez podría ofrecerte un nuevo camino, mis deberes en éste sistema están llegando al final del camino, al igual que los tuyos, ya he recibido órdenes de unirme a la misión de la Canonesa Sepherina, viaja desde Terra para llevar a cabo un rito de nueva consagración en un planeta Santuario, eres bienvenida si deseas unirte a mí**.

-**Te lo agradezco-** le tendió la mano. -**Muchas gracias, Verity**.

-**Te debo la vida Miriya, lo hago con mucho gusto-** la Hospitalaria tomó su mano y sonrió.

La Mercutio se alejó en medio de las estrellas, tan amplias, como su fe.

FIN


ADEPTUS MINISTORUM



Yunque y Martillo

JAMES SWALLOW



YUNQUE

Y

MARTILLO

'Hammer and Anvil'

por James Swallow



Traducción **Kkus7067**

Corrección Iceman ts 1.8

Estamos viviendo el cuadragésimo primer milenio.

Desde hace más de cien siglos, el Emperador ha permanecido sentado e inmóvil en el Trono Dorado de Terra. Él, es el maestro y señor de la humanidad con la voluntad de un dios, dueño de un millón de mundos por el poder de sus inagotables, infatigables e intrépidos ejércitos. Es un cadáver putrefacto retorciéndose e invisible dentro del Trono Dorado, gracias al poder de la Edad Oscura de la Tecnología. Él es el Señor Carroñero del Imperio al cual un millar de almas se sacrifican todos los días, para que nunca acabe realmente de morir.

Sin embargo, incluso en su estado inmortal, el Emperador continúa su vigilancia eterna. Poderosas flotas de naves armadas cruzan el miasma infestado de demonios de la disformidad, la única ruta viable y rápida entre las distantes estrellas, su camino iluminado por el Astronómicon, la manifestación psíquica de la voluntad del Emperador. Enormes ejércitos luchan en su nombre en incontables mundos. Grande entre sus soldados son los Adeptus Astartes, Marines Espaciales, bioingeniería de súper guerreros. Sus compañeros de armas son legión: la Guardia Imperial y un sin número de fuerzas de defensa planetaria, la Inquisición siempre vigilante y los tecnosacerdotes del Adeptus Mechanicus, por nombrar sólo unos pocos. Pero incluso así, en su bastos e inmensos ejércitos, son apenas los suficientes para mantener a raya la amenaza siempre presente de los alienígenas, herejes, mutantes... y cosas mucho peores.

Ser un hombre en estos tiempos, es ser uno entre incontables miles de millones. Es vivir en el régimen más cruel y sangriento imaginable. Estos son historias de estos tiempos. Olvidado queda el viejo poder bruto de la tecnología y la ciencia, pues mucho conocimiento se ha perdido para nunca volver a aprenderlo. Olvida las promesas de progreso y comprensión, en el oscuro futuro sombrío sólo hay guerra. No hay paz entre las estrellas, sólo una eternidad de matanza y masacre, con la risa de los veleidosos y sádicos dioses resonando por el immaterium.



CAPITULO
I



La aullante arena encontraba su camino a través de todo.

Cada grieta en su coraza, cada pequeño orificio en su uniforme de campaña, todas las partes móviles de su equipo de guerra... resultaba prácticamente un ritual en éste perdido mundo desértico, llevar a cabo el régimen diario de limpieza sacramental del equipo, realizado junto con los ya habituales ritos establecidos en el convento por la Alta Canonesa. En los pasillos y habitaciones, en habitáculos espaciosos o reducidos, la arena se acumulaba en surcos si no se mantenía el adecuado cuidado, parecía que ni los deflectores, ni los campos electromagnéticos podían mantener a ralla tal marea de erosión.

La Hermana Elspeth había bromeado una vez, con que tal vez la arena estaba viva, que podría ser una especie de ácaro reptiliano que anhelase la calidez y/o el confort de los rincones sombríos, Elspeth estaba muerta, asesinada poco después del ataque, en la arena había hallado su tumba, la vida se le escapó entre sus irregulares heridas. Décima le tomó la mano al final, la arena absorbió todo lo que ella le dio, la anaranjada arena pronto se convirtió en un pálido barro carmesí.

Décima pensó en Elspeth mientras luchaba contra las dunas, se inclinó hacia delante enfrentándose al viento, fuerte y eterno. Viento que dragaba la arena bajo sus talones, vientos que sacudían el ‘shemagh’ que cubría su rostro. La inteligente Elspeth era buena jugando al regicida y a los juegos de cartas altas, la piadosa Elspeth que a veces murmuraba los catecismos entre sueños, ahora había muerto, asesinada por algo que ninguna Hermana había visto nunca.
(La kufiyya, ghutrah, hattah y mashadah del árabe, también conocida como

[ya]shmagh del turco, o como sudra del hebreo, o finalmente como shemagh del palestino; es un pañuelo tradicional de Oriente Medio y Arabia usado principalmente en Jordania, Palestina, Irak, Israel, Líbano, el sureste de Turquía y la península arábiga. Está hecho normalmente de algodón o lino, aunque también puede llevar lana. Se suele llevar envolviendo la cabeza de diversos modos, tanto para proteger dicha parte del cuerpo del frío como del sol. *En ambientes desérticos también puede tener utilidad para proteger la boca y los ojos de la ventisca y la arena*, nt)

Se estremeció a pesar del caluroso día, arrastraba la carga con su brazo y el cordón enroscado a su alrededor, Décima lanzó una mirada hacia atrás, hacia el contenedor, el tambor de un metal gris sucio dejó una estela sobre la arena a pesar del tormentoso viento, señalando el camino recorrido desde el convento, Décima entrecerró los ojos pensando en el trayecto que dejaba a su paso.

¿Cuánto se había alejado? Pensó y no por primera vez, se maldijo por salir con tanta prisa, por no haber asegurado desde un primer momento el yelmo contra su servoarmadura, los sensores de las lentes infrarrojas y el visor de adquisición de blanco de su yelmo, le habrían resultado de gran ayuda en éste momento.

Pero no había tenido tiempo, la orden recibida, le demandaba obediencia inmediata. -**Ve ahora**- le había ordenado la Canonesa con el tono fuerte y duro de su voz. -**Tómalo y vete.**

Décima quería creer que la Hermana mayor había reconocido su coraje, al premiarla con tan importante deber, pero en su corazón, ella sabía que realmente no era así, el rol de custodia había recaído en ella simplemente porque estaba allí, simplemente porque era la única que estaba a disposición, carecía de un rango alto, no ostentaba grandes hazañas atadas a su nombre, su estatus podría haberse considerado elevado en comparación con la mayoría de las fuerzas ordinarias del Imperio, pero allí, Décima era sólo una Hermana Militante, solo un soldado de línea más en las guerras de fe.

Se atrevió a preguntarse si éste podría ser su momento de grandeza, pero apartó el pensamiento de su mente, tales consideraciones resultaban egoístas, hijas del engreimiento y del pecado.

Para ella, lo más importante era combatir en nombre de Él, en nombre del Trono

Dorado, en nombre del Dios-Emperador de la humanidad, cuya luz iluminaba las estrellas, Décima había sido reclutada por la orden cuando todavía era una niña, junto a un montón de otras huérfanas de la Schola Progenium, además de otras de las muchas y ramificadas dependencias de la maquinaria imperial, como todas ellas, no conocía otra vida que no fuera la del servicio, Décima y su legión de camaradas, eran las Hermanas Adepta Sororitas, el brazo armado de la Eclesiarquía.

A Décima nunca le había quedado claro lo que buscaba su iglesia en un mundo tan lejano y desolado como éste, pero tales preguntas estaban más allá de su deber, haría lo que se le había ordenado hacer y por ello estaría eternamente agradecida, pues ese era un propósito claro en su vida, su destino dentro del universo, mientras que otros, la gran mayoría de los seres humanos comunes, habían sido maldecidos con la necesidad de buscar eternamente un sentido a sus vidas, no era así para Décima, la iglesia estaba allí en el momento propicio para darle significado a la suya, al menos le habían sacado el peso de semejante carga.

En éste momento, su propósito se arrastraba tras ella acumulando arena en su roma proa, resuelto a enterrarse bajo la arena y duplicar el esfuerzo que provocaba su transporte, Décima masculló una maldición apenas censurada por el velo que cubría su boca, se volvió hacia el contendedor metálico, su bólter descansaba sobre su espalda ciñéndose a la capa roja sobre su hombro, castigaba ruidosamente su servoarmadura negra con cada paso que daba, no le gustaba la idea de no tener una mano libre para tomar su arma en caso de necesidad, pero la demora que le ocasionaría superó su preocupación.

En un instante, Décima tenía el contenedor metálico en sus manos, sosteniéndolo como lo haría con un pesado recién nacido, trató de no pensar en su contenido, el peso emocional de su carga empequeñecía su masa física real, la idea presionaba el corazón de Décima, le generaba temor, una emoción que pocas veces había experimentado en el campo de batalla, ella nunca había esperado tener semejante responsabilidad, pero había sido elegida por la obvia razón de estar viva y por que las Hermanas mejor entrenadas en el arte de la guerra, Celestes y Vengadoras entre otras, se habían sacrificado para asegurar su huida.

Intimidada por tal pensamiento, la enormidad de su deber afirmó plenamente su convicción, Décima siguió adelante con un ritmo renovado, con cada paso que

daba recitaba una palabra de ‘La Oración de la Liberación’, acompañando su andar a través de las arenas.

La tormenta afectó sus sentidos básicos, solo podía confiar en el compás digital (digicompass en el original) del avambrazo de su servoarmadura ya que durante su estancia en éste mundo, Décima había aprendido que las arenas y las extrañas torres rocosas que lo formaban, solían confundir y desorientar al viajero desprevenido, en los antiguos mapas galácticos, ésta bola de piedra y arena había sido bautizado con el nombre de la estrella que orbitaba, Kavir, pero en el siglo noveno del cuadragésimo primer milenio, fue rebautizado por el nombre sin complicaciones que la Orden de Décima le había otorgado, para la Hermandad de la Orden de Nuestra Señora Mártir, éste mundo era conocido simplemente como Santuario 101.



Resultaba difícil calcular el paso del tiempo, a causa de la débil y pálida luz solar que apenas penetraba las arremolinadas nubes, y por ello, trazar el avance de las horas era algo infructuoso, desistió y en su lugar Décima se concentró en dar un paso tras otro, observando la cambiante arena bajo sus botas, más de una vez se cayó, trastabillando mientras coronaba una de las dunas, luego revisaba el contenedor por temor a que se hubiera agrietado al rodar, pero se mantenía intacto, la vaina de metal se había construido artesanalmente a partir de técnicas ya olvidadas durante la Edad Oscura de la Tecnología, lo que ella no sabía era que habría resultado ilesa incluso tras una caída desde la órbita.

El desierto le jugó otros trucos, en ocasiones, Décima creyó ver figuras al margen de su visión, formas fantasmales cercanas, pero no tanto como para definirlas e identificarlas como humanoides, ¿o solo se trataba de la danzante arena a través del viento, que su mente cansada transformaba en figuras que en realidad no existían?

Recordó las formas de las cosas que habían venido a matarlas, los seres que terminaron con Elspeth y las demás. En los sombríos corredores del convento, lo primero que hicieron los atacantes fue acabar con el reactor de fusión, hundiendo el puesto avanzado en penumbras justo cuando la tormenta atacaba en la

superficie, Décima no sabía cómo, ya que el núcleo energético estaba protegido por puertas blindadas de gran espesor y constantemente vigilado por servidores armados, pero a pesar de ello, lo habían logrado.

Era por eso, a raíz de la oscuridad, que sólo había capturado vagas impresiones de 'ellos', por breves intervalos y gracias al destello cruciforme provocado por los fogonazos, vio cosas demacradas que reflejaban la escasa iluminación, como la luz de las antorchas sobre el bronce deslustrado, o el arco iris sobre el aceite en el agua, un enfermizo resplandor verdoso los seguía a donde fuera que se dirigieran, afiladísimas cuchillas plateadas, recordaba todo eso... pero sobre todo los gritos, junto con gemidos inhumanos torturando el aire tras cada descarga de luz abrasadora, Décima recordó el púrpura que había quedado grabado en sus retinas, incluso mientras luchaba por olvidar el olor de la tierra sucia y de la sangre caliente.

Los sonidos de la batalla, las esquirlas rocosas provocadas por los impactos y los disparos bólter, la habían perseguido por un largo trecho mientras recorría el camino hasta las arenas con su carga a cuestas, finalmente, el sonido fue absorbido por la tormenta de arena, junto con la visión de la torre central del convento, sus murallas y puestos de guardia. Hacía ya de eso, le parecía, una eternidad.

Cruzó los límites exteriores, bordeando los estrechos cerros que abrazaban el valle donde se encontraba el puesto de avanzada y se adentró en el espacio abierto de la nada, Décima nunca se había aventurado tan lejos del convento sola y menos sin un vehículo.

Cuando empezó a preguntarse si estaba lo suficientemente lejos, el compás digital transmitió un pulso vibrante a la palma de su guantelete, Décima vaciló, estudiándolo. *¡Sí!* Efectivamente había llegado al cañón, la base de unas lejanas torres rocosas esculpidas por el viento del oeste, un sector de relativa calma dentro de una región constantemente arrasada por las más terribles tormentas del planeta, las peores podían lijar, hasta desollar toda carne de los huesos, de aquel incauto que se expusiese sin ninguna protección, o enterrar un vehículo de tal manera que jamás volvería a ser encontrado, muchas vidas se habían perdido con el correr de los años de ambas maneras.

Décima se refugió bajo el abrigo de las altas paredes rocosas, sacudió el polvo

depositado en las hendiduras de su traje de combate, su capa flameaba violentamente con cada racha de viento que la atravesaba, el suelo arenoso mutó a rocoso cuando islas de piedra empezaron a surgir sobre la arena, si bien las altas paredes rocosas le otorgaban un cierto abrigo, el viento aquí era más fuerte, las pocas partículas de arena se convirtieron en partículas de pedernal, por lo que Décima debió entrecerrar sus ojos y ceñir fuertemente su shemagh.

Obrando con tanta premura como pudo, la Hermana de Batalla encontró un lugar protegido de la débil luz solar, cavó en la arena y enterró una granada, tiró de la clavija de activación y corrió lejos a una distancia segura, al igual que el estruendoso sonido de la muerte y la batalla en el puesto avanzado, la sorda detonación fue rápidamente cubierta y consumida por la tormenta de arena.

Décima llevó el contenedor hasta el cráter que su ingenioso y rápido trabajo de demolición había creado y lo introdujo en él, la granada había excavado un espacio lo suficientemente grande como para servir de trinchera, pero la mujer tenía otros planes, con sumo cuidado depositó el contenedor en el fondo del cráter, tomó una lectura precisa de su posición con el compás digital y luego, con la culata de su bólter actuando como una improvisada pala, Décima comenzó a cubrir la cápsula con arena en su improvisada fosa.

Sólo se había alejado un par de pasos cuando se detuvo, su corazón latía fieramente dentro de su pecho, la Sororita pensó en lo que estaba haciendo, acerca del valor incalculable del objeto que estaba consignando al abrazo del desierto, esto la detuvo; se imaginó a sí misma como una madre enterrando el cadáver de un hijo, el terror que despertaba con sólo pensar en que pudiera volver a estar consciente bajo tierra; se preguntó si estaba haciendo lo correcto, al enterrar un tesoro en el desierto, donde tal vez jamás sería encontrado de nuevo.

-El artefacto, no debe caer bajo ninguna circunstancia en manos de los Xenos- la voz de la Canonesa Agnes, se hizo eco en sus pensamientos. **-Esa es mi última orden para usted, Hermana Décima.**

¡Su última orden! Pensó, pues a éstas horas la Canonesa debía estar muerta, la batalla había estado perdida incluso antes de la huída de Décima, supo que era inevitable cuando recibió la orden, cualquier vestigio de vida humana en el puesto de avanzada de la colonia establecida en Santuario 101, corría hacía su

exterminio, la orden que Décima debía ejecutar, era la última acción que debía llevarse a cabo.

Pero... ¿qué sucederá conmigo? La pregunta se cristalizó por primera vez en la mente de Décima y se estremeció, se dio el permiso de pensar más allá de su misión, más allá de la voluntad colectiva de la Orden, pensó en su propia supervivencia. *Enterraría el contenedor y ¿luego qué...? ¿Volver al convento? ¿Sentarse sobre las rocas y abrazar la muerte a causa del hambre o la sed?* La colonia imperial más cercana estaba a meses de distancia, a través de las corrientes salvajes de la disformidad, si debía esperar un rescate, de ser posible, supondría una larga, muy larga espera.

Algo agitó la arena que llovía sobre sus botas, se encontraba a solo unos palmos de distancia, acechando entre la grava, algo como la plata o el bronce deslustrado.

Décima saltó del pozo y se alejó rodando, alzando su bólter, limpiando la mira de cualquier obstrucción como tenía por costumbre, liberándola de la arena adherida a los aceites sagrados de unción, vislumbró formas moviéndose entre el velo arenoso, cercándola, vio la esmerilada y gélida luz arder dentro de los cráneos de hierro y sus extremidades de metal sin vida.

El bólter habló, apuntó en cada disparo, impactando en las burlonas imitaciones del costillar humano, otros disparos hicieron blanco en otros lugares, pero ella notaba como iban cerrando el cerco a su alrededor, avanzando inexorablemente.

Décima los eliminó a todos, o eso le pareció, al verlos hundiéndose en las arenas entre crepitantes fuegos verdes, desapareciendo de su vista, se asemejaban a máquinas, pero de alguna forma, la Hermana de Batalla sabía que no era algo tan simple, había una cualidad efímera en sus movimientos y formas de actuar, un algo no cuantificable que escondía una verdad más profunda, sea lo que fueran esas cosas, una mentalidad viva las animaba, ninguna máquina podría jamás irradiar semejante malicia, Décima asimiló ésta verdad como un golpe, a pesar de saber que ese conocimiento no le serviría para nada.

El percutor del bólter dio en vacío, la corredera se abrió cuando el arma se bloqueo por falta de munición y la Hermana Décima, última sobreviviente del Santuario 101, lamentaría para siempre no haber reservado el último proyectil

para sí misma.



CAPITULO
II



La estática en el canal vox sonaba como la lluvia...

Esto le recordaba a Imogen el sonido de sus años como novicia en Ophelia VII, cuando atravesando los pasillos del Convento Sanctorum, donde veía como los grises cielos vertían su carga sobre los cristales de quinientos metros de altura, la lluvia, recordó, caía por los rostros acristalados de los santos como si estos estuviesen llorando.

Ninguno lloraba ahora. Ninguno derramó lágrimas por la moteada esfera naranja que colgaba, ahí, en la distancia frente a ella, con todos los detalles de su superficie velados por las nubes y la distorsión.

La Hermana Superiora guardó silencio tras el micrófono de la unidad vox, con la detallada apariencia del rostro de un querubín estaba fijado sobre la mesa del Observatorium, en el que se hallaba, ésta estación cruzaba la galería de observación situada bajo la quilla central del crucero, los siervos de la tripulación podían tomar lecturas estelares con un sextante láser, si es que las antenas plagadas de sensores de la proa del ‘Tybalt’ funcionaban mal, hecho que rara vez sucedía, la unidad vox permanecía normalmente inactiva, pero la mano de la Hermana Imogen se sintió atraída había él, mientras recitaba las sagradas letanías de invocación al Aquila Imperial, lo activó

Sus ojos se estrecharon, su rostro se tensó bajo el rico marco de sus rojizos cabellos, no comprendía aún que motivo la había impulsado, pero Imogen había venido aquí solamente para echar un vistazo a su destino, una idea pasajera se había apropiado de su mente, tomó el control de la unidad vox de manera

inconsciente y el sistema de comunicación inició el escaneo automático saltando de una, en una, por las distintas frecuencias imperiales de uso estándar.

El planeta no le dio tregua, el lluvioso sonido de la estática que emitía el broncíneo rostro del querubín, seguía y seguía como un triste susurro de responso, si alguna vez habían lanzado una llamada de auxilio hacia el espacio desde ese mundo desértico, se había perdido en la oscuridad del vacío hacía ya largo tiempo, más de una década había transcurrido desde el día en que el planeta fue atacado, sólo el eterno silbido de la radiación cósmica sonando de fondo parecía recordarlo, esa especie de extraño anti-silencio resultaba inclusive aún más solemne que la paz de cualquier sepulcro.

Imogen desactivó la unidad vox y frunció el ceño, pronto el Tybalt iniciaría las maniobras finales de aproximación planetaria y el crucero espacial reposaría estacionario en una órbita baja, en ese preciso momento, los siervos y servidores de operaciones en la cubierta de mando, estaban escaneando detenidamente sus placas de datos y realizando un exhaustivo análisis de la información recogida por los sensores de la nave, se preguntó si podrían encontrar algo distinto a la información de segunda mano que el Ordo Xenos les había hecho llegar, era difícil saberlo. Lo que sí sabía la Hermana Superiora era que los datos recogidos por la Inquisición habían sido claramente censurados antes de que las Sororitas los recibieran, y no por primera vez, se preguntó qué verdades habían sido editadas de los documentos, antes de que pasaran a manos de la Orden de Nuestra Señora Mártir.

Le dio la espalda a Kavir y al Santuario 101, salió de la sala del Observatorium, Imogen pronto lo vería de mucho más cerca.



La Hermana Superiora tomó un transporte que la llevó a través del eje vertical del Tybalt, más allá de las cubiertas de artillería, hacía los hangares de despegue, donde se estaba realizando la logística para la misión y llevando a cabo los últimos chequeos rutinarios, con el fin de reducir a su mínima expresión el margen de error, una vez que ingresaran en órbita, comenzaría la siguiente fase de la operación, con toda la precisión milimétrica por la que eran conocidas las

Hermanas de Batalla.

Imogen entró en la cavernosa bahía de despegue, donde ordenadas filas de lanzaderas de la clase Arvus y Águila eran atendidas por equipos de operarios vestidos con overoles, unos eficaces monos de trabajo de cuero, los trabajadores estaban ocupados con la carga de contenedores y de unidades de construcción prefabricadas en patrones regulares, podían ser ensambladas en un centenar de bloques modulares diferentes, los operarios tarareaban y cantaban en voz baja canciones que resonaban por toda la cubierta. A su alrededor, el olor a combustible del promethium se mezclaba con el sudor y el aroma de los refrigerantes, algunos de los sirvientes eran puestos al servicio de la Armada Imperial, pero la mayoría se trataba de trabajadores provenientes de diezmos, atados al servicio de las Sororitas por juramentos o penitencias, algunos delincuentes eran menores de edad, saldarían su deuda con la sociedad a través del trabajo duro, otros eran ciudadanos ordinarios que se habían unido voluntariamente por devoción a la doctrina sentada por la Eclesiarquía Imperial y que una vez asegurado el planeta, se convertirían en el brazo restaurador.

Frente a ellos, caminando hacia adelante y atrás, a lo largo de un pórtico suspendido, estaba el hombre al que llamaban maestro.

Imogen inclinó la mirada cuando se cruzó con la del Diácono Uriahi Zeyn, quien contestó con un seco asentimiento de su cabeza, el sacerdote le prestó solamente una única y pasajera mirada superficial, volviendo inmediatamente a su labor de motivación y mando sobre los operarios, esto lo lograba gracias al uso de un largo electro-látigo y un módulo codificador de voz implantado en su garganta, que con un tono monótono y mecánicamente aumentado, recitaba himnos a lo largo de toda la bahía de despegue, salpicados con gruñidos ásperos de oratoria extraídos del 'Libro de Atticus', de 'La Reprensión' u otros tomos devocionales, el látigo se utilizaba de vez en cuando para subrayar sus mensajes o para repartir un poco de ánimo disciplinario entre los rezagados, mientras vividos destellos azules, originados por sus chispas, iluminaban su rostro.

El Diácono era un hombre alto y esbelto, de rostro pálido y pequeños ojos hundidos, ostentaba una iracunda barba de color zanahoria, y coronándolo todo, un vasto y salvaje cabello. Imogen lo encontraba algo grosero, un poco tosco como para ser un notable miembro del clero, pero no podía negar los óptimos resultados que había obtenido bajo su mando.

Sin detenerse a dialogar con él, la Hermana Superiora rompió los altibajos de las canciones entonadas por los trabajadores, con el sonoro andar de sus botas sobre la rampa de hierro.

La Canonesa Sepherina, comandante de Imogen y al mando de toda la misión, requería informes íntegros, claros y actualizados, sobre el rendimiento de las delegaciones en vísperas de la misión. Y así, mientras cumplía su labor caminando, se convirtió en la 'Sororita Vigilante', buscando cualquier detalle que dejase entrever una preocupación, pero con la esperanza de no encontrar ninguno, el largo viaje desde la Sagrada Terra hasta el borde oriental de la galaxia estaba a punto de llegar a su fin y en ésta última etapa no podían fallarle al Trono.

Sería la primera experiencia de Imogen en una re-consagración, como todas sus Hermanas, comprendía la gran importancia de éste tipo de eventos en las Guerras de la Fe y el Gran Servicio. Era un hecho de la vida, muchas Adeptas Sororitas serían llamadas al lado del Dios-Emperador, cuando la muerte las reclamase, pero en ocasiones, esas muertes fueron de tal magnitud y horror que el mismo suelo en el que tuvieron lugar se convirtió en ... algo impío, por ello, en nombre de la Verdad Imperial resultaba sumamente importante tamizar la tierra de la oscuridad, consagrarla por medio de Su graciosa bendición, los trabajadores de Zeyn reconstruirían el daño físico que se había hecho en el planeta, pero sería la Canonesa quien repararía las heridas espirituales del lugar, juntos, los miembros de ésta misión lo reconstruirían todo de nuevo.

Esa era la obra a realizar en Santuario 101, pero no la única, ni mucho menos la más importante, cuya única responsabilidad recaía en Sepherina. Con el tiempo y si las circunstancias así lo requerían, todas las facetas de la misión se aclararían al resto de las Hermanas de Batalla, pero por ahora, resultaba necesario mantener el secreto por el bien de la misión, Imogen lo comprendía y como con tantas otras cosas, ni siquiera pensó en cuestionarlo.

Había resultado una larga travesía llegar hasta aquí, recordaba el día en que había recibido las directivas por parte de la Gran Señora de la Orden, como si hubiese ocurrido hacía escasos instantes.



Imogen había permanecido de pie, con los brazos cruzados, cumpliendo su rol de adjunta y custodio de Sepherina, en la reunión que se había llevado a cabo en Apophis, un asteroide que vagaba en órbita alta alrededor de la Sagrada Terra, dichas instalaciones pertenecían al Ordo Xenos, hecho que había sorprendido a las Hermanas convocadas al interior del complejo, lo que dio lugar a un sinfín de preguntas sobre las razones exactas que motivaban la presencia permanente de cazadores de alienígenas al cargo de la Inquisición tan cerca de Terra, la simple idea de la probable proximidad de vida no humana, o algún tipo de actividad relacionada con ello, en la misma Terra bastaba para ponerle la piel de gallina.

La Hermana Imogen había combatido a los Xenos en muchas ocasiones, matando orkos, eldars y un sinfín de seres incatalogables, incluso algunos se asemejaban en intelecto y sofisticación a la humanidad. Mientras caminaban por el interior del asteroide, a través de serpenteantes pasillos tubulares moldeados por la evidente acción de la lava, Imogen había mantenido una mano cerca de su bólter, la otra sobre el rosario eclesiástico que colgaba de su cuello.

Finalmente, Sepherina y su séquito habían sido llevadas a una sala de reuniones, tallada a partir del uso de laser perforador sobre la densa roca meteórica, allí permanecieron a la espera de que el hombre que las había convocado, finalmente las honrase con su presencia.

El Inquisidor Hoth, un hombre fornido, hizo su entrada portando un sombrero de predicador de ala ancha, acompañado de su propio séquito, un par de hombres armados cuyas maneras parecían ser de mercenarios, en lugar de siervos virtuosos del Trono Dorado, los hombres escudriñaron a las Hermanas con miradas tanto cautelosas como depredadoras, Imogen permitió el escrutinio pues no deseaba ocultar nada, mejor que vieran la plata y el acero de su servoarmadura, que advirtieran la presencia de su arma de fuego y espada, pues ella reconoció el tipo de hombres ante los que estaba, esa clase de personas que solo conocen el crudo camino de la fuerza, la coacción y la violencia, finalmente desviaron la vista hacia otro lado y la mantuvieron así durante el resto de la reunión.

Hoth, por el contrario, irradiaba un aire de singular indiferencia rayando la

condescendencia, se sentó y se entretuvo manipulando iconos sobre una placa de datos, meciéndose hacia adelante y hacia atrás como las cuentas de un antiguo ábaco, Imogen no estaba segura de si realmente trabajaba en algo o si solo jugaba con el dispositivo para entretenerse, el hombre se comportaba como si no tuviera conciencia de la presencia de ellas en la sala.

Hoth les había concedido audiencia tras un largo silencio, la Hermandad había decidido reiterar nuevamente sus requerimientos, pero ésta vez en persona, ya que la solicitud formalizada inicialmente había circulado por los canales diplomáticos y burocráticos, durante casi siete años solares, si bien dicho período de tiempo era poco más que un abrir y cerrar de ojos, en comparación con la monumental demora que pesaba sobre la mayoría de las decisiones tomadas por el Adeptus Terra y el resto de la maquinaria imperial, para la Orden de Nuestra Señora Mártir, cada día perdido había sido sentido como el paso de un siglo.

Siete años antes de éste encuentro en el interior de la cámara de piedra, el convento del Santuario 101 había naufragado en la oscuridad, la última comunicación emitida desde el mismo, había sido un agónico grito.

Como siempre, los engranajes del Imperio se movían con elefantina parsimonia, las Hermanas había aprestado sus naves y guerreras inmediatamente, listas para el despliegue sobre el sistema Kavir, solo para encontrarse con la negativa por parte del propio Ministorum, que les impidió la partida, por consejo del Ordo Xenos e imposición del propio inquisidor Hoth, a la Hermandad se les denegó el permiso para volver al Santuario 101 y poder determinar lo que había ocurrido allí.

De todos las Canonesas Minoris de la Orden, la Hermana Sepherina había sido la más expresiva en el momento de condenar el insulto que suponía el desconocimiento de su autoridad como Sororitas, el Ordo Xenos no tenía poder sobre la Hermandad y sin embargo, Hoth había tejido una vasta red de influencias para convencer a todos de que era a él y no a las Hermanas, al que se le debía autorizar en primer término el despliegue sobre Santuario 101, justificando sus pretensiones con la necesidad de investigar ese misterioso acontecimiento. Una profunda enemistad echó raíz entre ambas organizaciones a partir de ello, sostenida por vía del politiqueo y adornada con afiladas palabras, el inquisidor era conocido por la Orden de Imogen debido a su interés, algunos

más bien lo definieron como obsesión, por ciertas cepas de vida alienígena, a pesar de todas las peticiones, ruegos y veladas amenazas, Hoth se había asegurado de impedir el despliegue de la Orden... hasta ese día.

Sin ninguna explicación, sin ningún tipo de reconocimiento, o disculpa, por el gran dolor ocasionado a la Hermandad, se les dijo que ahora tenían autorización para regresar al planeta y dar el justo descanso a los fantasmas de sus muertos.

-**Mi interés**- señaló Hoth -**se ha desplazado hacia otros asuntos.**

Sepherina explotó con preguntas y agudas observaciones cuando Hoth se levantó después de hacer su declaración

-**¿Qué sucedió en el convento? ¿Ha sobrevivido alguien? ¿Fue usted hasta allí?**- el inquisidor ignoró todas las preguntas, finalmente la Canonesa estalló hecha una furia cuando Hoth las abandono, sin dar ninguna explicación, atravesando la puerta. Fue la primera vez, tras años de servicio junto a la Canonesa, que Imogen vio a Sepherina perder los estribos.

Siete años de prohibición que les impidieron poner un pie en su propio puesto de avanzada, fueron justificados en una fracción de segundo de total vaguedad, siete años de rumores sobre la presunta invasión de un nuevo tipo de forma Xenos, todo ello borrado en apenas un instante.

Y así, en el nonagésimo tercer año del cuadragésimo primer milenio del Imperio de la humanidad, la Canonesa Sepherina estaba facultada para comandar una misión de vuelta al silencioso puesto de avanzada. Incluso con buenas corrientes por la disformidad, seis años terranos estándar habían transcurrido, hasta que el crucero Tybalt arribó en primer término a Paramar y luego al distante sistema Kavir.



En Paramar, habían culminado con el reaprovisionamiento de todo lo que necesitarían para la campaña en Santuario 101, el equipo pesado, los materiales de construcción y los equipos de trabajo. Durante el viaje se habían establecido márgenes de aprovisionamiento razonables, atendiendo las conclusiones sobre

las provisiones necesarias, a las que habían llegado tras consultar los informes parciales del Ordo Xenos, recibidos en forma de pictografías y archivos de audio, daban cuenta de la casi total destrucción de las instalaciones del puesto de avanzada, de tales comunicados, no habían podido advertir pista alguna, algo que les diera a entender concluyentemente quien era el causante del ataque, o por qué había sucedido, recibieron imágenes de edificios derruidos, en algunos casos, aparentemente consumidos por incendios, en otros, por una más que probable actividad sísmica, la única pregunta concreta que el Ordo Xenos se había dignado a evaluar, consistía en la cuestión vinculada a la seguridad del planeta, según ellos, el llamado 'vector de amenazas en Kavir', se había disipado como una tormenta pasajera, sostenían que ahora 'no había nada allí'.

Éstas palabras habían llegado a la Hermandad y junto a ellas, un nuevo edicto.

Interiormente, la Hermana Imogen se sentía irritada al pensar en él, no solo en Hoth y los suyos, que sin duda habían profanado el osario de cientos de fieles Hermanas, satisfaciendo su interés enfermizo por todas las cosas inhumanas, sino que ahora y por alguna mercurial sabiduría, los Señores de Terra habían autorizado el ingreso de un grupo de tecnoadeptos del Adeptus Mechanicus.

La partida en cuestión era comandada por Tegas, un ser enjuto con el rango de Cuestor, Imogen hasta dudó en llamarlo 'hombre', pues no parecía haber rastro de carne en él, quien al igual que Hoth, parecía más interesado en cuestiones ajenas a la verdadera naturaleza de la misión, es decir, la 're-consagración del convento'.

La Hermana Superiora había requerido implícitamente a cada una de las mujeres en quienes más confiaba, la necesidad de observar discretamente a Tegas y a su pequeño grupo, tal premisa se había cumplido desde Paramar con total eficacia, pero hasta el momento el Cuestor no había dado señal alguna de objetivos velados.

Las órdenes indicaban que Tegas y su equipo asistirían a los equipos de trabajo en la reconstrucción del Santuario, lo que ya de por sí, resultaba una extraña responsabilidad para un adepto de su rango, sospechaba que había algo más en la misión del tecnoadepto aquí, se preguntó si a la Canonesa se le habría informado sobre su verdadero objetivo, lo dudaba, Sepherina era tan pragmática como honrada, era muy poco probable que ella optara por no compartir esa

información con su comandante principal, otras Sororitas se preguntaban si Tegas no podría haber sido destinado a ésta misión como reprimenda por alguna falta cometida, imponiéndole dicha tarea como castigo o penitencia, ésta era una hipótesis tan probable como cualquier otra, pero Imogen no la compartía, el aceitado Cuestor caminaba como una rata sobre sus patas traseras, todo hocico, avanzando de puntillas sobre su eje, la aversión instintiva de la Hermana hizo que Tegas le pareciera de poca confianza.

Imogen apartó al tecnoadepto de sus pensamientos mientras se acercaba a un grupo de Hermanas de Batalla, las mujeres permanecían en formación dispersa, con sus espadas-sierra desactivadas y sus bólters equipados con las bayonetas caladas, pero al verla acercarse adoptaron de inmediato la posición de firmes, mostrándose orgullosas con sus rectos tabardos y el rico carmesí de sus capas de combate enmarcando su brillante servoarmadura de color ébano.

Imogen no tenía vergüenza en admitirlo, su corazón se aceleraba cuando centraba su atención en sus Hermanas, sí alguna vez necesitase recordar que era lo correcto o cual era su propósito, no tenía más que volver su rostro para mirar a éstas mujeres, reconociendo las cualidades que encarnaban, dentro del océano de incertidumbres en que se encontraba inmerso éste oscuro universo, las Hermanas de Batalla eran el inquebrantable baluarte de la fe humana.

Poco importaba a Imogen que hombres como Hoth, o Tegas, las miraran por encima del hombro tildándolas como ‘fanáticas’, pues no entendían la verdad divina que las Hermanas de Batalla conocían en el interior de sus almas, ellos nunca comprenderían su satisfacción por un compromiso real con el Dios-Emperador, quien en toda su divina majestad había forjado un Imperio para la humanidad, manteniéndola protegida de cualquier amenaza, de extraños Xenos, de brujos y psíquicos, inhumanos y los viles mutantes, incluso de repugnantes monstruos enviados por los Poderes Ruinosos, a todas éstas fuerzas se enfrentaron una y otra, y otra vez por la salvación o condenación de la humanidad, fuerzas que trataban de arrastrar a la humanidad gritando hacia la impiedad.

Ninguno de ellos lo veía tan claramente como las Hermanas de Batalla, si bien es cierto que ellas no se enfrentaban a solas contra éstas huestes de enemigos, no se podía esperar que los soldados regulares de la Guardia Imperial pudiesen afrontar tales amenazas, la Inquisición compartía de cierta manera la labor de las

Sororitas, a menudo entremezclándose con las mismas aberraciones que se proponía eliminar y el Adeptus Astartes, los Marines Espaciales del Emperador... eran una mezcla de conflictos, escisiones de guerreros tribales que abrazaron poderes psíquicos poco fiables y los principios del transhumanismo, algunos de ellos resultaban más tolerables que otros, pero aún así, todos ellos abrazaban la devoción al Trono Dorado en su cruda medida... aunque nunca serían de entera confianza.

En cierto modo, Imogen se compadeció de ellos, pues nunca abrazarían la gloria de la fe pura, la liberación de toda duda con la que ellas habían sido bendecidas.

La Hermana más cercana a ella inclinó un poco la cabeza y con sus manos hizo el saludo del águila sobre el pecho. -**Mi señora...**- comenzó diciendo -**¿si se me permite preguntar, cuándo se nos ordenará embarcar?**- agregó señalando con la cabeza hacia las lanzaderas.

Imogen la estudió y no dijo nada, junto al resto del equipo traído a bordo en Paramar, vino un contingente de Hermanas de Batalla adicionales a quien se les había ordenado unirse a la misión, ésta era uno de los miembros de ese grupo, una de las últimas en llegar, abordaron la nave junto a las Hospitalarias y el resto del personal de apoyo medicae de la Orden no combatiente de la Serenidad.

La Hermana Miriya, recordó Imogen, la Hermana Superiora le había ordenado mantener observada a Miriya, había oído rumores en los barracones del cuartel, se referían a ella como una Hermana con salvajes tendencias independientes y maneras demasiado directas, la mirada de Imogen reposó sobre el rosario eclesiástico alrededor del cuello de Miriya, se acercó y palpó con su pulgar el sello de oro y la línea de perlas diamantinas que colgaban de él, Miriya no se movió.

Cada cuenta representaba un acto de gran devoción hacia la Eclesiarquía, ya sea en la quema de un psíquico o una victoria ganada, los eslabones que componían las cuentas de Miriya estaban raspados y dañados de una manera deliberada, no podía ser producto del típico desgaste de la batalla, los eslabones del rosario habían sido interrumpidos y vueltos a iniciar, Imogen soltó el rosario y lo dejó caer libremente, la Hermana Miriya había sido una Hermana Celeste sirviendo con el rango de comandante de escuadra, pero había perdido tales honores, Imogen desconocía los detalles del incidente pero era consciente de que la mujer

había desobedecido una orden directa dada por la Canonesa Galatea en el convento de Neva, como resultado de ello, Miriya había sido finalmente reducida al simple y raso rango de Hermana de Batalla.

Imogen apretó sus labios mientras pensaba, sin duda, una Hermana que rompiese la cadena de mando merecía mucha más censura que esa, la excomunión, o su inclusión en las filas de las Repentia, la libertad de auto-mortificarse y orar plegarias cada día de su vida hasta redimirse, la misericordia impartida por Galatea parecía cuanto menos... laxa.

-**Se le informará en su debido momento y no antes**- espetó Imogen.

No le gustaba Miriya, ni el modo en que se comportaba, ni la libertad que se auto-otorgaba al hablar sin solicitar permiso previo, la estudió detenidamente, observó el chocante tinte negro de su cabello, las cicatrices que surcaban su rostro, el tatuaje color sangre de una flor de lis sobre su mejilla, buscando encontrar en realidad a la desafiante mujer que sabía se escondía debajo de todo aquello, si de Imogen hubiera dependido la elección, habría rechazado la petición de la Hermana de unirse a la misión a la que las conduciría el Tybalt, Sepherina por otro lado, demostraba su liderazgo predicando con el ejemplo, en tal sentido, la Canonesa consideró procedente ofrecer a Miriya un lugar y la posibilidad de probar su fidelidad al Dios-Emperador, un rol con el cual pudiera renovar su propósito, Imogen al contrario, carecía de tiempo para atender tales cosas, ella creía en los actos firmes de piedad, la constancia y la devoción inalterable, consideraba que no había lugar aquí para la incertidumbre o el libre albedrío.

Para colmo, la situación no había mejorado con la inclusión de otras dos Hermanas, ex-integrantes de la escuadra de Miriya, que también fueron degradadas, la alta y musculosa Cassandra y la más joven, Isabel, ésta última llevaba nuevas cicatrices, lucía un ojo augmetico de aleación que aún debía perder su brillo, las lesiones que ellas dos habían sufrido, parecían haber fortalecido su vínculo con Miriya en lugar de debilitarlo, aunque su ex-comandante era ahora de su mismo rango, todavía demostraban un excesivo grado de respeto hacia Miriya, casi se diría que por la fuerza de la costumbre.

Imogen las había visto entrenar y realizar simulacros de lucha, con lo cual no podía negar que la Hermana Miriya y sus compañeras contaban con plenas

habilidades de combate, pero también resultaba cada vez más claro que tendría que romper sus antiguos patrones de comportamiento si iban a prestar un servicio adecuado a la misión.

La ex-Celeste no respondió a las palabras de Imogen, pero tampoco apartó la mirada, el sutil desafío mostrado por su compostura no la ofuscó, pues sabía que Miriya nunca la desafiaría abiertamente, no era tonta, pero si la Hermana de Batalla creía ser capaz de erosionar el estatus de mando de Imogen, de cualquier manera posible, tendrían que ajustar cuentas.

-**La Canonesa Sepherina ordenará el embarque, personalmente**- continuó la Hermana Superiora. -**Habrá un sermón y el canto de un himno de dedicación antes de iniciar el descenso hacia Santuario 101.**

-**¡Estaremos listas!**- respondió Miriya a pesar de que Imogen no se lo había preguntado.

Imogen se acercó más a su subordinada para que lo que le dijera, no trascendiera a las demás.

-**La última palabra es siempre la mía Hermana Miriya, le aconsejo que no lo olvide nunca.**

Por reflejo, Miriya abrió la boca para decir algo, pero instantáneamente lo reconsideró, finalmente bajó la cabeza con un gesto de aceptación. *Buen comienzo*, se dijo Imogen a sí misma, *tal vez, pueda ser correctamente disciplinada después de todo*.

Fue entonces cuando advirtió la presencia de una mujer delgada, agradable y con vestiduras de color marrón terroso que la observaba desde el otro lado de la bahía con una mirada rayando la acusación, la niña era una de las Hospitalarias y mantuvo su molesta expresión abiertamente, cuestionando a Imogen la mordaz manera con que había tratado a Miriya.

Dándose cuenta de ello, la Hermana Superiora escrutó detenidamente el bonito rostro de la joven, reconociendo a Verity Catena, de la Orden de la Serenidad, así como su nombre, a partir de los registros sobre los antecedentes del transgresor comportamiento de Miriya en Neva. Allí, Verity había participado en las acciones como no combatiente, arrastrada por el tumulto de una rebelión

secesionista. Por dichos los informes asimiló que todo ello culminó con el incendio de la ciudad y la purga de los niveles jerárquicos planetarios, también tenía entendido que la mujer había sido afín a una Hermana de Batalla, fallecida durante su servicio al trono mientras actuaba bajo el mando de Miriya.

¿Acaso Verity culpaba a la otra mujer?, Imogen consideró la cuestión por un breve momento, *¿acaso fue la muerte de su Hermana afín la razón por la que había decidido unirse a ésta misión? ¿O tal vez, sólo era una manera de re-encontrar y renovar su fe? Algunos rumores sostenían que los incidente ocurridos en Neva, habían sido perpetrados por toda clase de brujos y herejes, hecho que suponía una carga preocupante y suficiente para una persona que no contaba, ni con la capacidad, ni con el entrenamiento suficiente para afrontar los extremos deberes que debían cumplir al servicio del Dios-Emperador.*

Sin embargo, Imogen recordó una carta de recomendación adjunta al expediente de Verity, de una de las Señoras de alto nivel de las Hermanas de Batalla involucradas en ese breve conflicto, según la cual se le reconocía el coraje demostrado bajo el fuego enemigo, si bien las Sororitas de las órdenes no militantes, como las Hospitalarias, Dialogous y Famulous, tenían algún tipo de adiestramiento en el uso de armas, no estaban plenamente capacitadas para recorrer los caminos de la guerra como las Hermanas del resto de órdenes militantes, resultaba inusual que una Hermana Superiora reconociese la labor del personal ajeno a su orden, ni siquiera por sus acciones durante un conflicto.

Pero eso, por lo visto, no significaba que Verity contaba con un permiso tácito para mostrar sus discrepancias con un superior, Imogen volcó por completo su gélida mirada sobre la Hospitalaria.

-**Te muestras impaciente**- empezó a decir, mirando directamente a Verity, pero hablando alto para que sus palabras llegaran a Miriya y el resto de las Hermanas de Batalla allí reunidas. **-Éste viaje ha sido largo y habrá puesto a prueba tu paciencia, durante semejantes travesías las Sororitas deben perfeccionar sus aptitudes y adoctrinamiento para evitar el decaimiento generado por la falta de acción, sólo a partir de la estricta aplicación de nuestra fe marcial podemos cumplir los deberes para los que nacimos**- Imogen caminó lentamente a través de las filas de las mujeres, acercándose a Verity con cada paso, la Hospitalaria palideció ligeramente. **-Cada una de ustedes cree ser una digna iluminada del Dios-Emperador, cada una de ustedes cree estar lista,**

¡puesto que ha sido probada!- le dio a la última palabra un duro énfasis y quebró la mirada de Verity.

La Hermana Superiora hizo un gesto solemne y continuó. -**Las mujeres que estaban bajo el sol de Kavir en Santuario 101 creían lo mismo, pero ahora están muertas, sus vidas aplastadas bajo el talón de un universo indiferente y aborrecible, se han ido a Su lado, a los pies del Trono Dorado, bendita sea su memoria.**

-**Bendita sea su memoria**- asintieron a coro las Hermanas de Batalla, sus voces resonaron febriles como olas.

-**Y ahora llegamos para tomar su lugar**- Imogen volvió a asentir -**tenemos que estar preparadas camaradas, pues aunque el destino que les ha destruido ha seguido su paso, sepan que detrás de la muerte de cientos de Hermanas hay un dolor que no desaparecerá, somos como una vela ardiendo en el espacio, peleando por mantenerse encendida en el vacio sin aire, luchando por lo que sabemos que es correcto, nuestra fe**- recorrió los rostros, finalizando con el de Miriya. -**Así pues debemos recordar nuestro deber, el lugar que ocupamos en el esquema de las cosas, ninguna de nosotras puede presumir de conocer lo que enfrentamos, sólo podemos aferrarnos a nuestra fe.**

En el silencio que siguió a sus palabras, una fornida Hermana de Batalla, de negro cabello rizado y piel erosionada como la teca levantó la mano, Imogen decidió honrarla con su atención. -**¿Tiene algo que decir, Hermana Ananke?**

-**Nos dijeron que éste mundo está privado de vida, Hermana Superiora-** dijo Ananke con sus modos escuetos y concretos. -**¿Acaso no es así, conoceremos a nuestro enemigo frente a las puertas del convento? ¿Batallaremos para recuperar lo que pertenece a la Orden?**

Imogen detectó tenues huellas de esperanza en las palabras de la mujer, Ananke esperaba recibir una respuesta afirmativa, expresando el sentir compartido por el resto de la misión, esperaban vengarse de quien se había atrevido a atacar Santuario 101.

Tales impulsos resultaban útiles, pero si no eran debidamente controlados podrían resultar autodestructivos, la Hermana Superiora no estaba dispuesta a

dejar que las Hermanas se dejasen influir por sus instintos naturales más bajos.

-**Allí cumplirá con su deber, Ananke**- dijo Imogen con firmeza. -**Esa ha de ser su única preocupación, ya sea como soldado o con el rol que se le indique**- miró de nuevo a Miriya y luego a Verity una vez más.

Cuando la Hospitalaria se retiró a las sombras de los pórticos de aterrizaje, la Hermana Superiora sonrió levemente.



El insecto era un artrópodo tan grande como el brazo de un hombre. Su cuerpo, brillante y articulado, lucía tonos verdes oscuros como la más negra de las noches, pelos diminutos recubrían sus patas y su torso, tras haber evolucionado para atrapar la escasa humedad atmosférica del desértico planeta, adicionalmente, funcionaban como órganos sensoriales y palpadores que se movían en torno a su cabeza, el cuerpo se sostenía entre largas patas articuladas en múltiples partes, se deslizó cuidadosamente sobre el lado polvoriento de la duna.

El insecto examinó el frío aire nocturno, sintió los perturbadores signos de otra vida, era un depredador que se alimentaba de las variedades más pequeñas de su especie y de los ácaros en vuelo que nacían al abrigo de las piedras u otras trampas de viento.

Vaciló sobre la arena, analizando la situación con toda la capacidad que su pequeño grupo de nervios en su cerebro le permitía, detectó un nivel de calor por encima de lo normal, lo que instintivamente le obligó a detenerse.

La parte superior de la duna desapareció en torno al insecto, en una fracción de segundos, su cráneo fue aplastado por ásperos dedos desnutridos, agitado trató de usar su aguijón para presentar una defensa, pero otra mano ya estaba arrancando la púa con una maníaca y aterrorizante fuerza.

La arena fue desplazada por el viento constante, una figura humanoide vestida con harapos se reveló violentamente ante el cadáver de su presa, el polvo

recorrió sus líneas, volviendo al desierto bajo sus pies, junto con las patas retorcidas del insecto. Del primer bocado absorbió la mayor parte de sus fluidos, luego el resto crujió entre los agrietados y cortantes dientes ennegrecidos, la quitina oscura se astilló bajo la presión de las sus grisáceas encías, con extremo cuidado de no perder demasiados fluidos del delgado artrópodo ante las siempre sedientas arenas, la andrajosa figura se acomodó y comenzó a desgarrar el insecto con sus manos manchadas de icor. Saboreándola descubrió que era una hembra, una grande, aún contenía los grasientos huevos sin poner, eran fáciles de tragar, suaves y salados, las nauseas provocadas por el mal sabor hacía ya mucho tiempo que habían desaparecido.

+**Eres repugnante**+ dijo la voz del Vigilante +**todo tu ser lo es**++

La figura había estado escuchando la voz, brotaba del mismo aire, sin salir de ningún lugar en concreto, ocurrió durante tanto tiempo que se consideraba a sí misma como ‘la vigilada’, aunque había hecho todo lo posible por asegurarse de que ‘la voz Vigilante’ nunca la encontrase, siempre lo hacía. Se concentró en saborear el cadáver del insecto. *Éste está bueno, sabroso, algo para ser disfrutado*, pensó.

Sin embargo, como solía suceder, la vigilada respondió mientras limpiaba su sucio rostro de materia grasa.

-¿Por qué me observas entonces, por qué sigues buscándome y mirando a través de mis ojos?, vete, lárgate, no me caes bien, no te necesito.

+**Tal vez ya me he ido**+ dijo la voz del Vigilante +**tal vez dejé de hablar contigo hace mucho tiempo y lo que oyes en el interior de la carne arruinada que llamas cerebro, es tu locura liberada**++

A la vigilada no le gustaba cuando la voz fantasmal jugaba con ella con ingeniosas palabras como éstas, gritó con enfado, la figura andrajosa recogió el aguijón descartado y se pasó la púa sobre la piel desnuda de un brazo, siguiendo las líneas de otras ya cicatrizadas donde se había cortado docenas de veces, el veneno del insecto le hizo arder la carne, provocándole una dulce y poderosa agonía, al mismo tiempo, la cruel y odiosa voz permanecía en silencio por un instante.

Pero sólo por un instante.

+**No debes detenerte la próxima vez, inyecta el veneno en tu cabeza, entonces morirás y todo habrá acabado**++

-**Me niego a morir**- fue su respuesta, se suponía tenía que ser fuerte y desafiante, pero en su lugar, resonó como una réplica triste y desalentadora, era difícil hablar a veces, como si la capacidad de formar palabras y liberarlas en el aire fuese de alguna manera degradándose con el paso del tiempo, era difícil estar segura. -**Debo aguardar.**

+**Te estás muriendo, tu mente es como... una herramienta rota, inútil**++

El Vigilante iba a decir algo más, la figura andrajosa lo sabía, pero entonces, algo sobre el telón estelar del cielo silenció las voces, había un nuevo espectáculo digno de verse entre las luces reflejadas de las aburridas lunas y asteroides.

Miró, esperanzada, atreviéndose a tenerla. La vigilada pudo ver nuevos haces de diamantina luz moviéndose en dirección contraria al patrón orbital del planeta, pasando cerca del tenue resplandor de la luna de Obsidiana, había algo que sólo podía tratarse de una nave espacial.

-**Esto sólo puede significar…**- las palabras se deshicieron como el papel de un antiguo pergamino -**... que se acabó la espera**- agregó finalmente cuando el Vigilante no respondió.

Abajo, en la superficie del desértico planeta, la figura vestida con un reverente, devastado, desgarrado y ennegrecido atuendo, se alzó sobre las dunas y dejó escapar un mudo gemido, impulsado por una emoción que no tenía forma ni nombre.

Entonces, como el cambio de las estaciones o la carne que no se come a tiempo, el Vigilante se decidió a hablar.

+**¿La espera de qué?**++ preguntó, a sabiendas de que la vigilada había olvidado hacía ya mucho tiempo la respuesta a esa pregunta.



CAPITULO
III



La luz del amanecer brilló, refractada inviolablemente por la atmósfera, sus rayos cayeron como oro en polvo a través de las altas y densas nubes. Los rayos solares de Kavir se enfrentaron a la incesante arena, a medida que el calor del día iniciaba su lenta aproximación, la tierra comenzaría a calentarse y las tormentas de polvo renovarían su furia.

El ciclo eterno de calor y frio, de viento y abrasivo polvo, había esculpido el paisaje de la colonia con exóticas formas sobrenaturales, formando imponentes cerros de color óxido con la arena como un sudario, montañas desniveladas con sus agrietadas mesetas, serpenteantes arroyos, excavados ancestralmente por la acción de las otrora corrientes de agua, eran ahora aullantes pasajes donde los secos vientos se reproducían, piedras esculpidas por las fuerzas de la naturaleza se alzaban en formas redondeadas y onduladas, asemejándose a descartados pedazos, caídos tal vez, de la mesa de trabajo de algún mítico dios artesano.

La llegada del amanecer, trajo consigo una oleada de lanzaderas descendiendo, módulos remolcados por metálicos pájaros alados transportaron las primeras partidas de la misión, gimiendo a través del aire, dejando tras de sí estelas del sucio humo de la combustión. Las naves sobrevolaron la amplia llanura brumosa del Gran Erg (Gran área de dunas de arena cambiantes en el Sahara, nt), antes de virar hacia el estrecho valle del este.

Las señales remitidas a las baterías automáticas de defensa no habían obtenido respuesta alguna, con lo cual, los pilotos de las lanzaderas consideraron arriesgado volar alto y a la vista, si bien el Ordo Xenos había asegurado que la zona no era peligrosa, las Adeptas Sororitas no estaban dispuestas a confiar sin

más en tan vaga información y correr el riesgo de que sus lanzaderas fueran derribadas por sus propias defensas, existía una alta probabilidad de que el espíritu máquina de las armas del convento permaneciera tal vez dañado pero activo, puede que inclusive estuviera corrupto.

Por ello, volaron sobre el estrecho valle tan bajo como se atrevieron, las lanzaderas de transporte de la clase Arvus desaparecieron tras la estela de polvo y arena levantada del suelo, tras el paso rasante de las más rápidas aeronaves clase Aquila que encabezaban la formación en la inserción, una de éstas naves sobrevoló estacionariamente la cima de la torre central del convento, casi a altitud cero, sin recibir fuego por parte de las armas defensivas laser, lo que evidenció que los cañones de defensa estaban tan muertos como el resto del complejo.



La Hermana Verity oyó la orden de aterrizaje cuando fue transmitida en cadena a todas las lanzaderas, en ese preciso instante la nave estacionaria, clase Arvus, se tambaleó peligrosamente al realizar un brusco viraje. Acompañada de un grupo de Hermanas Hospitalarias, viajaba en la zona de carga de la nave de transporte, hacinadas entre contenedores de almacenamiento y suministros médicos de emergencia, emisores portátiles de campos de fuerza y demás equipamiento. Al principio la Canonesa Sepherina se había mostrado reticente a autorizar que las Hospitalarias formasen parte de la oleada inicial de asalto, su auxiliar militar, la Hermana Imogen, había sostenido la necesidad de desplegar primero rápidamente tropas de combate antes que las unidades de las restantes Ordenes, Verity no se había dejado intimidar por la fría Hermana Superiora y había insistido en la importancia de contar con la presencia de personal de asistencia médica, durante la inserción, debido a la alta posibilidad de convertirse en un asalto a realizar en un entorno incierto.

Imogen dejó escapar una risilla suave y tan fría como ella misma, recordó a Verity lo irónicamente absurdo que era considerar la posibilidad de que alguien permaneciera aún con vida en el convento, como para requerir auxilio sanitario. Todos los escaneos termo-gráficos y rastreos de exploración realizados sobre Santuario 101, no habían dado con evidencia alguna que permitiese siquiera

suponer la existencia de supervivientes entre las ruinas de rococemento, sin embargo, guardó silencio al ser replicada por Verity, quien sostuvo la necesidad de que las tropas de asalto contaran con asistencia, ya que dada la parca información que se había recibido por parte del Ordo Xenos en lo referente a la supuesta seguridad de la zona, no podían estar seguras acerca de qué clase de peligros podían aguardar en la superficie, por ello era mejor contar con el apoyo de auxiliares médicos, llegado el caso de que algún mal se cerniera sobre una Hermana de Batalla en plena inserción.

Sepherina aceptó su lógica e impartió la orden antes de abordar las lanzaderas de asalto. Irritada por ello, Imogen se aseguró que el viaje fuera lo menos cómodo posible, ubicándolas en las zonas de carga de las aeronaves.

Aferrada a una correa colgando, Verity se acercó a uno de los pequeños ojos de buey del fuselaje de la nave, observando a través del blindado cristal. Por el contrario, sus Hermanas se contentaron con quedarse donde estaban, sujetas por arneses a una de las paredes de la nave mientras oraban diversas letanías para un aterrizaje seguro, Verity murmuró las mismas palabras, tocando con un dedo sus labios y el sello imperial grabado en su armadura. Al igual que el resto de las Hospitalarias, Verity había sido transformada en una versión de combate reducida de una Hermana de Batalla, no la habían equipado con la poderosa servoarmadura de combate, ni con el yelmo modelo Sabbat, que las Ordenes militantes llevaban a la guerra, sino con el kit blindado regular con el que se equipaba a la Guardia Imperial, esto se consideraba suficiente protección para ellas, Verity había oído que podía resistir el impacto directo de un Stubber (Armas de fuego similares a las del 2M, segundo milenio, nt), o indirecto de un bólter, rumor que en definitiva no planeaba poner a prueba.

Observando a través del diminuto mirador vio las arenas interminables, luego, y por primera vez, el lugar que debían reconstruir.

Al frente observó las oscuras paredes del puesto de avanzada emergiendo a través de las nubes de arenoso polvo, con sus almenas exteriores en algunos sectores intactas, mientras que en otros sólo se veían restos de rococemento, tras estos, estaban los aparentemente intactos muros interiores y la torre de la capilla, pero al igual que las murallas exteriores, todo parecía sumido en el silencio, el desorden y la muerte.

La lanzadera en la que viajaba era la última en aterrizar de la primera oleada de inserción, junto a otras naves formaron un semicírculo dentro del complejo principal, Verity pudo observar las negras servoarmaduras de las Hermanas de Batalla, desplegándose en un amplio perímetro en torno a las naves clase Arvus que estaban aterrizando, el tren de aterrizaje gruño al hincar el suelo. Inclinó la cabeza y liberó un suspiro de agradecimiento al espíritu del Dios-Máquina de la lanzadera. Cuando la rampa de popa se abrió y se posó sobre la superficie, el calor y el polvo asaltaron de forma inmediata el compartimiento de carga a causa del viento, Verity frunció el ceño y buscó a tientas las gafas en el kit de su equipo, se las colocó pero a pesar de ello sus ojos ya estaban ardiendo.

Bajó la cabeza para descender por la rampa de la bodega de carga, su primer paso en el suelo del Santuario careció de total elegancia, ya que tropezó a medias, la gravedad aquí era un poco menor que la estándar de Terra, Verity se recuperó haciendo una pausa para ajustarse las gafas, a su alrededor los servidores y siervos se movían de un lado a otro, con el propósito de descargar las provisiones y suministros de las naves con la mayor brevedad posible, Sepherina quería que las naves fueran descargadas inmediatamente, de tal modo que pudieran remontar el vuelo nuevamente y dirigirse hacia la órbita alta, donde podrían cargar nuevamente la siguiente tanda de provisiones y personal que aguardaban en el Tybalt, los motores de las lanzaderas ronroneaban ociosos, despidiendo restos de ozono y promethium sobre el enorme patio.

El convento parecía haber estado abandonado desde hacía siglos. La arena, con sus variados matices rojizos, se había amontonado en grandes cúmulos a los pies de las torres de observación y a la sombra de sus soportes de refuerzo, en algunos lugares vio compuertas estancas, ahora abiertas hacia el oscuro abismo de su interior, Verity optó por cubrirse tras los Arvus estacionados, caminó hacia ellos.

Santuario 101 era un puesto avanzado de tamaño moderado, había sido construido con el patrón de diseño y ensamblaje estándar, usado en más de un millón de los característicos puestos de la Orden Sororitas, contempló el prefabricado baluarte, protegido bajo planchas de acero traídas de mundos ubicados a mil años luz, las paredes de piedra fueron cortadas con laser de la roca planetaria local, no se trataba de una base transitoria destinada a durar unos meses, las Hermanas habían establecido la base con un fin permanente, un lugar que permaneciera orgullosamente de pie, preparado para enfrentarse a los

erosionantes vientos arenosos durante cientos de años, verlo ahora en su actual estado de desatención y soledad, le causó un hondo pesar.

Verity se cruzó con un extraño bolardo metálico que sobresalía del suelo cubierto de polvo, cuyo aspecto se asemejaba al de un árbol, pero construido con lo que parecía chatarra, con cables y discos de ceramita en lugar de hojas y ramas, había docenas de ellos rodeando la torre del complejo.

-**Anillos bioetéricos-** dijo una voz tras ella, al volverse, observó a una Hermana de Batalla con su bólter acunado bajo el brazo, pasó a su lado sacudiendo la cabeza, empujando con el gesto un rebelde mechón de su cabello gris tras su hombro.

-**Rechaza y mantiene la arena al margen, cuando funciona emite un sonido persistente y zumbante que hace rechinar los dientes.**

La mujer era la Hermana Helena, una de las Celestes de Imogen, una imponente guerrera de ojos risueños enmarcados por un rostro tatuado con una lluvia de plateadas lágrimas.

-**Esto no está nada bien**- manifestó Verity expresando en inconscientes palabras su pensamiento. Señaló a su alrededor. -**Esto... todo esto...**

Helena la miró. -**¿Ha estado antes en un campo de batalla, no es así?**

Verity asintió. -**Sí Hermana, pero nunca en un lugar tan desolado como éste, parece la imagen de un rompecabezas incompleto, parece... haber algo mal aquí.**

La otra mujer frunció el ceño. -**Es la muerte-** dijo a Verity. -**Eso es lo que está mal.**

-**¿Qué quiere decir?**

Helena siguió caminando. -**¿Ha visto algún cuerpo?**- agregó con una expresión sombría.



Los servidores seguían depositando toda la carga en el centro del amplio patio, construyendo un rectángulo con los contenedores sobre un montículo de tierra oscura, a juzgar por el circundante y pequeño muro que envolvía el sector, se trataba de alguna especie de antiguo jardín devocional que las llamas habían arrasado, las Hermanas militantes habían formado un perímetro defensivo, custodiando la zona de aterrizaje y las lanzaderas que allí reposaban a la espera de que éstas retomaran el vuelo nuevamente, Verity las observaba, partir y perderse tras las nubes bajas que las envolvían mientras se dirigían a una órbita superior, dentro de aproximadamente una hora estarían de vuelta y el ciclo de descarga se iniciaría de nuevo.

Había sólo tres Hospitalarias junto a Verity, hicieron lo imposible por mantenerse apartadas del camino de las Hermanas de Batalla, mientras éstas se movían a su alrededor fijando sensores perimetrales, pabellones devocionales contra los bajos muros y señales demarcadoras en el espacio circundante a la improvisada pista de aterrizaje, la arena crujía bajo sus botas mientras inspeccionaban los alrededores, Verity advirtió que las estatuas que alguna vez se habían destacado sobre los pedestales, faltaban al igual que los cadáveres de los muertos, paseó su mirada por montones desordenados de escombros esparcidos a su alrededor, sorprendiéndose al ver brevemente los ojos fijos hacia ella de uno de los restos, el marmolado rostro había sido aclarado por efecto del sol.

-**Rompieron todas las estatuas**- dijo Zara, una de las Hospitalarias. -**¿Quién haría algo así? ¿Por qué harían eso?**

-**El odio toma muchas formas**- la respuesta salió de los labios blancos y helados de una imponente mujer, cuya apariencia se asemejaba más a los caídos cuerpos marmolados que a un ser de carne y hueso, Verity y Zara se inclinaron ligeramente en señal de respeto mientras la Canonesa Sepherina pasaba por delante de ellas, su pesada capa 'Aspiriate' iba dejando un surco sobre la arena tras su paso.

Sepherina carecía de cabello sobre su cráneo, su cuero cabelludo estaba recorrido por múltiples y detalladas líneas de electro-tatuaje, rezaban la letanía

de santa Katherine y resultaban apenas visibles bajo la cofia blindada que usualmente llevaba, el oro que adornaba los montajes de su armadura de batalla, enmarcaba un rostro tallado por la edad y las cicatrices de la guerra, la Canonesa irradiaba una dura clase de autoridad, sin esfuerzo alguno resultaba intimidante incluso para las veteranas con décadas de experiencia en la Orden, era el polo opuesto de la ácida naturaleza irascible de su segunda al mando, la Hermana Imogen.

Un grupo de Sororitas armadas se movían a la par que la Canonesa, cautelosas y listas para enfrentar cualquier tipo de amenaza, entre éstas, Verity atisbó la presencia de la Hermana Miriya, al cruzar sus miradas compartieron un breve gesto de reconocimiento.

Habían transcurrido casi tres años desde el funeral de su Hermana de sangre, Lethe, en el planeta Neva y en ese lapso de tiempo habían sucedido muchas cosas, Verity consideraba a la Hermana de Batalla como una amiga de confianza, hacía tiempo que había absuelto a la ex-comandante de toda responsabilidad por la muerte de su Hermana. Sus experiencias compartidas en Neva habían forjado un vínculo de camaradería, éste se había enfriado por la actitud de Miriya en los últimos meses de viaje a bordo del Tybalt, a medida que se aproximaban al Santuario 101, más retraída se había vuelto la Hermana de Batalla, incluso sus camaradas Cassandra e Isabel lo habían advertido, pero poco era lo que éstas podían hacer para sacarla de su ensimismamiento, tal vez ahora que la misión realmente había comenzado, Miriya encontraría renovados sus propósitos... Por el contrario, Verity sentía que mientras más tiempo permanecía en éste desolado lugar, más decaía su ánimo, había algo efímero en éstas ruinas, algo que irradiaba un aura de desesperación, el convento desierto, lo sentía, hedía a angustia humana.

Sepherina parecía sentir lo mismo, la Canonesa se volvió. -**Éste lugar...**- empezó **-éste lugar estuvo en una época lleno de vida, fe y la divina luz del Emperador. Y lo estará de nuevo**- su voz resonó a través del patio. -**Seremos testigos de ello, ni vacilaré ni lo dilataré más.**

Su mano desapareció en los pliegues de su manto y emergió portando una antorcha, el extremo más ancho estaba rematado por una corona metálica, Sepherina la activó y un soplo de brillante fuego se encendió entre las estrías de latón, Verity había visto esos tizones antes, llevados por los predicadores como

símbolo de la fe humana.

-**Su luz, ha vuelto a Santuario 101**- sentenció mientras las emociones surcaban su rostro. -**Vengan y presenciémoslo, juntas.**

-**Mi señora**- llamó la Hermana Imogen al acercarse. -**Deberíamos esperar, las Exploradoras aún deben asegurar la zona, no sabemos si éste sitio es seguro.**

Sepherina la interrumpió con un gesto. -**¡No!, no esperaremos Imogen, a las Sororitas se nos ha hecho esperar demasiado tiempo, ¿no crees?**

A pesar de sentirse amonestada, Imogen prosiguió. -**El Cuestor y su séquito vuelan a bordo de las siguientes lanzaderas en aterrizar, esperará ser recibido...**

Sepherina la interrumpió con un gesto brusco. -**Entonces serás tú quien le reciba**- se volvió hacia la Hermana Miriya. -**Tú y tu escuadra la acompañareis.**

Miriya asintió. -**Sí, señora**- dijo mirando a las mujeres a su lado, quienes cuadraron sus posiciones alrededor de la Canonesa de inmediato.

Verity volvió su mirada hacia atrás, solo para encontrarse con la mirada fija de la Canonesa quien la estudiaba detenidamente. -**La Hospitalaria vendrá también**- sin aguardar un instante más, Sepherina encabezó la marcha a través del patio, en dirección a los portales ovales que atravesaban los muros interiores y se adentraban en sus profundidades.

Verity se ubicó en la retaguardia de la unidad de Miriya, manteniendo el paso de la Hermana Ananke quien marchaba al final de la formación, se arriesgó a mirar por encima del hombro y vio como Imogen las observaba marchar con una expresión indescifrable en su rostro de alabastro.



En el interior, la opresiva sensación de tristeza resultaba subyugante, pero la Canonesa la enfrentó con la antorcha en la mano, castigándola a medida que se

adentraban en el edificio, las saltarinas llamas reflejaban su resplandor sobre paredes recubiertas por una capa de polvo mineral, refractaban su luz tal como se reflejaría la luz del sol sobre la nieve. Los lúmenes de emergencia alimentados por reacciones químicas seguían activos, pero tras una década, su débil luz era poco más que tenues señales, apenas demarcaban en cierta medida las distancias que las Hermanas recorrían.

Miriya se mantuvo clara, concentrada y dispuesta, lista para el combate. Sobre su pecho, el bólter modelo Godwyn-Dyath en una funda que permitía desenfundarlo rápidamente, su dedo posado sobre el gatillo, a pesar de sus sentimientos personales hacia la Hermana Superiora, Miriya estaba de acuerdo con Imogen, Sepherina era la mujer de mayor rango de la misión, se exponía a peligros desconocidos adentrándose en una zona, donde la existencia y naturaleza de probables amenazas estaba aún pendiente de confirmación, esto era cuanto menos imprudente, parecía impropio de una Canonesa.

¿O no lo era?, Miriya tuvo que admitir que si estuviera en su lugar, habría hecho lo mismo. En cierto modo éste gesto por su parte, el desafío a la suerte y al peligro, era un impulso o sentimiento que subyacía en el alma de toda la misión, otros podrían haber librado a Santuario 101 a su suerte, para que el polvo, las arenas y el olvido lo reclamasen como propio tras el ataque sufrido, tal vez contabilizándolo como una triste pérdida y prosiguiendo su camino hacia otros destinos, en los cuales imponerse resultase más fácil.

Ese, no era el camino de la Hermandad, algunos podrían burlarse de ellas por ello, Miriya sabía que muchos soldados regulares consideraban a las Adeptas Sororitas el modelo viviente de la tenacidad y del empecinamiento, algo de verdad había en ello, pues esa sí era su forma de actuar.

Si una Hermana era derribada, ¿acaso no se levantaría nuevamente? Y si caía otra vez, volvería a levantarse, a ponerse en pie, así por siempre hasta morir al servició del Emperador, las sagradas palabras eran de la mismísima Alicia Dominica, una de las primeras Sororitas y miles de años después de haber sido pronunciadas, todavía mantenían su vigencia.

La osadía de Sepherina iba más allá de la simple razón, estaba dando ejemplo, enfrentada a un universo indiferente y a quienes retaban su fe.

Miriya se mantuvo en silencio mientras avanzaban desde el claustro de la entrada, atravesando uno de los corredores que conducía a la nave principal del convento, el edificio había sido diseñado a partir de la estructura del gran Convento Sanctorum, pero a una escala proporcionalmente mucho más pequeña, la arena había llegado también hasta aquí, tras años de ser soplada a través de las puertas abiertas por vientos secos y empalagosos, a la luz de la antorcha vio el camino a seguir, la arena se había acumulado en ondas uniformes donde había sido depositada por las olas de viento, ninguna huella se advertía sobre su superficie, como sí sucedía con las que las Hermanas dejaban tras sí, de haber algo vivo en éste lugar, ya sea un enemigo o algún ser de la fauna local, no había pasado por allí desde hacía ya mucho tiempo.

El convento era un caos, pero no parecía el típico generado como resultado de una batalla perdida, sino más bien, las secuelas de un fenómeno natural, no se veían actos de vandalismo, parecía más bien como si un huracán se hubiera desatado por los pasillos, derribando los tapices y obras devocionales de las paredes, a través de las puertas abiertas en los habitáculos que dejaban atrás, Miriya atisbó estanterías colapsadas con sus textos derramados sobre el suelo, en más de una ocasión, la Canonesa Sepherina vaciló en estos lugares antes de proseguir su avance.

Oyó a Ananke hablar en susurros vigilantes y cautelosos al pasar frente a un reducto, tras el cual el corredor se estrechó. -**Éste es el quinto puesto defensivo que pasamos desde que ingresamos al convento y ninguno muestra signos de haber sido utilizado.**

Cassandra añadió. -**Todavía no hemos visto ni un solo cuerpo.**

-**Sigan alerta**- murmuró secamente Miriya, todas guardaron silencio, desde ese momento ninguna volvió a hablar, a pesar de lo cual, sabía que todas las Hermanas estaban pensando lo mismo, ¿Dónde estaban los cadáveres? Miriya no había tenido acceso a los documentos que las Sororitas habían recibido de parte del Ordo Xenos, se preguntó que decían acerca de los cuerpos de sus camaradas, ¿el enemigo había tomado los cuerpos de aquellos a quienes había asesinado o esto era el resultado de las labores de alguna otra delegación imperial?

Rodearon las cámaras del torreón central y siguieron a la Canonesa hacía las altas puertas de acero de la gran capilla, a medida que se acercaban, Miriya no

pudo evitar un curioso cosquilleo de anticipación a través de su cuerpo, que ciertamente no podía catalogar como miedo.

Sepherina empujó las grandes puertas con las palmas de la manos, estos se abrieron poco a poco con un gemido de sus pistones hidráulicos, un aire frío como el aliento de una tumba las recibió, haciendo que se retorciera y crepitara la llama de la antorcha.

La Gran Capilla (Great Chapel del original) de Santuario 101 era una inmensa sala hexagonal, cada una de las seis inmensas paredes, de varios pisos de altura, soportaba una cúpula de piedra oscura, cuyos ojos acristalados dejaban pasar los tenues rayos de luz que bañaban la amplia cámara, los cristales representaban a cada una de las Ordo Militantes Majoris, cada uno de los paneles lucía incrustaciones de colores que daban forma a los emblemas respectivos: un corazón sobre la cruz maltesa, dos rosas de las cuales una era de un blanco prístino y la otra roja como la sangre, una calavera y por ultimo un cáliz, estos cinco iconos se situaban en torno a uno mayor situado en el centro de la cúpula, y que debería haber mostrado una cruz invertida carmesí rematada por un cráneo blanco, pero el cristal que lo formaba había sido brutalmente destrozado, sólo un rayo de débil luz ocupaba su lugar, los fragmentos que representaban la simbología de la Orden yacían esparcidos en pedazos sobre el adornado altar, en el centro de la cámara.

El grupo avanzó, atravesando filas de bancos, construidos a partir de madera roja traída de boscosos mundos lejanos, el techo estaba sostenido por seis pilares de mármol medio ocultos tras las penumbras y sobre estos, las Hermanas de Batalla atisbaron los vestigios de impactos de proyectil que habían besado su superficie. Entre las bajas dunas de arena, acumuladas por efecto del viento que atravesaba las rotas ventanas en un lento progreso, relicarios llenos de antiquísimos libros de oración y pequeñas capillas devocionales, estaban medio enterradas, sobresaliendo de los montículos de polvo, cual puentes de mando de antiguos buques hundidos durante la marea baja.

Aquí, más que en ningún otro lugar del convento, se palpaba un sentimiento de desolación y vacío, los conventos y las capillas de las Adeptas Sororitas habían sido erigidos como sitios de salvación y devoción contemplativa, calentados por el resplandor constante de electrovelas atendida por servidores, ahí, una Hermana de cualquier orden podría venir, hincarse de rodillas para orar y saber

con absoluta certeza que formaba parte de algo mucho más grande que ella misma, mucho más grande que la vida de un único ser humano, pues suponía un sitio de unión trascendental, sabiendo que ahí lograría un momento de unidad de capital importancia.

Esto que se veía apenas era una sombra de ese ideal, era como si el corazón del convento hubiera sido arrancado, los rostros de los santos y palatinos, honrados en los frisos alrededor de los pilares y las paredes, parecían infinitamente tristes, por un momento Miriya se estremeció al pensar en los horrores que podrían haber presenciado en éste lugar.

Si sólo hubiera alguna señal, pensó, una minúscula pista, incluso eso sería mejor que la ignorancia que las aquejaba.

En el centro de la gran capilla, una tarima circular de blanco mármol reflejaba la tenue luz del lugar, allí, sobre el altar estaban las estatuas, cuya escala era el doble del tamaño de un ser humano, la menor de las dos era una vivida representación de santa Katherine, tal como lo había sido en los días en que su movimiento era conocido como la Orden del Corazón Ardiente, la mano vengativa de la Eclesiarquía, asesinada bajo los filos del ya destruido culto brujo de Mnestteus, tragedia que habían llevado a la Hermandad de Miriya, a cambiar el nombre de su orden por el de la Orden de Nuestra Señora Mártir, aún ahora, mientras miraba el rostro de piedra de la estatua, la veterana Sororita sintió una sensación familiar de tristeza arraigada en su interior.

Elevándose sobre santa Katherine, estaba aquel gigante hincado sobre una rodilla, con una mano extendida hacía ella, como protectoramente haría un padre sobre un hijo, construido con el mismo mármol blanquecino del altar, la estatua del Dios-Emperador de la humanidad se destacaba a partir de sus detalles en platino y oro, incluso con la gruesa capa de polvo que le cubría no se podía disimular, al igual que los frisos de éste oscuro lugar, las estatuas parecían transmitir un mensaje muy distinto al que estaban destinadas a dar, casi parecía como si la estatua del Emperador se hubiese congelado, en el preciso momento en que trataba de proteger a santa Katherine de alguna invisible fuerza que hubiera venido a destruirla.

La escuadra se distrajo de sus deberes por un momento, ensimismadas por un pensamiento en común, sólo la Canonesa Sepherina se movió, acercando sus

pies hasta el altar, Miriya la vio despejar la tarima con sus manos de los restos esparcidos que la cubrían.

Entonces Sepherina bajó la cabeza y soltó un suave sollozo.

Miriya frunció el ceño, se volvió hacia Cassandra y las otras, con rápidos gestos de su mano envío a las mujeres a asegurar el perímetro de la capilla, éstas cumplieron inmediatamente la orden de la veterana, iluminando los sombríos rincones con los lúmenes instalados bajo los cañones de sus bólter, Verity se mantuvo vacilante, luego dio un paso hacia delante, Miriya siguió a la Hospitalaria de pelo castaño rojizo mientras se acercaba a la Canonesa.

-Mi Señora- comenzó Verity **-me temo que no hay nada que yo pueda hacer aquí, si no hay nadie que me necesite...**

-Una vez fui una novicia aquí- Sepherina se volvió hacia ellas, con su anciano aspecto totalmente transformado. **-Santuario 101, donde el Dios-Emperador le habló por primera vez a mi espíritu.**

El distante humor que Miriya le había conocido durante el viaje desde Terra se había desmoronado, en su lugar, la Canonesa mostró repentinamente sus rasgos humanos a partir de las alineadas lágrimas que surcaban sus mejillas, Miriya se mostró sorprendida por el sentimiento de estima que sentía por su oficial superior.

-Siento esto como mi fracaso- dijo con un gesto y su voz parsimoniosamente fluida. **-Yo estaba destinada a regresar a éste Santuario de avanzada, pero las circunstancias y el deber me lo impidieron, de lo contrario, yo y no la Hermana Agnes, habría sido la Canonesa aquí ese fatídico día, hace doce años.**

-¿Qué podría haber cambiado, mi Señora?- preguntó Miriya. **-Tal vez, habría sufrido la misma suerte que nuestras Hermanas perdidas.**

Sepherina apartó su mirada hacia otro lado, concretamente hacia una cavidad extrañamente vacía en la superficie del altar, al que se acercó más aún, Miriya podía ver que se trataba de un compartimento oculto en la estructura de la piedra tallada, estaba completamente vacío de todo contenido.

-No lo sé, sólo desearía haber estado presente aquí en ese momento, haber tenido al menos la oportunidad- dijo exhalando un suspiro, Miriya comprendió que la mujer soportaba un enorme peso sobre sus hombros.

Verity también lo advirtió, la Hospitalaria era tan perceptiva a la naturaleza de las heridas en el alma como lo era respecto a las de la carne. **-Pero hay algo más que le preocupa.**

La Canonesa asintió. **-Sí, Hermana**- contestó perdiendo su mirada entre los montones de arena. **-Sé muchas cosas que aún han de ser dichas, sé por qué no hay cuerpos aquí.**

-El enemigo...- comenzó a decir Miriya, guardando silencio cuando Sepherina negó con la cabeza.

-No fueron tomados por los Xenos que profanaron el Santuario- replicó, de alguna manera, sus modos volvían a la normalidad. **-Fue el Ordo Xenos... el mismo inquisidor Hoth... fue quien se llevó los cadáveres de nuestras Hermanas.**

Verity no pudo ocultar su sorpresa. **-¿Por qué?**- exclamó horrorizada. **-¿Por qué la Inquisición haría tal cosa? ¿Por qué se les permitió?**

La expresión de Sepherina regresó a su neutral dureza al sentirse cuestionada con el tono de voz de la Hospitalaria.

-Cuide su tono, Hermana- le advirtió. **-Comprendo que las muertes aquí, le recuerde la pérdida de su Hermana, pero eso no le da derecho a expresarse fuera de lugar.**

Verity asintió inexpresivamente, con las mejillas ruborizadas, Miriya sin embargo, no sería tan fácilmente silenciada.

-La pregunta de Verity sigue siendo válida, mi Señora.

-Sí- reconoció una cansada Canonesa **-y esa cuestión me ha atormentado durante todo el viaje, pues es el precio que hemos debido pagar, Hoth jugó sus cartas muy bien, se aseguró de que los Altos Señores de Terra no nos concedieran autorización para regresar aquí**- sus labios temblaron

impotentes. -**Estuve a punto de lanzar la misión al planeta, con o sin autorización... cuando él cedió, los cuerpos de nuestros muertos fueron la cuota, que el maldito avaro de Hoth recibió como contraprestación.**

Tras un instante, suspiró y agregó. -**El inquisidor ha prometido que aquello que hemos perdido, nos será devuelto a su debido tiempo... luego de haber concluido sus pericias.**

-**Nuestros muertos de guerra no son juguetes para el Ordo Xenos**- explotó Miriya. -**¿Qué puede un hombre como Hoth esperar aprender de ellos?**

-**Un mayor conocimiento de la amenaza Xenos que se extendió por todo éste mundo**- dijo Sepherina, repitiendo claramente la pobre explicación que había recibido. -**Por el bien del Imperio del Hombre y por la palabra de la Eclesiarquía, cuya honra estamos obligadas a respetar.**

-**Hemos venido hasta aquí**- dijo Verity, encontrando su voz una vez más. -**Sin que nadie nos haya dicho quién o qué maldad se ha cernido sobre el puesto de avanzada.**

-**Lo sé...**- dijo Sepherina.

Habría seguido hablando, pero un grito de alarma de la Hermana Ananke resonó en la capilla. -**Mi Señora, ¡requiero su atención por favor! ¡Hay algo más aquí!**

Miriya notó el peligro y la urgencia en el tono de voz de Ananke y aprestó su bólter.



Encontraron a Ananke de pie frente a soportes de apoyo caídos, derribado por la aparente fuerza de choque de una explosión, Elena e Isabel ya estaban allí, con sus armas apoyadas en los hombros y escrutando cuidadosamente entre los escombros.

-**¿Qué sucede, qué es?**- exigió saber Sepherina, cualquier rastro de emoción

había desaparecido tanto de su expresión como de su voz.

-**Retrocedan**- advirtió Ananke. -**Puede tratarse de una trampa.**

Miriya miró en la dirección hacia la cual, la mujer de piel oscura estaba apuntando su arma, vio el brillo turbio de algo metálico entre los escombros, miró hacia los pilares caídos de nuevo, escudriñándolos con su ojo experto. -**Parecen los efectos de la detonación de una granada krak de demolición**- negó con la cabeza señalando los grandes pilares de mármol cercanos. -**La capacidad de ese tipo de armas, de uso reglamentario, bien podría haber derribado un pilar como éste.**

-**Estaban desesperadas**- concluyó Verity, su mirada se perdió momentáneamente mientras se imaginaba el momento de la terrible conmoción dentro de los confines de la capilla. -**Luchando con todo lo que tenían a su alcance...**

Las Sororitas empuñaron sus bólters, asegurándolos contra sus hombros, chasqueando sus placas magnéticas de su mochila, Miriya estaba a punto de avanzar sobre los escombros acumulados cuando se detuvo, tomar la iniciativa era algo que se esperaba de una Hermana Celeste, pero ella ya no lo era. *Sólo eres una Hermana militante ahora*, se reprendió mentalmente a sí misma, *recuérdalo, solo eres una soldado más de línea, en las guerras de la Eclesiarquía*, tomando aire se volvió hacia el Canonesa y consultó. -**Mi señora, ¿da su permiso?**

-**Proceda, Miriya**- contestó Sepherina con un guiño.

Era consciente del lento retroceso de las otras mujeres unos metros hacia atrás, mientras lentamente y con mucho cuidado se abrió paso a través de los escombros hacia el objeto que Ananke había avistado, la otra Hermana de Batalla permanecía cubriéndola en el lugar con el arma firme como una roca contra su hombro.

En un principio, Miriya supuso que se trataba de una variedad de cofre de oración, objetos comunes en las capillas de la Sororitas, tal vez se había visto atrapado por la explosión de una granada y aterrizó en medio de los escombros, fue entonces que vio cuan equivocada estaba.

El objeto era angular, claramente una máquina y aparentemente de acero, su superficie estaba muy manchada, salpicada de pequeñas abolladuras y grabada con intrincados símbolos sobre la totalidad de su superficie, demasiado finos para ser visto más allá de un brazo de distancia, Miriya vio una infinidad de símbolos, todos ellos aparentes variaciones ordenadas de un único símbolo lineal y circular, hecho que le hizo recordar las fórmulas matemáticas que había estudiado cuando era niña en sus clases en la Schola.

Había dos grandes depresiones en la superficie del artefacto, Miriya insertó cautelosamente sus dedos en ellos y tiró, los escombros y la arena se resistió por un momento, dispuestos a retener a su presa, pero finalmente cedieron y pudo hacerse con el objeto.

Su masa era el doble de lo que había esperado que fuera, más de la mitad de su superficie se hallaba refugiada bajo los escombros, la Hermana de Batalla lo volteó, y se quedó helada a partir del repentino reconocimiento.

El objeto era una interpretación aparentemente realista y a escala proporcionada del cráneo de un ser inhumano, pero no se trataba de Orkos, Tau o cualquier otro Xenos que ella reconociese, tenía en sus manos una calavera tallada a partir de un pesado metal plateado, con un largo mentón esculpido, ranuras en lugar de boca donde Miriya había introducido sus dedos, mechones de fino cableado colgaban de donde debería haber estado su cuello, con claros signos de haber sufrido graves daños en su anverso, no parecía ser una extraña pieza de arte abstracto, sino mas bien, un objeto antiguamente fabricado en serie, ella lo miró y una sombra cayó sobre sus pensamientos, formando en su ser una sensación de antipatía monstruosa difícil de controlar, fragmentos vagos acudieron a su memoria, parciales informes de misiones, rumores recordados a medias, se conjugaron en su mente. *Esto es algo de origen Xenos*, pensó.

Levantó la vista para ver a Sepherina acercándose. -**¿Es esto lo que mató a las Hermanas, mi señora?. ¿Es éste su rostro?**

La otra mujer asintió con la cabeza. -**Sé su nombre**- replicó la Canonesa -**y ahora, también ustedes.**

-**Necrones**- susurró Verity, su voz fue transportada por el repentino silencio.

Al segundo siguiente, un gruñido de propulsores resonó por encima de sus cabezas y una sombra cruzó las aberturas irregulares de la cúpula, mientras la segunda oleada de lanzaderas se disponía a tomar tierra en el patio.

Con una mueca repentina en los labios, Sepherina extendió la mano y agarró el cráneo de la máquina de las manos de Miriya, giró sobre sus talones, con la capa rompiendo violentamente tras su paso.



Tegas descendió de la nave Aquila como si avanzara sobre raíles, casi sin moverse, al menos no como haría una persona al andar, sus ricas vestiduras color rojo ladrillo ondulaban en torno a él, a un ocasional observador le hubiera parecido que flotaba o levitaba de un lado a otro sin los efectos de la típica locomoción orgánica, pero los más perspicaces podrían atisbar pequeñas patas cuasi arácnidas a ras de tierra, siempre ocultas bajo su túnica, si uno pudiera acercarse lo suficiente para mirar, habría visto una gran legión de micro-mecanismos que le impulsaban hacia delante. Tegas estaba hecho de metal de la cintura hacía abajo desde hacía ya ciento ocho años, a partir de entonces se había dedicado a transformar el torso superior de su cuerpo durante ese lapso de tiempo, de hecho, había aprovechado el viaje al Santuario 101 en el Tybalt para un sola cosa, sustituir algunos elementos carnosos que le quedaban en su tracto intestinal por eficaces piezas mecánicas, además de renovar cuidadosamente su módulo ocular cibernético.

Dejó que sus mecadendritas se pasearan un poco, probaran el halo del planeta, analizó el aire y los niveles de temperatura, dejó que sus sentidos cibernéticos analizaran los índices de gravedad y radiación, miró los rastros de agrupamientos bioetéricos, así como los termo-gráficos, archivando mega-datos en bruto de la constitución física del mundo.

El Adeptus Mechanicus había llegado, ahora las cosas se harían bien, recibió los datos del programa que sintetizaba los efectos de sus emociones y los apartó, volviendo su atención al modo de operación estándar, los seres que pululaban a su alrededor, las mujeres en armadura, los siervos trabajadores de ambos sexos hablaban, mientras Tegas registraba todo lo que estos decían, principalmente

hablaban de la falta de vida en el planeta, él se rió de ellos con su forma de pensar binaria, era poco lo que estos seres podían aprender o asimilar con la cruda masa carnosa de la que estaban hechos, formada por vasos sanguíneos y nervios en sus cabezas. En comparación con los superlativos múltiples sensores del Cuestor, éste mundo estaba lleno de vida, microondas, rayos ultravioletas y fototrópicos en formas que ellos nunca serían capaces de ver.

Tegas transmitió una ráfaga de órdenes a su séquito, su equipo estaba compuesto por ocho servidores, cinco de ellos, eran adeptos menores que el Cuestor había seleccionado por sus combinaciones de flexibilidad e inteligencia, los otros eran Skitariis de combate camuflados, podrían ser expuestos a exhaustivos e invasivos escaneos, y a pesar de ello, seguirían manteniendo su disfraz de siervos del Mechanicus no armados, comenzaron a intercambiar la información recolectada, formando un banco de datos común, Tegas los dejó con la tarea y se deslizó por la pista de aterrizaje, mientras se alimentaba del cumulo de datos que le hacía llegar otro programa, un virus de cifrado con el que había infectado el espíritu máquina del Tybalt en Paramar, referidos al escaneo y exploración orbital que la nave realizaba a nivel continental.

Por ello se distrajo momentáneamente, hasta que fue interrumpido por un ruido de frecuencia media que sonó cerca, Tegas tuvo que hacer una pausa para recordar que era el sonido de su nombre pronunciado a todo volumen, se volvió hacia la fuente de la voz, tratando de calcular los factores de estrés y el índice emotivo.

La Canonesa Sepherina se acercó a él, mostrando su rostro enmarcado por una irritada expresión, no era la primera vez que Tegas la había visto, otras de la partida de las Sororitas estaban con ella, bordeando la zona de descarga en curso de provisiones, sobre la improvisada pista de aterrizaje, Tegas había añadido señalizadores automáticos de identidad en su visor, por lo que ahora podía identificar instantáneamente a las mujeres al primer vistazo.

-**Estimada Canonesa**- comenzó él, anticipándose a las palabras de Sepherina, haciendo uso del modulador digital de voz, eligió y proyectó un tono de satisfacción en lugar de uno amenazante. -**Es muy gratificante estar aquí, por fin, ¿no es así? Yo...**

-**¿Qué otra cosa nos ha ocultado?**- preguntó con una fría expresión de furia en

su mirada. -**No cabe duda que nos oculta algo, como todos los que son como usted Cuestor, ¡con su infinito ego y la perfección de sus cerebros máquina!**- Sepherina negó con la cabeza. -**Pero esto ha ido demasiado lejos.**

Tegas decidió continuar con su simulada actitud, mientras analizaba las manifestaciones de la mujer y contestaba. -**Estoy ansioso por comenzar nuestros estudios sobre éste planeta, alabado sea el Omnissiah, que en toda su gloria guíe nuestros protocolos**- era consciente de que los adeptos de su partida lo miraban fijamente. -**Y no guardamos ese deseo como un secreto mi señora.**

-**¿Qué es lo que usted nos dijo que estaba buscando?**- la pregunta vino de una mujer identificada como Hermana Imogen, su voz sonó como un ladrido para él, hecho que le generó un estado alterado de emoción-analógica y cuyo nombre creyó recordar, era exasperación. -**¿Reliquias anteriores a la caída de la antigua noche?**

-**Menuda excusa**- espetó Sepherina, exhibiendo un objeto entre los pliegues de su capa de batalla. -**Estás aquí por esto, ¿verdad?**- mientras su mano lanzaba el objeto hacía Tegas, el Skitarii más cercano reaccionó como un rayo a fin de interceptar el objeto, tal y como el protocolo del sistema principal de protección autónoma regía, pero el Cuestor anuló dicha orden con un código de desactivación, mientras atrapaba el objeto con sus serpentinos apéndices.

Inmediatamente, se activó su sistema analógico de emociones que se disparó a índices infrecuentes, la reliquia expuesta a sus visores, era una pieza de tecnología Xenos de origen puramente Necrón, sus sistemas escanearon el objeto, cuyo origen se remontaba a varios millones de años, el ser obviamente se hallaría gravemente dañado, pero la cabeza estaba relativamente intacta.

Tegas tuvo que hacer un esfuerzo supremo para bloquear sus sistemas, que le obligaban a perderse de inmediato en el estudio de semejante reliquia, apartó la mirada hacia otro lado, orando cuidadosamente para que el cráneo metálico le fuese entregado a uno de sus subordinados. -**¡Qué interesante! gracias por éste fascinante artefacto, Canonesa.**

-**Necrones**- dijo abiertamente Sepherina, mostrando abiertamente su enojo. -**Lo que la Abadesa y el consejo Prioris sospechaba era cierto entonces, ellos**

destruyeron éste lugar- le clavó un dedo y añadió. -**¡Y el Adeptus Mechanicus lo sabía desde un principio!**

El permitió que sus hombros se desplomasen imitando el gesto humano de la derrota. -**Lo sospechábamos**- admitió, alterando el tono de su voz sintética a uno más suave, a fin de expresar su lamento. -**El Inquisidor Hoth nos entregó poca información sobre lo que fuera que fuésemos a encontrar en el sistema Kavir... a ambas organizaciones.**

-**Debió habérnoslo dicho**- la mujer avanzó hacia él. -**Debió comentárnoslo, esto lo cambia todo.**

-**¿Así lo cree?**- pareció interrogarse a sí mismo con presunta inocencia. -**Los muertos seguirán muertos, el convento aún necesitará de nuestra cooperación para su reconstrucción, éste mundo puede albergar reliquias de naturaleza mas allá de lo humanamente comprensible y de inestimable valor**- inclinó la cabeza y agregó. -**Mucho más que ese pobre pedazo de chatarra Xenos.**

La mentira resulto gratificantemente deliciosa, a decir verdad, él habría vendido alegremente la vida de cualquiera de las Hermanas a cambio de un objeto semejante.

Sepherina hizo un sonido de disgusto y cruzó los brazos sobre el pecho. -**Resulta claro para mí, usted y su séquito necesitan de una mayor supervisión en el planeta de lo que inicialmente esperaba, hasta que yo diga lo contrario, no hará, ni irá a ningún lado sin la escolta de al menos una Sororita.**

-**¡Eso es inaceptable! ¡Es una afrenta!**- Tegas olvidó pronto sus protocolos modulados de voz. -**¡El Adeptus Mechanicus no está bajo su autoridad! No tiene ningún derecho a dar esa orden.**

-**El Adepta Sororitas sirve como contingente marcial en ésta misión**- replicó ella -**y como comandante militar, es mi opinión que no estará... a salvo... a menos que esté acompañado y escoltado de cerca.**

¿Era una amenaza? Se preguntó Tegas, pero no podía estar seguro, pues había perdido la capacidad de medir los sutiles tonos de las emociones en los seres humanos no modificados desde hacía años, esto era en parte la razón por la cual

se resistía a trabajar con ellos. -**Canonesa, debo insistir en que...**

Pero una vez más lo interrumpió, Sepherina se dirigió al resto de sus tropas y de los siervos trabajadores.

-**Sobre las necesidades, incluso antes que la comida, el agua y la vivienda, tenemos el prioritario deber de vigilar, un deber que ha permanecido inconcluso por más de una década, ésta noche le prestaremos su debida obediencia**- le devolvió una ácida mirada al Cuestor. -**Nadie y digo nadie abandonará el convento, ese es mi decreto y será obedecido.**

Una docena de diferentes frases secuenciales, formaron una réplica en la mente de Tegas, pero las apartó, no tenía ningún sentido hablar, eso estaba claro incluso para él, por el momento continuaría según lo planeado, fuera de la vista, del mal humor e histrionismo de la mujer.

-**Por supuesto**- asintió con una profunda reverencia mientras sus sistemas hidráulicos gemían. -**A sus órdenes, señora.**



CAPITULO
IV



Los preparativos culminaron justo al concluir el corto día de dieciocho horas planetarias, la Canonesa había demandado al Capitán del Tybalt que los vuelos de las últimas lanzaderas de carga se interrumpieran al final del día, dejando en claro que no toleraría ninguna interrupción del servicio.

Miriya se cuadró cuando Sepherina usó su antorcha para encender un brasero ceremonial y con voz firme pero cuidadosa, la mujer mayor leyó un pasaje de los tratados dominicanos sobre la importancia del sacrificio y la fidelidad.

Todas las Hermanas de Batalla, las no militantes, los trabajadores, incluso Tegas y su séquito se habían reunido para presenciar la ceremonia, aunque la Sororita no tenía ninguna duda de que al Cuestor no le interesaba la ceremonia, Tegas y sus siervos se quedaron como estatuas, con la mirada perdida en las paredes de piedra detrás de la Canonesa, cada uno de ellos haciendo caso omiso del momento de rememoración humana, participando en algún tipo de comunión mecánica.

¿Se reunían dentro de sus propias cabezas, hablando sin hablar, burlándose de nosotras tal vez?... imaginó que sí, se decía que muchos de los Adeptus Mechanicus poseían la capacidad de comunicar su voz por medios inalámbricos, como por telepatía se expresaban de mente a mente, Miriya se imaginó así misma que podría oírlos si se le autorizará a buscar la frecuencia que estos utilizaban por medio del módulo vox de su armadura.

Rechazó la idea y miró hacia otro lado, mientras Sepherina culminaba la lectura del rezo, la Hermana Imogen tomó asiento a su lado sosteniendo una placa de

datos en la mano, entre penumbras Miriya alcanzó a observar el resplandor de las letras sobre el cristal de la placa, nombres en columnas, reseñaban la lista de los muertos y los desaparecidos.

Una vez más, Miriya pensó en las acciones del Ordo Xenos, le enfermaba preguntarse qué es lo que hombres como el Inquisidor Hoth querrían obtener de los cadáveres de sus difuntas Hermanas. *¿Tendría algún pacto con Tegas? ¿Los agentes del Biologis Magis recogían aún restos de las mujeres muertas incluso ahora, en éste momento? ¿Sondearían viejas heridas en la carne de los pálidos cadáveres, en busca de algún vago indicio que permitiera vislumbrar el funcionamiento de las armas que las habían matado?* Tales ideas le dejaron un extraño sabor a cenizas en la boca.

Sepherina hizo la señal del Águila Imperial, luego levantó una mano para señalar hacia el cielo.

-**¡Allí está!**- dijo con voz ronca, entreverada entre el control y la emoción. -**Esa luz distante es la Santa Terra.**

Las Hermanas reunidas levantaron la vista, solo para ver más de un millón de estrellas sobre el telón nocturno, en nada se distinguían una de otra, Miriya no lo cuestionó, finalmente consideró como un acto de fe que la indicación de la Canonesa fuese cierta.

-**A pesar de la oscuridad que ha tocado éste mundo, la luz del Dios-Emperador nunca lo ha dejado, el aliento de su divinidad no ha cesado, incluso durante los tiempos más oscuros, nosotras somos la manifestación de esa verdad**- se tomó un respiro, al tiempo continuó. -**A dominatus spiritus, domine, líbranos.**

Las palabras pronunciadas en un alto estilo neogótico provenían de la frase de apertura de la ‘Fe Imperial’, el gran himno de batalla de la Hermandad que normalmente era recitado a plena voz para mayor gloria, pero que ésta noche, era recitado como una letanía de unión.

-**Del rayo y la tormenta, Emperador, líbranos**- Miriya conocía las letanías de memoria, cerró los ojos y sintió las palabras formando parte de su propio ser. -**De la peste, el engaño, la tentación y la guerra, Emperador, líbranos. Del**

azote del Kraken, Emperador, líbranos, De la blasfemia de los caídos, Emperador, líbranos. De la degeneración de los demonios, Emperador, líbranos. De la maldición mutante, Emperador nuestro, líbranos.

Siguieron, declarando su unión, la poesía de los rezos resonaba en las paredes y en la ventosa noche, Miriya oyó alternándose los tonos constantes de Isabel, mezclados con los tonos duros y extremos de Ananke y tras ellos, la suave voz de Verity.

-**A morte perpetua. Domine, líbranos, llévales sólo muerte, que nada los libre de ella y que no haya perdón**- abrió los ojos al decir la última línea, un rescoldo de venganza aún incumplida se agitó en lo más profundo de su pecho. -**Os lo suplicamos, destrúyelos.**

Sólo la Hermana Imogen no se había unido al coro, en su lugar, mientras todas recitaban las letanías del himno, la segunda de la Canonesa había comenzado una letanía por su cuenta, leyendo los nombres de los muertos en voz baja y monótona.

-**Nosotras las recordaremos a todas**- dijo Sepherina, acercándose a un cofre metálico próximo a ella. -**El Emperador ya sabe sus nombres.**

La Canonesa destrabó sus pestillos, los lados del cofre cayeron al abrirse como los pétalos de una flor, revelando un anaquel abierto en su interior, en cuyos estantes reposaban estatuillas de porcelana fabricadas en serie, todas ellas altas como la longitud de un brazo, representando la persona de santa Katherine, todos se arrodillaron reverencialmente, Sepherina se inclinó sobre el contenedor y recogió la primera de las estatuillas, llevándola hacia una área cercana al muro, que los siervos habían despejado, antes de la puesta del sol, con antelación a la ceremonia.

Miriya la vio caminar reverencialmente hacia un punto señalizado en donde se había levantado con premura un pequeño cenotafio, depositó la estatuilla con rápidos y cuidadosos movimientos, al situarla sobre la superficie, se activó instantáneamente un lumen tallado a su lado, emitiendo instantáneamente un suave resplandor amarillo, Sepherina se inclinó una vez más y se alejó.

Una a una, ordenadamente por rango y escuadra, las Hermanas fueron hasta el

anaquel y cada una tomó un icono de porcelana, los llevaron al espacio designado imitando las acciones de la Canonesa, poco a poco, sin vacilaciones, el jardín memorial comenzó a crecer, mientras línea tras línea de las figuras se propagaban sobre el suelo, había una estatuilla por cada vida perdida en Santuario 101 y a partir del lumen que iluminaba el área, se podía ver el grabado de sus nombres sobre la faz de las piedras.

Miriya tomó su carga y la depositó en el lugar que le correspondía, al tiempo que un nombre resplandeció brevemente ante sus ojos.

Décima.

Las Sororitas inclinaron la cabeza y oraron silenciosamente al Dios-Emperador, con la esperanza de que las almas de sus Hermanas perdidas, estuviesen ahora eternamente a salvo y seguras a su diestra.

Cuando se levantó y se volvió para reunirse con sus congéneres, vio a Tegas mirándola impasible, sus ojos brillaban rojos como joyas tras las sombras de su capucha.



La mirada del Cuestor estaba pérdida, su cáscara, la máquina orgullosa y lenta de carne que él aún era, se quedó en silencio ante el vasto patio con su conciencia perdida en algún otro lugar, un flujo de datos nadaba en el mar de información compartida que se retorcía invisible entre los miembros de su séquito.

Todos ellos estaban aquí, todos participando de la conectividad con el Cuestor, compartiendo la responsabilidad de procesar los datos recogidos, utilizando una variable de la lógica de enjambre para compartir la nube de información recíprocamente, a través del código binario en lenguaje máquina, que compartían por medio de una conexión láser sintonizada más allá de la vista humana, en inalcanzables rangos ultravioleta.

Los datos compartidos guardaban múltiples coincidencias, información básica sobre el planeta, el medio ambiente, el número de personal desembarcado, los materiales que habían llevado con ellos, todo ello se procesó y archivó. Otras

cuestiones como fragmentos de conversaciones capturadas, estaban siendo analizadas y editadas en conjunto para proporcionar un panorama integro de lo sucedido durante el día, todo esto ocurría a un nivel autónomo y marginal, el procesamiento de datos por parte de los adeptos se había vuelto tan irreflexivo y/o natural como inhalar y exhalar.

Lo que flotaba en la parte superior del cúmulo de datos, era un animado debate sobre lo que sucedería a continuación, en interminables cadenas de unos y ceros, a veces con epítetos hexadecimales matizados en complejas octacapas, Tegas conversó con su séquito, intercambiando preguntas, observaciones y consideraciones, decidiendo desistir de la necesidad de participar en actividades tales como el servicio conmemorativo que se estaba llevando a cabo, por supuesto que entendían la convocatoria a dichas reuniones sociales y el sentido final de semejantes rituales, pero no compartían ni se identificaban con estos, consideraban el rito de exequias como algo sin sentido, la celebración de la nada, es decir, celebrar la nada resultaba incomparable con la importancia de por ejemplo, el rito de la activación en un dispositivo sagrado, o la unción con los sagrados aceites sobre una extensión augmetica, a su entender, la Hermandad se dedicaba a poco más que juegos de niños sin sentido, un intento inútil de captar la atención de seres trascendentales, el Adeptus Mechanicus por el contrario, sabía exactamente cómo sus rituales afectaban la matriz del universo, hasta el último de los adeptos era medido en sus oraciones al Omnissiah, se grababa en tarjetas codificadas y magno-discos, cada súplica al Dios Máquina era precisa y controlada, expuesta a un nivel impecable.

Lo que la Canonesa Sepherina estaba haciendo allí era poco más que ruido, era como orar al agua para que liberara hidrógeno y oxígeno. Tegas compartió con los demás una complicada cadena lógica en un lenguaje de programación ancestral, que al ejecutarse reveló un comentario burlón sobre las Hermanas de Batalla, los adeptos de su séquito dedicaron un nanosegundo de simulada diversión y al momento editaron el comando ejecutado.

La cuestión que ocupaba y preocupaba ahora a todos ellos, les provocaba una analógica irritación emocional, los estrictos edictos de Sepherina les obligaba a permanecer dentro de los muros del convento, bajo la eficaz custodia de las Sororitas, incluso ahora se les había limitado el uso de sus propios recursos, pues el Tybalt aún cargaba una unidad autónoma portátil de Laboratorium, un raro ejemplo de un PCE (STC del original, Plantillas de Construcción Estándar, nt)

construido para uso del Mechanicus, que usualmente habría sido desplegado con las primeras piezas de equipo pesado sobre la superficie de un planeta, pero la Canonesa se había asegurado de que fuera cargado en la última oleada de lanzaderas de carga, ésta era la última de una larga lista de indignidades que el séquito del Cuestor se había visto obligado a sufrir.

La situación se había tornado insostenible, el grupo de Tegas no podía permitir que los siguieran ninguneando, pues durante el sitio que se le había impuesto al equipo del Mechanicus, desperdiciaban el más valioso de los recursos, el tiempo.

El Cuestor necesitaba salir del complejo, pero el análisis de la conducta asumida por la Canonesa, respaldado por estudios referenciales de sus camaradas, le dejó claro que la mujer no alteraría sus órdenes en un futuro próximo, por lo tanto, examinado el problema con lógica, le obligaba a adoptar un procedimiento alternativo, uno con el cual corría el riesgo de ser censurado e incluso de provocar actos de abierta violencia.

Las lanzaderas de carga ya habían descargado una serie de vehículos que incluía transportes Rhino para las Hermanas de Batalla y exploradores todo terreno, usualmente se utilizaban para el tránsito en zonas donde los blindados pesados no podían aventurarse, uno de los Skitarii ya había observado y marcado la ubicación de un vehículo de reconocimiento desarmado del tipo Venator que podía servir a sus necesidades, Tegas habría preferido una nave anti gravedad como un ‘Land-Speeder’ en lugar de un todoterreno, pero por lo visto, no tenía otra opción.

En apenas segundos, reunieron los datos que tenían sobre los probables patrones de patrulla, la previsión meteorológica para las próximas horas y un rudimentario mapa para su ruta de escape.

Compararon los patrones de sueño típicos de la Sororitas, con los biorritmos de las hembras de acuerdo a su masa corporal, lo que les proporcionó la inteligencia necesaria para asegurar el momento óptimo para iniciar dicha huida, los humanos no modificados eran presa de fatiga y distracción, a niveles que un tecno adepto jamás sufriría, solo era cuestión de predecir un momento de desatención y explotarlo al máximo, el plan se materializó en sus bancos de datos internos.

Tegas vio el programa desarrollándose en su mente superior, representado por un simulador mental experimental, en un índice de tiempo exacto de cuatro puntos dos horas terranas a partir de ahora, se reunirían en torno al Venator, donde el espíritu máquina del vehículo se dejaba llevar por una quietud temporal, luego sigilosamente, el Skitarii impulsaría manualmente el explorador más allá del cuadrante caído del muro sur, al abrigo de los vientos dominantes y del brumoso frente de tormenta, donde el Venator podría ser conducido e ir a mayor velocidad sin que las Hermanas lo advirtieran, el porcentaje de probabilidad de éxito del éxodo sin ser detectados era del ochenta y siete punto seis coma seis, periodo puro. Parecía adecuado.

Al otro lado del patio, la Hermana Imogen continuó con sus sermones. El Cuestor, acostumbrado a utilizar los procedimientos de comunicaciones a gran velocidad, las vocalizaciones de las Hermanas de batalla le parecía infinitamente lentas y aburridas en extremo, por ello Tegas encontraba a la masa de la humanidad no mejorada, algo tediosa.

En algún lugar durante la comunión sostenida, una voz errante advirtió sobre la cuestión referida a la legalidad del plan que estaba a punto de llevarse a cabo, ya que después de todo, la Canonesa Sepherina no había mentido acerca de la autoridad militar de la Hermandad aquí.

La voz discrepante fue censurada con un grito y para acentuar su punto de vista, Tegas cambió brevemente en milisegundos del rápido código máquina a las configuraciones laboriosas del lenguaje humano real, usando la forma lineal y puntillosamente arcaica para transmitirlo al grupo reunido. -**A la Orden de Nuestra Señora Mártir se le ha permitido creer que tienen el control de Santuario 101, porque es conveniente hacerlo, pero esa errónea creencia no les autoriza a impedir el cumplimiento de nuestra misión.**

No había otros argumentos, sin embargo, Tegas desactivó los sellos de los archivos de información guardados en su procesador sólo para ésta ocasión y los compartió, revelando datos e informes topográficos avanzados acerca de la comprensión geográfica del planeta, datos representados tan finamente que sólo podían proceder de observadores que hubieran pasado meses, si no años, en la superficie del Santuario 101.

Los mapas eran sólo una parte de los conocimientos que Tegas tenía y que las

Hermanas desconocían, conocimientos que no tenía intención alguna de compartir.



+**¿Por qué estás aquí?**++ dijo el Vigilante.

La vigilada no respondió, en lugar de ello, permaneció inmóvil y oculta bajo el alto pilar de piedra roja, en una hendidura sobre su superficie, aún así, le permitía observar la mayor parte de la torre del convento y las paredes en el poco profundo valle, observó como gotas suaves de luz amarilla fueron naciendo dentro de los derruidos muros, meciéndose al compás del transitar solemne de figuras cubiertas por capas oscuras, en la distancia, podía observar que las luces conformaban lentamente un cuadrante lineal.

No le encontró sentido a ello, escapaba a su comprensión, la figura andrajosa escapó de la oscuridad bufando su frustración, se negó a rendirse ante la incomprensión.

+**Contéstame**+ insistió el Vigilante +**Respóndeme.... Respóndeme**++

La apenas susurrada respuesta se perdió en la noche. -**Estoy haciendo lo que tú haces, estoy observando.**

+**¿Por qué?**++

-**Deja de hacer preguntas que sabes no puedo responder**- la vigilada abofeteó la piel de su sucio y desnutrido rostro. -**Estás en mi cabeza, miras por mis ojos... ¡deja de llenarme con tus mentiras!**

El Vigilante se quedó en silencio, tal vez rumiando sus propios pensamientos o tal vez simplemente aburrido, cosa que a veces había sucedido, hubo momentos en que la voz se fue durante mucho tiempo, mucho, mucho tiempo, tanto que inclusive la vigilada llegó a pensar que se había librado por fin de la voz.

Sin embargo, siempre volvía, cada vez, era como una de las garrapatas

parasitarias que se internaban en la piel de los roedores del norte, demasiado profunda como para ser totalmente extirpada sin llevar al huésped a la muerte.

Ojos agotados y vacíos se volvieron para observar los movimientos del ritual que se llevaba a cabo en las ruinas derruidas, las figuras en armadura vestidas de brillante negro, iban y venían, capas rojas brillaban bajo las frías estrellas y de tanto en tanto, cuando el viento decaía y soplaba en dirección hacia las dunas y las rocas de su escondite, llevaba hasta ella las voces, no duras ni críticas como la que tenía dentro de su cabeza, sino en tonos suaves y amables, despertando recuerdos enterrados antiguamente en su memoria, recuerdos que nadaban desconectados del aquí y el ahora, buscó sentido a los rituales que veía.

Ritual...

La palabra tenía peso por una razón que no le pareció clara en ese momento. ¿Qué significaba? Profundizó en los pensamientos que ello le trajo, pero fue como tirar de las pivotantes raíces de un complejo cactus, saliendo en cadena, una tras otra, rasgando y desgarrando, derramando y desperdiciando su valiosa humedad.

Pero en vez de agua, surgió otra cosa. ¡Emoción! Un grito ahogado huyó con la brisa nocturna, arrastrado por una oscura y horrible marea de tristeza, sus dedos se tensaron, sus piernas temblaron, sintió una onda de choque resonar a través de su cuerpo, como el frente de una duna al colapsarse, recuerdos que sólo podían proceder de sus propias experiencias, brillaron con tal fugacidad, que se desintegraron antes de ser asimilados.

+**No entiendes lo que estás haciendo**++ dijo el Vigilante, las discordantes palabras se fusionaron con la oscuridad.

Miró tratando de no escuchar, intentó concentrarse en las figuras de las ruinas, eso era importante, tenían un significado especial, algo que sí podría entender si sólo encontrara las palabras adecuadas para explicar el sentido correcto que enmarcaban sus emociones.

Sin embargo, esas palabras le faltaban, perdidas en los agujeros de su memoria, desvanecidas en el distante vacío.

+**Me das asco**++

Las manos temblorosas, agrietadas tras penosos años de tratar de sobrevivir en el árido desierto, palparon la sucia carne en torno a unos fatigados ojos, súbitamente bañados en humedad, corría en vetas sobre sus mejillas, creando surcos sobre la suciedad arraigada durante años.

La vigilada parpadeó al tener la visión borrosa. -**¿Qué es esto?**

La voz respondió con toda su crueldad. +**Esto significa que eres débil y debes morir**++



Verity se levantó al alba, para encontrar a sus compañeras Hospitalarias habilitando las tiendas de emergencia instaladas en el patio y la clínica medicae de campo para los miembros de la misión, susurró sus oraciones matinales, el reloj interno de su cuerpo estaba teniendo dificultades para adaptarse al ciclo diario de Kavir, a pesar de los meses vividos a bordo del Tybalt, cuyos patrones de tiempo no habían ayudado a suavizar la transición.

Un par de trabajadores fueron los primeros visitantes de la clínica, ambos hombres fueron marcados, heridos por el látigo del Diácono Zeyn tras haber sido golpeados con fuerza por alguna infracción menor, a pesar de ello, se mostraban ansiosos por volver a sus labores, temiendo tal vez, que Zeyn fuera aún menos tolerante la próxima vez.

La Hospitalaria había dormido acompañada por el sonido de las exhortaciones del Diácono a sus serviles, parecía incansable, ardiendo con un frenesí entusiasta que daba a conocer a través de himnos o del chasquido de su electro-látigo, Verity se excusó y salió de la pérgola cruzando el patio para observar.

Zeyn estaba allí, sobre una enorme pieza de mampostería caída, cantando con dureza, mientras a su alrededor ciegos servidores, siervos de sudorosos y ruborizados rostros, trabajaban a más no poder, en pleno proceso de limpieza de los escombros sembrados al pie del muro sur, a fin de iniciar la fase de reparación de las secciones de almenas caídas.

En otras circunstancias, los cantos de Zeyn, como la ‘Oración del Emperador’, ‘Santa Terra te suplicamos’, ‘Elogios para el trono’ y demás, le habrían provocado a Verity una oleada de amor piadoso, pero de alguna manera, las palabras fueron escupidas de la boca del Diácono como una ráfaga de balas, que se endurecieron en sus oídos y en su corazón, la dualidad del pensamiento la hacía sentirse incómoda, pero el sentimiento desapareció cuando el canto se perdió entre el ruido de propulsores, las lanzaderas clase Arvus y Aquila se dejaron caer en el valle.

Levantó la vista protegiendo sus ojos, dos de las cuadradas lanzaderas llevaban un entramado de cables tensores entre ellas, sostenían una alargada cápsula de acero mate, similar a la proa de una nave o a un enorme casquillo de proyectil, Verity advirtió ojos de buey sobre el casco, en las espesas esclusas vio el símbolo de su creador, rodeado de códigos binarios y lo reconoció, el símbolo que representaba la orden del Adeptus Mechanicus.

Los hábiles pilotos hicieron descender el módulo hasta el patio, mientras que de éste se desplegaban una serie de esqueléticas patas a medida que se acercaba la tierra, cuando tocó la superficie, un gran trueno resonó bajo los pies de las Hospitalarias.

Verity tropezó por el repentino temblor cayendo sobre los palés de carga, vio la tierra agrietarse y ceder. Los pequeños escombros desperdigados por efecto de la última batalla, fueron dispersados por la onda de choque que provocó el aterrizaje del pesado módulo.

Los motores de las Arvus trabajaron afanosamente para incrementar la tensión de los cables tensores, el módulo Laboratorium del Mechanicus se izó levemente y giró ampliamente como una bola de demolición, rasgando los altos zócalos de las estructuras, Verity se agachó por reflejo cuando el módulo pasó re-piqueando y zumbando sobre su cabeza.

Cuando los pilotos finalmente posaron su carga sobre la tierra, pudo observar brevemente a través del agrietado suelo la miríada de estructuras en criptas subterráneas del convento junto a múltiples pasadizos, al mismo tiempo, Verity oyó sobre el rugido de los motores de las naves los gritos de desventurados trabajadores que, o bien habían resultado muy lentos como para apartarse totalmente del camino, habiendo sido golpeados por la carga del Mechanicus, o,

simplemente agonizaban bajo su peso.

El patio resonó cuando el Laboratorium descansó finalmente sobre el suelo de piedra a escasos metros de distancia, gracias al Emperador, el suelo allí era firme y seguro, Verity se aventuró hacia delante, rodeando la carga y observando cautelosamente las grietas recién nacidas, oyó a Zeyn exhortando a los trabajadores para que abandonasen a los caídos a su suerte, instándolos a volver a sus tareas.

-**¡Hospitalaria!**- se volvió para ver a la Hermana Imogen cruzar el patio. -**Quédate ahí, el área no es segura.**

-**Podría haber heridos**- le espetó Verity.

La Sororita superpuso su voz. -**Esto puede ser un sabotaje deliberado**- Imogen señaló con un dedo el Laboratorium, alrededor del cual, un grupo de Hermanas de Batalla estaban tomando posiciones defensivas con sus bólters listos para abrir fuego. -**No te acerques**- repitió.

-**No lo entiendo**- dijo Verity. -**Esto ha debido ser un accidente, nada más, la tierra bajo el convento es conocida por su inestabilidad, ¿cómo puede...?**

Una vez más, Imogen ignoró sus palabras. -**El Cuestor Tegas y su partida han desaparecido, algo se está tramando, niña.**

Verity se quedó helada, ¿desaparecido? ¿Qué quería decir? ¿Perdido, raptado, asesinado?

La otra mujer debió de ver la pregunta en sus ojos. -**Nos ha tomado por tontas**- gruñó marchando hacia adelante.



La cámara del convento había sido antiguamente utilizada como comedor secundario para las novicias de Santuario 101, pero ahora era reutilizada por la Canonesa Sepherina como puesto de mando temporal, las electro velas votivas colgaban de cadenas sujetas a los muros y todavía temblaban por la réplica,

lanzando cambiantes sombras hacia los lugares donde la luz no llegaba.

-**El informe sobre el siniestro está siendo redactado, mi señora**- dijo Miriya. -**Pero la Hermana Xanthe adelanta que hemos perdido varios de los trabajadores.**

Sepherina aceptó el informe con un vago gesto de su mano, sin apartarse de la unidad vox situada sobre la mesa de piedra que tenía delante -¿Escuchó eso, Capitán?.

-**Sí, mi señora**- fue la escueta respuesta que surgió de la rejilla metálica del altavoz. -**Creo que esto puede haber sido una desafortunada coincidencia**- la voz del Capitán en el Tybalt sonaba distorsionada por la estática, sus palabras acompañadas por constantes ecos a medida que la nave continuaba su alejamiento de la órbita planetaria.

-**No lo creo**- insistió Sepherina. -**Que suceda justo ahora, en el preciso momento en que su obligación con sus órdenes llegan a su fin. Sospecho una susceptible intencionalidad en ello.**

-**Con todo respeto**- dijo el Capitán -**estos asuntos, son su responsabilidad ahora Canonesa, la Armada Imperial tiene su propio horario que seguir, no puedo aplazar las operaciones y la voluntad del Emperador por petición de ninguna persona, mi nave es requerida con urgencia en el sistema Cynnamal, con el fin de reforzar la línea defensiva contra una incursión Orka, las lanzaderas del Tybalt han de recuperarse de inmediato, estamos muy próximos a iniciar el salto de traslación.**

Miriya vio como el puño de hierro de Sepherina se tensaba. -**Tegas actuó deliberadamente**- continuó -**él conocía su cronograma de las operaciones, el Cuestor me ha desafiado, robando durante la noche un vehículo cuyo destino final desconocemos.**

Al principio, cuando se descubrió el hecho, justo antes del amanecer, la Hermana Imogen había considerado la posibilidad de que la desaparición del Mechanicus podría haber sido víctima de una fuerza Xenos, sin embargo, pronto había quedado claro que Tegas se había dado a la fuga con el vehículo por razones sólo por él conocidas. Las Hermanas de Batalla que estaban de guardia, habían sido

castigadas y entregadas al Diácono Zeyn para su amonestación, pero el daño ya estaba hecho.

-**Capitán, si no puede aplazar sus operaciones para prestarnos auxilio, solicito al menos que antes de partir el Tybalt realice un escaneo sobre la superficie, por las cercanías del convento y me informe de lo que detecte.**

-**Me he anticipado a su solicitud mi señora, ya se ha hecho-** zumbó la voz del Capitán -**curso la transmisión de los datos recabados por la exploración, aunque le advierto que no le gustarán**- Miriya oyó el sonoro sonido de la escritura y observó como la voluminosa ranura de la unidad vox escupió una serpentina de papel fino. -**El Cuestor Tegas ha permitido que su entusiasmo por ésta misión supere su sentido común, si yo fuera usted, permitiría que su partida sufra las consecuencias de su acción, por las dificultades que ello le pueda acarrear a la misión, Ave Imperator Canonesa.**

-**Ave Imperator, Capitán**- el altavoz de la unidad vox crepitó con estática y finalmente se sumió en silencio, Sepherina arrebató la tira de papel y la pasó a través de sus dedos con pétrea expresión.

Miriya miró por encima del hombro, cuando la Hermana Imogen entró en la cámara, la Celeste le dedicó una mirada desdeñosa.

-**Informe**- dijo Sepherina, sin levantar la vista.

-**Envié un equipo de exploradores a seguir las huellas del Venator por las orillas del arroyo seco, pero la arena ha cubierto sus huellas, no han podido seguirlas mucho tiempo.**

La Canonesa asintió con la cabeza. -**Tegas parece haber enmascarado la radiobaliza de localización del vehículo, de acuerdo con el escaneo realizado por los sensores del Tybalt, el vehículo se dirigía hacia el sur cuando se internó en una tormenta de arena, la interferencia electromagnética impidió cualquier seguimiento posterior...**- dejó caer la tira de papel de sus delgados dedos. -**Sabía de sobra que eso, precisamente, es lo que pasaría.**

Miriya tragó. -**Si me lo permite**- empezó -**un equipo pequeño, en un vehículo ligero, podría ser capaz de seguir el rastro dejado tras el paso de la tormenta.**

Sepherina e Imogen compartieron una mirada que Miriya no supo interpretar, luego la Celeste contestó por su Comandante. -**No, dejemos ir a Tegas, ya nos ha costado un Venator, que probablemente estará en éste mismo momento enterrado bajo diez metros de arena.**

La Canonesa asintió. -**Si el deseo del adepto era perecer en el desierto, no veo ninguna razón para impedírselo, voy a tomar el consejo del buen Capitán, tenemos obras más importantes que hacer aquí en el convento, la nueva re-consagración ha comenzado, no la pospondré por la imprudencia de un necio**- juntó sus manos. -**Terminaremos nuestras sagradas tareas en primer lugar y tal vez después... volvamos a considerar el envío de un equipo de búsqueda.**

Imogen se volvió hacia Miriya. -**Reúne un equipo táctico armado en las puertas de la torre principal.**

-Si no ofende a la Celeste, ¿puedo preguntar para qué?

La Hermana de Batalla la miró severamente. -**Haremos lo que la Canonesa ordenó, aseguraremos los niveles subterráneos del convento.**

-**Ten cuidado ahí abajo**- añadió Sepherina, Miriya sintió que el consejo contenía más significado del puramente implícito, pero la plenitud de la advertencia escapó a su comprensión.



La Hermana Verity recibió una barra lumen, un pack portátil de Narthecium y la orden de reunirse con las Hermanas de Batalla, compartió un tímido pero respetuoso saludo con Ananke y Cassandra, ambas armadas para el combate, sin mediar explicación, la Hermana Imogen llegó con Miriya a su lado y entraron en la gran torre principal una vez más.

La ruta prevista, las llevó ésta vez a través de la circunferencia de la torre central, hasta una cámara donde el suelo se había derrumbado al nivel inferior, formando una serie de quebradas rampas. Verity recordó el momento del

catastrófico hundimiento que había presenciado en el patio y se tensó, el movimiento de tierra y el ondular de las rocas como las olas de un océano, le recordaron sus experiencias en el planeta Neva y los peligros a los que se expuso.

Descendieron cuidadosamente hasta los niveles de las criptas, donde se honraba y enterraba a los venerables muertos del convento, los últimos reductos para el almacenamiento de los cuerpos yacían tras la oscuridad, hacinados y estibados desordenadamente, sí los habitáculos de las plantas superiores lucían extraños y fantasmales, el nivel inferior mostraba un aspecto claramente diferenciado y mucho más triste.

Verity había estudiado los planos del convento antes de llegar al planeta, recordó el diseño y esquema trazado por los túneles de escape, extensiones radiales que se abrían hacia fuera en abanico, cuyos corredores nacían de un grupo de celdas y antecámaras bajo la torre principal.

Varios de los pasillos eran intransitables a causa de obstrucciones de piedras y arena, encontraron tres de ellos en tal estado, en cada ocasión Verity observó señales de angustia marcadas sobre el rostro de la Hermana Imogen, mientras la Hermana Celeste tomaba una placa de datos para realizar una serie de anotaciones, sus sombríos rasgos reflejaban el brillo emanado por la pantalla del dispositivo.

Se dividieron en partidas menores de tres para poder peinar más rápidamente todos los puntos cardinales, Verity fue con Miriya y Cassandra, tratándose de mantenerse fuera del camino de las dos guerreras mientras se abrían camino por toda la longitud del polvoriento pasillo, finalmente soltó la pregunta que ya no podía retener por más tiempo.

-¿Qué estamos buscando?

Miriya se detuvo, bajó la boca de su bólter y la luz que emitía el lumen bajo el cañón formó un sólido haz de luz. **-Eso no ha sido aclarado por la honorable Celeste.**

-Me imagino que lo sabremos cuando lo veamos- añadió Cassandra, con un tono claramente teñido por el sarcasmo. **-¡Como si ésta misión no tuviera ya**

suficientes incertidumbres!

Miriya abrió la boca para decir algo pero se detuvo ensimismada en sus pensamientos, Verity lo advirtió y tocó su brazo. -**Tú tienes algo que decir sobre todo esto.**

Intercambiaron una intensa mirada, ambas mujeres, habían compartido grandes experiencias a pesar de sus diferentes vocaciones, las dificultades pasadas habían forjado una unión que superó las reticencias de la Hermana de Batalla. -**Sepherina nos oculta algo**- la respuesta fue baja, casi un susurro. -**Imogen lo sabe, hay más en ésta misión que re-consagrar Santuario 101 a la Luz del Dios-Emperador.**

-**¿Tú crees que la excursión de Tegas forma parte de ello?**- preguntó Cassandra.

-**No**- sostuvo con su ceño fruncido. -**Vi la cara de la Canonesa cuando se enteró de su huida, cualquier cosa que el Cuestor se traiga entre manos, corre por su propia cuenta.**

Cassandra suspiró. -**Vuelves más turbias las aguas Hermana, la claridad se desvanece cada vez más.**

-**Sí**- asintió Miriya. -**Y eso me disgusta enormemente, huele a subterfugios y ese no es el camino seguido por nuestra Eclesiarquía.**

-**Estoy segura que la Canonesa tiene sus razones**- opinó Verity sin convicción alguna en sus palabras.

De golpe, y sin previo aviso, el pasillo resonó por el eco repentino y la conmoción de los disparos.



Miriya no pensó, reaccionó instintivamente.

Su capa de combate crujió cuando giró y corrió por el pasillo de piedra,

dirigiéndose hacia el cruce donde se habían separado del resto de la partida, no tuvo que mirar por encima de su hombro para saber que Cassandra estaba tras sus talones y Verity unos pasos detrás, la Hospitalaria era prudente y se mantendría al margen del peligro, pero Miriya la conocía lo suficiente como para saber que no correría a esconderse tras oír los primeros sonidos de batalla, la encantadora joven era fuerte a su manera, de una manera que muchos no verían a primera vista.

Se topó con los gritos de sus Hermanas, con el sonido de los impactos de proyectiles bólter de bajo calibre rebotando sobre las paredes de roca, con los destellos y fogonazos que cruzaban su línea de visión, Miriya oyó el silbido de las ráfagas de proyectiles, el fuego pesado provenía de los sombríos y lejanos túneles.

Advirtió la presencia de una figura caída sobre el polvo, cubierta por una maraña de capa carmesí, el rostro le daba la espalda pero el pecho aún se movía, lo que significaba que estaba viva... por el momento.

Miriya se dejó caer tras la cobertura de una columna y se encontró a Helena recargando su arma. **-¿Qué sucede?**

-**Servidores artillados**- informó Helena -**nos topamos con un par de ellos más abajo, en uno de los corredores, no respondieron a las órdenes de voz para luego abrir fuego sobre nosotras.**

Miriya ladeó su cabeza fuera de la cobertura para echar un vistazo rápido y recibió fuego por respuesta. -**Son servidores artillados de nuestra Orden, ¿nuestras propias armas tratan de matarnos?**- el vistazo resultó suficiente para identificar la flor de lis sobre los torsos de los siervos de combate.

-**Un mal mantenimiento**- la corrigió Helena. -**Ha debido desquiciar su espíritu máquina.**

-**¡Devuelvan el fuego!**- Miriya se volvió al oír el grito, para ver a Imogen y algunas de las otras Hermanas que establecían un arco de fuego, pero los proyectiles disparados hicieron poco más que astillar las capas exteriores de las placas de armadura de los servidores. Avanzaban sobre pequeñas orugas cual tanques, sus torretas móviles eran controladas por los restos de siervos humanos

enterrados en cuerpos metálicos, algo había fallado aquí, con lo cual, cualquier programa defensivo con el que se había adoctrinado a los servidores, seguía operando en sus disfuncionales mentes, se preguntó cuánto tiempo habían estado aquí, esperando desde la caída del convento a que algo nuevo a lo que disparar apareciese, los servidores eran los primero signos de vida relacionados con sus desaparecidas Hermanas de Batalla que habían visto en Santuario 101. Y trataban de matarlas.

-**Destruyan esas cosas**- escupió Imogen, su equipo de fuego hizo una pausa para recargar. -**¡Necesitamos un cañón pesado aquí abajo!**- dijo al tiempo que murmuró algo en el vox de comunicaciones fijado a la gorguera de su armadura.

Los labios de Miriya se tensaron mientras sopesó la situación táctica, los servidores avanzaban lenta pero constantemente, obligaban a las mujeres a retroceder a la espera de que una Hermana Vengadora llegase hasta ellas con un bólter pesado o un cañón de Fusión, para entonces ya sería demasiado tarde para la Sororita herida sobre el suelo de piedra, el corredor era demasiado cerrado para confiar en el uso de un lanzallamas, tras ver lo realmente frágiles que eran las paredes de roca, el uso de granadas estaban fuera de toda discusión, la única opción viable era el ataque cercano.

-**Sostén esto**- Miriya miró a Verity y puso su bólter en las manos de la joven.

-**Hermana, ¿qué estás haciendo?**- preguntó Helena.

Miriya se alzó por encima del hombro de su Hermana y tiró de la empuñadura de su espada de combate, la forma larga y tosca de su espada sierra cayó fácilmente en sus manos, la runa de activación sobre su empuñadura mostró que el arma estaba lista para su uso, pulsó la pestaña aceleradora y los dientes de carburo de tungsteno de la hoja zumbaron llamando la atención de Imogen al otro lado del pasillo.

-**Mi señora**- dijo a la Celeste -**¿puede atraer momentáneamente el fuego...?**- Miriya terminó la frase levantando su espada.

La Hermana Imogen iba a denegar la petición, pero vio de inmediato la firme intención tras los ojos de la otra mujer, entonces la Celeste tras hacer una pausa asintió con la cabeza. -**Adelante**- dijo.

Miriya saludó con la espada sierra y abandonó su cobertura.



Imogen acentuó sus órdenes con un grito de ira, Miriya fue vagamente consciente de la lluvia de proyectiles bólter aullando a través del polvoriento aire cuando las Hermanas abrieron fuego, el más cercano de los autómatas reaccionó lentamente absorbiendo la salvas disparadas como cobertura, vacilando entre los objetivos a atacar, sin decidirse en apuntar hacia ella o hacia quienes habrían fuego de cobertura sobre su armadura. Miriya carecía de tales dudas, ignoró al primer servidor y lanzó su carga contra el segundo, al cual se le habían suplantado sus brazos humanos por un sistema que alojaba un par de cañones automáticos, cada uno encrestado con ornamentados tambores de munición, las fauces de los cañones apuntaban al corredor de forma errática, los servidores apestaban a moho y herrumbre tras una década de falta de mantenimiento adecuado, librados a su suerte, expuestos a los efectos del aire seco, a la falta de aceites y sagrados ungüentos necesarios para la lubricación de sus artificiales venas.

Las armas de fuego descargaron su poder a plena potencia, uno de ellos se trabó casi de inmediato, cuando un proyectil de latón se encasquilló provocando un atasco en el tubo del cañón, el cañón muerto despedía un llorisqueo, un chirrido, el servidor artillado se estremeció como si estuviera a punto de vomitar, su arma gemela funcionaba a la perfección, a pesar de lo cual, trazó una errática trayectoria de fuego en el aire tras Miriya, azotando los bordes de su capa de combate mientras trataba de equilibrar el balance de su masa.

La Hermana de Batalla se deslizó y rodó más rápido de lo que el siervo podía pivotar, colocó su mano libre tras el pomo de su espada sierra, se irguió nuevamente y blandió el arma sobre la placa blindada que cubría la cosa carnosa en el interior del servidor, presionando la pestaña aceleradora, los dientes aserrados bramaron y cortaron trabajosamente, Miriya se inclinó, volcando todo su peso al ataque, sintió como su espada-sierra se abría paso a través del blindaje lanzando grandes serpentinas de chispas.

Tras éstas, llegó la sangre y la materia orgánica, la cadencia de fuego del cañón

se volvió esporádica, actuó rápidamente cargando contra el servidor con toda la fuerza de su ser, logrando que éste girara sobre sí mismo mientras hacía fuego esporádico sostenido, el cañón automático abrió erráticos agujeros del tamaño de un puño sobre las paredes de piedra, finalmente alcanzó el torso del segundo servidor quien estalló sobre la estructura de la oruga, la Hermana de Batalla retiró la espada del cuerpo del servidor revestida con una mezcla de sangre y espumoso aceite, mientras el servidor cayó muerto.

Al otro lado del pasillo, la Hermana Imogen se dirigió hasta la máquina caída, apoyó su bólter sobre la carcasa de su cráneo y ejecutó al servidor de un solo disparo a quemarropa, el humo y el olor a cordita envolvió el aire con un acre aroma.

-**Estaban protegiendo algo**- dijo Helena, mientras Imogen avanzó más allá de los autómatas caídos.

Miriya se acercó hasta la caída Sororita y aunque su torso era una ruina ensangrentada, vio que todavía respiraba. -**Hermana Thalassa, ¿me oyes?**- Thalassa contestó con un gesto débil. -**Por la sangre del Emperador, todavía vive. ¡Verity! ¡Ven, te necesitamos!**

La Hospitalaria corrió al lado de la mujer herida y se puso a trabajar sin vacilación, Miriya levantó su mirada y vio a Imogen ignorando la situación, avanzaba hasta la boca del corredor que los servidores protegían.

Se puso en pie con una mueca grabada en su rostro. -**¿Es esto lo que nos trajo a buscar aquí, Hermana Celeste?**

Cassandra señaló con un tizón luminoso la abertura, como las otras, estaba obstruida por los escombros. -**Hay evidencias del uso de explosivos aquí.**

-**Cerraron el corredor deliberadamente**- dijo Imogen, pero las palabras eran más sus pensamientos expresados en voz alta, que una respuesta a cualquier pregunta. -**Ésta era la entrada a un túnel de escape, no querían que nadie los siguiera.**

-**¿Seguir el qué?**- preguntó Miriya. La Hermana de Batalla se volvió hacia ella, su mirada se tornó fría. -**Recoge a los heridos y repliégate, aquí ya no hay nada.**



CAPITULO
V



Unos ojos humanos no habrían podido ver nada.

Las mareas de arena azotaban los flancos del vehículo, reduciendo la visibilidad a menos de la distancia de un brazo, sus órganos ópticos sólo habrían percibido la envolvente pared de polvo y arena cubriéndolo todo, de haberse expuesto un ser humano a los efectos de la tormenta sin ningún tipo de protección, habría perdido la piel y la carne que recubriera sus huesos, los pulmones se verían rápidamente obstruidos por vendavales de polvo arenoso forzando la entrada, y más tarde o más temprano, a través de su garganta.

Exponerse a la tormenta, siendo de carne y hueso, suponía la muerte, pero Tegas y su séquito carecían de tal fragilidad, incluso el menor adepto de su partida, poseía poco más del cuarenta por ciento de su material orgánico natural y todo ello se encontraba protegido bajo las gruesas placas de sus implantes metálicos, a los adeptos del Mechanicus la tormenta de polvo no les impedía ver los contornos del paisaje en facetas térmicas, texturas magnéticas o niveles de radiación, éstas capacidades de visualización hacían el viaje a través del desierto, poco más que un paseo durante un día despejado, las descargas electrostáticas presentaban el único peligro real, los frecuentes destellos tartamudeaban en arcos de finos rayos a través de la bruma, repiqueteando contra el casco del vehículo explorador, en un momento dado, el adepto Lumik recibió una descarga sobre su cráneo, el cual puso a cero su cerebro durante un par de segundos, esto habría sido un tema fácil de manejar, si no hubiera sido por el hecho de que Lumik conducía en ese momento el vehículo, afortunadamente para Tegas y los demás, la arena había reducido la marcha a velocidades cercanas a cero justo instantes antes, llegando a la cima de la duna, segundos antes de precipitarse

sobre el barranco en el que culminaba, Lumik parecía estar funcionando correctamente ahora, pero el Cuestor tomó nota en el banco de datos común, alertando acerca de la posterior necesidad de una rotación del adepto para un mantenimiento de su cráneo.

El Venator rebotó sobre un risco rocoso, comenzó a descender por la superficie plana y poco profunda de la arenisca naranja, Tegas centró parte de su conciencia sobre el mapa digital, lo había elaborado a partir de los archivos de datos sellados e implantados en su cerebro durante su estancia en Paramar, se estaban aproximando a su destino y a medida que lo hacían, comenzó a individualizar el pulso alargado del haz ultravioleta de un láser brillando en su cuadrante de visión, a juzgar por su atenuado cambio de frecuencia, el haz había sido despedido por un emisor a menos de un kilómetro de distancia, la mecadendrita del Cuestor con un diodo de emisión láser, serpenteó a través del dosel del vehículo de reconocimiento lanzando pulsos en respuesta, de haber tenido boca, Tegas habría sonreído.

Se dejaron caer sobre la faz cortada, en obscuro basalto rayado, de un arroyo seco. El incesante viento redujo su poder, las persistentes tormentas se transformaron en pequeños tornados de polvo irregular, salpicando aquí y allá, familiares formas comenzaron a definirse a medida que el vehículo se acercaba a su destino, entre las rocas talladas por el viento, afiladas formas, rectas como cuchillas asomaron fuera del lugar entre las torneadas superficies de roca, cuya naturalidad contrastaba de manera chocante con las formas angulares y geométricas a las que se acercaban.

Piedras, o algo parecido, de una tonalidad vidriada y profundamente obscuras con tintes similares a la pizarra o alguna variante de cristal metalizado formaban enormes bóvedas de varios pisos de altura, en cierto modo, reflexionó Tegas, parecían invasivas, casi como un cáncer que había hecho metástasis en el interior de la corteza del planeta, lo más curioso fue la forma en que la arenisca parecía haber crecido a su alrededor, como si tratara de absorber las extrañas estructuras.

Vio destellos de luz tenue y ajustó el rango de la óptica en sus augmeticos, observó figuras sobre las superficies planas, un trío de siervos, operarios vestidos con las túnicas rojas del Adeptus Mechanicus, situados sobre una plataforma adosada a la oscura piedra, midió el índice de radiación de la boca del cañón perforado, estaban tomando muestras del material Xenos, o por lo

menos lo intentaban, Tegas miró hacia otro lado, sabía por experiencia que los siervos estaban perdiendo el tiempo, nada podía cortar ese tipo de piedra, el Omnissiah lo sabía, él mismo lo había intentado en otras ocasiones y otros mundos.

Una aplanada rampa rocosa se perdía hacia el interior del campamento, cercado por alambradas que rodeaban la perfecta formación de los módulos, el Laboratorium, generadores de energía y habitacionales, el campamento daba a una pared vertical de roca color pardo que lo aislaba del desierto, en cuyos perforados túneles se perdían alineados muchos lúmenes.

La valla se abrió para dar entrada al Venator, Lumik llevó el vehículo de reconocimiento al final de su recorrido.

Tegas oyó una tensa escala de códigos ultrasónicos de bienvenida, su túnica se agitó por efecto de la brisa cuando descendió del vehículo de exploración, se inclinó respetuosa y ligeramente como anunciando su llegada.

El personal en el campamento se veía inmerso y ajetreado en sus labores, ello le agradó, pues había temido encontrarlo tan muerto como el puesto avanzado de las Sororitas, en lugar de ello encontró la típica eficacia de cualquier centro de operaciones del Adeptus Mechanicus, giró en el lugar con una lenta rotación de trescientos sesenta grados mientras registraba todo lo que observaba, entonces oyó una serie de códigos binarios familiares.

-**Tecnosacerdote Ferren**- saludó con un tono bastante formal.

Ferren se inclinó respetuosamente, haciendo rechinar los pistones de sus piernas con sonidos entrecortados y lubricados. -**Lord Cuestor, en cuanto detectamos vuestra nave en órbita, supimos que el fin de la espera había llegado, ha transcurrido mucho tiempo.**

Al igual que Tegas, el sacerdote era de forma casi humana bajo su túnica roja, aunque carecía de la rúnica recortada que decoraba el atuendo de su superior y de las significativas placas de ecuaciones de su rango. Debajo de la túnica, Ferren ostentaba una serie de cables y tuberías finas que parecían haber sido atadas para dar forma humanoide al adepto, a la manera de un antiguo muñeco de trapo, múltiples equipos oculares iban y venían a través de su cabeza,

rodeando el ecuador de su cuero cabelludo a diferentes velocidades de barrido, él había sido un ayudante de confianza para el Cuestor, como ahora lo era Lumik u otros, pero la astucia de Ferren había dejado en claro que podía prestar un mayor servicio a los Señores de Marte en otro destino, Tegas sintió un fugaz momento de orgullo, el hecho era que su protegido había progresado en una tarea que otros consideraban improductiva.

-**Éste sitio está bien escondido**- respondió Tegas -**ni siquiera el Tybalt ha podido detectaros desde la órbita.**

-**Nos mantenemos ocultos**- añadió Ferren -**al amparo de la composición de la piedra, y el... los artefactos que aquí yacen, debo hacer notar, lo mucho que colaboran para disimular nuestra presencia.**

-**No albergo ninguna duda**- Tegas vio a Lumik acercarse con una cojera que sin duda había sido causada por la conmoción de la descarga.

-**Hay muchos... aquí...**- añadió Lumik erráticamente.

-**Cincuenta y dos sirvientes, para mayor gloria del Omnissiah**- respondió Ferren.

Tegas ladeó la cabeza, sus registros indicaban que sesenta y cuatro almas se habían asignado inicialmente a ésta clandestina tarea, Ferren se anticipó a la evidente pregunta y transmitió por ultrasonido un paquete de datos, con la plantilla de personal actualizada e informando superficialmente sobre las bajas y desapariciones, Tegas archivó el informe para un análisis posterior.

-**Hemos avanzado mucho desde nuestro último contacto**- continuó el tecnosacerdote con una marcada entonación de entusiasmo filtrándose en los patrones de su procesador de voz. -**Estará satisfecho mi señor.**

-**No esperaba menos**- dijo el Cuestor. -**Tras veinte meses de tamizar las arenas aquí, estaría muy consternado si nuestro acuerdo con Hoth hubiera sido en vano.**



Un grupo de adeptos de Ferren, escoltó a Lumik y a los demás hasta el interior del complejo, alojándolos en un modulo de reacondicionamiento donde pudieran estar a cubierto de las obstructivas arenas, mientras tanto el Cuestor fue con él directamente a la estación principal del Laboratorium.

Una vez que estuvieron solos, le tomó únicamente nueve punto cuatro minutos interrogar al tecnosacerdote, interiorizando en las cuestiones que tan desesperadamente ansiaba conocer. -**¿Qué hay de la participación del Ordo Xenos relacionada con nuestros deberes? No hemos oído nada desde nuestra llegada, ¿han cumplido su parte del acuerdo?**

Tegas le echó una mirada. -**Estás aquí, yo me encuentro aquí, por ahora eso es lo que al parecer hemos acordado.**

-**Pero el Adeptus Sororitas ha venido con usted**- las manos metálicas de Ferren hicieron un gesto nervioso puramente humano. -**¿Cuántas Hermanas de Batalla han traído?**

-**Una fuerza militar considerable, la suficiente como para aniquilarnos a todos nosotros si lo desean**- Tegas pronunció tales palabras con total naturalidad, dejando la declaración en el aire con el fin de testear el valor del adepto.

-**Nuestros servidores de combate son formidables, presentarán una férrea resistencia.**

-**No llegaremos a tanto.**

-**Tal vez se llegue a algo**- Ferren le ofreció una cápsula hidratante que el Cuestor aceptó e inyectó en un receptor sobre su mejilla. -**Lo que hemos descubierto aquí en las cambiantes arenas... si el Mechanicus quiere explotarlo a fondo, necesitaremos plena jurisdicción sobre Santuario 101.**

-**La Hermandad tenía prioridad en el reclamo, acaso no crees que si hubiéramos tenido la posibilidad de reclamarlo para nosotros, no lo habríamos hecho ya, lamentablemente las voces en la corte de los Altos Señores de Terra habla fuertemente sobre la santidad de la colonia Sororitas...**- Tegas expresó un sonoro gesto de rechazo. -**Por ahora tenemos**

que simular nuestra concordia con ellas- dijo al tiempo que se inyectó otra cápsula, disfrutando de la agradable ráfaga del efecto de la sustancia química. -**Hoth está jugando el mismo juego que nosotros y con el mismo fin, tiene influencia con hombres poderosos tanto en Terra, como en Marte.**

-**Las Hermanas de Batalla no se irán en silencio**- insistió Ferren. -**No cuando se enteren de lo que hemos descubierto.**

-**¿Y qué es eso que hemos descubierto, hijo?**- Tegas se deslizó por el suelo hasta él. -**¿Tiene algo que ver con esto?**- el Cuestor extrajo un saco de tela de entre los pliegues de su túnica, arrojándola sobre una mesa de trabajo cercana.

Las mecadendritas de Ferren revolvieron el saco como serpientes que se ciernen sobre una presa, extrayendo el objeto de su interior, el cráneo Necrón brilló, el tecnoadepto vocalizó gemidos de placer. -**¿Dónde lo ha encontrado?**

-**La Canonesa Sepherina lo descubrió en el interior del convento, al parecer, los equipos de barrido del inquisidor no fueron tan diligentes como él afirmó.**

-**Y ella... ¿se lo dio?**

Tegas rió. -**La mujer estaba desesperada por deshacerse de él, creo que la presencia de tal cosa la inquietaba.**

El adepto volvió su vocalizador al típico tono de voz metálico. -**Estoy detectando averías internas graves dentro de éste módulo, la rotura del núcleo hiperdinámico de acoplamiento espacial, la fase de efecto nula... eso explicaría por qué ésta pieza no fue tele-transportada con el resto del cadáver de metal cuando la unidad fue destruida**- llevó el cráneo reverencialmente hasta un banco, donde el torso y cráneo de un siervo se habían fijado quirúrgicamente sobre la estación de trabajo, él sirviente se despertó con una sacudida y tomó el objeto Xenos.

Ferren se mostró perplejo, pero Tegas no estaba dispuesto a permitir que sus preocupaciones no fueran atendidas por el nuevo presente. -**Las mujeres en el convento...**- él hizo un gesto en el aire con las garras de sus manos. -**En verdad, señor, no es el descubrimiento de éste yacimiento o incluso el tiempo que hemos estado violando la santidad de la colonia lo que me preocupa, es el**

Ordo Xenos al que temo, aquí estamos muy lejos de Marte, lejos de su amparo, durante el tiempo que hemos permanecido en éste planeta hemos detectado anomalías al borde del sistema, sospecho que se trata de sondas.

Tegas asintió. -**Enviadas por Hoth o por sus agentes sin duda, no los culpo, quiere mantener un ojo sobre su inversión, imagino que de hecho ya tiene un agente encubierto entre su personal.**

El tecnosacerdote reaccionó con un tic nervioso. -**!Yo mismo he seleccionado al personal de ésta misión! No hay...**

El Cuestor lo silenció con un gesto. -**No sea ingenuo Ferren, creo que sus espías estaban a bordo del Tybalt, es incluso probable que al menos uno de los colonos traídos aquí por la Hermandad también esté a su servicio**- miró hacia otro lado, deslizándose alrededor de la habitación, mirando los recipientes en estasis, las vainas de micro-gravedad. -**Poco importa, si Hoth hubiera podido asegurarse éste mundo por la fuerza ya lo habría hecho. Pero claro, si hubiera pasado eso, ahora mismo el Ordo Xenos y el Adeptus Mechanicus estarían aprestando sus armas sobre ésta roca de polvo, aunque nada de ello se supiera a lo largo de la inmensa galaxia.**

-**Si eso sucediese...**- aventuró Ferren, pero su módulo codificador de voz crepitó.

Tegas sacudió la cabeza de nuevo. -**No, éste es un asunto que todos tratamos con extremo cuidado**- interrumpió sus palabras, mientras estudiaba algunos fragmentos de plata dentro de una de las cápsulas de preservación, perdiéndose por un momento en el misterioso brillo del metal Xenos. -**No dejes que cuestiones sobre las que no tienes control te distraigan... dime lo que has aprendido, éste mundo ha pertenecido a los Necrones... dilo, quiero que lo reconozcas**- el tono de su expresión resultó casi una súplica, el Cuestor se había aventurado a través de todo el Imperio para llegar hasta aquí y sobre todo deseaba que sus teorías fueran probadas en un modo concreto.

El rostro robótico de Ferren se sacudió una vez, dos veces. -**¡Así es!, no hay duda de ello, la raza Necrón vivió en éste planeta hace varios millones de años... o por lo menos, algunas facciones lo hicieron.**

-**¿Facciones?**- interrogó Tegas con el eco de su palabra, los implantes de datos

en su cerebro posterior brillaron con vida por la sugerencia y las conexiones que sus pensamientos elucubraron.

-Oh, por cierto mi señor, al principio me pareció un error en el procesamiento de datos... mi partida de exploración comparó los materiales recuperados aquí y en el sitio principal, junto con lo que nos ha entregado Hoth y su gente, encontramos muchas discrepancias.

-El factor humano- dijo Tegas inmediatamente, los miembros del Adeptus Mechanicus tenían poco respeto por los métodos y el mantenimiento de registros de cualquiera de las otras instituciones humanas del Imperio, el Ordo Xenos incluido, si algún error se detectaba, normalmente se debía a la intervención de personas ajenas al Mechanicus.

-Esa fue mi hipótesis inicial- asintió Ferren. **-Hasta que recolectamos nuestras propias muestras para montar un análisis comparativo.**

El Cuestor emuló un estremecimiento de emoción. **-Y... ¿qué ha descubierto?**

-Los datos recogidos sustentan la teoría de sectores diferenciados dentro de la propia sociedad Xenos, al parecer, el concepto comúnmente sostenido de los Necrones como una cultura monolítica, con escasas divisiones de poder internas, se ha quedado corto de miras en el mejor de los casos- Ferren señaló con una mecadendrita al sirviente que trabajaba sobre el cráneo. **-Creo que los Necrones que atacaron el convento y mataron a las Sororitas no son los mismos cuya evidencia de existencia hemos recogido aquí-** indicó los trozos de metal dentro de la vaina en estasis. **-Su construcción detallada, presentación cosmética y estructuras internas, en todos los casos, muestran puntos de diferenciación, muchos de los cuales son externos y en gran parte decorativos, ello da crédito a la idea de las estructuras tribales dentro de la civilización alienígena, la cronología temporal, indica que ambos grupos de Necrones han sido contemporáneos.**

Tegas ya no podía contener su emoción ante la idea, caminó en pequeños círculos mientras jugaba con el descubrimiento de Ferren en su mente. **-Esa teoría ha sido concebida con anterioridad... ha sido una de las menos populares... pero si tenemos pruebas...**

-Estoy convencido de ello- insistió Ferren. **-Por lo que sabemos, Kavir podría haber sido el lugar de algún tipo de conflicto, tal vez el resultado de un cisma entre dos grupos enfrentados de Xenos, eso explicaría muchas cosas... los patrones de daño en las criptas debajo de la roca, los restos que hemos descubierto.**

-Entonces tal vez... tal vez lo de las Hermanas haya sido solo un daño colateral- Tegas simuló una risa gutural. **-Eso haría un poco de mella en su orgullo, el saber que sus santas Hermanas han muerto simplemente por cruzarse en su camino-** soltó un aceitoso suspiró. **-Me gustaría ver más de sus obras aquí Ferren, muéstrame todo lo que has hecho.**

-Será un honor- dijo el tecnosacerdote, haciendo señas para que lo siguiera.



-Mi señora, esto sin duda le disgustará...- Imogen dijo las palabras con un tono trémulo y levantó la vista centrando su atención en la Canonesa.

Sepherina estaba al otro lado de la mesa que había empezado a usar como mesa de trabajo en el puesto de mando temporal, miró a la Celeste. **-Tú no decides lo que me complace o no, Hermana. ¡Habla!, dime porque vuelves de las criptas bajo la torre central con heridos y armas usadas... ¡Explícate!**

La mujer frunció el ceño, antes de esbozar de manera franca y sin adornos una explicación acerca de lo que el grupo de exploradores habían descubierto en los subniveles de la cripta, la expresión sombría de Sepherina se endureció mientras proseguía.

-¡Servidores armados!- la interrumpió **-¿dónde se escondieron?, nunca detectamos señales de ellos, nunca respondieron a las señales de convocatoria binaria.**

-Sólo puedo suponer que se ocultaron tras el espesor de la roca- Imogen asintió con la cabeza hacia las paredes de piedra. **-He de concluir a partir de los restos, que han sido desplegados en modo autónomo y librados a su suerte.**

-**¿Durante doce años?**- interrogó Sepherina.

-**Sí.**

-**¿Con qué fin?**

Imogen se acercó, bajando la voz. -**Estaban guardando la boca de un túnel sellado, el pasaje no aparece en ninguno de los documentos oficiales o diseños arquitectónicos de los edificios conventuales.**

La Canonesa tomó la pictopizarra de su escritorio, y se concentró en el parte de novedades. -**¿Estás segura?**

-**Lo estoy**- respondió Imogen. –**Considérelo, mi señora, el paso de la gran capilla a la cámara por debajo de...**

Mientras escuchaba, Sepherina observó los mapas, trazó una línea a lo largo de la ruta de la sala principal, a lo largo de las rampas de acceso a los subniveles y a través de los pasillos circulares. -**Si alguien tuviera que huir al exterior, ese sería el camino que habría seguido**- concluyó.

La Celeste asintió con la cabeza. -**Una vía de escape secreta, ambas sabemos que esas son alternativas de construcción típicas en los emplazamientos desplegados a través de la galaxia, respondería a muchas preguntas, el enemigo nunca llegó allí, no tan lejos, tal vez fueron detenidos, rechazados, o tal vez...**

-**Tal vez la última Hermana ya estaba muerta para entonces**- interrumpió Sepherina.

Imogen asintió con la cabeza una vez más. -**Es muy probable, considero que si examinamos las cadenas de órdenes finales impuestas a los servidores, nos encontraríamos con que recibieron la orden de guardar la entrada al túnel y sostener el bloqueo la mayor cantidad de tiempo posible.**

-**Sin Tegas y su séquito, tal examen está más allá de nuestras posibilidades**- murmuró la otra mujer.

Imogen continuó. -**Fue sólo el paso del tiempo y la acción del mismo sobre**

sus antiguos sistemas, la falta de atención y mantenimiento lo que volvió a los siervos contra nosotras, nunca nos reconocieron como humanos, mucho menos como sus amos.

-**Y la Hermana Thalassa pagó por ello con su sangre**- los labios de Sepherina se fruncieron. -**Nuestra primera víctima y por un proyectil hecho por manos imperiales, ¡maldito sea éste lugar!**- golpeó con su puño sobre la mesa. -**¡Cada ladrillo y piedra aquí es un castigo para mí!**- cuando la anciana alzó su vista, se encontró con la mirada de Imogen, un frío fuego ardía en sus ojos. -**Dilo, di las palabras Hermana Imogen, debo registrarlas, informarme de tu... de nuestro nuevo fracaso.**

Ella soltó un largo y lento suspiro, la Celeste había querido dar a la Canonesa la respuesta que realmente quería, la respuesta que ambas habían perseguido y a lo que tanto se había dedicado, pero en lugar de eso se vio obligada a decir una verdad diferente y condenatoria. -**La reliquia que buscamos no está en las catacumbas, tampoco en la torre central, ni en las salas exteriores, ni en la amplia zona del emplazamiento, se ha ido señora y no sé decir a dónde.**

Sepherina se permitió un gesto débil y se acomodó pesadamente en una silla. -**Así pues, nuestro largo viaje ha sido en vano.**

-**No he perdido la esperanza**- insistió Imogen. -**Si somos capaces de seguir el camino del túnel de salida, entonces seremos capaces de encontrar el extremo opuesto, si la reliquia fue evacuada de esa manera...**- su voz se desvaneció, sus palabras sonaron con vaguedad mientras hablaba.

-**El Dios-Emperador y santa Katherine me condenen si fracasamos en nuestra labor Hermana**- dijo Sepherina en voz baja. -**Será el mayor fracaso de mi vida.**

Imogen negó con la cabeza. -**La carga se repartirá a partes iguales.**

-**No**- dijo la alta Sororita. -**Está es mi responsabilidad, ¡debí haber estado aquí! Durante años he cargado con estos remordimientos sobre mis hombros como una piedra de molino, hoy en día pesa más de lo que nunca lo ha hecho. He estado tan cerca, sólo para ver desvanecerse mis esperanzas en el último momento... juro que si no cumplo mi misión, me entregaré al**

arrepentimiento, renunciaré a mi nombre y hasta ello resultará insuficiente.

Por un momento, la Hermana Imogen intentó imaginar a la Canonesa enmascarada con harapos de sangre carmesí, luchando bajo el látigo como miembro de la brigada penitente de la Hermandad, las mujeres que habían obrado mal en nombre de la Orden o que aceptaban voluntariamente la penitencia, llenaban las filas de las Hermanas Repentia, estaba escrito que lucharían contra los enemigos de la Verdad Imperial hasta que fueran redimidas por la muerte. Rechazó la imagen. -**No diga una cosa así**- dijo Imogen, le preocupó ver la voluntad de hierro de su Hermana tan angustiada y triste por algo sobre lo que tenía poco control. -**Todo es voluntad del Dios-Emperador, fue su deseo que no estuviera aquí en ese momento, porque seguramente ya le estaba sirviendo mejor en otro lugar, ahora servirá al Trono Dorado al traer la luz de nuevo a éste mundo olvidado.**

-**No es suficiente, querida Hermana**- dijo Sepherina suavemente. -**No es suficiente.**

Un guante llamó a la puerta de la cámara, una figura entró haciendo una reverencia al aparecer bajo la luz emitida por las electrovelas, Imogen reconoció a la Hospitalaria Verity.

-**Perdone mi intromisión señora**- empezó la joven. **-Pero se requiere su presencia de inmediato con la palabra de la condición ante la Hermana Thalassa.**

-**Dame algo que agradecer**- contestó Sepherina. -**Dígame usted que su labor trajo el milagro de la vida a nuestra Hermana de Batalla.**

Verity se ruborizó ligeramente. **-Yo no pretendo hacer milagros mi señora, pero por la gracia del Dios-Emperador, Thalassa vive, su armadura corporal se llevó la peor parte de los proyectiles de los cañones automáticos, protegió sus órganos vitales de un nivel de daño serio, sin embargo, me entristece decir que no va a volver a caminar por sus propios medios, las capacidades de nuestras instalaciones son escasas, lo que ha permanecido intacto y todavía funciona en el Valetudinarium del convento no incluye dispositivos de regeneración de tejidos, yo recomendaría la cirugía augmetica sobre su persona después de que haya tenido tiempo para**

recuperarse.

Sepherina señaló a la Hospitalaria. -**Éstas autorizada, Hermana.**

La respuesta fue una clara despedida, pero a pesar de ello la joven no se movió de donde estaba, Verity se mantuvo en su lugar, con sus ojos de color ámbar fijos en la Canonesa.

-**¿Hay algo más, niña?**- preguntó Imogen.

Verity le lanzó una mirada. **-Esos siervos esclavos dañados robaron a una mujer sus piernas, no puedo evitar preguntarme por qué ella se vio obligada a renunciar a su futuro por una misión que va más allá de lo razonable.**

Los ojos de Imogen se abrieron ante el tono desafiante de la Hospitalaria. -**¿Quién se cree que es para hablar de esa manera? Puede que tales sean los modos de comportarse en la Orden de la Serenidad, permitiendo que una Hermana hable fuera de tono como tú, Hermana Verity, pero ésta misión se halla bajo los auspicios de la Orden de Nuestra Señora Mártir, su modo insolente puede ser censurado y castigado por un tribunal.**

-**¿Es acaso una falta de respeto buscar la verdad?**- respondió Verity, su voz temblaba pero ella luchó por mantenerla estable. -**Cada Hermana aquí dará su cuerpo y su vida en nombre del Dios-Emperador, pero... ¿es mucho pedir saber por qué la pobre Thalassa, terminará ahora sus días caminando sobre extensiones mecánicas en lugar de las suyas? Una pregunta que resuena Hermana Imogen y no sólo aquí, la pregunta se hace eco en todas las salas de éste lugar.**

Sepherina se incorporó súbitamente con su capa ondulando tras ella, rodeó la mesa avanzando hacia la Hospitalaria. -**¿Cual es la pregunta?**

-**Nosotras...**- Verity no pudo evitarlo y retrocedió un paso. -**Nos trajeron aquí para volver a consagrar éste lugar, pero creo que eso no es todo**- la joven se armó de valor y se encontró con los ojos de Sepherina. -**¿Qué es lo que busca, señora? ¿Qué es lo que no se nos ha dicho y por lo que se ha derramado sangre?**

Durante un largo momento, Imogen pensó que la Canonesa arañaría el rostro de

la Hospitalaria por su temeridad, pero la tensión en Sepherina y su rígida postura se disipó un poco. -**Yo podría preguntarte lo mismo, Hermana Verity.**

La respuesta sorprendió a la otra mujer con la guardia baja. -**Yo... yo, no entiendo**- titubeo.

-Sé lo sucedido en Neva, los planes locos y el engaño del traidor de LaHayn, la muerte de tu Hermana Lethe... tú has aceptado ésta misión... mi misión... ¿Qué es lo que buscas en Santuario 101? Porque es obvio que algo éstas buscando, ¿el qué?

-Yo no...

-**No me mientas**- le advirtió Sepherina. -**Respóndeme.**

Verity se tragó un suspiro. -**Busco reafirmar mi propósito, mi fe hacia la Santa Terra y mi juramento como Sororita.**

-**Y esperas encontrarlo aquí**- respondió Sepherina. -**Lo harás, siempre y cuando recuerdes quién eres y cuál es tu lugar**- ella se dio la vuelta y prosiguió. -**La Hermana Miriya se sumó a éste esfuerzo, tú la has animado a ello y al igual que tú, ella está buscando algo, ¿sabes lo que es?**

La respuesta de Verity tomó un largo momento en formarse. -**¿La paz?**- respondió al fin.

La Canonesa se permitió una leve sonrisa. -**Eso está por verse, Miriya ha sido un alma peligrosa e impredecible dentro de la Hermandad del Adepta Sororitas, se ha destacado cuando no tenía necesidad de ello, piénsalo por un momento, una carrera prometedora retrocedió décadas debido a la arrogancia**- Imogen vio a Verity abrir la boca para salir en defensa de la otra mujer, pero Sepherina continuó. -**Aquellos que se desvían y acercan a ese tipo de comportamiento puede ser teñidos por él**- miró a la Hospitalaria. -**No permitas que sus errores te hagan creer que también puedes equivocarse, a menos que pretendas que te consideremos igualmente independiente y problemática.**

-**No es eso**- logró decir Verity, pero Sepherina la hizo callar con una mirada.

-Puedes retirarte- dijo Imogen e hizo una seña.

Verity frunció el ceño, hizo una reverencia y se marchó.

Cuando estuvieron a solas de nuevo, Imogen miró a la Canonesa. -**Mi señora...**- empezó a decir. -**Temo reconocerlo pero la chica tiene razón, llegará un momento en que tendremos que informar a nuestras Hermanas.**

Sepherina miró hacia otro lado. -**Sí, pero no permitiré que una niña me diga cuando ha llegado el momento de ello.**



La vigilada sabía hacia dónde iban los intrusos, los hombres con sus rechinantes extremidades de metal y su hedor omnipresente a aceite de máquina, no era una cuestión difícil de descubrir, sólo había un destino, un lugar visitado antes, muchas veces de hecho.

La figura andrajosa bajó por la gran superficie de la roca hacia el seco rastro de un arroyo, sabiendo instintivamente donde estaban los asideros donde pisar, había lugares donde podría ocultarse de la vista de los hombres vestidos de rojo, que se transportaban sobre plataformas flotantes, sitios donde la vigilada se había sentado a observar, recordando el día en que estos habían llegado, tal recuerdo resurgió en su mente, la vigilada recordaba claramente con inquebrantable certeza ese momento, con el saber y la extraña sensación de que estos visitantes estaban aquí para hacer el mal en secreto.

Al fondo del empinado cañón, siempre le parecía que el alma de la voz fantasmal dentro de su cabeza era más débil, más atenuada, pero a pesar de ello no había ningún lugar en el planeta donde podría ser silenciada.

La vigilada bajó sigilosamente hasta el campamento sin ser descubierta por los guardias que patrullaban el lugar, se acercó oculta bajo su harapienta capa para no ser vista como otra cosa que una sombra. Dentro de su mente en ruinas, sus pensamientos eran como un terreno pedregoso, lanzando chispas de emoción difíciles de analizar, miró a través de los restos de un vehículo destrozado,

tratando de entenderlo.

Sólo una cosa estaba clara, algo había cambiado ahora que el convento había sido ocupado de nuevo, estos intrusos eran una parte de ese cambio, si sólo pudiera entender lo que eso significaba, ¡si sólo pudiese encajar las piezas de éste rompecabezas!



La máquina no permaneció muerta sobre la plancha de hierro, al contrario, se estremeció y cliqueó de manera inconexa con movimientos espasmódicos y patéticos, en su parte posterior seis extensiones articuladas vacilaron en el aire, Tegas podía verlas sujetas a conexiones situadas a lo largo del tórax, habían sido cercenadas por la mitad con fuerza, los muñones metálicos resultantes habían sido atados con cabos de acero.

Ferren vio que el Cuestor observaba atentamente y asentía. -**Poseía garras cuando le capturamos, eliminó a dos siervos con ellas.**

-**Una precaución sensata**- murmuró Tegas, aunque algo en él se sintió ofendido por la manera descuidada y brutal con que se había realizado la amputación, los sensores en la cabeza de la máquina voltearon hacia arriba en un intento por mirarlo mientras él se acercaba, pero estos también estaban sujetos al banco de trabajo, vio un conjunto de lechosas lentes ópticas color esmeralda rotas junto a los siervos del Mechanicus, rodeaban al autómata alienígena como carroñeros desgarrando un cadáver, servo-brazos y apéndices varios trabajaban en las entrañas del Xenos, escupiendo chispas a medida que profundizaban su tarea en el interior del cuerpo de la máquina.

-**Creo que lo habremos desmantelado por completo en los próximos días**- Ferren parecía casi orgulloso de su trabajo. -**El arácnido estaba estropeado, pero aún así intacto, podremos recopilar cada detalle de su estructura en los próximos días.**

Tegas vio a los adeptos de su antiguo alumno trabajando y no se sintió impresionado, carecían de la delicadeza que habría de exigirse, se lamentó ante

la idea de la cantidad de datos que se perdería a través de la cruda exploración. -**¿Para empezar, cómo es que has capturado el autómata?**

-**Los miembros de la partida lo encontraron**- respondió Ferren, algo en su manera de decirlo dejó claro que había detalles en los que no quería detenerse. -**Sólo debimos aguardar a que saliera de su estado latente... uno de los siervos de mi guardia logró apresarlo en una esfera de estasis antes de que se pudiera despertar completamente.**

-**Entonces, te has visto favorecido por una probabilidad aleatoria**- Tegas observó como continuaba la autopsia, el olor a metal quemado y pesados lubricantes asaltó sus sensores olfativos. -**¿Es éste tu gran descubrimiento?**

Ferren negó con la cabeza, su lenguaje corporal mostró consternación. -**No... No, mi señor, pero pensé que te alegraría... se trata de un raro hallazgo.**

-**Sí**- lo interrumpió Tegas impaciente. -**Soy consciente de ello, pero tu comunicado hizo muchas promesas vagas, adepto, me agradaría ver algo novedoso, algo nunca visto antes**- hizo un gesto hacia el autómata. -**Esto no es ni siquiera un verdadero Necrón, es una de sus herramientas, sus hallazgos muestran potencial... así que, por favor, dígame que tiene más cosas que mostrarme aparte de torres de piedra y autómatas rotos, quiero algo más que teorías para llevar de vuelta a la Utopía Planatia... Ferren, quiero saber algo que cambie la galaxia.**

El tecnosacerdote vaciló, luego envió una ráfaga de código binario a uno de los adeptos menores que trabajaba en el desmantelamiento. -**Sus deseos son órdenes**- dijo.

El cráneo del autómata tembló mientras intentaba seguirlos por la habitación, desde algún lugar profundo dentro de su carcasa, el dispositivo alienígena emitió un zumbido tenue que resonaba como un grito de dolor animal.

Tegas miró hacia atrás. -**Lo estás atormentando**- apuntó fríamente.

-**Así lo espero**- respondió Ferren.



La vigilada había estado aquí antes, conocía la distribución del lugar tras haber acechado desde los tejados de los módulos del laboratorio y dormitorios en lo profundo de la noche, había espiado a los hombres de túnica roja sin comprender realmente por qué, en una o dos ocasiones la figura andrajosa incluso había entrado en los pasillos de piedra en el interior de la roca, ahí donde los hombres habían cortado los escombros para revelar la geometría Xenos en su interior, pero a la vigilada no le agradaba permanecer dentro de ese lugar, pues sentía como si un millón de ojos se centraran allí, como si el peso de algo enorme, negro y sin nombre flotara fuera de su vista, esperando el momento para salir y consumirlo todo.

La vigilada se aferró a la parte superior de un módulo, mientras murmurantes y zumbantes seres con túnicas rojas pasaban agitados por algo, cuya causa escapaba a su comprensión, tras los pliegues de su desgarrada capucha la cicatriz en su rostro se torció en una mueca, luchar consigo misma por cualquier pista de reconocimiento resultaba un tormento, podía ver una cosa con claridad y no poder darle un nombre, a pesar de que la palabra bailaba al borde de su comprensión, la vigilada había sufrido éste dolor todos los días, pero en ese momento lo sufría aún más, ello era culpa de los recién llegados, una impactante revelación brilló en el interior de su mente... *tanto se ha perdido, tanto se ha perdido...*

¿Qué es esto?, sus pensamientos resonaron como un susurro entrecortado.

Entonces, la arena bajo su bota crujió y un siervo con una túnica roja apareció de repente armado, escudriñando con su rostro alargado y afilado, como el de una serpiente esculpida en hierro tras unas lentes azuladas y brillantes, portaba en sus garras metálicas un rifle láser.

La vigilada se rindió a un impulso animal y lo atacó, su capucha se agitó cuando se lanzó hacia delante chocando contra el siervo a quien derribó contra el suelo, sus uñas atravesaron los guantes rotos, arremetió a golpes desgarrando la grisácea piel del servidor.

Lucharon por la posesión del rifle láser que luego se perdió entre ellos y la arena,

las extremidades reforzadas del servidor se enfrentaron contra las extremidades de hueso y fibrosos músculos, unas impulsadas por celdas energéticas, las otras por pura fuerza demencial, las compuertas dentro de su mente se abrieron y ocultas emociones hicieron correr lagrimas sobre su rostro a pesar del momento de furia, el siervo trastabilló y perdió asidero mientras sus garras se deslizaron entre montonones de polvo.

La mano libre de la figura harapienta desapareció entre sus sucios ropajes, volviendo a aparecer blandiendo una hoja negra, una espada corta hecha de un material que apenas existía en el mundo real, penetró en los implantes biogeneradores del servidor a través de su plexo solar con un susurro, sangre salpicada de grasa salió vertiéndose en la arena desde la herida cuando ambos combatientes se abrazaron.

El último acto del servidor autómata fue inclinar la cabeza hacia atrás, mientras emitía un silencioso grito en rangos ultrasónicos más allá de la audición humana normal.



-**Háblame de las muertes**- requirió Tegas, mientras procesaba el informe de personal que Ferren le había enviado a su llegada. -**La información proporcionada luce incompleta.**

-**Es básica, lo reconozco**- dijo el tecnosacerdote, cambiando su apoyo de un pie a otro. -**Pero sentí conveniente no perder tiempo con datos difusos, basta decir que una expedición como la nuestra no está exenta de correr riesgos, he perdido adeptos auxiliares y Skitariis a causa de derrumbes y trampas dejadas por los Xenos para asegurar sus tumbas.**

La tolerancia de Tegas respecto a Ferren se redujo considerablemente. -**¿Qué es lo que ocultas? ¿Qué es lo que temías admitir en los canales de comunicación abiertos?**- dijo al tiempo que se acercó a su subordinado. -**Los Necrones... tus informes a Marte, has informado que sólo habías encontrado formas de vida de bajo nivel inhumano, o semi-inteligentes, ¿sabes que has mentido?**

Ferren entró en súbito pánico y transmitió códigos parpadeantes negativos en ondas infrarrojas -**No, no hay nada de eso, estoy seguro.**

Tegas escaneó los niveles de estrés en la respuesta y la descartó por estar dentro de los limites. -**¡No es cierto!**

-**¡Lo es!**- replicó Ferren. -**Hemos eco-mapeado todo el sector interior debajo de las estructuras Xenos, sin encontrar nada allí más allá de la complejidad de los insectos autómatas, ¡lo que hubiera estado aquí, se ha marchado!**

-**¡Marchado!**- la actitud de Ferren despertó en el Cuestor emociones humanas de ira casi olvidadas. -**He viajado años luz hasta ésta bola rocosa sin valor por tus palabras, ¡por la promesa de un descubrimiento increíble! Y ahora me sugieres que lo único que tienes es, ¿otra tumba vacía y una teoría que ya he escuchado antes?**

-**No**- repitió Ferren. -**He descubierto algo más...**- nuevamente el adepto se volvió y trajo consigo un objeto en sus manos, que extendió hacia el Cuestor. -**Mire, obsérvelo por sí mismo.**

Tegas tomó el artefacto, era un rollo, similar a los antiguos papiros utilizados en la antigua Terra para almacenar el conocimiento, previo a la llegada de los libros de registro, elaborado a partir de un material que no se parecía a nada conocido, los sensores en sus dedos registraron niveles increíblemente ordenados de estructura atómica, sus primero intentos de clasificación estimaron de que se trataba de algún tipo cristalizado de metal, era delgado, flexible y ligero.

Lo abrió, la acción de la luz sobre su superficie trajo el rollo a la vida, una cascada silenciosa de imágenes y estructuras matemáticas complejas se dibujó sobre la página revelada, líneas infinitamente largas de texto aparecieron, con los característicos símbolos circulares típicos de la iconografía Necrón, se desprendían nuevos datos, cuando Tegas inclinó el rollo, las imágenes cambiaron para revelar la existencia de símbolos ocultos encima de ellos, la información evolucionó a increíble velocidad, el peso de una biblioteca de texto completa pasó por su vista en apenas un segundo, luego otra y otra, parecía no tener fin, el Cuestor vio destellos de construcciones Necrón conocidas, como los Monolitos, esas pirámides oscuras, las formas esqueléticas de sus guerreros,

resplandecientes armas color esmeralda como lanzas Gauss y vastas naves interestelares con la curvada forma de una cimitarra, pero había otras cosas allí también, formas hechas de arcos de acero gris que arañaba el suelo, cráneos alargados con ojos ciclópeos y seres trípedos que sólo podrían ser máquinas de guerra, estaba mirando a través de una pequeña ventana hacia el corazón del conocimiento Necrón, lo que vio estaba más allá del alcance de su imaginación.

-Mi teoría es que éste 'rollo', funciona como algún tipo de almacenamiento de datos- señaló Ferren. -**Probablemente más, puede tratarse incluso de una terminal portátil remota de un sistema inteligente aún mayor.**

Otra emoción humana pugnó por asomar en los pensamientos de Tegas, la que más le agradaba, la que más le costaba rechazar. -**Me retracto de mis dudas**- dijo, las palabras teñidas con un repentino deje de codicia. -**Esto es impresionante Ferren.**

El tecnosacerdote dijo algo en respuesta, pero Tegas ya no le prestaba atención, sus pensamientos se habían centrado en otra cuestión, en la necesidad de recuperar la unidad Laboratorium del convento, sería de suma importancia actuar con la suficiente rapidez a fin de obtener el rédito de semejante descubrimiento para sí mismo, consideró que un adepto de menor rango, no podía afrontar la responsabilidad de un hallazgo de tal magnitud, esto podía resultar la Piedra Rosetta en el entendimiento de la raza Necrón, tenía que contener la noticia, manejarla... y explotarla debidamente, en las manos adecuadas, el artefacto Xenos podría llevar a un hombre desde la base a las vertiginosas alturas de un alto Adepto de Marte, el Cuestor Tegas había trabajado mucho a lo largo de su vida para lograr semejante ascenso.

Más importante aún, Tegas tendría que considerar cómo manejar al Ordo Xenos, que echaría a un lado cualquier pretensión de una asociación consensuada, optando por el uso de las armas y naves de guerra para asegurar el dispositivo una vez enterado de su existencia.

Tegas cerró el pergamino, triste por detener el rico caudal de información, resultaba fácil ser seducido por su potencial, observó a Ferren marchitarse un poco cuando se hizo evidente que no le iba a devolver el objeto. -**Me encargaré de esto**- dijo -**entenderá el por qué.**

La respuesta de Ferren, se perdió bajo el repentino chillido ultrasónico de la sirena de alerta del campamento.



Salieron apresuradamente, internándose en la polvorienta atmósfera acompañados por el coro de impactos laser, observaron los brillantes destellos amarillos impactando contra la pared de roca que se alzaba encima de ellos, a causa de lo cual estallaban numerosas esquirlas rojas.

-¿Qué sucede? ¿A qué le disparan?- bramó el Cuestor e instantáneamente advirtió el fugaz movimiento de una figura humanoide sobre la pared de roca, escalando su superficie entre saltos y sacudidas, desapareciendo entre sombras a medida que avanzaba, intentó una docena de modalidades de escaneos para poder identificar al intruso, pero le resultó imposible, algo en el intruso rechazaba todas las variantes de exploración, simplemente las señales de los sensores de identificación y rastreo rebotaban o se desviaban, ya se había alejado más allá del alcance de las armas láser de los siervos armados, se resistieron a hacer fuego con algo más que armas livianas, por temor a provocar un derrumbe de rocas sobre el complejo.

Tegas se volvió hacia Ferren, el adepto estaba haciendo todo lo posible para mostrar un aspecto neutral, pero el Cuestor lo conocía lo suficiente como para ver a través de sus expresiones. **-¿Qué es eso?-** preguntó, señalando a la figura cada vez más lejana, mientras salían en su persecución plataformas que levitaban, demasiado lentas como para lograr interceptar al ágil intruso.

-Los muertos...- balbuceó Ferren **-algunas de nuestras pérdidas... han sido asesinados.**

Tegas desvió la mirada y se encontró con el cadáver arrugado de un Skitarii, las entrañas biosintéticas del servidor formaron un charco alrededor de su cuerpo mientras se convulsionaba, las terminales nerviosas en su interior aún se estremecían tras su muerte. **-No me ocultarás nada más...-** dijo volviéndose, encarándose a Ferren con sus extensiones augmeticas y arrinconándolo contra la pared. **-¡Explícate ahora!**

-**Nos ha acosado durante meses-** explotó Ferren, casi aliviado de no tener que seguir ocultando la información. -**Temo que los Xenos, hayan dejado algún tipo de guardián tras marcharse del planeta.**

-**¿Un Necrón?**- Tegas escupió la última palabra, cargada de una corriente de maldiciones binarias con ella. -**Éstas diciendo que hay un Xenos campando por éste planeta… y simplemente, ¿omites el hecho al no informarlo?**

-**¡Nunca hubiera venido si hubiera tenido conocimiento de que existía algún peligro!**- replicó un estridente Ferren. -**El Ordo Xenos habría llegado en su lugar y... ¡Lo hubiéramos perdido todo! Como bien sabe, Hoth espía todas nuestras señales... ¡Se habría enterado!**

La furia de Tegas mermó, en parte, al comprender que Ferren estaba en lo cierto, escupió aceite sobre la tierra mientras trataba de controlar su violenta emoción. -**¿Por qué está vivo todavía?**

-**No podemos atraparlo**- admitió el tecno sacerdote. -**Necesitamos ayuda, tal vez pueda solicitar a las Sororitas...**

Tegas fustigó nuevamente a Ferren silenciándolo de inmediato. -**¡Imbécil! ¿Acaso vivir en éste desierto ha obstruido tus procesadores con arena? ¡La Orden no puede saber nada de esto! Esa cosa ha de morir en manos del Adeptus Mechanicus, ¿es que no lo entiendes? ¡El intruso conoce la existencia de éste campamento!**- señalando a su alrededor. -**Estoy sumamente decepcionado, Ferren... parece que he llegado justo a tiempo.**

-**Yo… Yo… Yo…**- tartamudeó el tecnosacerdote como respuesta.

-**A partir de ahora, tomo el mando al completo de ésta fuerza expedicionaria**- interrumpió Tegas. -**Esa es mi orden-** dijo mirando hacia atrás y transmitiendo la nueva imposición en código binario.

Todos los hombres de Ferren, cesaron en sus labores y rindieron honor al Cuestor.



CAPITULO VI



Era de noche, la Hermana Miriya se encontraba una vez más en el jardín memorial.

Las Sororitas lo habían dado en llamar así, 'el jardín', a pesar del hecho de que nada había crecido en la tierra cubierta por la arena a excepción de los marcadores de piedra con los nombres de los muertos, caminó reverencialmente entre las filas ordenadas de pequeñas estatuas, su andar fue iluminado por el resplandor de las lámparas eternas dentro de cada estatuilla de santa Katherine, las luces fantasmales parpadearon como velas a la sombra del muro de que se alzaba ente las almenas dentadas y aserradas, cortando la línea oscura del cielo despejado, Miriya vio una figura moviéndose allí, era la Hermana Pandora que estaba de guardia, bólter en mano recorría el circuito del perímetro, ella miró hacia abajo, con el rostro oculto tras su yelmo modelo Sabbat, su presencia allí violaba la orden de restricción, que impedía el libre tránsito tras el toque de queda, pero a pesar de ello, Pandora no dijo nada, en lugar de ello, saludó con un solemne y comprensivo gesto de asentimiento, luego prosiguió su marcha.

Miriya apartó la vista, su mirada alternó entre las filas de las estatuillas, se sentía grosera, traicionada por su propia banalidad, incapaz de conciliar el sueño en las barracas improvisadas que se habían establecido en las salas de ejercicio del convento, la Hermana de batalla se había vestido con la túnica de servicio y salió a la fría noche, en busca de... *¿Qué?*

-**¿Por qué estoy aquí?**- se preguntó en voz baja, al aire, a los muertos, a la imagen de la Santa... ninguno le respondió.

Si uno buscaba una respuesta a tal cuestión, había toda una gama de justificaciones, pero en definitiva, Miriya estaba allí a causa de sus errores.

En primer lugar... sus errores al mando, la Hermana Lethe Catena había muerto durante la fuga de un peligroso psíquico, a ello se sumó la tozudez y casi obsesión con la que persiguió al prófugo, había causado la caída del Lord Diácono Viktor LaHayn, un hombre con tal arrogancia que sus planes hicieron temblar los mismos pilares del propio Trono Dorado, al final, LaHayn y su sacrilegio fue borrado, Miriya encontró de alguna manera la venganza que buscaba, pero a un alto precio.

Miró hacia abajo, sus dedos encontrando las cuentas de su rosario, acariciando los lugares en los que la cadena se había roto y reparado, cada pequeña esfera representaba un acto de devoción en el nombre de la Iglesia Imperial, una vez hubo muchas más cuentas diamantinas en el rosario, suficientes para indicar el rango de oficial Celeste, pero ahora apenas había suficientes para comparar su rango con el de una principiante Constantia recientemente elevada a la condición de Hermana Militante.

Miriya había cometido un grave delito contra la Orden, había desobedecido las órdenes directas de su Hermana Superiora, arriesgado la vida y la integridad física, a fin de seguir su propios planes hasta el final, en ese momento, le había parecido que era la única opción, pero con el paso de las semanas, y luego de los meses, había convertido esa certeza en duda. Durante el viaje a bordo del Tybalt, Miriya se había encontrado con mucho tiempo para reflexionar sobre la forma en que las cosas podrían haber sucedido de forma diferente si hubiera actuado de otro modo, pensó que tenía suerte de seguir con vida, pero frecuentemente, la misericordia con que se la había tratado se sentía como cualquier otro castigo, tal sentimiento no decreció por la manera en que otras mujeres, como la Hermana Imogen la trataron.

Como consecuencia de su degradación posterior a la categoría de simple Hermana de Batalla, Miriya se sentía perdida y sin propósito, había sido la Hospitalaria Verity quien le ofreció un camino de salida, la joven impresionó a la guerrera con su agudo intelecto y una reserva interna de fuerza que desmentía su frágil aspecto, así Miriya aceptó la sugerencia de la Hermana y su perdón, pues Lethe había sido Hermana de sangre de Verity, con su amistad, Miriya al menos podía creer que uno de sus errores había sido absuelto.

Pero no fue suficiente, miró a su alrededor tomando una profunda bocanada de aire seco, Miriya aceptó participar en la misión de la Canonesa Sepherina porque creía que iba a encontrar, de algún modo, renovados sus propósitos, creyó que ésta peregrinación hasta el borde del Imperio le traería la paz consigo misma, pero ello no había sucedido, en lugar de eso, había brillado una luz sobre verdades vedadas y dudas en las que Miriya nunca habría querido detenerse.

Trató de perderse en las rondas interminables de la oración y la práctica, de la instrucción, el rezo y el combate, pero nunca había tenido tiempo para la introspección, Miriya era un guerrero antes que nada, anhelaba el enfoque puro y limitado del combate.

La batalla era su verdadera capilla, aquí, en éste puesto de avanzada lejano, casi olvidado por el resto de la galaxia, estaba muy lejos de las grandes guerras de la orden de la fe, lejos de los lugares donde su brazo armado y su bólter podrían servir al Dios-Emperador contra el infiel, le preocupó admitir que era la ausencia del sonido de los disparos y los gritos de los indignos en sus oídos lo que más le dolía. Aquí, todo lo que Miriya podía oír, era el sonido de sus propios defectos, la idea le pareció casi sediciosa, ¿podría ser cierto que estaba tan cautivada por el derramamiento de sangre que sin ello caería?

Su alma se volvió hacia su interior y no le gustó lo que vio allí, la absoluta fe de la Hermana Miriya a la Santa Tierra no podía cuestionarse, nunca podría, pero ahora se sentía como si fuera una hoja embotada, rota y oxidada, que tal vez nunca volvería a ser llamada para las grandes y gloriosas gestas militares como las que alguna vez había presenciado.

Cumpliría su deber al pie de la letra, porque era una Adepta Sororitas e incluso la muerte de cada estrella en el cielo no iba a cambiar eso, pero Miriya estaba profundamente preocupada con un gran pesar en su hueco espíritu que parecía hacerse más grande con el paso de los días.

La Hermana de Batalla miró los marcadores conmemorativos y se preguntó si ese sería su destino, vivir y morir aquí, ser recordada por aquellos que no la conocían.

-Seguí a Verity hacia el medio de la nada porque pensé que la distancia me

traería claridad... y sólo me he encontrado con mis pecados- el aspecto de Miriya se ensombreció.

Pasando las líneas de marcadores conmemorativos, su línea de visión cruzó el patio, donde los operarios habían levantado sus campamentos y refugios temporales al amparo del viento mientras trabajaban en la reconstrucción de los muros.

Miriya advirtió movimiento entre los puntales de soporte de los paneles de rococemento y un módulo habitacional, permaneció inmóvil, su viejo instinto de batalla tensó sus músculos, pues sólo Miriya y los guardias permanecían en el área a éstas horas, se preguntó tal vez si alguno de los trabajadores podría haber sido tan tonto como para aventurarse fuera de su modulo tras el último cambio de guardia, o si tal vez se tratase de un truco de la luz en sus ojos... el viento agitó los bordes de una capa.

Fue entonces cuando lo vio otra vez, estaba segura de ello ahora, Miriya sabía que sus instintos habían estado en lo cierto, se mantuvo inmóvil, evitando exponerse a los lúmenes de los módulos habitacionales, una figura encapuchada se movió en arranques bruscos hacia la torre central, la figura era de escala claramente humana, pero la Hermana de Batalla no podía distinguir al intruso bajo la capa, su primer pensamiento fue que se trataba de uno de los errantes Tecnosacerdotes del Cuestor Tegas, que avanzaba a escondidas de nuevo en el convento, pero entonces la figura se movió lentamente por los puntales de apoyo del módulo Laboratorium Mechanicus y prosiguió su camino.

El intruso podría ser cualquier otra cosa, Miriya avanzó con pasos constantes pero cuidadosos, sin apartar los ojos de él, maldijo su suerte pues no tenía el modulo vox consigo, tampoco un arma mejor que el cuchillo de combate de su bota, temió que se topara con la Hermana Pandora quien aún podría estar allí, el intruso, por lo que sabía, podría tratarse de un explorador, y por tanto, otros podrían estar rondando en el área, entre las sombras más profundas donde la vista de Miriya no alcanzaba, si sonaba la alarma sin tener la certeza, los operarios entrarían en pánico y sin duda, en desorden.

Sus pies crujieron sobre pequeños restos esparcidos sobre el suelo, inmediatamente la figura sospechosa giró en dirección al sonido, Miriya se dejó caer en cuclillas tras un contenedor de carga aprovechando la cobertura para

extraer su cuchillo de combate.

Su mente daba vueltas, él o 'lo que fuera' el intruso, no descubrió a Miriya por pura casualidad, la idea de ello le heló la sangre, tenía presente que el intruso no solo se había infiltrado a través de los sensores perimetrales de alerta temprana desplegados por las exploradores de Imogen, sino que también había atravesado las arenas abiertas sin ningún tipo de cobertura, evitando la atención de Pandora y las otras Hermanas de guardia.

Se arriesgó a mirar por encima de la parte superior del contenedor y no vio nada, incluso ese breve intervalo en que perdió el contacto visual resultó suficiente, Miriya gruñó una maldición en voz baja y corrió hacia la pared, recogió una piedra suelta que arrojó sobre las agrietadas almenas de piedra, tras un breve instante, el yelmo de Pandora se asomó con la boca de su bólter en ristre.

-**Da la alerta**- siseó Miriya bajo y rápido -**¡pero en silencio, algo ha invadido el perímetro! Un intruso humanoide**- señaló. -**¡Lo vi en dirección a la torre central!**

Pandora vaciló, pues técnicamente y a pesar de que ambas ostentaban similares laureles de veteranía, era superior jerárquicamente a la otra Hermana, a pesar de lo cual, Miriya la había tratado con el temperamento propio de una comandante de unidad, advirtió las razones de su vacilación y tuvo que recordarse a sí misma que debía demostrar la debida deferencia. -**Por favor, sor Militante**- añadió el rango para acentuar el respeto a su grado superior.

La Hermana Pandora asintió y ladeó la cabeza, Miriya reconoció el típico movimiento, en ese preciso instante, la Hermana estaba enviando el parte a través del sub-vocalizador, sin aguardar confirmación, Miriya echó a correr, esquivando los montones de escombros acumulados por los operarios y trabajadores, se dirigió hacia la torre central con toda la premura que pudo.

Llegó a las puertas de acero del atrio y las encontró abiertas.



Por un instante, Verity se permitió pensar que estaba de vuelta en Ophelia VII,

en una de las naves de Yabarantine que salpicaban el paisaje del gran mundo cardenal, se imaginó volviendo la cara hacia el oeste con el fin de echar un vistazo a la luz de la luna frente a las torres del Ministerio Sínodo (Synod Ministra en el original), el gran complejo de la ciudad en donde algunos de los textos religiosos de mayor notoriedad habían sido escritos, la idea la reconfortó.

Entonces, abrió los ojos y se halló a media galaxia de distancia de ese santo lugar, todavía aquí en el sistema Kavir, de rodillas ante un altar dañado y tendiendo un grupo de pequeños votos perdidos entre la oscuridad y los escombros del lugar, los Trabajadores del Diácono Zeyn habían hecho un trabajo aceptable al despejar la mayor parte de los escombros de la Gran Capilla, pero el polvo aún se sentía en el aire, asaltaba la nariz de la Hospitalaria, el polvo... el maldito polvo que todo lo cubría, parecía materializarse de la nada para volver a cubrir toda superficie una milésima de segundo después de haber sido limpiada.

Oyó el suave crepitar de las velas y captó el aroma a esencia de rosas que éstas despedían, cada vela tenía una plegaria impresa, con cortos rezos al Dios-Emperador llenos de generalidades y receptivas esperanzas, era un panorama usualmente visto en cada catedral a lo largo de todo el Imperio del Hombre, pues se trataba de objetos votivos lo suficientemente económicos como para adquirir una caja completa con una sola moneda imperial y así poder alzar su propio santuario si uno así lo deseaba. Aquí, ésta noche, Verity había traído consigo algunas velas para ofrecer su plegaria en nombre de la Hermana Thalassa, las encendió alzando la suplica a la Santa Terra, esperando que, tal vez, un milagro visitase a la mujer herida y desapareciese la esquirla de proyectil del cañón automático que se había alojado en su columna vertebral, pues desde luego, Verity, Zara y las otras Hospitalarias habían agotado todas las maneras terrenales de hacerlo.

La cabeza de Verity pesaba por la fatiga y el sueño que anhelaba, pero aún así, ella se había acercado a la capilla a tan tardía hora, para encender las velas y rezar sus plegarias, hecho que consideraba tanto parte de su deber, como curar la carne de las Hermanas.

Un doloroso gemido resonó tras ella, se tensó por la sorpresa, al volverse vio tras las oscilantes penumbras de la capilla, que las puertas de acero habían sido abiertas con un estridente chirrido de sus mecanismos, tan resonantes como solemnes lamentos. Verity se puso de pie y dio dos pasos más allá del altar con

el ceño fruncido, no esperaba compañía a éstas horas, una leve brisa recorrió la cámara e hizo crepitar la llamas de las velas.

Una extraña e inesperada sensación asaltó la carne de Verity, al ser consciente de que se encontraba en un sitio fantasmalmente desolado.

Fue entonces cuando escuchó susurros, parecían venir de muy lejos pero le resultó imposible determinar su origen, de lo que sí podía estar segura, era de qué se trataba de la voz de una mujer y que sonaba cada vez más cercana.

Una emoción tan básica como animal despertó bruscamente en el pecho de la Hermana Verity, una emoción puramente humana... miedo... retrocedió buscando el amparo de una imponente columna de mármol, con el corazón estallando dentro de su pecho, el sueño se desvaneció abruptamente a causa del potente choque de adrenalina, Verity permitió que las sombras la tragasen aferrándose contra el pilar de piedra, sin siquiera atreverse a respirar, la voz susurrante se acercó con un apurado andar, antes de que pudiera identificar visualmente al visitante, oyó sus palabras.

-**Tú no sabes nada**- rugió una voz desde unos labios agrietados y una garganta reseca. -**Vete, no tienes derecho a hablar.**

Verity escuchó las confusas palabras, el arrastrar de unas botas y el rozar de una pesada capa sobre las losas de la capilla, una parte dentro de ella, maldijo ese momento de debilidad, era una Hermana del Adepta Sororitas, no una niña que corría y se acurrucaba tras cada sombra, se había enfrentado a grandes horrores al servicio del Trono Dorado, había sido testigo de terribles acontecimientos mientras atendía heridos en pleno campo de batalla en nombre de la piedad, hechos que habrían hecho correr el alma de cualquiera a través de bosques y colinas.

Y sin embargo, al mismo tiempo sentía un frio miedo desgarrando su pecho cual garras heladas, había algo allí en la oscuridad, algo que ella no se atrevía a mirar sin saber muy bien el por qué.

-**¡Te odio!**- dijo la voz, con un tono venenoso y repulsivo. -**¡Tú no puedes...!**- tras esto, hubo un momento de silencio, como si el que había hablado estuviese escuchando una voz que Verity era incapaz de percibir. -**¡Cállate!**- gruño la voz

con rabia, mientras las botas descargaban su rencor sobre las losas.

La Hospitalaria apretó los dientes y al fin se atrevió a mirar tras la columna, escuchando el vibrar de la sangre en sus oídos.

Vio una figura humana con un manto raído del color del óxido, giró y arremetió contra el grupo de velas sobre el altar, con un único movimiento de su mano, vio un brazo vestido con raídas tiras de tela que salía de los pliegues de una capa, la mujer de voz desgarbada empujó las velas al suelo, rompiendo las copas de cristal que las contenían, apagando las llamas y derramando la cera fluida allí donde cayó, escupió sobre todo lo que cayó y lo trituró después con el talón de sus botas, por momentos, Verity vislumbró destellos del ser oculto bajo el manto mientras se movía, vio una forma descarnada envuelta en harapos, carne cubierta de cicatrices, un enmarañado cabello oscuro, casi parecido al de un ser humano, pero no podía estar segura de ello.

-**No puedes detenerme**- sobrevinieron palabras sibilantes. -**No. No, no...**

Verity se dio cuenta entonces, de que era la voz lo que había encendido el miedo en su interior, había un humor negro en ella, un tono que resonó con tanta dureza como el cerrar de un sepulcro, escuchar esa voz era como oír la voz de la propia muerte.

Con una extraña gentileza, el intruso recogió una de las velas vírgenes que la Hospitalaria había dejado a un lado, la colocó en el sitio de honor del altar con la cabeza gacha y encendió la mecha, el intruso encapuchado susurró, más bien murmuró una letanía que Verity no pudo identificar.

La Hospitalaria se retiró hacia las penumbras sin atreverse a apartar la vista del intruso, intentando retornar hacia la puerta principal, su mano se agitaba en el aire hasta que fue tomada por otra mano, Verity se sobresaltó por la sorpresa al tiempo que se volvió para ver que quien había tomado su mano, era la Hermana Miriya quien portaba un temible cuchillo de combate en una mano y una gruesa barra de acero en la otra, obviamente recuperada entre los escombros.

-**Seguí al intruso**- murmuró Miriya, asintiendo con la cabeza hacia el altar. -**Saltó los muros.**

-**Ella**- jadeó Verity -**es un ser humano... creo.**

Miriya asintió sin más comentarios. -**¿Las otras salidas de la capilla están cerradas?**

-**Sí**- dijo la Hospitalaria.

-**Entonces la tenemos, está atrapada.**

Verity miró hacia el altar, sólo vio una vela quemándose de manera constante. -**Miriya.**

La advertencia apenas había salido de sus labios cuando un ruido estrepitoso y el chasquido de un manto resonaron por toda la capilla, la mujer encapuchada se movía, desapareciendo entre los gruesos pilares de soporte y las sombras, apareciendo y desapareciendo de las distintas coberturas.

La Hermana de Batalla, avanzó, lanzando a Verity un último gesto hacia las puertas de la capilla, la Hospitalaria comprendió y corrió por el suelo enlosado hacia la entrada.

-**¡Muéstrate!**- exigió Miriya blandiendo la barra de acero como si de una espada se tratara. -**Ríndete ahora y no habrá derramamiento de sangre, ¡resístete y morirás!**

Verity patinó hasta detenerse frente a las puertas, oyendo el ruido de las piedras sueltas tras las sombras, el sistema de iluminación interior de la capilla no había sido reparado y sólo una serie de lúmenes de pie, instalados precariamente sobre los corredores aledaños, vertían una escasa iluminación sobre la nave de la cámara y su altar, ocasionalmente, la luz de la luna se filtraba sobre los ventanales acristalados de la cúpula superior.

-**¡Muéstrate, intruso!**- gritó la Hermana de batalla, su temperamento ardía, Verity percibió movimiento en el pasillo, Cassandra ingresó en la capilla vestida con su servoarmadura y portando su bólter, Isabel estaba unos pasos detrás de ella, armada de una manera similar.

-**¡Allí!**- señaló Verity en la dirección del sonido.

Cassandra asintió. -**La alerta se está pasando a todas las centinelas, apártate,**

nos encargaremos de esto.

Se oyó el ruido de escombros esparcidos en dirección a las sombras y las Hermanas avanzaron hacia allí, reagrupándose con Miriya.

-**Necesitaremos un selector de blancos para encontrar ésta cosa**- escuchó decir a Isabel.

-**No hace falta**- respondió Cassandra, quien arranco una pequeña esfera de su cinturón, la lanzó al aire en un arco que la hizo llegar hasta las vigas del techo abovedado de la Gran Capilla, allí la esfera hizo implosión con un ruido sordo y un destello deslumbrante iluminó el interior, entonces comenzó a caer lentamente hasta el suelo enlozado, iluminando una figura sombreada bien definida que se movía y rodaba.

Verity vio el movimiento más allá de la pared oeste y gritó, la forma manchada de un manto andrajoso desapareció tras la nube de polvo que levantó a su paso.

Isabel hizo disparos de advertencia que arrancaron grandes trozos de mampostería de las paredes, Miriya ya había advertido que no buscaba eliminar al intruso. -**Vamos, ¡tratemos de capturarlo con vida!**- gritó.

La intención de la Hermana de Batalla se mostró irrealizable, Verity se maravilló cuando el intruso escaló la faz de la piedra pulida donde poco asidero parecía haber, justo antes de saltar a través de enormes vigas y puntales, Isabel ignoró la orden de su ex-comandante y trató de evitar que la figura huyera a fuerza de disparos, cada proyectil impactó lejos del intruso, el encapuchado se lanzó de un salto al espacio, volando un largo trecho a toda velocidad y rompiendo con el empuje de sus puños los cristales de la cúpula, los fragmentos destrozados cayeron como una lluvia repiqueteando sobre el altar, mientras el intruso desaparecía en la oscuridad.

Otras Hermanas de Batalla ingresaron a través de las puertas detrás de Verity, vio a Helena allí, portando una espada-sierra activada y rugiendo a grandes revoluciones, con Pandora a su lado.

-**¿Lo habéis visto?**- preguntó Pandora.

Verity asintió. -**Sí, la vi.**

Miriya corrió hacia ellas. -**Está fuera, ¡en la parte superior de la cúpula! ¡Aún tenemos una oportunidad de atraparlo!**

Helena asintió. -**Escuadrón táctico, ¡conmigo!**- remontó el pasillo, con Isabel y Cassandra sobre sus talones.

-**No podréis atraparla**- Verity ni siquiera se dio cuenta que había dicho tales palabras.

Miriya se detuvo y la miró. -**Podemos intentarlo.**

La Hermana Pandora colocó una mano enguantada pesada sobre el hombro de la Hospitalaria. -**Niña, ¿qué has visto? Cuéntanoslo.**

Verity miró hacia el altar, donde una vela solitaria aún ardía, sufriendo un escalofrío involuntario. -**Vi a un muerto viviente**- respondió ella, hablando desde el corazón. -**No a un resucitado, no algo animado por los poderes de la oscuridad, vi algo peor que eso, vi una mujer hecha un fantasma viviente, de carne, harapos, cicatrices y lágrimas... y la voz, esa voz...**

-**Verity, tus palabras no tienen sentido.**

-**Lágrimas**- repitió la Hospitalaria -**vi lágrimas vertidas por un rostro herido, llorando mientras encendía la vela votiva.**



La luz del amanecer se arrastraba por los muros del convento, en el preciso momento en que las Hermanas se habían congregado en el patio, respondiendo a la convocatoria de la Canonesa, cambiando la tonalidad del cielo con sus rosados rayos, una nube baja de polvo perturbada por el calor del desierto, flotaba a lo largo del valle, convirtiendo el convento en una isla flotante.

Sepherina se paró sobre un pilar agrietado y fulminó con una furiosa mirada, imposible de disimular a las Hermanas de Batalla que Imogen había reunido. -**No podemos permitirnos fallar**- gruñó, buscando los rostros de las Hermanas,

Miriya no apartó la vista cuando cruzó su mirada, a su lado, la Hospitalaria Verity se mantenía rígida.

Isabel, Cassandra, Pandora y una docena de otras mujeres permanecían de pie ante la Canonesa, y la Hermana Superiora Imogen quien estaba a su lado, ninguno de ellas se atrevió a hablar, cada una consciente de su fracaso al permitir que el intruso se escapara.

-**En el nombre de Katherine, estoy muy decepcionada con cada una de vosotras**- Sepherina negó con la cabeza. -**¿Es que acaso el largo viaje las ha vuelto lentas y débiles? ¿Ha embotado el viaje sus sentidos?**- ella señaló con su mano al grupo. -**Esperaba algo mejor Hermanas, primero sufrimos la indignidad de que el necio de Tegas huyera por la noche como un niño travieso, ¡violando la santidad de de éste lugar!**- hablaba golpeándose la palma de su mano con el puño. -**¿Y ahora? ¡Ni siquiera están seguras de la naturaleza del extraño intruso!**

Miriya compartió una mirada de complicidad con Verity, la joven era la mejor testigo de la verdadera naturaleza de la figura encapuchada, pero la Hermana Imogen parecía desinteresada de las opiniones de la 'niña', prefiriendo prestar atención a las impresiones a medio formar de Pandora y las otras mujeres que habían estado de guardia.

-**¿Cómo ha podido suceder esto?**- preguntó la Canonesa. -**Imogen, ¡respóndeme!**

La Hermana de Batalla hizo un gesto contrito. -**El perímetro exterior... todavía hay brechas en nuestra cobertura de seguridad y a pesar de nuestros mejores esfuerzos, no podemos cubrir cada centímetro de los muros perimetrales, el daño está en proceso de reparación, pero...**

-**¡No escucharé más excusas!**- tronó Sepherina con ojos brillantes. -**El Diácono Zeyn y sus trabajadores ilotas, a partir de ahora trabajarán más, van a trabajar durante todo el día y la noche, ¡hasta que los muros estén completamente sellados y el convento deje de estar sujeto a incursiones o ataques! Trabajarán hasta caer muertos, si es necesario.**

Imogen asintió de nuevo y habló a través del vox comunicador de la gorguera de

su servoarmadura, enviando las nuevas órdenes.

-**Hasta nuevo aviso, Santuario 101 se encuentra en permanente estado de alerta de combate**- continuó la Canonesa. -**Todos los líderes de escuadra tácticas con sus armas preparadas, no más errores, manténganse alerta Hermanas.**

-**Alerta**- corearon las mujeres, inclinando la cabeza mientras repetían la palabra como una bendición.

Cuando Miriya alzó la vista de nuevo se encontró con los fríos ojos de Sepherina vueltos hacia ella, una vez más. -**Hermana, tú has dado la alarma, has sido la primera en ver a esa... persona.**

-**Miriya rompió el toque de queda**- añadió Imogen sin más preámbulos. -**Una acción, que por sí sola, debería hacerla ganar todavía más deméritos.**

La Canonesa silenció a la Hermana Superiora, alzando una mano. -**¿Por qué estabas fuera?**

La verdad parecía una débil escusa, pero no obstante era la verdad. -**No podía conciliar el sueño, señora, decidí tomar un poco del fresco aire de la noche, no tengo ninguna excusa para mis acciones.**

-**Dime lo que viste.**

Así lo hizo, relatando el momento en el jardín, la advertencia a Pandora, su desesperada búsqueda de habitación en habitación, a través de las salas de la torre central que terminó en la capilla. -**La Hermana Verity estaba ya allí**- concluyó Miriya -**ella vio al intruso mejor que yo.**

-**¿Es así?**- Sepherina midió a Verity con una larga mirada. -**¿Estaba en la capilla?**

-**Sí, estaba allí, mi señora**- dijo Verity, la Hospitalaria continuó el relato de lo que había vivido frente al altar, la enloquecida y terrible voz del intruso junto a sus extrañas acciones.

Imogen ofreció a la Canonesa la vela que había dejado atrás. Sepherina la

examinó, la giró entre sus dedos enguantados, frunciendo el ceño, finalmente, ella miró hacia otro lado. -**¿Y dices que el intruso hablo?**

Miriya vio un estremecimiento involuntario en Verity. -**Ella lo hizo.**

-**¿Qué clase de invasor envía a un explorador a una capilla a rezar?**- preguntó Imogen, su baja opinión sobre la veracidad del relato de Verity, quedó clara con el tono de su expresión.

Sepherina disparó a su segunda al mando una mirada penetrante que la hizo callar una vez más. -**Si ésta... persona... se atreve a mostrarse de nuevo dentro de los límites de nuestra visión, la quiero capturada para ser interrogada. ¿Queda claro?**

-**Sí**- fue la respuesta.

-**Castigaré personalmente a cualquier Hermana que no cumple su deber de proteger la pureza de éste lugar**- escupió su creciente ira una vez más. -**¡Juro que lo haré!**

-**¡Contacto!**- el grito bajó desde los muros, Miriya reconoció el grito de la Hermana Ananke, la mujer de piel oscura estaba en lo alto de las almenas bólter en ristre. -**Veo arena revuelta hacia el este, ¡acercándose a gran velocidad!**

-**¡A las armas!**- Exclamó Imogen, el grupo se movilizó con sus armas preparadas, a la carrera, hacia los puestos de combate.

-**Entra**- le dijo Miriya a Verity -**estarás más segura dentro.**

-**¿Lo estaré?**- preguntó la Hospitalaria con gravedad.

-**Sólo, entra**- dijo la Hermana de Batalla, cuando Pandora llegó a su lado y puso un bólter cargado en las manos de Miriya.



La nube de polvo se agitó más allá de las puertas del este, o lo que quedaba de

ellas, habían sido construidas con hierro al edificarse el convento, pero durante el primer ataque que había dejado el puesto vacío, la entrada había sido demolida, las pericias posteriores arrojaron como resultado que había sido destruida por el fuego de armas de energía pesada y por la fuerza bruta de pesados golpes, éste pues, había sido el punto inicial del asalto cuando los Necrones habían atacado y sacrificado a sus Hermanas hacía una década.

Miriya se encontró con Pandora y Cassandra, tomando posición detrás de los restos de un pilar derrumbado, controló el cargador de munición y colocó su arma en ristre para disparar con el máximo alcance posible.

Una cortina ondulante de arena llenó la visión de su mira óptica, desplazó la pistola lentamente a través de la zona más allá de la puerta caída, Miriya encontró el rastro de polvo de inmediato, por un segundo creyó ver un rostro metálico dentro de la rojiza nube.

-**¿Oyes eso?**- preguntó Helena -**bajo el viento... un ruido regular... un motor.**

-**Un vehículo**- confirmó Pandora, escuchando las comunicaciones a través del canal de vox primario. -**Ananke notifica la detección a través de los escáneres termo-gráficos, cuatrocientos metros y acercándose.**

El dedo de Miriya se tensó sobre el gatillo del bólter. -**¿Debemos abrir fuego?**- Sepherina había dado la orden de permanecer en estado de alerta y combate permanente, ello traía aparejada la autorización de abrir fuego contra todo aquel que se negase a identificarse. El sonido del motor le llegó como un constante ronroneo.

Helena identificó el vehículo de inmediato. -**Es un Venator, es uno de los nuestros.**

En el mismo momento que la Hermana de Batalla lo identificó, el vehículo emergió entre la nube baja de arena y comenzó a subir la rampa del convento hasta las puertas en ruinas, pero al segundo siguiente, el vehículo detuvo su marcha bruscamente, derrapando entre el polvo sin ningún tipo de elegancia.

Una docena de armas Sororitas centró su mira sobre el Venator, a través de sus cubiertas o desde las almenas, cualquier movimiento repentino, cualquier acción amenazante y el vehículo sería acribillado por el fuego bólter.

Una compuerta angular se abrió y una figura encapuchada apareció, a diferencia del intruso, éste llevaba el carmesí distintivo del Adeptus Mechanicus, uno a uno, sus ocupantes se apearon del vehículo explorador, agrupándose nerviosamente tras su líder.

-**Yo, supongo... que va a exigir una explicación**- dijo el Cuestor Tegas, su voz se hizo eco sobre los muros agrietados, con aparente indiferencia a las innumerables armas que le apuntaban.

Miriya centró su mirada en la cabeza del Cuestor, observando el movimiento de sus implantes oculares múltiples, tratando de medir sus intenciones.

Sepherina apareció bajo el arco roto de la puerta oriental, situada en el camino que el Venator había estado siguiendo, se había armado con pistolas bólter en su cinturón y sus manos se acercaban peligrosamente a las armas, la Hermana Imogen y dos de sus Celestes la seguían de cerca.

La brisa traía sus voces, así que todas las Sororitas reunidas podían oír la conversación. -**Como respeto de su título y rango**- comenzó la Canonesa. -**Le daré la posibilidad de explicar sus acciones.**

Tegas ladeó la cabeza. -**Señora...**

-**Si no encuentro las palabras satisfactorias, habrá consecuencias**- concluyó.

El Cuestor se tensó ante el tono de Sepherina, cuando volvió a hablar, la forma totalmente obsequiosa con que se había expresado inicialmente había desaparecido. -**Yo no respondo ante usted, Sororita, usted no tiene derecho a exigirme respuestas si no quiero darlas.**

-**¿Se atreve a jugar a los rangos, conmigo?**- replicó la Canonesa. -**¿Huye en medio de la noche a escondidas, ignora mis órdenes y roba uno de nuestros vehículos? Mis facultades me autorizan a dispararle aquí mismo donde se encuentra.**

-**¿Sus facultades?**- repitió Tegas. -**Creo que se ha excedido Señora, a pesar de toda la autoridad que usted puede proclamar, carece de jurisdicción sobre el Adeptus Mechanicus, yo no necesito justificar mis acciones ante usted**- tenía

los brazos augmeticos cruzados, cerrados sobre el pecho tras un siseo de pistones. -**Debería alabar al Dios-Emperador por el hecho de que a usted y sus mujeres se les haya permitido poner un pie sobre éste planeta, pues si así lo hubiéramos querido, los Maestros Forja de Marte podrían haberse anexado éste mundo y desalojado su Hermandad de él para siempre por medio de una muerte honorable.**

La mano de Sepherina, borrosa y repentinamente apuntó una ornamentada pistola bólter a la cabeza de Tegas, sus Skitarii y adeptos prepararon nerviosamente sus armas en un perímetro defensivo, al mismo tiempo, el resto de las Hermanas de Batalla mantenían sus objetivos en la mira, si se les daba la orden, reducirían a los siervos del Mechanicus a manchas aceitosas sobre la arena, sin ningún atisbo de duda.

-**Tú desapareces**- gruñó la Canonesa -**y justo entonces, somos invadidas por un intruso desconocido, con una capucha y una túnica justo como la tuya.**

Por una fracción de segundo, la expresión corporal de Tegas cambió, la tensa postura lo abandonó, transformándose en rigidez, Miriya advirtió un débil parpadeo de luz láser en la punta de una de sus mecadendritas cuando envió una comunicación silenciosa a uno de sus adeptos. -**No sé nada de eso**- dijo, al fin.

-**Estás mintiendo, creo que se nos ha dicho muchas mentiras a lo largo de éste viaje Cuestor y las tuyas son las más recientes**- la Canonesa avanzó un paso. -**Me dirá dónde ha estado y por qué desafió mis órdenes de permanecer dentro del recinto.**

Tegas soltó un fingido suspiro, ya que no tenía necesidad de respirar de una manera convencional. -**Sus draconianos edictos me irritaron**- respondió. -**Opté por hacer caso omiso de ellos y darle así una lección.**

-**Máquina arrogante**- murmuró Imogen.

Sepherina negó con la cabeza y la intervención de la otra mujer cesó antes de que pudiera ir más allá. -**¿Así que admite haber cometido un delito de robo y conspiración contra la Iglesia Imperial?**

-**Está dentro de mis competencia como Cuestor, el hacer uso de los vehículos militares conforme mi interés**- dijo Tegas. -**En cuanto al hecho de que sus**

guardias no observaran nuestra partida... le sugiero que tome medidas con ellas y revise el despliegue táctico de la Hermana Superiora- hizo una pausa, mirando a su alrededor. -**Estábamos deseosos Canonesa, deseosos de tamizar las arenas de éste mundo a través de nuestros manipuladores, investigar en persona... no podíamos aguardar tras los muros del convento a que decidiese liberarnos de la reclusión.**

Sepherina bajó lentamente la pistola bólter. -**¿Y qué es lo que tanto deseaba investigar Tegas? Dígame... allí, en los desiertos, ¿qué vio? ¿Que valía tanto la pena, como para violar mis edictos?**

-**Nuestra expedición no encontró nada de importancia**- respondió, mirando a través del alcance de focalización, Miriya no pudo evitar una nítida y repentina certeza, *una vez más, miente*.

Si la Canonesa pensaba lo mismo, no lo demostró. -**Su impaciencia podría haber hecho que le matasen, ¡ha actuado de manera imprudente!**

-**Tal vez sí**- se permitió decir Tegas. -**Pero su forma recalcitrante de actuar me forzó a ello, además si hay otra...**- hizo una pausa, acentuando el tono de sus palabras. -**Si hay alguna especie de agente desconocido en éste mundo, ¿no sería mejor que hagamos a un lado nuestras diferencias y que nos ocupemos de lo que realmente importa?**- preguntó Tegas. En respuesta, Sepherina narró los eventos acontecidos previos al amanecer en la capilla, el Cuestor escuchó atentamente mientras lo hacía, sin emitir ninguna opinión, ella le mostró la vela votiva y éste la tomó, la escaneó con un procesador de fotones antes de entregársela a otro de sus adeptos.

Por último, el Cuestor habló de nuevo. -**Con su permiso entonces, me retiraré a nuestro Laboratorium para realizar un análisis en profundidad sobre éste asunto.**

Sepherina parecía como si estuviera a punto de lanzar otra diatriba, pero luego se dio la vuelta y llamó a Helena y Pandora. -**Hermanas, vengan**- ellas se acercaron tal como se les ordenó, la Canonesa mantuvo su mirada sobre Tegas mientras decía. -**A partir de éste momento, ningún miembro del Adeptus Mechanicus está autorizado a salir del Laboratorium sin una escolta de Hermanas Sororitas.**

-**¿Por nuestra propia seguridad?**- preguntó Tegas.

Ella ignoró la pregunta. -**Todo aquel que viole el edicto, será tomado como un intruso y ejecutado de un disparo. ¿Ha quedado claro?**

El Cuestor se inclinó ligeramente. -**Por supuesto.**

-**Entonces sal de mi vista, antes de que lo reconsidere**- dicho esto, le dio la espalda.

Tegas lanzó otro pulso como señal a su séquito, quienes avanzaron tras él pasando frente a las Celestes e internándose dentro del convento, Miriya bajó su bólter y los vio alejarse, el Cuestor avanzaba como si flotase sobre las losas del patio, el último de los adeptos pasó cerca de ella portando un cilindro del color del hierro en sus apéndices, captó el olor húmedo de una cueva, de la piedra arenisca y el olor del aceite de máquina.

-**Imogen**- Miriya se volvió al oír a Sepherina llamar por el nombre a la Hermana Superiora, la Canonesa esperó un momento, hasta que el séquito de la tropa de Tegas se alejó definitivamente y volvió a hablar. -**No quiero seguir permaneciendo ignorante sobre lo que el Cuestor ha estado haciendo por ahí afuera, ¿está claro?**

-**Podría llevar a un equipo**- señaló Imogen. -**Si podemos seguir el curso del Venator, podremos ser capaces de averiguar a dónde fue.**

Sepherina asintió y Miriya vio una oportunidad, se acercó y se inclinó respetuosamente. -**Señora, ¿si me lo permite?**- dijo señalando al explorador. -**El espíritu máquina del vehículo, si fuésemos capaces de interpretar sus registros, podríamos ser capaces de reducir la zona de recorrido y así saber que tan lejos ha ido Tegas, analizando la carga que queda en el núcleo de energía.**

-**Ninguna de nosotros es un tecnoadepto, Miriya-** respondió rápidamente Imogen. -**El funcionamiento de éste tipo de cosas es conocido sólo por los adeptos de Tegas y dudo mucho que nos dieran una estimación honesta.**

-**Eso es falso**- la corrigió Miriya. -**Creo que la Hermana Verity tiene alguna**

experiencia con dispositivos tecnológicos, en Neva, sus habilidades resultaron muy útiles.

-**¿La joven?**- Imogen dejó en claro que no estaba nada convencida.

La Canonesa frunció el ceño. -**Tráela, quiero que lo intente.**

-**¿Y qué hay de nuestro intruso?**- dijo a la Hermana Superiora. -**¿Y si vuelve?**

Sepherina miró a las guerreras en las almenas. -**No podrá entrar con tanta facilidad ésta vez.**



CAPITULO VII



El explorador, coronó la cima de la duna de arena derrapando sobre sus seis neumáticos blindados, a medida que perdía adhesión sobre las rojas arenas del desierto, el Venator logró finalmente reducir su marcha hasta detenerse totalmente, entonces las compuertas, como si fueran alas, se abrieron hacia arriba posibilitando el rápido despliegue de la escuadra de Sororitas, éstas formaron inmediatamente un perímetro de combate alrededor del vehículo, desde la cabina de mando se asomó la Hermana Cassandra rugiendo maldiciones acerca del linaje del espíritu máquina, guardando silencio sólo para echar una mirada sobre el sol de Kavir, ya casi no se veía tras las nubes de polvo que flotaban, soltó un sombrío murmuro que se perdió tras el filtro de la máscara que le cubría la boca y la nariz.

Imogen bajó de la bahía trasera del transporte de tropas como una reina bajaría de un carruaje real, caminó alrededor del vehículo. -**¿Otra interrupción?**- exclamó, su rostro se hallaba oculto tras el yelmo de su servoarmadura. -**Creí que teníamos ésta zona totalmente mapeada.**

-**No lo suficientemente bien, Hermana Superiora**- dijo Cassandra. -**El compás digital sigue operando con cierta deriva, probablemente hay algo en las rocas, algún tipo de mineral o efecto magnético interfiere con el sistema de mapeado**- ella mostró la pantalla de la unidad auspex en su mano. -**Me llevará sólo un instante calibrarlo visualmente nuevamente.**

La Hermana Miriya estaba de pie, frente a la rampa abierta en la parte trasera del vehículo, presenciando la conversación en silencio, enfrentándose al viento desecante y escuchando el rozar de las partículas de arena que pulían su negra

servoarmadura, habían estado buscando una ruta durante varias horas a través de un patrón de diseño cuadricular, las armaduras de cada una de las Sororitas se habían teñido lentamente de un rojo opaco, a medida que el polvo desértico cubría las superficies de ceramita de sus avambrazos y petos, ella había tratado de asegurar su capa de combate como medida preventiva, pero cada nueva ráfaga de viento descubría sus hombreras, las Hermanas de Batalla se apostaron en cuclillas escudriñando la bruma, al igual que Imogen, llevaban sus yelmos sellados, la Hermana Danae portaba el acero gris de un rifle de fusión, mientras que las Hermanas Kora y Xanthe estaban armadas con bólters modelo estándar.

El Venator se balanceó sobre sus anchas ruedas todoterreno, era un vehículo de exploración, una variante mayor del modelo estándar del tipo Masakari, usualmente utilizado por las unidades de la Guardia Imperial o los Arbites Adeptus. Tenía una mayor distancia entre ejes, un espacio cerrado para un conductor y en lugar de cañones láser montados, poseía un compartimiento trasero capaz de transportar incómodamente a seis Hermanas, pero incluso una unidad especialmente adaptada como ésta, concretamente diseñada para la exploración en mundos desérticos, halló Santuario 101 como un reto difícil de superar, aún así, era más apropiado que un vehículo blindado pesado, como un Rhino o un tanque Inmolator, que jamás habrían sido capaces de sortear con éxito las arenas que les rodeaban.

Miriya levantó la vista, vio picos rocosos tan delgados como dedos, que se alzaban sobre las paredes de un cañón poco profundo, la geografía había sido innegablemente esculpida por la acción de los vientos, gemían entre las brechas rocosas desde las dunas, miró hacia otro lado agachando su cabeza para evitar el techo interior del compartimiento trasero.

Verity estaba allí, susurrando una oración frente a unos controles que operaban una pictopantalla vacilante, su rostro ceñudo se mostraba pálido y sudoroso.

-Hermana- empezó Miriya **-temo que me he apresurado demasiado en requerir tu ayuda en ésta misión.**

La Hospitalaria miró hacia arriba. **-Oh. Miriya, no... En realidad me alegro de haber podido ayudar, ojalá pudiera hacer más-** acarició distraídamente el dobladillo de su túnica ya sucia, cuyos ribeteados bordes verde oro significativos de la Orden de la Serenidad, se habían vestido del rojo óxido del desierto.

-Dijiste que habías trabajado con las Hermanas Dialogus y sus motores lógicos... creí que tendrías un cierto grado de comprensión en el uso de los sistemas operativos del explorador, si me he equivocado, si he sobrepasado mis límites...

Verity negó con la cabeza y le regaló una débil sonrisa. -**No, no es eso, se trata simplemente de que el espíritu máquina del vehículo es de un tipo diferente al que conozco y no soy una experta.**

-**No podemos pedir ayuda a los expertos**- señaló Miriya. -**No se puede confiar en los adeptos.**

-**Lo sé**- asintió Verity operando la consola con sus dedos. -**Tenemos que encontrarnos cerca por lo que he podido deducir, el Cuestor Tegas transitó ésta zona y el vehículo permaneció inmóvil aquí durante varias horas, sólo necesitamos encontrar la localización exacta para estar seguras.**

-**Lo haremos**- afirmó Miriya mientras observaba a través del visor de tiro del vehículo, desde allí pudo observar a la Hermana Imogen impartiendo órdenes a las demás Sororitas, Verity advirtió su mirada.

-**Creo que la Hermana Superiora no comparte tus ideas**- dijo la Hospitalaria con cansancio. -**Cuanto más tiempo permanecemos aquí, su escaso temperamento parece decrecer.**

-**A Imogen no le agrada nada que no esté tras la mira de un cañón bólter**- respondió Miriya.

-Una mente estrecha es una mente piadosa- Verity respondió recitando un axioma de las páginas de la reprimenda.

-**Estoy seguro de que ella cree eso**- comenzó a decir Miriya, pero sus palabras se perdieron, no por el hecho de no querer seguir hablando, sino por el hecho de no encontrar las palabras adecuadas para hacerlo.

Verity vio el ceño de su frente. -**¿Qué sucede, Hermana?**

-**¿Por qué estamos aquí?**- le preguntó. -**¿Por qué vinimos a éste lugar**

desolado, Verity?- el peso y la incertidumbre que había sentido antes en el jardín memorial, habían vuelto a ella.

-**Es nuestro deber.**

Ella negó con la cabeza. -**No, es más que eso**- Miriya miró a sus ojos. -**Sé lo que pretendías con la misión de Sepherina, tras la muerte del Lethe y... y lo que vimos en Neva...**



-**Lethe.**

En el preciso momento en que Miriya dijo su nombre, Verity vio la imagen de su Hermana tan clara como el día, su cabello oscuro enmarcando por un rostro elegantemente aguileño, esos ojos que habían envejecido antes de tiempo, los ojos de su Hermana de sangre, resistente, fuerte, quien siempre había estado allí para protegerla, pero ya no, Lethe se había ido y Verity la sobrevivía.

Cada vez que pensaba que había hecho las paces con esa verdad, llegaba un momento en que se daba cuenta lo efímero de ese sentimiento, nunca lo haría, a pesar de que habían seguido sus caminos en distintas ordenes de la Hermandad tras la ascensión desde la schola (Lethe fue adoctrinada para la batalla con las guerreras de santa Katherine, mientras que Verity con las sabias Medicae, nt) todavía había seguido sintiendo que su Hermana la seguía protegiendo, pero su muerte le había traído una terrible realidad, la dureza de éste universo, algo que antes había sido capaz de mantener a distancia, entró y la golpeó en el corazón.

Verity creía que era deber de cada servidor de la Iglesia Imperial mejorar la galaxia para la humanidad, oponerse y rechazar la oscuridad, el peligro Xenos, al mutante, la bruja y al hereje, por un tiempo ello le pareció posible sabiendo que Lethe estaba allí, luchando por el mismo ideal.

Su asesinato sacudió a Verity hasta la médula y amenazó con destruir su fe, ello le había provocado una furia y un dolor que nunca había experimentado, Miriya había estado allí con ella, y la había ayudado a encontrar su camino de regreso, pero el transitar de esa búsqueda la había cambiado.

Lo que ella había hecho la había cambiado, Verity recordó el peso de un bólter en sus manos, el retroceso del arma al disparar, recordó el primer hombre al que había matado a sangre fría, a quien había matado para salvar una vida, la vida de Miriya... pero con ese acto había perdido una parte de sí misma, una parte que creía nunca iba a recuperar de nuevo.

-**Me uní a ésta misión en busca de... la paz**- dijo, apartando la mirada de la otra mujer. -**Santuario 101 está tan lejos de las guerras de la fe, que pensé que... tenía la esperanza de que encontraría aquí una especie de paz, sin distracciones, sin recuerdos, una paz que me diera la oportunidad de participar en la obra pura de la re-consagración y tal vez así, renovar mi unión con la obra del Dios-Emperador.**

-**Esa paz... no está aquí**- respondió Miriya.

Verity negó con la cabeza compartiendo su dolor. -**Aún no la he encontrado.**

La mano de Miriya tocó la de su amiga, por un momento, Verity vio una terrible vulnerabilidad bajo la dura alma acorazada de su Hermana.

-**No abandonaremos la búsqueda, ni tú, ni yo**- dijo. -**Él nos mostrará el camino**- Miriya asintió mirando la consola, a la cual se había fijado un pequeño icono de bronce que emulaba al Trono Dorado.

Verity intentó decir algo más, pero entonces, el vehículo se estremeció cuando Imogen entró a la cabina de la tripulación. -**Corrige los mapas con un incremento de cuatro y un tercio**- ordenó, Verity obedeció inmediatamente, por el momento la conversación con Miriya había concluido.

La visual de la pictopantalla fue rotando poco a poco, compensando los efectos magnéticos mientras las otras Hermanas de batalla embarcaban, Verity oyó gruñir a Cassandra mientras ésta se dejaba caer sobre el asiento del conductor y aceleraba el motor que permanecía inactivo del Venator, el vehículo se sacudió bruscamente cuando los neumático reforzados lucharon contra las arenas y poco a poco comenzó a avanzar.

-**¿Y ahora a dónde?**- preguntó Imogen quitándose el yelmo, al tiempo que aseguraba el cierre de la escotilla.

Verity miró el mapa y señaló la boca de un estrecho desfiladero a medio kilómetro de su posición. -**Por esa antigua vía fluvial, creo.**

-**¿Eso crees?**- repitió la Hermana Kora, quien se quitó el yelmo revelando un rostro aceitunado y perlado por el sudor. -**¿Cuánto tiempo tendremos que seguir dando vueltas por aquí?**

-**Hasta que encontremos lo que Tegas estaba buscando**- dijo Imogen, poniendo fin al debate sobre el asunto, llamó a la cabina delantera y ordenó. -**¡Cassandra! Siga la cresta hacia el desfiladero.**

-**Eso nos llevará hacia abajo**- fue la respuesta desde la cabina de conducción. -**El rastro se pierde en la estrecha red de cañones.**

-**Por lo menos estaremos protegidas del viento**- dijo la Hermana Superiora casi para sí misma. -**¡Adelante!**



-**Son seres humanos**- insistió la vigilada. -**No voy a escuchar tus mentiras acerca de ellos por más tiempo, lo vi con mis propios ojos.**

+**Lo que ves es sólo producto de una mente dañada, débil y patética**++

La voz del Vigilante era como un terremoto en su interior, un eco atronando a través de los huesos y la carne, la figura encapuchada clavó las garras de sus huesudos dedos en los bordes de su sucia y harapienta túnica, tirando de ellos con ira.

Mucho más abajo, vislumbró la imagen fantasmal del vehículo siguiendo su camino a través del desierto, las mujeres a bordo ignoraban el hecho de estar siendo observadas desde lo alto de una de las torres de roca.

-**Me has dicho que eran como fantasmas caídos del cielo, espectros creados por mí, que hablaban y caminaban como si fueran reales...**- las palabras se perdieron en una carcajada salvaje. -**No es cierto, no es verdad, no es verdad,**

no es verdad, no es verdad...

+**¿Y qué si son reales?**++ fue la respuesta.

-Significa que no estoy loca.

+**No significa nada, morirán como todas las demás, gritando y vaporizadas**++

La cabeza oculta bajo la capucha se movió hacia atrás y adelante. -**No, no, no me quedaré sola otra vez, no lo permitiré.**

Algo parecido a la risa brotó de su oscuro interior. +**Tú no tienes nada que decir al respecto... nada que hacer**++

La vigilada trastabilló y se irguió nuevamente, allí, fresco en su memoria estaba el recuerdo de aquel momento en la capilla, la primera vez que se había atrevido a regresar a las ruinas, las preciosas velas votivas, la oración recitada que conocía hasta lo más profundo de su médula sin saber por qué, pero que ahora surgía a través de la impureza de su carne.

+**¿Qué crees que pasará con ellas...?**+ preguntó venenosamente el Vigilante +**...todo dependerá de lo tontas que sean, si huyen pronto, tal vez sobrevivan, pero si siguen éste destino, si siguen cavando...**++

+**... si siguen pavoneándose y jugando como si éste mundo les perteneciese...**++ las palabras se deformaron con un fantasmal tono ronco, entrecortado e inconexo.

+**Si se convierten en una molestia, despertarán una tormenta**++

Nuevas lágrimas comenzaron a caer, salpicando la piedra roja, surcándola como si de sangre se tratara. Eso no pasará, pensó la vigilada.

+**Ellas perecerán agónicamente, al igual que aquellas que vinieron antes que ellas**++

Abajo, en los cañones, la forma del explorador comenzó a perderse a medida que se adentraba en la zona de cañones de pura roca.

+**No puedes evitarlo**+ dijo la voz de manera persistente. +**Sólo puedes ser testigo de ello**++

-**No, de nuevo**- dijo y saltó del alto risco donde se encontraba, resbalando afanosamente por la pendiente con asombrosa rapidez.



Una sensación de angustia se instaló en el estómago de la Hermana Miriya cuando el Venator descendió del paisaje desértico adentrándose en el sombrío submundo de los cañones, la piedra de color óxido y el polvo infinito dieron paso a formas rectilíneas que se alzaban a cada lado de la estrecha garganta, la plana superficie Xenos la inquietó con su anti naturalidad y casi mecanizada geometría. -**¿Qué es éste lugar?**- susurró.

-**Reciten sus oraciones Hermanas**- ordenó Imogen, mirando el entorno del compartimiento de tripulantes. -**Estén listas para enfrentarse a cualquier cosa.**

-**¿Qué crees que son esas formas?**- preguntó Xanthe observando a través del visor de tiro, sus ojos descubiertos, sin el yelmo, enmarcados por una piel cetrina se mostraban temerosos. -**Nunca he visto éste tipo de estructuras antes.**

-**No lo sé**- murmuró Danae, la taciturna guerrera no ofreció nada más a la conversación, en lugar de ello, acarició el armazón de su rifle de fusión al tiempo que susurraba palabras sólo por ella oídas.

Sonó una alarma desde los controles operados por Verity, dentro de la tranquila cabina del vehículo, resonó como el poderoso repiquetear de las campanas de una catedral, la Hospitalaria miró la pictopantalla y frunció el ceño. -**Hemos detectado algo**- empezó -**parece ser una emisión láser, un breve contacto a un kilómetro de distancia... hacia atrás.**

-**¿Un rastreo de objetivos?**- preguntó Kora aprestando su bólter.

-**No**- replicó Verity -**se trata de una señal demasiado débil.**

Miriya recordó lo que había visto en el patio del convento, los parpadeantes

pulsos láser entre Tegas y sus adeptos. -**Una señal de comunicaciones**- dijo -**algo nos acaba de contactar.**

-**¿Y si no respondemos a la señal?...**- Imogen frunció el ceño, la Hermana Superiora se inclinó hacia delante. -**Cassandra, ¿qué ves ahí?**

-**El cañón se estrecha**- comenzó la Hermana de Batalla. -**Yo...**- se interrumpió. -**¡Veo estructuras! Un perímetro cercado... ¡Una barrera!**

-**¡Detén la aproximación!**- Imogen se levantó y abrió una escotilla sobre el techo de la cabina atreviéndose a mirar hacia fuera, el motor del Venator se quejó cuando el vehículo detuvo su marcha, sin esperar ninguna orden Miriya se acercó a la otra mujer arma en mano.

Allí, donde el arroyo seco llegaba al final como un callejón sin salida, se había dispuesto una barrera enrejada de metal que cerrar el acceso, detrás de ésta podía observarse el andar de operarios y módulos habitacionales dispuestos en una formación radial precisa.

-**Otro puesto...**- dijo Imogen sin creer en sus palabras.

-**Movimiento**- advirtió Miriya, al aproximarse, las barreras que cerraban el paso habían comenzado a ceder con un rechinar mecánico, abriendo el paso.

Cassandra solicitó instrucciones desde la cabina del conductor. -**Eloheim, ¿sus órdenes?**

-**Llévanos adentro.**

Miriya le lanzó una mirada. -**¿Está segura?**

-**No...**- replicó Imogen, recuperando su puesto dentro del vehículo.



Una vez dentro del complejo, el Venator detuvo su avance frente a los módulos de habitáculos, a pesar de lo cual, el motor siguió gruñendo como si quisiera

seguir su avance, Miriya arriesgó una mirada cautelosa a través de un visor de tiro realizando una rápida evaluación de lo que veía.

A juzgar por la cantidad de polvo y sedimento que se había acumulado en torno a los soportes de los módulos habitacionales, éste campamento había estado en vigor desde hacía algún tiempo, no durante años como el convento, estimó, pero si desde hacía algunos meses al menos, en algunos sectores, los cristales blindados se mostraban libres de los efectos abrasivos del viento, el revestimiento eólico exterior de los módulos aún permanecía en gran parte intacto, escudriñó las autónomas torretas artilladas erguidas sobre torres delgadas, todas ellas orientadas y centrando sus objetivos hacia la entrada del cañón, una sensación escalofriante la estremeció, al comprender y tener la absoluta certeza, de que las baterías podrían haberlas borrado fácilmente antes de que el Venator hubiera siquiera avistado el puesto.

-**¡Contacto, a la derecha!**- susurró la Hermana Kora observando por la mirilla de tiro.

-**Aquí también... contacto a la izquierda**- agregó Verity.

Miriya vio un grupo de figuras vestidas con ropajes de color rojo, flanqueados en su andar por servidores armados y Skitarii. -**¡El Mechanicus!**

El rostro de Imogen se retorció en una fea mueca. -**¡Falsos y condenados mentirosos... el hijo de perra de Tegas nos ha mentido en la cara!**- rugió.

-**No lo entiendo**- dijo Xanthe -**¿qué es éste lugar? ¿Qué están haciendo aquí?**

-**Buenas preguntas... me encargaré de obtener las respuestas**- gruñó Imogen. -**Hermana Miriya, conmigo, el resto tengan las armas listas.**

Dejando el yelmo adherido a las placas de su cadera, la Hermana Superiora abrió la rampa y saltó a la arena, Miriya la siguió inmediatamente con el pulgar pugnando sobre el seguro de su bólter, el viento agitó su cabello oscuro y azotó su rostro, sus recelos internos tronaban ahora dentro de su pecho.

-**En el nombre del Dios-Emperador, ¿quién está al cargo aquí?**- gritó Imogen, desafiando a los adeptos del Mechanicus y a sus secuaces que permanecían aparentemente impasibles. -**¿Qué significa esto? Respóndanme,**

¡ahora!

Uno de ellos dio un paso hacia delante, Miriya vio el medallón sagrado sobre su cuello que indicaba el rango de tecnosacerdote.

El rostro del experto, o lo que había en su lugar, no le resultó familiar, de hecho, tuvo la inmediata certeza de que ninguno de ellos había viajado a bordo del Tybalt junto a ellas desde Paramar, además, fue consciente de que había muchos más adeptos allí de los que Tegas había traído consigo.

Ya estaban aquí, pensó Miriya, sintiendo una horrible sensación en la boca del estómago.

-**Yo soy Ferren**- el tecnosacerdote hizo un gesto conciliador. -**Honorables Hermanas, sean bienvenidas, su llegada ha sido inesperada e inoportuna.**

-**Hermana Superiora**- la voz de Cassandra zumbó en sus oídos degradada por la estática, a través del canal vox. -**Las comunicaciones de largo alcance han sido interrumpidas, no podemos comunicarnos con el convento desde ésta locación.**

-**Alerta**- dijo Imogen, casi escupiendo las palabras.

Miriya no dijo nada, ¿se trataba esto de algún tipo de estrategia deliberada por parte de estos adeptos o simplemente un efecto de la magnetosfera turbulenta del planeta? Cualquiera que fuera la causa, la escuadra estaba librada a su suerte sin poder enviar advertencia alguna de su hallazgo.

Lentamente, los brazos armados de los siervos y las carabinas láser de los Skitarii adoptaron posición de guardia, Miriya escrutó a los adeptos y se preguntó si estaban haciendo uso de su mudo lenguaje para coordinar sus acciones, se retraso para poder alistar su arma como respuesta, inmediatamente y como contramedida, un trió de delgadas líneas de laser utilizadas para la adquisición de objetivos, surcó el aire, iluminando la coraza de su servoarmadura, optó por bajar su bólter, ante lo cual, las señales desaparecieron instantáneamente.

-**Debo solicitarles que bajen sus armas y se alejen del vehículo**- prosiguió el tecnosacerdote. -**Los cinco tripulantes del mismo deberán descender, de uno**

en uno- sus cambiantes ojos carmesí escanearon el Venator, sin duda adoptando el modo de visión termo-gráfico que ellas también utilizaban en los yelmos modelo Sabbat para la adquisición de blanco. -**Han transgredido nuestro perímetro... sería preferible consensuar una solución**- dijo soltando un suspiro sibilante a través de las rejillas de su vocalizador. -**Preferiría no recurrir a la violencia.**

-**¿Tienes la arrogancia de acusarnos de iniciar las hostilidades?**- escupió Imogen -**Tegas ha venido hasta aquí buscándolos, ¿no es así?... ¡Ha venido por todo esto!**- hizo un gesto enojado en torno al complejo y las huellas dejadas sobre las rocas, que evidenciaban la labor que se estaba desarrollando allí, tales como cortes y quemaduras de láser a la entrada de la caverna. -**¡Reconózcalo o responderán por su engaño!**

Miriya le llamó la atención con la mirada por un instante, pudo advertir el tono de advertencia en esa mirada, pero no pudo asimilarla completamente, por lo que decidió proseguir.

El tecnosacerdote inclinó la cabeza en un gesto burlón. -**Ya veo, no encontraré una respuesta desapasionada**- las armas las apuntaron ante una orden silenciosa.

-**Él va a disparar...**- susurró confusa y sorprendida una distante Cassandra.

-**Su curiosidad le ha llevado a esto Hermana, me decepciona saber que no existe otra manera de resolver ésta situación, si tan sólo hubieran vuelto, regresando al convento ignorantes de lo que habían visto... pero ahora me veo obligado a tomar decisiones que...**

La Hermana de Batalla no permitió seguir al tecnosacerdote, Miriya apretó el gatillo de su bólter y disparó contra el suelo una descarga totalmente en automático, permitiendo que el retroceso del fuego sostenido arrastrase el cañón hacia arriba, los impactos de los proyectiles de masa reactiva arrancaron esquirlas de la roca y levantaron una nube repentina de polvo.

Tras el primer disparo, Imogen ya se había movido abriendo fuego con su propia arma desde la cadera, atacando a los servidores armados, optando por elegir objetivos primarios como los que portaban armas pesadas. -**Cassandra, en**

marcha- gritó instantáneamente, Miriya oyó el ronco rugido del espíritu máquina del Venator, avanzando en un derrape.

Danae emergió de la trampilla superior del explorador abriendo fuego con su cañón de fusión, en descargas sucesivas de llamaradas ardientes que dispersaron la guardia de Skitariis, la masa del rodador devoró los metros a través de las arenas, incrementando rápidamente la distancia.

Los disparos cesaron momentáneamente, instante que Miriya aprovechó para irrumpir en una carrera hacia la rampa trasera del explorador, instantáneamente los disparos se renovaron, sintió el calor en el aire, el aroma a arena quemada que dejaban los impactos laser a su alrededor, que la fundían formando cristalinos granos de sílice, reprimió un gemido de dolor cuando uno de esos disparos dio en el blanco fundiendo la ceramita y el flexiacero de su hombrera, una pequeña llamarada surgió de su raída y ahora humeante capa, pero a pesar de ello no redujo su marcha.

El Venator aceleró rápidamente salvando las curvas dentro del área central del campamento, absorbiendo los golpes de refilón y esquivando los obstáculos que se le presentaban a fin de evitar impactos directos, Miriya vio a Cassandra maniobrar el vehículo en un derrape controlado, de tal modo que la cola impactó a un servidor armado a quien arrojó contra una columna de apoyo, las ruedas escupieron arena cuando detuvo su marcha con una frenada brusca, momento que Miriya aprovechó para asirse al pasamanos situado a lo largo de su flanco.

Fijó los pies sobre el estribo, tomó el bólter con su mano libre al sentir que los adeptos del Mechanicus trataban de atraparla, contra ellos descargó una ráfaga de su bólter a ciegas, apuntando a las líneas confusas de siervos del Mechanicus.

-**Corran hacia la salida**- gritó Imogen por el canal vox. -**No se detengan. ¡Ya!**- Miriya la vio moverse y disparar, tratando de evitar las salvas de fuego y rayos de una escuadra de Skitarii.

-**No sin ella**- espetó Mirilla. -**Cassandra , gira y cúbrela.**

La otra mujer no respondió, pero el Venator trazó una curva cerrada saltando sobre una pendiente de terreno irregular, el tonelaje del explorador lo hizo rebotar hasta un punto tal, que las ruedas del lado derecho quedaron

momentáneamente en el aire.

Incluso mientras se aproximaban hasta ella, Miriya vio el ceño fruncido en el rostro de Imogen por el caso omiso de sus órdenes, la Hermana Superiora rompió en una carrera de velocidad, lanzando una granada fragmentaria por encima del hombro mientras corría, el explosivo rebotó tras un adepto y luego detonó con un estruendo plano que resonó a lo largo de todo el cañón.

Cuando el Venator pasó a su lado, Imogen se arrojó sobre la rampa abierta aterrizando sobre la cubierta, los proyectiles de rojo carmesí, rebotaban insistentemente sobre el casco del vehículo. -**¡Entre! ¡Deprisa!** - rugió Miriya.

-**Demasiado tarde**- respondió Xanthe. -**¡Mirad!**

Los esbirros del tecnosacerdote cerraron la barrera metálica en cuestión de segundos, resultaba evidente, que a pesar de su masa, el vehículo de reconocimiento quedaría destruido si intentaba embestirla, a lo que había que agregar, que ahora sin Miriya o Imogen en tierra para atraer su atención, todas las armas de fuego de los servidores y Skitarii se centrarían en el vehículo como objetivo.

Miriya intentó cerrar la escotilla del vehículo tras entrar Imogen, pero el mecanismo de cierre había recibido un fuerte impacto por lo que no pudo hacerlo.

-**Nos han dejado atrapadas aquí**- la increpó Imogen mirándola fijamente. -**Debieron salir de aquí, ¡hay que dar la alarma!**

-**No estamos muertas todavía**- replicó Miriya.

-**La caverna**- gritó Cassandra desde la cabina de mando. -**Tal vez haya allí una vía de escape, o...**

-**Hágalo**- ordenó Imogen, sosteniendo la mirada de Miriya un momento más, luego se volvió y dijo. -**El resto de ustedes, a sus puestos de tiro, ¡rechácenlos!**



Ferren envió torrentes furiosos de código binario a través de la red local a sus adeptos, tratando de prever y contrarrestar los movimientos de las Sororitas, pero como tantas cosas, los actos y reacciones de los seres orgánicos resultaban difíciles de predecir.

En un principio, la imprevista llegada de las mujeres le habían hecho sentir pánico, no sólo el Cuestor los había trastornado con su llegada, alterando el orden imperante dentro del recinto y restaurado únicamente gracias a las iniciativas del tecnosacerdote, sino que ahora y como si ello fuera poco, por causas que desconocía y cuya responsabilidad, sin lugar a dudas le correspondía a Tegas, las Hermanas de Batalla habían venido siguiendo la ruta de retorno trazada por su superior.

Ferren calculó sus opciones en un microsegundo, evaluó y consideró todas las alternativas posibles, tuvo en cuenta la opción de atacar el vehículo en su aproximación con misiles, mediando el uso de las baterías, alternativa que finalmente desechó optando en su lugar por una acción más sutil.

Debían capturar el vehículo intacto... la escuadra de Sororitas debía ser eliminada rápidamente y con cuidado... Ferren había montado un plan para asesinarlas y depositar sus cadáveres en el desierto profundo, donde los depredadores locales darían cuenta de su carne y las arenas harían el resto del trabajo y si se diera el caso de que alguien diese con sus restos, podría acusarse al hecho como un infortunio o una desgracia, considerándose que las muy tontas se habían perdido en las tormentas de arena, con ello, el complejo seguiría oculto, su preciosa obra sería protegida, era un buen plan, uno complejo, pero válido.

Ese plan ahora era cenizas, arruinado por las acciones impredecibles de los cerebros humanos, que siquiera podían aceptar la lógica de haber sido derrotadas.

Un recuerdo despertó en la corteza cerebral de Ferren como resultado de los presente eventos, referido a Tegas, a una época anterior en la que el tecnosacerdote había ganado su rango actual, saliendo así de las sombras de su

maestro, el Cuestor se había burlado de cada esquema que había creado por considerarlos complejos en demasía. ‘La simplicidad es la verdadera medida de una mente inteligente’ le había dicho, ahora Ferren se preguntaba sí debería haber prestado más atención, si los misiles habrían funcionado igual de bien.

-**Acaben con ellas**- exclamó, expresando su molestia en la lengua humana.

El Venator había sufrido graves daños y despedía una estela de humo, pero como una bestia salvaje enloquecida por el dolor, el espíritu máquina se negaba a morir.



Cassandra, haciendo uso de toda su fuerza, venció la resistencia de la máquina impulsando el mando de aceleración a fondo, hecho que disparó las señales de alerta de estado en las consolas de conducción, el santo rosario que colgaba sobre las consolas se rompió y cayó contra el parabrisas cuando el vehículo se abalanzó sobre los adeptos traidores.

En el último segundo, el rostro del tecnosacerdote pareció desdibujarse cuando sus extensiones mecánicas lo proyectaron fuera de la trayectoria del vehículo, en su lugar, el vehículo impactó el torso de un lento servidor artillado, que en vano intentó sujetarse del chasis y proseguir obstinadamente con las tareas programadas, los brazos coronados con cañones Stubber desguazaron el capó y golpearon el parabrisas, pero sin garras o manipuladores con los que sujetarse debidamente, el servidor de blancos ojos resbaló en un rechinar de metal contra metal cayendo bajo las ruedas del Venator, el gran tonelaje del vehículo lo aplastó contra el suelo en un estallido de carne, sangre y fluidos procesados.

Luchando contra el derrape, Cassandra dirigió la proa del explorador hacia la boca cavernosa excavada sobre la dura roca, al mismo tiempo, el repiqueteo de los impactos laser contra la cola del vehículo se había vuelto una constante, un impacto sordo disparó nuevos iconos de alerta sobre el panel de control, advirtiendo el estado definitivamente critico del eje trasero, tras lo cual el rumbo comenzó a desviarse levemente a pesar de la tenacidad de Cassandra.

Las Hermanas que ocupaban el compartimiento de tropa trasero, no pudieron mantener una adecuada disciplina de tiro, ya que la inestabilidad del rumbo seguido por el vehículo las hacia trastabillar, rebotando contra las paredes como piedras dentro de una lata.

-**Recargando**- gritó Danae, dejándose caer de la trampilla del techo abierta, para expulsar la batería de combustible gastada de su rifle de fusión, gases calientes escaparon de la carga descartada y los ojos de Verity ardieron por la irritación que esto le produjo, obligándola a replegarse contra el rincón de la cabina.

Xanthe subió hasta la trampilla para tomar el lugar de la otra mujer y Miriya avanzó tras ella, el sonido de la batalla eran casi ensordecedor, el rugido del motor se mezclaba con el aullido de los disparos bólter y con el zumbido de los rayos laser que cortaban el aire.

-**Casi llegamos**- gritó Cassandra. -**Sujétense...**

La atención de Verity se diluyó por un instante ante las palabras de la Hermana de Batalla, justo en ese instante se volvió hacia la Hermana Xanthe, solo para verla morir.

La Sororita más joven, con sus hombros y cabeza asomados por trampilla del techo, dio una repentina sacudida antes de que sus rodillas cedieran y cayera sobre el piso del compartimiento, arrastrando una nube de calor y rosado vapor con aroma a hierro quemado, su rostro era una ruina de carne ennegrecida, el sitio sobre su pecho donde estaba el corazón, mostraba ahora un agujero producto de un proyectil bólter.

La oscuridad se tragó el vehículo cuando ingresó por la boca de la caverna.



El eje trasero se rompió finalmente, enviando fragmentos de sí mismo junto al reguero de combustible que se vertía bajo el chasis, las ruedas se bloquearon y el avanzar del vehículo de reconocimiento también llegó a su fin.

Iconos de alerta púrpura llenaron la pantalla del salpicadero, Cassandra abrió de

una patada la escotilla del conductor, se liberó del arnés de sujeción y salió del vehículo, deteniéndose sólo para tomar su bólter del soporte magnético a su lado.

Se volvió justo para ver como las llamas naranjas abrazaban la parte trasera del explorador, mientras Imogen y las otras Hermanas huían del vehículo siniestrado, la ultima en salir fue Danae, quien empujó a la Hospitalaria frente a ella con los dientes apretados.

Tras un breve recuento Cassandra preguntó. -**¿Xanthe...?**

-**Muerta**- informó Miriya. -**Debemos movernos.**

-**Sí...**- asintió Cassandra disimulando su dolor, sentía una cierta afinidad con Xanthe, su voz durante los himnarios había sido algo increíble de oír.

Imogen tenía el arma de la mujer muerta en sus manos y se la entregó a Verity. -**Toma esto, haz algo útil**- sin esperar a oír su respuesta, volvió la vista hacia Cassandra. -**¿El vehículo?**- inquirió.

-**Demasiado dañado, tendremos que adentrarnos a pie.**

Sin contención alguna, el fuego alcanzó el compartimento de la tripulación eructando columnas de humo negro desde las escotillas abiertas y cubriendo los confines de la boca de la caverna, los rayos láser atravesaron el humo mientras los Skitarii del Mechanicus avanzaban abriendo fuego a la carrera.

-**Entonces que así sea**- asintió Imogen. -**Deprisa, ¡vamos!**

-**¿A dónde?**- preguntó Verity palpando con aprensión el bólter ensangrentado de Xanthe. -**No tenemos mapa, ni manera de saber hacia a dónde nos conducirá éste túnel**- su voz resonó con el eco vacío de las paredes de piedra oscura.

-**Si mantenemos la posición moriremos**- dijo la Hermana Superiora con un visible mal humor por la interrupción. -**Aquí, presentamos un único objetivo... allí, tal vez podamos elegir una mejor posición de combate, muévanse.**

Danae ya había avanzado escudriñando el frente con su rifle de fusión. -**Por aquí**- gritó con palabras que resonaron, mientras la Hermana de Batalla señaló un camino que se adentraba por un paso oscuro, cuyo final permanecía incierto

tras una curva sin fin y que apenas era iluminado por biolumenes fijados contra las paredes cada cien metros.

En su repliegue, la escuadra se alejó de la boca de la cueva, el rumbo seguido las alejó del brumoso resplandor de la luz del día, rápidamente reemplazado por la oscuridad de los túneles de roca, Cassandra escuchó el crujir de sus botas blindadas sobre la arena cristalina mientras se aventuraban a lo desconocido, percibió el aroma agrio del ozono, la temperatura descendió bruscamente, mirar los muros de piedra le generaba escalofríos.

Levantó la vista y cruzó una mirada con la Hermana Miriya. -**Éste sitio parece una tumba**- murmuró.

-**Si nos detenemos, será la nuestra**- respondió la otra Sororita.



-**¿Aún siguen ahí fuera?**- preguntó Tegas, aunque sabía la respuesta.

-**Sí, Cuestor**- contestó Lumik, quien tras haber recibido la descarga de estática, había cogido una extraña reverberación que generaba un eco en su unidad de vocalización.

Hizo caso omiso a la respuesta y envió una orden a la lente óptica fijada al exterior del módulo Laboratorium, su corteza cerebral fue alimentada con señales visuales, gracias a las cuales, pudo confirmar la presencia de dos Hermanas de Batalla que hacían guardia a las puertas del Laboratorium. Permanecían impasibles, con sus rostros de aspecto severos enfocados en la tarea a cumplir, Tegas corrió un ciclo de diversión a costa de su pomposidad y lo compartió con su séquito mientras trabajaban en el rollo de metal que había traído de la excavación, rodeado de extensiones manipuladoras y escáneres sobre un banco de trabajo.

Orbito alrededor del puesto de trabajo, pensando en lo necias que eran las Sororitas del exterior, se creían a cargo de la situación debido a sus armas y estoicas maneras, como si de alguna manera, su fe ciega las hiciera superiores al Mechanicus, no dudaba de que si tuvieran los medios, las Hermanas de Batalla

convocadas y asignadas como ‘su escolta’, harían guardia hasta que el sol Kavir cayera del cielo, poseían una mentalidad simple, lo que para algunos se trataba de tenacidad, para Tegas constituía una prueba clara de un limitado intelecto.

Las Hermanas de Batalla atribuían todas las cosas a la voluntad del Dios-Emperador, no cuestionaban la estructura universal o el orden de las cosas, tal como aquellos en las altas esferas del Adeptus Mechanicus acostumbraban hacer, por el hecho de haber nacido para ello, cada hijo e hija de los grandes pensadores de Marte buscaban la unión con el Omnissiah y explorar las fronteras del conocimiento, las Hermanas... las Hermanas eran un claro ejemplo del porque de la situación actual. Eran instrumentos contundentes, las porras de la Iglesia Imperial, eran seres ingenuos, carentes de visión.

Decir esas cosas en voz alta sería considerado por un tribunal como una sugerencias de sedición, tal vez incluso una herejía, incluso entre algunos de sus colaboradores, Tegas sabía que estaban quienes buscaban alejarse de tales pensamientos, ninguna de éstas cosas se hablaba en realidad o por lo menos no por medio del uso de la carne cruda y el aire impulsado a través de tubos de cartílagos, pues en realidad, en tal sentido existían patrones vagos de pensamiento en lenguaje binario, representativos de distintas corrientes conceptuales que flotaban a través del banco de datos compartido.

A pesar de que las Hermanas se creyeran a cargo de la situación en éste lugar, de que se pavonearan por todo el convento, ninguna de ellas se atrevería a aventurarse al interior del Laboratorium, por la ley del Ministorum se había clasificado al módulo como territorio de facto de Marte, una pequeña embajada del Mechanicus a años luz del sistema solar, Tegas estarían en su derecho de considerar cualquier intrusión como un acto de guerra.

El decreto le concedió el aislamiento que necesitaba para completar su propio análisis de la reliquia de Ferren, él flotó más cerca de la voluta, mirándola, Tegas había absorbido todos los Teraquad de datos que su errante discípulo había reunido sobre el dispositivo, pero él había ordenado a su propia comitiva que realizara de nuevo la misma serie de pruebas, tenía que estar seguro de lo que estaba viendo.

Si los datos obtenidos por Ferren eran correctos, de acuerdo a las interpretaciones efectuadas, el dispositivo se desplazaba y operaba en fases

discontinuas con el resto del espacio tiempo, podría acceder a enlaces cuánticos, en niveles impensables para los dispositivos imperiales, de información almacenada en la estructura en partículas subatómicas, una infinidad de hechos, historias enteras codificadas dentro de él y lo más asombroso, todo esto era algo que tal vez, podría significar trivial para los seres que lo habían forjado.

Tegas estaba emocionado y agitado en la misma medida, la mera posibilidad de que el objetivo contuviese tamaña información lo emocionaba y al mismo tiempo lo irritaba ante la dificultad que presentaba su interpretación, esto no sería el trabajo de su vida, sino de varias vidas.

Cedió al impulso de tocar el rollo nuevamente y apartó los sensores palpando con sus dedos augmeticos las vastas líneas de glifos, comprender que estaba tan cerca y al mismo tiempo tan fuera de su alcance, era tentador, se atrevió a hacer la conexión.

Se perdió en él, pasó el tiempo, horas o tal vez segundos, desistió del uso de su cronómetro interno y cuando la correlación al fin rompió el foco en su mente, Tegas sintió una oleada orgiástica.

Las manos del Cuestor se abrieron como las patas de una araña, siguiendo el movimiento y detalle de los símbolos, el desplazamiento inusual de la superficie mutó, seccionándose en la imagen triangular que antiguamente utilizaban las cortes de los Altos Señores de Terra.

Hologramas florecieron desde la superficie de color gris acero con una loca profusión, mucho mayor que la que había presenciado inicialmente, anillos de controles virtuales y lo que sólo podían ser interfaces de órdenes por capas, unas encima de otras lo desafiaron a extender la mano y activarlas, sintió como una pérdida invisible de radiación electromagnética se construía sobre ellas, sin duda, algún efecto secundario por la activación del dispositivo, Tegas ignoró una punzada de vértigo y sintió una oleada de pánico ante el impulso analógico a través del banco de datos. Lumik y los demás adeptos estaban sorprendidos, temerosos de la reacción, se mostraron cautos, sostuvieron la necesidad de dar marcha atrás, para preservar y recoger la información reciente, considerarla, evaluarla.

Ello estaba bien, era necesario.

-Pero ningún descubrimiento se ha logrado sin cierto toque de audacia- dijo Tegas en voz alta, resplandeciendo con un fulgor esmeralda.



CAPITULO VIII



Miriya oyó el cambio en la estructura de las cavernas antes de verlo, el eco seco provocado por sus pisadas varió bruscamente, echó un vistazo por encima del hombro hacia la Hermana Kora quién ocupaba la última posición en la retaguardia de la formación, antes de volver la vista al frente.

Delante de ella, Verity jadeó y Cassandra masculló un juramento silencioso, el transitado túnel desembocó en una caverna más grande que el hangar de un Titán, el vasto espacio estaba iluminado por los rayos solares que caían en ángulos pronunciados desde las aberturas irregulares en la roca, puentes construidos con una extraña piedra de color negro verdoso, que jamás habían visto en otra parte, unían los lados más lejanos de la espaciosa caverna, había una especie de duras placas de piedra arenisca que sobresalía de las paredes como discos fundidos, estos se veían con frecuencia sobre las paredes, cuando Miriya casualmente recorrió su superficie de piedra oscura, el calor de su mano desapareció como si fuera absorbido aún a pesar de estar recubierta por la ceramita de su guantelete, en algunos lugares, parecía como si la materia Xenos hubiera crecido de la piedra arenisca de Kavir, como si una se hubiera rehecho de los átomos de la otra y fusionado, hecho que encontró extraño e inquietante.

Evitando los sectores iluminados por la luz del día, Imogen lideró el pelotón en un curso irregular por el perímetro de la cámara, Miriya se volvió una vez más, vio el tenue resplandor de las lámparas apuntaladas que flotaban a lo largo de las paredes del túnel por el que habían llegado, desde el cual provenía el sonido generado por el avance de los Skitarii del Mechanicus, venían en su búsqueda rastreando de manera inexorable a las mujeres fugitivas con escáneres térmicos, entre otros adelantos tecnológicos de detección, que las Hermanas de Batalla

sólo podía adivinar.

La mirada de Miriya osciló alrededor de la cámara, resultaba un buen sitio en el que detenerse para emboscar a los Skitarii que las perseguían, pero advirtió escasas coberturas y líneas de visión intermitentes entre los montones de polvorientos escombros.

La Hermana Danae se detuvo y miró algo, Imogen lo advirtió y se volvió. -**¿Qué es?**

-**No estoy segura**- dijo la otra Hermana, señalando.

Al igual que la piedra negra, fuera de lugar entre las formaciones irregulares de roca natural, encontró un gran panel de cristal vitrificado, Miriya estimó medía unos ocho metros de altura, la mitad de ancho y tan grueso como su puño, era sin dudas un objeto forjado artificialmente, la parte superior y sus lados habían sido cortados simétricamente, perfectamente nivelados, parecía extraña de pie, independiente y anclada sobre la tierra.

-**Otra**- advirtió Verity. Señalando con el bólter de Xanthe añadió. -**En las sombras.**

-**Hay más allá**- se sumó Cassandra, iluminando el área con una foco luminoso. -**Trono... hay docenas de ellas.**

Los paneles de vidrio estaban dispuestos en un círculo irregular, con sus anchas caras orientadas hacia fuera, hacia las paredes. Miriya tuvo un flash repentino de memoria, recordando las pinturas hololíticas del Museo del Santo Sínodo (Holy Synod en el original), expuestas en un patrón similar para que las compañías de peregrinos que lo visitaban, pudieran rendirle homenaje, pero éste lugar no era esa galería, los objetos no eran obras de arte, algo en su brutal forma geométrica le generaba una sensación de malestar a Miriya.

-**Es de origen Xenos**- dijo Danae, dando voz a la sospecha que todas compartían, volvió la mirada hacia otro lado y escupió. -**Debemos salir de éste lugar, ha sido un error venir aquí.**

Imogen le lanzó una dura mirada. -**No hemos tenido elección**- el sonido del aproximamiento de los Skitarii resonaba con mayor fuerza a cada momento. -

Estén atentas, pónganse a cubierto, tendremos que enfrentarnos aquí.

Las Sororitas asintieron con la cabeza, pero la atención de Verity estaba en otra parte. Miriya la agarró del brazo. -**Hermana...**

-**¿Sientes eso?**- preguntó la Hospitalaria, tirando hacia arriba de la unidad auspex que colgaba de su cinturón. -**¿El aire? Es como... como si estuviera cargado de estática eléctrica.**

Miriya abrió la boca para decir que no, pero luego sí sintió algo, una leve sensación de cosquilleo sobre su piel, sumado al fresco aroma del acre ozono.

-**Se siente como el aire tras una tormenta**- añadió en un murmuró Kora.

Danae preparó su rifle de fusión. -**¡No deberíamos estar aquí!**- se quejó.

Un destello de luz llamó la atención de Miriya, se volvió sobre el panel acristalado más cercano, justo cuando comenzó a emitir una luz interior con forma de tenues chispas verdes, similares a los fuegos artificiales que se podría ver estallando en un distante cielo cualquier día festivo.

El auspex de Verity comenzó a emitir una señal, el semblante pensativo en el rostro de Miriya mudó a un aspecto de alerta por la repentina sensación de comezón y hormigueo, sus rosarios votivos comenzaron lentamente a flotar, atraídos en dirección a los brillantes paneles más cercanos como si tuvieran voluntad propia.

Entonces, un repentino pulso palpitante iluminó con una luz verde esmeralda los confines de la caverna, las láminas de los paneles comenzaron lentamente a iluminarse con un poderoso brillo.



Ferren avanzó con sus tropas, montaba sobre su servo-brazo más largo llevaba una carabina láser modificada para su uso personal, su resguardada posición estaba en medio de su séquito y rodeado de sus mejores Skitariis, sí bien el tecnosacerdote no estaba dispuesto a desaprovechar la oportunidad de

enfrentarse cara a cara con las Hermanas de Batalla, tampoco era tan necio como para situarse al frente de sus tropas, pues sólo contaba con una capacidad de combate ligeramente superior a la media, que previamente había copiado de la matriz central de procesamiento con que habían sido programados sus escuadras de guerreros, las probabilidades bajo análisis preveían la posibilidad de intervenir en la fase final de la batalla, tal vez, para dar el tiro de gracia a una de las moribundas intrusas, Ferren solo quería ver qué sensación le generaba tal evento, quería examinarse a sí mismo y averiguar que sentimientos podía generarle tal situación, resultaba un experimento interesante, además de una buena manera de demostrar a Tegas que no era la unidad nula que el Cuestor consideraba.

Se preguntó si debería sentir remordimiento por tales pensamientos, después de todo, las Hermanas eran siervos del Imperio como él, ellas no eran el Archienemigo.

Ferren rechazó tales pensamientos, pues el proceso lógico era claro e indicaba que las mujeres habían descubierto algo que no debían conocer, algo de lo que no se debía informar a sus pares, y por lo tanto, su muerte resultaba el medio más eficaz de silenciarlas, en una única, simple y efectiva acción.

Ellas ya estaban cerca, los exploradores que encabezaban la partida de búsqueda en los túneles, estaban transmitiendo la información de los rastreos efectuados al resto del grupo, sus sensores de sonido habían percibido en medio de la semioscuridad, el pisar de las botas sobre la piedra, el zumbido de las servoarmaduras de poder, incluso el sordo latir de los corazones humanos, las Sororitas habían entrado en la sala principal, el área que uno de los adeptos de Ferren había dado en llamar 'la sala de las ventanas', en un momentáneo e inusual capricho.

Los paneles de material vítreo tan parecidos al sílice fundido, estaban forjados en realidad por algún tipo de cristal metalizado de una resistencia superior a la del acero, tras meses de análisis, ningún miembro del equipo de investigaciones de Ferren, había logrado extraerlos o comprender su funcionamiento, pero sí habían descubierto luego de un sinnúmero de pruebas, que eran resistentes a todo tipo de impactos, salvo a los proyectiles de bólter, que los atravesaban sin causarles daño como si no existieran, si las Hermanas decidían utilizar los paneles de cobertura, se llevarían una desagradable sorpresa.

Los pensamientos de Ferren se vieron súbitamente interrumpidos por un aumento repentino, de las señales captadas por los sensores de sus mecadendritas, le permitieron advertir un aumento inusual de los niveles de radiación sin origen aparente, de golpe, neutrinos y partículas de flujo quark crearon una niebla invisible que sólo podía ser advertida por ojos augmeticos.

El tecnosacerdote envió señales interrogantes al banco de datos común, sólo para descubrir que no era el único que había detectado la anomalía, intercambió información con su séquito con pulsos binarios en rápidos microsegundos, comparó las lecturas y elaboró una rápida teoría tras registrar efectos aledaños, los niveles bajos de radiación electromagnética se elevaban exponencialmente, las tasas de descomposición y los modelos de retro dispersión indicaban que el epicentro de la anomalía se encontraba allí, en dicha cámara.

Concretamente, la anomalía parecía provenir de los propios paneles.

La fuerza electromagnética no disminuyó, sino al contrario, se incrementó llegando a obstruir el funcionamiento de los Skitarii y de los demás adeptos, causando fallos en los implantes neuronales e intermitencias en la interfaz de sus conexiones cerebrales aumentadas. Ferren dio un paso involuntario hacia atrás, su capacidad neuronal y lógica se aceleró a niveles cíclicos, provocando una falla en sus sistemas mientras la descarga energética se incrementaba, intento en vano resistir aumentando sus escudos tempestad (tempest shields del original), pero la anomalía era tan irresistible que lo abrumó, defensivamente, sus núcleos lógicos internos comenzaron el ciclo de auto-desactivación a fin de proteger datos vitales, como su matriz de personalidad y recuerdos primarios.

Le resultó casi imposible concentrarse, pues sintió los pulsos recibidos, casi como puñales abriéndose paso a través de la medula y de las conexiones de sus implantes cerebrales, a pesar de lo cual, pudo claramente reconocer uno de los factores que componían la anomalía, el patrón energético le resultaba familiar, una particular configuración cuya emisión Ferren había detectado en el rollo que Tegas se había llevado pero a una escala mucho menor, esto era mucho mayor.

Tuvo tiempo suficiente como para preguntarse sobre la relación entre ambos, justo antes de que la descarga alcanzará una escala irresistible que afectó por igual a todos los servidores del Mechanicus, quienes tambaleándose comenzaron

a emitir gemidos y señales estáticas que se perdieron por los túneles, a medida que perdían sus capacidades visuales, caían al suelo o se paralizaban por cíclicos reinicios de sistemas.



Surgió entonces un fulgor verde desde los paneles vítreos, mientras explosiones de chispas fotónicas brillaban en breves intervalos de sus perfiles afilados como cuchillos y en un desafío a la realidad, rebatiendo todo lo conocido, el fulgor se extendió sobre sí mismo como un espejismo, formando espirales acuosos de energía que fluyeron distantes e infinitos, entonces, como si se tratara de un portal cortado en el aire, unas zarpas metálicas alcanzaron los bordes pugnando por invadir la realidad.

Algunos de los paneles se encontraban dañados, ya sea por la caída de rocas o por la acción destructiva de los adeptos del Mechanicus, otros estaban semienterrados en las arenas, las cuales se escurrían por el portal hacia ninguna parte, pero aquellas libres de daños u obstrucciones se convirtieron en portales que derramaban una luz enfermiza.

Formas extrañas se movieron entre el fulgor, formas esqueléticas, cosas construidas en forjas ancestrales, en mundos largamente consumidos por las muertes de sus soles, caminaron solemnemente, despertando tras eones de sueño, despiadados en su forma de ser, sorprendiendo a los incautos, las formas delgadas de los guerreros Necrón dieron un paso sobre las arenas del Santuario 101.



El corazón de Verity comenzó una carrera agitada en su pecho, a medida que más y más máquinas Xenos atravesaban el portal, filas de óseas figuras de acero avanzaron desde la misma nada, una tras otra, como una cohorte perfecta, grupos de cinco formaban en posición de cuña como participes de un simulacro en una plaza de armas.

Nunca había visto un Necrón con sus propios ojos antes, todo lo que de ellos sabía la Hospitalaria provenía de vagos rumores e historias a medias más que de verdades, parecían solo suposiciones, verlos en persona despertó poderosas emociones en ella, miedo, terror, indecisión pero también una especie de repulsión que enfermó el estómago de Verity, las extrañas máquinas irradiaban una sensación efímera de ancestral crueldad, eran totalmente inhumanas de una manera imposible de describir con palabras, palabras que jamás encontraría.

Cada uno de los Guerreros Necrones imitaba la estructura de un esqueleto humanoide, elaborado a partir de un tono cromo mate, sus delgadas extremidades culminaban en garras portantes de armas elaboradas a base de tubos y brillantes varillas esmeriladas, sus cráneos alargados con forma de calaveras estaban animados por un fuego frío que se proyectaba sobre las oscuras cavernas, pero lo más escalofriante de todo, era el total silencio de sus movimientos.

Las manos de Verity se congelaron alrededor del bólter de la pobre Xanthe, sostuvo su aliento y enmudeció, como si cualquier sonido que emitiera desde su garganta, fuere capaz de romper el equilibrio de éste horrible espectáculo.

Miriya, Danae y las demás estaban listas y a punto de disparar. -**¿Eloheim?**- oyó Verity la sibilante voz de Kora dirigiéndose a la Hermana Superiora, pero Imogen no dijo nada, su rostro se veía pálido por el mismo shock, petrificada por el momento y sin posibilidad de hablar.

Al segundo siguiente, los Necrones comenzaron su avance, marchando hacia adelante y fuera del círculo de paneles brillantes, dirigiéndose hacia los Skitarii del Mechanicus, quienes con sus ropajes de color rojo se agolpaban por decenas a la entrada de la gran caverna, que a pesar de la gran cantidad de armas que poseían, parecían sufrir alguna especie de confusión. *¿Son la mayor amenaza?* Se preguntó Verity, *¿es así como éstas cosas los ven?*

La teoría se tornó realidad, cuando algunos de los tecno-guardias resolvieron finalmente abrir fuego contra los guerreros, destellos de luz carmesí y proyectiles trazadores fueron disparados por las carabinas posicionadas tras barricadas, con destino a las formaciones en punta de flecha de los Necrones.

Algunas de las máquinas tropezaron vacilantes, ignoradas por sus compañeros, quienes alzaron sus armas en perfecta sincronía y devolvieron el fuego.

Una sobrenatural llamarada esmeralda crepitó, envolviendo al grupo más cercano de Skitariis, quienes lentamente comenzaron a desintegrarse, la boca de Verity se abrió en shock al ver como la piel, carne, nervios y huesos de las tropas del Mechanicus eran reducidas a cenizas, dejando a la vista únicamente las pulidas partes mecánicas de los adeptos de Marte, los implantes y los biomódulos se ennegrecieron de repente, cayendo al polvoriento suelo tras el colapso y muerte de su anfitrión.

Los Necrones avanzaban al son de la muerte, adentrándose por la boca del túnel.

Tras un largo y vertiginoso segundo, Verity se aferró a la esperanza de que por alguna razón, las máquinas Xenos habían olvidado la presencia de las Hermanas, que de alguna manera ignorarían a las mujeres a cubierto tras las rocas, pero las dos últimas escuadras que arribaron de guerreros mecánicos se detuvieron, realizando una parada perfecta y sincronizada, volvieron sobre sus talones y revirtieron la marcha.

Verity vio el resplandor frio de sus cavidades oculares, cuando los rostros metálicos volvieron sus miradas al unísono hacia las Hermanas.

La vacilación del momento fue quebrada por el grito de Imogen. **-¡Fuego!-** ordenó.



Ferren tropezó en su camino por el serpenteante túnel, aún trastabillando pudo notar el sonido ululante de los disparos Xenos, que errando a su persona, impactaban sobre las paredes de piedra generando verdosos relámpagos, un reflejo similar al fuego asesino, que instantes antes había eliminado a sus preciados Skitarii.

Su mente estaba en estado de crisis, al borde del colapso, el almacenamiento de datos cuidadosamente elaborados y recolectados durante los últimos meses de trabajos, junto con el cúmulo de las investigaciones, habrían sido destruidas o

arruinadas por la explosión electromagnética y el choque de ésta repentina invasión, el tecnosacerdote trató con desesperación de asimilar lo que estaba sucediendo, de comprender y procesar el curso de los acontecimientos a medida que estos sucedían.

El equipo de exploración había permanecido en el interior de las cavernas durante mucho tiempo, lapso durante el cual habían hecho tanto y sin embargo, Ferren y su séquito habían sido incapaces de encontrar algo más complejo que la tumba de un insecto descansando en estasis. Durante todo el tiempo que habían estado aquí, habían llegado a convencerse de que Santuario 101 había perdido su valor, fuese el que fuese, por el cual los Necrones se interesaban. Que por alguna razón, la eliminación de la colonia original de Sororitas había marcado el final del interés Necrón sobre éste mundo, ¿quién podría estar en desacuerdo con esa teoría? Si el interés y los modos de los Xenos... pues eran... ¡Xenos! Seres incomprensibles, insondables, ¡incluso para las más agudas de las mentes humanas!

Los Necrones habían pasado por éste planeta hacía ya más de diez años, habían masacrado lo que habían encontrado y luego habían seguido su camino, eso era un hecho, Ferren estaba seguro de ello, nada quedó aquí, nada más que reliquias, una rica veta de la que extraer información.

Los Necrones se habían ido y durante los meses que había estado al mando de ésta expedición secreta, había estado seguro de ello, lo había convertido casi en un mantra, pero ahora se daba cuenta de que la verdad no era como él creía, principalmente, el tecnosacerdote no podía hacer frente a una realidad emocional y grotesca que seguía negando, pero que no desconocía... el miedo.

Sentía miedo de que el Mechanicus lo hubiera enviado a éste lugar para morir, se sentía temeroso de no ser capaz de avanzar más allá de su rango actual, pero más que nada, horrorizado de saber que las despiadadas máquinas Xenos, aguardaban bajo las arenas el momento preciso para volver, sólo para venir y matar de nuevo.

Su miedo se había vuelto real ahora, Ferren se maldijo mientras escuchaba los gritos agonizantes y las frenéticas peticiones de ayuda de su guardia personal.

Emergió de vuelta en el pasaje principal, el área abierta en la garganta de la

cueva donde permanecían los restos humeantes del Venator envueltos en una niebla de humo gris, servidores armados aislados de la unidad principal, por efecto de la oleada de energía electromagnética, habían retornado a su programación básica y asumido posiciones defensivas atraídos por el sonido de los ataques Xenos, Ferren pasó junto a ellos y se tambaleó hacia la boca de la cueva, luchando contra la humana sensación enfermiza de pánico que amenazaba con abrumarlo, recordó los términos de las ecuaciones sagradas, parte de su cerebro se concentró en ellas ordenadamente a fin de obtener una cierta calma, mientras que en otros niveles de su inteligencia sopesaba sus opciones de combate.

Su última orden había sido la de replegarse y los Skitarii aún intentaban cumplir la orden, pero los guerreros Necrón no estaban dispuestos a dejarlos ir con facilidad, estos mantenían el mismo ritmo de quienes se replegaban y eliminaban a todo aquel que tontamente se volviera para hacer frente a la boca de sus armas, más de una docena de signos vitales desaparecieron del banco de datos compartido, indicando la desconexión por cese de funciones cerebrales.

Ferren procesó el recuento de tropas que ya había perdido y la cifra le generó gran preocupación, en cuestión de unos pocos minutos, los Necrones habían surgido. *¿De dónde?* Se preguntó. Habían eliminado gran parte de la élite del Mechanicus, parecía un castigo, los números forjaron una situación inexorablemente clara para él.

Información en bruto fue transmitida a través de la red comunitaria en dolorosas puntadas, el equipo explorador había sido totalmente superado, las estimaciones más conservadoras indicaban que las máquinas Xenos completarían el exterminio de todos en el campamento en menos de diez minutos solares, en caso de que no regresaran de las cavernas.

Entonces, como si estos compartieran sus pensamientos, surgieron de las cavernas tras él, Ferren se arrojó instintivamente al tiempo que los esqueléticos cyborgs avanzaban en formadas líneas, enfrentándose a las formaciones de servidores artillados que inmediatamente les atacaron con fuego de cañones pesados, estos impactaban en los Xenos quienes crujían y caían, pero tras los caídos, siempre había otra fila que ocupaba el espacio vacío.

Ferren buceó a través de las olas de información en el banco de datos y encontró

algo que podía resultarle de utilidad, enterrado en la memoria de un adepto menor involucrado en el estudio de las funciones geofísicas. Los pistones en sus piernas rechinaban mientras corría, el tecnosacerdote esquivó de refilón destellos de fuego verde y logró dar con un módulo de operaciones ubicado cerca de la pared de la caverna, era una cápsula blindada protegida por reforzadas escotillas de seguridad, el primitivo espíritu máquina reconoció a Ferren inmediatamente y abrió todas las cerraduras para él.

El agresivo hedor de productos químicos, procedente de los complejos anillos de exógeno y nitrotolueno, asaltó sus sistemas sensitivos. En su interior, había contenedores de metal cilíndricos, cada uno de ellos marcados con un trébol y runas de advertencias, se trataba de cargas geomagnéticas de gran potencia, que usualmente utilizaban para la perforación o destrucción de rocas durante las excavaciones profundas.

Si hubiera habido tiempo para delicadezas, Ferren hubiera descargado una corriente de referencia a un subalterno tal como un topógrafo para que cumpliera sus deseos, pero el momento era ahora y el tecnosacerdote comprendió que tendría que hacerlo él mismo, antes de que fuera demasiado tarde.

Más iconos desaparecían de la red comunitaria mientras él decodificaba el detonador, Ferren ignoró los gritos y activó la carga, al tiempo que la barra indicadora de tiempo comenzó a disminuir dejó caer la unidad y huyó. Mentalmente corrió una simulación del efecto de la detonación, la solución a la que había llegado, aún siendo una alternativa improvisada y pobremente elaborada, sería suficiente como para derrumbar la boca de la caverna y aislarla del resto del campamento, los Necrones quedarían así contenidos, aunque ello significara sacrificar una considerable cantidad de Skitariis que aún seguían luchando allí, ignorantes de lo que el tecnosacerdote estaba haciendo, en definitiva, buscando la supervivencia de la expedición.

Más importante todavía, significaba que Ferren sobreviviría, aplicando la máxima energía motriz a sus miembros augmeticos, echó a correr por el suelo de piedra hacia la entrada.

Un rayo de energía impactó sobre él seccionando una de sus extensiones locomotoras augmeticas a la altura de su cadera, lanzando a Ferren a una caída de cabeza, detenida sólo por la colisión contra una roca semienterrada, cerró los

receptores de dolor en el preciso momento del impacto, pero para entonces ya era demasiado tarde, la detonación del laser y la amputación del miembro habían desatado una oleada inicial de agonía imposible de detener, Ferren se revolvió, en un amasijo de ropas desgarradas, sucias y delgadas extremidades de hierro negro, agitándose como un insecto aplastado incapaz de enderezarse.

El disparo había sido al azar, habría errado el blanco e impactado contra un objetivo imprevisto, poco importaba ahora, sus brazos y mecadendritas se extendieron y comenzaron a arañar el suelo polvoriento, intentando desesperadamente alejarlo de la boca de la cueva.

Pero ello no sería suficiente. No, no lo sería.

Ferren lanzó un rugido furioso en código máquina, puso en ello todo el rencor humano que aún fue capaz de sentir.

La explosión ahogó su voz.



Los Guerreros Necrones atacaron a las Hermanas de Batalla con una precisión y concentración, que los mostraba incomparables a otros enemigos a los que Miriya se había enfrentado en cualquier campo de batalla, ninguno de sus movimientos fue en vano, cada paso y disparo, calculado con perfecta habilidad.

Rayos Gauss quebraron las rocas que habían elegido por cobertura, las Hermanas echaron a correr esquivando los paneles brillantes de vidrio. Miriya aún desconfiaba de los extraños portales, pues si bien no habían salido más guerreros tras la invasión inicial, no había manera de saber si más de ellos estaban en camino.

Danae se movió y disparó con el cañón de fusión desde la cadera, trazando un arco agudo que engulló cristales y guerreros por igual, los paneles sobre los que disparó se estremecieron y empañaron con el breve incendio, pero a pesar de ello no logró destruirlos, Miriya no podía dejar de preguntarse, ¿qué tipo de materia exótica podía resistir el poder explosivo de un sol caliente con que disparaba un cañón de fusión?.

Los Necrones devolvieron el fuego con sus propias armas, generando un campo resplandeciente de energía verde que agrió el aire y generó un sonoro gemido que resonó con un eco por el interior de la cámara, Miriya disparó tras su cobertura una ráfaga de tres proyectiles bólter de masa reactiva, impactaron contra el pecho de uno de los guerreros que avanzaba, el esqueleto de acero voló hacia atrás estrellándose contra el suelo como un montón de chatarra arruinado, ningún sonido de dolor, ningún tipo de expresión, ni siquiera un insulto, siseo o maldición soltó el Xenos, el silencio rodeaba el ataque Necrón, lo cual resultaba tan escalofriante como el horror blanco de sus cráneos.

Y entonces, para su sorpresa, la cosa que Miriya pensó haber matado, se movió, la grave herida a través de su torso comenzó a sanar, a cerrarse con las placas de metal fluyendo como el mercurio, lo que sólo podía ser conectores y cableados antes destruidos dentro de su pecho, comenzaron a unirse y repararse deshaciendo el daño, el Necrón dirigió su mirada hacia ella, volviendo su rostro afilado como la hoja de un hacha curvada, se levantó y avanzó cual verdugo hacia el bloque de piedra usados en las decapitaciones.

-**¡Trono y Sangre!**- escupió Kora. -**¿Qué debemos hacer para poner fin a éstas cosas?**- se agachó mientras expulsaba el cargador vacio de bólter y lo reemplazaba por uno nuevo.

-**En caso de duda**- dijo Miriya, recordando las palabras de la venerable abadesa que había sido su instructora de armas. -**Apunta a la cabeza-** cambiando el interruptor de fuego, seleccionando en su bólter la configuración de ráfaga, al apretar el gatillo los proyectiles tronaron desde el arma, impactando en el cráneo del cyborg en medio de su avance, a pesar de no poseer una boca con la cual gritar, el Necrón finalmente emitió un alarido a través de una rejilla, un chillido similar al ruido de la estática, simulando patética y burlonamente el gemido de la muerte de un ser de carne, acompañado por una vibración que conmociono su cuerpo entero, justo antes de que los impactos lo decapitaran, tras provocar la implosión de su cráneo astillado en múltiples fragmentos brillantes.

Fue sólo una simple baja ante una fuerza de atacantes que superaba a las Hermanas de batalla por dos a uno, los guerreros se habían desplegado ahora en una línea y ahora avanzaban inexorablemente, bloqueando cualquier ruta de escape, cercando a los seres humanos y acorralándolos entre los paneles

cristalinos y las paredes rocosas.

En algún lugar dentro de los túneles, resonó una detonación seguida rápidamente por el largo eco generado por el interminable colapso de las rocas, el suelo bajo sus pies tembló, curiosamente los Necrones no tropezaron.

-**¿Qué fue eso?**- inquirió Verity. -**¿Un seísmo?**

Densas nubes de polvo salieron de la boca del túnel, pero nadie respondió a la pregunta de la Hospitalaria.

-**¡Concentrad el fuego!**- exclamó Imogen, señalando a las máquinas. -**Ataquen su línea, ¡uno a la vez!**

-**Los proyectiles de bólter los dañan poco más que la lluvia**- gruñó Cassandra.

Miriya vio a Verity tratando de hacer todo lo posible por colaborar contra los atacantes, su vocación real era la asistencia Hospitalaria, por lo que carecía de habilidades de combate. -**Permanece a mi lado**- le gritó.

-**La guardia del Mechanicus...**- empezó a decir a la otra mujer. -**Ese ruido...**

-**Huyeron y pagarán por ello**- la interrumpió Miriya. -**Por eso, lucharemos solas o moriremos juntas.**

Mientras decía las palabras, algo se movió en la oscuridad por encima de su cabeza, una forma se desplegó con la alada forma de un ave rapaz, la figura se posó frente a los luminiscentes paneles Xenos, ocultando su rostro tras una capucha y blandiendo una negra espada que nada reflejaba.



Era la mujer que Verity había visto en el interior de la Gran Capilla, pero se había transformado, la figura vacilante que había llorado y orado ante el altar roto, era ahora una fría asesina, por primera vez desde que habían llegado, los Necrones mostraron algo parecido a la confusión, interrumpido su ciclo de combate por la repentina aparición de un inesperado enemigo.

Dos de ellos pivotaron para responder con fuego a la nueva amenaza, pero la oscura espada hizo estallar las bocas de sus armas gauss tras cortarlas con el paso de su hoja, el negro filo los seccionó así como a un Necrón, dejando al descubierto sus partes internas, Verity vio las partes pulidas y brillantes ya seccionadas del guerrero Necrón cayendo e instantáneamente éste se derrumbó sobre sus rodillas con un estremecimiento, tratando de aferrar los miembros amputados y conectarlos nuevamente.

-**El intruso...**- dijo Miriya, con la misma expresión de reconocimiento en su rostro. -**¿El del convento?**- preguntó Verity con una mirada inquisitiva recibiendo su confirmación.

-**¡Sigan disparando!**- gritó Imogen, por el momento desinteresada en cuestionar las acciones de ésta nueva llegada.

Cada una de las armas de las Hermanas vertió ráfagas de proyectiles y rayos de fusión contra las líneas enemigas. Al igual que el punto de ruptura de un cable dañado, la aparente cohesión de su unidad repentinamente se rompió, los Necrones se dispersaban y reagrupaban, aquellos con graves daños quedaban atrás, protegidos por el resto mientras iniciaban sus ciclos de regeneración.

La mujer encapuchada esquivó las garras de un guerrero y se cubrió tras la cobertura donde se reunieron las Hermanas, protegidas por un lado por la roca cercana a los resplandecientes paneles acristalados.

-**No hay tiempo**- les espetó con un tono de voz venenoso, Verity pudo ver parte de su rostro dañado y sentir el agrio olor que despedía. -**No hay tiempo, no hay tiempo, no hay tiempo.**

-**En el nombre del Dios-Emperador**- dijo Imogen. -**¿Quién eres?**

-**¡No hay tiempo!**- gritó de nuevo, agarrando el brazo de la Hermana Superiora. -**Están viniendo más... ¡Volviendo!**- señaló con la espada en la dirección del túnel, desde los que oían el eco de múltiples, constantes y resonantes pisadas de guerreros Necrón, si el ruido que antes había escuchado, había sido producido por un derrumbe, entonces los Necrones que habían perseguido a los Skitarii estaban volviendo, próximos a duplicar y reforzar la fuerza que hacía frente a las Hermanas.

Con una fuerza que su aspecto definitivamente disimulaba, la vigilada de andrajosos vestidos empujó a Imogen hacia el panel más próximo. -**Vete ahora**- gritó con un deficiente acento. -**¡Todos debemos irnos o moriremos aquí!**

-**¿A través de ese portal...?**- inquirió la Hermana Kora. -**¿Hacia dónde? ¡Es una locura!**

Verity volvió su mirada, en las penumbras del túnel, un sinnúmero de puntitos esmeraldas de luz crecía constantemente, los Necrones de la cámara se estaban reagrupando y tal vez esperando los inminentes refuerzos.

-**¡De allí han venido ellos!**- replicó Imogen señalando a los guerreros máquina. -**¿Pretende llevarnos a la fuente del peligro?**

-**Vete ahora**- dijo la mujer encapuchada, agregando luego lenta y deliberadamente. -**O morirás**- levantó la espada negra amenazante hacía la Hermana Superiora, la hoja de su filo no se parecía a ningún tipo de aleación metálica conocida, era más bien como un río de tinta, una sombra solidificada.

-**¿Qué opción tenemos?**- insistió Miriya. -**¡Cualquier lugar es más seguro que éste ahora mismo! Tú misma lo dijiste Eloheim, debemos elegir las circunstancias de nuestra lucha.**

Los ojos de Imogen brillaron. -**No vuelvas mis palabras contra mí, Hermana Militante**- dijo, enfatizando duramente el rango de Miriya. -**Esto no es su responsabilidad, debí haberla dejado atrás en el convento**- la Hermana de Batalla miró a la figura encapuchada. -**Y... ¿Por qué debemos escucharla?**

-**A espíritu dominatus…**- citó la extraña mujer, pronunciando las palabras como una maldición, gutural y áspera. -**Domine, líbranos**- la expresión sorprendió a las Sororitas reunidas, pero luego la vigilada se movió, pasando a un lado de Imogen y susurrándole en el último instante. -**Quédate y morirás.**

-**Es la única manera de sobrevivir**- insistió Miriya, tras ellas los Necrones comenzaron a avanzar a través de la cámara de nuevo, pero ahora avanzaban por docenas.

Imogen escupió deliberadamente en la tierra. -**La Santa la maldecirá por esto**-

gruñó y se volvió hacia la mujer con la espada.

La figura encapuchada, sin mirar atrás, cruzó el umbral de cristal brillante.

Una por una, las Hermanas la siguieron.



El paso fue aterrador, la transición pudo haber durado una fracción de segundo, pero desde el punto de vista de la Hermana Miriya se sintió como una eternidad, el fulgor verdoso la engulló, sintió que su carne se zambullía en un calmo mar de aceite, y entonces, todo se distorsionó.

Su percepción se retorció inútil, vio formas de ensueño, colores y efectos cinéticos que su mente no pudieron asimilar, impresiones vívidas y vertiginosas que bien podrían tratarse de movimientos, calor, terror o alguna mezcla de todo ello, Miriya cerró sus ojos y recitó plegarias al Emperador una y otra vez, aferrándose a las palabras memorizadas y su inquebrantable, así esperaba al menos que aún fuera, fe.

Éste portal, el pasaje Xenos, no había nacido para el uso de humanos desprotegidos, podía sentir como intentaba rechazarla, Miriya sentía como el poder del portal trabajaba afanosa y activamente por rechazar su carne y sangre, actuando sobre ella como el polo opuesto de un imán, su piel se bañó con sensaciones repugnantes que amenazaban con romper la determinación de hierro de la Hermana de Batalla, éste camino a la nada bordeaba la vorágine psíquica del espacio disforme, podía sentir la increíble presión del immaterium más allá de las paredes de su propia mente, lo sentía tan cerca.

Y entonces, justo cuando parecía que no podría resistir más, se estremeció por el resonar de sus botas sobre una cubierta de metal, Miriya abrió dificultosamente sus ojos sólo para encontrar su piel bañada por una capa de escarcha que crujía mientras se movía, las finas capas de hielo formadas sobre su servoarmadura liberaban vapor y se desprendían en trozos mientras se tambaleaba.

Miriya se sobrepuso a la conmoción y tomó un profundo y tembloroso respiro, el aire le pareció escaso y pesado en su garganta, su visión borrosa se aclaró y la

primera cara que vio fue un rompecabezas de sombras y escarificaciones, la mujer encapuchada se volvió y Miriya se movió en búsqueda de Danae, se ponía de pie en ese momento, tras haber caído de rodillas.

-**El Emperador protege**- jadeó la otra mujer, haciendo la señal de la santa Aquila. -**Él nos ha guiado...**

-**¿A dónde?**- se preguntó Miriya en voz alta, haciéndose eco de la pregunta de la Hermana Kora.

Un resplandor de color jade fluía en todo a su alrededor, tornando un paisaje de acero lustroso en algo aún más extraño, se encontraban sobre una plataforma cuadrada de hierro tan grande como una de las bahías de carga del Tybalt, suspendida aparentemente sin soporte alguno, en uno de sus extremos pudieron advertir una línea de paneles acristalados idénticos a los de la caverna, la mayoría de ellos a oscuras y carentes de toda luminiscencia, pero un puñado de ellos, incluyendo el que habían utilizado, aún palpitaban de poder, a cierta distancia había una sección sobresaliente con forma de medialuna, aparentemente debía ser una consola principal de control de algún tipo.

-**Esto parece una zona de espera o embarque**- murmuró Danae, compartiendo el parecer con los pensamientos de Miriya.

La Hermana de Batalla escrutó a su alrededor, agradeciendo al Emperador, por un breve instante, la presencia de Verity y al resto de la escuadra a salvo junto a ella, fue entonces cuando cayó en la cuenta de lo que estaba viendo mas allá de los bordes de la plataforma flotante.

El espacio abierto en la cámara bajo la roca, era amplio y masivo, pero ahora resultaba empequeñecido por la magnitud de lo que veía, varias miles de veces.

Un cielo de hierro osciló por encima de su cabeza de horizonte a horizonte, un inmenso domo de metal interrumpido cada tanto por sectores de la ya familiar roca obscura, cortada en limpias formas geométricas, segmentos perfectos y matemáticamente precisos perdiéndose en la distancia, notó un imponente obelisco de obsidiana emergiendo del interior de la cúpula, que cortaba el cielo abierto tan imponente como una montaña, bañado a sus lados por jalones luminosos a intervalos aparentemente aleatorios y despidiendo luminosos rayos

rectilíneos, advirtió pirámides y zigurats, encrestados por cristales afiligranados en oro y esmeraldas, otras estructuras las encontró con apariencia aún mas monolíticas, construidas a base de plata, ya deslustrada por el paso del tiempo dado su escaso brillo.

El obelisco parecía proporcionar la mayor parte de la iluminación del vasto sector, a pesar de que cada una de las ensombrecidas estructuras parecía poseer un suave brillo propio. Miriya trató de estimar distancias y escala, pero le resultó imposible dada la ausencia de objetos familiares que utilizar como base de escala, a lo que se sumaba la extraña y cruda iluminación que conspiraba para engañar al ojo.

-**Retrocedan**- dijo la vigilada apareciendo a su lado, con el tono seco y ronco de su voz. -**Debo hacer algo.**

Antes de que las Sororitas pudieran reaccionar, la figura encapuchada blandió la espada negra, Miriya retrocedió, dándose cuenta de que se había aventurado cerca de la consola elevada, al otro extremo de la plataforma, donde estaban reagrupadas el resto de las demás Hermanas, oyó a Kora dar la alarma al advertir que algo las había seguido a través del portal.

Un guerrero Necrón estaba emergiendo del más cercano de los portales cristalinos, iluminado por el flujo de poderes deformados por el espacio tiempo, a pesar de que aún no había colocado un solo pie sobre la cubierta de metal, ya apuntaba su arma de rayos directamente a la Hermana Cassandra.

La espada negra cayó en silencio, describiendo una curva poco pronunciada y profunda que cortó limpiamente a través del panel de metal, todo el poder contenido por el dispositivo fluyó con un chirrido, y entonces la consola Xenos murió, en el mismo instante, toda la energía de los portales activos se diluyó, convirtiendo estos en simples paneles de cristal una vez más.

Ciertas extremidades del guerrero Necrón quedaron fusionadas en su lugar, a medio salir del portal que había retornado a su estado sólido, la luz en los ahora muertos ojos del guerrero se apagó.

Miriya se volvió hacia la vigilada. -**¿Has cerrado el portal?**- la encapuchada asintió. -**Entonces, ¿cómo vamos a ser capaces de salir de éste lugar?**

-Ya lo he hecho una vez antes- fue la exigua respuesta, con una expresión que denostaba una sensación de antiguo dolor y tristeza bajo las palabras. -**Y puedo volver a hacerlo.**

-**¡Nos estamos moviendo!**- advirtió Cassandra, tal vez el movimiento se debía a los daños de la consola, lo cierto era que la plataforma estaba en movimiento, cayendo lentamente, descendiendo hacia un amplio anillo de acero que se asemejaba a una gran rueda plana y dentada.

Miriya arriesgó una mirada sobre el borde de la plataforma y captó fugazmente un repentino destello de comprensión, se encontraban en el interior de una esfera de hierro colosal, como si los arquitectos Xenos de ésta monstruosidad hubieran construido un pequeño mundo y luego vuelto el exterior en su interior, la Hermana de batalla luchó por asimilar la magnitud de lo que veía, la sola idea de ello le hizo revivir el estremecimiento provocado por la transportación a través del portal, le resultó difícil de entender el concepto de algo tan ajeno, tan contrario al verdadero orden de las cosas que en realidad no podría existir.

-**¿Ves eso?**- preguntó Cassandra mientras se acercaba señalando con su bólter. -**Allí.**

Al principio, Miriya no comprendía lo que la otra mujer le mostraba, pero entonces, uno de los haces de luz iluminó algo cercano y a causa del cegador resplandor, el objeto indicado por Cassandra se iluminó.

Tras las penumbras, lo que las Sororitas habían concebido como las sombras de columnas y puntales de soporte, se reveló como un gran soporte abierto con garras de metal fijadas por cables sinuosos y allí, colgando como marionetas de juguete en reposo, vieron innumerables formas humanoides e idénticas, de plateado brillante, ciegas y dormidas, en ellas reconoció las formas esqueléticas de los guerreros a los que se habían enfrentado en las cavernas, pero también vieron docenas de otras variantes de guerreros, más altos y más musculosos que las cohortes delgadas, su respiración se agitó en su pecho, Miriya asió su bólter y centró su mira telescópica para obtener una mirada más cercana.

Vio carcasas de apariencias humanas, cabezas sin rasgos, con un único ojo ciclópeo y brillante, extrañas máquinas cual escarabajos, extraños arcos de acero negro y carbono cortados sobre las superficies, grandes construcciones de metal

que se asemejaban a costillares abiertos, anclados y con cierta deriva en el aire junto a enormes esculturas tetraédricas cual lápidas gigantes.

-**Arcas fantasmas**- asibiló la mujer encapuchada, nombrando las monstruosidades Necrón. -**Monolitos y guadañas nocturnas, espectros, inmortales, escarabajos...**- su voz terminó desvaneciéndose. -**Duermen ahora, esperando volver otra vez.**

-**¿Cuántos puede haber aquí?**- preguntó en un susurro Cassandra, asombrada y horrorizada a partes iguales. -**Esto no es sólo un ejército, aquí podría haber legiones enteras de éstas máquinas.**

-**Usted debe ver**- dijo la vigilada con un tono mortuorio.

-**Lo haremos**- insistió Imogen, caminando hacia ellas con fuego en los ojos. -**¡Veremos quién nos trajo a ésta locura!**

Antes de que nadie pudiera detenerla, la mano de la Hermana Superiora salió disparada y descubrió el rostro de la capucha que lo ocultaba, ella se sobresaltó dando un paso hacia atrás, la extraña mujer era todo un mar de cicatrices, dejó escapar un gemido, como si la acción de la luz sobre su pálida piel le causara dolor físico.

Imogen retrocedió ante lo que veía debajo, tras la capucha, Miriya no pudo impedir que un grito ahogado escapara de sus propios labios.

Cada una de ellas notó su aspecto humano, pero uno que había sido desarmado como un rompecabezas, en segmentos que habían sido abiertos y luego recompuestos, formando líneas gruesas de cicatrices púrpuras y quemaduras, allí donde la piel y la carne había sido nuevamente unida, su rostro era una página, donde la crueldad se había escrito, una y otra vez, carecía de cabello, su piel lucía translúcida, tensa sobre el hueso, pero tal vez, lo más impactante resultaba el arco de acero opaco, de acero Necrón que cruzaba su mejilla y rodeaba el orbe de su ojo derecho, ajustándose al ojo inyectado en sangre.

-**Usted debe ver**- repitió incomprensiblemente, mientras la plataforma llegaba al final de su deriva sobre una especie de inmenso muelle.



CAPITULO IX



+**Van a matarte**++ dijo el Vigilante.

-**No**- murmuró. -**No.**

Una de ellas, de rojos cabellos, voz estridente e implacable mirada, la observó al tiempo que preguntó con un evidente asco brotando de sus palabras. -**¿Qué eres?**

+**Las has salvado para nada**++

La vigilada sacudió la cabeza hacia adelante y hacia atrás, descubriéndola totalmente de su capucha. -**Hay algo que deben ver**- dijo a las Sororitas haciendo caso omiso de la voz en su cabeza.

Pero sus palabras cayeron en oídos sordos, las otras mujeres se sentían amenazadas y desconfiaban, las circunstancias las habían empujado a optar por alternativas violentas en lugar de aceptar profundas verdades, no podía culparlas, repentinamente se habían visto en el vientre del enemigo Xenos, eso no podía cambiar el curso de las cosas, ellas debían ver, ¡debían hacerlo!

-**Hermana Imogen**- dijo una de ellas, la de negros cabellos, la de mirada seria, enmarcada por un rostro surcado de cicatrices. -**Tal vez deberíamos...**

Pero aquella llamada Imogen no la escuchó, en lugar de ello apuntó con su bólter sobre la vigilada. -**Les sirves, ¿es por eso que nos has atraído hasta aquí, para entregarnos a tus amos Xenos? ¡Tú eres una de ellos!**

+**Van a matarte**++ repitió la voz.

Una furia repentina brilló con vida tras sus ojos. -**¡No!**- rugió implacable entre murmullos. -**No lo entiendes, ¡debes ver! ¡Debéis ver!**- dijo mientras pasaba el filo obscuro de su hoja sobre su mano, lenta y cuidadosamente. -**¿Lo veis?**- escupió.

La filosa hoja de la espada, resplandeció por espacio de un microsegundo mientras ella la pasaba sobre la palma de su otra mano, el aura entrópica desintegró los trapos que envolvían la piel de su mano en una línea perfecta, a lo largo de su piel sucia fluyó sangre carmesí y brillante, que discurrió como ríos entre sus dedos.

-**Tomé el arma de ellos**- dijo e inmediatamente avanzó un paso, posó la palma de su mano sobre la placa de ceramita en el pecho de la otra mujer, manchando con su líquido vital la servoarmadura de Imogen. -**Soy un ser humano**- había transcurrido casi una eternidad, desde que ella se había atrevido a expresar tales palabras. -**Al igual que tú.**

-**No eres como nosotras**- murmuró otra de las Sororitas, aquella que portaba un rifle de fusión pesado.

Ella insistió, impulsada por una emoción que brotaba de lo más profundo de su ser, una emoción que era incapaz de describir. -**Debéis confiar en mí, ¡debéis ver!**

+**No te seguirán**+ se burló la voz. +**No puedes hacerles entender**++

-**¿Ver qué?**- exigió saber la Hermana de Batalla, pero la vigilada ya estaba saltando del borde de la plataforma flotante, cayendo hacia el anillo de acoplamiento por debajo.



La mujer encapuchada cayó, por un momento Verity temió que ésta hubiese saltado al vacío, hacia su muerte, entonces oyó el ruido metálico de las botas sonando al impactar sobre una superficie metálica, la vio emerger a la vista,

arrancando en una carrera de velocidad galopante a través del muelle de acoplamiento, zigzagueando entre los largueros metálicos y brillantes zócalos de piedra.

Danae vaciló en el borde. -**¿Debemos seguirla?**- lanzó una mirada a Imogen e inquirió. -**Hermana Superiora, ¿sus órdenes?**

-**Sea lo que sea**- dijo Kora. -**Humana o Xenos, su mente está rota, con solo mirar a sus ojos resulta tan claro como el amanecer.**

Imogen hizo un gesto lacónico y desinteresado con la mano, las Hermanas siguieron con la vista a la mujer encapuchada corriendo a través del muelle.

Verity sintió un escalofrío involuntario, todas las máquinas a su alrededor se movían con lentitud, masivas estructuras de armazones y extraños módulos flotantes discurrían de una lado al otro, daba la impresión de ser un enorme motor de algún tipo girando en un constante ralentí, lo que le provocó una extraña sensación que no pudo evitar, la de saber que una inteligencia Xenos lo manejaba todo, ningún buen augurio podía surgir de ello.

Imogen se irguió, las dudas, el miedo que había mostrado en aquel instante dentro de las cavernas de piedra arenisca, se había disipado, ahora se mostraba decidida a borrar todo recuerdo de ello con acciones decisivas. -**¡No permitiré que nuestro destino lo designe el capricho de un extraño ser desquiciado! Somos las hijas de santa Katherine, honor a su gloria.**

-**Honor a su gloria**- repitieron a coro las Hermanas de Batalla.

-**¡Nosotras no estamos aquí para morir!**- continuó Imogen. -**Éste día se hará nuestra voluntad**- miró a Danae y le ordenó. -**Toma a dos Hermanas... a Miriya y a la niña...**

La mujer con el rifle de fusión ni siquiera trató de ocultar su disgusto cuando lanzó una mirada a Verity. -**Sí, señora.**

La Hermana Superiora señaló la torre lejana. -**Explore esa estructura, busca algún tipo de puente de mando o consolas de control y repórtate regularmente por el micro transmisor vox**- se volvió para mirar a Cassandra y Kora. -**Vosotras, conmigo.**

-Y... ¿la intrusa?- preguntó Cassandra señalando la dirección por la cual la mujer encapuchada se había perdido.

-**Rastrearemos su pista**- dijo Imogen. -**Si ella quiere mostrarnos algo, averiguaremos lo que es.**



El grupo se separó en dos secciones, Verity se situó tras Miriya cuando la Hermana de Batalla tomó su lugar en la formación, a su vez, Danae se alejó unos metros detrás de ella, apuntando su pesada arma de un lado a otro en busca de objetivos, en cuestión de segundos, Imogen y las otras Hermanas se habían desvanecido tras un bosque tubular de metal que nacía de la superficie, aflorando entre soportes de hierro y piedra.

A través de interminables conductos que pendían sobre sus cabezas, podía ver flujos verdes de energía que corrían canalizados como rayos hacia adelante y hacia atrás, generando un constante zumbido crepitante y efervescente, a lo lejos podía observar un sinnúmero de plataformas como la que les había transportado hasta allí, se movían impulsadas por fuerzas invisibles de un modo peculiarmente silencioso, siguieron avanzando, Verity daba cada paso con sumo cuidado mientras se mantenía atenta a la ruta a seguir, intentaba mantener todos los flancos vigilados a la vez, sí bien no se hacía falsas ilusiones de que su rudimentario entrenamiento militar pudiera protegerla de un probable ataque, no estaba dispuesta a permitirse la posibilidad de fallar en sus responsabilidades en cuanto a vigilancia, estaban en terreno alienígena, de ello no cabía duda, en Santuario 101, a pesar de ser un desolado puesto de avanzada, Verity había sentido siempre que los ojos del Dios-Emperador podían alcanzarla.

Pero en éste lugar... fuere lo que fuere... la acosaba un constante sentimiento de abandono... nunca había visto un sitio tan extraño.

-**¿Qué es todo esto?**- expresó la pregunta que acosaba su mente.

-**Tal vez es su hogar**- arriesgó Miriya sin mirar atrás. -**Tal vez el portal que atravesamos nos ha traído a su mundo de origen.**

Tal pensamiento heló la sangre de Verity, quien realizó inmediatamente la señal del Aquila. -**Ruego que no sea así.**

-**Donde sea que estemos**- continuó Miriya -**éste no es un lugar para seres como nosotras**- asintió con la cabeza hacia las rampas elevadas y otras consolas similares a las que habían visto antes, la escala de las construcciones no guardaba relación con las dimensiones humanas, habían sido claramente forjadas para seres más altos, para una forma de vida que se elevaría en altura sobre Verity con una estética radicalmente distinta, el cromo mate y la piedra negra se repetía constante e interminablemente en la arquitectura Xenos, solo se veía interrumpida de tanto en tanto por planos de cristal esculpidos con forma de ataúd, con las iconografías circulares en oro atravesadas por líneas radiales.

La Hospitalaria observó los iconos grabados sobre los arcos a medida que los atravesaban, concluyendo que debía tratarse de alguna especie de lenguaje, dada su extraña configuración no podía significar otra cosa, no podía dejar de preguntarse qué significado podría extraer de las extrañas runas si tuviera la capacidad de traducirlas al gótico imperial, Verity accionó la unidad auspex que colgaba de su correa, en un momento de claridad decidió configurar el dispositivo en modo de grabación automática, pues no sabía que encontrarían más adelante, si en algún momento lograban volver a una zona segura, los registros que el dispositivo pudiera recabar podrían convertirse en valiosa información.

Claro está, si es que podían volver.

La cubierta bajo ellas se convirtió poco a poco en una curvada rampa que se enroscaba alrededor de un pilar circular de gran espesor, con un gesto de Danae, se aventuraron por ella, la cima del obelisco estaba por encima de ellas ahora, lanzando deslumbrantes destellos de luz blanca, a medida que se aproximaron pudieron constatar lo que parecían ser las rendijas de ventanas en los flancos del mismo.

-**Nos acercaremos tanto como podamos**- dijo la Hermana Danae -**busquen una entrada al interior y mientras tanto, tengan cuidado.**

Pero a medida que avanzaban y nada descubrían, la tensión comenzó a cernirse

sobre Verity como una capa de pesada malla, finalmente expresó su preocupación. -**¿Por qué los Xenos no han venido en nuestra persecución? Si pudieron atravesar los portales para atacar el complejo del Mechanicus, por qué estamos aquí solas, en el corazón de su civilización... ¿Es que acaso ignoran nuestra presencia?**

-**Una buena pregunta**- gruñó Danae, sopesando claramente la misma inquietud.

-**Los que están en las cuevas**- señaló Miriya. -**Algo debe haberlos despertado, lo que sea, debe haberlos convocado.**

Danae soltó un suspiro. -**¿Cómo puedes estar segura de ello?**

-**Hubo una alteración energética antes de que los portales se activaran, temo que ha sido lo que ese tecnosacerdote hubiera estado haciendo lo que la ocasionó, quien sabe cuánto tiempo hace que él y su séquito ocupan el complejo en el arroyo seco, solo el Dios-Emperador sabe lo qué estaban haciendo allí y con lo que pudieron haberse topado.**

-**Han clavado su cuña y agitado el avispero, eso es seguro**- dijo la otra Hermana de Batalla. -**Tienes razón, si logramos regresar al convento tendremos que ajustar cuentas con el Cuestor y sus adeptos por sus acciones.**

-**Pero los...**- Verity tragó antes de proseguir -**los Necrones...**- con solo nombrarlos sintió la tensión apoderarse de su ser -**...deben saber que estamos aquí, ahora... ¿por qué no vienen a matarnos?**

Miriya se detuvo y miró hacia arriba, sobre ellas, una amplia estructura de metal y vigas sostenía errantes rieles invertidos, fijos a ellos observaron la cantidad aproximada de un batallón de silenciosos guerreros mecánicos, colgando sobre soportes de fijación cual cadáveres. -**Están inactivos**- dijo ella en voz baja, temiendo que pudiera despertarlos. -**Si hablamos de ellos como avispas en una colmena, bien podría decirse que aquí, parecen estar invernando como las avispas harían durante un duro invierno, tal vez no nos han atacado por no representar una amenaza considerable.**

-**¿O tal vez es porque nos están observando?**- agregó Danae con gravedad. -**Tal vez nuestra situación les divierte.**

-Ellos no tienen alma, ni mente tal como la conocemos- dijo Verity. -**Sólo son autómatas.**

Miriya le lanzó una mirada. -**¿Así lo crees, que es lo que el Imperio realmente sabe de éstas cosas? ¿Qué verdades ha descubierto?**- hizo una mueca. -**Ésta debe ser la razón por la que el Ordo Xenos era tan reacio a dejarnos volver a Santuario 101, ¡suponían que íbamos a encontrar algo aquí!**

-**Debe entender Hermana**- señaló Danae -**que nosotras no los encontramos... ellos nos encontraron.**

-**¿La encapuchada?**- inquirió Verity.

Danae asintió. -**Deberíamos haber matado a la criatura cuando tuvimos la oportunidad.**

Los labios de Miriya se tensaron pero no dijo nada, en cambio, Verity se negó a permanecer en silencio. -**¿Criatura? Ella no es una criatura.**

-**Tú has visto su rostro**- se mofó la Sororita -**un desastre de carne y metal, como uno de esos servidores del Mechanicus. ¡O peor! Pretendiendo ser una mujer.**

-**Yo la he visto**- continuó Verity, con su creciente convicción. -**Pero con una mirada distinta de la suya Hermana Danae, yo vi un alma perdida, vi... un alma gemela**- dijo con atrevimiento y algo de pesar, animó sus palabras con un fruncimiento de su ceño. -**Yo solo sé**- empezó Verity nuevamente -**que si hemos de sobrevivir, si hemos de huir de éste sitio de obscuridad, ella habrá de venir con nosotras, en nombre de santa Katherine no voy a ver un alma perdida, vagando alejada de la mano y luz del Dios-Emperador.**

-**¿Has olvidado tus propias palabras ya, muchacha?, no puedes salvar el alma de una cosa que no la posee, para empezar**- respondió Danae endureciendo su tono -**saca esos pensamientos de tu mente, es una orden.**

Verity miró a Miriya, pero la Hermana de Batalla no dijo nada.



Entre las pirámides de piedra negra discurría un largo corredor, estaban milimétricamente dispuestas, de tal modo que las esquinas en sus bases quedaban separadas por apenas un palmo de distancia, las Sororitas avanzaban en fila india lanzando miradas cautelosas hacia las zonas oscuras, que de tanto en tanto, eran intermitentemente iluminadas por proyectores lumínicos, silenciosas como estaban las lineales estructuras monolíticas parecían haber sido diseñadas por la mano de algún geómetra obsesivo, generando un clima siniestro y amenazante a pesar de la aparente tranquilidad que reinaba.

-**Esto es una forja**- susurró Kora. -**Tiene que serlo, hemos cruzado nuestro camino con algo equivalente a un mundo forja Xenos.**

La Hermana Imogen observó a la joven mujer. -**Si fuera así, entonces ¿dónde están los servidores y los siervos? ¿Dónde están las fundiciones y almacenes de armas?**- sacudió su cabeza. -**Esto es más un relicario que una forja**- la Sororitas detuvo su paso y recorrió con la palma de su mano la superficie de uno de los monolitos, dejando tras su paso un surco sobre la espesa pátina de polvo que lo cubría. -**Estos artefactos no han operado por miles de años, me gustaría saber porqué.**

-**Tal vez por más tiempo que eso**- añadió Cassandra.

Imogen hizo un gesto sombrío y siguió adelante, frente a ellas, el suelo se dejó caer en una rampa que se abría hacía en una larga y baja cámara, dominada por filas de monitores circulares.

La mujer encapuchada se encontraba al otro extremo, acariciando su mano, cubriendo la herida que ella misma se había infringido, entonces levantó la vista hacia ellas mientras se acercaban.

-**¿Es esto lo que querías mostrarnos?**- preguntó Imogen.

-**Aún no han visto suficiente**- fue la ronca respuesta. -**Aún no.**

Kora miró uno de los monitores, estaba lleno de iconografía Xenos que bajaba

como una cíclica cascada de texto ilegible. -**¿No es suficiente? Un ejército de miles y miles, y dices, ¿que aún no es suficiente?**

La vigilada negó con la cabeza lentamente, mientras su capucha exageraba el movimiento, acto seguido señaló uno de los tantos monitores. -**Cada uno de ellos representa una única cohorte de fuerzas de combate.**

Los ojos de Cassandra se ensancharon cuando ella calculó la cantidad de monitores. -**Pero hay... Debe haber cientos de esas consolas de monitoreo aquí.**

-**Y esto es solo una bahía de monitoreo, hay muchas más.**

La mandíbula de Imogen se endureció. -**Estoy harta de rodeos, criatura, habla claramente de una vez, ¡habla entonces! Dilo, di el número si es tu deseo, dinos cuántas de éstas máquinas Xenos duermen aquí, ¿tal vez una legión? ¿Más?**- ella avanzó, blandiendo su bólter. -**¿Acaso sólo buscas aterrorizarnos?**

-**Sólo deseo iluminarlas**- fue la respuesta, la vigilada retrocedió mientras Imogen se acercó, abrió los brazos señalando con dicho gesto las interminables consolas de monitoreo. -**El enemigo espera el paso del tiempo en éste lugar.**

-**Se trata de una tumba**- replicó Kora.

-**No**- la corrigió Cassandra -**Se trata de un arsenal.**

La encapuchada asintió con un balanceó de su cabeza. -**Esa es la verdad, todo éste... complejo, es una zona de espera, una escala previa antes de una invasión a escala cósmica, un núcleo de reagrupamiento, uno de tantos enterrados en el pasado profundo, dejados a la espera durante eones, aquí duermen, reposan y se mantienen listos para el eventual momento de su resurgimiento, un ejército de miles de millones.**

Se hizo el silencio cuando el peso de tales palabras caló hondo en las mujeres, el rostro de Imogen palideció mientras asimiló la importancia de lo dicho por la vigilada, su bravuconería se deshizo por el momento. -**Si lo que dices es así... Con aquellos portales, podían dar un golpe masivo en apenas un instante, ninguna fuerza de asalto o tele-transportada podría esperar igualar esas cifras...**

-**¿Es eso lo que hicieron en Santuario 101?**- preguntó Kora.

-**Sí**- susurró la mujer encapuchada, con un sollozo.

-**Hemos visto suficientes Xenos aquí como para invadir una docena de mundos**- Cassandra echó el arma sobre un hombro. -**Y aún así, ¿sostienes que hay más? ¿Dónde están? ¿Y por qué diablos nos has arrastrado hasta aquí?**

La vigilada se acercó hasta un panel, al que pareció acariciar con su mano huesuda, el monitor cobró vida con ondulantes imágenes. -**Yo no las he llevado tan lejos**- dijo. -**No tan lejos como creen, vean**- dijo señalando.

Cassandra e Imogen estudiaron la imagen difusa sobre el monitor, la lluvia de los glifos se convirtió en una pantalla táctica, trayectorias orbitales y dinámicas de sistemas similares a algo que se podría encontrar en el puente de un buque de guerra.

-**¿Cómo hiciste eso?**- exigió saber Kora, pero su pregunta quedó sin respuesta.

-**¿Reconoces esto?**- la voz que surgió tras la capucha, sonó distante y apagada.

Imogen hizo un lento y leve gesto. -**Lo reconozco, es una representación visual del planeta... de Santuario 101 y sus satélites lunares.**

-**Hemos venido hasta aquí**- continuó, señalando un punto sobre la imagen justo cuando ésta se centró en un orbe oscuro de negra roca, giraba en una órbita alta sobre el mundo desértico, uno de los tantos asteroides capturados por la órbita planetaria. -**Éste cuerpo rocoso es falso, un engaño Xenos para ocultar la verdad.**

-**La Luna de Obsidiana**- dijo Cassandra casi sin aliento. -**Éste complejo... ¿Se encuentra en el interior de la Luna de Obsidiana?**

-**Imposible**- resopló Imogen -**el Tybalt pasó a menos de cien kilómetros de la superficie de ese satélite, ¡una base de ésta magnitud habría sido detectada!**

-**¿Lo sería?**- preguntó. -**Las máquinas Xenos han alterado el espacio y el tiempo con sus tecnologías arcanas, retuercen los efectos de las dimensiones, tú sentiste eso tras el paso por los portales y lo mismo pueden hacer aquí**

usando la luna como su hibernáculo, construyendo algo de aspecto imposible, algo que no debería existir.

-**Y sin embargo, existe**- añadió Cassandra con un estremecimiento -**debemos abrir nuestras mentes al contemplar tan terrible ciencia en manos de los Xenos.**

Imogen miró a la vigilada, su rostro se mostraba convulsionado por contradictorias emociones, en última instancia, la inevitable ira ganó su voluntad. -**Hemos visto suficiente, ¡hemos de regresar al planeta y advertir sobre esto!**

Pero la mujer encapuchada negó con la cabeza. -**Esto no es lo que debían ver**- hizo una seña con la mano ensangrentada. -**Venid conmigo**- agregó.



Entraron en una torre, que encontraron construida casi íntegramente con piedra negra, con todas sus caras brillantemente pulidas y esculpidas en ángulos agudos, lo suficientemente finos como para cortar la carne de la mano si uno presionaba sobre su filo, Miriya echó un ojo sobre las paredes al pasar, sólo un rayo, un dispositivo láser de un poder impresionante habría sido capaz de forjar tales diseños matemáticamente complejos, no había manchas, nada estropeaba la fría perfección de la arquitectura, sólo un grabado en forma de escudo se repetía en las paredes, su diseño oval, se asemejaba al dibujo de un escarabajo.

-**El polvo...**- señaló Verity antes de que Miriya o Danae se hubieran siquiera formado la idea. -**En los niveles inferiores, el polvo de los siglos estaba en todas partes, pero aquí... nada**- miró a las Hermanas de Batalla. -**¿Qué significa eso?**

-**Quiere decir que tal vez éste lugar...**- Miriya luchó para encontrar la palabra correcta. -**Se encuentra en uso.**

-**Armas listas**- ordenó Danae, mientras avanzaba por el negro pasillo. -**Si el enemigo se revela debemos estar listas**- la orden fue más para la Hospitalaria que para Miriya, a pesar de lo cual, obedientemente volvió a posicionar el

interruptor del selector de fuego de su bólter una vez más.

Haces luminosos nacieron bajo los cañones de sus bólters cuando activaron los reflectores eléctricos de sus armas, tratando de perforar la oscuridad reinante encontraron una puerta metálica hexagonal y en la pared más cercana a ésta, un panel circular que emitía un suave resplandor verde.

-**Una esclusa**- señaló Verity.

Danae asintió con la cabeza, haciendo uso de gestos silenciosos de batalla, ordenó a Miriya adoptar posición de espera al otro lado de la escotilla, cuando estuvo en posición, la veterana dio una palmada en el control y la escotilla hexagonal se abrió, dividiéndose en secciones triangulares que se ocultaron tras la piedra, una corriente de aire rancio vino desde su interior, Miriya advirtió el sabor dulzón de la vieja descomposición, la sensación anidó en su garganta, pero resistió el reflejo de toser y escupir.

Liderando el avance con su rifle de fusión, Danae entró en la cámara, Miriya fue tras ella, consciente de los cuidadosos pero nerviosos pasos de Verity.

-**¿Hueles eso?**- dijo la Hospitalaria con su rostro sombrío.

-**Algo... ¿podrido?**- aventuró Danae.

La cámara estaba a oscuras, la luz que las seguía desde la entrada llegaba débilmente, por lo que en un principio sólo pudieron reconocer los sectores que sus reflectores alcanzaban a iluminar, una plataforma de acero allí, un conjunto de tubos de Viridiana aquí y nada que tuviera sentido alguno para Miriya.

-**Como en Tsan Domus**- cito Verity. -**Debemos ubicar el origen de ese olor**- señaló con un tono lúgubre, tras lo cual agregó. -**El aire apesta con su hedor.**

Danae se detuvo y se volvió parcialmente para decir. -**Éste mundo era una tumba de guerra**- comenzó de nuevo. -**Éste...**

Miriya vio a la otra mujer dar un paso sobre una fina línea metálica fijada contra el piso y en ese preciso instante algún tipo de interruptor oculto activó el sistema de iluminación a su alrededor, como una cascada de relámpagos silenciosos, la cámara tomo vida con un resplandor antiséptico.

Danae giró sobre sus talones, lo que vio la hizo retroceder soltando un débil gemido de alarma, un débil grito del que probablemente no fue consciente, la reacción de Miriya por el contrario, resultó ser un taciturno silencio, a pesar de sentir como la sangre se drenaba de su rostro y un sudor frío repentinamente se aferraba a su cuello.

Por su parte, Verity sólo se mostró triste, la Hospitalaria había caminado los campos de batalla de Tsan Domus en el Segmentum Ultima, donde se había producido una de las peores revueltas cultistas de los últimos 400 años, donde una Orden Militante Minoris había sido masacrada y sus cuerpos profanados... lo que ahora veía, le pareció un eco de aquel horror.

En nebulosos orbes, contenidos dentro de gruesos vitrales, observó cadáveres abiertos en canal con el cuidado propio de un anatomista, el conocimiento de Miriya sobre la carne y el hueso humano, se limitaba al daño que podía ocasionar o recibir y a los primeros auxilios básicos que podía prestar sobre el campo de batalla. A pesar de ello advirtió a su alrededor capas de piel y huesos, nervios y tendones desollados, suspendidos en la distancia por medios invisibles, dispuestos a la perfección en partes como las muestras de arte de un museo, como crueles experimentos, de cierta manera la disposición le recordó a la Hermana de Batalla los diagramas técnicos de las pistolas que le habían enseñado cuando era principiante en el Cantus, pero cosas como el armazón, bobina y percutor, habían sido suplidos por la aorta, médula ósea, la carne y otros órganos.

Había docenas de esferas, muchas de ellas exponían restos tan finamente desmembrados que resultaba imposible saber a qué especie pertenecían originalmente, ella vio lo que podría haber sido parte de un piel verde, en otro el color azul apagado de un tau, o tal vez todos eran restos humanos, restos de las últimas mujeres que habían muerto defendiendo Santuario 101.

Ese último pensamiento se apoderó lentamente en la mente de Miriya, provocándole asco y furia, fue afirmándose aún más a medida que siguió observando los restos de carne expuestos, vio un trozo de manto rojo de combate manchado de sangre seca, los restos de un yelmo modelo Sabbat que parecía haber recibido el golpe de un mamut, allí una pistola de plasma destrozada, cerca de un cargador de tambor gris cubierto de polvo apelmazado, en el cual podía

reconocerse el grabado de una flor de lis, dichos restos parecían expuestos como baratijas, que alguna mente enferma había organizado en ésta obscena galería.

-**Esto...**- Danae tragó saliva haciendo una mueca antes de proseguir. -**Parece una sala de trofeos.**

Verity sacudió la cabeza solemnemente. -**Esto es una galería dedicada a la crueldad, organizada por quien es incapaz de ver el horror en la realidad de sus actos, por un ser que no es más racional que un niño arrancando flores silvestres y pegándolas en las páginas de un libro de notas.**

-**¿Por qué?**- preguntó Miriya, mientras la pregunta escapó de sus labios, se acercó al orbe más cercano y prestó atención a una pantalla circular flotando a su lado, grabada con el dialecto Xenos, se preguntó por su significado, ¿sería el registro de la agonía de una Hermana de Batalla ya muerta? ¿O aún viva recién capturada tras la invasión? Tal vez sólo eran datos genéticos fríamente recabados, conservados para el estudio por parte de futuras generaciones de Necrones, con el fin de facilitarles la tarea de destruir los seres humanos que pudieran encontrar a su paso.

-**Pensé que estos cyborgs eran solo asesinos**- continuó. -**Todos los registros se refieren a ellos como seres que convierten a sus víctimas en cenizas ¿Qué propósito tiene una... colección como ésta? ¿Cuál es el uso que le pudieran dar?**

Miriya miró hacia atrás, ni Danae ni Verity dieron respuesta alguna, pues otras preocupaciones las mantenían ocupadas.

Desde el extremo alejado de la galería, una niebla negra remontó el aire en silencio, desplazándose como haría la tinta fluyendo a través del agua, formó rizos y bucles serpenteantes, acariciando a su paso las cápsulas tal como haría un dueño al acariciar a su mascota, la obscuridad se acumuló asimétricamente, parecía emerger desde un único punto de origen sólido en su interior, cosa que a Miriya le hizo pensar en una capa fantasmal ondeando por efecto de la brisa.

Apuntaron con sus armas a la forma burlona en el interior de la niebla, poco a poco, comenzó a solidificándose entre las penumbras, en primer término, con la forma de una báculo de obsidiana que bebía la luz a su alrededor.

El báculo era sostenido por las garras de una creación que se asemejaba a las máquinas guerreras, tanto como un siervo podría asemejarse a un Marine Espacial, sus esbeltas extremidades lucían cadavéricas, se trataba de un Necrón, de un ser hecho de placas de acero y hierro acanalado, el oro ornamentaba su forma junto a anillos brillantes de platino, y cada centímetro de cromo estaba pulcramente pulido, lo que lo diferenciaba notablemente del metal deslustrado, que habían ostentado los Xenos a los que habían enfrentado en el planeta. Éste ser se mostraba tan ancestralmente antiguo como bien cuidado.

El ser las estudió con sus imperturbables ojos esmerilados y cuando habló, su voz resonó como las hojas de dos puñales afilándose entre sí.

-**Han llegado muy lejos**- dijo.



-**Ahora**- dijo la vigilada de rodillas al borde de la plataforma elevada **-verán.**

Imogen, Kora y Cassandra, se acercaron en cuclillas al reborde, tan cerca como se atrevieron por temor a caer, tras el remate de la plataforma solo se observaba un vacío de miles de metros hasta la parte superior de...

De algo...

La estructura de la construcción que habían descubierto, era similar a todo lo que habían visto dentro de la Luna de Obsidiana, forjada a partir de pesadas rocas sujetas por rectilíneos costillares de metal, pero la irracional imposibilidad de su diseño no guardaba similitud alguna con lo que habían visto hasta ahora.

La Hermana Superiora trató de abarcar todo con una simple mirada pero no lo logró, al igual que una ilusión óptica, las líneas en su diseño parecían confluir en su propio principio y final, aristas salientes finamente esculpidas parecían superponerse y derrumbarse unas sobre otras, su mirada se perdió en el intrincado diseño tratando de asimilar la geometría de la obra en lo profundo de su mente, se trataba de una especie de tetrágono invertido, que vestido de antiguo hierro, ostentaba una altura mayor que la de la torre principal del

Convento Santuario, brillaba con destellos de poder y una luz tan opaca como sobrenatural se observaba sobre el flanco abierto de su estructura, en la cual se observaba la misma tonalidad verde que habían visto en otras edificaciones.

Cassandra fue la primera en arriesgar su opinión. -**Es otro portal**- miró a la mujer encapuchada y ésta respondió con un asentimiento de su cabeza.

-**Muy diferente a los simples portales que hemos visto**- agregó. -**Éste es un ingenio de transferencia mucho más poderoso, capaz de atravesar en un instante vastas extensiones de espacio interestelar, un Portal Dolmen.**

Imogen aspiró una bocanada de aire seco y se obligó a mirar una vez más, pudo advertir el momento preciso en que el portal emitió un resplandor, y generó una especie de red tejida que se agitaba como si un inexistente viento la golpease, parecía nacer de la nada, del propio polvo. -**¿A dónde conduce?**- preguntó temiendo la respuesta a la pregunta.

-**A todas partes**- fue la respuesta de la vigilada. -**El Dolmen atraviesa profundamente la matriz del universo, la línea y el poder que sustenta todas las cosas**- dijo mientras ladeaba su cabeza. -**Los eldar tienen un nombre para esa red, la llaman 'la telaraña'.**

Cassandra maldijo para sí, al tiempo que agregó. -**He visto a los Arlequines usando esa magia**- se quejó. -**Túneles a través del espacio, lo suficientemente grandes para conducir tanques y máquinas de guerra desde cualquier mundo, ¿y tú dices que los Xenos tienen ese conocimiento? ¿Cómo es eso posible?**

-**No tengo una respuesta para ello**- respondió con visible tristeza. -**Funciona de un modo incomprensible, pero lo que sí puedo asegurar, es que los Necrones están perforando el éter con éste dispositivo, el mero hecho de ello está destruyendo la propia piedra de la que está hecha-** señaló hacia los arcos que daban forma al enorme portal, hacia las grietas que lo surcaban y a los fragmentos que flotaban por la falta de gravedad.

Máquinas insectoides trabajaban afanosamente a lo largo del Dolmen, sus mandíbulas parpadeaban a medida que cortaban, esculpían y reparaban la superficie, Imogen reconoció el esfuerzo de la obra en cuanto la vio. -**Están**

preparando el dispositivo- dijo ella.

-**Una larga tarea**- dijo la vigilada -**por esa razón es que han forjado éste complejo aquí, tengan en cuenta que las capas del espacio uniforme corren más delgadas en ésta región, las barreras que separan nuestra realidad son débiles aquí, hace más poderosa la telaraña cerca del sistema Kavir**- señaló hacia arriba, hacia matrices complejas de cañerías de metal de gran anchura, que oscilaban sobre sus cabezas. -**Traen la energía de una gran central energética para mantener abierta una grieta en el portal.**

-**¿Es por ello que las Hermanas del convento fueron asesinadas? ¿Para proteger la existencia de esto?**- se preguntó Kora en voz alta. -**Los Necrones estaban defendiendo un activo estratégico...**

-**Tal vez**- concedió Imogen sin apartar los ojos de la cara cubierta bajo la capucha desgarrada. -**Si logran abrir éste portal... entonces no va a ser sólo Santuario 101 quien sentirá el azote de estos Xenos, innumerables mundos podrían caer bajo su sombra.**

-**Los ataques sobrevendrían sin previo aviso, sin advertencia alguna**- señaló Cassandra. -**Legiones de éstas máquinas guerreras apareciendo de la nada...**- hizo una pausa sopesando la escala y los efectos en sus pensamientos. -**Dios-Emperador... El Imperio estaría indefenso.**

-**Una invasión masiva simultánea, de aquí hasta las mismísimas fronteras de la Santa Terra**- dijo la vigilada. -**Los Xenos podrían saciar la sed de sus Señores de la Guerra con la masacre de la humanidad.**

Imogen se levantó con un movimiento brusco y en un solo paso se encaró con el rostro encapuchado. -**Sabes mucho de éste lugar, ¡y también sobre los Necrones!**- la espetó. -**¡Dime por qué, criatura! Tú no eres uno de ellos, puedo aceptar esa realidad, pero tampoco puedes ser humana, ¡pues todos los seres humanos en el Santuario fueron asesinados!**

-**Sí**- convino ella, con palabras cargadas de emoción -**Así fue.**

-**¿De dónde vienes?**- preguntó Cassandra.

-**De mi propio infierno**- susurró la andrajosa figura -**maldecida, para servir**

como testigo de todo esto, yo logre escapar de mi prisión, pero la he cambiado por otra- dijo golpeándose la cabeza. –**Ahora, regreso aquí por ustedes, para que puedan...**

-**Para que podamos ver**- la interrumpió Imogen. -**Pero, ¿de qué sirve si quedamos atrapadas aquí, en éste mausoleo de hierro?**

-**Ahora todas somos testigos**- dijo la vigilada estremeciéndose. -**Todas seremos testigos, si vivimos lo suficiente.**

-**Basta de acertijos.**

Pero la mujer ya no estaba escuchándola, señalaba hacia el exterior del Dolmen, hacia las formas metálicas que estaban lanzándose hacia ellas, brillando con destellos intermitentes como el parpadeo de las imágenes de un pictógrafo dañado, retorcidos seres sin piernas serpenteaban hasta ellas, seres de torso negro metalizado, cuyos brazos terminados en racimos de cuchillas, se acercaban a ellas poco a poco y en total silencio.

-**Hemos sido detectadas**- dijo la mujer encapuchada. -**Los espectros vienen por nosotras.**



-**Permítanme presentarme**- comenzó el Necrón sin mostrarse amenazante, sin mostrar signo alguno que previera un ataque por su parte. -**Soy Ossuar, gran Cryptotecnólogo de la dinastía Sautekh, ciudadano de la Mandrágora Dorada, despertado del gran sueño**- sus palabras resonaron con tono ritualista. Verity percibió una peculiar teatralidad en sus modos, a tal punto que no se habría sorprendido si el Xenos hubiera realizado una cortés reverencia al final de su presentación, ello y la declaración de intenciones, eran modismos de uso habitual en los tribunales Imperiales, pero ser testigos de semejantes modales por parte de un Xenos resultaba como mínimo inusual, sin duda habían sido esos modales inusuales los que habían sorprendido a las Hermanas evitado que abrieran inmediatamente fuego.

Las máquinas que había visto en las cavernas habían actuado como simples

marionetas, como simples mecanismos que imitaban la forma humana, pero con un nivel de inteligencia poco mayor que la de un animal depredador, tal vez por ello, nunca habrían esperado encontrar un Necrón con la capacidad de comunicarse con ellas, o por lo menos, uno que así lo deseara.

-**Habla como un autómata jugando a ser un ser vivo**- murmuró Miriya incrédula con lo que oía.

-**Son los de su raza quienes imitan la vida real**- fue la respuesta que obtuvo a tal murmullo, con una leve tonalidad masculina, casi sin pensarlo, Verity lo clasificó inmediatamente como 'él'. -**Orgánicos extraños, confinados en los límites de la carne, sin la gloria de la biotransferencia**- la máquina Xenos hablaba como si estuvieran destinadas a comprender el sentido y el alcance de sus palabras. -**Han llegado hasta aquí, tan ansiosas de interferir en nuestra tarea, tan ansiosas de abrazar la muerte.**

Miriya respondió con preguntas. -**¿Por qué ha hecho esto, Xenos?**- inquirió señalando los orbes vidriosos. -**¿Qué espera aprender con esos horrendos actos?**

-**Antes de alimentarnos debemos testear el alimento, además, también está el enigma a resolver.**

-**¿Qué enigma?**- Verity fue incapaz de permanecer en silencio.

La criatura llamada Ossuar hizo un ruido que podría haber sido un suspiro de placer. -**¿Cómo fue que han logrado evolucionar? La respuesta aún nos resulta evasiva**- alzó el báculo en sus abismales garras y se generó a su alrededor un extraordinario resplandor obscuro, Verity estuvo convencida de notar un tono divertido en la voz del Xenos cuando se volvió para hablar. -**Pero han regresado, ofreciéndome más material de investigación, y por ello les estoy agradecido**- el báculo comenzó a aumentar su brillo. -**Sepan que no rechazaré su oferta.**

-**¡Ataquen!**- escupió Danae al recuperar el habla y de pronto, el breve momento de paz se vio interrumpido.



Los espectros llegaron hasta ellas rápidamente, azotando el aire con largas colas que surgían de sus columnas vertebrales, Imogen fue la primera en abrir fuego, pero para su horror, los proyectiles de su bólter pasaron inofensivamente a través del más cercanos de los espectros, como si se tratara de seres incorpóreos.

Anchos de hombros y poseedores de blancas máscaras cadavéricas, merodearon alrededor de las Sororitas fluyendo como energía etérea, ladeando la cabeza mientras examinaban a los seres humanos, sus manos, no más que manipuladores de hojas afiladas, se abrían y cerraban mientras escrutaban a los intrusos.

-**Puedo ver a través de ellos...**- dijo Cassandra, mientras seguía el derrotero de uno de los espectros con la boca del arma. -**Deben ser señuelos... ¡hologramas!**

La mujer encapuchada quien ya portaba su negra espada en mano, se lo aclaró. -**Ellos son muy reales, coexisten fuera de sincronía como seres corpóreos e incorpóreos a la vez, listos para atacar y desvanecerse al instante**- le lanzó una mirada a la Madre Superiora. -**Debemos replegarnos ahora.**

-**No estás al mando aquí**- replicó Imogen.

Kora dio un grito de alarma cuando los espectros se movieron, la mano de la Hermana de Batalla se tensó sobre el gatillo y disparó al atacante más cercano, los casquillos vacíos resonaron con estrépito al caer a su alrededor, los espectros se separaron y avanzaron, atravesaron anchos pilares de piedra tal como uno atravesaría una columna de humo, buceando silenciosamente en busca de la joven.

-**¡No!**- gritó Cassandra tratando de prevenir a la Hermana Kora cuando los espectros Xenos la rodearon, unas garras etéreas y un cola con púas atravesaron inofensivamente el torso de Kora, pero súbitamente se tornaron reales, manifestándose en el interior de la carne de la Hermana de Batalla.

La sangre que regurgitó en la boca de Kora, ahogó el grito que anunciaba su muerte mientras su bólter proseguía disparando.

La vigilada efectuó un giro, mientras los negros girones de su rasgada capa la acompañaban en el movimiento, la hoja negra de su espada realizó un barrido contra las sombras, la espada alienígena sesgó la cabeza de uno de los espectros mientras esté aún permanecía concentrado en dar muerte a la Hermana Kora, sin detener el barrido del arma dañó gravemente a otro de los espectros.

Siguiendo su ejemplo, Cassandra e Imogen descargaron sus armas sobre los espectros que se cernían vacilantes alrededor del cuerpo de Kora, logrando abatirlos en el preciso instante que se manifestaban corpóreamente en el plano de la existencia real para dar muerte a Kora, pero en solo un abrir y cerrar de ojos, se convirtieron nuevamente en una sombra efímera, volviendo a deambular, escrutar y así prepararse para lanzar otro ataque.

Ésta vez Imogen no dudó. -**Retirada**- ladró, arrancó una granada incendiaria de su cinturón y la lanzó hacia el cadáver de la Hermana de Batalla.

Cassandra recitó para sí misma una breve oración en memoria de Kora y cumpliendo con la orden impartida se replegó con la mujer encapuchada siguiéndola a su flanco.

La explosión golpeó sus espaldas mientras corrían.



En los confines de la galería, la lucha se convirtió en una tormenta de fuego y oscuridad, los rayos del rifle de Fusión de Danae trazaron vías de fuego solar que azotaron a la criatura Necrón, quien en respuesta lanzó rayos negros de energía maligna que congelaba a su paso las moléculas de aire, luego caían sobre la superficie como si de nieve se tratara, Verity maldijo tras su cobertura, mientras Miriya acertaba repetidos impactos con su bólter en el pecho de la máquina, tratando de batir así al ser que las enfrentaba.

Ossuar, esa criatura que se hacía llamar a sí mismo 'el Cryptotecnólogo', rechazó las ráfagas de proyectiles como si sólo se tratara de insectos molestos, los cuales caían repiqueteando sobre el suelo junto a sus garras sin generar el menor daño, entonces, un siniestro manto nebuloso se desprendió del báculo derramándose y

fluyendo hacia ellas como una ola imponente.

Miriya jaló la máscara de oxigeno de su gorguera, temerosa de que el Xenos las hubiera atacado con algún agente patógeno, el velo que fluía desde el Xenos comenzó a actuar como un ser vivo, revolviéndose, creciendo como un telón ondulado que todo lo ensombrecía.

Increíblemente, ella sintió que algo tiraba de su mente y jugaba con ella, sintió comezón en toda su piel y una repentina sensación de desesperación que se cernía sobre su persona con tanta fuerza que un breve sollozo escapó de sus labios, parecía tener una terrorífica serpiente desenrollándose dentro de su pecho, deslizándose por su propia voluntad dentro de ella, las pesadillas de su niñez que había desterrado de su mente en la edad adulta, derrumbaron los muros que había levantado y ahora la asolaban.

-**¡Maldito seas!**- escupió Miriya desde lo más profundo de su ser, expresando la actitud desafiante que residía en su interior, la Sororitas no tenía ningún conocimiento de cómo el arma de Ossuar atacaba sus sentidos, si por medio de ciencias arcanas o hechicería Xenos, era imposible saberlo, pero estaba segura de una cosa, resistiría.

La letanía vino fácilmente a ella, Miriya invocó la Luz del Emperador, recitando las palabras en una carrera entrecortada, el efecto fue inmediato, eléctrico, se sentía renovada por dentro, tocada por el amor y la fe de su Dios.

-**¡Sí!**- se dijo a sí misma -**¡aún tengo la fuerza!**

Miriya se sentía exultante tras la oración, sentía esa paz que había estado buscado en todo momento y que recientemente había encontrado en el amanecer de la batalla, la sentía preparada y real, como si siempre hubiera estado allí.

Con su mano libre sacó su espada sierra y lanzó un barrido tratando de batir la fuerza obscura del Xenos, el velo se fragmentó antes de que el barrido salvaje de la espada lo atravesara, impactando el báculo del Xenos quien se sorprendió por la feroz acometida.

El choque entre la espada y el báculo generó una explosión de chispas y el poder generado por tal fuerza apartó a los contendientes contra su voluntad.

Entonces, sonó un silbido... un rebuznar de alarmas que fluyó por toda la galería transmitido desde ocultas bocinas, mientras ello ocurría, Ossuar expresó un gesto de exasperación y furia, mientras esquivaba un disparo de Danae que estalló cerca de su ser, volviendo tras ello a adoptar su postura original.

Los monitores circulares mostraban todos y cada uno de ellos una serie de iconos blancos y brillantes, en los que Miriya supo reconocer las típicas características de una señal de alarma.

El Necrón dibujó un velo oscuro a través de la cámara, e intentó escudarse tras él a fin de evitar que ellas pudieran batirlo en combate. -**¿Hay más de ustedes aquí?**- exclamó con evidente rencor y agregó -**qué animales tan inteligentes son.**

Ese momento de distracción fue suficiente para que Danae hiciera su disparo, una explosión de energía impactó en una de los orbes cercanos a Ossuar, que estalló generando una onda expansiva que le hizo caer, pero el Cryptotecnólogo ya estaba intentando reponerse al instante.

-**¡Por aquí!**- exclamó Verity, retrocediendo hacia la escotilla hexagonal mientras el Necrón todavía intentaba incorporarse, Miriya abandonó su cobertura y corrió hacia ella.

-**¡No somos animales!**- gritó Danae al tiempo que se replegaba, y lanzaba un reguero de fuego destructivo sobre todos los contenedores.

El repliegue escalonadamente que llevaron a cabo por el corredor fue acompañado por el penetrante pitido de alarma, al mismo tiempo y sin que ellas lo hubieran advertido con anterioridad, los gruesos paneles de hierro que recubrían las paredes del corredor, habían reducido las comunicaciones por canal vox prácticamente en su totalidad, mientras se replegaba, Miriya se preguntaba si había alguna otra consecuencia que el extraño velo de Ossuar pudiera haber desatado.

La voz de Cassandra resultó apenas discernible, a través de la descarga estática que asolaba el vox de comunicaciones. -**Hermanas, si nos reciben, nos dirigimos hacia su última locación para reagruparnos.**

-**Las tengo**- señaló Verity, hurgando en su unidad auspex. -**Por debajo de**

nosotras, no muy lejos.

Danae volvió a disparar contra la escotilla y las miró a las dos. -**Estoy harta de éste lugar**- espetó -**¡encuentra a nuestras Hermanas y larguémonos de aquí!**

Detrás de ellas, un traqueteo metálico sonó al otro lado de los muros de piedra, Miriya alzó la mirada y dijo. -**El... el Cryptotecnólogo...**- pronunció el nombre Xenos con un fruncimiento de su ceño -**no ha terminado con nosotras aún.**

Ella advirtió que una de las formas grabadas sobre la roca se movían, un destello esmeralda surgió de su interior, al mismo tiempo que abrió un único ojo mientras seis finas extremidades se extendían como las patas de un insecto, la figura oval se desprendió de la roca y cayó al piso, primero uno, luego dos, y de repente eran docenas, las máquinas cual escarabajos se retorcieron sacudiéndose del letargo y entonces... las vieron.

-**Escarabajos**- advirtió Danae. -**¡Corred!**



+**¿Qué puedes hacer?**++ preguntó el Vigilante.

-**Salvarlas**- replicó ella furiosa por las palabras. -**Obsérvame hacerlo.**

+**Fallarás**+ fue la respuesta. +**Ellas morirán y tú serás aprisionada aquí nuevamente**++

-**¡Cállate!**- gritó la vigilada deteniendo su carrera.

+**No debiste volver**++

Aquella llamada Imogen, la tomó del hombro y la hizo girar sobre sí. -**En el nombre de Terra**- le gruño a la vigilada. -**Si pierdes la cabeza ahora y nos libras a nuestra suerte aquí, ¡juro que te degollaré antes de que ellos vengan por nosotros!**

Ella a su vez empujó a la Hermana Superiora. -**Estoy bien**- murmuró, fingiendo

que era verdad. **-O acaso no te he traído hasta aquí-** la mujer encapuchada tiró de su manto y salió corriendo a través del pasillo flanqueado de monolitos inertes, moviéndose de uno a otro, rozando sus dedos huesudos sobre ellos.

Detrás de ella, resonaba como un eco el rugir de los bólter mientras las Hermanas de Batalla se batían en duelo con los espectros, que las perseguían materializándose y desvaneciéndose a cada paso, ella había sido testigo de esa táctica con anterioridad, el resultado era un imperdonable desperdicio de municiones.

En los breves momentos que estos se solidificaban, una siniestra luz producto de su etéreo exilio brillaba como rallos centelleantes, y cualquiera lo suficientemente desafortunado como para estar en contacto con dicho poder en ese preciso instante, se esfumaba, se desvanecía hacia otra dimensión.

+**Te preguntas cómo es que sabes éstas cosas**+ dijo el Vigilante. +**Ríndete y lo entenderás**++

Ésta vez, no le dio ninguna respuesta, sus manos cruzaron la superficie de otra figura monolítica en silencio, y al fin sintió el objetivo que perseguía al alcance de su mano. **-¡Aquí!-** exclamó **-conmigo, ¡rápido!**

Más pisadas sonaron por el pasillo, vieron a lo lejos a tres mujeres armadas que se acercaban desde otra dirección, muy por detrás de ellas, el suelo ondulaba y se movía con una alfombra metálica de silbidos, chillantes formas avanzaban tras ellas en una lenta onda, los escarabajos estaban llegando, listos para arrasar los cuerpos reclamados.

+**Sí que eres afortunada**++

-Estamos atrapadas- dijo aquella a quien llamaban Cassandra. **-¿Qué porquería de huida es ésta?**

-Hay una forma- les dijo con seriedad **-pero pagaré un alto precio por ello...**

-¿Un precio mayor que tu vida?- preguntó la mujer morena con el rostro surcado por una cicatriz, *¡Miriya!*, ese era su nombre, era aquella, quien la había estado acechado en los corredores del convento.

-Sí- le dijo, con brutal honestidad.

Se dejó caer en un estado de fuga psicógena nadando entre los horrores que vivían dentro de su propia psiquis, allí encontró formas geométricas, patrones, valiosos esquemas pero sobre todo, las ecuaciones de activación de los mecanismos que les posibilitarían el escape de ese sitio, la vuelta al planeta, a las ruinas y al polvo de los desiertos.

Todo ello se acercó a ella, los fragmentos de conocimiento Xenos trataron de apoderarse de ella, de su ser, de arrastrarla hacia la oscuridad de sí misma, le resultaba sumamente difícil resistir, pues la búsqueda que llevaba a cabo suponía a cambio un caro coste. Significaba perder parte de sí misma, que los horrores Xenos dentro de su mente acaparaban para sí mismos, parte de lo que ella alguna vez fue.

A pesar de ello prosiguió, la apagada superficie de piedra pulida del monolito, se vio súbitamente bañada por un fulgor luminoso y sobrenatural, la manufactura Necrona comenzó a vibrar y, lentamente, a levitar levemente impulsada por arcanos poderes que despertaban en su interior.

-¡Otro portal!...- exclamó Cassandra **-¿Y a dónde nos llevará éste, hechicera?**

Ella respondió dando un paso hacia él.



Los escarabajos y los espectros estaban ya rodeándolas, las Hermanas no tenían ninguna vía de escape, Miriya oyó a Verity gritar cuando rechazó una de las máquinas insectoides que la había mordido.

El fulgor sobrenatural del portal las bañó a todas en un misterioso resplandor, la mujer encapuchada no dudó y desapareció en él.

-Parece que estamos haciendo un hábito de esto- gruñó Danae y empujó a la Hospitalaria tras ella mientras disparaba a los espectros. **-¿Acaso tenemos otra vía de escape que seguir?**

El pálido rostro de Imogen se congestionó por la furia contenida, pero no dijo nada, sólo siguió los pasos de la criatura hacia lo desconocido.



El Cryptotecnólogo llegó a ver el final del ciclo de interfaz entre dimensiones, la fase de conducción colapsó sobre la estructura del monolito y una vez más se posó sobre la superficie inerte, los Xenos que se habían reunido a su alrededor permanecían ahora impasibles, aguardando una nueva orden, despidió a los escarabajos y ordenó a los espectros una exploración de la cámara para la estimación de daños, ya que los seres orgánicos habían sido descuidados con el uso de sus armas, y la ruina que habían causado tardaría muchos años en ser reparada.

Ossuar trazó las runas de activación sobre el monolito, entretenido por la preocupación que le generaba que un ser orgánico hubiera sido capaz de utilizar las ecuaciones necesarias para la activación, ello le resultaba francamente imposible de comprender.

Sin embargo, así lo habían hecho, repitió la ecuación a partir de las capturas realizadas por el banco de datos de los escarabajos y la examinó.

Una sensación distante despertó en Ossuar, había transcurrido demasiado tiempo desde que había experimentado algo así, tanto tiempo que le tomó un instante procesar e identificar lo que le sucedía, pero al fin pudo poner nombre a tal sensación, 'una emoción'.

El Cryptotecnólogo archivó la sensación para su posterior consideración, y se sumió en el estudio del portal ahora apagado. Estaba claro que la situación en el planeta se movía más allá de su capacidad de control. Aquí, en el interior del cubo, Ossuar tenía un perfecto conocimiento de sus capacidades y de los poderes a su alcance, ¿pero allí?, fuera de su reducto y más allá de estos pasillos sagrados... a regañadientes debió admitir que se requería el talento de una entidad diferente.

Había llegado el momento de despertar al Nemesor.



CAPITULO
X



Hubo un tiempo, habían transcurrido ya tantos siglos de ello que más que un recuerdo parecía un sueño, en el cual Tegas fue completamente humano.

Entonces era apenas un joven, reclutado de la Schola Progenium donde los evaluadores del Adeptus Mechanicus lo habían descubierto, 'reclutado' era el término aunque bien podría ser sustituido por la palabra 'atrapado'.

El joven Tegas había sido un tonto, un completo estúpido, le avergonzaba ahora recordar a aquel muchacho asustadizo, como poco más que un niño sucio e incapaz de alimentarse sin ayuda.

Camino a Marte había intentado quitarse la vida, completamente ignorante de la gloria que el Dios-máquina le depararía a su llegada, había ingerido por voluntad propia una poción venenosa a bordo de la nave que lo transportaba, casi sucumbió a la potencia de la misma, pero finalmente las toxinas sólo habían acelerado el proceso de transformación, con la posterior suplantación de múltiples órganos internos por nuevos y mejores implantes.

La única sensación que recordaba de todo ello, era el dolor que había sentido mientras el veneno corría por su cuerpo, la repulsiva desconexión que ello supuso entre cuerpo y pensamiento, el saber de su cuerpo moribundo y fuera de control... el miedo.

Recordó con claridad, tras tantos años, como el Adepto Lumik se preocupaba por él, guiándolo por el camino correcto, ayudándolo a reponerse de cada caída sufrida.

Gracias a su buen juicio, el Cuestor Tegas había ascendido, alejándose de los efectos perniciosos de... ¿de qué?

Revisó sus ciclos internos de programación y concluyó que él era el causante de esto... en su afán de investigar los secretos encerrados en el pergamino Xenos de hierro, Tegas había hecho algo, algo que generó una explosiva oleada de energía electromagnética como nunca había presenciado, la radiación alienígena había inundado el interior del Laboratorium, atravesando los hasta ahora eficientes campos de energía, que actuando como escudos tan hábilmente habían protegido el módulo y al mismo tiempo lo habían aislado del exterior para su investigación, se habían disipado.

Los parámetros temporales del Cuestor habían resultado seriamente dañados, a tal magnitud que no podía determinar cuánto tiempo había estado inerte, parte de sus sistemas internos seguían aún fuera de línea, reiniciando sus fases cíclicamente, gruñó mientras avanzaba tambaleándose hasta la estación de trabajo.

El pergamino Xenos todavía estaba allí, envuelto en un resplandor esmeralda, burlándose de él con su complejidad. -**¡He hecho algo!**- se dijo, el estado de shock que había sufrido no se correspondía con las medidas autónomas de emergencia y seguridad que sus implantes habían iniciado, sino con los efectos secundarios de un evento de particular importancia, Tegas sabía lo que había visto en la brillante interfaz del holograma, había descubierto un medio virtual para controlar y activar de algún modo los sistemas del pergamino, éste había disparado señales cuánticas derramadas en oleadas electromagnéticas a su alrededor. -**Active algo**- dijo con una sonrisa -**he enviado una señal.**

Razonó que una sensación de temor, hubiera sido la reacción más lógica en ese momento, pero extrañamente, incluso el más pequeño atisbo de tal emoción se le escapó. -**Esto es un proceso de investigación, tal proceso conlleva un riesgo, incluso para uno mismo, pero confío en que podré afrontar cualquier tipo de información o consecuencia que resulte de dicha investigación**- se dijo Tegas a sí mismo con total arrogancia.

-**¿Cuál es ese antiguo axioma, que he oído a los soldados recitar en momentos de crisis extrema?**- Tegas ladeó la cabeza, pensando en voz alta. -**Lo**

que no te mata te fortalece, o en mi caso, me hace más inteligente.

-**¿M, mi... mi señor?**- tartamudeó Lumik, interrumpiendo sus palabras con tics que se habían vuelto cada vez más frecuentes. -**Yo… yo no lo entiendo.**

Se volvió hacia él. -**¿Estamos seguros? Las Sororitas de fuera... ¿Han advertido algo fuera de lugar? ¿Hemos sufrido daños?**

-**Sí, al parecer, no… no han advertido na… nada, hemos sufri… fri… frid… do una ba… ba… baja**- respondió a sus preguntas en rápida sucesión.

-**Bien**- hizo un gesto hacia la voluta del hierro. -**Lo haremos con sumo cuidado, paraliza el pergamino, examina los datos que hemos registrado y procede desde el último registro.**

-**Se… señor**- insistió Lumik -**no… no podemos, hemos estado tra… tratando de apagarlo durante cincuenta y siete minutos**- señaló con una mecadendrita sobre el objeto Xenos. -**El dispositivo está ab… absorbiendo po… poder de fuentes desconocidas, especulo que de… de manera extra-dimensional, se resiste a to… todo intento de inmovilizarlo.**

-**¿Qué?**- empujó a Lumik a un lado y cruzó la cámara de Laboratorium con urgencia, no sonaba bien, el aparato nunca había mostrado ningún síntoma de autosuficiencia en sus acciones, nada había sido advertido al respecto a partir de los diversos análisis realizados por Tegas o a partir de los estudios tediosamente ejecutados por el tecnosacerdote Ferren.

-**¿Qué, pero qué ha hecho?**- le preguntó, incapaz de ocultar el tono acusatorio de su voz. -**Se suponía que íbamos a observar, evaluar, cla… cla… clasificar, na… na… nada más, esas eran nu… nue… nuestras órdenes.**

-**¿Órdenes?**- inquirió Tegas ásperamente. -**¡Ah, sí!, las llamadas 'sugerencias' de Hoth, el Inquisidor del Ordo Xenos**- volvió un grupo de ojos para observarlo. -**Nosotros somos los hijos del Omnissiah y todo conocimiento nos pertenece, ¡por el amor a Marte! No nos subordinamos a las demandas de la Inquisición. Si eso fuera así, entonces esas mentes atrofiadas, ¡habrían esposado hasta el último pensamiento creativo de nuestra especie mucho tiempo atrás!**

Tras decirlo se acercó al pergamino, haciendo caso omiso de los demás adeptos, que se mostraban claramente temerosos de acercarse al objeto Xenos, los hologramas alienígenas estaban inundados de glifos que se movían a tal velocidad, que incluso él con sus mejoradas subrutinas de cognición no podía interpretar, la visión de los iconos lo aturdía gratamente, del mismo modo que se sentiría un simple hombre de carne y hueso tomando una copa de fuerte amasec.

-¿Qué estás haciendo precioso?- preguntó con una amplia sonrisa.

El ingenio optó por responderle.



El pergamino metálico había mostrado muchas características interesantes, incluyendo la capacidad de provocar alteraciones internas, mediando la transferencia de moléculas a niveles atómicos, al principio se mostró como un pergamino de papel metálico, luego cambió a una forma de finas hojas en abanico, tras ello, mutó a capas de hojas filosas y ahora... volvía a transformarse una vez más.

El pergamino se abrió.

Un resplandeciente fulgor esmeralda, brilló con la potencia de un rayo desde los perfiles del pergamino, a medida que se desenrollaba a lo largo de su longitud, el ingenio en sí, comenzó a deshacerse y a reconstruirse, mientras Tegas y sus adeptos miraban su transformación con una mezcla de asombro y estupor, los patrones cambiantes dieron forma a un metal orgánico, a partir de la probable transmutación de patrones moleculares contenidos y almacenados en su interior.

El pergamino se había transformado en una especie de abanico, compuesto por hojas finas curvadas y crecientes, el cambio molecular lo reorganizaba, lo rehacía, le otorgaba una nueva configuración gracias a un proceso acelerado, que imitaba el ciclo biológico de la evolución.

El Cuestor observó la transformación con una mezcla de expectación y ansiedad, Lumik tartamudeó y sacudió el dobladillo de su túnica implorando a Tegas que detuviera la mutación, pero incluso de haber sido capaz, no lo habría hecho, se

sentía extasiado por la danza de la reconstrucción que veía, el metal viviente creció hasta alcanzar la forma de un anillo cromado de poco más de dos metros de diámetro.

En su centro, se formó una especie de campo de energía de color verde que chisporroteaba a medida que entraba en fusión, los exóticos componentes radiactivos que pudo advertir a simple vista, perecían interactuar con las moléculas del aire, como resultado de ello, el campo se transformó en una especie de tensa membrana de energía.

Tegas y los otros estudiaron los efectos de la mutación con sentidos que percibían realidades más allá de las que podría notar un ser humano sin implantes, sonidos y extraños aromas danzaron alrededor del Cuestor, quien recabó muestras de ello para su posterior análisis, partículas inusuales que se asemejaban al ozono, calcita y otros elementos surgieron a través de la membrana flotando pacifica e invisiblemente en el Laboratorium, las ondas de radiación junto a ondas de invisibles energías se derramaban allí mismo, frente a ellos, Tegas sintió la brisa bañar la poca piel que aún vestía su mecánico rostro.

Por fuerza de un impulso que no pudo cuantificar plenamente, llevó su mano hacia la radiante luz, Tegas quería tocarla, sabía que podría palparla con sus extensiones augmeticas, que la energía fluiría a través de sus dedos como arena tamizada.

La membrana se estremeció y estalló antes de que pudiera llegar a ella.

El aire se desplazó con un aullido lanzando pequeños truenos, el anillo vomitó formas envueltas en nubes de vapor helado, las figuras humanoides fueron expulsadas al centro de la sala, primero una forma encapuchada y luego otras vistiendo servoarmaduras negras y capas carmesí bañadas por costras heladas, se estrellaron contra la estación de trabajo y aterrizaron en desorden, chocando con maquinaria de análisis y servidores demasiado lentos como para salir del camino.

Hermanas de Batalla... el surrealismo de su llegada provocó confusión en el procesador de datos del Cuestor, a tal nivel que sus sistemas internos lanzaron alarmas y códigos de error mientas su mente aún intentaba asimilar lo que estaba presenciando... en definitiva, él tenía razón, la energía disforme era la clave y el

pergamino contenía la información necesaria para controlar el poder materializado.

El anillo que se había formado, ahora lo sabía, era un portal...

El ensimismamiento en que se encontraba Tegas, se vio súbitamente interrumpido por el grito de alarma de Lumik, trastabilló retrocediendo mientras observaba el desorden en que se encontraba el Laboratorium.

Un rayo de energía verde surgió desde la membrana fluctuante, cruzó la cámara y destruyó una consola de cogitador que comenzó a expedir una obscura humareda, el Cuestor advirtió que otros objetos parecían querer atravesar el portal, traídos por el portal con marcada lentitud en comparación con los primeros llegados, unos objetos similares a escarabajos, forjados a partir del acero y el cristal esmerilado se aproximaban masivamente... tras observar detenidamente, pudo advertir que… ¡No! No se trataba de simples objetos atraídos al Laboratorium por obra de la energía del anillo, se trataba de seres que avanzaban por su propia voluntad, con la lenta astucia de una máquina, a Tegas le vino el súbito recuerdo del ingenio que Ferren había estado atormentando tras su descubrimiento en el complejo de investigación del Mechanicus, poseía características similares a los recién llegados, pero a una mayor escala.

-**¡Retrocedan!**- gritó una de las Sororitas, una mujer de cabello obscuro y aspecto feroz, quien dirigió su orden hacia Lumik y sin esperar a que la obedeciese abrió fuego con su bólter, destruyendo al primero de los mecánicos seres con precisos disparos.

La mujer que había llegado inicialmente, aquella cuyos vestidos se encontraban desgarrados y olía a materia muerta, se tambaleó precipitándose sobre el anillo, temeroso de que pudiera destruir tan increíble reliquia tecnológica, Tegas intentó detenerla.

Sin siquiera detenerse, ella lo golpeó, el Cuestor fue arrojado a cierta distancia por el golpe, cayendo pesadamente sobre la cubierta del Laboratorium, desde el suelo realizó un escaneo de su atacante y como resultado obtuvo un confuso informe difícil de comprender, áreas térmicas cálidas y frías, radiación a baja escala, evidencias de bioimplantes, nada de ello tenía sentido. El escaneó parecía dirigido más hacia un adepto del Mechanicus que a una Hermana de Batalla.

La duda en su mente pasó a segundo plano cuando vio a la mujer cernirse sobre uno de los filamentos plateados que revestía el anillo, e increíblemente lo destruyó, y al igual que una falla sobre una cuerda tensada, el perfecto anillo de acero alienígena se fracturó, tras una detonación enceguecedora del poder que contenía, cuyos últimos vestigios se derramaron a través de la cámara, bañando el techo y la cubierta con rayos y chispas anaranjadas, se destruyeron los lúmenes y extensiones de los servidores que se encontraban lo suficientemente cerca, Tegas presenció con asombro como el pergamino volvió a mutar, reformándose como un simple papiro enrollado en apenas cuestión de segundos, como si nada hubiera sucedido.

Se maravilló por lo presenciado, éste simple objeto había realizado imprevistas fusiones, se preguntó entonces que otras maravillas podría la ingeniería Necrona realizar... -**Pobre Ferren**- musitó, no sabe lo que ha descubierto, ha sido como un niño buscando monedas perdidas, en su lugar, ha encontrado algo tan inconmensurable como un ser divino.

Se hubiera reído si no fuera por las circunstancias que ahora se vería obligado a enfrentar.

Tegas se volvió, solo para encontrarse frente al cañón del arma de la Hermana Superiora Imogen apuntando a su cabeza, tras un leve estremecimiento, se atrevió a decir. -**Mi señora**- y casi como si estuviera orando -**bienvenida**- añadió

-**El Laboratorium...**- entre las Sororitas, una Hospitalaria de pálido rostro miró con sorpresa a su alrededor. -**Hemos sido devueltas a la superficie**- sus camaradas se volvieron rápidamente a los lados, tratando de orientarse y mostrando a su vez el desagrado de lo que presenciaban.

Lumik y los otros adeptos intercambiaron silenciosos mensajes, el banco de datos común se vio obturado de rebosantes preguntas. *¿Cómo llegaron las Sororitas hasta aquí? ¿Cómo funciona el dispositivo? ¿Quién es la encapuchada? ¿Se ha comprometido la excavación?*

La respuesta al último de esos interrogantes estaba en los ojos de Imogen, no necesitaba decirlo y no había necesidad de ocultar la mentira por más tiempo, ahora era el momento de realizar el control de daños, antes de que las cosas

pudieran derivar en violencia, las Adeptas Sororitas eran mujeres piadosas, pero de escasa paciencia y mermadas entendederas, una vez que despertase su ira, sostendrían el rencor hasta el fin de los tiempos y Tegas no quería encontrarse a sí mismo como blanco de su ira.

Justo ahora que tenía algo tan perfecto a su alcance.

-**Éste objeto**- gruñó la encapuchada señalando con un dedo huesudo al ingenio Xenos. -**Busqué la vía más rápida de regresar hasta el convento y el monolito interpretó mis deseos literalmente, utilizando éste objeto como un conducto a través del espacio, como portal de regreso.**

-**¿Dónde lo encontraste?**- exigió saber Imogen. -**¡Habla Cuestor!**

-**Es la buena fortuna que me ha sonreído**- contestó Tegas -**esto proviene del desierto... pude entender algunas de sus funciones**- eso era casi una verdad y siguió adelante. -**Si no lo hubiera hecho, tal vez nunca podrían haber vuelto de nuevo de...**- dejó la frase inconclusa y como era previsible, una de las otras Hermanas llenó el silencio con la respuesta.

-**Hemos encontrado las cavernas**- dijo la que portaba el rifle de fusión. -**¡Su complejo avanzado secreto!**

Los seres sin modificaciones eran tan fáciles de manipular, reflexionó, no pueden evitar dar voz a sus estados emocionales. -**Puedo explicarlo**- Tegas moduló el tono de su voz simulando compungida apariencia. -**Me temo que todos hemos sido engañados.**

-**Más mentiras, tú, así sólo conseguirás que te entierren a mayor profundidad, ¡pedazo de maquinaria!**- gruñó Imogen -**tus hombres trataron de matarnos.**

Tegas maldijo en silencio la falta de moderación de Ferren, pero no dijo nada.

-**Sus acciones convocaron a los Xenos**- continuó Imogen -**y por ello, casi perecemos.**

Había tantas cosas que él quería saber, pero el Cuestor asimiló que sus próximas palabras podrían ser las últimas, a menos que hiciese un reconocimiento,

entonces transmitió al resto de los adeptos una orden silenciosa mediante el banco de datos común, indicando que se abstuvieran de oponer resistencia, se inclinó ante las Sororitas en señal de rendición. **-Estoy seguro que hay una explicación para todo esto.**

-Eso ya lo veremos- Imogen hizo una seña a su segunda al mando. **-Tráigalo-** escupió la Hermana Superiora **-y su juguete también, la Canonesa debe saber lo que hemos visto-** Imogen se volvió hacia Tegas. **-Pagarás un alto precio por lo que nos has ocultado maldito gusano.**

-Hermana- dijo una de las otras Hermanas **-¿qué hacemos con... ella?-** dijo señalando a la mujer encapuchada.

-Vendrá con nosotras también- dijo Imogen blandiendo su arma **-ha llegado el momento de revelar todas las malditas verdades que se esconden en éste lugar.**



El corredor que daba acceso a la tumba de estasis se perdía a lo lejos, el paso firme de Ossuar resonaba con aire pesado, súbitamente detuvo su andar cuando al fin se enfrentó al par de centinelas que guardaban la entrada a la bóveda del Nemesor, portando guadañas de guerra cruzadas sobre sus blindajes pectorales, las altas placas que daban forma a sus cráneos ornamentados mostraban tras sus relieves uno ojos muertos y perdidos en la nada, ni siquiera parecieron advertir la presencia del Cryptotecnólogo, en lugar de ello, tras un breve intercambio de señales inteligentes a través del nexo mnemotécnico, la zonda de vigilancia del complejo asimiló sus intenciones y le fue permitido el paso, Ossuar intentó escanear a los centinelas a su paso, en un vago intento de recabar información comprensible acerca de sus sistemas de procesamiento mental, pero las mentes de los ingenios de combate siempre le habían resultado difíciles de asimilar, de hecho, el Cryptotecnólogo tenía una visión del universo muy diferente a la valoración que de él hacían las castas de combate.

Ossuar y sus pares eran heraldos destinados al estudio y mantenimiento de los mecanismos sobrenaturales de su raza, ese había sido su único propósito desde

que había sido biotransferido, pese a los eones transcurridos durante el Gran Sueño, seres psicomanticos como él, eran quienes mayor conocimiento poseían acerca de las almas de los no iluminados, después de todo, era quien más había luchado con el obsequio de sus poderes, junto a correligionarios como los geománticos, plasmáticos, o cualquier otra disciplina que las tormentas invocaran, eran la élite intelectual Necrona, un eco eterno de lo que habían sido antes de que los C'Tan los hubieran elevado, pero él y los suyos no eran guerreros, eran los últimos pensadores, los sabios de las casas dinásticas, no tenían lugar en las mezquinas acciones de muerte sobre la masa de seres de carne y hueso.

Pero en definitiva... a algún nivel, Ossuar debió aceptar y procesar la verdad, el breve enfrentamiento que había tenido lugar con las hembras humanas había resultado... emocionante.

Él siguió el corredor pendiente abajo hacia la antecámara, guiado por un grupo de escarabajos canópticos que llevaban grabado el sello dinástico Sautekh, él Cryptotecnólogo ostentaba la misma marca grabada con láser en el esternón de acero, marca que fue escaneada por trampas ocultas tras las paredes, previamente a autorizarle el paso, al tiempo que desactivaban los letales cañones gauss ocultos dentro de las ornamentadas esculturas que lo siguieron apuntando en su avance.

La cámara de estasis del Nemesor se abrió ante él, los escarabajos se postraron respetuosamente flexionando sus seis patas, antes de internarse en las ranuras murales, Ossuar se detuvo para examinar la actualización de estado más reciente del código Somnus, para asegurarse que el proceso de reactivación progresaba debidamente en su etapa final, más allá, a la derecha, la cámara anexa rebosaba de armas de todo tipo, un arsenal personal atestado de desolladores, proyectores etéreos, guanteletes con afiladísimas hojas de vacío, flechas de taquiones y espadas hiperfásicas, Ossuar encontró sin sentido la evidente exhibición de las artes de la muerte, a lo largo de su existencia, el Cryptotecnólogo nunca se había visto obligado a usar otro poder, que no fuera el que llevaba consigo en todo momento, más los guerreros, solían centrar sus fetiches en sus armas, como solían hacer todas las especies guerreras, incluso entre los seres inferiores.

Ossuar realizo los sagrados signos de la Activación y Eternidad a los ojos que lo observaban desde el interior de la tumba, en parte, porque era lo que se esperaba

de él, la ofrenda de tal ritual reverencia ante la tumba del líder supremo, pero principalmente, para que la interfaz de control gestual redujera el campo de fuerza entre él y la cámara interior, el campo brillante que impedía su paso, se disipó súbitamente permitiendo al Cryptotecnólogo el ingreso a la sala de estasis.

El sarcófago del Nemesor ya se había elevado desde los soportes de fijación, se hallaba en pleno proceso de transición del plano horizontal al vertical, un fino reguero de polvo llovió desde la superficie intrincadamente mecanizada del metálico ataúd, aunque el despertar en ésta cámara suponía apenas una fracción infinitesimal, en comparación con los ciclos interrumpidos por los millones de su especie que habían despertado desde el Gran Sueño, Ossuar aún experimentaba el momento con expectación e inquietud, permitiéndose recordar que 'el despertar' era siempre una situación difícil, un trauma mental era a veces el resultado de ello, de hecho, el Cryptotecnólogo recordaba siempre su propio ascenso del sueño eterno y lo impotente que se había sentido al principio, en el preciso y vulnerable momento previo a que su cuerpo máquina se relacionase con su propia esencia... era una experiencia que jamás desearía repetir, Ossuar había jurado en privado que nunca más se sumiría en el Sueño Eterno otra vez, esa era la principal razón por la cual había asumido la responsabilidad de tomar el papel de 'custodio del despertar' en la Necrópolis.

El centro de la tapa del sarcófago se fracturó a lo largo de todo su ecuador y luego a lo largo, los cuatro cuadrantes de piedra metalizada se desprendieron y alejaron... la presencia del Nemesor quedo revelada.

El señor de la guerra, al igual que Ossuar, aparentaba la misma forma esquelética humanoide de todo Necrón, un eco deliberado de los huesos frágiles que habían dejado atrás cuando abrazaron la majestuosidad de la biotransferencia, pero allí donde el Cryptotecnólogo era delgado y de largos dedos, el general guerrero era casi musculado, gruesas capas laminadas de aleación viva, daban forma a la armadura en su torso y extremidades, extendiéndose hasta su crestada cabeza que enmarcaba un delgado rostro de brillante acero con detalles de cobre, el símbolo dinástico de Sautekh descansaba sobre la frente del general, tan nítidamente definido ahora como lo había estado cuando el maestro de su dinastía, Imotekh el eterno, había hecho su marca con el guantelete de fuego, el Señor de la Tormenta de Mandrágora había favorecido al Nemesor, ello le daba la absoluta seguridad de que todo el que la viera lo supiera con certeza.

Un fulgor verde marcó el regreso a la conciencia del habitante del sarcófago, acompañado por el brillar de unos ojos con renovada vida.

Ossuar inclinó la cabeza. -**Mi Señor Khaygis, se acabó el sueño, su ayuda es requerida**- el nombre del Nemesor no se había hecho eco en los pasillos del complejo necrópolis desde hacía muchos ciclos.

El vocalizador del general resonó como el moler de rocas entre sí. -**Cryptotecnólogo...**- dijo Khaygis sopesando el título. -**¿Cuánto tiempo ha pasado?**

-**Un aliento, poco más.**

El general se irguió despacio y con cuidado, poniendo a prueba sus extremidades mientras daba un paso fuera del sarcófago, diminutos arácnidos filáticos cruzaron su cuerpo mientras se internaban nuevamente en el interior del sarcófago, ahora que su deber de reparación y mantenimiento había culminado. -**Debe de ser una cuestión de relevancia, entonces**- el tono sonoro de Khaygis tenía una cualidad hueca, un cierto parecido al eco resonante en un largo túnel pedregoso. -**Así debe ser, para que el gran Ossuar deba admitir que se enfrenta a algo que no puede superar con el uso de su intelecto.**

El Cryptotecnólogo ladeó la cabeza. -**Yo diría que necesito... el enfoque de su incomparable visión.**

-**Por supuesto que lo dirías, sí**- respondió Khaygis, abriendo y cerrando las afiladas hojas que daban forma a sus garras. -**Muéstramelo ahora.**

-**Muy bien**- comenzó Ossuar -**pero primero será necesario, explicar ciertos hechos.**

El Nemesor recogió su manto de mando y lo ciñó sobre sus acerados hombros. -**Me has malinterpretado Cryptotecnólogo**- interrumpió al otro necrón, al tiempo que enderezó su rostro metálico. -**No tengo ningún deseo de oír la interpretación de lo que tus pensamientos creen que quiero saber, he dicho que me lo muestres**- alzó la mano y dobló sus garras alrededor de la mandíbula de Ossuar. -**Así que, muéstramelo.**

El Cryptotecnólogo sintió como la sonda mnemotécnica oculta en la cresta de

Khaygis, se clavaba invasivamente en él, el filtro de datos palpó la conciencia externa de Ossuar, rápidamente reordenó sus protecciones sobre los datos internos para proteger sus secretos más profundos, mientras el Nemesor analizaba los últimos registros almacenados en su memoria.

Tal vez le habría resultado posible a Ossuar resistir la violación de su constitución mental, pero incluso una resistencia simbólica al Nemesor, habría supuesto un acto de desobediencia, Khaygis hizo pesar su rango jerárquico desde un principio, recordando al Cryptotecnólogo que a pesar de que tenía alto rango entre los precursores del Señor de la Tormenta, nunca estaría más allá de las órdenes del general.

Ambos compartían únicamente sospechas acerca de las motivaciones del otro, el Cryptotecnólogo consideraba al Nemesor, como un ser poco más que engreído y violento, como contrapartida, el general lo veía como un ser perdido y obsesivo.

De mala gana, Ossuar aceptó la situación y permitió que Khaygis duplicara los recuerdos de su banco interno de memoria, correspondientes al periodo de inactividad durante el Gran Sueño.



Tal como se le había ordenado, la Hermana Miriya se inclinó hacia adelante y apoyó el cañón de su bólter contra la parte posterior del cráneo del Cuestor, acariciando el gatillo con su dedo.

-A mi orden- dijo la Canonesa acentuando cada sílaba **-matarás a éste desgraciado mentiroso, ¿entendido?**

-Sí, mi señora- respondió mientras sostenía firmemente el arma.

La veterana, miró hacia donde la mujer encapuchada permanecía de pie observándolo todo, con la Hermana Verity a su lado, Sepherina frunció el ceño sopesando sus opciones.

-Ella nos ayudó- intercedió Miriya **-todas estaríamos muertas de no haber mediado su intervención y ésta perfidia habría quedado sin vengar.**

Desde su posición, de rodillas en la Gran Capilla, el adepto Mechanicus soltó un chasquido y un sonoro suspiro. -**Si se me permite brindar una explicación, todo se aclarará.**

Al margen de su vista, Miriya alcanzó a ver al resto del grupo de Tegas rodeados por un anillo de Hermanas de Batalla, similarmente armadas y comandadas por Pandora quien empuñaba un bólter de asalto, todos ellas tenían la requerida amplia experiencia de una Adepta Sororita en las funciones de una santa ejecución.

Sepherina miró a la Hermana Imogen. -**El dispositivo**- prosiguió -**¿dónde está ahora?**

-**Seguro**- respondió Imogen con fuerza -**la Hermana Danae y un grupo de Hermanas Repentia lo tienen bajo su custodia en una de las celdas de oración mientras hablamos, guardias adicionales han sido apostadas alrededor del objetivo y múltiples cargas explosivas han sido plantadas a su lado, si produce la más mínima vibración, será destruido.**

-**¡No puedes hacer eso!**- exclamó Tegas.

-**Tú no tienes derecho a demanda alguna**- espetó Sepherina.

-**Me malinterpretáis**- respondió Tegas aún cabizbajo -**no exijo nada, simplemente expongo los hechos, no se puede destruir, serán incapaces de hacerlo pues está forjado por una aleación viva.**

Los ojos de la Canonesa se estrecharon. -**Sabes mucho, Lord Cuestor... ¿cuántas cosas más me has ocultado desde Paramar?**- ella avanzó hacia él, mientras su furia se acrecentaba. -**Sólo me has dado mentiras, ¡mentira tras mentira! Dudo de la veracidad de todo lo que me has dicho, de cada palabra, de cada gesto, ¡todo subterfugios y artificios!**

Miriya había visto la creciente marea silenciosa de ira en el rostro de la veterana, cuando Imogen escoltó a los adeptos Mechanicus ante ella y le explicó lo que había ocurrido, no pudo evitar fijarse como la Hermana Superiora fijaba su mirada en Tegas, mientras se le informaba de los portales que las habían transportado hacia la Luna de Obsidiana, el relato de lo que habían encontrado

allí, Miriya reprimió un escalofrío mientras Imogen describía los corredores metálicos resonantes del complejo Necrón, la idea aún le generaba un escozor en la base del cráneo.

No fue hasta ahora, tras su regreso al convento, que Miriya se sintió capaz de analizar las sensaciones que le había provocado su paso por la guarida de las máquinas Xenos, durante el tiempo que había estado allí, la Hermana de Batalla había sentido como si su espíritu se hubiera perdido o desconectado, ese sentimiento ahora había desaparecido, encontrando ahora un momento de paz para asimilarlo.

Allí había sentido, que la cercanía con los Necrones y sus máquinas, habían producido una suerte de embotamiento en el ambiente a su alrededor, provocando una sensación de espacio muerto, de decadencia, no como la podredumbre de un hereje de la plaga o el hedor osario de un campo de batalla, algo peor que todo ello, casi una ausencia total y absoluta de vida o esencia vital.

Miriya había entrado en un lugar y se había enfrentado a seres los cuales solo podía describir como seres sin alma, para alguien cuya existencia orbitaba alrededor de la luz de la fe y el poder del espíritu humano, vivir tal experiencia había calado en lo más profundo de su ser. Los Necrones, razonó, suponían la antítesis cruda y real a la vida misma puesta de manifiesto.

Luchó contra el glacial sentimiento que se apoderó de su alma, centrando su atención en lo que sucedía en el presente.

-**Un complejo de excavación oculto, explotado por investigadores de su ministerio**- decía Sepherina -**no ha sido suficiente con que el Inquisidor Hoth y sus lacayos faltaran el respeto a nuestras Hermanas caídas, impidiendo el regreso de nuestra Hermandad, ¡y a nuestro propio puesto de avanzada! Sino que ahora me entero de que el Adeptus Mechanicus ha estado aquí, tal vez por años, escarbando la tierra, ¡y en secreto!**

-**Admito**- se justificó Tegas con sumo cuidado -**que se ha incurrido en ciertas omisiones en lo que a la puesta al tanto de cierta información, se refiere**- la Canonesa gruñó ante la respuesta, el Cuestor prosiguió rápidamente con la explicación, a fin de interrumpir la probable orden de ejecución. -**Puesto que aunque era consciente de la presencia del adepto Ferren en el planeta,**

desconocía cuán grande era su dispositivo o que estaba haciendo aquí.

-**Embustero**- gruñó Imogen, Miriya se vio obligada a estar de acuerdo.

Tegas siguió hablando. -**He venido aquí para tratar con él, pues Ferren ha estado actuando sigilosamente por iniciativa propia, sin la debida supervisión y poniendo en peligro la relación del Mechanicus con la Eclesiarquía**- el Cuestor negó con la cabeza. -**¿Lo sospechaba? Sí, ¿pero cómo podría yo habérselo informado? ¿Cómo habría reaccionado la Orden de Nuestra Señora Mártir ante tal conocimiento?**

-**Con el fuego de la censura**- replicó Imogen.

-**Exactamente**- asintió Tegas bruscamente -**he venido con la obligación de ordenar a Ferren el cese de sus labores aquí y disponer su expulsión de éste mundo, por favor... mi señora, tiene que creerme.**

Sepherina se balanceó adelante y atrás, mientras permanecía frente al Cuestor sacudiendo la cabeza. -**¿Y esa es su explicación? He quebrado la primera fachada de tu falsedad, sólo para encontrarte anidando tras una nueva, ¿habrá otra debajo de ésta, y otra, y otra más?**- lo señaló con el dedo. -**Le hemos acogido adepto, a pesar de ello ha abusado de la confianza del Adepta Sororitas, con la única finalidad de beneficiarse con el traslado a Santuario 101, ya en su primera oportunidad reconoció que usted y sus superiores podrían haberse anexado éste planeta para sus propias necesidades, creo que ha intentado eso mismo, usted y Hoth juntos se han aliado, ¡para compartir el premio que esconden éstas arenas!**

-**¿Pero por qué involucrarnos?**- Miriya dejó escapar la pregunta.

La Canonesa cruzó una mirada con ella. -**Para encubrir su mentira, pues no pueden desafiar a la Eclesiarquía Imperial abierta y descaradamente, han pretendido compartir la misión con nosotras, pero durante la misma, nos han visto como poco más que un impedimento**- Sepherina miró a Tegas. -**Dígame Cuestor, ¿está Hoth viniendo hasta aquí? ¿Ha elaborado planes para destruir a mis Hermanas, ¿tal vez, enterrarnos en las arenas de éste distante mundo donde ningún ojo lo verá?**

-**Usted no lo entiende**- dijo Tegas con un tono plano y frío -**esto es más**

importante que los cuerpos de algunas mujeres muertas.

Sepherina extrajo su rosario, una afilada y delgada hoja emergió en su longitud con un clic aceitado. -**¡Yo misma cortaré tu garganta por ésta traición!**

-**Asegúrese de tomar también la vida de su Hermana Superiora y de la que apunta con su arma contra mi cabeza**- replicó Tegas -**si su hoja busca traidores, ellas también lo merecen.**

-**¡Una táctica patética!**- replicó Imogen.

-**¿Lo es?**- inquirió Tegas -**he analizado los registros que los sensores de escaneo han realizado sobre esa... mujer**- dijo señalando con un gesto a la vigilada. -**¡Os habéis aliado con una monstruosidad, con un híbrido Xenos!, han convivido de buen grado con algo que es... ¡Inhumano! Y ello es un grave pecado contra el nombre de santa Katherine, ¿acaso no es así?**

-**Más mentiras...**- dijo Miriya.

Pero la Canonesa dudó y señaló con su hoja a la vigilada. -**Tú**- ordenó -**descúbrete y muéstrate ante mí.**



Los recuerdos fluían como agua helada.

El tiempo era algo abstracto para un Necrón, hubo una época en que fueron seres orgánicos, el paso del tiempo solía parecerles una carga terrible, casi como el peso del propio cosmos soportado sobre las espaldas de su especie, pero cuando llegaron los C'Tan trayendo consigo el don del conocimiento, todo ello cambió, el paso de los dioses estelares transformó la vida de la raza Necrón para siempre y tras el fin de la gran guerra con los Ancestrales, ellos encontraron un nuevo propósito que perseguir, liderados por el Rey Silente, los Necrones se rebelaron contra los poderes que habían transformado su materia carnosa en la perfección inmortal del metal, tras ello, finalmente debilitados por la guerra, optaron por yacer en el 'Gran Letargo' durante milenios.

Tiempo... tanto tiempo habían pasado en estado yaciente, que tanto el Cryptotecnólogo como el Nemesor compartieron la misma sensación nostálgica, esa sensación de afrenta que habían experimentado al despertar... la galaxia que habían dejado atrás hacía sesenta millones años, se presentaba ahora como los restos quebrados de su anterior esplendor, como una zona de guerra desgarrada y devastada por batallas, que habían borrado sistemas estelares enteros de la existencia, con la misma facilidad con que un insectos podía ser eliminado en pleno vuelo, él había despertado totalmente recuperado y sanado... para encontrar no solo al maldito eldar, lacayo del antiguo enemigo, sino a cosas nuevas que pretendían demostrar un cierto intelecto, que pululaban en la tierra de los mundos y ostentaban una inexistente superioridad.

El Trono de oro del mundo Necrópolis de Mandrágora, había despertado para cambiar los destinos de aquellos que reinaban en éste extraño y pestilente presente, el Señor de la Tormenta, Imotekh, había comprendido la realidad de las cosas, mucho antes que cualquiera de los otros Señores que habían sobrevivido al Gran Letargo, servido por una legión dinástica entre los que se contaban Ossuar y Khaygis, la cruzada de Imotekh por la dominación dio inicio al fuego esmeralda.

Fue ese fuego el que se extendió sobre la estrella que los humanos llaman Kavir.

El eterno camino que había marcado Imotekh a través del plano galáctico, guiaba aún hoy el destino de las Naves Sepulcro y de las Naves Cosechadoras, que surcaban casi a velocidades cercanas a la luz el vasto espacio estelar, el gran esquema previsto por el Señor de la Tormenta había arraigado firmemente en la estructura mental de cada Necrón a su servicio, desde los Señores de la Guerra hasta los drones, queriendo cumplir tal objetivo los dispersos durmientes se habían reunido en torno al sistema Kavir, buscando la luna de obsidiana y la Puerta Dolmen enterrada bajo su superficie, la Dinastía Atun había forjado la Puerta Dolmen, pero ésta dinastía se había debilitado y dispersado, circunstancia que la Dinastía Sautekh había aprovechado para apropiarse del portal.

Resultó casi circunstancial que los deshechos de materia orgánica en la superficie del planeta cercano fueran exterminados, seres que ante los ojos del Señor de las Tormentas no representaban valor alguno y obstruían el cumplimiento de sus objetivos, el puesto humano de avanzada murió y la luna fue triunfalmente anexionada.

Para ser más exacto, ello los acercaba a la victoria final.

Oculto en el interior de la luna, yacía el tesoro dinástico de los Atun, un sinfín de guerreros y armas inertes sin daño alguno, listos para ser reprogramados y vueltos leales a Sautekh, ello representaba un valor inestimable para cualquier Señor, incluso para uno tan poderoso como Imotekh, cuya flota de guerra ya transportaba la muerte a niveles incalculables y allí estaba, el portal en sí, misterioso y precioso, capaz de atravesar los muros inmateriales de la red sub-estelar.

Raro, precioso y por cierto, dañado, lo que había enfurecía al Señor de las Tormentas, tal vez por los estragos del tiempo, tal vez en los espasmos finales de la guerra con los Ancestrales... eso ya no importaba, sin el Portal Dolmen activo al completo, el arsenal almacenado en el interior de la Luna de Obsidiana no podía ser desplegado y por lo tanto su operatividad quedaba del todo entorpecida.

Ossuar recordaba muy bien aquel momento, la irritación de Imotekh al hacerse con ese premio, sólo para descubrir que era inútil para sus planes.

El Cryptotecnólogo había visto la oportunidad y la había tomado, todos los miembros en la estructura jerárquica del Señor de la Tormenta, sabían que se dejaba llevar por impulsos temperamentales de su fuego interno, por su eterno deseo de seguir adelante y nunca quedar atado a un único mundo, a pesar del consejo de los Señores de la Guerra de mayor confianza, generales como Khaygis, Imotekh se negó a quedarse y cavar en Kavir, habían muchos más por ahí, muchos otros mundos Necrópolis aún por encontrar y despertar, demasiados razas nacientes que sacrificar.

Había sido una maniobra de Ossuar en la corte real lo que había proporcionado la solución, el Cryptotecnólogo había utilizado sus influencias para asegurarse que la sugerencia no pareciera provenir de sí mismo, una sugerencia que solo él podría llevar a cabo.

El Señor de la Tormenta podría reunir su flota y partir, pero alguien tendría que quedarse atrás, permanecer como custodio de la Luna de Obsidiana mientras las reparaciones progresaban, Ossuar noblemente se ofreció a sí mismo al servicio

de esa función, alguien debía velar por la reconstrucción de la Puerta Dolmen y el ejército durmiente, liberando a la flota de guerra para seguir su destino en busca de nuevos objetivos y cuando fuesen cumplidos, la flota regresaría.

Si mientras cumplía tal deber, Ossuar se permitía disfrutar de las investigaciones de su propio interés, como la disección de la materia orgánica y la experimentación sobre ella, mucho más conveniente le resultaría estar solo, sin tener que desviar sus objetivos por la interferencia de las batallas, usando el tiempo en su beneficio.

Pero la confianza no era algo que el Señor de la Tormenta acostumbraba a brindar fácilmente, de hecho sería un líder insensato si permitía que el Cryptotecnólogo se presentase como comandante de tan importantes recursos, a pesar de hallarse en estado inertes, pues múltiples rebeliones habían surgido de tales errores, ya que era natural en precursores como Ossuar, buscar el engrandecimiento personal.

Khaygis era el ojo Vigilante que había dejado atrás para controlar a Ossuar, suspendido en estado inerte mientras sus guerreros seguían cada movimiento del Cryptotecnólogo, de haber ido contra los deseos de su amo, Ossuar habría sido anulado, sus engramas paternos biológicos borrados y su cuerpo máquina reutilizado como dron guerrero.

-Todo eso lo sé- dijo el Nemesor **-yo estaba allí, muéstrame lo que pasó mientras dormía.**

-Como quieras- Ossuar abrió más el banco de sus recuerdos, y se preparó para el inevitable torrente de inventivas, que sabía sobrevendrían.

Tras la partida de la flota, Khaygis se había cansado de ver al Cryptotecnólogo estudiando los pasillos polvorientos del complejo lunar, tras atormentar a los pocos supervivientes de la colonia humana hasta llevarlos al estado final de muerte, finalmente optó por abrazar el sueño hasta que la reparación del Portal Dolmen hubiera finalizado, de ello había transcurrido casi nueve ciclos solares de acuerdo al cómputo local.

Y ahora Khaygis vio lo que había sucedido durante su letargo, la experimentación de Ossuar y la agonía que había infligido a los sobrevivientes,

la llegada de las naves de los seres orgánicos, atraídos por el grito de muerte de su colonia, se les había permitido a tales seres descender de sus naves, mancillando las reliquias y grandeza de los Necrones.

La garra del Nemesor se deslizó alrededor del cuello de hierro del Cryptotecnólogo. -**¿Qué has hecho, idiota?**- exigió saber -**has permitido a las alimañas orgánicas volver al planeta, ¿y no las has exterminado?**- algo así como un sentimiento de confusión, inundó su ser tras el toque de Khaygis, que exploró el resto de sus recuerdos. -**¿Más de ellos? ¿Por qué, Ossuar? ¿Qué razones has calculado como para dejar a estos parásitos correr libremente?**- la efímera corriente de datos, que corría invisible entre ellos, cesó abruptamente cuando el General así lo decidió.

-**Me fascinan**- reconoció el Cryptotecnólogo, no tenía sentido negarlo. -**No vi ningún peligro probable en ello, pues ignoraban nuestra presencia**- inclinó la cabeza pensativo y agregó. -**Hubo un tiempo en que no fuimos muy distintos a ellos, los patrones evolutivos repetidos resultan evidentes y he aprendido mucho deconstruyéndolos...**

Khaygis soltó un zumbido furioso y empujó a Ossuar lejos, mientas se alejaba agregó. -**Ahora me doy cuenta que nunca debí haber entrado en letargo, ni siquiera por un instante, has descuidado tus obligaciones por dar rienda suelta a tus propias necesidades científicas**- le dedicó una mirada y añadió -**los seres de tu clase piensan que no están sujetos a otras reglas, ¡que no sean las propias!**

-**Ha sido mi curiosidad ilimitada lo que...**

El Nemesor recogió un ornamentado guantelete de fuego y mandó callar a Ossuar con un simple parpadeo de la llama verde que nació entre sus garras. -**¿Curiosidad?**- repitió. Khaygis alzó una flecha de taquiones y la fijó alrededor de su otra muñeca. -**Eso no es otra cosa, que el disfraz con que has ocultado tus deseos de poder**- lo señaló con una de sus garras y lo acusó. -**Nos has puesto en peligro, ¿qué sucederá si más de estos compuestos orgánicos vienen hasta aquí? ¿Si se presentan con una flota de naves lo suficientemente poderosa como para destruirnos?**

-**Son sólo seres humanos**- contestó Ossuar, incapaz de disimular el tono burlón

de su vocalizador. -**Parásitos como bien has dicho, ¿qué nivel de amenaza pueden representar?**

-**Si ellos no revisten ninguna amenaza, ¿por qué me has despertado?**- la ira de Khaygis detonó. -**Te has equivocado, ¡lo sabes muy bien! Y ahora, una vez generado el problema, has entrado en pánico y acudes a mí, ¡para que lo resuelva por ti!**

-**El pánico es un estado emocional improductivo que no suelo emular**- insistió Ossuar. -**La necesidad de ello hace tiempo fue erradicada de mi conciencia**- se volvió al oír las fuertes y resonantes pisadas que anunciaban la llegada de los guardias, el Cryptotecnólogo se dio cuenta de que Khaygis debía haberlos convocado a través de su interfaz con una sigilosa señal.

Las hojas oscuras de las guadañas de guerra en manos de los imponentes guardianes, se volvieron hacia él como respuesta a las silenciosas órdenes que el Nemesor debía haberles transmitido. -**Debería deconstruirte**- dijo Khaygis.

-**¿Y cuándo retorne la flota del Señor de la Tormenta, qué le dirás?**- preguntó a modo de replica Ossuar. -**¿Que sufrí un trágico accidente cayendo sobre una hoja asesina?**- dijo señalando a los guerreros. -**Nuestro Señor espera buenos resultados y la reparación completa del Dolmen. ¡Nunca serán completadas sin mi colaboración!**

Finalmente, Khaygis asintió. -**Bien sabes que permaneces intacto sólo porque eso es verdad.**

Ossuar se inclinó ligeramente. -**Pido perdón por mi atrevimiento, reconozco el error en el cual he incurrido y solicito tu sabiduría para terminar con los orgánicos.**

-**Por fin, una directiva que puedo asimilar**- Khaygis despidió a los guerreros y se acercó hasta el Cryptotecnólogo. -**¿Cuánto te ha de doler? Procesar y asumir éste estado de sumisión, ¿no es así Ossuar?**

-**Yo existo sólo para servir a la voluntad de nuestro Señor**- respondió el Cryptotecnólogo.

-**Entonces acatarás mis órdenes como si proviniesen del propio Señor de la**

Tormenta- dijo Khaygis. -**Detén tus mezquinas obsesiones hasta que cumplamos nuestra tarea, una vez que el portal sea reparado y el ejército haya despertado, tendrás suficientes humanos para cortar y diseccionar como para saciar tu curiosidad.**



La capucha cayó, y Verity escuchó el jadeo mancomunado de las Hermanas en la capilla que contemplaban el castigado rostro de la vigilada.

Poco a poco y con mucho cuidado, la mujer se quitó la andrajosa bata harapienta, formada por serpentinas de tela tan viejas y manchadas con tierra, que parecían tiras de piel desprendiéndose mientras las despegaba de sus brazos y garganta, mientras hacía esto, murmuraba algo para sí, cuyas palabras y sentido Verity no pudo distinguir.

Una hembra humana, en efecto, pero mutilada cruelmente con implantes de origen Xenos, algunos de acero, otros de cristal verde o piedra metálica, que podían advertirse entre la piel quemada por el sol o bajo la sintética piel translúcida, las modificaciones por ella recibidas, carecían de la estructura ritual biológica orgánica utilizada por el Adeptus Astartes o incluso el glorioso aprovechamiento de la máquina practicado por el Mechanicus de Tegas, ella era una mujer atormentada que soportaba la tortura en su interior, dentro de ella misma.

-Por el Trono y la Sangre- susurró la Hermana Pandora **-¿cómo puede estar viva?**

-¿Cómo? En verdad- repitió Tegas. **-Las cicatrices, Canonesa, ¿Ve las cicatrices en ella?**

Verity observó y detectó marcas auto infligidas a lo largo de las extremidades desnutridas y sobre la piel desnuda, líneas y círculos que imitaban la disposición de los glifos Necrones que había visto en el interior del complejo Xenos.

-Un agente de los Xenos, después de todo...- dijo Imogen **-yo estaba en lo cierto después de todo**- agregó furiosa mientras levantaba su bólter.

De repente, la Hospitalaria avanzó interponiéndose entre la vigilada y el cañón de la pistola de Imogen -**¡No!**- exclamó con firmeza. -**No, ¡no vas a hacer esto!**

-**Hazte a un lado niña**- dijo la Hermana Superiora. -**Hemos de obtener la verdad y si es necesario lo haremos por la fuerza, primero con ese híbrido y luego irá el adepto.**

-**¡No!**- reiteró Verity su negativa, con una exclamación de su voz que resonó en toda la capilla. -**¡Es tan rápida para odiar que no se toma un segundo para pensar! ¿Acaso no se cuestiona como es que ella ha llegado hasta aquí en primer lugar? ¿Ni siquiera se ha preguntado quién es?**- la joven señaló la triste y demacrada figura tras ella, las mejillas de la vigilada se habían vestido con húmedas lágrimas. -**¡Debería mirar con mejores ojos!**

-**Ellos le hicieron esto a ella**- dijo Miriya. -**Los Necrones... el Cryptotecnólogo.**

Verity se dirigió al altar mayor, manteniéndose cuidadosamente en la línea de fuego de Imogen, allí, oculta entre los velos votivos de oración, encontró una placa de datos que recogió, tras lo cual volvió lentamente sobre sus pasos.

-**Desde el momento en que vislumbré su cara hace dos noches**- comenzó ella mientras observaba el contenido de la pictopizarra. -**La reconocí, cuando la vi en ésta cámara, supe que la mujer poseía un alma familiar.**

-**Yo...**- la vigilada inclinó la cabeza -**no sé por qué vine aquí.**

-**Yo sí**- respondió Verity. -**Ésta pizarra contiene el registro memorial de cada Hermana caída en Santuario 101, todas las caras y todos los nombres de los muertos que honramos**- se detuvo, un grito escapó de sus labios cuando encontró lo que estaba buscando. -**Tenía la incertidumbre, dudaba... más ahora, ya no.**

La Hospitalaria posó la placa sobre las agrietadas y sucias manos de la otra mujer. -**¿Qué... qué es esto?**- preguntó mirando hacia el dispositivo, las lagrimas bañaron la pantalla brillante.

-**Ésta eres tú**- dijo Verity, con su corazón martillando tras sus costillas y

volviéndose hacia el Canonesa. -**Su nombre es...**

-**Décima**- dijo la vigilada, la palabra brotó de sus labios entre un sollozo. -**Mi nombre es Décima- e**n la placa de datos, un reflejo impoluto de su yo del pasado, una imagen que no veía desde hacia una década, le devolvía la mirada a su arruinado rostro.



CAPITULO
XI



Por un momento, Miriya perdió toda atención y concentración ante la novedosa situación que presenciaba, permaneció atónita observando el viviente cadáver frente a ella, a la mujer... a... ¿su Hermana de armas? Ésta lloraba abiertamente, sus suaves sollozos formaron un eco resonante a lo largo de toda la Gran Capilla.

Nadie parecía capaz de hablar, la revelación había resultado tan impactante que todos guardaban silencio, parecían haber perdido la posibilidad de replicar.

Pero Imogen, finalmente hizo sentir su voz, el suspenso del momento se vio quebrado como un cristal. **-¡La Hermana Décima está muerta! Pereció junto a todas nuestras Hermanas, no hubo sobrevivientes en Santuario 101**- hizo de tal declaración casi una orden.

-**No estoy de acuerdo**- respondió Verity y con un fluido movimiento natural, adquirido como producto de la práctica, la Hospitalaria abrió la funda del Narthecium fijado por una correa a su cinturón, extrajo una aguja con la cual pinchó la piel desnuda de la vigilada, luego colocó la misma en una ranura de su auspex activando el cogitador interno y aguardando que el mismo realizará su trabajo, mientras susurraba por lo bajo una letanía al espíritu máquina del equipo, el dispositivo expidió un timbre de alarma, ella lo sostuvo en alto a la vista de todos para que fuesen testigos. -**La muestra de su sangre coincide con nuestros registros, juro por el Trono Dorado, que ella es Décima.**

-**Yo... soy Décima**- murmuró la harapienta mujer.

-**Lo que ella fue es irrelevante**- insistió Tegas. -**Ahora sólo es... un juguete**

Necrón- sostuvo la mirada a la Canonesa. **-Pregúntele algo mi señora, adelante, hágale una pregunta que únicamente una Adepta Sororitas de éste convento podría responder.**

Los ojos furiosos de Sepherina se volvieron para observar a la mujer que aún lloraba. **-Cálmate-** le dijo **-dime el nombre de la abadesa que estaba al mando de ésta misión.**

Miriya vio la cara de Décima transformarse por el estado de pánico, mientras buscaba en su memoria algún fragmento de tal recuerdo, parecía que el mero esfuerzo de tal intento la hería.

-Eso...- hizo una pausa jadeando en busca de aire **-yo no...-** de repente, dio un zarpazo salvaje al aire como si intentará atrapar un insecto invisible. **-¡Cállate!-** gruño entre dientes.

-**¿A quién le hablas?**- le preguntó Verity con suavidad.

-¡No lo sé!- exclamó la mujer, luego miró a Sepherina, repitiendo sus palabras con profunda tristeza. -**No lo sé, su nombre... se ha perdido para mí, mucho se ha perdido para mí, yo soy todo lo que queda.**

-**Muy conveniente**- murmuró Tegas.

-**Ellos se lo han quitado**- concluyó Verity señalando la piel cicatrizada sobre el cráneo de la vigilada. -**No podemos saber qué es lo que se han llevado.**

-**O lo que ellos dejaron en su lugar**- agregó sombríamente el Cuestor.

La paciencia de Miriya para con el adepto se estaba agotando, lo empujó con el cañón de su bólter al tiempo que agregó. -**Habla una vez más, anda, inténtalo-** lo retó.

Sepherina avanzó unos pasos, haciendo caso omiso de la mirada de advertencia de la Hermana Imogen, posó su mano sobre el rostro de la mujer. -**¿Es posible?**- se preguntó en voz alta. -**¿Un superviviente? ¿Vivo tras tanto tiempo?**

-**Él no quiso matarnos a todas a la vez, mi señora**- fue la respuesta.

-**¿Quién?**

-El Cryptotecnólogo, Ossuar, aquel que me atormenta.

A su lado, la Hermana Pandora aventuró con una inclinación de su cabeza. **-Es un experimento Xenos sobre los humanos, ellos profanaron su carne para así aprender el mejor modo de eliminarnos.**

-Lo soy... lo siento...- dijo la mujer temblando bajo el toque de la mano de Sepherina, quien apenas podía mantener la compostura, Miriya pudo ver los ojos de Verity completamente húmedos por la piadosa emoción.

-**Décima**- finalmente la Canonesa pronunció el nombre -**¿cómo podemos saber que eres tú realmente? Maldito sea el Adepto, pues tiene razón**- Sepherina levantó la hoja afilada hacia ella. -**Sería más seguro eliminarte.**

-**Poco importa ahora**- fue su respuesta cargada de emoción -**lloro por todas nosotras, pues ya estamos muertas.**

-**Su mente está rota**- dijo Imogen -**deje que me haga cargo mi señora, lo hare rápido, con piedad.**

Sepherina elevó su mano deteniendo a la Hermana Superiora, pero no rompió el contacto visual con la mujer. -**¿Quieres decir que estamos en peligro?**

Ella sacudió lentamente la cabeza, su mirada cayó hasta posarse en el Cuestor Tegas. -**Quiero decir**- comenzó -**que los de su clase tienen la culpa, los vi venir, vi como desgarraban el desierto y la roca, como si sólo fuera un juego para ellos, antes... antes las máquinas dormían, una vez que despertaron lucharon entre sí y nosotras morimos en el fuego cruzado.**

Tegas no dijo nada, su rostro sintético se mostró impasible.

-**Su clase ha perturbado a las máquinas**- señaló con un dedo esquelético al Cuestor. -**Aquellos que estaban en el cañón, sus sirvientes, yo los vigilaba, traté de detenerlos, he eliminado a uno o dos... pero no pude prevenir esto, han llamado la atención de los Necrones, han agitado su estado yaciente e indiferente... tal como la Hermandad lo hizo antes**- ella se estremeció -**entonces pagamos con sangre, el costo que pagaremos ahora, será el mismo.**

-**Si ello es así**- dijo Tegas, negándose a permanecer en silencio -**entonces, ¿por qué ahora, híbrido? ¿Qué has hecho para agitar el avispero?**

-**Yo no hice nada**- insistió -**ha sido usted, debería haberse mantenido al margen, el Cryptotecnólogo... él ignoraría las torpes excavaciones en la arena mientras no trajera ninguna consecuencia, pero ya no**- ella volvió a mirar a la Canonesa. -**Atienda mi advertencia, las máquinas se levantarán de sus tumbas en estasis, vendrán muchos más que la última vez, no volverán a yacer en el sueño hasta que éste mundo quede desprovisto de toda vida alienígena.**

-**¡Ellos son los alienígenas!**- gruñó Imogen -**¡no nosotras!**

-**No es así**- dijo la mujer sacudiendo la cabeza. -**No aquí.**

Sus palabras trajeron de vuelta un largo silencio en la capilla de nuevo, finalmente, Sepherina se volvió introduciendo la afilada hoja, otra vez, dentro de su rosario, la Canonesa miró a la Hermana Imogen. -**Envía un mensaje al Tybalt, ordénale al Capitán que retorne aquí de inmediato.**

-**La nave partió hace ya varios días**- señaló la Hermana Superiora -**inclusive es posible que se encuentre en el espacio profundo.**

-**Incluso si aún permaneciera dentro del sistema Kavir, una señal de vox no llegaría a tiempo**- añadió Pandora, la partida enviada a re-consagrar el convento no contaba con astrópatas, pues la Hermandad era bien conocida por su aversión incluso ante los autorizados sirvientes psíquicos utilizados por el Adeptus Terra, además de que la presencia de uno de ellos en la misión habría resultado una marca en la honorable y sagrada tarea que tenían entre manos.

-**Envíalo de todas formas**- ordenó Sepherina. -**El Imperio debe ser advertido, el Inquisidor Hoth ha fallado gravemente, los Necrones han permanecido durante largo tiempo en Santuario 101.**

-**Nunca se fueron de Santuario 101**- murmuró Décima.

Imogen la observó. -**Si por el momento ha de vivir, entonces debemos saber todo lo que pueda decirnos sobre la amenaza que enfrentamos aquí, nos debe decir lo que sabe**- la Hermana Superiora compartió una mirada con la

Canonesa que sólo Miriya pareció advertir, en esa mirada intercambiaron silenciosas palabras, la Sororita se preguntó una vez más que secretos compartían y que aún desconocía el resto de la Hermandad.

-**Su mente está dañada, cualquiera puede verlo**- dijo Pandora. -**¿Cómo podemos saber que es verdad y que es ilusión?**

-**Hay una manera**- respondió Verity.



Gran maquinaria se movía preparándose para la guerra, inmensas grúas avanzaban sobre vías, lo suficientemente poderosas, como para soportar las pesadas cargas que transportaban hacia la gran cubierta de embarque.

Ossuar volvió su inexpresivo rostro de hierro hasta ver una 'plataforma de aniquilación' que se desprendía de sus soportes magnéticos y descendía lentamente hasta la cubierta de metal, el Nemesor bajaba en ella, vestido con sus ropajes distintivos de guerra y adornado con opulentas cadenas trenzadas, el oro y la plata de sus guanteletes de batalla brillaban tras las penumbras.

La mirada oculta bajo la capucha de Khaygis, se cruzó con la del Cryptotecnólogo, y el señor de la guerra lo agració con un movimiento de cabeza. -**¿Vienes a ver al Heraldo?**- y antes de que pudiera responderle, el general continuó -**no te interpongas en mi camino, ya has interferido lo suficiente.**

Ossuar se inclinó ligeramente, manteniendo bajo un férreo control la irritación que tal falta de respeto le provocaba, su báculo negro comenzó a acumular poder, pero logro controlarse de inmediato, incluso la menor expresión de desafío aquí y ahora podría tener gravísimas consecuencias, era conveniente permitir al fanfarrón que se pavoneará con su poder, mantener su actual postura, pues al final, cuando los humanos fuesen exterminados, el aburrimiento de Khaygis crecería y abrazaría nuevamente el sueño... llegado ese momento, Ossuar volvería a estar al mando una vez más.

El vio el primer indicio, cuando le quedó claro que los idiotas orgánicos estaban manipulando el rollo, ignorantes de los grandes poderes que contenía, el Cryptotecnólogo decidió enviar una falange de drones guerreros con la simple orden de matar, en la suposición de que ello resultaría suficiente, su error había consistido en subestimar el ingenio de los seres humanos, en particular el de las mujeres que a pesar de todo, habían librado un contraataque infiltrándose en el complejo.

Ossuar nunca admitiría que la culpa de ello recaía en él, si bien lo sabía, jamás se arriesgaría a que Khaygis lo oyera, la admisión y reconocimiento de cualquier tipo de error, sería tomado por el general y utilizado como un puñal contra él, debía evitar a toda costa el debilitamiento de su posición, era precisamente eso lo que más rencor le provocaba, permitir al Nemesor actuar con semejante fanfarronería.

La superviviente era lo que más le preocupaba, había trabajado mucho para reformar el cuerpo de la hembra, había avanzado hasta los límites de la resistencia del cuerpo orgánico, la había cortado, modificado, había hecho de ella su mayor experimento, pero cuando ésta huyó de su confinamiento, de esto hacía ya varios ciclos, casi se había sentido capaz de procesar un sentimiento de decepción.

Él se había sentido, si era posible que Ossuar sintiera realmente algo, traicionado por ella, el Cryptotecnólogo le había permitido vivir luego de que todas sus compañeras humanas fueran sacrificadas, todo lo que había pedido a cambio era observar su dolor y registrarlo. Había aprendido mucho acerca de los procesos internos de sus antiguos órganos, había recabado grandes cantidades de datos que habrían sido considerados irrelevantes durante la elevación, entonces, los Dioses Estelares habían prometido a los Necrones que jamás volverían a necesitar materia orgánica... pero ello había sido otra mentira entre tantas.

El trabajo de Ossuar era importante, él y sus compañeros psicomanticos eran los heraldos de la desesperanza, para cumplir dicho rol, era necesario comprender el dolor en todas sus formas y en ese sentido la mujer había sido de gran ayuda.

Pero había huido y el Cryptotecnólogo había cerrado a regañadientes los registros de su investigación, jamás consideró siquiera la posibilidad de que la hembra sobreviviera en el mundo desértico, más aún teniendo en cuenta el

tiempo transcurrido, las probabilidades de que hubiese muerto eran demasiado altas.

Pero los seres humanos parecían tener un don para el desafío de las probabilidades, Ossuar se preguntó ociosamente si podría desarrollar algún tipo de experiencia para probar semejante teoría, seguramente necesitaría un número elevado de desechables seres orgánicos para ello.

Otro vehículo de transporte se detuvo, vomitando una nueva cohorte de drones listos para abordar un ‘arca fantasma’, ahora ya contaban con dos poderosas falanges de batalla, compuestas por guerreros armados con rifles desolladores gauss, algunos de los cuales, aún contaban con la marca que sugería su anterior lealtad a la dinastía Atun.

Tanto éste gran emplazamiento, como el Portal Dolmen, habían constituido en épocas ancestrales una base de invaluable relevancia para dicha dinastía, pero las guerras sucesivas en sus dominios terminaron provocando su caída en la decadencia. Decadencia que había facilitado a la dinastía Sautekh, sesenta millones de años después, la tarea de apropiarse de la luna de obsidiana para sus propios fines.

Con el paso del tiempo, cada Necrón que ostentara la marca de Atun sería nuevamente marcado con la señal dinástica Sautekh, ello sin perjuicio de que interiormente, ya habían cambiado de lealtades gracias a la reprogramación elaborada por los Cibermagos del Señor de la Tormenta, que habían reformulado su programación original volviéndolos leales al gran Imotekh.

Dichos guerreros fueron anexionados como una unidades de inmortales, pues se trataba de Necrones forjados con una robusta constitución y por lo tanto, mayor capacidad de supervivencia en el área de batalla, éstas tropas de choque estaban armadas con blasters Gauss, o con poderosas carabinas Tesla, la Necroguardia del Nemesor también se encontraba allí, incluso la pareja que había amenazado a Ossuar en la cripta de Khaygis, estimó que había más que suficientes de ellos para la tarea que debían llevar a cabo, pero a pesar de ello, el ejército del general aún no había terminado de reagruparse, otras ‘arcas fantasmas’ se acercaban, también vio algunos transportes de armas pesadas autónomos, inclusive un Monolito.

-**¿Cree usted que los seres humanos representan semejante amenaza como para alistar tanta potencia de fuego?**- preguntó a Khaygis, mientras pasaba a su lado. -**Los seres orgánicos tienen una capacidad de combate muy limitada.**

El general hizo un alto y sus ojos esmeraldas se volvieron hacia el Cryptotecnólogo. -**He oído hablar de ello**- admitió -**pero me gustaría observarlo por mi mismo**- dicho esto, Khaygis avanzó hasta otro Necrón. -**Sus muertes servirán para más de un propósito Ossuar, tal vez puedas asimilar y procesar ese hecho, más allá de tus abstractos teoremas y experimentos**- hizo un gesto hacia las filas drones reunidos. -**Ésta vez, voy a acabar con todos los seres orgánicos en el planeta.**

-**Los eventos tienden a repetirse**- señaló el Cryptotecnólogo.

-**Negativo**- replicó el señor de la guerra -**ésta vez no quedará ninguno de ellos, al margen de la matanza, que puedas usar como tu juguete personal, ninguna mascota quedará para que des rienda suelta a tus obsesiones, sólo quedarán cenizas, ni siquiera un rastro, un fragmento, ni una astilla.**

Ossuar levantó una mano con garras. -**Con todo respeto**- comenzó -**sigue siendo importante que se me permita investigar a los orgánicos, el propio Señor de las Tormentas lo ordenó.**

-**El Señor de la Tormenta pretendió que liberaras su flota de guerra**- replicó Khaygis. -**¿Cómo podría Imotekh sino, alejarte de tus peculiares obsesiones?**

-**No es una obsesión**- insistió Ossuar. -**¡Es ciencia!**

El general se volvió y mandó llamar a uno de los recién llegados. -**Justifícate como quieras, pero los seres humanos morirán y ese pequeño juguete roto tuyo será el primero en caer.**

-**Yo preferiría lo contrario**- dijo el Cryptotecnólogo, arrastrándose tras el Nemesor mientras el mismo se alejaba. -**He invertido mucho en ella... por lo menos, permíteme recuperar los implantes dentro de la hembra para su reutilización.**

Khaygis no le respondió, en cambio el Señor de la Guerra esperó a que se

acercara el guerrero al que había convocado, éste se inclinó reverencialmente al llegar, Ossuar reconoció el equipo de combate del recién llegado, la típica configuración de ondas hiperespaciales grabadas en la armadura de acero mate, las líneas de corriente grabadas en el cráneo metálico y la mirada oscura de su solemne y única unidad óptica, todas, eran las típicas características marca de un Omnicida, uno de los francotiradores asesinos de las grandes dinastías.

El tirador se inclinó ante su comandante, sobre su espalda reposaba la delgada y letal forma de un largo rifle desintegrador sináptico, el arma usualmente utilizada por los mortales asesinos de los Necrones, Khaygis ofreció al Omnicida una cuenta cristalina, una joya de datos que contenía información sobre el objetivo que se le había asignado, la joya se activó mostrando un rastro de ADN y la firma energética que el Cryptotecnólogo había vinculado al sujeto de sus pruebas.

-**Con todo respeto**- aventuró Ossuar -**¿no resultaría un uso más eficiente de la fuerza asignar al Omnicida la eliminación del Comandante humano?**

El asesino, asimiló en silencio los datos y devolvió la cuenta a Khaygis. -**No**- dijo el general -**el híbrido que has forjado me ofende, además hay otras razones.**

-**¿Cuáles?**

El Nemesor le dirigió una rápida mirada. -**Porque tú no lo deseas**- Khaygis asintió al asesino -**ve ahora.**

El Omnicida se inclinó una vez más, la matriz dimensional en su armadura comenzó a brillar intensamente, el tirador se volvió insustancial y efímero, antes de desaparecer por completo y desligarse del espacio-tiempo, el asesino ahora residía en el hiperespacio, en una micro-dimensión fuera de sintonía con el universo, desde allí, el asesino seguiría el rastro de la mujer, sería atraído por ella, esperando en la nada hasta que estuviera listo para ejecutar su misión.

Khaygis le devolvió la mirada. -**Una lección debe ser aprendida, no sólo por los humanos, tú también Heraldo, debes aprender a guardar tu lugar**- su rostro sombrío se cernió sobre él. -**Somos Necrones, ascenderemos sobre las debilidades de la carne cuando el tiempo se acabe, pero aún así, pierdes el**

tiempo con ellos y eso me repugna, acabaré de una vez por todas con tal obsesión.

-**No lo entiendes**- replicó Ossuar -**los compuestos orgánicos humanos no representan una amenaza real, ningún peligro para nuestra gran labor en la reparación del Portal Dolmen.**

La postura del general varió repentinamente y sus ojos brillaron, Khaygis se puso rígido pues no era de aquellos que acostumbraba a soportar el cuestionamiento de sus ordenes, una ira contenida fluía tras sus palabras cuando dijo. -**La arrogancia te trajo hasta éste punto, psicomantico, si tus habilidades no hubieran sido tan especiales, habría liberado al Señor de las Tormentas de tu nefasta presencia. ¡Incluso antes de haberme sumido en el sueño eterno! En lugar de ello he permitido que alimentes tus deseos de poder por encima de los deseos de Imotekh... estos otros seres humanos, ¡jamás debieron posar un solo pie en el planeta! Los intentos por ocultar la ilícita obsesión de tu obra han resultado en vano, pues ahora sé el alcance de lo que has hecho y habrá un castigo por ello, debes saberlo desde ahora Ossuar**- se volvió, ordenando la activación de los portales. -**Pero en primer término, corregiré tus errores.**



Zara trajo lo que se necesitaba del puesto medicae levantado en el patio del convento, mientras las Hermanas militantes miraban con insoslayables dudas, Verity y la otra Hospitalaria activaron las unidades para monitorizarla.

Imogen encontró una habitación en el interior de la torre principal, anteriormente había sido una cámara para almacenar libros de oración, el espacio contaba con una única, alta e inalcanzable ventana, con una simple y única puerta de entrada, en el corredor exterior, las Hermanas Elena y Danae se mantenían de pie con las armas listas, dentro, la Canonesa permanecía en guardia junto a Miriya y Cassandra observando cómo halcones.

Décima se sentó en una silla de lectura antigua, apenada, rígida e inmóvil, casi sin respirar, la labor que había supuesto desarmarla de las armas ocultas bajo su

capa no había resultado nada fácil, solo la constante y cuidada súplica de Verity terminó convenciendo a la vigilada, ello y la salida de la Hermana Imogen.

Por lo general, la brutal Imogen habría estado al mando de la situación, pero finalmente, la Canonesa Sepherina le había ordenado que se retirara, escoltaría a Tegas y sus adeptos hasta un recinto donde los mantendría bajo custodia, pues de haber permanecido presente, estaba claro que Décima jamás habría podido relajarse, ya que desconfiaba de las intenciones de la Hermana Superiora hacia ella, y con razón.

Verity no tenía ninguna duda, Décima se habría unido a sus compañeras muertas de haber estado Imogen al mando, por ahora, la Hermana Superiora había sido puesta a cargo de la reclusión del Cuestor, con el encargo añadido de preparar las defensas del convento ante la amenaza de un ataque.

-**¿Qué tipo de hoja es ésta?**- preguntó Sepherina, mientras sopesaba la espada negra, como la más oscura de las noches, de Décima en sus manos. -**El metal de la empuñadura y el pomo no se parecen a nada que haya visto en toda mi vida.**

-**Su filo es capaz de cortar a través del acero como si de humo se tratara**- le dijo Cassandra a la veterana -**vi como ella la usaba contra los Necrones, se trata de algún producto de la ciencia alienígena.**

-**Sin embargo, no pesa casi nada**- la Canonesa hizo un lento swing de práctica con el arma, el aire crepitó bajo su poder. -**¿De dónde proviene?**- preguntó.

Décima parpadeó. -**No lo recuerdo, creo que la tomé de ellos hace mucho tiempo, cuando logré escapar.**

Sepherina entregó la espada a Cassandra, quien la tomó como si estuviera recubierto de veneno. -**Es importante que lo recuerdes**- dijo a la mujer harapienta -**tu vida depende de ello.**

-**Creo que la nuestra también**- agregó Miriya.

-**No temas**- dijo Verity mientras vinculaba un cable conector a su auspex y a continuación, el otro extremo a un disco de escaneo fijado a la garganta de Décima. -**Aquí estás a salvo.**

-**No**- respondió Décima con una firmeza escalofriante -**ninguna de nosotras está a salvo aquí, ellos ya vinieron una vez, vendrán nuevamente y no cometerán los mismos errores, aprenden rápido.**

La Canonesa encontró otra silla de lectura caída, la enderezó y arrastró hasta colocarla a distancia de un brazo de la otra mujer. -**Décima**- empezó -**si eres quien dices ser... debes recordar, por nosotras**- Sepherina señaló con un gesto hacia las paredes. -**Nuestros registros de lo ocurrido aquí están llenos de espacios vacíos, conocemos la mitad de los hechos y el tiempo escasea.**

-**Sí**- suspiro la vigilada -**lo sé.**

-**Necesito entender**- continuó la Canonesa -**debo estar segura de quien eres más allá de toda duda, ¿eres tu quien la Hermana Verity dice que eres? ¿O eres un ingenio forjado que habla con su voz y se comporta como ella?**

-**No tengo una respuesta que darle**- dijo con tristeza y sinceridad Décima.

-**Por tu bien**- dijo Sepherina, dando una orden silenciosa a Miriya y Cassandra -**espero que eso no sea así**- las dos Hermanas de Batalla levantaron sus bólter y apuntaron, Miriya sintió arrastrarse una sensación reticente dentro de su ser, pero no le prestó atención, órdenes eran órdenes, si no lograban encontrar las pruebas que Verity estaba buscando, entonces Miriya pondría un proyectil en el corazón de Décima y Cassandra otro en su cráneo.

-**Relájate ahora**- dijo Verity mientras sostenía un inyector frente a la garganta de Décima -**esto te ayudará a recordar.**

El inyector le tocó la carne y Décima se puso rígida, sus extremidades óseas se paralizaron. -**No me hables**- dijo entre dientes, mirando más allá de la Hermana, hacia la nada. -**No guardaré silencio por ti, ¡no lo haré!**

-**Habla con fantasmas**- dijo Zara estupefacta -**oye voces que sólo ella puede oír.**

-**Tal vez deberíamos oírlas también**- replicó Verity, tratando suavemente de calmar la angustia de la otra mujer.

Décima se estremeció cuando la droga inyectada pasó a través de ella, sus ojos se desenfocaron, sus brazos se aflojaron, sus manos cayeron sobre su regazo.

-**¿Ya está?**- preguntó la Canonesa.

Verity asintió. -**Está al borde de un estado de trance, sosegada por los filtros para no dañarse a sí misma.**

Sepherina se acercó más. -**Escúchame atentamente, me contarás la historia de lo que ha ocurrido aquí, sin omitir detalles. ¿Cómo es que has sobrevivido al ataque de Santuario 101? ¿Cómo te las has arreglado para sobrevivir en el desierto por más de diez años? ¿Qué es lo que los Xenos te hicieron? ¡Respóndeme!**



+**Confiesa ante ellas**+ dijo el Vigilante +**diles la verdad acerca de cómo has fallado completamente y cuando lo hagas, te ejecutarán**++

La voz parecía surgir de las paredes del confinamiento, ella parpadeó, mirando los rostros de las Hermanas de Batalla, ¿es que acaso, no podían oírla? La voz era tan fuerte, tan estridente que resultaba imposible de ignorar. ¿Cómo podían ignorarla?

+**Has fallado y sabes que ellas castigan el fracaso**++

-Fallé...- las palabras salieron de sus labios.

La Canonesa la miró. -**Explícate.**

+**Díselo a ellas y morirás por ello**+ gritó la voz. +**Todavía puedes escapar, mátalas y huye, vuelve al desierto donde aún estarás a salvo**++

Flexionó su mano impulsivamente y se sintió traicionada por sí misma ante dicho impulso.

El Vigilante aprovechó el momento de debilidad y prosiguió. +**Allí afuera no**

puedes morir, si sales serás libre, podrás ocultarte y observar como ellas perecen cuando llegue el ataque, sólo tú sobrevivirás de nuevo++

Una oscura emoción se apoderó de su pecho. -**Yo sobreviví**- prosiguió, enferma ante la horrible, pero ineludible verdad de tal declaración.

Con cuidado, la mujer que así misma se llamaba Décima, presionó sus uñas rotas sobre las palmas de sus propias manos hasta traspasar la piel, delgadas líneas de sangres se dibujaron en la piel, provocando el dolor que siempre la había ayudado a enfocarse, y a su vez a alejar la voz.

Al principio, las palabras salieron con duda y cuidado, pensándolas cuidadosamente antes de pronunciarlas, pero de un momento a otro empezó a cambiar, el dolor, el ardor de los pequeños cortes en sus manos magnificó los vagos recuerdos en su memoria, trayéndola dolorosos recuerdos del horror de la captura y el confinamiento, de la evacuación y de la evasión, la memoria de todo ello comenzaron a volver a ella poco a poco, Décima permitió que las compuertas se abrieran.

Las otras mujeres se quedaron en silencio mientras ella les habló del ataque inicial. -**No hubo ninguna advertencia, llegaron justo antes del amanecer destruyendo la planta de energía, tras las penumbras, cazaron a la Hermandad a través de los corredores.**

-**Los Necrones**- aventuró la Canonesa.

Ella asintió con la cabeza. -**Esqueletos de acero... yo vi un...**

+**Un resplandor verde enfermizo que las perseguía a donde fuera que escaparan, con afiladas hojas de plata**++

Décima oyó las palabras y no estaba segura de si ella las había pronunciado, repentinamente recordó un rostro cuya imagen se había perdido durante años, Elspeth, su querida Hermana, su confidente y amiga cercana.

+**La inteligente Elspeth, que era tan buena jugando al regicida y a los altos juegos de cartas**+ el Vigilante estaba muy lejos, pero no lo suficiente como para no ser oído. +**La piadosa Elspeth, quien aún mientras soñaba, recitaba a veces entre murmullos los catecismos**++

Ella sacudió la cabeza, trayendo al frente los recuerdos marcados con sangre, hiriéndose aún más la palma de su mano. -**Cráneos de hierro**- concluyó -**una siniestra mirada de encendidos ojos esmeraldas, como nada que hubiéramos visto.**

Las otras estaban pendientes de cada palabra, observó a la Canonesa por un instante y su rostro fluyó como la cera asumiendo el aspecto propio de la comandante de Décima, quien yacía muerta y enterrada hacía ya más de una década, recordó, ¡no! Más bien oyó sus palabras elevándose desde las profundidades de su memoria y por un bendito momento, el Vigilante desapareció.

-**El artefacto nunca debe caer en manos Xenos**- repitiendo en voz alta la orden que le habían dado el último día.



Sepherina reaccionó como si hubiera sido golpeada, empujando tanto la silla, que se deslizó hacia atrás por el suelo. -**¿Qué has dicho?**

-**Esa es mi última orden para usted**- dijo la vigilada con la mirada perdida y la voz cargada de emoción. -**Ve ahora, tómalo y vete.**

-**¿Qué tome qué?**- susurró Cassandra al margen. -**¿Qué artefacto?**

Miriya sólo podía especular, pero entonces captó la atención de Verity y vio en ella una mirada de comprensión.

La Canonesa levantó la palma de la mano, mandándolas guardar silencio y antes de que nadie pudiera hablar preguntó. -**¿Quién te dijo eso?**

-**Tú lo hiciste**- dijo la mujer harapienta -**ella lo hizo, Agnes, la Canonesa**- levantó sus ensangrentadas manos asumiendo una postura que recordaría a una mujer cargando un crio recién nacido. -**Yo lo cargué**- continuó -**enfrenté las tormentas y el fuego, fui su madre, su protectora**- las manos comenzaron a temblar y cayeron de inmediato.

El rostro de la mujer se ensombreció y se dejó caer hacia delante, Miriya advirtió la vergüenza que la superaba en ese momento.

-**¿Dónde…?**- Sepherina se detuvo y miró a su alrededor, hacia las demás, dudando, temiendo completar la pregunta frente a los oídos de las presentes, finalmente, la mirada de la Canonesa se cruzó con la de Verity, su tono se hizo firme y prosiguió. -**¿Dónde está ahora?**

Se tomó mucho tiempo antes de responder, con un murmullo dio su triste respuesta. -**Mi desgracia es eterna, por aquel que desde el Trono me observa y de cuya mirada jamás lograré escapar.**

Sepherina movió la cabeza en señal de frustración. -**¿Dónde?**- insistió, sin hacer caso de la angustia de la otra mujer.

-**No he podido completar mi misión, ellos vinieron y nos llevaron a los dos, esperé la muerte...**- un estremecimiento atravesó su delgado cuerpo. -**Pero el Cryptotecnólogo tenía otras intenciones para mi carne**- repentinamente comenzó a temblar, a pesar de que el ambiente en la celda se mantenía templado, ella comenzó a gemir y murmurar en voz baja, casi inaudible.

-**El Xenos quebró su mente**- dijo Verity, echó un vistazo a Zara quien levantó la vista del auspex y volvió a asentir sombríamente. -**Pero no la destruyó.**

-**El poder de la fe puede soportar mucho**- dijo Miriya -**el Emperador aún vela por una parte de ella.**

La frente de la Canonesa se arrugó. -**¿Cómo escapaste?**- preguntó.

-**El Vigilante me dijo cómo**- admitió, el nombre no significaba nada para ninguna de ellas. -**Hui a través del desierto y he sobrevivido sola, acompañada solo por su voz**- señaló con un dedo sobre su sien.

-**Oye voces que nosotras no**- repitió Cassandra en voz baja.

-**¿Es de extrañar?**- dijo Verity -**sobreviviendo sola en el desierto, recuperándose de la tortura y la experimentación**- la Hospitalaria tomó suavemente las manos de la vigilada y cubrió las heridas auto-infligidas. -**Su**

personalidad debe de haberse fragmentado y derrumbado mientras luchaba por mantenerse con vida y buscando...- Verity miró a la Canonesa -**lo que sea que hubiera perdido.**

-**Ten cuidado niña**- dijo Sepherina con frías palabras.

-**Pero tiene razón, ¿verdad?**- Miriya dejó descansar su bólter -**desde que aterrizamos en ésta bola de polvo, usted y la Hermana Imogen han estado buscando algo, no se trata de los Necrones, ni de nuestros muertos, ni de Hoth, ni de Tegas y cualquier pacto secreto que podrían haber sellado... nos habéis ocultado algo, mi Señora y desde el comienzo de ésta peregrinación que trato de entenderlo.**



Verity asintió ante la declaración de su Hermana. -**¿Qué puede ser tan importante?**- preguntó sin que pareciera una demanda o la insistencia en obtener una respuesta de Sepherina, y sin embargo, la obligación de responder crepitaba en el aire.

Poco a poco, la Canonesa se puso de pie y estudió sus rostros, su mano se movió cerca de la culata de su pistola enfundada y su dura e indescifrable expresión regresó.

Pero sólo por un momento, poco a poco, el aspecto duro que había formado se desintegró, Sepherina les mostró su verdadero rostro, parecía herida, al igual que la niña huérfana y perdida que una vez había sido, tal como todas ellas habían sido alguna vez.

Verity sintió una puntada de dolor al notar, por primera vez, la pesada carga que la Canonesa había soportado sobre sus hombros en silencio.

-**Una mentira ha sido dicha**- empezó Sepherina -**una gran reliquia nos fue robada aquí, en éste mismo lugar, hace doce años, un objeto de sublime importancia, algo invaluable e insustituible se ha perdido por pura casualidad durante el ataque Xenos**- miró a Décima, quien bajó la cabeza pronunciando una oración.

-**¿Una reliquia?**- preguntó Cassandra.

-**Sí**- asintió la Canonesa -**ese secreto es conocido sólo por unas pocas Abadesas de mayor rango y algunos miembros de la Hermandad, he llevado ésta carga desde que Hoth nos informó de la pérdida de Santuario 101, ha supuesto una gran carga para mí desde entonces, ahora ustedes deberán prestar juramento bajo pena de muerte**- Sepherina aguardó los silenciosos asentimientos antes de continuar. -**Como es sabido, se han realizado peregrinaciones a lo largo de las galaxias, visitando todos y cada uno de los conventos, puestos de avanzada bajo la guarda de la Orden de Nuestra Señora Mártir, sin importar lo alejados que puedan estar de los Mundos principales, así fue ordenado, a fin de llevar un momento de luz a todos los lugares que invocamos como nuestros.**

Verity había oído hablar de tales peregrinaciones, usualmente llevaban consigo algún objeto imperial o alguna santa reliquia que surcaba el espacio para llegar hasta donde los devotos se encontraban, de ahí que ciertos objetos de preciado valor se encontraban en constante movimiento a bordo de naves, siendo desembarcados, de tanto en tanto, para su veneración en templos sagrados, donde eran guardados y custodiados por los predicadores y los misioneros.

¿Pero qué es lo que había sucedido en Santuario 101? ¿Qué se ocultaba dentro de estos muros cuando los Necrones golpearon?

-**Yunque y Martillo**- dijo Sepherina, pronunció el nombre como si el mero hecho de hacerlo resultará una agonía.

Los rostros de Miriya, Cassandra y las otras Hermanas de Batalla se pusieron pálidos por la sorpresa, Décima dejó escapar un débil gemido, el impacto de la noticia era palpable.

Zara frunció el ceño. -**Yo... no sé qué significa eso**- admitió ella.

-**Es un objeto sagrado para las hijas de santa Katherine, fundadora de la orden**- le dijo Verity, señalando con la cabeza a Sepherina y a las demás. -**La naturaleza de tal objeto jamás nos será revelada a nosotras, ni a nadie fuera de su Orden, pero he oído el nombre, sé que es un objeto de gran valor para ellas**- Verity recordó las historias y rumores que le habían llegado sobre Yunque

y Martillo, algunas decían que era un arma de gran poder capaz de cegar soles, creada por la mano del propio Emperador durante la Herejía de Horus, otros rumores referían a un objeto capaz de almacenar conocimientos a niveles sideralmente incomparables, algunos se referían a un ingenio capaz de cambiar el flujo del tiempo mismo, construido por algún solitario tecnólogo al servicio del apóstata señor Goge Vandire.

Cassandra se volvió hacia la Canonesa con ojos desorbitados. -**¿Cómo puede ser?**- preguntó. -**¡La reliquia está en Ophelia VII, en nuestro convento!**

-**No**- le contestó Sepherina -**ese es el rumor que se ha hecho correr a lo largo de la galaxia, en realidad ha estado en movimiento durante los últimos 400 años, cruzando secretamente el espacio, surcando las distintas rutas espaciales y visitando cada lugar que consideramos sagrado...**- su voz se desvaneció -**hasta que llegó aquí.**

-**Y eso se hizo sin el conocimiento de la Hermandad**- preguntó Miriya.

Sepherina asintió. -**Secretas ceremonias de bendición han sido celebradas en cada lugar que ha visitado, ello ha ocurrido en el más absoluto de los secretos a fin de evitar cualquier tipo de amenaza**- frunció el ceño -**hay muchos que desearían tomar posesión**- la Canonesa metió la mano en un bolsillo oculto de su túnica, extrayendo una pequeña y ovalada pictopizarra. -**Ésta imagen es todo lo que guardamos de nuestra reliquia.**

La pantalla mostró una cápsula contenedora de transporte, cuya superficie estaba grabada con runas de protección y simbología propia de las Sororitas, la mano de Décima cubrió su boca al reconocer el objeto.

-**Se ha perdido**- ella gimió -**fallé...**

-**No es así**- dijo Verity, arrebatándole la pictopizarra de la mano de Sepherina. -**No se ha perdido, yo he visto éste objeto**- cuanto más lo mirada, mayor certeza tenía de ello.

Miriya también lo había visto y asintió en silencio.

-**¿Dónde?**- exigió saber Sepherina -**¡habla, por amor al Trono!**

Una cápsula gris cubierta de polvo apelmazado y grabada con una flor de lis, el recuerdo de tal objeto, aún permanecía grabado a fuego en su memoria -**Ossuar... el Necrón torturador, vi ese contenedor en su Laboratorium, lo que buscas está allá arriba, en el interior de la Luna de Obsidiana.**



La Hermana Imogen los encerró en celdas de reclusión, un miembro de la partida del Cuestor en cada celda de confinamiento, separados entre sí por vacías celdas, colocó a su vez un transmisor local de contramedidas de ondas Gammas en el corredor, con el objetivo de dificultar la comunicación entre los mismos vía inalámbrica, también dispuso una guardia de Hermanas de Batalla que patrullara constantemente el corredor a fin de prevenir cualquier tipo de contacto entre adeptos, bien vía mecadendritas o señales láser.

Tegas había sopesado sus opciones, había analizado las probabilidades resultantes de un ataque contra sus captoras, pero los resultados procesados resultaban menos que favorables, había optado por no presentar resistencia por el momento, Lumik y los demás habían seguido su ejemplo.

En su lugar, se decidió a jugar un juego más largo, a pesar de todo lo que habían hecho para ofender a la Hermandad, sólo un acto de herejía ofrecería a las Hermanas la posibilidad de una ejecución sin vacilaciones, pero Tegas jamás traicionaría al Trono. A pesar de gruñir su ira, Sepherina e Imogen eran mujeres honradas, por lo que no lo asesinarían, en su lugar esperarían, manteniéndolo con vida, para que se enfrentará al juicio de lo que ellas consideraban sus fechorías ante los Altos Señores de Terra, jamás se les había ocurrido considerar que justamente algunos de esos mismos Altos Señores, eran cómplices de lo que había ocurrido aquí en el sistema Kavir.

Decidió aguardar su oportunidad, a sabiendas que ello no ocurriría pronto.

-...una gran reliquia nos ha sido robada aquí, en éste mismo lugar, hace doce años, un objeto de sublime importancia, algo invaluable e insustituible se ha perdido por pura casualidad durante el ataque Xenos- la voz de Sepherina llegó hasta él por medio de una señal de banda corta que la Sororita jamás podría

obstruir, la señal le era transmitida desde una sonda microscópica de vigilancia del tamaño de una mosca de arena, en los momentos previos a que Imogen apuntase sus armas contra él, Tegas había soltado el minúsculo androide desde una vaina de su brazo, actualmente estaba escondida en una junta de la servoarmadura de combate de la Hermana Cassandra, el crepitar estático le indicaba al Cuestor que se encontraba cerca del generador de micro-fusión en la mochila de batalla de la Hermana, ordenó a la sonda que buscase una posición mejor desde la cual poder transmitir con claridad la conversación en curso.

Ahora Sepherina hablaba de secretos y peregrinaciones clandestinas despertando el interés de Tegas.

Luego dijo el nombre de la reliquia, espontáneamente, el emulador emotivo del Cuestor generó una reacción de adrenalina, Yunque y Martillo, sabía de ello, como también conocía un millón de otras reliquias y objetos legendarios del pasado profundo, el Adeptus Mechanicus tenía un archivo sobre el objeto, no era un informe concluyente, apenas una variable entre varias posibilidades, pero sin duda resultaba algo interesante.

La revelación tuvo sentido inmediato para él, durante todo ese tiempo, él había trabajado bajo la impresión de que las Sororitas sólo se encontraban interesadas en enterrar a sus muertos y hacer discursos melancólicos sobre las víctimas de la agresión Necrón... pero estaban aquí por la misma razón que él, en busca de un gran tesoro.

Si la reliquia de las Sororitas estaba en el Sistema de Kavir, entonces la búsqueda de Tegas acababa adquirir un nuevo y emocionante objetivo, tal vez aún había tiempo para salvar ésta misión, de transformarla en su beneficio y volver a casa no sólo con la gratitud del Inquisidor Hoth, sino también con un artefacto que le llevaría directamente a un alto cargo en Marte.

Armas Necrón y un objeto sagrado, forjado por ciencias arcanas y largamente olvidadas, era una recompensa por la que bien valía la pena arriesgarlo todo... y si... en busca de tales objetivos las Hermanas debían perecer, pues ello sería una carga que debería soportar.

Tegas se concedió a sí mismo la libertad de soltar un gesto claramente humano, entonces sonrió mientras seguía escuchando.



CAPITULO XII



Uriahi Zeyn peinó su espeso y rebelde cabello con los dedos, lo sujetó nuevamente con un trozo de alambre de cobre dando forma a una cola de caballo, mientras subía los peldaños de la escalera en caracol ubicada en el interior de la torre de vigilancia.

Cada una de las piedras que daba forma a los peldaños de la escalera, estaba grabada con las palabras de los versículos del libro de Atticus, las susurró de memoria para sí mismo a medida que subía los escalones sumidos en penumbras, el interior de la torre estaba escasamente alumbrado por la tenue luz de la madrugada, se filtraba a través de cada uno de los estrechos y altos miradores que recorrían las paredes de piedra, el Diácono llegó al nivel donde se encontraban las almenas, realizó una breve pausa permitiéndose oír el sonido generado por los trabajos que se realizaban al pie de los muros perimetrales.

Los trabajadores realizaban su labor sin cantar, ya que la Canonesa les había ordenado que mantuviesen el orden y la quietud, Zeyn estaba en desacuerdo con ello pues el trabajo era una tarea sagrada y no poder alzar la voz en cumplimiento del deber le suponía de algún modo un acto negligente, él amaba los himnarios, un día sin ellos era igual a un día sin agua o aire, el único sonido que podía oírse ocasionalmente, era el tintineo del metal y de la piedra producido por los hombres, cuando cincelaban la roca o emplazaban los bloques con los que reconstruían el segmento de muro colapsado, los lúmenes que colgaban alineados sobre las cabezas de los trabajadores ofrecían una débil iluminación, pero a pesar de ello, resultaba suficiente para que Zeyn pudiera vigilarlos a todos y meritar el alcance de sus esfuerzos.

Quería cantar con ellos pero Sepherina se lo había prohibido, el pensamiento generó una mueca en sus labios. El Dios-Emperador debía verlos, pensó. ¿Cómo se suponía que Él iba a volver su mirada hacia aquí, si no escuchaba los himnos de los más devotos?

Los trabajadores advirtieron el escrutinio de Zeyn y renovaron sus esfuerzos, intentando no cruzar la mirada con él, el electro-látigo del Diácono zumbaba en su funda, no había allí ni un solo hombre o mujer que no hubiera sentido su rigor, Zeyn se cruzó de brazos y examinó al grupo en busca de cualquier infracción merecedora de castigo.

Hizo un recuento del grupo de trabajo y advirtió la ausencia de un hombre.

Extrajo su electro-látigo, lo desenrolló brillante como un rio de neón que se contorsionaba bajo su agarre. -**¡Tú!**- señaló el predicador al hombre más cercano -**hay una ausencia en la partida de trabajo, dime dónde está.**

No necesitó decir una sola palabra más, ni usar su electro-látigo, el individuo señaló hacia los niveles superiores de la torre de guardia.

-**Dijo que iba hacia allí**- fue la nerviosa respuesta -**a buscar agua, padre.**

Zeyn dirigió su mirada hacia el patio inferior, donde una de las Hermanas Hospitalarias se movía entre los trabajadores portando una jarra de agua. -**Ahí hay suficiente**- respondió el Diácono, dirigiendo una mirada amenazante que prometía castigo si respondía con una mentira, entonces se dio la vuelta y retornó a la escalera de caracol, guardando sumo cuidado en caminar tan silenciosamente como le fuera posible, Zeyn se dirigió hacia el minarete.

La esbelta torre, había sido construida para portar en su cima el emplazamiento de un arma pesada, un arma que fuera capaz de efectuar un barrido completo sobre las tierras circundantes y más allá de los muros del convento, pero como consecuencia de los daños sufridos durante el ataque Xenos, parte de su estructura se había colapsado y el derrumbe parcial de sus almenas había dejado al descubierto el flanco este de su cima.

Antes de atender la llamada de su santa vocación, el Diácono había sido soldado en la Guardia Imperial, aún no había perdido el instinto adquirido durante su formación militar, con el que sus instructores lo habían machacado hacía ya unos

buenos treinta años, tal experiencia fue lo que le permitió divisar la improvisada trampa en la trampilla del techo, se trataba de una cuerda atada a la trampa y disimulada bajo un puñado de guijarros, el improvisado dispositivo habría sido suficiente para advertir a cualquier persona en la cima de la torre, que estaba a punto de ser descubierta.

Con sumo cuidado, Zeyn aseguró la cuerda de alarma y poco a poco despejó la vía de ascenso, emergió con sumo sigilo desde la trampilla, para descubrir a un trabajador vestido de cuero, que en ese instante se mantenía ocupado con lo que parecía ser una pictopizarra, portaba en una mano lo que parecía ser una aguja con la que realizaba movimientos espasmódicos, como si estuviese introduciendo ideogramas en la memoria del dispositivo.

El Diácono descubrió su electro-látigo una vez más y tosió deliberadamente.

El hombre se estremeció y se tiró a sus pies cuando lo vio, rogando piedad mientras aferraba la pictopizarra contra su pecho, intentando a tientas ocultar el objeto dentro de su chaleco. -**Imploro... imploro su perdón**- comenzó a decir, con el tinte de su rostro pálido por efecto del fantasmal resplandor del electro-látigo.

-**Pereza**- comenzó Zeyn pensando sus palabras. -**La pereza es una de las características de los hombres pequeños, es la que deja a sus hermanos hacer el trabajo, mientras uno elude su obligación creyéndose mejor que el resto...**- el Diácono había predicado esa doctrina un centenar de veces, estaba a punto de comenzar de nuevo, pero algo en la actitud del trabajador lo detuvo.

Era la pictopizarra, el delgado hombre la sostenía como si le fuera la vida.

Zeyn era hábil con el uso del electro-látigo, lo suficiente como para arrancar una sola hoja de la rama de un árbol, sacudió apenas su muñeca y la punta chasqueó provocando una cortante fisura electrificada sobre la mano del hombre, quien gimió y soltó la pictopizarra que salió despedida, girando sobre la loza.

El Diácono se inclinó para recuperarla, el visor del dispositivo estaba cubierto por simbología que él no podía leer, runas numéricas codificadas en largas cadenas sin sentido. -**¿Qué es esto?**- preguntó, mientras trataba de recordar el historial del trabajador.

Éste vino a su memoria, Jonah Sijue, un ciudadano obligado a trabajar durante seis ciclos solares por la Eclesiarquía, como pago por una infracción, era un cantero y debería estar trabajando duramente, cincelando con laser la roca en perfectos bloques para el nuevo muro.

Ciertamente, Jonah Sijue no era un hombre con la riqueza suficiente, no al menos para poseer un dispositivo de tan fina manufactura como la pictopizarra que tenía en sus manos y menos aún un hombre con el conocimiento necesario, capaz de analizar un código encriptado de tal complejidad como éste.

El rostro de Sijue perdió su insípida expresión, dejó asomar un aspecto frio y calculador. -**Voltéala**- le dijo al Diácono -**no temas.**

Zeyn lo hizo, al dorso del dispositivo descubrió el símbolo grabado sobre su superficie, una letra mayúscula ribeteada con guardas en alto gótico, una 'I' cruzada a media altura por tres pequeñas barras.

-**¿Sabes lo que eso significa, no?**- dijo Sijue, frotando la herida en su mano. -**Ahora devuélvemela**- la naturaleza servil y obediente, que el hombre había demostrado siempre, había desaparecido.

-**La Inquisición**- Zeyn tuvo que pronunciar la palabra en voz alta sólo para estar seguro. -**Pero tú... ¡Tú no perteneces al ordo! Eres un siervo. ¡Un esclavo al servicio de la Eclesiarquía!**

Sijue extrajo del interior de su chaleco un compacto objeto de metal obscuro, que se transformó en una pistola de supresión con un deflector silenciador en el extremo de su cañón. -**Un juguete ingenioso, ¿no crees?**- remarcó el hombre -**como un juego de ingenio, algo muy complicado como para que usted pueda entrometerse, predicador**- hizo un gesto hacia la pizarra. -**Devuélveme la pictopizarra, devuélvemela, olvídate de esto y vuelve a tus labores, así como yo volveré a las mías.**

Zeyn no era un tonto. ¡Oh no!, la Hermandad había mantenido sus motivaciones en secreto, hablado escasamente de lo que había sucedido en Santuario 101 antes de ésta nueva consagración, pero a pesar de ello, había oído las historias, los rumores que se esparcían entre los trabajadores, quienes hablaban libremente cuando pensaban que nadie les escuchaba, muchas cosas se decían, se hablaba de

sucesos extraños, algunos extravagantes e improbables, otros no tanto, algunos referían que el Ordo Xenos estaba interesado en éste planeta y lo quería para sí, algunos inclusive sostenían que estaban siendo vigilados por la Inquisición en todo momento.

Él no había hecho nada para desengañar a los trabajadores de tales creencias, ya que la paranoia en los hombres tendía a reforzar la fuerza de trabajo con mayor ímpetu que quienes no la sufrían, pero en realidad, a Zeyn le había resultado difícil imaginar que los exaltados guardianes de la integridad moral del imperio, estuvieran ni remotamente interesados por un sitio tan lejano y desolado como éste mundo.

Sin embargo, ahora pensaba diferente.

-**Aleja el electro-látigo y dame la pictopizarra**- dijo Sijue -**no volveré a repetirlo una tercera vez.**

La mente de Zeyn ardió súbitamente. -**Tú me matarás para mantener éste secreto, cualquiera que sea el amo al que sirvas, buscarás como mantener esto en secreto**- dio un cauteloso paso hacia adelante, el pequeño cañón del arma apuntó hacia él. -**En nombre del Dios-Emperador, ¡me niego!**

-**Yo le sirvo a Él, tanto como tú**- respondió Sijue con frialdad -**tanto o más que muchos de los tontos que hay aquí, o de las mojigatas monjas, ciertas cuestiones son más importantes que las oraciones o...**

Nunca terminó la frase, un gemido provino desde el muro derruido, un hombre gritó quebrando la quietud de la madrugada, con tal brusquedad, que ambos se distrajeron por una fracción de segundo, Sijue volteó su mirada instintivamente hacia otro lado, Zeyn reaccionó sin vacilación, chasqueando el látigo otra vez.

Pilló a Sijue, cruzándole el electro-látigo por el pecho y la cara, el pequeño hombre aulló girando hacia atrás, envuelto en una explosión de chispas, el Diácono corrió hacia él y le propinó un golpe bajo, un fuerte puñetazo que lo desarmó y derribó al piso, el arma cayó lejos, mientras el polvo se levantaba por acción del fuerte viento.

Con cautela, Zeyn atisbó desde el borde de la torre hacia abajo, teniendo sumo cuidado en no perder de vista al hombre herido, observó a los trabajadores

rompiendo el orden y luchando por escalar los muros semiderruidos, algunos de ellos sumidos en el más absoluto pánico, escapaban con tanta prisa que empujaban a los otros a un lado.

¿Qué sería lo que los había puesto en fuga de tal manera? Tensó el agarre de la empuñadura del electro-látigo desviando la mirada hacia las arenas abiertas y salpicadas de rocas, más allá de los muros del convento.

Allí afuera, entre las penumbras y bajo las tormentas de arena, logró vislumbrar lo que parecían ser luciérnagas, líneas de ellas flotando y bailando con sus brillantes y fluorescentes cuerpos, entonces, poco apoco, sus formas comenzaron a definirse con tenues y firmes destellos verdes, avanzando con cuidados movimientos, irradiados desde las cuencas oculares de metálicas calaveras.

La marea de destellos se quebró y cambió, mostrándose como un truco tan inteligente y peligroso como el arma secreta de Sijue.

Oyó al hombre maldecir en voz baja y rezar una oración a la santa Terra cuando observó lo mismo. -**Ellos vi... vienen**- exclamó, sus modos habían mutado nuevamente, ésta vez primaba el pánico, tanto en su semblante como en su voz. -**¡Si ya podemos verlos, significa que nos han rodeado!**

Zeyn se volvió hacia él. -**¿Sus amos del Ordo han hecho esto?**- exigió saber -**¿están aquí porque tú los has convocado?**

Cuando Sijue lo miró, sus ojos estaban sumidos en el más absoluto terror. -**No tengo ningún interés en oír la respuesta...**- mientras lo dijo, algo hizo un crujido seco dentro de la boca del hombre y Sijue cayó hacia atrás, con los ojos en blanco y expulsando una espuma toxica y rosada de sus labios, su pecho sufrió un espasmo y luego quedó inmóvil.

El Diácono apartó la mirada y vio filas de soldados metálicos avanzando inexorablemente hacia el resplandor de las lámparas de trabajo, en silencio y resueltos.



Khaygis estaba decepcionado.

Aún no había sentido ningún tipo de desafío al enfrentar a los orgánicos en los mundos donde los había combatido, ningunas de las variedades orgánicas a las que se había enfrentado habían opuesto algún tipo de resistencia notable contra sus ejércitos, cada vez que había despertado en su sarcófago, había guardado la esperanza de que la siguiente batalla lo pusiera a prueba, pero esa batalla, esa prueba, a día de hoy, aún no había llegado.

Incluso ahora, mientras observaba las falanges de sus guerreros inmortales avanzando sobre el puesto de avanzada humano, dudaba de que la materia orgánica en fuga supusiese un oponente digno de valía, se preguntó si alguna vez encontraría un enemigo a quien considerar digno de combatir... concluyó que ello sería poco probable, pues después de todo, él era un guerrero que había participado en la 'Guerra en el Cielo', uno entre aquellos que habían presenciado la caída de los Ancestrales en eras anteriores al gran letargo. Ajora, millones de años después, la galaxia lo entristecía con su incapacidad de dar a luz oponentes comparables con aquellos a quienes habían eliminado en eras pasadas.

Ya había estado aquí antes, había sido el propio Nemesor quien había encabezado el asalto a éste mismo puesto, hacía ya de ello una docena de ciclos solares, recién llegado y apoderado de los restos de la dinastía Atun, lo había considerado una buena prueba para sus habilidades y los guerreros bajo su mando, los Necrones nunca se había enfrentado a éstas extrañas tribus orgánicas con anterioridad, conformadas por hembras que se hacían llamar a sí mismas 'Soh ror it az', seres que emitían extrañas melodías corales mientras luchaban negándose a rendirse.

Pero finalmente las habían masacrado con tanta facilidad como al resto, en definitiva, el asalto al puesto de avanzada había sido más una ejecución que un ataque militar, las pobremente comandadas hembras habían sido sorprendidas, Khaygis había invadido la mente de hasta el último de los guerreros bajo su mando, había presenciado como fluían a través de sus defensas como el mercurio líquido, llegados a través del portal generado por el monolito, habían eliminado a muchas de ellas con sus propias garras, en ningún momento se vieron amenazados durante su avance.

Los seres humanos murieron en tropel, sin saber siquiera que les destruyó,

murieron incapaces de darle un nombre a la muerte que recibieron, él se aseguraría de que ello no volviera a suceder, pero ésta vez de forma definitiva.

Rayos Gauss estallaron en una ola de llamas, coronando el muro dañado e incinerando las espaldas de los seres orgánicos en fuga, como respuesta, recibieron fuego defensivo desde las torres y desde los agrietados muros, el Nemesor tomó nota de las primeras bajas entre sus guerreros, eliminados de la línea ofensiva a causa de la onda expansiva provocada por proyectiles balísticos, incluso mientras ellos caían, sus cuerpos comenzaron a sanar por efecto del ciclo regenerativo del metal viviente, Khaygis acarició el 'orbe de la resurrección', apresurando el regreso de los guerreros a la batalla, usando una pequeña porción de la esencia de su poder.

Los inmortales, fieles a su nombre, marcharon eternos hacia las fauces de las armas humanas con sus carabinas tesla en ristre, un fuego blanco azulado se reflejó en las lúgubres calaveras que daban rostro a sus cráneos, cuando cual relámpagos vivientes liberaron su furia sobre la cohorte humana, los rayos relampagueantes se bifurcaron entre los humanos, con arcos voltaicos que saltaban de un orgánico a otro, arrancando el poder vital con cada vida que tomaban de sus gimientes victimas.

Campanas de alarma sonaron dentro del puesto de avanzada, desde su sitio de observación, el Nemesor logró advertir la llegada de más hembras guerreras, un resplandor de color verde se reflejó en las armaduras de combate oscuras que llevaban puestas, ellas no se apresuraron al frente del combate, en lugar de ello adoptaron posiciones defensivas, generando corredores de fuego y cuellos de botella.

Inclinó la cabeza, éstas parecían estar mejor preparadas que las que habían estado allí antes, éstas hembras aguardaban el ataque, no fueron tomadas por sorpresa, tal vez, representarían algo más que un desafío.

Pero eso lo creía poco probable. Khaygis se volvió y transmitió una nueva orden a sus fuerzas, el constante y arenoso viento renovó su fuerza, desde lejos, un nuevo sonido se unió a la refriega.



Las ‘Cuchillas de la Necrópolis’ llegaron con rapidez, el rugido de sus motores repulsores dimensionales resonó por la ladera, semejantes a una extraña combinación de grúas de carga y tronos metálicos, una formación de tres naves brilló pálidamente, cada una de ellas armadas con un cañón de partículas, derribaron muros y destruyendo sus rojas rocas con cada descarga lineal, los rayos surcaron finas líneas a través de las rocas, los trabajadores que no lograron ocultarse a tiempo desaparecieron entre ventiladas nubes de húmeda ceniza cuando el fuego los tocó.

Barriendo por delante de las líneas de avance de los guerreros Necrones, las serpenteantes naves acribillaron y acosaron las barricadas, junto a las diversas posiciones defensivas levantadas por las Hermanas de Batalla, los guerreros mecánicos que pilotaban los mandos de las Cuchillas de la Necrópolis, eran más un componente de las mismas que sus pilotos, ellos solo procesaban las complejas secuencias de datos, los diversos patrones de ataque, pilotaban sus naves con total desapasionamiento, centrado su objetivo fijamente en la misión de quebrar la moral de los defensores, para que así, las fuerzas terrestres pudieran progresar con mayor facilidad.

Pero la moral de las Sororitas del Dios-Emperador, no era algo que pudiera quebrarse con tanta facilidad, años de servicio, de inquebrantable disciplina, de combatir a todos los enemigos de la humanidad, las había preparado para enfrentarse a los Xenos sin vacilación alguna.

Las mujeres que habían muerto en Santuario 101 doce años atrás, habían sucumbido a causa de las condiciones de éste mundo, habían permitido que la desolación y el vacío del planeta las sosegara con una falsa sensación de seguridad y habían pagado por ello con su propia sangre, poniendo fin a su vida en la desesperada defensa de éste remoto puesto.

Las que ahora estaban allí, tenían plena conciencia del inesperado peligro que sus Hermanas no habían sabido prever, ellas estaban listas para enfrentarse al enemigo.

Mientras las Cuchillas de la Necrópolis daban vuelta para realizar una nueva

pasada, la escuadra de Vengadoras de la Hermana Danae tomó posición, listas para el enfrentamiento, las experimentadas Hermanas de Batalla habían recibido un especial entrenamiento en el uso de armas pesadas, se consideraban a sí mismas como el martillo de la fuerza Sororitas.

Danae ordenó la apertura de fuego a discreción y las Vengadoras rasgaron el cielo con el atronador fuego de bólter pesado, densos proyectiles de masa reactiva persiguieron a los Necrones voladores, las luminosas y ardientes descargas de armas de fusión se unieron a ellas, generando breves destellos que iluminaron al patio.

Acertaron su blanco y hubo la primera baja enemiga confirmada, fue una Cuchilla de la Necrópolis que cayó ardiendo antes de estallar en llamas, el piloto que la comandaba fue dañado con tal gravedad, que sus incorporados protocolos de reanimación resultaron incapaces de superar la tormenta de disparos y granadas, por lo que terminó desintegrándose en una lluvia de esquirlas metálicas que cayó sobre la superficie abierta del patio.

Como respuesta recibieron fuego de partículas que se cobró la vida de una Hermana de Batalla, la muerte le llegó tan repentinamente que inclusive le robó la opción de gritar, las Vengadoras lucharon con mayor ahínco intentando vengar la Hermana caída, la desafiante represalia acertó en una segunda Cuchilla de la Necrópolis, que a su vez colisionó con la tercera nave de la formación mientras intentaba mantener la velocidad, ambos aparatos comenzaron a despedir un espeso humo acre, con lo cual se vieron obligados a interrumpir el ataque y replegarse, volando rasante hacia las colinas tras las cuales se perdieron dejando tras sí el resonante eco de sus motores, el acoso aéreo había cesado de momento, ya que el enemigo se había replegado para efectuar las reparaciones necesarias con sus regeneraciones.

Las Sororitas se reagruparon y recogieron a los heridos, mientras las filas de Guerreros Necrones proseguían su lenta pero constante aproximación.



Con su capa de combate roja flameando, la Hermana Isabel corrió serpenteando

por el patio mientras rayos luminosos impactaban a su alrededor, disparando ráfagas a ciegas de proyectiles bólter en dirección al avance Xenos.

De alguna extraña manera, se sentía aliviada, desde que la Orden había retornado a Santuario 101 había sentido un siniestro presentimiento sobre todo, Isabel no era la única que lo había sentido, el mortal y escalofriante mundo desértico había pesado con gravedad sobre la mente de muchas de sus Hermanas, cada día transcurrido sobre su superficie había ahondado aún más la tensa sensación, cada una de ellas temía secretamente el retorno de los Xenos que habían aniquilado la primer colonia, ahora habían retornado, la terrible espera había concluido y la amenazante tormenta se había desatado al fin.

El silencio y el cansancio rasgaron los nervios de Isabel como navajas sobre la piel, pero igualmente abrazó la batalla como si de un viejo amigo se tratara.

El percutor de su bólter sonó en vacio cuando agotó el último cargador de munición, inmediatamente saltó un muro bajo, parapetándose tras los escombros de una de las estatuas destruidas.

La Hermana Ananke estaba cerca, metódicamente apuntaba y disparaba, apuntaba y disparaba, ignorando los destellos de llamaradas verdes que azotaban los escombros a su alrededor, el aire olía con el acre aroma de la roca quemada y la arena fundida, Isabel se parapetó mientras colocaba un nuevo cargador en su arma.

-**¿Cuántos de ellos han caído?**- preguntó Isabel sin preámbulos, escaneó la avanzadilla enemiga con el selector de blancos de su único ojo cibernético, contó muchos.

-**Resulta difícil de decir**- vociferó Ananke entre el estruendo de los disparos -**los derribamos pero luego resucitan, se levantan de nuevo**- ella volvió a disparar. -**Juro que he matado al mismo cerca de una docena de veces.**

Isabel disparó una rápida ráfaga sobre un guerrero inmortal, impactándolo y el necrón cayó derribado sobre el polvo. -**Sí, todos tienen el mismo aspecto**- admitió.

Con movimientos finamente exagerados, la máquina Necrón se arrastró hasta ponerse de pie nuevamente, entonces prosiguió su avance como si nada hubiera

ocurrido, mientras cada uno de los inmortales respondía con rayos de energía a cada paso que daban a través del patio.

Ananke siguió el ejemplo de Isabel y se unió a ella atacando al mismo objetivo, ésta vez, fue derribado y desapareció tras la línea de avance, pero no les quedó claro a ninguna de las dos, si había caído definitivamente o si el necrón volvería a ocupar su lugar, uniéndose a la horda enemiga.

-**Necesitamos refuerzos**- exclamó Ananke por el comunicador interno del vox -**nuestros escasos disparos no resultarán suficientes para detenerlos a todos.**

Isabel no dijo nada, había venido de la torre principal, de donde habían salido las Hermana de Batallas listas para el combate cuando comenzó a sonar la alarma, cada una de ellas se había dirigido a sus posiciones previamente determinadas con el objetivo de repeler el ataque, dado el constante crepitar de las armas de fuego procedentes de las almenas oeste y sur, parecía ser que la brecha defensiva frente a ellas, no era el único lugar donde los Xenos habían concentrado su asalto. Desconocía si recibirían algún tipo de refuerzo, pero lo que si le quedaba claro, era que no contaban con suficiente poder de fuego para mantener la línea defensiva durante mucho tiempo.

-**Mantengan la fe**- dijo una estridente voz, con tal fuerza que las dos Hermanas de Batalla creyeron oírla tanto por el canal vox como por el aire. -**¡Canten conmigo!**

Una voz de timbre grave, gritó la primera línea del himno 'Santa Terra'. -**Nosotros te suplicamos...**- los ojos augmeticos de Isabel recogieron los movimientos de una figura brincando entre las estatuas caídas.

Iluminado por oleadas de fuego verde, el Diácono Zeyn llegó corriendo como un salvaje, con sus revueltos cabellos flameando tras él y sus ojos iluminados por el fervor, en una mano portaba un esculpidor láser industrial obviamente tomado del muro en reconstrucción, y en la otra portaba su chasqueante electro-látigo. -**¡Contra el Xenos prevaleceremos!**- gritó al tiempo que disparó un rayo ardiente de luz blanca a través de la línea de avanzada Necrón.

Isabel vio a los inmortales detener su marcha por un momento, como si hubieran sido sorprendidos por la repentina aparición de un solitario humano llegado para

enfrentarlos en batalla, *pero...*, pensó, *¿acaso no se trataba solo de máquinas?* Los modos imprevisibles y desconocidos del Diácono parecían haber desconcertado al enemigo.

-**¡Con el Diácono!**- gritó Ananke advirtiendo la oportunidad -**¡vamos!**- la Sororita de piel oscura saltó de su cobertura, disparando mientras corría, otras Hermanas de Batalla cercanas oyeron la exhortación y siguieron su ejemplo.

Isabel sonrió y abandonó su cobertura siguiendo a su Hermana, avanzando con su pistola lista. -**¡Nosotras prevaleceremos!**

El electro-látigo de Zeyn arremetió y golpeó a los Necrones que lideraban la línea de avanzada, descargó todo su poder sobre las máquinas esqueléticas, cuyos controladores internos quedaron sobrecargados ante las descargas eléctricas... entonces, súbitamente uno de los Inmortales comenzó a sacudirse, giró sobre sí mismo y liberó una descarga de fuego con su arma Gauss, barriendo los torsos de sus pares.

Isabel usó su ojo cibernético para apuntar y disparar sin necesidad de asegurar el bólter contra su hombro, corrió serpenteando hacía la línea de escaramuza Necrón donde se había trabado la batalla, las máquinas habían sido sorprendidas con la guardia baja, pero no tardarían mucho en adaptarse a la situación.

-**Cantad**- gritó Zeyn, e Isabel lo hizo, las Sororitas se unieron al himno dejándose llevar por la melodía y el ritmo marcial, protegiéndolas de toda duda o vacilación, eliminó a un inmortal con una salva que lo decapitó tras desintegrar su cráneo con un destello brillante, el electro-látigo de Zeyn subía y caía, su improvisada arma láser cercenaba extremidades y atravesaba los cráneos de hierro.

Múltiples destellos de color esmeralda se propagaron a lo largo de toda la línea de asalto, finalmente, los Necrones rompieron la cohesión escalonada de su formación, los cuerpos se demoraban al caer, parecían implosionar con llamaradas de energía, como si fueran expulsados o teletransportados por alguna fuente de tecno-herejía Xenos.

Los inmortales y sus cohortes guerreras trataron de reagruparse, pero las Hermanas ya paladeaban el sabor de la victoria, estaban cerrando la brecha y

obligándolos a replegarse, la loca e imprudente carga de Zeyn había sido todo lo que se había necesitado para motivar a las Sororitas.

De pronto, como si hubieran recibido una señal silenciosa, la línea de Necrones se detuvo y retrocedió en masa, replegándose hacia la brecha, tras el muro periférico.

Algo en ello le sonó mal a Isabel y se detuvo en seco. -**Espera...**- dijo.

-**¡Síganlos!**- rugió Zeyn, escalando un pequeño montículo de escombros y mampostería caída, levantó en alto su electro-látigo, girándolo como las aspas de una hélice brillante, exponiendo su persona desafiante a los probables disparos de los Necrones. -**¡Nuestra fe es nuestra armadura! ¡En el nombre del Dios-Emperador!**

Cualquiera que fuera el instinto, ya sea intuición de un guerrero entrenado o precaución provocada por la divina providencia, la atención de Isabel fue captada por un movimiento a retaguardia, se dio la vuelta para ver a un grupo de figuras humanoides y delgadas trotando a través del patio tras el muro occidental, ¡ellos estaban en el interior! Pensó alarmada, ¡detrás de nosotras! ¿Cómo puede haber sucedido? Se preguntó.

Los Guerreros Necrones levantaron sus armas y dispararon al unísono, los rayos de pulsante energía pasaron sobre su cabeza mientras buscaba cobertura.

Los disparos convergieron en la persona del Diácono Uriahi Zeyn y lo arrancaron de la existencia, el último verso del himno que ofrecieron sus labios, se transformó en un grito que heló la sangre cuando los desolladores gauss hicieron su trabajo, la melena de su cabello y el rojizo tono de su rostro, se transformaron en cenizas, sus huesos se mostraron ennegrecidos por un breve instante antes de volverse polvo dentro del nimbo de fuego color jade.

-**¡Es un avance de diversión, ya están tras los muros!**- alertó Isabel a gritos por el canal vox general -**¡el enemigo está dentro!**



En el preciso momento que comenzó a sonar el ruido de los disparos, el Cuestor Tegas se dirigió hacia la enrejada mirilla de la celda de detención y llamó a las Sororitas de guardia, una de ellas, una mujer de severo rostro y ojos estrechos, se acercó y sostuvo su mirada.

Antes de que ésta pudiera hablar, golpeó con su metálico puño el interior de la puerta. -**Son los Xenos**- le dijo **-no puedes retenernos aquí mientras atacan el convento, ¡nosotros podemos ser de ayuda para la Canonesa!**

-**Tengo mis órdenes**- respondió la Hermana de Batalla **-y no eres de fiar.**

Las mecadendritas de Tegas, se arrastraron por el polvoriento suelo de la celda, trazando un sendero como reflejo inconsciente de su estado de ánimo, en miras de la información recogida por la sonda de vigilancia, no estaba dispuesto a permanecer ajeno al conflicto, mientras las tropas de Sepherina se enfrentaban solas a los Necrones, no estaba dispuesto a poner su vida y la de su séquito en manos de las Sororitas. -**Honorable Hermana**- comenzó, mientras se esforzaba en disimular su irritable ánimo, modulando el tono de su voz con un timbre dócil.

Ella lo calló con el estruendo que generó la culata de su bólter al golpear la puerta. -**¡No vuelvas a hablarme!**- dijo la mujer, escupiéndole -**¡no vuelvas a mentirme!**

Tegas nunca supo de qué 'mentiras' se le responsabilizaba, pues en ese preciso instante, el corredor frente a las celdas se llenó de luz y ruido.

Oyó el chillido típico de las moléculas de aire al ser desplazadas, y vio una resplandeciente luminosidad esmeralda de tal magnitud, que se vio obligado a desviar sus unidades ópticas, incapaces de protegerlo del deslumbramiento.

La Hermana de Batalla se vio envuelta por el explosivo halo de un rayo Necrón, el grito de muerte que soltó se perdió en medio de la sonora descarga de las armas Xenos, lo último que Tegas llegó a ver de la mujer, fue su carne ardiendo como papel quemado.

Unos coloridos destellos abrasaron sus receptores retínales artificiales, Tegas se alejó de la enrejada mirilla ubicada en el centro de la puerta de su celda y se pegó todo lo que pudo a la pared de ésta, de modo que cualquiera que observara

al interior de la celda desde el corredor, sería incapaz de notar su presencia.

Oyó el ruido de impactos y de más descargas de rayos de partículas, observó el reflejó luminoso que provocaban sobre la piedra que revestía la celda de confinamiento, acompañando cada descarga de las armas Necrón, identificó claramente el sonido de garras metálicas arrancando las puertas de las celdas y la aniquilación de sus ocupantes con cortas ráfagas asesinas, el sonido se acercaba por el pasillo, cada vez más hacia su celda.

Tegas se preguntó cómo podrían los Xenos haberse infiltrado con tal rapidez en los niveles inferiores del puesto de avanzada. *¿Acaso se tele-transportaron a través de esos demoníacos portales o habían excavado hasta llegar a los túneles subterráneos? ¿Existía alguna vía alternativa, para entrar al convento, que Imogen y sus perras Celestes ignoraban?* Ya no importaba, todo lo que importaba era que moriría aquí, y la monumental injusticia de ello impactó a Tegas como un proyectil.

Descubrió antiguos odios y permitió que estos fluyeran. *¿Por qué el Omnissiah lo maldijo de ésta manera? ¿De qué manera podía servir a los designios del gran Dios-máquina? ¿Por qué ser eliminado cuando estaba tan cerca de cumplir sus objetivos?*

Sus manos encontraron el sagrado icono del engranaje que colgaba de su cuello, sus dedos siguieron los patrones del icono con la esperanza de que su Dios lo estuviese mirando.



La advertencia de la Hermana Isabel carecía de relevancia para la Hermana Superiora, ya que ésta había llegado demasiado tarde para salvar la vida de las Sororitas que se encontraban en la torre principal, de cada corredor surgían Guerreros Necrones aparentemente de la nada, y las Hermanas de batalla que se encontraban allí habían muerto tras el primer intercambio de fuego.

Imogen lanzó sus últimas granadas tratando de eludir el mismo final que ellas, deslizándose luego hacia las escaleras mientras las máquinas dispararon hacía

ella, la única vía de escape era hacia arriba, Imogen ascendió por la estrecha escalera de caracol maldiciendo su suerte, oyó tras de sí el implacable sonido de las pisadas metálicas, como mucho estaban ya casi a sus espaldas, a menos de uno o dos recodos en el tramo de la escalera.

En el siguiente descanso se detuvo y levantó su arma, apuntó hacía la vía de ascenso por la cual había llegado. ¿Cómo se atreven a hacerme correr? se cuestionó, los herejes no prevalecen sobre los fieles.

Derribó a los dos primeros que surgieron tras el recodo, estimó que debía haber todo un pelotón de ellos marchando tras ella, concluyó que no contaba con suficientes municiones para todos.

-A un lado- unas manos fuertes la empujaron contra la pared, al tiempo que una figura vestida con armadura, pasó rápidamente a su lado tras emerger de una puerta situada frente al descanso, Imogen vio a la Hermana de Batalla tomar un racimo de granadas de fragmentación, las arrojó hacia el recodo tras lo cual se zambulló en busca de cobertura, ella se arrojó también sobre el suelo de piedra mientas las granadas detonaban casi de inmediato, sus detonadores habían sido calibrados para estallar casi instantáneamente.

La conmoción la ensordeció, la explosión resultante cortó a los Necrones en pedazos, cerrando al mismo tiempo la vía de acceso en la escalera con el derrumbe de rocas y restos sobre los Xenos.

Entonces Imogen reconoció a quien había acudido en su ayuda, y su expresión se agrió. -**Hermana Miriya, ¿dónde está la Canonesa? ¿La abandonó en medio de un ataque? ¿En compañía de ese híbrido?**

La voz de la otra mujer era vaga y difícil de entender, pero Imogen podía leer los labios bastante bien. -**No hace falta que me lo agradezca, Hermana-** dijo Miriya mientras tosía a causa de la espesa capa de polvo en el aire. -**Sepherina está a salvo y Décima no es nuestro enemigo, ella presintió el avance Necrón...**

-¡Pero no con la suficiente anticipación como para marcar la diferencia!- hizo a un lado a la otra mujer de un empujón y salió al nivel superior de la torre principal. -**Lárgate, vuelve a tu puesto.**

-La Canonesa me ordenó que me asegurara que usted estuviese a salvo.

Imogen se volvió hacia ella con repentina furia. -**No necesito su ayuda, ¡Hermana Militante!**- recalcando con furia el bajo rango de Miriya como si de un insulto se tratase.

Esperó una reacción airada, pero la actitud de Miriya fue en cambio sombría. -**¿Por qué me desafía en cada ocasión?**- preguntó la otra mujer. -**¿Por qué hace de todo entre nosotras una competencia que sólo usted puede ganar? ¡Yo obedezco sus órdenes y a cambio solo recibo más desprecio!**

-Ahora no es el momento para esto- Imogen se volvió con la intención de retirarse, pero Miriya la retuvo tomándola del brazo.

-Podemos morir en manos del enemigo en cualquier momento- dijo la Hermana de Batalla -**y yo preferiría llegar al lado del Dios-Emperador sabiendo de qué manera te he ofendido o insultado, ¡pues no encuentro otra explicación!**

Imogen soltó su brazo, con un brusco tirón, del agarre. -**¿Te atreves a darme órdenes? Pues claro que lo haces, actúas como si ostentaras un alto rango y una gran gloria, tú eres la Hermana Miriya, la mujer que desafió las órdenes de su Canonesa en Neva. ¡A quien se le permitió escapar sin castigo por ello!**

Miriya levantó su rosario roto. -**Ya fui castigada por ello y tú me castigas aún mas, ¡por algo de lo que no sabes nada!**

-¡Sé que desobedeció a su comandante!- dijo Imogen mientras disparaba de espaldas. -**¡Pertenecemos a una Orden, Hermana! Ello significa que debemos obediencia sin vacilar, yo soy el instrumento de la Eclesiarquía Imperial, pero tú eres sólo una oportunista sin principios, ¡perdonada por una Señora demasiado débil para ordenar tu ejecución!**

La otra mujer retrocedió un paso atrás con una expresión de sorpresa. -**¿Es... es eso lo que piensas de mí? ¿Que he priorizado mi persona sobre la de mis Hermanas?**- la expresión de Miriya se endureció una vez más. -**No tienes ni idea de lo que pasó en Neva, se me ordenó dejar atrás a mi escuadra, dejarla librada a la muerte cuando yo aún tenía la opción de salvarlas, y tomé una**

decisión alternativa- el impacto de disparos lejanos hacía eco a lo largo del pasillo.

Imogen vaciló, algo en el tono de la otra mujer la hizo moderar el propio. -**Eso no es lo que se dice en el convento, ni lo que se rumorea en la Hermandad, se dice que tú dejaste morir a las mujeres bajo tu mando.**

-**Yo no dejé nada**- replicó Miriya con un deje de dolor en sus palabras -**pero sí soy responsable de las vidas perdidas... y no deseo ver a nadie más morir por nada**- sostuvo la mirada de la Hermana Superiora. -**Las palabras de aquellas que no conocen la verdad no significan nada para mí, pero... ¿dime que habrías hecho tú en mi lugar, Imogen? ¿Dejarías morir a tus Hermanas? ¿Aún sabiendo que existía una mínima oportunidad de evitarlo?**

Yo habría obedecido mis órdenes, Imogen habría deseado dar esa respuesta, pero supo que no podía, finalmente, sus labios se curvaron en una mueca y se dio la vuelta. -**No seguiré discutiendo contigo, ven, no dejaré a la Canonesa luchar sin mi brazo a su lado.**

La expresión de Miriya se mantuvo inmutable, mientras seguía a la Hermana Superiora por el pasillo a la carrera.



Afuera, en el corredor que discurría frente a las celdas, el sonido del combate resultaba ensordecedor. Al provocado por los Necrones, ahora se le había sumado el gemido de pánico liberado por bocas humanas y el traqueteo de unas armas pesadas, uno de los servidores artillados del Mechanicus debía haber sido liberado por error, había obviamente adoptado la configuración de combate y se había involucrado en la batalla contra los Xenos.

Finalmente, Tegas notó el contacto de una hoja Xenos sobre el acero forjado, cuando el hacha calada de un rifle Gauss rasgó la puerta de su celda, el metal de la misma comenzó a deformarse y abrirse cerca de sus goznes, a medida que el filo mono-molecular del hacha comenzó a cortar limpiamente.

Con un choque atronador, la puerta de la celda cayó hacia el interior levantando nubes de óxido y suciedad, el Cuestor vislumbró la brillante hoja del hacha Necrón, entonces sus extremidades, su servo-brazo, sus serpentinas mecadendritas, todo ello cobró vida y acudió en su defensa convirtiéndolo en una furia de uñas y garras.

El adepto Lumik entró en la celda con el rifle gauss en sus manos, sosteniéndolo como un niño a quien se le ha dado un rifle con el cual jugar, ante el ataque del Cuestor se encogió a la defensiva, sin mediar juicio o emoción alguna, hablo sin que le preguntara. -**Los Necrones mataron a los gu... guardias, el serv... servidor armado mató a lo... los Necrones.**

Tegas miró tras él, viendo un caos de destrucción y muerte, los restos cenicientos de las Hermanas de Batalla y algunos adeptos ayudantes de Lumik asesinados, restos de escoria fundida rodeaban al servidor caído, quien estaba tumbado hacia un lado y mortalmente herido, soltaba espasmódicas y patéticas patadas. -**No habríamos sido capaces de derrotarlos sin él**- dijo en voz baja.

-**Ellos rompieron inesperadamente su patrón de ataque**- explicó el adepto -**y uti... utilizamos ta... ta... tal ventaja.**

Tegas le devolvió la mirada a Lumik, con un impulso inconsciente inexplicable le arrebató el arma Xenos, era sorprendentemente ligera, casi como si estuviera hueca por dentro, su empuñadura se sentía mal de algún modo, inmediatamente, el Cuestor deseó estar lejos del arma, la repulsión física lo sorprendió por su potencia.

No era el momento de estar jugando con éstas cosas, no ahora, aún no.

Arrojó el arma de rayos hacía un rincón de la celda y empujó a Lumik a su paso. -**Tomen las armas de los servidores, también las que portaban las Sororitas y síganme**- salió tambaleante al corredor de piedra, aún permanecía colmado de humo que sus silbantes pulmones artificiales se encargaron de filtrar.

-**¿A dónde vamos?**- preguntó Lumik.

Tegas siguió caminando y no le respondió.



En un principio pareció que el asalto Necrón se cerraba alrededor de la garganta de los defensores del convento, con la certeza de una maroma de acero tensada, surgieron convergiendo desde tres puntos cardinales, algunos emergieron de la nada sobre las posiciones de bloqueo defendidas por las mejores guerreras de Sepherina, las armas tronaron en ambos bandos pero la escalada de víctimas humanas fue superior, las Hermanas de Batalla habían establecido un amplio despliegue defensivo para abarcar todos los ángulos de ataque, se adaptaron, movilizándose escuadra por escuadra en respuesta a las acciones del enemigo, cuyos ataques habían resultados tan precisos, que casi podría decirse que aguijonearon el convento con la precisión de un bisturí.

Las Hermanas los rechazaron con su masiva y concentrada potencia de fuego, resistieron, algunas murieron, pero las que sobrevivieron, heridas de muerte o no, se burlaron de las máquinas fortaleciendo su espíritu de lucha por pura fuerza de voluntad, con oraciones y actos de fe en sus almas, las Adepta Sororitas dejaron que el amor por su Dios-Emperador les guiara en la batalla, permitieron que su odio hacia los Xenos les impulsara más allá de la razón y la mera resistencia.

La línea Necrón se agrietó en otros sectores, como había ocurrido instantes antes tras el arrojo apasionado del Diácono Zeyn, se agrieto y rompió, la ola de acero que marchaba cambió repentinamente y empezaron a retirarse.

Guerreros e inmortales comenzaron a desaparecer gradualmente, escuadras tras escuadras, como si fueran teletransportados o expulsados por energías a través del espacio tiempo, el efecto dómino se hizo eco en sus líneas, fue sólo cuestión de segundos antes de que no quedase guerrero Xenos alguno dentro de los muros del puesto de avanzada de Santuario de 101.

El silencio cayó sobre las Hermanas de Batalla, el silencio y el lento amanecer de Kavir.



-El enemigo ha desaparecido por completo- dijo Cassandra a la Canonesa. -**Danae y Helena informan desde los puntos de contacto primario y secundario, que los Necrones se han dado por vencidos y se dan a la fuga-** su voz quedó atrapada por el viento, allí arriba donde se encontraba, en la suave pendiente del techo de la torre principal, podían ver la extensión completa de la fortaleza y el valle más allá de sus muros, buscó el brillo de la luz del sol sobre el acero y no lo encontró.

-**No-** murmuró Décima, de pie, a un lado junto a ella y la Hospitalaria, Verity había permanecido con ellos mientras la Hermana Zara se había retirado para prestar auxilio a los heridos.

Sepherina no advirtió la expresión en el rostro de la otra mujer. -**¿Esto es real?**

-**Aye** (es un sí, de acuerdo, por supuesto, descuide, expresado por militares, nt)- dijo Cassandra, incapaz de ocultar la incredulidad en el tono de su voz. -**El destino nos bendice, supongo que tal vez hemos contraatacado con fuerza y se han retirado tambaleándose-** miró a la vigilada. -**Tal vez esperaban derrotarnos fácilmente como sucedió la última vez que vinieron, pero en ésta ocasión estábamos listas para ellos-** por un momento, la Hermana de Batalla se atrevió a suponer que estaba en lo cierto, pero entonces esa esperanza se desvaneció, murió cuando Cassandra vio los vacios y fríos ojos de Décima, recordando el interminable ejercito que había visto en el complejo orbital Necrón.

-**Nunca he creído en el destino-** respondió Sepherina mirando a su alrededor, en ese momento, la Hermana Miriya y la Hermana Imogen surgieron desde el interior de la torre. -**Informe-** exigió.

Imogen compartió una cautelosa mirada con Miriya y se inclinó brevemente. -**Múltiples vectores de ataque, las bajas han sido altas pero logramos mantener la línea, el combate fue parejo hasta que...**

-**Hasta que se replegaron.**

-**Querrás decir, qué huyeron-** la corrigió Verity.

Miriya negó con la cabeza. -**Huyeron sugiere que han abandonado el combate**

y no ha sido así, simplemente han realizado un repliegue táctico, se están reagrupando.

-**¿Por qué habrían de hacerlo?**- preguntó Cassandra -**de haber mantenido la presión...**- no quiso proseguir, pero terminó. -**Habríamos sido derrotadas a la larga.**

-**Un tanteo**- respondió Sepherina -**están tanteando nuestras defensas, los Xenos nos estaban probando.**

-**Khaygis es su Nemesor, su comandante**- dijo Décima, palpó con un dedo huesudo sobre uno de los implantes de su rostro. -**Creo haberlo oído.**

-**¿Está ese... Nemesor... sigue allí fuera?**- Imogen avanzó confiadamente hasta el borde del techo y miró hacia el desierto.

-**Ellos nunca se fueron**- susurró la mujer harapienta con la mirada perdida en su interior, agobiada por los brutales recuerdos. -**Nunca, nunca se fueron.**

-**Todo parece estar más claro ahora**- dijo una nueva voz, las armas se volvieron en dirección al Cuestor Tegas, quien arribó junto con algunos de sus adeptos al tejado azotado por el viento.

Imogen frunció el ceño. -**¿Cómo lograste liberarte?**

-**Tus Hermanas lucharon con valentía**- dijo Tegas con solemnidad -**salvaron mi vida.**

Sepherina dio un precavido paso hacia los adeptos. -**O tal vez las eliminaste aprovechando la confusión.**

-**Entonces, ¿por qué habría de venir hasta aquí?**- le contestó. -**Usted reniega de mis conocimientos acerca de todo esto, Canonesa, se niega a aceptar mi colaboración, solo por el hecho de no poder ver más allá de sus prejuicios respecto a todo lo que no concierne a las Sororitas.**

-**¿Cómo te atreves?**- dijo Imogen llevando su mano a la empuñadura de su martillo de poder, pero Sepherina la detuvo con un gesto, Cassandra vio cuando la Canonesa autorizó a Tegas a continuar con una breve inclinación de su cabeza.

-Habla, continua, voy a dejarle hablar, incluso antes de tu ejecución.

Tegas olfateó. **-Sé más sobre los Necrones que cualquier otro ser humano sobre ésta arruinada roca, más incluso que éste juguete roto**- dijo señalando con el servo-brazo a Décima. **-Las muertes de sus Hermanas aquí, hace ya, ¿cuánto? ¿Ocho años, nueve, tal vez siete? Esas no fueron las primeras víctimas de nuestra especie en ser ejecutadas por éstas monstruosidades Xenos, ellos ya eran largamente conocidos, los ojos humanos ya habían cruzado sus miradas con los Necrones hace más de dos siglos antes de ese día.**

-Imposible- dijo Verity, aunque ella hablaba como si estuviera tratando de convencerse a sí misma. **-Una amenaza de tal gravedad... el Adeptus Terra no habría guardado silencio frente a semejante peligro para el Imperio.**

El Cuestor resopló ante ella. **-¿Todas ustedes son tan ingenuas?**- hizo una pausa, Cassandra se dio cuenta que estaba accediendo a alguna base en el banco de datos de su memoria interna. **-Solemnace, Morrigor, Lazar y Bellicas, ¿alguna de ustedes escuchó hablar de esos mundos?**- cuando ninguna de ellas respondió, él asintió con la cabeza y continuó. **-Y nunca lo harán, el Imperio se enfrenta a muchas amenazas tanto internas como externas, la gente común no necesita saber lo cerca que la garra del Necrón se encuentra de su garganta.**

-¿Cuántos ataques como éste han ocurrido?- exigió saber Sepherina **-dime que otra información ha compartido contigo el Inquisidor Hoth.**

-Te diré lo siguiente- dijo Tegas con un nuevo asentimiento **-esto ha sido una falsa derrota, sólo nos estaban tanteando, tal como usted misma dijo Canonesa, es un patrón esquemático usualmente utilizado por los Necrones en docenas de campos de batalla, los Xenos se han ido, sólo para reacondicionarse y rearmarse. Volverán y cuando lo hagan, será en tal número que la tierra temblará a su paso.**



CAPITULO XIII



Por un momento, Miriya pensó que la Canonesa daría la orden de ejecución, allí mismo, en lo alto de la azotea de la torre principal.

La Hermana de Batalla imaginó ese momento en su mente... a Sepherina gruñendo la orden, las otras Sororitas levantando sus armas, el aullido de los disparos, Tegas, con los brazos aleteando con cada impacto recibido y lanzado más allá del borde de la azotea.

Era lo que se merecía, después de todo había mentido a la Orden de Nuestra Señora Mártir, tal vez por años, el Mechanicus había explorado secretamente el área de los cañones, como si ello fuera poco, había guardado en secreto la amenaza mortal de los mismísimos Necrones.

-Deberías morir por lo que has hecho- dijo la Canonesa dando voz a los pensamientos de Miriya **-seria negligente por mi parte permitir que respiraras un instante más.**

-Eso sería un grave error- respondió Tegas con un tono de voz tranquilo que demostraba una falta total de temor, Miriya imaginó que tal apariencia era sólo un truco más entre su arsenal de mentiras, interiormente, el Cuestor debía de estar aterrorizado, si daba un paso en falso sería ejecutado allí donde se encontraba. **-Ya no tengo razones para guardar ningún secreto, mi Señora, los eventos sobre el terreno han superado las órdenes que recibí, ahora todos nos encontramos metidos hasta el cuello en la misma disyuntiva.**

Sepherina apartó la mirada, disgustada con él, su mirada osciló hacia el pálido

amanecer, se encontró con el fantasma nebuloso de la Luna de Obsidiana, aún alta y visible en el cielo.

Finalmente, ella volvió a hablar. -**Si lo que dices es cierto, debemos reformular nuestra estrategia defensiva**- la Canonesa miró a Cassandra. -**Ordena a las escuadras de defensa que desplieguen los generadores de escudo que rodean la cámara del convento y los redirijan hacia los muros de la torre principal.**

-**Eso dejará a nuestros sistemas generadores de energía sin protección**- dijo Verity.

-**Si los Xenos logran internarse tanto de nuevo, no importará**- Imogen asintió con gravedad, mientras Casandra hablaba en voz baja por el canal de comunicaciones.

-**¿Y él?**- Miriya señaló a Tegas con el cañón de su bólter.

-**Dejaré que viva por el momento**- dijo Sepherina, Tegas se relajó visiblemente -**sus habilidades y conocimientos pueden resultarnos necesarios**- ella se acercó a él. -**¿Entiende eso, misionero?**- Tegas se estremeció ante el peyorativo. -**En el instante que considere que carezca de cualquier valor táctico, se convertirá en un peso muerto.**

Miriya cargó su arma y miró al Cuestor. -**¿Así que esto es lo que vamos a hacer?**- se volvió hacia la Canonesa. -**¿Resistir y morir?**

-**¡Hermana Miriya!**- la espetó Imogen con dureza. -**Recuerde su lugar. ¡Hablará con respeto a la Señora!**

Ella se mordió el labio y se inclinó. -**Por supuesto... no quise faltarle el respeto...**- Miriya miró hacia arriba. -**Pero mi pregunta sigue en pie, debemos buscar una nueva estrategia mi Señora, si no llevamos la lucha a los Xenos... ¡Nos van a aplastar!**

-**No estás en posición de cuestionar las órdenes de tus superiores**-continuó Imogen. -**¡Pensé, que había aprendido claramente eso en Neva!**

Miriya la ignoró, concentró su mirada en Sepherina. -**Debemos hacer frente a ésta amenaza en su origen, debemos volver a la Luna de Obsidiana...-** su voz

se desvaneció **-todas sabemos la razón de ello.**

-**No estoy en desacuerdo**- dijo la Canonesa -**pero un ataque sería suicida, en miras de la innumerable cantidad de tropa con que cuenta el enemigo en la fortaleza alienígena**- ella miró de nuevo al cielo. -**Y tampoco tenemos naves para hacer tal viaje, no hay manera de regresar a la cámara que han descubierto en los cañones...**

-**Siempre hay otro camino**- dijo Tegas en voz alta, mientras cernía su capa agitada por el viento. -**Puedo proponer una solución.**

-**El cilindro de hierro**- se arriesgó Décima, quebrando su silencio al fin -**posee muchas cualidades y funciones-** apartó la mirada, murmurando a la nada con un tono de voz bajo y seco.

El Cuestor continuó, animado repentinamente por la idea. -**Ahora que lo he visto en funcionamiento, creo que me resultará posible convocar el portal mediante la configuración de su matriz... todo lo que se necesita, es una puerta de enlace Necrón activa dentro de la Luna de Obsidiana... podría abrir una vía de ingreso al complejo.**

-**Pero, ¿podremos destruirla?**- preguntó Cassandra directamente.

-**Él está mintiendo**- murmuró Décima. -**¡Cállate!**- dijo en un susurró a la voz que sólo ella podía oír.

Tegas no prestó atención a la vigilada. **-Al igual que nosotros, que poseemos un reactor en el interior de éste puesto de avanzada, los Xenos han de poseer un dispositivo dimensional fásico capaz de proporcionar energía a sus inmensas instalaciones... Sí Hermanas, puedo desactivarlo si me llevan allí.**

Imogen notó el tono ambicioso en las últimas palabras y levantó su arma de nuevo. -**¡El híbrido está en lo cierto! miente otra vez, de hecho, no tengo duda alguna de que sigue con sus intrigas, persiguiendo el fin de sus objetivos en su propio beneficio.**

-**¿El fin de mis objetivos?**- repitió Tegas. -**Incluso la más favorable de las ecuaciones de probabilidades ¡nos dan una tasa de éxito de uno en cada cinco mil iteraciones! En éste momento, ¡el mayor beneficio para mí,**

Hermana Superiora, es sobrevivir!

Los vientos se llevaron las airadas palabras del Cuestor... durante un instante, solo sonó el bajo aullido del viento y la arena sobre la piedra.

-**Vamos a resistir y luchar**- dijo Sepherina al fin -**es nuestra manera de ser, somos el baluarte inquebrantable que mantiene a distancia al enemigo de la humanidad, siempre ha sido así**- dijo sosteniendo la mirada de Miriya. -**Nuestras Hermanas murieron aquí y para honrar su memoria, mantendremos ésta posición, lucharemos hasta agotar el ultimo proyectil, si el Dios-Emperador, así lo decreta**- ella avanzó un paso en dirección al borde del tejado. -**Y mientras luchemos con ellos, vosotras Hermanas, entrarán en las catacumbas de las máquinas alienígenas y cortarán sus gargantas.**

-**¿Está segura de ese curso de acción?**- preguntó Imogen.

Sepherina asintió. -**Si no hacemos nada, Santuario 101 caerá en silencio una vez más, la historia se repetirá.**

El fantasma de una sonrisa surcó parcialmente el rostro de Tegas y se desvaneció tan rápidamente como había surgido, quizás fue el resultado de un recuerdo emotivo de los verdaderos sentimientos del Cuestor, quien ahora se mostraba victorioso... tal comportamiento no fue soslayado por Miriya.

Se decidió a desafiarlo. -**¿Por qué tenemos que depositar nuestra confianza en el Adeptus Mechanicus, cuando contamos en nuestras filas con una Hermana de Batalla cuyo conocimiento de los Necrones superan los de Tegas?**- preguntó, inclinando la cabeza hacia Décima.

La otra mujer reaccionó retorciéndose las manos. -**No**- murmuró arrastrando las palabras -**no, no, no vayáis, no volváis allí otra vez.**

-**¿Confiarán más en ésta...**- Tegas hizo una pausa, luchando por encontrar la palabra adecuada -**alma dañada, que en mí?**- se acercó a ella, Décima le rehuyó. -**¿Acaso, tiene usted alguna idea de lo que realmente es?**

-**Los Necrones le hicieron esto, el Cryptotecnólogo, aquel que se hace llamar Ossuar**- Décima se estremeció cuando Verity pronuncio el nombre, resultaba extraño, pues en el interior de las cavernas y del complejo Xenos, la hibrida

Hermana de Batalla se había mostrado fuerte y desafiante, pero aquí y ahora, estaba acobardada e inquieta.

-**Perderemos si esperamos**- susurró con los ojos perdidos y fijos en algún incognoscible punto distante. -**Si... si...**

Tegas abrió su capa con un gesto teatral. -**Parece ser, que la única forma en que puedo demostrar la honradez de mi palabra, es dando ejemplo, lo haré, les demostraré la patética realidad de éste pobre ser desgraciado**.

-**¡Ella es un ser humano!**- insistió Verity.

-**¿Tan humana como lo es un Marine Espacial?**- contestó Tegas. -**¿Cómo un psíquico, un ogrete, o un ratling** (‘Homo sapiens minimus’ subespecie humana, muy parecido a un hombre rata, grandes francotiradores, nt)**? ¿Tan humana como pueda serlo yo?**- él activó sus apéndices manipuladores frente a Décima, ésta se mantuvo firme, mordiéndose las cicatrices de sus labios.

La punta de una de sus mecadendritas se abrió cual flor de metal, de su interior surgió un grupo de cristalinas paletas triangulares que comenzaron a girar hasta adoptar con un clic una perfecta forma circular, semejante a una lupa de gran tamaño, la lente se empañó... luego creció en definición a medida que Tegas escaneaba la piel de Décima a escasos centímetros, el ingenio bombardeó el cuerpo con ondas de terahercios sin causar ningún daño, gradualmente el cuerpo de Décima se vio reflejado tridimensionalmente... a través del hueso y la carne, se tornó visible la cruda realidad de la gran cantidad de implantes metálicos injertados.

-**Es un sujeto de pruebas**- concluyó Tegas con un tono distante y clínico. -**Ese científico Necrón que ustedes han mencionado... estaba experimentando con la anatomía humana... pero necesitaré realizar una disección completa para saber con certeza que es lo que él estaba tratando de probar.**

-**Tú no vas a tocarla**- sostuvo firmemente Miriya.

-**¿No?**- Tegas trasladó el objetivo hacia arriba, hasta la cabeza de Décima, quien intentó retroceder entre susurros y gemidos. -**Cuando veas esto, cambiarás de opinión.**

La lente descubrió la estructura craneal de la vigilada, representada en diversas capas de color y densidades fotónicas, advirtieron con claridad la presencia de un dispositivo fijado a la región occipital, un dispositivo que Miriya había visto anteriormente en los pasillos de la Luna de Obsidiana.

Era una variante de los extraños escarabajo mecánicos Necrones, una variable más pequeña de las que habían visto, su forma maligna estaba adherida o sujeta a la carne en el interior de su cuello, sus apéndices finos como agujas incrustados en su columna vertebral, la Hermana de Batalla pudo advertir cierto movimiento mientras lo observaban... como si estuviera vivo.

-**Lo siento**- dijo Décima y comenzó a llorar -**lo siento, lo siento, lo siento...**

-**No sabemos qué nombre tienen los Xenos para esto**- dijo Tegas, en un tono intimidatorio. -**El Inquisidor Hoth los llama piratas cerebrales, aunque creo que el término resulta excesivamente fantasioso hasta para mí.**

Cassandra la apuntó con su bólter. -**¿Un dispositivo de control mental?**

-**Sí**- asintió Tegas -**pero éste parece estar dañado**- dijo mientras señalaba sectores oscuros del caparazón del ingenio. -**Puedo arriesgarme a asegurar, que el mal funcionamiento del escarabajo adherido ha sido lo que le permitió huir de los Necrones hace tantos años, eso le ha permitido, con ciertas limitaciones, hacer uso de su propia voluntad.**

Verity parecía enferma, posó una mano sobre el brazo de Décima y la otra mujer se echó hacia atrás como si la hubiera quemado. -**Ella oye voces en su cabeza... ¿es el Cryptotecnólogo quien la atormenta?**

-**Tal vez**- dijo Tegas -**pero también podría tratarse sólo de su corrupta mente manifestándose, los traumas ocasionados en la psiquis humana tienen efectos impredecibles.**

Imogen frunció el ceño. -**Eso no tiene importancia, de todas maneras ella no es de fiar**.

-**Podría decirse lo mismo de ti**- replicó Miriya señalando al Cuestor.

-**No**- dijo una voz serena, la mirada de la vigilada se perdió por encima de ellos.

-Lo que el Adepto sostiene es verdad, soy imperfecta, soy un peligro para ustedes... si me mantienen demasiado cerca, Ossuar nos verá... puede ver a través de mis ojos.

-Eso no puedes asegurarlo- insistió Verity.

-No pueden correr ese riesgo, Hermanas- dijo Décima con profunda firmeza.



Desde lo alto de su monolítico, en el trono de mando, el Nemesor Khaygis escrutó las filas de sus tropas, líneas de prestos guerreros, algunos avanzaban hacia los portales del complejo orbital, otros regresaban para su regeneración tras la oleada del ataque inicial, los guerreros, Inmortales y Necro Guardias, se aguardaban inmóviles esperando la orden de avance, el resto de su ejército permanecía detenido en el tiempo, a la espera de su despertar, aguardando el momento de la matanza.

El Nemesor miró sobre las almenas del monolito, los motores anti-gravitatorios que le sostenían emitían un persistente y resonante zumbido que latía en el aire, Khaygis hizo una pausa para tomar un momento de comunión, conectó su intelecto a la amplia matriz de control que se extendía entre todos sus soldados menores, escaneó sus recuerdos recientes y cotejó la información obtenida.

En cierto sentido los guerreros eran apenas conscientes, antes de la gran liberación, antes de la agraciada biotransferencia, estos habían conformado la casta inferior de la sociedad Necrón, los trabajadores, los criados y los pobres; los dioses estelares los habían liberado de la tiranía del pensamiento consciente, de la emoción y el carácter, hasta dejar únicamente la mínima expresión de su esencia, la menor chispa posible de vida animada, rendida, sin alma y servil.

¿Cuán complacidos debían estar? Reflexionó Khaygis, al no tener la necesidad de pensar por sí mismos de nuevo.

Sus superiores, los Inmortales, habían sido los soldados de las dinastías en la época de la carne, sus renacidas formas reflejaban ese hecho, los Inmortales

estaban mejor armados, poseían mejores armaduras y mantenían aún una mínima fracción de su esencia, no la suficiente como para merecer un nombre por supuesto, pero sí la suficiente como para que su formación marcial se mantuviese intacta, tenían un rendimiento eficiente después de todo, no resultaba necesario perder tiempo y esfuerzo en su formación, pero a pesar de ello, su inteligencia limitada solo les permitía la existencia en momentos como éste y nada más, ellos eran armas andantes, herramientas de asesinato y desarrollaban su función de forma admirable.

Khaygis no recordaba su biotransferencia, lo único que recordaba era despertar en el cuerpo de la máquina, latente de poder y potencia letal, el recuerdo esencial de ese glorioso momento era una sensación de absoluta libertad, libertad de las cosas pequeñas, como el decaimiento de su forma orgánica y los códigos morales sin valor de los seres mortales.

El Nemesor no recordaba su vida antes de la elevación, esa parte de él había sido editada y desechada, debía de haber sido un ser de alto rango como para que se le permitiera conservar determinados elementos de su personalidad, eso era suficiente explicación para él, el primer acto que Khaygis había realizado con su nueva forma mecánica, había sido arrodillarse frente a su nuevo amo, el Señor de la Tormenta Imotekh.

Otros no tuvieron tanta suerte, por supuesto, algunos no lograron atravesar el ojo de la transformación sin sufrir daños, algunos sufrieron deformaciones por distorsiones propias que tardaron inclusive milenios en manifestarse, entre ellos se encontraban los Destructores, los Berserker de los Necrones que sólo buscaban la destrucción de todo lo que encontraban en su camino, sus desnudas mentes hacían esto posible debido a fallas biotécnicas de la memoria, putrefactas y consumidas por el descreimiento, conteniendo ya sólo el deseo y el impulso de matar, nada más. Pero aún estos, en nada se podían comparan con el horror abominable de los Desolladores, impulsados por una compulsión que los heraldos llaman 'la maldición', acuden al derramamiento de sangre orgánica como carroñeros, los Desolladores se visten a sí mismos con la piel muerta que saquean de los cadáveres en los campos de batalla, algunos sostienen que están poseídos por una locura obsesiva a causa de la carne que han perdido, como si estuvieran tratando de reconstruirse a sí mismos a partir de los cuerpos del enemigo, otros sostienen que uno de los Dioses estelares asesinados, liberó un supuesto virus como un último acto antes de perecer en la guerra en el cielo, que

algún día llevará a toda su raza por el mismo camino.

Khaygis detestaba ambas clases de aberraciones, jamás permitiría que formasen parte de sus tropas de batalla, tal vez ello era el resultado de algún elemento consciente persistente del ser que alguna vez supo ser, pero lo cierto era que el Nemesor veía el combate como un acto sagrado, un lugar donde todas las verdades podían ser puestas a prueba, donde podía encontrarse las respuestas a todas las preguntas, si él aún fuera capaz de experimentar ciertos estados emocionales, podría decirse a ciencia cierta que Khaygis apreciaba la guerra tanto como un padre a su hijo.

El Nemesor concluyó el cotejo de datos y comenzó a procesar la información reunida, en un solo instante, fue testigo de todo, de cada simple y esporádico contacto, vio cada enfrentamiento, cada muerte, cada disparo de laser, tesla o explosión, trazó como el General que era, un mapa mental del centenar de acciones individuales afrontadas por sus guerreros, todas al unísono y superpuestas, vio donde los caídos fueron abatidos, él supo donde era posible la victoria, presenciando cada uno de esos breves instantes, Khaygis, en quien se centraba la información del banco de datos común, absorbió toda ésta información.

Cuando estuvo listo, el Nemesor cortó el vínculo y una luz esmeralda brilló con intensidad en sus ojos, tenía un plan, obtenido tras procesar la información recogida durante el primer asalto, tenía sus soldados, que superaban largamente la cantidad de mujeres apostadas en el interior del puesto de avanzada.

En su mente, Khaygis ya había dado forma a su victoria, era inevitable que los Necrones abrumaran a los invasores humanos, sólo restaba ahora la tediosa tarea de los asesinatos reales, la estrategia de muerte que él había formulado debía ser puesta a prueba.

Detrás de él, un fuerte destello luminoso color jade se derramó desde el cristal de poder que coronaba la cima del monolito, enmarcando al Nemesor con el cambio de las auroras mientras señalaba con su guantelete de fuego, Khaygis apuntó con él a través del inmenso desierto, hacia el valle próximo donde los compuestos orgánicos vivían sus últimos momentos de vida mortal.

Él transmitió el plan de batalla a su cohorte, volcó en sus mentes hasta el más

mínimo detalle sin dar cabida a interpretaciones equívocas, les dijo a todos donde debían ir y que debían matar.

Entonces Khaygis dijo una simple y única palabra, su vocalizador lo transmitió a través del sistema de resonancia a bordo de su monolítico trono de mando, si bien para él ello resultaba innecesario, la finalidad del gesto ritual así lo requería.

-**Ejecutar**- esa fue la palabra. Entonces, sin mediar gritos de batalla o euforia en modo alguno, sin miedo ni vacilación, el ejército Necrón inició su marcha hacia Santuario 101.



-**Esto podría tratarse de una estratagema**- dijo Verity en voz baja, lanzando sus palabras para que sólo Miriya pudiera oírlas.

La Hermana de Batalla la miró desde donde estaba agachada, mientras chequeaba el estado de su equipo de combate antes de embarcarse en su misión. -**¿Crees que no lo he pensado?**

Verity miró las paredes de la Gran Capilla e hizo una mueca. -**Ya es suficiente que tú tengas que hacer esto... pero que él deba activar el ingenio Xenos aquí, en éste lugar sagrado...**

-**Éste sector cuenta con la mayor protección dentro del convento**- le recordó Miriya.

-**En efecto**- respondió Verity -**pero aún lo siento como un sacrilegio.**

-**No estoy en desacuerdo**- dijo la otra mujer con gravedad, hizo una pausa. -**Soy muy consciente de las intenciones de Tegas, reservó un proyectil del bólter sólo para él... para cuando llegue el momento.**

-**Los Adeptos Mechanicus no permanecen fieles, no como nosotras**- insistió Verity.

-**No todos son como él**- fue la respuesta. -**He luchado al lado de Adeptos que**

han demostrado su fidelidad al servicio del Trono Dorado, Tegas no es el mejor de ellos, en ninguna medida ni manera.

-**Sirven a una deidad adulterada**- continuó la Hospitalaria -**adoran al Dios Máquina, que es solo un aspecto del Dios-Emperador... ¿cómo puede cualquiera de ellos advertir su verdadera gloria, tal como nosotras lo hacemos?**

-**Podemos debatir sobre teología si lo deseas, Hermana Verity**- dijo Tegas desde el otro extremo de la cavernosa sala mientras se aproximaba flanqueado por Cassandra y Danae. -**Pero discúlpeme si le digo que éste no es el momento ni el lugar para ello.**

-**Él me escuchó...**- susurró Verity.

Miriya le susurró al oído. -**Con todos los augmeticos hacinados entre sus huesos, supongo que es capaz de oír las pisadas de cada mosca de arena dentro de éstas paredes, si así lo desea.**

-**Y más aún**- dijo el Cuestor con una fría y avariciosa sonrisa.

-**Es suficiente**- dijo la Canonesa quien permanecía cerca, le hizo señas a la Hermana Ananke quien se acercó portando una cápsula de almacenamiento en dirección a Sepherina, abrió cautelosamente el contenedor y retiró la silueta gris del pergamino de hierro, Ananke parecía rebelarse físicamente ante la proximidad del dispositivo, Décima acechaba tras las sombras de los pilares tras ellas, mirando los acontecimientos y ocultando su mirada bajo la capucha.

-**Entrégaselo**- ordenó la Canonesa.

Así lo hizo Ananke, más que contenta de librarse del artefacto Xenos, Tegas lo tomó con entusiasmo y ella retrocedió mientras aprestaba tensamente su bólter, cerca de allí, la Hermana Imogen y un tercio de las Sororitas ya habían desenfundado sus armas y apuntaban a la cabeza de Tegas.

Él fingió un suspiro decepcionado. -**¿Es esto realmente necesario...? he dado mi palabra de que voy a cooperar con ustedes.**

Sepherina no hizo ningún ademan como para que las Hermanas de Batalla

depusiesen sus armas. -**Haz que funcione**- dijo ella **-y sabed que si nos traicionas de cualquier manera, no vivirás para ver las consecuencias de ello.**

-**Dios nos libre**- respondió el Cuestor -**después de todo mi querida Canonesa, ambos queremos lo mismo.**

-**¡Hazlo!**- ladró Imogen con su paciencia agotada. -**¡Ahora!**

-**Como ordenes**- Tegas volvió sus apéndices manipuladores hacia el pergamino enrollado y acarició su superficie trazando círculos y líneas, formando trazos en la simbología Xenos.

La atención de Verity se vio atraída cuando oyó a Décima dar voz a un suave gemido, luego al segundo siguiente el ingenio Necrón pasó de su estado inerte a brillar fantasmalmente, retorciéndose con finas líneas de energía verde.

Tegas reaccionó con sorpresa, sus ciber-extremidades adoptaron rígidas posturas, a pesar de lo cual sostuvo con esfuerzo el dispositivo, el metal viviente Xenos vibró en su agarre, mutando sus formas con una fluidez inquietante que puso a Verity la piel de gallina, en primer lugar se expandió como un libro de textos lleno de simbología, luego formó un abanico angular de hojas metálicas luminosos y coloridas, a continuación cambió por un breve instante a la forma de un cubo y de seguido a una vara, antes de que finalmente se desenrollara en finas líneas que flotaban en el aire como tallos movidos por la brisa.

-**¡Sí!**- exclamó el Cuestor eufórico -**ahora lo tengo**- la emoción humana parecía fuera de lugar viniendo de un Adepto del Mechanicus.

Las antes finas líneas aumentaron en longitud y diámetro, Tegas liberó el dispositivo de su agarre para que fuera libre de reformarse a su máxima expresión, volvió a reformarse, sus formas volviéndose unas sobre otras, sus brillantes extremos comenzaron a unirse lentamente atrayéndose unos a otros, la aleación Xenos finalizó con un sonoro clic metálico su transformación circular, lo suficientemente amplia como para que un ser humano pudiera pasar a través, una nebulosa red de energía comenzó a entretejerse en el centro del anillo, con una aspecto de exótica radiación brillante, Verity se sintió atraída por la fascinante luminosidad, por sus colores casi seductores...

...y alienígenas, ella sacudió la cabeza y se obligó a romper el contacto visual, la membrana que dio forma al portal se estremeció, parecía inofensiva ahora que la veía allí, pero Verity había visto con sus propios ojos lo que había al otro lado de ese umbral, los ejércitos infinitos y sus desalmadas máquinas esperando el momento de despertar.

La sola idea de que le ordenasen volver allí, la llenaba de un pánico glacial, ella arriesgó una mirada desapercibida hacia la Canonesa *¿Le ordenaría Sepherina que lo hiciera?* Verity se sintió avergonzada por su miedo, pero no podía dejar de rezar en silencio para que la orden no se impartiera.

Nunca había estado en un lugar como el complejo Necrón, un lugar donde la ausencia de espíritu era casi una cosa tangible que pudiera palpar o degustar, la Hospitalaria luchó por ordenar sus pensamientos, por encontrar las palabras adecuadas que pudieran definir la sensación que dicho lugar le había provocado, era simplemente... vacío, un vacío como ningún otro, un lugar donde la fe, por si misma, no podría arraigar.

Se estremeció con el pensamiento, entonces Décima se atrevió a hablar.

-**Les queda muy poco tiempo**- dijo la harapienta mujer. -**El uso prolongado del dispositivo atraerá su atención, deben darse prisa.**

Sepherina se concentró en Tegas. -**¿Has terminado, funcionara?**

-**Así es**- asintió dos veces.

La Canonesa apartó la mirada del adepto y la concentró en la Hermana Superiora. -**Imogen, reúne un equipo y avanza hacia la fortaleza Xenos, sus órdenes son destruirla o morir en el intento.**

La otra mujer dio un seco saludo. -**Entendido**- Imogen escruto los rostros de las demás Hermanas de Batalla que la rodeaban. -**Necesito cinco mujeres de templado espíritu, prestas a cumplir con la voluntad del Dios-Emperador en el día de hoy, tal vez nunca regresen de ésta misión y mueran en suelo Xenos ¿Quién se unirá a mí?**

-**Yo lo haré**- Miriya fue la primera en dar un paso hacia adelante, en respuesta a las últimas palabras que salieron de los labios de la Madre Superiora, Verity no

había esperado menos de su amiga.

-**Y yo**- Danae levantó su rifle de fusión, a su lado, la Hermana Ananke asintió solemnemente ante su afirmación.

-**Aquí o allá**- dijo Cassandra, sumándose al grupo -**donde sea, importa poco, mientras sea en Su nombre.**

La Hermana Pandora fue la última en ofrecerse, devolviendo el saludo a Imogen. -**Sí.**

-**Cuanto honor**- exclamó un recatado Tegas, tomó una pausa para respirar y dijo -**creo que lo más aconsejable sería enviar en primer término a alguien que explorase...**- miró hacia sus jóvenes adeptos, Verity los vio retroceder presas del pánico, pues ninguno de ellos quería pasar a través del portal y aún menos ser los primeros en posar un pie en una trampa Necrón.

-**Usted dijo que estaba listo**- dijo Sepherina, acercándose a Tegas. -**El paso está abierto ¿o no?**

-**Sí, pero sería prudente...**

Ella nunca lo dejó terminar, con una rápida floritura de movimiento, la Canonesa tomó los bordes de la capa del Cuestor y con la fuerza aumentada por la musculatura artificial de su armadura de poder, levantó a Tegas en el aire y lo arrojó hacia la membrana brillante.

Su boca intentó evocar un grito, pero fue interrumpido cuando atravesó el portal y se desvaneció en la nada, despidiéndose con una única emisión de energía luminosa como prueba de ello.

Una sonrisa cruel se formó en el rostro de Imogen por un momento, luego se desvaneció. -**Escuadra lista, mi Señora.**

-**Asegúrese de que el Cuestor mantenga su palabra**- Sepherina inclinó la cabeza. -**Que las bendiciones del Trono Dorado sean con ustedes, mis Hermanas, Ave Imperator.**

-**¡Ave Imperator!**- exclamaron a coro las Hermanas de Batalla.

-Buena suerte- dijo Verity, sintiendo como un sentimiento de pérdida presionaba su pecho.

Miriya se detuvo ante el umbral y le dirigió una inclinación de cabeza, luego entró al portal y la luminosidad brilló en la cámara.

Décima observó a las mujeres avanzar, una tras otra, con los ojos entornados distantes e ilegibles.



El primer asalto había sido un tanteo lento y constante, pues así lo había previsto el comandante Necrón, sus tropas menores y de menor valor, le habían permitido evaluar el poder del enemigo y la disposición de los defensores humanos dentro del puesto de avanzada.

El segundo ataque fue rápido y fluido, bajo la cobertura de las bajas nubes de arena que levantaba el calor del amanecer, el enemigo se acercó al convento y rompió en una marcha veloz cuando quedaron al alcance visual de los defensores, los Necro Guardias, Inmortales y guerreros avanzaban en formaciones que fluían alrededor de los accidentados afloramientos de roca y sobre las dunas, tal como lo haría una horda de langostas.

Liderando el avance se encontraba un monstruo de hierro.

El Acechante de la Triarca, era una máquina imponente, un trípode gigante de forma arácnida, avanzaba sobre tres extensiones semejantes, a cada lado, las extremidades parecían grandes hojas afiladas, cuyos extremos culminaban en durísimas puntas de flecha que horadaban la tierra allí donde pisaba, el conjunto de lentes sensores sobre el cuerpo del ingenio le daban un aspecto similar al rostro de un arácnido, éste se acentuaba aún más con las garras manipuladoras que sobresalían como mandíbulas abiertas, era conducido por un Pretoriano de la Triarca montado en el nexo de mando superior, todas las funciones del soldado Necrón se sintetizaban con la gran máquina de guerra. Las primeras descargas de rayos, disparadas por los largos rifles de los tecno guardias personales de Tegas, fueron absorbidos sin causar daño por los escudos cuánticos de dispersión que

protegían el cuerpo del Acechante.

Las fauces de un cañón de brillante color carmesí, peinaba el terreno en todas direcciones buscando un objetivo adecuado, de pronto, acompañado por un aullido descargó un rayo de calor, cuyo arqueado curso impactó sobre la almena que flanqueaba la puerta principal, donde los tiradores de Tegas habían establecido sus posiciones de tiro, la roca sobre la almena se tornó de un color rojo opaco, se derritió y fluyó cual lava, mientras los tecno guardias morían gimiendo como antorchas humanas.

Era la señal de que el asalto final había comenzado, cada Hermana de Batalla en la línea de defensa comenzó a abrir fuego a discreción contra los Necro Guardias, guerreros e Inmortales devolvieron el odio con precisos disparos de rayos hacia las rocas desnaturalizadas y cenicientas, atacando allí donde fuera que se encontrase el objetivo previamente indicado, los Necro Guardias encabezaban el ataque, bloqueando disparos mortales con sus altos escudos de dispersión, con sus guadañas de guerra se abrían camino, cortando limpiamente y con rápidos mandobles las picas de contra infantería que encontraron en su camino, los hoscos Acechantes de la Triarca avanzaron cubriendo los flancos, esquivando los rayos de plasma palpitante mientras lanzaban dispersos rayos calóricos, rociando con fuego los sectores donde la muralla había sido ya en parte violada.

Arriba, en las almenas, la Hermana Helena se arrojo a un lado cuando un silbante rayo verde cayó como granizo sobre la posición que ocupaba, maldijo por lo bajo, afirmó su bólter a su coraza mientras se incorporaba.

-**Informe**- gritó, cuando vio a la Hermana Isabel. -**Mi comunicador vox está inactivo.**

-**Todos los comunicadores vox están inactivos**- la corrigió Isabel -**no me preguntes cómo, pero las máquinas han neutralizado todas las frecuencias**- debió gritar para hacerse oír por encima del ruido generado por las otras Hermanas de Batalla a su alrededor, todas disparando hacia abajo, en dirección al avance enemigo con una cacofonía de gruñidos bólter.

-**Me lo temía, es el monolito**- dijo Helena con gravedad. -**¿Lo has visto allá afuera? Es como un castillo a la deriva, allá a lo lejos, tras sus líneas... emite**

algún tipo de campo electromagnético que interrumpe nuestras comunicaciones, están tratando de aislarnos.

-**Nos superan en número**- dijo Isabel. -**Son cinco, o quizás diez veces más, mensajeros de las murallas sur y oeste dicen que hay más por venir tras los medaños de arena.**

-**¡Bah!**- Helena escupió y ejecutó un rápido disparo, que impactó en la garganta de un Inmortal, a quien decapitó. -**¡Que el Dios-Emperador nos maldiga, si permitimos que estos juguetes mecánicos vuelven a profanar éste lugar!**

El gemido de una mujer a sus espaldas captó su atención, Helena se volvió a tiempo para ver una Sororitas caer hacia el afloramiento de rocas al pie de la muralla, la mitad superior del torso de la Hermana era una ruina ennegrecida por el humo y la carne en brasas, segundos después, otro haz de calor las golpeó cerca, estalló en el aire sobre ambas como un trueno.

Isabel silbó como un gato enojado y Helena se tragó una punzada de sufrimiento cuando la cola de su cabello crujió envuelta en llamas, apagó las mismas con palmadas de su enguantada mano. -**Ese maldito caminante**- gruñó la veterana -**debemos acabar con él.**

-**¿Con que? ¿Con himnos y sermones? Por si no te has dado cuenta es un blindado.**

Helena asintió con amargura -**El Tybalt se ha ido y con él nuestras esperanzas de refuerzo o evacuación...**- su voz se desvaneció.

-**Lo segundo nunca habría ocurrido**- dijo Isabel. -**El Adepta Sororitas cedió terreno aquí una vez, no deshonraremos a los muertos haciéndolo de nuevo.**

-**Aye, eso es verdad, pero creo tener una solución**- respondió Helena. -**¿Cuántas granadas te quedan?**

-**Aún tengo cuatro.**

La veterana puso las suyas en las manos de Isabel. -**Toma las mías también, átalas y sincroniza los detonadores**- se arriesgó a mirar por encima de las almenas, el Acechante estaba deteniéndose en un lugar, plantando sus patas y

preparándose para lanzar una nueva tanda de disparos contra el muro, si lograba abrir aún más la brecha, la línea simplemente se derrumbaría, Helena podía ver movimientos bruscos de una cabeza Necrón cableada al núcleo de la máquina, levemente visible tras las placas de blindaje.

-¿Qué piensas, Hermana?

-Pienso en un acto audaz y tonto como para una vieja como yo... cuando sea el momento adecuado, lanza las granadas contra el escudo y yo haré el resto- no esperó la respuesta de Isabel, en lugar de ello, Helena se lanzó en una veloz carrera a lo largo de la línea de las almenas en dirección a la siguiente torre, ahora era un tocón quemado, desgarrado por las rachas sostenidas del fuego enemigo.

Los impactos de los disparos de los Necrones encendieron el aire a su alrededor con llamas verdosas, Helena sintió como las moléculas de aire dentro de sus pulmones parecían estallar, el aroma acre del ozono invadió sus fosas nasales, a pesar de ello, logró aproximarse a los restos ennegrecidos de la torre siguiente, rodando y parapetándose tras una roca que aún seguía al rojo vivo, su puntería no tenía parangón en la Orden, o ello era lo que la veterana quería creer, lo cierto era que ahora iba a demostrarlo.

Isabel hizo exactamente lo que se le pidió, un racimo de granadas perforantes describió un estrecho arco hacia abajo, hacia las placas blindadas del Acechante de la Triarca, detonando en el preciso momento del impacto, la fuerza de la explosión inhabilito el escudo cuántico por un instante, tiempo suficiente que Helena utilizó para soltar tres ráfagas letales sobre el Pretoriano que dirigía el ingenio.

La máquina de guerra Necrón trastabilló como un animal tambaleándose sobre su eje, pisó una docena de guerreros de su propia especie mientras perdía el equilibrio, Helena oyó a Isabel y algunas de las otras mujeres en la línea de fuego soltar gritos triunfantes, pero incluso mientras lo celebraban, ella supo que el festejo era prematuro.

El Acechante estaba herido, y herido de gravedad, pero a pesar de ello, su desesperado plan no lo había eliminado de forma definitiva, en lugar de ello, la máquina se precipitó contra la muralla con la inercia propia de la velocidad y

brutalidad de la caída, logrando así cumplir el cometido que había perseguido desde un principio.

Lenta y tortuosamente, con un sonido similar al de un trueno, las agrietadas murallas se hundieron y abriendo así el paso, Helena vio los bloques perdiendo solidez y cohesión, cayendo unos tras otros, el acechante se desplomó sobre la articulación de sus patas y allí quedó retorciéndose, pero al igual que las crías de una araña, su cuerpo se vio engullido por líneas de guerreros Necrón pululando sobre el caparazón de la máquina de batalla caída... fluyendo hacia el interior del convento a través de la grieta abierta en la muralla.

Helena sintió como se helaba la boca de su estómago, debió obligarse a ponerse en pie, se volvió recargando su arma, y por primera vez, en lo que parecieron horas, miró al interior del puesto de avanzada.

El ala central y el solario era una masa de humo y fuego, esa brecha era solo la más reciente entre otras, había esqueletos vivientes avanzando a tropel, rayos verdes iban de un lado a otro, gritos, polvo y muerte por todas partes, cerró sus ojos.

La segunda caída de Santuario 101 había comenzado.



CAPITULO XIV



Se preparó para la transición una vez más, pero nada que Miriya pudiera hacer sería suficiente para afrontar la experiencia.

El vértigo, el febril y enfermizo movimiento sin moverse, el giro y los bandazos que hacían tambalear sus percepciones, se sumió en todo ello al zambullirse a través del portal, en ese espacio intemporal ya no estaba atravesando una puerta, estaba cayendo, derrumbándose, precipitándose hacia un imposible e infinito agujero colmado de luz y sonido, un vacío a través del cual parecía que caería por siempre. Miriya se retorció expuesta a dimensiones que eran poco naturales para la especie humana, se aferró a su fe como lo había hecho antes y oró hasta que todo acabó.

Un extraño y translúcido hielo cubrió su cuerpo por la fuerza del tránsito, crujió cuando ella dio el siguiente paso, el metal sonó bajo sus botas y ella se enojó con el roce de la fina escarcha sobre su carne, escupió restos de ésta, su piel se sintió desnuda y quemada por un viento crudo.

-**Por los ojos de Katherine...**- murmuró Ananke, agachado cerca del suelo. -**¿En el nombre de Hades que ha sido esto?**

-**Sólo el paso por el portal, Hermana**- informó Miriya ofreciéndole a la adusta mujer una mano, que aceptó.

-**Cuando hayamos terminado aquí, voy a volver**- fue la insólita respuesta, la tozudez en sus palabras dibujaron una cruel sonrisa en los labios de Miriya.

A su alrededor, las otras Hermanas de Batalla se estaban recuperando, recobrando la compostura y escrutando la oscuridad en busca de contacto con el enemigo, Miriya parpadeó tratando de liberar las gotas de agua fusionadas a sus pestañas mientras se reagrupaban.

Detrás de ellas, un corte cuadrado perfecto sobre el flanco de una negra y pequeña pirámide se ondulaba como un charco de agua, burlándose de cualquier teoría sobre la gravedad, el resplandor que proyectó descubrió la presencia de variados tipos de pirámides que se proyectaban en la distancia, formadas linealmente frente a ellas, Miriya sufrió un leve estremecimiento como producto del reconocimiento.

-**El solar de los monolitos, de aquí huimos antes**- empezó a decir -**hemos vuelto al mismo sitio.**

-**No**- dijo Imogen, ampliando la panorámica con el haz luminoso activo bajo el cañón de su bólter. -**No es el mismo lugar, es otro solar lleno de sus máquinas infernales, casi idéntico en cuanto a forma y función.**

Miriya consideró tales palabras y se dio cuenta de que Imogen estaba en lo cierto, había menos luz en éste ambiente, las sombras eran profundas y melancólicas, los monolitos latentes eran de una librea diferente, advirtió las abundantes líneas de detalles en oro, perdidas bajo gruesas capas de polvo.

-**¿Ves esto?**- preguntó Pandora -**éste glifo, ahí, se repite en todos estos monolitos**- indicó señalando una forma que se asemejaba a una flecha rota, con la punta embotada, su eje formado por púas y con un corte circular en la hoja.

-**He visto eso antes**- dijo Miriya -**la criatura que encontramos, el Cryptotecnólogo... llevaba esa marca sobre sí mismo**- se golpeó el peto señalando la ubicación, su voz se apagó al advertir que algo andaba mal. -**¿Dónde está Tegas?**

El Cuestor no estaba por ningún lado, cada una de las Hermanas de Batalla activó los lúmenes de sus armas, iluminando el volátil polvo del ambiente con finos rayos, detrás de ellas, el portal sobre el monolito fue desapareciendo, perdiendo su poder, tras escasos segundos desapareció, el monolito adoptó su estado de solidez habitual, que lo asemejaba a poco más que un cristal vítreo.

-El Adepto, maldito sea, atravesó el portal sólo un instante antes que nosotras...- dijo Danae, con el ceño fruncido. **-¿Es que acaso las máquinas lo han capturado?**

-¿Oís eso?- Pandora había caminado por delante del grupo unos pasos, levantó la mano para pedir silencio.

Miriya captó un sonido en el aire viciado de la vasta cámara, un tono peculiar, hueco, como un tintineo, señaló al tiempo que acusó. **-Proviene de allí.**

La Hermana Superiora levantó su arma y ordenó el avance a la escuadra. **-Formación táctica**- ordenó Imogen **-no abran fuego a menos que yo ordene lo contrario.**

Miriya caminó detrás de Pandora, siguió a la delgada mujer a través de un espacio estrecho entre dos de las latentes manufacturas Necronas.

Pandora arriesgó una mirada hacia ella con el pálido ceño fruncido. **-¿Qué es ese sonido?**- preguntó entre susurros.

El extraño eco pareció asemejar el funcionar de una máquina, lo que le recordó a Miriya un motor en marcha o el funcionamiento de engranajes, avanzaron hasta la siguiente fila de monolitos y se dio cuenta de que era el rítmico sonido de una risa.

Tegas caminaba lentamente frente a la línea de silenciosas pirámides, sus manos, su servo-brazo, sus mecadendritas extendidas en toda su envergadura trazaban líneas angulosas sobre las superficies de cada monolito frente al cual pasaba, acariciándolos, tenues chispas de color verde llovían aquí y allá, entre las manufacturas Xenos y el Cuestor, inclinó hacia atrás la cabeza cubierta por su capucha y soltó otra carcajada, la situación inquietó a Miriya, le parecía inadecuado presenciar al lord del Mechanicus expresando tal alegría frente a las manufacturas Xenos.

-¡Tegas!- siseó entre dientes. **-¡Aléjate!**

Tegas se detuvo, se volvió en el preciso instante que Imogen y las otras emergieron entre las pirámides. **-Esto...**- empezó, moviendo la cabeza **-esto es increíble**- el Cuestor miró hacia el cielo, hacia la cúpula de hierro sobre sus

cabezas, donde esmeriladas luces iban y venían en silencio. -**Oh, mi querida Hermana Miriya, si pudieras verlo con mis ojos...**- hizo un gesto en el aire, como si estuviera agarrando cosas que sólo él podía percibir. -**Las capas de datos grabados en la propia atmósfera, enormes matrices cambiantes, códigos electromagnéticos y mnemotécnicos, jardines de partículas exóticas sonando cual sinfonías...**- Tegas describió una lenta pirueta, sus labios adoptaron una extraña forma. -**¿Es esto lo que perciben todo el tiempo, me pregunto? es como nadar en un océano de datos, uno dentro de otro, dentro de otro, dentro de otro, dentro de otro...**

-**¡Cuestor!**- gruñó Imogen interrumpiéndolo, él se quedó en silencio. -**Cualquiera que sea el rito máquina al que estás jugando con la máquina Xenos, ¡termínalo ya! Si alertamos a los Xenos de nuestra presencia, ¡estaremos perdidos antes de empezar!**

Tegas le dirigió una mirada burlona. -**Hermana Superiora, piense por un momento, acabamos de entrar a éste complejo atravesando una vía dimensional paralela, forzándola con cruel brutalidad, ¡si los Necrones estuviesen despiertos aquí, habrían percibido nuestra presencia de inmediato y atacado en tropel!**- abrió las manos, y acarició la silenciosa piedra de la manufactura. -**¿Sucede algo? ¡No! Yo ya había intuido que el cuadrante al completo se encuentra sumido en un sueño forzoso, tal vez a la espera de una mayor batalla que librar, no tenemos nada que temer.**

-**De todos modos**- continuó Imogen -**he dado una orden, y la obedecerás.**

Tegas se puso tenso. -**La Hermandad siempre ha mirado a los de mi clase con superioridad, son felices mientras mantenemos vuestras armas, forjamos vuestras armaduras de poder, construimos sus tanques y sus naves espaciales... pero a pesar de ello, se resisten a la idea de vernos como iguales, el tratamiento de su Canonesa hacia mí supuso una deshonra a mi rango, ¡me trató como si fuera un esclavo quien no merece el menor respeto! ¡Y eso es intolerable!**- su vocalizador crujió, casi como si tuviera dificultades para procesar las emociones que parecía expresar, un sentimiento de verdadera ira, entonces, su tono mutó nuevamente. -**Pero yo sé perdonar, me alegro de haber sido enviado primero, las riquezas aquí recompensan miles de veces la indignidad con que se me trató**- vagó hacia el monolito más cercano, y lo acarició una vez más. -**Tantas riquezas**- dijo arrullando -**quiero ver todo lo que**

da forma a éste lugar, saber cómo funciona...

-**Nunca pensé que los de su clase fueran capaces de tanta codicia**- dijo Ananke, disimuladamente. -**¿No es algo demasiado humano para ellos?**

Miriya se adelantó y agarró la mano de Tegas, los motores del brazo cibernético zumbaron al tratar de resistir la mayor fuerza de la Hermana de batalla. -**¿Recuerdas por qué estamos aquí?**- le dijo. -**Ésta no es una salida en busca de diversión, tu vida descansa en nuestras manos**- levantó su bólter.

Tegas cedió y retrocedió. -**Lo recuerdo**- dijo después de un momento. -**Perdóname, el shock ha sido increíble... pero tienes toda la razón, por supuesto, tenemos una misión que cumplir.**

-**El núcleo de energía**- dijo Imogen -**guíanos hasta él.**

Hizo una reverencia y salió, Pandora lo siguió de cerca.

Cuando Imogen llegó hasta donde se encontraba Miriya, le hablo. -**Tenemos otra misión que cumplir**- dijo, casi repitiendo las palabras del Cuestor. -**La reliquia, la Hospitalaria sostuvo haberla visto en el laboratorio que tú viste, ¿puedes encontrarlo otra vez?**

Miriya alzó la vista, escrutando los pórticos y componentes móviles gigantes del complejo. -**Tal vez, si logro orientarme y encontramos una de las plataformas de desplazamiento que nos lleve a las zonas altas.**

-**Se trata de un... objetivo secundario**- Miriya veía cuanto le costaba a Imogen decir esas palabras. -**Que la Santa queme mis ojos por decir éstas palabras, pero la destrucción de la Luna de Obsidiana debe tener prioridad, si es necesario debemos renunciar a ella, antes de permitir que las máquinas lleven su obscuridad a las estrellas.**

Sabía que la Hermana Superiora tenía razón, pero aún así, Miriya no pudo detener el golpe que sintió en su corazón por la orden impartida, Yunque y Martillo, se había perdido, ¿realmente había sido destruido? Miriya se preguntó si incluso toda una vida entre las Hermanas Arrepentidas, sería suficiente para pagar la culpa por permitir que ello sucediera. -**Esperemos no tener que llegar a eso**- respondió.

Los modos bruscos de Imogen regresaron. -**No seas ilusa**- dijo ella, poniéndose en marcha.



El ruido de la guerra llegó a través de los corredores y sonó como el fin del mundo, el gemido de los heridos, el murmullo constante del equipamiento medicae, el crepitar del fuego de bólter distante y de las armas de energía Xenos era una constante, de vez en cuando una potente explosión hacía vibrar los muros como un seísmo, serpentinas de polvo caían del techo sobre las cabezas de las Hospitalarias y sus pacientes.

Las Hermanas de la Orden de la Serenidad habían trasladado su enfermería portátil, del solar del complejo al interior de una cámara, una habitación larga y curvada, salpicada de pilares y con un techo abovedado, antiguamente, cuando se construyo, se había utilizado para el descanso de la guarnición del convento, un puñado de catres se encontraron entre el desorden, fueron alistados y reutilizados en beneficio de las Hermanas de Batalla heridas.

Verity, Zara y las otras trabajaban con diligencia, se había establecido protocolo de combate, lo que significaba que los heridos eran sanados y cosidos con celeridad, para que fueran enviados nuevamente a la zona de combate, pero en realidad eran pocos los que necesitaban sus habilidades, la mayoría de quienes recibían un impacto de las armas Necrón morían casi en el acto y los que no lo hacían acababan en un profundo coma, los impactos sobre sus cuerpos provocaban un trauma tan importante que prácticamente desconectaba al herido. Usó un guante valetudinario para actuar sobre la carne quemada de un misionero, quien a pesar del coma inducido aún sollozaba de dolor, las hojas de bisturí, suturas automáticas y sondas correctivas sonaron con un clic metálico mientras los sujetaba con los dedos cubiertos por la aleación metálica que cubría los guanteletes, trabajaba sobre la carne con el guantelete, era natural para Verity, el mismo era tanto parte de ella como el bólter lo era para una Hermana militante.

Echó un vistazo a Thalassa, quien permanecía dormida a medias, los vendajes

que rodeaban su intestino, se habían vestido de un color obscuro por la sangre de la herida que aún no sanaba, la Hermana de Batalla se veía seria, miraba el techo de piedra y prestando atención con esfuerzo a los sonidos del combate, como si fuera capaz de interpretar el curso de la batalla.

Verity se volvió justo a tiempo para cruzar su mirada con la de Zara, quien levantó la vista de la forma inmóvil de una Hermana traída desde la muralla oeste, sus miradas recorrieron la enfermería al completo, con un leve pero pesaroso movimiento de cabeza, cubrió con una sábana el señorial rostro.

-**Siguen llegando**- dijo una voz a través con los dientes apretados, Décima permanecía de pie al abrigo de una columna dañada, mirando. -**Incluso ahora, están forzando nuestro repliegue barricada tras barricada, cercándonos cada vez más, arriándonos hacia la torre fortificada, como una marea imparable.**

Verity se preguntó por un momento si Décima estaba reviviendo un recuerdo del pasado, o si estaba describiendo la batalla que arreciaba en ese momento. -**¿Por qué estás aquí?**- le preguntó.

-**La Canonesa tomó mi arma**- dijo ella -**me ha prohibido luchar, ordenó que me mantenga fuera del camino**- Décima negó con la cabeza. -**No soy alguien en quien se pueda confiar.**

El familiar sentimiento de compasión punzó el interior de Verity una vez más, sentía gran empatía hacia la mujer y su dañada mente, una tristeza tan profunda que ni siquiera la propia Décima sería capaz de expresar. -**No lo creo, has venido aquí, para montar guardia y protegernos.**

-**¿Lo hice?**- la pregunta la soltó en susurros entre sus labios. -**¿Lo hice?**- repitió ella, luego, con un movimiento brusco Décima tomó la mano de Verity. -**Tú eres una medicae, ¿puedes extirparlo? Sabrás cómo cortar y coser la carne, ¿no?**

-**Sí**- fue la confiada respuesta de Verity. -**¿Pero qué quieres decir con eso Décima?**

-**Décima**- repitió ella -**yo creo ser ella, aunque no puedo asegurarlo**- apretó un puño y se cubrió un ojo. -**Hay recuerdos, pero están encerrados, los veo como si de una pictopizarra se tratara, pero no puedo asimilarlos, no logro saber**

a quién pertenecen, tú me dices que yo soy esa mujer, pero el Vigilante me dice que no lo soy... soy...- se volvió y le gritó a su torturador invisible. -**¡Basta! ¡Deja de hablar!**- Verity se sobresaltó cuando Décima golpeó brutalmente su propio rostro y un hilo de sangre espesa y aceitosa echó a correr de los labios partidos de la mujer, clavó violentamente en la carne de su cuello sus huesudos dedos, en el lugar donde Tegas habían mostrado el dañado implante adherido bajo su piel. -**¡Ésta cosa! ¡Ésta cosa hace el mal! ¡No logro que se detenga!**

-**¿Cómo puedo ayudar?**- preguntó Verity al fin, sintió un hueco frío abriéndose dentro de ella, temiendo la respuesta que se le daría, no sería la primera vez que la Hospitalaria se había visto obligado a otorgar a alguien la 'Paz del Emperador', había sentido en cada ocasión que ello ocurría, como perdía una parte de su alma.

Por fin alzó la vista hacia la sobreviviente, vio algo inexplicable, al igual que el resplandor de la descarga plasmática alrededor de las torres de una nave espacial en plena tormenta disforme, un extraño halo de luz sobrenatural, débil pero claro, brilló alrededor de la cabeza de Décima.

-**¿Q-qué es eso?**- Thalassa también lo había visto, arrastrándose se levantó de su lecho.

La respuesta de Décima nunca llegó, algo capturó su atención y repentinamente comenzó a gritar y aullar como un animal furioso, la vigilada se lanzó sobre Verity y ambas comenzaron a rodar por el suelo de sala mientras una luz brillante destelló en los confines deslumbrándolas.



Al final, pensó Tegas, las puedo llegar a necesitar.

El peligro dentro del complejo Necrón era, por supuesto, esperable, si él activaba una alerta, una falange de guerreros sería enviada a su ubicación y todo habría terminado, el Cuestor había sopesado la necesidad de contar con las Hermanas de Batalla para esa eventualidad, no porque creyese que pudieran vencer con el uso de la fuerza, eso era ridículo, impensable, sino porque atraerían a la fuerza de reacción Necrón por un tiempo, mientras luchaban y morían, le darían el

tiempo suficiente para huir.

Pero ahora que estaba aquí, ahora que Tegas había visto y nadado a través del miasma invisible de datos masivos que llenaban el complejo como una rica niebla... cambió de opinión.
Ya estaba empezando a comprender los principios básicos en lo concerniente al sistema operativo de la red Necrón, con la transmisión de tonos cuánticos adecuados, lograría acceder a la red desde cualquier parte del universo, estableciendo una comunicación instantánea a través de complejos fenómenos de datos cuánticos controlados, de hecho, los protocolos de evolución en los sistemas internos de Tegas, ya estaban trabajando en la readaptación de una de sus muchas vías de comunicación para lograr establecer una función adecuada, ya había probado con cuidado unas cuantas subrutinas benignas y había logrado inesperadamente, casi por casualidad, filtrarse en los niveles básicos de los sectores inactivos de la invisible red del complejo, pronto estaría listo para probar algo un tanto más arriesgado.

Una de las subrutinas estaba recabando generosamente abundante información, recopilando pilas de datos que mapeaban el alcance y diseño de la Luna de Obsidiana, le resultó extraño que los Necrones no mantuvieran dicha información resguardada tras pesados filtros de seguridad, pero no eran como el Imperio, las naciones bajo el mando del Emperador de la humanidad, hacían uso de la ignorancia y el miedo como herramientas básicas de gobierno, y la mejor manera para el Adeptus Terra de mantener a la gente ignorante y temerosa era mantenerlos ajenos incluso de la más básica de las verdades, en muchos sectores del Imperio, era un crimen capital para un hombre común poseer un mapa de las estrellas sin autorización oficial, en algunos mundos, era ilegal incluso leer sin una licencia.

Pero el Necrones no tenía ninguna razón para mantener a sus órdenes inferiores temerosas y ajenas a la información, las raíces de todo, el miedo y la necesidad de saber, no existían dentro de sus altos cargos, lo que el Imperio atesoraba como oro estaba a la libre disposición de todas las especies Necrón, la información abundaba en sus redes, incontables cantidades casi infinitas de información lista para ser tomada, millones de años en datos, el primer impulso de Tegas fue querer tomarlo todo.

Pero eso era imposible, allí estaba él, con su colosal y poderosa capacidad de

almacenamiento, pero incapaz de beber siquiera una taza de ese océano.

El emulado sentimiento de frustración se transformó en pragmatismo tras uno o dos nanosegundos, no lograba comprender la totalidad de la matriz Xenos, pero tampoco le resultaría necesario hacerlo, pues con la información recabada recientemente, Tegas ya podía considerarse a sí mismo como una autoridad en lo que al conocimiento de la cultura Necrón en toda la humanidad se refería, sólo debería ser capaz de sobrevivir y escapar al conflicto.

Lo consideró placenteramente, la sola idea de volver a Marte, hinchado con Gigaquads de información sobre las máquinas alienígenas, no sólo borraría toda referencia a sus errores de juicio durante su pasado servicio, se vería elevado hasta los altos cargos entre los Señores del planeta rojo, además lograría un agradable equilibrio en su relación con el Inquisidor Hoth y el Ordo Xenos, pasando de subordinado a superior, ellos vendrían a él de rodillas, el Adeptus Mechanicus recibiría el respeto que se merece, éste regalo le permitiría cambiar.

Pero necesitaba más, subsectores de su cerebro estaban ya formulando un plan acerca de las acciones a seguir y que le brindarían una vía para capear el temporal de ésta pequeña guerra, en la cual se había visto inmerso durante los últimos días, sólo tenía que permitir que los Necrones acabasen con las Sororitas de nuevo y asegurarse de no llamar su atención, con el tiempo, las máquinas podrían volver a su estado inactivo, lo que le daría la oportunidad de huir.

Se llevaría además un tesoro consigo, algo que podía representar una recompensa para cualquier persona que viniera en su rescate, ya sean agentes de la Inquisición o más guerreras de la Hermandad, se llevaría la reliquia, tomaría Yunque y Martillo.

Tegas prestaba atención a todo, había oído a Imogen y Miriya hablar en el planeta, sus sondas habían oído a la zorra Hospitalaria escupir su historia sobre el Laboratorio Necrón, donde había visto el tesoro perdido de las Sororitas, pero los mapeados realizados sobre la instalación Xenos no le decían dónde podía encontrarse dicho laboratorio.

El Cuestor comenzó a elaborar un preparado guion en su mente, comenzaría con su regreso al convento, solo, mostrándose tristemente apenado por la desafortunada pérdida de la escuadra completa de Imogen, se presentaría ante

Sepherina portando la reliquia, pero no habría tiempo para agradecimientos, pues los Necrones estarían tras sus pasos, él mismo se aseguraría de ello alertando a los Xenos tras intervenir sus líneas de comunicación, entonces, lograría evadir los combates manteniendo el tesoro en su poder.

Miró los elevados muros metálicos, las complejas y cristalinas manufacturas Xenos alzándose sobre sus cabezas, sintió un simulado estado de remordimiento, sí, sería necesario destruir éste magnífico lugar, tal vez algún día volviera y lograra salvar de los restos algún objeto de utilidad, pero de momento, debía tomar esa dura decisión si él pensaba sobrevivir, ya que después de todo, si él moría todo sería en vano.

En una batalla, resultaría fácil para un ser inteligente como él, escabullirse y ocultarse, mientras las mujeres y las máquinas se aniquilaban mutuamente, Tegas tendría que jugar un largo juego, pero valdría la pena.

Se detuvieron en un cruce de cuatro vías, el hizo un escaneó del aire con los sensores de su servo-brazo.

Sintió la presencia de la Hermana Pandora tras él. **-¿Qué vía tomamos ahora?-** preguntó ella, perdida entre la inmensidad del complejo Xenos.

Tegas la miró, era como todas las demás, demasiado cegadas por el dogma como para apreciar las extrañas geometrías y el increíble arte en el diseño del complejo. Las Hermanas sólo odian, pensó para sí mismo, es absurdo esperar otra cosa de ellas.

El Cuestor señaló con el servo-brazo. **-Por ahí-** el corredor nos acercará al núcleo principal.

-Pareces muy seguro- señaló Imogen. **-¿Cómo puedes estar tan seguro?**

-Estoy detectando el mayor flujo de energía de todo éste complejo por encima de nosotros, en esa dirección. No puede ser otra cosa.

-Vamos entonces- dijo la mujer.

Él asintió obedientemente y apartó la mirada, esperando el momento adecuado mientras caminaba hacia adelante.



El momento había llegado.

Para el Omnicida, el paso del tiempo era algo que sólo servía para registrar la acciones, un conjunto de números variables que alternaban de un estado a otro, sólo servían como puntos de referencia que comenzaban a computarse desde la activación, hasta que lograse llevar a cabo la ejecución ordenada, momento en que el registro volvería a cero, quedando a la espera del reinicio del ciclo.

En silencio, el potenciador fásico alteró el ligero espacio tiempo en el interior del complejo humano, permitió que el tirador Necrón se deslizase fuera del santuario hiperespacial desde el cual había observado preparado, esperando el momento de actuar, el homicida Xenos surgió de la dimensión ciega y activó la 'marca del asesino', la joya de datos de objetivo que le había sido provista por el Nemesor Khaygis, era un ingenio rico en información y perfecto para las necesidades del tirador, el indicador de blancos transmitía desde el interior de la armadura del Omnicida una señal hacia su visor craneal, la señal formaba un halo neutrino que marcaba la posición del blanco, volviéndolo fluorescente y visible a través de cinco dimensiones, donde fuera que éste se dirigiese, ya sea al immaterium, a la cámara de tele-transporte, cruzando barreras cronométricas o al propio corazón de una estrella, carecía de importancia siempre que la señal que marcaba su objetivo se mantuviese estable, ya que el rango de alcance disminuía de los umbrales mínimos de rastreo al cabo de poco más de una hora según los estándares humanos, mientras ello no ocurriera, el halo de energía no escaparía al experto ojo del asesino.

Era inaudito que un objetivo sobreviviera a la marca por mucho tiempo, los registros del propio Omnicida mostraban una única excepción entre sus objetivos, se trataba de un exarca eldar que había logrado evitar la terminación durante un total de casi cinco minutos antes de que el disparo acabara con su existencia... no se preveía que el actual objetivo, con la mente dañada, representase reto alguno.

El Omnicida levantó su rifle desintegrador sináptico y disparó un rayo liberando

partículas leptonicas a través de la cámara.



La respuesta de Décima nunca llegó.

Empujó a Verity contra las losas mientras el rayo de ardiente energía pasaba lejos de ellas, reclamando a la pobre Thalassa como víctima en su lugar.

La herida Hermana de Batalla lanzó un gemido espeluznante cuando el arma atravesó su tejido neural, destruyendo toda actividad sináptica junto con su cerebro, se desplomó con su cuerpo transformado en un nervudo saco de piel y carne, con sus ojos abiertos y vueltos del color de un rubí mientras sangraba profusamente de nariz y orejas, de alguna horrible manera parecía aún estar con vida y muriendo lentamente, sus piernas sufrían espasmos mientras su materia neural en ruinas fallaba y se disolvía.

El pánico se desató en la enfermería cuando Verity y Décima se apresuraron en busca de cobertura.

-**¡Un Omnicida!**- dijo la vigilada. -**Forma parte de las escuadras de asesinos Necrones**- frunció el ceño ante el extraño resplandor que la envolvía. -**Él está aquí por mí, soy su objetivo, he sido marcada para morir, tal vez ha sido el escarabajo implantado quien ha expuesto la marca.**

Verity arriesgó una mirada sobre el pilar tras el cual se había parapetado, vio a Zara y las otras realizando una evacuación frenética de la enfermería, al final de la larga guarnición advirtió el movimiento de una especie de niebla obscura y acero mate, un pequeño rayo láser, brillante y verdoso, barrió la sala.

-**¿Zara?**- llamó Verity por el canal vox. -**¡Evacúalas a todas y advierte a las Hermanas de Batalla! ¡Lo mantendremos ocupado!**

-**¡No!**- gritó Décima. -**¡Debéis huir! ¡Sólo me persigue a mí! El Omnicida matará a su objetivo y luego se desvanecerá. ¡Dejadme morir!**

-**¿Qué era eso que ibas a pedirme hace un instante, cuando dijiste que tú no**

estabas segura?- se acercó más, con su temblorosa voz añadió. -**¿Quieres que yo... te libere?**

-**Sí**- fue la instantánea respuesta. -**No... Sí...**- Décima apretó los dientes y finalmente escupió su respuesta. -**No.**

Otro rayo de energía arremetió sobre sus cabezas, explotando en chispas contra la mampostería.

-**Pero no he de ser yo quien tome esa decisión**- dijo la sobreviviente con súbita claridad. -**Otros, ya la han tomado por mí.**

El temor que Verity sentía en su interior se transformó en otra cosa, se volvió un incendio, se convirtió en poder. -**Me niego a aceptar eso**- le dijo ella, levantó el guantelete que cubría su mano, un ingenioso mecanismo de relojería construido con latón afiligranado, en el cual florecían hojas y agujas. -**Si estás dispuesta a morir, entonces estarás dispuesta a correr riesgos. ¿Confías en mí?**

Décima cerró forzosamente sus ojos y Verity supo con certeza que ella estaba soportando el acoso silencioso de la voz dentro de su cabeza. -**Confío en ti-** dijo en voz baja.

-**Habrá gran cantidad de dolor**- añadió Verity acercándose al cuello de Décima.



Estaban en algún lugar por encima de la puerta Dolmen, según los cálculos de Miriya, estaban cerca del mismo nivel al que habían llegado la vez anterior, miró a su alrededor, tratando de dar sentido a las repetitivas e idénticas cámaras. *El laboratorio está cerca*, se dijo la Sororitas así misma, *estoy segura de ello.*

Sin embargo, era difícil estar segura, las estructuras en el complejo Necrón parecían modulares en su diseño, miles o incluso millones de idénticos componentes se complementaban armoniosamente para dar forma a los vertiginosos muros y a los interminables corredores que se perdían entre penumbras, el diseño carecía totalmente de la elegante obra artística con que los

artesanos caracterizaban y colmaban la arquitectura Imperial, ningún artesano había diseñado y construido éste lugar, los espacios interiores cavernosos de la Luna de Obsidiana se habían construido con toda la precisión fría e inhumana de un cogitador.

A través de aberturas sobre los muros de acero, vislumbró destellos regulares de deslumbrante luz brillante, su piel se erizó por efecto de la electroestática, al otro lado del muro, vastas cantidades de energía habían sido contenidas y explotadas para dar poder al complejo, sólo podía imaginar qué clase de ciencia podría ser capaz de crear semejante ingenio.

-**Hay una** v**ía de acceso aquí**- advirtió Pandora, quien encabezaba el avance de la escuadra, con su arma señaló un túnel hexagonal de rectos ángulo por el cual podrían avanzar.

-**Muéstrame**- dijo la Hermana Imogen, avanzando un paso para echarle un ojo más de cerca.

Miriya se volvió hacia Tegas, quien se había detenido tras ella. -**¿Es éste el camino?**- le preguntó. El Cuestor no respondió de inmediato y ella repitió la pregunta con severidad.

Por fin, Tegas asintió con lentitud. -**Sí**- dijo.

Una sensación de persistente hormigueo inquietó los pensamientos de Miriya, Tegas parecía abstraído, su atención estaba puesta en algún otro lugar, mostrando el mismo patrón de comportamiento que había advertido días atrás en el convento, en donde le había parecido que él mantenía silenciosas comunicaciones con sus camaradas... ¿Pero ahora... qué podía estar haciendo?

-**Esas marcas...**- dijo Danae señalando con la cabeza hacia los muros del túnel. -**Los grabados sobre la negra piedra...**

Miriya miró y se quedó helada, había visto las figuras talladas en las paredes oscuras antes, perfectos óvalos cortados con láser, diseños con forma de escudo con un sólo rubí opaco en la parte superior de la circunferencia, oyó el leve crujido de metal en la roca.

-**No...**- se dio la vuelta hacia Tegas. -**¡No!**

Los óvalos se estremecieron y voltearon, Imogen y Pandora se encontraban paradas justo en medio de ellos, Danae lanzó un grito de advertencia pero ya era demasiado tarde, no se encontraban en un túnel de acceso hacia algún lugar, sino en una especie de cámara de almacenamiento, los muros del túnel cobraron repentina vida cuando los insectos de hierro y acero surgieron de la mampostería, donde habían permanecido en estado yaciente.

Una oleada de escarabajos chillantes avanzó sobre ellas, ocho de ellos ya se cernían sobre Pandora, pero fueron arrancados por un golpe seco de la Hermana Superiora, el arma de Imogen alcanzó a rugir una sola vez... luego fue tragada por la masa retorcida insectoide.

Tegas atacó a Miriya con la pesada pinza de sujeción del servo-brazo que nacía en su espalda, el golpe la hizo caer, repentinamente el Cuestor irrumpió en una carrera, huía con sus extrañas extremidades, Miriya vaciló, un instante de indecisión ante los múltiples objetivos que se le presentaban.

Las otras Hermanas de Batalla se enfrentaban a la horda masiva del enjambre de escarabajos, una amenaza que, estaba segura, de alguna manera Tegas había sido capaz de invocar, la ola de retorcidos escarabajos metálicos no se detuvo y siguió su avance, en el medio de la masa una forma se movió, para su horror, Miriya descubrió que se trataba de Imogen quien se tambaleaba sobre sus pies por pura fuerza de voluntad.

Los escarabajos, la cubrían en su totalidad como una capa susurrante, como una cota de malla, la sangre corría como ríos donde se veía su piel desnuda, la servoarmadura se sacudió cuando las máquinas mordieron los músculos artificiales, ella se golpeó a sí misma, mientras las máquinas Xenos rasgaban su cuerpo con centenares de afiladas mandíbulas.

El ojo derecho de Imogen ya le había sido arrancado, pero el otro fulminó a Miriya con una mirada enojada y acusadora, entre los húmedos zumbidos y crujidos provocados por el festín que los escarabajos se daban con ella, la Hermana Superiora logró dar voz a su orden final.

-**No fracasen**- se atragantó, gorgoteó espuma brillante y sangrienta entre sus labios, luego, al segundo siguiente estaba cayendo nuevamente bajo la masa del

enjambre, las máquinas trabajaban afanosamente en desmembrarla y llevársela pedacito a pedacito.

Miriya dio la espalda al combate y rompió en una veloz carrera, haciendo resonar sus pisadas sobre la cubierta de hierro en busca del Cuestor.



El Omnicida ignoró al resto de seres humanos que se afanaban en huir de la zona de combate, ninguno de ellos parecía portar algo parecido a un arma, ninguno de los sensores externos del asesino registraron una capaz de penetrar el blindaje de su armadura.

Sin prisa, marchó por el pasillo abovedado con el largo rifle desintegrador en ristre contra su hombro, aún zumbaba la boca de su cañón por la descarga anterior, la señal de su objetivo aún brillaba en el campo de visión del soldado Necrón, saltando de un cúmulo de escombros a otro en busca de cobertura, la dispersión de su energía era inusual, fuera de los parámetros normales, el asesino consultó la información que el Nemesor le había brindado.

Se trataba de un humanoide atípico, altamente modificado con tecnología Necrón, la marca del cazador brilló en torno a una de las principales modificaciones, se trataba de un escarabajo cepomental, Khaygis le había proporcionado toda la información referida al mismo, lo que había tornado la búsqueda del objetivo en la simple tarea de rastrear las emisiones de la unidad.

Pero ahora, la lectura lucía atenuada, se volvía irregular, el resplandeciente marcador se dividía en dos, como si estuviera en dos lugares a la vez.

El Omnicida se detuvo y bajó el rifle, esto era algo inusual y sin precedentes, habían transcurrido dos minutos desde la fijación del objetivo, el tiempo pasaba sin freno en éste plano temporal y su objetivo aún no se había cumplido, tales factores fueron convergiendo y formando la determinación de que debía cumplir su misión con suma urgencia.

El sonido de un brutal gemido de dolor hendió el aire, el asesino tomó nota de

ello y continuó su avance, abrió una breve brecha en la realidad y el Omnicida guardó su desintegrador en su santuario hiperespacial, retornó portando una plateada espada hiperfásica, capaz de cortar a través de todo, incluso a través de la materia más densa, las acciones de los cuadros asesinos de la dinastía no siempre se llevaban a cabo a grandes distancias, en ciertas ocasiones la muerte en combate cuerpo a cuerpo resultaba ser el método más efectivo, el Necrón marchó hacia el pilar caído blandiendo su espada.

La marca del cazador se partió en dos y se dividió en direcciones opuestas.



El broncíneo guantelete de su mano se había revestido con sangre, Verity saltó de su cobertura corriendo hacia la puerta más cercana, el escarabajo cepomental aún sufría espasmos mientras seguía aferrado a su guantelete, sus patas con forma de aguja trataban vanamente de afianzarse, mientras brillaba con la misma luz etérea que había enmarcado la cabeza de Décima, y ella era muy consciente de que mientras lo sostuviera representaría un blanco.

Entonces cometió un error, el tipo de error que una Hermana de Batalla nunca cometía, miró hacia atrás.

Tuvo que hacerlo, se había visto obligada a extraer el escarabajo en el calor del combate, sin la adecuada preparación, haciendo uso de las herramientas más básicas y una oración al Dios-Emperador en pos del éxito... era más que probable que al hacerlo, hubiera dado a Décima una misericordiosa muerte.

No vio ni rastro de la sangrante mujer herida, la Hospitalaria pensó en la cruda herida abierta en el cuello de Décima, había pelado la espalda de su carne, tras haber desprendido la cicatrizada piel, llena de cicatrices hasta el hueso...

Había una posibilidad, pensó, de que el Omnicida se confundiera por la extracción forzada del implante, tal vez incluso lo suficiente para derrotar su lógica de focalización, parecía una idea tonta ahora.

El Necrón estaba justo detrás de ella, tropezó cuando atravesó la estancia blandiendo hacia ella una reluciente espada.

Perdió el escarabajo por la sorpresa y éste cayó al suelo, donde comenzó a vagar en círculos dejando un irregular rastro con la sangre de Décima, el Omnicida le dio una mirada desapasionada y blandió su espada sobre él, destruyéndolo, eliminando la marca de luz.

Por un momento pensó que la mataría también, pero el inexpresivo rostro cadavérico, pulido casi como un brillante espejo, sólo mostró desinterés, se volvió en busca de Décima una vez más.

El Omnicida la encontró, la mujer salió gritando de las sombras, con su cicatrizado rostro y cuello bañado por el reciente derramamiento de sangre, aún portaba la marca del cazador sobre sí, el resplandor hizo de Décima un espectáculo aterrador, un fantasma de venganza, los inquietos espíritus de sus muertas Hermanas parecían haberla enviado para vengar sus muertes.



En su mano, Décima portaba un trozo de rococemento más grande que su cabeza, el cual estrelló contra el Omnicida con tal violencia salvaje que el asesino Xenos se tambaleó por el golpe.

+***No puedes ganar***+ aulló el Vigilante +***Nunca podrás silenciarme***++

Ella hizo llover ataque tras ataque contra él con la fuerza y el ritmo de una fiera, rompiendo la piedra en su caja torácica metálica brillante hasta que la coraza cedió y se quebró.

-No voy a caer contigo- gritó Décima. **-¡Te has ido, yo te he matado! ¡Déjame!-** gritando sus insanas emociones, todo lo que había guardado en su interior incapaz de liberarlo... pero ya no más.

+***Nunca***+ fue la respuesta. +***Estoy en tu cabeza, estoy en tu psique***++

El Xenos se defendió retrocediendo, cortó el aire con su espada cuando intentó cercenar a la vigilada, Décima fintó y se acercó nuevamente, antes de que el Xenos pudiera reaccionar sujetó la rótula del brazo del Necrón y la giró,

forzando el brazo contra sí mismo, el Omnicida perdió el equilibrio y a causa de su propio peso fue incapaz de detener su caída.

-**Ella arrancó la máquina**- susurró la mujer. -**Ya no tengo que escucharte más, recupero mi alma. ¡Te la arrebato!**

Décima se aseguró de que el Omnicida cayera lenta e inevitablemente sobre la punta de su propia espada, con un rechinar la espada hiperfásica penetró debajo de la barbilla, y lentamente se abrió paso a través del cráneo.

+***No***++

Miró su reflejo manchado de sangre sobre el cadavérico y pulido rostro del Omnicida, oyó como la voz en su cabeza moría silenciosamente.

+***No…***++

-**¡No soy tuya!**- escupió venenosamente. -**¡Nunca lo fui! ¡Nunca!**

El Necrón no respondió, la luz esmeralda en la cuenca de sus ojos desapareció en la nada.



CAPITULO XV



La tormenta de arena llegó al valle acompañada de ondas electroestáticas que relampagueaban en el aire, pequeños destellos de luz blanco azulada cargaban la atmósfera mientras las polvorientas nubes de color óxido se entremezclaban con las columnas de humo negro de los fuegos desatendidos, la plomiza y temible tormenta fue ignorada por los invasores mientras proseguían su marcha siempre hacia adelante, a su alrededor, vehículos incendiados, pérgolas rasgadas y la cáscara ennegrecida de un módulo explorador, eran testigos mudos del minucioso asalto Xenos, los muertos humanos yacían donde habían caído, ignorados por sus asesinos y abandonados por sus camaradas al replegarse en busca de un lugar seguro.

Una lluvia de brillantes rayos gauss, explosiones de tesla y corrientes de partículas aceleradas surcaron en cascada el patio abierto, los ángulos de ataque fueron cambiando lentamente a medida que los Necrones avanzaron, el estruendoso aullido de los proyectiles bólter resonó desde los flancos escarpados y redondeados de la última estructura intacta en el interior del convento, la torre principal.

La piedra de color rojo oscuro de la torre principal lucía imponente y brillante por el efecto generado por del escudo de vacío, la barrera de energía desviaba el torrente de muerte, grandes ondas temblorosas fluían en torno a éste mientras el ingenio trabajaba arduamente para proteger el último reducto del Santuario 101, en otra época, el escudo de vacio había formado parte del arsenal de una gran Titán de batalla, perdido como consecuencia de las Guerras de la fe, éste componente fue entonces legado a la Orden de Nuestra Señora Mártir y les

sirvió bien durante trescientos once años, pero ahora destellaba al borde de una catastrófica sobrecarga al estar siendo forzado más allá de sus capacidades.

Las Hermanas resistieron en cada brecha abierta en los muros, casi hasta ser rebasadas, usaron todas las armas a su disposición, sembraron minas, cavaron zanjas incendiarias, abrieron fuego convergente, utilizaron ancestrales tácticas de lucha anti-asedio, que ya eran antiguas antes de los días de la Vieja Noche de la Santa Terra, los Necrones fueron aniquilados en gran número, pero a pesar de ello, no dejaron de avanzar. Las columnas siguieron su marcha sobre los caídos, aquellos caídos simplemente se desvanecieron con un resplandeciente estallido de fulgor verde, por cada uno que era destruido, otro estaba allí para llenar el espacio vacío.

La Canonesa ordenó a las Hermanas de Batalla el repliegue, una y otra vez, hasta que por fin no hubo otro lugar al que replegarse, ahora esperaban dentro de la torre principal, las Sororitas, un puñado de sobrevivientes aterrorizados de la partida de misioneros y los restantes Adeptos, pertenecientes al contingente del Mechanicus.

A través del escudo de energía trasparente y purpúreo, las mujeres heridas y cansadas miraban desde las miras de sus armas, como murallas adentro del convento, se congregaba una masa esquelética de plateada aleación, la hueste de guerreros Necrones parecía interminable y su frio deseo de batalla, implacable.

Entonces, en algún lugar del tercer piso, una Hermana de Batalla comenzó a recitar el estribillo inconfundible de la ‘Fede Imperialis’ que se hizo eco en todos los pasillos, cada mujer que lo oyó añadió su voz al coro, pronto, cada Adepta Sororitas dentro de los muros aunó su canto como si de una sola se tratase, la armoniosa oración se incrementó y superó el crepitar de los rayos laser, el himno de batalla se elevó.



Al otro lado del escudo de vacío, los guerreros y los inmortales en multitudinarias filas concentraron su poder de fuego en puntos específicos de la barrera de energía, concentraron el ataque en sectores que los Espectros

Canópticos había señalado como puntos débiles donde sobrecargar el escudo, un anillo de acero permanecía en los lindes de la crepitante pantalla de energía, formado por trozos triturados de los atacantes y de un Omnicida, que habían intentado penetrar la barrera a través de la transición hiperespacial, los seres humanos habían tenido sumo cuidado al elevar la potencia del escudo de vacío, con el objetivo de volverlo dimensionalmente inexpugnable, pero la intensidad requerida para ello era monstruosamente alta y oportunamente representaría un grave costo con el paso del tiempo.

El Nemesor observaba desde su trono de guerra, el monolítico puesto de mando cruzó la zona rebosante de escombros, que era todo lo que había quedado de los muros periféricos, acumuló la inteligencia recabada por las arañas de exploración que escrutaron todo el perímetro del campo de fuerza y procesó los escaneos realizados, Khaygis levantó una de sus garras y todas las armas de fuego se silenciaron a la vez, sólo persistía el crepitar de la descarga eléctrica, el repiqueteo de los motores anti-gravedad y el débil murmullo de voces humanas que entonaban una peculiar armonía.

Sólo debía aguardar, incluso si la masa del ejercito Necrón permanecía allí, silencioso y Vigilante, llegaría un momento en que la barrera defensiva de los humanos llegaría al final de su vida operativa y caería, el Nemesor no necesitaría gastar más energía, el orden natural de la termodinámica haría el trabajo por él, realizó un rápido cálculo y estimó que ello acontecería en escasas rotaciones solares y no mucho más.

Por supuesto, ese tiempo podía reducirse a un solo ciclo rotatorio de Kavir por medio del bombardeo sostenido, tal vez incluso en apenas horas si él emplazaba el látigo de partículas de su monolito y ponía en acción el arco de flujo gauss.

Podría intentarlo ahora mismo.

Khaygis alzó la mano e hizo un movimiento, un gesto atrayente y entonces un nuevo sonido se elevó, uniéndose al de los restantes motores anti-gravitatorios, pero de otro calibre, más rápido y agudo, una pareja de Cuchillas de la Necrópolis emergió en vuelo de entre las nubes de polvo que ocultaban el valle, flanqueando una tercera nave que flotaba lenta y rasante sobre las arenas, perfilando su arcada proa hacia la torre central.

Las tropas de tierra se movieron, abriendo una ruta de acceso para la cercana barcaza, construida en negro carbono y brillante aleación, la nave parecía una invertida caja torácica de acero, comandada por un Pretoriano de la Triarca conectado al sillón de mando ubicado a popa, que operaba los brillantes paneles de los sistemas operativos que le rodeaban, debajo del fuselaje de la barcaza, corría casi en toda su longitud un ingenio cilíndrico que contenía letales espirales radiactivos, el cañón coronaba su boca con una cresta barbada, un buscador de objetivos serpenteaba como la cola de un escorpión por encima del trono de mando de popa, toda su longitud había sido grabada con glifos, muchos de ellos representaban honores y alabanzas grabadas por la dinastía Sautekh, que referían y recordaban todas las batallas que les había permitido ganar, si los grifos pudieran ser traducidos al pobre idioma humano, la barcaza sería conocida como ‘Arca del Exterminio’.

La barcaza se detuvo, mientras las Cuchillas de la Necrópolis aprovecharon su pasada para ametrallar el campo de fuerza, el gran cañón bajo su estructura acumuló poder, brillantes lanzas de descarga relampagueaban en la boca barbada fundiendo la arena debajo hasta convertirla en vidrio.

Cuando llegó el momento, el Nemesor cerró las garras antes abiertas de su puño y el Arca del Exterminio abrió fuego, tal fue el poder de la detonación, que por un instante agotó el poder de la barcaza hasta el punto que pareció caer sobre las arenas, pero antes que ello sucediera, regeneró su energía y logró estabilizarse, el disparo actínico de plasma ardiente desatado, rugió a través del patio como si se tratará de un rayo liberado por la muerte de una estrella.

Aquellas Hermanas de Batalla que no portaban su yelmo, o que reaccionaron con lentitud en busca de cobertura, fueron segadas de por vida cuando detonó el escudo de energía y a causa de ello, no pudieron ser testigos de la masiva liberación de poder desatada cuando ambas fuentes de energía chocaron entre sí.

La barrera que protegía a la torre principal se hizo añicos con un sólo golpe, el impacto resonó a través de las aspas del generador y provocó su explosión, la detonación aniquiló a los operarios que lo servían y a los guardias que lo protegían mientras el fuego se extendió con soltura en los niveles inferiores.

En silencio, salvo por el crujir entre las arenas y escombros de sus pies metálicos, el ejército Necrón comenzó a avanzar sobre la desprotegida ciudadela,

alzando sus armas y apuntando hacia cada recodó o abertura que presentase un blanco probable, las Hermanas de Batalla abrieron fuego, líneas de munición trazadora, llama y plasma cayó como aguanieve sobre la masa de acero Xenos.

Khaygis observaba, en instantes el Arca del Exterminio elevaría su potencia a niveles operativos normales, en instantes tendría suficiente energía para una segunda descarga de su cañón principal, mientras tanto, el Nemesor analizaba los vectores de ataque más convenientes, el arma poseía la capacidad de destruir grandes tramos de los gruesos muros de piedra que daban forma a torre central, tal vez incluso socavar lo suficiente la integridad de su estructura como para provocar su total colapso, el podía detener a sus tropas, permitir que su armamento pesado hiciera todo el trabajo y los seres humanos eventualmente perecerían.

Excepto que...

Eso no le parecía suficiente, Khaygis buscó en lo profundo de sus pensamientos intentando alcanzar la razón de su lógica... pero no encontró nada, sólo tenía la certeza de que no le alcanzaba con permanecer allí mientras reducía a ruinas la fortaleza humana, necesitaba que los seres orgánicos murieran con pánico en sus corazones, viendo el rostro del Necrón mientras perecían.

El Nemesor no podía cometer los mismos errores que el Cryptotecnólogo, los seres humanos tenían que morir, ninguno podía sobrevivir y se encargaría personalmente, a través de los ojos de sus soldados, con sus propias garras si era necesario.

Khaygis transmitió la orden de ejecución y el recinto de la torre fue invadido, vio a sus tropas adentrándose al interior como un enjambre, reconstruyendo la masacre liberada hacía ya doce años con gran eficiencia.



¿Cuánto tiempo he sido un traidor? Fue el cuestionamiento que se formó en la mente del Cuestor Tegas mientras corría, dejando que los procesadores de dirección autónomos controlasen su avance a través de la ruta programada.

La traición es sólo una cuestión de tiempo, las palabras surgieron desde algún sitio en lo profundo de su memoria interna, algo que Tegas había asimilado a partir del proceso de información recogida hacía ya siglos, el origen y el contexto del axioma se perdió en él.

No se consideraba a sí mismo como un verdadero traidor, pues para ello debería haber actuado en contra del Adeptus Mechanicus de Marte, en contra del Omnissiah, acto de traición del que jamás sería capaz en toda su vida, cualquier signo de debilidad en tal sentido había sido borrado de su ser hacía ya mucho.

¡No!, lo que él estaba haciendo ahora era justamente lo contrario a una traición, llevaba a cabo un acto de suprema y absoluta lealtad, liberarse de las cargas que lo apresaban, preparándose para volver ante el Mechanicus como un heraldo... como un héroe.

Por supuesto, ello requería la realización de algunos actos desagradables. Las mujeres por ejemplo, tenía que deshacerse de las Hermanas de Batalla para poder llevar a cabo sus objetivos, le sorprendió la facilidad con que logró infiltrarse remotamente en los niveles inferiores de la jerarquía Necrón, irradiando señales hacia la red ambiental a su alrededor, se sentía extasiado por haberlo podido hacer, hasta tal punto que sus sistemas internos aún estaban evaluando y procesando la magnitud real de lo que había sucedido, Tegas había alertado a los escarabajos mecánicos, los había despertado de su modalidad latente a una modalidad de ataque, tal vez significaba que... por el Dios-máquina, ¿y si era posible que el pudiera controlarlos?

La posibilidad era deliciosa, por un breve segundo, Tegas se imaginó entrando al Salón de las Forjas en el Monte Olympus con una falange de esclavos Necrones.

Alejó tales pensamientos, no era el momento apropiado para sumirse en tales distracciones, se encontraba en lo profundo del territorio Xenos, indefenso y carente de tiempo, Tegas se armó de valor y clasificó sus pensamientos, centrándose en la búsqueda de su objetivo, la reliquia de las Sororitas, con ella en su poder tendría toda la riqueza necesaria para facilitarse el camino a la gloria.

El Laboratorium era exactamente como la Hospitalaria se lo había descrito a la Canonesa Sepherina, el Cuestor desaceleró su paso y se movió con todo el sigilo

del que fue capaz, liberó antenas y sondas de su cuerpo a través de orificios en su ropaje, emitiendo una señal electromagnética de bajo nivel para imitar las mismas señales que emitían los guerreros necrones, recitó una oración que los sensores Xenos del complejo serían incapaces de descubrir.

Se acercó a una puerta hexagonal y ésta se abrió en segmentos, Tegas orientó un ojo hacia su retaguardia para asegurarse que no le seguían y avanzó, por un momento, una de las hembras, la Hermana Miriya recordó, había estado tras sus pasos, pero la persecución se había interrumpido cuando cruzó su camino una patrulla de guerreros que Tegas había logrado eludir.

Pensó que a éstas alturas ya debía estar muerta... entró en la cámara.

Piedra oscura y muros de extrañas aristas destacaron en tonalidades de color verde pálido, Tegas calibró la capacidad de su visión, descubrió la presencia de sensores sobre el suelo y con una explosión de anticipación analógica, permitió que la cámara iluminara todo a su alrededor.

Tegas alteró su estado operativo y activó sus sistemas de recopilación para asimilar toda la información que pudiera, miró las formas orgánicas en éxtasis dentro de cientos de cápsulas vidriosas y los paneles holográficos de datos Xenos que las señalizaban, algunos de los contenedores mostraban signos de daño reciente... soltó un gruñido negativo, sin duda ello era obra de las Hermanas de Batalla que habrían atravesado la cámara dando tumbos, como niñas torpes e ignorantes.

Encontró exhibidas un gran número de piezas de armaduras y armas de fuego inertes y en medio de todo ello, aparentemente descartada, estaba la forma gris de un contenedor de metal durmiendo bajo capas de polvo apelmazado, tenía una flor de lis grabada en su superficie.

Tegas pasó las manos sobre el receptáculo, lo exploró en busca de micro-fracturas, intentó detectar desprendimientos de energía residual y trampas explosivas... nada, los sensores de sus apéndices lo registraron íntegramente... con cautela recogió la cápsula y la volvió sobre sí.

Era sin duda el elemento correcto, encontró la traba y el sigilo personal, de la anterior Canonesa de Santuario 101, que había mantenido sellada la cápsula en

reposo durante más de una década, Tegas calculó el peso del objeto, no podía escapar a la pregunta que lo atormentaba. ¿Qué encontraría allí adentro al abrirlo?

Pasó revista a los registros internos que se referían a Yunque y Martillo, la información era escasa, pues las Hermanas de Batalla custodiaban sus secretos con gran cuidado y vehemencia. Y éste, era uno de sus más preciados secretos, era incuestionable que la reliquia se remontaba al trigésimo sexto milenio de la Era de la Apostasía, época en que el lunático Gran Señor Goge Vandire, sumió al Imperio en el llamado 'reinado de la sangre', algunos datos señalaban que el tesoro era anterior, incluso, a la fundación del Adepta Sororitas, que se trataba de un obsequio a las progenitoras de las Hermanas de Batalla, cuando aún eran conocidas como las Hijas del Emperador, otros datos señalaban que se trataba de una herramienta, un arma poderosa concedida al Sororitas por los Altos Señores de Terra durante la gran Reforma, cuando los restos de los cultos de Vandire fueron purgados de la galaxia sin piedad, muchos de los registros de esa época eran de gran ambigüedad, a pesar de lo cual, el Adeptus Mechanicus contaba con informes de mundos enteros, que habían 'ardido por el tacto del martillo', que habían sido 'quebrados sobre el yunque' por la furia de la Hermandad, tal vez aquellas palabras eran más que figurativas... la idea de ello flotaba en la mente de Tegas.

Y sin embargo, la identidad de la reliquia era desconocida para la totalidad de la galaxia y así había permanecido para todos durante miles de años, excepto para las Sororitas de mayor rango.

Tegas miró la cápsula y se sintió hambriento, pero no por las ganas de comer ya que sus sistemas internos eran nutridos por un generador de micro-fusión, éste procesaba ingestiones mensuales de un gel nutriente compuesto por polímeros densos en metales y proteínas, se sintió hambriento de conocimiento y ello le hizo recordar sensaciones de su vida orgánica, a pesar de haber depositado la cápsula sobre el suelo de piedra, él supo que lo que estaba haciendo era una locura, la lógica le gritaba que la tomara y huyera con ella, en busca de un lugar seguro, lejos de miradas indiscretas, antes de que fuera descubierto.

Y sin embargo, no supo detenerse a sí mismo, la necesidad de conocimiento era irrefrenable, le inundó la razón. *Sólo daré una mirada*, pensó, *sólo el tiempo suficiente para ver la reliquia y saber de qué se trata*, era consciente de que tal

vez perecería en su huida, tales probabilidades lo motivaron a descubrir el velo, no podía morir sin descubrir el secreto guardado por las Sororitas, la información estaba destinado a ser conocida, conocida por aquellos con el intelecto necesario para su uso y él poseía tal intelecto, eso era el Adeptus Mechanicus, estaba en su derecho, más que eso, era su deber conocerlo.

Activó el láser de corte en la punta de su servo-brazo y delicadamente seccionó la traba de seguridad de la cápsula mientras trabajaba afanosamente por abrirla, la tarea habría resultado un reto para cualquier otra persona, pero no para el Cuestor, la Hermandad había errado al omitir considerar que sus dispositivos de seguridad eran forjados por el Mechanicus, por ende, toda cerradura podía ser forzada si se contaba con el conocimiento.

El tiempo transcurrió, la cubierta de la cápsula se desprendió y cayó sonoramente al suelo, de su interior emanó un vaho ancestral que se arremolino en el frío ambiente del Laboratorium Necrón, Tegas detectó el parpadeo de un campo de estasis desactivándose, el objeto oculto en su interior había sido sumido y protegido en un estado eterno de suspensión, gracias a la pantalla de energía que lo contenía.

Sus manipuladores se estremecieron ligeramente cuando tomó el objeto en su interior, un rectángulo grueso y pesado, escaneó metales y plásticos en su composición, combinaciones de tensioactivos químicos y materia orgánica curada, cuero, la reliquia estaba cubierta con una funda de cuero curado.

Tegas había esperado encontrar una pistola, un cráneo, un orbe de oro, una corona hecha de cristal, había esperado algo Xenos, inhumano o demoniaco, algo profano, había previsto un centenar de posibilidades, pero nada como esto.

En sus manos sostenía un libro, un grueso tomo, cerrado por densas bandas y una cerradura, allí en la portada de cuero, vio un grabado en oro, el título del libro, Yunque y Martillo.

La curiosidad que lo guiaba, esa emoción humana que nunca había sido capaz de purgar por completo de su personalidad, se desvaneció y fue reemplazada por otra cosa, por un sentimiento de confusión.

El Cuestor abrió cuidadosamente el libro en su primera página y sus

mecadendritas bailaron a su alrededor, escudriñando el tomo a través de cada posible rango perceptivo. *Su forma puede ser sólo una ilusión*, pensó, algunos archivos de Marte describían ciertos objetos como libros, objetos tales como el 'Malus Codicium', el 'Ravonicum Rex' o las 'Epístolas de Lorgar', pero que en realidad eran mucho más que eso, eran páginas codificadas con matrices telepáticas, memes sub-espaciales, incluso poseídos por la energía demoníaca de la disformidad, podría haber nano-formas dentro de la propia tinta, el papel podría ser psicoactivo, incluso su maquetación podía ocultar filas de datos que condujesen a otras riquezas.

Y él detectó... nada, sólo lo ancestral de sus páginas, el libro era viejo en una escala de cientos de siglos, Tegas procesó lo que veía con diversos patrones cifrados de sus programas internos, pero como resultado solo obtuvo un caos de información sin sentido, sus intentos resultaron en vano, tradujo las palabras racionales del documento y el resultado arrojó apenas galimatías recurrentes.

En sus manos sostenía un libro, sus páginas versaban acerca de la fe y el deber, el uso piadoso del texto no ofrecía ninguna interpretación extraña, no parecía haber un secreto oculto en sus líneas, no estaba imbuido con un poder sobrenatural de ningún tipo que Tegas pudiera asimilar.

La confusión del Cuestor se profundizó a medida que estudió el libro una y otra vez, no había ningún mensaje secreto acechante en sus palabras, ningún código oculto en los patrones del texto, no contenía el plano de un arma tan poderosa como para quemar un mundo de herejes, no poseía poderes etéreos en estado latente ni había sido encuadernado con la piel de un demonio, ni siquiera había sido escrito con sangre Xenos.

Todo lo que él tenía en sus manos era un libro, tinta y papel encuadernado.

-**Esto es... ¡sólo es esto!**- Tegas dijo las palabras con un estremecimiento, sacudió el contenedor pero sólo partículas de polvo cayeron de él, el Cuestor blandió el tomo en sus garras y se preguntó. -**¿Qué es esto? ¿Pero qué... es esto?**

-**Lee el nombre**- Tegas se giró y descubrió la presencia de una mujer de pie en la entrada de la cámara, Miriya, había estado tan ensimismado en el estudio de la reliquia que no había percibido su aproximación, estaba allí de pie, jadeando,

con el rostro ensangrentado y su actitud reverente. -**Lee el nombre del autor-** exigió, en su mano portaba un bólter humeante y ennegrecido.

Tegas miró la portada y leyó lo que estaba escrito allí, era apenas un rasguño sobre el cuero, pero realizado con sumo cuidado. -**Estos son mis pensamientos, éstas son mis palabras, conóceme, soy la Hermana Katherine Elysius, hija del Dios-Emperador.**



-Bendito sea su nombre, madre de mi orden y primera entre las compañeras de Alicia Dominica- Miriya completó la frase ritual y agachó la cabeza, ella esperó que santa Katherine pudiese perdonarla por no hacer la señal de la águila, pero dadas las circunstancias no confiaba en Tegas lo suficiente como para apartar los ojos de él. -**Lo has abierto, no tenías ningún derecho a hacerlo, ¡Pedazo de escoria! ¡Ensucias las palabras de mi Señora con tu sola presencia!**

-¿Palabras...?- el Cuestor negó con la cabeza encapuchada. -**En el nombre de Terra, ¡dime que hay algo más que sólo palabras en sus páginas!**

Agitó el antiguo tomo en dirección a ella y Miriya temió por la integridad del mismo, estaba furiosa con él por la profanación de la reliquia, pero al mismo tiempo se sentía aterrorizada de que él pudiera dañarla. -**Dámelo o te mataré ahí mismo dónde estás.**

Tegas no pareció escucharla. -**No hay nada aquí... ¿O me equivoco? No veo que guarde ningún secreto, ¡sólo existe el hermetismo y el secretismo que lo rodea!-** gritó. -**¿Cómo puede ser tan altamente valorado...? Éste texto no vale nada, no contiene nuevos conocimientos. ¡No tiene la llave del universo! ¡Es sólo un libro! ¡Lo he arriesgado todo por las palabras de una monja muerta!**

-Tú blasfemas contra su santidad- Miriya apuntó a su cabeza. -**¡Es su libro, gusano! Escrito por su propio puño, sus propias palabras dejadas para las Hermanas que vendrían. ¡Como yo! ¡Es fe en estado puro!**

-**¡Sé, acerca de la fe!**- contestó Tegas. -T**engo la fe necesaria, ¡convicción suficiente del Culto Imperial y el Omnissiah!**

-**Tu única fe está depositada en tu personal arrogancia**- dijo Miriya con frialdad. -**No comprendes lo que es creer en algo más grande que uno mismo**- las palabras parecían provenir de algún lejano lugar, como si estuvieran siendo habladas por una parte de la Hermana de Batalla que había permanecido en silencio durante muchos meses. -**Yunque y Martillo es el alma de Katherine derramada en papel y tu posees la única copia que aún existe, el último vestigio físico de ella, esas páginas, ese libro... carece de valor material, el valor reside en las palabras que contiene, Cuestor... la mismísima Señora Mártir las escribió ahí, el libro está más allá de cualquier valor material para el Adepta Sororitas, es nuestro secreto más preciado, llevado de convento en convento para bendecir a cada puesto de avanzada de la Orden con la memoria de Katherine. ¿Me preguntaba por qué Sepherina había luchado tanto por volver al Santuario 101...? Yo no logré entenderlo hasta que me habló del libro**- Miriya lo fulminó con la mirada. -**¿Entiendes ahora, Tegas? la moneda con la que mides el valor del mundo no es la misma moneda con que nosotras lo medimos. ¿Aquello que para ti carece de valor, para mi es invaluable?**

Se quedó en silencio durante un largo instante, cuando volvió a hablar, la voz del Cuestor estaba cargada de veneno. -**Debería destruirlo por puro despecho. ¡Tú y tu hermandad no han sido otra cosa que un obstáculos para mis planes desde el principio!**- arrojó el libro al suelo. -**Toma tu preciado libro pues, lee en voz alta todas las homilías y sermones acerca de la fe de tu santa muerta, veamos que tan lejos te lleva.**

Miriya cogió el libro... entonces, una ráfaga de aire glacial bañó su rostro, acompañada por un pesado olor a polvo y metal caliente.

Ella reconoció el aroma, la Hermana de Batalla se giró alzando su bólter apuntando a lo largo de la cámara, sintió su sangre helarse al vislumbrar una sombra entre la impenetrable niebla, arrastrándose a lo largo de las paredes del Laboratorium, deslizándose sobre las esferas vidriosas y las líneas de columnas de acero.

-**Fe**- dijo una voz sepulcral -**una vez tuve mucho de eso, pero ahora es algo**

que he olvidado, tendré que esforzarme por recordar cómo era... para poder procesar ese concepto.

-**Allí**- señaló Tegas hacia la penumbra -**no puedo analizar la naturaleza de la masa... parece ser un tipo de radiación oscura.**

-**¡Calla!**- le gruñó Miriya.

El velo negro se fundió en las paredes, como si se tratara de una marea abandonando una playa y develó la decorada y arcana forma del Cryptotecnólogo, Ossuar inclinó la cabeza para estudiar a la Hermana de Batalla. -**Has vuelto**- le dijo -**hemos dejado asuntos inconclusos tras nuestra última reunión.**

-**¡Él habla...!**- logró articular Tegas, inmediatamente alzó sus mecadendritas ondeantes en el aire. -**Analizar**- dijo.

-**Puedes intentarlo humano**- dijo el Necrón -**pero no comprenderá nada.**

-**Entiendo lo suficiente**- replicó el Cuestor -**no eres más superior que nosotros.**

-**¿No?**- la máquina lo observó. -**¿Realmente has creído que pudiste acceder a nuestra red por tus propios medios? Estás aquí sólo porque yo lo he permitido**- se acercó, estudiando al Cuestor con abierta curiosidad. -**Fascinante, has intentado biotransferirte a partir del progresivo remplazo de tus órganos, pero veo imperfecciones, tu teoría se basa en conceptos erróneos**- el Cryptotecnólogo miró a la Sororita. -**¿Es eso parte de tu 'fe'? ¿Esas falsas creencias, son las razones por las que insisten en resistir?**- hizo un gesto con el negro báculo hacia ellos. -**¿Me pregunto qué tal me serviréis cuando desmonte vuestras formas vivientes?**

La expresión de Miriya se ensombreció. -**Yo soy una Adepta Sororitas**- le dijo al Xenos -**y no sufriré viviendo a tu servicio.**

Accionó el gatillo del bólter, descargando una ráfaga de proyectiles de masa reactiva sobre el torso del Cryptotecnólogo.



A través de los vitrales de la torre, una infernal tormenta parecía estar en su apogeo, las baldosas que adornaban el piso de la Gran Capilla temblaron bajo los pies de Verity, a causa de los profundos impactos provocados por el disparar de armas pesadas, polvo y restos de piedra llovieron desde la cúpula que se alzaba por encima de sus cabezas.

Ayudó a Zara a mover al último de los heridos, poniéndolo al abrigo del altar de granito, envolvió a la mujer herida con una capa de combate, la Hermana de Batalla respiraba agitadamente mientras deliraba, no era siquiera consciente del lugar en el que se encontraba, ni lograba entender que ocurría a su alrededor.

-**Tal vez es lo mejor**- dijo Zara en voz baja, uniendo sus pensamientos a los de la otra Hospitalaria. -**Cuando llegue el final, no lo sabrá.**

Verity se volvió hacia la otra mujer. -**¡Aún no estamos muertas!**

Zara apartó su mirada, miró hacia las altas puertas de acero, por donde las Hermanas de Batalla ingresaban de dos en dos y de tres en tres, con sus armas recalentadas y humeantes de tanto disparar. -**No estoy de acuerdo**- replicó.

Verity negó con la cabeza y se acercó a ella, sus manos se estrecharon cuando otra larga andanada de disparos enemigos sacudió los pilares que las rodeaban, la taciturna moral de Zara era contagiosa y pudo sentir la misma sensación desoladora creciendo progresivamente dentro de sí, rezó una letanía en voz baja para alejar el sentimiento, pero le resultó sumamente difícil concentrarse, el estruendo y el gemir de las armas Xenos se aproximaba, tanto que parecían estar tras los curvados muros de la Capilla.

Como respuesta a sus pensamientos, los herrajes de metal se quebraron a causa de las constantes vibraciones dejando caer al piso los altos tapices de las paredes, las demás ignoraron el acontecimiento, las Hermanas de Batalla estaban afanosamente ocupadas reuniendo grandes bancos de madera e intentando bloquear el acceso a la nave central de la Capilla, fue allí donde vio a la Canonesa exhibiendo una sorprendente serenidad.

La figura de Sepherina estaba iluminada por el resplandor de las velas votivas, dispuestas en fila, una tras otra, a lo largo del camino que culminaba en el curvo altar, parecía ajena a la batalla que se avecinaba.

Habían seguido su orden, replegándose a la Capilla cuando el escudo de energía que las protegía al fin cayó, su orden resonó a través de todos los canales de comunicaciones, no usó la palabra 'repliegue' ni 'rendición', al contrario, sostuvo que había llegado la hora.

-**Vengan hasta la capilla**- había dicho. -**Es la hora del rezo canónico.**

Verity levantó la vista cuando la luz verde se reflejó en los altos vitrales, no se parecía a ninguno de los rezos matinales que había presenciado, ellas estaban ante el ojo de un huracán, aguardando el avance implacable de los Necrones, sufriendo el constante acoso de sus armas que a cada segundo parecían acercarse más.

La capilla era lo más parecido a un espacio inexpugnable dentro del convento, aquellos que las construían así lo afirmaban, sostenían que sus muros nunca caerían, que sus salas nunca serían violadas, Verity pensó en ello mientras veía mentalmente como sus vidas discurrirían camino a la nada.

Vio a Sepherina hablando a un auspex, activado en modo de registro, la vio moviendo sus manos como si lo estuviera bendiciendo, Verity se acercó a ella justo en el momento que el tronar de un arma poderosa volvió a resonar, pero a pesar de ello logró discernir sus palabras.

-**Ésta es mi última esperanza, que aquellos que nos encuentren nos perdonen, no hemos podido cumplir con nuestra misión y estaré eternamente apenada por ello, véannos a nosotras, Hermanas, al lado del Dios-Emperador y sepan que hemos hecho lo imposible.**

-**¿Últimos ritos?**- la desafió Verity mientras Sepherina colocaba el dispositivo sobre el altar. -**¿Eso es todo lo que nos queda ahora?**

-**Eso y nuestra devoción**- la Canonesa hizo la señal del águila ante las estatuas que se alzaban frente a ellas. -**Sólo desearía que ello resultase suficiente, pero he sido tonta al pensarlo**- su mano cayó sobre la afilada espada envainada en su cintura. -**Creía que nuestra tenacidad y fortaleza sería suficiente para**

desvelar las mentiras y verdades perdidas en éste lugar- miró a su alrededor. **-Pero la arrogancia nos ha condenado a todas, a Hoth, a Tegas... incluso a mí.**

-**Yo no quiero morir aquí**- dijo Verity casi sin pensar.

Sepherina gesticuló frente a las estatuas. -**¿Ante la mirada de los santos y el Dios-Emperador? ¿Hay acaso un lugar mejor donde morir?**- hizo una pausa. -**¿Tienes un arma? Deberías portar una.**

-**Ya nos das por muertas**- replicó ella. -**¿Qué sentido tendría? ¿Qué estaría defendiendo?**

La Canonesa la miró con sorpresa. -**A tus Hermanas**- dijo ella con un tono de suave reproche, acto seguido, Sepherina sacó una de sus propias pistolas bólter y la puso en manos de la Hospitalaria. **-Ya está, te la entrego como un obsequio personal, su nombre es Ithaca, me fue entregada en el sistema solar Gamma por nuestra victoria en aquella matanza.**

Ella sostuvo la pistola en sus manos. -**No soy una Hermana militante.**

-**Lo eres hoy**- Sepherina caminó por el pasillo hacia la puerta. -**Sellad la entrada Hermanas**- ordenó con su voz alzándose sobre el estruendo de la batalla. -**Y reúnanse con nosotras en el altar, ya vienen**- soltó la cofia de su cabeza y la desechó, pasando una mano enguantada sobre su calvo y tatuado cuero cabelludo.

-**¡Esperen!**- gritó Zara. -**¡Alguien viene!**

Nubarrones de humo gris se enarbolaron a la entrada a la capilla, múltiples disparos de pistola sonaron provenientes del corredor de ingreso, las Hermanas de Batalla que guardaban la entrada vacilaron, una figura ensangrentada entró trastabillante tras cruzar el umbral, portaba un bólter de asalto cuyo cañón brillaba al rojo vivo.

-**Hermana Isabel...**- la saludó Sepherina.

-**No soy la única**- tosió la Sororita, señalando con el pulgar a sus espaldas.

Verity guardó la pistola y recogió el pack de Narthecium, siguió los pasos de Sepherina cuando otra forma llegó a través del humo, la recién llegada se apoyaba en otra figura irregular.

La capucha rota echada hacia atrás, reveló el rostro lleno de cicatrices de Décima, quien colocó gentilmente a la Hermana Helena sobre el suelo, la veterana mostraba graves quemaduras en un lado de su cuerpo y apenas parecía consciente.

-Carabina Tesla- explicó Décima **-el impacto fue de refilón, pero aún así, resultó suficiente para herirla de gravedad.**

Verity asintió, cargó desinfectantes y estimulantes analgésicos en los inyectores de su guantelete, con los que inyectó a la Hermana herida, vendó las heridas de Helena, la mujer se estremeció al recobrar la conciencia, la Hospitalaria captó la mirada preocupada en la expresión de Décima, la última vez que había visto a la vigilada había sido cuando comenzó el ataque final, en medio del desorden causado por las primeras brechas defensivas, Décima había desaparecido. Verity había supuesto que podría haber ido en busca de una gloriosa muerte hacia la batalla, pero ahí estaba ella, con una vida salvada por sus manos.

Una vida salvada era todo lo que importaba. Sus pensamientos fueron interrumpidos con el rechinar de los goznes, se dieron cuenta de que las puertas de la capilla habían sido cerradas, el estruendo y el aullido del combate disminuyó inmediatamente, pero aún así, sentía el estremecimiento resonando a través del suelo.

-Están avanzando por allí- susurró Isabel con amargura, mientras limpiaba la suciedad de su lente artificial **-nada podrá detenerlos ahora.**

-Gracias... hija...- los ojos de Helena se abrieron del todo cuando los medicamentos comenzaron a surtir efecto, ella se enderezó y regaló a Décima una lacónica y respetuosa inclinación de cabeza, entonces se alejó arrastrándose, en busca de un lugar donde parapetarse a la espera del asalto final.

La vigilada caminó el largo pasillo en dirección al altar y Verity fue tras ella, a los pies de la estatua, Décima hincó una rodilla y adoptó una posición suplicante, la Hospitalaria no podía soslayar la vistosa herida y la sangre ya seca tras su

cuello, del cual ella había removido, forzadamente, el escarabajo cepomental. La herida se mostraba aún cubierta por los fluidos cicatrizantes con que la había cubierto.

-**Debes estar sufriendo mucho**- dijo Verity. -**Tanto en cuerpo como en espíritu.**

Décima negó con la cabeza. -**Esto es una bendición**- le dijo -**todo es silencio**- ella se llevó una mano a la sien y se tocó la piel. -**Pensé que ellos habían removido mi alma, pero sólo estaba velada, el Vigilante únicamente la oculto de mí, pero tú la redescubriste para mí.**

Verity guardó silencio, tras el asalto del Omnicida en la enfermería, se había visto sumida en un sin número de preguntas acerca del implante Xenos que había encontrado en la carne de Décima, no tenía forma alguna de estar segura hasta qué punto el dispositivo había estado en funcionamiento, de hecho, se preguntaba si alguna vez había funcionado.

¿Y si la voz que atormentaba a Décima había sido algo más? ¿Qué sucedería si las palabras del llamado Vigilante no hubieran provenido de sus verdugos Necrones? ¿Y si en realidad provenían de otro lugar? Verity no podía ocultar la sensación de que tal vez, el sufrimiento de la pobre Décima, no era producto de factores externos, sino un resultado de su propia psique agonizante.

Como Sepherina, Décima se había torturado a sí misma por el hecho de haber sobrevivido a la masacre del Santuario 101 y por igual, las dos mujeres habían sufrido sus tormentos de diferentes maneras, aunque en definitiva, ambos modos parecían igual de destructivos. Ambas sentían haber fracasado ante la Orden y en su interior, Verity pensó que quizás ambas hubieran preferido quitarse la vida para encontrar la paz.

Una sombra se cernió sobre ella, danzantes luces provocadas por los incendios del exterior se filtraban a través de los vitrales, Verity se hizo a un lado cuando la Canonesa se acercó. -**Te había juzgado mal**- dijo Sepherina a la mujer arrodillada. -**Levántate ahora, el Dios-Emperador sabe tu nombre, santa Katherine es testigo de ello**- dijo con una tenue sonrisa. -**Y yo también.**

Décima hizo lo que le mandó. -**¿Mi señora?**- preguntó con sonrojada expresión

-no lo entiendo.

-Te enfrentaste sola al enemigo, protegiendo a tus Hermanas en la sala de la guarnición, Isabel me dice que has obrado por igual con Helena, desafiando el fuego Necrón para recuperarla, si en algún momento dudé sobre tu fe, debo reconocer que me equivoque- alargó la mano y acarició el rostro de Décima. **-Has sufrido demasiado y nada más puedo pedir de ti.**

Sepherina metió la mano dentro de sus ropajes y extrajo la hoja disforme que horas antes le había confiscado a Décima. **-Esto es tuyo, un botín de la guerra según creo.**

La vigilada miró a Verity, casi como si estuviera pidiendo su ayuda, la Hospitalaria hizo un discreto gesto afirmativo como única respuesta.

Décima recuperó el arma alienígena y la sopesó en la mano. **-He castigado a muchos de ellos con esto, una espada que ellos mismos han creado, me pareció lo apropiado.**

Del exterior sobrevino el silencio, no se oían marchas, ni disparos, cuando la Canonesa volvió a hablar lo hizo a plena voz, alzó el tono lo suficiente como para hacerse escuchar a través de la habitación. **-Guarden mis palabras Hermanas, yo la bendigo, la bendición de la Orden está sobre ésta mujer, sepan su nombre niñas, honremos y demos la bienvenida a la Hermana Décima de vuelta a nuestra hermandad. Lo sé bien ahora, ella nunca nos abandonó.**

Una frágil sonrisa se dibujó en los labios de la sobreviviente. **-He aguardado toda una vida para escuchar esto.**

Verity se encontró con la mirada de Sepherina y le pareció ilegible. ¿Que significaban sus palabras? ¿Lo que simplemente decía o se trataba de un acto final de bondad hacia la andrajosa mujer, instantes antes de que llegase el final?

Las pregunta quedó sin respuesta cuando pesados puños golpearon una vez, dos veces, tres veces las puertas cerradas de la capilla, otro puño se sumó a éste y luego otros más le acompañaron, cada vez sonaban más impactos, las Hermanas de Batalla adoptaron posiciones de combate mientras el sonido de acero contra acero, crecía más y más a cada instante, las puertas comenzaron a combarse por

la contante presión, el improvisado bloqueo comenzó a temblar.

-**No les den ningún respiro**- dijo Sepherina, levantando su arma y haciendo una floritura con su espada.

Verity alzó la pistola entre sus manos, entonces, los goznes se quebraron y las puertas cayeron como un puente levadizo.

Tras el umbral, no se veía nada más que acero y fulgores esmeraldas.



CAPITULO XVI



Los impactos golpearon la impecable forma de metal Xenos, la Hermana Miriya sintió por un momento una sensación de triunfo al ver como el Cryptotecnólogo se tambaleaba hacia atrás, cogido por sorpresa ante la repentina violencia de su ataque.

El momento no duró mucho, lo que ella había supuesto un ornamentado talismán rodeando el cuello de Ossuar, era en realidad una especie de amuleto protector, del cual surgieron una horda de gélidas arañas que pulularon sobre el pecho del Necrón, se enterraron en las heridas recién infligidas, incluso en pleno combate pudo ver que el metal viviente comenzó a fluir y formar una especie de costra, simulando la orgánica parodia de una curación.

Miriya expulsó el cargador de su bólter y volvió a recargar, en ese preciso instante, Tegas se interpuso entre ellos obstruyendo su línea de tiro, dudó por un instante en abrir fuego pensando que el Cuestor había recuperado repentinamente su valentía.

-¡Alto! ¡Detente!- exclamó su vocalizador, amplificando sus palabras con sucia estática. **-¡No es necesario actuar violentamente! ¡Aún podemos encontrar un punto de interés en común, podemos lograr una paz consensuada!**

La expresión de Miriya se ensombreció al pensar en ello, aprovechando la oportunidad que se le presentaba, se apresuró en recoger la reliquia sagrada, su mano tomó la cubierta de cuero y la Sororita reprimió un estremecimiento de temor al sujetar el volumen sagrado a las cadenas votivas de su cinturón, pensando que pudiera manchar las páginas de la gran obra de santa Katherine

con su sangre. La sujetó firmemente, optaría por morir en lugar de arriesgarse a verla perdida una vez más.

Tegas todavía estaba hablando, casi balbuceando mientras trataba de expulsar todas las palabras juntas. -**Mucho podemos aprender unos de otros, su tecnología, nuestra visión de...**

-Si crees que alguna vez podrá existir una comunión, aunque sea momentánea entre nuestras especies, das una cabal demostración de vuestra extrema ignorancia- la voz de Ossuar sonó ácida **-sus formas orgánicas siempre fueron inferiores y siempre lo serán-** el Necrón ladeó la cabeza, examinando a Tegas con una mirada implacable. **-Hubo un tiempo, en el que supuse que podrían tener algún tipo de valor como seres experimentales...-** dijo mirando a Miriya. **-Pero ya no, Khaygis tiene razón, son indignos de nuestra atención, apenas una distracción y nada más, una distracción que ahora debe ser eliminada.**

Una parte de la innata arrogancia de Tegas lo hizo reaccionar ante el trato despectivo del Cryptotecnólogo, alzó su servo-brazo en alto, al tiempo que exclamó. **-¡No, no le voy a permitir...**

Ossuar soltó un sonido que bien podría significar una risa de hace un millón de años. **-Nada tienes que decir sobre ello-** el Necrón alzó su bastón abisal y de su extremo expulsó una oleada obscura, una materia similar al humo que fluyó como petróleo, Miriya buscó por instinto una cobertura, por el contrario, Tegas demostró ser demasiado lento.

El humo se coronó sobre él y lo envolvió, lo atrapó como si se tratase de una garra nebulosa enroscándose alrededor de su cuerpo, invadió la obscuridad bajo la capucha de su capa, él dejó escapar un grito inhumano, el sonido se asemejó al registro sonoro del distorsionado llanto de un hombre reproducido hacia atrás y hacia adelante, cayó al piso entre espasmos, acompañados por un chillido sintetizado convertido en un largo e interminable lamento.

Entonces Ossuar invocó más poderes con su báculo, la obscuridad se cernió sobre él como si fuera una capa, Miriya soltó una mueca de desagrado, había visto al Cryptotecnólogo utilizar ese truco con anterioridad, ningún sensor o buscador de blanco sería capaz de penetrar el muro ondulante de la oscuridad a

la que el Necrón daba vida.

Aún sabiendo eso debía intentarlo, Miriya cambió el selector de tiro de su bólter de modo automático a tiro simple, comenzó una danza rápida de movimiento y disparo, impactó contra los destellos metálicos que brevemente asomaban en medio de la niebla, algunos de estos disparos se perdieron impactando en los muros del Laboratorium, otros hicieron estallar las orbes de receptáculos situadas a lo largo de la galería, los pestilentes fluidos almacenados se vertieron espumantes a través de canales ocultos bajo las planchas de la cubierta, los cristalinos restos fragmentados de las orbes crujieron bajo sus pies, mientras que los restos irreconocibles de materia orgánica caían al suelo y comenzaban a descomponerse por el contacto con el ambiente.

El velo negro se extendió hacia ella y Miriya saltó lejos de él, el remolino color tinta resultaba demasiado rápido como para que pudiera evitarlo permanentemente, los estrechos confines de la galería de horrores de Ossuar dificultaban sus maniobras de evasión, a lo que se sumaba la presión que sentía por la responsabilidad de poseer el libro sagrado, oculto bajo los pliegues de su capa de combate.

Un resplandor verde brilló brevemente al margen de su visión, la Hermana de batalla giró y disparó contra el humo, pero en el preciso instante que el proyectil abandonó la boca de su bólter, se dio cuenta del engaño, una ágil y escuálida presencia se materializó detrás de Miriya.

Ossuar apareció repentinamente, el esqueleto de hierro se cernió sobre ella con el bastón abisal destellando en medio de la obscuridad, la pesada punta humeante se estrelló contra ella como si fuera un garrote, incluso protegida por su servoarmadura de poder, Miriya sintió el golpe hasta lo más profundos de sus huesos, el golpe pareció penetrar su servoarmadura sin esfuerzo, el impacto paralizó su brazo instantáneamente, perdió la sensibilidad del miembro al mismo tiempo que perdió el asidero de su bólter, el cual escapó de sus dedos cayendo ruidosamente sobre el suelo.

Por una fracción de segundo, Miriya sintió pánico y bajó la mirada hacia su brazo, su mente le gritaba que había sido reducido a una capa fina de piel muerta y huesos, se vio obligada a mirar, la piel de su mano se mostraba pálida y temblaba a causa del shock, pero aún así se mostraba íntegra. La retrajo y la

masajeó tratando de recuperar la sensibilidad, intentó alejar la sensación de acariciar la mano de un muerto.

Ossuar no se arrojó tras ella, en lugar de ello alzó su bastón hasta adoptar una posición horizontal, cruzada a la altura de su regenerado torso, una liquida penumbra salió brillante del bastón, pero no con su anterior fluidez, sino como un autentico diluvio, una brumosa ola de humo negro se disparó del báculo en dirección hacia ella.

Instintivamente, Miriya levantó las manos para protegerse a sí misma cuando la niebla envolvió su cuerpo, ella sabía lo que le esperaba tras su anterior enfrentamiento con el Xenos, pero ésta vez el ataque fue cien veces más potente.

La obscuridad cayó sobre ella, repentinamente se encontró en un vacío sin fondo donde nada parecía real, nada tenía sustancia, se sacudió tratando de encontrar los muros y pilares de apoyo que sabía estaban allí, pero no encontró nada.

La oscuridad estaba en su mente, el arma no era algo que confundía la visión, la tecnología Necrón había proyectado un manto de pesadilla que lo cubría todo, no se trataba del encanto insidioso de una bruja psíquica que intoxicara la mente, no, Miriya ya se había enfrentado a psíquicos con anterioridad y sabía que la sensación era otra.

El arma de Ossuar era muy diferente, había conmocionado un área animal y primitiva de su cerebro, enterrando la racionalidad y la lógica, despertando los más básicos de los miedos, el miedo a la obscuridad, al aislamiento, a la muerte, a pesar de comprender el ataque, se sintió incapaz de liberarse del sudario que la cegaba, su mente hambrienta de toda razón, moría por la falta de aire como si alguien la estuviera estrangulando.

El vacío se embotó de emociones, cada una de esas emociones reflejaba distintos matices de desesperación, sensaciones crudas, sangrientas e ineludibles, repentinamente, Miriya se estaba ahogando en remordimientos miserables, vio los rostros de los muertos de tiempos pasados, escuchó sus gritos repiqueteando contra las tenebrosas paredes, vio a su Hermana de armas y amiga de confianza Lethe, a la triste Portia cuyo potencial nunca llegó a desarrollar, Iona con su lechoso y pálido rostro oculto bajo la capucha carmesí de una Hermana arrepentida... y más allá de ellas, cientos, miles de rostros conocidos, la masa

total de mujeres que habían muerto en Santuario 101, elevándose y culpándola a ella por haberles fallado, reflejadas allí donde ella volviese su mirada, no podía cerrar sus ojos, tampoco podía rechazar la ilusión, ni encontrar las letanías de fe de las que antes se había valido, los fantasmas la estaban ahogando, hundiéndola en la desolación, matando toda esperanza...

Esperanza...

Forzó los insensibles nervios de su mano, Miriya sujetó con sus temblorosos dedos la cubierta de cuero del libro oculto bajo su capa, pensó en las palabras escritas en las amarillentas páginas de Yunque y Martillo.

El miedo es enemigo de la esperanza, la esperanza es la base de la fe, la fe es el arma que destruye el miedo, el axioma llegó a ella como si la misma Katherine se lo hubiera insinuado, como si ella lo hubiera susurrado en su oído.

La luz llegó acompañada de esas palabras, fluyendo desde un recodo de su corazón del cual nunca se había ido, pues nunca se extinguió, solo se había ocultado por los engaños del enemigo, un enemigo que luchaba por convencerla de lo contrario, de que esa luz se había perdido para siempre, de que el fuego de su alma se había apagado y vuelto cenizas, de que la esperanza había muerto... pero todo eso era una mentira.

Era un sentir eterno, tan claro para ella ahora, que se asombró de haber dudado, citó una letanía para invocar al espíritu de la Mártir y quemar así sus dudas, se armó de valor, sujetó el libro sagrado en una mano y con la otra cogió la empuñadura de su espada sierra envainada a su espalda.

La oscuridad murió, la sensación se hizo añicos, solo había transcurrido un breve instante y sin embargo, parecía que había estado cegada por las garras de sus pesadillas durante horas.

Un erguido Ossuar escupió una sibilante y agria exasperación. -**Aún me desafías**- exclamó.

-**Cada acto de fe es un desafío**- replicó Miriya y atacó lanzando un grito de batalla, dirigió un barrido de su espada sierra al tórax, que el Cryptotecnólogo bloqueó, grandes y brillantes centellas brotaron cuando los duros dientes de la espada sierra mordieron el bastón abisal Xenos.

La vehemencia impulsó el ataque de Miriya, eso y su furia justiciera, lanzó otro barrido ligeramente desviado eludiendo así la guardia de Ossuar, los dientes aserrados se clavaron en el cráneo del Necrón, la Hermana de batalla cargó el peso de su cuerpo sobre el arma, ésta soltó un horrible y chirriante chillido mientras sus afilados dientes mono-moleculares desgarraban el rostro cromado del Cryptotecnólogo, moliendo sus lentes ópticas y demás sensores de su rostro, el Xenos dio un atonal aullido.

Él golpeó a ciegas la espalda de Miriya con su bastón abisal. -**Has dañado mi visión... No puedo ver...**- Ossuar activó nuevamente su medallón protector, los insectos reparadores comenzaron a pulular nuevamente surcando su cuerpo cromado en busca de sus heridas. -**¡Necia, yo repararé el daño y tú pagarás por el atrevimiento de desafiar el destino de la dinastía Sautekh!**

La obscura niebla surgió nuevamente de la nada cual negras cortinas cayendo, Miriya saltó nuevamente en dirección al Necrón, pero se había esfumado, apareció entrando y saliendo estroboscópicamente del velo que lo cubría, materializándose de un lado al otro dentro del Laboratorium sin que pudiese preverse su rumbo, cerca de allí Tegas gimió, alejándose del combate a rastras hasta un rincón.

Guardando nuevamente el libro sagrado, Miriya se agachó y tomó su bólter del suelo, se volvió y en un único movimiento fluido comenzó a disparar al Xenos que huía, sus disparos llegaban tarde, Ossuar usaba el velo para evitar el ataque, obligando a Miriya a malgastar su munición y así ganar tiempo mientras se auto-reparaba.

-**No pelearé contra un fantasma**- escupió Miriya y realizó un veloz arco con su arma, cayendo luego sobre una rodilla mientras su bólter aún describía el arco a través de la habitación, no disparó donde se encontraba Ossuar, sino que se limitó a llenar el espacio de la cámara con proyectiles retroactivos, impactando en los probables sitios donde supuso que él podría aparecer.

La mitad de sus proyectiles impactaron contra la nada, pero entonces, acertó a su fantasma en el preciso momento en que transitaba entre el espacio inmaterial y material, impactó una nueva tanda de disparos sobre la forma corpórea y material del torso de Ossuar, éste se estrelló contra un orbe de estasis.

Ruinosos y quebrados sonidos surgieron del cráneo dañado del Necrón, su angulosa máscara metálica se veía rota, quebrada, Miriya atisbó complejos ingenios cristalinos trabajando entre sus grietas, el Cryptotecnólogo se abalanzó violentamente con su báculo abisal, lanzando salvajes ataques al azar.

¿Sentiría miedo?, se preguntó. *¿Estaría sintiendo pánico ahora que estaba ciego?¿Seria la máquina capaz de emular tal sentimiento?* Miriya rogó porque así fuera, consideraba injusto que Ossuar fuera capaz de sembrar pánico y al mismo tiempo incapaz de sufrirlo.

Con un brutal golpe de su espada sierra, Miriya cercenó el brazo del Cryptotecnólogo a la altura de la articulación del codo que sostenía el bastón, el sistemas de auto reparación del Necrón se sobrecargó desesperadamente tratando de reparar los críticos daños recibidos, pero la Sororitas podía infligir daños con mayor velocidad con la que Ossuar podría repararlos.

Cercenó y trituró al Xenos, saboreando pequeñas victorias con cada gutural gemido derramado por el Cryptotecnólogo, el Necrón consiguió apuntar con una de sus garras hacia ella.

-**¿Crees que puedes vencer?**- dijo con estáticas y envenenadas palabras. -**Hay más como yo que estrellas en tus noches, nosotros ya poseíamos ésta galaxia antes de que tu especie naciera, aniquilamos a los primeros dioses y acabaremos con los tuyos.**

Lenta y deliberadamente, Miriya golpeó a la máquina Xenos una vez más y envainó su espada sierra, alzó su bólter y lo apoyó sobre la dañada carcasa cadavérica de Ossuar. -**Mi Dios no puede morir**- dijo la Hermana de Batalla **-él vive en la fe y la fe vive en nosotras.**

Miriya convirtió el cráneo del heraldo en fragmentos de chatarra y metal, contempló el fulgor verde de la desintegración arrastrándose sobre los restos de su torso, crepitando mientras los últimos vestigios de energía abandonaban la máquina alienígena.



El Cuestor Tegas aún permanecía donde se había ocultado, todavía se estremecía por las secuelas de las mortales pesadillas, sus implantes neuronales habían quedado sumidos en un constante estado de reinició, esto lo hacía retorcerse como si fuera víctima de un estado de parálisis, la Sororita lo arrastró hacia sí misma, lo puso de pie y le soltó un revés al Adepto en su sintético rostro.

-E**stás pensando cómo matarme**- gruñó tratando de recuperar la compostura -**pero las circunstancias han cambiado.**

-**No mucho en realidad**- la mirada que Miriya le lanzó, demostró su salvaje intención de desgarrarlo allí donde se encontraba, sus ojos ardían de fuego. -**Aún tenemos una misión que cumplir**- ella lo tomó de su túnica y lo empujó hacia el pasillo. -**Muévete.**

-**¿Por qué habría de hacerlo?**- replicó él **-yo te abandoné... tendrás que vengarte por ello pues tal sentimiento está dentro de ti, así es como las hijas de santa Katherine son conocidas.**

Ella ignoró sus palabras. -**La Hermana superiora Imogen ha muerto, eso significa que soy la Hermana de Batalla de mayor rango aquí, y por lo tanto, el mando de ésta misión me corresponde**- mostró su bólter y lo amenazó con el arma. -**Tú vida me pertenece ahora, cuan larga sea dependerá de cómo me obedezcas de aquí en adelante.**

-**Lo que hice...**- él trató de encontrar las palabras **-me vi forzado a tomar decisiones desagradables.**

-**¿Desagradables?**- repitió ella con voz fantasmal -**nos abandonaste a merced de la muerte.**

-**¡Fue por un propósito mayor! Por el bien del Imperio y la Santa Terra, vuestro sacrificio nunca hubiera sido olvidado.**

Miriya se detuvo. -**¿De verdad crees en esas palabras, Tegas? Dímelo honesta y sinceramente.**

Él asintió con la cabeza sin vacilación. -**Por supuesto, soy un leal sirviente del Omnissiah.**

Hubo un largo silencio antes de que la Sororita volviera a hablar. -**De ser así, Cuestor, tiene una excepcional oportunidad de redención. ¿Lo entiende?**

-**Tú pretendes que yo cumpla con mi promesa inicial, desactivar el núcleo generador de energía Necrón**- él había previsto cumplir con esa misión después de todo, y por tanto, la petición de la Sororita no supuso ninguna sorpresa. -**Lo haré.**

-**Hazlo**- le dijo solemnemente -**y yo te ofreceré la salvación.**

-**Lo haré**- repitió él, moderando el sintetizador de voz a fin de convencerla a ella de la sinceridad de sus palabras.

Ella no respondió, por último Tegas hizo una nerviosa reverencia y se volvió por donde había llegado, no antes de que sus sensores terciarios detectaran el destello de unas páginas encuadernadas en cuero, sujetas a una cadena de hierro, medio ocultas bajo la capa de combate de la mujer.



Las máquinas entraron por las anchas puertas recibiendo una oleada de fuego bólter y explosiones, el ambiente dentro de la Gran Capilla se espesó, las moléculas de aire se dividieron cuando brillantes rayos calóricos y descargas de tesla recorrieron la cámara en oleadas asesinas, el hedor a cordita y promethium consumido espesó el ozono al punto de convertirlo en volutas de vapor blanco, en respuesta al ataque, el bramido de las pistolas bólter gritó a coro su desafío frente al Xenos invasor.

Verity nunca había presenciado una batalla tan salvaje en un espacio tan reducido, si bien la capilla era lo suficientemente grande como para alojar una docena de módulos de aterrizaje, parecía demasiado pequeña para el combate desatado, una verdadera guerra estalló en el interior de la cámara liberando toda la rabia de sí misma.

Oyó los gritos de muerte de las Hermanas de Batalla al ser reducidas a cenizas por el fuego concentrado de los Xenos, guerreros Necrones avanzaron desde la

entrada tras forzar su ingreso con el fuego de sus pesadas armas, sus caídos destacaron con destellantes explosiones de energía, aunque no podía saber con certeza si ello se debía a su aniquilación definitiva o si se debía a algún tipo de tele-transportación, cuando estos morían, si es que tal término fuera aplicable a ellos, los Necrones soltaban un aullido penetrante que parecía diseñado con el propósito de herir el espíritu y helar la sangre, salvo en dichas ocasiones, permanecían en completo silencio enfrentándose a las Hermanas de Batalla, mientras la Canonesa Sepherina exhortaba a sus tropas a elevar su piadosa furia.

Verity se parapetó tras un pesado banco de roble, con las dos manos sosteniendo la pistola bólter que Sepherina le había dado, hasta el momento la Hospitalaria había errado más disparos que había acertado, Verity se prometió silenciosamente que si sobrevivía a éste horror, iba a esforzarse en mejorar sus habilidades con las armas.

Su entrenamiento con armas de fuego había sido de lo más básico, como medicae al servicio de la Eclesiarquía Imperial se encontraba a menudo expuesta al peligro, pero siempre en compañía de verdaderas guerreras, por lo tanto, con escasas expectativas de tener que combatir al enemigo cara a cara, Verity no ignoraba totalmente el uso de las armas, pero tampoco contaba con la fría habilidad para la muerte de mujeres como Sepherina, ya que su vocación radicaba en proteger la vida, no en eliminarla, los Necrones eran la contrapartida a ambos extremos, ellos eran seres huecos, sin alma, una sola mirada a esos ojos brillantes bastaba para confirmarlo.

No por primera vez, Verity se volvió a su interior y pidió a su fe que le diera fuerza y templanza... y por la gracia del Dios-Emperador que lo logró.

El gran banco de madera frente a ella se tambaleó y voló lejos como si estuviera poseído por una fuerza invisible, entonces, una estatua de metal se alzó ocultando bajo su sombra a la arrodillada mujer.

Se trataba de un robusto y pesado Necro Guardia, allí donde el resto de los Guerreros Necrones e Inmortales parecían delgados y esqueléticos, la máquina ostentaba una plateada armadura, adornada con filigranas y bellos detalles en platino y cobre, una cresta con la intrincada forma de una abanico coronaba la parte trasera de su metálico cráneo, avanzó portando un escudo alto y rodeado por un halo de centelleante energía, en su otra mano sostenía un arma similar a

un hacha de color azul oscuro, su afilado borde resplandecía cual mortífero y brillante espejo.

Instintivamente, Verity apretó el gatillo de la pistola bólter y descargó una ráfaga completa de proyectiles sobre el campo de dispersión espacial que rodeaba al escudo, el percutor de su pistola sonó seco en la recámara cuando vació el cargador, retrocedió desesperadamente tratando de poner distancia ante el enemigo, mientras el caos de la batalla se desarrollaba con su habitual cruda naturalidad a su alrededor, ignorante de éste pequeño drama dentro de la masividad de los combates.

La especie de hacha, una 'guadaña de guerra' se movió, cayendo hacia su rostro, ella se apartó y sintió el aire desplazándose cuando la hoja pasó cerca de sus labios, el filo de la curvada hoja mordió la placa de la coraza de su armadura rasgándola como si fuera humo, Verity se sumió en una sensación de pánico mientras se tambaleaba esperando encontrarse con la sangre vertida de su pecho, pero se encontró con que la hoja sólo había alcanzado la placa, el instintivo paso hacia atrás la había salvado por una fracción de segundo, un centímetro menos y la hoja habría cortado y abierto su esternón.

El Necro Guardia cambió su postura, se tomó su tiempo y la implacable máquina la fulminó con la mirada, un presagio de que el siguiente ataque no fallaría.

El hacha se alzó, justo cuando percibió una sombra nerviosa definiéndose entre las sombras, soltando un gruñido de esfuerzo muy humano, Décima vino a la carrera entrando en la refriega blandiendo la intermitente y obscura espada, el Necrón se volvió para rechazar el ataque con su escudo de dispersión, pero ella ya estaba preparada para ello.

Verity observó a Décima intentando forzar la entrada de la espada Xenos a través del campo crujiente que rodeaba el escudo, Décima empujó con toda su fuerza y el escudo se quebró por la mitad, la tecnología Necrón cortó limpiamente la tecnología Necrón.

Verity se preguntó si ella se había enfurecido de tal manera al ver al Necro Guardia hendir la placa de su ahora inútil servoarmadura, la 'guadaña de guerra' intentó cortar la coraza de la otra mujer, las dos hojas Xenos se cruzaron con un ruido discordante, el Necrón era una cabeza más alto que la desgarbada

sobreviviente, por lo menos dos veces la masa de la Décima, pero ella no dejó que ello detuviese su ataque, la espada y la guadaña entraron en contacto, una y otra vez.

Verity centró su atención de la salvaje refriega mientras colocaba un nuevo cargador en la pistola bólter antes de volver a apuntar, vaciló con el dedo acariciando el gatillo, al ver la danza letal entre Décima y el Necro Guardia, demasiado cercanos el uno del otro, hoja contra hoja en busca de una brecha en la defensa del oponente, Verity sintió un repentino pánico, un único error en su disparo y Décima moriría.

Entonces la decisión fue tomada por ella, el Necrón encontró la brecha que buscaba y estrelló el extremo del mango de su guadaña de guerra en la cabeza de Décima, quien trastabilló desequilibrada y cayó hacia atrás, el Necro Guardia pareció detenerse, pareció calcular el plano perfecto del golpe que daría, ese golpe único, solitario e impecable que pondría fin a la vida de la harapienta Hermana de Batalla.

Verity abrió fuego, gritando a la vez que tiraba del gatillo de la pistola y sufría el retroceso de los proyectiles que abandonaban el cañón, el Necrón intentó proteger su cráneo con su mano blindada, distrayéndose por un breve instante.

Décima aprovechó la ocasión y contraatacó, con un grito desgarrador de ira, la mujer realizó una pirueta mortal y saltó, cayendo con la empuñadura de la espada sujeta con ambas manos, la negra espada penetró el torso del Necro Guardia, justo donde un humano tendría su clavícula, y la retorció aprovechando la fuerza del golpe, Décima empujó con todas sus fuerzas hacia él y cercenó el crestado cráneo de sus hombros, el decapitado Necrón cayó lentamente de rodillas y tembló, mientras que del muñón de su tronco saltaban centellas.

Décima retiró su arma robada y retrocedió un paso hacia Verity. **-Hermana-** empezó a decir **-te mantendré...**

-Protegida...- la palabra murió en sus labios cuando la punta de una guadaña de guerra atravesó su estómago, oscuras salpicaduras de sangre arterial rociaron las piedras del suelo, a su espalda, el Necro Guardia decapitado todavía se tambaleaba, la última orden que su mente moribunda, había sido apuñalarla a través de la columna vertebral.

Verity gimió cuando las piernas de Décima se debilitaron y cayó hacia delante liberándose de la guadaña de guerra, impactó contra el suelo con su peso muerto, en medio del rabioso combate nadie se percató de ello.

-**Her... mana**- Décima logró pronunciar la palabra a pesar de que su boca se ahogaba en sangre, levantó la mano con sus desnutridos y huesudos dedos, secando con ellos las lágrimas en las mejillas de Verity. -**Nunca los volveré a oír**- dijo sin aliento -**antes, siempre los oía, en mi cabeza, el Vigilante... él siempre me vigilaba... pero ésta vez no... Al fin soy libre.**

-**Décima, lo siento mucho...**- Verity quería curarla con sus propias manos, pero supo que era imposible, pues la Hospitalaria reconoció al instante la letalidad de la herida.

-¿Podrás perdonarme?

Sufrió una sacudida por el shock y preguntó. -**¿Por qué?**

-**No pude proteger la reliquia**- cada palabra resultaba todo un esfuerzo para Décima. -**Katherine me odiará por ello.**

-**No. ¡No!**- negó Verity con la cabeza. -**Te estará agradecida Hermana, renunciaste a todo por sobrevivir, para poder advertirnos**- una amarga tristeza nació dentro de la Hospitalaria, se sentía impotente y quebrada mientras observaba a la mujer caer en los brazos de la muerte.

-**Hermana**- repitió sin aliento -**había olvidado que somos Hermanas, pero ahora lo recuerdo.**

-**No te olvidaré**- prometió Verity, pero Décima no la oyó.



Danae, Cassandra y las demás estaban de pie, en medio de los restos esparcidos de los escarabajos Necrones, sus últimos vestigios revestían el suelo de piedra carbonizado o ardiente, Miriya escuchó a la Hermana hablando en voz baja

mientras se acercaba.

-**Imogen Nal, Hermana Superiora de la Orden de Nuestra Señora Mártir, soldado honorable del Trono Dorado, hija de Ophelia VII y del Convento Sanctorum, recordaremos tu nombre y te dejaremos descansar en paz aquí, la mirada del Dios-Emperador te encontrará incluso aquí**- el cuerpo arruinado de Imogen estaba frente a Danae, ella apuntó con su rifle de fusión al cadáver de la mujer. -**Ave Imperator**- concluyó.

-**Ave Imperator**- repitió Miriya, mientras el resto de la unidad centraba sus duras miradas sobre ella y sobre Tegas.

-**Nos abandonaste**- la acusó Pandora -**Imogen murió a causa de...**

-**Ella ya estaba muerta y lo sabía**- Ananke la interrumpió, silenciando a la otra mujer. -**Pero tiene razón, huiste en medio de una emboscada.**

-**Yo no hui**- replicó Miriya mirando con firmeza a Dánae. -**Termina el rito, Hermana, no podemos abandonar el cuerpo de Imogen al alcance de éstas criaturas.**

La Hermana no dijo nada por un instante, sosteniendo su mirada con un silencioso desafío, entonces, apartó por fin la mirada, la servoarmadura de Imogen ya había sido despojado de sus pertrechos, habían tomado sus granadas y municiones, dejando sólo la servoarmadura, su rosario y votivos personales; en el campo de batalla, el cadáver habría sido recuperado para un entierro digno, pero aquí, dicha atención era imposible, por lo que los honores se rindieron con la mayor celeridad posible.

Danae se inclinó y apretó el gatillo del rifle de fusión, el fuego plasmático brillante surgió del arma cuando ella inmoló el cuerpo de la Hermana Superiora, convirtiendo metal, hueso, carne y ceramita en una masa pálida.

-**Está hecho**- dijo Cassandra sombríamente, quien mostraba una feroz herida en su cuello, ella asintió con la cabeza hacia Tegas, que cambiaba su peso de un pie a otro. -**¿Una ejecución ahora?**

-**Él vivirá**- respondió Miriya -**lo necesitamos.**

-**¿Por qué tú lo dices?**- dijo Pandora -**nos abandonas en el combate para rescatar a un ser inferior... y ahora, ¿nos das órdenes?**- su rostro se arrugó por el aroma a carne humana quemada.

-**Está en su derecho**- señaló Danae -**puede ocupar la señoría si lo desea, pues posee los honores para ello.**

-**Yo presté mi juramento a Imogen**- replicó Pandora -**no a ella**- miró a Danae y Ananke a su vez. -**¡Y ustedes también lo hicieron!**

-**Tu prestaste juramento a la Orden**- la corrigió Miriya -**Imogen sabía lo que estaba en juego aquí, nada más importa.**

-**¿No?**- Pandora se le acercó más, mirándola desde debajo de sus delgadas trenzas de color rojo. -**Ella no creía en tu capacidad de mando, todas vimos los eslabones rotos de tu rosario. ¿Qué te da derecho pues a tomar el lugar de la Hermana Superiora ahora?**

-**No hace falta que me sigas**- le replicó Miriya, con notable cansancio en sus palabras -**pero si seguirás esto**- ocultó la mano en los pliegues de su manto de combate carmesí y extrajo el libro.

Lo entregó a las aturdidas manos de Pandora, la expresión de la joven Hermana de batalla se transformó en un santiamén. -**Es... es real.**

-**Tómalo, si te crees digna de ello. Protégelo hasta que pueda ser puesto en manos de la Canonesa.**

Las otras hicieron la señal del Águila sobre su servoarmadura. -**Nos dijeron que el libro tenía su lugar en el Convento Sanctorum**- dijo Ananke, mostrando la incredulidad en su voz. -**¿Cómo puede estar aquí?**

-**Las palabras de santa Katherine han viajado a través de la galaxia durante décadas, escondidos tras esa mentira**- dijo Miriya. -**Ha recorrido puestos de avanzada, conventos, colonias y capillas para dar su bendición en secreto**- ella asintió con la cabeza a Pandora. -**Ábrelo... léelo.**

Sus manos temblaron, la Sororita lo hizo, sus ojos brillaron por las lágrimas mientras daba voz a las primeras palabras que veía. -**Nuestra mayor fortaleza**

es el acero que recubre el corazón de toda mujer, sea madre, hija o Hermana, su amor es eterno e inquebrantable, es la hoja que no puede ser mellada...- la voz de Pandora enmudeció por la emoción. -**Trono y sangre... esas son las palabras de la Santa.**

-**Es por esto que volvimos a Santuario 101, esa es la verdadera razón por la que regresamos**- Miriya asintió sombríamente. -**No sólo para dar la paz a los fantasmas de los muertos, ni para re-consagrar nuevamente el convento en el nombre del Dios-Emperador, también volvimos por esto**- señaló el tomo sagrado.

-**Si ya tenemos el libro**- comenzó Ananke. -**¿Acaso no hemos concluido nuestra misión? Debemos huir de éste claustro y de los Xenos**- dio una mirada hacia Tegas -**dejaremos al Cuestor para que se convierta en su juguete.**

-**No hemos terminado aquí**- dijo Danae, antes de que Miriya pudiera contestar -**con el libro o sin él, mucha sangre se ha derramado y los Necrones deben pagar el precio por su carnicería.**

-**Sí**- asintió Miriya. -**Solo debemos hacernos una pregunta para saber qué camino seguir... ¿qué haría Katherine?**

Con mucho cuidado, Pandora cerró el libro y lo ocultó bajo su capa. -**La Santa los habría matado a todos**- respondió ella.

Miriya asintió con la cabeza y se volvió hacia Tegas. -**La cámara de energía de la puerta Dolmen, guíanos hacia ella.**

Tegas hizo un gesto brusco y se alejó, las Hermanas de Batalla avanzaron formando una línea de escaramuza tras él.



El zumbido de más allá de los temblorosos muros de piedra de la capilla, se convirtió en un rugido, Verity alzó su mirada del cadáver de Décima y vio una sombra atravesando la alta losa de cara a los altos ventanales de coloridos

cristales, la forma se movía con lenta y amenazante actitud, por un instante le hizo recordar la forma de un antiguo galeón de batalla deslizándose por un mar en calma, oyó a la Hermana Helena gritar una advertencia, pero las palabras escaparon a sus oídos.

Entonces, el fuego se hizo presente, un río de fuego púrpura invadió la cámara bañando los altos muros por encima de sus cabezas trazando toda una línea, la línea de energía cortó horizontalmente a través de los soportes, las ventanas estallaron en nubes quebradizas de fragmentos, se movía de derecha a izquierda en un solo barrido, la misma piedra perdió toda coherencia y se colapsó tras su paso.

Una huracanada ráfaga de viento y el polvo de las rocas, cubrió la capilla cuando el muro oriental se partió en trozos irregulares, con el estruendo de un trueno se formaron las grietas sobre su superficie, Verity se cubrió los ojos y vio una amenazante sombra enmarcada en la brecha que acababa de crear, una gran pirámide escalonada, construida con piedra negra flotaba sobre la bruma de fuerza anti gravitatoria que la sostenía, ésta comenzó a avanzar a través de la abertura, la sola presencia dentro de la capilla del Monolito Necrón, suponía ya de por sí misma una blasfemia de la peor calaña.

Grandes cañones de flujo gauss situados en las esquina de la pirámide flotante, disparaban arcos de energía verde buscando objetivos que impactar, las descargas de los pulsos de energía arrancaron los intrincados mosaicos del suelo allí donde caían, y alcanzaron los libros de oraciones cuyas cenizas bañaron a las Hermanas de batalla, Verity se ocultó tras un pilar caído, se atrevió a alzar su mirada una vez más.

En lo alto del Monolito, tras la matriz que liberaba energía dando forma a un látigo de partículas, vio un trono que parecía estar conectado a un sin número de cobrizos cables de gran espesor, un ornamentado Necrón, vestido con una intrincada capa metálica se alzaba en él, escrutando como un emperador la guerra que su especie había llevado al convento, alzó sus manos y señaló un punto de la batalla, un pulso de energía verde salió disparado de la matriz, incendió el aire cargado de humo y fundió la piedra tras su impacto trazando toda una línea de partículas de energía que se arrastraron seseantes a través de la cámara, Verity vio uno de esos rayos impactar en una Hermana con tal fuerza, que salió disparada hacia las sombras.

La máquina se detuvo y el ser que la comandaba exploró la cámara con su glacial mirada.

-**¿Pero qué hace?**- preguntó en voz alta. -**¿Qué busca?**

-**¡Quédate ahí, Hospitalaria!**- una mano musculosa la sujetó y la arrastró fuera de la vista, Verity se encontró junto a la Hermana Isabel, que luchaba por desatascar su encasquillado bólter. -**Es una especie de unidad de mando**- señaló -**por todos los infiernos, ¿qué otra cosa podría ser? Ha venido a acabar con nosotras personalmente.**

La idea de que los artificiales asesinos, fueran capaces de albergar semejante deseo o necesidad parecía discordante en la mente de la Hospitalaria, incluso tras la anterior confrontación con el Cryptotecnólogo en la Luna de Obsidiana, le resultaba difícil imaginar a los alienígenas como algo más que autómatas sofisticados y poco más, Verity sólo podía verlos como un reloj, privados de cualquier cosa como la sensibilidad humana y la emoción, para ella eran como extraños secuaces de la Legión Cibernética, objetos que imitaban la forma de vida, pero carente de la esencia que los animara a ser realmente un ser viviente, expresó su sentir a la Hermana de Batalla de sombrío rostro.

Isabel le dirigió una mirada feroz con su implante ocular augmetico. -**Ellos no tienen alma, es cierto, pero viven a su manera y eso también es cierto, no me preguntes como**- alzó su bólter. -**Permanece aquí**- le dijo la Sororita mientras se sumaba nuevamente al combate, Isabel se volvió y miró la pistola en la mano de Verity. -**Recuenta tu munición, Hermana**- le dijo ella -**guarda el último proyectil para ti misma.**

La Hermana de Batalla saltó por encima de la columna caída y se desvaneció en la bruma, disparando mientras caminaba.

El látigo de partículas del Monolito disparó nuevamente, liberando un eco en los confines de la violada capilla que bien pudo sonar como el fin del mundo, enormes trozos de la majestuosa cúpula superior cayeron hechos pedazos, se estrellaron contra el suelo provocando un pequeño seísmo, el polvo que esto levantó obscureció aún más el ambiente, Verity se tambaleó, atisbó el sobrecargado cielo de un azul pálido a través de las grietas formadas en el techo,

allá arriba, pálida y reflejando la luz del sol de Kavir, pudo ver la espectral curvatura de la Luna de Obsidiana en pleno amanecer.

Pensó en Miriya, sintió miedo por su amiga y Hermana, no había forma de saber si estaba viva o si la escuadra al mando de Imogen había fracasado en su misión de penetrar el corazón del complejo Necrón, los pensamientos de Verity fueron asaltados por la horrible certeza de su propia e inminente muerte, entonces, cuando la tormenta de fuego siguió su marcha entre los gemidos, tiró de la corredera de su pistola y expulsó un proyectil de su recámara que tomó en sus manos, Verity lo hizo rodar entre sus dedos, acarició con él su frente y luego la flor de lis de su armadura de combate, guardó el proyectil en un bolsillo y abandonó su cobertura.

Los Necrones estaban allí donde mirase, enfrascados en combates cuerpo a cuerpo con las Hermanas de Batalla, o inmersos en duelos de disparos a través del humo y el fuego, notó que estaba de pie junto al altar mayor, cerca de la tarima de piedra había una docena de mujeres muertas que habían perecido a los pies de sus santos, rodeadas de armas vacías y cajas de municiones... y entre ellas, un cilindro de color gris plateado que parecía un rollo de metal.

Con un bajo tamborileo que hacía estremecer el cuerpo de Verity, el Monolito prosiguió su avance por el pasillo lleno de escombros en dirección a ella, cortó la distancia sin demora, ella se aproximó hasta el pergamino Xenos en el preciso instante que un rayo de luz esmeralda atravesó la cámara hacia atrás y adelante, el rayo atravesó su cuerpo y ella perdió el aliento esperando arder viva, pero solo se había tratado de un halo de energía de exploración inocua, emitido por un dispositivo del trono del comandante Necrón.

El rayo cayó sobre el libro y vaciló, el Necrón cubierto bajo su capa, alzó la mano cubierta por un guantelete, que comenzó a crepitar tras lo cual disparó un chorro de fuego verde que redujo el pergamino a vapor molecular.

Verity sintió un nudo en el estómago por la sorpresa, el dispositivo alienígena era el portal a la Luna de Obsidiana y aunque su funcionamiento estaba más allá de su comprensión, la Hospitalaria sabía que sin él, Miriya y las otras Hermanas de Batalla quedarían atrapadas allí. **-¡Las has matado!-** gimió, entonces disparó sobre el comandante Xenos, los proyectiles de masa reactiva rebotaron inofensivamente contra la estructura del Monolito, pero ello no detuvo a Verity

quien renovó su ataque. **-¡No más, en nombre del Dios-Emperador, no más!**

-¡No más, no más!- a su alrededor, el grito de Verity se hizo eco entra las Hermanas de Batalla, que emergieron del velo de humo sumándose a su apasionado ataque, lanzando salvas de proyectiles y abrasador fuego de fusión que se estrelló en el denso casco del Monolito.

Una mujer blandiendo una broncínea espada en una mano y una pistola bólter en la otra encabezó la carga dejando atrás a la Hospitalaria, la rica sangre carmesí del santificado manto ’Aspiriate’ a su espalda parecía arder mientras corría, la Canonesa Sepherina corrió hasta una sección caída en ángulo inclinado de la cúpula, se nivelaba a modo de rampa con las almenas del ruidoso Monolito.

Verity la vio lanzada con justificada ira, ardiendo como la Santa a quien tanto veneraba, entonces Sepherina se lanzó al singular combate con el comandante Necrón.



CAPITULO
XVII



El cronómetro interno de Tegas, compuesto por acelerómetros y sensores de posición, eran piezas arcano-tecnológicas finamente sincronizadas, operando de forma conjunta, eran capaces de indicarle en cualquier momento y lugar, su ubicación exacta en cualquier área de la confusa madeja que es el universo.

Pero no aquí ni ahora, el Cuestor se vio afectado por incomprensibles energías desequilibrantes y desfases en el espacio-tiempo, se encontró, a falta de un término mejor, aturdido, las garras que daban forma a sus mano se sujetaron a la barandilla de seguridad que corría al lado de la reducida entrada por la que emergieron, se aferró a ella como si estuviera en la cubierta de un barco durante un gran vendaval, Tegas recalibró su matriz neural con el fin de reorientarse a los nuevos campos de micro-gravedad, los sentidos humanos de las Hermanas de Batalla, apenas se vieron afectados por la cambiante energía invisible que colmaba el ambiente a su alrededor, se movían con sigilo, silenciosa y constantemente, aquella de duras facciones que portaba el rifle de fusión, Danae, lo observó con mirada acusatoria y le hizo un gesto con el cañón de su arma para que prosiguiera la marcha.

Ellas no podían ver lo que veía, rayos de neutrinos y bosones liberados enturbiaban todo a su alrededor, las serpentinas partículas de elevada energía le parecían sumamente extrañas, hasta tal punto que su existencia sólo se conocía a partir de las teorías supuestas por los altos pensadores del Adeptus Mechanicus.

Todo esto lo emitía la perfecta forma de un pálido cubo situado a unos quinientos metros por debajo de ellos y que al igual que los pórticos de acceso que cruzaban la cámara principal, se encontraba suspendido en la nada,

levitando, desafiando toda lógica de cualquier teoría física.

La cámara en sí era una gran tetraedro, cuatro enormes losas triangulares de más de tres kilómetros de longitud a cada lado, le daban su forma piramidal a la estructura, los muros color mate y al mismo tiempo espejados se levantaban a su alrededor, interrumpidas aquí y allá por obscuras y anchas ranuras que conectaban con las distintas áreas de servicio de la Luna de Obsidiana, cada uno de los vértices estaban formados por agrupamientos de cristal y barras de metal cuyo propósito no alcanzaba a asimilar, más allá de ellos, sobre sus cabezas, Tegas advirtió la forma de planas plataformas que transportaban 'Monolitos' inertes y 'Arcas Fantasma', más allá y muy por debajo, podía ver una dañada puerta Dolmen en plena reparación.

El cubo flotante en el centro de la gran cámara, rechazó todas las lecturas que intentó realizar sobre su superficie con los sensores de sus mecadendritas, crepitantes oleadas de energía azulada, daban forma a una especie de aurora que se desplazaba alrededor del objeto, el cual despedía a su vez un poderoso campo electromagnético impidiéndole interactuar con todo lo que no fuese una molécula de aire, pudo ver las ocupadas 'Arañas Canópticas' en constante movimiento sobre las pasarelas inferiores, las formas flotantes de los 'Espectros Canópticos' en aparente deriva alrededor de los tronos monolíticos, de tanto en tanto se detenían y realizaban extraños ajustes en los paneles de control, el Cuestor supuso que estaban allí para regular el flujo de energía que entraba y salía del cubo.

-**No hay guardia**- susurró una de las mujeres -**puede tratarse de una trampa.**

-**Sí**- asintió Danae. -**Pandora está en lo cierto, éste lugar debería estar infestado de Xenos.**

-**No están aquí**- les dijo Miriya -**han enviado sus ejércitos lejos.**

-**¿A dónde?-** preguntó aquella llamada Pandora, pero mientras la pregunta abandonaba sus labios, asimiló la respuesta que sobrevendría.

Tegas habían detectado las órdenes impartidas por el Nemesor, estaban flotando dentro de la gran matriz de comunicaciones cuando llegó, casi la totalidad de las unidades combatientes activas habían sido comprometidas en el ataque a

Santuario 101, ello le pareció una decisión excesiva en el plano militar, un acto casi humano de resentimiento y arrogancia, cosa que Tegas consideró un tanto más aún interesante, ya que daba cuenta de que tal vez los Necrones no eran seres con total carencia emocional como se suponía, decidió guardar la información para su posterior consideración.

Su mirada se vio atraída nuevamente a su objetivo, el cubo, no podía dejar de concentrarse en él y en todo el conjunto de sensores y sistemas ópticos. Tras la barrera que lo protegía, se escondía una fuente de energía tan primordial y tan letal como las fuerzas de la mismísima creación, escuchó las vulgares preguntas que las mujeres soltaban acerca de su naturaleza, por el espacio de un nanosegundo consideró la posibilidad de explicarles el fenómeno al que se enfrentaban, pero ellas sólo eran soldados y sus mentes apenas tácticamente capaces. Eran sencillamente demasiado limitadas para asimilar el gran poder del que eran testigos.

A Tegas no le resultó extraño que sus últimos escaneos realizados le devolviesen solo galimatías, la singularidad generaba un efecto elemental tan extraño, que todo conocimiento teorizado por el hombre acerca de las leyes de la física resultaban inaplicables, le pareció increíble que los Necrones pudiera subordinar semejante poder a su voluntad, pero también entendió que se trataba de una especie que al parecer se remontaba a millones de años atrás, a una época en que, aparentemente, su ancestral raza surcó el espacio entre las estrellas, los Xenos le demostraron que contaban con el conocimiento necesario para forzar la distorsión del espacio, la gravedad cuántica, el transporte dimensional, la tele-transportación... el Cuestor lo habría dado todo por poder hurgar en la mente de uno de sus científicos, si tal cosa fuera posible.

La singularidad era un evento artificial creado en el espacio tiempo, se da cuando se cubre con alguna forma material extraña la normal actividad del plano espacial, actuando sobre las diferentes energías existentes entre éste plano material de la realidad y otros planos de acuerdo a las singularidades y desfases con que se alimentan, sangrando cantidades cósmicas de radiación desde sus planos o por lo menos eso refieren las distintas teorías, es por ello que se sintió asombrado por la ciencia del objeto, a tal punto que Tegas se sintió hambriento de conocimiento mientras lo admiraba. De alguna manera los Necrones fueron capaces de forjar semejante ingenio, no sólo para alterar el espacio dimensional en la Luna de Obsidiana, sino también para poder activar la Puerta Dolmen, no

deseaba contemplar las posibles consecuencias que podría traer aparejada la finalización de sus reparaciones y su posterior activación, tal vez tardaría un día, un año, un siglo, el tiempo que ello les llevara era irrelevante, finalmente el Imperio sufriría por ello.

Tegas advirtió que le estaban hablando, con esfuerzo se alejó de sus pensamientos, la Hermana Miriya estaba de pie ante él. -**Dime como destruirlo-** le preguntó señalando con la cabeza hacia el objeto.

Reaccionó como si hubiera recibido una bofetada, la brutalidad de su requerimiento le repelía. -**Tú no entiendes**- le dijo Tegas con sumo cuidado a la mujer -**anular la fuente de poder de ésta magnífica creación llevará tiempo-** señaló hacia abajo, hacia los niveles inferiores, a las plataformas de monitoreo donde los espectros operaban en la ignorancia de estar siendo observado. -**Deberíamos desalojar cada estación de control y detener sus operaciones...-** saboreó la idea de llegar al corazón de las máquinas Necrón y descubrir sus códigos encriptados. -T**endrán que protegerme mientras lo hago, tal vez durante horas, pero creo que puedo desactivarlo.**

La Hermana de Batalla de piel aceitunada escupió y miró hacia otro lado.

-¿Qué sucederá si ello no es posible?- preguntó Miriya. -**¿Qué sucederá si nos vemos obligadas a destruirlo?**

Tegas negó con la cabeza. -**Si el núcleo de singularidad entra en un colapso descontrolado, destruirá...**- extendió las manos señalando alrededor. -**Todo.**

Miriya asintió con una leve inclinación de cabeza, y se asomó por el borde de la barandilla. -G**racias Cuestor, puedes considerar tu obligación cumplida**- se alejó del borde y ordenó -**granadas**- mientras gritaba la orden, extrajo granadas de fragmentación de una de las ceñidas fundas de su servoarmadura, Tegas parpadeó asombrado cuando las restantes Hermanas de Batalla hicieron lo mismo, Miriya centró su atención en la calibración de los fusiles de detonación. -T**emporizadores activados para detonaciones escalonadas.**

¡No! ¡No! Gruño la voz de Tegas emulando el sentimiento de pánico en su interior, mientras tomaba del brazo a Miriya. -**¡No, no puedes! ¡Nos condenarás a todos!**

-**Ten fe Cuestor**- le dijo Miriya con natural frialdad, restándole importancia. -**Ya he hecho éste tipo de cosas con anterioridad**- miró al resto de la escuadra. -**Preparadas, listas, procedan**- una lluvia de granadas fue lanzada sobre el borde del pórtico, hacia el brillante y perfecto cubo.

Ésta vez Tegas gritó con tanta fuerza, que el eco de su voz retumbó en los muros de metal hasta la cubierta inferior, con la suficiente claridad como para que los espectros detectaran el sonido, estos ya estaban aprestándose, activando sus campos anti gravitatorios para hacer frente a los intrusos, cuando la primera de las granadas de fragmentación detonó destruyendo un pórtico inferior y derrumbando su pasarela, que tras ceder, cayó hasta colisionar con el halo del campo electromagnético.

Las Hermanas de Batalla ya estaban disparando ráfagas de proyectiles y rayos de fusión sobre los monitores ubicados en la plataforma que Tegas les había señalado, él se golpeó ferozmente la cabeza con sus puños. -**¿Qué han hecho? ¡Estúpidos, animales ignorantes! eso es algo único y sin defecto alguno, son...**

Ananke lo abofeteó y Tegas se desplomó sobre la cubierta de metal, sus sensores enloquecieron por las lecturas contradictorias del azaroso ataque de las mujeres, que destruían metódicamente cada estación de control, monitor y unidad, desde su ventajosa posición.

Se arrastró hasta el borde de la barandilla, se atrevió a asomarse a mirar, monstruosas descargas de fuerza desenfrenada azotaron a los Necrones por debajo de ellos, oleadas de pequeñas ondas de gravedad golpearon los soportes de los muros y torcieron las pasarelas como si se trataran de papel, el pálido y perfecto cubo comenzó a desmoronarse mientras Tegas, absorto, era un mero testigo, una precipitación de lluvia de antimateria comenzó a elevarse hacia arriba, vio el destello ardiente de la radiación emergiendo por debajo y se sintió incapaz de apartar la mirada.

Alargó la mano hacia la singularidad, la luz que irradiaba ésta, brilló a través del metal y por un instante vio a través del acero y sus extraños componentes, vislumbró su complejo funcionamiento e intentó comprenderlo.

Eso era todo lo que él siempre había querido hacer, conocimiento, todo el

camino que había recorrido perseguía esa finalidad, en el nombre de Marte y para mayor gloria del Omnissiah.

Tegas perdió la vista, apenas era consciente del movimiento a su alrededor, las mujeres estaban corriendo, retrocediendo ante la ola de destrucción que habían provocado, a través de los muros de la cámara con forma de tetraedro, observó con un escalofrió el radiante brillo mientras se acercaba a las paredes que se sacudían, parecían desgarrarse en cadena progresivamente a cada instante, grandes segmentos de metal simplemente desaparecieron, reducidos instantáneamente a partículas atómicas.

-**Cuestor**- Miriya tuvo que gritar para hacerse oír por encima de los chisporroteantes crujidos de la energía, él alzo la mirada y la encontró de pie ante sí.

-**Tú... tú eres un arma**- la acusó -**ahora puedo verlo, todas ustedes lo son, simples instrumentos de destrucción subordinados al mandato de una Eclesiarquía ciega, preocupados solo por tomar venganza**- intentó incorporarse sobre sus pies, pero fracasó cuando el pórtico se sacudió nuevamente. -**¡Hay tantas riquezas aquí! ¡Los Necrones tienen la llave para el entendimiento del cosmos!-** Tegas halló el pleno tono de su voz al gritarle a la Hermana de Batalla. -**Pero habéis preferido destruirlo todo, ¿y por qué? ¿En el nombre de unos cuantos cadáveres y un fanático muerto hace ya cuatro mil años?**

-**Te di la opción de la redención**- le dijo, sin apartar sus ojos del Adepto a pesar de que el fuego se propagaba a su alrededor -**de la salvación.**

-**¡Te he guiado hasta aquí!-** la escupió. -**Te di lo que buscabas ¿Acaso eso no fue suficiente?-** Tegas le tendió la mano. -**¿Estás satisfecha ahora? ¡Ayúdame a levantarme, al menos sobreviviré para informar sobre esto!**

-**Te prometí la salvación**- respondió Miriya. -**No la vida.**

La Hermana Batalla alzó su bólter y el último sonido que Tegas oyó, fue el bramar de un disparo.



Miriya sujetó el arma a la placa de ceramita de su servoarmadura, para acto seguido patear el cadáver aún con espasmos del traidor sobre la barandilla, lo observó mientras caía entre giros hacia la masa crítica de energía que había debajo. Cassandra le gritó que corriera, hizo caso al consejo de su Hermana, rompiendo en un sprint mientras trataba de evitar las ondas de choque que colmaban la vasta sala.

Katherine, muéstrame el camino, pensó para sí misma, el pórtico se estremecía bajo sus botas, en definitiva, no había esperado sobrevivir durante tanto tiempo, con un solo vistazo hacia el núcleo del dispositivo habría bastado para saber lo que el destino le deparaba, tal vez el Adepto estaba en lo cierto, tal vez si le hubiera concedido el tiempo suficiente, si ello hubiera sido posible, habría cumplido su misión dejando la totalidad del complejo sin poder y al Necrón muerto e inerte, pero esto era la guerra, no un experimento científico, todas las mentiras y engaños ardían en la batalla, donde el único camino era la destrucción, aniquilar todo lo que se interpusiera en su camino y luchar por la victoria.

O la muerte.

Esa era la naturaleza de las Hermanas de Nuestra Señora Mártir, eran la venganza pura puesta de manifiesto, en éste lugar y momento, Miriya y las otras eran la respuesta al eco de los gritos de las mujeres aniquiladas hacía ya doce años, los Necrones habían venido a matar, pero en lugar de castigarlos, los hombres de frágil carácter en la jerarquía Imperial habían permitido que su mirada se volviera ante la perspectiva del conocimiento ajeno, el rostro herido de Décima brilló en sus pensamientos, pero lo apartó, le hería solo recordarlo, una lección había sido asimilada en éste lugar, comprendió que no podía confiar en nada que tuviera raíces en el conocimiento de los Xenos, no podían ser pacificados, apaciguados o aliados, solo podían ser aniquilados.

No podemos aliarnos a los Xenos para vivir.

-¡Miriya!- Cassandra gritó su nombre como una advertencia y se atrevió a mirar por encima de su hombro.

El exceso de la energía entraba en un punto crítico, había perforado a través de las paredes triangulares y rasgado las zonas altas, mientras la Hermana de Batalla miraba, grandes losas de la cubierta fueron arrancadas por la liberación de rayos moleculares, tan grandes, como naves de guerra. Un Monolito que aún brillaba gracias a su energía interna, con sus portales aún abiertos a extrañas dimensiones, se precipitó dentro de la cámara a través de los agrietados muros, rebotando en el metal sin brillo.

Ella estaba casi sobre la compuerta cuando una negra pirámide se precipitó sobre la rampa donde se encontraba, haciéndola perder el equilibrio y caer, Miriya logró sujetarse de la barandilla, que se giró inclinada. Repentinamente, colgaba sobre un pálido océano mientras el cubo se deshacía, su resplandeciente luminosidad amenazó con quemar sus ojos, vio a un Monolito impactar contra el arco de energía en expansión y el arco se rajó como el cristal.

Sintió el fuerte apretón de una delgada mano, vio a la Hermana Pandora colgando por encima de ella, sujeta desde la barandilla por Cassandra y Ananke. -**Ven**- le grito. **¡El libro, debemos volver con el libro!**

No había esperado sobrevivir tanto tiempo, Miriya estaba preparada para el final, todas lo estaban, la Hermana de Batalla lo había asumido al recibir sus órdenes, ante la inminente y catastrófica liberación de energía proveniente del núcleo Necrón, previó la probabilidad de un único destello resplandeciente, anticipando su despertar al lado del Dios-Emperador, prefería morir, antes que ver el tomo sagrado de la Santa nuevamente perdido, pero Katherine la entendería, la perdonaría.

¿Lo haría?

-¡Hermana! La misión está en peligro- gritó Pandora **-¡toma mi mano!**

Miriya tomó su mano, permitiendo que ella y el resto la ayudaran.



En los espacios más allá del destrozado pórtico el aire estaba cargado de ozono,

las capas externas de las servoarmaduras que cubrían a las Hermanas de Batalla se agrietaron por el daño causado por las temperaturas extremadamente altas, el carmesí de sus capas de combate fue marcado por quemaduras, a causa del fuego del núcleo del que intentaban huir.

Danae las guió hacia una rampa en espiral que las conduciría a través de las cubiertas, corrieron entre infernales penumbras, ignorando las persistentes alarmas de los lectores de radiación de sus guanteletes y el infierno hirviente del que huían, un fuego etéreo se elevó como una inundación, siempre a sus espaldas, el propio ciclo gravitatorio del complejo comenzó a desvanecerse, corrieron en su huida, desesperadas por evitar tropiezos que las hicieran caer para siempre.

Atravesaron distintas cubiertas donde aún permanecían legiones enteras de Guerreros Necrones, guardando en sus silenciosas formaciones, con los canales de comunicaciones interrumpidos, ni siquiera tenían la capacidad instintiva de buscar una vía de escape mientras la Luna de Obsidiana se venía abajo en torno a ellos, en otros sectores, enjambres enteros de ellos pululaban como moscas dentro de una botella, atrapados para siempre dentro de vastas áreas selladas por los sistemas de emergencia, grandiosas tumbas en estasis que empequeñecían el tamaño de las grandes catedrales del Convento Sanctorum, fueron consumidas por las llamas ondulantes de la singularidad, a medida que se incrementaba alcanzando su nivel de masa crítica, los Necrones dormidos dentro de ellas habían permanecido allí durante millones de años, desde la era de 'la Guerra en el Cielo' y ya nunca despertarían.

Arriba, en el alto cielo de hierro del domo, secciones suspendidas del complejo se liberaron y comenzaron a derivar a causa de la artificial y errática fuerza de gravedad, comenzaron a implosionar incapaces de sostener su propio peso, ciertas cámaras inter-dimensionales, incapaces ya de mantener su equilibrio en éste plano material, estallaron devorándose a sí mismas.

Las Hermanas de Batalla se cruzaron con una unidad de 'Pretorianos de la Triarca' y a pesar de que se encontraban en un complejo en llamas, ambas facciones se trabaron en un breve y furioso combate, los Xenos atacaron con disparos de luz esmeralda, provenientes de las 'Varas del pacto' que portaban, cortaron el aire viciado y el humo asfixiante que ahogaba el ambiente, pero a pesar de ello, las Sororitas contaban con la ventaja de su número y la pureza de

su furia, abandonaron las formas inertes de las máquinas mientras aún se desintegraban, el breve combate les había costado un tiempo precioso.

La cubierta bajo sus botas comenzó a temblar mientras la oleada de energía se aproximaba lenta e inexorablemente, acechándolas con la muerte tras cada segundo que transcurría, al fin Danae se atrevió a hacer la pregunta, que ninguna de ellas se había atrevido a pronunciar.

-¿Hacia dónde huiremos ahora?- preguntó. -**¿O vamos a arrodillarnos aquí por una última oración antes de que las llamas nos consuman?-** la veterana miró a su alrededor. -**No podemos evadir a la muerte.**

-**Tú... moriremos cuando esa sea la voluntad del Dios-Emperador, no antes-** respondió Miriya, alzando la voz para hacerse oír por todas ellas.

-**Creo que ese momento puede haber llegado, Hermana**- dijo Pandora con su rostro sombrío.

Se volvió hacia la otra mujer. -**Si es así, ¿entonces por qué me salvaste allí en la barandilla? Pensaba igual que tú en ese momento, pero... ¿y si nos equivocamos?**

-¡No hay mejor destino para nosotras!- bramó Danae con furia repentina. -**¡Hemos tenido éxito y a la vez hemos fallado!** E**l complejo Xenos se destruirá a sí mismo, el libro arderá con nosotras. ¡Ese es nuestro sino!**

Miriya negó con la cabeza. -M**e niego a aceptar eso**- dijo fulminando con la mirada a Danae. -**¿Recuerdas las palabras de la Hermana Imogen cuando llegamos a éste ruinoso lugar?**

-**Somos las hijas de santa Katherine, honraremos su gloria**- repitió Danae.

-**Honraremos su gloria**- dijo Miriya, con Pandora, Cassandra y Ananke coreando sus palabras.

-¿Y qué más?- prosiguió Miriya.

-**No vinimos aquí para caer**- dijo Danae reviviendo ese instante.

Miriya pasó junto a ella y se dirigió hacia la cámara más cercana. -**Los Necrones**

que aniquilamos, parecían custodiar esa cámara.

Miriya no miró hacia atrás, ni a las restantes Sororitas, todos ellas, agotadas y fatigadas por la batalla, la siguieron.

La sala estaba colmada por centenares de soportes vacíos, del mismo tipo que Miriya había visto en su primera incursión dentro de la Luna de Obsidiana, utilizados para transportar a los Guerreros Necrones, las máquinas esqueléticas aún dormían mientras eran transportados por estos, colgados como reses sacrificadas, liberadas sólo cuando iban a la guerra.

Y tras el sistema de transporte inerte, vio paneles vidriosos, varios de ellos brillando aún con su luz fantasmal, cual espejos dentro de espejos, corredores girando en espirales infinitas.

-**Portales**- dijo Danae -**similares a los que descubrimos en la caverna del planeta.**

-**Éste es nuestro camino**- dijo Miriya. -**El Dios-Emperador nos muestra el camino**- alzando su bólter y su espada sierra, ella señaló al portal más cercano y se dirigió a él sin vacilar.

No había manera de saber a donde las conduciría, no contaban con otra cosa que no fuera su fe y la oración, para guiarlas desde el espacio-tiempo dimensional Necrón hacia un destino incierto.

Miriya marchó con las palabras de una oración en los labios, pero en sus pensamientos sonaban las palabras que Imogen había dicho, lo que le parecía ahora ya una eternidad.

La Santa te maldiga por esto.



La audacia del comandante humano le pereció inusitada, el ser orgánico creía ser un contrincante a la altura del Nemesor, parecía creer que con la sola fuerza de su furia y audacia, sería capaz de vencer a Khaygis en combate singular, cuanta

locura.

La osada mujer se lanzó a bordo de su Monolito de mando, ensuciando su impecable cubierta con el contacto de la carne, esto trajo algún recuerdo perdido en la mente de Khaygis, lo que le provocó una sensación de repulsión.

Los seres de carne no podían verse a sí mismos en la forma en que un Necrón sí podía, eran incapaces de detectar la nube invisible de exhalaciones químicas naturales emitidas por todos los poros y orificios de su cuerpo, no podían detectar la materia grasa, las huellas o el pelo desprendido, las células de la piel que dejaban por el camino que transitaban, los efluvios microscópicos registrados por los mejorados sentidos mecánicos del Nemesor, espesaban la atmósfera, cada bocanada de aire que la mujer respiraba contaminaba el espacio a su alrededor, su sola presencia disgustaba a Khaygis.

Rebuznó un reto en su lenguaje humano, avanzó hacia él blandiendo una espada de energía mejorada, cuyo ataque el Nemesor detuvo entre centellas de fuego con su 'Guantelete de Fuego', había poco espacio para maniobrar sobre las almenas del Monolito, Khaygis fintó hacia atrás de su trono de mando, ganando espacio, el brillo ardiente del cristal de poder que coronaba su monolito, baño todo con una luminosidad apagada.

La humana abrió fuego con el arma que portaba en su mano, el Necrón se cubrió con su capa de hierro, lo que contuvo el impacto del proyectil, la masa reactiva del mismo explotó y le costó un momento de desequilibrio.

La espada brilló y cortó hacia abajo con un arco letal, Khaygis esquivó el golpe, pero la hoja se clavó en su trono dañando delicados mecanismos.

En respuesta, Khaygis lanzó una apurada flecha de taquiones de su guantelete errando el blanco por una mínima fracción, sonidos brotaron de los labios de la mujer, el Nemesor sondeó sus bancos de memoria y logró recordar el ritmo armónico, habían sido recitados el día en que los primeros seres humanos habían sido aniquilados en éste mundo desolado, ahora esa armonía se hacía eco nuevamente.

A Khaygis le disgustaba el ruido, quería silenciarlo.

El Nemesor retrajo su Guantelete y conjuró un óvalo de fuego verde moldeado

con el cuidado de un artesano, incrementó al máximo su poder molecular para la aniquilación, pero en ese instante, su concentración se vio interrumpida por una estridente advertencia silenciosa que lo golpeó de la nada, entonces, el fuego conjurado menguó.

Una alarma chilló en la mente máquina de Khaygis, resonó al instante a lo largo de toda la red de comunicaciones Necrón, la señal cacofónica anunciaba una alerta repentina en los sistemas automatizados de la Luna de Obsidiana, como acto reflejo, alzó la vista hacia las grietas de la cúpula, hacia el cielo, el satélite se mostraba visible allí como un pálido y luminoso fantasma, pero a los ojos del Necrón, se veían las frecuentes oleadas de radiación y energía, que brillaban como letales fuerzas invisibles a su alrededor.

'El núcleo' fue la advertencia que le gritaban las alarmas, algo andaba mal en el núcleo de singularidad.

Se volvió de nuevo hacia la hembra humana, por primera vez se dignó hablar en su propio lenguaje. -**¿Qué has hecho?**

Ella le respondió abriendo fuego contra él, impactando con dos proyectiles de corto alcance sobre su torso, Khaygis aulló cuando el dolor analógico recorrió sus nervios sintéticos, se abalanzó sobre ella, antes de que la mujer pudiese evitarlo, el Nemesor estaba sobre ella, cerrando las garras de su 'Guantelete de Fuego' alrededor de la pistola bólter y los dedos que la portaban.

Una llama brillante surgió envolviendo el arma y la mano acorazada del humano, los ancestrales metales de la pistola bólter se volvieron al rojo vivo en un instante, la mujer gruñó de dolor luchando por liberarse de la presa.

Khaygis intensificó el fuego, entonces, el arma explotó cuando las últimos proyectiles en su interior entraron en combustión por la elevada temperatura, la humana cayó entre gemidos de dolor, su brazo ahora terminaba en un sangriento muñón con el pecho y su rostro heridos por las esquirlas resultantes, por su lado, el guantelete del Nemesor recibió graves daños, hasta tal punto que sus garras se movían espasmódicamente a causa de los dañados reflejos, pero ello no le preocupaba, en realidad, ya sólo sentía una única preocupación, generarle todo el dolor que pudiera al ser humano.

Antes de que pudiera recuperarse, Khaygis encontró su espada caída y la quebró por la mitad de un pisotón, ella se las arregló para ponerse nuevamente de pie mientras maldecía.

La honró lanzándole otra flecha de taquiones contra su pecho, la fuerza cinética del impacto del dardo la lanzó sobre las almenas del flotante monolito y cayó sobre los escombros por debajo, señalando su caída con un reguero de sangres sobre la piedra.

Numerosos proyectiles estallaron sobre la piedra negra de las almenas que lo rodeaban, no les prestó ninguna atención, el clarión de la alarma incrementaba su volumen a cada segundo, el Nemesor luchó por mantener la concentración, necesitaba focalizar su atención aquí, no podía prestar atención a la batalla y al mismo tiempo, a la situación que podía estar desarrollándose en el complejo orbital.

Abandonó su posición de un salto en busca del comandante humano, eliminarla en la forma más brutal posible, rompería la voluntad de combate de sus tropas, dando a los Necrones la oportunidad de culminar el sacrificio en éste sitio con mayor rapidez, ésta vez lo haría del modo correcto y con todo el vigor necesario.

Khaygis envió una señal a través del nexo de comunicaciones mientras avanzaba en busca de la mujer herida, una orden escueta dirigida al Cryptotecnólogo, para que se encargase de depurar cualquier tipo de infección humana en la Luna de Obsidiana, pero no obtuvo respuesta, el Nemesor inmediatamente supo que las funciones de Ossuar se habían detenido de forma terminal, el muy necio había permitido que lo destruyeran, si ello no hubiera sucedido en un momento crucial como éste, Khaygis podrían incluso haberse divertido con la ironía del caso.

La cadena de comunicación que lo vinculaba con el complejo necrópolis dentro de la luna comenzó a desmoronarse, los sistemas de transmisión de la red comenzaron a perder paridad, esto lo irritó, la tenacidad de los humanos sacó en Khaygis las pocas emociones que aún conservaba, sintió como la furia moldeaba su estructura mental.

Con un silencioso comando, el Nemesor ordenó a través de la red de comunicaciones, el inmediato despliegue de todas las unidades activas dentro del complejo, sintió como el corredor dimensional se activaba en el corazón de su

monolito, abriendo una vía dimensional con los brillantes portales dentro de la necrópolis, una luz enfermiza salpicó las ruinas y los pilares caídos, mientras Khaygis acechaba entre la lluvia de disparos de las armas, en la búsqueda de su presa, a la cual encontró recostada sobre la base de un ancho altar de piedra, el extraño resplandor de los portales iluminó su espalda, dibujando la sombra de su afilada silueta sobre la mujer.



Varios de los grandes tapices todavía colgaban de los muros de la capilla incendiada, el dulce aroma a quemado de estos inundó la cámara y se entremezcló con el acre hedor de las descargas de cordita, la arena arrastrada por el viento y la ceniza de los cadáveres quemados.

Verity se levantó y luchó junto a las Hermanas de Batalla lo mejor que pudo, a la sombra del combate singular entre la Canonesa Sepherina y el general Necrón, para su mirada poco entrenada, la lucha se mostraba como pura anarquía y desorden, hecho que dificultaba enfocar su justa ira, se sintió asfixiada por el humo lo que le restó el impulso inicial, e inexorablemente, se perdió en el tumulto.

Reconoció a las Hermanas y a los Necrones a medias, permaneció fuera del camino de la Sororitas, avanzando junto a la marcha de las guerreras, eliminando cuanto escarabajo podía, un Inmortal medio derretido falló al intentar abrirla por el abdomen con el cortante filo de la hoja de su rifle gauss, ella contraatacó abriendo fuego con la pistola que la Canonesa le había entregado, en ese instante, Verity fue consciente de la reducida existencia de munición en su cargador, ello llevó sus pensamientos al proyectil que había guardado dentro de su armadura de combate.

El inmortal se movió con lentitud, parte de sus articulaciones se encontraban dañadas por el disparo de un rifle de fusión, pero a pesar de ello, seguía siendo tan implacable como el resto de su especie, avanzó cojeando y decidido hacia ella, demasiado tarde, la Hospitalaria se dio cuenta que la máquina alienígena había estado arriándola cual ganado, cercándola en dirección al zumbante Monolito de mando, el pánico se apoderó de Verity y agotó toda la munición del

cargador de su pistola bólter sobre el Xenos, el cual por la gracia del Dios-Emperador, al fin se tambaleó y cayó, entonces, una especie de relámpago crepitó sobre su forma que aún sufría espasmos y soltó un grito de muerte mientras el destello de energía lo reclamaba, el fulgor luminoso abrasó las retinas de Verity y se apartó con ojos llorosos.

Una forma ensangrentada cayó desde lo alto y se estrelló contra las piedras, oyó el crujido de ceramita rota y huesos quebrándose al impactar.

La sorpresa golpeó a Verity como una ola helada, cuando se acercó a la mujer caída y la reconoció, el rostro de Sepherina ocultó bajo una máscara sangrienta, instintivamente, la Hospitalaria activó el guantelete medicae inyectando a la Canonesa un cóctel de fármacos, diseñado para mantener a la mujer con vida.

Sepherina jadeó y arqueó la espalda cuando el medicamento ingresó en su torrente sanguíneo, trayéndola de vuelta al estado consiente. -**Hospitalaria...-** dijo con voz ronca. -**El final aún no ha llegado.**

-**Ya lo sé**- le dijo Verity, puso su hombro bajo el peso de la Canonesa, con un gran esfuerzo alzó a la mujer protegida con su pesada servoarmadura, juntas, comenzaron a caminar tambaleantes mientras se alejaban, Sepherina se veía aturdida, con los ojos desenfocados. Verity reconoció los síntomas al instante, la mujer había perdido mucha sangre y además sufría una severa conmoción cerebral, debía llevarla a un sitio seguro.

Pero la batalla rugía a su alrededor, no encontraría ningún lugar seguro dentro de Santuario 101.

-**Él vendrá**- logró advertir Sepherina.

Verity oyó el crujir de unos pasos metálicos y de garras triturando piedra, se atrevió a mirar por encima del hombro, descubrió que una demacrada y larguirucha figura las acechaba como una sombra.

La Canonesa le dio un empujón y se alejó. -**Hazte a un lado**- gruñó con esfuerzo -**no enfrentaré el final ante mi enemigo apoyada sobre tus hombros.**

El comandante Necrón la acechaba envuelto en un sudario de humo, centrando su atención en Sepherina, tras él se veían otras formas reuniéndose, lanzando su

ultimo avance hacia el altar, Verity retrocedió, buscando en sus bolsillos, repentinamente fue sumamente consciente de la marcha de la batalla a su alrededor, de los disparos y de los gemidos de los heridos que perdían fuerza gradualmente, del constante zumbido del Monolito, al fin, Verity encontró el proyectil que había reservado para sí misma y lo cargo con manos temblorosas en la pistola.

El Xenos oyó el chasquido producido por la recarga y volvió su maligna mirada hacia ella, por un instante se quedó helada, no pudo vincular el sentimiento que esos desalmados ojos transmitían con ningún tipo de emoción humana, no se parecía a la pálida mirada de un animal depredador, no era la mirada demente de una bruja o de una mente ruinosa, solo era una mirada extrañamente alienígena en todo el sentido de la palabra.

Éste se estremeció, como si reaccionara a un sonido distante que sólo él podía oír, luego, con total frialdad, se volvió haciendo caso omiso de ella, dirigiéndose a su objetivo.

-**Vamos, entonces**- lo llamó Sepherina, el dolor volvió trémula su voz. -**Trae tu ejército a los pies de mi Santa y mi Dios, haz lo que debas criatura, pero has de saber que conocerás su ira eterna. ¡Pues ésta finalmente te encontrará!**

Un nuevo y sobrenatural fulgor luminoso brilló a través de la cámara, iluminando a los Necrones que a su alrededor se reunían, el brillo acuoso se derramó desde el portal alienígena en la cara del monolito, Verity supo lo que ello significaba, más Xenos se acercaban, como si un ejército no hubiera sido suficiente, pronto serían un enjambre, una multitud de máquinas aniquilando toda vida humana sobre éste, ahora, ruinoso mundo.

Si alguien viene en el futuro a buscarnos, pensó Verity, *tal como ha sucedido con aquellas que perecieron aquí antes de nuestra llegada, no encontrarán rastro alguno, los Xenos no dejarán más que polvo.*

Aún ocultas tras la niebla, vio emerger del resplandeciente portal una serie de difusas formas, avanzaban de manera extraña, tomando trayectorias aleatorias y caóticas, arrancaron en una carrera como si los poderes de la oscuridad empujaran sus pies, abandonaron la niebla, lo que definió la forma de sus servoarmaduras de combate, vestidas con el color de la noche y portando rostros

humanos.

-¿Miriya?- el nombre de su amiga escapó de sus labios con un tono de total incredulidad, ya había dado por perdida a la Hermana de Batalla y con toda seguridad, al resto de la escuadra.

Entonces, alta en el cielo, nació una nueva estrella y murió en ese mismo instante con el destello de una luz cegadora.



El Nemesor apenas procesó la información de los recién llegados cuando el colapso entró en su fase terminal, incluso su intelecto sintético, capaz de recopilar información a la velocidad de la luz, se vio imposibilitado de asimilar la multitud de datos contradictorios que asaltaron sus sensores a la vez.

Los refuerzos que él invocó no llegaron, en lugar de 'Pretorianos de la Triarca', un grupo de seres orgánicos se derramó desde el portal dimensional activo provenientes del complejo necrópolis, en ese preciso instante, descubrió y comprendió el significado de la palabra odio, los compuestos orgánicos se asemejaban a los códigos virales utilizados por algunas de las más deshonrosas dinastías Necrón, se repetían infinitamente, se ocultaban y golpeaban, golpeaban y desaparecían, parecía imposible lograr su definitiva erradicación, entonces Khaygis comprendió lo sucedido dentro de la luna de Obsidiana, las fallas de Ossuar habían permitido que estos parásitos ingresaran al complejo por los portales, su laxitud les había dado la oportunidad de robar el pergamino y usarlo en su propio beneficio.

-¡Si tan sólo los hubiese aniquilado al primer instante, todo esto no habría ocurrido!

Pero toda consideración respecto a la problemática de los seres humanos se veía empequeñecida dada la magnitud de lo que habían hecho con el tesoro de la dinastía Sautekh, el complejo arrebatado a la dinastía Atún por la fuerza de las armas, Khaygis no pudo considerar ni por el espacio de un nanosegundo, que en

su afán de borrar a los seres humanos de las arenas había dejado el núcleo de singularidad desprotegido, era incapaz de concebir un error por su parte, el Nemesor era el soldado perfecto, su pasado había sido borrado y forjado nuevamente con reluciente metal, hecho que reflejaba su evidente infalibilidad, a pesar de todo ello, no sufrió conmoción o sorpresa, únicamente permitió que su odio se incrementará mientras miraba hacia el cielo de Kavir.

Los alaridos de las alarmas, alimentaron su esencia durante los últimos estén tores del complejo, se vio inundado por inmensos afluentes de información, estos le dieron cuenta de cada acontecimiento sucedido en su preciso instante, su cráneo se llenó de la información transmitida por cada Necrón, hasta el más humilde de los escarabajos encargados del mantenimiento de las tumbas del imponente señorío del propio Imotekh, le transmitió información a través de las distancias y por medio del vínculo de mancomunión, que aún les permitía transferir datos al instante a través de los controlados y arcanos fenómenos de entrelazamiento cuántico.

Khaygis sabía de algunas especies menores contaban con la capacidad de conectar sus formas físicas, con la forma etérea de sus seres espirituales y fantasmales, eso era una idiotez por supuesto, pero los Dioses Estelares habían obsequiado a los Necrones con inmensas cantidades de arcanas tecnologías cuando abrazaron la biotransferencia, el ‘vínculo de entrelazamiento cuántico’ fue una de ellas, una expresión casi literal de un ideal místico, cada Necrón se veía vinculado en parte o en su totalidad a una red invisible que se extendía por toda la galaxia, formando un vínculo sólo interrumpido por los distintos lazos dinásticos de lealtad, cuando sus estructuras físicas sufrían daños a niveles críticos, el enlace cuántico conducía a su dañada forma física y a su conciencia hacia el mundo necrópolis más cercano.

Y a través de ese enlace, fue donde el Nemesor vio morir la Luna de Obsidiana.



El núcleo de singularidad, cuidadosamente mantenido por los drones de la dinastía Atun durante la era del Gran Sueño, se deformó y fracturó, durante un infinito segundo, el espacio-tiempo oculto en su interior se expuso a los dañados

campos electromagnéticos que lo rodeaban, la masa de ésta realidad se vio afectada por la masa semejante de un agujero negro, entonces, el complejo orbital comenzó a estallar de adentro hacia afuera cuando su corazón se colapsó.

Sin embargo, el efecto no podía persistir dado su origen artificial, no se trataba de las consecuencias de la caída y lenta muerte de un sol, su existencia había sido forzada cuando las reglas de la naturaleza fueron violentamente doblegadas por los Necrones, mediando el uso de los conocimientos otorgados por los Dioses Estelares hacía ya milenios, ahora, la realidad quería purgarla y aplastó la anomalía, inmensas acumulaciones de radiación se desprendieron de la singularidad en ruinas, arrasando las capas atmosféricas exteriores del mundo colonial, cuando su gravedad comenzó a atraer hacia sí el núcleo de hierro, no moriría silenciosamente, arremetería con tal fuerza, que la órbita que Santuario 101 se desplazaría varios grados.

Entonces la luna se fue, se volvió sobre sí misma en una gran implosión, dejando tras sí, violentas emisiones luminosas de energía como único rastro, cuando el inmenso complejo, aún colmado por miles de millones de soldados durmientes, gigantescos almacenes de armas, naves de batalla y bancos de datos desbordantes de arcana sabiduría, fue completamente borrado.



Khaygis sintió un terrible vacío abriéndose paso dentro de sí, cuando los vínculos cuánticos que lo conectaban con el complejo se interrumpieron repentinamente, vio entonces lo que sucedía a su alrededor, cada Necrón perdió la conexión con la red mancomunada, los hilos que los ataban fantasmalmente se agitaron en el vacío sangrentes e interrumpidos.

Demasiado tarde el Nemesor se dio cuenta de lo que devendría, con los enlaces interrumpidos, habían quedado aislados y no tenían lugar a donde ir, nada a lo que anclarse, sin terminal, los enlaces de comunión entraron en un ciclo de retroalimentación destructiva, el principal vinculo de conexión que evitaba la aniquilación definitiva de cada necrón, el poder que jamás permitiría que un Necrón realmente muriese, abrumando todas las demás funciones de su ejército.

Como el imparable poder de un rayo, una oleada de luz esmerilada centelleó avanzando sobre los torsos de cada Necrón sobre la superficie del planeta, todos los guerreros y sus máquinas de batalla, comenzaron a desactivarse, si así podía decirse, la horda desplegada por el Nemesor comenzó a desaparecer gradualmente, absorbida por un inexistente espacio dimensional entre ambas realidades.

Al unísono, los Necrones liberaron el mismo gemido de muerte, incapaces de detenerse a sí mismos, incapaces de evitar la atracción de la luna moribunda, Khaygis se concentró recuperándose del shock, fue consciente de que muchas de sus naves de batalla intentaba resistir la compulsiva disolución, los Necro guardias intentaban desesperadamente reescribir sus propios códigos internos a fin de ignorar la orden de retirada, fallando el intento mientras desaparecían envueltos en llamas verdes.

Khaygis vio su Monolito de mando consumido por el fuego jade, vio las falange de los inmortales estremeciéndose en sus propias tormentas autodestructivas, él no iba a caer de esa manera, no podía, era un elegido del Señor de las Tormentas, un soldado eterno, Nemesor y asesino de carne.

El general Necrón se centró en su propia matriz digital descubriendo que el código de compulsión se volvía hacia él, ordenándole el repliegue hacia la luna, un Necrón ordinario, uno cualquiera que hubiera abrazado la biotransferencia sin las funciones mentales superiores de un alto nacido, habría sido incapaz de oponerse al mandato, pero Khaygis si lo haría, vio las redes de los vínculos de mancomunión perdiéndose en el vacío, vio a cientos de años luz de distancia un mundo necrópolis desconocido, pero él no permitió la trasferencia hacia allí, aún no, no podía, aún quedaba algo por hacer.

-¿Qué tal sabe la derrota, Xenos?- escupió la comandante humana sintiendo su angustia, sus sensores ópticos penetraron la servoarmadura y su carne, sus heridas eran tan graves que ni siquiera podría representar un reto, todo lo que quedaba eran sus asquerosas palabras, tan inútiles como lo era ella misma, la mujer asintió con la cabeza hacia el halo que formaban los restos en el cielo, restos que ardían al atravesar la atmósfera planetaria. -**¡Mis Hermanas destruyeron el nido de tus insectos! ¡Los hemos destruido! ¡Esa ha sido la voluntad del Dios-Emperador!**

Khaygis activó su estado de ira en un ciclo de emulación repetitivo y permitió que un escalofrío lo atravesara, bloqueó sus filtros artificiales permitiéndose sentir por primera vez en eones. -**Somos los Necrontyr**- dijo el Nemesor -**somos los que nunca mueren**- levantó su guantelete dañado y activó su poder. -**Ésta galaxia nos pertenece a nosotros, no al cadáver que adoran.**

-¡No!- el grito lo distrajo en el preciso momento que se disponía a llevar a cabo la ejecución, el Nemesor atisbó a ver la presencia de otra hembra, aquella a quien consideraba ineficaz, aquella que apestaba a pánico y sudor se atrevió a alzar su arma hacia él, un disparo resonó y un proyectil se estrelló contra el pecho de Khaygis, destruyendo los eslabones de la ornamentada y fina cadena que indicaba su alto rango, dejando de descansar sobre su cuello metálico.

Editó el sentimiento de dolor, lo eliminó al mismo tiempo que sentía la orden de retorno a su alrededor, los soldados se estaban desintegrando, cayendo hacia la nada, perdidos por la intromisión destructiva de estos animales, el fuego ardió a su alrededor, proyectó un resplandor infernal sobre el acero reluciente de su epidermis.

Fue entonces cuando Khaygis vio que los seres orgánicos lo habían rodeado, los restos lastimosos de los defensores humanos, las mujeres en sus servoarmaduras de batalla, armadas con sus rudimentarias armas de munición física, todas ellas mostrando el odio dentro de sus ojos, profundos como insondables océanos de fanatismo, el Nemesor entendía lo que era eso ahora, él mismo se había permitido experimentar la misma sensación, ésta sólo confirmaba lo que siempre había creído, la carne es inútil, un desperdicio que infesta el espacio con su enfermedad, ellas lo habían maldecido con ésta enfermedad, al igual que lo habían hecho con el necio y arrogante Cryptotecnólogo.

Si hubieran resistido un instante más, la guerra se habría vuelto en favor de los Necrones, pero ahora su ejército estaba compuesto sólo por fantasmas, Khaygis se vio superado, una parte distante del ser orgánico ya muerto que alguna vez fue se preguntó si el pago que los Dioses Estelares esperaban de él por la traición de los Necrontyr, era éste, negarles el sueño.

Reconoció a uno de los compuestos orgánicos, una mujer con un rostro lleno de cicatrices, el pelo negro y un arma pesada en ristre. -**Yo soy inmortal**- les dijo, mirando como la mujer y sus cohortes dibujaron un anillo a su alrededor.

-Pondremos eso a prueba- le respondió la Hermana de Batalla y sin una orden que así lo dispusiese, todos los seres humanos atacaron al Nemesor a la vez, el replico con fuego y flechas de taquiones de sus guanteletes, pero al igual que sus soldados, ellas no cedieron a pesar del dolor y las heridas, estaban impulsadas por la locura, la fe y por algo que los Xenos nunca lograrían entender.

Con espadas y hachas de guerra, con palos y rocas arrancadas de la mampostería caída a su alrededor, con cualquier cosa que fuera útil, cayeron sobre Khaygis... y lo destruyeron.



EPILOGO



-Una vez, el canto de una novicia vino hacia mí, preocupada e insegura, se arrimó como una niña buscando el eterno camino que la acercaría al Trono Dorado, me hizo una única pregunta. ¿Cómo podemos realmente entender la verdad de la fe? Recuerdo que las palabras flotaron con la fría brisa del aire nocturno, yo le dije que no hay forma de medir lo que sentimos en nuestros corazones, no existen escalas para comparar la fe entre una mujer y otra, sólo existe el deber y la sangre, los hechos y las palabras, sólo eso…

Un rayo surcó el cielo nublado y un trueno gruñó en sus profundidades, como una lanza solar amarilla cayó desde las alturas y golpeó en un punto muy distante, allí en el desierto, un murmullo se hizo eco en el paisaje mientras las lanzas caían desde la órbita.

Mientras el eco se desvanecía, el rezo continuó. -**Servimos al Dios-Emperador, el costo que se pagará por ese servicio, sólo por el Emperador será conocido, han de saber que deberán afrontar los miedos que se interponga en su camino, deberán enfrentar duras tareas y penurias, únicamente con ese digno costo valdrá la pena.**

Reverencialmente, la Hermana Miriya cerró la tapa de Yunque y Martillo, se inclinó ante el libro y lo colocó en manos de Pandora, quien tomó y envolvió el volumen sagrado en un sudario de seda, no era común que a una mujer con el simple rango de Hermana Militante se le permitiese oficiar la ceremonia, pero el servicio memorial se había realizado por orden expresa de la Canonesa, así lo había ordenado.

Sepherina asintió con la cabeza frente al jardín conmemorativo, de pie

rígidamente entre las hileras de pequeñas estatuas, sosteniendo su ruinoso brazo, aún se encontraba convaleciente, todavía se recuperaba de la lucha contra el general Necrón, pasarían muchos meses antes de que pudiera recuperarse por completo, ahora que la 'Tybalt' había retornado con una flota de apoyo del sistema Seltheaus, había corrido el rumor de que se iría del planeta con destino a un mundo equipado con un mejor valetudinario, pero Miriya sabía la verdad, sabía que Sepherina nunca dejaría Santuario 101 de nuevo, así lo había jurado ante las ruinas de la Gran Capilla el día que se enfrentó al asalto Necrón, lo había jurado por los nombres de todos los muertos.

Otro rayo de fuego golpeó a través de la atmósfera y un gran hongo humeante se formó en el horizonte cuando una lejana masa sobre el relieve desértico fue borrada de la faz del planeta, la Armada Imperial se había volcado en la tarea, borrando todo rastro de los Xenos en el exterior del puesto de avanzada con una precisión letal, bombardeando todos los sitios registrados por el Adepto Ferren desde órbita baja con fuego quirúrgico de las lanzas y salvas de láser, la roca pulverizada se elevó hacia la atmósfera alterando para siempre la ecología del planeta, pero esto era un pequeño precio que pagar por borrar la mancha Necrón.

En las semanas que siguieron a lo que las mujeres ahora llamaban 'la Segunda Batalla de Santuario 101', la supervivencia había resultado sumamente difícil, sólo un escaso puñado de ellas habían sobrevivido, algunas incluso murieron a causa de sus heridas poco tiempo después, mientras aguardaban el rescate, pero tal como sus creencias se lo imponían, las Sororitas lo soportaron estoicamente.

Barcazas llegaron transportando nuevas cohortes de Hermanas de Batalla y el ciclo se reanudó, las hijas de santa Katherine no abandonarían su tierra, habían venido a éste mundo para reconstruirlo y lo harían, cualquier otra cosa sería reconocer debilidad.

Otros vinieron también, delegaciones del Adeptus Mechanicus llegaron en busca de Tegas y Ferren, fingiendo horror y desconocimiento ante lo que llamaron 'obras no autorizadas por parte de los Adeptos', Miriya estuvo allí cuando llegaron, como también estuvo cuando Sepherina les negó autorización para posar un pie fuera de las rampas de sus naves, los conminó a dar la vuelta y regresar a Marte, invocó antiguas leyes por medio de las cuales, declaró a Santuario 101 como 'Mausoleo Valorum', un mundo tumba devastado por la guerra, les informó que nada en éste planeta les pertenecía y si alguna vez se

atrevían a explorar sus arenas nuevamente, la Orden de Nuestra Señora Mártir los vería morir a todos por ello.

Pero el Mechanicus no fue el único que vino, se rumoreó que naves fantasmas del Ordo Xenos, tal vez incluso la nave personal del mismísimo inquisidor Hoth, pasó cerca y siguió su camino, dispuesto a probar la paciencia de la Hermandad.

Un único haz luminoso parpadeó cuando se disparó la última lanza, reflejándose en los pálidos rostros de las Hermanas de Batalla, el eco del impacto se reflejó temblorosamente sobre las ruinosas paredes del convento, los misioneros de reemplazo habían recibido la orden de cesar las obras de su reconstrucción, mientras la ceremonia se llevaba a cabo.

Ese fue el último acto, el libro se cerró justo cuando el último de los horrores que recordaban a los Xenos fue destruido, nada del enemigo Xenos permanecería aquí, cada resto fragmentado de metal Necrón que habían quedado atrás, incluso la espada obscura que había blandido Décima, absolutamente todo, había sido cargado en una cápsula de carga y disparado hacia el sol de Kavir bajo la Vigilante mirada de las Hermanas.

La Hermana Verity había sido quien activó el dispositivo que lanzó la cápsula hacia la estrella, pareció justo y apropiado que la tarea recayera en ella, la cápsula contenía algo de mayor importancia que los desechos Xenos, contenía el cuerpo de Décima, que marcado eternamente por los implantes Xenos, ardió a causa de los fuegos solares, allí, su carne encontraría la liberación que conduciría su alma al seno del Dios-Emperador.

Miriya miró la estatuilla votiva frente a ella, al igual que muchas de las lápidas, había sufrido importantes daños durante los combates, pero a pesar de ello, los nombres grabados sobre ellas aún permanecían claramente visibles, el fuego eterno quemaría en su interior brillante y fuerte. Al nombre de Décima grabado en una de ellas, se le había sumado los nombres de muchas otras, como Imogen, Thalassa, Xanthe, Kora, y tantas más, alzó la vista y buscó en los rostros de las mujeres a su alrededor, Ananke y Danae asintieron solemnes a modo de saludo, Pandora permaneció en silencio, manteniendo así su rol de impasible guardiana del libro, sus firmes escoltas, Cassandra e Isabel inclinaron las cabeza homenajeando la memoria de su antigua comandante, Verity, permanecía allí de pie, sin temor a mostrar sus lágrimas de dolor, devolviéndole a su amiga una

triste sonrisa, sonrisa que Miriya agradeció al Trono Dorado, por haberla preservado junto a ella.

Al final, muchas de sus Hermanas habían alimentado las arenas de éste remoto mundo con su sangre. ¿Y por qué? ¿Por la fe? ¿Podría ello valer semejante sacrificio?

Era un coste que siempre valdría la pena afrontar, las palabras de santa Katherine se hicieron eco en sus pensamientos. -**Aye**- susurró para sí misma -**siempre lo valdrá.**

Sepherina habló. -**Te dije cuando llegamos aquí, que la Luz del Dios-Emperador nunca había dejado éste mundo, que el aliento de su divinidad nunca había cesado, como veras ahora, no te mentí entonces**- miró a su alrededor abarcando todo con un barrido de la mano que aún le quedaba. -**El que aún estamos aquí es señal de ello, el que hayamos sobrevivido es prueba de ello**- la Canonesa se inclinó ante las lápidas concluyendo la ceremonia con insoslayable emoción. -**Nosotras sufrimos por nuestra fe, siempre lo haremos.**



Miriya guardó su lugar mientras el resto abandonaba el lugar, todas ellas debían asumir sus obligaciones, pero algo hizo que la Hermana de Batalla permaneciera un instante más.

-**Ambas vinimos aquí por la misma razón**- dijo una voz, no se volvió para mirar a Verity cuando se acercó a su lado y enfrentó las parpadeantes llamas de las velas votivas. -**Vinimos en busca de paz.**

-**El Dios-Emperador tenía otros planes**.

Pasó un largo momento antes de que la Hospitalaria volviera a hablar. -**He dudado Hermana, después de Neva, tras la muerte de mi querida Hermana Lethe y todo lo que a ello siguió... esperaba que ésta misión de re-consagración me diera tiempo para pensar.**

-¿Y lo hizo?

Verity asintió. -**¿Comencé por preguntarme si mi fe aún era fuerte?**

Miriya suspiró. -**Tú no has sido la única que se lo ha preguntado, por un tiempo, temí que nunca sería capaz de servir a la Eclesiarquía de nuevo, quiero decir, como...**

-**¿Como una guerrera?**

-**Como un soldado de la fe, no es el sabor de la sangre lo que ansío Verity, aunque por un momento creí que podría ser así, es el saber que me esfuerzo por combatir a los enemigos de la humanidad y por nuestra fe**- miró la placa memorial de Décima. -**Recordé el costo del deber y el servicio, recordé el juramento inquebrantable que presté, Décima me lo recordó.**

-**La fe de una Hermana nunca perecerá**- dijo Verity citando las palabras de la Santa, guardó silencio de nuevo por un instante y continuó. -**¿Crees... que los hemos vencido?**

-**¿A los Necrones?-** los ojos de la Hermana de Batalla se estrecharon. -**En éste mundo, sí, pero siempre habrá otros mundos, de ser necesario, volveré a matarlos**- Miriya se volvió y miro hacia el obscuro cielo. -**Deberíamos haber muerto aquí, Hermana, todas nosotras ¿Por qué sobrevivimos? ¿Por la suerte en batalla? ¿A causa de la arrogancia del enemigo Xenos?**

-**Porque esa era la voluntad del Dios-Emperador-** dijo la Hospitalaria. -**Eso es lo que los predicadores dirían**- se tomó un respiro. -**Me llena de tristeza el que Décima no haya sobrevivido para ver éste día.**

Las Sororitas vieron como las nubes se quebraban desvelando tras de sí, un cielo totalmente estrellado, se encontraron buscando aquella que Sepherina les había mostrado a su llegada, la luz del sol y de la Santa Terra.

-**Ella tenía fe**- le dijo Miriya a Verity. -**Al igual que nosotras, y eso, siempre será suficiente.**

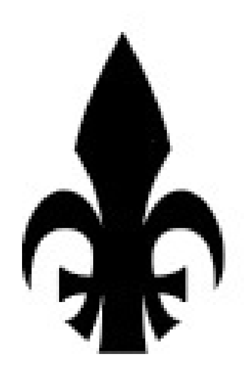
FIN




WARHAMMER
40,000
NEGRO
Y
ROJO
JAMES SWALLOW

NEGRO Y ROJO

Red & Black de **James Swallow**



TRADUCCIÓN Y EDICIÓN:

SERVICIO DE PUBLICACIONES DE LOS SAGRADOS ORDOS INQUISITORIALES DE SU DIVINA MAJESTAD.

SOLO PARA SU USO POR PARTE DE PERSONAL DEBIDAMENTE AUTORIZADO. SI USTED NO TIENE ACCESO A ARCHIVOS SECRETOS, CIERRE ESTO INMEDIATAMENTE Y PRESÉNTESE AL INQUISIDOR MÁS PRÓXIMO.

Corrección Iceman ts 1.5



Y así fue decretado, en los albores de la Era de la Apostasía. Los Grandes Señores de Terra promulgaron que a la Eclesiarquía, la gran iglesia del Imperio, fundada para el culto del Dios-Emperador de la Humanidad, nunca más se les concediera el uso de "*hombres de armas*", evitando así una tentación que podría ser demasiado grande para aquellos cardenales de débil carácter y gran ambición.

La Eclesiarquía; guardianes del Credo Imperial y la verdad celestial de la divinidad del Emperador, cuyo único propósito es regular la veneración de miles de millones de creyentes a través de la galaxia. Y en un universo tan duro, donde la vida alienígena pagana, los brujos psíquicos, los herejes y las fuerzas del Caos representaban una constante y continua amenaza, la Iglesia no podía permanecer indefensa.

Sin "*hombres de armas*"; la letra del edicto fue seguida y acatada al pie de la letra, y así fue como nacieron las diversas Ordenes Militantes de las Adepta Sororitas, las Hermanas de Batalla. Algunos las llaman fanáticas. Mujeres guerreras plenamente comprometidas, en mente y espíritu con su religión, vestidas con servoarmaduras, dedicadas a purificar a los incrédulos con el lanzallamas y el bólter. Celestes, Serafines, Arrepentidas (Repentias del original), Dominions y Vengadoras, son llamadas para castigar a todo aquel que ose desafiar la voluntad divina del Emperador. La enorme labor de las Hermanas de Batalla no termina nunca, porque siempre hay guerras de fe por ganar, siempre habrá más y más herejes que arrojar a las piras. Son la línea de fuego entre la anarquía de los infieles y el baluarte de la devoción más pura. El rojo contra el negro. Durante milenios, han sido tanto la ardiente espada como el sagrado escudo de la humanidad.

Pocas entre ellas ejemplificaban más tal devoción que la Hermana Miriya, Celeste y Eloheim (Eloheim, una comandante de escuadra, algo similar a un sargento, y que ya ha derramado su sangre al servicio del Emperador, nt) de la Orden de Nuestra Señora Mártir, aunque ella nunca sería tan arrogante como

para decir tal cosa de sí misma. Bajo la parpadeante luz de las electro-velas, recorrió todo el corredor penitencial de Zhodon Orbital, recitando el santo catecismo en medio del eco de sus pisadas.

-**A spiritu dominatus. Domine, libra nos. A morte perpetua. Domine, libra nos. Ave, Imperator. Domine, libra nos.** (‘De la posesión del espíritu. Amo, líbranos. De la muerte eterna. Amo, líbranos, Salve Emperador. Amo, líbranos’. Donde Amo hace referencia al Dios-Emperador, traducción aproximada, nt)

Las frases en Alto Gótico salían con facilidad y precisión de sus labios, mientras las susurraba entre los muros de piedra.

Como otras muchas estaciones orbitales fortalezas, situadas a todo lo largo del espacio humano, Zhodon parecía una antigua catedral arrancada de la tierra y arrojada a la oscuridad. Los chapiteles y naves, con faros de plasma ardiendo detrás de cada una de las vidrieras de colores de más de un kilómetro y medio de altura, lanzando rayos luminosos que se extendía en las tinieblas como los de una estrella de la mañana. Situada en la ruta de peregrinación hacia el Segmentum Solar, la plataforma espacial era punto de paso para los viajeros y un cuartel para los Cazadores de Brujas de la Eclesiarquía.

Miriya se acercó a la puerta de hierro que cerraba el paso al santuario de la Priora, la señora de éste lugar. Contuvo su respiración y se quedó un rato mirando, estudiando las complejas esculturas devocionales de las paredes. En la parte superior estaba la representación de Santa Katherine, primera señora de la Orden, cuya brutal muerte la dio nombre. Miriya se inclinó con respeto, cruzando las manos sobre su pecho para formar la sagrada forma del Aquila Imperial.

-**En tu nombre**- dijo en voz alta. -**Concédeme sabiduría y claridad de pensamiento.**

Al cabo de un momento, Miriya se levantó para mirar la estatua. Como la santa, su rostro mostraba la antigua marca de la flor de Lis tatuada en rojo sangre sobre la mejilla, el pelo era una cascada negra que caía hasta el cuello de su equipo de batalla.

Santa Katherine estaba representada como si estuviera preparada para la batalla,

con una cota de malla y una armadura prácticamente igual a la usada por Miriya, pese a los siglos que las separaban. Sigilos del Aquila, sellos de pureza y rosarios decoraban la armadura, además de una corona de flores que colgaba de su cuello. La mano de Miriya se elevó hasta su propio cuello y asió la cadena de perlas adamantinas que colgaba de él. Cada una de las cuentas representaba un acto devocional a la Iglesia Imperial.

Se preguntó si su próximo deber la garantizaría otra cuenta para la cadena. La Priora Lydia había sido inusualmente circunspecta respecto a los detalles, lo que preocupaba mucho a Miriya. En la hermandad, no había costumbre de guardar secretos, y no le gustaba nada todo lo que fuera de naturaleza secreta. El Credo Imperial era la Luz del Dios-Emperador, así que era inadmisible que las acciones realizadas en Su nombre se envolvieran en las sombras.

Miriya llamó dos veces a la pesada puerta de hierro, y desde el interior, una voz la exigió que pasara. Entró apresuradamente, con los ojos bajos, como exigía el protocolo, y se inclinó.

-**Su gracia. A sus órdenes, estoy preparada.**

-**Mírame. Déjame ver tu rostro**- dijo la Priora.

Miriya hizo lo que le ordenaron y levantó la cabeza. La Priora tenía doscientos años solares, pero conservaba la apariencia de una mujer de un cuarto de esa edad gracias a tratamientos rejuvenecedores. Lydia ya era Priora antes de que Miriya fuera admitida como novicia y, probablemente, lo seguiría siendo durante varias décadas más. Era honesta e intransigente, una consumada táctica y comandante de las Órdenes Militantes de ese sector del espacio. Miriya había oído decir que la Priora había quemado a mil brujas y luchado junto a los santos. El brillo acerado de los ojos de Lydia le confirmaba que todo era verdad.

-**¿En verdad cree que está preparada para la tarea que le voy a encomendar, Hermana Celeste?**- la Priora sonrió levemente. -**Ya veremos.**

El ligero toque burlón en el tono de la Priora hizo que Miriya apretara los labios. -**Mi escuadra está dispuesta para enfrentarse contra el enemigo**- replicó con una rígida formalidad. -**Si duda de sus habilidades, mi señora, me gustaría preguntar por qué nos ha llamado a nosotras y no a otras de nuestra**

Hermandad.

Lydia estudió atentamente a la otra mujer. -**Somos las armas de la Iglesia del Dios-Emperador, Miriya. Pero somos más que eso. Somos sus abanderadas, la punta de lanza de la verdad que hay tras ella. Nunca debemos perder eso de vista. Por cada hereje que entregamos a la espada, debemos darle la bienvenida a otra alma en la gloria de la Verdad Imperial.**

Miriya frunció el ceño. -**¿Acaso no es ese, precisamente, la labor de predicadores e iteradores?**

-**Así es**- la Priora inclinó la cabeza. -**Sin embargo, en algunos casos, también es el nuestro. El Adepta Sororitas debe inspirar, Hermana, y no sólo miedo, también amor. No todas las pruebas que debe de afrontar la Iglesia pueden ser tratadas con la ayuda de una bala o el imparcial filo de una espada.**

La conversación no estaba transcurriendo como Miriya hubiera deseado. En vez de una misión, la Priora parecía decidida a darla una conferencia. Se enfadó al pensarlo. Miriya era una veterana, ampliamente probada en combate, no una novicia inexperta. Lydia pareció leer sus pensamientos y continuó.

-**Te he llamado precisamente a ti, Hermana Miriya, porque el deber que estoy a punto de encomendarte requiere una mente clara y despejada de toda duda. Pero también una que sea capaz de hacerse preguntas y cuestionar las respuestas.**

Las palabras de Lydia ocultaban un tenue indicio de desafío. La reputación de Miriya la precedía; en un ejército donde la obediencia era la consigna, la Celeste se había ganado muy a menudo la censura de sus comandantes, porque, con frecuencia, se atrevía a mostrar un carácter independiente.

La paciencia de Miriya con los acertijos de la Priora se diluía rápidamente. -**Le rogaría que me iluminara, mi señora. No entiendo lo que quiere decir.**

-**Lo harás, Hermana**- dijo Lydia, levantándose rígidamente de su silla. Le hizo señas a Miriya con su mano augmetica, todo su antebrazo había sido reemplazado por una máquina, consecuencia de una vieja herida de batalla.

-**Ven conmigo. Pero antes, es necesario que sepas que todo lo que voy a**

mostrarte debe permanecer oculto por el velo del más estricto secreto.



Ella la siguió. Viajaron hasta los niveles más bajos de la estación orbital Zhodon, por sectores en los que Miriya nunca había entrado, pasando por Relicarios y compartimientos sagrados, accesibles únicamente por la nobleza y cardenales. La Priora pasaba por escáneres de sangre, abriendo las gruesas puertas de acero con guardas hexogramáticas grabadas en ellas, hasta que por fin llegaron a una sala que era en parte cárcel y en parte hospicio. El espacio metálico era frío y clínico. Un grupo de arco-flagelantes vigilaba un muro de cristal opaco. Antes habían sido hombres, cada uno de ellos un hereje condenado por desafiar a la iglesia, pero ahora habían sido reutilizados para su servicio. Sus cuerpos habían sido aumentados con armas, y sus cerebros controlados por clavos lobotomáticos e implantes Himnarios. En esos momentos eran dóciles, pero si se activaban, se convertirían en perversos berserkers.

Miriya los ignoró y dirigió su mirada hacia la oscura barrera. No podía dejar de preguntarse qué tipo de prisionero necesitaba tales guardianes. ¿Una bruja psíquica? ¿Una bestia xenos? ¿Tal vez incluso… un demonio? Su mano se dirigió a la funda de su cadera, donde su pistola de plasma estaba preparada para su uso.

La Priora Lydia se detuvo ante el panel y miró a la Hermana de Batalla.

-Una pregunta. El sistema solar Hollos. ¿Lo conoces?

Miriya se concentró durante un momento, aprovechando los programas de memoria mnemotécnica de las sesiones de entrenamiento hipnagógico de cuando era una novicia. Hollos; el nombre se alzó de entre las profundidades de su mente, arrastrando los recuerdos con él.

-Sí. Es una posesión perdida, aislada del resto del sector por violentas tormentas de la disformidad durante el 38º Milenio. Las naves evitan el cuadrante que lo rodea como la peste.

Lydia asintió con la cabeza. -**Correcto. Un mundo-colonial imperial en un espacio ya olvidado, inalcanzable durante más de dos mil años. Las tormentas destrozaron todas las naves que intentaron pasar. La Armada Imperial y el Adeptus Terra declararon que Hollos estaba perdido…**

-**¿Pero ahora ha cambiado algo?**

-**Eres muy perspicaz, Hermana**- observó la otra mujer. -**Ciertamente, algo ha cambiado. Durante el año pasado, las tormentas alrededor de Hollos fueron disminuyendo, volviendo el espacio a su alrededor de nuevo navegable. El contacto con esa hija errante, ese mundo perdido, ha sido finalmente restablecido.**

-**Alabado sea el Trono**- dijo Miriya.

-**No te apresures**- le advirtió la Priora. -**La naturaleza de ese contacto ha dado a la Eclesiarquía muchos motivos por los que preocuparse.**

Dos milenios eran mucho tiempo para estar solo entre la oscuridad. Miriya se preguntó qué tipo de cambios podrían haber ocurrido en un mundo, una sociedad, un pueblo, durante tantos años. El regreso de una colonia perdida a la Luz del Emperador debería ser un acontecimiento gozoso, pero con demasiada frecuencia esas cosas terminaban en derramamientos de sangre y dolor.

-**Una nave de guerra interceptó una pequeña nave en el espacio, a pocos años luz del sistema Hollos**- continuó Lydia. -**Solamente había un tripulante a bordo. Un mensajero, en cierto modo.**

Algo en el tono de la Priora hizo que Miriya interviniera. -**¿Humano?**

Lydia levantó una ceja. -**Lo podrás ver por ti misma, Hermana**- la Priora dio una orden y el vidrio opaco se hizo transparente. Tras él, Miriya vio una pequeña cámara, con una simple litera, un reducido aseo y un pequeño e improvisado santuario para venerar al Dios-Emperador.

Pero el único ocupante de la celda hizo que cada músculo del cuerpo de Miriya se tensara. Era, aparentemente, un humanoide, claramente una hembra. Su piel era pálida como la leche y vestía con algo como unas peculiares estrías que al principio la parecieron tatuajes. Era alta y atlética, pero sin ser tan robusta como

un xenos eldar, parecía claramente humana, y sin embargo, parecía que no lo era del todo. El entrenamiento de combate de Miriya inmediatamente se apoderó de ella y se encontró evaluando la forma en la que el ser se movía por el interior de la celda, buscando su posibles puntos débiles y preguntándose cómo podría matarla.

Inmediatamente la llamó su atención la gracia innata y aplomo en sus movimientos. La Hermana de Batalla la estudió y una cosa extraña le pasó por la cabeza. La criatura parecía perfectamente simétrica, como si hubiera sido diseñada así. Debajo de una mata de cortos cabellos blancos, unos ojos violeta oscuro miraron a Miriya y luego apartaron la mirada.

-Miriya lanzó una cautelosa mirada a la Priora. -**¡En el nombre de Terra! ¿Qué es?**

-**No nos ve-** dijo Lydia, sin responder a su pregunta. -**No puede vernos a través del cristal.**

-**Si esa cosa fuese un xenos o un mutante, ya lo habría mandado ejecutar-** señaló la Hermana de Batalla. -**Luego… me atrevo a suponer que es alguna especie de ser humano.**

-**En cierto modo**- admitió la Priora. -**Lo que ves ante ti no es una sub-especie como los ogretes, ni un ser humano alterado genéticamente, como los Adeptus Astartes. No, ella es una creación sintética, creada a través de cultivos de sangre y carne. Las pruebas realizadas por los adeptos Magos Biologis lo confirman. Es un ser orgánico fabricado artificialmente.**

-**Una réplica…**- le pareció raro pronunciar aquella vieja palabra en voz alta. -**¿Una vida clonada, criada a partir de células humanas?**- Miriya negó con la cabeza. -**¡Esa tecnología no existe!**

-**Eso no es exactamente así**- respondió Lydia. -**Esa tecnología ya no existe. Pero el Dios-Emperador, que su Luz caiga sobre nosotros, creó muchos milagros como ese. La gran tragedia de nuestra época es que se hayan perdido para el Imperio del Hombre.**

La Priora se acercó al cristal, observando cuidadosamente a la prisionera. -**Nuestra huésped habla un dialecto común del gótico imperial. Su nave y**

sistemas son comparables con las nuestras. Se llama así misma "Rho", y todas las exploraciones genéticas nos indican que es tan humana como tú o yo- la Priora sonrió. -**Pese a todas las apariencias externas, por supuesto.**

A Miriya le costaba aceptar las palabras de Lydia. Los seres creados genéticamente y los humanos modificados eran algo común en el Imperio, desde los guerreros de los Marines Espaciales hasta los Ilotas y los Querubines, incluso los arco-flagelantes… Pero lo que la Priora describía era muy superior a todo eso, mucho más complejo. Y si en realidad esa Rho era una réplica, no se merecía mejor trato que un simple servidor, y eso, en el mejor de los casos.

Entonces el ser hizo algo que a Miriya le cortó el aliento. Rho se inclinó ante el santuario de latón de la pared de la celda e hizo los correctos y exactos movimientos reverenciales ante el icono del Dios-Emperador, cruzando sus manos de largos dedos sobre su pecho, tal y como lo había hecho la Hermana de Batalla en el pasillo ante el icono de Santa Katherine.

-**¡Está… está rezando!**- Miriya se sorprendió al ver hacer al extraño ser algo tan sagrado para ella, un acto que solamente se le permitía realizar a un ser humano.

-**Sí, lo está haciendo**- dijo Lydia. -**Ah… y a nuestro Dios-Emperador.**



Regresaron al santuario en silencio, durante el camino, Miriya se esforzó por entender lo que había visto.

La Priora notó en su expresión el conflicto en el interior de su mente. -**Es bastante chocante, ¿no? Ver a un ser nacido en un vientre artificial, algo que no puede poseer un alma inmortal, y sin embargo se arrodilla ante la Gracia del Emperador como una más de nosotros.**

-**Sera algún tipo de imitación**- dijo Miriya. -**He visto a xenos que imitan los comportamientos humanos.**

Lydia negó con la cabeza. -**Te equivocas, Hermana. El clon, Rho… Ella no es un servidor estúpido, babeante, controlado por tarjetas perforadas y**

neuroestímulos. Ella es un ser que piensa y razona. Lo que ella hace es un comportamiento que ha aprendido, no algo simplemente copiado de observarnos. Estoy completamente segura de ello.

-**¿Has hablado con ella?**- Miriya no podía pasar por alto cómo la Priora continuaba refiriéndose a la réplica con un pronombre femenino.

-**Sí, he hablado con ella. Cuando Rho vio el signo de la Sagrada Aquila sobre mi túnica, se puso eufórica. La réplica adora al Dios-Emperador de la Humanidad como su señor y creador. Afirma que su misión en Hollos se inició en Su nombre, para servir a Su voluntad.**

Para Miriya era muy difícil aceptar lo que estaba escuchando. Ya era suficiente que su visión del universo hubiera sido desafiada por la simple existencia de semejante ser, ¿y ahora debía creer que esa cosa podía conocer la magnificencia del Credo Imperial? Iba contra el orden natural de las cosas, y casi lo dijo en voz alta.

Pero sujetó su lengua. Finalmente, la Priora le dio una explicación del por qué Miriya había sido convocada a Zhodon Orbita. -**Tu misión, Hermana, será averiguar cuánto de verdad hay en todo esto**- comenzó a decir Lydia. -**Viajarás por espacio inexplorado hasta Hollos. Allí, tú, y tu escuadra de Hermanas Celestes, averiguaréis lo que ha pasado durante todo éste tiempo de aislamiento. A ti te corresponderá determinar si la población ha conservado su verdadera fe hacia el Dios-Emperador.**

Miriya asintió, aceptando la orden. -**Pero, señora… Las réplicas. Si existen, entonces…**

La Priora la interrumpió. -**Rho ira contigo. Reúne a tus Hermanas y haz lo que te ordeno.**

-**¿Y qué haré si encontramos más como ella?**- Miriya entrecerró los ojos. -**¿Y si son así todos los que quedan en Hollos?**

La Priora no respondió a su pregunta. En su lugar empujó una tabla de datos, a través de escritorio, hacia la Hermana de Batalla. Miriya la recogió y vio el denso texto que describía sus nuevas órdenes. Llevaba el sello de los Altos Señores de Terra.

-**No estarás sola**- dijo Lydia. -**Debido a la inusual naturaleza de la emisaria de Hollos, el Adeptus Mechanicus ha mostrado un claro interés por la situación. Un agente de sus Magos Biologis también te acompañara.**

Miriya buscó en el contenido de la placa. El Adeptus Mechanicus, los guardianes de toda la tecnología dentro del Imperio del Hombre, eran bien conocidos por ella, así que la orden de Lydia no fue ninguna sorpresa para ella. Cada pedacito de ciencia y enseñanza era celosamente acumulado por ellos, desde sus forjas maestras de Marte a los innumerables mundos-forja diseminados a lo largo de miles de sistemas estelares. Un descubrimiento como Rho, un clon vivo y funcionando, sería algo así como néctar para los adeptos Biologis. La Hermana encontró un archivo de datos que mostraba un nombre y el perfil visual del agente que se uniría a la misión, Genus Nohlan, un Cuestor (questor del original), uno de los innumerables adeptos que recorrían la galaxia en busca de los restos de la tecnología perdida, desaparecida desde la Era de la Vieja Noche.

Miró a la Priora. -**El mando de la misión es mío, ¿no es así? No voy a tolerar interferencia alguna por parte del Mechanicum. Si es necesario hacer determinadas elecciones sobre el destino de Hollos y sus habitantes…**- Miriya se calló, no queriendo terminar la frase.

La Priora pareció no darse cuenta. -**Nohlan ha sido instruido para obedecer sus órdenes. Tú puedes hacer todo lo que se precise para mantener la santidad de la Iglesia y el Imperio.**

-**¿Y si eso requiere la muerte de un mundo?**

Lydia se dio la vuelta, despidiéndola con gesto. -**No sería la primera vez, Hermana Miriya.**



La nave de guerra *Coronus* atravesó el vacío del espacio profundo, en su afilada proa, como la hoja de una espada, había torres de hierro y acero, las mortales baterías láser y cañones lanzas adornaban sus flancos. La nave no era, ni mucho

menos, la más grande de la flota del Dios-Emperador, pero aun así era poderosa. Las armas que llevaba a bordo podían lanzar una lluvia mortal desde la órbita y quebrar los continentes.

Su máxima arma estaba dentro de las cabezas de una docena de torpedos ciclónicos. Sólo se tenía que dar una orden, el Exterminatus, y el planeta Hollos moriría.

La Hermana Miriya, cada día de viaje, había rezado para no verse obligada a dar esa orden, también había pedido fuerza a santa Katherine y al Dios-Emperador para que le dieran el valor necesario si llegaba el momento.

A pesar del tamaño de la Iglesia Imperial, a pesar de los millones de almas leales y devotas a su servicio, la fe era algo delicado y frágil, constantemente necesitaba protección. Una sola gota de veneno podría ser suficiente para permitir que comenzara la putrefacción. Las Hermanas de Batalla estaban siempre vigilantes, observando atentamente a paganos, brujas y traidores ocultos bajo el manto de la amistad. En ese sentido, la misión parecía muy clara, pero Miriya sabía que eso sería auto-engañarse. No había elecciones simples en el eterno servicio al Dios-Emperador. Sólo con la muerte terminaba el deber, y hasta ese momento, Miriya haría todo lo que su juramento la exigiera.

El viaje terminaría pronto, y Miriya se alegraba de ello. Sus Celestes, las Hermanas Lethe, Cassandra, Isabel, Portia e Iona, estaban preocupadas por sus órdenes. La presencia de Rho, la réplica, las había dividido. Algunas consideraban que la clon era una aberración, algo que debía ser destruido sin la menor vacilación por atreverse a simular ser un humano, pero no habían visto la inusual y conmovedora imagen de Rho rezando. Por más que la inquietara, Miriya no podía arrancar esa imagen de sus pensamientos.

Al final, era inevitable que tratara de comprender mejor a la mensajera de la colonia perdida.



Encontró al Cuestor Nohlan en el lugar donde se había pasado todo el viaje, en la

cámara de observación situada ante la celda de Rho, con sus miembros mecánicos chasqueando y zumbando.

A través de medios que la Hermana Miriya no conocía, el compartimiento entero de la celda había sido traspasado desde la estación orbital Zhodon hasta un hangar a bordo del *Coronus*, con una estricta seguridad alrededor de la clon emisaria. Nohlan no se había movido de allí desde que comenzaron el viaje, vigilando, explorando y tomando montones de notas sobre el ser humanoide, como si fuera un coleccionista que acabara de descubrir una nueva especie de animal.

Los raros movimientos de Rho, como los de un pájaros, eran visibles a través del cristal acorazado, cuando Miriya se acercó vio a Nohlan copiarlos, como si intentara entender a la réplica.

-**Honorable Cuestor**- dijo Miriya a modo de saludo. -**Debes prepararte. Ya hemos salido de la disformidad y la nave está acercándose a Hollos.**

-**¡Ah! ¡Hermana Celeste!**- Nohlan se estremeció, sorprendido por su llegada. -**Perdonadme. Estaba tan inmerso en mis análisis, investigando, procesando los datos**- la voz que salía de su procesador de vox tenía un tono obsequioso, pero no podía ocultar lo mucho que le cautivaba lo que estaba estudiando.

El adepto era un ejemplo típico de los de su especie. Debajo de sus voluminosas túnicas carmesís, se encontraban los restos de un ser humano oculto entre numerosas mejoras biomecánicas, implantes y organismos cibernéticos. Unas mecanodendritas serpenteaban por la cubierta cerca de sus pies con garras, o se agitaban en el aire como hojas en la brisa. Siempre le rodeaba un olor a ozono y a aceite de máquina. Por lo poco de su rostro que la Hermana podía ver debajo de su capucha, tenía demasiados ojos, todos de un brillante color rojo y enmarcados en latón.

Miriya miró hacia la pared de cristal. -**Has permanecido aquí durante días. Dime, adepto, ¿alguna vez duermes?**

-**Alabado sea el Omnissiah, esa necesidad fue corregida de mi cuerpo hace ya varios años, cuatro punto dos**- explicó. -**Es muy liberador.**

-**¿Qué has aprendido de...?**- Miriya hizo una pausa, corrigiéndose

mentalmente. -**¿Sobre ella?**

-**Muchísimo, cuarenta giga-quad de datos y subiendo**- Nohlan estaba entusiasmado. -**Admito estar fascinado y al mismo tiempo desconcertado por la presencia de la criatura designada como Rho. Ella estimula respuestas emocionales en mí, unas ocurrencias muy raras. ¡Estoy muy inspirado!**

-**¿Entonces el clon es lo que parece?**

La cabeza encapuchada de Nohlan se movió hacia arriba y hacia abajo. -**Afirmativo. El ideal de un ser "humano perfecto" creado con ingeniería genética, y cultivado en cubas, ha sido hasta ahora un mito. Ahora es un hecho. Ella es un hecho. Al noventa y siete coma seis por ciento**- el adepto hizo una pausa. -**Y sin embargo… admito una cierta preocupación por su inusual desarrollo neurológico.**

Miriya observó como Rho cogía cuidadosamente una tabla de datos que le habían dado, una simple cartilla infantil sobre la gloria del Trono Dorado. -**Parece tan inteligente como usted o yo.**

Nohlan asintió de nuevo. -**Eso es exactamente lo que digo. Los registros de los Magos Biologis nos muestran que las réplicas fueron diseñadas para reemplazar a la vida mecánica, autómatas y similares. Grandes creaciones, pero desarrolladas para ser siervas de la humanidad. Leales esclavos guerreros para nuestras guerras. No como nuestros iguales**- el adepto sacudió la cabeza. -**En éste caso en particular, todos esos registros no son válidos.**

Al otro lado del cristal, Rho dejó la placa de datos y cerró los ojos. La cabeza del clon estaba ladeada y sus labios se movían. -**¿Qué está haciendo ahora?**

-**Cantando**- dijo el adepto. -**Ya lo he observado en varias ocasiones más. Analizando la parte auditiva, parece ser una variante del Himno de Oleon, con un factor de probabilidad de error de más menos dos por ciento.**

Miriya recordó los himnos que cantaba cuando aún era una joven huérfana en la Schola Progenium, y en ese mismo instante tomó una decisión. -**Abre la cámara. Quiero mirarla a los ojos.**

Nohlan vaciló durante un instante, no completamente seguro de que la Hermana hablase en serio, finalmente obedeció su orden. -**Como quiera…**

Una mecanodendrita serpenteó por el suelo antes de elevarse para teclear un código en un panel de la pared.

La pared de cristal se abrió y se retrajo sobre la cubierta. Miriya captó un breve fragmento del débil y misterioso canto de Rho antes de que se callara. Tras una breve pausa, La Hermana de Batalla entró en la celda y se detuvo ante el clon, atreviéndose a hablarla. Esos extraños ojos violetas la midieron, luego miraron examinando a Nohlan y finalmente volvieron a posarse sobre la Hermana.

-**No te culpo**- dijo Rho. Sus palabras eran amables, aterciopeladas. -**Comprendo por qué me has encerrado aquí. Pero te perdono. Me tenéis miedo.**

-**Soy la Hermana Miriya, de la Orden de Nuestra Señora Mártir y no tienes nada que temer.**

Rho parpadeó lentamente. -**Las acciones de tu Priora parecen sugerir lo contrario**- continuó antes de que Miriya pudiera responder. -**Pero no tiene importancia. Siento que nos acercamos cada vez más a mi mundo natal. Me has traído de vuelta. Gracias, Miriya**- Rho se inclinó ante ella. -**En verdad, el Dios-Emperador nos ha sonreído.**

-**¿Eso crees?**- ahora le tocaba al clon escuchar sus palabras, Miriya quería desafiarla. -**¿Cómo supones qué puedes conocer Su voluntad?**

-**No supongo nada**- replicó Rho. -**Yo sólo soy Su sierva. Pero no puede haber otra explicación. Tú y yo estamos aquí por Su designio. Todo lo que ha sucedido es por deseo del Gran Progenitor.**

De cerca, Miriya pudo ver mejor la figura y el estado físico de la réplica. Aunque delgada, el cuerpo de Rho era todo músculo, sin un sólo gramo de carne inútil. Una simple mirada bastaba para ver la fuerza oculta dentro de ese cuerpo, la Hermana de Batalla dedujo que Rho sería una oponente realmente formidable. Sin embargo, irradiaba un aire de tranquila calma.

Miriya intentó una táctica diferente. -**Tu mundo ha estado aislado del Imperio durante dos milenios. Eres un ejemplo vivo de ese hecho.**

-Sí- dijo Rho con tristeza. **-¿Puedes imaginar tal dolor, Hermana? ¿Estar rodeados por un velo de locura siglo tras siglo? Algunos comenzaron a temer que todo el universo había sido destruido por algún gran cataclismo, y que sólo el cruel destino había dejado nuestros mundos intactos. Otros pensaban que éramos los juguetes de las Potencias Ruinosas. Pero yo no. Siempre he sabido la verdad. Por eso fui la elegida para ser el mensajero.**

Miriya se la acercó un paso más. **-¿De qué verdad me estás hablando?**

Cuando Rho respondió, sus ojos brillaron y sus palabras fueron las de una verdadera fanática. Alargó la mano y apretó la de Miriya. **-Fue obra suya. El Dios-Emperador aisló Hollos para probarnos. Para mantenernos puros. Y nuestra fe en Él ha sido finalmente recompensada. El velo ha caído.**

-¿El velo…? ¿Te refieres a las tormentas de la disformidad?

Rho asintió con la cabeza. **-Sí. Ahora, después de tanto tiempo, somos libres y estamos preparados para regresar. Nuestro mundo ha aguantado… ¡Ha prosperado! ¡No puedo esperar a que lo veas!**

-Yo tampoco- dijo Miriya, incapaz de ocultar el tono de cautela en su voz.



Los motores de la lanzadera Arvus zumbaban mientras descendía sobre la capital de Hollos, ese sonido encendió viejos recuerdos de batallas pasadas en la Hermana Miriya. Muchas veces había sido desplegada en zonas de combate desde naves como esa, y la llevó un esfuerzo casi físico recordar una importante verdad.

-Es una misión diplomática- murmuró para sí misma. **-No es una guerra.**

-Aún no- la respondió la guerrera sentada a su lado con gesto sombrío, Miriya la miró.

-¿He pronunciado mis pensamientos en voz alta, Hermana Lethe?

La otra mujer asintió. -**Lo has hecho, Eloheim. Pero créeme, tenemos preparados los libros de oraciones, los bólters y las espadas, junto con los salmos, todo preparado, por si fueran necesarios.**

Miriya sonrió. Lethe era su brazo derecho, la segunda al mando de su unidad y una camarada de confianza. Habían luchado juntas en muchas guerras de fe, y éste día compartían silenciosamente las mismas preocupaciones. -**Prepara a las Celestes, Hermana. Pronto descenderemos sobre el planeta y quiero que estén listas.**

Miriya se levantó del asiento y se dirigió a la parte trasera de la lanzadera, no necesitaba asegurarse de que la Hermana Lethe estuviera siguiendo sus órdenes. La ruda y adusta Hermana de Batalla ya estaba impartiendo órdenes a la Hermana Iota y la Hermana Portia para que preparasen sus armas, también ordenó a la Hermana Isabel y a la Hermana Cassandra que se prepararan para asegurar la zona de aterrizaje en cuanto descendieran.

Miriya dejó a su segunda realizar su trabajo y se dirigió para encontrarse con el adepto Nohlan y la réplica, cerca de la proa de la nave, mirando a través del amplio mirador de la nave.

-**Mira**- respondió Rho, señalando los puntos de interés con sus largos y delicados dedos. -**¿Lo puedes ver? Aquella es la torre colmena Solasian. Al oeste, por debajo de la velas de fotones, están nuestros campos. Y las Llanuras Blancas. Un mundo entero que vive bajo la generosidad del Gran Progenitor.**

-**Ah, "*El Gran Progenitor*"**- Nohlan se hizo eco de sus palabras. -**¿Esa es la designación local para el Dios-Emperador?**

Rho asintió con la cabeza. -**Refleja su posición como Señor de la Forja de todo lo que tenemos y de todo lo que somos.**

-**Interesante**- reflexionó el adepto. -**Procesando…**

Miriya observó la interacción entre el clon y el adepto fríamente. Nohlan no parecía tener problema para adaptarse a la apariencia de la abhumana, pero luego imaginó que su interés por la réplica y la tecnología que la había creado

superaban a cualquier otra cosa.

-**Los escaneos iniciales indican que ésta región del planeta parece estable**- continuó el adepto. -**Cotejo de datos en curso.**

Rho pareció insegura de cómo debía responder a eso. -**Hollos tiene sus problemas, como cualquier otro mundo. Pero ninguno ha obscurecido nuestra fe. Nos esforzamos por mejorar nuestra suerte día a día**- y miró hacia arriba mientras Miriya se acercaba.

-**Háblanos del Consejo con el que debemos reunirnos a nuestra llegada**- dijo Miriya. -**¿Tienen autoridad para hablar por todos los ciudadanos de Hollos?**

Rho asintió de nuevo. -**Yo misma soy un miembro. Somos el gobierno legal de nuestro planeta. ¡Algunos de nosotros hemos ocupado altos cargos durante más de setecientos años terranos! Es a través de la guía del Consejo que hemos logrado desarrollar una sociedad benigna y sostenible.**

Nohlan se dio cuenta inmediatamente del detalle y lo usó al instante. -**Pregunta: seres como tú, una réplica. En ésta cultura seréis los servidores, los soldados y los protectores, ¿verdad?**

-**Los protectores… Sí**- respondió Rho, cautelosamente.

Las cortas alas de la lanzadera mordieron el aire mientras giraba para la aproximación final, Miriya sintió la vibración a través de toda la cubierta. Detrás de ella, escuchó a Lethe dar órdenes a las otras Hermanas para que estuviesen preparadas, espontáneamente su mano se deslizó una vez más hacia la funda de su pistola de plasma.

-**¡Éste es un día histórico!**- los ojos de Rho se agrandaron con algo parecido a la alegría. -**¡Habrá muchas celebraciones!**

Ya veremos, se dijo Miriya. La dura experiencia durante su carrera le había demostrado que incluso las misiones más fáciles podrían convertirse en algo muy peligroso si no se estaba vigilante.



La ciudadela de piedra blanca de Hollos se alzaba por encima de la capital planetaria, como una aguja esculpida en hielo, reflejando la deslumbrante luz del día. Se elevaba sobre amplias plazas de mármol salpicadas de fuentes ornamentales y jardines, llenas de decoradas estatuas que se alzaban hacia todos los puntos de la brújula, las figuras esculpidas en pie miraban orgullosamente hacia el cielo. La más alta entre todas ellas era una representación del Dios-Emperador como un antiguo caballero, platino y otras joyas adornaban la piedra en la que estaba construida.

El Arvus aterrizó sobre una rosa de granito coloreado, dentro de una plataforma de piedra. Más allá de las barreras, una muchedumbre de ciudadanos hollosianos mostraban su alegría elevando sus voces entre una ruidosa fanfarria de trompetas de oro. Drones flotantes en forma de pájaros grababan con sus cámaras el acontecimiento para retransmitirlo a las multitudes y al resto del planeta.

Pero a medida que la escotilla de la lanzadera se abría con un siseo, la música y las voces cesaron y una primera nota de temeroso silencio flotó en el aire. Las Hermanas de Batalla fueron las primeras en desembarcar, moviéndose cautelosamente. Lethe las condujo hacia adelante, cada una de ella acunaba entre sus brazos su bólter modelo Godwyn-Dyath (Godwyn-De'az del original, usados los dos depende que fuente, nt) apuntando hacia el suelo, en un gesto no amenazante, pero cada mujer estaba preparada para levantarlos y combatir si se presentaba la menor amenaza.

Miriya salió la última, con Rho y el Cuestor, mirando todo lo que la rodeaba. El aire de Hollos olía a flores y a la lluvia de la mañana, todo parecía limpio y acogedor.

Ocho figuras esperaban en pie junto a la estatua del Emperador. Miriya hizo a Lethe un gesto con la cabeza. Como una sola, las Hermanas se detuvieron para inclinarse en dirección a la gran efigie antes de seguir.

Nohlan se inclinó para hablar con la Celeste mientras el grupo se acercaba a ellas. -**Analizando. El Consejo… parece que sólo dos de ellos son…**

La Hermana lo cortó. -**Seres humanos, sí-** Miriya no pudo ocultar una mueca de disgusto por la presencia de otras seis réplicas entre el cuerpo de gobierno del planeta.

Rho se adelantó, radiante, claramente emocionada y se dirigió a su gente. -**¡He regresado compañeros arbites, con grandes noticias! ¡El Imperio perdura, al igual que nosotros! ¡Traigo a estos emisarios de la Iglesia del Dios-Emperador para que se reúnan con nosotros! ¡Somos libres!**- sus palabras arrancaron una nueva oleada de aplausos y vítores entre la multitud, pero su buena voluntad no bastó para cambiar el estado de ánimo de las Hermanas de batalla.

-**Mira atentamente**- dijo Lethe, fijando los ojos en su comandante. -**¿Lo ves, Eloheim? Los clones están por todas partes.**

Miriya asintió. Las réplicas no sólo eran parte del Consejo de Hollos, sino también eran visibles entre la multitud, de pie en las almenas y en medio de los jardines. Estimó que había al menos uno de ellos por cada dos seres humanos que veía. -**Contén tu mano, Hermana**- le advirtió a Lethe. -**Los caminos de éste mundo nos son totalmente desconocidos. La precaución es nuestro lema principal.**

-**Visten con elegantes ropajes**- comentó Nohlan. -**Hipótesis: los seres clónicos parecer ser la clase dominante de ésta cultura. Nota: es necesario un estudio más detallado.**

La teoría del adepto hizo vacilar a Miriya, pero antes de que pudiera pensarlo más detenidamente, Rho se volvió hacia ella e hizo un gesto en el aire. -**¡Permítanme que les presente a la Hermana Miriya, Celeste Eloheim del Adepta Sororitas y al Cuestor Nohlan, un Magos Biologis!**- sonrió a ambos mientras ella y el resto de los miembros del Consejo se inclinaban. -**¡Sean bienvenidos nuestros primeros visitantes en miles de años! ¡Es un día glorioso! ¡Alabemos al Gran Progenitor por su generosidad y demos la bienvenida a nuestros parientes al hogar!**

-**¿Parientes?**- murmuró Lethe entre dientes, como si considerara un insulto ser considerada una igual por la réplica.

Miriya la acalló con una mirada y volvió sus ojos hacia adelante, mirando al frente para encontrar los rostros de los humanos que estaban en la línea de clones, ambos vestidos con las túnicas de su cargo. Uno era un hombre mayor, parecía fatigado y distraído, pero la otra era una mujer de la edad de Miriya, que la devolvió con fuerza su mirada.

La Hermana Miriya respiró hondo**. -Bien hallados, arbites. Os traigo saludos de la Eclesiarquía de la Sagrada Terra. Sepan que nos sentimos muy alegres de saber que su…**- ella buscó la palabra correcta. -**Su desconexión del Imperio no ha socavado su fe.**

-Por supuesto- dijo Rho. -**Somos un Consejo elegido por nuestro pueblo para encarnar Su fe y para servir a la comunidad. El Consejo ha manejado los asuntos de Hollos durante siglos, Hermana Miriya. Gracias a él, nuestro mundo se ha convertido en el ideal que ve a su alrededor.**

La arbite humana rompió repentinamente su silencio. -**Nuestros socios réplicas han llevado a cabo sus funciones durante muchos, muchos años. Desde aquel difícil momento, nos han guiado… a un alto grado de prosperidad**- el tono de sus palabras fue neutral, pero Miriya sintió que algo, no dicho, acechaba justo por debajo de la superficie.

-En efecto, querida Ahven- continuó Rho. -**Juntos, todos somos hijos del Dios-Emperador de la Humanidad**- el clon hizo señas al grupo para que la siguiera. -**Venid, parientes. Recibiremos a su misión en la gran sala.**

Miriya asintió, pero se detuvo para dar nuevas órdenes a su segunda. -**Lethe, tú e Isabel permaneceréis en la plaza hasta que os llame. Vigilad la lanzadera.**

Lethe aceptó la orden con un gesto de cabeza, pero no se calló. -**Eloheim, no me gusta lo que veo aquí. ¿Sintéticos dominando a los humanos? Esto no está bien. Es contra natura.**

Una parte de Miriya estaba de acuerdo con ella, pero apartó ese pensamiento de su mente. -**Tal vez… Pero no debemos apresurarnos a juzgar a éstas personas según nuestros estándares.**

Lethe entrecerró los ojos. -**Perdona mi presunción, Hermana, pero creía que esa era justo la razón por la que vinimos aquí, para juzgar.**

Miriya se dio cuenta de que no tenía respuesta para eso y se dirigió hacia la torre blanca, pero las palabras de la otra mujer la persiguieron durante todo el camino.



En la gran sala de la ciudadela, un arco de madera oscura se alzaba sobre un enorme estrado de piedra, cada uno de los miembros del Consejo tomó asiento detrás de él mientras otra fanfarria formal los conducía a sus lugares. Mirando a su alrededor, Miriya vio pinturas en las paredes, el piso y el techo. Todas ellas eran de detallados paisajes de la Sagrada Terra, Ophelia, Evangelion y otros planetas con alto significado religioso. Su mirada se dirigió hacia un conjunto de altos murales que representaban una narración, al parecer la propia historia de Hollos.

Rho asintió juiciosamente al ver a Miriya estudiándolas. -**Nuestra crónica, sí. Me imagino que tiene muchas preguntas que hacer sobre lo que se hizo en nuestro mundo después de que el monstruoso velo cayera entre nosotros.**

La primera ilustración mostraba una representación claramente reconocible de una base exploradora del Adeptus Mechanicus, Miriya así lo dijo.

Nohlan lo confirmó. -**Afirmativo. Parece ser una colonia de pruebas e investigaciones integrada Tipo-Zed. He recuperado cuantos datos quedan de aquel esfuerzo de los bancos de datos del Mechanicum.**

-**Originalmente, Hollos era un puesto avanzado dedicado a estudiar la ciencia que me dio a luz**- explicó Rho. -**Lo que llamáis "Réplicas". Pero después de que las tormentas de la disformidad llegaran y nos quedáramos solos en el vacío, la superficie del planeta fue devastada por latigazos de energía oscura**- Rho señaló los siguientes paneles. Miriya vio pinturas que representaban terribles tempestades recorriendo el paisaje y batallas desesperadas contra los elementos y otras fuerzas más innaturales.

-**Esas criaturas allí representadas**- dijo la Hermana de Batalla. -**Los monstruos…**

-Demonios- el rostro luminoso y abierto de Rho quedó momentáneamente oscurecido por la sombra de un antiguo y profundo miedo mientras pronunciaba la palabra. Algunos de los hellosianos que lo oyeron escupieron ante la mención de esa palabra e hicieron la señal del Aquila. **-Las tormentas de la disformidad derramaron sus criaturas sobre el planeta-** continuó Rho. **-Los colonos lucharon, pero fueron empujados hasta el borde de la extinción. Aislados y solos, sin esperanza de rescate, se dirigieron a los únicos que podían salvarlos.**

-Las réplicas- Nohlan estudió las imágenes del siguiente panel de la crónica, analizando las imágenes. **-Procesando. Los supervivientes utilizaron los prototipos de soldados clones para ayudarlos a luchar contra el archienemigo y mantener vivo su mundo.**

Miriya caminaba a los largo de los murales, mirando como en las imágenes se desarrollaba la guerra y la desolación, en primer lugar estaban las dificultades y la adversidad, para finalmente, presentar un nuevo renacimiento. Era un bonito cuento, tenía que admitirlo.

-**Salvamos Hollos cuando estaba al borde de la destrucción**- dijo Rho. -**Dejamos atrás la marea de la disformidad y la mantuvimos a raya. A lo largo de los siglos, nosotros 'las réplicas' evolucionamos más allá de nuestra simplista naturaleza guerrera hacia algo superior.**

Esa última palabra hizo que Miriya le lanzara al clon una dura mirada. -**¿Superior a qué?**

Rho la devolvió la mirada. **-A lo que una vez fuimos. Poco más que máquinas orgánicas, herramientas, simple carne de cañón. Hemos desbloqueado nuestro potencial-** ella señaló los últimos paneles del mural. **-Eventualmente, los colonos decidieron cedernos el gobierno de Hollos a nosotros. Somos incansables, prácticamente inmortales. Y bajo nuestra administración, éste mundo ha prosperado.**

-Debes estar muy orgullosa de tus logros- Miriya mantuvo plano el tono de su voz.

Rho no respondió al juicio implícito en las palabras de la Hermana de Batalla. -

Sólo lo hemos soportado por la voluntad del Dios-Emperador. Sin Él, solo seríamos cenizas. Pero en vez de eso, somos un mundo pacífico, próspero y dispuesto a volver al redil imperial… - de repente, vaciló, como si se le hubiera ocurrido una terrible posibilidad. -**¿Eso si… si es que todavía se nos quiere? ¿Todavía se nos quiere?**

La desesperación en los extraños ojos de Rho le dio a Miriya un momento de pausa. -**Yo… Necesitamos estar seguros**- dijo finalmente.

-**¿De qué? ¿Temes que estemos corrompidos por la disformidad?**- Rho se acercó y puso una mano sobre el avambrazo de la servoarmadura del Miriya. -**¡Juro por mi honor que no es así! ¡Hemos purgado nuestro planeta de tales cosas!**

Debajo de la capucha, los ojos artificiales en la cabeza de Nohlan cliquearon, mientras se centraban en la clon. -**El camino del Caos es insidioso**- dijo. -**¿Estáis seguros? Los factores de probabilidad no están claros.**

-**¡En el nombre del Dios-Emperador, sí!**- Rho se enderezó. -**¡Hollos están en paz! ¡Una réplica no tiene necesidad de tomar las armas! ¡Hemos abrazado el pacifismo y trascendido de nuestras raíces violentas! ¡Aquí no hay guerra!**

-**Realmente habéis estado aislados**- Miriya sintió por un momento auténtica compasión por la clon. -**El resto de la galaxia no ha tenido tanta suerte.**

Rho parecía afligida y se volvió hacia otras réplicas, como si estuviera buscando algún apoyo, luego y sin previo aviso, una lejana explosión resonó más allá de las ventanas de la ciudadela, seguida rápidamente por el rugido de los bólter.

-**Analizando**- dijo Nohlan, explorando al instante el sonido de las descargas. -**Detonación de un explosivo químico, de alta potencia. Cerca.**

En ese mismo instante, la voz de la Hermana Lethe chilló en el vox que Miriya llevaba en su oreja. -**¡Eloheim! ¡Tenemos varios atacantes avanzando a través de la multitud, armados con armas de fuego y granadas! ¡Están matando a todo lo que se mueve!**

-**Poneros a cubierto y manteneros firmes**- ordenó Miriya, luego se volvió

hacia los arbites, con los ojos brillantes. -**¿Qué significa esto?**

El mismo destello de gélido miedo que había visto momentos antes en la cara de Rho volvió a aparecer mientras la réplica femenina retrocedía. -**Oh, Imperator, no… Deben ser los Rojos… Pero han estado tanto tiempo desaparecidos e inactivos…**

-**¡Explícate!**- ladró Miriya, mientras cogía su arma. -**¡Ahora!**

-**¡Por favor, debes creerme, esto no es obra nuestra!**- Rho se agarró a ella, presa de un pánico repentino, pero la Hermana de Batalla se libró de su abrazo y se volvió hacia su escuadra, una vieja y familiar sensación se apoderó de los pensamientos de la Celeste.

-**Hermana Iona, quédate aquí con el Cuestor**- dijo Miriya. -La pálida y hosca Sororita aceptó la orden de su superiora con un gesto de asentimiento. -**Cassandra, Portia, arrancad los lazos de paz de vuestras armas y venid conmigo.**

Las mujeres hicieron lo que se les ordenó, arrancaron las cintas ceremoniales y cargaron sus bólters.

Nohlan levantó una mano con dedos de metal. -**¿Qué estás haciendo?**

La Celeste le ignoró, pulsó en el vox para volver a abrir un canal con el resto de su equipo. -**¡Lethe! ¡Tomad posiciones defensivas! ¡Vamos hacia allá!**

-**Sí, Hermana**- se oyó en respuesta, seguido por el rugido de los disparos. Una fracción de segundo más tarde, el mismo sonido se escuchó a través de los ventanales de la ciudadela.

-**¡Quédate aquí!**- dijo Miriya, mirando al adepto. -**Y no confíes en nadie.**



Cuando las Hermanas de Batalla llegaron a la plaza, la multitud era una masa aterrorizada en la que los ciudadanos hollosianos se aplastaban unos a otros en

sus desesperados intentos de huir. Miriya salió corriendo de una ornamentada arcada y cruzó el reluciente mármol, con sus botas de acero chocando contra la piedra. El humo y la sangre flotaban en el aire.
Negro y Rojo: Cuando un misterioso mensajero entra en contacto con las

Oyó que Lethe gritaba órdenes a Isabel. -**¡Objetivo a la derecha, se mueve detrás de la pérgola!**- la otra Hermana de Batalla corrió hacia adelante y disparó una ráfaga con su bólter. Miriya no podía ver el objetivo desde donde estaba, pero lo oyó morir con un chillido salvaje.

Lethe estaba a cubierto, detrás de la lanzadera, recargando furiosamente su arma. **-En el nombre de Katherine, ¿qué son esas cosas?**

-**¡Informe!**- exclamó Miriya mientras se deslizaba a su lado.

-**¡Llegaron de la nada!**- dijo Lethe. -**¡Estaba tranquilo, todo iba bien! ¡De repente, los ciudadanos eran presas del pánico, como si fueran simple ganado!**

-**¿Con que estamos tratando?**

Lethe la miró. -**Réplicas de combate. O algo parecido.**

-**¿Más clones?**- Miriya se asomó por detrás de la cobertura de la lanzadera y obtuvo la primera visión clara de los atacantes.

Había una docena de ellos, moviéndose a una velocidad increíble a través de la plaza, esquivando de un lado a otro para evitar los disparos de las Hermanas de Batalla. Se parecían a Rho y a los otros clones, pero estos nuevos seres eran feroces y salvajes. Un aura de bestial brutalidad, una ira viciosa y animal brotaba de ellos. Su carne también era diferente, mostrando un vivo color carmesí, el color de la sangre.

-Rho… Ella los llamó los Rojos…

-**¡Son como bestias!**- gritó Lethe, disparando hacia las criaturas que avanzaban. -**¡Luchan con furia y sin hacer caso del peligro!**

Cada segundo que pasaba, los atacantes se acercaban más, el ruido de los gritos

y los disparos se hacía cada vez más fuerte. -**Tantas promesas sobre un mundo en paz**- dijo amargamente Miriya. Su siguiente acto fue inamovible, gritando por la red de vox. -**¡Sororitas! ¡En el nombre del Emperador, destruidlos!**

Las Celestes, veteranas en batalla, actuaron como una sola, lanzando una pared de ráfagas del bólter contra el enemigo. Miriya apuntó su pistola de plasma y lanzó brillantes rayos de una muerte ardiente hacia las filas que avanzaban.

Algunas réplicas de piel carmesí se convirtieron en antorchas vivientes, ardiendo hasta reducirse a cenizas sobre la plaza de mármol. Pero sus compañeros no vacilaron, no tardando en seguir avanzando, lanzando granadas y disparando ciegamente sus armas de grueso calibre. Los desafortunados civiles atrapados en su camino cayeron, con sus vidas brutalmente segadas en un instante.

-**¡No podemos romper la línea!**- Lethe escupió una maldición por el vox. -**¡Siguen avanzando!**

Miriya notó movimiento detrás de ella y se dio cuenta de que Rho las había seguido hasta la plaza. La pálida hembra se encogió detrás de un macetero, su rostro era un cuadro del más puro de los miedos. Miriya corrió hasta ella y la agarró por sus hombros.

-**¿Dónde están tus soldados?**- preguntó Miriya. -**¡Estás criaturas nos van a desbordar si los de su clase no luchan!**

Rho sacudió la cabeza. -**No. No podemos. ¡Rechazamos la guerra!**

La sola idea de que un ser viviente, y con conciencia, prefiriese abrazar la inacción y una muerte segura antes que luchar para sobrevivir, era anatema para el carácter de Miriya. -**¡Naciste como un clon guerrero!**- la Celeste sacudió con fuerza a Rho. -**¡Tú eras un soldado, ese era tu derecho de nacimiento! ¡Aún tienes las habilidades! ¡Coge un arma y defiéndete!**

-**¡No!**- por un breve instante, Miriya vio la rabia en los ojos de Rho, pero ese brillo desapareció y la clon se encogió cuando los proyectiles comenzaron a impactar en las piedras que las rodeaban.

-**¡Están llegando más!**- gritó Lethe. -**¡No podemos contenerlos a todos!**

-**Maldita sea…** - Miriya soltó a Rho y le dio la espalda al clon. Lethe tenía razón. Pese a que las Hermanas de Batalla eran combatientes formidables, un número cada vez mayor de atacantes llegaban hasta la plaza desde los jardines circundantes. Las Celestes eran solamente una escuadra, sí no cambiaban la dirección de la marea, perderían la batalla.

Se requería un cambio de táctica.

-**¡Lethe!**- gritó Miriya. -**¡Cúbreme!**- la Celeste empezó a correr a toda velocidad y atravesó la plaza hasta la parte de atrás de la lanzadera. Los proyectiles de los stubber agrietaban el suelo junto a sus talones mientras corría, sus Hermanas dispararon ráfagas de bólter intermitentes hacia los clones, intentando cubrirla.

Miriya se arrojó por el interior de la rampa de la lanzadera y cuando salió del Arvus, su pistola de plasma estaba enfundada. Entre sus manos, acunaba un silbante lanzallamas pesado modelo 'Inferus Infinitas' sacado del depósito de armas de la pequeña nave.

Llenando sus pulmones de aire, lanzó un furioso grito de guerra que atravesó la plaza y resonó entre las paredes de la ciudadela.

-**¡Con fe y fuego!**

Su dedo apretó el gatillo, chorros de llameante promethium líquido azotaron como serpenteantes y ardientes látigos a través del avance del enemigo. Las compañeras de escuadra de Miriya formaron detrás de ella y siguieron los pasos de su comandante.

-**¡Está funcionando!**- dijo Lethe. -**¡Se están retirando!**

Mientras avanzaba usando el lanzallamas, un calor abrasador caía sobre el rostro de Miriya. -**¡Acabad con ellos, Hermanas! ¡Mostradles la locura de su herejía!**

Ante la llama purificadora, la línea enemiga vaciló y comenzó a retroceder en un completo desorden. Dejando atrás los cadáveres de sus muertos, los atacantes de piel roja se separaron y se dispersaron, algunos huyeron por las alcantarillas, otros desaparecieron por entre los destrozados jardines hacia las calles laterales cubiertas de humo.



-Tú… Tú has matado a muchos de ellos…- Rho se tambaleaba a través de los jirones de humo que envolvían los cuerpos de los muertos, horrorizada por la carnicería. Después de la brutal y sangrienta lucha, la opulenta plaza parecía un campo de batalla, sembrado de muertos y agonizantes.

-Sólo los detuvimos- la corrigió Miriya. **-¡Ahora vas a decirme lo que eran! ¡Me has mentido! Me dijiste que en Hollos reinaba la paz.**

-Esos son…- Rho trató de recuperar la calma, pero fracasó. **-Los Rojos… No son como el resto de nosotros.**

-Tendrás que explicármelo mejor- dijo Miriya, su voz era dura como el hierro.

Rho pareció marchitarse ante sus ojos y miró al suelo, asintiendo.

-Hermana Miriya- ella se volvió cuando Lethe se le acercó, recargando su bólter. **-Se acabó. El enemigo ha huido.**

-¿Estado de la escuadra?- preguntó Miriya.

Lethe señaló con su dedo pulgar sobre su hombro. **-Cassandra está herida, pero su armadura se había llevado la peor parte. Sigue lista para el combate. El resto son heridas menores, sin ninguna importancia. El total de civiles muertos sigue sin saberse, pero deben ser cientos. Hemos encontrado los cadáveres de esas réplicas. El Cuestor Nohlan está bajado de la ciudadela… Ha insistido en examinarlos.**

-Muy bien- Miriya percibió que Lethe tenía algo más que decir, e hizo un gesto con la cabeza, dándola permiso para continuar.

-He contactado con el *Coronus*- añadió Lethe. **-Están listos para desplegar más escuadras sobre la superficie del planeta.**

A primera vista, eso parecía lo correcto. Los representantes del Imperio de la

Humanidad habían sido amenazados, la respuesta estándar era responder a ese ataque con la máxima fuerza posible. Pero todavía había demasiadas variables en juego, todavía demasiadas preguntas sin respuesta. -**Aún no**- contestó. -**No hemos venido aquí para invadir éste mundo, Lethe.**

Lethe frunció el ceño. -**Ellos nos atacaron. Somos los vástagos de la Iglesia Imperial sobre éste mundo. ¡El ataque es un acto de guerra santa!**

-**Quizás**- dijo Miriya. -**Pero no voy a responder de la misma manera sin entender del todo la situación. Demasiados conflictos han empezado así.**

Lethe echó un vistazo a Rho, que seguía inmóvil y silenciosa. -**Aquí se nos está ocultando la verdad. Sólo eso ya es razón suficiente. Hay ocultas más cosas de lo que parece a simple vista.**

-**Razón más que suficiente para descubrir la verdad**- replicó Miriya. Antes de que su segunda pudiera decir nada más, la dio órdenes. -**Sigue aquí, Lethe. Yo volveré a la ciudadela y determinaré nuestro siguiente curso de acción.**

-**Cómo ordenes**- contestó Lethe, lanzado una penetrante última mirada a Rho antes de alejarse con pasos majestuosos.

-**Me mira como si quisiera matarme**- dijo suavemente la clon.

Miriya rodeó a la clon. -**Dame una buena razón por la que no debería hacerlo, Rho. Los seres que nos atacaron, eran réplicas, como tú.**

-**¡Te lo dije, no son como nosotros! Los Rojos… son reminiscencias del pasado. Son una aberración entre nuestra especie, violenta y consumida por emociones destructivas. Hemos intentado reeducarlos, rehabilitarlos… Pero no podemos. Nada funciona.**

Rho explicó que, en cada generación de clones, algunos mostraban un enrojecimiento de su carne y una marcada predilección por la agresión y la violencia. El Consejo, reacios a sacrificar a aquellos que consideraba como seres inocentes sin el menor control sobre sus más bajos instintos, exiliaron a los Rojos a una isla periferia. Pero, al parecer, de alguna manera, habían logrado volver para atacar las pacíficas ciudades de Hollos.

-**Nos ocultaste eso**- dijo Miriya. -**¿Cómo podemos estar seguras de que ahora nos dices la verdad?**

-**Tienes que entenderlo**- insistió Rho, -**los Rojos son un problema aislado. No son responsables de lo que hacen.**

Miriya consideró eso último. -**¿Cómo un animal rabioso?**

-**Sí.**

Miriya golpeó la culata de su pistola de plasma. -**¡Allí de donde vengo, a las bestias violentas se las liquida, no se las permite ir por donde quieran! ¿Con que frecuencia se producen estos ataques?**

-**Rara vez**- la respuesta de Rho fue demasiado rápida, demasiado practicada. Después de un momento, continuó. -**No tan raramente como solía ser antaño, debo admitirlo. Pero son como las tempestades, Hermana Miriya. Ellos vienen, resistimos y luego se van. Lo soportamos. Luego reconstruimos los daños.**

Miriya señaló con la cabeza los cadáveres que estaban siendo reunidos frente a la ensangrentada plaza de los jardines ornamentales. -**Dile eso a la gente que murió hoy**- un suspiro cansado escapó de sus labios. -**Voy a hablar con los arbites. Y luego tendré que hablar con mi nave.**

-**¿Qué vas a hacer?**- Rho no pudo evitar el miedo de sus palabras.

-**Eso está por ver**- contestó ella. Pero en realidad, la Celeste sabía que sus opciones ya se estaban agotando.

Volvió a entrar en la cámara del Consejo, manteniendo su temperamento bajo control por el juramente que había hecho a la Priora Lydia, pero los pasillos de la ciudadela estaban vacíos, los sirvientes y consejeros habían huido al ser asaltado su edificio más sagrado. Parecía que se habían retirado a refugios más seguros y habían dejado que las Sororitas que se enfrentaran solas a los Rojos. Sólo Rho había mostrado el suficiente coraje para unirse a ellas y ver el asalto con sus propios ojos.

Miriya echó un vistazo a su alrededor mientras fruncía el ceño. ¿Era ésta gente

tan débil que huían al primer signo de lucha? ¿Cómo habían logrado sobrevivir en un universo tan hostil como éste? No había lugar para la vía pacífica en el universo de Miriya. Sólo había guerra y la necesidad de luchar para vivir.

-**¡Arbites!**- gritó a través de la cámara vacía. -**¿Dónde están? Me gustaría hablar con…**

Las palabras murieron en su garganta. La Hermana de Batalla escuchó los torpes e inexpertos pasos de alguien intentando acercarse, movimientos furtivos y repentinos, como unas botas rozando el suelo. Alguien estaba tratando de flanquearla, unas figuras que parecían invisibles entre las sombras más allá de la luz que caía desde las altas vidrieras de cristal que dominaban la cámara. Confiando en su instinto, se dio la vuelta para enfrentarse al inevitable ataque.

Los dardos surgieron desde las profundidades de las sombras, silbando por el aire como perezosos avispones. El primero voló hacia ella pero consiguió esquivarlo, el segundo llegó hasta ella desde otra dirección, aprovechando la pequeña distracción del primero. Fue suficiente para que el dardo se enterrara en la carne desnuda de su cuello. Jadeando mientras la escalofriante sensación de una neurotóxina entraba por sus venas, Miriya agarró el dardo y se lo arrancó, tirándolo al suelo.

-**¿Quién… se atreve…?**- gruñó, pero su garganta se estaba cerrando y solo pronunciar esas palabras la supuso un esfuerzo monumental. El torrente de sangre de sus oídos se convirtió en un trueno. Mientras sacaba la pistola de plasma, la Celeste sintió que el agente tranquilizante penetraba en cada una de las partes de su cuerpo. Sentía sus manos pesadas y entumecidas. La Hermana de Batalla se resistió, luchando contra el vacío que comenzaba a inundar los bordes de su visión, maldiciendo a su atacante entre sus dientes apretados. -**Maldito… sea…**

-**¡Dispárala otra vez, idiota!**- la voz sonaba muy lejana y distorsionada, pero la conocía. La había oído antes, en esa misma sala…

Otros disparos zumbaron hacia ella, Miriya lanzó un grito ahogado y tropezó con sus propios pies. La Hermana de Batalla cayó, maldiciéndose mientras su cuerpo se negaba a responder sus órdenes. La pistola era un peso muerto en sus manos y sus piernas le temblaron como si fueran de gelatina. Los brillantes azulejos del

piso de la cámara del Consejo se elevaron hacia ella, mientras se volvían negros y oscuros, abriéndose para devorarla.



Se despertó de nuevo con un jadeo ahogado.

Miriya no podía calcular cuánto tiempo había permanecido inconsciente. Parecía haber sido sólo un instante, pero podrían haber sido días enteros. La Hermana de Batalla se despertó sentada sobre una silla de madera, con su armadura intacta, pero con la funda de su pistola vacía. Había esperado tener algún tipo de atadura, pero no tenía ninguna.

Sus ojos se ajustaron a la penumbra. Su nuevo entorno era algún tipo de sótano húmedo, iluminado por la tenue luz de los biolumenes. Frente a ella, formando un pequeño grupo, había cinco figuras encapuchadas vistiendo pesadas capas.

Uno de las figuras se separó del grupo y se adelantó, mientras se quitaba la capucha para revelar el rostro que había debajo. -**Hermana Miriya**- dijo la arbite Ahven, -**debe disculparme por…**

La Celeste no la dejó terminar. El grave error cometido por esos estúpidos se reveló plenamente cuando Miriya se convirtió en un borrón de armadura negra y carmesí, cruzando la cámara en un solo parpadeo. Su guante se clavó en la garganta de la otra mujer y la levantó del suelo, mientras el resto del grupo retrocedía.

Miriya golpeó a su captora contra el muro de piedra y siseó con furia. -**¡Has atacado a las Sororitas del Dios Emperador! ¡Responderás por esto!**

Las otras figuras encapuchadas sacaron armas, simples espadas y stubbers, pero Ahven les hizo señas desesperadamente, jadeando en el aire. -**¡No! ¡No! ¡Deteneros! ¡Miriya, por favor! ¡Déjame explicarme!**

Pasó un largo momento antes de que la Hermana de Batalla soltara a su presa y la arbite cayó al suelo.

-**Habla**- dijo con frialdad.

-**Lo siento**- dijo Ahven, recuperándose mientras sus compañeros la ayudaban a levantarse. -**Me lo merecía. Pero tienes que entenderlo, no tuve elección…**

-**Basta ya de mentiras y las medias verdades de éste mundo**- la respuesta de Miriya fue gélida. -**Explícate ahora o te juró que al amanecer Hollos no será más que cenizas.**

La amenaza flotó en el aire frío y húmedo entre ellos, nadie dudó que no fuera genuina.

-**No podía arriesgarme a que me rechazaras y ésta era la única manera en la que podía estar segura de que pudiéramos hablar a solas**- ella masajeo su magullada garganta y tosió. -**Estamos en las alcantarillas, debajo de la ciudadela. Éste es el único lugar donde podemos encontrarnos sin temor a ser oídos por las réplicas**- con un gesto de Ahven, el resto del grupo mostró sus rostros. Eran humanos normales. -**Has echado un vistazo a la composición de nuestra sociedad**- hizo una breve pausa y prosiguió. -**Por ti misma habrás visto como se han hecho con el poder supremo en el planeta. Permiten a dos de nosotros sentarnos en su precioso Consejo, ¡pero ignoran todo lo que decimos! ¡Ellos se creen mejores que nosotros, los que hemos nacido de una manera natural! ¡Se creen superiores!**- Ahven giró la cabeza y escupió con disgusto. -**Pero hay muchos que rechazan su gobierno.**

Miriya vigiló atentamente el rostro de los demás miembros del grupo mientras asentían y murmuraban su acuerdo con las palabras de Ahven. -**¿Y tú hablas por todos ellos?**

La arbite asintió. -**He encabezado en secreto un grupo que se oponía a Rho y a sus monstruos. Llevamos años trabajando contra ellos, esperando la oportunidad… ¡Y ahora, estás aquí!**- intercambió una mirada con sus seguidores. -**Ya es la hora. Las estrellas no mienten.**

-**¿Qué estás diciendo, Ahven?**- Miriya encontró su pistola de plasma intacta sobre una repisa y la devolvió a su funda. -**¿Qué deseas el apoyo Imperial para finalizar tus planes de golpe de estado?**

Ahven dio un paso hacia ella, su tono cambió al de súplica. -**¿Humano y**

humanos contra sintéticos? ¡Ya los has visto! Son débiles de carácter, patéticos, trabajan contra el orden natural de las cosas. ¡No tienen derecho a gobernarnos! ¡Se supone que las réplicas son nuestros sirvientes, no nuestros amos!

-**En ese punto puedo estar de acuerdo contigo**- dijo la Hermana de Batalla. -**¿Y esos… Rojos? ¿Los habéis convocado vosotros para atacar hoy la plaza?**

Ahven se puso rígida y a defensiva. -**En todas las revoluciones hay derramamientos de sangre. Los Rojos son lo que deberían ser las réplicas, guerreros esclavos. ¡Pero el ataque de hoy no estaba dirigido contra ti!**

Miriya la miró. -**Me has traído aquí por la fuerza. Has atacado a civiles y derramado su sangre. ¿Y ahora te atreves a pedir la ayuda de mi Iglesia?**

Cuando Ahven volvió a hablar, sus ojos brillaban como los de una posesa. -**¡Recuerdo las palabras del Codex Imperialis! ¡Las palabras de la Eclesiarquía, dejadas atrás hace dos milenios! ¡No se puede permitir que ningún hereje, ningún mutante ni ningún xenos viva! ¿Qué son esas réplicas, si no seres inhumanos?**

La ferocidad de las palabras de la arbite dejó a Miriya en silencio. -**Consideraré su petición**- dijo después de un largo rato.



La noche había caído sobre la capital cuando Miriya regresó a la plaza delante de la ciudadela, y se puso a buscar al Cuestor Nohlan, mientras andaba entre los escombros y la tierra revuelta de los parterres destruidos.

Bajo un globo lumen flotante, el adepto estaba inclinado sobre los restos quemados de uno de los Rojos, sus manos, perfeccionadas por la máquina, y un trío de miembros mecánicos pinchaban y hurgaban en las entrañas del atacante. Parecía totalmente entusiasmado con su espantoso trabajo, completamente ajeno al horror que tenía ante él. Con el brillante y zumbante filo de un bisturí láser, Nohlan cortaba cuidadosamente tiras de la réplica muerta, mientras canturreaba

para sí mismo. -**Procesando. Oh, qué interesante… Procesando**- el adepto se quedó paralizado cuando Miriya fue iluminada por el resplandor de la luna y le ofreció algo que se acercaba a una sonrisa. -**¡Hermana Miriya! Has estado fuera durante horas, ¿dónde estabas? La Hermana Lethe está muy preocupada.**

-**No tiene importancia**- dijo Miriya, desviando la pregunta. -**¿Has sacado alguna nueva información de esos cadáveres?**

-**Oh, sí, por supuesto…**- su cabeza se balanceó. -**Los lugareños se resistían a dejarme examinarlos, pero la Hermana Iona puede ser muy persuasiva. Procesando.**

-**¿Qué ha averiguado?**- ella se acercó, mirando el cadáver con un leve disgusto.

-**Cruzando datos. Archivos originales de la colonia del Mechanicum Hollos Siete-Nueve-Siete. He formado una hipótesis sobre las distintas variantes de réplicas que hemos visto aquí. Los Rojos y los, uh…, otros**- el adepto inclinó la cabeza. -**El tejido cerebral de los clones violentos muestra trazas de una firma neuroquímica que no está presente en el tejido de Rho y los de su especie.**

-**¿También realizaste una autopsia a una de las… réplicas normales?**

El adepto asintió. -**Lo hice sin informar a los lugareños. Pensé que lo mejor sería no pedirles permiso. Me imaginé que se hubieran opuesto**- añadió Nohlan.

-**No te lo hubieran permitido**- dijo Miriya, dejando a un lado la desdeñosa actitud del adepto hacia la santidad de los muertos y continuó. -**Entonces, ese producto químico… ¿Es artificial? ¿Algún tipo de virus?**

-**Negativo, Hermana Miriya, lo que es artificial es la ausencia de ese tipo de sustancia química.**

La Hermana miró a su alrededor para asegurarse de que ninguna de la réplicas estaba escuchando la conversación. -**¿Qué estás diciendo? ¿Qué Rho y los de su especie han sido de alguna forma biológicamente alterados?**

-Todavía hay datos en mis bancos de datos de la plantilla genética original de la réplica de Hollos Siete-Nueve-Siete- explicó el adepto. -**Muestran la ausencia de una sustancia neuroquímica, algo como un "biodisparador". Un mecanismo de control genético implantado por sus creadores, por decirlo de alguna manera.**

-Implantado por el Imperio- le corrigió Miriya.

-Afirmativo. Pero los clones como Rho y los otros que hemos conocido en la ciudad, los que no tienen ese "biodisparador", tienen libre albedrio. Creo que se han rediseñado para acabar deliberadamente con la producción de ese elemento neuroquímico. Ellos… mejoraron.

La teoría de Nohlan, si era cierta, sugería un acto herético que tendría graves consecuencia. -**¿Cómo pudo suceder eso? ¿Cómo se las arreglaron para desafiar las órdenes de los genetistas que los crearon? ¿O es que los esclavos desafiaron a sus legítimos amos?**

-Hay otra posibilidad- dijo el adepto. -**Puede que ocurriera de forma natural, evolución sin interferencias externas**- Nohlan extendió sus manos mejoradas. -**¿Tal vez fue voluntad del Dios-Emperador? Recuerde lo que dijo la clon, no todas las réplicas han recibido ese… regalo.**

-¿Regalo o maldición?- preguntó Miriya en voz alta. -**No. No veo su mano en esto, Cuestor. Veo división y violencia en el horizonte. Éste planeta está al borde de una revolución. Y debo decidir si tengo que impedirla, o permitir que Hollos sea devorado por la guerra.**

Ahora fue el turno de Nohlan de dar un paso hacia atrás. -**¿Qué está diciendo, Hermana Miriya?**

-Prepárate para una violencia aún mayor- le dijo. -**No importa lo que pase, pero me temo que ya es inevitable.**



Se alzó un nuevo amanecer, y fue como si el ataque nunca hubiera ocurrido. De

la noche a la mañana, los trabajadores humanos habían lavado todos los rastros de sangre derramada y arreglado cada piedra rota, hasta que la plaza quedó impecable.

Miriya llevó a sus Hermanas hasta la cámara del Consejo, donde Rho y los otros estaban esperando. Por un momento, la mirada de Miriya se centró en la arbite Ahven, pero la otra mujer no mostró ninguna reacción ante su escrutinio. La Celeste se colocó en el centro de la sala, con su escuadra en posición vigilante, y Nohlan a su lado. Después de los acontecimientos del día anterior, los lazos de paz no se habían vuelto a colocar en los cañones de los bólter.

Rho se levantó y se inclinó ante las Sororitas. -**Honorables representantes de la Iglesia Imperial. Espero que acepten nuestras más sinceras disculpas. Confiábamos en que su visita no se viera afecta por nuestros problemas sociales internos. Que haya ocurrido un incidente tan lamentable es algo que avergüenza a todo los habitantes de Hollos. Les rogamos sinceramente que nos entiendan y que crean que no hay ningún tipo de engaño en todo éste asunto. La… vergüenza de los Rojos es un problema que estamos trabajando por solucionar. Esperamos que eso no agrie sus sentimientos hacia nuestro planeta.**

Miriya asintió con la cabeza, su expresión era firme y fría. -**Entiendo. Sabed esto, gente de Hollos. La Iglesia Imperial les dará la bienvenida de nuevo a las reglas de la Santa Terra**- un murmullo de aprobación recorrió el Consejo, pero se callaron cuando la Celeste siguió hablando. -**Me he comunicado mediante una señal astropática con mis superiores sobre la situación de éste mundo. Las naves del Ministorum ya están en camino. Pero que quede claro, habrá cambios. Para muchos de ustedes, la… reintegración en el Imperio será difícil**- el estado de ánimo en la sala cambió, como si sus palabras hubieran hecho que el Consejo se volviera repentinamente cauteloso.

-**¿A qué cambios se refiere, Hermana Miriya?**- preguntó Rho.

Miriya se encontró la mirada de la arbite, sabiendo que sus próximas palabras cambiarían el destino de un mundo para siempre. -**Con pesar debo informarles que todas las réplicas quedarán bajo jurisdicción de los Magos Biologis, los genetistas del Adeptus Mechanicus.**

Los clones del Consejo reaccionaron con sorpresa y consternación. Rho levantó una mano para calmarlos. -**Por favor, ¿exactamente qué quiere decir con eso?**

-**Confirmando**- señaló Nohlan. -**Como formas de vida creadas artificialmente, los clones no tienen derecho a la ciudadanía en el Imperio de la Humanidad.**

Un sombrío silencio cayó sobre la sala tras las palabras del adepto, y cuando Rho finalmente lo rompió, fue con ira. -**¡No puede esperar que aceptemos eso! ¿Quién protegió, salvo nosotros, éste planeta durante veinte de vuestras vidas? ¿Quién, salvo nosotros, convirtió a Hollos en casi una utopía?**- el pálido rostro de Rho se oscureció hasta convertirse en un rosado oscuro. -**¿Cómo os atrevéis a presentarnos tales demandas?**

-**Así es como lo ha decretado la Iglesia Imperial**- dijo Miriya con tristeza.

Miriya vio florecer una sonrisa en la cara de Ahven, y la arbite humana de pronto se puso en pie, empujando a un lado a Rho. -**Silencio, nacida en un tanque**- le gritó. -**¡Tu reino de debilidad a acabado, como debe ser!**

En ese mismo instante Miriya se dio cuenta de que había entregado a la mujer exactamente lo que quería. -**¡Ahven, no! ¡No se le permite…!**

Pero la arbite la ignoró, en lugar de hacerla caso, gritó por un transmisor de vox que tenía escondido en su cuello**. -¡Ahora! ¡Es el momento! ¡Qué comience la revolución! ¡La Secta Roja se levanta hoy!**

-**¿Qué estás haciendo?**- Rho extendió una mano hacia la otra arbite. -**Ahven, por favor…**

-**¡Te dije que guardaras silencio!**- Ahven escupió las palabras a la réplica y luego la lanzó un golpe de revés. Más allá del ruido de la carne contra la carne, llegó otro sonido, el mismo que había sacudido a la ciudadela hacía sólo unas pocas horas antes. El distante rumor de los explosivos y el rugido de los disparos. Ahven sacó un arma de entre los pliegues de su túnica, y por los pasillos que conducían a la cámara salieron decenas de seres humanos con sus ropas teñidas de color rojo sangre.

Las Hermanas de Batalla levantaron instintivamente sus armas, adoptando una

formación en círculo, pero Miriya se alejó, acercándose al Consejo. -**No te muevas**- exigió a la arbite. -**¡No hice esto por ti, Ahven! ¡He ordenado éste decreto para detener más derramamientos de sangre!**

-**¡Ya es demasiado tarde para eso!**- Ahven sacudió la cabeza, apuntando su arma en dirección a Rho. -**Hoy mostraremos nuestros auténticos colores. Mostraremos nuestro signo secreto, escondido durante tanto tiempo…**- la arbite abrió su túnica, mostrando su pecho, su acción fue seguida por el resto de sus seguidores. -**¡Mostramos nuestra unidad!**

Lo que la Celeste vio marcado en su carne hizo que se le helara la sangre. Cada uno de los miembros de la Secta Roja llevaba la misma marca, un disco con una línea que lo dividía en dos arcos. Era un símbolo de los Poderes Ruinosos, un símbolo del Caos.

Nohlan retrocedió ante tal visión como si le hubieran golpeado físicamente. -**¡La marca del demonio Tzeentch!**- le costó mucho pronunciar tan terrible nombre. -**¡Qué Terra nos proteja, son seguidores del Culto del Cambio!**

Las Sororitas levantaron sus armas, pero Ahven pareció sorprendida de que compañeras humanas la amenazaran. -**¿Qué están haciendo? ¡Somos iguales que vosotras! ¡Hemos seguido las palabras de los libros antiguos desde antes de la caída del velo! ¡Permanecido leales! ¿Por qué os volvéis contra nosotros?**

-**Porque estáis corrompidos**- las palabras parecían cenizas en la boca de Miriya. Sus pensamientos corrieron mientras apuntaba su pistola de plasma. Lo que había temido durante todo el tiempo se había convertido en realidad. Durante su aislamiento, Hollos había sido mancillado por el toque de los dioses oscuros que acechaban en la oscuridad, tan profundamente e insidiosamente que aquellos pervertidos por ellos ni siquiera eran conscientes de que habían estado arrodillándose ante uno de los poderes corruptores.

-**¿Por qué te pones de su lado, Miriya?**- Ahven cerró un puño contra su pecho. -**¡Somos humanos! ¡Los clones son el enemigo, ellos son los corruptos e impuros! ¡El rojo es el camino del nuevo cambio! ¡Somos la verdad secreta!**

Miriya sacudió la cabeza gravemente. -**Te estás engañando. Vosotros sois los**

peones del Caos y, como el Dios-Emperador ordena, no podemos permitir que viváis.

Cuando las últimas palabras salieron de sus labios, Lethe y las otras Hermanas de Batalla lanzaron una brutal ráfaga con sus bólters contra los miembros de la Secta Roja. Ahven y sus seguidores murieron gritando, con su sangre salpicando el piso de la cámara.

-**Habrá que quemar los cuerpos**- dijo Lethe.

-Miriya asintió. -**Y otras cosas.**

-**Todos ellos… están todos muertos…**- las delicadas manos de Rho se alzaron para cubrir su boca.

-**Todavía no**- dijo Nohlan. -**Mirad, en las calles**- señaló hacia las vidrieras de cristal en los que se reflejaban los brillantes destellos amarillos producidos por las llamaradas de los cañones de las armas. La anterior anarquía en la plaza de la ciudadela se veía empequeñecido por el feroz conflicto que había estallado en la ciudad. Mirando hacia abajo, Miriya vislumbró docenas de las crueles réplicas contra las que las Hermanas de Batalla se habían enfrentado anteriormente, destruyendo y matando todo con lo que se cruzaban.



La carnicería que se estaba desarrollando en la gran plaza era demasiado terrible para contemplarla. El número de réplicas presentes empequeñecía a las que las habían atacado el día anterior, legiones de ellas corrían por las calles, un ejército de clones berserkers saliendo del sistema de alcantarillado subterráneo, donde el culto de Ahven las había estado preparando para éste día.

Miriya las vio masacrar todo a su paso entre la población civil, humanos y réplicas por igual. Aquello no era una batalla, era una carnicería, un sacrificio, las sombrías matemáticas de la guerra fueron lo suficientemente claras para Miriya. -**No podemos luchar contra todos ellos, son demasiados.**

A su lado, Lethe asintió. -**Sí, Eloheim. Cinco escuadras más, o incluso diez**

tendrían dificultades para controlarlas- la segunda al mando miró hacia el cielo. -**No tenemos otra opción. Debemos llamar al *Coronus* para que dispare sus cañones lanza desde la órbita, los artilleros podrían acabar con los insurgentes en cuestión de segundos. Tienes que parar esto antes de que se extienda más allá de los límites de la ciudad.**

-Los daños colaterales serían inmensos. Cientos de miles de civiles morirían. Y de la capital no quedaría más que un cráter humeante- Miriya negó con la cabeza. -**No, Hermana, tiene que haber otra forma**- Miriya se volvió hacia Rho. Junto al resto de los miembros del Consejo las había seguido hasta la plaza para presenciar la sangrienta destrucción de su metrópoli. -**Te lo voy a pedir una vez más, réplica. Ayudadnos contra esas criaturas. ¡Habéis sido creadas genéticamente para tener una fuerza y una velocidad superior a la humana! Si lucháis, podéis derrotar a vuestras salvajes iguales… Si no tomas las armas y defiendes tu mundo, me veré obligado a destruirlo.**

Una vez más, Rho movió negativamente su cabeza. -**¡No! Hemos renunciado a la guerra. Extirpamos de nosotros la capacidad de matar, para siempre. Somos pasivos… ¡Incluso aunque deseáramos hacerlo, la capacidad de arrebatar vidas ya no forma parte de nosotros!**

Nohlan le lanzó al clon una mirada, como calibrándola. -**Eso es erróneo**- dijo. -**Esa afirmación es incorrecta**- el experto hizo un gesto con una de sus extremidades cibernéticas. -**He calculado la naturaleza de la… mutación que separa a réplicas de la cepa roja de las del tipo como Rho… Los que se consideran pacifistas. En el pasado, debieron mutar ellas mismas eliminando su naturaleza guerrera. Pero cometieron un error. Sólo la han desactivado. Todavía la llevan dentro.**

Rho parpadeó, sin comprender todo lo que estaba diciendo el adepto. -**Eso fue hace ya mucho tiempo, antes de que me rehicieran…**

-La alteración puede deshacerse- explicó Nohlan. -**En realidad, es algo muy sencillo. Basta una aplicación en aerosol de una neurotóxina vírica para activar el neuroquímico correcto, que ya he sintetizado en el módulo interno de mi biolab**- el adepto mostró una boquilla en la punta de uno de sus miembros cibernéticos, una de las decenas de micro-herramientas que llevaba en sus mejoras augmeticas. Sus ojos-lente estudiaron a Rho con tristeza. -**Regresaréis a**

vuestra primera naturaleza, la de guerreros esclavos.

El choque producido por esas palabras en un rostro tan amable como el de Rho fue un horrible espectáculo. -**¡Dios-Emperador, no! ¿Nos robarías nuestra razón, nuestra libertad?**

-**No tienes ninguna libertad**- dijo sombríamente Lethe. -**Sois esclavos. Así es como os crearon.**

Con una expresión del horror más puro, Rho se volvió hacia Miriya, suplicándola.

-**¡Hermana, por favor! ¡Dime que no vas a hacer esto!**

Miriya tuvo que usar toda su fuerza de voluntad para no apartar la mirada de Rho. -**¿Cómo funcionaría eso, Cuestor?**

-**Una vez liberada, la neurotóxina se reproducirá rápidamente, pasando de clon a clon**- las mecadendritas de Nohlan zumbaron mientras se retraían. -**Sería como plaga, una rápida infección que reactivaría los enlaces neuronales latentes. El efecto sería casi instantáneo. Todas las réplicas volverían a su estado original**- el adepto hizo una pausa. -**Pero tiene que entender una cosa, Hermana Celeste, tiene que pensarlo bien antes de hacerlo, es un acto muy grave. Irreversible. Una vez que comience, todo lo que hace especiales a las réplicas modificadas se eliminará. Lo perderán todo, recuerdos, personalidad, su autocontrol… Todo borrado de un plumazo.**

-**¡En el nombre de la Santa Terra!**- chilló Rho, mientras su pánico crecía. -**¡Te lo ruego! ¡No lo hagas!**- trató de acercarse a Miriya, pero Isabel y Cassandra se movieron para impedirla el paso.

-**No voy a permitir que todo un mundo caiga en la corrupción del Caos**- Miriya se volvió para mirar a Rho a los ojos. -**Ni un solo mundo. No mientras yo respire. Si tengo que sacrificar algo para salvar a los demás… Haré todo lo que sea necesario para mantener la santidad de la Iglesia y del Imperio**- luego alejó el dolor que comenzaba a alzarse en su pecho antes de que pudiera formarse completamente.

-**Tú… nos vas a destruir**- gritó Rho.

-Hazlo- dijo Miriya al adepto. Nohlan asintió brevemente.

-Como órdenes, Hermana Celeste.

El grito que salió de los labios de Rho era el de la agonía de un alma arrojada a los tormentos más oscuros, ahogado al instante por el silbido de la vaporización del neurotóxico fabricado por el adepto. Rho y las réplicas que lo rodearon gimieron y lloraron, mientras se derrumbaban al suelo. Era un espectáculo repugnante. Entonces, un misterioso silencio cayó sobre ellas mientras sus gritos se apagaban.

El cambio cubrió el cuerpo de la réplica como una nube de tormenta oculta el sol. Miriya vio como la pálida carne de Rho se hacía más y más oscura, volviéndose de un profundo y hosco carmesí.

-¡Trono y sangre!- susurró Lethe. **-Está funcionando. Todos estos clones, se están volviendo como los demás…**

Miriya se acercó a Rho mientras se levantaba temblorosa. Sus ojos ahora eran aburridos, sin vida, la chispa de inteligencia que los animaba otrora había desaparecido completamente.

-¿Rho, me escuchas?

-Le escucho- el tono de la respuesta fue hueco, distante, como el de una grabación de una maquina de vox.

Nohlan estudió a Rho cuidadosamente, luego asintió con la cabeza. **-Confirmado. Su equilibrio interno se ha restablecido. Las réplicas pacifistas son como eran antes. Está lista para recibir tus órdenes para la batalla.**

-Rho, préstame atención- Miriya apuntó hacia la ciudad que tenía bajo ellos, donde los tumultos eran cada vez más fuertes. **-Reúne a tus hermanos y coged armas. Tenéis que destruir a la Secta Roja y a los clones que controlan.**

-Como ordenes- esas fueron las últimas palabras que Rho dirigiría a Miriya. Sin hacer ni una sola pausa, y sin la menor vacilación, Rho y las otras réplicas irrumpieron en la plaza hacia los tumultos. Se movían como autómatas pero

rápidas y letales, entrando en batalla en silenciosa formación.

-**Ahora tenemos la oportunidad de salvar éste planeta**- dijo Lethe. -**Dentro de una hora dispondremos de todo un ejército de réplicas.**

-**¿Pero a qué precio?**- Miriya cortó con un esfuerzo casi físico el traidor tren de pensamientos que la conducirían a la duda y a la tristeza. Sacó su pistola de plasma y señaló a las réplicas.

-**¡Hermanas! ¡Seguidlas!**- Miriya echó a correr, borrando el resto de sus preocupaciones a cambió de la gloria y el fuego de la batalla. Era todo lo que importaba, eso era lo único que ella era.

Dejó escapar un grito que resonó a través de la batalla que se desarrollaba ante ella.

-**¡Ave Imperator!**



Cuando todo hubo terminado, finalmente, llegó el momento en el que pudo reflexionar.

Desde la galería de observación del *Coronus*, la Hermana Miriya observó el planeta girar bajo sus pies. Unas líneas negras corrían a lo largo de la superficie de Hollos. El viento alejaba las columnas de humo procedentes de la capital en llamas y las esparcía por las llanuras.

La Celeste vio las lanzaderas pasar de un lado a otro a través de la atmósfera, compartiendo la órbita alta con la nave de guerra, las masivas moles de otras naves imperiales que flotaban en el espacio como enormes monolitos de hierro. Convocados por el Cuestor Nohlan, el Adeptus Mechanicus había llegado con toda su fuerza. Incluso ahora mismo, estaban realizando incursiones sobre el planeta, recogiendo cada clon que hubiera sobrevivido al levantamiento, y saqueando todos los restos de la tecnología perdida que había servido para crearlos.

Y por cada carga que salía del planeta, otra depositaba predicadores e iteradores del Ministorum en su lugar. Los confesores y sacerdotes de la Iglesia Imperial tomarían las riendas de Hollos, se ocuparían de la brecha dejada por el Consejo de gobierno del planeta. Con sus palabras y hechos, en pocos años, los lugareños olvidarían a sus antiguos líderes y abrazarían el monumental e inflexible culto que se vivía en las capillas de miles de mundos.

La misión encomendada a la Hermana Miriya se había completado. Los perdidos habían sido devueltos al redil. El precio no tenía importancia. *Está hecho*, se dijo, recordando un antiguo párrafo del catecismo en Alto Gótico. "Omnis Vestri Subtructio. Es Servus, ad Nobis". ('Todo lo que construyamos, es para que sirva, y por lo tanto nuestro', traducción aproximada, nt)

Miriya no se volvió cuando unos pasos mecánicos se acercaron por detrás de ella. Por fin, el Cuestor Nohlan habló. -**Creo que destruimos algo único, Hermana Celeste. Eso me molesta.**

-**Lo hicimos para salvarlos**- respondió Miriya. -**Por la Iglesia y por el Imperio.**

-**Es una suerte para nosotros que tengamos unas justificaciones tan férreas para absolvernos de toda duda**- señaló el adepto. -**Si no las tuviéramos… uno podría volverse totalmente loco.**

Miriya se volvió hacia el adepto, y lo miró con sus ojos tristes y cansado por el peso de lo que había hecho. -**Ellos no eran humanos, sólo el Dios-Emperador tiene el divino derecho de crear vida. Además, permitieron que durante su gobierno el Caos arraigara entre ellos. Esas son razones más que suficientes.**

-**¿Está segura?**- preguntó suavemente Nohlan. -**Cogimos unos seres inteligentes, vitales, sensibles, y los hemos reducido a poco más que armas ambulantes. ¿Es eso correcto?**

-**Rho dijo que querían actuar en nombre del Emperador. Para servir a Su voluntad**- dijo la Hermana dando la espalda al adepto. -**Ahora lo harán, de la forma para la que fueron creados originalmente**- Miriya vio una nave de transporte saliendo de la atmósfera, una lanzadera de transporte llevándose a todos los que quedaban de la especie de Rho para que pudieran ser estudiados,

comprendidos, disecados y replicados, todo en nombre de las eternas guerras del Dios-Emperador.

-**En batalla**- dijo la Sororita. -**Luchando hasta la muerte.**

FIN





UNAS PALABRAS DE JAMES SWALLOW

En un universo donde la oscuridad es eterna e invencible, alguien tiene que traer el fuego para vencer la noche, y en el lejano futuro gótico de Warhammer 40,000, no hay nadie que encarne ese ideal más que las Hermanas de la Batalla.

Su aspecto es sorprendente: arquetipos de mujeres guerreras con ropas y armaduras, que recuerdan antiguas reinas de guerra o valkirias veloces y mortales, marchando a la victoria con celo ardiente en sus ojos e himnos en sus corazones. Son una fuerza de la naturaleza, impávida e imparable. Por lo tanto, no es de extrañar que sus historias hayan tocado una fibra sensible en tantos lectores a lo largo de los años.

Pero llevar a las Adepta Sororitas a la prosa no sucedió rápidamente. Tal vez convenientemente, tuvieron que luchar por ello. En 2004, después del éxito de mi primera duología de los Ángeles Sangrientos, el equipo editorial de B.L. me preguntó qué me gustaría escribir a continuación, y las Hermanas de la Batalla estaban en la parte superior de mi lista. El brillante cómic Daemonifuge serializado en Warhammer Monthly había sido su primera aparición en ficción, y yo quería darles a las Hermanas su propia novela, pero al principio había cierta reticencia. En ese momento, la base de fans de Warhammer 40,000 era predominantemente masculina y había cierta preocupación de que una novela de larga duración que contara con casi un elenco femenino de personajes no encontrara su público, pero estaba convencido de que era un concepto fuerte. No sólo por el atractivo superficial de las "monjas con armas", sino porque escribir sobre las Sororitas podría permitirnos contar una historia del milenio 41 a través de una nueva lente. En el pasado, habíamos visto historias contadas a través de los ojos de los Marines Espaciales, Guardias Imperiales e Inquisidores, pero las Hermanas de la Batalla tenían algo diferente que ofrecer. Durante la última década, a medida que ha crecido la producción de B.L., hemos seguido trabajando para reducir el desequilibrio de género tanto como sea posible, y

como tal, parece correcto que las mujeres más temibles y fieles del Imperio hayan llevado las antorchas para iluminar el camino.

Para mí, lo que convierte al Adepta Sororitas en unas increíbles protagonistas para un relato de Warhammer 40,000 es el pilar central de lo que las hace ser quienes son: su creencia. Al igual que los Marines Espaciales del Adeptus Astartes, las Hermanas de la Batalla regularmente van a la guerra contra todos los horribles enemigos que el sombrío y oscuro futuro les puede arrojar, ya sean alienígenas, mutantes o brujas. Las Sororitas pueden portar poderosos lanzallamas y bólters mortales, usar servoarmaduras y utilizar vehículos pesados de combate, pero a diferencia de sus contrapartes genéticamente modificadas, si se desnudan, debajo de todo ello siguen siendo un ser humano ordinario. Lo único que las distingue es su espíritu, el singular e inquebrantable poder de su fe en el Emperador de la Humanidad, y eso las hace interesantes para poder escribir sobre ellas de inmediato. Porque, como nos muestra el mundo real, mientras que la fe y la creencia en un ideal superior pueden crear cosas asombrosas y ser una verdadera fuerza para el bien, el lado oscuro de ese tipo de fanatismo puede llevar incluso a las más prístinas de las almas a un camino hacia la condenación.

Conflicto, nobleza, sacrificio, humanidad: todos estos grandes temas se mezclan a través de las Hermanas de la Batalla desde el principio, y en la arena del 41 milenio pueden abrirse en épicas historias míticas.

La colección ómnibus que tienes en tus manos incluye dos novelas, Fe y Fuego, y, Yunque y Martillo. Mi concepto original para la primera novela de las Hermanas terminaría convirtiéndose en la trama del segundo libro de la serie. Mi inspiración para esa trama surgió de un pequeño texto en color en la versión de Codex: Necrones, una entrada de un diario de una Canonesa Sepherina que detalla una misión de las Sororitas al convento en el Santuario 101, enviadas allí para volver a consagrarse después de que fuera destruido por la mortal especie xenos. Como sucede con frecuencia escribiendo en éste universo, son los hilos colgantes de historias dejadas inconclusas lo que nos atrae a nosotros, los escritores, para querer continuarlas, y esta vez no fue una excepción. Pero después de alguna consideración, B.L. decidió que querían que la primera novela de Hermanas de Batalla mostrara a las Sororitas luchando no contra alienígenas, sino contra sus enemigos más "tradicionales": psíquicos y herejes rebeldes. Y así

la historia del Santuario 101 se convirtió en la segunda aventura, mientras que la narrativa de Fe y Fuego cambió a una que enfrentaría como uniría la hermandad de la Hermana Militante Miriya con su renuente compañera la Hospitalaria-Sacerdotisa Verity, contra una banda de pirotecnia asesina y una conspiración entre un gobierno mundial y la Eclesiarquía, Fe y Fuego debutó en 2006 y se convirtió en un éxito entre los lectores, lo que me permitió en 2011 contar la historia del Santuario en Yunque y Martillo, además de crear una precuela de Fe y Fuego como un audio de B.L. en el relato sonoro Negro y Rojo.

Lo que encontré fue que mis historias de las Hermanas de Batalla me trajeron un público completamente nuevo. Miriya y Verity se convirtieron en las favoritas de los fanáticos, y en los eventos y firmas de libros, obtuve (y aún tengo) dos tipos distintos de lectores para las novelas de las Sororitas; algunos son hombres que compraron los libros para su pareja, a menudo para demostrarles que el mundo de Warhammer también podría presentar personajes femeninos dinámicos, así como hombres; y algunas son mujeres que estaban encantadas de ver a las Hermanas obteniendo sus propias novelas. Una de las mejores cosas de escribir para este universo es escuchar a un lector decir que estaban tan inspirados por mi trabajo que les hizo querer crear esos personajes en un ejército con el que jugar al juego o producir fan-art basado en las historias. Para un escritor, hay pocas cosas más gratificantes que saber que su historia ha alentado a otros a salir y crear algo propio.

Y luego está la pregunta que me hacen a menudo, siempre que surge el tema de éstas novelas. ¿Será ésta la última vez que veremos a la Hermana Miriya y a la Hermana Verity? ¿Han terminado sus historias, o hay más por venir?

A eso, simplemente os digo esto: **tened fe**.

James Swallow

Londres, noviembre de 2016

FIN